

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
fundada bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
24

Obras Místicas

del

M. R. P. Fr. Juan de los Angeles

Ministro provincial de la antigua Provincia Franciscano-descalza de San José.

Obra preparada por el

P. Fr. Jaime Sala, Franciscano de la Provincia de Valencia.

Revisada, anotada y precedida de unas ligeras notas biográficas del P. Jaime Sala

por el

P. Fr. Gregorio Fuentes

Franciscano de la Provincia de San Gregorio Magno, de Filipinas.

Parte segunda

Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares, de Salomón.



Madrid
Casa Editorial Bailly-Bailliere
Núñez de Balboa, núm. 21.
1917

Imprimatur.

Dr. Bernardo Barbajero, *Deán,*
Gobernador eclesiástico (s. p.).

Dr. Joaquín Padilla,
Secretario.

Madrid, 13 de Junio de 1917.

AL LECTOR

A más de uno de los lectores de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* habrá parecido tal vez extraño que desde la aparición de la PRIMERA PARTE de las OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES ([1]) hasta la de esta *Segunda parte* de las mismas haya transcurrido un lapso de tiempo de casi cinco años; y mucho más teniendo en cuenta las palabras con que terminaba la Introducción bio-bibliográfica ([2]) que se lee al frente de la *Primera parte*.

Allí, en efecto, el malogrado biógrafo del P. Ángeles, tras de haber aportado cuantas noticias referentes á la vida y escritos de éste existen al alcance, por hoy, del ingenio humano ([3]), despedíase de los lectores con aquellas palabras que, mejor que otras más rebuscadas y eruditas, si así puede decirse, nos parecen la expresión del alma, ingenua y sencilla cual la de un niño, de nuestro llorado hermano, á quien tuvimos la fortuna de tratar personalmente en los últimos meses de su vida:

«Hasta mañana, pues, digo—escribía él desde el convento de Santo Espíritu del Monte, en el mes de Mayo de 1912;—hasta mañana; hasta que se impriman las obras que faltan de nuestro angélico escritor, haciéndole, tres ó cuatro años después del tercer centenario de su muerte ([4]), el homenaje que sus contemporáneos no quisieron hacerle, como las exequias más dignas de quien consagró la mayor parte de su vida al provecho de los demás» ([5]).

([1]) Corresponde al tomo 20 de la *Nueva Biblioteca*, y se dió á luz en 1912.

([2]) *Introducción Bio-bibliográfica* á las OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES (1536-1609), tomo citado, págs. I-LVIII.

([3]) Siguiendo las indicaciones que el P. Sala hace en la mencionada *Introducción*, y no contentándome con ellas, tras largas investigaciones y nuevos trabajos, hechos personalmente en el Archivo y Biblioteca del Real Palacio y Biblioteca Nacional, he acudido á cuantos podían á juicio mío, conocer algo nuevo sobre la vida y escritos del P. Ángeles, así dentro como fuera de la Orden franciscana; y, aunque es doloroso confesarlo, debo decir que por parte ninguna he podido hallar dato alguno que complete lo que falta en la citada *Introducción*, ó aclare alguno de los puntos que el P. Sala hubo de dejar indecisos ó que resolvió por meras conjeturas. Esperemos, pues—y es lo único que en este punto cabe,—que algún afortunado investigador pueda algún día tropezar, en sus excursiones científicas por archivos y bibliotecas, con algo que, siquiera en parte, satisfaga nuestra curiosidad y llene los vacíos que aún quedan en la biografía del P. Ángeles y en el estudio crítico de sus obras.

([4]) Véanse en la *Introducción Bio-bibliográfica* á las OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES (1536-1609), págs. XLIX-L, los datos más probables acerca del lugar y fecha de la muerte del Padre Ángeles.

([5]) OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES, Primera parte, pág. LVIII.

No quiso Dios Nuestro Señor que el P. Sala tuviera la satisfacción con que tantas veces soñó en los últimos años de su vida y que tan palpablemente se deja ver en las palabras transcritas. Una ligera indisposición, sin importancia en un principio, vino, desgraciadamente, á convertirse en grave dolencia, que le privó de la vida el día 18 de Febrero de 1914, á las dos y cuarto de la tarde.

Creemos que ha de ser del agrado de los lectores el hallar aquí las siguientes notas biográficas del P. Sala, las cuales tomamos de la Revista *Archivo Ibero-Americano* (6), en su número II, correspondiente al bimestre Marzo-Abril de 1914, páginas 428-432. De ella entresacamos los datos y noticias que pueden interesar á los lectores y suscriptores de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles.*

Dice así:

«Nació en Concentaina, Alicante, de familia pobre, pero muy piadosa, el 24 de Mayo de 1871. Tomó el hábito franciscano en el convento de Santo Espíritu el 8 del mismo mes de 1886; el 25, del año siguiente, hizo la profesión de votos simples, y el 31, de 1890, la de votos solemnes. Ordenóse de sacerdote el 8 de Junio de 1895.

»En el Capítulo provincial celebrado en Onteniente el 13 de Febrero de 1896 fué nombrado Prefecto de estudios del Colegio Seráfico de Benisa. En el Capítulo celebrado en Santo Espíritu el 12 de Octubre de 1898 fué nombrado Maestro de Novicios. En la Congregación intermedia, que tuvo lugar en Beniganim el 19 de Febrero de 1903, salió Guardián de Teruel. En 20 de Agosto de 1904, el Capítulo provincial, reunido en Segorbe, le nombró de nuevo Prefecto de estudios del Colegio Seráfico. En Olite (Navarra), el Capítulo, reunido bajo la presidencia del Rmo. P. Dionisio Schuler, le nombró Definidor interprovincial de España el 2 de Junio de 1906. El 8 de Mayo de 1910, por nombramiento del Capítulo provincial que tuvo lugar en Santo Espíritu, se le volvió á dar el cargo de Maestro de Novicios, y en el Capítulo siguiente, celebrado en el mismo convento el 15 de Julio de 1913, los Padres de la Provincia lo nombraron Cronista de ella.

»Como tal, y además por sus méritos científicos, fué llamado á Madrid para fundar el *Archivo Ibero-Americano*, y la muerte le cogió escribiendo para nuestra Revista.

»La vida religiosa del P. Jaime Sala fué la de un franciscano modelo. Sencillo en su trato hasta la candidez, hacía recordar la vida de los primeros compañeros de San Francisco. Su devoción al Santísimo Sacramento era tan ardiente, que apenas pasaba hora del día sin visitarle. Á María Santísima profesaba un sin igual cariño. Su asiduidad al coro, aun en medio de las mayores fatigas y ocupa-

---

(6) *Archivo Ibero-Americano*, Revista bimestral de estudios históricos sobre la Orden Franciscana en España y sus misiones. De esta acreditada Revista, que se publica en Madrid por los PP. Franciscanos, Cisne, 12, en cuadernos de 250 páginas, era colaborador el P. Sala. La muerte le sorprendió cuando, á la vez que á la preparación de esta SEGUNDA PARTE de las OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES, se dedicaba á escribir la *Biografía del Ven. P. Fr. Cristóbal Moreno del Camino*, con otros trabajos ajustados al carácter histórico de la Revista.

ciones, era proverbial. Su caridad, su paciencia en sufrir y especialmente la obediencia á sus Superiores, fueron en él virtudes características. No dudaría un momento el P. Sala en hacer lo que Fr. Maseo camino de Sena, dando vueltas como un chiquillo, ó lo que Fr. Rufino en la catedral de Asís, si el Superior se lo mandase; lo que la humana prudencia juzga más absurdo é imposible, le parecía fácil si el Prelado se lo ordenaba.

»En la predicación y en el confesionario era incansable, y admira cómo tenía tiempo para escribir en medio de tantos trabajos.

»Nunca dormía más de cinco horas, muchísimas veces menos, y en la oración y en el estudio empleaba las que le quedaban libres en la noche.

»Como pensamos examinar detenidamente la labor científica del P. Sala, ahora no queremos juzgar nada de sus escritos. Si Dios le hubiese concedido algunos años más de vida, habría llegado á ser una eminencia, pues su talento, su laboriosidad, su constancia, corrían parejas con su entusiasmo por el estudio.

»De entre lo mucho que publicó, recordaremos tan sólo la edición de las OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES, anotadas y precedidas de una *Introducción Bio-bibliográfica,* publicada en el t. 20 de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles;* la del *Arte de servir á Dios*, por Fr. Alonso de Madrid, Valencia, 1903; la de las obras de Fr. Diego Murillo *Instrucción para enseñar la virtud á los principiantes* y *Escala espiritual para la perfección evangélica,* en dos tomos, que editó en Barcelona Gustavo Gili el año 1907; la de los *Opúsculos de San Pascual Bailón,* impresos en Toledo, 1911; la traducción de las *Obras completas del B. P. San Francisco de Asís,* Teruel, 1902, y la de las *Florecitas del glorioso señor San Francisco,* publicada el año pasado en Madrid. Presentó á la Real Academia Española un estudio sobre *Fr. Pedro de los Reyes*—y tenemos noticias por conducto fidedigno de que agradó á la docta Corporación,—del cual había publicado algo en *El Eco Franciscano* en 1905, y además de varios trabajos, publicados en revistas y periódicos, dejó manuscritos algunos otros y muchísimos apuntes y notas que esperamos se han de poder aprovechar á su debido tiempo.

»La correspondencia que tuvo el P. Sala con hombres insignes de España y del extranjero prueban la estima en que le tenían. Entre sus cartas encontramos varias del célebre franciscanófilo Mr. Paul Sabatier, que no se desdeñaba de consultar al P. Sala, del P. Eduardo d'Alençon, del Sr. Rodríguez Marín, de don Miguel Mir, del insigne Menéndez y Pelayo y de otros muchos ilustres escritores.

»Copiamos los siguientes párrafos de la carta que Sabatier nos acaba de escribir con fecha 1.º de Marzo, en que se ve la estima que profesaba al P. Sala. Respondiendo á lo que le escribimos comunicándole la triste noticia de la muerte de éste, nos dice:

«La nouvelle de la mort du Très Revérent Père Jaime Sala m'a causé une profonde douleur. Rarement je me suis senti attiré vers quelqu'un comme vers lui dès notre premier échange de lettres.

»En lui je croyais avoir trouvé un ami comme le furent avant lui trois autres membres de votre Ordre, que je ne cesserai pas de pleurer: le Père Léon Patrem, Le Père Ferdinand

(Cochel) et Mgr. Santarelli, le savant et pieuse archevêque d'Urbino; et voilà que maintenant le Père Sala les suit dans la tombe.

»Il avait eu pour moi cette bonté débordante, cette confiance absolue qui sont la caractéristique du Franciscain; il avait l'optimisme vainqueur et tranquille de celui dont tous les actes sont en quelque sorte pénétrés d'une inspiration eternelle: *Si Deus pro nobis, quis contra?*

»Si vous avez quelque photographie de lui, puis-je espérer que vous voudrez bien me l'envoyer? Je la metterai dans le breviaire franciscain qui est là sur ma table de travail, et où bien des fois ma reconnaissance irà chercher sa mémoire bénie.

»Je comprends le sentiment de solitude que ce départ vous laisse, sourtout au moment de la création d'une Revue aussi important que *l'Archivo Ibero-Americano.*»

»La muerte del P. Jaime Sala es para la Orden Franciscana de España una verdadera pérdida. La provincia de Valencia se ve privada de uno de sus más ilustres hijos, y el *Archivo Ibero-Americano* lamenta para siempre la falta de uno de sus fundadores. Desde el cielo el P. Jaime nos ayudará con su intercesión, ya que en la tierra su vida científica fué tronchada cuando prometía dar más sabrosos frutos.

»Descanse en la paz eterna nuestro amigo del alma y hermano tan querido P. Jaime Sala Moltó».

* * *

Esta inesperada muerte ha sido la causa de que tuviera que sufrir un largo retraso la publicación de la PARTE SEGUNDA de las OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES.

Porque, aunque el P. Sala dejó hecha la transcripción material—llamémosla así—del libro que en este tomo publicamos, ni pudo darle la última mano, ni avalorarlo con notas críticas ni de mera erudición, y aun lo que de él se encontró no estaba, á juicio nuestro y de otras personas más competentes con quienes lo consultamos, en disposición de ver la luz pública sin proceder antes á un detenido examen y como á una nueva refundición.

Y esta es la labor, árdua y de no fácil desempeño, que nos fué encomendada por los Superiores, á la que hemos procurado atender cuanto otros quehaceres nos lo han permitido y con el deseo, no siempre igualado, lo reconocemos ingenuamente por los resultados, de mejorar lo que el P. Sala dejó como esbozado.

Del acierto y competencia, que confieso es en mí harto deficiente, juzgue el lector; la voluntad y el propósito han sido, desde luego, inmejorables.

Autorizado, pues, más que con el mío, desconocido en el mundo de las letras, con el nombre del llorado P. Jaime Sala Moltó, sale, por fin, á luz pública este tomo que contiene la SEGUNDA PARTE de las OBRAS MÍSTICAS DEL MUY REVERENDO P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES, si no con todo el aparato bibliográfico que

podía llevar, con aquel, al menos, que no le haga desmerecer de otros á cuyo lado ha de figurar en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, y con todo el que, dada la premura del tiempo de que hemos podido disponer, nos ha sido posible.

En lo que mayor empeño pusimos desde el principio, y á lo que aplicamos nuestros más vehementes esfuerzos, fué á intentar siquiera el hallazgo de alguno de los escritos, por desgracia perdidos, del P. Angeles, á los que alude el Padre Sala en las páginas L y LI de la *Introducción biobibliográfica;* pero todo ha sido inútil. Nada hemos podido hallar, ni las dos postreras partes del *Vergel espiritual del ánima religiosa*, ni lo que para nosotros hubiera sido más satisfactorio para dar íntegros estos *Comentarios;* es decir: lo que sobre los restantes capítulos del libro de Salomón dejó escrito el P. Angeles, que hasta el día de hoy permanece inédito y que para siempre— así lo tememos—ha desaparecido, sin esperanzas de poderlo hallar.

* * *

Y ahora dos palabras más, que puedan servir para la mejor inteligencia de lo que es la obra que al lector ofrecemos en el presente volumen.

En nuestro humilde parecer, más que *Comentarios* exegéticos del sagrado texto son *Comentarios ó discursos místicos.* Por algo su esclarecido autor no le dió el nombre de *Comentarios,* sino *Tratado utilísimo ó compendio de consideraciones espirituales sobre el Cantar de los Cantares de Salomón.* Por algo también, aun cuando alguna vez se extiende en la exposición literal de las palabras del versículo, su especial empeño está en valerse de ellas para la explicación de algún punto de doctrina mística, esto es, para aplicarlas á dar mejor inteligencia de los estados místicos en que, á las veces, suelen encontrarse las almas espirituales. Por eso, en fin, la frecuente referencia que de las diversas cuestiones por él mismo tratadas en alguna de sus otras Obras hace en la presente.

Indúcenos también á juzgarlo así, aparte de las razones indicadas, el motivo ó causa ocasional que tuvo para escribir ésta y el fin á que la encaminó: aquél, su nombramiento de predicador de la Real capilla y el deseo natural de presentar obra de mayor empeño que las hasta allí publicadas (1); éste, el de proporcionar en diversas formas, y según la capacidad de cada uno, pasto de doctrina espiritual y mística, á los muchos admiradores y devotos que acudían á él atraídos por la fama que le mereció, así su destreza y habilidad en la dirección de las almas,

(1) Véase OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES, tomo I. *Introducción*, páginas XXXI y XXXVII, y tomo II, págs. 5 y 7.

como la preeminencia de que gozó, dentro y fuera de la Orden Seráfica, por sus cargos y honoríficos empleos, á fin de aprovechar á todos, doctos é indoctos.

Resulta, por tanto, evidente que este *Tratado sobre el Cantar de los Cantares* coincide, en cuanto al fondo de la doctrina, con otros del autor; pero se diferencia de ellos, no sólo en cuanto á la forma material y literaria de la exposición, sino también por su carácter intrínseco, por su índole peculiar, por lo que pudiéramos llamar su nota formal y distintiva, que es la de ser un como arsenal de doctrina y de enseñanzas, á la vez apologéticas y místicas, formado de las sentencias de los Santos Padres y de los más eminentes teólogos, singularmente de los que pertenecen á la escuela franciscana.

Dejando á un lado otros muchos que en el transcurso de esta obra se hallan citados, predominan en todo este tratado las del Seráfico Doctor San Buenaventura; pues si bien muchas de las citas que de los escritos de éste hace el autor están tomadas de algunas obras que los sabios editores de la monumental OPERA OMNIA han demostrado no ser debidas á la pluma del doctor franciscano de Bagnorea—como podrá observarse por las numerosas notas con que hemos tenido necesidad de ilustrar no pocas páginas de este *Tratado*,—sin embargo, aun las francamente espúreas son, en su mayor parte, algo como extractos ó compilaciones hechos por discípulos y admiradores del Seráfico Doctor, que en tiempos del P. Ángeles, y aun en nuestros mismos días [1], han corrido como genuinos de San Buenaventura, y, en sustancia, vienen á contener la doctrina de éste [2].

Corren parejas con las citas tomadas de San Buenaventura las que el P. Angeles hace en este *Tratado* de otro doctor Franciscano, Enrique Herpio, Herp ó de Herp, como otros le llaman [3], célebre y esclarecido escritor del siglo XV, particularmente sacadas del libro primero de su obra titulada *De Theologia Mística*, el cual contiene una exposición ó comentario del *Cantar de los Cantares*, de Salomón. En la mayor parte de *las lecciones* que el P. Ángeles escribe, por no

---

[1] Empezados los trabajos preliminares de esta edición de las obras de San Buenaventura en 1871, apareció el primero de los diez volúmenes en folio de que consta en el año 1883, y el último en 1902, impresos todos en Quaracchi (Italia) junto á Florencia.

[2] Oportunamente hacen notar los editores de Quaracchi, y en varias de las notas del texto lo hemos nosotros advertido igualmente, la facilidad con que muchos de los opúsculos místicos, hoy reconocidos como espúreos, pudieron ser atribuidos á San Buenaventura; ya porque muchos de los que los escribieron dejaron reducida su labor á dar en extracto la doctrina del Seráfico Doctor; ya porque, reconocida por todos la supremacía de éste en el terreno de la ascética y de la mística, muchos, aunque involuntariamente, imitaron su estilo, otros se acomodaron á las opiniones por él defendidas, lo que dió lugar á que se atribuyeran después al Santo Doctor escritos salidos de otra pluma, mucho más en aquellos siglos en que tanta confusión reinaba en cuestiones histórico-crítico-literarias.

[3] Acerca de este autor pueden verse las noticias que de su vida y escritos trae Fr. Juan de San Antonio en su *Bibliotheca Universa Franciscana*, tomo II, Madrid, ex typographia Causæ V. Matris de Agreda 1732, págs. 58-60.

decir en todas, aduce una ó varias veces la opinión ó sentencia de Herp, de modo que claramente se infiere que no sólo tuvo á la vista la obra de éste, sino que en ella se inspiró, y en gran número de ocasiones parece como si no hubiera querido hacer otra cosa que reproducir en su propio lenguaje y de su modo peculiar las sentencias de aquél.

Sería temeridad, sin embargo, por no darlo otro calificativo más duro, querer negar por este motivo el mérito á nuestro autor, ó querer mirar como de menos valor este *Tratado* por lo que de él hemos dicho hasta aquí. Tiene, ciertamente, á su favor,—aparte de otros títulos de que ya habló el P. Sala en las páginas LII y LIII de la *Introducción* del tomo primero de estas OBRAS,—el de haber sido, junto con aquel otro libro inserto en la *Primera parte*, la *Lucha Espiritual* [1], traducido al francés bien pronto, apenas salieron á luz los capítulos primeros, en vida misma del autor ó muy pocos años más tarde.

* * *

Y aquí hacemos punto para añadir unas cuantas advertencias, que creemos hacen al caso, acerca de las variaciones que en la presente edición hemos introducido.

Respetando la división que el P. Sala había dejado trazada de las *lecciones*—harto extensas y de dilatadísimas dimensiones—en que el P. Ángeles explica ó comenta cada uno de los versículos de los dos primeros capítulos del *Cantar de los Cantares* [2], hemos tenido necesidad de variar, en todo ó en parte, alguno de los epígrafes que á los artículos puso el primero, si bien hemos procurado ser parcos en esto, conservando, siempre que nos ha sido posible, el concepto que él dejó apuntado en sus papeles.

Igual criterio quisiéramos haber podido seguir en las notas. De éstas, la mayor parte son traducción de los textos ó autoridades y aun de muchos pasajes que en la edición de Juan Flamenco se hallan en latín. En un principio, y hasta la página 44, que abarcan los *preámbulos* puestos por el autor á este libro, seguimos la del P. Sala, reformándola cuando parecía necesario. Mas después, salvo alguna rara excepción, hubimos de prescindir de ella casi en absoluto.

Las notas que van señaladas con letras en cursiva son las que, al compulsar

---

(1) OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ANGELES, tomo I, págs. 275-360.

(2) En la nota *(a)*, que se lee en la página 45, recordamos la necesidad de esta división, que ha sido forzoso adoptar en todas las *lecciones* siguientes. Resultaria, en efecto, harto molesto y pesado en demasía, dificultando grandemente la lectura atenta de las mismas, si, como en la edición de Juan Flamenco, hubiéramos dejado íntegras las *lecciones*, sin proporcionar esa especie de descanso al ánimo del lector, presentándolas divididas en varios artículos.

las citas que hace el autor y no hallarlas conformes con la actual división del Sagrado Texto en las ediciones corrientes de la *Vulgata*, hemos añadido para rectificar las variaciones y facilitar á nuestros lectores el estudio del presente *Tratado*.

Es también de advertir que algunas palabras no aparecen uniformemente escritas. Pudo ser esto descuido del impresor en algunos casos; pero más fundadamente creemos que debe atribuirse á la época en que este *Tratado* se escribió y dió á luz, en la cual, como es sabido, no tenían forma fija muchas palabras, sino que se escribían ya de un modo ya de otro, según el gusto ó capricho de los autores.

En esta obra abundan los *latinismos*, no sólo en cuanto á la forma de muchas palabras, comunes en aquellos siglos, mas también en cuanto al uso de duplicar muchas consonantes. Todas las variaciones de los verbos, en la terminación tercera del pretérito imperfecto de subjuntitivo en *se*, así como la en *ísimo* del superlativo, se leen aquí con dos *eses*, lo cual se observa igualmente en no pocos de los adjetivos y sustantivos.

Otras palabras, que en una página están escritas de un modo, en la siguiente se hallan de otro distinto; de ellas apuntamos las siguientes:

Ahora, agora.
Anabatistas, anabaptistas.
Ansí, así, assí (frecuentísimo).
Comentarios, commentarios.
Darle, dalle, dalles.
De essa, dessa, desto, de esto.
Definió, difinió.
Dél, de Él.
Envidia, invidia (y lo mismo ei adjetivo).
Escritura, Escriptura.
Hacerlos, hacellos.
Incienso, encienso.
Isaías, Esaías.
Jeremías, Hieremías.
Jerónimo (San), Hierónimo.
Litera (en latín), littera.
Moisés, Moisén.
Oscuro, obscuro, oscurecer, escurecer.
Perfecto, a; perfeto, a (y lo mismo perfección, perfeción).
Recibir, recebir, recebid.

Significar, sinificar (en varias terminaciones).
Sustancia, substancia.
Trasquilado, a; tresquilado, a (y lo mismo el verbo).
Victoria, vitoria, con algunos otros menos frecuentes.

De las anticuadas, algunas están sustituídas por las correspondientes modernas, aunque alguna vez las hemos dejado en su forma antigua, cuando no hay lugar á duda, de las cuales notamos las siguientes tan sólo, por no alargar más estas notas preliminares: Alanzar, anullan (por anulan), aprehender, grangería (por granjería), laudar, púntanlas (por puntúanlas), respecto (por respeto), ronce, ronceria, vee, veen, etc. Otras, repetimos, están convenientemente anotadas en el texto.

Réstanos encomendarnos á la benevolencia de los lectores, á quienes con estas advertencias preliminares hemos querido facilitar el trabajo para que mejor puedan entender y con más gusto estudiar la obra del P. Ángeles que en el presente volumen les ofrecemos.

Fr. Gregorio Fuentes.
O. F. M.

Madrid, *día del Señor (Sanctissimum Corpus Christi)*, 7 de Junio de 1917

CONSIDERATIONUM SPIRITUALIUM

SUPER

LIBRUM CANTICI CANTICORUM SALOMONIS

IN UTRAQUE LINGUA, LATINA VIDELICET ET HISPANA,

PERQUAM UTILIS TRACTATUS

A FR. IOANNE DE LOS ANGELES,

Provintiæ S. Ioseph Discalciatorum de Observantia
Provintiali Ministro, Cesareæque Majestatis Imperatricis Mariæ a concionibus

EDITUS,

EIDEMQUE MAJESTATI CATHOLICÆ DICATUS.

(Grabado de la impresión de las llagas del P. San Francisco.)

Anno 1607.—Cum Privilegio.—Matriti, ex Tipographia Regia ([1]).

(**N. B.**—La port., v. en blanco, 2 h., grabado en cobre que representa el Amor divino, es decir, una joven coronada de reina y con aureola luminosa, en torno de la cual se lee *Divinus Amor.* Lleva alas extendidas; la mano derecha ocupada con un manojo de saetas, una de las cuales toca su punta en el pecho de Cristo crucificado, sobre quien posa el anagrama IHS y la divina Paloma, que dice entre los rayos que la cercan y salen de su pico: *Ignem veni mittere in terram.* Las otras saetas están enderezadas hacia Cupido, cuya figura, derribada y atada de manos, le sirve de escabel; la mano izquierda embraza un arco antiguo, y junto á la reina, á guisa de espectadores, varias figuritas vestidas de hábito. Bajo del grabado una leyenda, en dísticos latinos, trata de explicar la misteriosa escena, y dice así:

«Divus Amor, postquam impurum subiecit amorem,
Fregit et, in stygiis spicula nata plagis,
Imbuit innocuas rediviva fonte sagittas,
Vivificoque ictu corda ferire parat.
Pande sinus, pia turba, Deo; sacra vulnera perfer.
Vivere, et ¡oh! discas saucia, ut ante, mori.»

Traducidos en romance castellano:

«Después que el divino Amor
sujetó al amor lascivo,
quebrando sus dardos fieros
en mortales llagas tintos,
mojó sus dulces saetas
en vital pecho divino,
y herir quiere con tal golpe
que dé vida á los heridos.

¡Ea, pléyade devota!,
abre á Dios tu pecho fino;
tu corazón sea el blanco
donde Él aseste sus tiros;
recibe sus llagas santas,
sepas vivir de contino
y herida en Dios, como antes,
morir, viviendo contigo.»)

([1]) «Tratado utilísimo de consideraciones espirituales sobre el libro del *Cantar de los Cantares*, de Salomón, en dos lenguas, á saber, latina y española, compuesto por Fray Juan de los Angeles, Ministro Provincial de la Provincia de San José de los Descalzos y Predicador de la Cesárea Majestad de la Emperatriz María, y dedicado á la misma Majestad Católica», etc.

APROBACIÓN

Por comisión de nuestro Padre Reverendísimo Fr. Francisco de Sosa, Ministro General de toda la Orden de nuestro Seráfico Padre San Francisco, yo, Fr. Juan de el Barco, Lector de Teología y Guardián de Santa María de Jesús, de Alcalá, vi con todo cuidado y advertencia un libro intitulado *Considerationum spiritualium, divinorumque conceptuum, necnon expositionum selectissimarum super Librum Cantici Canticorum*, etc., compuesto por nuestro Padre Fr. Juan de los Angeles, Ministro Provincial de la Provincia de San Josef y Predicador de la Majestad Cesárea de la Emperatriz, y hallo no tener cosa que contradiga á nuestra fe, ni menos á las buenas costumbres: antes es libro donde los curiosos hallarán mucha erudición; los doctos, grandes y muy profundas sentencias, mucha lección de Santos y inteligencia de la Escritura; y los espirituales, mucho en que poder aprovechar en devoción y espíritu. Y por la verdad, lo firmé de mi nombre en diez de Diciembre de mil y seiscientos y un años. —*Fr. Juan de el Barco.*

LICENCIA DEL SUPERIOR

Fr. Francisco de Sosa, Ministro General de toda la Orden de nuestro Padre San Francisco, etcétera, al Padre Fr. Juan de los Angeles, Provincial de nuestra Provincia de San Josef, salud y paz en el Señor.

Habiendo visto la censura que el Padre Fr. Juan de el Barco, Lector y Guardián de nuestro Convento de San Francisco, de Alcalá, ha dado de un libro que V. P. ha compuesto, intitulado *Consideraciones sobre los primeros dos capítulos de los Cantares*, que por orden y comisión nuestra ha visto, en que certifica, no sólo no haber cosa en él contra nuestra santa fe católica, ni contra las buenas costumbres, antes ser libro de curiosidad, docto y de profundas sentencias, doy licencia á V. P. para que le pueda hacer imprimir, guardando lo dispuesto en las Pregmáticas de los Reinos.

Dada en nuestro Convento de San Francisco, de Valladolid, á veinte y tres de Enero de mil y seiscientos y dos años.—*Fr. Francisco de Sosa*, Ministro General.

CENSURAS (*a*)

I. Por comisión del señor Rector y Facultad de Teología desta Universidad, á quien vino cometido por los señores del Consejo Real, vi una parte del libro y exposición de los *Cantares*, del Padre Fr. Juan de los Angeles, Provincial de la Provincia de San Josef, de los Padres Descalzos Franciscanos, en la cual se contenían treinta y cuatro fojas, desde aquellas palabras de la lección once, *Præfiguratum est in Apocalysi*, etc., hasta el fin de la lección doce, donde dice: *Donec aspiret dies æternitatis, et inclinentur umbræ rerum mundanarum*, etc.

Y fuera de no haber hallado cosa mal dicha, ni que por ninguna vía sea contra nuestra santa fe, me parece libro muy docto y de muy provechosa y santa doctrina, y digno de que se imprima; y por tal lo firmé.

En Alcalá, á diez y nueve de Deciembre deste año de mil y seiscientos y dos.—*El Maestro Fr. Pedro de Lorca.*

—

II. Por la misma comisión vi un cuaderno del mismo libro del Padre Fr. Juan de los Angeles, que es de cuarenta fojas, y comprende el fin del primer capítulo de los *Cantares*, desde aquella palabra, *Recti diligunt te*, hasta otras palabras del principio del segundo capítulo, que dice: *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo*, y me remito á la aprobación del maestro Fr. Pedro de Lorca.

Fecha en 22 de Deciembre de 1602 años.—*El Doctor Nuño Muñoz de Benavides.*

—

III. Yo he visto, por mandado del señor Rector y Facultad de Teología, otro cuaderno de cuarenta fojas, que comienza: *Sino una carne mística*, y acaba: *Gaudium tuum, ut puto, præfiguratum est;* y me parece lo mismo que á los demás.

Fecha en Alcalá, 23 de Deciembre de 1602.—*El Doctor Ginés Martínez.*

—

(*a*) En el impreso, la palabra *censura* se repite en cada una de las siguientes; yo la pongo en plural, y la sustituyo luego con números romanos para evitar repeticiones inútiles.

IV. Por la comisión de la misma Facultad de Teología, nos encargó viésemos este libro del Padre Fr. Juan de los Angeles, Provincial de los Descalzos del glorioso Padre San Francisco, de la Provincia de San Josef, y me cupo á mí el ver todo el Prólogo; que la primera anotación comienza del título del libro hasta las primeras palabras del primer capítulo, y hasta donde dice: *Oleum effusum nomen tuum*, lo cual digo que es doctrina sana, y que no contiene error ninguno, ni mal sonante proposición, ni tiene cosa contra nuestra santa fe que sea digna de enmendarse; mas antes es muy docto y muy erudito, de mucho provecho y utilidad para todos. Y esto me parece, debajo de la corrección del que mejor lo sintiere; y así lo digo.—*Doctor Talavera.*

—

V. Por mandado de la Facultad de Teología he visto un cuaderno sobre los *Cantares*, del Padre Fr. Juan de los Angeles, Provincial de la Orden de San Francisco, de los Descalzos, desde la mitad de la lección nona, de aquellas palabras, *Murenulas aureas*, hasta la lección catorce, hasta aquellas palabras: *Ecce pulcher es, dilecte mi*, y no he hallado cosa mal sonante ni digna de censura; antes bien, y muy digno de ser impreso; y así lo firmé á 23 de Deciembre de 1602 años.—*Doctor Juan Pardos.*

—

VI. Por mandado de la Facultad de Teología, yo, el doctor Luis Gutiérrez, he visto un cuaderno de cuarenta fojas, que se me mandó que viese, que empieza desde aquellas palabras de los *Cantares: Trahe me post te, et curremus in odorem suavitatis*, hasta aquellas palabras que dicen: *Indica mihi quem diligit anima mea, ubi pascas*, etc.; y fuera de que en el dicho cuaderno no hay error, ni cosa que desdiga de buenas costumbres, antes muy útil y provechoso, y muy digno de ser impreso; y por la verdad lo firmé de mi nombre, hoy lunes 23 de Deciembre de 1602 años.—*El Doctor Gutiérrez.*

—

VII. Por mandado de la Facultad de Teología y del señor Rector della, he visto un cuaderno del libro de los *Cantares*, que escribió el muy reverendo Padre Fr. Juan de los Angeles, Provincial de la Provincia de San Josef, de los Frailes Descalzos Franciscos, que es parte de la lección quinta y la sexta, que empieza de aquellas palabras: *Si ignoras te, o pulcherrima mulierum, egredere, et abi*, etc., hasta la lección nona, que dice: *Murenulas aureas faciemus tibi vermiculatas argento;* y fuera de no haber hallado en el dicho cuaderno (que tiene cuarenta fojas) ninguna cosa que contradiga á nuestra santa fe católica, ni á las buenas costumbres, está muy doctamente escrito y es doctrina muy curiosa y provechosa, para predicadores particularmente, y los lugares van muy bien declarados y adornados con mucha erudición; y así, es muy justo se conceda la licencia que pide para que se imprima.

En Alcalá, á 23 de Deciembre.—*El Doctor Valdivieso*, Catedrático de Teología.

—

VIII. Por comisión del señor Rector y facultad de Teología desta Universidad de Alcalá, vi un cuaderno del libro y exposición de los *Cantares*, del muy reverendo Padre fray Juan de los Angeles, Provincial de los Frailes Franciscos Descalzos de la Provincia de San Josef, que contiene cuarenta fojas, y comienza desde las primeras palabras del primer capítulo: *Osculetur me osculo oris sui*, hasta [las] palabras que dicen: *Post te curremus in odorem;* y no sólo no he hallado cosa alguna contra nuestra fe, ni mal sonante, sino que me parece libro de muy católica y sana doctrina, y curiosa, principalmente para predicadores, y por tal lo firmé.

Fecha á 23 de Deciembre de 1602 años.—*El Doctor Francisco Pérez.*

Yo, Luis de la Serna, Secretario desta insigne Universidad de Alcalá de Henares, doy fe que todos los ocho doctores en este pliego contenidos, cuyas firmas parece que son del Padre Fr. Pedro de Lorca, del doctor Nuño Muñoz de Benavides, doctor Talavera, doctor Ginés Martínez, doctor Juan Pardos, doctor Gutiérrez, doctor Valdivieso y el doctor Francisco Pérez, son doctores de la dicha Universidad, graduados en Teología, á quien se cometió la censura de dicho libro, contenido en los dichos pareceres. En fe de lo cual dí esta fe firmada de mi nombre, que es fecha en Alcalá en veinte y tres días del mes de Deciembre de mil y seiscientos y dos años.—*Luis de la Serna*, Notario y Secretario.

EL AUTOR

Corrija el lector curioso, con la pluma, las erratas, por el orden que aquí van puestas, antes de leer este libro; porque tendrá más gusto leyéndole, y no hallará estropiezo ninguno. Y perdone nuestros descuidos: que no hay ojos tan de lince que en tantas menudencias no falte[n.] *Vale.*

ERRATAS

(Ochenta anotadas por el autor y aquí corregidas).

El Licenciado Francisco Murcia de la Llana.

EL REY

Por cuanto por parte de vos, Fr. Juan de los Angeles, Predicador y Ministro Provincial de la Provincia de San Josef, de Descalzos Franciscos, nos fué fecha relación que vos habíades compuesto un libro intitulado: *Considerationum Spiritualium super librum Cantici Canticorum Salomonis,* el cual era de mucho provecho para la república é fieles cristianos, y en ello habíades puesto mucho trabajo; é nos suplicastes os mandásemos dar licencia para lo imprimir, con privilegio por diez años, ó como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, é como por su mandado se hicieron diligencias que la premática por Nos últimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra Cédula para vos en la dicha razón, y Nos tuvímoslo por bien; por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia é facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha della, á vos ó la persona que vuestro poder hobiere, y no otro alguno, podáis imprimir é vender el dicho libro que de suso se hace mención, por el original que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado é firmado al fin dél de Cristóbal Núñez de León, nuestro Escribano de Cámara, de los que en él residen; con que antes que se venda lo traigáis ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traigáis fe, en pública forma, en cómo por corrector por Nos nombrado se vió y corrigió la dicha impresión por su original. Y mandamos al impresor que imprimiere el dicho libro no imprima el principio é primer pliego, ni entregue más de un solo libro con su original al Autor, ó persona á cuya costa se imprimiere, y no á otro alguno, para efeto de la dicha corrección y tasa, hasta que primero el dicho libro esté corregido é tasado por los del nuestro Consejo; y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio é primer pliego, en el cual seguidamente ponga esta nuestra licencia y privilegio, é la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la premática y leyes de nuestros Reinos, que sobre ello disponen. Y mandamos que, durante el dicho tiempo de los dichos diez años, persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprímiere haya perdido é pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere; y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís, la cual dicha pena sea la tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare.

Y mandamos á los del nuestro Consejo, Presidente é Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa y Corte, y Cancillerías, y á todos los Corregidores, Asistentes, Gobernadores, Alcaldes mayores y Ordinarios, y otros Jueces y Justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y señoríos, así á los que agora son como á los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra Cédula; é contra su tenor é forma y de lo en ella contenido no vayan, ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara.

Dada en Valladolid, á veinte días del mes de Hebrero de mil y seis cientos y tres años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor, *Juan de Amezqueta.*—Y signado de los señores del Consejo.

TASA

Yo, Cristóbal Núñez de León, Escribano de Cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose

visto por los señores dél un libro intitulado *Consideraciones Espirituales sobre el libro de los Cantares de Salomón*, compuesto por el Padre Fr. Juan de los Angeles, Descalzo Francisco de la Provincia de San Josef, que con licencia y privilegio se mandó imprimir é imprimió, tasaron cada pliego del dicho libro, en papel, á cuatro maravedís, y á este precio y no á más mandaron que se vendiese, y que esta fe de la dicha tasa se pusiese al principio de cada uno de los dichos libros que así se imprimieren. Y para que dello conste, de pedimiento de la parte del dicho Fr. Juan de los Angeles, y de mandamiento de los dichos señores del Consejo, di esta fe en la villa de Madrid, á veinte y cinco de Noviembre de mil y seis cientos y seis años.—*Cristóbal Núñez de León.*

N. B.—Aquí trae el libro esta nota en cursivas: «Tiene este libro ciento y diez y nueve pliegos, que conforme á su tasa monta catorce reales».

Á LA CATÓLICA, SACRA Y CESÁREA MAJESTAD DE LA EMPERATRIZ NUESTRA SEÑORA, SU HUMILDE SIERVO FR. JUAN DE LOS ÁNGELES DESEA SALUD Y PERPETUA FELICIDAD.

Luego que comencé á escribir este tratado de *Consideraciones sobre el divino Libro de los Cantares de Salomón*, puse mi pensamiento, aunque atrevido, en dedicarle á V. M., así por darle por este camino el sér y autoridad que yo por mi persona no podía, como por la alteza de la materia de que se trata en él. Este pensamiento me acompañó más de cinco años que he gastado en componer y ordenar mis trabajos; pero lleno siempre de cobardía y miedo, representándoseme, juntamente con él, la pequeñez de la obra, por lo que de mí tiene, y la grandeza de V. M., á quien deseaba ofrecerla y dedicarla. En esta perplejidad congojosa, el Señor, que escudriña los corazones de todos y tiene en particular, como dice el Sabio, en su mano y dirección los de los Reyes, tuvo por bien inclinar benignamente el de V. M. á mí, su fiel siervo; y sin hacer caso de merecimientos ni servicios (que de uno y otro me siento falto y pobre), se dignó de poner en mí sus ojos, llenos de clemencia, para hacerme de su casa en ministerio y oficio tan honroso como de Predicador de su Real Capilla. Con esta merced tan aventajada, y prenda de tanta benevolencia y amor, el temor y cobardía desaparecieron, y creció á una el deseo y la confianza, de manera que me determiné de hacer esta dedicación, como lo había pensado y deseado. Y, á la verdad, á V. M sola se debía, así por ser el libro sobre que fundo mi escritura libro de rey sapientísimo, y dedicado al Rey de los Reyes y Señor de los Señores, Cristo, y á su Esposa querida, la Iglesia, como por ser muy excelente y de muy altos misterios y sacramentos, entre todos los canónicos. Libro es que, como dice Orígenes, no podían leer los que no habían pasado de treinta años de edad, así por la reverencia que le tuvieron los antiguos, como por el peligro de los lectores, si no fueran de corazones limpios, humildes y de angélica pureza; porque, como V. M. verá en sus prólogos, trata de los castísimos amores entre Dios y el alma, y de las caricias y regalos que Él, como su Esposo amantísimo, le hace á ella; y de los retornos amorosísimos con que ella pretende agradarle y obligarle á sí. Libro es que el día que se leyó en Jerusalén fué el más festivo y alegre de cuantos se conocieron y celebraron en aquel pueblo. Al fin, por estas y otras razones, esta escritura se debe dedicar á personas reales; y yo, por muchas más en particular, debo dedicarla á V. M.

Lo primero, porque soy suyo, y por el mismo caso lo son mis acciones todas. Lo segundo, porque, si no es acompañada de su real patrocinio, no tendré ánimo para sacarla á luz. Lo tercero, porque á la edad, á la pureza del alma y á la intención y deseos altos de V. M. es debido más que á persona del mundo. Que, como su autor ofreció esta canción de canciones al Pacífico, entendiendo á Cristo, así quiso que lo fuesen los que hubiesen de escudriñar sus misterios. Lean los principiantes el *Libro de los Proverbios*, que para ellos le compuso Salomón; lean los aprovechantes el del *Eclesiastés*, que es libro de desengaños; pero lea V. M. el de los *Cantares*, pues, por la divina clemencia, goza de tanta paz en el alma y en el cuerpo. No quiere Dios de V. M. en este tiempo rigores de penitencias, cilicios y ayunos, porque para estas cosas faltan las fuerzas y el sujeto; lo que quiere es que entrañablemente le ame y se consagre toda á El, lo cual yo pretendo enseñar en este tratado, cuya doctrina toda es espiritual, amo-

rosa, dulce, fácil y segura por la autoridad de los Santos, que la confirma y apoya. Reciba V. M. este pequeño servicio, y perdone mi atrevimiento, si lo es, con tantas prendas de amor. El divino nos ocupe todos, y nos arrebate y transforme en Cristo; el cual guarde á V. M. muchos años, para bien de su Iglesia y ejemplo del mundo, etc.—*Fray Juan de los Angeles.*

Fray Pedro de Montaña, Predicador de la Provincia de San Josef, en loor desta obra.

SONETO

Si allá el de Delfos célebre se hizo
con la acordada y música armonía
que en su vihuela ó cítara se oía,
aunque al rey Midas poco satisfizo:
si Orfeo, con el nunca visto hechizo
de su sonora voz y melodía
las infernales furias suspendía
y remedió lo que después deshizo,
fué todo sombra de tu dulce pluma,
con que, si acaso á Midas no agradares,
le crecerá la oreja y á tí el nombre.
Los tesoros del cielo has puesto en suma;
mueven tu lengua, entonan tus *Cantares*
los ángeles que tienes por renombre.

AL LECTOR

Como para llegar al Sancta Santorum se habían de correr muchos velos y cortinas, porque así convenía á la santidad y gravedad de aquel lugar, así para entrar á ver las riquezas espirituales de este divino libro, con razón llamado *Cantici Canticorum*, se han de descubrir algunos secretos, para la inteligencia dél sumamente necesarios (*a*). «Sicut is qui ingreditur in Sancta, dice Orígenes (Oríg. *in Prologo)*, pluribus adhuc indiget, ut valeat introire in Sancta Sanctorum; eodem modo difficile reperitur, ut qui omnia quæ in Scripturis continentur cantica peragens valeat ascendere ad *Cantica Canticorum*» [1].

En razón desto, trataremos lo primero del título y del autor de este santo libro; lo segundo, de la materia ó tesis dél; lo tercero, del sentido principal; lo cuarto, del estilo; lo quinto, de la calidad del amor de que se habla; lo sexto, de la dificultad de la Divina Escritura; lo séptimo, de los varios accidentes de amor. «Et quicumque voluerit aliqualem habere notitiam eorum, quæ in hoc opere continentur, hæc omnia, ut magna cura vigilantiaque percurrat, rimetur, et consideret, necesse est» [2].

Y no le parezca á ninguno sin fundamento y acuerdo lo que en esta obra hago de juntar las dos lenguas, latina y materna, porque pretendo que de tal manera sea este libro para los hombres doctos, que también alcance á los espirituales, y ninguna cosa dél sea de la comunidad y vulgo. Lo cual se echará bien de ver si se mira el orden de proceder que guardo en todo, porque las consideraciones que pueden ser de importancia para gente religiosa y contemplativa escribo en nuestra lengua, y si alguna cosa de latín se mezcla en ellas, no quita ni interrumpe el hilo de la sentencia; y las cosas que sirven no más que á la exposición ó tienen consigo alguna escabrosidad, vel minus honeste religioseque dici possunt, latino sermone dicuntur» [3].

Y aunque toda esta escritura fuera en la la lengua propia, no trajera ningún inconveniente. Lo uno, porque, como muchos hombres doctísimos han probado, es capacísima para todo cuanto se quisiere escribir en ella, lo cual consta por larga experiencia: que ya

(*a*) N. B.—Los textos latinos irán siempre entre comillas, y cuando haya, en citas de la Sagrada Escritura, puntos suspensivos, indicarán que el autor suprimió algunas palabras. Si hay algunas cambiadas ó añadidas, se imprimirán con cursiva para que el lector pueda rectificarlas por sí mismo sin necesidad de multiplicar las llamadas y notas.

En la traducción de los textos de la Sagrada Escritura nos servimos, con preferencia, de la hecha por el ILMO. D. FÉLIX TORRES AMAT, ed. de P. Riera y Sanz, Barcelona, 1885. Alguna vez adoptamos la del ILMO. P. SCIO, ed. Gaspar y Roig, Madrid, 1852.

[1] No basta llegarse al Santuario para poder penetrar en el *Santa Santorum;* de igual modo, dice Orígenes, aun cuando uno estudie y recorra todos los Cánticos que se contienen en las Escrituras sagradas, no por esto puede entender los misterios en el *Cantar de los Cantares.*

[2] Y todo el que deseare alcanzar algún conocimiento de las cosas que en él se encierran, es necesario que con gran cuidado y diligencia repare, examine y considere todas estas cosas.

[3] O se han de expresar, al parecer, con menos decoro y piedad, las escribo en lengua latina.

toda la Lógica, Filosofía y Teología Moral, Casos, Leyes, Sermones, Salmos y Cuestiones muy teólogas andan en ella. Lo otro, porque lo dificultoso y profundo no lo alcanzan los romancistas aunque lo lean en romance. ¿Y, por ventura, merece menos la lengua española que la hebrea, griega, caldea y latina, para que lo que en aquéllas se ha escrito por sus naturales no se escriba y goce en ésta? Allégase á esto el deseo que yo he tenido de ser provechoso á los lectores, desobligándolos de tener dos atenciones en lo que leen, y dándoles á entender las cosas con propiedad, con pureza y casto lenguaje. Y yo sé cierto que ninguno se ofenderá dél, si no fuere que de todo saque ponzoña, como lo saca de las flores medicinales la araña, y los herejes, la muerte, del Evangelio y Sacramentos de vida (*a*). «Christi enim bonus odor *hic* sumus Deo... aliis *fortasse* odor mortis in mortem, pluribus tamen odor vitæ in vitam», sicut dicit Apostolus *(II Corint.*, II, 15-16) [1].

También se ha de advertir que casi todo el latín va salpicado de romance, con [el] fin de declarar más la fuerza de cada palabra; y á los que saben una y otra lengua les ha de deleitar mucho esta variedad, porque, ayudándose ambas, explícase mejor el concepto y entra más en provecho lo que se lee. Recibe mi buena intención, lector cándido, y estos dos capítulos primeros en esta forma; que si pareciere conveniente mudar de estilo en los que quedan acabándose lo haremos con gusto. *Vale, et ora pro me.*

Eruditissimo ac religiosissimo Patri Fratri Ioanni de los Angeles, Franciscano, primitivæ Observantiæ, Provintiæ sancti Ioseph Provinciali Ministro, Imperiali Concionatori, Regalis, ac celeberrimi Monasterii Matritensis ejusdem Ordinis Monialium a sacris confessionibus, Ioannes Molina, Theologus Doctor, et Cæsareæ atque Catholicæ Majestatis Capellanus, S. P. D. [1].

Plurimum tibi debere me fateor, Pater gravissime, multis nominibus mihi venerande, quod librum manuscriptum, nuper a te compositum, super *Canticum Canticorum* Salomonis, ac prælo jam paratum, prius mihi (ea est tua in me benevolentia) legendum tradideris: legi atque perlegi avidissime, summaque cum animi voluptate. Nam, præter variam lectionem, admirabilem sacrarum litterarum peritiam, venustum et elegantem dicendi modum, variarum expositionum e penetralibus divinæ Scripturæ, ac sacrorum Patrum, uberem segetem, eloquium castum, inter amatoria colloquia, mirum in modum in eo splendet. Licet, enim, Spiritus Sanctus castissimum ac purissimum hoc in libro scribat amorem, quo Christus Sponsam suam, sanctam atque Catholicam Ecclesiam, seu membra ejus, et Ecclesia ipsa vicissim Sponsum suum diligit; cum tamem verborum superficies affectus et verba carnalis amoris præ se ferat, desideria, suspiria, languores animi, amplexus, oscula, ventrem, ubera, collum pulchrum, gratos oculos, et cætera hujusmodi, difficile est in sin-

(*a*) Repárese en estas razones que aduce el P. Angeles. En ellas encontrará el lector sobradamente justificado el proceder que seguimos en esta edición, dando traducidos en castellano aquellos pasajes que él dejó en latín.

[1] «Porque somos buen olor de Cristo en este libro; para otros, tal vez olor de muerte, que los mate; pero para muchos, olor de vida, que los resucite», como dice el Apóstol.

[1] «*Juan Molina, teólogo, doctor y capellán de la Cesárea y Católica Majestad, saluda afectuosamente al eruditísimo y muy devoto Padre fray Juan de los Angeles, franciscano de la primitiva observancia, Ministro Provincial de San José, Predicador imperial y Confesor del real y celebérrimo monasterio de Monjas de la misma orden en Madrid.*

Grandemente obligado le quedo, Padre muy reverendo, y para mí por muchos conceptos venerable, por haberme entregado, para que los leyese antes que nadie, los borradores del libro que habías compuesto sobre el *Cantar de los Cantares,* de Salomón, y ya preparado para la imprenta; ¡á tal punto llegan tus deferencias conmigo! Lo leí, pues; lo devoré desde la primera hasta la última hoja, no sólo con mucho afán, sino con la mayor complacencia del alma; porque, además de la erudición copiosa y variada, maravillosa pericia en las Sagradas Letras, galano y elegante modo de decir y de la multitud de diversas exposiciones sacadas de los tesoros de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, campea en él maravillosamente un lenguaje casto y honesto al expresar pláticas amorosas. Pues si bien es cierto que el Espíritu Santo pinta en este libro el castísimo y muy puro amor con que Cristo ama á su Esposa

gulis verbis servare decorum. Hoc tu tam egregie, in tuis selectis considerationibus, præstitisti, ut ejusdem divini Spiritus donum plane possis agnoscere, qui dedit sermonem compositum, rectum, et bene sonantem in ore tuo, quo posses sacrosantum, ac divinum Canticum, in quo tot, imo (ut verius dixerim) multo plura sunt mysteria, quam verba, congruo, et decenti, sermone explanare; et mel de petra, oleumque de saxo durissimo, id est, de litteræ cortice suaviter elicere, spicas manibus confricare, et medullam, magna cum suavitate edendam, Ecclesiæ Christi fidelibus proponere. Quare, ut talenti tibi a Deo optimo maximo traditi rationem redderes, æquum fuit studiorum tuorum tam utiles lucubrationes publica luce donare, ut sicut viva voce Evangelium Dei, vere Apostolico pectore, prædicas, sic scriptis tuis longe lateque diffundas. Agnosco non esse mediocritatis meæ, vel eas quæ in te elucent virtutes, vel operis tam eximii præstantiam debitis laudibus efferre: hoc unum (meo iudicio) earum cumulum absolvit, quod Sacra ac Cæsarea Majestas Imperatricis Dominæ nostræ (cujus et insignis pietas, et integerrimæ, atque sanctissimæ vitæ exempla præclara toto terrarum orbe refulgent) te sacris concionibus regii sui Sacelli præfecerit: quod Religionis, probitatis, scientiæ, maturitatis, gravitatisque tuæ non obscurum est argumentum. Ego nihil amplius addam: at illud unum, beneficii memor, iterum fatebor ingenue me tibi, quod tam insignis libri, et Cæsareæ Majestati dicati mihi copiam feceris, parem gratiam refferre non posse; sed habeo saltem, ita ut prioris officii partes re potius tibi, quam studio, et voluntate concedam. Bene vale, observantissime Pater, et inchoatum, felicibus auspiciis, præclarum opus perfice, ut totus *Canticorum* liber tuis Commentariis illustratus in publicum tamden prodeat.

Matriti, 16 die Januarii anno a partu Virgineo 1603.

(N. B. — Tras esta epístola encomiástica siguen: *Tabla de las cosas notables de este libro,* 9 hojas, y un *Index locorum sacræ Scripturæ,* 18 hojas, que otros ejemplares llevan al fin del libro. Aquí se omiten por no creerlos necesarios.)

---

la Santa y Católica Iglesia, ó sea á los fieles, á la vez que la fidelidad con que la Iglesia corresponde a amor de su Esposo; esto no obstante, como en la corteza exterior las palabras parecen sonar á amor carnal, hablándose de deseos, suspiros, languideces de alma, abrazos, besos, seno, regazo, cuello esbelto, ojos graciosos y otras cosas á éstas semejantes, es difícil guardar el debido decoro en cada una de las frases. Ahora bien; tú has logrado esto con tal perfección en tus comentarios escogidos, que puede claramente reconocerse como una gracia especial del mismo divino Espíritu que haya puesto en tu boca palabras limpias, propias y bien sonantes, para que pudieras exponer el sacrosanto y divino cantar en que tantos misterios se encierran (mejor podría decir que tiene más misterios que palabras) con lenguaje propio y honesto, y sacando suavemente para los fieles de la Iglesia miel de la piedra y aceite de l a durisima roca; esto es, pasando de la corteza de su letra, desgranar con tus manos las espigas y darles á gustar, con gran contentamiento suyo, medula espiritual que entraña.

Por esto, para dar á Dios buena cuenta del talento que te concedió, fué muy justo sacar á luz pública os frutos tan provechosos de tus estudios, para que, así como con palabra elocuente predicas el Evangelio de Dios, á modo de celoso apóstol, así también se difundan tus enseñanzas con tus escritos por todo el mundo. Comprendo que no pertenece á mi humilde persona encarecer con encomios ni las virtudes que en tí resplandecen ni la importancia de esta obra tuya; pero sí diré una cosa, que, á mi parecer, es cifra que todo lo compendia: que la Sacra y Cesárea Majestad de la Emperatriz nuestra señora, cuya insigne piedad y ejemplos de vida intachable y muy santa brillan en todo el mundo, te ha nombrado primer predicador de su real capilla, lo cual es prueba nada equívoca de tu virtud, probidad, ciencia, madurez y prudencia. De mi parte, sólo añadiré, como agradecido al beneficio, que, no pudiendo darte las debidas gracias por haber puesto á mi disposición libro tan excelente, dedicado á la Católica Majestad, creo de mi deber prestarle mi apoyo y patrocinio con el más vivo y eficaz interés.

Pásalo bien, muy amado Padre, y acaba la obra excelente que has empezado con tan felices augurios, para que salga á luz pública todo el libro del *Cantar de los Cantares,* ilustrado con tus comentarios.

En Madrid, 16 de Enero, año del Nacimiento de Cristo, 1603.

PREÁMBULOS

PRÆLUDIUM I

De titulo hujus sanctissimi ac divinissimi Libri [1].

El fin y blanco de toda la Escritura santa y divina es que sea Dios honrado y servido con perfeción (Ita Paul., *II Tim.*, III, 16). Este fruto se saca maravillosamente de los libros que Salomón compuso, por la extremada sabiduría suya de que fué dotado, y excelente sobre todos los escritores. El principal lugar en sus obras tiene este libro santo, el cual, por su grande suavidad, artificio y elegancia, justamente se llama *Canticum Canticorum;* id est, electissimum canticum, et mysteriis refertum et fecundissimum [2].

Dícese cántico, del verbo *cano*, porque el autor, como órgano especial de Dios, canta en él con artificio admirable y amatorio aquellos soberanos accidentes de amor que sufren los amadores de Dios en el tiempo que peregrinan en este mundo, y juntamente los desseos, soliloquios, suspiros y gemidos que acompañan y siguen esta su peregrinación. Lo cual todo se puede particularmente contemplar en el ánima del Apóstol San Pablo [a] (*Rom.*, VII, 24; *Philip.*, III, 20; *Galat.*, II, 20), ya con ansias mortales de salir de la carne corruptible; ya gimiendo dentro de sí misma con las demás criaturas; ya conversando en los cielos, avencidada en la tierra; ya muriendo á sí misma y viviendo á Cristo.

Platón (in *Phæbeo,* circa finem), disputando de dos maneras de amor, esto es, del de Dios y del de el cuerpo, afirma que son mucho mayores los amores de los que aman á Dios que los de los amadores de los cuerpos. Y San Dionisio dice (Dionys, lib. de *Div. Nomi.*, c. IV, p. 1) que con grande propiedad acomodaron los doctores sagrados este vocablo «amor» á las cosas divinas, porque, según razón, sólo Dios es digno de ser amado de amor verdadero, y que el vulgo no es capaz deste secreto. Y assí, aunque la Sagrada Escritura atribuye á Dios el amor, los hombres vulgares luego se resbalan y declinan al de los cuerpos, que no es amor verdadero, sino imagen dél tan solamente. Lo que conviene, pues, es que de las cosas sensibles subamos

El amor de los cuerpos propiamente hablando no se puede decir amor. El de Dios y de las cosas divinas, sí.

(a) Hemos variado el orden en que el impreso trae estas citas, poniendo en último lugar la de *Galat.*, II, 20, é intercalando la de *Philip.*, por exigirlo así la exactitud que en ellas queremos seguir. Debemos advertir á este propósito que ni aquí ni en ningún otro lugar de los innumerables en que el P. Angeles aduce textos de la Sagrada Escritura, cita el versículo, sino sólo el capítulo. Esto, por una parte, y por otra, el encontrar que algunas de estas referencias no corresponden á la división actual de la Vulgata, nos persuade de que el Códice ó texto que tuvo presente al escribir estos *Comentarios*, fué alguno de los muchos que estaban en uso en su tiempo, en los cuales no se había introducido aún la división en versículos del texto de la Sagrada Escritura. Sabido es que hasta el siglo XIII, en que la adoptó el cardenal Hugo, ni siquiera se conocía la distribución en capítulos; y en el XVI empezó á usarse la subdivisión de éstos en versos. Hasta el año 1590 y 1592 no aparecieron las ediciones de la Vulgata, corregidas á tenor del decreto del Concilio de Trento y hechas en Roma por los Sumos Pontífices Pío IV, Pío V y Sixto V la primera, y por Clemente VIII la segunda. Nosotros hemos suplido aquí estas deficiencias, corrigiendo la cita de los capítulos cuando no corresponde la que trae el impreso á la de la Vulgata, y añadiendo la de los versículos para acomodarnos así al uso corriente en esta materia y para facilitar el trabajo á nuestros lectores.

[1] *Preludio I.*—Del título de este santísimo y divinísimo libro.

[2] *Cantar de los Cantares;* esto es, cántico muy scogido, lleno y preñado de misterios.

á las inteligibles, y de la imagen del amor verdadero subamos al amor de Dios, para que desta manera, como por grados, merezcamos ver aquello que de suyo y por sí es hermoso. (Lege Alcimum, lib. de *Doct. Platonis*, cap. V). El fin, pues, principal de Salomón en este libro es, por esta semejanza de amor entre dos amantes, llevar como de la mano nuestras mentes (especialmente de los hombres píos) al amor de Dios y de las cosas divinas. Lo cual no es más que encender en nosotros aquel fuego santo que vino Cristo á pegar en la tierra, y quiere y desea que siempre arda.

Fin de la Santa Escritura, cuál.

Y digo que es el fin de la divina Escritura, y particularmente deste libro, porque, de parecer de todos los teólogos, en la caridad consiste la perfeción del hombre, como diremos más largamente en otro lugar. Pero dejando esto y volviendo al título del libro, los griegos y latinos lo ponen de plural, y de singular los hebreos; los primeros, *Cantica Canticorum Salomonis;* los segundos, *Canticum Canticorum Salomoni*, y aunque en lo sustancial no hay diferencia, porque en ambas inscripciones se declara el nombre del autor ó escritor y la excelencia del cántico, en lo accidental difieren, y no sin causa. Accidental es decir *Cantica* ó decir *Canticum*, y decir *Salomonis* en genitivo ó *Salomoni* en dativo. La primera dificultad es cosa fácil desatarla, porque los hebreos consideraron todo este libro como una canción de canciones ó cántico de cánticos; de manera que, siendo uno, encierre muchos, como el mandamiento del amor, que á veces se llama uno y á veces muchos; uno, como lo notó San Gregorio, en la raíz; muchos, en los ramos de las obras. Los griegos y latinos tuvieron atención á los diversos motetes y canciones que en él se encierran, y dijeron, en plural: *Cantica Canticorum.*

Pero ¿qué diremos á la segunda dificultad: que los latinos y griegos dicen *Salomonis*, y los hebreos dicen *Salomoni?* Los que dicen *Salomonis* dan por escritor deste libro á Salomón, profeta; los que *Salomoni*, no le dan autor, sino dedícanle todo á Salomón, y parece que dicen con esto que él es el fin y blanco desta escritura, y, por consiguiente, que no hay en ella misterio ninguno ni sacramento de los que vamos buscando. Lo cual es un absurdo bravíssimo y herejía diabólica, porque es libro canónico y divino. Sic diffinitum est in Conc. Nizen. (Conc. Nizen. y 6 Sínodo Gen., can. 59, et Conc. Carthag., 3, et Florentin., decre. 6, et Trident., sess. 4). Alégase (*a*) á esto la acordada voz y conforme de todos los santos y doctores latinos y griegos, que todos confiessan ser libro sagrado y profético. Eusebius Cessariensis (lib. III *Eccles. Historiæ*, cap. X et XXIV et XXV, et lib. IV, cap. XXVI); Epiphan. (lib. *De Mensuris);* Aug. (lib. II *De Doctrina Christiana*, cap. VIII, et lib. XVII *De Civitate Dei*, cap. XX); Rufinus (in *Expositione Simb. Apostol.*), et Athanas. (in *Sinopsi);* Rabi Moys. Ægiptius (lib. II *More*, cap. XLV: *De gradibus profetiæ)*, asserit, eodem prorsus spiritu conscriptum fuisse hunc librum a Salomone Rege, quo pater ejus David composuit psalterium (*b*). Lege Burgensem (I part. *Scrutinii scripturarum*, dist. 20, cap. IV), que allí llama divino y profético este libro, y de Cristo y la Iglesia.

Rugero, famoso teólogo (en un opúsculo *De libris canonicis*), afirma que sin ninguna duda fué Salomón profeta escribiendo los *Cantares;* y la translación caldáica le intitula desta manera: *Liber Canticorum Salomonis prophetæ.* Esto así assentado y seguro, sin haber lugar de duda, respondemos á la dificultad del dativo: que los hebreos que le pusieron quisieron decir que este libro se dedicaba á Cristo, cuya figura expresa tiene Salomón, como el mismo Cristo lo dijo por San Mateo (*Math.*, XII, 42): «Et ecce plusquam Salomon hic» [1]. Y en muchos lugares deste libro trasladan los intérpretes, por Salomón, Pacífico, mirando á Cristo, que es el blanco desta Escritura, y el Pacífico y Pacificador por excelencia. De manera que los que ponen en genitivo á Salomón le hacen autor deste libro; los que en dativo, se le dedican á Cristo, como

(*a*) En otros lugares, como en la columna 1.ª, de la pág. 7, dice el P. Angeles *allégase*, y lo mismo más adelante: aquí se lee *alégase*, en el mismo sentido: antiguamente estaban en uso ambas formas.

(*b*) La mayor parte de este texto son citas de autores, y sólo hay una sentencia del Rabí Moisés, egipcio, que afirma, en los *Grados de profecia*, que el rey Salomón escribió este libro con el mismo intento y espíritu con que su padre David había compuesto el Salterio.

(1) «Aquí tenéis quien es mayor que Salomón.»

le dedicó su Padre el *salmo 44*, diciendo: «Dico ego opera mea Regi»; id est, Christo ([1]). Quid est, ergo, *Canticum Canticorum Salomonis?* Que de todos los que Salomón compuso, que, como consta del tercero libro de los *Reyes* cap. IV, 32, et *Eccl.*, cap. IV (*a*), fueron muchos, éste se lleva la gala, es el mejor y de mayores excelencias.

Y no sin grande providencia, habiéndose perdido los demás cantares, quedó este sólo, para sinificar en alguna manera las grandezas del divino Amor para con su Iglesia, y de la Iglesia, su Esposa, para con Cristo, Esposo suyo. San Atanasio (in *Sinopsi Divinæ Scripturæ)* dice que éste es la suma y cifra de todos los demás cantares divinos, y que no se ha de esperar otro. Orígenes (in *Prólogo super Cantic.)* llama cantares á las profecías que tratan de la venida de Cristo, las cuales cantaba la Esposa, pequeña y niña, y que esperaba á su Esposo; pero éste, dice él, es cantar de cantares, el mayor de todos y el que los abraza á todos, y ofrecido á la Esposa, ya en edad perfecta y presente el desposado. «Tanto sublimius, inquit Gregorius, est hoc canticum quanto in nuptiis sublimioris Regis, id est, Christi, Filii Dei, offertur» ([2]).

Alabando Rabí Selomoh esta canción y motete divino, refiere una glosa que dice así: «Nunquam talis dies illuxit, atque is quo traditus est Israeli liber *Cantici Canticorum*. Omnia n[ostra] hagiographa, sancto quidem respondent: *Canticum vero Canticorum*, Sancto Sanctorum respondet. Solent autem Hebræi duplicatione ejusdem vocis præsentiam (*b*) rei significare, ita ut primum sit in nominativo, secundum in genitivo. *Cœli cœlorum;* id est, summum et supremum; *sæculum sæculi*, vel sæculorum; id est, æternitas; *vanitas vanitatum;* id est, summa vanitas; *Sanctum Sanctorum;* id est, sanctissimum omnium: sic *Canticum Canticorum;* id est, præstantissimum canticum». «Ego dixerim, hoc *Canticum* appellari *Canticorum* non comparatione ad canticum illud *Magnificat;* [hoc] est enim præstantissimum omnium, tam veteris, quam novi Testamenti» ([1]). Orígen. *(hom. I in Cant.);* Euthim. *(Comment. in Psal. 9);* Bern. *(Serm. I);* Greg. Nissen. *(Oratione in Cantic.)* et multi alii. Por esto y por su dificultad, y aun por la materia de que trata, como diremos en otra parte, Orígen. *(Proœmio in quatuor homili.);* Gregor. Nazianc. *(in Apocal., et Orati. 21 de Modestia*, in fine); Hieron. *(Proœ. ad Eustoch.);* Prosp. (lib. III de *Vita contempl.*, cap. VI), et Bern. *(serm. I in Cant.)*, *Canticum Canticorum* appellari affirmant ([2]).

(*a*) Esta cita del *Eclesiastés*, que aparece en el impreso, debe leerse: *Eccli.*, XLVII, 18.

(*b*) Así dice el impreso; pero debe leerse *præstantiam*. Entre las *erratas* corregidas en la primera edición no se encuentra ésta.

([1]) «Yo consagro mis obras al Rey»; esto es, á Cristo.

([2]) «Este cántico es tanto más sublime, dice San Gregorio, cuanto se modula en las bodas del Rey más alto; esto es, de Cristo, hijo de Dios.»

PRÆLUDIUM II

De subiecto, vel thesi, aut materia hujus libri ([3]).

Cuál sea el argumento deste libro y la materia de que en él se trata, si de lo que habemos dicho no se puede colegir en particular, colegirse ha á lo menos ser cosa divina, misteriosa y llena de sacramentos; porque con espíritu profético lo trazó y ordenó Salomón, y es libro canónico y sagrado y no profano, como lo mintieron con bocas sacrílegas los anabatistas, Lutero y algunos rabinos. Los primeros afirmaron que este libro es vulgar y amatorio, y que trata de los amores que tuvo Salomón con la hija del rey Fa-

([1]) «Nunca amaneció día tan hermoso como aquel en que se entregó á Israel el libro del *Cantar de los Cantares*. Todos nuestros escritos sagrados se refieren á *algo santo;* pero el *Cantar de los Cantares* pertenece al Santo de los Santos. Acostumbran los hebreos indicar la excelencia de una cosa repitiendo la misma palabra; de modo que primero está en nominativo y luego en genitivo. *Cielo de los cielos*, esto es, el cielo más alto y supremo; *siglo de siglo ó de los siglos*, es decir, la eternidad; *vanidad de vanidades*, quiere decir una grandísima vanidad; *santo de los santos*, esto es, lo santísimo entre todo lo santo: de esta manera se dice éste *Cantar de Cantares;* es á saber, cantar excelentísimo». «Yo diría (parece que habla el Padre Angeles) que se llama *Cantar de Cantares*, excluyendo la comparación con el cántico *Magnificat*, porque éste es el más excelente de todos, así del Viejo como del Nuevo Testamento.»

([2]) Dicen que se llama *Cantar de Cantares*.

([3]) *Preludio II.*– Del sujeto, ó tesis, ó materia de este libro.

razón, ó de la Abisag Sumanite (*a*), de que aquí se hace mención en el capítulo sexto. Esta es blasfemia, y sentimiento, al fin, de herejes que no temen á Dios ni se avergüenzan de los hombres. Philastrius (in lib. *Adversus omnes hæreses*, cap. CXXXIII y CXLVII), inter innominatos hæreses (*b*), recte enumerat eas omnes quæ vel reprobaverunt hoc Salomonis *Canticum*, vel putaverunt tantum agi de amore humano. Quod etiam refert Sixtus Senensis (lib. VIII, *Bibliotheca hœresi*, 8) (¹).

San Teodoreto llama esta opinión desatinada y perniciosa, y confútala con razones. La primera y más fuerte es por ser el autor deste libro el Espíritu Santo, cuyo fruto es continencia, modestia y castidad (*Ad Galat.*, V, 23). La segunda, de que ninguno de los Padres griegos y latinos aprobaron este argumento, antes lo tuvieron por disparate, y por negocio de chocantes y burladores más que de hombres de razón y doctrina. La tercera razón se toma de la excelencia deste libro santo, que, según todos, es excelentísimo sobre los que compuso Salomón, y no lo fuera si en la materia no excediera á los demás. La cuarta, de las muchas cosas que aquí se dicen, que por ningún caso pueden convenir ni á la hija de Faraón ni á la Sunamítide. Si no, díganme los curiosos y fieles apreciadores de las cosas: ¿qué alabanza fuera decir Salomón de su amiga que tenía la cabeza ancha como el monte Carmelo; los ojos como los estanques grandes de Hesebón; los cabellos como rebaño de cabras que suben del monte de Galaad; la nariz como la torre del Líbano que mira á Damasco; las mejillas como pedazos de granada; los labios como venda de seda colorada; los dientes como hato de ovejas tresquiladas y lavadas, y cada una con dos corderos; la lengua dulce como miel y leche; el cuello como torre de marfil, edificada con sus almenas; la garganta como precioso vino; los pechos como dos cabritos mellizos; el vientre como montón de trigo cercado de lilios; las manos como dos bolas de torno doradas, etc.? ¿Qué mayores disparates se pueden decir en el mundo que éstos, ni más para risa y mofa, si Salomón los dijera ó de la hija de Faraón ó de la Sunamítide?

Pues veamos los lugares para donde convida este gran rey á su querida: á los huertos, á los montes, á las cavernas de las piedras ó rocas, á las majadas de los pastores, á las cuevas de los leones y de los tigres. Y los regalos que la hace para aficionarla, ¿cuáles son? Coger granadas, guardar las manzanas nuevas y del año pasado, entrarla en la bodega del vino, ofrecerla mirra y encienso, y otras cosas á este tono. ¡Oh, necios y insensatos herejes, si ya no digo blasfemos!, ¿qué tienen que ver estos disparates con el saber de Salomón, si á la letra y de amores profanos se hubiesen de entender? Luego místico es lo que aquí se trata. Ita Thomas: «Salomon, inspiratus divino Spiritu, composuit hunc libellum de nuptiis Christi et Ecclesiæ, et quodammodo Epithalamium fecit; id est, canticum super thalamos». Orig. (homil. 1): «Hæc, inquit, quæ in *Canticis* a Salomone propheta tractantur, nisi spiritualiter quodammodo intelligantur, nonne fabulæ sunt?; nisi habeant aliquid absconditi mysterii, nonne indigna Deo sunt? Necesse est igitur eum, qui divinas Scripturas audire et nosse desiderat, omni labore con-

(*a*) *Sumanite*, dice aquí el P. Angeles, refiriéndose precisamente al cap. VI del *Cantar de los Cantares*. En el texto latino de la *Vulgata* se lee *Sulamitis*, palabra que los Expositores traducen generalmente por *Sulamitis*, y algunos, aunque pocos, *Sunamitis*. Para los doctos en la Sagrada Escritura no es necesaria esta explicación, que hacemos, no obstante, en gracia exclusivamente de los que no lo son. «*Sulamitis*, dice el Ilmo. P. Scío, en la nota 12, pág. 172 del tomo VII, edición de P. Riera y Sans, Barcelona, 1885, y no *Sunamitis*, como se lee en los *Setenta*, es derivada de *Schelemoh*, Salomón, pacífico, feliz, augusto; y así *Schulamit* quiere decir que pertenece á Salomón ó al pacífico; esto es, esposa de Salomón ó pacífica, feliz, augusta.» Que el P. Angeles diga en este lugar *Sumanite* lo creemos error tipográfico, en lugar de *Sunamite;* como más abajo escribe *Sunamitide*, castellanizando sin duda las palabras *Sulamitis* ó *Sunamitis*, que se leen en los diversos textos latinos de la Biblia

(*b*) *Hœreses*, en lugar de *hœreticos*, como se infiere del contexto; en cuyo caso *eas* omnes *quæ*, deben leerse *eos* omnes *qui;* de lo contrario *innominatos* está en lugar de *innominatas*. Es preferible la primera de estas correcciones.

(¹) Filastrio, en el libro *Contra todas las herejías*, con razón cuenta entre los herejes no conocidos, tanto á los que rechazaron este cántico de Salomón como á los que pensaron que en él se trata de un amor humano. Y lo mismo siente Sixto Senense en el libro 8 de la *Biblioteca de las herejías*.

tendere, ut non juxta carnem et sanguinem conversetur, sed spirituali cupidine et amore accendatur, quo spiritualium arcanorum dignus fieri possit». D. Gregor. (*Prólogo*): «Sic debemus, etc.» [1].

El perversísimo Lutero afirma que este libro es un coloquio artificioso entre Salomón y la república hebrea, cuyas alabanzas aquí se cantan. Algunos hebreos dicen ser alguna conversación discreta entre Salomón y la Sabiduría, como la de Filón y Sofía, de que trata León Hebreo en sus *Diálogos de Amor;* y fúnda[n]se en lo que se escribe (*Sap.*, VIII, 2): «Et amator factus sum formæ illius», scilicet sapientiæ [2]. Ni lo uno ni lo otro tiene fundamento ni verdad.

La materia, pues, proprísima y de que todo el coro de los santos testifican, y en que convienen, es de las bodas que el Hijo de Dios descendiendo del seno del Padre, celebró con la humana Naturaleza, juntándose en essa forma con la Iglesia espiritual y corporalmente, y enriqueciéndola, como á carísima Esposa suya, con innumerables dones del cielo. Y eso mismo David, su padre, cantó muchos años antes en el *salmo 44*, á donde hace mención de rey y de reina y de otras muchas cosas de que se trata en este nuestro epitalamio. Ita Paul. Burg. Episc. (I part.).

Los católicos escritores convienen en que es uno el argumento deste salmo y de los *Cantares.* Y deste particular escribe San Jerónimo muchas cosas sobre el capítulo I del *Eclesiastés*, adonde muestra el número, orden y razón de los libros de Salomón. Allí dice que tuvo tres nombres muy especiales, conviene [á] saber: «Salomon, concionator, amabilis Domino» [1], y que conforme á ellos escribió tres libros: el de los *Proverbios*, para pequeños; el del *Eclesiastés*, para aprovechados; el de los *Cantares*, para varones perfectos y consumados en toda virtud. «Nisi enim, ait, prius vitia relinquamus, non possumus dicere: osculetur me osculo oris sui» [2]. La misma sentencia tiene San Basilio *(Homil. 12,* in principio, *Proverbiorum)*, cuyas palabras son: «*Canticum Canticorum* animæ perfectionis modum demonstrat: Sponsi namque et Sponsæ concordiam continet, hoc est, cum Deo Verbo animæ amicitiam et familiaritatem» [3]. Sic Greg. Nisse., *oratione I in Cantic.;* August., in multis locis, precipue in *Speculo,* tom. 4; Andreas Cretensis, in lib. *De Dormitione Deipar.;* Apponius, in *Cantica;* Rupertus, in lib. VII *De gloria Trinitatis* entienden este libro santo de la Virgen y de su Hijo, como del miembro más principal de la Iglesia, y muchas cosas hay en él que para sola ella parece que las dictó el Espíritu Santo. San Gregorio, San Bernardo, Ricardo de San Victore, Vercellense, Hugo y otros contemplativos le interpretan del ánima perfeta, y dicen cosas altíssimas y espiritualíssimas, y dignas de ser puestas en este estilo y lenguaje, que se puedan gozar de los que tratan de perfeción y aspiran á ella. Este es mi principal intento en estos *Comentarios,* aunque precuro no olvidarme de la Iglesia y Cristo, su Esposo, que, como queda probado, son el sujeto principal deste libro.

PRÆLUDIUM III

De hujus libri divini potiori et principali sensu, qui communiter a doctoribus litteralis nuncupatur; et de numero sensuum Sacræ Scripturæ [4].

Doctísimamente y en breves razones declaró el maestro Fr. Luis de León (en el pró-

---

(1) Santo Tomás discurre de esta suerte: «Salomón, inspirado por el divino Espíritu, escribió este libro de las bodas de Cristo y de la Iglesia y, en cierto modo, compuso un epitalamio; esto es, un cántico para festejar este místico desposorio.» Añade Orígenes: «Estas cosas que Salomón, profeta, platica en sus *Cánticos,* si no se entienden de un modo espiritual, ¿qué son, por ventura, más que fábulas? Si no encierran algún misterio escondido, ¿son, acaso, dignas de Dios? Luego necesario es que quien desea oir y conocer las divinas Escrituras, procure con gran cuidado no proceder según la carne y sangre, sino animado de deseo y amor espiritual, para que se haga digno de penetrar los arcanos espirituales.»

(2) «Y quedé enamorado de su hermosura, á saber, de la hermosura de la sabiduría.»

(1) «Salomón, predicador y amado del Señor.»

(2) «Porque si primero (escribe este santo) no dejamos los vicios, no podemos decir: béseme con el beso de su boca.»

(3) «El *Cantar de los Cantares* manifiesta los grados de perfección del alma, porque describe el amor del Esposo y de la Esposa; esto es, la amistad y familiaridad del alma con Dios mediante el Verbo».

(4) *Preludio III.*—Del más soberano y principal

logo de sus *Comentarios)* cuál sea el principal sentido deste libro y el que principalmente debemos buscar, considerando primero la naturaleza de las cosas debajo de las cuales le encubrió el Espíritu Santo. Porque si esto no se hiciesse de antemano, en lugar de hallar la verdad, hallaríamos intolerables errores y absurdos grandíssimos. Hanse de examinar diligentemente las palabras metafóricas y translaticias, de donde se sacan las semejanzas, porque ninguna está ociosa ni impropia, sino muy á propósito y llenas de misterio.

Dice, pues, este doctor que aquí se deben considerar dos sentidos; conviene á saber: el que hacen las palabras que pronunciadas recibe el oído ó se representan á la vista escritas, y la sentencia que debajo dellas se encierra, y que para sinificarla se instituyeron. El primero sentido se llamará *gramatical*, ó histórico, ó dragmático; el segundo, esto es, la sentencia escondida, *literal.*

Para mayor inteligencia (que al fin esto de sentidos en la divina Escritura es dificultosíssimo) se han de notar algunas cosas, á mi parecer importantíssimas en esta materia. Lo primero, que el sentido de la Escritura santa en dos maneras es partido: en *histórico*, que comúnmente llamamos literal; en *espiritual*, místico y secreto.

El sentido histórico es el que quiere el autor sinificar primera y principalmente, lo cual hace, ó con palabras propias, ó translaticias, ó metafóricas. Propias son éstas: «Honora patrem tuum, et matrem tuam, ut sis longævus super terram» (*Math.*, XV) ([1]). Translaticias son aquellas de Ezequiel (*Ezech.*, XVII, 3): «Hæc dicit Dominus: Aquila grandis magnarum alarum, longo membrorum ductu, plena plumis et varietate, venit ad Libanum et tulit medullam cedri» ([2]).

¿Cuál es el sentido histórico de estas palabras? No, por cierto, el que se ofrece luego al oído, sino el que debajo dellas quiso sinificar el Espíritu Santo; conviene á saber: el rey Nabucodonosor, que en aquel tiempo se aventajaba á los demás reyes, como el águila á las demás aves; que con sus vitorias se apoderó casi de todo el mundo y le cubrió con alas, vino á la nobilíssima ciudad de Jerusalén (sinificada en el monte Líbano por su excelencia) y llevóse lo más precioso y de estima que había en ella, y eso es *medullam cedri.* A este tono se han de entender muchos lugares de los profetas y de todo el *Apocalipsi.*

El sentido espiritual es el que se funda y apoya en la historia y la tiene como por fundamento. Y es de tres maneras. Si la historia es del Testamento viejo y sinifica alguna cosa que después se efetuó en el Testamento nuevo, propiamente se dice *alegoría.* «Petra autem erat Christus» (*I Corint.*, X, 4) ([1]) y lo del mar y la nube, que sinificaron el bautismo y la muerte de Cristo. Pero si la historia y lo que se trata en ella se acomoda á las costumbres, el sentido se llama moral.

El tercero sentido se dice anagógico, de un verbo griego que sinifica *ser llevado á lo alto*, porque nos lleva á la bienaventuranza. Este sentido no se halla siempre en la Sagrada Escritura, ni es tan ordinario el buscarle como el moral ó tropológico. «Lauda, Hierusalem, Dominum; lauda Deum tuum, Sion» *(Salmo 147)* ([2]). La letra ó historia es de la Jerusalén terrena; el sentido místico, anagógico, de la gloria soberana. Algunos autores graves usan indiferentemente destos términos: *Spiritualis*, *mysticus*, *tropologicus;* y es de consideración que muchas veces se halla historia sin sentido espiritual, pero nunca éste sin historia, como se hallan conchas mari-

---

significado de este libro divino, que los doctores llaman comúnmente sentido literal, y de las diversas clases de sentido ó interpretación de la Sagrada Escritura.

([1]) «Honra á tu padre y á tu madre para que vivas largos años sobre la tierra.»

(Este texto, según le cita el P. Angeles, está en el *Exod.*, XX, 12. *S. Math.*, en el lugar citado, c. XV, 4, se refiere ciertamente á este precepto del *Exodo;* pero sólo cita estas palabras: *Honora patrem et matrem.*)

([2]) Así habla el Señor Dios: «Una grande águila, de grandes alas y de miembros muy extendidos, poblada de plumas de varios colores, vino al Libano, ó á la Judea, y se llevó lo mejor del cedro.»

(Falta en este texto, tal como lo hallamos en el impreso, la palabra *Deus*, que trae la *Vulgata*, después de aquellas otras: *hæc dicit Dominus.*)

([1]) «La cual piedra (habla aquí el Apóstol de la piedra del desierto, de la cual milagrosamente brotó el agua al contacto de la vara de Moisés para saciar la sed de los Israelitas) era figura de Cristo.»

([2]) «Alaba al Señor, oh Jerusalén; alaba, oh Sión, á tu Dios.»

nas sin margaritas; pero margaritas sin conchas, no.

San Hieronym. (in cap. XIX *Isaiæ)* et August. (in *Ps. 103*) dan una regla importantíssima para buscar el sentido histórico, cuando la Escritura habla por metáforas y palabras translaticias y no propias. «In multis Scripturæ locis, inquit Hieronymus, multa ponuntur, quæ non possunt stare juxta historiam, et ideo necessitate cogimur altiorem intelligentiam quærere. Sic est ilud Isaiæ, capite XXI (*a*): *Habitabit lupus cum agno, et pardus cum hœdo accubabit*» ([1]).

Algunos llaman historia lo que suenan estas palabras; pero, á la verdad, no lo es, sino la inteligencia espiritual, lo cual pretende el Espíritu Santo debajo de esa corteza. Sí: que no está aquí lobo por lobo, ni cordero por cordero, que sería absurdo, dice San Jerónimo, sino hombre cruel, tragón y robador, en el lobo; y en el cordero, hombre manso y sufrido, y ese es el sentido verdadero é histórico. Y aunque la materia de los sentidos de la Sagrada Escritura pedía un prolijo tratado; porque mi intento es excusar disputas y cuestiones dificultosas, porque nos quede más lugar de hablar al alma en orden á cuyo aprovechamiento espiritual tomamos este trabajo, me contentaré con una poca de luz y breve resolución para los principiantes y menos provectos en estas cosas. (Legendus Driedo, de *Ecclesiasticis dogmatibus;* Martín Martínez; Cata Pretensis en su *Hipotiposeon;* Canis., lib. I: *Deiparæ Virginis, et Joann. Bat.*; et deinceps, Bellarm., (tom. 1 suarum *Controversiarum Christianæ fidei*, lib. 1 de *Verbo Dei;* los expositores de Santo Tomás, 1 part., q. 1 de *Sacra doctrina*, et 2 2[ae], q. 1, art. 10, ubi omnes disputant de authoritate et sensibus Sacræ Scripturæ).

(*a*) Aunque así se dice en el impreso que estamos reproduciendo, es error tipográfico, sin duda; pues las citadas palabras de Isaías son del capítulo XI, 6, no del XXI.

([1]) Dice San Jerónimo: «En muchos lugares de la Escritura se encuentran cosas que no pueden acomodarse á la historia, y por eso nos vemos obligados á buscar en ellas un sentido más elevado. De este género es aquello del cap. XI de Isaías: *Habitará el lobo juntamente con el cordero: y el tigre estará echado junto al cabrito.*»

([1]) Primo igitur dicendum circa sensum litteralem, certa fide tenendum plura esse in Scriptura quæ necessario intelligenda sunt ad litteram, hoc est, litterali sensu, absque metaphora. Ea sunt omnia præcepta Decalogi. *Exod.*, XX; *Marc.*, X: «Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota mente tua, et proximum sicut te ipsum»; et aliis locis, ubi simile præceptum habetur. Omnes etiam articuli fidei, et quæ in Scriptura inveniuntur ad explicandam divinam naturam ejusque attributa et perfectiones: ut *Deut.*, VI: «Audi, Israel: Dominus Deus *tuus*, unus est» (*a*); *Exod.*, III: «Ego sum qui sum». Et «qui est missit me ad vos», quibus significatur et traditur Deum esse unum. Præterea *(Joan.*, I, 1-3): «In principio erat Verbum»... Et «omnia per ipsum facta sunt»; ex quo constat, Verbum divinum esse verum Deum, et authorem totius entis creati. Et Paul., *ad Rom.*, XI, 36: «Ex ipso, et per ipsum, et in ipso *facta* sunt omnia». Et quod Deus sit immutabilis. *Malach.*, III, 6: «Ego *Deus*, et non mutor». Et quod sit incorporeus, apud *Joan.*, IV, 24: «Spiritus est Deus»; et pleraque alia pertinentia ad veram historiam vitæ

(*a*) En el lugar citado del *Deut.*, VI, 4, se dice: Audi, Israel, Dominus Deus *noster*, *Dominus* unus est.

([1]) Ahora bien: hablando primero sobre el sentido literal, se ha de creer firmemente que en la Escritura hay muchas cosas que es necesario entender á la letra, esto es, en sentido literal y sin metáforas. Tales son todos los preceptos del Decálogo, como: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, etc., y al prójimo como á ti mismo»; y en otros lugares, donde se hallan preceptos semejantes. Igualmente todos los artículos de la fe y cuanto se halla en la Escritura para explicar la naturaleza divina, sus atributos y perfecciones, como: «Oye, Israel, Uno es el Señor Dios tuyo»; «Yo soy el que soy»; y «El que es, me envió á vosotros»; con lo cual se significa y enseña que Dios es uno. Además, aquello de San Juan, I: «El Verbo era en el principio...; y todas las cosas fueron hechas por Él mismo»; de lo cual se prueba que el Verbo divino es verdadero Dios y Autor de todos los seres criados. Y San Pablo: «Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él.» Y que Dios es inmutable, según Malaquías, III: «Yo soy el Señor, y soy inmutable». Que no es corporal, en San Juan: «Dios es espíritu», etc.; y otras muchas cosas que pertenecen á la verdadera historia de la vida de Cristo, y al conocimiento de los misterios de la gra-

Christi, et ad cognitionem mysteriorum gratiæ et mediorum, quibus homines perducendi sunt in finem supernaturalem.

De sensu allegorico dicendum innumera esse testimonia, quæ, præter sensum litteralem et historicum, etiam allegorice necessario sunt intelligenda. Quale est illud *Genes.*, II, 21-4: «Immisit Dominus... soporem in Adam... Et ædificavit Dominus Deus costam, quam tulerat de Adam, in mulierem: et adduxit eam ad Adam. Dixitque [Adam]: Hoc nunc, os ex ossibus meis, et caro de carne mea... quamobrem relinquet homo», etc. «Et erunt duo in carne una». Quo testimonio utitur Christus Dominus. *Math.*, XIX, 5, in sensu litterali et historico, et *Marc.*, X, 7, ad probandum matrimonium esse vinculum indissolubile. Tamen Apost., *ad Ephes.*, V, 31, utitur eodem testimonio ad probandum unionem Christi capitis cum corpore ejus quod est Ecclesia, et dilectionem, qua ipsam dilexit, dicens: «Nemo unquam carnem suam odio habuit: sed nutrit et fovet eam, sicut et Christus Ecclesiam, quia membra *sunt* corporis ejus... et propter hoc relinquet homo», etc. «Sacramentum hoc magnum est: ego autem dico in Christo et in Ecclesia.» Et Divus Petrus *(I Cannonicæ*, cap. III, 20, 21). per arcam Noe intelligit baptismum, per quem Christi fideles salvantur. Item, per Jacob et Esau, filios Isaac, quos eodem partu peperit Rebeca, et Jacob minor natu accepit paternam benedictionem, duos populos, Judaicum atque gentilicum, allegorice interpretatur Paul, *ad Rom.*, IX, 10-13, et *Malach.*, I, 1, 2. Et per agnum paschalem, quem Judei sacrificabant, fuisse allegorice significatum Christum, constat *Joan.*, XIX, 36, ubi asserit ob id Christo Domino non fuisse fracta ejus crura, ut adimpleretur Scriptura: «Os non comminuetis ex eo.» Præterea per nubem qua protecti sunt filii Israel, ne viderentur ab Egiptiis persequentibus, et per transitum maris rubri, allegorice fuit figuratus Baptismus Evangelicæ legis. Et per manna quod Deus contulit filiis Israel in deserto fuisse figuratum Christum in venerabili Eucharistiæ Sacramento *(Exod.*, XXVIII) (*a*). Et per aquam manantem de petra in deserto ad percussionem virgæ Moysis, fuisse significatam aquam quæ de Christi latere manavit, et gratiam qua salvum factum est genus humanum, constat ex Paul *(I ad Corint.*, X, 1): «Nolo vos, inquit, ignorare fratres *quod* patres nostri omnes sub nube fuerunt», etc. (Legatur Divus August., in locum Joan., VI, et lib. de *Utilitate credendi*, cap. 1; Divus Cirillus, et Origen., in *Expositione ejusdem loci).*

(*a*) Debe leerse XVI, 13-15.

cia y de los medios con que los hombres han de ser llevados á su fin sobrenatural.

En cuanto al sentido alegórico, debo decir que hay innumerables testimonios que, amén del sentido literal é histórico, han de interpretarse también alegóricamente; como aquello del *Génesis*, II: «El Señor hizo caer en Adán un profundo sueño .. Y el Señor Dios, de la costilla que habia sacado de Adán, formó una mujer: y llevóla á Adán, y éste dijo: — Esto ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne; por lo cual el hombre dejará, etc. Y serán dos en una carne». De esta autoridad usa Cristo, en sentido literal é histórico, para probar que el matrimonio es un enlace indisoluble. Sin embargo, el Apóstol usa de la misma para explicar la unión de Cristo, cabeza, con su cuerpo, que es la Iglesia, y el amor que le tuvo, diciendo: «Nadie aborreció jamás su propia carne, sino que la alimenta y regala, como Cristo á su Iglesia, porque miembros son de su cuerpo. .: y por esto dejará el hombre, etc. Este sacramento es grande; pero yo lo llamo grande en Cristo y en la Iglesia.» Y San Pedro (en su *I Canonica)* por el arca de Noé entiende el baustismo, por el cual se salvan los fieles de Cristo.

De igual modo San Pablo, por Jacob y Esaú, hijos de Isaac, los cuales tuvo Rebeca en un solo parto, siendo preferido el menor al mayor, y recibiendo, en lugar de éste, la bendición paterna, alegóricamente entiende á dos pueblos, el judío y el gentil. Y que por el cordero pascual que sacrificaban los judíos se figurara alegóricamente á Cristo, lo afirma San Juan, XIX, diciendo que por esa causa no le habían quebrado al Señor las piernas: «Para que se cumpliese la Escritura, que dice: No le quebraréis ninguno de sus huesos.» Además, que por la nube de que iban cercados los hijos de Israel para que no los viesen sus perseguidores egipcios, y por el paso del Mar Rojo, fué alegóricamente figurado el bautismo de la ley evangélica; y por el maná que Dios concedió á los hijos de Israel fué bosquejado Cristo en el venerable sacramento de la Eucaristía; y por el agua salida de la piedra en el desierto al golpe de la vara de Moisés se significó el agua que manó del costado de Cristo y la gracia con que se salvó el linaje humano, consta de San Pablo, que dice *(I Cor.*, X): «Hermanos, no debéis de ignorar que nuestros padres estuvieron bajo la nube», etc. (Consúltese á San Agustín, San Cirilo y Orígenes, lugares citados.)

Del sentido *moral* ó *tropológico* no es necesario poner ejemplos, porque es el que más se usa en los

De sensu morali, seu tropologico, non est opus exemplificare, porque es el que más se usa en los sermones y doctriñas morales. Tale est illud *Deut.*, XXV, 4, ubi dicitur: Non *alligabis* os *bobi trituranti*. Divus Hieron., in *Ezech.*, cap. XVI: «Præterea, quando Deus *(Genes.*, II) formavit mulierem de costa Adæ, tropologice significatur mulierem debere esse subditam viro, neque debere docere, sed discere cum omni subjectione. «Docere autem mulieri non permitto, neque dominari in virum: sed esse in silentio» (*I Timoth.*, II, 12).

De sensu vero anagogico, ex eadem Scriptura constat plura esse in tali sensu intelligenda, et ab Spiritu sancto intenta. Et in primis est locus *Isai.*, LXIV, 4: «A sæculo non audierunt, neque auribus perceperunt: oculus non vidit [Deus] absque te, quæ præparasti expectantibus te». Hæc enim verba ad litteram intelliguntur de mirabilibus et portentosis miraculis, pluribusque aliis beneficiis, quæ Deus collaturus erat populo Israel; ut ibidem interpretantur Divus Ambros., et super Paulum *(I ad Corinth.*, II); Chrisosth., et plures alii in eumdem locum Isaiæ. Tamen Apostolus, in dicto capit. II, interpretatur de futura beatitudine, et de his quæ Deus Beatis præparavit in Patria. (Lege verba Apostoli, usque «nobis autem revelavit... per Spiritum suum»).

Item *Isai.*, LX, 18-20: «Non audietur ultra iniquitas *et* in terra tua, vastitas et contritio in terminis tuis, et occupabit salus muros tuos, et portas tuas laudatio. Non erit tibi amplius sol ad lucendum per diem, *neque* splendor lunæ illuminabit te: sed erit tibi Dominus in lucem sempiternam... et complebuntur dies luctus tui», etc.; quæ verba ad litteram (*a*) intelligenda sunt de Ecclesia militante, ut docet Divus Basil., ([super] *Ps. 45,* in illa verba: *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei*). Quam quidem Ecclesiam Dominus per Prophetam promittit ædificaturum in adventu Christi, de quo intelliguntur plura quæ in hoc textu dicuntur, præcipue illa: «erit tibi Dominus in lucem sempiternam». Sed intelligenda esse etiam in sensu anagogico de cœlesti Hierusalem, scilicet Ecclesia triunphante, docent Divus Hieronym. et plures ex Patribus in eumdem locum, et Ciril. (lib. IX *in Joan.*, cap. 46) imo, et idem Basilius (loco citato); et constat

(*a*) Aunque en el impreso, desde este lugar en adelante, se hallan *littera* y *litterali* con una sola *t*, añadimos la que falta, tanto por acomodarnos á la manera más común de escribir estas palabras en la actualidad, como porque en los pasajes que preceden la encontramos también así en el impreso que reproducimos.

---

sermones y doctrinas morales. A esto se refiere lo escrito en el *Deuteronomio*, XXV: «No atarás la boca al buey que trilla». Además, San Jerónimo dice que cuando se dice en el *Génesis:* «formó á la mujer de la costilla de Adán», se significa tropológicamente que la mujer debe estar sujeta al varón y que no debe enseñar, sino aprender con gran docilidad. «No permito enseñar á la mujer ni enseñorearse de su marido, sino estarse callada.»

Sobre el sentido *anagógico*, consta por la misma Escritura que muchos lugares se han de entender de este modo, que no es opuesto, sino muy conforme á la divina inspiración. Y, primeramente, aquel lugar de Isaías: «Desde que el mundo es mundo, *jamás* nadie ha entendido, ni ninguna oreja ha oído, ni ha visto ojo alguno, sino sólo tú, oh Dios, las cosas que tienes preparadas para aquellos que te están aguardando.» Porque todas estas palabras se entienden á la letra de las maravillas y estupendos prodigios, y otros muchos beneficios que Dios había de obrar con su pueblo israelita, como interpretan San Ambrosio y el Crisóstomo y muchos otros sobre el dicho lugar. Esto no obstante, el Apóstol lo interpreta de la bienaventuranza venidera y de las cosas que Dios preparó en la patria para los bienaventurados. Lee las palabras del Apóstol hasta el *nobis autem revelavit*. Igualmente aquello de Isaías: «No se oirá hablar más en tus contornos de iniquidad ni desolación ni quebrantamiento; antes bien, reinará la salud ó *felicidad* dentro de tus muros y resonarán en tus puertas cánticos de alabanza. Ya no habrás menester sol que te dé luz durante el día, ni te alumbrará el esplendor de la luna, sino que el Señor te servirá de luz sempiterna, y se acabarán los días de tu llanto», etc. Palabras que, como enseña San Basilio, se han de entender de la Iglesia militante, la cual el Señor promete por el profeta que edificaría á la venida de Cristo, del cual se entienden muchas cosas de este texto, especialmente aquello de «el Señor te servirá de luz sempiterna». Pero las mismas palabras sobredichas deben entenderse en sentido anagógico de la Jerusalén celestial, esto es, de la Iglesia triunfante, como enseñan San Jerónimo y otros muchos Padres sobre el dicho lugar, y San Cirilo y aun el mismo San Basilio: y se infiere de que casi las mismas palabras se encuentran en el *Apocalipsis*, donde claramente se habla de la Jerusalén celestial ó Iglesia triunfante. Porque, en vez de aquellas palabras que aquí se dicen: «No se oirá más hablar en tu tierra de iniquidad, etc.», se pone en el

ex eo, quod fere eadem verba referuntur *(Apocalipsis*, XXI, 23, et XXII, 5), ubi manifestus est sermo de cœlesti Hierusalem et de Ecclesia triunphante. Nam pro eo quod hic dicitur: «Non audietur ultra in terra tua iniquitas», etc. *Apoc.*, XXI, 27, habetur: «Non intrabit in eam aliqu*i*d coinquinatum, aut abominationem faciens *aut* mendatium, nisi qui scripti sunt in libro vitæ Agni.» Et pro eo quod hic dicitur: «non erit tibi amplius sol»; etc.; illic habetur: «Et civitas non eget sole neque luna, ut luceant in ea: nam claritas Dei illumina*b*it eam, et lucerna ejus est Agnus». Et cap. XXII: «Nox ultra non erit: et non egebunt lumine lucernæ, neque lumine solis, quoniam [Dominus] Deus illuminabit illos». Ex quibus constat, quod quem locum Isaias intellexit de Ecclesia militante, divus Joan. intellexit de Ecclesia triunphante, quia per Ecclesiam militantem triunphans anagogice significatur. Et *Isai*, XLIX, 8, 10: «Tempore *accepto* exaudivi te, etc.; Non esurient... neque percutiet eos æstus: quia miserator eorum reget eos, et ad fontes aquarum», etc. Quæ verba quamvis Apost. (*II ad Corint.*, VI, 2, ut ibi docet Hieron.) intelligat de primo adventu Christi, tamen D. Joan. *(Apoc.*, VII, 16) intelligit de beatis in Patria, ubi concludit quod «Agnus, qui in medio Throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum, et *quod auferet* omnem lacrymam ab oculis eorum».

In novo etiam Testamento hoc idem invenitur. Nam *Marci*, XII, 26, et *Math.*, XXII, 32, probat Christus Dominus resurrectionem mortuorum ex illo *Exod.*, III, 6: «Ego sum Deus Abraham, Deus Isaac, et Jacob», dicens: «de mortuis autem quod resurgant; ¿non legistis in libro Moysi, super rubum quomodo dixerit illi Deus: Ego sum Deus Abraham?, etc. Non est Deus mortuorum, sed vivorum». Et *Math.*, XII, 14, docuit nobis suam resurrectionem, similitudine desumpta ex Jona Propheta, dicens: «Sicut fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus; sic *et* Filius hominis erit in corde terræ». Et denique quod nomine civitatis Hierusalem, anagogice intelligatur vita æterna, constat ex Paul., *ad Gal.*, IV, 26: «Quæ autem sursum est Hierusalem, libera est, quæ est mater nostra»; et *ad Heb.*, XII, 22: «Sed accessistis ad Sion montem, et civitatem Dei viventis, Hierusalem cœlestem», ut optime interpretatur Hieron. *(in Isai.*, cap. XLIX) et *Tob.*, III (*a*): «Beatus ero, si fuerint reliquiæ seminis mei ad videndam claritatem Hierusalem»; et *Ps. 124:* «Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion: non commovebitur in æternum

(*a*) En vez de cap. III, debe leerse XIII, 20.

Apocalipsis, XXI: «No entrará en ella algo manchado ni obrador de abominación ó mentira, sino los que estuviesen escritos en el libro de la vida del Cordero.» Y en vez de lo que aquí se dice: «Ya no habrás menester sol, etc.», allí se dice: «Y la ciudad no necesita sol ni luna para que la alumbren, porque la claridad de Dios la bañará de luz, y su lámpara es el Cordero.» Y en el cap. XXII: «Ya no habrá más noche, y no necesitarán luz de antorcha ni luz del sol, porque Dios los alumbrará.» De lo cual se deduce que el mismo lugar que Isaias entendió de la Iglesia militante, San Juan entendiólo de la Iglesia triunfante, y esto porque por la Iglesia militante se significa anagógicamente la Iglesia triunfante. Y aquello de Isaías: «En el tiempo de mi beneplácito otorgué tu petición», etc. «No padecerán hambre, ni el ardor del sol les ofenderá, porque el Señor, que de ellos se apiada, los gobernará y los llevará á beber en las fuentes de las aguas», etc.; palabras que, aunque el Apóstol *(II ad Cor.)*, según allí nota San Jerónimo, las entiende de la primera venida de Cristo, sin embargo, San Juan las interpreta de los bienaventurados que están en el cielo, y por eso dice con resolución que «el Cordero que está en medio del trono los regirá y guiará á las fuentes de aguas vivas y que enjugará todas las lágrimas de sus ojos.»

Lo mismo se halla también en el Nuevo Testamento. Porque, según se nota en *Marcos*, XII, y *Mateo*, XXII, prueba Cristo la resurrección de los muertos por aquello del *Exodo*, III: «Yo soy el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Jacob», diciendo: «Mas, tocante á la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído en el libro, cómo dijo Dios á Moisés estando en la zarza: «Yo soy el Dios de Abraham: etc.? No es Dios de muertos, sino de vivos.» Y por *San Mateo*, XII, nos enseñó su resurrección con una semejanza tomada de Jonás, profeta, diciendo: «Así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, asi estará el Hijo del hombre en el centro de la tierra.» Finalmente, que por el nombre de la ciudad de Jerusalén se entiende, anagógicamente, la vida eterna, consta de San Pablo, *ad Galat.*, IV: «Mas la Jerusalén que está arriba es libre, la cual es nuestra madre»; y *ad Heb.*, XII; «Mas vosotros os habéis acercado al monte de Sión y á la ciudad de Dios vivo, la celestial Jerusalén»: como muy bien interpreta San Jerónimo sobre el cap XLIX de *Isais* y el XIII de *Tobias:* «Dichoso seré si algunas reliquias de mi linaje lograren ver el es-

qui habitat in Hierusalem»; et *134:* «Benedictus Dominus ex Sion, qui habitat in Hierusalem»; et *Zach.*, XIV, 11: «Sedebit Hierusalem secura»; et *Apoc.*, XII (*a*): «Vidi civitatem sanctam, Hierusalem novam, descendentem de cœlo», etc.

Item, etiam domus anagogice sumitur aliquando pro beatitudine. *Ps. 83:* «Beati, qui habitant in domo tua, Domine»; et *Joan.*, XIV, 2: «In domo Patris mei mansiones multæ sunt»; et *II ad Corint.*, V, 1: «Habemus domum non manu factam, æternam in cœlis». Et tandem, quod per terram Canaam, et ingressum filiorum Israel in terram promissionis (quæ ad litteram intelliguntur prout historiæ referunt, *Exod.*, XVII, et *Num.*, XX) significata fuerit gloria cœlestis et ingressus fidelium in illam, probat Paul. (*ad Hebr.*, IV) (*b*) adducens illud *Ps. 94*, 8: «Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra». Imo, et ibidem docet Paul., quod per requiem, qua Deus requievit die septima in prima mundi constitutione, intelligitur etiam requies, et beatitudo nostra.

Notandum præterea, etiam de fide esse eandem litteram Scripturæ plures sæpe admittere sensus, scilicet, litteralem, et spiritualem seu mysticum, ut constat ex locis adductis, ex quibus etiam patet de fide aliqua loca Scripturæ, non tantum in sensu litterali, sed et in sensu spirituali et mystico esse intelligenda. Sequitur secundo, quod quamvis, facta comparatione, in prædictis locis alter prædictorum sensuum litteralis sit, alter mysticus et spiritualis, uterque tamen merito litteralis appelletur (ut recte notavit D. Thom., I p., q. 1, art. 10). Quia ille est sensus litteralis, quem intendit Spiritus Sanctus, qui est Author Scripturæ. Sed Spiritus Sanctus sæpius intendit sensum mysticum et spiritualem, ut ex prædictis locis est manifestum; ergo idem etiam est litteralis. Item: quoniam Apostoli et Evangelistæ (qui, assistente Spiritu Sancto, intelligebant divinas Scripturas) sæpe utuntur testimoniis Scripturæ in sensu mystico et spirituali, ad probanda dogmata fidei; ergo vere ille est sensus litteralis. Hoc autem intelligen-

(*a*) No son de este capítulo, sino del XXI, 2, del *Apocalipsis*, estas palabras; leyéndose, además, en el texto de la *Vulgata* la palabra *sanctam* antes de *civitatem*.

(*b*) Estas palabras se hallan en el cap. III, 7-8, que es donde el Apóstol alude á los acontecimientos que se narran en los capítulos XVII del *Exodo* y XX del libro de los *Números*. Lo que se halla en *Hebr.*, IV, 4-5, es lo referente al descanso del dia séptimo, de que hace mérito el P. Angeles á continuación.

plendor de Jerusalén.» Y el *salmo 124*: «Los que confían en el Señor, estarán firmes como el monte de Sión; no será derrocado jamás el que more en Jerusalén»; y en *Zacarias*, XIV: «Reposará Jerusalén tranquilamente»; y *Apoc.*, XXI: «Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo.» Asimismo también la casa se toma anagógicamente por la bienaventuranza. *Salmo 85*: «Bienaventurados los que moran en tu casa, Señor.» Y *San Juan*, XIV: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas»; y *II ad Cor.*, V: «Tenemos en el cielo una casa eterna, no fabricada por mano humana.» Y en fin, que por la tierra de Canaán y la entrada de los hijos de Israel en la tierra de promisión (cosas que á la letra se entienden como se refieren en la historia en los libros del *Éxodo* y *Números)* esté figurada la gloria celestial y la entrada de los fieles en ella, pruébalo San Pablo, alegando aquello del *salmo 94:* «Si hoy oyéreis su voz, no queráis endurecer vuestros corazones». Más todavia: alli mismo enseña San Pablo, que por el descanso que Dios se tomó el dia séptimo en la primera formación del mundo se entendía nuestro descanso y bienaventuranza.

Además, debe advertirse que es también de fe que la misma letra de la Escritura admite muchas veces varios sentidos, á saber: el literal, y el espiritual ó místico, como consta de los lugares alegados, con los cuales también queda de manifiesto, como doctrina de fe, que algunos lugares de la Escritura no se han de entender solamente en el sentido literal, sino también en el espiritual y místico. Colígese lo segundo: que, aunque cotejados los susodichos pasajes, uno de los dichos sentidos sea literal, y otro místico y espiritual, sin embargo, entrambos pueden con razón llamarse literales, como agudamente lo notó Santo Tomás. Porque sentido literal es aquel que pretende el Espíritu Santo, que es el autor de la Escritura; pero como el Espíritu Santo pretende muchas veces el sentido místico y espiritual, según queda claro en los lugares predichos; luego también éste es literal. Allende de esto, como los apóstoles y evangelistas, que asistidos del Espíritu Santo interpretaban las divinas Escrituras, usan muchas veces autoridades de la Escritura en sentido místico y espiritual para probar los dogmas de fe, síguese que aquél es verdaderamente sentido literal. Mas esto se ha de entender de aquellos lugares de la Escritura que por la misma, ó por tradición recibida de Cristo Señor nuestro ó de los apóstoles, ó por

dum est de locis Scripturae, de quibus ex eadem Scriptura vel traditione a Christo Domino derivata, aut ab Apostolis, vel ex communi consensu Ecclesiæ, aut deffinitione Summorum Pontificum, aut unanimi sanctorum Patrum consensu, constat eamdem litteram, præter litteralem sensum, spiritualem habere. Quia quamvis plura sint alia, quæ Sancti Patres interpretantur in sensu mystico et spirituali, non tamen tanquam de fide tenendum est eum esse intentum ab Spiritu Sancto, nisi quando prædictis modis constat, vel ex contextu ejusdem litteræ, vel aliunde manifeste apparet, necessario esse intelligendum in sensu mystico.

Fateor Origenem (homilia 4 super *Genes.*, et lib. IV *Periarchon*, cap. II) conari ostendere in pluribus locis Scripturæ, sensum litteralem deficere: quod divina providentia factum esse docet, ne, videntes semper litteræ significationem habere veritatem, putaremus non esse propter aliud quam litteræ sensum constitutum, aliaque mysteria non contineri. Idem sentit homilia 25 in librum *Numeror.*, et homilia 12. Et denique, Origen., in sensu spirituali fere universam Scripturam interpretari conatur. Imo et D. Greg. Papa huic videtur favere sententiæ (super Job, lib. IV, cap. 3): «ubi deficit, inquit, littera recurrendum est ad mysticum sensum». Neque dessunt aliqui, qui dicant non incongrue posse probari ex illo *Joan.*, VI, 64: «Spiritus est, qui vivificat: caro non prodest quidquam»; et *II ad Corint.*, III, 6: «Idoneos nos fecit ministros novi Testamenti: non littera, sed spiritu: littera enim occidit, spiritus autem vivificat».

Sed contra hanc sententiam Origen. acriter invehitur D. Basi. (*hom. 9* [in] *Examerou*, in principio). Eumdem reprehendit D. Hieron. [in] *Isai.*, cap. XIII: «Spiritualis, inquit, interpretatio sequi debet ordinem historiæ; quod plerique ignorantes limphatico in Scripturis vagantur errore». Legatur August. (lib. VIII super *Gen., ad litteram*, cap. VII et lib. 83, *Quæstionum, quæst.*, 65); D. Gregor., *(homilia 4 in Evangelia*, et *homilia 9 in Ezechielem)*; et Divus Hieronymus *(Amos*, IX), et idem Hieronymus (*Hieremie*, cap. XXVII): in quibus locis dicti Patres aperte fatentur sensum allegoricum (quando litteralis stare potest) in sensu literali fundari, et in rebus quæ historice narrantur, neque enervare ejus sensum, aut veritatem historiæ.

Faciunt etiam contra Origenem omnia illa testimonia Scripturæ, de quibus supra diximus non posse intelligi aut interpretari in sensu mystico et spirituali, sed litterali tantum. Imo, si omnia quæ sunt in Scriptura allegorice essent intelligenda, periret authoritas

---

el consentimiento unánime de la Iglesia, ó por definición de los Sumos Pontífices ó sentir acorde de los Santos Padres, consta que, además del sentido literal, tienen el espiritual. Porque aunque haya otros muchos lugares que los Santos Padres interpretan en sentido místico y espiritual, no hay empero obligación de creer como de fe que tal sentido lo intentó el Espíritu Santo, sino cuando consta en las formas predichas, ó por el contexto de la misma letra; ó claramente se deduce por otras vías que es necesario entenderlo en sentido místico.

Confieso que Orígenes se esfuerza en probar que falta sentido literal en muchos lugares de la Escritura; lo cual enseña que ha permitido la Divina Providencia para que no pensáramos, viendo siempre la correspondencia de la verdad con el significado de la letra, que no había más que el sentido literal y que no se escondían allí otros misterios. Lo mismo dice exponiendo el libro de los *Números*, y sólo en sentido espiritual pretende interpretar casi toda la Escritura. El Papa San Gregorio parece inclinado también á favor de esta opinión, al decir, exponiendo a *Job:* «Cuando falta la letra, debemos acudir al sentido místico». Ni faltan autores que dicen puede apoyarse fácilmente esta sentencia en aquello de *San Juan*, VI: «El espíritu es el que vivifica, pues la carne nada aprovecha»; y lo que se escribe á los Corintios: «Nos hizo ministros aptos del Nuevo Testamento, no por la letra, sino por el espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu da vida.»

Pero este parecer de Orígenes lo combate enérgicamente San Basilio, y es opuesto al mismo San Jerónimo, diciendo, sobre *Isaías:* «La interpretación espiritual debe seguir el hilo de la historia y, por no saberlo, muchos ignorantes se dejan llevar, exponiendo la Escritura, de una ciega locura.» Léase á San Agustín, San Gregorio y San Jerónimo en los lugares citados, donde claramente manifiestan que el sentido alegórico, cuando el literal no repugna, se funda en éste y en las cosas que cuenta la Historia; y que en modo alguno quita valor al hecho real á que aquélla se refiere.

Igualmente se oponen al sentir de Orígenes todos los testimonios de la Escritura arriba alegados, que no pueden entenderse ni interpretarse en sentido místico ó espiritual, sino solamente en el literal. Digo más: que si todo lo que hay en la Escritura se hubiere de entender alegóricamente, se perdería la autoridad de la misma y no podría sacarse de ella ningún argumento eficaz para probar los dogmas

Scripturæ, neque posset ex illa efficax sumi argumentum ad probanda dogmata fidei: unusquisque enim alligorice (*a*) pro libito exponeret, quando de allegorico sensu non constaret ex eadem Scriptura.

Ex quo colligimus tanquam indubitatum, quod numquam Scriptura destituta est litterali sensu. Et patet evidenter [eo] quod litteralis sensus est quem intendit Spiritus Sanctus per voces. Sed nullus est locus Scripturæ, in quo non intendat aliquem sensum: nullus igitur erit qui careat sensu litterali; sive ille sit quem proprie voces significant, sive quem significant metaphorice sive alio modo figurate; sive ille sit spiritualis, sive mysticus. Itaque, quando Scriptura non patitur sensum quem voces significare videntur, ille erit sensus litteralis, quem principaliter significare intendunt; ut constat ex regula adducta a nobis supra ex Divo Hieronymo in illud *Isai*, XI: «Habitabit lupus cum agno», etc.

Plura autem esse loca Scripturæ quæ non possint intelligi in sensu, quem litteræ sonant, manifestum est. Et, ad hoc dignoscendum, attendendum esse docet ipse Hieron. ([in] *Mathei.*, cap. XXI) cum historia vel impossibilitatem habet, vel turpidinem, aut absurdum aliquod manifeste continet. Et in hoc sensu verum est, quod asserit Origen. *(hom. 2 in Genes.* citata), dum inquit: «Non semper in Scripturis divinis historialis consequentia stare potest, sed nonnumquam deficit», ut dicitur *(Prov.*, XVI (*a*): *Spinæ nascuntur in manu ebriosi;* et *III Reg.*, VI, 7 (*b*): *Vox malei et securis non est audita in domo Dei:* nam primum idem est, quodhomo iracundus jurgias (*c*) seminat: et secundum, quod templum Dei fuit valde celeriter ædificatum a Salomone. Et eodem modo intelligendus est D. Gregor. supra adductus in favore Origen.

De sensu accommodatitio nihil prorsus di-

(*a*) Es errata, en lugar de *allegorice*. En el impreso no está corregida.

(*a*) No en este capítulo XVI, sino en el XXVI, 9, puede verse una sentencia algo semejante á la que aquí encontramos, la cual dice así: *Quomodo si spina nascatur in manu temulenti, sic parabola in ore stultorum.* Creemos, pues, por lo que añade el P. Angeles más abajo, que no es á este lugar ni á estas palabras que él cita aquí á las que sin duda quiso enderezar su pensamiento; sino á aquellas otras que se leen también en el mismo libro, *Prov.*, XV, 18, y XXIX, 22: *Vir iracundus provocat rixas.*

(*b*) En lugar de *Malleus, et securis .. non sunt audita in domo (Dei), cum ædificaretur.*

(*c*) Es errata no corregida: *jurgias*, en vez de *jurgia.*

de la fe, porque cualquiera la expondría de un modo alegórico, según su capricho, aun cuando no constase por la misma ese sentido alegórico.

De lo cual colegimos como cosa indudable que nunca falta en las palabras de la Escritura sentido literal. Y resulta evidente, porque es sentido literal el que intenta el Espíritu Santo por las palabras que inspira; pero como no hay ningún lugar de la Escritura en que no intente algún sentido, tampoco habrá ninguno falto de sentido literal, ya sea éste el que propiamente significan las palabras, ya el que expresan metafóricamente ó con otras figuras, ora sea aquel sentido espiritual, ora sea místico. Por consiguiente, cuando la Escritura admite el sentido que parecen significar las palabras, aquel será el sentido literal que preferentemente quieren expresar, según consta por la regla que arriba alegamos, tomada de San Jerónimo sobre aquel lugar de *Isaías*, XI: «Vivirá el lobo en compañía del cordero», etc. Que haya muchos lugares de la Escritura que no pueden entenderse en el sentido que suenan las palabras es cosa manifiesta; y para averiguar cuando tiene lugar esto, se ha de reparar, como enseña el mismo San Jerónimo, en qué casos la Historia encierra ó cosa imposible, ó inconveniente, ó algún manifiesto absurdo. En este sentido es verdadero lo que dice Orígenes cuando afirma que no siempre puede conservarse en las divinas Escrituras la ilación histórica; porque alguna vez falta, como cuando se dice en los *Proverbios*, XXVI: «Nacen espinas en la mano del beodo»; y en el *III de los Reyes:* «No se oyó golpe de martillo ni de hacha en la casa de Dios»; porque con lo primero se indica que el hombre enojado siembra rencillas, y con lo segundo, que Salomón edificó muy pronto el templo de Dios. De este modo se puede explicar á San Gregorio, arriba citado, á favor de Orígenes.

Sobre el sentido acomodaticio no quiero hablar aquí, ya que no puede servir para confirmar las verdades de la fe. Tiene el inconveniente de ampliar y extender las palabras de la Escritura para significar cosas que su autor no intentó expresar, ni fueron dichas para aquello á que se aplican. En este sentido habla la Iglesia muchísimas veces en las fiestas de los Santos. Por ejemplo, dice de los Confesores Pontífices: «He aquí al gran Sacerdote»; lo cual se halla en el *Eclesiástico*, XLIV, hablando de Noé; y de los santos mártires Juan y Pablo dice: «Estos son dos olivos y dos candelabros de oro»; lo cual se consigna en el *Apocalipsis* de Elías y Enoch; y en

cendum existimavi; est enim inefficax ad confirmanda dogmata fidei. Extenditur namque Scriptura, et applicatur ad significandum quod Author ejus non intendit significare, neque fuit intentum in his, ad quæ applicatur. In hoc sensu loquitur Ecclesia sæpe sæpius in festis Sanctorum, verbi gratia: de Confessoribus Pontificibus dicit: «Ecce Sacerdos magnus»; et habetur. *Ecclesiast.*, XLIV, de Noe; et de Sanctis martyribus Joanne et Paulo dicit: «Isti sunt duæ olivæ et duo candelabra aurea»; et habetur *Apocal.*, XI, de Helia, et Henoch (*a*): et Dominica infra octava Nativ. canit Ecclesia: «Dum medium silentium», etc., quod habetur *Sap.*, XVIII, ad litteram de egressione filiorum Israel ex Egypto.

Y de la Virgen canta muchas veces cosas de estos *Cantares* y de los sapienciales, que en el sentido literal son de la Sabiduría increada, añadiendo y quitando palabras para que se acomode mejor la Escritura al santo ó misterio de que trata. La opinión de Jansenio (en su *Concordia Evangélica*, cap. XII) es improbable y en ninguna manera se ha de seguir ([1]). Certum est enim Christum Dominum, aut Evangelistas non assumpsisse testimonia Scripturæ ex veteri Testamento in sensu accomodatitio. Et patet primo de Christo Domino, quia ipse in novo Testamento utebatur testimoniis Veteris ad convincendos Scribas et Phariseos, et reliquos de populo Israelitico, quibus notum erat Vetus Testamentum. Sed, si loca hæc adduceret in sensu accommodatitio, non efficaci uteretur argumento ad illos arguendos, cum neque in eo sensu testimonia proferret quem Spiritus Sanctus et Prophetæ intendebant; quod absque dubio esset illis occasio irridendi, et quod ab eis parvi penderetur, nam esset illis responsio in promptu: Scripturam non esse in tali sensu intelligendam. ¿Quis ergo audebit dicere Christum Dominum loca Scripturæ non assumpsisse in proprio et germano sensu, et ab Spiritu Sancto intento?

Item, si Christus Dominus vellet testimonia Scripturæ veteris Testamenti, Prophetarum, in vero et germano sensu adducere et ab Spiritu Sancto intento, profecto nullis verbis expressioribus posset uti, ut hoc significaret, quam utitur *Math.*, XV, dicens: «Bene prophetavit de vobis Isaías, dicens: Populus hic labiis me honorat». Idem est autem prophetavit de vobis, ac prædixit. Fuit ergo prædictum de eis, cum quibus loquebatur; alioquin merito possent respondere: negamus de nobis

(*a*) Estas palabras que el P. Angeles interpreta de Elías y Henoc, el Ilmo. P. Scío (t. X, pág. 41, nota 2, y t. XII, pág. 453, nota 7) las refiere á Zorobabel y á Jesús, hijo de Josedec.

la Dominica infraoctava de Natividad canta la Iglesia: «Cuando estaban todas las cosas en silencio», etcétera; lo cual refiérese, literalmente, á la salida de los hijos de Israel de Egipto.

([1]) Porque ni Cristo Nuestro Señor ni los Evangelistas usaron las autoridades de la Escritura del Viejo Testamento en sentido acomodaticio. Consta esto en primer lugar de Cristo Nuestro Señor; porque Él mismo en el Nuevo Testamento usaba de autoridades del Viejo para reconvenir á los escribas y fariseos y á los demás del pueblo israelita que conocían el Viejo Testamento. Luego si hubiera alegado aquellos lugares en sentido acomodaticio, hubiera echado mano de un argumento de ningún valor para reprenderlos, ya que no hubiera empleado dichos textos en el sentido que pretendían el Espíritu Santo y los Profetas; lo cual les hubiera dado ocasión de burlarse de él y aun de menospreciarlo, pudiendo muy bien redargüirle, diciendo que la Escritura no había de entenderse de aquel modo. ¿Quién, pues, osará afirmar que Cristo Nuestro Señor no tomó los lugares de la Escritura en el sentido propio y natural que intentó el Espíritu Santo? Por lo demás, si Cristo quería citar las autoridades de la Escritura del Viejo Testamento y de los Profetas en el verdadero y propio sentido que intentó el Espíritu Santo, no lo pudiera hacer con palabras más expresivas que las que emplea, cuando dice en San Mateo, XV: «Bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: *Este pueblo me honra con sus labios*»; porque lo mismo es «profetizó de vosotros» que «predijo». Fué, pues, predicho esto de aquellos con quienes hablaba; de lo contrario, con razón le hubieran podido replicar: «Nada profetizó Isaías acerca de nosotros; sino de los hipócritas de su tiempo». Esta misma consecuencia se sigue del modo de hablar de los evangelistas: porque ellos intentaban probar por el Viejo Testamento lo que sucedió en el Nuevo, ó sea, las cosas que, predichas y figuradas en el Viejo Testamento, se habían cumplido en el Nuevo; lo cual de ningún modo podían lograr si no alegaban los testimonios del Viejo Testamento en el sentido propio y verdadero intentado por el Espíritu Santo; porque de otra suerte hubieran arriesgado mucho su autoridad. Y como es de fe que lo bosquejado en el Viejo Testamento se realizó en el Nuevo, ¿con qué palabras más claras hubieran podido significar esto los apóstoles y evangelistas que di-

prophetasse; sed de hypocritis sui temporis.

Idem et de Evangelistis patet eodem modo: quia illi intendebant probare ex veteri Testamento ea quæ facta sunt in Novo, et quæ in veteri erant Testamento prædicta et significata, et in novo adimpleta; hoc autem nullo modo facere possent, si non adducerent Scripturas veteris Testamenti in proprio et germano sensu ab Spiritu Sancto intento; alias enim multum periret eorum authoritas. Et cum de fide sit, ea quæ præfigurata erant in veteri Testamento fuisse adimpleta in novo, ¿quibus verbis clarius hoc significare potuissent Apostoli et Evangelistæ, quam dicendo: ut adimpleretur, quod dictum est per prophetam? Quid ergo aliud est *adimpleri*, quam re ipsa evenire, quod per prophetiam fuerat prædictum? Quod si non prædictum, ¿quomodo adimpletum? Et si adimpletum, ¿quomodo non prædictum?

Sed efficacius est contra Jansenium, quia ex ejus sententia sequeretur non esse certum quando hoc verbum *adimpleri* sumatur in sacra Scriptura in propria et rigurosa significatione, quando vero in sensu accommodatitio; ideoque amplam nimis patefacit viam ad enervandam vim verborum sacræ Scripturæ. Nam eadem ratione posset quis dicere quod quando *Joan* XV (*a*), dicitur: «Non fregerunt ejus crura: ut adimpleretur Scriptura»;... *Exod.*, XII, 46: «Ossa non comminuetis ex eo», quod istud verbum *adimpleri* sumatur in accommodatitia significatione. Et similiter, quando *Math.*, XXVII, 35: dicitur: «Postquam autem crucifixerunt eum, diviserunt vestimenta», etc.: «Ut adimpleretur quod dictum est per prophetam, dicentem: «Diviserunt sibi vestimenta mea», etc. Et quando in eodem cap., v. 9, habetur: «Tunc adimpletum est quod dictum est per Hieremiam Prophetam, dicentem: Acceperunt triginta argenteos», etc. Et *Mar.*, XV, 28: «Et impleta est Scriptura quæ dicit: Et cum iniquis reputatus est». Si autem hæc dicat quis fuisse adimpleta in sensu accommodatitio, nulla restat regula intelligendi, quando prophetia sit adimpleta in novo Testamento, in vero, proprio et germano sensu, ab Spiritu Sancto intento. Et idem posset quis affirmare de his, quæ Paulus et Stephanus dicunt fuisse adimpleta. (*Act.*, VII, et cap. XIII).

De todo lo dicho se colige, que en estos *Cantares* no habemos de parar en la corteza y primer sentido (digamos gramatical) ó sonido exterior, sino pasar á buscar la historia ó la letra, que aquí llamaremos espíritu, porque está escondida debajo de palabras translaticias y no propias, aunque con admirable propiedad puestas; de manera que, como ya en el principio dijimos, considerada su naturaleza, cuadran admirablemente al propósito para que son traídas: como, significando el Espíritu Santo la doctrina suavísima de Cristo y los regalos que hace á las almas, decir que tiene pechos; y, para significar unión amorosa y dulce, pedir la Esposa beso; y, para decir que la Iglesia es fuerte, decir que es muro con sus defensas; y para llamarla hermosa, com-

(*a*) Encuéntranse estas palabras *Joan.*, XIX, 33, 36.

---

ciendo: «Para que se cumpliese lo dicho por el profeta?» Porque, al fin, ¿qué es *cumplirse* sino suceder en realidad lo que estaba predicho por el profeta? Pues si no estaba predicho, ¿cómo se cumplió?; y si se cumplió, ¿cómo negar que fué predicho?

Pero hay otra razón más convincente contra Jansenio; porque de su opinión se seguiría que no puede saberse con certeza cuándo toma la Sagrada Escritura la palabra *cumplirse* en su propia y rigurosa significación, y cuándo en sentido acomodaticio; lo cual sería abrir una senda demasiado peligrosa, por la que se llegaría á negar todo valor á las palabras de la Sagrada Escritura. Podría, en efecto, decir cualquiera que cuando San Juan dice: «No le quebraron las piernas para que se cumpliese la Escritura (*Exod.*, XII, *No desmenuzaréis ningún hueso del cordero*», la palabra *cumplirse* se toma en sentido acomodaticio. Dígase lo mismo, de cuando San Mateo dice: «Después que le crucificaron, se repartieron sus vestidos», etc., para que se cumpliera lo que había vaticinado el Profeta, que dice: *Repartiéronse mis vestidos*», etc.; y de cuando en el mismo capítulo XXVII se lee: «Entonces se cumplió lo que vaticinó el profeta Jeremías, diciendo: *Recibieron treinta monedas de plata*», etc.; y San Marcos, XV: «Y se cumplió la Escritura, que dice: *Y fué contado entre los malvados.*» Y cierto: si alguien afirma que estas cosas deben entenderse en sentido acomodaticio, nos quedamos sin ninguna regla para entender en qué casos se cumplió una profecía en el Nuevo Testamento, según el verdadero, propio y natural sentido intentado por el Espíritu Santo. Y lo mismo, de aquellas otras de cuyo cumplimiento hablan San Pablo y San Esteban en los *Hechos Apostólicos*, capítulos VII y XIII.

pararla á Jerusalén, etc. Y así, el primer cuidado ha de ser cerca de los nombres metafóricos, porque, alcanzada la naturaleza de ellos, se entenderán fácilmente los misterios que nos (*a*) esconden y retraen del vulgo y carnal gente.

¿Cuál será, pues, el sentido literal de estos *Cantares?* Supuesto lo que habemos dicho, el que aprueban todos los santos, conviene á saber: Cristo y la Iglesia. El es el Esposo, y ella, la Esposa; El tiene compañeros, y ella doncellas que los acompañan, y se hallan en estos divinos motetes y églogas de amor. Y si quisiésemos buscar otros sentidos, daríamos en cien mil disparates á cada paso y en otros tantos absurdos. Así que, por nombre de Esposo entendemos á Cristo; y de Esposa, la Iglesia, no estrechamente, sino desde su principio, que le tuvo en Abel, y llegará hasta que se acabe el mundo. Verdad sea que por haber seguido tantos este argumento, y haber tan pocos hablado al alma, cosa que tanto importa para la vivienda espiritual, lo más ordinario acudiré á ella, no olvidando lo principal. Aunque bien considerado, todo es un sentido, pues que, como dijo Santo Tomás, lo que comúnmente se dice de la Iglesia se puede decir en particular de algunos miembros de ella.

PRÆLUDIUM IV

De stylo vario, nimisque grato, hujus sancti libri (1).

Todo este libro es metafórico y simbólico, y no hay en él palabra que no tenga significación mística, y cuya naturaleza no se haya de investigar primero para la inteligencia de lo que significa. Que, como ya dijimos, el sentido literal es el que cubren y esconden las voces que exteriormente suenan al oído ó se representan á la vista.

El estilo es vario: unas veces, como lo advirtió Cristopolitano, epitalámico; otras, bucólico; otras, geórgico. En cuanto introduce á Cristo y á la Iglesia debajo de nombres de Esposo y Esposa, y declara los amores dél y della, se dice epitalámico ó nupcial, porque trata de bodas. En cuanto introduce estos dos amantes en traje y forma de pastor y pastora, y ganados, se dice bucólico, esto es, pastoril, y toda la obra se llamará bucólica ó égloga, como las de Teócrito y Virgilio. En cuanto introduce á Cristo y á la Iglesia hablando, debajo de metáforas, de viñas y campos, es geórgico y de labradores.

Además, debe notarse que entre los poetas hay tres maneras de decir: Primum vocatur dramaticum, id est, activum, vel repræsentativum; secundum, enarrativum; tertium, mixtum ex utroque. De dramatico dicendum modo (1).

Es cuando hablan dos personas ó más solas, sin que el poeta entremeta razones ni palabras, como lo hace el maestro fray Luis de León en sus *Nombres de Cristo*, que suple muchas cosas para venir á tratar de las materias propuestas, y lleva como de la mano las personas, y dice: «Ahora habla ésta; luego, la otra.» No de esta manera los *Cantares*, sino en forma de representación, adonde sin intérprete los representantes hablan. Drama, enim, Græcis proprie est actio, sive representatio poetica et artificiosa, in qua introducuntur variæ personæ, inter se mutuo loquentes (2). Por esto se dice en las festividades de cada una de las vírgenes, y de la Virgen de las vírgenes: «Ante thorum hujus Virginis frequentate nobis dulcia cantica dramatis», id est, cantica amatoria (3).

El primero que entre los griegos cantó epitalámico, en esta forma, fué Apolo en las bodas de Thethidis y Pelæo, y desde allí, muchos. San Dionisio (lib. *De Eccles. Hier.*, caput III, v. 3) llama, como veremos adelante, á estos cánticos: «Divinorum amorum dulcia carmina»; y San Agustín (lib. *De Pastoribus*, cap. XV): «Cantica sancta, cantica amatoria, sancti amoris, sanctæ charitatis, sanctæ dul-

(*a*) El impreso dice *no sé*, lo cual corrijo por considerarlo errata.

(1) *Preludio IV.*—Del estilo variado y muy agradable de este santo libro.

(1) El primer modo de hablar se llama dramático, esto es, de acción ó representación; el segundo, narrativo; el tercero, mixto ó compuesto de entrambos. Del dramático hablaremos ahora.

(2) Porque, propiamente hablando, entre los griegos drama es una acción ó representación poética y artificiosa, en que intervienen varias personas hablando mutuamente entre sí.

(3) Ante el lecho de esta doncella repetid una vez y otra dulces cantares dramáticos; esto es, cantos amorosos.

cedinis.» Origen. *(Hom. I):* «Carmen amatorium» ([1]).

Al fin, ella es una representación admirable de los castíssimos, puríssimos y subidíssimos amores entre Cristo y la Iglesia, ó el ánima sancta que mereció el nombre de esposa. Adonde se hallan cuatro diferencias de personas: Esposo y Esposa, compañeros dél y doncellas della.

Débese notar que en las parábolas y allegorias, ansi sagradas como profanas, no siempre se pueden aptar todas las partes de la parábola al fin y blanco del autor, ni es necessario para la sustancia de la cosa que se trata: porque de otra manera no fuera parábola (entre la cual y lo que significa ha de haber alguna differencia), sino historia y caso sucedido. (Ita Agust., lib. XXII, *Contra Faustum Manich.*, cap. XCIV). Allí pone la semejanza de la vihuela, en la cual solas las cuerdas son tocadas y ellas hacen la música; pero para que la hagan es menester todo aquel artificio de madera, trastes, clavijas y otros requisitos. (Lege Grego. Nise., *Orat. I in Cantic.*). De manera que no es necessario buscar misterio en todas las palabras de las parábolas y de estos *Cantares;* porque muchas sirven al ornato, composición y elegancia, para el principal sentido que pretende el Espíritu Santo, lo cual pide assí el sentido dramático y poético. (Hæc Gregor. Nazianz., *Oratione de Pasch.*, et lib. *Apolog.*, et Tertul., lib. *De Resurrect. carnis*).

Dúdase, empero, si estos *Cantares* están en verso, y, si lo están, qué género de verso sea. Gregor. Nazian., præceptor D. Hieron., *De veris divinæ Scripturæ sensibus* disserens, quinque (*a*) libros sacros versibus constare affirmat: *Job, David Psalmos, Proverbia, Ecclesiasten, Cantica* et *Threnos* ([2]): este testimonio refiere San Agustín (libro IV de *Doctrina Cristiana*, cap. XX). Deste parecer son Filón, judío, Josefo, Orígenes, Eusebio y Basil. *(Comment. in Psalm.*, XXIX). «Canticum, inquit Basilius, est vox quædam concinna, quæ cum harmonica modulatione redditur» ([1]).

Muchos de los griegos y latinos no conceden que sean versos los de los *Cantares,* por no tener tiempos ni sílabas medidas, como los de Virgilio, Horacio y Homero; y es porque no advierten que el metro hebráico no tiene más que consonancias y número de sílabas. Ita sentit Augustin. Eugubinus, *Præfatione in Psal.* et *Comment. in Psalm.*, III. (Legendus Aristoteles, *III Reth.*, cap. VII, et August., lib. IV *De Doctrina Christiana*, cap. XX, et Chrisost., tom. I, *hom. 37 in lib. de Genesi*, et alias *de oratione rithmica*).

Ni hay de qué maravillarnos porque el sapientíssimo Salomón, habiendo de tratar de cosas tan divinas y soberanas, haya escrito en estilo poético y en verso lírico, y en forma de representación ó coloquio: porque, arrebatado en espíritu, y deseando arrebatarnos en el amor de nuestro Dios, se acomodó al estilo más atractivo y más dulce, cual es el poético y dramático. «Summus amor Dei, inquit Gregor., detegitur in canticis erga homines, qui, ut nos provocet ad amorem suum, efficit, ut hic ponantur verba corporei amoris: et sic non irridenda est Sacra Scriptura, sed misericordia Dei consideranda, etc.» Idem docet D. Dionys. (cap. II *Eccles. Hierar.),* dicens: «Ecclesia, humanæ mentis infirmitatem non ignorans, eique propriam et cognitam viam, per quam ad altiora feratur, benignissime providens, quam sæpe in Scripturis poeticis utitur fictionibus» ([2]).

(*a*) Así dice en el impreso, no sé si por errata de imprenta ó por considerar como un solo libro el de los *Proverbios* y el *Eclesiastés*, ó éste y el de los *Cantares*, que tienen un mismo autor. Aquí traducimos *seis*; pues seis distintos libros son, y no cinco, á los que se refiere el Santo Doctor.

([1]) «Cantares dulces de amores divinos»; y San Agustín: Cánticos sagrados y amorosos, de amor santo, de caridad santa, de dulzura santa.» Orígenes: «poema amoroso».

([2]) Gregorio Nacianceno, maestro de San Jerónimo, tratando de la verdadera interpretación de la divina Escritura, sostiene que hay seis libros sagrados escritos en verso: *Job*, los *Salmos* de David, los *Proverbios*, el *Eclesiastés*, los *Cantares* y los *Trenos* ó *Lamentaciones*.

([1]) «Cántico, dice San Basilio, es un lenguaje concertado, que se expresa con modulación armónica.»

([2]) Dice San Gregorio: «El amor inmenso de Dios se nos descubre en estos *Cantares* que dirige á los hombres; porque, para incitarnos á amarle, quiere que aquí se pongan palabras de amor corporal, y así no debe ridiculizarse la Sagrada Escritura, sino ponderarse la misericordia de Dios.» Lo mismo enseña San Dionisio, al decir: «Teniendo en cuenta la Iglesia la flaqueza del alma humana, y procurando

De Pitágoras se escribe que se deleitaba tanto con la música y poesía, que casi salía de sí. Sócrates, siendo ya viejo, aprendió á cantar para tener por compañero de sus estudios y cuidados más graves al canto. El Profeta Eliseo *(IV Reg.)* con la música se disponía para profetizar. Y en el Testamento Viejo hubo muchos y muy diferentes instrumentos de música para celebrar las divinas alabanzas, de que se hace mención á cada passo en los salmos. Pico Mirandulano los pone todos, y diez órdenes de cantores; y afirma que fueron grandes músicos Adán, Abraham, Melquisedec, Asaph, David, Salomón y los tres hijos de Rora, etc.

Platón, en aquel libro que intitula *Jonæ*, dice que se han visto muchas veces hombres imperitos y rudos, arrebatados de un furor y espíritu poético, haber cantado canciones dulcíssimas y llenas de discreción y sabiduría; y en otra parte llama á los poetas ministros y intérpretes de los dioses. Y Aristóteles dijo de la poesía que era cosa divina, y excelentíssima sobre las demás artes liberales. Y de Dios se dice en el *Libro de la Sabiduría* (XI, 21): que crió todas las cosas en número, peso y medida. Y en las Escrituras todas santas hallan los santos modos músicos y consonancias divinas, y versos medidos y de artificio admirable.

Filón, hebreo, llama á la poesía razón divina. Y no hay inconveniente en confessar que Salomón fué poeta, especialmente que dice Giraldo en sus *Diálogos* que los inventores de la poesía fueron hebreos. Lo cual él tomó del mismo Filón, hebreo, y de Eusebio (in lib. *De Præpar. Evang.*), y de San Jerónimo (tom. III, epist. 146). San Agustín (lib. II *De Ordin.*, c. XIV) dice que la poesía nació de la música y, por consiguiente, que tuvo su principio en Tubalcain (*a*). *(Gen.*, IV). S. Hieronym. (in sua *Prefatione super Job*, et *Epist. 105 ad Paulum)* ait: «Nullum genus Poeseos in Psalmis et aliis Hebræorum libris desiderari posse» (1). Y si agora no se les conocen las medidas á los versos de *Job*, *David*, *Eclesiastés*, *Proverbios* y *Cantares*, no es porque no lo sean líricos y heróicos, sino por razón de los intérpretes, que en sus translaciones no pudieron traducir estos libros guardando las leyes de la poesía, sino teniendo atención á la verdad de las sentencias. Sic August., *Epist. 131 ad Memorium Episcopum.*

Al fin concluímos que el estilo que aquí guardó nuestro Salomón es poético y el verso lírico y en forma de diálogo ó de coloquio. «Ne *(Osor. Lusit.)* obscuritas animos alienos redderet, et suavitas ad legendum invitaret.» Declaraturus autem (ut sæpe jam diximus), mutuum et summum amorem inter Christum et Ecclesiam, feminæ (*a*) et viri, mutuo sese amantium, affectione elegantissime descripsit. Feminæ enim amanti desiderii flamma congruit, qua viri cupiditate flagrat, impetus ille, quem timor et pudor retardat, ut virum sequatur, lacrymæ, suspiria et voces doloris (*b*) indices, qui illam ob viri absentiam excruciant, et quærimoniæ, quibus injuriam, ob amorem sibi a fratribus illatam, per quam flebiliter lamentatur. Virum autem decet eam oratione excitare, laudibus demulcere, muneribus afficere et timore jacentem erigere (2).

(*a*) De Tubalcaín se dice en el citado capítulo del *Génesis*, IV, 22: «Tubalcain, qui fuit malleator, et faber in cuncta opera æris et ferri». En el versículo anterior, hablando de Jubal, hermano de Tubalcaín, hijos ambos de Lamec, pero de distinta madre, se lee: «Jubal: ipse fuit pater canentium cithara et organo»: Jubal, el mismo que fué padre ó *maestro* de los que tocan la citara y órgano ó flauta. Lo que atribuye, pues, la Sagrada Escritura á Tubalcain no es ser el padre ó maestro de la música, sino el ser artífice en toda clase de obras de cobre y de hierro.

(*a*) Esta palabra se halla escrita con diptongo en su primera sílaba: *fæminæ*, por *feminæ;* aquí la hemos corregido.

(*b*) Corregimos también estas dos palabras, diciendo *voces doloris indices*, en lugar de *vocis dolores indices*, que se leen en el impreso.

---

abrirle un camino propio y trillado para levantarla á cosas más altas, usa con mucha frecuencia en sus escritos de ficciones poéticas.»

(1) San Jerónimo dice que en los Salmos y en los otros libros de los hebreos no se echa de menos ninguna clase de poesía.

(2) «Para que la obscuridad, dice Osorio lusitano, no produjese hastío en los ánimos, sino que la dulzura y suavidad del lenguaje convidase á leer.» Y añado yo, como término y fin de este preludio, que para dar á conocer, como hemos ya dicho muchas veces, el mutuo amor, fuerte y encendido, entre Cristo y la Iglesia, se valió el Espíritu Santo muy oportunamente del que se profesan dos personas, hombre y mujer, que se aman. Porque es propio de la

PRÆLUDIUM V

De qualitate amoris, de quo in hoc libro agitur ([1]).

Como sea el amor, entre las passiones del ánima la más vehemente, la de mayor violencia y la más atractiva, hechicera y arrebatadora, tanto que no deja ser suyo al que ama, no solamente trataron de él los filósofos morales, sino los divinos escritores. Dulce passión es el amor, y afecto suave que arrebata el amante, y le une y con su virtud le transforma en la cosa amada. ¿Qué es un alma sin amor? Lo que es un cuerpo sin alma. Boecio dijo que el amor sirve de engrudo fortíssimo con que se juntan y unen las cosas celestiales y están trabados los elementos; y los contrarios se hacen amistad en los cuerpos mixtos; y si de las cosas criadas se quitasse el amor, ninguna permaneceria en la naturaleza toda; porque de contrarios ligados y hermanados por el amor consta sin ninguna duda el mundo. De aquí es, que en esta materia más que en otra, se han ocupado ansi la filosofía moral como la teología divinal.

Amor, passión dulce que une.

Hállanse muchas diferencias y suertes de amor de que sería negocio infinito tratar; pero habiendo de levantar de punto el de que se trata en los *Cantares*, que es de desposado á desposada, será necessario, con la brevedad possible, decir de cada uno un poco. Unos dividen el amor criado en amor de parentesco, de patria, de compañía y trato, de marido y mujer; y en carnal, de criaturas irracionales, y en espiritual. Otros, en amor de concupiscencia, de benevolencia, de beneficencia y de concordia. Otros, en dilección, amistad, caridad y amación. Otros dicen que no hay más amores qne bueno y malo. Otros le dividen en natural, animal, racional é intelectual. Otros, en amor libre, arbitrario, gracioso y habitual. Al fin, las diferencias que hay de amores son tantas, que apenas se hallan nombres con que se puedan declarar.

Divisiones del amor.

El amor de parentesco es poderosissimo, y de que la experiencia nos tiene mostradas grandes cosas y hechos notables. Cuánto se aman los hijos, cuánto los padres, cuánto los hermanos, cuánto los honrados deudos, ni es negocio fácil ni de prólogo el probarlo.

El amor de la patria por epíteto proprissimo tiene llamarse dulce. Tal es, que muchas veces vence y sobrepuja al del parentesco; porque habemos visto negar deudos á deudos por acudir ciudadanos á ciudadanos, y compatriotas á los de su patria. De Marco Bruto escribe San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios*, que por el amor de su patria no perdonó á su propio hijo, y por eso dijo el otro poeta: «Vence el amor de la patria, y la desmedida codicia de las alabanzas y honra.» El amor de compañia y trato es muy estimado, y tanto, que vino á decir Salomón en sus *Proverbios* que no habia á qué comparar un amigo fiel; y, al fin, más amamos á los con quien tratamos y conversamos que á los forasteros y no conocidos. Quien dijo amigo, dijo un bien raro, como veremos en su propio lugar cuando tratemos aquél del capitulo II (*Cant.*, II, 10): «Surge, propera, amica mea» ([1]).

Y para ejemplo no hay otro como el que se escribe en el *Libro II* (*a*) *de los Reyes*, cap. XX, entre David y Jonatás, de los cuales se dice que sus almas estaban como con engrudo pegadas y hechas uno. El amor carnal no tiene lugar en estos mis escritos, ni le ha de tener en los que pretendieren salvarse; porque todos los que según la carne y sus concupiscencias vivieren, perecerán para siempre. Es fuego de alquitrán en el alma, que no deja hoja verde en ella, ni lustre ni parecer. El amor de las criaturas irracionales ha de ser á imitación

---

mujer que ama suspirar por la presencia de su esposo, sentir un vehemente deseo, templado siempre por cierto temor y por el pudor natural de su sexo, de estar en su compañia, derramar lágrimas y lanzar ayes y gemidos por su ausencia, y quejarse lastimosamente de lo que ella reputa como injuria hecha á su amor por los amigos y compañeros que retienen alejado de su lado al esposo. En cambio, deber es del esposo sostener el ánimo de su esposa con sus palabras dulces, alabarla oportunamente, regalarla é infundirla alientos cuando la ve abatida por el temor.

([1]) *Preludio V.*—De la calidad y modos del amor de que se trata en este libro.

(*a*) Debe leerse *I Reg.*, XX, que es en el que se habla de la estrecha é íntima amistad de David y Jonatás.

([1]) «Levántate, date prisa, amiga mía.»

de Dios, que ninguna cosa de las que crió aborreció. Y, ¡tristes de nosotros!, que muchos las amamos de manera que olvidamos al Criador por ellas, y habiéndolas criado para despertarnos á su amor *(Prov.*, XVI), parece que están criadas en odio de su Majestad y para lazo y cepo, en que caigamos y nos condenemos por nuestra insipiencia y brutalidad! *(Sap.*, XI).

Amor espiritual, cuánta fuerza tiene.

El amor espiritual es de grandes quilates: llámase gracioso, y óbrale y cáusale en nosotros el Espíritu Santo, y es un hábito en el alma mediante el cual amamos á Dios y al prójimo, con más calificado y alto amor que el del parentesco, patria, compañía, carne, criaturas y el de la propia vida; pues por él se niegan los padres, hermanos, ciudadanos, amigos, deleites, intereses y á ssí mismo cualquiera que le tiene plantado y arraigado en su corazón.

No quiero tratar aquí del amor de concupiscencia, benevolencia, beneficencia y concordia, ni de los demás que subdividimos, porque más se pueden llamar propiedades de amor que differencias; y si algo hay más de consideración en estos nombres, muy á la larga se hallará tratado en los capítulos II, III y IV de los *Triunfos de amor*.

Amor de esposo y esposa excede á los demás.

Lo que á mi propósito y particular hace, por ahora, es averiguar cómo el amor de esposo y esposa vence y sobrepuja todos los demás amores, y declarar cuánto más pesa el amor que Dios tuvo y tiene á su Iglesia y á cada una de las almas justas, que el de padres á hijos, de hermanos á hermanos, de deudos á deudos, de ciudadanos á ciudadanos, de amigos á amigos, de criaturas á criaturas, ora sean racionales, ora irracionales. Y aunque para probar esto se pudieran traer grandes argumentos de las divinas y humanas letras, basta, para que se entienda ser assí, ver que en los demás amores apenas se halla más que un respeto ó título para despertar nuestro amor. Porque el título de deudo ó de padre es unidad que hace la naturaleza con el parentesco, y los títulos de rey, de ciudadano y de amigo son respetos de la estrecheza con que por su voluntad los hombres se aman. Pero entre el esposo y la esposa todo es unión, todo lazos y ñudos ciegos, que no se sueltan ni desatan en cuanto la vida dura.

Hay unión de carne, según lo escribe *Math.*, XIX, 5: «Erunt duo in carne una» (¹); hay unión de espíritus, porque es el blanco principal entre los desposados, y por essa, como galanamente lo prueba San Basilio *(Tractatu de Virginitate)*, se ordenó que dos carnes fuessen una: y aun si la unidad fuera solamente carnal, como lo es en los que carnalmente se conocen sin vínculo de matrimonio, no fuera figura y sacramento del amor que hay entre Cristo y la Iglesia, como veremos. Hay, demás de esto, unión de fortunas, porque en el matrimonio no se halla entre los desposados mío ni tuyo; todas las cosas son comunes: el marido es de la mujer y la mujer del marido, y, por consiguiente, los bienes todos. Y es tan grande y tan poderoso este amor, que hace olvidar los padres, la patria, los amigos, los interesses y todo lo que en el mundo se puede ofrecer de codicia. «Propter hoc (*Math.*, ib.) *relinquet* homo patrem et matrem, et adhærebit uxori suæ», etc. (²).

Nombre de esposo dice estrecheza y unidad entre Cristo y su Iglesia.

Hace ventaja este nombre de esposo á los demás en dos cosas: la primera, en que es más estrecho y de más unidad que todos; la segunda, que es lazo más dulce y causador de mayor deleite que los demás.

Todos cuantos títulos de amor se pueden imaginar para con su Iglesia, le convienen á Cristo, y los hay en Él: de cabeza, de pastor, de médico, de amigo, de padre, de madre, de hermano, de natural, etc. Pero, cuando se dignó de llamarse Esposo nuestro y á la Iglesia Esposa suya, echó el sello y puso en su punto el amor. Porque, como dije, para lazo es el más apretado, y para deleite, el más apacible y dulce, y para unidad de vida, el de mayor familiaridad, y para conformidad de voluntades, el más uno, y para amor, el más ardiente y encendido de todos. Al fin, toda la estrecheza de amor y de conversación y de unidad de cuerpos que en el suelo hay entre dos muy bien casados, es frialdad y tibieza respeto del amor que Dios tiene á su Iglesia, y al alma que tiene por esposa suya.

(¹) «Serán dos en una carne.»

(²) «Por esto—es decir, por casarse con su mujer,—dejará el hombre á su padre y á su madre y unirse ha con su mujer», etc.

Porque en el ayuntamiento matrimonial no se comunican los espíritus; pero en éste el espíritu de Cristo se da y traspassa á los justos, y se hacen un espíritu con Él. Allí de manera se hacen dos cuerpos uno, que se quedan diferentes en todas sus calidades; aquí de tal manera se juntó el Verbo con nuestra carne, que se atrevió á decir San Juan que *el Verbo se hizo carne*. Acullá no recibe vida el un cuerpo del otro; aquí vive y vivirá nuestra carne por medio de la carne de Cristo. Allí, finalmente, son dos cuerpos en humores é inclinaciones diversos; aquí de manera ayunta Cristo su cuerpo á los nuestros, que los acondiciona al suyo, hasta venir á ser con Él casi un cuerpo mismo, por modo tan estrecho y tan secreto, que apenas puede significarse ni entenderse.

Que es lo que dijo San Pablo *(Ephes.*, V, 29): «Nemo carnem suam odio habuit: sed nutrit et fovet eam» [1]; como Cristo á su Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huessos. «Sacramentum hoc magnum est». Este es un misterio grande y yo lo entiendo en Cristo y la Iglesia. Methodius et Ireneus: «Ut illi adjungamur, veluti uxor viro, et per hoc Ecclesia et Christus sint duo in carne una, id est, in Eucharistia» [2].

Diversas semejanzas con que declaró Cristo el amor que tiene á su Iglesia.

Para declarar Cristo el estrechíssimo y amoroso vínculo que hay entre Él y su Iglesia, usó de muchas y diversas semejanzas.

La primera fué de la Santísima Trinidad. «Pídote, Padre, dice, *(Joan.*, XVII, 11), que ellos sean una cosa conmigo como tú y yo lo somos». Esta oración hizo sobre cena, y fué oído en ella y se le concedió esta unidad, la cual declaran divinamente San Hilario, San Cirilo Hierosolimitano y Alejandrino, y coligen ser la más excelente, la más admirable, y mayor de cuantas uniones se pueden imaginar, no sólo de voluntades y espíritus, sino también de cuerpos.

La segunda tomó de la cepa y de los sarmientos. Et habetur *Joan.*. XV, 5: «Ego sum vitis *vera* et vos palmites» [1]. Y desta unión dijo Pascasio, abad (lib. *De corpore et sanguine Domini*, cap. XX): «Vitis et palmes unum corpus sunt, et ideo unum ferre videntur fructum, quia uva, quam palmes affert, de radice profluxit vitis; idcirco vinum quod bibimus sanguis est ejusdem vitis, qui de latere ejus fluxit» [2].

La tercera semejanza es del manjar de pan y vino, de que trató [San Juan] en todo el cap. VI, significando que, como comiendo el pan material y bebiendo el vino, dél y del que lo come y bebe se hace una cosa, assí de Cristo y la Iglesia, Esposa suya, que le come consagrado, resulta una unidad estrechíssima, y que apenas se puede hallar otra mayor (como largamente lo tratamos en la segunda parte de la *Lucha espiritual)* y de que han escrito grandes cosas los Santos y se predican cada día.

La cuarta sacó San Pablo désta que agora dijimos, del manjar y de la bebida *(I Corinthios*, X, 16): «Calix benedictionis, cui benedicimus, nonne communicatio sanguinis Christi est? et panis quem frangimus, nonne participatio corporis Domini est? Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus» [3].

Cual es, pues, la conjunción del licor expreso (*a*) de muchos granos de uvas, y de la harina de muchos granos de trigo molidos y mezclados, tal es, en su manera, la unión que hay entre Cristo nuestro Redentor y nosotros por medio deste divino manjar y bebida de su cuerpo y sangre. Hinc Ciprian.: «Quemadmodum grana multa in unum collecta, et commolita et commixta, panem unum faciunt, sic in Christo, qui est panis cœlestis, unum sciamus

(*a*) Participio irregular de exprimir. Ahora diríamos *exprimido*.

---

(1) «Nadie aborreció á su propia carne, sino que la sustenta y cuida.»

(2) Dicen San Metodio y San Ireneo: «Para que nos unamos con Él, como la mujer con su marido, y con esto la Iglesia y Cristo sean dos en una carne, esto es, en la Eucaristía.»

(1) «Yo soy, se dice en San Juan, la vid *verdadera*, y vosotros, los sarmientos.»

(2) «La vid y el sarmiento forman un solo cuerpo, y por esto vemos que llevan un solo fruto, porque la uva que da el sarmiento procede de la raíz de la cepa; así, pues, el vino consagrado que nosotros bebemos es sangre de la misma vid, esto es, de Cristo, la cual manó de su costado.»

(3) «El cáliz de bendición que consagramos, ¿no es, por ventura, la comunión de la sangre de Cristo?; y el pan que partimos, ¿no es, acaso, la participación del cuerpo del Señor? Porque todos los que participamos del mismo pan, bien que muchos, venimos á ser un solo pan, un solo cuerpo.»

esse corpus, cui conjunctus sit noster numerus et adunatus». (Lege Augustin., *Tractatus XXVI in Joan.*, et multos alios) ([1]).

Y ¿qué significa—y sea la quinta similitud—aquel mezclar el agua con el vino en el cáliz, á ejemplo de Cristo nuestro Redentor, sino esta amorosíssima y estrechíssima unión entre Él y su Iglesia, no sólo espiritual, sino según la carne?

En las misas ó liturgias que compusieron Santiago, San Basilio, San Crisóstomo, y la Siriaca, y Etiópica se dice esto claramente, y lo testifica el glorioso San Justino, mártir (en la *Apologia ad Antonium);* Irenæus, Gregorius Nisenus (in *Sermone cathechetico*, XXXVII) y el Concilio III cartaginense, en que se halló San Agustín, cánon 24. Todos afirman que Cristo nuestro Redentor en la última cena, para dar su sangre á sus apóstoles, mezcló agua con el vino, antes de consagrarlo, para significar, según San Cipriano (in illa verba *Apocal.*, XVII: «Aquæ *multæ*, populi *multi*»), de la manera que se junta la Iglesia con su Esposo Cristo. «Quæ copulatio, inquit, et conjunctio aquæ et vini sic miscetur in calice Domini, ut commixtio illa non possit ab invicem separari» ([2]). Y un poco adelante dice: «Si vinum tantum quis offerat, sanguis Christi incipit esse sine nobis; si vero aqua sit sola, plebs incipit esse sine Christo» ([3]).

Lo mismo escriben Julio, Papa; Eusebio Niseno, Isidor. (lib. I *De officiis*, cap. XVIII); el Concilio Bracarense tercero (cap. I), y el Triburiense (cap. XIX) y San Pascasio, que, habiendo dicho grandes cosas de este misterio, añade: «Exultant ergo fideles, dum se intelligunt ad tantam unitatem Christi sociatos per gratiam, et ad tantam fragrantiam charitatis

([1]) Por esto dice San Cipriano: «De la misma manera que muchos granos, molidos y mezclados entre sí, hacen un pan, asi en Cristo, que es pan celestial, formamos un solo cuerpo, en el cual está junta y hermanada la muchedumbre de los cristianos».

([2]) «Esta trabazón, dice, y esta unión del agua y del vino que se mezclan en el cáliz del Señor, es tal que, después de mezclados, no se pueden separar uno de otro.»

([3]) «Si alguno ofrece solamente vino, la sangre de Cristo está en el cáliz sin nosotros; pero si sólo hay agua, entonces estamos nosotros, sin la presencia de Cristo.»

provectos; et ideo ¡quam bene in hoc misterio nostra figura per aquam admittitur, ut unusquisque in illo Christi sanguine susceptum se intelligat, et in melius transmutatum!» ([1]). San Algero dice que, juntamente con significar nuestro ayuntamiento con Cristo, representa la sangre y agua que salió del costado de Cristo, abierto con la lanza.

La sexta similitud se toma de lo que dijo San Pedro en su primera canónica, cap. II, 4-5: «Ad quem accedentes lapidem vivum, ab hominibus quidem reprobatum, a Deo autem electum et honorificatum; et ipsi tanquam lapides vivi superædificamini, domus spiritualis», et cætera ([2]).

Maravillosa unión la que hay en una casa bien concertada y labrada, que, siendo las piedras muchas, no es más que una. Es semejanza muy usada en la Escritura, que á cada passo llama á la Iglesia Sión, Templo, Ciudad y Casa: y una Sibila profetizó de una casa y templo de carne. «Sic ex instituto Ecclesiæ ante sumptionem Eucharistiæ dicimus cum Centurione (*Math.*, VIII, 8, et *Luc.*, VII, 6): *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum* ([3]); porque nuestro pecho en aquella hora es casa y templo de Cristo.

La séptima similitud es de San Pablo á los Romanos, Corintios, Efesios y Colosenses, de la hermandad y liga admirable que tienen todos los miembros entre sí y con su cabeza. Lean los curiosos lo que San Gregorio Niseno escribió á este propósito en un sermón catequético, que es de mucha consideración: y con ella lo dejo por no alargar demasiado este

([1]) «Alégranse, por tanto, los fieles, cuando consideran que por la gracia se han juntado en unidad tan excelente con Cristo, y han sido levantados á tan suave y deliciosa unión: y por esto, ¡cuán bien se simboliza en este misterio nuestra presencia por medio del agua, hasta el punto de que cada uno pueda mirarse á sí mismo viviendo en la sangre de Cristo y trocado allí en otro de mejor condición!»

([2]) Al cual arrimándoos como piedra viva que es, desechada, sí, de los hombres, pero escogida de Dios y apreciada *por la principal del edificio*, sois también vosotros á manera de piedras vivas, edificados encima de él, siendo como una casa espiritual.»

([3]) «A esto mira que nosotros, por prescripción de la Iglesia, antes de recibir la Eucaristía, decimos con el Centurión: Señor, yo no soy digno de que tú entres en mi casa.»

Unión entre esposo y esposa, cuán grande.

prólogo y por decir la octava semejanza, frecuentísima en las divinas letras, de esposo y esposa, que es una unión amorosa, regalada y de muchas maneras: una, no una en solos los quereres y voluntades, sino también según la carne y fortunas.

Es, pues, Cristo, Esposo, que tiene desposada, como dijo el bienaventurado San Juan Baptista *(Joan.*, III, 29), formada de su propio cuerpo, como Eva de la costilla de Adán, que ni él puede olvidarla ni repudiarla, ni ella á él, porque son una carne, unos huessos, un espíritu, un querer, y comunes todas las cosas. Y, al fin, quien á su mujer ama, á sí mismo se ama, y ninguno aborreció á la que es su propia carne: ¡tan bien arraigado y fundado está el amor de los dos desposados! Este matrimonio entre Dios y el alma tiene su principio de la fe; pero su consumación y perfeción, en la caridad. Y dice un sabio, y bien: Que el ánimo de los que contraen matrimonio carnal debe estar lleno y adornado de tres afectos: es á saber, de libertad, de integridad y de perpetuidad.

Lo primero, dice, que no ha de haber fuerza, sino que libremente consientan. Lo segundo, que no ha de ser á medias: una á uno, y uno á una; porque dos no se compadecen, porque sería el corazón partido y á medias el amor, y por esso, flaco y enfermo. Lo tercero, perpetuo, que sola la muerte le desate. Ansí el matrimonio entre Dios y el alma ha de ser libre; y es fuerza serlo, siendo por amor, porque el amor no puede ser forzado ni violentado: «Perfecta enim charitas foras mittit timorem». (*I Joan.*, IV, 18) ([1]). Ha de ser por entero: «Ex toto corde, ex tota anima et ex tota mente et virtute.» (*Deut.*, VI, 5) ([2]). Todo el corazón de la Esposa quiere para sí el divino Esposo, sin que naide tenga parte en él, porque es muy celoso y no consiente compañeros en su amor. Y si siente que vive otro en el corazón de la Esposa, consúmese con celos. Suyas son aquellas palabras del *salmo 118*, 139: «Tabescere me fecit zelus meus, quia obliti sunt verba tua inimici mei» ([1]).

En el *Libro de la Sabiduría* confiessa que ha de tomar armas contra el alma que le fuere desleal y le ofendiere. «Et accipiet armaturam zelus illius». *(Sap.*, V, 18) ([2]). Por Zacarías dice: «Zelatus sum Sion zelo magno.» *(Zach.*, VIII, 1, 2) ([3]). Y en otras partes se llama *celoso*, dando á entender cuánto estima la fidelidad de su esposa y el rigor con que castigarán (*a*) cualquier agravio y desamor. «Non parcet in die vindictæ». *(Prov.*, VI, 34) ([4]).

El gran sacrificio que pide Dios (ó, por hablar más propiamente, holocausto) es el que se le hace de todo corazón. «De ratione enim holocausti erat, ut totum animal combureretur, ita ut nihil reservaretur» ([5]).

En el *Levítico* mandó que se le ofreciesse la cabeza y la cola del animal, esto es, el principio y el fin. Mas porque no entendiéssemos que los medios se podían ofrecer á otro, añade *(Lev.*, III, 9-10): «Adipem et caudam totam, cum renibus et pinguedinem quæ operit ventrem, atque universa vitalia»: «La enjundia, la cola toda con los riñones ó intestinos, y el redaño que ciñe y cubre el vientre, y todas las entrañas ó partes vitales quiero que me ofrezcáis.» Todo esto pide; el corazón todo entero, porque él es el que tiene la vida y de quien ella pende, y sin quien no hay en los animales vida.

Todo lo debes á Dios, alma santa, Esposa de Cristo; y débesselo, no por un día, ni por un año, ni por otro tiempo mayor ó menor, sino por toda la eternidad, porque tu Esposo no es mortal como los demás, sino eterno: es Dios, que no puede morir.

Grande ñudo es éste que entre Dios y el alma hace el amor, y lazo de unidad tan estrecho, que en ninguna cosa de las que la Naturaleza ha compuesto ó el arte inventado, las partes diversas que tiene se juntaron jamás

(*a*) Parece error, en vez de *castigará*.

([1]) «La caridad perfecta lanza fuera el temor.» En vez de este capítulo el impreso trae el III. En la siguiente, cita también *Math.*, IV, y debe leerse XXII, 34.

([2]) «Con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas del espíritu.»

([1]) «Mi celo me ha hecho consumir de dolor, porque mis enemigos se han olvidado de tus palabras.»

([2]) «Se armará de todo su celo.»

([3]) «Yo he tenido grandes celos de Sión.»

([4]) «No perdonará en el día de la venganza.»

([5]) «Porque condición era del holocausto que se quemase todo el animal, de tal modo que nada se guardase.»

con juntura tan delicada, ó que ansí huyesse la vista como ésta. Es un ayuntamiento, el que mediante este divino matrimonio se hace, tanto mayor y mejor que otro cualquiera, cuanto se celebra por modo más uno y más limpio; y la misma ventaja que hace al matrimonio corporal en limpieza, essa le hace en estrecheza y unidad.

Allí se inficionan los cuerpos; aquí se deifican las almas y los cuerpos. Allí se aficionan las voluntades; aquí todo es una voluntad y un querer; aquí, sin destruir la sustancia, convierte el Esposo en sí mismo á la esposa. Allí se yerra muchas veces; aquí se acierta siempre. Allí nunca falta solicitud y cuidado, enemigo de la conformidad y unidad; aquí, seguridad y reposo, ayudador y favorecedor de aquello que es uno. Allí se ayuntan para sacar á luz á otro tercero; aquí por un ayuntamiento se camina á otro, y el fruto de aquesta unidad es afinarse en ser uno, y el abrazarse para más abrazarse. Allí el contento es aguado, y el deleite breve y de bajo metal; aquí lo uno y lo otro tan grande, que bañan el cuerpo y el alma; tan noble, que es gloria; tan puro, que ni antes le precede, ni después se le sigue, ni con él jamás se mezcla ó se junta el dolor. Fué, sin duda, invención del Espíritu Santo, para declarar los amores castíssimos y estrechíssimos entre Cristo y su Iglesia, ó el ánima santa que mereció nombre de Esposa, dibujarlos en dos desposados, por ser tan unos y el amor entre ellos tan fervoroso y estrecho.

PRÆLUDIUM VI

De divinæ Scripturæ maxima difficultate, præcipue hujus libri, et de intentione propositoque Authoris [1].

«Scrutamini Scripturas..., *quia* illæ sunt quæ testimonium perhibent de me.» *(Joan.*, V, 39) [2]. Estas palabras dijo Cristo á los judíos, y tienen dos sentidos, muy diferentes el uno del otro.

Da ocasión para esta diferencia la ambigüedad del verbo, assí griego como latino, porque puede ser de imperativo ó de indicativo. Escudriñad ó escudriñais. En este segundo las entienden San Cirilo (lib. III, cap. IV), Ireneo (lib. IV, cap. XXIII), Toledo (in *Joan.)* et Escolástico. La común sigue el primero. Chrisost. *(hom. 4* Athan., *in quadam epist.* quæ est in fine voluminis operum), Basil. (lib. de *Bapt.*, c. IV), Euthi., S. Thomas, et fere omnes. De manera que exhorta Cristo á los que no creen sus palabras ni sus obras á la leción de las Sagradas Escrituras del Testamento Viejo porque en todas ellas estaba Él figurado y de secreto. Y dice *scrutamini*, [escudriñad], porque no en la superficie de la letra, sino en el hondón y centro de ella le habían de hallar.

Las Escrituras se han de escudriñar, y ¿con qué fin?

Colígese de aquí que las Escrituras Santas no son tan fáciles como (blasfemando) afirman los herejes, sino dificultosíssimas, y que tienen necessidad de escrutinio, de cuidado y de diligencia, y, sobre todo, de la luz del cielo. «Da mihi intellectum (decía el profeta), et scrutabor legem tuam: et custodiam illam in toto corde meo.» (*Psal. 118*, 34): «Dadme, Señor, entendimiento y escudriñaré vuestra ley: y guardarla he en todo mi corazón.» Para esso se ha de escudriñar la ley de Dios, para guardarla y meterla en el corazón, y con ese fin se ha de pedir entendimiento alumbrado con luz del cielo, porque sin ella, ó no se hallará lo que se busca ó, si se hallare, no será de provecho; y esse es el parecer de Cirilo. Escudriñais las Escrituras porque dan testimonio de mí; pero no os sirve de nada esse escrutinio, porque ni me recebís ni me creéis.

Origenes dice (Orig., *hom. 12 in Exod.):* «Non studium solum nobis adhibendum est ad discendas sacras litteras, verum et supplicandum Domino, et diebus ac noctibus obsecrandum, ut veniat Agnus de tribu Juda, et ipse, accipiens librum signatum, dignetur aperire» [1]. San Hilario (Hilar., lib. de *Trinit.)* se confiessa de ingenio flaco, lerdo é inhábil para la inteligencia de las Escrituras. San Jerónimo (in *Epist. ad Roman.)*, grande intérprete

---

[1] *Preludio VI.* — «De la grandísima dificultad que se halla en los libros de la divina Escritura, especialmente en éste, y de la intención y propósitos del autor.»

[2] «Registrad las Escrituras... porque ellas son las que están dando testimonio de mí.»

[1] «No es suficiente por sí solo el estudio para aprender las sagradas letras; sino que también hemos de pedir al Señor, y rogarle día y noche, que venga el Cordero de la tribu de Judá y que, tomando Él mismo el libro sellado, se digne abrírnoslo.»

dellas, después de haber peregrinado tanto en seguimiento suyo, después de tantas ayudas de costa de lenguas, con inmenso trabajo adquiridas, llegando á explicar aquel lugar de San Pablo á los Romanos *(Rom.*, IX, 14): *Quid ergo dicemus? Numquid iniquitas est apud Deum?* etc., dice: «Omnis quidem epist. ad Romanos interpretatione indiget: et tantis obscuritatibus involuta est, ut, ad intelligendam eam, Spiritus Sancti indigeamus auxilio, qui per Apostolum hæc ipsa dictavit [1]. San Agustín, respondiendo á Januario, que en una epístola le alaba de hombre consumadíssimo en todas ciencias y que nada se le escondía, dice, que aunque se alegró con su carta, en leyendo aquella palabra *nada se te esconde*, se entristeció sobremanera. «No solamente soy, dice él, ignorante en muchas cosas de la Santa Escritura; pero sé cierto que es más lo que della ignoro que lo que alcanzo.»

No quiero referir aquí lo que en el caso confiesan Dídimo, Pontano, Clemente, Ambrosio, Crisóstomo, Teofilato, Cirilo y los demás que sudaron en la inteligencia de las divinas letras, porque á cada passo se conocen inhábiles y de entendimientos cortos y necessitados del favor del cielo, y seria hacer de prólogo tratado. Oigamos á San Pedro, que en su epist. 2 Can. *(II Petri*, III, 16) avisa á los cristianos de su tiempo que miren cómo leen los escritos de San Pablo, porque hay en ellos, dice él, grandes dificultades, y que para su condenación los corrompen los hombres perversos y malos. Y, ¿en cuántos daños incurrieron nuestros padres primeros *(Genes.*, III) por querer, inconsiderada y temerariamente, probar la fruta del árbol de la ciencia que les estaba vedada? Tales son los que, sin ser llamados, contra el precepto de Dios, que á solos sus ministros concede tratar y conocer los misterios de su reino, se quieren entremeter en declarar las Escrituras santas: que en vez de salir sabios como dioses, que fué la promesa de la serpiente, quedan semejantes á las bestias insipientíssimas.

[1] «San Jerónimo, sobre aquel lugar de San Pablo: *¿Qué diremos, pues? ¿Por ventura cabe en Dios iniquidad?*, etc., dice: «Por cierto que toda la epístola á los romanos necesita interpretación; y está llena de tan grandes obscuridades, que para entenderla necesitamos del socorro del Espíritu Santo, quien por el Apóstol dictó estas cosas.»

Que no á todos es lícito interpretar las santas Escrituras; y de dónde les viene ser tan dificultosas.

Pero, sepamos, ¿en qué consiste, ó de dónde viene ser tantas las dificultades de las divinas Escrituras?

Lo primero, de los misterios que en ellas se tratan, que son altíssimos: de la Santíssima Trinidad, Encarnación del divino Verbo, muerte y resurreción suya y nuestra; juicio, infierno y gloria sempiterna. Estos misterios, ó se nos muestran encubiertos debajo de nube de figuras en el Testamento Viejo, ó (*a*) con velo de fe sin sombras en el Nuevo: de una y otra manera son dificultosos. Lo primero, por los tropos y figuras; lo otro, por la desigualdad que hay entre ellos y nuestros entendimientos. San Basilio tenía prohibido y mandado á su discípulo Chilón que no leyesse en el Testamento Viejo, por su mucha dificultad. «Ex veteris, inquit, Testamenti lectione detrimentum accedit; non quod scripta sint nociva, sed quod eorum, qui læduntur, mens sit infirma» [1].

Y dado caso que por razón de la materia no fueran tan escuras las divinas letras, es fuerza serlo por respeto de las lenguas en que en su principio se escribieron, de que tan pocos hay que tengan entera y verdadera noticia.

Y de la antigüedad, ¿no les nacen dificultades? Grandíssimas. Nuestra propia lengua materna es otra de la que era cien años ha, y apenas se entiende agora lo que en aquellos tiempos se escribió. Pues, ¿cómo se entenderán las lenguas ajenas, después de tantos centenares y aun millares de años como ha que se escribieron? Dejo las frasis especiales y propias de la lengua hebrea, que son muchas y tan fuera de nuestro común modo de hablar que parece algarabía lo que se nos dice. «El que creyere en mí, dice Cristo *(Joan.*, VII, 38), saldrán aguas vivas de su vientre.» «Si tu ojo *(Math.*, XVIII; 8-9) te escandaliza, sácatele; si

(*a*) Corregimos el impreso poniendo aquí esta conjunción *ó*, disyuntiva, en vez de la copulativa *y*, por exigirlo así el sentido de la frase, que en su primer miembro lleva también la misma disyuntiva.

[1] «De la lectura del Viejo Testamento síguese á veces, perjuicio, no porque la doctrina sea en sí misma nociva, sino por lo mal dispuesto que tienen su entendimiento aquellos que, leyéndole, reciben daño.»

la mano ó pie, córtatelos.» «Bienaventurados (*Math.*, XIX, 12) los que se castraron por el reino de los cielos.» «Si tu enemigo (*Rom.*, XII, 20) tuviere hambre, dale de comer: y de beber, si tuviere sed, porque haciendo esto juntarás carbones sobre su cabeza.»

Pues, ¿qué dificultades no se hallan en los sentidos alegóricos y místicos? Y ¿qué no trabajaron los santos doctores por allanarlas para el gusto y provecho de la gente ruda? Podrá el curioso lector, en confirmación deste argumento, leer á San Cirilo Alejandrino (Ciril. Alexand., *lib. I et IV in Levit.*) en el principio del *Levítico*, lib. IV, porque dice cosas maravillosas, con que se declara bien la dificultad de las Escrituras, considerada la letra y los misterios profundos que se esconden debajo della.

San Ambrosio, sobre aquel lugar de San Pablo (*I Corint.*, XIV, 4) (*a*): *Qui loquitur lingua* se ipsum *ædificat; qui autem prophetat, Ecclesiam Dei ædificat. Volo autem vos loqui linguis magis autem prophetare* ([1]), dice que los intérpretes de las divinas Escrituras son aquí llamados profetas. «Sicut enim Propheta futura prædicit, quæ nesciuntur, ita et ii, dum Scripturarum sensum (qui multis occultus est) manifestant, dicuntur prophetare» ([2]). En el cual modo de hablar sinifica que solos aquéllos tienen licencia de interpretar el Evangelio y Escrituras Santas, á los cuales el Espíritu Santo ilustrare con su divina luz. Y el mismo Apóstol San Pablo (*I Corint.*, XIII) (*b*) cuenta entre los dones del Espíritu Santo, dados para utilidad de la Iglesia, el de profecía y la interpretación de las palabras santas. Porque, á la verdad, ninguno puede ser tenido por legítimo intérprete dellas sino aquel que hubiere recebido semejante don del Espíritu Santo. A lo menos, San Pedro dice (*II Petr.*, I, 21) que los hombres santos, inspirados por Dios hablaron.

(*a*) Esta cita aparece equivocada en el impreso, leyéndose *I Corinth.*, IV.
(*b*) Debe leerse XII, 10.

([1]) «Quien habla lenguas, se edifica á sí mismo; mas el que profetiza, edifica á la Iglesia de Dios. Yo, sí, deseo que todos vosotros tengáis el don de lenguas; pero mucho más que tengáis el de profecía.»
([2]) «Porque así como el profeta predice las cosas futuras que no se saben, así también éstos, al manifestar el sentido de las Escrituras, para muchos oculto, se dice que profetizan.»

Vengamos ya á la repugnancia que entre sí tienen, al parecer, algunos y muchos lugares de la Sagrada Escritura, y veráse su dificultad. ¿Qué no trabajó San Agustín cuando se puso á escribir *De consensu Evangelistarum?* Porque de estas oposiciones tomaron los herejes mucha ocasión para fundar en la Escritura sus errores, y para destruirlos, muchos doctores se desvelaron y quemaron las cejas.

Manda el Señor por San Mateo que sus Apóstoles no lleven de camino báculo ó vara (*Math.*, X, 10), y dice San Marcos que les mandó que llevasen vara (*Marc.*, VI, 8). Josef, por San Mateo (*Math.*, I, 16) se llama hijo de Jacob, y por San Lucas (*Luc.*, III, 24), hijo de Leví. San Pablo, á los hebreos dice (*Hebr.*, VI, 4): «Impossibile est eos, qui semel sunt illuminati, gustaverunt etiam donum cœleste..., et prolapsi sunt; rursum renovari ad pœnitentiam» ([1]). El cual lugar, si ansí como suena se ha de entender, ninguno les queda á los pecadores para la penitencia fructuosa, lo cual es contra todo el golpe y corriente de las Escrituras, y es herejía de los novacianos.

No tiene licencia la gente vulgar para interpretar las santas Escrituras.

De estas oposiciones aparentes hay muchas á cada paso en los libros sagrados: que para traerlas á concordia se requiere más saber que el de los oficiales mecánicos á quienes dan licencia que traten las Sagradas Escrituras los perversos y temerarios heresiarcas, como si ninguna dificultad hubiesse en ellas, ni peligro de entenderlas desta ó de aquella manera.

A toda la turba y pueblo se les dice de parte de Dios, cuando Moysén subió al monte á recebir la ley (*Exod.*, XIX, 12-13): «Cavete ne ascendatis in montem, nec tangatis fines illius: omnis *enim* qui tetigerit montem, morte morietur. Manus non tanget eum, sed lapidibus opprimetur, aut confodietúr jaculis» ([2]). No

([1]) «Es imposible, moralmente hablando, que aquellos que una vez han sido iluminados, que *asímismo* han gustado el pan celestial... y que después de esto han caído; es imposible, digo, que sean renovados por la penitencia.»
([2]) «Guardaos de subir al monte, ni os acerquéis alrededor de él; todo el que se llegare al monte morirá sin remisión. No le ha de tocar mano de hombre alguno, sino que ha de morir apedreado ó asaeteado.»

conviene ni les (*sic*) es concedido al pueblo subir al monte de la santa Escritura, ni escudriñar sus secretos, sino oir á Moisén, con quien los comunica Dios para que él los declare y comunique á los demás.

Antiguamente, entre los romanos estaba prohibido, con edicto público, que los libros de las sibilas nadie los leyesse fuera de los *decemviros* y sacerdotes dedicados al culto de los dioses. Y entre los egipcios, como lo advirtió San Teodoro (Theod., lib. VI de *Grecis affect.)*, había dos maneras de letras: unas para escribir y tratar las cosas divinas, que solos los sacerdotes leían; otras comunes, para los negocios y contratos de la vida humana, de que usaban todos sin diferencia. Y en el pueblo hebreo había libros que hasta cierta edad no era lícito leerlos, por su obscuridad grande y por otros justos y santos respetos. Dellos era Ezechiel, y el cap. II del *Génesis* y el libro de los *Cantares*, el cual es tan misterioso, que no hay palabra en todo él que no signifique más de lo que suena. Tantos símbolos tiene como vocablos, tantos misterios como letras, tantas dificultades como sentencias.

Aquí se hallan esposo y esposa, compañeros dél y della; hállanse zorras, pardos, cabras, ciervos, huerto con flores y árboles de diferentes maneras; doncelluelas, pastores con sus rebaños y majadas, aves, viñas, muros de ciudad, guardas, ronda, galas de la esposa, caricias y amores recíprocos, y otras cosas muchas á este tono, de las cuales todas se ha de sentir y juzgar espiritualmente si no queremos errar y dar de ojos. Porque, como dijo San Agustín (Aug., tom. V de *Civ. Dei;* ad Marcel, cap. XX): «*Canticum canticorum* spiritalis quædam sanctarum est voluptas mentium in conjugio illius Regis et Reginæ civitatis, quod est Christus et Ecclesia. Sed hæc voluptas allegoricis tegminibus involuta est, ut desideretur ardentius nudeturque jocundius, et appareat sponsus.» Et in cap. XXXIV *Ezech.*, cap. XV: «*Cantica*, inquit, *Canticorum* enigmata sunt: paucis intelligentibus nota sunt, paucis pulsantibus aperiuntur. Tene et devote accipe aperta, ut merito tibi pandantur obscura. ¿Quomodo eris penetrator obscurorum contemptor manifestorum?» (¹).

Quién puede interpretar el Libro de los Cantares.

Al fin, este libro es como epítome ó compendio de toda la divina Escritura y sus misterios, y por esso el más dificultoso; y para quien le hubiere de interpretar se requieren muchas más condiciones que para los demás libros: de que tratan Orígenes (in *Prolog.* in *Cant.)*, San Jerónimo (en su *Eccles.)* y San Basilio (en el principio de los *Proverbios)*. «Qui moribus fuerit defecatis, ait Origen., et rerum corruptibilium atque incorruptibilium scientiam distinctionemque didicerit, per quæ in nullo possit ex his figuris, quibus sponsæ ad sponsum cœlestis, id est, animæ perfectæ amor ad Verbum Dei describitur ac firmatur, offendere» (¹).

De Santo Tomás se dice, que llegando al convento de Fosanova, del Orden de Cistel (*sic*), y pidiéndole los monjes con grande encarecimiento que los días que allí hubiesse de estar enfermo escribiesse sobre los *Cantares*, á la traza de su padre San Bernardo, aunque con más brevedad y resolución, respondió: «Date mihi spiritum Bernardi, et ego vobis expositionem spirantem Bernardi spiritum exhibebo» (²). Al fin, todos cuantos han leído ó escrito sobre los *Cantares* confiessan sus dificultades casi impenetrables.

Y si algún libro requería espíritu profético era éste; y no sólo esso, sino conocimiento de infinitas cosas naturales y de sus propiedades, porque á cada passo se traen aquí para

(¹) «El *Cantar de los Cantares* es un ameno lugar de placer y delicia espiritual para las almas que se complacen en el desposorio de aquel Rey y Reina de la ciudad, que es Cristo y la Iglesia. Pero estas delicias están encubiertas con ropaje alegórico, para que se codicien con más ardor y se descubran con más placer cuando aparezca el Esposo.» Y sobre el capítulo XXXIV de Ezequiel, dice: «El *Cantar de los Cantares* es un conjunto de enigmas, que pocos inteligentes han conocido y á pocos que tocan á sus puertas se abren. Toma y recibe devotamente las cosas claras, para que dignamente se te descubran las obscuras. ¿Cómo penetrarás las obscuras si desprecias las manifiestas?»

(¹) «Dice Orígenes, que podrá interpretar este libro quien tuviere costumbres tan limpias, y hubiere alcanzado tal conocimiento y diferencia entre lo corruptible é incorruptible, que no pueda tropezar en ninguna de las figuras con que se pinta y describe el amor de la esposa al esposo, esto es, el amor del alma celestial ó perfecta hacia el Verbo de Dios.»

(²) «Dadme el espíritu de Bernardo, y yo os daré una exposición que esté impregnada del espíritu de Bernardo.»

significación de cosas espirituales. En solo el primer capítulo, en que me he ocupado más de dos años, he hallado tantas dificultades, que muchas veces he querido volver atrás de lo comenzado y he tenido mil tedios y desconsuelos por haberme metido en tan grande laberinto. Cuando me ponía á considerar boca en Dios y pechos, como en las mujeres; nombre, como aceite derramado, vestidos olorosos más que los preciosos ungüentos; lecho florido, casas de madera de cedro y de ciprés, celdas y retretes, beso de esposa, negregura y hermosura, cabaña y pastores, cabritos y ovejas, etc., quedaba fuera de mí, y perdía el ánimo y desseo de escribir.

Da razón el autor por qué se puso á escribir este libro.

Y es lo bueno que diciendo esto me reprehendo á mí mismo, y me obligo á dar razón de mi porfía, y aun atrevimiento, en haber querido tomar empresa tan ardua y dificultosa y tan superior á mis fuerzas. Y sé que no basta para excusarme de culpa representar veinte y cuatro años de púlpito, con grande ejercicio de la Escriptura; ni el celo que siempre he tenido (por la misericordia de Dios) del aprovechamiento de las almas; ni bastara ser muy erudito y versado en lenguas, cuando lo fuera; ni la santidad y letras de Santo Tomás, cuando de uno y otro fuera dotado, pues teme el santo subir á este monte, siendo el que era, y temieron los santos todos, llenos de la ciencia del Señor y de celestiales riquezas. Pues, ¿quién me ha puesto en estos cuidados?

Lo primero, los ruegos de un amigo mío, hombre gravíssimo, y en letras humanas y divinas muy aventajado, el cual, conociendo mi espíritu, inclinado á cosas tiernas y de amor, ansí por lo que había leído en los *Triunfos* y *Diálogos*, como de lo que de mi trato y sermones coligió, juzgó que se le haría á Dios grande servicio, y á la república cristiana no pequeño beneficio, si me ocupasse en escribir sobre este libro, en el cual todo cuanto se trata espira y huele amor. Porque, como dijimos en otra parte y diremos más de propósito, aquí [se] describen los castíssimos y puríssimos amores de Cristo y la Iglesia, ó alma que mereció nombre de esposa, y que pudo decir lo que está en el primero dellos: «Béseme de besos de su boca.»

Lo segundo, una afición y inclinación á este libro, desde que tuve licencia de leer en él por razón del oficio, tan grande, que, aunque no entendía lo que leía, sentía particular gusto y consolación en el alma el rato que en él me ocupaba. Creció esta afición con los años, y confirmóse con la leción de los santos que escriben sobre él, y obligóme á tomar la pluma y dar principio á esta obra una suerte, en esta forma:

Desseando yo ocupar mi tiempo en escribir sobre uno de los libros canónicos, hice cédulas de todos ellos; y, dicha una Misa al Espíritu Santo, y hecha especial oración, las puse en un vaso y hice voto de escribir sobre aquél que la cédula dijese. Salió el de los *Cantares*, y luego puse mano y cuidado en él; y aunque (como ya dije) muchas veces he sentido tedios y arrepentimientos de lo comenzado, siempre que acabo con la exposición de un lugar, me nacen desseos nuevos de comenzar y acabar el que se sigue, de donde he podido colegir que se sirve Dios de mi ejercicio y trabajo.

Allégase á esto la aprobación de hombres religiosos y doctos, que, visto lo que se va haciendo, me han puesto y me ponen cada día espuelas para darle fin. Y, sobre todo, el pensar que los frutos desta lección han de ser grandes, ansí por la sustancia y peso della, como por el sabor que consigo tienen las cosas difíciles, puestas en términos claros, y los tropos y figuras de manera que se dejen entender, y aun la variedad, que, más que en ninguno de los otros libros del Viejo y Nuevo Testamento, resplandece en éste.

Es un jardín espiritual para regalo de las almas, adonde podrán hacer ramilletes olorosíssimos de diferentes flores para su consuelo y entretenimiento. Aquí verán qué cosa es amor de Dios, y lo que puede, y á lo que obliga, y lo que alcanza, y de lo que nos aparta. Aquí conocerán sus accidentes, tan varios, y sus estudios, tan otros de los que en nuestros tiempos vemos en personas que se dicen espirituales; con que muchos serán desengañados y reducidos á la verdad.

Lo que á mí me assegura y me da confianza que saldré con esta empresa, para gloria de Dios y edificación de su Iglesia comenzada, es no regirme por lo que yo medito ó puedo por mí alcanzar (que ni soy profeta ni conozco en mí la gracia de interpretar las Escrituras), sino por lo que los santos y los varones aprobados, y hombres doctos y versa-

dos en lenguas dejaron en sus escritos: que, aunque no los habré visto todos, he visto los más y de mayor satisfación, de manera que de mío escribo pocas cosas, y essas, como enano que se pone en hombros de un gigante que alcanza más que el gigante, no por sí, sino porque el gigante le puso sobre sí y le sirvió de atalaya. Sí: que yo enano soy y pigmeo respeto de los demás que me han precedido en esta escritura, y si algo más que ellos descubriere y atalayare, no será por ser de mayor estatura, sino por beneficio de Dios y suyo dellos, que me han dado luz, y abierto camino para todo.

En lo que más me he desvelado ha sido en buscar claridad y en quitar ofensas y estropiezos á los simples, y así se verá en la obra toda, que, demás de ser clara, el lenguaje es casto, honesto, religioso, grave y que á nadie podrá ser motivo para mal. En lo que toca á la exposición de lugares dificultosos, pongo los pareceres de todos, cuando son en parte ó en todo diferentes, y elijo el que juzgo por mejor, y siempre aquel que más se llega al alma y más sirve á las costumbres. Especialmente en materia de oración y de contemplación me alargo más cuando se me ofrece ocasión para ello, porque desseo que este libro ande en poder de personas espirituales, á las cuales desengaño frecuentemente y doy admirables documentos para su pretensión, si la tienen, de aprovechar en la mística teología y comunicación con su Dios mediante los ejercicios del amor gratuito y fruitivo y seráfico, que es el fundamento destos *Cantares*.

Peligrosíssima cosa llegarse á interpretar las Santas Escrituras con soberbia.

Y el que yo tengo mayor para prometerme buen fin en ellos es el conocimiento de mi pequeñez y de mi grande insuficiencia, condición necessaríssima para acertar, porque ninguno con pecho hinchado y corazón altivo, aunque lleno de las ciencias ecclesiásticas y seculares, acertó ni acertará jamás á dar la vuelta á la llave de la ciencia divina, porque desde *ab initio* (como dijo la santa Judit) fueron aborrecidos de Dios los tales. Sola la humildad y el conocimiento propio pueden llamar á las puertas de la divina misericordia con seguro de que, si perseveraren, se las abrirán, y recibirán de su liberalíssima mano lo que pidieren. Ningún hereje jamás hubo en la Iglesia que no fuese soberbio, como lo afirma San Jerónimo: «Quis, inquit Hieron., *super illud Proph.*, hæreticorum in superbiam non extollitur, parvipendens Ecclesiæ simplicitatem, et eam reputans imperitiam?» ([1]). Y San Cipriano (lib. I, epístola 3): «Exaltatio, et inflatio, et arrogans ac superba jactatio non de Christi magisterio est, qui humilitatem docet, sed de antichristi spiritu nascitur, cui exprobat per Prophetam Dominus: Tu dixisti: in cœlum conscendam», etc. ([2]).

Léanse las historias todas eclesiásticas, y hallarse han muchos herejes doctissimos y elocuentíssimos, y en muestras de santidad exterior admirables; pero ninguno se hallará humilde y que con paciencia sufra ser corregido de su hermano. Regla certíssima para conocer si el que escribe ó interpreta las Escrituras es católico ó no, es ésta: Si en sus escritos y palabras muestra que trabaja de apartarse de la unidad eclesiástica, hase de huir como peste del infierno; mas si se sujeta al juicio de la Iglesia y sigue el parecer de los Padres, con veneración y reverencia, y lo antepone al suyo, hase de recebir como católico y evangélico Ministro. Por lo cual, como hijo de la Iglesia Romana, obligado por mi professión á su obediencia, en estos mis escritos, y en los demás que se hallaren en algún tiempo míos, de todo en todo, y haciendo la última resolución, me someto y los someto a los pies de essa Santa Iglesia Católica Romana, coluna firmíssima de toda verdad. Y á los lectores ruego reciban mi buena intención y gocen de mis trabajos, etc.

PRÆLUDIUM VII

De variis accidentibus quæ passim reperiuntur in amore; et de figuris quas sæpissime assumit, quibus difficillimus redditur iste liber ([3]).

En lo que más han sudado y fatigádose los intérpretes deste santo libro (dejada á una

---

([1]) «¿Cuál de los herejes, dice, no se alza á mayores por soberbia, despreciando la sencillez de la Iglesia y creyendo que es ignorancia?»

([2]) «El engreimiento, la hinchazón y la arrogante y soberbia jactancia no es del magisterio de Cristo, que enseña la humildad, sino que nace del espíritu del anticristo, á quien el Señor apostrofa por el Profeta: *Tú dijiste: escalaré el cielo*, etc.»

([3]) *Preludio VII.*—De los altos y bajos á que ordinariamente está sujeto el amor; y de las figuras de que á cada paso echa mano el autor sagrado, por las cuales resulta muy dificultoso este libro.

parte la inquisición de sus altos misterios) es en atar las sentencias y continuar la letra dél, de manera que todo haga harmonía y consonancia entre sí; porque hay cosas, al parecer, tan destrabadas, sueltas y desasidas, que por ninguna vía se les halla consecuencia. Y no quiero poner ejemplos, porque hay pocas cláusulas en que esto no se vea ser ansí. Y aunque también yo he sudado y fatigado mi ingenio con el mismo fin que los demás, al cabo he caído en la cuenta y echado de ver que la mayor consonancia y trabazón (considerado el argumento del libro, que es declarar Salomón la diversidad de los regalos y caricias que Dios hace al alma, y los modos casi infinitos con que se le comunica) es estar suelto, desasido, vario y lleno de accidentes.

Variedad grande en los sentimientos del Esposo y de la Esposa, y de su harmonía.

Y abstrayendo el amor del esposo y de la esposa en particular, y hablando en común, en cuanto son ambos por él movidos y gobernados, oso afirmar que no hay dos períodos enteros en que el amor no mude figura y siga antojos diferentes. Ya pide besos: «Osculetur me osculo oris sui»; ya se deleita en los pechos: «Meliora sunt ubera tua vino»; ya unta, cunde y regala como aceite: «Oleum effusum nomen tuum»; ya arde en el desseo de la cosa amada, y dice: «Trahe me post te»; ya entra á los secretos del Rey eterno: «Introduxit me Rex in cellaria sua»; ya es negro y hermoso, y todo junto: «Nigra sum sed formosa»; ya es combatido y probado por los hermanos: «Filii matris meæ pugnaverunt contra me»; ya dessea cosas altas: «Indica mihi, quem diligit anima mea, ubi pascas, ubi cubes in meridie»; ya huye la vagueación y ama la quietud sossegada: «Ne vagari incipiam»; ya es docto: «Si ignoras te»; id est: no te lo ignoras; ya es agradable y caricioso: «Dum esset Rex in accubito suo, nardus mea», etc.; et «Fasciculus myrrhæ», et «Botrus Cipri dilectus meus mihi»; ya es sencillo y apacible: «Oculi tui columbarum»; ya tiene lecho florido y casa de cedro: «Lectulus noster floridus. Tigna», etc. (cap. I) (*a*); ya halla fruto dulce en su boca y se saborea en él: «Et fructus ejus dulcis gutturi meo» (cap. II, 3 16); ya entra y bebe en el aposento del vino: «Introduxit me *Rex* in cellam vinariam»; ya se embriaga; ya está enfermo y desalentado, y con antojos de flores y manzanas: «Amore langueo»; ya se abraza con el amado y se recuesta sobre su mano izquierda: «Dextera illius amplexabitur me»; ya salta como el gamo y cabra montés, y no es desconocido: «Ecce iste venit saliens», etc.; ya es atrevido y libertado: «Dilectus meus mihi, et ego illi»; ya busca lo que ama, y, hallado, lo tiene por que no se le vaya: «Paululum cum pertransissem eos (cap. III, 4-11), inveni quem diligit anima mea: tenui eum; nec dimittam»; ya se adelgaza y sube como pebete á las alturas: «Sicut virgula fumi», etc.; ya duerme; ya camina en carroza; ya le ponen corona: «En lectulum Salomonis», etc.; «Ferculum fecit», etc.; «In diademate», etc.; ya es hermoso todo y cada parte de por sí; ya hiere con solo mirar: «Vulnerasti», etc. (cap. IV, 9); ya duerme y vela, todo junto: «Ego dormio, et cor meum vigilat» (capítulo V, 2, 6, 16); ya se derrite; ya sufre heridas y desmayos: «Anima mea liquefacta est»; ya alaba importunamente y se gloría de su amistad: «Et ipse est amicus meus»; ya es uno y se une á solo uno; ya anda apareado, porque no puede sustentarse sino entre dos: «Pulchra ut Luna, electa ut Sol» (cap. VI, 9, 11, 12); ya es terrible, como escuadrón de soldados, y suave como Jerusalén; ya ignora y se turba: «Nescivi: anima mea conturbata est propter quadrigas Aminadab»; ya es alabado y convidado á que dé la vuelta; ya le piden que se vaya (cap. VII, 12); ya visita las viñas y los huertos, y coge la fruta y la guarda; ya (capítulo VIII, 1, 6) pide besos de niño, y es fuerte como la muerte (*a*).

Elegantíssimamente dijo San Ambrosio, haciendo como argumento deste libro: «Totus iste delitiarum (*b*) locus ludum sonat, plausum excitat, amorem provocat» (Ambr., *Lib. de Virg.*, in fine). Lugar de delicias le llama; y dice que hay en él un perpetuo juego y, como si dijéssemos, una comedia llena de entradas y sali-

(*a*) Para completar esta cita, debe leerse así: *Cant*, I, 1-16.—Todas las palabras que preceden están entresacadas de alguno ó algunos de los versículos de este capítulo. No ponemos á cada uno su llamada, en gracia á la brevedad.

(*a*) Faltan las palabras latinas en estas dos últimas citas de los capítulos VII y VIII.

(*b*) Respetando el texto que reproducimos, no hemos querido corregir la palabra *delitiarum;* por lo demás sabido es que se escribe *deliciarum.*

das, dichos y hechos que provocan á amor. Todo este libro es como burlas averadas, ó veras burlonas, en que se entretienen esposo y esposa.

Condiciones del amor sensual que le hacen aborrecible.

A lo menos, en el mundo no se vieron jamás amantes en un ser: ni siempre alegres, ni siempre tristes; ni siempre amigos, ni siempre enemigos; ya ríen, ya lloran; ya se buscan, ya huyen; ya celosos, ya con descuido; ya desalentados y enfermos, ya robustos y fuertes. Al fin, lo que passa entre los amantes es juego lleno de variedad: toda la vida entremeses, figuras y accidentes varios por momentos.

El mismo San Ambrosio llama al amor en común impaciente, cruel, presuntuoso, ignorante de juicio, sin moderación y ocupado siempre en lo que ama; y que de la impossibilidad no recibe consuelo, ni de la dificultad remedio, ni le modera el consejo, ni le enfrena la vergüenza, ni le sujeta la razón. Séneca dijo que los que aman sueñan dormiendo (*sic*) lo que imaginaron velando. Plutarco tuvo por más miserable al hombre que ama alguna criatura con amor vehemente y apretado, que al que, vivo, está colgado de un palo. El más valiente y esforzado, si esta passión ocupa su ánimo, vive sin sossiego, llevado y traido en la rueda del amor con infinitas maneras de afectos y desseos, despedazado y destruído, ofuscada la razón y ciego el entendimiento. Adonde parece que está, no está, y adonde no parece que está, está. Bien dijo un filósofo, que el amor se dice de amargura, porque adonde él se aposenta jamás faltan amarguras. El otro poeta dijo que se hallaban sucessivamente y juntamente, á veces, estas cosas en el amor injurias, sospechas, enemistades, treguas, guerras y paces. Y, en otra parte, que es cierta especie de milicia adonde ni los tímidos, ni los perezosos, ni los necios son de provecho. El que se determinare de amar, determínese de padecer, porque no hay tantos átomos en el aire, ni tantas arenas en la mar, cuantos dolores en el amor. Para todas las enfermedades hay medicinas; pero el amor, ni medicinas ni médicos quiere. Sufre daños y estáse en ellos continuando la materia de su furor.

Ricardo de San Victore compuso dos tratados del amor, en que con grande artificio pinta su naturaleza y propiedades, y los accidentes y efetos varios, como en muchas ocasiones se verá en estos nuestros *Comentarios*. Pero no hablemos ya del amor de criaturas, que vuelve locos y temerarios á los hombres más cuerdos y reportados; ni del amor en común, de que muchos filósofos dijeron muchas cosas, sino del que se trata en estos motetes y églogas divinas, y de que los santos han escrito divinos tratados. Cristopolitano, obispo (Cantici 10 in *Can.)*, en el fin del canto décimo y en el principio del segundo, dice que la intención de Salomón fué cantar y descubrir aquí el amor místico ó recíproco entre Cristo y su Iglesia, y los muchos y diferentes efetos que obró en Él y en Ella. Y aunque son casi innumerables, los reduce á veinte, y primero los considera en el Esposo y después en la Esposa: y yo los pondré en común, en cuanto son propiedades del amor, ora los consideremos en Dios, ora en los hombres.

Veinte propiedades del amor en común.

Digo, pues, lo primero que es celoso, y por esso no consiente en la cosa amada ofensa ni cosa contraria á sí. Lo segundo, que es impaciente de ausencias. Lo tercero, que es diligente en buscar lo que ama. Lo cuarto, que es ladrón de corazones: róbalos y hácelos de la cosa amada. Lo quinto, que es caudillo ó acarreador de enfermedades. Lo sexto, que es derretidor de corazones, y el que despide dellos toda dureza. Lo séptimo, que es ballestero ó tirador certíssimo, que endereza sus saetas y las enclava en el corazón. Lo octavo, que es causador de embriaguez: embriaga y saca de sí al que coge en su jurisdición. Lo nono, que es abrasador de almas y de cuerpos. Lo décimo, que levanta llama adonde se enciende, y no puede estar secreto. Lo undécimo, que hace unión estrechíssima entre cosas de suyo muy desiguales y disparatadas. Lo duodécimo, que se apega fuertemente. Lo décimotercio, que si una vez ase, no sabe soltar: que es como la sepultura del infierno. Lo décimocuarto, que ordena la voluntad y los actos todos del amante al amado. Lo décimoquinto, que es desinteresado, que no busca lo que es suyo ó le pertenece, sino lo que es de la cosa amada. Lo décimosexto, que es valiente y determinado; que no rehusa la muerte, ni repara en inconvinientes, antes con gusto ofrece la vida si importa para la gloria del amado. Lo décimoséptimo, que no está en sí ni vive en sí, por estar y

vivir en lo que ama. Lo décimooctavo, que tiene virtud de transformar, y, de hecho, transforma á los amantes unos en otros. Lo décimonono, que es causador de éxtasi y de sueño dulcíssimo. Lo vigésimo, que en ninguna cosa, fuera de lo que ama, tiene sossiego; y allí reposa y se quieta como en su centro. Y aunque pudiera hacer aquí un largo discurso, y aun mediano tratado, caminando por estos afectos y efectosdel amor, considerándolos en Cristo y su Esposa, de propósito lo dejo, porque, en el proceso de la obra, de cada cosa destas trataremos en particular, sin el miedo, que aquí llevo, de exceder.

San Buenaventura pone quince grados en el amor: cinco dice que son del ánima principiante; cinco, de la que va aprovechando, y cinco, de la perfeta, de que ya traté en la primera parte de la *Lucha espiritual.* San Bernardo los reduce á diez, y Santo Tomás hace especial tratado dellos. Y aunque en lo que queda dicho habemos hablado en algunos dellos, ó en todos, por haber tomado la mano este angélico doctor en ordenarlos, de manera que cada uno tenga su lugar, y porque el que trata en estas materias de amor sepa en qué estado está, lo que tiene andado y lo que le queda por andar, diré de cada grado un poco, con la brevedad que pide la naturaleza del prólogo.

Grados del amor según Santo Tomás.

En el primero, enferma el alma saludablemente. En el segundo, busca sin cessar. En el tercero, busca sin intermissión. En el cuarto, sufre sin cansarse. En el quinto, dessea impacientemente. En el sexto, corre con grande velocidad. En el séptimo, osa atrevidamente. En el octavo, traba para no soltar. En el nono, arde suavemente. En el décimo, se assemeja de todo en todo con el amado. De la enfermedad se dice en el capítulo V, 8: «*Nuntiate dilecto, quod* amore langueo»; ó enfermedad (dice la Glossa) no de peligro, sino para la gloria de Dios. «Libenter gloriabor in *hac infirmitate,* ut inhabitet in me virtus Christi» *(II Corint.,* XII, 9) (1). Enfermedad es causada de arriba, de la lluvia del cielo voluntaria. «Pluviam voluntariam, dice el Profeta (*Psal. 67,* 10), segregabis, Deus, hæreditati tuæ: et infirmata est: tu vero perfecisti eam» (1). Desta enfermedad podemos nosotros decir: «Virtus in infirmitate perficitur» (2). Pero, ¿qué es enfermar el alma?

Comenzando á amar con veras á Dios, enfermar al pecado. El enfermo desta enfermedad no da passo á cosas ilícitas; muda el sitio, porque teniendo el lugar alto por la soberbia, le toma humilde por el conocimiento propio. Muda el gusto, porque todo pecado le amarga más que la muerte, y sólo Dios le sabe bien. Muda el pulso en el obrar, porque tiene mudado el corazón. Muda el semblante, porque es propiedad del amor no mirar más que al amado. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡De tal enfermedad me vea yo enfermo, por quien Dios es, y nunca alcance otra salud!

En el segundo grado estaba aquella ánima que decía (*Cant.,* III, 1-2): «In lectulo meo pernoctem quæsivi quem diligit anima mea... Surgam et circuibo civitatem», etc. (3). La fuerza del amor, dice Gregorio, multiplica la intención de la inquisición, como se vió en Magdalena, que no se contenta con mirar una y otra vez, sino muchas, por ver si halla á su amado ó nuevas dél. Y el Profeta santo dice (*Psalm. 104,* 4): «Quærite Dominum et confirmamini: quærite faciem ejus semper» (4). No ama el alma, que siente que le falta Dios y no le busca incansablemente y sin cesar. Especialmente, que se sigue á este grado la operación vital, que nunca cesa ni muere en el alma. El amor, dice Gregorio, nunca está ocioso; obra cosas grandes. Si es (*a*), y si se desdeña de obrar no es amor. Dice nuestro angélico doctor, que entonces pone el alma el pie de su

---

(1) «Con gusto me holgaré en mis enfermedades, para que more en mí el poder de Cristo.»

(*a*) *Es,* igual á *existe.*

---

(1) «¡Oh Dios!, tú distribuirás una lluvia abundante y apacible á tu heredad: ella se ha visto afligida; pero tú la has recreado.

(2) «La virtud se afina en la enfermedad.»—Aduce estas palabras el P. Angeles así: *I ad Corinth.;* más se hallan en *II ad Corinth.,* XII, 9, refiriéndose al poder de la gracia divina, que brilla y se manifiesta poderosa en la flaqueza del hombre.

(3) «En mi lecho eché de menos por la noche al que ama mi alma. Me levantaré y daré vueltas por la ciudad», etc.

(4) «Buscad al Señor y permaneced firmes; buscad incesantemente su rostro.»

afecto sobre este grado tercero cuando obra cosas grandes y las tiene por pequeñas; cuando por largo tiempo, y le parece corto, como le parecen á Jacob (*Genes.*, XXIX, 20) los siete años de servicio, por la grandeza del amor de su Raquel. Y San Bernardo dice: «Mi trabajo es de una hora; y si más es, por la grandeza del amor no lo siento.» Corto amor es el que cuenta sus obras como muchas; pequeño, el que las pondera como grandes; breve, el que las mide como largas. Aquél es siervo fiel que, después de haber trabajado y hecho con perfección todas sus obras, dice al Señor: «Siervo soy sin provecho; hice lo que me mandaste.» (*a*).

Al cuarto grado suben pocos, porque apenas se halla quien sepa sufrir por el amado. San Agustín decía que todas las cosas pesadas y terribles las hacía el amor fáciles y casi nada. Y la Glosa, sobre aquel dicho de Cristo á San Pedro: *Alius cinget te, et ducet quo tu non vis* (*Joan.*, XX) (*b*), dice: «Quantacumque sit molestia mortis, vincit eam vis amoris» (¹). Es fuerte como la muerte y más que la muerte; pues, siendo la cosa más terrible, la desprecia por el amado y le (*sic*) antepone á la vida que tanto se ama. Pero, ¿qué bien morirá por Cristo el que ni una palabra sufre por Él?

Subamos al quinto grado del amor, á donde se consume el alma desseando. El estómago vacío y el gusto del manjar, dice el filósofo que encienden vehementemente el apetito. Assí, vemos á muchos que tienen hambre alegrarse con solo el olor de los manjares, y si el manjar es algo apetitoso y se prueba, despierta y enciende más el apetito para que lo codicie y dessee más; assí el ánima vacía del bien sensible y variable, y gustando algún tanto del inconmutable bien, sube con ligereza del cuarto grado á este quinto, impacientemente desseando á Dios: que, como dice Él, comido causa mayor hambre y bebido mayor sed (*Eccle.*, XXIV, 29). Y no sólo hambrea en este estado, sino que padece una como golosina del sumo Bien: dessea y suspira y muere por Él. Es á propósito el ejemplo de Raquel, que, con desseo y ansia de hijos, decía á su marido (*Gén.*, XXX, 1): «Da mihi liberos, alioquin moriar» (¹).

¡Qué ardiente desseo, pues amenaza con muerte si no se le cumple! Más quiere no ser, que ser sin aquello que apetece, y quiere carecer de sí por no carecer dello. ¡Ay, alma; que si dessea Raquel la muerte si no se le da lo que dessea, cumplido el desseo muere, porque saliendo á luz el hijo ella acabó con la vida! Mas tú, aunque con impaciencia y vehemencia dessees á tu Dios, no sólo no morirás si se te concede, sino que vivirás para siempre, porque Él es la vida por essencia y de quien mana el vivir, y el dichoso y eterno vivir. Di, y di muchas veces, al Sumo Bien: «Da te mihi; alioquin moriar»: «Date á mí; si no, moriré.»

Y passa luego al grado sexto, que hace correr con velocidad y trabar más presto del amado. En este grado estaba el que, como ciervo, corría á la fuente de las aguas vivas. Y en un salmo (*Ps. 58*) (*a*) decía: «Cucurri in siti.» «Sed quomodo cucurristi?», ait Augustinus. Respondet: «Sine iniquitate cucurri et direxi» (²). No se puede correr, y, si se corriere, no puede irse camino derecho, si no se destierra del alma todo pecado y maldad. El que con sed corre, en ninguna cosa se detiene, porque la sed le lleva sin que en su ánima haya otra imagen sino la de la bebida. Todo lo desprecia y de todo se libra y á nada mira el que busca con sed á Dios.

Aquí entra la osadía y la seguridad, que es de muy pocos. De un Moisés (*Genes.*, III, 3) (*b*): «Vadam et videbo visionem hanc magnam» (³). Y de una Madalena (*Joan.*, XX, 15) «Si tu sustulisti eum, dicito mihi» (⁴). Lo que deste grado dice Santo Tomás es tan metafísico, que tuve por mejor dejarlo á la experiencia que confundir con ello á los lectores.

(*a*) *Luc.*, XVII, 10.

(*b*) Son del cap. XXI, 18; no del XX.

(¹) *Otro te ceñirá y te llevará donde tú no gustes*, dice: «La fuerza del amor sabe vencer el horror de la muerte, por grande que éste sea.»

(*a*) No es en el *58*, sino en el *salmo 61*, 5, donde se encuentran estas palabras: *Cucurri in siti.* Las siguientes: *Sine iniquitate cucurri. et direxi*, sí son del *Salmo 58*, v. 5.

(*b*) En vez de *Genes.*, debe leerse *Exod.*, III, 3.

(¹) «Dame hijos, ó si no, moriré.»

(²) «Corrí como sediento.» «Pero, pregunta San Agustín, ¿cómo corriste?» Y contesta: «Sin iniquidad seguí mi carrera y enderecé mis pasos.»

(³) «Iré á ver esta gran maravilla.»

(⁴) «Si tú le has quitado, díme dónde lo pusiste.»

Deste grado se passa al octavo, á donde apretadamente se abraza el amado para no soltarle, como le tenía aquella ánima que decía: «Tenui eum: nec dimittam, donec introducam illum in donum matris meæ» *(Cant.*, III, 4) [1]. Y no se sigue que estando allá dentro le ha de soltar; antes le entra en casa de su madre para tenelle más fuertemente y apretalle con mayor estrecheza. «Quinimo, quando hac cautela foris inventum introduxerit, plenius tenebit, fortius astringet, et minus dimittet«. En todos los grados passados puede haber distancia entre el ánima que ama y el amado; pero en éste, lo primero es el unirse, porque el que aprieta, tiene; el que tiene, toca; el que toca, no está apartado. El que está enfermo y el que busca, en alguna distancia están, porque si no distaran no enfermaran ni buscaran; y el que corre, distante está, que si no distara no corriera, y assí de los demás. El que abraza, y estrechamente abraza, no dista, sino insta y tiene presente al que le hacia enfermar, y correr, y dessear, y tener hambre, y sufrir, y osar. En los grados passados, el ánima ama y es amada, busca y es buscada, llama y es llamada; mas en éste, por un modo extraordinario y divino, arrebata y es arrebatada, tiene y es tenida, aprieta y es apretada, y por la cópula del santo amor es unida una á uno.

Cómo se abraza el alma con el amado.

San Dionisio difine el amor diciendo: «Amor est copula amantis cum amato» [2]. Y pone Santo Tomás tres maneras de conjunciones copulativas: una pertenece al gramático; otra, al dialéctico; otra, al canonista ó jurista. La primera junta una dicción á otra: algunas veces congrua, otras incongruamente. La segunda junta el predicado al sujeto: algunas veces falsa, otras verdaderamente. La tercera, la mujer al marido: á veces bien, y á veces mal. No desta manera junta el amor al alma con su Dios, la criatura al Criador, lo finito á lo infinito, sino por un modo maravilloso, que traciende toda humana facultad y arte; siempre congruamente, siempre de verdad y siempre bien. Y ¿qué siente el alma cuando la necessidad de los prójimos ó la propia enfermedad le obligan á destrabarse ó desasirse del Amado, así trabado estrechamente; ó cuando Él mismo se desase ó se ausenta, para que con más fervor [(a)] se dessee, con mayor cuidado se busque, con mayor gusto se reciba, más estrechamente se abrace, y conozca el alma cuán terrible mal es carecer dél, aunque por espacio breve? Passemos al grado nono, á donde se arde con suavidad como los serafines, que San Agustín llama ardientes. ¡Gran visión!, y para que Moisén (*Exodo*, III, 2-3) se admire, arder una zarza y que no se queme, antes esté rebosando gloria.

Santo Tomás pone en el cálido tres diferencias, *scilicet:* caliente, ferviente y ardiente. El calor es principio; el fervor, medio; el ardor, el cumplimiento. Difieren, según más y menos: porque el fervor es calor muy intenso, y el ardor, sumamente intenso. El calor es en grado positivo; el fervor, en comparativo, y el ardor, en superlativo. Los principiantes andan calientes, sicut scriptum est (*Psal. 38*, 4): «Concaluit cor meum intra me» [1]. Los aprovechantes hierven (*Rom.*, XII, 11) [(b)]: «Spiritu ferventes» [2]. Los perfectos arden (*Psal.*, ib.): «Et in meditatione mea exardescet ignis» [3]. Qué ardor sea éste que deleita y recrea, dígalo quien lo supiere, que yo no puedo testificar dél. Ardor es que alumbra y regala; y hallarse han pocos que puedan testificar y dar razón dél, porque es todo de la gracia. Algunos pocos contemplativos se hallarán con calor, y menos con fervor; pero que ardan, raríssimos, y éstos están en tres diferencias: unos arden con mucho aprovechamiento, pero con mucha pena; otros, con mayor fruto y menos dolor; los terceros, con provecho grandíssimo y sin sentir molestia; como de los Apóstoles, en el día de Pentecostés, dijo San Gregorio: «Quia dum Deum in ignis visione suscipiunt, per amorem

En qué difieren calor, fervor y ardor.

---

(1) «Asíle, y no le soltaré hasta haberle hecho entrar en la casa de mi madre.»

(2) «El amor es la unión ó juntura del amante con el bien que ama.»

(a) El impreso dice favor: pero nos parece más ajustado al sentido sustituir esta palabra como lo hacemos.

(b) Equivocadamente se cita aquí en el impreso el capitulo X; hemos corregido poniendo XII.

(1) Como está escrito: «Sentí que se inflamaba mi corazón».

(2) «Sed fervorosos de espíritu.»

(3) «Y en mi meditación se encendían llamas de fuego.»

suaviter arserunt» ([1]). A este ardor se sigue la similitud con el Amado. Porque, como en lo natural, el calor tiene propiedad de congregar las cosas homogéneas y de apartar las heterogéneas, como en otra parte dijimos más largamente, assí, la caridad encendida y ardiente, las cosas heterogéneas, esto es, muy desemejantes (cuales son lo espiritual y lo corporal, lo temporal y lo eterno, lo incorruptible y lo corruptible) que en ninguna manera consiente que se junten, apártalas y hace división entre ellas; pero congrega y une las cosas homogéneas, esto es, el espíritu, apartado de lo corporal, con el incorpóreo espíritu *(I Corint.*, VI); lo incorruptible, separado de lo corruptible, conviene á saber, el ánima intelectiva, con el incorruptible y primero Bien; que es Dios, y lo perpetuo, apartado de lo temporal, con lo perpetuo y eterno. «Junge te æterno, dice San Agustín, et æternus eris» ([2]). Deste grado habla tan metafísicamente el autor, que me pareció dejar su conocimiento para la Patria, á donde, como dice San Juan, seremos semejantes á Dios, y Él será todo en todas las cosas, y le veremos como es. Lo que sé aquí decir es que la semejanza del ánima con el Verbo se hace por los dones gratuitos que de su mano recibe, y especialmente por el ardor del amor, que nos conceda su piedad por quien es.

Y díganme ya los lectores si tengo razón de pensar que, á donde tantos y tan varios efectos y afectos se hallan, como en este libro, no se podrán atar sin mucha dificultad unos lugares con otros y que será mejor considerarlos sueltos. Si es representación esta de amor, y no amor vulgar y como quiera, sino amor excelentíssimo y de subidíssimos quilates, y de Dios al alma, esposa suya, y della á Él, ¿por qué habemos de querer continuar su plática como se continúa una historia, á donde ordenadamente van sucediendo unas cosas á otras? Dios no se muda, porque es immutable; pero represéntase al alma de diferentes maneras: ó de hortelano, como á la Madalena, ó de peregrino, como á los dicípulos; ó de espíritu, como á los Apóstoles en el Cenáculo. Y, conformándose con ella, no puede permanecer en un sér ni conservar un semblante; y assí, se le muestra diferente haciéndole caricias y regalos diferentes, y despertándole á diferentes afectos: ya de amor, ya de miedo, ya de espanto, ya de admiración, ya de conocimiento propio, etc.

Entretenimientos de Dios con el alma.

Al fin, dijo bien San Ambrosio que era juego perpetuo y burlas divinas, nacidas del infinito y verdadero amor de Dios, que juega con el ánima y se entretiene con ella con unas veras burlonas ó burlas averadas, para bien de la misma alma, cuya fe es assí probada, y su caridad recibe augmento, y su esperanza se confirma. Ya la visita y, visitándola, la alegra; ya se le esconde y, escondido, la turba; ya le da sueño, y manda que se le guarden; ya la despierta, y pide que se levante de su lecho y le abra, y cuando abre la puerta huye y desaparece para que salga y le busque; ya se abraza con ella para que le goce y descanse; ya la deja á las guardas para que la maltraten y hieran; ya le pide los ojos, y el corazón con ellos; ya la amenaza que se irá si le mira; ya le da besos con inmenso gozo; ya la pone en frontera para que pelee y reciba golpes.

Digo que no quiero dividir en cánticos este libro, como lo hacen casi todos, ni persuadirme á que de lo imperfeto se camina siempre á lo perfeto, y de allí á lo perfetíssimo, porque en el principio, medio y fin hallo una mezcla divina de cosas varias, que hermosean esta égloga y canción amorosa. En el capítulo primero y postrero pide el alma besos, que son de estado perfetíssimo, y en todos los demás andan juntos mil diferentes afectos, unos de suma perfeción y otros, de no tanta, porque de todo en todo guarda Salomón (ó el Espíritu Santo en él) el estilo amatorio, que consta de variedad, según son varios los movimientos de los corazones que aman, cuyas razones muchas veces son sueltas, truncadas, diferentes, atrevidas, medrosas, ardientes, apagadas y sin orden á los circunstantes: al fin, sujetas á la pasión amorosa que vive y reina, y rige á los amantes.

Razones de amantes, sueltas; pero muy á propósito de lo que allí dentro passa.

Y aunque á mí, que oigo hablar y no veo lo que passa en los pechos que con amor arden, me parezcan sus razones despropósitos y sin concierto ni consecuencia, allá dentro, adonde el amor dispone y ordena las cosas, hay, sin duda, consonancia y armonía divina.

([1]) «Porque, al recibir á Dios en visión de fuego, sintiéronse dulcemente inflamados por el amor.»

([2]) «Júntate á lo eterno y serás eterno.»

Porque, como dice Dionisio, no son suyos los amantes, sino de la cosa amada, y andan con ella y á su passo, y siguen sus movimientos. Si véis bailar ó danzar á un hombre y no oís el son á que baila, aunque haga las más curiosas mudanzas del mundo, os parece cosa de locura; pero si llegássedes de cerca y oyéssedes el instrumento, y los puntos y consonancias que hace, diríades que no había más que dessear. Hácenles el son allá dentro á los enamorados, y á ésse se mueven y por ésse se rigen; y cuando á vuestro parecer más disparatados, en aquella razón más cuerdos, más discretos y con más acierto.

Considerados, pues, estos *Cantares* en esta manera, no tienen razón ni palabra que no tenga trabazón y liga divina; la dissonancia á nuestro juicio es, y no al de todos, sino al de aquellos que saben poco deste amor. Yo entiendo aquel lugar de los *Proverbios* que trata de la divina Sabiduría antes que tomasse carne, en que se dice (*Prov.*, VIII, 24-31) que jugaba delante de su Padre en todo tiempo, y que jugaba en toda la redondez de la tierra, y que sus delicias eran estar con los hijos de los hombres, desta manera de juegos y entretenimientos amorosos. Aquel aparecer y desaparecer á un alma súbitamente, juego es; aquel consolarla y desconsolarla; aquel llamarla y huir della; aquel seguirla si va huyendo, y huir si le sigue; mirarla por las gelosías para ver y no ser visto; hacer del ausente estando presente, juegos son. «Et delitiæ (*a*) meæ esse cum filiis hominum» (*ib.*, 31): sus deleites ó delicias. Y en esta manera de juegos entretenía á su Padre, y en todo el orbe tenía y tiene almas con quien entretenerse á esta traza. Al fin, son burlas amorosas, que no las tiene el Verbo divino sino con su muy querida Esposa, para bien della y entretenimiento suyo, hasta que, acabada esta peregrinación, en que ninguna cosa se halla estable, firme y perpetua, el alma se junte á Él indisolublemente y le goce por toda la eternidad, sin miedo de perderle y sin temor ó recelo de mudanza ó ausencia.

Pero ya será razón que lleguemos á ver estos altibajos del amor. Alto, por cierto, es, y de ánima atrevida, y que otras veces había gustado la suavidad de los labios del Esposo, el que da principio á nuestro canto: «Osculetur (*Cant.*, I, 1) me osculo oris sui» [1].

(*a*) Véase lo dicho en la pág. 38, nota *b* de la 2.ª columna.

---

[1] «Reciba yo un ósculo *santo* de su boca.»

CANTICI CANTICORUM

CAPUT PRIMUM

IN QUO SPONSA

SPONSI CHRISTI CORPORATAM PRÆSENTIAM

ADVENTUMQUE EXPETIT (*)

LECTIO PRIMA

Ecclesia: «OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI, QUIA MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, FRAGANTIA UNGUENTIS OPTIMIS. OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM: IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE.» (*Cant.*, I, 1-2) [1].

* ARTÍCULO PRIMERO (*a*)

Cómo la Iglesia en estas palabras pide la Encarnación; y cuán antiguos eran en ella estos deseos.

Hac dicendi forma (ex communi omnium Sanctorum sententia) introducitur Ecclesia a Salomone, desiderio flagrans videndi Sponsum suum, carne vestitum, et habitu inventum ut hominem; ut non jam, more veteri, Divinitate dumtaxat et spiritu, sed etiam corpore præsens sit, ac proximus. Oscula enim oris significant corporatam præsentiam atque congressum per unionem hypostaticam, sive assumptionem humanæ naturæ in divinam hypostasim, per quam jam nos osculari corporaliter possit. OSCULETUR ME, id est, fiat caro Verbum Dei [2].

In osculo unio hypostatica significatur [1].

Lo que pide es que abrevie Dios el hacerse hombre, lo cual con ningunas palabras se pudo mejor declarar que con éstas. Nam sicut in osculo os admovetur ori, sic in incarnatione Verbum Dei conjungitur cum carne. Nec solum maturitatem incarnationis petit sponsa, sed etiam donum Spiritus Sancti, quod qui consequuntur, vitam cœlestem in terris vivunt.

(*a*) Hemos dividido esta lección en varios artículos, añadiendo el subtítulo que llevan; pues, aparte de la mucha extensión que tiene aquélla y de lo difícil que resulta el entender la materia que por toda ella explana el P. Angeles, nos parece necesario distinguir en la exposición del texto sagrado diversos y muy variados aspectos que sugiere la lectura atenta del mismo.

(1) LECCIÓN PRIMERA.—*La Iglesia:* «Reciba yo un ósculo *santo* de su boca. Porque tus amores son, *¡oh dulce esposo mio!*, mejores que el *más sabroso* vino, fragantes como los más olorosos perfumes. Bálsamo derramado es tu Nombre: por eso las doncellitas te quieren *tanto.*»

(1) En el beso se significa la unión hipostática.

(2) Según el parecer común de todos los Santos, con esta forma de hablar Salomón representa á la Iglesia encendida en el deseo de ver á su Esposo vestido de carne y hecho hombre, para tenerlo presente y cerca de sí, no tan sólo como Dios, en espíritu é invisible, como en el antiguo Testamento, sino también como hombre, con presencia corporal y visible. Así, pues, los besos de la boca significan su presencia corporal y el enlace hecho por la unión hipostática, ó sea, por el hecho de tomar y unir la naturaleza humana á la Persona divina, con lo cual pueda corporalmente besarnos, es decir, ser á nosotros semejante. *Béseme*, esto es, hágase carne el Verbo de Dios.

(*) CAPÍTULO I DEL CANTAR DE LOS CANTARES, en el cual la Esposa suspira ardorosamente por la presencia corporal de su Esposo, Cristo, y pide su llegada ó advenimiento.

Apte autem osculi nomine donum hoc significatur: qui enim se mutuo osculantur, animam uterque in alterum transfert. Flagitat igitur una simul et incarnationem Verbi, quæ in conjunctione oris cum ore aptissime exprimitur, et communionem Spiritus sancti, quæ communione animæ (quæ conjunctis existit osculis) significatur [1].

Digo que es sentencia común de los doctores santos y intérpretes deste lugar, que lo que pide la Iglesia es la encarnación del divino Verbo y la comunicación copiosa del Espíritu Santo. Y advierte un sabio aquí, que son tantas las palabras de la Esposa con que pide este beneficio, como las de San Juan cuando trata del hecho. (*Joan.*, I, 14): «Et Verbum caro factum est» [2]. Y el misterio que en ellas se encierra es tan admirable y ineffable, que son muchos los doctores que entienden dél, lo que Isaías de la generación eterna. *(Isai.*, LIII, 8): «Generationem ejus quis enarrabit?» [3]. (Ita Origen., Crisost., Hiero., Ambros., Aug., Hilarius). Todos unánimes confesaron su dificultad, y la Virgen, que concibió en sus entrañas al divino Verbo, queda como atónita cuando se lo revela el ángel, y pregunta el cómo; y no lo supo el ángel y la remitió á Dios, diciendo: «Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.» *(Luc.*, I, 35) [4]. «Hæc enim, ait quidam nostri temporis Theologus, carnis humanæ ac Divini Verbi concors in una hypostasi unio, non percipitur a gramatico. Hoc tam illustre tamque mirabile humani encomii genus, ut homo dicatur, et vere sit, Deus, non cognoscitur a rethore. Hæc veritas, ut, qui ex ipsa æternitate Deus est, in temporis plenitudine, absque ulla sui mutatione, vere factus sit homo, non probatur a dialectico. Hæc divinæ Personæ unitas cum duabus naturis, et quæ pertinent ad veritatem et consistentiam humanæ naturæ, divina, scilicet, et humana, non dinumeratur ab arithmetico. Hunc novum profunditatis et altitudinis modum, ut cœlum inclinet se et tangat terram, et terra vicissim erigatur usque ad cœlum, non metitur a geometra. Hæc denique tam suavis et tam admirabilis trium in uno Christo substantiarum, carnis, scilicet, ac Divinitatis et animæ concentus, non auditur a musico» [1].

Por la dificultad deste misterio se han levantado tantas opiniones falsas y tantas herejías, que sería cosa prolija escribirlas. Sintió mal dél Cerinto, Maniqueo, Valentino, Apelles, Arrio, Apollinar, Nestorio, Euthiques y los Albigenses. Todos fueron herejes, y cada cual dijo su disparate, y todos fueron condenados por tales en diversos Concilios: Niceno, Efesino, Calcedonense, Constantinopolitano segundo, Lateranense magno, Antioqueno, Romano, Toledano cuarto, etc.

De muchas maneras y, como si dijéssemos, debajo de diferentes metáforas y hieroglíficos, declara la divina Escritura el modo como procede el Divino Verbo de su Eterno Padre: Ut

---

(1) Porque así como en el beso los labios de uno se juntan con los de otro, así en la Encarnación el Verbo de Dios se junta con nuestra carne. Ni pide la Esposa solamente el apresuramiento de la Encarnación, mas también los dones del Espíritu Santo; pues quienes los consiguen, viven en la tierra vida celestial. Y con gran propiedad se significa esta gracia con el nombre de beso; porque los que mutuamente se besan, traspasan, en cierto modo, el alma del uno al otro. Pide, por tanto, á un mismo tiempo estas dos cosas: la Encarnación, expresada muy bien en el juntarse una boca con otra, y la comunicación del Espíritu Santo, significada en la unión con el alma mediante apretados y estrechos ósculos.

(2) «Y el Verbo se hizo carne.»

(3) «La generación suya (la de Cristo), ¿quién podrá explicarla?»

(4) «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.»

(1) Como dice un teólogo de este tiempo, ni el gramático entiende esta unión misteriosa de la carne humana y del Verbo divino en una persona; ni conoce el retórico este tan raro al par que admirable linaje de excelsa alabanza, que un hombre se diga y sea verdadero Dios; ni el dialéctico puede demostrar con las luces naturales esta verdad inconcusa de nuestra fe, de que Aquél que desde toda la eternidad es Dios, sin mudanza de sí mismo se haga verdaderamente hombre en la plenitud de los tiempos; ni el matemático es capaz de apreciar con su ciencia esta tan nueva y extraña unidad de la Persona divina en dos naturalezas, á saber, divina y humana, y lo que atañe á la verdad y subsistencia de la naturaleza humana; ni mide el geómetra esta nueva forma de profundidad y de alteza con que el cielo se inclina y toca la tierra, y la tierra á su vez se levanta hasta el cielo; ni sabe, en fin, el músico saborear ni oir la suave y arrobadora armonía que en la persona de Cristo forman tres substancias diferentes: el cuerpo, la divinidad y su alma santísima.»

arbor a radice *(Prov.*, III); ut calor ab igne *(Exod.*, III); ut fluvius a fonte *(Génesis*, I); ut germen a semine *(Isai.*, IV); ut imago a sigillo *(Sapient.*, VII); ut lumen a sole *(Hebreorum*, I); ut Verbum a corde *(Psalm. 44)*; ut conceptus a mente *(Prov.*, VIII); ut imber a cœlo *(Isai.*, LV); ut species a re ipsa objecta *(Psalm. 44*, 3). «Speciosus forma», etc. (*a*). Nec desunt alia quamplurima nomina, quibus a sanctis Patribus Christus Dei Filius appellatur. Nam dicitur ars Patris, Verbum Dei, candor lucis, character expressus, emanatio sincera, vera imago, speculum sine macula, splendor paternæ gloriæ, et vapor divinæ virtutis: verumtamen nullum est neque jocundius, neque excellentius nomen simbolicum, quo hæc Divini Verbi ab intellectu paterno emanatio exprimatur, hoc jocundissimo ac excellentisimo nomine oris, quo sponsa incarnari postulat Verbum Domini. Per os enim Dei unigenitus ejus Filius designatur: quia per eum omnia sui pectoris arcana loquitur nobis. (Gregor., lib. XXVII *Moral.).* Ita *Joannes*, III (*b*): «Unigenitus qui est in sinu Patris ipse ANNUNTIABIT NOBIS» ([1]).

(*a*) Es notorio que en todos estos textos no cita el P. Angeles *las palabras*, sino sólo *el sentido* de los lugares á que se refiere, según la interpretación que á cada uno da él aquí; por eso no señalamos los versículos, sino que dejamos este lugar tal y como él lo pone.

(*b*) Es en el capítulo I, versículo 18, donde se leen estas palabras: «Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit.»

([1]) «Como el árbol sale de la raíz», «como el calor del fuego», «como el río nace de la fuente», «como el pimpollo brota de la semilla», «como la imagen del sello», «como la luz procede del sol», «como la palabra sale del corazón», «como el concepto de la mente», «como la lluvia cae del cielo», «como linda copia del ejemplar propuesto». «El más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres», etc. *(Salmo 44)*. Ni faltan otros muchos nombres con que los santos Padres apellidan á Cristo Hijo de Dios: porque lo llaman arte del Padre, Verbo de Dios, resplandor de la luz, carácter típico, emanación pura, verdadera imagen, espejo sin mancilla, esplendor de la gloria paterna y aliento de la virtud divina; pero ningún título tan agradable, ningún nombre simbólico tan expresivo para declarar esta procedencia del Verbo divino del entendimiento del Padre como este suavísimo y excelentísimo nombre de *boca*, con que la Esposa pide que el Verbo divino se encarne. Por la *boca* de Dios se designa al Hijo unigénito de Dios, porque Dios nos manifiesta de palabra todos los secretos de su pecho por medio de Él. Y así dice San Juan, I, 18: «El Hijo unigénito, existente *ab æterno* en el seno del Padre; Él mismo *en persona* es quien le ha hecho conocer á nosotros los hombres.»

Y aunque es ansi que por la boca de Dios se entiende algunas veces su inspiración secreta, otras su palabra, otras sus preceptos, y en especial el de la caridad; otras los Profetas santos, otras la doctrina del viejo y nuevo Testamento (ut videre est *Genes.*, XLI; *Deut.*, II; *Exod.*, IV; *Num.*, XII; *Job.*, III; *Ezechias*, XXIX; *Math.*, V, et *in Zachar.*, *cántico* (*a*); y lo afirman todos los Padres griegos y latinos: Orig. *(Hom. 1 super Cantica)*, Tertul. *(adversus Marcion*, cap. IV), Basil. *(super Psalm. 32)*, Hieron. *(super Isai.*, LIV), Ambros. *(super Psalm. 118)*, August. (lib. *De Divina essentia)*, Gregor. (lib. IV *Moralium)*, Beda *(super Proverbia*, cap. II), Ruper. *(super Math.*, V), comúnmente casi todos los intérpretes de este lugar, por la boca de Dios entienden el divino Verbo.

Si igitur æterni Patris os est unigenitus ejus Filius, ¿quid aliud erit os Dei cum ore Ecclesiæ conjungere, nisi Verbum cum carne, et divinam uniri naturam cum humana? (Ita Ber.). Osculum quod sponsa tam ardenti desiderio ab ore Dei petit, significat ardorem desiderii Patrum suspirantium præsentiam Christi in carne; ita ut osculans sit Verbum Divinum assumens, osculatum sit natura humana assumpta, et osculum, quod ab osculante simul et osculato conficitur, sit persona ipsius Christi, ex utraque natura compacta, hoc est, unus Mediator Dei et hominum, Christus Jesus ([1]). ¡Divino beso y digno de toda admira-

(*a*) Hacemos aquí la misma advertencia que hemos hecho arriba, en esta misma página nota (*a*) de la 1.ª columna

([1]) Por consiguiente, si la boca del eterno Padre es su unigénito Hijo, ¿qué otra cosa será juntar la boca de Dios con la de la Iglesia, sino unirse el Verbo con la carne, y la naturaleza divina con la humana? Y así lo dice San Bernardo. El beso de la boca de Dios que pide la Esposa con deseo tan ferviente, representa las ansias ardorosas de los Padres que suspiraban por la presencia de Cristo en carne visible; de manera que quien besa es el Verbo divino, que toma nuestra naturaleza; el besado es la

ción, adonde no se junta boca con boca, sino Dios se junta y une con el hombre!

Ni falta quien medita en las palabras de la Esposa el misterio de la Santissima Trinidad, que se halló allí y obró juntamente el de la Encarnación, aunque sola la persona del Hijo tomó carne; porque hay quien besa, hay boca y hay beso. El que besa es el Padre, la boca es el Hijo y el beso es el Espíritu Santo.—Quod est Patrem, et Filium, et Spiritum Sanctum unum Deum ostendere. Pater dicitur osculans, quod initium sit atque origo totius Divinitatis, et omnium fons divinarum actionum et emanationum ad intra intellectus et voluntatis, quæ sunt processiones personarum divinarum, in eadem natura Divina subsistentium. Filius dicitur os, quia sicut os nostrum animi conceptus internos demonstrat, ita Filius, Paternæ mentis ac voluntatis est declaratio. Osculum autem, quod medio ore ab osculante procedit, dicitur Spiritus Sanctus, qui a Patre Filioque procedit, emanatque ([1]).

Dupliciter accipitur Ecclesia ([2]).

Notandum ex Beda dupliciter accipi Ecclesiam in divinis litteris: nonnumquam enim comprehendit omnes fideles ab ortu mundi, atque eo modo comprehendit Sinagogam; sæpius autem ab ea distinguitur, et proprie accipitur pro Ecclesia, quam Dominus fundabit. Nihilque ergo refert, sive quis dicat cum S. Thoma introduci hic loquentem Sinagogam, sive, cum Orig. et Theodoreto, introduci Ecclesiam. Sic autem explicat hunc locum Orig. (*hom. I*). ¿Quo usque Sponsus mittet

naturaleza humana que tomó, y el beso, que es acción de entrambos, es la persona del mismo Cristo formada de ambas naturalezas, á saber, el único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús.

([1]) Lo cual es manifestarnos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. Se dice que el Padre es *el que besa* porque es como el princípio de la divinidad y fuente de todas las divinas acciones y de las emanaciones internas del entendimiento y voluntad divinas, ó sea de las *procesiones* de las divinas personas, subsístentes en la misma y única naturaleza divina. Dícese que el Hijo es *la boca*, porque así como por la nuestra se manifiestan las ideas internas del alma, así el Hijo es la manifestación de la mente y voluntad de su Padre. Llámase, en fin, *beso* al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, como el beso es acción del que besa, realizada mediante la boca.

([2]) Doble acepción de la palabra Iglesia.

oscula per Prophetas? Jam ipsius cupio ora contingere, ipse veniat, ipse descendat. Hanc expositionem sequuntur Theodoretus, Gregor. Nisen. et tres Patres. Suffragatur illud Apostoli (*Hebr.*, I, 1-2): «Multifariam, multisque modis olim Deus loquens Patribus in Prophetis: novissime diebus istis loquutus est nobis in Filio».

Tunc igitur Filius Dei osculatus est humanam naturam, cum arctissimo vinculo eam sibi copulavit fœlici (*a*) sane osculo, in quo non os ori immittitur, sed Deus homini quasi infunditur. Vel ut Bern. (serm. 2): «Cum maxima charitate illam sibi conjunxit, et pretiosa contulit ornamenta virtutum, et ore suo docuit illam cœlesti doctrina» ([1]).

Osculetur me osculo oris sui (*b*).

Lo que aquí se me ofrece á mí de mayor consideración, es que los desseos de ver á

(*a*) *Fœlici*, por *felici*.

(*b*) *(Cant.*, I, 1).—En el impreso vienen entre cuadrículas los textos ó palabras latinas sobre los cuales versa la exposición. Para evitar confusión, he adoptado que vayan en negritas ó versalitas.

([1]) Ha de notarse, según Beda, que esta palabra *Iglesia* tiene en las sagradas páginas dos acepciones: unas veces abraza este nombre á todos los fieles que han existido desde el origen del mundo, y en esta acepción comprenderá también la Sinagoga; pero otras muchas se restringe su significado y, propiamente, designa sólo la Iglesia que fundó el Señor. Poco importa, pues, esta diferencia; ya digamos, con Santo Tomás, que aquí interviene hablando la Sinagoga, ya digan otros, con Orígenes y Teodoreto, que es la Iglesia. Orígenes explica el presente lugar de este modo: «¿Hasta cuándo me enviará el Esposo sus ósculos por medio de los Profetas? Ya deseo besar su mismo rostro; venga él en persona, baje él mismo.» Esta exposición siguen Teodoreto, Gregorio Niseno y tres Padres más. Favorécela aquello del Apóstol á los Hebreos, c. I: «Dios, que en otro tiempo habló á nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los Profetas, nos ha hablado últimamente en estos días por medio de su Hijo». Besó, por ende, el Hijo de Dios la naturaleza humana cuando la juntó consigo con lazo estrechísimo, quiero decir, con beso regalado, en que no se juntaba boca con boca, sino como si Dios entrara en el hombre. O, como dice San Bernardo (Serm. 2): «Unióla á sí con grandísimo amor, la vistió con precioso ornato de virtudes y le enseñó por sí mismo celestial doctrina.»

Dios humanado son casi tan antiguos como la creación ó formación de los hombres; y digo casi, porque luego que pecó Adán, que fué, como dicen algunos sabios, tres horas después de formado, comenzó á tener hipo y ansia por la Encarnación.

Los desseos de ver á Dios humanado son tan antiguos como la creación ó formación del hombre.

Para cuya mayor inteligencia se ha de notar que, como el sagrado texto dice, en el punto que nuestros padres pecaron, se conocieron desnudos y se les cayeron las faces de vergüenza, y de puro corridos y medrosos de la voz de Dios se escondieron. Mas el piadosíssimo Señor assí los penitenció que también los consoló. *Vestibit eos tunicis pelliceis* (*a*): «Vistiólos de unas pieles de carneros.» Y por cuanto este vestido de lana era significación de que, andando el tiempo, el Padre de las misericordias había de calentar y abrigar los hombres con la lana, *id est*, con los merecimientos de su Hijo, Cordero divino, que vino á quitar los pecados del mundo, luego que los vistió, los plantó en sus almas el desseo de Jesús, lo cual han colegido hombres muy doctos en lenguas (Petrus Galatinus, *De Arcanis Sacræ Scripturæ)* de la palabra hebrea que responde á la latina *Vestibit eos*, cuyas letras, traspuestas ó trasmudadas, sin añadir ni quitar alguna, componen una dición que dice: *Jesus in corde eorum. (Math.*, XIII) (*b*): Jesús en el corazón de ellos. Quiere decir: desde aquella hora todos sus desseos, todas sus ansias, todos sus suspiros eran por Jesús. ¡Oh, si viniesse! ¡Oh, si se hiciesse hombre! ¡Oh, si le viéssemos en carne! «Jesus in corde eorum.» Vistiólos, y con el vestido les puso á Jesús en el desseo y en el corazón.

Esse tenía en el suyo el Patriarca Abrahán, después que le dió su palabra Dios que había de descender y nacer dél el Mesías. Lo cual dió él á entender cuando, enviando á su criado Eliecer á buscar mujer para su hijo Isaac, antes de partirse, le llamó y le dijo: «Pon la mano sobre (*a*) mi muslo, y jura por el señor del cielo y de la tierra que no me traerás mujer de los Cananeos. *(Génesis*, XXIV, 2-3). Y aunque reparan mucho San Fulgencio (lib. *De Incarnatione)* y San Agustín (lib. II *Contra heres.*, cap. XXVIII, et serm. 75) en esta ceremonia tan nueva, y dicen que pareciera más á propósito y cosa más religiosa tomalle juramento sobre algún libro sagrado ó sobre un altar que no sobre su muslo, él lo hizo con espíritu del cielo, puestos los ojos en el misterio de la Encarnación y en la promessa divina, *scilicet*, que de su carne había de tomar carne el divino Verbo: tuvo por sagrada aquella carne de que Dios se había de vestir, y quiso que jurasse sobre ella su criado como sobre un altar. Favorece á este pensamiento el Parafraste caldeo, que dice desta manera: «Pone manum tuam *super* fœmur (*b*) meum, et jura mihi per Verbum Dei, id est, per Filium», que se ha de vestir de esta mi carne»; y diciendo estas palabras, dice el parafraste que gemía y suspiraba el Patriarca sancto. Esse era el desseo y petición del profeta Habacuc *(Habacuc*, III, 2): «Domine, opus tuum in medio annorum vivifica illud»: «Dad vida á vuestra obra enmedio de vuestros años.» La obra de Dios por excelencia es el hombre. Estaba como muerta antes de la Encarnación; el medio de los años de Cristo es lo más florido de su edad, los treinta y tres, porque el que más vive, víve sesenta y seis años, que lo demás es enfermedad y dolores. Pues en essa edad pide el Profeta que vivifique su obra, que muera por el hombre para que el hombre viva.

El mayor sentimiento que el rey Ezequías tuvo, y la causa de sus lágrimas y de no recebir consuelo después que el profeta Isaías le dijo que ordenasse su vida porque el día siguiente había de morir, no fué tanto haberse de morir cuanto de parecerle que se cortaba en él el hilo de la generación de Cristo, que sabía cierto que había de nacer de su linaje, y él moría sin heredero. «Dixi: Non videbo Do-

(*a*) *(Gen.*, III, 21) se dice: *Fecit quoque Dominus Deus Adæ et uxori ejus tunicas pelliceas, et induit eos:* Hizo también el señor Dios á Adán y á su mujer unas túnicas de pieles, y los vistió.

(*b*) Es evidente que aquí interpreta el P. Angeles este capítulo de San Mateo, entendiendo de la persona de Jesús las parábolas de la buena semilla que en el corazón del justo siembra Dios con sus inspiraciones, ó por medio de la predicación y enseñanzas de los ministros de la Iglesia.

(*a*) La preposición *subter*, que se halla en la Vulgata, significa *debajo;* y así traducen todos los expositores este pasaje del *Génesis*.

(*b*) Hoy se escribe femur, como femen, femina, etc No se olvide el lector de lo que más arriba, pág. 26, nota (*a*), col. 2.ª, dejamos dicho.

minum Deum in terra viventium» *(Isaias,* XXXVIII, 11). Hebræi (Josephus, lib. X *Anth.*, c. III et V) sic: «Non videbo Deum de Deo». Los *Setenta:* «Non jam, non jam videbo salutare Dei.» Eusebius Cesarien. (lib. II *Demonstrationum Evang.*, cap. XXXV) traslada: «Non jam videbo Jesum Dei» [1]. Luego no era por verse morir el desconsuelo del santo rey, sino por morir sin sucessor y desafuciado (*a*) de que de su casta había de nacer el Mesías. (Thomas, *in Commento hujus loci).*

Al fin, todas las esperanzas de los hombres y sus desseos tomaron fuerzas de la venida del Hijo de Dios, el cual por esto se llamó por excelencia *el Desseado de todas las gentes.* Jacob en sus bendiciones dijo de Él *(Génesis,* XLIX, 10): «Et ipse erit expectatio gentium» [2]. Y Esaías *(Isai.,* XI): «Radix Jesse, qui stat in signum populorum, *in ipsum gentes sperabunt vel* ipsum gentes deprecabuntur» [3]. Esperarán en Él y harán oración á Él. El mismo Isaías, arrebatado en espíritu con ansia de ver al desseado de todos, dijo (*Isai.*, XLV, 8): «Rorate cœli desuper, et nubes pluant Justum: aperiatur terra et germinet Salvatorem: et justitia oriatur simul: Ego Dominus creavi eum», scilicet, Messiam. Y en el cap. LXIV, 1: «Utinam dirumperes cœlos, et descenderes», etc. [4].

Y porque de estos desseos y de los de la Virgen diremos más largamente en otra parte, aquí no más.

(*a*) Comprenderá desde luego el lector que esta palabra equivale á *desahuciado*, habiendo sido sustituída la *f* por la *h*, como en otras muchas palabras ha sucedido.

[1] Dije [yo, Ezequías]: «No veré al Señor Dios en la tierra de los vivos.» Los hebreos leen: «No veré al Dios de Dios.» Los Setenta: «Ya no veré al Salvador enviado de Dios.» Eusebio de Cesarea traslada: «Ya no veré yo á Jesús, Hijo de Dios.»

[2] «Este será la esperanza de las naciones.»

[3] «En aquel día el renuevo de la raíz de Jesé, que está puesto como señal *ó estandarte de salud* para los pueblos, será invocado de las naciones.»

[4] «¡Oh cielos!, derramad desde arriba vuestro rocío y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote al Salvador, y nazca en Él la justicia. Yo el Señor le crié»; á saber, al Mesías. Y en el cap. LXIV: «¡Oh, si rasgaras los cielos y descendieras!», etc.

* ARTÍCULO II

Razones por las cuales la Iglesia deseó la Encarnación, en contraposición á la Sinagoga que se enamoró de falsos dioses. Bienes que trajo Cristo consigo. Placeres engañosos que ofrece el mundo.

Quia meliora sunt ubera tua vino
(*Cant.*, I, 1) [1].

Conocimiento y memoria del bien passado y mal presente, despiertan al alma para que busque su remedio.

Da la razón de su desseo y por qué dessea tanto al Hijo de Dios, y es haber gustado cuán suave es el Señor; que si no lo hubiera gustado, no dijera: «Mejores son tus pechos que el vino.» De uno y otro tenían experiencia nuestros primeros padres: del bien perdido y del mal presente, del vino y de los pechos; porque de otra manera no pudieran conocer la mejoría y ventaja, ni hacer comparación de los pechos al vino. Toda carne es desabrida luego que el alma gusta del espíritu; y los bienes todos de la tierra (significados en el vino) se desprecian y tienen en poco en llegando á gustar los bienes del cielo. Quien tuvo amistad con Dios y se vió fuera de ella, si le abre Dios los ojos, con ansiosos desseos procura volver á reconciliarse con Él. De la ciega Sinagoga dijo el Profeta Oseas que, vueltas las espaldas á su legítimo marido, Dios, dijo *(Oseas,* II, 5): «Vadam post amatores meos, qui dant panes mihi et aquas meas, lanam meam et linum meum, oleum meum et potum meum» [2]. Yo me iré tras de mis amadores, id est, post Assyrios, et Egiptios, cæterasque nationes quarum idola colebat. Proprie dicuntur idola *amatores,* quia eorum causa Deum verum, virum suum, relinquebat Sinagoga, vel homines qui illam ad

[1] «Porque tus amores son mejores que el *más sabroso* vino.»

[2] «Iré en pos de mis amantes, esto es, *en pos de los ídolos*, que son los que me dan mi pan y mi agua, mi lana, mi lino, mi aceite y mi bebida.»—Claramente se echa de ver que en estas palabras, según advierten los sagrados expositores, pone el profeta Oseas en boca del pueblo judío aquellas ideas y sentimientos con que trataban de justificar sus frecuentes idolatrías, atribuyendo á los ídolos los beneficios que de Dios recibía.»

colendos deos alienos alliciebant. Qui dant panes mihi ([1]).

¡Qué desatino tan grande atribuir á los ídolos lo que recibe de la liberalíssima mano de Dios! La salida de Egipto atribuyó al becerro que fabricó en el desierto. «*Isti* sunt dii tui, Israel, qui eduxerunt te de terra Egipti.» *(Exodo*, XXXII, 4) ([2]). (Lege Hierem., XLIV, ibi multa, del desatino y locura deste pueblo). En el Hebreo: «Prodant panes mihi», etc., leemos: «panem meum, aquas meas», etc. Y tiene el pronombre *meum* una cierta fuerza que despierta á amor y confiessa deuda. Quiere decir: ¿cómo no tengo de amar y servir y seguir á mis amantes, que me dan el pan que como, y el agua que bebo, y el vestido de que me cubro? Quiere decir, todo cuanto tengo es suyo y ellos me lo dieron. Sic Hiero., in *Isai.*, cap. III. Y porque conociesse mejor su obligación, añade: «Oleum meum et potum meum»; quiere decir: No sólo me dan el sustento, sino el regalo, que en la Escritura en estos dos licores es significado. *(Psalm. 140*; *Math.*, VI; *Luc.*, VII). Unde *Septuaginta* pro eo quod nos habemus potum meum, sic verterunt: «Et omnia quæ mihi conveniunt.» Et *Kald.:* «Et omnia alimenta mea» ([3]). Y dice Dios *(Osee*, II, 6-7): «Ego sepiam viam tuam spinis, et sepiam eam maceria, et semitas suas non inveniet. Et sequetur amatores suos, et non apprehendet eos: et quæret eos et non inveniet»: «Cercaré su camino con espinas y haréle un seto para que no salga con su determinación, y no bastará; porque, assi cercada y sin pies, se irá tras de sus amadores, seguirlos ha y no los alcanzará, y volviendo en sí, dirá: Quiérome volver á mi primer marido, que mejor me iba con él que con éstos; mejor vivienda era aquélla que ésta; más consuelo y honra tenía en su casa que tengo en servicio de los demonios.»

Atrevimiento de una alma determinada al pecado, y celos de Dios.

Es un dibujo divino éste de una alma miserable que, puestos los ojos en el deleite de los pecados, estaba á punto para soltarse tras dellos, en figura de mujer deshonesta que, teniendo hastío de su propio marido, del bien que le hace y sudores que passa por ella, se saborea y se regala con los dijecillos y preseas del amigo querido, y los estima y encarece, ciega toda y cebada de aquel amorcillo vano á que se halla rendida. Píntansenos aqui también los celos de Dios y los estorbos que ofrece á esta alma para atajarle los passos, y lo poco que aprovecha, determinada ya en el mal. *Vadam:* iréme. ¡Qué resolución tan grande después de haberla llamado y convidado con su amistad! *Iréme en pos de mis amadores* (mejor dijera, de mis matadores), *que me dan mi pan y mis aguas*, etc. ¡Como si en la casa de Dios anduviera muerta de hambre y de sed y de desnuda, y en la región del pecado hubiera abundancia de todas las cosas!

Imaginaciones falsas de los pecadores para seguir sus gustos.

Son imaginaciones falsas estas de los pecadores; sueñan bien, adonde no le hay; imaginan vida, adonde está la muerte; prométense riquezas y bienandanza, adonde está la suma pobreza y miseria; prométense libertad adonde está la esclavonía, y contentos, adonde no puede haberlos. Este pensamiento loco era el de aquellos que decían *(Sap.*, II, 6): «Venite, fruamur bonis quæ sunt», etc.: «Gocemos, dicen, de los bienes que son.» Esso concibe la voluntad ciega; pero, á la verdad, no hay bienes que lo sean fuera de Dios; son bienes, pero imaginarios. San Juan Crisóstomo *(hom. 16 super Genes.)* dice, que luego que oyó Eva de la boca de la serpiente (*Gen.*, III, 5): «Eritis sicut dii, scientes bonum et malum» ([1]), se debió de hinchar y decir muy entonada: «Yo me seré diosa, seréme como Dios; criaré mis cielos y mi tierra y otro mundo, hecho para mí de mis manos», etc. Estos pensamientos vanos y en vacío la desatina-

---

([1]) Esto es: me iré tras los asirios, egipcios y las demás naciones cuyos ídolos adoraba. Y con mucha propiedad se llama á los ídolos *amantes*, porque por su causa dejaba la Sinagoga á Dios, su verdadero Esposo; y lo mismo aquellos que la inducían á adorar los dioses falsos. Los cuales me dan panes, etc.

([2]) «Estos son tus dioses, oh Israel, que te han sacado de la tierra de Egipto.»

([3]) «En la sagrada Escritura por el aceite y el vino se significa todo lo que sirve para sustento y regalo del hombre. Por esto los *Setenta* tradujeron el *potum meum* por esta frase genérica: *todas las cosas que me son convenientes ó útiles.* Y la versión *kaldáica: todas las cosas destinadas á mi sustento.*»

([1]) «Seréis como dioses, conocedores *de todo*, del bien y del mal.»

ron y la robaron la voluntad, no la realidad de la cosa. Y esto mismo es lo que trae á los miserables pecadores de una parte á otra sin sosiego, lo que imaginan que hay de bien. *Iréme en pos de mis amadores.* Dejó uno y sigue muchos; porque el alma que con determinada voluntad y denuedo se suelta de Dios, no para en solo un acto malo, antes hace el pecho grande y se apercibe con gran vacío para muchos, como los hijos de Israel en el desierto. «Danos dioses, dicen á Araón, que nos precedan.» (*Exod.*, XXXI) (*a*). Y en *Isaías* se escribe de los malos que, convidándose, dijeron (*Isai.*, LVI, 12): «Venite, sumamus vinum, et impleamur ebrietate: et erit sicut hodie, sic et cras, et multo amplius» ([1]).

Cosa extraña es, y muy para llorarse con lágrimas de sangre, ver el gusto que toman los malos en ofender á Dios; porque apenas se acaba un pecado, cuando están aplazándose para otros; de hoy para mañana. En el pecado de hoy se hacen los conciertos para el día siguiente: «Tomemos nuestro vino, dicen, y embriaguémonos muy cumplidamente, y será mañana como es hoy y mucho mejor»; porque los que hoy pecan á rienda suelta y desenfrenadamente, se aplazan para mañana, buscando ó imaginando más libertad y nuevos modos de holgura. Hoy nos holguemos, pero mucho más mañana; esso es *iréme tras mis amadores.*

Lo que aquí hay de mayor consideración es que, de ordinario, adonde más sobrada anda la malicia de los pecadores, se conoce y resplandece más la misericordia divina. «Ego (*Osee*, II, 6) sepiam viam tuam spinis:» Yo te pondré estorbos y impotencias para el pecado. ¿Qué son las enfermedades y los trabajos que nos envía Dios al punto, muchas veces que queremos soltarnos á pecar, sino zarzales y seto para detenernos? Hieronym.: «Tu mihi quasi minaris, me spreto, te ad amatores tuos ituram; sed frustra minaris: non poteris ire. Obstruam

Misericordia de Dios, conocida en la mayor malicia de los pecadores.

(*a*) Son estas palabras del capítulo XXXII, 1, no del XXXI.

([1]) «Venid, bebamos vino y embriaguémonos bien; y lo mismo que hoy, haremos también mañana, y mucho más.»

undique viam tuam spinis, ne possis ire quo desideras, et interponam maceriam sive murum, et semitas tuas, quas cerebro triveras pede, non invenies, ne aprehendas eos, quos tanto studio sequebaris; et, rerum necessitate compulsa, revertaris ad virum tuum» ([1]). Quiere decir: así te afligiré, tantos trabajos te enviaré, que en ninguna manera puedas seguir tus amadores. Con todo se sigue: «Et sequetur amatores suos.»

Pues, ¿cómo se compadece decir Dios: *no seguirá;* y decir luego: *seguirá?* «Verbum *sequetur*, ait Hieronimus, magis affectum et connatum (*a*) significat, quam profectum. Dixerat enim: semitas suas non inveniet; quod est proprie quærentis solicite et ad alios festinantis, et nunc hanc viam tentantis, nunc illam» ([2]). Quiere decir: Pecarán en seco cuando no puedan de otra manera; como el muchacho goloso que por el vallado de espinas entra la mano á coger la fruta y, espinándose todo y sacándose sangre, no la alcanza, come con el pensamiento los pecados que no puede llegar á la boca; cébase el corazón en lo que no alcanza la mano; quebrantados de Dios, pero no compungidos; tomados los puertos á la obra, mas la voluntad coge de salto y en el aire el pecado, arrojándose tras dél por entre las zarzas y cambroneras puestas aposta por el mismo Dios. Y parece esto lo que dijo el malo (*Psalm.* 35, 2): «Ut delinquat in semet-

(*a*) Por error tipográfico se dice aquí *connatum*, en vez de *conatum.*

([1]) «Tú, dice Dios al pecador, en cierto modo me amenazas con dejarme y marcharte en pos de tus pasiones. Vanas, empero, son tus amenazas; no podrás dar un paso por esos caminos. Yo te cercaré de obstáculos de tal modo, que no puedas dar un paso. Levantaré una muralla delante de ti y, por más que te empeñes, no podrás tomar esas sendas extraviadas por las que antes habías corrido; para que así vuelvas, de grado ó por fuerza, á buscarme á mí, que soy tu Dios.»

([2]) «Esta palabra *seguirá*, dice San Jerónimo, no significa *progreso*, sino más bien *deseo, conato, esfuerzo.* Antes había dicho que el pecador no acertaría á descubrir las sendas extraviadas por do quería caminar. Y esto, propiamente hablando, no tiene aplicación sino á aquél que anda en busca de una cosa y que ya sigue una dirección, ya otra, sin saber dónde ha de sentar el pie con seguridad.»

ipso» ([1]). ¿Quítame Dios el pecar por obra? Yo pecaré conmigo mismo, en mi corazón y en mi voluntad. ¡Triste del alma que á tal punto llega, y dichosa la que, no hallando camino para sus intentos malos, azotada y lastimada se vuelve á Dios, su primer marido, como el hijo pródigo á su padre! «In se *(Luc.*, XV, 17) reversus dixit: Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus; ego autem hic fame pereo!» ([2]). Acordóse de la abundancia de la casa de su padre, con la hambre y miseria que padecía en tierra ajena.

Gran cosa es haber gustado algún tiempo de Dios, para volver á El.

Para mí es gran cosa haber un alma gustado de Dios en algún tiempo; porque aunque, apartándose dél, se despeñe en mil géneros de vicios, como ésta que nos ha pintado Oseas, y como el hijo pródigo, alguna vez se ha de acordar del bien perdido con el mal presente y, pesando esto y aquello, ha de dar la vuelta. «Surgam (*ib.*, 18), et ibo ad Patrem meum» ([3]). Por ventura no había tomado en la boca á su padre hasta aquel punto que se vió morir de hambre y consideró de mejor condición á los puercos que á sí, pues ellos se hartaban de bellota y él no. Al fin, la tiranía del señor le trajo á la memoria la blandura y regalo del padre; y la hambre que padece, la abundancia y sobra de comida de los criados de su casa. Si no hubiera sabido de hartura y regalo; si no hubiera conocido padre rico y amoroso, no conociera su destierro, su necesidad, su abatimiento, su esclavonía y trabajo. «In se reversus.» ¿Quién le volvió en sí? «Unde in se reversus?, inquit Hieronymus: egestate et fame pressus» ([4]).

Digo que es gran cosa para convertirse un alma de su mala vida haber gustado en algún tiempo de los regalos de Dios; y experimentado su bondad y misericordia. «Vadam (*Osee*, II, 7) et revertar ad virum meum priorem, quia melius mihi erat tunc quam nunc» ([5]).

([1]) «Resolvió el impío en su corazón el hacer el mal.»

([2]) «Volviendo en sí, ó *reflexionando*, dijo: ¡Ay, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo estoy aquí pereciendo de hambre!»

([3]) «Me levantaré é iré á mi padre.»

([4]) «Constreñido por el hambre y por la necesidad.»

([5]) «Iré, y volveré á mi primer esposo; pues mejor me iba entonces que ahora.»

Volverme he á mi primer marido. No es sólo el trabajo y necessidad lo que la vuelve, sino la memoria del bien passado, la buena vida que tuvo con su marido primero. Cuando se acuerda un hombre de los buenos días que gozó siendo amigo con Dios, de la quietud de la conciencia, del sossiego de su espíritu, de las inspiraciones interiores y hablas divinas, de los consuelos del Espíritu Santo, y pesa lo que passa sirviendo al demonio, vuelve en sí, y da la vuelta, favorecido de Dios, que por este camino le llama. Luego dice: QUIA MELIORA SUNT UBERA TUA VINO.—Sciebat quam esset dulcis Deus, et quam amari dignus, idque apertius jam cognoscebat ex collatione ad terrena bona, quorum aliquem sensum perceperat: quæ bona translate *vinum* nominat, quod ebrios nos reddant, et inani voluptate demulceant. Itaque necessitudinis cum Deo pristinum usum sibi restitui percupit, et quoniam id nisi per Christum non esse restituendum intelligit, oscula sibi dari a Deo petit, id est: Verbum hominem, et hominum sanctificatorem nasci ardentissime optat ([1]).

FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS. (*Cant.*, I, 2) ([2]). Es otra razón esta que acrecienta mucho el desseo á la Esposa de ver á Dios en carne: la fama de sus virtudes y los bienes que le había de hacer viniendo al mundo, y cuánto más le había de dar con su presencia que le había quitado la culpa y el pecado; cómo había de sobreabundar la gracia adonde abundó el delito. Esta fama y estas esperanzas dicen que se aventajan á todos los otros bienes, cualesquiera que sean. Y que por los ungüentos se signifique la fama de Cristo, *patet* [se infiere] de lo que se sigue:

OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM. IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE. *Hæbrei* sic: «Ob

([1]) *Porque tus amores son mejores que el vino.* Sabía cuán suave es el Señor Dios y cuán digno de ser amado, y esto lo conocía más claramente cotejando su dulzura divina con los bienes terrenos, cuyos dejos había gustado algún tanto. Y llama á estos bienes metafóricamente *vino*, porque nos embriagan y halagan con vano contentamiento. Así, pues, desea vivamente volver al trato y amistad de Dios; y como conoce que no puede lograr estos regalos si no es por medio de Cristo, pide que Dios le bese, esto es: desea muy ardientemente que nazca el Dios-hombre y santificador de los hombres.

([2]) «Fragantes como los más olorosos perfumes.»

fragrantiam tuam, quæ præstat omnibus unguentis» [1].

Algunos hacen paréntesis (oleum effusum nomen tuum) y continuando la letra ansí: «Ob fragrantiam tuam, qua res odoratissimas vincis, summo te adolescentulæ amore prosequuntur» [2]. Y si me preguntasen qué fragancia es ésta, responderé: «OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM», id est, oleum late fragrans. Tu nombre es famoso, *scilicet* [esto es], Mesías, que significa ungido; *quasi dicat* [como si dijera]: el mismo nombre de que te has de llamar es oloroso, y que arrebata y lleva tras de sí las doncelluelas, *id est* [es decir], essa misma Iglesia pequeñuela y, en el conocimiento de Dios, imperfecta y ruda. Vel gentes (*Hortul.*) alienas ab Ecclesia, quæ aliquando, fama nominis Christi permotæ ad ipsum convertuntur [3]. Y habla de pretérito por la certeza de la profecía.

Catacresis; esto es, *abusión*: cuando se toma una cosa por otra, como pechos por entrañas.

MELIORA SUNT UBERA TUA VINO. Ubera pro alimonia spirituali, doctrina, scilicet, Evangelii et Spiritus Sancti donis, quibus Sponsus suam alit Ecclesiam. In quibusdam exemplaribus Græcis sit habetur: «Quia bona sunt eloquia tua præ vino.» Aliqui asserunt *Hœbreos* uberum nomine amores suavissimos intelligere; est enim admirabilis vis illa, ad fœtus alendos in mammis insita, summi amoris argumentum Accedit præterea, quod ubera hoc loco divini Sponsi vim altricem quandam, qua omnia nutrit, ostendunt. Quare, homines qui rerum omnium fabricam et illarum conservationem attente considerant, in Dei amorem rapiuntur. Aliqui putant hic esse *metalipsim*, id est, transumptionem a visceribus ad ubera, per quæ volunt viscera misericordiæ Dei nostri significari. Theodoretus, uberum dicit esse mentionem factam, quod illa cordi propinqua sunt, unde fontes doctrinæ emanant. Tanta est autem (*Osor. Lusit.*) misericordia Dei erga nos, ut undecumque ad nostram utilitatem similitudines asciscat. Ut *Psalm. 102*, 13: «Quomodo miseretur pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se.» Sic *Math.*, XXIII, 37: Christus gallinæ se comparat; et *Galat.*, IV, 19, Paulus parturienti mulieri se assimilat in formandis suis discipulis ad Christum. D. Isid., quem sequti sunt Beda et D. Tho., per *ubera, dulcedinem Evangelii* intelligit; per *vinum vero, austeritatem legis*, sub cujus jugo omnes Sancti gemebant, ut multis locis docet Paulus, præcipue *Rom.*, VII, 6: Usque adeo gravis erat lex vetus, ut mortem et peccatum eam appellet. Etiam Evangelium vocatur vinum, sed bonum vinum: lex vinum, vino de peones y segadores [1].

Osor ó metonimia; esto es, traslación de nombre: cuando se toma el continente por lo contenido: pechos por leche.

(1) *Bálsamo derramado es tu Nombre: por eso las doncellitas te amaron.* Los hebreos añaden: «Por tu fragancia, que aventaja á todos los ungüentos.»

(2) «Por la suavidad y fragancia que se halla en tu amor, las cuales, cierto, son superiores á las de las cosas más olorosas, las almas inocentes, figuradas en las doncellitas, te aman con un amor encendidísimo; pues tu Nombre es á modo de bálsamo odorífero, esto es, bálsamo cuyo perfume se difunde por doquier.»

(3) O las gentes apartadas de la Iglesia, las cuales por la fama del nombre de Cristo son atraídas á Él y se convierten.

(1) Por pechos se ha de entender el alimento espiritual, á saber: la doctrina del Evangelio y los dones del Espíritu Santo, con los cuales sustenta á su Iglesia. En algunos ejemplares griegos el texto se halla de este modo: «Porque tus palabras son buenas con preferencia al vino. Algunos dicen que los hebreos por nombre de pechos significan los amores más regalados, porque ellos encierran en sí mismos aquella fuerza admirable para alimentar los hijos, y son prueba de grandísimo amor. Añádase, además, que en este lugar el Esposo divino, por el nombre de pechos, nos descubre la virtud sustentadora con que todo lo alimenta; por lo cual los hombres que miran con atención la formación de todas las cosas y su conservación, son arrebatados al amor de Dios. Otros piensan que hay aquí una *Metalipsis*, esto es, traslación de pechos por entrañas, y por las cuales se nos significan las entrañas misericordiosas de nuestro Dios. Teodoreto dice que se habla de pechos, porque están próximos al corazón, de donde manan los raudales de doctrina. Tanta es la misericordia de Dios con nosotros, que de todas partes toma comparaciones para declarar el bien que nos desea, como en el salmo 102: «Como el padre se compadece de sus hijos, así se apiadó el Señor de los que le temen.» Así, por San Mateo, XXIII, Cristo se compara á la gallina; San Pablo *(ad Galat.*, IV) se compara á sí mismo con la mujer que está de parto, formando sus discípulos para Cristo. San Isidoro, á quien siguieron Beda y Santo Tomás, entiende por pechos la dulzura del Evangelio, y por vino, la aspereza de la ley bajo cuyo yugo gemían todos los Santos, como enseña San Pablo en muchas partes, especialmente en el cap. VII á los Romanos: ¡tan pe-

Nota que entre los hebreos es muy usado por *certe* [ciertamente], poner *quia* [porque]: quasi dicat: «Certe, meliora sunt ubera tua vino.» Sic *(Psalm. 43*, 22): «Quoniam propter te mortificamur tota die.» *(Psalm. 72*, 21): *Quoniam inflamatum est cor meum*; et alibi sæpe ([1]). De manera que afirma que son mejores los pechos ó los amores del Esposo que el vino, id est, omni voluptate, quæ vel ex humana sapientia, vel ex quacumque alia re corporea capi possit ([2]). Præterea notandum etiam [Ha de notarse también] que, habiendo dicho la Esposa en tercera persona: «Osculetur me osculo oris sui», súbitamente habla en segunda: «Meliora sunt ubera tua vino.» Ratio esse potest, præter alias, talis ([3]): Los hebreos, *honoris causa* [por respeto], usaban de la tercera persona por la segunda, *ut patet* [como se ve] *III Reg.*, I, de la madre de Salomón, que le habla de tercera persona por honrarle, y el mudarse luego á segunda no es nuevo en los que aman, que no pueden perseverar en respetos y gravedades; luego se allanan y dejan los cumplimientos. Y es usado en nuestro lenguaje castellano decir yo á la persona que quiero bien: «Señor, haga esto»; y luego, volver: «Más valéis vos que todo el mundo».

Rabi Sabadias: «Quia melior est saliva tua vino.» Item illud *Prov.*, I (*a*): Ubi nostra lectio habet: «Veni, inebriemur uberibus», sic ille transfert: «inebriemur saliva». Biblia Complutensis ex Græco transfert: «Veni, fruamur amicitia, et per totam noctem mutuo amore involvamur.» Sanctes Pagnensis et hæbrei omnes, abhorrentes in Christo *ubera*, *amores* transtulerunt, ut videbimus infra. Vatab.: «Amores tui vinum bonitate superant.» *Septuaginta:* «Bona ubera tua», etc. Græci omnes Patres et Latini, quorum vestigiis semper inhærendum, ubera meliora vino dicunt ([1]). Y asegúrannos con esto que este libro santo no trata de amores mundanos ni de los que Salomón tuvo con la hija de Faraón, porque es cosa fea atribuir pechos á un tan grande Rey: altiorem enim multo habent sensum ([2]). En el *Apocalipsis*, cap. I, 13, se escribe que vió San Juan á Cristo, Esposo de la Iglesia, «præcinctum ad mamillas zona aurea» ([3]); que parece que da á entender que se ciñe para exprimir los pechos. Y lo que más realza su misericordia es decir que estaba ceñido con cinto de oro, porque su caridad infinita le aprieta á que siempre estén manando de sus entrañas misericordias para los hombres. Parece que estaban detenidas *(Isai.*, LXIII) antes de la Encarnación; pero después que tomó carne de las piadosíssimas entrañas de la Virgen, nunca cesan de manar aquellos pechos de benignidad y clemencia en nosotros. «Apparuit enim benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei omnibus», etc. ([4]). *(I Timothei)* (*a*).

(*a*) Debe leerse: *Prov.*, VII, 18. En la pág. 56, col. 2.ª está bien hecha esta cita.

(*a*) No son de la primera epístola á Timoteo estas palabras, sino que se hallan en la que el Apóstol escribió á su otro discípulo Tito. En el capítulo II, 11, se lee: *Apparuit enim gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus.* Y en el III, 4: *Cum autem benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei.* Mezcla, pues, aquí, por decirlo así, el P. Angeles las palabras de estos dos lugares, si bien parece que se refiere al segundo de estos textos. Debe, pues, leerse así: *Tit.*, III, 4.

sada era la ley vieja que la llama muerte y pecado! También se llama vino el Evangelio, pero buen vino, vino legítimo; la ley antigua, en cambio, como vino de peones y cavadores, áspera y dura.

([1]) Como si aquí dijera; «En verdad que tus pechos son mejores que el vino.» Así se dice en los salmos: «Verdaderamente por amor de ti estamos todos los días destinados á la muerte.» «Por cierto que mi corazón quedó inflamado.» Y en otras partes.

([2]) Esto es, mejores que cualquier deleite que pueda recibirse de la humana sabiduría ó de cualquiera otra cosa terrena.

([3]) «La razón, entre otras, puede ser la siguiente.»

([1]) El Rabi Sabadías lee: «Porque es mejor tu saliva que el vino.» De igual modo aquello de los *Proverbios*, VII, donde nuestra Vulgata dice: «Ven, y empapémonos en deleites», él traslada: «embriaguémonos con saliva.» La Biblia Complutense traslada del griego: «Ven, gocémonos en la amistad y durante toda la noche abracémonos con mutuo amor.» Los hebreos y otros, por respeto á la persona de Cristo, trasladaron *amores* por *ubera*, según luego veremos. Vatablo: «Tus amores superan al vino en bondad.» Los *Setenta:* «Buenos tus pechos», etcétera. Todos los Padres griegos y latinos, cuyas huellas debemos seguir, leen: «Tus amores ó regalos mejores que el vino.»

([2]) Porque tienen sentido más profundo.

([3]) «Ceñido á los pechos con una faja de oro.»

([4]) «Apareció y se hizo manifiesta á todos los hombres la benignidad y misericordia de Dios, nuestro Salvador», etc.

Notandum præterea [Nótese, además] que también el mundo engañoso y la carne lasciva tiene sus pechos, no saludables, sino mortíferos, de que habemos de huir conforme al consejo de Salomón en sus *Proverbios*, adonde dice *(Prov.*, I, 10): «Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne acquiescat eis» ([1]). Es la leche destos pechos soporífera, esto es, que induce y acarrea sueño letal á los que los apoyan y maman. Lo cual figuró admirablemente el Espíritu Santo en aquella sagaz hembra llamada Jael, que recibió con alegre semblante en su casa al desdichado Sisara, que venía huyendo de Débora (*a*), y para que estuviesse más secreto y más seguro, le metió en un aposento y le cubrió con un manto ó capa; y, viéndole muerto de sed, por agua le dió leche, con que durmió profundíssimamente, y ella le atravessó por las sienes un clavo, con que acabó. *(Iudic.*, IV).

Sus pechos tiene el mundo, con que enlabia las almas y las lleva tras de sí.

Jeremías compara el mundo y la carne á las lamias, que, según el parecer de muchos, son las que nosotros llamamos brujas ó hechiceras (latine *striges*, vel *sagas* (*b*), que de noche buscan los niños de teta para chuparles la sangre y matarlos con sus artes malditas. «Sed et lamiæ nudaverunt mammas, lactaverunt catulos suos». *(Thren.*, IV, 3) ([2]). Sed (authore Chris. Dione), feræ sunt facie muliebri, uberibus totoque pectore adeo spetioso, ut nullo pictoris ingenio fingi possint. Hieron. ait humanam faciem habere, corpus vero bestiale. Et *Isai.*, XXXIV, 14, inter feras nominantur ([3]).

Lamias, qué son y qué significan.

Los *Setenta* trasladaron *dracones*. Es un encarecimiento grande éste del Profeta santo, tratando de aquella general hambre de Jerusalén. «*Las lamias*, dice, con ser fieríssimos y crueles animales, *descubren sus pechos para dar de mamar á sus cachorrillos;* pero no la hija de mi pueblo, porque se comerá los suyos con rabiosa necessidad.» Digo que tienen figura estas lamias de la carne halagüeña y lisonjera, que, ofreciendo sus pechos á sus infantes, los desatina y embarbasca, y les quita la vida cuando más profundamente y más á sabor duermen. Dice Filostrato (in *Vita Apolonii)* que se crían estos animales en los desiertos de Africa, y que salen á los caminantes, y encantados de su hermosura, que es muy grande, ellas llegan y con sus uñas los hacen pedazos y los matan. De ellas era la que en los *Proverbios* decía al mancebo incauto y mal considerado *(Prov.*, VII, 18): «Veni, inebriemur uberibus, et fruamur *concupitis* amplexibus» ([1]); y él, atraído de sus razones y palabras halagüeñas, la sigue como el buey al que le ha de quitar la vida en el matadero.

Tales pechos se han de huir como el infierno, y buscar los de Cristo como niños recién nacidos. *Quasi* modo *(I Petri*, II, 2) geniti infantes, *rationabiles* sine dolo lac concupiscite. Si tamen *gustatis* quoniam suavis est Dominus. Infantes de razón llama San Pedro á los que buscan la leche de los pechos de Cristo, que es la dotrina del Evangelio y los regalos del espíritu, que comunica Él á sus pequeñuelos. No es para hombres grandes y bestiales, sino para niños y de razón, como niños en la simplicidad, *sine dolo*, y como grandes en lo racional. *Si tamen gustatis.* Nadie puede apetecer ni dessear estos pechos, si no los ha mamado, y gustado la grande suavidad dellos. Así la Esposa, por haber gustado, desea: «Osculetur me.» Y haciendo diferencia entre pechos y pechos, dice: «Meliora sunt ubera tua vino.» Vinum hoc loco sensibiles voluptates representat: haustum enim indulgentius mentem alienat, rationis arcem invadit, totum hominem occupat et in amentiam

Niños racionales pide la doctrina del Evangelio.

(*a*) El impreso dice Delbora.

(*b*) Mejor que *striges* y *sagas*, sería decir *strigas*, vel *sagas*. Desde luego *striges* no corresponde á ninguno de los casos de *striga, æ*, que es la forma de la declinación de esta palabra que en latín corresponde al significado castellano de *bruja* ó *hechicera*. En cuanto á la creencia vulgar que parece autorizar el P. Angeles, ténganse en cuenta las ideas que en su tiempo existían acerca de esto.

([1]) «Hijo mío, por más que te halaguen los pecadores, no condesciendas con ellos.»

([2]) «Aun las mismas lamias ó bestias feroces descubren sus pechos y dan de mamar á sus cachorrillos.»

([3]) Pero, según parecer de Chris. Dión, son fieras con cara de mujer, y tan hermosas y agraciadas en sus cuerpos, como ningún pintor acertaría á dibujar. San Jerónimo dice que tienen el rostro humano y el cuerpo de bestias. Isaías las cuenta entre las fieras.

([1]) «Ven, empapémonos en deleites, y gocemos de los amores tan deseados.»

rapit, ita ut, sine pudore et rationis freno, turpissima quæque et pudenda commitat ([1]). Lo cual declara muy al vivo en sus *Proverbios* (*Prov.*, XXIII, 29-35) (*a*). Salomón, diciendo: «Cui væ? et cujus Patri væ? cui rixæ? cui foveæ? cui sine causa vulnera? cui suffusio oculorum? NISI ILLIS qui *morantur* in vino et *qui* student calicibus epotandis? *Noli intueri* vinum *cum* flavescit, cum *splendet* in vitro color ejus: ingreditur blande, et in novissimo mordebit ut coluber, et *quasi* regulus venena diffundet... Et eris *quasi sopitus* in medio mari, et quasi gubernator, amisso clavo: et dices: Verberaverunt me, et ego non dolui», et cætera ([2]).

Por el vino se entiende los deleites sensuales.

Es un lugar éste famoso en que, describiendo el Sabio los daños que acarrea el vino bebido sin tassa y templanza, nos dice la fuerza que tiene el amor mundano y los efectos que hace en los que se entregan á él. Platón (in *Simposio*) ait: «Vulgarem amorem esse genus insaniæ, esse rabiem, fascinationem, genusque morbi teterrimum, quo miseri amantes acerbissime cruciantur» ([3]). Y en otra parte, vocatur ab ipso Platone belluinus sive ferinus amor, quoniam amantes, quasi amentes, belluinos imitantur ac sequuntur mores, et tandem zelotipia quasi carnifice misere excarnificantur: sed qui Christi ubera requirunt, in ipso lacte suggunt ardentissimum desiderium summæ illius pulchritudinis, quam animis insculpere et moribus exprimere conantur ([1]).

El amor vulgar es cierta especie de locura y enfermedad rabiosa.

(*a*) Corregimos aquí el capítulo; pues en el impreso se cita el V en vez del XXIII.

([1]) El vino en este lugar representa los deleites sensibles; porque, bebido con exceso, enajena la mente, turba la razón y de tal modo se apodera del hombre y lo enloquece, que sin freno de pundonor ni de cordura comete las mayores torpezas y fealdades.

([2]) «¿Para quién son los ayes? ¿Para qué padre son las desdichas? ¿Contra quién serán las riñas? ¿Para quién los precipicios? ¿Para quién las heridas sin motivo alguno? ¿Quién trae los ojos encendidos? ¿No son éstos los dados al vino y los que hallan sus delicias en apurar copas? ¡Ah!, no mires al vino cuando bermejea; cuando resalta su color en el vidrio; él entra suavemente, mas á la postre muerde como culebra y esparce veneno como el basilisco..., y vendrás á ser como el que está dormido enmedio del borrascoso mar, y como el piloto soñoliento que ha perdido el timón, y al cabo dirás: Me han azotado, pero no me ha dolido, etc.»

([3]) Platón dice que «el amor vulgar es cierta especie de locura y enfermedad rabiosa, una como fascinación y un linaje de dolencia terrible con que, aquejados los miserables amantes, muy crudamente son atormentados.»

MELIORA SUNT UBERA TUA VINO. Genebrar.: «Quia delitiæ spirituales suaviores sunt corporalibus; nam et afficiunt animam et redundant in corpus. Per unguenta autem virtutes et gratias Domini intelligit» ([2]).

FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS. Septuaginta et Biblia Complut.: «Odor unguentorum tuorum super omnia aromata.» Sanctes, et Vatab. et Hebræi quidam: «Propter odorem unguentorum tuorum optimorum, oleum effussum nomen tuum. Ideo adolescentulæ dilexerunt te» ([3]).

Algunos quieren que aquel positivo *fragrantia* esté en lugar de comparativo, y el *unguentis optimis* sea ablativo de la comparación; como si dijera: Más fragantes que los ungüentos bonísimos. Ut sit sensus: Meliora sunt ubera tua vino, fragrantia unguentis optimis, id est: Quotquot undique unguenta, aut aromata, aut anthidota, aut colliria, aut odoriferi licores extiterunt, odori et fragantiæ quæ ex uberibus exhalat Sponsi cædant: præstat enim omnibus et singulis odoribus et fragrantiis ([4]). Mejores que el vino y mejores

([1]) El mismo Platón llama al amor ferino ó bestial, porque los amantes, como desvariados, remedan y siguen las costumbres de las bestias y vienen, por fin, á morir á manos de los celos como de un verdugo; pero los que buscan el amor de Cristo, en éste encuentran un deseo ardoroso de su soberana hermosura, que trabajan por copiar en sus almas y en sus costumbres.

([2]) «Porque las delicias espirituales son más suaves que las corporales, puesto que afectan al alma y redundan en el cuerpo. Por los ungüentos entiende las virtudes y gracias del Señor.»

([3]) Los Setenta y la Biblia Complutense: «El olor de tus ungüentos sobrepuja todos los aromas.» Sanctes, Vatablo y algunos hebreos: «A causa del olor de tus ungüentos óptimos, tu nombre es como aceite derramado; por eso te amaron las doncellitas.»

([4]) El sentido es: Mejores son tus amores que el vino, y tu fragancia más apreciable que los mejores ungüentos; esto es, todos cuantos ungüentos ó li-

que los ungüentos preciosíssimos. Esta interpretación es muy conforme á la translación de los *Setenta* y muy puesta en razón, porque compara la fragancia de los divinos pechos á los demás ungüentos aromáticos y aventájala á todos, aunque sean los más escogidos. De manera que al deleite y regalo de la leche de los pechos del celestial Esposo se allega la suavidad y fragancia grandíssima, que vence todos los olores del mundo. Mantienen de todas maneras, con el olor y con el sabor, pechos odoríferos y sabrosíssimos: tal es la doctrina del Evangelio, que demás de que es el sustento de las almas y el regalo de los pequeñuelos en Cristo, lleva tras de sí con la suave olencia que despide, etc.

Sacra Scriptura olei et unguenti nomine sine ulla differentia utitur semper ([1]).

Otros quieren que el *fragrantia* sea, como es, positivo, y que el *unguentis optimis* sea ablativo de accidente. Sicut dicimus: Joannes est rubeo colore; Petrus albo, et flagrat virtutibus, et unguentis similiter ([2]); como si dijera: Tus pechos son mejores que el vino y huelen á ungüentos preciosíssimos, ó tienen olor de bonísimos ungüentos; ó mejor aún: son la misma fragancia. Sic interpretandum venit illud *Psalm.* 44, de eodem Sponso: «Myrrha, et gutta, et casia a vestimentis tuis, a domibus eburneis», etc. Hebræi sic: «Myrrha, et gutta, et casia, vestimenta tua»; esto es: Tus vestidos todos, Esposo mío, huelen de manera que no parecen tener olores, sino que ellos son los mismos olores: la mirra, la gota, la casia metidos en essos cofres de marfil: a domibus eburneis. Sic «fragrantia unguentis optimis»; como diciendo: No hay olores que lleguen á vuestros pechos. Algunos interpretan por ungüentos preciosos los dones del Espíritu Santo, de que apareció Cristo hermoseado y lleno. Sicut dixit Isaias (*Isai.*, XI, 2): «Et requiescet super eum Spiritus Domini», etc. Sic interpretatur D. Dionys. (lib. *Eccles. Hierach.*, cap. IV, et *De cœlesti Hierarchia*, cap. II), Clemens Alexandri (*Pedag.*, cap. VIII), Orig. (*homilia 6 in Math.*, et hoc loco), Epiphan. (*Adversus hæres.*), Ambros. (lib. *De Isaac et Anima*, cap. III), August. et Arnold. (super *Psalmo* 132). Ita Greg., Ansel., Bernard., Hieron., Rupert et D. Thomas ([1]).

Usóse mucho entre los hebreos y en toda Palestina que las mujeres, para parecer delante de sus esposos ó de los reyes y príncipes, se ungían con preciosos ungüentos, y con muchas diferencias de olores se perfumaban, y rociaban cabeza, cuerpo y manos con aguas de ángeles para agradarles y darles contento. (Sic de Judit, de Susanna et de Hester legimus). Habiendo, pues, de bajar el divino Verbo del seno del Padre, tanquam Sponsus *Dominus* procedens de thalamo suo (*Psalm.* 44) ([2]) á visitar en la tierra su querida esposa la Iglesia, fué cosa muy conveniente que descendiese oliendo lleno de todas las gracias y dones del Espíritu Santo, para aficionarla y llevarla en pos de sí. Por eso se llama Mesías, esto es, unctus: el ungido, el oloroso. «Oleo lætitiæ respersus (dijo el Profeta) et (*Act.*, X, 38) quem unxit Dominus Spiritu sancto.» Et ipse de se testatus est (*Eccli.*, XXIV, 20), dicens: «Sicut cinamommum (*a*) et balsamum aromatizans odorem dedi: quasi mirrha electa dedi suavitatem odoris.» Qui tres cinamommi, balsami et myrrhæ odores, quibus Sponsus Christus flagrat, fortasse declarant in eo triplicem substanciam: corpus, scilicet, animam et divinitatem, quæ quidem unguenta pretiosa penetrandi, attrahendi et præservandi mirificant habent virtutem, ut videre est multis in locis divinæ Scripturæ ([3]).

(*a*) Esta palabra debe escribirse *cinnamomum*, y no *cinamommum*, que es ya anticuado.

cores odoríferos, ó aromas, ó antídotos, ó colirios hay en el mundo, reconózcanse inferiores al olor y fragancia que se disfruta en el amor y regalos del Esposo, porque se aventajan á todos y á cada uno de los perfumes y fragancias.

([1]) La Sagrada Escritura usa siempre indistintamente del nombre de aceite y ungüento.

([2]) Como decimos: Juan es rubio; Pedro, blanco, y está lleno de virtudes al par que de ungüentos.

([1]) Como dijo Isaías: «Y sobre él reposará el Espíritu del Señor.» Así lo interpretan San Dionisio, etcétera (lugares citados).

([2]) El Señor como esposo que salía de su tálamo.

([3]) «Bañado en bálsamo oloroso, y á quien Dios ungió por el Espíritu Santo.» De sí mismo lo testificó Él, diciendo: «Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia; como mirra escogida exhalé suave olor.» Ni es aventurado afirmar que en estas tres sustancias aromáticas: el cinamomo, el bálsamo y la mirra, están representadas las tres sustancias que se hallan en Cristo, á saber: el cuerpo,

Penetró Cristo nuestro Señor los corazones de los hombres con la suavidad de su doctrina, atrájolos con el olor de sus virtudes y preservólos con la unción del Espíritu Santo de la corrupción de los pecados y de infinitos males, de que por su pasión y muerte fuimos libres. Lo primero pertenece al olor del cinamomo, que es penetrante. Lo segundo, á la fragancia del bálsamo, que atrae y lleva con gran fuerza. Lo tercero, á la mirra, que no deja corromper los cuerpos á que se junta.

([1]) Hanc autem Christi unctionem factam fuisse in baptismo, asserunt Athanasius *(Orat. II contra Arrianos)*, Hieron. (*in Isaiam*, cap. LXI), Hilar. (lib. XI *De Trinitate*). Sed D. Damascenus (lib. IV *De Fide*, cap. VI), August. (lib. XCIX *Veteris ac Novi Testamenti*, cap. XLIX) et Gregor. (lib. IX, Epist. 61) fuisse unctum affirmant in ipsa incarnatione; ibi enim unctus est triplici oleo, vel unguento, id est, triplici gratia. Prima, unionis, qua natura humana individue communicat cum divina, ratione personæ cui unita est hipostatice. Altera, singularis et propria, qua omnes perfectionum thesauri in ejus personam effusi sunt. Tertia, capitis, quasi universa et generalis ad gratias in alios transmittendas, per quam de ejus plenitudine omnes accepimus. (*Colosen.*, I et II). Quia non modo sibi plenus fuit gratiis et dotibus, sed et nobís; ut proinde non simpliciter nominetur oleum sive unguentum, sed effusionis, vel effusum in alios videlicet.

Sed circa hunc triplicem modum gratiæ advertendum valde est fuisse aliquos deceptos, existimantes gratiam capitis in Christo fuisse re ipsa distinctam a gratia unionis et habituali. Quod est falsum absque dubio: nam gratia, quæ est principium meriti, non est alia ab illa per quam homo sanctificatur et operatur; imo ideo requiritur gratia ad meritum, quia requiritur ad sanctificandam personam, quod est neccesarium ut sit capax meriti, vel ad operandum. Igitur eadem gratia in Christo, per quam humanitas ejus sanctificatur et operatur, est principium merendi. Hæc autem est gratia unionis vel habitualis, quæ fuit principium merendi, et gratia capitis quæ, ut sic, est principium merendi aliis, cum constet eamdem gratiam in Christo fuisse principium merendi sibi sui corporis glorificationem et exaltationem sui nominis, juditiariam potestatem, etc.; et aliis, omnia dona gratiæ, tam intrinseca quam extrinseca, prædestinationem, etc., quia quodlibet meritum Christi habuit valorem et efficaciam ad utrumque. Dignitas ergo capitis

---

el alma y la divinidad; las cuales, mucho más que aquéllas, tienen maravillosa virtud de penetrar, atraer y santificar á las almas, como puede verse en muchos lugares de la sagrada Escritura.

([1]) Ahora bien; San Atanasio *(contra Arrianos)*, San Jerónimo y San Hilario afirman que esta unción de Cristo se hizo en el bautismo; pero San Juan Damasceno, San Agustín y San Gregorio sienten que fué ungido en su misma Encarnación, porque en ella fué ungido con triple aceite ó ungüento; esto es, adornado de triple gracia. Primera, la gracia de unión, por la cual la naturaleza humana se comunica individualmente con la divina, por razón de la persona á que se unió hipostáticamente. Segunda, la gracia singular y propia por la cual se derramaron sobre su persona todos los tesoros de las perfecciones. Tercera, la gracia de ser Cabeza universal y general para comunicar gracias á los otros, por la cual todos participamos de su plenitud; porque no quedó lleno de gracias y dones solamente para sí, sino también para nosotros, y por esta causa no se llama simplemente óleo ó ungüento, pero se añade: de efusión, á saber, derramado en otros.

Mas acerca de estas tres clases de gracias se ha de advertir muy mucho, que algunos se engañaron pensando que en Cristo la gracia de cabeza era distinta de la gracia de unión y habitual, lo cual es, sin duda muy falso; porque la gracia, que es principio del mérito, no es distinta de la que santifica al hombre y por la cual obra bien; antes se necesita la gracia para el mérito por cuanto es necesaria para santificar la persona, cosa indispensable para que se haga capaz de mérito ó de obrar bien. Por tanto, en Cristo la gracia con que su humanidad quedó santificada y por la cual obraba, fué principio de merecer; pero esta gracia de unión ó habitual que fué principio de merecer y gracia de Cabeza, la cual, como tal, es principio de merecer para otros, constándonos que es la misma con que mereció para sí la glorificación de su cuerpo, la exaltación de su nombre y el derecho á juzgar, etc ; y para otros, todos los dones de la gracia, así interiores como exteriores, la predestinación, etc., porque cualquier mérito de Cristo tenía valor y eficacia para ambos efectos; luego la dignidad de Cabeza no es en Él distinta de la dignidad de Redentor ó santificador, porque sólo consideramos la razón de Cabeza en cuanto al influjo de la gracia que compete á Cristo como santificador de otros. Sin embargo, puede afirmarse que esta dignidad principalmente se le debe á Cristo por causa de la unión, y por ende que la gracia de la unión por sí, y por razón de la excelencia que en

non est distincta a dignitate Redemptoris vel Sanctificatoris, quia solum consideramus rationem capitis quoad influxum gratiæ qui convenit Christo, prout est aliorum Sanctificator. Sed tamen affirmandum est hanc dignitatem capitis potissimum deberi Christo ratione unionis, atque adeo gratiam unionis, per se et ratione excellentiæ quam de se habet, esse sufficiens principium sanctificandi alios; gratiam vero habitualem participare hanc virtutem ex conjunctione ad gratiam unionis. Quare non immerito dici potest gratia unionis, quasi principium principale meriti, nam ab illa oritur præcipuus et infinitus valor, efficacia et influxus in alios.

UNGUENTIS OPTIMIS. D. Aponius (*in Cantica*) tractans hæc verba, sic ait: «Erat quidem boni odoris, id est, meriti, unguentum illud in veteri Testamento, magistro Deo, compositum, de quo ungebantur reges, prophetæ et sacerdotes: sed quantum distat vivus homo a pictura, fucis colorum oblita, tantum distat quod Ecclesia, renascendo in spiritu, cujus figuram Sinagoga suscipiebat in corpore, cujus tantæ fuerunt virtutes, ut vix in una gente Judæa et paucis tribuerit principatum. Hoc autem Ecclesiæ unguentum tantum in se gerit virtutis fragrantiæ simul et medicinæ, ut omnes credentes sanissimos reddat, reges et sacerdotes constituat, et ejus notitiæ odor, a solis ortu usque ad occasum, omnem mundum impleverit; quæ intra se ¿quam aliam fragrantiam continere potest intelligi nisi Christi nomen, de quo sequitur OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM?.

Sed jam opere pretium erit animæ singulare desiderium explicare, aunque para lo dicho y lo que habemos de decir pondré primero lo que Filón, obispo de Carpacia, dice en sus *Comentarios* (Phil., *in Cantica*) tratando del beso que pide la Esposa: «Tu vero, inquit, quicumque hæc audis aut legis, spiritualia omnia esse cogita. Sunt enim Spiritus sancti oscula purissima, castissima, sanctissima planeque divina, septem gratiarum dona atque cœlestia; nihil carnale prorsus, nihil corruptibile, nihil turpe, nihil obscenum, sed honestissima omnia esse ducito: ne mens, gravata crimine aut aliquid voluptuose cogitans, inde lethale vulnus accipiat, unde salutarem medicinam et animi refectionem capere potuisset. Spirituale namque osculum cuncta carnis oscula tam longissime præstat ac superat, quam lux tenebras, quam vita mortem, quam sempiterna peritura. Ut enim corpus animale est, ita et spirituale, utque carnis osculum, sic et spiritus: sed illum terrenun et corruptibile; hoc vero cœleste totum atque divinum» [1].

Y más abajo, diferenciando la amistad de

---

sí tiene, es principio suficiente para santificar á otros, y que la gracia habitual participa de esta virtud por juntarse con la gracia de unión; por lo cual con razón puede llamarse la gracia de unión el principal principio del mérito, porque de ella proviene su valor principal é infinito, la eficacia é influjo sobre los demás.

Con los mejores perfumes. Aponio (sobre los *Cantares)* exponiendo estas palabras, dice: Aquel ungüento confeccionado por traza de Dios y con el cual se ungían los reyes, profetas y sacerdotes, era por cierto de buen olor, esto es, de mérito en el Viejo Testamento; pero la diferencia que hay entre un hombre vivo y su retrato de tintes apagados, esa hallo entre la Iglesia renaciendo en el espíritu, y su figura, la Sinagoga, cuyas virtudes fueron tan pequeñas que se limitaban á sólo el pueblo de Judea, y á pocos dió el principado. Pero este mismo ungüento de la Iglesia lleva en sí tanta virtud y fragancia tan curativa, que á todos los creyentes sana, hácelos reyes y sacerdotes, y el olor de su noticia ha llenado todo el mundo desde el Oriente al Poniente. Y esta fragancia que en sí encierra, ¿qué otra puede ser sino la del nombre de Cristo, del cual se añade: *bálsamo derramado es tu nombre?*

[1] Pero cúmplenos ya explicar el deseo singular del alma, aunque para lo dicho y lo que habemos de decir pondré primero lo que dice Filón, obispo de Carpacia: «Cuando oyes ó lees estas cosas, piensa que aquí todo es espiritual; porque los ósculos y regalos del Espíritu Santo son purísimos, castísimos, santísimos, y vienen á ser también como los siete divinísimos y celestiales dones de sus gracias, que no tienen dejos de corrupción ni de vileza ó deshonestidad; antes bien, infiere que todo aquí es honestísimo, no sea que tu alma, manchada por la culpa ó imaginando alguna cosa torpe, reciba mortal herida donde hubiera podido hallar medicina y refección saludable. Así, pues, el ósculo espiritual se aventaja y excede tanto á los regalos carnales como la luz á las tinieblas, como la vida á la muerte y lo sempiterno á lo perecedero; pues como hay cuerpo animal, así lo hay espiritual; y como hay ósculos carnales, así los hay espírituales; aquéllos, terrenos y corruptibles, y éstos, celestiales y del todo divinos.»

Dios que aquí pretende la Esposa de las demás que usa el mundo, dice [1]: «Nam, quæ cœlitus nobis est amicitia, hæc sancta et immaculata sempiternas, sinceras et immortales habet dulcedines, neque ullo temporis puncto defuturas, sed majori quodam cumulo sese in dies augentes, infinitas odorum suavitates aspirantes, et ineffabiles glorias ac laudes præ se ferentes, honores æquales Angelis tribuentes; et, quod omnes omnium voluptates habet et longissime cuncta exuperat, per hanc demum Dominum Deum nostrum amantissimum certe nostri visuri sumus. Hæc igitur nunquam satis laudata charitas Dominum adit intrepida, eique nos conciliat ac copulat, indeque nobis quidquid justitiæ habemus atque fidutiæ elargitur, nosque, hic pariter et in cœlis, honorabiles reddit et gloriosos.» Et infra de uberibus sponsi, et eorum fragrantia: «Horum potio (uberum videlicet) super vinum et licores omnes, quia non ex terra scaturit ac legitur, sed de cœlo derivatur ac fluit. Ait enim: *expectetur* ut pluvia doctrina mea, *et descendant* ut ros *verba mea.* (*Deut.*, XXXII, 2). Hæc potio illis salutaris inest, qui divinis rebus intenti, ita mente ac lingua sacras litteras suggunt, utque in ventrem sic et in cor exucta conjiciunt, indeque dolorificas penitentias, salutares peccatorum medicinas assumunt. Ut enim duo ubera, hinc inde pectori affixa, cor ambiunt, ita et duo Testamenta ex Spiritu Sancto, spiritualem nobis potionem, divini lactis instar, effundunt, nosque super delectationes omnes humanas lætificant. Non enim hæc nos ut vina dissolvunt, sed exultatione potant ac replent, fideque firmant ne ruamus in terram, sed inmobili rectitudine consistamus ad Deum, quemadmodum Hieremias in excesu mentis, ob nimiam divini eloquii lætitiam raptus, ait (*Hiere.*, XXIII, 9): «Factus sum *velut homo* conturbatus, et *qui occupatur* a vino, a facie Domini, et a facie *decoris gloriæ ejus.*» Hæc Orgelitanus Episcopus.

Sequitur, ut ad animam transferamus sermonem, Divini Verbi Sponsam merito appellatam, si vere et ex animo possit dicere: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI, etc.

* ARTÍCULO III

Ansias amorosas del alma santa.—Grados de la escala mística por los cuales llega á la unión con Dios.

Osculetur me osculo oris sui.

Introduce Salomón un pastor y una pastora que tiernamente se aman, ausentes el uno del otro, y á ella desconsoladíssima de la ausencia dél, y que, consolándola sus compañeras y ofreciéndole ungüentos olorosos y confortativos para esforzarla, como á desalentada y

---

[1] «Porque la amistad ó gracia que nos viene del cielo, es santa y sin mancilla, tiene dulzuras sempiternas, sinceras é inmortales, las cuales no faltarán ni un momento, antes bien aumentándose cada dia con más abundancia, difundiendo de sí infinita suavidad de fragancias, comunicándonos honores y glorias inefables, nos da honores semejantes á las de los ángeles y, lo que es sobre toda ponderación y más estimable, ella nos hace poseer á nuestro Dios, á quien con toda certeza hemos de ver y contemplar. De aquí que esta caridad, nunca bastantemente loada, llega intrépida al Señor, con Él nos reconcilia y une, y con esto nos hace dueños de aquella justicia y santidad que en la tierra y en el cielo hace á los hombres dignos de honor y de gloria.»

Y más adelante: «El néctar de estos pechos excede al vino, y á todos los licores, porque no nace de la tierra ni en ella se coge, sino se deriva y mana del cielo. Por esto se dice en el *Deuteronomio: Destilen y empápense como lluvia los documentos míos: desciendan como el rocío mis palabras.* Gozan esta bebida saludable los que, ocupados en las cosas divinas, de tal modo meditan y saborean las letras sagradas, que introducen en sus entrañas y corazón lo bebido, y de allí sacan fuerzas para practicar dolorosas penitencias como saludables medicinas de sus pecados. Porque así como los dos pechos, fijos en uno y otro lado del cuerpo, guarnecen el corazón, así también los dos Testamentos destilan para nosotros licor saludable del Espíritu Santo, á manera de leche divina, y nos alborozan más que todos los placeres humanos, porque no nos desconciertan como el vino, sino que nos empapan y llenan de gozo y nos afianzan en la fe para que no caigamos en tierra; antes bien, con firmeza invariable nos apoyemos en Dios como Jeremías, que, arrobado en espíritu y fuera de sí por la suavísima dulzura que Dios le comunicaba, dice: «Me quedé como hombre turbado y poseído del vino ante la presencia de Dios, y á vistas de la beldad de su gloria.» Hasta aquí el obispo orgelitano. Resta que enderecemos la plática al alma, llamada con razón Esposa del Verbo divino, para ver si ella puede decir con verdad y voluntad: *Béseme con el beso de su boca*, etc.

para expirar de la fuerza del amor, no recibe consuelo ni alivio en su mal, y dando de mano á todo, dice: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI. Quiere decir: Lo demás, fuera de esto, no es remedio.

Y para que se vea el poco caso que hace de los ungüentos, vinos y olores que le ofrecen para su confortación, añade: QUIA MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS. Mejores son tus pechos, esto es, los regalos que me haces estando contigo, que el vino, por muy precioso y generoso que sea, y de mayor suavidad y fragancia que los ungüentos preciosíssimos. Al fin, OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM: «El mismo bálsamo olorosíssimo es tu nombre.» Quiere decir: Eres la misma fragancia y suavidad; eres ungüento derramado que te comunicas á todos y á todos hueles bien. IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE. Tanto que llevas tras de ti el amor de las doncelluelas, que apenas saben de amor. Luego no me podrá reprehender nadie si me viere desfallecer amando á mi Esposo y consumirme con desseos de verle, siendo yo su Esposa regalada y querida, pues que á porfía se van tras Él las que apenas le conocieron, etc.

El alma que una vez gustó de Dios, no tiene gusto de cosas de la tierra.

El misterio es que el alma que una vez gustó de Dios, de todo lo que no es Él se olvida, y lo sabroso y dulce de que solía gustar apartada de Él, puesta en su gracia se le convierte en acíbar y hiel amarga. Todos los bienes de la tierra juzga por sombra de los verdaderos, de que goza en presencia del Amado. Son aquéllos como el vino, que embriagan y sacan de sí á los que los siguen y se entregan á ellos; alegran y deleitan de presente, de alegría vana y engañosa; son caducos, torpes, desvanecidos y míseros. Los pechos amorosos del Esposo, suavíssimos, y los bienes que promete, verdaderos, eternos, llenos de alegría y verdadero deleite.

Tales son, que satisfacen al desseo del alma, aunque siendo viadora, no la dejan tan harta que no viva siempre con hambre; despiertan su apetito y danle atrevimiento para pedir cosas mayores: el beso de la boca de Dios. OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI; quiere decir: Séame lícito coger de tu boca dulcíssima aquel espíritu santíssimo de que ya recebí alguna parte, de cuya comunicación tengo vida y espiro, cuyo primero gusto fué de tanta dulcedumbre para mí, que en su comparación el mismo vino, que suele alegrar los corazones de los hombres, me es tristeza y desconuelo. Y no es de pequeña consideración ver cómo carga la mano el Sabio en lo que es tratar de vino, de pechos, de besos y amores (que son cosas todas de mucho regalo y deleite), para declarar por aquí el estilo de Dios, que á los que quiere desterrar del mundo y llevarlos á Sí se les muestra todo suave, caricioso y dulce, y de manera que no sólo el alma es consolada y recrecida de Él, sino el mismo cuerpo, á ratos, tiene sus gajes y relieves. Es el cebo con que los caza éste, y con que los sustenta en la edad infantil, hasta que son capaces de otro manjar más sólido y de perfectos, como dijo el Apóstol (*I Corint.*, III, 2). Porque si esto no fuesse, ¿cómo dejarían los deleites y gustos que les ofrece el mundo y con que les convida la carne, y el demonio les vende tan vendidos? «Gustad y ved, dice el Profeta (*Psalmo 33*, 9), qué suave es el Señor.»

Dios se muestra cariñoso á los que quiere destetar del mundo.

Y aunque el buscar á Dios por estos gustos y consolaciones sensibles tiene mucho de impuridad, por cuanto por este medio arrebata Él con gran fuerza y lleva como volando tras de Sí las almas así recreadas, no se juzga por inconveniente en los principios, porque el mismo amor les va después encaminando y enderezando con el tiempo, hasta dalles la perfección de la caridad, que es amar á Dios por Sí mismo y sin consideración á gusto ó interesse temporal.

San Bernardo (Bernard., in *Cantic.*), tratando esta petición de la Esposa, dice ansí: «¡Oh, santa ánima!, ¿qué dices? Ten reverencia y respeto, que este con quien hablas, tu Señor y tu Dios es, y por ventura no para que le beses, sino para que le temas y le adores.» «Confiéssolo, dice ella, quia *honor Regis judicium diligit* (*Psal. 98*, 4) [1]; pero el amor precipitado no espera juicio, ni le modera el consejo, ni le enfrena el empacho, ni le sujeta la razón.» Y en otra parte dice (Bernard., serm. 7 in *Cant.)*: «El siervo teme á su señor, el jornalero espera la paga de su trabajo, el dicípulo presta atento el oído á su maestro, el hijo honra á su padre; mas el alma enamorada

[1] *La gloria del Rey está en amar la justicia.*

no se contenta menos que con el beso de la boca.» «*Quid enim mihi est in cœlo?* dice ella, *et a te quid volui super terram?* (*Psal. 72*,25) [1].

Y más, que habiendo de pedir á tan gran Señor cosa tan grande, ni usa de colores retóricos, ni de halagüeñas y lisonjeras razones, ni de rodeos y circunloquios; ni hace proemio, ni capta la benevolencia, sino de la abundancia del corazón y del lleno del espíritu, de repente, brotando ó rebosando fuego de caridad, dice: «Béseme con el beso de su boca». ¡Oh verdaderamente casto amor el que á solo el amado busca y no otra alguna cosa ni en el cielo ni en la tierra! ¡Oh santo y puro amor, el que no en la concupiscencia de la carne, sino en la pureza del espíritu se halla! ¡Oh ardiente y afectuoso el que ansi embriaga, que no reconoce majestad! Al que mira la tierra y la hace temblar, y en cuyo acatamiento se estremecen las colunas del cielo, pide un ánima amante que la bese. ¿Por ventura había salido de la bodega del vino y bebido sin tassa, y estaba fuera de sí cuando esto dijo? Que de algunos amigos de Dios dice el Profeta (*Psal. 35*, 9): «Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos» [2]. ¡Oh, cuánta es la fuerza de amor! ¡Oh, cuánta la libertad del espíritu! Al fin, como lo testifica San Juan en su *Canonica (I Ioan.*, IV, 18), echa fuera, lejos, el temor la caridad perfecta.

El alma enamorada no se contenta menos que con el beso de Dios.

Pero sepamos con quién habla esta doncella atrevida cuando en tercera persona dice: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI. A San Bernardo (Div. Bernar., in *Cantic.)* le parece que con los ángeles, que son los amigos del Esposo, y assisten á nuestras oraciones y ruegos para presentarlos y ofrecerlos al Señor cuando sin ira ni contienda levantamos á Él puras nuestras manos. Y aquí se descubre su mucha modestia, pues, pidiendo merced tan crecida, no endereza su petición inmediatamente á Dios, sino, con humildad y vergüenza, se vuelve á los ángeles, que la debían consolar de la ausencia del Amado, para que, sabiendo su desseo, le den entrada y cabida con Él. «Oportet enim verecundiam comitari precem et commendare petentem» ( ). Y no nombra al que ama, como aquella que habla con quien la entiende, con ángeles, con los cuales las ordinarias pláticas eran de su Amado. Esse fué el pensamiento de Madalena, cuando preguntó al que tenía por hortelano, siendo Cristo: «Si lo llevaste, dímelo» *(Joan.*, XX, 15). Pareciale que de lo que ella trataba habían de tratar todos, y saber que á uno solo amaba y buscaba. «Dilexi, quoniam exaudiet Dominus vocem orationis meæ» (*Psal. 114*, 1) [2]. ¿A quién amastes? Déjalo, por llano: porque el varón justo ninguna otra cosa ha de revolver en su corazón ni traer en la habla sino á Dios, de cuya presencia jamás se ha de apartar, como lo hacía el rey santo, aunque tan ocupado y lleno de negocios del reino.

¡Ay del alma que ni aun se acuerda si tiene Dios! No podrá, á lo menos, pedir el beso de su divina boca. «Non est enim cuivis hominum ex affectu hoc dicere: sed si quis ex ore Christi spirituale osculum vel semel accepit, hunc proprium experimentum profecto sollicitat et repetit libens» *(Bernard.*, ser. VII) [3]. Sólo el que recibió de la boca del Esposo este ósculo santo le pedirá y desseará con afecto, porque es propio de Dios dejar con hambre á los que una vez gustaron de Él. «Minime vero id sibi arroget mei similis anima, ait Bernardus, onerata peccatis, suæque carnis adhuc obnoxia passionibus.» «Ni se levante temerariamente á la boca del amantíssimo la que aún no mereció nombre de Esposa», sino conmigo, llena de miedo, postrada en tierra, persevere á los pies del querido; y con el publicano, hiriendo sus pechos y tremiendo (*a*), ni al cielo ose levantar sus ojos, porque, confusa con las divinas luces la faz acostumbrada á tinieblas, no sea oprimida de la

No es de todos pedir el beso de la boca de Dios.

(*a*) Verbo anticuado, en lugar de *temblando*.

[1] «¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de ti, *oh Dios mío!?*»

[2] «Quedarán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias.»

[1] «Es preciso que la petición vaya acompañada de la humildad y que ésta sirva como de recomendación al que pide.»

[2] «Amé al Señor, seguro de que oirá la voz de mi oración.»

[3] «No es de todos pedir este regalado favor; aunque quien una sola vez lo ha recibido, su propia experiencia le incita á repetir su petición una vez y otra.»

gloria y, reverberando con los resplandores desusados de la majestad, sea envuelta otra vez en la ceguedad de más espessas tinieblas.

Los pies de Cristo, buen lugar para el alma que pide perdón de sus pecados.

Y no te parezca, ¡oh, alma, cualquiera que seas!, vil y de desprecio aquel lugar á donde la pecadora santa dejó sus pecados y se vistió de santidad, y la etiopisa mudó su piel y, restituída á nuevo candor y belleza, confiada, decía á los que la motejaban: NIGRA SUM, SED FORMOSA, FILIÆ HIERUSALEM *(Cant.*, I, 4) ([1]). Y si te maravillas de ver esta renovación y mudanza tan grande, y desseas saber la causa, en breves palabras te lo mostraré.

Lloró amargamente, y de lo íntimo de sus entrañas sacando suspiros, y sacudida interiormente con sollozos saludables, vomitó y alanzó (*a*) de sí los pestilentes y amarguíssimos humores; el médico celestial acudió luego á darle bebida saludable, porque velozmente corre su palabra. Por ventura, ¿no es bebida y purga salutífera la palabra de Dios? Eslo ciertamente, y que escudriña y revuelve los corazones y lo más secreto dellos. «Viva es, dice el Apóstol *(Hebr.*, IV, 12), y más penetrante que el cuchillo afilado y de dos cortes, y que llega á hacer división entre el ánima y el espíritu, y anda las coyunturas y tuétanos, y acriba los pensamientos y las intenciones del corazón.» A ejemplo, pues, desta bienaventurada penitente, ¡oh, mísera ánima!, te postra en tierra, y abrazada de los pies de Cristo, los besa, unge y riega con lágrimas, no para lavarlos, sino para lavarte á ti, de manera que seas una de las ovejas que subieron del lavatorio blancas. Pero no luego después desto te atrevas á levantar tu rostro lleno de confusión y vergüenza, sino después que hayas oído, como ella: «Remittuntur tibi peccata tua; vade in pace» (*Luc.*, VII, 48). ([2]). Y lo de Esaías *(Isai.*, XXV) (*b*). «Levántate; levántate, cautiva hija de Sión; desata las cadenas de tu cuello y sacúdete del polvo.» Ni tampoco te atrevas, por haber besado los divinos pies, á subir luego al beso de la boca, porque primero le has de besar las manos y pedir licencia para lo demás. Hasta aquí San Bernardo.

(*a*) En esta acepción, anticuado.

(*b*) Es en el LII, 2, donde se hallan estas palabras. Escribiendo en números arábigos las citas de los capítulos, como están en el impreso, en vez de *52*, sin duda por error tipográfico, pusieron *25*.

([1]) «Negra soy *ó morena*, hijas de Jerusalén; pero soy bien parecida.»

([2]) «Perdonados están tus pecados; vete en paz.»

Algunos dicen que habla aquí la Esposa con el Padre de su Esposo, por lo que se sigue: MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, porque se da á entender que son dos con los que habla: con el Padre en tercera persona, y en segunda, con el Hijo. Al Padre, le dice: *Béseme*, y al Hijo: *Mejores son tus pechos que el vino.* Yo diría, con San Teodoreto y otros padres, que habla con su Esposo á solas; ausente en la primera palabra y presente en la segunda. Ausente, le dice con ansia y desseo de su presencia y de unirse con Él: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI. Y presente, porque oyó luego su ruego, y vino y le concedió su petición: MELIORA SUNT UBERA TUA VINO FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS. Cum enim accederet ut osculum acciperet, sensit uberum fragrantiam ([1]). Como otro Isaac, que besando á su hijo, y sintiendo el olor preciosíssimo de sus ropas, le echó su bendición y le dijo *(Gen.*, XXVII, 27): «Ecce odor filii mei, sicut odor agri pleni cui benedixit Dominus.» Cum itaque accepisset osculum Sponsa a Sponso, quasi ebria præ dulcedine ([2]), y callando lo que no puede hablarse, por ser inefable, como otro santo Isaac trató de sólo el olor y fragancia de los pechos, comparándolos en la bondad y aventajándolos al vino.

Que la palabra OSCULETUR diga ausencia, pruébase del capítulo VIII (*Cant.*, VIII, 1), adonde esta misma ánima, arrebatada deste propio desseo, dijo: «Quis mihi det te fratrem meum, suggentem ubera matris meæ, ut inveniam te *solum* foris, et *osculer* te, et jam nemo me despiciat?» ([3]). Pruébase de la razón; que no se

([1]) Como si dijera: comunicándose y uniéndose á mi alma, he conocido que no hay nada que á esta unión pueda compararse.

([2]) «Bien se ve que el olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo florido, al cual bendijo el Señor.» Así, pues, tan pronto como la Esposa recibió el beso de su Esposo, como ebria de su dulcedumbre...

([3]) «¡Oh, quién me diera, hermano mío, que tú fueses como un niño que está mamando á los pechos de mi madre para poder besarte, aunque te halle fuera *ó en la calle*, con lo que nadie me desdeñaría!»

dessea lo que se tiene y possee, sino lo que se ama y está ausente. Y es propiedad del divino amor arder en desseos de mayor conocimiento, por crecer más él, los cuales jamás pueden faltar en el alma enamorada de su Dios, porque excediendo en infinito la divina essencia al conocimiento humano, y su bondad á nuestro amor, por grande que sea, siempre bulle en el corazón un ardentíssimo y desenfrenado apetito de crecer más en el conocimiento por crecer más en el amor. Y assi el Espíritu Santo, autor deste amor, siempre fomenta en el alma mayores desseos de crecer en este santo fuego, y mientras más conoce el alma de Dios, juzga ser digno de mayor amor, y assí nunca se halla contenta ni satisfecha, porque es fuego que se ceba de sí mesmo y no ha menester otra leña, porque él mismo, por sí sólo, es hambre y hartura. Y aun este desseo se dice quedar en los bienaventurados: «in quem desiderant Angeli prospicere» *(I Pet.*, I, 12) ([1]). No porque cause passión (*a*) en ellos por lo que les falta; mas antes les da suma delectación conocer que aquel sumo bien merece ser infinitamente amado, y que la possibilidad de la criatura no puede llegar á tal grado, pues sólo el que las sabe las tañe, y Dios, que se conoce y comprende á sí mismo, se puede amar con amor proporcionado y adecuado á la excelencia de su divina bondad, que es el objeto deste amor.

Los desseos andan el passo del amor.

OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI. Rabí Salomón dice que esta oración es de optativo, porque este modo es muy propio de los que aman, que se les va la vida toda en desseos. «Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua», etcétera (*Math.*, VI, 10) Sic Sponsa: OSCULETUR ME; quasi dicat: «¡O utinam tam adesset Sponsus meus, consuetudineque ejus suavissima et dulcissima frui mihi liceret» (Orig., *hom. I in Cant.* in utroque opere) ([2]), significando un ardentíssimo desseo de la fruición de la hermosura divina, mediante el cual el alma dessea unirse y juntarse estrechíssimamente con su Dios, y deificarse con Él, y allegarse á Él inseparable y perpetuamente como á Esposo verdadero y únicamente amado *(II Cor.*, XI). Sanctes Pagnino (Pagnin., lib. IV *Hebraic. institutionum Reg.*, III) prueba, conforme á la costumbre de los hebreos, que se pone aquí tercera persona por segunda, y alega para ejemplo un famoso lugar de *Job*, capítulo sexto, adonde se pasa de una persona á otra. Y en *Oseas*, dice Dios *(Oseas*, II): «Sepiam viam tuam spinis.....; et sequetur amatores suos» ([1]). Pero, á la verdad, y según todos, es tercera persona y, como ya dijimos, significa ausente al Esposo, y congojada y ansiada la Esposa por su presencia.

Y esta su congoja y ansia se declara más si recurrimos á los *Setenta* intérpretes, que en número plural dicen: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI, vel *ab osculis*, ut Hebræi. Y si se considera el misterio deste número plural, significanse en él los efectos varios que Dios obra en el alma querida, y los modos diferentes y admirables con que trata de nuestra salud. Sic sapientia divina, cum sit simplicissima, dicitur multiplex *(Sap.*, XII); et Dei bonitas, ob multos modos quibus nobis communicatur (*I Corint.*, IV, 2) (*a*) a Petro dicitur multiformis *(I Pet.*, IV, 10) ([2]). Lege Augustinum (lib. IX *Confesion.*, cap. VI). También podremos decir que pide ser besada muchas veces, porque el divino Amor y los regalos del espíritu no engendran hastío ni enfadan jamás; tanto más se desean, cuanto más se buscan y se gustan. «Non enim habet amaritudinem conversatio illius, *neque* tædium convic-

(*a*) Significa en este lugar, dolor, pena, sentimiento.

(*a*) En este lugar hemos corregido la cita; pues error manifiesto es, que no sabemos á qué atribuir, poner *Ephes.*, XXXIX. El lugar á que hace referencia San Pedro es el que hemos puesto de la Epístola *ad Corint.*

([1]) «En cuyos misterios (en los de Dios) nunca cesan ni se sacian de mirar los Angeles.»

([2]) «Venga el tu reino.. » Y del mismo modo la esposa: Béseme, como diciendo: «¡Oh, quién me diese que mi esposo estuviese aquí y pudiera yo así gozar de su dulce y suavísima familiaridad!»

([1]) «Yo le cerraré la salida con un seto de espinos... é irá en pos de sus amantes.»

([2]) De este modo, la sabiduría divina, siendo simplicísima, se llama múltiple, y la bondad de Dios, por los varios modos con que se nos comunica, la llama San Pedro multiforme.

tus illius» *(Sap.*, I) ([1]) (*a*); secus autem contingit in amore vulgari, etc.

A mí me parece que hay aquí una tácita comparación, llena de artificio del cielo, como la hay en las oraciones parabólicas compuestas para significar alguna cosa misteriosa. Porque, como Salomón fuesse sapientíssimo y muy insigne en componer é inventar parábolas, como se lee en el tercer libro de los Reyes *(III Reg.*, IV, 32), queriendo darnos noticia de los divinos amores, inventó ésta de Esposa y Esposo, como ya dijimos en las anotaciones, adonde se hallan todas las palabras blandas, todos los requiebros amorosos y todos los encarecimientos dulces que en materia de amor y bien querer se han dicho jamás ó se pueden decir. San Dionisio llamó á este libro «Divinorum amorum dulcia carmina, et divinas imagines»: «Motetes dulces de los divinos amores, y divinos dibujos». Y San Bernardo le llama lengua de amor, que no entienden los que no aman. Y en el sermón primero, dice assí (D. Bernard., in *Cant.*, I): «Este motete y canción divina, sola la unción la enseña y sola la experiencia la deprende. Los experimentados le reconozcan, y los que no lo están ardan en el desseo, no tanto de reconocer lo que es, como de experimentarlo. No es ruido de boca, sino júbilo del corazón; no ruido de labios, sino movimiento de gozos interiores; no consonancia de voces, sino de voluntades; no se oye fuera, porque no suena en público: sola la que canta le oye, y aquel á quien la canta, conviene á saber, Esposo y Esposa. Es cantar de bodas, que declara los castos y alegres abrazos de dos ánimas amantes; es concordia y armonía de costumbres, y caridad conforme, y armonía de afectos alternados. Pero adviértase y mírese mucho en ello, que este cantar y este oir no es de ánima aniñada y muchacha, y que de poco tiempo se ha convertido del siglo, sino de aprovechada, enseñada y docta, que, ayudándola Dios y ayudándose ella, de tal manera ha crecido, que ha llegado á la edad perfecta y á los años matrimoniales; años, digo, de merecimientos, no de tiempo, hecha idónea para las bodas del celestial Esposo.» Hasta aquí San Bernardo.

(a) Son estas palabras del libro *Sap.*, VIII, 16, no del I.

([1]) «Porque ni en su conversación tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato.» Lo contrario acontece en la amistad humana.

El ósculo significa cierta conjunción y unión amorosa.

Y para mayor inteligencia de lo dicho y de lo que se ha de decir, se ha de notar que, como dice Festo, «Verbum *osculari* significat conjunctionem quandam oris cum ore» ([1]), y conviene así á los hombres como á las aves y animales. Inde illud Poema:

Quæ modo pugnarant, tangunt sua rostra columbæ,
quorum (blanditias verbaque) murmur habet.

Hinc latini, pro *osculari*, *columbari* dixerunt ([2]). Lege Plin. (lib. XIV *Naturalis Historiæ*, cap. XIII) et Ambros. (lib. II *contra Gent.)*, que el uno y el otro refieren la costumbre antigua de darse paz en los rostros los amigos y los deudos por honra y por amor. Et Tertulian. (in *Apologet.*, et lib. de *oratione*, capit. *Osculum)*, et Div. Dionys. (de *Ecclesiastica Hierarch.*, cap. V, part. 3), et Gregor. Nazianz. *(oratione 3 de pace)*, et Chrisost. (lib. I de *Compunctione cordis)*, tratan largamente del ósculo que el sacerdote y ministros se dan en el altar, diciendo: «Pax tecum» ([3]), porque tiene significación de paz y amistad grande; quod patet in filio prodigo *(Luc.*, XV, 20) ([4]), que vuelto á la casa de su padre, arrepentido y confuso, su padre le besó en el rostro, para darle confianza y asegurarle de su amistad. De esta manera se ha de entender lo que se escribe en el salmo 66 (*a*), adonde, tratando el Rey santo de la reconciliación del género humano con Dios, dice: «Misericordia et veritas obviaverunt sibi: justitia et pax osculatæ sunt»; quasi dicat ([5]): Cuando el pecador se

(a) Debe leerse *salmo 84,* 11.

([1]) «El verbo *besar* significa un cierto juntarse boca con boca.»

([2]) Y así dice aquel poema: «Las palomas, que poco antes reñían entre sí, juntan unas con otras sus picos, no faltando en su gemido caricias y palabras.» Por esto los latinos en vez de *besar* dijeron *palomear*, tratarse como palomas.

([3]) «La paz sea contigo.»

([4]) Como se ve en el hijo pródigo.

([5]) «Encontráronse juntas la misericordia y la verdad; diéronse un ósculo la justicia y la paz.»—Como si dijera, etc.

convierte á Dios y Dios le recibe y perdona, la justicia y la paz convienen en uno y se besan, y, como si dijéssemos, se confederan para que juntamente sea Dios visto misericordioso y justo.

Aquel lugar del *salmo 2*, 12, que, según nuestra Vulgata, dice: «Aprehendite disciplinam» (1), trasladan muchos del hebreo: «Osculamini Filium»: «Besad al hijo de Dios», y los *Setenta:* «Osculamini puritatem» (2), denotando sujeción y caricia. Como si dijera el Padre: Recebid á vuestro Messías honradamente y con la benevolencia y amor que se suelen recebir los reyes naturales. También aquel lugar de los *Proverbios (Prov.*, VIII, 31), *Deliciæ meæ esse cum filiis hominum*, tradujeron muchos hombres doctos en la lengua hebrea: «Oscula mea esse cum filiis hominum»: «Mis delicias ó mis besos son estar con los hijos de los hombres.»

Y díganme los que saben de amor, si se pudo hallar de Dios á los hombres requiebro que tanto significasse el gusto que tenía de estar con ellos y hacerse hombre como éste: «Oscula mea esse cum filiis hominum» Ponderólo Crisóstomo todo lo que pudo el ingenio humano.

Cuánto es el amor que Dios tuvo á los hombres.

«Nemo, inquit (Chrisost. in *Isai:.: Sic Deus dilexit)*, amatorum carnalium, etiam si sit supra modum insaniens, exardescere potest in amorem dilectæ suæ, quemadmodum Deus diffunditur in amorem animarum nostrarum» (3). Y si se pudo decir más, San Agustín lo dijo sobre el *salmo 101*, porque declarando aquel verso (4) *Ossa mea sicut cremium aruerunt* (4), traslada él: «Velut in frixorio confrixa sunt» (5), y dice: «¡Stupendus amor! Christus dicitur in sartagine frigi quando nobis eveniunt mala» (6). Digo, pues, que el ósculo es significador de amor, ternura y caricia. Y es buen ejemplo, y muy á propósito, lo que dice la Sagrada Escritura que hizo Dios con Moisés hallándose á su cabecera cuando murió. «Mortuus est Moyses, *famulus* Dei, *in osculo Domini*» *(Deut.*, XXXIV, 5). Sic multi ex Hebræis (1). De aquí es que todas las veces que en sus Epístolas hace mención San Pablo de ósculo *(Rom.*, XVI, 16; *I Corint.*, XVI, 20 (*a*); *II Corint.*, XIII 12; *Thes.*, III) (*b*) es para significar amor y benevolencia espiritual; ansí, añade siempre: «In osculo sancto.» Salud á fulano ó á fulana *in osculo sancto*, significando amor casto, puro y sin malicia. Y, por ventura, quisieron significar eso los *Setenta* cuando trasladaron: «Osculamini puritatem»: «Besad al Hijo de Dios, que es la misma pureza».

In osculo, quid amantes intendunt (2).

Y no viene fuera de propósito preguntar y averiguar aquí lo que algunos filósofos antiguamente pusieron en cuestión, conviene á saber: qué pretenden los que se aman quando sese osculantur (3); porque si no tuviera esta ceremonia alguna mística significación, fuera de lo que habemos dicho, ni los santos usaran della, ni el alma pidiera á Dios que la besara con tan ansiosos desseos. Apuleyo dijo que la boca en el hombre era puerta de la oración, casa de ayuntamiento, y lugar adonde los que se aman comunican sus conceptos. Y dijo bien, porque de la boca nos servimos para orar y para comunicar lo que está escondido en nuestro pecho, y allí sale el alma á librar y tratar sus negocios más que á otro ninguno de los sentidos y órganos del cuerpo. Pero, ¿qué se responde á la cuestión? Que los que se aman, por todas las vías que pueden, procuran comunicarse y unirse y darse el uno al otro, y como no pueden las almas desamparar sus propios cuerpos, ni ser formas de los ajenos (que para esso no es poderoso el amor), habiendo de hacer esta entrega, egrediuntur animæ ad locum suæ communicationis; ad os, videlicet, ubi, mediis

---

(1) «Abrazad la buena doctrina.»

(2) «Besad al que es la misma pureza.»

(3) «Ninguno, dice, de los amantes carnales, aunque haya enloquecido por la fuerza del amor, puede enardecerse en el de quien ama, como Dios se excede en el amor de nuestras almas.»

(4) «Aridos están mis huesos, como leña seca.»

(5) «Quedaron fritos como en una sartén.»

(6) ¡Amor estupendo! Cristo es como frito y consumido en el fuego, cuando nos sobreviene á nosotros algún mal.»

(a) En vez de este capítulo XVI, en el impreso se cita el XV.

(b) Así encontramos hecha esta cita. Empero, debe leerse de este modo: *I Thes.*, V, 26.

---

(1) «Murió Moisés, siervo de Dios, en el ósculo del Señor.» Así leen muchos el hebreo.

(2) Qué pretenden los amantes al besarse.

(3) Cuando se besan.

osculis, se tangunt, quod non parum delectationiset voluptatis habet ([1]). Y si este es el fin de los que usan esta ceremonia, santa en los santos y torpe en los torpes, ¿qué otra cosa pretenderá el alma que dice á su Esposo: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI, sino trocarse por Él, lanzarse toda en Él y transformarse en Él, de manera que pueda decir, con el Apóstol (*Galat.*, II, 20) (*a*): «Vivo ego, jam non ego: vivit vero in me Christus»? ([2]).

En el ósculo, pretende el alma trocarse por su Amado.

Esta transformación y permutación del alma por su Amado llamaron los antiguos teólogos muerte de beso, *hoc est* [esto es], dulce y sabrosa, porque en aquel contacto divino, cuando el castíssimo Esposo, castissimam osculatur Sponsam ([3]), ella muere en sí misma, y Él solo queda vivo en ella, trocadas ya las vidas y hecha donación mutua dellas y de las demás cosas. ¡Oh, permuta soberana! ¡Oh, desseo justíssimo del alma! Dí muchas veces, Esposa bienaventurada: «Béseme de besos de su boca»; porque ninguna cosa puedes pedir al Esposo de más gusto suyo que este ósculo santo, por el cual tú te traspasas y transformas en Él, y Él en ti; y en esta transformación Él toma á su cuenta tus flaquezas y te comunica la fortaleza de su Espíritu, como se dice, en figura, que en la formación de Eva quitó para ella la costilla fuerte de Adán y puso en su lugar la carne flaca. Al fin, lo que principalmente pide en esta primera palabra y petición la Esposa es unión, la cual pide ser hecha mediante la inspiración suya, como dice Orígenes (Orig. in *Cant.*), entrando de por medio el Espíritu Santo, que, según San Bernardo, es el beso de Dios, ó por medio del amor fruitivo, que tiene fuerza y virtud de unir y transformar el amante en la cosa amada, y de dos hacer una cosa sola.

Este llaman los santos extático, actual, fruitivo y seráfico, porque consiste en la experiencia de la íntima suavidad de Dios, la cual proviene de la estrecha unión del alma con su objeto supremo, que es el mismo Dios. En este grado de amor, el ánima vela y está atenta á Dios, abrázase con Él y gózale de la manera que en esta vida les es concedido á los viadores. Al ejercicio deste santo y perfecto amor pertenece todo este libro de los *Cantares*, en el cual debajo de símbolos, tropos y semejanzas de diferentes criaturas, y debajo de título de bodas del Esposo y Esposa, esto es, de Dios y el alma, que se celan el uno al otro y se dan regaladíssimos abrazos y ósculos, se declara la fuerza grande que tiene, y se ve muy claro con cuánta razón se llama fruitivo y seráfico. San Dionisio dice que por el desseo grande con que se aman y dessean Esposo y Esposa se líama fruitivo; y porque es propio de los serafines, que suenan lo mismo que ardientes ó encendidos, se llama seráfico.

Amor extático, serafico y fruitivo, qué es.

Y aunque todos los ángeles y espíritus bienaventurados arden y son dichos por Ezequiel piedras encendidas y caldeadas con fuego de caridad, esto es propio y especial de los serafines, y esta fué la causa de aparecer Cristo como uno dellos á nuestro Padre San Francisco en el monte Alverne ([1]), como dando á entender que, aunque pobre y despreciado en la tierra, pertenecía y había de tener su assiento en la jerarquia y orden supremo destos espíritus abrasados. Y para más seguridad y certeza de que esto era ansí, quedó señalado con las llagas del crucificado Jesús, cuyo amor, más que seráfico, excedió al conocimiento de toda humana ó angélica criatura, como dijo San Pablo (*Ephes.*, IV (*a*).

También quiso el Señor, como notó San Buenaventura ([2]), que entendiesse este su siervo Francisco que no por martirio de carne,

---

(*a*) Al margen se lee en el impreso en este lugar: *Philip.* Son, empero, estas palabras de la epístola á los Gálatas.

([1]) Salen sus almas al lugar de su comunicación, es decir, á la boca, donde mediante los ósculos se tocan, lo cual tiene no pequeño deleite y placer.

([2]) «Y yo vivo *ahora*, ó más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.»

([3]) Besa á su castísima esposa.

(*a*) Es en el capítulo III, especialmente desde el versículo 9 hasta el fin, donde el Apóstol habla ponderando la caridad de Cristo.

([1]) Véanse acerca de esto las obras siguientes: *Legenda Sancti Francisci*, en la edic. OPERA OMNIA Sancti Bonaventuræ, t. VIII, cap. XIII, págs. 542-5, y *Legenda minor*, ib. págs. 575-7.—Ad Claras Aquas, (Quaracchi), 1888.

([2]) *Ib.*; loc. cit.

sino por ardor de caridad se había de transformar en Él; que al fin el alma se transforma en Dios no por el conocimiento, aunque sea grande, sino por el amor, que solo es poderoso para esta obra. De aquí es que el amor fruitivo no se asienta en la sensualidad, sino en el ápice ó parte suprema del ánima intelectual, y es el que en estos *Cantares* se llama ósculo, al cual, como en el principio dije, se sigue conjunción y unión amorosíssima de desposados. Digo que el ósculo del Esposo que aquí pide la Esposa es una impressión dignissima de una cierta suavidad y consolación íntima que se le comunica al ánima por un ilapso muy secreto, el cual beso pide ella confiadamente, porque para ello le da confianza el amor. Y concédesele misericordiosamente, para con mayor facilidad llevar el trabajo y molestias del presente destierro y peregrinación. «Osculum autem intelligimus, inquit Theodoretus, non oris cum ore, sed animæ piæ cum divino Verbo conjuntionem» ([1]).

Propiedades del amor fruitivo.

El amor fruitivo, dice Gerson, tiene cuatro propiedades muy admirables, que declaran bien su excelencia. La primera, que inmediatamente mira á Dios, no sólo como objeto acerca del cual se ocupa, sino como propio y inmediato fin último, al cual se inclina y es llevada. La segunda, que todo el uso lícito de los sentidos y potencias mueve á este fin; y todos los actos meritorios, con sus hábitos asidos y trabados, concurren al dicho amor fruitivo, y todas las potencias tienen aquí sus relieves, y dicen cada una: «Fructus ejus dulcis gutturi meo» (*Cant.* II, 3) ([2]). La tercera (*a*), que el amor fruitivo es todo liberal y gracioso, porque, aunque pueda poner los ojos en el premio, no atiende á esso de principal intento ni de su última moción. La cuarta, que el amor fruitivo, *cæteris paribus* [en igualdad de circunstancias], es más provechoso que el uso de cualesquiera virtudes. La razón es porque si el fruto del premio, que es el de que hablamos, no les viene á las otras virtudes sino por la caridad, síguese que es ella de más provecho que todas, especialmente que es más pura y más conjunta con su último fin.

Yo digo que es propríssima del amor fruitivo la unión, y que él sólo la hace, no cualquiera, sino la que aquí pide el ánima debajo deste nombre de beso, que es la más estrecha que en esta vida se puede hallar entre Dios y ella. En el capítulo veinte de la segunda parte de los *Triunfos del amor de Dios* (*a*) traté largamente, aunque con alguna escuridad, de cuatro uniones que se hallan entre Dios y sus criaturas, según cuatro maneras de existencias que tiene en ellas; conviene á saber: unión natural, unión aptitudinal, unión habitual y unión actual. De las tres primeras (porque allí dije mucho) no hablaré aquí palabra; pero sí de la cuarta, que es la que pide y dessea la Esposa y que propiamente pertenece al amor fruitivo de que vamos hablando.

Unión actual, qué cosa sea.

Esta unión se llama actual, porque resulta de la habitual y formal que por la gracia, *gratum faciente* ó santificante, sale en sus actos y operaciones, la cual es más perfeta en el acto segundo que en el primero. Pero háse de advertir, *ex doctrina Theologorum* [según el parecer de los teólogos], que cuando se dice ser la gracia y caridad más perfeta en el acto segundo que en el primero, no se ha de entender de perfectione entitativa, seu specifica in genere rei, sed in genere moris, quia melius est, quoad bonitatem moralem, actu diligere Deum super omnia quam habere habitum, seu esse in actu primo respectu talis dilectionis, cujus signum est, quod actui correspondet meritum et premium; quod non tribuitur nisi actibus qui sunt in nostra potestate cum subordinatione ad regulam, in quo consistit esse morale. Habitibus autem, nec meremur, nec demeremur. Et quamvis gratia et charitas habitualis sit justificatio et formalis sanctitas nostra, atque adeo justitia christiana; tamen in actu secundo est illa boni-

(*a*) Por error tipográfico indudablemente dice aquí el impreso *lo tercero*, en vez de *la tercera*.

([1]) Dice Teodoreto: «Por ósculo entendemos, no el juntarse boca con boca, sino la unión del alma pía con el Verbo divino.»

([2]) «Su fruto es *muy* dulce al paladar mío.»

(*a*) En el tomo I de esta edición (OBRAS MISTICAS del M. R. P. Fr. Juan de los Angeles, Madrid, ed. Bailly-Baillière, 1912. (Tomo 20 de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles), corresponde este lugar al capítulo X de la parte segunda de la *Lucha espiritual*, páginas 339-41.

tas moralis, quæ consistit in conformitate ad legem, sive naturalem, sive supernaturalem. Legatur ratio D. Thomæ (1 2.ª, q. 71, art. 3) ubi generaliter probat, omnem actum in ratione bonitatis et malitiæ excedere suum habitum, quæ eodem modo probat de habitu charitatis, et gratiæ in ordine ad actus procedentes ex gratia el charitate sive sint eliciti, sive imperati. At vero in genere entis, seu in perfectione entitativa, perfectior est habitus charitatis suo actu (quidquid sit de habitibus acquisitis in ordine ad suos): nam de his non est eadem ratio, cum tantum concurrant ad modum operationis, scilicet, ut prompter et delectabiliter fiat actus, et connaturali modo procedat a potentia. Habitus vero supernaturalis, præterquam quod est a solo Deo per infusionem, est causa sui actus secundum substantiam ejus et entitatem, et non est causa univoca, cum non producat alium habitum similem, sed actum, a quo differt genere, neque instrumentalis, aut tanquam semen, ut constat, sed causa equivoca, et sic erit perfectior suo effectu. Item, habitus supernaturalis non tribuit potentiæ posse melius et facilius operari, sed simpliciter posse; quare voluntas respectu supernaturalium non solum est in potentia ad actum secundum, sed etiam ad primum ([1]).

Dícese también esta unión experimental, porque consiste en la experiencia de la íntima suavidad, consolación, regalo y deleite que proviene de la conjunción del ánima con su objeto supremo, que es Dios, por el amor actual, intenso y ferviente. Porque, como dicen los filósofos, deleite no es otra cosa que unión entre sí de cosas convenientes. Esta unión se dice gratuita; lo uno, por el medio, que es el amor gracioso; lo segundo, porque para ella, ni basta la naturaleza, ni alcanza ó llega la industria, sino que por especial privilegio le es concedida al ánima por el Espíritu Santo cuando quiere y como quiere.

Unión actual tiene diversos nombres.

Esta unión tiene diversos nombres: algunas veces se llama Teología mística, por ser de pocos, y essos muy espirituales y extáticos. Otras veces, *sapientia* [sabiduría], que es don del Espíritu Santo, en cuanto es sabrosa ciencia propia de los justos. Ubi notandum est ex sententia D. Thom. (1 2.ª, q. 68, et 2 2.ª, q. 45) et communi theologorum: quod sapientia, prout est donum, differt a Scientia Theologica; nam hæc proprio studio et labore comparatur, sapientia autem hæc non aliqua actione nostra, quasi ex nobis, sed passione quadam potius ab influentia Spiritus Sancti propter specialem puritatem animi et familiaritatem cum ipso. Per hanc enim certo et infallibiliter judicant de rebus omnibus, prout convenit ad salutem ipsorum, secundum regulas divinas; ut autem est gratia gratis data includit specialem penetrationem et attingentiam mysteriorum fidei ad ædificationem Ecclesiæ, et convenit tantum doctoribus: differt autem a dono intellectus, quia hoc

---

([1]) ... de la perfección entitativa ó específica en el orden *real*, sino en el orden *moral*. Porque, en cuanto á la bondad moral, más vale amar á Dios sobre todas las cosas, que tener el hábito ó hallarse en primer acto respecto á tal amor, y sirve de prueba el que al acto correspondan mérito y premio, que no se da sino á los actos libres con sujeción á la ley, en lo cual consiste su moral. Pero con los hábitos, ni merecemos ni desmerecemos, y aunque la gracia y caridad habitual sea nuestra justificación y santidad formal, y, por ende, toda la santidad cristiana, sin embargo, en el acto segundo (al obrar) aquélla se hace bondad moral, que consiste en la conformidad del acto con la ley, ora natural, ora sobrenatural. Léase la razón de Santo Tomás *(loc. cit.)*, donde, generalmente, prueba que todo acto en su concepto de bondad ó malicia se aventaja á su hábito, lo cual prueba también sobre el hábito de caridad ó de gracia en orden á los actos que proceden de la gracia y caridad, ya sean *elícitos*, ya *imperados*. Mas en condición de *ente*, ó en la perfección entitativa, más perfecto es el hábito de caridad que su acto (sea lo que fuere de los hábitos adquiridos en orden á sus actos), pues que no corre con ellos la misma razón; porque sólo concurren á manera de operación, esto es, para que el acto se haga con prontitud y facilidad y salga de la potencia connaturalmente. Pero el hábito sobrenatural, amén de venirnos de solo Dios por infusión, es también causa de su acto, según su substancia y entidad, y no causa *unívoca*, porque no produce otro hábito semejante, sino el acto que se diferencia de él en su género, ni es causa *instrumental* ó como semilla del acto, como claramente consta, sino causa *equívoca*, y de esta suerte es más perfecto que su efecto ó acto. Además, el hábito sobrenatural no le da á la potencia el obrar mejor ó con más facilidad, sino simplemente el poder absoluto de obrar, por lo cual la voluntad, respecto de los hábitos sobrenaturales, no sólo está en potencia para el acto segundo, sino también para el acto primero.

tantum versatur circa principia fidei ex speciali motione Spiritus Sancti: sapientia autem circa conclusiones tam practicas quam speculativas secundum regulas superiores. La cual difinió San Dionisio: «Sapientia est unio, seu collectio gratuita et experimentalis, cum Patre luminum Deo» (1).

Llámase, lo tercero, *oración perfecta*, que San Agustín dijo que era elevación de la mente en Dios por afecto pío y humilde, significando que la oración, para ser perfecta, ha de subir sobre la mente y sobre el espíritu, en cuanto mente y espíritu pertenecen al entendimiento y fuerza cognitiva, de que San Pablo hizo mención, escribiendo á los de Corinto (*I Corint.*, XIV, 15): «Orabo spiritu, inquit, orabo et mente» (2). Adonde toma *espíritu* por la *oración vocal*, y *mente* por la porción superior del ánima.

También se llama *transformación*, la cual se hace, según dice San Buenaventura (opúsc. de *Tribus ternariis*) (3), cuando el que ama no obra conforme á su propia forma, sino según la de la cosa amada, participando las condiciones y naturalezas della. Y llama aquí forma á la voluntad, que no la tienen propia los que de voluntad aman, y assí no obran como suyos, sino como de aquellos á quien entregaron su amor y con él sus voluntades. Y porque de la transformación del ánima en Dios dije muchas y muy regaladas cosas en la segunda parte de los *Triunfos* (1), no trataré en especial aquí della, y aun porque se reduce, según verdad, á la unión de que vamos hablando, para cuyo remate y cumplimiento digo, que todo este mundo interior y exterior fué criado para unidad, para que todas las cosas tengan su perfección en ella. Por lo cual, dijo San Dionisio: «Omnia uno participant» (2). Y su *Teología mística*, en la unión que se hace sobre la mente la puso y constituyó, y porque la mente consiste en las tres principales potencias, como dicho es, memoria intelectual, inteligencia y voluntad, la más alta perfección á que el hombre puede llegar en esta vida consiste en unirse de manera á Dios, que toda su ánima con sus potencias y fuerzas espirituales recogidas en Él se haga un espíritu con Él, de suerte que ya ni se acuerde sino de Dios, ni entienda ni sienta sino á Dios, y todos sus afectos, unidos en el gozo del amor, en sola la fruición del Criador descansen.

Supuesto, pues, que la imagen de Dios en el alma está en las tres potencias ya dichas, inteligencia, memoria y voluntad, en cuanto éstas no estuvieren del todo impressas y juntas á Dios, en ninguna manera se puede llamar el alma deiforme, porque su forma della es Dios, en la cual ha de estar impressa, como lo queda la cera blanda recebido el sello. Esto nunca sucede sino cuando la inteligen-

---

(1) Donde se ha de notar, según el parecer de Santo Tomás y el común sentir de los teólogos, que la *sabiduría*, en cuanto es don, se distingue de la *ciencia teológica*. Porque ésta se puede adquirir con el estudio; pero la sabiduría de que hablamos no se consigue con acciones nuestras en cuanto de nosotros proceden, sino por cierta pasión, mejor diría influencia del Espíritu Santo, mediante la pureza de alma y amistad con el mismo, pues por ella, de un modo cierto é infalible, juzgan de todas las cosas como conviene á su provecho, según las leyes divinas Mas cuando es gracia *gratis data* (enteramente gratuita), incluye agudeza y penetración especial de los misterios de la fe para edificación de la Iglesia, y solamente compete á los doctores; pero aun así se diferencia del don de entendimiento, porque éste solamente mira los principios de la fe según la moción especial del Espíritu Santo; mas la sabiduría se extiende á las conclusiones asi prácticas como especulativas siguiendo las leyes soberanas, la cual definió San Dionisio, diciendo: «Sabiduría es la unión ó enlace gratuito y experimental con Dios, Padre de las *lumbres*, ó de toda sabiduría».

(2) «Oraré con el espíritu y oraré también *hablando* inteligiblemente», esto es, de una manera que no sólo yo, sino todos los fieles entiendan lo que digo en la oración pública.

(3) En la monumental edición de los escritos de este Santo Doctor de la Orden Franciscana, que arriba, pág. 68, col. 2.ª (*a*), hemos citado, en el mismo tomo VIII, que comprende todos los Opúsculos de doctrina mística y los apologéticos del Santo, con el número 1.º de la serie se publica éste bajo el título: *De triplici via*. Como advierten los sabios editores en el estudio crítico que va al principio de este tomo, págs. IX-XXV, en los diversos códices de esta obrita por ellos consultados ó vistos, en número de 299, aparece con varios nombres: «*De tribus ternariis*, en unos; en otros, *Ternarium*, y en fin, *Trinarius* ó *Ternarius de vita contemplativa*. En esta edición llena este opusculito—uno de los mejores si no el mejor de los que sobre materia espiritual y mística escribió San Buenaventura—las págs. 3-27.

(1) Véase el tomo I, que hemos citado en la página 69, págs. 318-60

(2) «Todo participa de la unidad.»

cia perfectamente es alumbrada conforme á su capacidad para el conocimiento de Dios, que es la suma verdad, y la voluntad perfectamente aficionada y enamorada para amar la suma bondad, y la memoria plenariamente absorbida para mirar, retener y gozar la suma felicidad. Y porque en la consecución perfecta destas cosas consiste la gloria de la bienaventuranza que se perfeciona en la patria, queda claro que en la perfeta incoación ó principiación dellas estará la perfeción de los viadores.

Y aunque es ansí que todo el conato y fuerza de las virtudes parece que camina y nos lleva á ésto, principalmente hace para ello el estudio continuo y perseverante de la oración, y la perfección de la oración es cuando el ánima alcanza aquello á lo cual camina orando, y toda desasida de las cosas temporales y inferiores, á solas las divinas se une, de manera que ni puede ni quiere sentir más que á Dios, adonde verdaderamente descansa y se deleita y tiene satisfación y hartura. Esto pide cuando dice: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI.

Cuándo la oración es perfecta.

* ARTICULO IV

Confirma lo dicho con exposiciones de otros doctores.

Hujus loci expositionem pulchram affert nobis Rabi Moses (*Lib. mores*, cap. LII). Dicit enim, «sapientes Hebræorum, præsertim sacros Authores et Poetas (in quibus numerat Salomonem), osculum apellare altissimum gradum apprehensionis, id est; cognitionis et amoris seu fruitionis, ad quem pervenit interdum anima humana erga Deum, etiam in hac vita mortali: videlicet, vehementer agnoscendo et amando Creatorem. Ad quem gradum videtur pervenisse Moyses ille sanctissimus, quando mortuus est. Quia non simpliciter dictum est, mortuum fuisse Moysem, sed mortuum fuisse ex ore Domini. Sic enim habes (*Deut.*, XXXIV, 5) (*a*): «Mortuus est Moyses, servus Domini, in terra Moab, jubente Domino». Hebræi sic: *ex ore Domini*, ut supra diximus; quasi dicant: Quando Moyses mortuus est, jam pervenerat ad altissimum quemdam gradum divinæ cognitionis et amoris ([1]). En el cual sentido parece haber dicho el oráculo divino (*Num.*, XII, 8): «Ore ad os *loquar* ei: palam, et non per ænigmata et figuras», etc. Quæ verba non solum referuntur ad intellectum, sed etiam ad affectum et amorem ([2]).

El beso se toma por un altissimo grado de conocimiento.

Y 'en este sentido le parece á este rabino que dijo Salomón en persona del ánima perfecta: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI. Cupiens magis ac magis illuminari, purgari et perfici, id est; magis ac magis Deo similis fieri, et quodammodo deificari; donec tandem perveniat ad illam perfectam cognitionem et charitatem Creatoris, et ad illum gradum altissimum divinæ cognitionis et amoris ad quem pervenit Moyses et alii antequam morerentur, vel saltem tempore mortis ([3]). Y, entonces, la muerte no se debe ni puede llamar muerte, sino evasión de muerte, y como un beso de Dios. Nihil enim prohibet, quo minus hujusmodi osculum multiplicetur, frequentetur et repetatur in animabus sanctis atque

---

(*a*) Citando más arriba, página 67, col. 2.ª, estas mismas palabras, dice expresamente que son del capítulo XXXIV; aquí, en cambio, por error material, leemos XXIV. Lo hemos corregido, pues, para ajustarnos á la verdad.

([1]) El rabí Moisés hace una exposición galana de este lugar, porque dice que los hebreos sabios, especialmente los autores sagrados y los poetas, entre los cuales cuenta á Salomón, llaman beso á un grado altísimo de aprensión, esto es, de conocimiento y amor, ó sea de fruición á que llega algunas veces el alma húmana cerca de Dios, aun en esta vida mortal, á saber, conociendo y amando intensamente á su Criador. Y á este grado parece que llegó el muy santo Moisés cuando murió. Porque no se dice á secas que murió, sino que murió por mandato de Dios. Porque así está escrito: «Murió Moisés, siervo del Señor, en tierra de Moab, habiéndolo dispuesto así el Señor.» Los hebreos trasladan *en la boca del Señor*, como arriba indicamos, y quiere decir: Cuando Moisés murió habia llegado al más alto grado de conocimiento y de amor de Dios.

([2]) «Le hablo boca á boca: y él ve claramente al Señor, y no por enigmas ó figuras.» Palabras que no se refieren solamente al entendimiento, sino también al afecto y amor.

([3]) Deseando ser más y más iluminado, limpio y perfeccionado, esto es, hacerse más y más semejante á Dios, y, en cierto modo, deificarse hasta que llegue al perfecto conocimiento y caridad de su Criador, y á aquel grado altísimo de divino conocimiento y amor á que llegaron Moisés y otros antes de morir ó, por lo menos, en el dia de su muerte.

perfectis, quemadmodum et multiplicantur visitationes et illuminationes et consolationes Dei: teste etiam ipso rege David, qui sic ait (*Psal. 93*, 19) *(a)*: «Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.» Sic et Paulus (*II Corint.*, XII, 1-2): «Veniam, inquit, ad visiones et revelationes. Scio hominem in Christo», etc. Sic et Aug. (lib. IX *Conf.*, cap. XX, et lib. X, cap. XL): «Aliquando, inquit, intromittis me in afectum multum et inusitatum introrsus, ad nescio quam dulcedinem», etc. Lege ... ([1]).

Quæ omnia commode et sane intelligenda sunt, non de unione et fruitione Dei beatifica, sed potius de cognitione et dilectione quadam excellentiore, sed tamen ænigmatica et obscura, qualis est cognitio fidei aut prophetica, qualis etiam fuit cognitio illa Moysis. Pertinent enim hæc omnia, et referuntur a B. Augustino et aliis similibus, ad exprimendos divinos amores et consolationes, quibus etiam, citra visionen seu fruitionem Dei in hac vita mortali, ipse et sui similes Dei amantes interdum fruantur (*b*) per intervalla et vicisitudines, magis vel minus. Cujusmodi amores arbitrari debemus esse quasi quædam Sponsi oscula et particulas quasdam illius beatitudinis, fœlicitatis et gloriæ, quam expectamus in patria cœlesti, et potimur et experimur dumtaxat per intervalla et raro, per modum transeuntis, ad momentum et punctum temporis ([1]). Por eso dijo San Bernardo: «Felix sed brevis hora est jubili Dei. Beatitudo enim hæe nostra seu perfectio viæ constat magis desiderio et cupiditate divini osculi vel etiam spe, quam re et fruitione et satietate ([2]).

Los especialisimos regalos y visitaciones de Dios no se nos dan de asiento en esta vida, sino como de passo y á hurtadillas.

Lo cual se echará bien de ver si consideramos atentamente las palabras de la Esposa, que con ansia pide el beso de su Esposo: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI. Y esta parece ser aquella bienaventuranza del Evangelio (*Math.*, V, 6): «Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam» ([3]). Como si dijéssemos que la bienaventuranza nuestra, en tanto que caminamos por este destierro, sea esta hambre y sed de Dios y de las cosas divinas. Quod ostendit August (lib. XXII de *Civitate Dei*, cap. XXIV, et serm. 5 de *Verbis Domini*, et lib. I in *Conf.*, cap. II, et commento in *Psal. 85*). Sic dictum existimo (*Eccli.*, XXIV, 29): «Qui edunt me, adhuc esurient» etc. ([4]). Al fin, el hartarnos se queda para la otra vida; pero en ésta, perfección es andar con hambre de Dios.

Hambre y sed de Dios, es bienaventuranza de viadores.

(a) También aquí notamos un descuido tipográfico, pues en vez de *93*, dice *salmo 9*.

(b) La construcción gramatical parece exigir que aquí se diga *fruuntur* en vez de *fruantur*.

([1]) En otros muchos libros trata de estos regalos y consuelos espirituales y divinos. Y nada estorba que esta clase de beso se multiplique, frecuente y repita en las almas santas y perfectas, como se multiplican las visitas, luces y consuelos de Dios. Buen testigo es el mismo rey David, que dice así: «A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron de alegría á mi alma.» De esto habla San Pablo, cuando dice: «Yo haré mención de las visiones y revelaciones del Señor.» «Yo conozco á un hombre *que cree*, en Cristo, que catorce años ha fué arrebatado hasta el tercer cielo.» De lo mismo habla San Agustín: «Alguna vez, dice, me das á gustar un afecto intenso de no sé qué dulzura.» (Puede verse entero el texto en el *Manual de vida perfecta*, al fin del párrafo VII del diálogo II, pág. 187 del tomo I, ed. antes citada, pág 69).

([1]) Todo esto se ha de entender propia y naturalmente, no de la unión y fruición beatifica de Dios, sino más bien de su conocimiento y amor más excelente, pero aún enigmático y obscuro, como es el de la fe y el profético, y como el que tuvo Moisés. Porque todas estas cosas las cuentan San Agustín y otros escritores para manifestar el amor y consuelos que, fuera de la visión ó fruición de Dios, gozan sus amigos y allegados en esta vida mortal por intervalos, con varias alternativas, unas veces más y otras menos. Estos amorosos regalos debemos considerarlos como unos ósculos del Esposo, y ciertos relieves de aquella bienandanza y felicidad y gloria que esperamos en la patria celestial, y los tenemos y experimentamos sólo por intervalos y como de paso y momentáneamente.

([2]) «Feliz es, pero corta, la hora de los consuelos divinos. Toda nuestra bienaventuranza ó perfección presente más vive del deseo y ansia del ósculo de Dios, ó de la esperanza, que de la posesión, fruición y hartura del Señor.»

([3]) «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.»

([4]) Así lo prueba San Agustín; y aun por eso pienso que se dijo: «Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí.»

Y siendo de su condición causarla, comido, y sed, bebido, argumento es de que se come como se debe la hambre y la sed de Él. Y ¡desdichada el alma que le come y le bebe y no hambrea por Él!

Sed notandum [Empero, nótese], con San Bernardo, que para llegar á la boca de Dios es necesario acudir primero á sus pies. Verba sunt Divi Paulini (in *Epistola ad Severum*), in illa verba (*Luc.*, VII, 38): *Osculabatur pedes ejus*, etc.: «Pedibus ergo Christi oscula casta figamus, ut mereamur in caput surgere; etiam de proximo accedamus oris ipsius oscula postulare. ¡Quis mihi misero os adureret et linguam meam cœlesti purgaret carbone, ut vel calcaneum Christi summo tenus ore contingere et, subdito capite, sola sancta tergere, ut caput meum potius Christi pedibus tergeretur, et, dum pedes lavo, divinos piarem castis labia inmunda vestigiis!» Sed jam transeamus ad sequentia (ad ubera videlicet Sponsi) de quibus in hunc modum loquitur Sponsa ([1]): QUIA MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS.

Los pies de Cristo se han de besar antes que se pretenda otra cosa.

Naturalis est in his verbis comparatio et non affectata, qualis decet puellam simplicem et qualis etiam decet carmen bucolicum. Vinum accipitur a gravioribus interpretibus pro qualibet re læta et suavi, ut sit species pro genere. Per ubera autem intelligunt quidam sinum, pectus, cor, vel etiam prudentiam et sapientiam Sponsi; hoc est, arcanos, profundos, et intimos sensus. Cor enim sub pectore et mammillis latet, pectusque quasi sedes est cordis, seu animæ ac etiam prudentiæ et sapientiæ, et frequenter unum pro altero usurpatur ([1]). Verdad es que el nombre de pechos es más amatorio y más apto para mover los afectos, y para declarar la fuerza del amor divino. Sic Sponsa Sponso blanditur (*Cant.*, I, 12): «Fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi, inter ubera mea commorabitur»; id est, in corde, vel pectore, vel sinu ([2]). Este precioso lugar escogió el discípulo amado sobre cena (*Joan.*, XIII, 23, et I, 18), y éste tiene el Hijo eterno acerca de su Eterno Padre. Sic enim habes: «Unigenitus qui est in sinu Patris»; id est, in corde, vel pectore, vel uberibus, vel in secretissima et potissima et optima parte Dei Patris. Nam ut recte adnotavit Augustinus in illa verba: *Ex utero ante luciferum genui te (Psal. 109*, 3), sinus et uterus pro secreta parte positus est. Quare, si hæc verba ad cœlestem Sponsum referantur, mirifice videntur quadrare. Videtur enim Sponsa laudare sinum, seu pectus et cor Sponsi sui, quod sit divinis sensibus fœcundum. Placet mihi, ut per ubera intelligantur præsertim arcani sermones et intimi sensus Christi, vel etiam mirabiles amores et consolationes, quibus interdum et quasi per intervalla animam hominis ipse visitat et consolatur. Verba sunt ejusdem per Isaiam (*Isai.*, LXVI, 10-11) (*a*): «Lætamini cum Hierusalem omnes qui diligitis eam... Ut suggattis *ubera* consolationis *illius*» ([3]).

Pechos, qué significan.

Y es elegante metáfora ésta tomada de las

(*a*) Es dudosa la lectura del impreso en esta cita: sólo se lee cap. VI.

([1]) Dice San Paulino, sobre aquellas palabras: *Besaba sus pies*, etc.: «Besemos, por tanto, castamente los pies de Cristo, para que merezcamos luego buscar su cabeza y, juntos á Él, pedir los ósculos de su boca. ¡Oh, quién limpiase mi boca y con un carbón celestial purificase mi lengua para tocar al menos con mis labios el calcañar de Cristo y limpiar, cabeza por tierra, sus sagradas plantas, ó más bien limpiase mi cabeza con los pies de Cristo, y mientras lavo mis pies limpiase mis inmundos labios besando sus castas huellas!» Pero pasemos ya á cosas más altas, esto es, á los pechos del Esposo, de los cuales habla la Esposa de este modo: *Porque mejores son tus pechos ó tus amores que el vino; fragantes como los más olorosos perfumes.*

([1]) Hay en estas palabras una comparación natural y no afectada, como conviene á una sencilla é inocente doncella y según mejor cuadra al poema bucólico. El vino, tómanlo los intérpretes más respetables por cualquier cosa alegre y dulce, así que se usa aquí la especie por el género. Por pechos entienden algunos el seno, el tórax y el corazón, ó también la prudencia y sabiduría del Esposo, es decir, sus arcanos y sus profundos é íntimos sentimientos. Porque el corazón está encerrado dentro del tórax y pechos, y aquél es como asiento del corazón ó del ánima, y por ende también de la prudencia y discreción, y frecuentemente se toma uno por otro.

([2]) Por esto la Esposa lisonjea á su Esposo diciéndole: «Manojito de mirra es para mí el amado mío: entre mis pechos quedará»; esto es, en mi corazón, ó pecho, ó en mi seno.

([3]) Porque así está escrito: «El Unigénito que está en el seno del Padre»; esto es, en el corazón ó pe-

madres, que con los pechos acallan los niños, y los consuelan cuando los ven llorando y tristes. Algunos griegos de los más graves interpretan por los pechos lo principal de nuestra ánima, en que consiste la imagen de Dios, conviene á saber: la mente ó el corazón. Suffragatur huic expositioni locus Isaiæ., ubi, de rebus Christi loquens, ubertatem doctrinæ Evangelicæ et plenitudinem gratiæ, quæ futura erat tempore Christi, simili metaphora declarat, dicens *(Isai.*, XII, 3): «Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.» Item, capítulo LV, 1: «Omnes sitientes venite ad aquas»; scilicet, doctrinæ Christi. El mismo usó de esta metáfora (*Joann.*, IV, 13): «Qui *biberit* ex hac aqua» et *(Joann.*, VII, 37): «Si quis sitit, veniat ad me, et bibat» ([1]). De manera que lo mismo quiso significar la Esposa por nombre de pechos, que Isaías, de fuentes: ubertatem, et copiam, et largitatem doctrinæ Evangelicæ et lætitiam, qua auditores Christi afficiendi erant, audientes et videntes Sponsum in carne præsentem. Sic *Joan.*, III, 29: «Amicus Sponsi gaudet», etc. ([2]). Es grande la satisfacción que halla un alma en la doctrina del Evangelio. Sponsi igitur cor, sive os, instar uberum jugiter manantium lacte et doctrinæ et gratiæ fuit, ac etiam instar fontium, qui jugiter aquas salutares fundunt, quibus lavantur et aluntur animæ ([1]). Esta exposición es admirable, y ninguna como ella.

Por qué tantas veces se hace mención de vino en estos *Cantares.*

Sed, quare tan frequenter vini mentio fiat in hoc libro, dicemus alibi, y aqui: Quia amor divinus et cœlestis commune habet cum vino, inebriare et extasim facere et oblivionem inducere. Vide Dionisium (*De divinis nominibus*, cap. IV, parte I) Origen. (lib. IV, homilía I), Ambros. (in *Ps. 118*, super illud: *Bibite et inebriamini, charissimi (Cant.*, V, 1), S. August. (in *Ps. 35*). Lege etiam Marñl, Fiscinum (*Epistol. ad Petrum*, lib XI). Dionysiam ebrietatem, theologi veteres excessum mentis definierunt, a rebus quidem mortalibus segregatæ, secreta vero Divinitatis mysteria penetrantis, etc. Plotinus Philosoph. (*Æneade*, IV, lib. III, cap. XXIII) dicit: «Quod animus probus fere sit obliviosus», supple, rerum externarum, porque está atento á las eternas. Quo sensu dictum existimo illud *Psal. 44*, 11: «Obliviscere populum tuum», et *Philip.*, III, 13: «Quæ retro sunt obliviscens», etc. Los hebreos trasladan: «Meliores sunt amores tui vino», porque la palabra *Doth* significa amores y pechos ([2]). Ansí trasladó

---

cho, ó en las entrañas ó parte más secreta, principal y mejor de Dios Padre. Pues, como notó bien San Agustín, sobre aquellas palabras: «De mis entrañas te engendré, antes de existir el lucero de la mañana», el seno ó entrañas se pone por la parte más secreta. Por lo cual, si estas palabras se aplican al Esposo celestial, parece le cuadran á maravilla, porque en ellas se ve que la Esposa alaba el seno, pecho y corazón de su Esposo como fecundo en afectos divinos. A mí me agrada que por los pechos se nos den á entender principalmente las palabras secretas y los sentimientos íntimos de Cristo, ó también las caricias admirables y los consuelos con que algunas veces y con ciertos intervalos visita y consuela por sí mismo el alma del hombre. Palabras suyas son las que dice Isaías: «Congratulaos con la *nueva* Jerusalén todos los que la amáis ..., á fin de que chupéis así de sus pechos la leche de sus consolaciones.»

([1]) Favorece este parecer aquel lugar de Isaías en que, hablando de la abundancia de la doctrina evangélica y de la plenitud de gracia que habría en tiempo de Cristo, la declara con semejante metáfora, diciendo: «Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador.» Y en el cap. LV: «Sedientos, venid todos á las aguas», conviene á saber, de la doctrina de Cristo. El mismo Cristo usó de ella *(San Juan*, IV): «Quien bebiere de este agua» y *(San Juan*, VII): «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba.»

([2]) La fecundidad, copia y abundancia de la doctrina evangélica, y la alegría de que gozarían los discípulos de Cristo oyendo y viendo al Esposo presente en carne humana. Y así dice San Juan: «El amigo del esposo se llena de gozo», etc.

([1]) De modo que el corazón ó boca del Esposo fué á manera de pechos que de continuo manaban leche de doctrina y gracia, y como fuentes que siempre destilan agua saludable con que se lavan y alimentan las almas.

([2]) Pero por qué causa se hace en este libro tan frecuente mención del vino, lo diremos en otra parte. Y aquí, que el amor divino y celestial se asemeja al vino en embriagar, causar éxtasis y poner olvido. (Véanse autores citados). Los teólogos antiguos, á lo que San Dionisio dice embriaguez llamaron exceso de la mente, que, apartada de las cosas mortales, penetra los secretos misterios de la divinidad. Y Plotino dice que el alma santa casi se hace olvidadiza de las cosas externas, porque está atenta á las eternas. Y en este sentido creo que se dijo aquello del *salmo 44:* «Olvida tu pueblo», y á los Filipenses: «Olvidando las cosas de atrás», etc. Los hebreos trasladan: «Mejores son tus amores que el vino.»

Aquila aquel lugar de Ezequiel (*Ezech.*, XVI, 8) *(a): Tempus tuum, tempus amantium; tempus uberum.* Pagninus: Tempus amorum.» Los *Setenta:* «Tempus divertentium» ([1]); porque, hablando á lo humano, no hay cosa que assí divierta y aparte del camino de la inocencia á las doncellas como el tiempo en que se trata de casarlas, ó ellas tratan de aficionarse, ó de liviandades amatorias.

Mejores son, dice la Esposa, tus amores que el vino. Y harto es que sepa una doncella desposada hacer comparación entre el vino y los amores. Pero el amor, como dice Platón, es maestro de todos y de todas las cosas. *Sed notandum* [Adviértase, con todo] que el vino calienta el corazón y causa en él alegría; pero destempla la cabeza y obscurece la razón y el juicio si es demasiado; mas los amores del divino Esposo, aunque sacan de sí al que ama y le tienen como embriagado, en aquella embriaguez está la fineza del juicio; cuanto más embriagada el alma, tanto más viva y entera. Y es risa decir que en el rapto no se entiende nada. No se entiende de la manera que acá, que es *a posteriori; id est* [es decir]: por los efectos, la causa; por las criaturas, al Criador dellas; pero entiéndese por otro más alto modo, de *quo Dionysius sæpe* [como en muchos lugares explica San Dionisio].

En qué se parecen y en qué difieren el amor de Dios y el vino.

FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS. No son de mal olor los amores que trata el alma con Dios, ni de olor bueno assí como quiera, sino de olor escogidíssimo. Mayor fragancia dan de sí que los ungüentos boníssimos y preciosíssimos. El amor carnal, cuanto más crece, más mal olor da de sí; de cuatro días no hay quien lo sufra. No hay cosa que ansí ensucie la fama y el buen crédito como el amor deshonesto y según la carne. Pero los amores divinos son olorosíssimos: á nadie ofenden y á todos edifican; causan alegría en el alma, y saltan de placer y gozo los enamorados. Ansí dice la Esposa en este capítulo *(Cant.*, I, 3): «Exultabimus et lætabimur in te, memores uberum tuorum super vinum»: «Acordándonos de vuestros amores, mejores que el vino, dimos saltos de placer y nos alegramos exterior é interiormente.» ¡Oh amor deshonesto que tienes de congojas! etc.

Digo que los hebreos, constantemente, por pechos ponen amores; pero sigamos la santíssima Vulgata y averigüemos la razón que tiene la Esposa de atribuir al divino Esposo lo que verdaderamente no parece que le es propio ni se le puede aplicar sin ofensa. Si no, díganme los curiosos: ¿Cuándo se preció algún hombre de pechos? ¿O á qué fin se los había de dar naturaleza? Pues, ¿por qué los habemos de poner en Dios, que es espíritu puríssimo? Lo que aquí hay de consideración y en nuestro favor es que Él mismo se precia dellos y nos los ofrece por Esaías, diciendo (*Isai.*, LXVI, 12): «Ad ubera *mea* portabimini» ([1]). Y en los *Proverbios*, dice el sabio (*Prov.*, V, 19): «Ubera illius inebrient te omni tempore» ([2]). Y en este epitalamio se hace mención de pechos del Esposo diversas veces. Y, al fin, la Escritura, que le da cabeza, cabellos, ojos, orejas, párpados, narices, boca, rostro, lengua, manos, pies y los demás miembros y partes que pertenecen á la integridad del hombre, le da también pechos como á las mujeres lo cual todo, como nota Euquerio y los demás doctores santos, se ha de entender, no como suena á la letra, sino en sentido místico y espiritual. «Ubicumque enim, dice este santo (Eucher., *Formul. spiritual.*, c. I), Sacra Scriptura sparsim per divinos libros ponit in Deo motus animæ, non carnaliter juxta hystoriam a recte intelligentibus scienda hæc sunt, sicut a Judæis et plerisque hæreticis, carnaliter sapientibus, qui Deum corporeum atque localem arbitrantur: sed spiritualia omnia de eo intelligenda et confitenda sunt. Si quis ergo Deo humana membra, seu motus animæ, more humano inesse credit, proculdubio idola fabricat in corde suo» Idólatra es el que en Dios pone miembros corporales, si corporalmente los considera y cree; luego espirituales son en

Por qué se le atribuyen á Dios pechos.

(a) En vez del XVI, se cita el cap. XVIII.

([1]) Aquel lugar de Ezequiel: «Tú estabas ya en la edad de los amores», Aquila lo traslada: en la pubertad. Pagnino: «Tiempo de amores.» Los *Setenta*: «Tiempo de los descarriados ó de los devaneos.»

([1]) «Seréis llevados á mis pechos.»
([2]) «Sus cariños sean tu recreo en todo tiempo.»

Dios los pechos y espiritualmente se han de entender MELIORA SUNT UBERA TUA VINO.

San Clemente Alejandr. (*Pedagog.*, lib. I, capítulo VI) se cansa mucho en probar que los nombres que la Sagrada Escritura da á los justos, de diminución y de edad infantil (porque muchíssimas veces los llama niños, pequeñuelos, infantes, corderos, becerrillos, palominos, etcétera) no significan imperfección, ni en el conocimiento ni en el amor y servicio de Dios, sino ternura, caricia y paternal cuidado de parte de Dios, y de parte dellos sujeción y dependencia grande. Y lo que colijo yo de un largo discurso que este santo hace, es que si todos somos pequeñuelos de Dios, y como tales colgados de su Providencia y paternal cuidado, que viene muy á pelo decir que tenga pechos para sustentarnos en esta edad tierna, en la cual quiere que perseveremos y que, siendo viejos, nos reduzgamos á ella. «Nisi *enim* conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli», etc. (*Math.*, XVIII, 3). Y á los Apóstoles, que apartaban á los niños de Él, les dijo un día (*Marc.*, X, 14) *(a)*: «Sinite parvulos venire ad me»; *quasi dicat* [como si dijera], si yo soy madre, ¿por qué habéis de estorbar á los niños que me sigan? Prueba este dotor santo con admirables razones cómo el divino Verbo es nuestro Padre y nuestra Madre; el que nos sustenta, el que nos cría y llega á la edad perfecta, no por cierto con otro manjar ni con otra bebida que con su carne y sangre. *Comedite carnem meam, et bibite sanguinem meum* (*Joan.*, VI, 54-9) *(b)* ([1]). Lo cual no es otra cosa que dar á sus niños los pechos; porque la leche sangre es en la substancia, aunque los accidentes son otros, como los cabellos son los mismos en el viejo cano, que en el mismo, mancebo y rubio.

Nombres infantiles y de diminución significan ternura y cuidado en Dios para con nosotros.

(a) La cita que en este lugar encontramos es: *Math.*, XXII, que, por ser equivocada, hemos corregido.

(b) Las palabras cuyo sentido cita aquí el P. Angeles, literalmente son: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem*, etc.

([1]) «Comed mi carne y bebed mi sangre.» (Cita el capítulo VI de San Juan, de donde pueden deducirse; pero á la letra no se hallan allí ni en otra parte.)

De manera que recibe la sangre mutación, no en la substancia, sino en la calidad, y ninguna cosa hay que mejor nutra, ni más dulce, ni más blanca que ella. Por lo cual es muy semejante al manjar espiritual con que el divino Verbo sustenta á sus pequeñuelos: dulce, por la gracia; nutritivo, porque es vida: «Qui manducat hunc panem, vivet in æternum» (*Joann.*, VI, 59) ([1]); albo, por la pureza, que, al fin, tiene la flor y la gordura de la harina, que es la Divinidad, como dicen Casiano y Ambrosio sobre aquellas palabras: *Et adipe frumenti satiat te* (*Psal. 147*, 14) ([2]). Los antiguos llamaron á la leche, como si fuera cosa de admiración, *Manna* (*Exod.*, XVI, 15); porque parece enviado en aquella forma de bebida fácil y de tanto sustento desde el Cielo, del Padre común de todos, que es Dios (*Deut.*, VIII, 3), que ni á los corvezuelos desamparados de los suyos falta con su Providencia (*Psal. 146*, 9).

Cómo alimenta Dios las almas tan regaladamente.

Digo, que dice muy bien la Esposa que tiene su Esposo pechos, porque tiene hijos que criar á ellos, no como las señoras de nuestros tiempos, que se contentan con parirlos y quieren que los críen amas, haciendo borde y bastardo lo que es legítimo. Divinamente dijo San Juan Crisóstomo *(Hom. de Sacramento)*, en nombre de Cristo: «Muchas veces las madres dan á criar sus hijos; mas no yo de esa manera, porque los crío y sustento con mi carne y sangre, porque quiero que sean generosos en respecto del manjar y bebida, y que tengan pensamientos honrados y esperanzas buenas de lo porvenir; porque si ahora de presente me entrego á mí mismo á ellos, ¿cuánto mejor lo haré en lo futuro?» Y San Clemente Alejandrino dice assí: «El Señor Jesús, fruto bendito de la Virgen, no tomó pechos de mujer para sustentar como mujer sus pequeñuelos, sino que, como primero, assí como amoroso y benigno Padre hubiesse llovido al divino Verbo en las entrañas de la Virgen, fué hecho espiritual alimento de los hombres concertados y buenos. ¡Oh misterioso milagro! Uno es ciertamente el Padre de todos, uno el Verbo y uno el Espíritu Santo; un Dios en todo lugar. Una es la madre Virgen de todos, la que yo digo

([1]) «Quien come este pan vivirá eternamente.»

([2]) «Y te alimenta de la flor de harina.»

que es la Iglesia; ésta solamente no tuvo leche, porque sola ella no fué mujer; pero es madre y es virgen juntamente, entera, sin duda, y no violada; al fin, como Virgen; pero amante como madre, y que llama y junta sus infantes y los cría con santa leche, conviene á saber, con la palabra infantil del divino Verbo, su Esposo. De quo Paulus (*I Cor.*, III, 2). «Lac potum vobis dedi, non escam» ([1]). Pero, ¿por qué no tuvo leche? Porque este infante hermoso y apuesto, *id est* [es decir], sacramentado, era leche que nutre su nueva familia con su palabra, habiéndolos parido con trabajo immenso, fajado como á niños y lavado con su sangre. ¡Oh parto santo! ¡Oh santas fajas! El Verbo es todas las cosas al infante: es Padre, es Madre, es Ayo y es Sustentador. Hasta aquí Alejandrino.

Pechos en el Esposo, ¿qué?

Remato esta materia con decir que por el mismo caso que una mujer es madre, ha de tener pechos y leche, por que naturaleza luego después del parto envía leche á los pechos, casi diciendo á las madres que lleguen á sí lo que parieron y que no fíen de otra su crianza. Luego mucho mejor se ha de presumir esto de Cristo, pues tiene tantos hijos que mantener, á los cuales promete que dará de mamar, no pechos como quiera, sino de reyes, como lo dijo Isaías (*Isai.*, LX, 16): «Mammilla Regum lactaberis» ([2]).

Pero, ¿qué pechos serán éstos en el Esposo? San Bernardo dice que son las dos naturalezas en Cristo, divina y humana. San Gregorio (sobre *Job*, cap. XXX) y Orgelitano, Obispo, dicen que son los apóstoles y predicadores del Evangelio, porque con la leche de su dotrina, salida de las entrañas de Cristo, nos sustentan. El mismo San Gregorio (en la *Vida espiritual*) dice que los dos pechos del Esposo son los dos amores, de Dios y del prójimo, porque el alma que destos dos pechos hace su estómago no puede dejar de andar bien mantenida y sustentada, y tendrá en poco todo cuanto hay en el mundo de gusto y regalo. La glossa ordinaria llama pechos en Cristo á sus dotrinas y leyes, que son, como la leche, mantenimiento de niños, leyes salidas del corazón y entrañas de Dios. Otros dicen que significan la suficiencia de Cristo, porque como la suya tienen los niños en solos los pechos de sus madres, que, al fin, aquélla es su comida y su bebida, etc. Otros dicen que por los pechos quiso significar la Esposa la benevolencia del Esposo acerca della, su cuidado, su amor y largueza en hacelle bien y mercedes. Nicolao de Lira dice que por los pechos se entiende la plenitud de la misericordia de Dios, que sobre todas las cosas del mundo es dulce al alma; y, á mi parecer, este es, entre todos, el más elegante sentido, porque ninguna cosa se podía hallar que más al propio declarase la bondad de Dios y su misericordia que decir la Esposa: MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS: «De mejor calidad es mi Esposo que el vino y que los preciosos ungüentos.»

Misericordia de Dios, cómo se derrama sobre las almas.

Para hacer el vino es menester llevar al lagar las uvas, pisarlas, acocearlas y cargarles la piedra. Para que las pastillas y pebetes y otros ungüentos aromáticos den olor de sí es necessario quemarlos ó manosearlos; mas los pechos de Dios, para comunicarse abundantíssimamente á los hombres, no tienen necessidad de que los expriman y aprieten como la uva en el lagar, porque de su naturaleza tienen derramarse y comunicarse, y á veces con tanto ímpetu, que no hay vaso ni capacidad en el alma para recebir sus crecientes. Assí decía San Efrén: «Deteneos, Señor, que no puedo sufrir vuestras misericordias.» No son pechos secos, como los que se le prometen á Efrain: «Ubera arentia», etc., sino llenos y que trasvierten. En los castigos que parece que proceden de la ira ó justicia de Dios hay medida y tassa. «Calix in manu Domini, vini meri plenus mixto» (*Psal. 74*, 9): «Cáliz en las manos de Dios, lleno de tragos de ira», «et inclinavit ex hoc in hoc». Inclínalo, dice Ambrosio, pero no le trastorna. «*Quia* fæx ejus non est exinanita» ([1]). Nunca se le llega al hondón, nunca se le vee el cabo; siempre va mezclada la justicia con la misericordia; los castigos, tassados, medidos, con tiento; pero las mercedes y favores, con ímpetu. La misma

---

([1]) «Os he alimentado con leche, y no con manjares sólidos.»

([2]) «Te criarán y *nutrirán* regios pechos.»

([1]) «Mas no por eso se apuraron las heces de este cáliz.»

Sabiduría encarnada dice de Sí (*Eccl.*, XXIV, 21): «Ego quasi Libanus non incisus vaporavi habitationem meam»: «Yo, como líbano no hendido, perfumé y di olor suavíssimo en mi Iglesia»; *quasi dicat* [es decir], no con violencia, como los líbanos de ruin casta, que es menester hendellos y descortezallos para que destilen su goma y resina, sino como el legítimo y generoso líbano, que de suyo distila, me comunico á los hombres y les hago mercedes.

El Apóstol San Pablo, en la primera carta de los Corintios, haciendo mención de aquel famoso milagro de la piedra que, herida por Moisés con su vara, dió abundantíssimas aguas en el desierto para que los hijos de Israel bebiessen y matassen su sed, dice ansí (*I Corint.*, X, 4): «Bibebant autem de spirituali, consequente eos, petra». Tres cosas dice: la primera, que *era piedra* la que hirió Moisés; la segunda, que *dió agua para que bebiessen* los israelitas; la tercera, que *iba en pos dellos;* y lo que echa el sello á esta doctrina es que *esta piedra era Cristo*, y de ella bebían espiritualmente. ¡Cosa admirable (y adviértelo la glossa y Santo Tomás) (Divus Thomas in *Paulum)* que las aguas de aquella piedra seguían á los hijos de Israel por donde quiera que iban! Y confirma este parecer la translación de Sanctes Pagnense, que dice: «Sequente eos petra» ([1]). ¡Gran maravilla, y donde pierde pie la naturaleza, que la piedra seca dé aguas!; pero mayor, sin comparación, que essas aguas salgan tan corrientes y sean tan liberales que sigan los passos de los hijos de Israel por tantos cerros, valles, quebrados y caminos trabajosos. *Aliqui affirmant* [Algunos afirman] que era la piedra la que se iba tras dellos por los aires: «Sequente eos petra.» Y aún parece esto más conforme á la letra y al misterio. Lo ordinario en los que edifican ciudades es buscar aguas y edificar junto á ellas; pero ¿cuándo se vió irse los ríos en busca de los hombres? ¡Oh, Señor, que estas son obras de vuestras manos!; que para quitar todo espanto basta.

Lo que me le pone á mí, y lo que me embaraza, es que diga vuestro Apóstol que Vos érades la piedra de donde salen estas aguas: «Petra autem erat Christus.» Ella es dura, Vos sois blando; ella seca, Vos liberal. Piedra os llama vuestro Profeta (*Psal. 117*, 22) *(a)*, y piedra reprobada de los que edificaban el templo; pero aunque piedra, y seca y herida con la vara de la cruz, os derramastes como agua. Piedra seca cuando sobre el brocal del pozo de Jacob os assentastes, seco de sed; pero no sin agua para la Samaritana (*Joann.*, IV, 10-14), que la convidáis y rogáis con ella. Verdaderamente sois piedra y sois aguas, y aguas, como dijo vuestro Profeta, voluntarias; aguas, digo, llenas de voluntad y de razón, que vais por donde os lleva el amor grande de vuestra voluntad. Vos buscáis las ciudades para bañarlas, y os vais en pos de las almas para refrescarlas y lavarlas.

¿Queréis ver la gana y la liberalidad de estas aguas? «Et regressus est Jesus, ait D. Luc. (*Luc.*, IV, 14), in virtute Spiritus in Galilæam» ([1]). Y San Juan (*Joann.*, IV, 3) declara de dónde salió: «Reliquit Judæam» ([2]). Cansado de que ansí le cerraban las puertas para comunicarles sus misericordias, y no sufriendo su corazón amantíssimo aquella represa grande, que no corría por no haber naturales que quisiessen sus pechos, sale, como reventando, á tierra de gentiles á buscar á quien darlos. «In virtute spiritus»: «En la fuerza del espíritu»; *id est* [esto es], con ímpetu y llevado del amor. Es ordinario en las recién paridas que tienen mucha leche y sus hijos aburren la teta, buscar los ajenos para dársela. ¡Oh, más que madre, que desentrañándoos por los vuestros, ingratos, visto que aburren vuestros pechos, salís, fatigado y gimiendo, á buscar quien los tome, porque la mucha leche de vuestra piedad, detenida y represada, os da aflicción y y pena! De vuestro padre David se dice que era tan amigo de hacer bien, que andaba preguntando, muerto su enemigo Saúl (*I Reg.*) *(b)*: «*Est ne* aliquis de domo Saul, ut faciam mise-

(a) Por este salmo 117 hallamos citado el salmo 21; no hay en éste ninguna alusión á lo que aquí va tratando el P. Angeles.

(b) Son estas palabras no del libro primero de los reyes, sino que se hallan en el *II Reg.*, IX, 3, de este modo: *Nunquid superest aliquis de domo Saul, ut faciam cum eo misericordiam Dei?*

([1]) «Siguiéndolos la piedra.»

([1]) «Entonces Jesús, por impulso del Espíritu Santo, retornó á Galilea.»

([2]) «Dejó la Judea.»

ricordiam Domini cum eo?» ([1]). Lo mismo hacéis Vos, no con la tassa y limitación que vuestro padre, sino generalmente (*Joann.*, VII, 37): «Si quis sitit, veniat ad me, et bibat» ([2]). Y esto, á voces, como mujer que la aqueja y fatiga la mucha leche.

Luego muy bien dice vuestra Esposa: MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, etc. Como si dijera: no son menester piedras de lagar para sacar de Vos misericordias, porque de vuestra naturaleza sois liberal, manirroto y largo; sois bueno, y como bueno dais todas las cosas sin recebir de naide nada: que es lo que dijo en breves palabras aquel celebérrimo filósofo Trismegistro en el diálogo segundo: «Bonus enim porrigit universa, nec accipit quicquam *(a)*. Deus exhibet omnia, capit nihil; igitur Deus bonum, ac bonum Deus» ([3]).

* ARTICULO V

Cotejo entre los deleites que da Dios y los que ofrecen el mundo y la carne.

Notandum præterea [Hemos de notar también] que en estas palabras MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, como lo advirtió un doctor, hay comparación, y forzosamente ha de haber alguna conveniencia entre estas cosas: pechos, vino y ungüentos; porque adonde no hay similitud no puede haber esta comparación.

En los pechos del Esposo se hallan vino, leche y fragancia de ungüentos.

Luego en los pechos del Esposo, leche, vino, olor y ungüentos se hallan, ó alguna cosa que equivale al vino, á la leche y á los ungüentos. Hay dulzura de leche, fervor de vino, olor de pebetes y unción de alegría. La leche recrea y sustenta, el vino inflama, el olor despierta y la unción nos consagra. La leche es luz y pertenece al entendimiento; el vino, hierve y es propio del afecto; el olor es como primicias de la gloria, y hace al desseo; la unción es gozo del espíritu y sazona la voluntad y las demás potencias del alma.

Regalos de Dios, qué tales.

Digo que el regalo de los pechos de Dios es de manera que ninguno lo sabe sino el que lo gusta; ni hay vocablos que basten á decir lo que ello es en sí. Por esto la divina Escritura, cuando nos quieren hacer alguna como representación destos regalos y deleites, como no hay cosa que del todo lo declare, toma muchas para que cada cual diga su poco, y, á la verdad, todos dicen bien poco. Assí es que algunas veces (*a*) los llama *manná*, que tenía todo buen sabor; era manjar del desseo, porque sabía á lo que el que le comía desseaba, y encerraba en sí todos los sabores, y llámale manna escondido, porque está secreto en el alma y sólo sabe lo que es el que le gusta. Otras veces le llama *aposento del vino;* otras, *el mismo vino,* y aquí, *mejor que el vino*, y, lo que dice mayor ternura, *pechos;* y no son los pechos de la madre tan dulces ni tan sabrosos al niño como los deleites de Dios son deleitables á aquel que los gusta. No son deleites que dañan la vida ó debilitan las fuerzas, sino que alimentan el espíritu y le hacen que crezca, y por cuyo medio comunica Dios al alma la virtud de su sangre hecha leche, esto es, por manera sabrosa y dulce. Otras veces *(Ps., 22,* 5) se llama *mesa* y *banquete*, para dar á entender su abastanza, y la variedad de los gustos, y la confianza y el descanso y el regocijo, y la seguridad y esperanzas ricas que ponen en el alma. Otras veces *(Cant.* II, 7) los nombra *sueño*, porque allí se repara el espíritu de cuanto padece en la continua lucha y contradición de la carne y los demás enemigos.

En el *Apocalipsis (Apoc.*, II, 17) se comparan á la guija ó pedrecilla pequeña y blanca, y en ella escrito un nombre que sólo le lee el que le tiene. Porque como en los antiguos, en las causas criminales, cuando el juez echaba una piedra blanca en el cántaro era dar vida

---

(a) Así hallamos esta palabra, forma anticuada de *quisquam* en su terminación neutra *quidquam*.

(*a*) Aquí se cita al margen *Sap.*, VIII; pero evidentemente es equivocada esta cita. En las siguientes semejanzas á que compara los consuelos divinos no hallamos cita alguna, aunque estas tres: *aposento del vino, mejor que el vino*, y *pechos*, son de este libro del *Cantar de los Cantares*, capítulos II, 4; I, 3, y I, 1, respectivamente.

([1]) «¿Hay, por ventura, alguno de la casa de Saúl, para hacer con él la misericordia del Señor?»

([2]) «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba.»

([3]) «Porque el bueno, todo lo da y nada recibe. Dios da todas las cosas y de nadie toma nada; luego Dios es la bondad y la bondad es Dios.»

al reo, ansí cuando Dios regala á los suyos, el mismo deleite que les comunica es como una piedra sensible de su amistad y como una sentencia favorable que nos absuelve de su ira. Algunas veces (*a*) se llaman estos deleites *embriaguez;* otras, *desmayos* y *enajenamientos de sí;* porque ocupan toda el alma y de manera la juntan con Dios, que desfallece en sí y falta á su cuerpo, y casi no comunica con él su sentido, y dice y hace cosas el hombre así embriagado, que á los que no tienen este divino espíritu parecen fuera de toda razón, como ésta: OSCULETUR ME OSCULO ORIS SUI. QUIA MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS.

De manera que los regalos de Dios en algo se parecen con los regalos de acá, y por eso se hace comparación entre unos y otros. Pero porque el exceso que aquéllos hacen á éstos es infinito, compara la Esposa los que tiene con su Esposo y los antepone á los del mundo; que esto significó diciendo: «Mejores son que el vino»; por el cual entendieron los antiguos hebreos todo género de regalos y deleites. El ejemplo tenemos en el mismo Salomón, que, queriendo, en su *Eclesiastés (Eccles.*, I, 12-17) persuadir á los hombres que la razón del sumo bien no estaba en los gustos de la carne, ni en la sabiduría humana, ni en el amor del siglo, y què en adquirir y granjear estas cosas hay más de daño y pérdida que de provecho y ganancia, trae muchas cosas que suelen embarbascar á los hombres y hacellos pensar que en ellas consiste la suma felicidad.

Hace mención *(ib.*, II, 1-12) de grandes palacios que edificó, de jardines y viñas que plantó, de curiosos estanques que labró, de muchos criados, músicos y cantores que tuvo, de mucho oro, plata y piedras preciosas que allegó, y al cabo de todo constantemente afirma que en nada ni en todas estas cosas juntas topó con la bienaventuranza; antes dice que todas son vanas y llenas de aflicción y congoja (*Eccl.*, I, 14). ¿Qué sacamos de aquí? Que todos estos regalos y delicias de que gozó Salomón, y en cuyo seguimiento andan tan ansiosos los mortales, las cifró en una palabra cuya naturaleza andamos por alcanzar, que es el vino. «Cogitavi, inquit, como traslada San Jerónimo, protrahere in vinum carnem meam» (*Eccl.*, II, 3). Traté conmigo de soltar la rienda á mis apetitos, y de entregarme todo á los deleites y de llenar mi corazón dellos hasta no más.

Vino, condenado, más es por lo que significa que por sí.

Yo creo cierto, que las más veces que en la Sagrada Escritura se condena el vino, no se condena tanto el uso déste material, cuanto el amor de las cosas de la tierra de que con tanta facilidad y tan en daño de sus almas se embriagan los hombres mundanos. Y essa era la borrachez lastimosa de los babilonios, de que hace mención San Juan en su *Apocalipsi*, adonde dice (*Apoc.*, XVII, 2): que bebieron del vino de la ira de la fornicación della todas las gentes, y los reyes de la tierra; y los mercaderes, de la virtud y fuerza de sus riquezas y de sus delicias se hicieron ricos. Que es tanto como si dijera que de la ruina de Babilonia, que es el mundo, la causa es haberse dado desenfrenadamente á todo género de deleites de carne entendidos por el vino. ¡Oh deleites del alma, cuán diferentes sois de los del cuerpo!

MELIORA SUNT UBERA TUA VINO. Alguna semejanza digo que tienen entre sí éstos y aquéllos; la que hay entre un hombre pintado y un hombre vivo, y la que entre la verdad y la sombra. Y si habemos de decir lo que sentimos, no son ellos semejantes desnudamente considerados; antes no hay cosa más desemejante; distan, como dicen, todo el cielo. Pero, porque los que vivimos en carne no podemos atinar con el sabor de la virtud y gustos del espíritu, sino por el sabor y gusto de aquello en que se saborea y toma gusto la carne, muchas veces hace el Espíritu Santo estas comparaciones, en que coteja uno con otro, para que, considerada la mejoría y ventaja que hacen los bienes del alma á los del cuerpo, dejemos éstos y abracemos aquéllos. Y así, decir la Esposa: «Mejores son tus pechos que el vino», no es decir que son de un metal, ni que los unos son oro y los otros alquimia, ni dar por bueno el vino de la desvergonzada ramera, sino condenarlo por malo, porque, como vimos del *Apocalipsi*, los que bebieron dello provocaron contra sí la ira de Dios é incurrieron en la eterna muerte. No es decir que el

---

(*a*) Trae en este lugar, al margen, la cita siguiente: *Salm. 118;* la creemos equivocada. Los Salmos en que se hallan estos símiles á que hace aquí alusión el autor son éstos: *64*, 10-11; *22*, 5; *35*, 9, y otros.

vino es bueno, decir que son los pechos del Esposo mejores que él, sino conocer el engaño passado con el regalo presente. Es hablar como todos, que á todo lo que les deleita llaman bueno, y malo á lo que los aflije. Assí llama el Evangelio bienes á los regalos y riquezas del rico avariento, «Recepisti bona in vita tua», y á los dolores y trabajos de Lázaro, llamó males: «Et Lazarus similiter mala» (*Luc.*, XVI, 25) (*a*) ([1]). Al fin, no es comparación ésta entre bueno y mejor, sino diferencia entre malo y bueno.

Deleites de acá, menguados y de ninguna suficiencia.

Lo uno condena la Esposa y aprueba lo otro, y nosotros habemos de confessar, con ella, que todos los deleites que nos nacen destos bienes de acá son menguados y mezclados de amargura: lo uno, porque se fundan en mengua, necessidad y tristeza, y porque los apetecemos y buscamos como á medios y medicinas de alguna falta y miseria de que desseamos salir; lo otro, porque no duran más de cuanto ella dura; en cessando la hambre no hay deleite en la comida; no hay más deleite en las cosas todas de cuanto dura el mal para cuyo remedio se ordenan, y aun para que sean deleite se ha de usar dellas *(b)* con tasa y medida, porque lo son hasta llegar á un cierto punto, y passando dél, no lo son. Otra cosa es en Dios, que aunque es el remedio de nuestras necessidades, para amarle nuestra alma no es necessario que padezca mengua, porque por sí merece todo el querer y el amor dellas, y tanto con más veras le ama, cuanto más rica y abastada está dél. Y como Él en sí ni tiene tassa ni fin, tampoco le tiene el deleite que nace dél en ella, cuando consigo le abraza; antes, cuanto más crece es más dulce, y soltando la rienda al desseo para que se entregue en él, en ninguna manera puede hartarse de suerte que enfade, como la comida hace al harto, antes en la mayor abundancia hay mayor apetito. De aquí viene llamar la Sagrada Escritura á este bien con nombres de avenida y de río *(Ps. 35,* 9): «De torrente voluptatis tuæ potabis eos.» *(Ps. 45,* 5): «Fluminis impetus lætificat civitatem Dei» ([1]); porque ni puede agotarse ni está el deleitar en un punto, de manera que passado de allí no deleite. Es agua de río, que siempre corre y nunca se agota bebida, y por más que se beba, siempre viene fresca. Más hay en ello: que no es deleite el que se tiene con Dios accidental, como el que nos viene de las criaturas, sino entrañado y como essenciado en el alma. Cuando vos estáis más metido en la possessión de algún bien corporal; cuando le tenéis más presente y sois hecho más señor dél, toda aquella unión y estrecheza es una cosa floja y desatada en comparación del lazo y estrechura que hay entre Dios y el alma que con deleite le goza; porque nuestros sentidos y todas las cosas que se juntan á ellos no se tocan más que en los accidentes de fuera: que no veo sino lo colorado, que no oigo sino el retín del sonido, ni gusto sino lo dulce ó agrio, ni percibo tocando sino la blandura ó aspereza.

Cómo se comunica Dios al alma.

Mas Dios, abrazado con el alma, penetra por toda ella y lánzase por sus más apartados secretos, hasta ayuntarse con su intimo ser, y es hecho como si fuera alma del alma y espíritu de su espíritu; como aquel ungüento de que hace mención el Profeta, que, puesto en la cabeza del sacerdote, viene al cuello y se extiende á la barba, y desciende corriendo por todas las vestiduras hasta los pies (*Psal. 132,* 2). Por esto se llamó niebla el divino Verbo (*Eccli.*, XXIV, 6): *Et sicut nebula texi omnem carnem:* porque lo penetra y cunde todo. Al fin, los deleites, del alma unida á Dios son de manera deleites que por donde quiera que se miren vencen á cualesquiera otros deleites del cuerpo; porque ni se mezclan con necessidad, ni se aguan con tristeza, ni se dan por partes, ni se corrompen en un punto, ni nacen de bienes pequeños, ni de abrazos tibios ó flojos, ni son deleites toscos ó que se sienten á la ligera: es un bien divino y soberano, gozo íntimo, alegría no contaminada y regalo que llena toda el alma; es leche que la recrea; es vino que la embriaga; es ungüento que la santifica y con-

(a) También hay aquí error, citando el cap. VI por el XVI.

(b) Hallamos escrito *dellos;* pero parece error tipográfico, que por eso hemos corregido.

([1]) «Acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males.»

([1]) «Quedarán embriagados con la abundancia de tu casa.» «Un rio caudaloso alegra la ciudad de Dios.»

sagra toda á Dios; es olor de vida y sabor de alegría que no se puede explicar, y si se puede significar algo de lo que ello es, es diciendo lo que dice la Esposa: «Béseme de besos de su boca, que mejores son sus pechos, ó sus amores, que el vino»; y porque no faltase nada en esta tan opulenta y rica mesa, añade: FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS.

En la mesa que Dios pone á los amigos, nada falta.

Así decía David hablando con Dios (*Psal. 22*, 5): «Parasti in conspectu meo mensam, adversus eos qui tribulant me». Pusiste delante de mí una mesa tan llena de regalos y celestiales gustos, que no queda lugar desocupado en mi alma para el descontento enemigo ni para que me puedan añublar el corazón los que pretenden atribularme. Scriptum est enim (*Psal. 41*, 5): «In voce exultationis et confessionis, sonus epulantis» (¹). Y para significar la riqueza de esta divina mesa, añadió (*Psal.*, *22*, 5): «Impinguasti in oleo caput meum»: «Embebiste ó empapaste mi cabeza en aceite». «Et calix meus inebrians, quam præclarus est!» (²). Ni faltó la comida, ni la bebida, ni la unción.

Era uso de la tierra ungir á los convidados; y de que no lo hubiesse hecho el fariseo, convidando á Cristo, formó el mismo Cristo queja contra él. «Oleo, inquit, caput meum non unxisti» (*Luc.*, VII, 46) (³).

FRAGRANTIA UNGUENTIS OPTIMIS. Bien dice ungüentos preciosos y de buen olor. Lo primero, porque de los bienes de arriba apenas tenemos más que el olor: que el gusto dellos, como de verdad son, para allá se queda. Lo segundo, porque se entienda que si sólo el olor hace correr y volar las almas en seguimiento del Esposo, ¿qué gusto tendrán, y cómo se abrasarán en amores dél cuando le vean y le toquen y descansen en Él? ¡Oh confusión de los hombres! que una hormiga, atraída del olor del azúcar, escale una casa y entre por mil agujeros y resquicios de puertas hasta llegar al aposento donde está, y siendo la fragancia del Esposo tan grande, que corriendo tras dél muchos se han metido por picas, y entrado por fuegos y por la garganta de la misma muerte, nosotros nos estemos tan lerdos, tan caídos y tan insensibles!

Cuánto puede el olor de Dios con las almas.

(¹) Porque está escrito: «Entre voces de júbilo y de hacimiento de gracias, y de algazara de convite.»

(²) «Bañaste de óleo, ó *perfumaste* mi cabeza. Y ¡cuán excelente es el cáliz mío que *santamente* embriaga!»

(³) «Tú, dijo el Señor, no has ungido con óleo ó *perfume* mi cabeza.»

* ARTÍCULO VI

Expone el texto declarando las grandezas y efectos del nombre de Jesús, y dice quiénes se esmeraron más en su veneración.

Síguese en el texto:

Oleum effusum nomen tuum. Ideo adolescentulæ dilexerunt te (*Cant.*, I, 2) (¹).

Philo, episcopus Carpathius, in suis *Commentariis*, per unguentum effusum, Christum Jesum intelligit, carne vestitum, immensamque ejus in nos misericordiam atque pietatem declarat. «Tunc, inquit, vere effusum, cum sese nostra mortalitate contexuit, ut nos sua immortalitate donaret. Tunc sese totum nobis per viscera suæ pietatis effudit, cum pro nobis mori ita crudelissime non recusabit. Hoc est nomen illud effusum, summa charitas, ardentissimus amor Creatoris ad creaturam. Mortalis venit, ut nos redderet immortales; passus est aliquando, qui semper est impassibilis, ne nos semper pateremur; mortuus est semel, ne nos in perpetuum moreremur; descendit ad ima, ut nos tolleret ad superna; exinanitus est Dominus, ut excellentissime dominaretur et servus. Quale fuit, quæro, et quantum est hoc nomen suavissimum? Melifluum, planeque cœleste et salutare. Lætare, mater Ecclesia, tanti nominis tamque salutaris suavitate referta. Exulta, Sponsa, divinissimo hoc unguento perfusa; erumpe in gratiarum actiones. Age jam dives, et clama: Unguentum effusum nomen tuum, Dilecte mi. Unguentum effusum nomen tuum, Clementissime mi. Quid retribuam Domino, pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam et nomen Domini invocabo» (*Psal. 115*, 12-13) (²).

(¹) «Bálsamo derramado es tu nombre, por eso las doncellitas te quieren tanto.»

(²) Filón, obispo de Carpacia, en sus *Comentarios*, por *bálsamo derramado* entiende á Jesucristo, revestido de nuestra carne, y en esto ve una demostración de su inmensa misericordia y piedad hacia

Nombre, por fama.

Algunos han querido que en este lugar, como en otros, sea lo mismo nombre que fama. De Josué dice la Sagrada Escritura: «Fuit Dominus cum Josue, et nomen ejus divulgatum est in omni terra.» (*Josué*, VI, 27) ([1]). Y en el primer libro de los *Reyes*, cap. XVIII, 30: «Et celebre factum est nomen ejus nimis» ([2]). Y en los *Proverbios*, XXII, 1: «Melius est bonum nomen, quam divitiæ multæ» ([3]). Et Daniel, caput XX *(a)*: «Fecisti tibi nomen secundum diem hanc.» Como se ve en este día.

La razón desto es porque como el ungüento precioso derramado da buen olor, assí la fama, que procede de la virtud y obras heroicas, predicada, edifica en el mundo y manifiesta el valor de la persona. Ansí decimos muy ordinario y es frasis castellana: «Fulano ha dado de sí muy buen olor», que es lo mismo que tener buen nombre ó buena fama; y el Apóstol dice (*II Corint.*, II, 14): Que Dios manifestaba su olor, *id est* [esto es], su nombre y su fama por los apóstoles, y que Él y ellos eran buen olor de Cristo; *id est* [es decir], que desparcían y derramaban por el mundo la fama y nombre de Cristo. Sicut scriptum est (*Psal. 18*, 5): «In omnem terram», etc. ([1]). De la naturaleza del ungüento odorífero es que, estando encerrado y guardado en el vaso, muy poco ó ningún olor da de sí; pero derramado, toda la casa llena de suavidad, extiéndese y cunde por todas partes, conforta y regala á aquellos á quien alcanza. Ansí, la fama y el buen nombre, cuanto más se extiende y se derrama, tanto más bien huele y llama á los hombres á la imitación. «Mobilitate viget, dijo un poeta latino, viresque acquirit eundo.» ([2]). Es como aquel caballo Pegaso, que los poetas y filósofos antiguos fingieron con alas, el cual dijeron haber nacido de la sangre de Medusa, muerta por Perseo. Por esta Medusa entendieron la ociosidad, que San Bernardo llamó cloaca ó sentina de todos los males. Y el Sabio (*Eccli.*, XXXIII, 29), maestra de la malicia; y el otro ingenioso poeta, arco del deshonesto Cupido. Dijeron bien; y confírmalo la caída de David, que por quedarse ocioso en casa en el tiempo que los reyes tenían de costumbre salir á pelear con sus enemigos, cometió adulterio y trató de la muerte del fiel siervo Urías.

Ociosidad, sentina de males.

La buena fama se gana con trabajos.

Digo que la fama y el buen nombre nace de la muerte de Medusa, que es la ociosidad, conforme á lo cual Eurípides dijo que el trabajo era padre de la fama. Y San Agustín: «Sic doctor bonam eligat vitam, ut etiam bonam non negligat famam»; et Casio-

(a) Así encontramos esta cita, que manifiestamente es errónea. En el cap. XIII, 64, se encuentran estas palabras, que en el sentido ó significado vienen á coincidir con las aquí citadas: *Daniel factus est magnus in conspectu populi a die illa et deinceps:* «Daniel, desde aquel día en adelante, fué tenido en gran concepto por todo el pueblo.»

nosotros. «Entonces, dice, verdaderamente se derramó, cuando se vistió de nuestra mortalidad para comunicarnos su inmortalidad. Entonces se derramó completamente para nosotros por las entrañas de su piedad, cuando no rehusó morir muy cruelmente por nuestro amor. Este es el nombre derramado por la soberana caridad y ardentísimo amor del Criador á su criatura. Vino mortal, para hacernos inmortales; padeció algún tiempo el que por naturaleza es impasible, para que nosotros no sufriéramos perpetuamente; murió una sola vez, para que nosotros no muriéramos eternamente; descendió á lo más bajo, para elevarnos á las alturas; apocóse el Señor, para que el siervo se enseñorease como soberano. ¿Puedes tú, acaso, decirme cuánta es la suavidad de este nombre? Es, por cierto, melifluo, celestial y saludable. ¡Oh santa Iglesia, madre nuestra, alégrate henchida de la suavidad de nombre tan excelente y provechoso! Alborózate, oh Esposa, empapada con este divinísimo ungüento, y prorrumpe en acciones de gracias. Levanta la voz, enriquecida como te ves con este celestial tesoro, y dí una y otra vez: Aceite derramado es tu nombre, oh Amado mío. Oleo derramado es tu nombre, Clemencia de mi vida. «¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salud, é invocaré el Nombre del Señor.»

([1]) «El Señor estuvo con Josué, y su nombradía se divulgó por toda la tierra.»

([2]) «Y se hizo más y más célebre su nombre» (el de David).

([3]) «Vale más el buen nombre que muchas riquezas.»

([1]) «Como está escrito: su sonido (el de la grandeza de las obras divinas) se ha propagado por toda la tierra), y hasta el cabo del mundo *se han oído* sus palabras.»

([2]) «Se robustece con el movimiento y cobra fuerzas andando.»

dorus (epist. 24): «Laborem non refugit, qui virtutis gloriam concupiscit» ([1]).

Para labrar de un pedazo de hierro una plancha capaz y grande, necessario es el fuego y los golpes de los martillos; lo mismo digo de la fama, que para dilatarse y extenderse ha de passar por fuegos de trabajos y golpes de pesadumbres y molestias. Y el aceite, ¿cómo se hace? Con fuego y con prensa, que con el gran peso lo exprime y saca de las olivas. Luego muy bien y con grande propiedad se compara la fama al aceite, ansí en la manera de granjealla como en el modo de dilatarse. OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM. La fama del Esposo se fué dilatando poco á poco, como se dilata, extiende y cunde el ungüento derramado; ansí en la creación de todo el universo (porque por Él fueron hechas todas las cosas con infinito poder, sabiduría y bondad), como en las grandes maravillas que obró con su pueblo en Egipto y en el desierto, en el Mar Bermejo y en otras muchas ocasiones, hasta que finalmente se hizo hombre y, quebrado el alabastro de su santíssimo cuerpo, se derramó todo el ungüento, y todo el cielo y la tierra quedaron llenos del suavíssimo olor de su misericordia y piedad infinita. ¡Cuán hermoso eres, Señor Jesús, dice [San] Bernardo, á tus ángeles en la forma de Dios, en el día de tu eternidad, en los resplandores de los Santos, engendrado antes del lucero de la mañana, resplandor y figura de la sustancia del Padre, blancura de luz eterna, no postiza y aparente, sino perpetua! Pero, ¡cuánto más hermoso eres para mí en la deposición desta tu hermosura! Porque allí donde te agotaste, y añublaste los rayos de tu nunca perecedera luz; allí, digo, resplandeció más tu piedad; allí extendió más sus rayos tu caridad y, finalmente, campeó más la gracia y se extendió tu nombre y fama como bálsamo.

San Ambrosio (lib. I *De Spiritu Sancto*, capítulo VII), dice ansí ([2]): «Nam sicut inclusum in vase aliquod unguentum cohibet odorem suum, quia odor, quamdiu vasis illius angustiis coercetur, etsi ad plures non potest pervenire, tamen vim suam servat; cum vero de vase illo quo claudebatur unguentum fuerit effusum, longe lateque diffunditur: ita et Christi nomen ante ejus adventum in Israel populo, quasi in vase aliquo, judæorum mentibus claudebatur. Magnum quidem et tunc nomen, cum infirmorum et paucorum hæreret angustiis, sed magnitudinem sui non per corda gentilium et in fines totius orbis effuderat. Postea vero quam per omnem mundum suo illuxit adventu, per omnem utique creaturam divinum illud suum nomen extendit, non repletum accessione aliqua (plenitudo enim nescit augmentum); sed replens vacua, ut esset admirabile nomen ejus in universa terra. Hujus igitur effusio nominis abundantem quamdam exuberantiam gratiarum bonorumque cœlestium significat largitatem. Ex abundanti enim superfluit, quidquid effunditur.»

En el nombre de Jesús se derramó la bondad y piedad divina.

Rebosó la piedad divina en el nombre de Jesús; no se agotó todo el pecho de Dios (que esso es impossible), sino trasvertió. Sic Joel (II, 28): «Effundam *de spiritu meo* super omnem carnem.» Non ait *spiritum*, sed *spiritu (a)*. Nec enim nos capere possumus plenitudinem Spiritus Sancti, sed tantum accipimus quantum arbiter nostri pro sua voluntate diviserit. Sicut enim (*Philip.*, II, 6-7) Dei Filius «non ra-

(a) Creemos oportuno advertir que lo que el texto latino de la *Vulgata*, tal como hoy se lee, dice, es precisamente lo contrario: *Effundam spiritum meum*, etc.

([1]) «Observe tal conducta el hombre sabio, que ella sea garantía de una fama inmaculada.» Y Casiodoro: «No huye del trabajo quien desea fama de virtuoso.»

([2]) «Porque así como un licor ó bálsamo odorífero, mientras está encerrado en una vasija, reconcentra en sí su perfume y no lo pierde porque deje de percibirse, mas cuando el vaso se destapa á todas partes hace llegar la suavidad de olor, del mismo modo antes del nacimiento de Cristo la suavidad y dulzura de su Nombre no salió de los estrechos límites del pueblo judío, en donde se hallaba como encerrado. Grande era, por cierto, entonces también este Nombre, que no perdía cosa alguna de su intrínseca virtud porque se hallase encerrado en tan frágil vaso. Empero, después que con su venida iluminó al mundo, á todas las criaturas de él las llenó de su plenitud, no porque Él recibiese algo (pues en lo que está lleno no cabe aumento), sino porque llenó con su divina suavidad todo lo que encontró vacío. Significa, pues, esta efusión del Nombre de Cristo una sobreabundancia de gracias sobrenaturales. Porque lo que se derrama por defuera en el vaso, es lo que sobra después de estar él lleno.»

pinam arbitratus est, esse se æqualem Deo, sed semetipsum exinanivit», ut nos eum nostris animis percipere possemus. Exinanivit autem, non quod ipse esset vacuus suæ plenitudinis, sed quo mihi, qui plenitudinem ejus sustinere non possem, pro eo quod capere possem, infunderetur; ita etiam de Spiritu Sancto Pater se dicit effundere super omnem carnem: non enim totum effudit, sed quod effudit omnibus abundabit (¹).

Algunos trasladan «Unguentum exinanitum nomen tuum» (²). San Gregorio Niseno: «Unguentum exhaustum» (³). «No pueden, dice él, los hombres conocer á Dios como Él es, ni alguna de sus criaturas nos le puede representar; desta manera dannos alguna noticia, porque por todas está su nombre y su fama derramada. Todas huelen á Dios, y en ellas le conocemos, pero agotado y disminuído.» Perinde ac fieri consuevit in vasis, de quibus unguentum evacuatum fuerit. Ignoratur quidem, quale quidam (*a*) sit ipsum per se natura sua, unguentum exhaustum; sed ex obscura quadam de nidoribus in vase relicta qualitate, conjecturam de unguento exhausto facimus. Hoc igitur est quod per verba indicata discimus, ipsum videlicet divinitatis unguentum, quale tandem essentia sua sit, supra omne tum nomen, tum cognitionem esse: sed miracula quæ in hoc universo contemplamur, vocibus Theologicis materiam suppeditare, per quas Deum, potentem, sapientem, bonum, sanctum, beatum, æternum, judicem, servatorem, aliisque nominibus talibus appellemus. Omnes autem illæ tenuem quandam unguenti divini qualitatem indicant, quam rerum creatarum universitas (instar unguentarii cujusdam vasis) per miracula, quæ in ipsa conspiciuntur, in se detersit (¹).

Todas las criaturas están oliendo á Dios y nos dan noticia de Él, no sólo las mayores, como son los cielos y la tierra, sino las muy pequeñitas y de que ningún caso hacemos.

Divus Dionysius, antiquissimus Theologus (lib. *De Eccles. Hierarch.*, cap. IV), tractans hunc locum, sic scribit: «Jesu nomen, oleum est effusum. Christus enim appellatur, quod ipse eximie fragrans repleat divina voluptate participes: est enim fons suavæ olentiæ, emittens divinos halitus in pias animas (²).

Jesús, nombre propio de Cristo, y muchas cosas notables dél.

Muchos nombres se le dieron á Cristo, y dellos están llenas las Escrituras; pero sólo éste es el propio, el merecido, el ganado por la espada, el estimado sobre todos y digno de toda reverencia. Nombre de suavidad, de majestad y de infinitos provechos. Es el mar que encierra en sí todos los ríos y los deja sin nombre; es el admirable y adonde se halla el consejo; es nombre de Dios y es nombre de hombre. Es el fuerte y que,

(*a*) Parece error tipográfico el decir aquí *quidam;* debería ser mejor *quiddam* ó *quoddam.*

(¹) Por esto se dice en Joel: «Derramaré de mi espíritu sobre toda carne. No dice *el espíritu*, sino *del espíritu;* porque no somos capaces para recibir la plenitud del Espíritu Santo, pero recibimos solamente lo que el Señor nos reparte según su voluntad. Pues el Hijo de Dios no fué por usurpación *sino por esencia* el ser igual á Dios, sino que se anonadó á sí mismo para que pudiésemos recibirle en nuestras almas. Se anonadó, no porque Él quedase vacío de su plenitud, sino para que se nos infundiese lo que pudiésemos recibir, ya que no podíamos sobrellevar toda su plenitud. Otro tanto se puede afirmar del Espíritu Santo, que el Padre dice que derramará sobre toda carne, no porque lo derramó todo, sino porque lo que derramó era sobrado para todos.»

(²) «Ungüento anonadado tu nombre.»

(³) «Ungüento agotado.»

(¹) De la manera que suele acontecer en los vasos de que vaciaron el ungüento. Pues aunque se desconozca la naturaleza del ungüento agotado, rastreamos cuál fuese por la calidad de los olores que quedan en el vaso. De este modo, de las palabras susodichas venimos á inferir que el preciosísimo ungüento de la divinidad, sea cual fuere por su esencia infinita; está sobre todo nombre y sobre todo conocimiento, y en los milagros que contemplamos en todo este mundo hallamos fundamento para apellidar á Dios poderoso, sabio, bueno, santo, bienaventurado, eterno, juez, salvador y otros nombres semejantes. Todos ellos descubren sólo cierta cualidad del Nombre divino, la cual manifiesta la muchedumbre de cosas criadas, á guisa de vaso perfumado, por los milagros que en ellas resplandecen.

(²) San Dionisio, antiquísimo teólogo, tratando de este lugar, dice: «El nombre de Jesús es bálsamo derramado. Tiene por sobrenombre Cristo, ó *Ungido*, porque, exhalando poderosamente de Sí suavísima fragancia, llena á sus particioneros de divinal placer, pues es fuente de suave olor que difunde hálitos divinos sobre las almas piadosas.»

solo, vence la fuerza del demonio, y le rinde y sujeta y postra por el suelo con su sonido, y el que pregona paz y la planta en el alma. Y por esso San Bernardo (*Sermone quodam de Circuncisione*), preguntando á Esaías: *Ubi est nomen super omne nomen?* ¿Qué quiere decir, santo Profeta, que, habiendo dado tantos nombres al Mesías (vocabitur admirabilis, etcétera) [1], os olvidáis de Jesús? Responde: OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM: en esos divinos nombres está derramado; porque, para ser Jesús, necessario ha de ser admirable, fuerte, Dios, Pater futuri sæculi [2]. Todo esso se encierra en el amabilíssimo nombre de Salvador, etc. Muchos y muy graves autores han querido que Jesús sea aquel sacrosanto nombre de Dios, IEOVA, ó que se derive dél. Sólo hay de consideración en contra desto, que aquel santíssimo nombre no podía nombrarse, ó por la grandíssima reverencia que le tenían los hebreos, ó porque, en la verdad, Él era inexplicable, por ser todas las letras vocales. El nombre de Jesús es dulce y fácil en la pronunciación, y no le pronuncian ni llaman como conviene sino los justos. «Omnis *qui* invocaverit nomen Domini, salvus erit» (*Rom.*, X, 13) *(a)* [3].

El nombre de Jesús tiene majestad, suavidad y provechos.

La excelencia de este santíssimo nombre se entenderá de la majestad, suavidad y utilidad dél: que á estos tres puntos se reduce todo lo que hay que decir de Jesús. A la majestad pertenece haber librado el Señor en su nombre la salud de los enfermos, la resurrección de los muertos, la expulsión de los demonios, el sujetar las furiosas aguas del mar airado, la inmunidad en todos los peligros, assí de serpientes como de ponzoñas pisadas y bebidas. «In nomine, inquit, meo demonia ejicient», etc. (*Marc.*, ULT., XVI, 27) [4]. Y los apóstoles dijeron á Cristo: «In nomine tuo prophetabimus, et demonia ejecimus.» (*Mathei*, VII, 22) [1]. Y San Lucas cuenta de un demonio que, viendo á Jesús, dijo á gritos: «Quid mihi et tibi est, Jesu, filii Dei altissimi? Obsecro te ne me torqueas.» (*Luc.*, VIII, 28) [2]. Surio cuenta, en la *Vida de San Amando, obispo*, que, habiéndole arrebatado el demonio un pajecillo suyo en su presencia y ahogándole muy apriessa, el muchacho decía á voces: «Válgame Jesús.» Preguntábale el demonio: «¿Qué Jesús te ha de valer?» Acudió el Obispo y dijo: «Di Jesús crucificado.» Y luego que lo dijo, quedó libre del enemigo.

San Pablo declaró bien la majestad deste divino nombre cuando, escribiendo á los filipenses, dijo (*Philip.*, II, 10-11): «In nomine Jesu omne genu flectatur cœlestium, terrestium et infernorum: et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus [Christus] in gloria est Dei Patris» [3]. Y en solo este lugar y en el último capítulo de San Marcos, adonde se trata de la subida de Cristo á los cielos, se hallan juntos *Dominus* y *Jesus*, para declarar la majestad de Jesús que, como *Señor*, tomó el asiento de la mano derecha de su Padre en los cielos. El Abulense, sobre el *Exodo* (Abul., *Exod.*, XX, q. 7), quiere que sea de mayor autoridad y majestad el nombre de Jesús que el nombre de Dios. Lo cual no se ha de entender porque de suyo tenga ó se le deba esta reverencia, sino por merced del Padre, que quiso honrar á su Hijo desta manera para que los hombres, ángeles y demonios le reconociessen y respetassen, y para que allí le naciesse la honra de donde había sido mayor la deshonra. Et quamvis Deus et homo, secundum Bern., tria habet nomina, *scilicet*, Jesus, Christus et Filius Dei, et quodlibet horum est super omne nomen, tamen in nomine Jesu, dumtaxat, flectitur omne genu, cujus causam asignat Bonaventura dicens (Bonav., lib. III *Sent.* (*a*), in ex-

(a) Estas palabras, tal como las cita el P. Angeles, se encuentran en la profecía de Joel (II, 32), pues *ad Rom.* varía la que hemos subrayado, y entre ella y la primera se interpone la conjunción *enim*. Las mismas se hallan también en *Act.*, II, 21.

(*a*) En la edición que más arriba, pág. 68 hemos citado, este libro III *Sententiarum* es el volumen 3.º de los que comprenden las Obras del Seráfico Doc-

[1] Será llamado admirable.

[2] Padre del siglo venidero.

[3] «Todo el que invocare *de veras* el nombre del Señor, será salvo.»

[4] Dijo: «En mi nombre echarán á los demonios.»

[1] «En tu nombre hemos profetizado y lanzado los demonios.»

[2] «¿Qué tengo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Ruégote que no me atormentes.»

[3] «Al nombre de Jesús dóblese toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.»

positione literæ): «Quod Filius Dei nominat personam in divina natura tantum: Christus autem et Jesus nominant personam in duabus naturis, sed diversimode: Christus enim nominat personam in humana natura relatam ad divinam, quia dicitur unctus: Sed Jesus nominat personam divinam relatam ad humanam, quia Jesus interpretatur Salvator, et ideo in nomine Jesu debet omne genu curvari, in signum gratitudinis, quod nostram naturam assumpsit, et in ea nos redemit» ([1]).

De aquí viene que, hallándose á cada passo hombres perdidíssimos en materia de juramentos y que no abren la boca sino para jurar y votar á Dios, apenas se halla uno que diga assí, á secas: Juro á Jesús. Lo cual todo arguye majestad en este santíssimo nombre. Y hay más en ello: que lo que Cristo no hizo por su persona, lo libró á los suyos en su nombre; que nunca sanó enfermos con su sombra y los sanaba San Pedro invocando su nombre.

Hay un lugar famoso en el *Génesis* que declara admirablemente la majestad de este divino nombre. Allí (*Génesis*, XLVII, 31) se dice que estando el patriarca Jacob en la cama para morir, echando la bendición á sus nietos y á José su hijo, que era visorrey de Egipto, se volvió á la pared y adoró al Señor. Alega este lugar San Pablo (*ad Hebreos*, XI, 21) tratando de la fe de los padres que tuvieron del Redentor que esperaban; y dice assí, siguiendo la versión de los *Setenta:* «Fide Jacob, moriens, *filio Joseph* benedixit, et adoravit fastigium virgæ ejus» ([1]). Nicolao de Lira y las glossas ambas, y comúnmente los doctores, tienen que adoró la potestad y gloria de Cristo, figurada (*Is.*, IX, 6) en el cetro ó vara de José, como acá adoramos su imagen santíssima. San Agustín dice que es grande el sacramento deste hecho, é interpreta por la pared adonde se volvió Ezequías y Jacob, á Cristo humanado. Y San Juan Crisóstomo dice que tuvo aquí revelación de Cristo hecho hombre y puesto en la Cruz. Y San Efrén adelgaza más este pensamiento y dice que adoró el santo Patriarca el nombre de Jesús. Porque adonde nuestra Vulgata dice que adoró al Señor, dicen los *Setenta* que adoró la cumbre de la vara; que significando, como significa, la Cruz, era aquel el lugar adonde estaba puesto *Jesus Nazarenus, Rex Judeorum;* y esse nombre adoró, y en la esperanza dél cerró los ojos y dió s i espíritu al Señor, diciendo: «Salutare tuum spectabo». Al limbo me voy á esperar vuestro hijo.

Principatus super humerum ejus. [El cual, Cristo, lleva sobre sus hombros el principado.]

Es muy lindo dejo para la vida acabarla en Jesús y morir en Él, porque solos aquéllos son bienaventurados que acaban y dan el último aliento y boqueada en Jesús. «Beati mortui, clama el ángel desde el cielo, qui in Domino moriuntur» (*Apoc.*, XIV, 13) ([2]), estribando en Él y entrañados en Él. «*Quia non* est (*Act.*, IV, 12) aliud nomen sub cœlo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri», *nisi in nomine Domini nostri Jesu Christi* ([3]). En él

tor, con el mismo pie de imprenta Salió á luz pública el año 1887. Puede verse también y consultarse con mucho provecho en el tomo VIII, á que en aquella misma página y en la 71 hemos hecho referencia, el que lleva el número IV de los allí publicados con este título: *De quinque festivitatibus Pueri Jesu*, especialmente la *Festivitas III: Quo modo Infans Jesus á devota anima spiritualiter sit nominandus:* «De qué modo el alma devota ha de pronunciar é invocar el Nombre del Niño Jesús», págs. 88-98.

([1]) Y aunque el Dios-hombre, según San Bernardo, tiene tres nombres, á saber: Jesús, Cristo é Hijo de Dios, y cualquiera de éstos está sobre todo nombre, sin embargo, solamente al nombre de Jesús se dobla toda rodilla. Y San Buenaventura apunta la causa de esto diciendo que «Hijo de Dios significa solamente la persona en la naturaleza divina; pero Cristo y Jesús denotan la persona en las dos naturalezas, aunque distintamente; porque Cristo relaciona la naturaleza humana con la persona divina, por cuanto significa ungido; pero Jesús más bien denota la persona divina con relación á la naturaleza humana, porque Jesús se interpreta Salvador, y por eso se le debe doblar toda rodilla en señal de gratitud, porque tomó nuestra naturaleza y en ella nos redimió.»

([1]) El texto de San Pablo es: «Fide Jacob, moriens singulos filiorum Joseph benedixit, et adoravit fastigium virgæ ejus.» Cuya traducción es: «Por la fe Jacob, moribundo, bendijo á cada uno de los hijos de José, y adoró *ó se inclinó* profundamente delante de la vara de gobierno *que llevaba José.*» (Véase tomo I, pág. 203, nota 27, y tomo XII, pág. 337, notas *B* y 29 de la ed. de la *Vulgata* que hemos citado en la pág. 6, nota (*a*).

([2]) «Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor.»

([3]) Porque no se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos, *fuera del nombre de nuestro Señor Jesucristo.*

acabó San Pablo, porque la cabeza suya, cortada y apartada del cuerpo, porque fué el miembro último de donde se despide el alma, dando saltos á una parte y otra parte, decía en cada salto: Jesús. Y con este nombre se quedó escrito en el corazón San Ignacio, al cual tuvieron tanto respeto las fieras hambrientas, que no tocaron á sus carnes muertas, aunque la necessidad y hambre procurada por los tiranos les obligaba á comerlas.

Y con lo que echamos el sello á este primer punto es con lo que pasó en la muerte de Cristo, que cuando Pilatos le quita la vida en la Cruz, entonces celebra y publica en tres lenguas su nombre, dándole el más alto lugar en aquella divina carroza de la cruz, como se le daba al nombre IEOVÁ, Santíssimo, que tenía por asiento la cabeza del Sumo Sacerdote. Y es cosa de grande admiración que habiéndose dejado llevar el juez de los judíos contra razón y justicia, hasta sentenciar á Cristo á muerte y ponerle en la Cruz, siendo importunado que quitasse el título della, como afrentados de que se dijesse que Jesús era rey suyo, nunca dió su brazo á torcer. «Quod scripsi, scripsi» *(Joan.*, XIX, 22) *(a)*. El nombre y la causa he escrito. Cumplióse á la letra lo que había pedido á su Padre en el título del *salmo 57:* «Ne corrumpas aut disperdas, pro tituli inscriptione» ([1]). Pero lo que causa mayor espanto y admiración es que el mismo Señor del cielo abajó la cabeza al letrero, como enseñando el respeto que se ha de tener á su nombre. Y ¿qué mucho que inclines tú el cuerpo, y aun que pongas las rodillas en el suelo, á aquel nombre al cual inclina Dios la cabeza y se arrodillan los ángeles y los demonios?

De la majestad de este santíssimo nombre trata admirablemente Henrico Harpio, famosissimo teólogo (lib. II, *Theologia Mystica*, capítulo XI); y primero, de aquel grande nombre de Dios *Tetragramaton*, dicho comúnmente inefable, como ya vimos, no porque no se pudiesse pronunciar, sino porque sólo el Sumo Sacerdote, y en el Santuario, y habiendo precedido ayuno y bendiciones sacerdotales, le pronunciaba. In cujus prolatione fuit cura magna et reverentia. Vel dicebatur ineffabile, non quia dici non posset, sed quia ejus significatio ab humano corde comprehendi non valeret. Unde, secundum sapientes judæorum, significat incommutabilem et nudam Dei substantiam. Quod nomen primo Deus indicavit Moysi, tam quoad vocem, quam etiam quantum ad significationem, dicens: «Et nomen meum magnum *Adonai* non indicavi eis», *scilicet*, Patribus ([1]). *Sed notandum* [Pero, nótese] que este nombre *Adonai* se pone en la Biblia por el nombre grande de las cuatro letras, *Tetragramaton*, que por su grande majestad y reverencia se calla. Hoc nomen in lamina aurea scribebatur, et super mithram, vitta hyacinthina ligabatur, ut immineret fronti Summi Pontificis. Rabbi Salomon dicit, quod hoc sanctissimum nomen ponebatur in rationali juditii, sub lapidibus rationalis absconditum. Rationale enim fuit de panno duplicato, et inter duos pannos ponebatur, et portabatur ad pectus Pontificis, cujus virtute ei manifestabatur de interrogatis, quando Dominus consulebatur ([2]).

Por qué se llamaba inefable el nombre de Dios *Tetragramaton.*

Nomen istud ineffabile figura fuit nominis Jesu, compositum ex quatuor litteris, quibus et nomen Jesu scribitur; scilicet: *Jod*, quod nobis est *I; He*, quod est *H; Van*, quod est *V;* et *Chet*, id est *E*. Las cuales cuatro letras hebraicas declaran admirablemente los efectos

(a) Cita estas palabras el P. Angeles como del Evangelio de San Mateo, XXVII; pero son de San Juan, l. c.

([1]) «No destruyas á tu siervo: salmo de David para inscribirse en una columna.» (Nuestra Vulgata dice: «Ne disperdas, David in tituli inscriptionem.»)

([1]) Y en su pronunciación hubo gran cuidado y reverencia. O se llamaba inefable, no porque no pudiese nombrarse, sino porque su significación no podía comprenderla el corazón humano. De aquí que, según los sabios entre los judíos, significa la inconmutable y pura substancia de Dios. Este nombre indicó Dios primeramente á Moisés, tanto en cuanto á la voz como también cuanto á su significación, diciendo: «Y mi gran nombre *Adonai* no lo indiqué á ellos», á saber, á los antiguos Patriarcas.

([2]) Se escribía este nombre en una plancha de oro y se sujetaba con una cinta de jacinto sobre la mitra para que sobresaliera en la frente del Sumo Pontífice. Rabí Salomón dice que este nombre santísimo se ponía en el *racional del juicio*, escondido bajo las piedras del racional. El *racional* era de paño doble, y se ponía entre dos paños y era llevado en el pecho del Pontífice, y por virtud de él se le revelaba sobre lo preguntado cuando consultaba al Señor.

del nombre de Jesús. *He*, significat Iste; *Jod*, Principium; *Chet*, Passionis; *Van*, Vitæ. Nam Christus est Principium vitæ in Adam amissæ, quam separabit sua passione. (Hæc tanguntur in Glossa super *Exodum*, cap. XXVIII). Ecce habes nomen Patribus quidem manifestatum, sed nondum effusum; nondum dulcescit charitate, quia pavescit potestate. Hoc enim reservatum erat novæ legi ([1]). Y ánima evangélica y humilde es la que dice: OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM. Porque á sola la humildad se le concede la experiencia del suavíssimo olor y fragancia deste nombre. Habet quidem oleum superbus, sed reconditum; habet in codice non in corde; foris habet in littera, non intus in spiritu: contrectat manibus vas plenum et clausum, nec aperit, ut ungatur: intus est unctio Spiritus; aperi et ungere. Quid facit oleum in vasis, si non sentis in membris? Quid tibi prodest pium lectitare Salvatoris nomen in libris, nec habere pietatem in moribus? «Confiteor tibi *(Math.*, XI, 25) Pater, Domine cœli et terræ, quia abscondisti hæc *unguenta, et hoc divinum homen* sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis.» OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM. Sed quid mirum si effusum sit nomen Sponsi, cum et ipse sit effusus et exinanitus, formam servi accipiens? Effusum est nomen Jesus, et ita diffusum, ut non solum cœlos, sed et terram *(a)* et inferos copiose respergeret. Div. Apponius sic ait: «Sicut in multitudine cadaverum putridorum reclusi homines morbo periclitantur, ita habitatoribus hujus mundi evenerat Adam, pluralem deorum numerum, inducente diabolo, ore serpentis dicendo: *Eritis sicut dii*» (*Gen.*, III, 5). Introducto autem unius veri Dei nomine, per incarnationis mysterium recondito incorporeo vasculo, quo fracto clavorum et lanceæ *(Joann.*, XIX, 18, 34) ictibus, odore ejus notitiæ omnis fætor diabolicæ doctrinæ de toto mundo abstersus est: et illud magnum nomen (*Psal. 75*, 2) quod in solo populo Israel erat notum per chrismatis unctionem, nunc, quasi effuso vase unguenti in domo, tota domus repletur odore. Ita, et a tempore passionis Dominicæ omnis mundus, unius veri Dei Christi nominis notitia impletus, probatur: ubi per omnes nationes gentium, quotidie quasi odor unguenti virtutum recurrit fragrantia, dum mortui (invocato ejus nomine), resurgunt, cæci vident, claudi ambulant, muti loquuntur, leprosi mundantur, effugantur dæmonia, omnis ægritudo cadit, pellitur langor in virtute hujus nominis invocati. Ecce quibus odoribus dilectio amorque Christi adolescentulas accendit animas, de quibus dicitur: ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE ([1]).

Sed effundamus hoc oleum, ut sentiamus ejus virtutem. Et videamus, primo. Cur oleo comparetur Christi nomen. «*Oleum*, dicit Bernardus et Harpius, est lux, est cibus, est et medicina». Lucet, fovens ignem, cibat, nutriens carnem, ungit, leniens dolorem. Sic nomen Jesus lucet dum prædicatur; est enim lux illa vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. Nihil enim sic iræ comprimit impetum, superbiæ sedat tumorem, vulnus sanat liboris, restringit luxuriæ fluxum, avaritiæ sitim temperat, et totius dedecoris pruriginem fugat, sicut nomen Jesu prædicatum. Secundo, pascit recogitatum; nihil enim

Efectos del nombre de Jesús.

(a) Corregimos esta palabra, pues la encontramos en nominativo *terra*, en vez de acusativo, concertado con *cœlos et inferos*.

([1]) Este nombre inefable fué figura del nombre de Jesús, á saber: *Jod*, que para nosotros es *I; He*, que es la *H; Van*, que es la *V*, y *Chet*, esto es, la *E. He* significa ese; *Jod*, principio; *Chet*, de pasión; *Van*, de vida. Porque Cristo es el principio de la vida perdida en Adán y la separó con su pasión. Estas cosas se apuntan en la Glosa sobre el capitulo XXVIII del *Exodo*. Aquí tienes, pues, un nombre manifestado por cierto á los Padres; pero todavía no derramado. Todavía, porque hace temer por su poderío, no dulcifica por la caridad, y esto se reservaba para la nueva ley.

([1]) El soberbio tiene también este bálsamo, pero cerrado; lo tiene en el libro, pero no en el corazón; tiénelo fuera en las letras, pero no dentro en el espíritu; toca con sus manos este vaso lleno y tapado, pero no lo abre para ungirse; dentro está la unción del espíritu, abre y úngete. ¿De qué sirve el bálsamo encerrado en el vaso si no lo perciben tus miembros? ¿Qué te aprovecha leer frecuentemente el suavísimo nombre del Salvador en los libros, y no imitar su piedad en tus costumbres? «Yo te glorifico, Padre y Señor de cielo y tierra, porque escondiste estos ungüentos y este divino nombre á los sabios y prudentes, y los has descubierto á los pequeñuelos.» *Oleo derramado es tu nombre.* «Pero, ¿qué maravilla es, dice San Ambrosio, que se llame derramado el nombre del Esposo, habiéndose Él mismo derramado y agotado tomando la forma de siervo?

sic mentem cogitantis confortat et impinguat: nihil sic exercitatos sensus reparat; virtutes roborat; bonos mores et honestos vegetat; castas affectiones incorporat, sicut Jesus in morte et vita recogitatus. Aridus est omnis animæ cibus, si non hoc oleo ungatur: et insipidus, si non hoc sale condiatur. Jesus, mel in ore, melos in aure, jubilus in corde. Hinc Bernardus. «O anima mea, inquit, reconditum habes electuarium in vasculo vocabuli hujus, quod est Jesus.» Hoc autem electuarium confectum est ex omnibus beneficiis divinitatis ejus in Creatione et humanitatis ejus in recreatione, et ex omnibus virtutibus ejus in exemplum sequellæ; præsertim ex illa ineffabili charitate nobis ostensa, in mansuetissima horribilis passionis et mortis perpessione: quibus ¡o anima! reficiaris delectabiliter, quiescas dulciter, proficias utiliter, et consumes feliciter. Tertio, nomen Jesu lenit invocatum, et ungit, quia oleum et unguentum est, etc. (1).

Entre los antiguos gentiles, y aun entre los católicos, el aceite fué símbolo ó hieroglífico admirable de paz. Sic Virgil., lib. VI *Æneid.:*

Paciferæque manu ramum prætendit olivæ (1).

Y no falta quien diga que el ramo de oliva que en su mano tenía Mercurio era significación de paz. «Quod ille deorum inter nuntius pacem feratur conciliare» (2). En una moneda de Severo Pío Augusto estaba grabado, ó estampado, un ramo de oliva con esta letra: «Fundatori pacis» (3). Esso significó el ramo de oliva que, vuelta la paloma al arca, acabado ya el diluvio, trajo en el pico con las hojas verdes (*Gene.*, VIII, 11). Como si dijera: «Consolaos, Noé, que ya Dios está desenojado y de paz en el mundo: veis aquí la señal de su

---

Derramóse el nombre de Jesús, y de tal suerte se derramó, que no solamente en los cielos y en la tierra, pero aun á los infiernos llegaron abundantes rociadas de su influencia.» Aponio se expresa de este modo: «Así como los hombres que viviesen encerrados en compañía de muchos cadáveres hediondos enfermarían de muerte, así les aconteció á Adán y á los demás habitantes de este mundo al proponerles el diablo, por boca de la serpiente, la pluralidad de dioses, diciéndoles: *Seréis como dioses*». Mas así que fué revelado el nombre del verdadero y único Dios, y, cerrado en vaso corporal por el misterio de la Encarnación fué quebrado con golpes de clavos y lanza, con el olor de su conocimiento se disipó todo el hedor de la doctrina diabólica, y aquel gran nombre, que sólo era conocido en el pueblo de Israel, ahora, roto el vaso del ungüento en el pueblo cristiano por la unción del crisma, toda la tierra quedó llena de su olor, de tal manera, que desde el tiempo de la pasión del Señor, todo el mundo está lleno de la noticia del nombre del único Cristo verdadero Dios, y todos los dias cunde como regalado olor de este ungüento el aroma de sus virtudes; é invocando este nombre, los muertos resucitan, ven los ciegos, andan los cojos, hablan los mudos, sanan los leprosos, son ahuyentados los demonios, cúrase toda dolencia y cualquier languidez desaparece por la invocación de este nombre. Estos son, pues, los delicados perfumes con que cada día crece y se aumenta el amor de Cristo en las almas juveniles, de las cuales se dice: *Las doncelluelas te amaron*.

(1) Pero derramemos este óleo para que sintamos su fragancia, y veamos primero por qué el nombre de Cristo se compara al bálsamo. «El aceite ó bálsamo, dicen San Bernardo y Harpio, es luz, es comida y es también medicina». Alumbra, cebando el fuego; alimenta, sustentando la carne; unge, aliviando el dolor. De este modo el nombre de Jesús alumbra cuando es predicado, porque Él es la verdadera luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. Porque nada tan eficaz como predicar el nombre de Jesús para contener los ímpetus de la ira, calmar la hinchazón de la soberbia, sanar las llagas de la envidia, restañar el flujo de la lujuria, templar la sed de la avaricia y desterrar la comezón de toda deshonestidad. En segundo lugar, este nombre sustenta, meditándolo; porque nada conforta y engorda tanto la mente del que piensa; nada repara mejor las fuerzas cansadas, ni robustece más las virtudes y vigoriza las buenas y santas costumbres é infunde castas aficiones como pensar á todas horas en Jesús. Desabrido es todo manjar del alma si no se condimenta con este aceite, é insípido si no se sazona con esta sal. Jesús es miel al paladar, melodía al oído, júbilo para el corazón. Por esto dice San Bernardo: «¡Oh, alma mía!, un misterioso y delicadísimo perfume tienes oculto en este nombre de Jesús», el cual está compuesto y confeccionado de todos los beneficios de su divinidad en la creación y de su humanidad en la redención, y de todas sus virtudes, para ejemplo de los que le siguen, especialmente de aquella caridad inefable que nos mostró en la inalterable paciencia con que sufrió la pasión y muerte afrentosa, para que con ellas sabrosamente te alimentes, descanses dulcemente, ventajosamente aproveches y felizmente te perfecciones. En tercer lugar, el nombre de Jesús alivia al invocarlo, y unge porque es aceite y ungüento.

(1) «Extiende el ramo de oliva, símbolo de la paz, que lleva en la mano.»

(2) «Por cuanto se decía que era el conciliador de la paz entre los dioses.»

(3) «Al fautor y mantenedor de la paz.»

clemencia y misericordia, que nunca se marchita ni seca.» «Et senectus mea in misericordia uberí» (*Psal. 91*, 11) [1]. El cual versillo trasladan algunos del hebreo: «Senectus mea in oleo pingui» [2]. In Isaia legimus de Christo Domino (*Isai.*, V, 1): «Vinea facta est dilecto meo in cornu filio olei»; id est, in Christo, qui est dilectus et cornu salutis, et filius olei; id est, misericordiæ et pietatis divinæ [3].

Y, por ventura, quiso significar ésto aquel caso rarissimo de manar una fuente de aceite de la otra parte del Tiber (Oros., *Hist.*, lib. III, capítulo XVII), desde la mañana hasta la noche, el día de su nacimiento. OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM. «Effusum et infusum, dice Próspero: infusum in ipsa æternitate, effusum in temporis plenitudine: infusum in operibus interioribus, et effusum in externis: infusum in Patre, effusum in matre: infusum in divina generatione, effusum in humana nativitate: infusum ut Deus, effusum ut homo: infusum in cœlo, effusum in terris: infusum in Angelis, et effusum in hominibus» [4].

Jesús es sánalotodo.

Ungüento derramado para los hombres es (*a*) el nombre de Jesús, el antídoto y sánalotodo que dejó el Señor en su Iglesia y quiso que se trajesse de unas partes en otras para salud y remedio de todos. «Vas electionis est mihi, dice Cristo á Ananías en la conversión de Saulo (*Act.*, IX, 15), ut portet nomen meum coram... Regibus et filiis Israel» [1], que le lleve y le traiga como medicina probada para sanar almas y cuerpos. «In nomine Jesu..., dijo San Pedro (*Act.*, III, 6) al paralítico, surge et ambula» [2], y luego se levantó y, saltando de placer, daba gracias al Señor. Este era el colirio de los ciegos, y es la epítima probatíssima para corazones afligidos y melancólicos. Al fin, medicina que bajó del cielo: que en la tierra no la hay ni tan universal ni de tanta eficacia. Un ángel recibió de la boca de Dios este nombre, y con gran reverencia le trajo al mundo y le puso en el oído y corazón de la Virgen, y de su boca se derramó en la Iglesia, porque preguntada en la Circuncisión: ¿Cómo ha nombre el Infante?, respondió: Jesús. «Quod vocatum est ab Angelo priusquam in utero conciperetur» [3] (*Luc.*, II, 21) (*a*).

Ungüento significa alegría.

Dice Hortulano que los ungüentos olorosos tuvieron entre los hebreos significación de alegría, y por esto usaban dellos en los banquetes, y por lo mismo se ungian los reyes y los sacerdotes; porque no ha de reinar en ellos la melancolía y tristeza del pecado, como de Cristo lo dijo Isaías (*Isai.*, XLII, 4): «Non erit tristis neque turbulentus», etc. [4]. Y Él dejó escrito en su Evangelio (*Math.*, VI, 17): «Tu autem cum jejunas, unge caput tuum» [5], para quitar de las buenas obras, que de suyo tienen afligir el cuerpo, la tristeza, á lo menos procurada y fingida: ca no se agrada de servicios hechos con ella. «Hilarem enim dato-

(*a*) Dice el impreso *en;* pero debe ser indudablemente error, y por eso lo corregimos.

(*a*) Otra vez tenemos que corregir las citas; pues hallamos en vez de ésta, que es la verdadera, la de *Math.*, II.

[1] «Y mi vejez *será vigorizada* por la abundancia de tus misericordias.»

[2] «Mi vejez como bañada en suave y abundante óleo.»

[3] En Isaías leemos hablando de Cristo, señor nuestro: «Adquirió mi amado una viña en un collado muy fértil»; esto es, en Cristo Jesús, que es el amado, y el Salvador poderoso, y el hijo de bondad, es decir, de la misericordia y piedad divinas.

[4] «Bálsamo derramado es tu Nombre». «Derramado y recogido ó infuso, dice San Próspero: ésto en la eternidad; aquéllo, en la plenitud de los tiempos. Recogido y como apretado en las operaciones internas (*ad intra;* que dicen los teólogos) y derramado en las que obró *ad extra* (en el mundo): recogido y encerrado en el Padre; derramado, en su Madre bendita; recogido en la eterna Generación, y derramado, en su Natividad temporal: recogido, en fin, como Dios, y en el cielo y ante los Angeles, derramado, como hombre, y en la tierra y entre los hombres.»

[1] «Ese mismo (Saulo) es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre *y anunciarlo* delante de... los reyes, y de los hijos de Israel.»

[2] «En el nombre de Jesús, levántate y camina.»

[3] Al circuncidar al niño, «le fué puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el Angel antes que fuese concebido.»

[4] «No será melancólico *su aspecto*, ni turbulento, etc.»

[5] «Tú, al contrario (es decir, al contrario de los hipócritas, de quienes habló en el verso anterior á éste) cuando ayunes, perfuma bien tu cabeza, y lava *bien* tu cara.»

rem diligit Deus» *(II Corint.*, IX, 7) *(a)* (¹). En el *salmo 44*, 8, escribe el profeta del Mesías: «Dilexisti justitiam et odisti iniquitatem: propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo lætitiæ præ consortibus tuis»: «Por el amor que tuviste á la justicia y odio á la iniquidad te untó tu Padre con óleo de alegría, aventajadamente más que á tus consortes»; *quasi dicat* [como si dijera]: No traerá capote el Mesías, ni podrá reinar en Él la tristeza, porque amará de corazón la justicia y de corazón aborrecerá el pecado.

El pecado causa tristeza y melancolía.

Lo que yo, de passo, sé decir aquí es que sólo el pecado anubla el corazón y le melancoliza y pone triste como la noche; y assí, en el alma donde la justicia reina, no puede entrar la tristeza: anda banqueteada siempre, y siempre de bodas. El justo en lo secreto está alegre, regocijado y festivo, y en lo de fuera es afable, grato y de buen gusto para todos. Todo lo dijo Esaías de Cristo (*Isai.*, LXI, 1-3): «Spiritus Domini super me, eo quod unxerit me: ad annuntiandum *pauperibus* misit me, ut mederer contritis corde, ut prædicarem captivis indulgentiam, et clausis apertionem: ut prædicarem annum placabilem Domino, et diem ultionis Deo nostro: ut consolarer omnes lugentes: ut ponerem *fortitudinem* lugentibus Syon, et darem eis coronam pro cinere, oleum gaudii pro luctu, palium laudis pro spiritu mœroris» (²).

Cristo vino á desterrar tristezas.

Vino el Hijo de Dios al mundo para alegría del mundo; vino untado, vino de fiesta y de bodas; vino á desterrar las melancolías y desconsuelos de los pechos de los hombres, que no sabían sino llorar y gemir. San Pablo dijo (*Rom.*, XIV, 17) *(a)* que «el reino de Dios era justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo». Y, á la verdad, estas tres cosas son inseparables: que adonde hay justicia hay paz, y adonde paz y justicia, hay contento y gozo perpetuo, el cual ningún sucesso puede impedir ni perturbar; como lo testificó el Sabio (*Prov.*, XII, 21) (*b*): «Non contristabit justum quidquid acciderit ei». Merito igitur Sponsa laudibus extollit hoc admirabile nomen Sponsi sui Jesus, ejusque suavitatem cum suavissimo comparat ungueto, cujusmodi erat illud (*Exod.*, XXX, 25-30): quo ungebatur summus Sacerdos: cujus rationem docuit Deus. Obiter autem notandum venit, ideo olei nomine intelligi unguentum, quod in omnibus unguentis oleum quasi materia sit. Quod apparet in lib. V *de Unguentis* Dioscori: ubi agit de viginti quinque generibus unguentorum, quibus omnibus oleum tanquam materia admiscetur (¹).

Por esto, como dijimos, indifferentemente trasladan los intérpretes deste lugar: OLEUM ET UNGUENTUM NOMEN TUUM. Ut enim oleum et quæ ex oleo conficiuntur unguenta odorifera, si olfeceris, colapsas corporis vires reficiunt, et confirmant; sic nomen hoc dulcissimum odore suo mirifico exhilarat cor, reformat vires animæ, easque confirmat. Id enim, loco jam citato, docuit Esaias, dicens de Christo,

(a) En lugar de *II Corint.* se lee *I Corint.* Es errata.

(a) Aquí encontramos por el cap. XIV el IV.

(b) También aquí encontramos un error, pues cita el libro del *Eccles.* en lugar de los *Prov.*

(¹) «Dios ama al que da con alegría.»

(²) «Ha reposado sobre mí el espíritu del Señor, porque el Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar á los mansos y *humildes;* para curar á los de corazón contrito y predicar la redención á los esclavos, y la libertad á los que están encarcelados; para publicar el año de reconciliación con el Señor, ó su *jubileo*, y el día de la venganza de nuestro Dios; para que yo consuele á todos los que lloran; para cuidar de los de Sión que están llorando, y para darles una corona *de gloria* en lugar de la ceniza *que cubre sus cabezas*; el óleo propio de los días solemnes y alegres en vez de luto.»

(¹) «Ningún acontecimiento, dice el Sabio, podrá contristar al justo.» Con razón, pues, alaba la Esposa este nombre admirable de Jesús, su amado Esposo, y compara la amabilidad y la dulzura de éste al ungüento precioso y suavísimo con que era ungido en la antigua Ley por mandato de Dios el Sumo Sacerdote, según se dice en el cap. XXX del *Exodo*. Notamos también, de paso, que generalmente se designa con el nombre de óleo ó aceite aquel bálsamo ó ungüento precioso, porque en todos éstos el óleo ó aceite es como la base, y entra como componente muy principal, según lo hace observar Dióscoro en el libro V de la obra que sobre esta materia escribió, en donde habla de veinticinco clases de bálsamos en todos los cuales el óleo ó aceite entra como materia ó parte principal.

«Ut ponerem *fortitudinem* lugentibus Syon, et darem eis coronam pro cinere»; hoc est, victoriam inimicorum: oleum enim fortitudinem præbet. Ideo athletæ pugnaturi ungebantur oleo, quo vires reficerent ac confirmarent ([1]).

Y si la majestad deste divino nombre no te dobla, dóblete el provecho, el útil *(a)*, que dobla y humilla los montes altos y más yertos collados del mundo. Inclínase el collegial de Alcalá cuando oye nombrar á su patrón, porque le da casa en que viva y sustento para sus estudios, ¿y no se doblará y humillará el cristiano cuando suena en sus oídos: *Jesús*, por el cual tiene vida de gracia y espera vida de gloría? ¡Qué obligado se sintió Tobías al ángel que le había acompañado en su camino y librado del pece grande! ¡No le parece que puede haber recompensa digna para un beneficio tan crecido, y, al fin, hijo y padre le ofrecen la mitad de su hacienda. Pues ¿por qué habemos nosotros de ser ingratos á tan grandes mercedes como habemos recebido por Jesús? ¿Qué tienes que no lo tengas por Jesús? Pues no te pide la mitad de tu hacienda, sino un pedazo de pan en su pobre. Dáselo, no seas ingrato, que más le debes que Tobías al ángel, y más que los colegiales á su fundador. «Fecisti nos, dice San Juan (*Apoc.*, V, 10), regnum et sacerdotes, et regnabimus super terram» ([2]). Y si las amistades no se estiman ya en el vulgo, y aun entre los nobles, sino en cuanto nos son de provecho, ¿por qué no procuramos la de Jesús por el que de ahí se nos puede seguir? ¡Ay, Jesús, que nadie te sigue ni te acompaña sino por el útil! «Omnes quæ sua sunt quærunt, non quæ Jesu» (*Filip.*, II, 21) ([1]). Sola la Esposa y sus doncellas, por la suavidad y dulzura de tu nombre, se andan tras de ti.

Y sea lo tercero: OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM: IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE (*Cant.*, I, 2): «Bálsamo derramado tu nombre; por eso las doncelluelas te amaron.» El nombre de Jesús es nombre que cunde y se embebe en el alma, como aceite. «Sicut oleum in ossibus ejus» (*Psal. 108*, 18) ([2]), que entra hasta lo más secreto é íntimo de ella, que no deja rincón que no visite y alegre con su presencia. No es nombre campanudo, que espanta y pone miedo, sino blando y amoroso, y que convida y provoca á las doncelluelas á su amor. Nombre que, puesto en el oído ó pronunciado con la boca, se va entrando por la región del alma y se apodera del corazón, y le enamora y lleva tras de sí. Nombre que, conocido, pone ánimo y da confianza para que sin miedo esperemos en el Señor. Nombre que enseña el cómo y el cuánto de las divinas alabanzas. «Secundum nomen tuum, ita et laus tua in fines terræ» (*Psal. 47*, 11) ([3]). Nombre en quien está cifrado y sumado cuanto Dios hizo por los hombres, y de quien Esaías dice (*Isai.*, XXVI, 8): «Domine... nomen tuum, et memoriale tuum in desiderio animæ.» Quæ verba magis ad effectum, quam ad eloquium pertinent. Recogitet ea anima devota, in cujus desiderio nomen Jesu semper esse debet: est enim memoriale omnium beneficiorum, quæ mundo Deus contulit ([4]).

(a) Es aquí esta palabra sinónimo de utilidad, provecho, etc.

([1]) Indistintamente traducen los intérpretes *bálsamo* ó *ungüento* es tu Nombre. Porque así como al oler el bálsamo y los otros perfumes aromáticos que del bálsamo se componen parece como que infunden nuevas fuerzas y restituyen las perdidas al cuerpo, del mismo modo este dulcísimo Nombre alegra con su perfume el corazón, repara las fuerzas del alma y las mantiene. Que es lo que Isaías dice en el lugar arriba citado: «El Señor me ha enviado», etc. Véase pág. 93, nota 2.

([2]) «Nos hiciste (dicen los veinticuatro ancianos) para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra *hasta que después reinemos contigo en el cielo.*»

([1]) «Todos *(casi* todos) buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo.» (Escribió estas palabras el Apóstol después de haber dicho en el versículo anterior que ninguna persona tenia tan unida á sí, de corazón y de espíritu, como su fiel discípulo Timoteo, á quien estaba esperando, anheloso, cuando escribía esta epístola.)

([2]) «Como el aceite *cala* los huesos *y se embebe en ellos.*»

([3]) «Al modo que tu Nombre, ¡oh Dios!, así tu gloria *se extiende* hasta los últimos términos de la tierra.»

([4]) «¡Oh Señor!, todo el deseo de nuestra alma se cifra en traer á la memoria tu Nombre.» Estas palabras son, desde luego, expresión no tanto de un deseo cuanto de una realidad. Tráigalas muchas veces á su memoria el alma devota, en cuyas aspiraciones y deseos debe tener siempre lugar preferente el Nombre de Jesús, pues éste es un memorial perpetuo y expresivo de todos los beneficios que Dios ha hecho al mundo.

OLEUM EFFUSUM. Este verbo *effundo* significa derramar de gana, y de manera que se agote la vasija. *Effundere sermonem* (*Eccl.*, XXXIII, 6) *(a)*: es hablar con grande copia de palabras. *Effundere cor*(*Thren.*, II, 19): manifestar el corazón sin que quede en él cosa escondida. *Effundere jecur* (*Thren.*, II, 11): vomitar ó trocar las entrañas. *Effundere sapientiam* (*Eccl.*, I, 10): derramar sabiduría en abundancia. *Effundere orationem* (*Psal. 141*, 3): es orar con grande fervor y decirle á Dios todo nuestro pecho. De la largueza con que nos comunicó Dios su espíritu por Cristo, dice el Apóstol (*Ad Titum.*, III, 6): «Quem effudit in nos abunde» (¹), y así como le dió le tenía prometido. «Effundam Spiritum meum super omnem carnem» (*Joel.*, II, 28) (*Isaí.*, XLIV, 3) (²).

Finalmente, lo que propiamente significa este verbo es derramar con ímpetu y voluntad de desentrañarse y darse todo. Y en esta significación podemos decir que está en este lugar. OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM. Jesús es ungüento salido de las entrañas de Dios, nombre en el cual Dios se desentrañó y con que manifestó su bondad al mundo, y en el cual dió cuanto tenía.

Dios se derramó en Jesús.

Y viene muy bien esto con la letra que dice: «Unguentum exinanitum nomen tuum» (³), ó porque se vació y derramó la vasija en que estaba, que es el pecho del Padre, cuando nos dió á Jesús, ó porque pareció Dios agotado en este nombre. Verdad sea que podríamos decir que el nombre está aquí por el mismo Verbo divino encarnado (que Jesús es nombre que dice dos naturalezas en una persona), como se halla en muchos lugares de la Sagrada Escritura, conforme á la costumbre de los hebreos, que frecuentemente usurpan el nombre de la cosa por la misma cosa, v. gr. (*Joan*, I, 12): «Dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus»; id est, in eo. Et *Psal. 30*, 4: «Propter nomen tuum educes me et enutries me»; id est, por ti mismo. Et *Isaías*, XXX, 27: «Ecce nomen Domini venit de longinquo, ardens furor ejus»; id est, Dominus. Et *Joannes*, III, 18: «Jam judicatus est, quia non credit in nomine Filii sui»; id est, in Filio (¹).

¡Oh, cómo se desentrañó Dios dándonos á su Hijo! ¡Qué de gana y con cuánta voluntad nos le dió! ¿Qué más tuvo que darnos? O ¿qué no nos dió dándonosle? «Quomodo (*Rom.*, VIII, 32) cum illo non omnia nobis donabit?» (²). El nombre de Jesús no es puesto *ad placitum* [arbitrariamente, á capricho], como dijeron los platónicos y aristotélicos que se ponían los nombres á las cosas, sin tener consideración á las naturalezas dellas, de manera que fuera lo mismo llamar Díos á la masa seca de la tierra *aridam* que si lo llamara á la congregación de las aguas. Orígen. (lib. II *contra Celsum*) dice que, mirada su naturaleza, llamó *maria* [mar, ó mares] á las aguas todas juntas y *aridam* [seca] á la tierra.

Jesús es nombre de tal manera *ad placitum* [arbitrariamente, á capricho], que declara la naturaleza del Verbo hecho hombre, sin quedar nada por declarar, porque su ser de Cristo es ser Jesús; *id est* [es decir], que todo cuanto en Cristo hay es salvación y salud. Por esso dijo Bernardo, que aunque el Esposo tiene muchos nombres, entre todos es Jesús su propio nombre. Es nombre nacido y que le trae como embebido en el ser; porque cuanto hay en Cristo, como agora dije, es salud, y essa está pregonando y obrando su nombre. Quiso el Señor que su nombre mostrasse la grandeza del amor que nos tiene. ¿Cómo? No haciéndole de alguna de sus grandezas, sino

Jesús es lo mismo que salud.

(a) Nos parece equivocación citar el cap. XXXI, que hallamos en el impreso; por eso lo hemos corregido.

(¹) Renovándonos por el Espíritu Santo, «que Él derramó sobre nosotros copiosamente».

(²) «Derramaré yo mi Espíritu *Divino* sobre toda clase de hombres», como dice el profeta Joel; y «derramaré mi espíritu sobre tu linaje», de Isaías.

(³) «Bálsamo agotado, exhausto, anonadado.»

(¹) «A todos los que le recibieron, que son los que creen en su Nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios»; esto es, á los que creen en Él. Y en el salmo 30: «Por *la honra* de tu Nombre me guiarás y sustentarás»; es decir, por ti mismo. En Isaías: «Mira que viene, *se oye ya* allá á lo lejos el Nombre *ó Majestad* del Señor; está su saña encendida é insoportable»; ó lo que es lo mismo: Mira que viene el Señor, etc.; y, en fin, en San Juan: «Quien no cree, ya tiene hecha la condena, por lo mismo que no cree en el Nombre del Hijo unigénito de Dios», es decir, en el Hijo.

(²) «¿Cómo después de habérnosle dado á él dejará de darnos cualquiera otra cosa?»

de sola nuestra salud; essa quiso que fuesse su propio nombre. Porque salud no es un solo bien, sino una como universidad de innumerables bienes; porque en ella están las fuerzas, la ligereza del movimiento, el buen parecer, la habla agradable y entera, el buen discurso de la razón y el ejercicio cabal de todas las partes y de todas las operaciones del hombre. Por manera, que salud es una preñez de todos los bienes.

Y Jesús, ¿no es esto mismo? En cuanto Dios, es la idea, y el tesoro, y la fuente de todos los bienes; y en cuanto hombre, tiene todos los reparos, y todas las medicinas, y todas las saludes que son menester para todos, assí en común como en particular. Más; la salud es un bien que consiste en la proporción y harmonía de cosas diferentes, y es una como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo, y Cristo no solamente es salud porque según la divinidad es la armonía y proporción de todas las cosas; mas también porque, según la humanidad, es la música y la buena correspondencia de todas las partes del mundo. Porque, como dijo San Pablo (*Colos.*, I, 20), «con su sangre pacifica ansí lo que está en el cielo como lo que reside en la tierra». Él es la paz de todo lo diferente, y el ñudo que ata en sí lo invisible con lo que se ve, y el que concierta en nosotros la razón y el sentido, y es la melodía acordada y dulce sobre toda manera, á cuyo santo sonido todo lo turbado se quieta y compone. Al fin, salud de todas las maneras que en bien de nuestras almas y cuerpos se puede considerar. Jesús, miel en la boca, dice San Bernardo y melodía en el corazón.

Pero, dime, reina soberana—contigo quiero hablar agora—, ¿qué sentimiento fué el tuyo, y qué dijiste cuando, entrando por tus oídos de la boca del ángel, este nombre Jesús llegó á tu corazón, y se derramó y embebió en él? Lo que la Esposa, sin ninguna duda: OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM: «Ungüento derramado es tu nombre.» IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE NIMIS.

A mi parecer, aquí hay una tácita y secreta argumentación *a minori ad majus* [de menor á mayor]. Como si dijera la Esposa: «Si las doncellas te amaron, Esposo mío, no te habiendo visto y tratado como yo, ¿cuánto más te amaré yo, que cada día te veo y, con familiaridad de desposada, gozo de tu suavíssima conversación?» Hic est ergo fructus nominis Christi effusi, amor videlicet adolescentularum. Prius effusum est oleum, id est; charitas Dei: post, sequutus est adolescentularum amor. «In hoc est charitas: non quasi nos dilexerimus Deum, sed quoniam ipse prior dilexit nos» (*I Joann.*, IV, 10) (¹).

Primero se conoció la caridad de Dios en la efusión de su nombre, que se siguiesse el amor de las doncelluelas. Causa enim cupiditatis earum eximia Sponsi fragrantia fuit, id est; præclara fama, et opinio maximarum virtutum ejus, et amore erga nos (²). ¿De dónde le vino á la reina Sabbá (*III Reg.*, X, 1-10) el aficionarse al rey Salomón y salir de su casa en busca dél con tanto trabajo y costa, sino de la fama y nombre de sapientíssimo y prudentíssimo? Antes que le viesse le amaba; pero no antes que le conociesse. «Quia, ut testatur Augustinus, invisa bene possumus diligere; incognita vero nequaquam» (³). Sed notandum que aunque amó sin haber visto, por haber conocido, después que vió creció más el amor y la admiración. Et obstupefacta «dixit Salomoni: Verus est sermo, etc. Et probavi quod media pars mihi nunciata non *fuerat» (III Reg.*, X, 6) (⁴).

Qué cosa es amor.

León Hebreo, en sus *Diálogos de Amor (Dialog.*, II, fol. 11), queriendo averiguar en qué consiste la bienaventuranza del hombre, assí en cuanto viador como en cuanto com-

(¹) Este es, pues, el fruto; este el resultado del conocimiento del Nombre de Jesucristo: el amor que hacia Él sienten las almas puras é inocentes. Véase cómo sucede ésto: primeramente se difunde el óleo, es decir, la caridad divina, de la cual nace inmediatamente el amor en las almas puras. Pues, como dice San Juan en su primera epístola: «En esto consiste su caridad (la divina), que no es porque nosotros hayamos amado á Dios, sino que Él nos amó primero á nosotros.»

(²) Puesto que la causa del amor que las almas sienten hacia Dios es la suavidad y fragancia que en Él descubren, es decir, las infinitas perfecciones divinas y el amor que nos tiene á los hombres.

(³) «Porque, como dice San Agustín, podemos amar las cosas que no hemos visto; empero, las que nos son desconocidas, de ninguna manera.» Y nótese que, etc.

(⁴) Y llena de admiración, y como fuera de sí, «dijo (la reina de Sabá) á Salomón: verdadera es la fama de lo que oí en mi tierra»; por mi misma he visto «que no me habían dicho la mitad de lo que es en realidad».

prehensor, investiga primero la naturaleza del amor, y definióle desta manera: «Amor es desseo de gozar con unión la cosa tenida por buena.» Y aunque habemos dicho que el desseo presupone ausencia de la cosa que se dessea, agora decimos que se compadece el posseerla con el dessearla. No digo que se puede dessear como ausente lo que se possee, que esso es impossible; pero digo que se dessea para gozarse con unión cognoscitiva.

Dos maneras de conocimiento: uno antes y otro después.

Y para que esto mejor se entienda se debe notar que en las cosas desseadas y amadas se hallan dos maneras de conocimiento: el uno precede al amor y es antes dél, el cual no es perfectamente unitivo; el otro es el que se sigue al amor, causado del mismo amor, que propiamente hablando es fruición de perfecta unión, *verbi gratia*: Uno es el conocimiento que yo tengo del pan, que me hace que lo ame y lo dessee cuando me aqueja la hambre; otro el que tengo cuando lo como y encorporo conmigo. El primero no es unitivo, mas el segundo sí, y más legítimo y verdadero que el primero, por ser experimental. Lo mismo es en cualquiera otra cosa amada y desseada; porque en todas es medio el desseo y el amor que del imperfecto conocimiento nos lleva á la perfecta unión, que es el verdadero fin del amor y del desseo. De suerte que, difiniendo el amor, decimos: que es deeseo de gozar ó de convertirse con unión en la cosa amada. Y, volviendo á mi propósito, lo que digo es que primero se ha de conocer á Dios de la manera que puede de nosotros ser conocida tan grande Majestad; y conocido, no entera y perfectamente, porque esso es impossible, amámosle con imperfección; pero desseamos gozarle con unión cognoscitiva la más estrecha y perfecta que ser pueda. Este amor y desseo crece tanto algunas veces en algunas almas, que las abstrahe y arrebata de manera en alta contemplación, que salen de sí, y sube su entendimiento, con divina luz alumbrado, á un conocimiento tan soberano que excede al humano poder y especulación, y llega á una unión tan maravillosa con Dios, que más parece divino que humano, y entonces se harta el desseo y el amor con mucha mayor satisfacción que la que tenía en el primero conocimiento y amor precedente.

Según esto, es cierto que la felicidad no consiste en aquel acto cognoscitivo de Dios

Felicidad del amor en qué consiste.

que guía y precede al amor, ni consiste en el amor que al tal conocimiento sucede, sino en el acto copulativo del íntimo y unido conocimiento divino, que es la suma perfección del entendimiento criado. Y este es el último acto y fin bienaventurado, en el cual se halla antes divino que humano. Assí es que la Sagrada Escritura, después que nos ha exhortado al conocimiento de Dios, y mandádonos que le amemos más que lo útil y de codicia, más que lo deleitable y del apetito, y más que lo honesto y del ánima y de la voluntad racional, remata con decirnos que nos alleguemos á Él y recebiremos luz (*Psal. 33*, 6). Y prometiendo la última felicidad, dice: «Seréis una cosa con Dios, y Él será uno en todos, y todas las cosas á todos (Paul., *I Corint.*, XV, 28). Y no se acuerda de prometer gloria, ni vida, ni deleites, ni contentamientos, ni luz infinita, ni otros bienes algunos; porque esta copulación ó unión es la que más propia y precisamente significa y declara la eterna bienaventuranza, y contiene todo el bien y la perfección del ánima intelectiva. Esto no es fácil de alcanzar en esta vida, y si alguno lo alcanzó no lo pudo continuar sin interpolación y quiebras. «*Quia* corpus quod corrumpitur aggravat animam, et terrena *hæc* inhabitatio deprimit sensum multa cogitantem» (*Sap.*, IX, 15) [1].

Otra cosa es, apartada el ánima del cuerpo, que sin impedimento alguno goza inseparablemente de su felice copulación con la divina luz, como los ángeles y espíritus bienaventurados. Y assienta aquí muy bien lo que dicen los platónicos del amor: «Videlicet, unum esse continuumque attractum, a Deo incipientem, transeuntem in animam, et in Deum tandem redeuntem seu potius desinentem: ita ut quodam quasi circulo in ipsum Deum, unde manavit, remeat.» Hierotheus appellavit amorem circulum a bono in bonum perpetuo revolutum. Et D. Prosperus (lib. *de vita contemplativa*, c. XIII): «Charitas, inquit, est recta voluntas, incensa igne quodam Spiritus Sancti, a quo est, et ad quem refertur» [2].

---

(1) «El cuerpo corruptible apesga al alma, y este vaso de barro deprime la mente, ocupada *que está* en muchas cosas.»

(2) ... lo que dicen los platónicos del amor, á saber: «que es un único y continuado movimiento de atracción, que empezando en Dios pasa al alma, y

Dios enciende nuestra voluntad por el precedente conocimiento que nos da de sí, y nos vuelve á sí mismo, para que, unidos por amor con Él, tengamos en Él nuestra bienaventuranza. Hic autem circulus a Deo in animam, et ab anima in Deum, tribus nominibus nuncupatur. Prout incipit a Deo, et allicit, vocatur *pulchritudo:* prout transit in animam, ipsamque rapit, dicitur *amor.* Prout remeat in Deum, et animam cum illo conjungit, appellatur *voluptas* ([1]).

Principio del amor.

Aristóteles (en sus *Políticos*) dijo que la bondad daba principio al amor. Platón (en su *Convite*) dijo que comenzaba y nacía de la hermosura. Uno y otro conocieron en el Esposo las doncelluelas, hermosura y bondad, y de ambas cosas les nació el amarle, no simplemente, sino con perfección. DILEXERUNT TE *nimis.* En algunos ejemplares se añade esta palabra *nimis,* y aunque no se halla en el griego ni en el hebreo, usan de ella San Bernardo (*serm. 9*), y Ricardo (*Tractat. de gradibus violentœ charitatis,* cap. II) y otros autores graves. Es palabra que añade al amor; y muestra ser perfectas en él estas almas que debajo de nombre de doncellas se dice que amaron al Esposo. DILEXERUNT TE NIMIS, con excesso de amor. Y no le puede haber, á lo menos en el hecho, aunque sí en el desseo, que excede muchas veces á la possibilidad y fuerzas humanas.

En la descripción del varón justo, se escribe (*Psal. 111,* 1) *(a):* «In mandatis ejus volet nimis ([1]). «Quid est velle nimis, dice Ricardo, nisi plus velle quam posse? Infinitus quippe et inmensus est Deus, in quem tendit istarûm adolescentularum amor, ut nullus debeat esse finis, vel mensura amoris. Amat igitur sic amans anima, et si non minus posse suo, minus tamen velle suo: nec capit de hac impossibilitate solatium, sed potius desiderii suscipit incrementum. «Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore» (*Psal. 118,* 20): Quid est concupiscere desiderare, nisi non satiari desiderio, et velle amplius desiderare? Extendit desiderium in infinitum, qui in infinitum non potest amare. Amat igitur in mensura, quia virtus animæ, id est; voluntas, finita est; sed absque mensura desiderat amare, desiderium quasi in infinitum extendendo. Animæ fames desiderium est; sed non potest satiari, quia Deus, quem amat, amor est, et amans Deum, amat amorem: Deus autem infinitus est. Ergo fames hæc minus quam amore infinito extingui non potest. Amor autem ex parte animæ infinitus esse non potest, potest autem desiderium quasi in infinitum tendere. Quid est amare amorem, nisi circulum facere, ut nullus sit finis amoris? Est quippe insatiabilis amor, omnia vorans, et copia pariens inopiam, dum ex prægustatis delitiis amplius desideriis inardescit. ¡O bone Deus, quem amare edere est! ¿Quomodo amantes te sic reficis, ut magis esuriant, nisi, quia tu simul cibus est, et esuries? Qui te non gustavit, te prorsus nescit esurire: ad hoc enim cibas, ut esurire facias.» Hæc Ricard, et alia multa ([2]).

(a) El impreso dice 112.

---

de ésta vuelve de nuevo á Dios para morir y descansar en Él, de modo que venga á ser como un círculo no interrumpido que empieza y acaba en Dios, que es su principio y su término». Hieroteo dijo del amor «que era círculo continuo en perpetuo movimiento de un bien á otro, ó mejor, del bien al mismo bien». Y San Próspero: «La caridad ó el amor es la voluntad recta y santa inflamada por un cierto fuego misterioso del divino Espíritu, del cual procede y al cual se endereza.»

([1]) Tres nombres recibe, ó tres fases presenta, este movimiento circular de Dios al alma y del alma á Dios. En cuanto empieza en Dios, y por Él es sostenido, se llama *belleza; amor* simplemente, habitando ya en el alma y arrebatando á ésta hacia Aquél, y en cuanto vuelve de nuevo á Dios y efectúa la unión del alma con Dios, *gozo* ó *fruición.*

([1]) «Bienaventurado el hombre que teme al Señor y que toda su afición la pone en cumplir sus mandamientos.»

([2]) «¿Qué significan esas palabras del salmo *poner toda su afición, desearlo en demasía,* pregunta Ricardo de San Víctor, sino desear más que adonde llega la posibilidad? Como quiera, Dios, á quien se dirige el amor y el afecto de estas almas puras, es inmenso é infinito; no debe, pues, haber límite ni medida en el amor hacia Él. De un modo tal ama el alma que sabe amar, y si ama en menor grado en cuanto al hecho, en las obras, pero no en el deseo; ni es para ella descanso ni puede hallar consuelo al verse impotente para ésto, sino que siente crecer más y más sus ansias. «Deseó mi alma desear tu Ley.» O «ardió mi alma en deseos de amar tu *santa y justísima* Ley en todo tiempo». Y ¿qué es desear *desear,* ó arder en deseos, sino no estar satisfecho

DILEXERUNT TE NIMIS. Nimis, ait quidam, non quoad actum amoris interiorem, qui expectat ad affectum; is enim, cum amatum objectum, quod est divinum et infinitum, respiciat, nequit habere modum aut mensuram, sed quoad actum exteriorem, qui attinet ad effectum: nam Dei servus nimis pro ipso Deo se affligere potest ([1]). Muchas demasías hicieron los santos en el amor de Dios, no respecto del objeto infinito, sino en los ojos de los hombres, que miden las fuerzas no de la gracia, sino de la naturaleza. Yo pienso, y es deste parecer San Bernardo (serm. 19) que lo mismo suena aquí *nimis* que *valde ardenter, aut vehementer.* DILEXERUNT TE NIMIS. Valde dilexerunt, con perfección (tam quoad affectum, quam quoad effectum); amaron lo possible y dessearon lo impossible ([1]). El amor, limitado; y el desseo, sin ningún límite.

IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE. Sed de adolescentulis quid sentiant Doctores, videndum modo. Divus Hieronymus animas esse dicit, positas in augmento ætatis et pulchritudinis Christi, quæ semper de die in diem renovantur, novum hominem inducentes *(a)*, qui secundum Deum creatus est. Origenes animas strenuas arbitratur. Titelmanus e contra imperfectas dicit, ad exagerandam vim hujus sacri nominis, quæ tanta est, ut etiam homines imperfectos perfectos reddat, et ad ejus amorem alliciat. Nicolaus de Lira et Genebrardus adolescentulas vocant alias gentes ad amorem Sponsi conversas, ejus nomine, famaque auditis, ut patet (*Exod.*, XII et XVIII, 8-12). Divus Thomas, animas electas, quæ in baptismo sordes peccatorum et fæces veteris Adam exuerunt. Cui expositioni suffragatur Divus Gregorius in illud Job (*Job*, XXXIII, 25) *(b)*. *Consumpta est caro ejus a suppliciis, revertatur ad dies adolescentiæ suæ.* «Sæpe, inquit, Scriptura Sacra adolescentiam pro novitate vitæ ponere consuevit, sicut in Canticis dicitur: *Adolescentulæ dilexerunt te;* id est, electorum animæ, gratia Baptismatis renovatæ, quæ non in vitæ veteris usu defecerunt, sed novi hominis conversatione decorantur» ([2]). El mismo

(a) Siendo estas palabras de San Jerónimo un comentario de las del Apóstol *(Ephes.*, IV, 24, y *Colos.*, III, 10) parece error tipográfico decir *inducentes*, en vez de *induentes*.

(b) También hemos tenido necesidad de corregir la cita de este capítulo de *Job*, pues en el impreso se aduce el XXIV.

de los que siente y querer desear aún más? Lleva este tal sus deseos hasta lo infinito quienquiera que no puede amar hasta un grado infinito; siente el amor, y ama con límite y medida, por cuanto la facultad del alma, la voluntad, es finita y limitada, pero desea amar sin medida y alzar sus deseos hasta lo infinito. Hambre y tormento del alma es este deseo, que nunca puede ser saciado, ya que Dios, objeto de su amor, es el Amor esencial, y quien á Dios ama ama al mismo amor, es decir, al Infinito. ¿Con qué podrá, pues, hartarse esta hambre del alma sino es con un bien infinito? Y si es verdad que de parte del alma el amor no puede ser infinito; pero nada impide que sus ansias crezcan y se aumenten en cierto modo hasta lo infinito. En conclusión: amar al amor es encerrarse en una especie de círculo, sin principio ni fin, puesto que el amor es insaciable, todo lo consume, y cuanto más aumenta, mayor necesidad y mayor hambre hace sentir, pues dando á gustar sus delicias enciende en insaciables deseos de alcanzar otras mayores. ¡Oh, buen Dios, cuyo amor es comida del alma!, ¿cómo sustentas á los que te aman con tal género de comida que cada vez les aumenta el hambre, sino porque tú eres á la vez manjar y hambre, hartura y nueva y más creciente necesidad? Quien no te ha gustado no sabe tener hambre de ti, pues si tú sustentas al alma es para enseñarla á tener hambre de ti.» Otras muchas cosas á este tenor escribe el citado autor.

([1]) *Te amaron con exceso, ó en demasía.*—Alguien ha dicho que este exceso ó demasía no puede haberlo en el acto interno del amor, que dice relación al afecto, pues éste, por dirigirse á un objeto que siendo divino es infinito, no admite modo ni medida; sino en cuanto á los actos exteriores, es decir, al obrar. En éstos sí puede haber exceso en los siervos de Dios.

([1]) Lo mismo significa, dice San Bernardo, demasiado, con exceso, que muy ardientemente, con vehemencia; de tal suerte que esa frase te amaron con exceso es lo mismo *que te amaron mucho*, con perfección, así en cuanto al afecto interior del alma como en cuanto á las obras que de éste proceden.

([2]) Hora es ya de que digamos qué es lo que entienden los santos doctores por *adolescentulæ*, doncelluelas, como traduce el P. Angeles en este texto que vamos comentando. San Jerónimo dice que son las almas que van creciendo en el conocimiento de Cristo, las cuales de día en día son como rejuvenecidas, revistiéndose de lo que el Apóstol llama *el*

Doctor (lib. XIX *Moral.*, 20), per adolescentulas intelligit Iglesias particulares divididas por todo el mundo.

Donccllas en tres maneras: imperfectas, aprovechantes y perfectas.

Conforme á lo que estos doctores y los demás que tratan este lugar dicen, podemos hablar destas doncellas de tres maneras: ó en cuanto imperfectas, como Titelman; ó en cuanto perfectas, como Orígenes; ó en cuanto aprovechantes, como dice San Jerónimo. Si en el primer sentido, se ha de notar que en las divinas letras este nombre *adolescentia* está muy infamado, y de ordinario dice estado de culpa, imprudencia y soltura de vida. Hinc S. Job [por esto el Santo Job], hablando del viejo vicioso por haber vivido desconcertado en la mocedad, dice (*Job*, XX, 11): «Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ *suæ*, et cum eo in pulvere dormient» ([1]). Al hijo pródigo llama el Evangelio *adolescentior* [el más joven], y al difunto de la viuda de Naim llamó Cristo con esta voz, significadora de imperfección: «*Adolescens*, tibi dico: surge» *(Luc.*, XV) *(a)* ([1]). Cuasi insinuando que la edad había dado ocasión á la muerte. El Sabio, en sus *Proverbios (b)*, dice de la mocedad y del deleite *(c)* que son vanos ó la misma vanidad. Y en otra parte confiessa que la vida del mancebo ó es descaminada, ó no se le halla el camino. Y, comparándola, dice (*Prov.*, XXX, 20): «Talis est via mulieris adulteræ, quæ comedit, et, *tergit os suum*, et dicit: non sum operata malum» ([2]).

Adolescencia, de ordinario dice estado de culpa.

Es la mocedad una cosa muy desenfrenada, y siguen los mozos las perturbaciones de sus ánimos no mortificados, desperdician sus haciendas, derrámanse por los vicios de la deshonestidad, no dejan género de deleites que no experimenten; para quien los corrige son ásperos, soberbios é insolentes; son codiciosos de cosas nuevas y tardos en proveer á lo porvenir. Al fin, y con lo que se echa el sello á los inconvenientes desta edad, son infieles á Dios, como lo es la mujer adúltera á su marido. Pues si esto es assí, como lo es, ¿con qué pudiera el Espíritu Santo declarar mejor la fuerza y virtud del nombre santíssimo del Esposo que diciendo: ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE? Doncellas, á la letra, Inés, Agueda, Lucía, Cecilia, Ursula y otras que no tienen número, las cuales, conocido el Esposo, assí le amaron, que murieron por Él muertes atrocíssimas con ánimo y constancia de perfectos varones.

Por qué tienen tantos gustos las almas que de nuevo se convierten á Dios.

Si con San Jerónimo decimos que debajo de nombre de doncellas se entienden los nuevamente convertidos y en estado de augmento en la virtud, hallaremos que el amor en éstos es fervorosissimo; hierve como el vino nuevo en las tinajas,

---

hombre nuevo, criado, según Dios, en justicia y santidad. Orígenes llama así á las almas valerosas y esforzadas. Titelmán, en cambio, á las imperfectas, para hacer resaltar más de esta manera la virtud y eficacia de este santo Nombre, la cual es tanta que hace perfectos á los hombres imperfectos, levantándolos á un divino amor. Nicolás de Lira y Genebrardo entienden por esta palabra á los gentiles, convertidos al conocimiento y amor de Dios al oir predicar las excelencias y grandezas de este Nombre, asi como sucedió con los egipcios y otros pueblos en la antigua Ley. A esta interpretación se inclina San Gregorio, comentando aquellas palabras del libro de Job: *Su carne ha sido consumida con las penas; que vuelva como estaba en los dias de su mocedad.* «Muchas veces, dice él, suele la Sagrada Escritura designar con la palabra juventud la vida nueva de los recién convertidos, como en el libro de los *Cantares* se dice: *Las doncellitas te amaron;* esto es, las almas de los escogidos que, dejando las costumbres de la vida vieja, han abrazado la profesión de la vida cristiana.» Y en el libro XIX de sus *Morales* entiende por doncellas las diversas Iglesias esparcidas por el mundo.

([1]) «Sus huesos estarán impregnados de los vicios de su mocedad, los cuales yacerán con él en el polvo *del sepulcro.*

(a) Para estos dos ejemplos que aquí aduce el P. Angeles sólo hallamos esta cita del Evangelio de San Lucas, el cual en el v. 12 de este capitulo se refiere al caso del hijo pródigo. El del hijo de la viuda de Naim se halla en el mismo: *Luc.*, VII, 14.

(b) El libro en que se hallan estas palabras es el *Ecclesiastés*. Debe, pues, leerse así: *Eccles.*, XI, 10.

(c) Hallamos escrito *doleite;* pero, creyéndolo error tipográfico, lo hemos corregido.

([1]) «Mancebo, dijo Jesús, á ti te lo digo, levántate.»

([2]) «Tal es también el camino de la mujer adúltera, la cual, después de haber comido (según el texto hebreo puede traducirse: *después de haber pecado)*, limpiándose la boca, dice *con descaro:* «Yo no he cometido mal ninguno.»

que algunas veces con su fortaleza las rompe y hace pedazos. La causa deste fervor, dice Santo Tomás en un opúsculo, que es la novedad del estado, del amor, de la luz y conocimiento de las cosas divinas, que hasta allí no habían conocido ni experimentado. Causa en ellos esta novedad grande admiración, acompañada de grande suavidad y agradecimiento al Señor, que de tales tinieblas los sacó á tan admirable luz. Y como el que entra de nuevo en una grande y rica ciudad ó en algún palacio real, anda los primeros días como abobado y suspenso con la variedad y novedad de las cosas que se ofrecen á la vista; pero, después que lo ha visto muchas veces, descrece aquella admiración y gusto con que al principio lo miraba, assí los que entran de nuevo en la nueva región de la gracia, como el Señor se les comunica tan abundantemente, y con tanta familiaridad los trata, y trata con ellos sus secretos como con amigos, suelen tener por algún tiempo extraordinarios sentimientos y andar como absortos y enajenados de sí mismos; y suele en este estado de principiantes haber más gustos, más consolaciones, más regalos y suspensiones de ánimo que en el de los más aprovechados. Todo lo cual, como ya dije, nace de la novedad de la luz y conocimiento del Esposo, que obra en los nuevos esta alteración. Lo cual advirtió harto bien San Bernardo en la querella que el hijo mayor dió á su padre de que, habiéndole él servido toda la vida con tanta fidelidad y amor, no le hubiesse hecho las caricias y favores que al hermano menor, cuando, roto y miserable, la necessidad y hambre le volvió á su casa (*Luc.*, XV, 29). Al fin, trata Dios á los principiantes como á niños, que, aunque no los quieren sus padres más que á los ya criados, muéstranles á lo menos más amor y muéstranseles más tiernos y cariciosos. Á éstos llevan y traen en brazos; los otros andan por su pie; á éstos de propósito les quitan los trabajos; á los otros de propósito les ponen en ellos; á éstos, sin buscar la comida, muchas veces los ruegan con ella y aun se la ponen en la boca; á los mayores hacen que la ganen y se valgan por su pico. Este estado de principiantes, tan alegre, pintó el Profeta en el salmo 64 (v. 10-11) en esta manera: «Visitasti terram et inebriasti eam; multiplicasti locupletare eam. Flumen Dei repletum est aquis, parasti cibum illorum: quoniam ita est præparatio ejus. Rivos ejus *inebrians*; multiplica genimina ejus: in stillicidiis ejus lætabitur germinans» ([1]).

Orígenes, Eusebio Cesariense y Eutimio entienden estos versos, á la letra, de la fertilidad y abundancia que dió Dios á la tierra de Judea, vueltos de Babilonia los hijos de Israel, ordenándolo assí su providencia para que con la libertad y abundancia de todas las cosas viviessen consolados y reparassen algo de la passada miseria. San Agustín, Genebrardo y otros dicen que se ha de entender esta fertilidad del tiempo del Evangelio, que con la predicación dél vinieron al mundo innumerables bienes y riquezas espirituales. «In illa die, id est, en tiempo de Cristo, stillabunt montes dulcedinem, et colles fluent lac et mel» *(a)* ([2]). Pero adviértase que esto, que en general se dice de toda la Iglesia, se verifica de cada una de las almas que el Señor por su misericordia se digna de visitar; porque con su gracia las fertiliza y embriaga, multiplica sus merecimientos y las enriquece de virtudes y dones espirituales. No las riega con agua de pie, como con el río Nilo se riega Egipto, sino con agua de arriba, de los altos cielos (*Josue*, IV) (*Deut.*, XI, 10-13) *(b)*, que éste es el río de Dios: *Flumen Dei repletum est aquis*. Para que se entienda que no es de naturaleza esta fertilidad, sino por bendición y gracia divina. «Parasti cibum illorum quoniam ita est præpara-

(a) En este lugar hallamos citado al margen el libro de Isaías. Sin embargo, donde se hallan estas palabras, si bien algo modificadas, es en *Joel*, III, 18, y en *Amós*, IX, 13.

(b) Así está en el texto; pero creemos fuera de lugar la de *Josue*, IV, pues no se habla en ese capítulo de otra cosa que del tránsito del pueblo judío por el Jordán; aunque, por hacer referencia á la entrada en la *Tierra de Promisión*, pudiera darse por buena también.

([1]) Porque «tú visitaste la tierra y la has como embriagado *con lluvias saludables*, y la has colmado de toda suerte de riquezas. El río de Dios está rebosando en aguas, preparado has el alimento *á sus habitantes:* tal es la *buena* disposición de los campos. Hinche sus canales; multiplica sus producciones; con los suaves rocíos se regocijarán las plantas todas».

([2]) «En aquel día,—esto es, en tiempo de Cristo,—sucederá que los montes destilarán miel y manarán leche los collados.»

tio ejus» *(Psal. 64*, 10). Traslada Flaminio: «Quoniam ita præparas eam»: «Porque assí lo disponéis para que dé fruto.» ¿Qué es la gracia en el alma sino lluvia del cielo, que la prepara, dispone y habilita para fructificar buenas obras? Ribos ejus, vel sulcos ejus inebrians; multiplica genimina ejus.» Embriagad, Señor, los ríos ó sulcos della hechos con el arado á manera de arroyuelos; llenadlos de agua para que se multipliquen las mieses. De esso sirve el arado: de hacer senos en que se detenga la lluvia y con ella se empreñe la tierra y vaya en augmento lo que se plantare ó sembrare en ella. Y essa es la condición y naturaleza de la gracia: llenar los vacíos y las concavidades que hay en el alma, correr por todos sus sentidos y retretes, fertilizarla y darle tempero para que dé espirituales frutos de treinta, de sesenta y de ciento, como lo dice el Evangelio (*Luc.*, VIII, 8) *(a) (Psal. 66*, 11): «In stillicidiis ejus lætabitur germinans, vel germen» (*b*).

Condición de la gracia.

En el griego está más claro este verso: «Pluviis terræ, id est, in terram, cadentibus lætantur germina, et hervæ»: «Con las goticas de lluvia que caen de lo alto se alegran las plantas nuevas.» August. in *Psal. 66:* «Cum exorientur germina.» Cuando comenzaren á crecer, se alegrarán con las gotas menuditas que caen del cielo. Lo que quiere significar este santo es el regalo con que Dios trata las almas tiernas en la virtud, recién salidas del mundo y trasplantadas en su casa; que no les da manjar sólido, como á los hijos crecidos, sino leche, como á niños; gotitas de la lluvia del cielo, con las cuales dice que se alegrarán las nuevas plantas: «Lætabitur germinans.» Grandísima es la alegría que suelen sentir las almas luego que se convierten á Dios; grandes sus gustos, extraños sus fervores en el amor de su Esposo. «Stillabo tibi in vinum, dice Dios, et in ebrietatem: et erit super quem *(a)* stillabitur populus iste» (*Mich.*, II, 11) ([1]).

Leche de niños son las consolaciones en los principiantes.

San Jerónimo dice que, en comparación del río que riega y alegra la ciudad de Dios soberana, se llaman gotas los consuelos y regalos que da á los suyos en esta vida; pero, aunque gotas, son poderosas para embriagarlos y sacarlos de sí. San Agustín dice: «No piense nadie que porque estos favores se llaman goticas de lluvia, son de virtud tan pequeña como su nombre; que una sola gota del río de Dios es mayor que todo el Océano, y basta para apagar en el alma el desseo del mundo y de cuanto de codicia hay en él. IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE. Llévase tras de sí las doncellas y hace que le amen con demasía. La glossa interlineal dice: «Rudes animæ, quia te in essentia videre non possunt, sola dulcedine nominis tui te omnibus rebus anteponunt» ([2]).

Una gota del río de Dios cuánto vale y puede en un alma.

El santo profeta Habacuc (*b)* en sólo este santíssimo nombre tenía su consuelo puesto. *(Habac.*, III, 18). «Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Jesu meo» ([3]). Alegraos vos en lo que vos quisiéredes, que yo en mi Jesús me alegraré y daré saltos de placer. ¡Oh Jesús dulcíssimo!, y ¿quien no te ama? Quien no te conoce. Primero le conocieron las doncellas, que le amaron; porque, de ley ordinaria, el amor sigue al conocimiento.

Primero es el conocimiento que el amor.

(a) Mejor que á San Lucas debe citarse aquí *Math.*, XIII, 8, que es donde se hallan esas palabras referentes á la buena semilla, aunque en orden inverso: de *ciento*, de *sesenta* y de *treinta*.

(b) Véanse traducidas estas palabras y las otras precedentes en la pág. 101, nota 1.ª de la col. 2.ª, donde hemos puesto todo el texto de estos versículos del salmo 66, de donde están tomados.

(a) Hacemos notar que, por creerlo un mero error material, hemos corregido esta palabra, ajustándola al texto de la *Vulgata;* pues error nos parece decir *super quæ* no habiendo, por otra parte, palabra alguna con la cual pudiera concertar este relativo en la terminación en que está para poder ser regido de la preposición *super.*

(b) Tanto aquí como en la cita del libro de este santo profeta hallamos escrito su nombre sin la *h* inicial.

([1]) «Yo derramaré sobre ti, *dice el Señor*, el vino y la embriaguez *del cáliz de mi indignación;* y este vino sobre este pueblo se derramará.»

([2]) «Las almas sencillas, que son aún principiantes en la práctica del bien, por cuanto no pueden ver á Dios en sí mismo, con sola la suavidad y dulzura de su Nombre se satisfacen, anteponiendo á todas las cosas el divino amor.»

([3]) «Yo, empero, me regocijaré en el Señor, y saltaré de gozo en Dios, Jesús mío», ó *mi Salvador.*

«Invisa possumus diligere, diximus ex Augustino; incognita vero nequaquam» ([1]). Primero conoció por la fama á Salomón la reina de Sabbá (*III Reg.*, X, 1) *(a)* que codiciasse su sabiduría y tratasse de salir de su tierra para verle; ni puede ser que, siendo nuestra alma dotada de razón y voluntad, deje de seguir amando lo que con atenta consideración se le representare deleitable, honesto y provechoso. Porque si no hay criatura en el mundo, de cuantas Dios crió, que para su conservación y augmento no se aproveche de las habilidades y facultades que la naturaleza le dió para esse fin, ¿por qué no hará mejor esso mismo el hombre, capaz de razón y señor de su voluntad? ¿Qué no abrasa el fuego por conservarse? ¿Por dónde no se entran las raíces de un árbol por chupar la sustancia de la tierra, que es su alimento, por vivir y perpetuarse? Pues el hombre, que entre las cosas criadas de acá el tiene principal lugar, necessariamente ha de seguir con la razón, apetito, amor y desseos lo que sin engaño entendiere serle conveniente. Pues si de la fábrica del mundo, de la institución de las divinas leyes, de la obra de nuestra Redención y de otras innumerables obras que en las divinas Escrituras nos son reveladas conoce á Dios todopoderoso, infinitamente sabio y bueno y bienhechor suyo, ¿cómo podrá dejar de temerle, confiar dél, alegrarse con su memoria y darle su corazón?

Con este conocimiento lloraba San Agustín, diciendo: «¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde te amé! Resplandeciste, y echaste de mí mi ceguedad. Diste de tí olor, y respiré y anhelé; gusté, y tengo hambre y sed de ti.»

IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE NIMIS. Bien parecen doncellitas, dice un doctor, pues que por esso te amaron. ¿Qué mucho es que vos améis mucho al divino Esposo, cuando Él se derrama como ungüento olorosíssimo en vuestra alma? El Profeta santo confiessa que dejaba de andar, y corría por los mandamientos de Dios, no en todo tiempo, sino cuando con la unción de su gracia dilató su corazón. «Viam, inquit (*Ps. 118*, 32), mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum» ([1]).

Y no entienda nadie que condeno por lo dicho las consolaciones y regalos espirituales que Dios assí abundantemente comunica con sus nuevos soldados, ni tampoco el dessearlas; porque aunque sea verdad que no consiste en ellas la santidad, son ayuda grandíssima para ella. No consiste en ellas la perfección; pero son instrumentos muy principales para alcanzar la perfección. Son alguna parte de premio, más que merecimiento; pero esse premio, visto y gustado por experiencia, aviva y despierta más el corazón para el trabajo, con el desseo de alcanzar un bien tan grande, que basta para sacar de sí al que una vez lo ha gustado. Porque assí como la piedra se mueve con mayor ligereza cuando llega á su centro porque ha comenzado ya á gustar y sentir la virtud y conveniencia de su lugar natural, assí en el corazón humano, criado para Dios, cuando comienza á gustar y sentir algo de Él, se mueve con mayor facilidad y ligereza á su amor. Y si el filósofo dijo que el deleite natural es uno de los principales motivos y causas de todas las obras de naturaleza, ¿por qué el deleite espiritual no lo será de todas las obras de gracia? Las fiestas solenes que mandó el Señor (*Lev*, XXIII, 34-41) que se celebrassen en su pueblo, quiso que fuessen con octava; y que la fiesta y solemnidad fuesse igual en el primero día y en el postrero, y los seis de enmedio como de entre semana; significando en esto, á mi parecer, que los principios y fines de la vida espiritual siempre son festivos, alegres y de gloria. Es día muy célebre para Dios y sus ángeles el día que nos convertimos; mátase el becerro más gordo, hay músicas y saraos, y hace Mateo un convite solemníssimo en su casa á Cristo y sus discípulos, y llámanse las vecinas para que celebren la dobla perdida y hallada por la sabia y prudente mujer *(Math.*, IX y XV) *(a)*.

Las consolaciones espirituales ayudan á la perfección.

(a) Al margen hallamos en este lugar *II Reg.*

(a) Dejamos esta cita tal como la hallamos, si bien hemos de decir que debe leerse así: *Math.*, IX, 10, y *Luc.*, XV, 23 y 8-9, pues las frases referentes al

([1]) «Podemos amar, hemos dicho arriba con San Agustín, las cosas que no hemos visto; pero en ningún modo las que nos son del todo desconocidas».

([1]) «Corrí *gozoso* por el camino de tus mandamientos, cuando tú ensanchaste mi corazón» *por el amor* ó *por la caridad*.

Qué se ha de hacer cuando faltan los consuelos espirituales.

Y si faltan estos consuelos y gustos espirituales, ¿qué se ha de hacer? Añadir á la oración, á los ejercicios santos, la humildad *(a)* y conocimiento propio; examinar la conciencia, desterrar las culpas, ofrecer á Dios tu cornadillo, que vale más que en otros tiempos de abundancia las ofrendas mayores. Sí; que no es de essencia de la medicina que ha de sanar tener buen sabor; antes suele ser, al contrario, dessabrida y de mal gusto. Cuando te vieres desamparado y yermo de la alegria interior, y privado destos relieves del cielo, dice San Bernardo, has de hacer cuenta que se han dormido las velas que te guardaban; que se te han caído los muros que te defendian; por lo cual toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada y la destreza en pelear. Entre los más fuertes del mundo tiene la palma David porque mató un león en tiempo de nieve; porque, como dicen los naturales, en el invierno y tiempo de nieves es el león más fuerte y más cruel, y porque las manos, con el rigor del frío, están ateridas y apenas pueden empuñar la espada. ¡Oh ánima religiosa que tienes trato con Dios, si quieres ser contada entre las fuertes, pelea varonilmente contra el infernal león, que se esfuerza más en daño tuyo cuando siente en tí resfriada la caridad! Dí con el santo Job, puesto sin consuelo en un muladar, lleno de gusanos y lepra su cuerpo, y sus amigos apretando su espíritu con sinrazones *(b)* (*Job*, XIII, 15) *(c)*: «Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo; *et si in profundum inferni demersus fuero, inde me liberabit*» ([1]). Parece que la consecuencia de las palabras de la Esposa están diciendo esto; porque, habiéndose regalado con su Esposo y gozado del beso de su boca, dice: OLEUM EFFUSUM NOMEN TUUM. Y luego añade: IDEO, por tanto, ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE. «Las doncelluelas te amaron por eso.» Como si dijera *(Fr. Thom. de Villanova)*: «Ellas, por el regalo del bálsamo oloroso y de gran suavidad; pero yo entre las cruces, entre los trabajos, entre las medias muertes, supe amarte.» Las doncelluelas buscan tus dones; yo no busco sino á Tí; ellas, porque hallan en Tí su deleite, te quieren á Tí; yo no quiero principalmente tus dones, sino á Tí; á Tí, digo, desnudo y á solas, porque solo bastas para mí. Esta es la fineza del amor, y no es de las doncelluelas tiernas y de pocos días en el servicio de Dios; es de la que merece el nombre de Esposa, cual es la que se celebra en estos *Cantares*.

La esperanza de la salud en las armas cuando faltan los consuelos.

Doncellitas, nombre de ternura, y significa alguna perfección.

Pero vengamos ya á lo último, y digamos, con Orígenes, que este nombre de doncellitas, que es diminutivo y del género femenino, no es nombre de imperfección y de desprecio, sino de regalo y de ternura. Porque todas las veces que en la Escritura usa Dios, hablando de los justos, destos nombres infantiles y de niñez, es con entrañas aficionadas y con corazón tierno y de padre, y significando alguna perfección en ellos; *scilicet* [á saber], simplicidad, sencillez, sujeción, rendimiento, blandura de condición, obediencia y humildad, etc. Prueba esto galanamente Clemente Alejandrino (lib. I *Pedagogi.*), con muchas razones y autoridades del Viejo y Nuevo Testamento.

En el capítulo último de San Juan *(Joan.*, XXI, 5) se dice que, apareciendo Cristo á sus discípulos en la ribera del mar, porque andaban passeando, como á tan familiares suyos,

---

hijo pródigo y á la dracma perdida se hallan, respectivamente, en el capítulo citado de San Lucas por el orden en que hemos citado los versiculos, y en San Mateo sólo las que aluden al convite con que éste obsequió á Cristo y á sus discípulos á raíz de haber sido llamado á su seguimiento.

(a) Aquí hallamos también la preposición *a* delante de *humildad y conocimiento propio;* pero el contexto y la construcción exigen que se suprima, como hemos hecho, para que la frase resulte bien hecha.

(b) Esta palabra, que en la moderna escritura se escribe como lo hacemos, uniendo los dos miembros de que se compone y formando un solo vocablo, en el P. Angeles la hallamos así: *sin razones*.

(c) En este texto, las palabras que subrayamos no se encuentran en este lugar. Las dejamos, sin embargo, como formando parte del mismo, porque pueden considerarse como expresión del sentido de las que forman el versiculo 16 de este mismo capítulo que hemos citado, en el cual se dice: «Et ipse erit salvator meus», etc.: «Y Él será mi Salvador», etc.

([1]) «Aun dado que el Señor me quitare la vida, en Él esperaré, *y aunque estuviere sumergido en lo profundo del sepulcro, de allí me sacará Él*».

les dijo: «Pueri, ¿nunquid pulmentaríum habetis?»: «Niños *(a)*, ¿tenéis alguna cosa que comer?» Y por San Mateo dijo (*Math.*, XVIII, 3) lo que ya en otra parte dijimos, aunque de passo: «Nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum» ([1]). Adonde verdaderamente no habla de la regeneración espiritual que se hace en el baptismo, adonde somos nuevas criaturas, y por essa causa, en el ser espiritual, niños, sino de la simplicidad de ánimo que es natural en los niños, persuadiéndonos con esto á que nos parezcamos á ellos. Cuando entró en Jerusalén acompañado de infinita gente, dice San Mateo que los niños de los hebreos cortaban ramos de árboles y cantaban, diciendo (*Math.*, XXI, 8, 15) *(b)*: «Luz y gloria y alabanza, con rendimiento al Señor.» Y acabada la processión dió en rostro á los fariseos, que le querían pedir cuenta de haber aceptado esta honra y de enseñar con autoridad en el Templo, diciendo: «¿Nunquam legistis:... ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem?» (*Ib.*, XXI, 16) ([2]).

Estando ya de camino para el Padre, dice San Juan que dijo á sus discípulos, con particular regalo y ternura (*Joan.*, XIII, 33): «Filioli, adhuc modicum tempus vobiscum sum»: «Hijitos míos, un poco de tiempo me queda de estar con vosotros». Por Isaías, tenía dicho (*Isai.*, VIII, 18): «Ecce ego, et pueri mei, quos dedit mihi Dominus»: «Yo y mis niños, que me los dió mi Padre». Y en el *salmo 112*, 1, dice: «Alabad al Señor los niños». Y no hay por qué maravillarse nadie de que á hombres tan honrados como los apóstoles, príncipes del mundo y colunas de la Iglesia, los llame Cristo niños, pues entre la gente ática, á las mujeres elegantes, hermosas y de noble linaje y sangre acostumbraron llamar, con nombre diminutivo, doncellicas, como en este lugar de los *Cantares* llama la Esposa á las almas perfectas y acabadas en toda virtud.

En el juicio final no ha de haber niños.

En el juicio final, ¿ha de haber niños? No, por cierto; porque, como dice San Pablo (*Ephes.*, IV, 13), todos resucitaremos en edad perfecta, á la medida y traza del mismo Cristo. Pues por San Mateo dice (*Math.*, XXV, 33) que pondrá los corderillos ó las ovejuelas á la mano derecha, y los cabritos á la izquierda. Por Jeremías (*Hier.*, XLVI, 20) *(a)*, llama á los de su pueblo, en tiempo que estaba de paz con ellos, becerrillos mamones y de leche. En otra parte (*Math.*, XXIII, 37), se compara á Sí mismo a la gallina, y á nosotros nos llama sus polluelos. De manera, que unas veces nos da nombres de niños, otras de polluelos, otras de palominillos, otras de infantes, otras de hijos ó hijuelos y de pueblo reciente y nuevo. Por Isaías dice (*Isai.*, LVI, 5): «A mis siervos se les pondrá nombre nuevo.» Y en el capítulo XL [v. 11] dice: «Sicut pastor pascit gregem suum, in brachio suo congregabit agnos» *(b)*. Y para que se vea claramente en lo que estima éstos sus niños, oid lo que dice (*Math.*, XVIII, 4): «Quicumque humiliaverit se sicut parvulus iste, hic major est in regno cœlorum» ([1]).

Luego, usando de nombres de niños y de niñas, como lo usa la Esposa, no es para significar hombres inconsiderados y incapaces de razón, cuales lo son por la edad los niños, sino para significar novedad de vida, mudanza de costumbres y perfección en la virtud. ¿Es imperfección del estado apostólico decir Cristo á los suyos, cuando los envía á predicar (*Math.*, X, 16): «Ecce ego mitto vos sicut *agnos inter lupos*»: «Mirad que os envío como corde-

---

(a) Acerca de estas palabras véase la nota que pone el P. Scío, t. XI, pág. 425, ed. cit.

(b) En lugar de este capítulo hallamos puesto equivocadamenle en el impreso el XXII.

([1]) «Si no os volvéis y os hacéis semejantes á los niños *en la sencillez é inocencia*, no entraréis en el reino de los cielos.»

([2]) «Pues qué, ¿no habéis leído jamás *la profecía:* De la boca de los infantes y niños de pecho es de donde sacaste la *más* perfecta alabanza?»

(a) Advertimos que las palabras de este versículo las refieren los expositores á Egipto, que es á quien van dirigidas las del Profeta.

(b) Con frecuencia cita las palabras de la Biblia en orden distinto á como se encuentran en la *Vulgata*, como en este lugar; véase la diferencia: *Sicut pastor gregem suum pascet: in brachio suo*, etc.: «Como un pastor apacentará su rebaño: recogerá con su brazo los corderillos.» El P. Angeles, por el tiempo futuro pone el presente: «como un pastor apacienta su rebaño», etc.

([1]) «Cualquiera que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos.»

ritos entre lobos?» No por cierto, sino requiebro de padre y enseñamiento de maestro, para que entiendan en el nombre que les da, que ni ofendiendo ni defendiéndose han de conquistar el mundo, sino sufriendo injurias y callando, como callan los cordeıos aunque los desuellen y quiten las vidas. Y si los nombres infantiles y de pequeñuelos dijessen (tratando Dios con sus amigos) imperfección en el conocimiento y amor suyo y en todo género de virtud, ¿por qué había de usar dellos la Escritura hablando de Cristo, á quien no por tassa se dió el Espíritu Santo, y en quien mora la divinidad con toda su plenitud y están los tesoros de la ciencia y sabiduria de Dios? (*Colos.*, II, 3).

Por qué llamó el Padre eterno á su Hijo en el Jordán Niño de un día; y qué tales nos deja el baptismo á nosotros cuando salimos dél.

Por San Mateo, acabándose de baptizar Cristo en el Jordán, se dice que el Padre, con voz distinta y clara, dijo (*Math.*, III, 17): «*Tu es* Filius meus dilectus, *ego hodie genui te*» ([1]). Digan los sabios: Por ser Cristo recién baptizado, ¿faltóle alguna cosa de perfección, ó es perfecto en todas? Clara está la respuesta entre católicos, que confessamos que en Cristo bajó el Espíritu Santo y moró de assiento, y que juntamente es Dios y hombre. Pues, ¿por qué le dice el Padre: niño engendrado de un día?... Porque es todo su regalo, como lo es el infante recién nacido del padre que no tiene otro, y para significar qué tales quedamos nosotros cuando somos baptizados en Cristo, ternecitos para Dios, blandos de condición, humildes y graciosos, y de vigor pueril para todo lo bueno. Isaías llamó al mismo Cristo parvulito é hijo pequeño (*Isai.*, IX, 6); y para dar á entender que essa pequeñez no le quitaba nada de su ser, ni era ofensa de su grande sabiduría, ni diminución de sus infinitas perfecciones, añade luego: «Su imperio sobre sus hombros, y llamarse ha Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro y nuevo – esto es, de los reengendrados por el bautismo y adoptados en hijos de Dios por Él—y Príncipe de paz.» San Ambrosio, explicando aquel verso del *salmo 118*, (el 141): «Adolescentulus sum ego et contemptus» ([1]), dice que, en sentido allegórico, se entiende de Cristo, que respecto del Padre fué doncel y mancebito regalado y tierno, essento y libre de la vejez de Adán y de las arrugas del pecado; pero respecto de los hombres, despreciado y tenido en poco; mas no por esso olvidado. Esso dijo Isaías (*Isai.*, LIII, 2) *(a)*: «Et ascendet sicut virgultum coram eo...; non est species ei, neque decor» ([2]). En presencia del Padre subirá como pimpollo tierno, que se dobla á la parte que quiere quien le tiene en la mano, para significar la humildad de Cristo y el rendimiento á la voluntad de su Padre. Y dice muy bien: subirá delante de Él, porque cuanto más se humillaba más subía. Y porque lo que dice del Hijo natural quiere de los adoptivos, nos llama en un salmo pimpollitos, ó renuevos de olivos: «Filii tui, sicut novellæ olivarum in circuito mensæ tuæ» (*Psal. 127*, 3) ([3]). A la mesa del Señor, en que se nos da su carne y su sangre, ninguno ha de llegar que no sea pimpollito de oliva, nuevo y sin la antigüedad del hombre viejo, costras y vejeces del pecado.

Deste tan largo discurso lo que infiero es que el llamar Dios á sus siervos con nombres diminutivos, infantiles y de niñez, demás de las significaciones místicas que en sus lugares habemos tocado, trae consigo un peso infinito de amor y benevolencia, de providencia y cuidado paternal; porque las cosas pequeñas y tiernecitas, para conservarse tienen necessidad de todo esto. Comencemos por lo que parece menos. Los pimpollitos ó árboles pe-

---

([1]) «Tú eres mi Hijo amado... «Yo hoy te engendré.» (Padeció el P. Angeles aquí una distracción notable, pues atribuyó á San Mateo lo que no dijo. El texto en éste, como en otros evangelistas, cuando refieren el bautismo de Cristo, no dice: «Tú eres mi Hijo amado. *Yo hoy te engendré*», sino «Este es... en quien me he complacido.» Las palabras subrayadas son del profeta David, *salmo 109*, y por ende del Espíritu Santo. Por esto puede tolerarse el argumento del autor, aunque está fundado en base falsa, y hubiera hecho mejor en interpretar como lo hacen los santos Padres, por el *hoy* de la Escritura la eternidad, que carece de ayer y mañana.

(a) En vez del cap. LIII aparece citado el XXXV.

([1]) «Pequeñuelo soy yo y de poca estima.»

([2]) Él (habla aquí el Profeta de Jesús hecho hombre) crecerá á los ojos del *pueblo* como una humilde planta...; no es de aspecto bello ni es esplendoroso.»

([3]) «Alrededor de tu mesa estarán tus hijos como pimpollos de olivos.»

queñuelos han menester el riego y el rodrigón que los saque derechos, la podadera que los limpie, la defensa contra los vientos helados y fríos y contra los animales que fácilmente los roen y maltratan. Los becerrillos mamones y de leche viven necesitados de los pechos de la madre y de su amparo contra las bestias fieras. Los corderitos, del cuidado y providencia del pastor, que los abrigue, que los guarde del lobo, que los encierre en los apriscos, que los saque á buenos pastos, que los lleve en el seno y á sus cuestas si fuere menester. Los polluelos, ¿cómo vivirían sin la solicitud de la madre? Ella los abriga y calienta debajo de sus alas; ella los defiende del milano y aves de rapiña; ella les busca y parte la comida, y por que estén sanos, ella anda de continuo enferma. Pero dejemos esto y vengamos al cuidado en que pone á sus padres una doncellita hermosa y de lindo parecer; no se puede esto decir con muchas ni con pocas palabras.

Pues digamos en común de los niños y niñas. No hay criatura del mundo más necessitada del cuidado, solicitud, amor y regalo de sus madres que un infante acabado de nacer, que aun el pecho de su madre no sabe tomar, que por esso dijo David *(Ps. 130*, 2): «Sicut ablactatus est super matre sua», etc. ([1]). Al fin, ni vestirse, ni desnudarse, ni andar, etc.; todos colgados de la providencia de las madres. De todas las edades, ésta es la más trabajosa: ya lloran los niños, ya ríen; ya piden de comer, ya lo despiden; ya se enojan y bravean, ya están regocijados y alegres. ¿Cuál anda una madre desvelada por criar su hijo? ¡Oh providencia del cielo! ¡Oh providencia del cielo, que para estas importunidades proveyó que en este tiempo el amor fuesse en las madres más fervoroso y más tierno! Lo cual vemos en todo género de animales, que aman mucho más sus hijuelos en la niñez que cuando grandes. ¡Qué grande es el cuidado de la pajarita cuando tiene sus pollitos en el nido!: y después de criados vemos que los echa de sí á picadas. La vaca, ¡con qué mansedumbre y amor deja llegar á sus pechos al becerrillo! ¡La leona á su cachorro! De manera que para esta edad guardó naturaleza el más afectuoso amor en las madres, porque consiste en esto la (*a*) crianza de los hijos, tan importunos y cargosos.

Niño es nombre de amor.

Pues, ¿qué quiere decir llamarnos Cristo niños sino darnos á entender que nos ama y cuida de nosotros con amor de madre? «¿Puédese olvidar, dice Él *(Isai.*, XLIX, 15), la madre del infante que nació de sus entrañas?» Y preguntando desta manera, parece que da á entender que no es possible caer en ella este olvido. Y añade luego: «Si ella se olvidare, yo no me tengo de olvidar.»

El amor que Dios nos tiene excede al de las madres.

No hay amor de madre, aunque sea el que tiene á su hijo en la niñez, que no le venza el amor que Cristo tiene á sus siervos, no por tiempo limitado, como ella, sino por toda la vida. Porque, como se colige del Apóstol *(Ephe.*, IV, 13), hasta que ocurramos (*b*) á Cristo, en la muerte ó en la común resurrección, siempre somos niños. Allí tomaremos otra forma y seremos varones perfectos y conformes al mismo Cristo. Si no fuéssemos niños y necessitadíssimos desta común madre de todos los justos, ¿por qué se había de bajar Dios á gorjear con nosotros? ¿Por qué nos había de traer en los brazos y decir que tiene pechos y que nos ha de criar á ellos? ¿Por qué se había de poner á brincarnos? «Super genua *mea blandietur* vobis» *(Isai.*, LXVI, 12) ([1]); como la madre brinca [á] su niño, aniñándose con él. Como niños andamos siempre importunando á Dios: «Panem nostrum quotidianum *(c)* da nobis hodie»

([1]) «Como el niño recién destetado está *penando* en los brazos de su madre, tal sea la pena en mi corazón.»

(*a*) Hemos corregido una errata que aquí hallamos, leyendo *la* donde el impreso dice *lo*, por mero error material.

(b) Sinónimo de *salir al encuentro, presentarnos.*

(c) En el lugar citado, en vez de la palabra *quotidianum* se lee *supersubstantialem*. En *Luc.*, XI, 3, es donde se hallan estas palabras tal como las cita el P. Angeles, que es también como la Iglesia las usa en su Liturgia.

([1]) Hablando en este capítulo Isaías de las misericordias con que Dios había de regalar á los hijos de la Iglesia, en contraposición á lo que habían experimentado los de la Sinagoga, dice, entre otras cosas, que serían llevados á sus pechos y acariciados sobre su regazo. De las dos palabras subrayadas, la primera es añadida al texto, y la segunda, mudada del plural al singular.

(Math., VI, 11). ¡Madre, dadnos pan! Es petición de niños, y es condición y providencia de madres, aunque sean reinas, andar siempre proveídas de pan y de otros regalillos, si los tienen. Nunca pareció mal que la señora, aunque muy galana y de fiesta, y en presencia de otras señoras y de todo el mundo, pidiéndole su niño los pechos, sacarlos y dárselos; y si de otra manera los descubriesse, sería cosa muy reprehensible, fea y de poca honestidad.

Somos niños de Dios, y como á niños nos castiga.

Muchas cosas se atribuyen á Dios en las divinas Escrituras que serían indecentes á su grandeza si no hablasse y tratasse con nosotros como con niños: niños de Dios, que es nuestro padre y nuestra madre, nuestro ayo y nuestro maestro. Todas las leyes favorecen á los menores de edad, tanto que, aunque sus culpas sean graves, no se castigan con el rigor dellas, sino conforme á la edad. De aquí viene que, cometiendo nosotros cada día tantos delitos dignos de muerte eterna, no nos encarcela Dios, ni nos echa en los infiernos. En los contratos, essas mismas leyes favorecen á los menores, dando por ningunos *(a)* cuantos se hicieren en daño dellos. ¡Qué de contratos hacemos por momentos en daño de nuestras almas, y luego al punto las leyes de la penitencia los anulan! *(b)*. Y si algún menor presume de sí y renuncia la ley de la menoría, porque quiere ser tenido por hombre y libre, quédasse sin hacienda; y ¡cuántos pierden la del alma por querer ser tenidos en el mundo por hombres!

Y ¿de dónde viene estimar Dios en tanto lo que nosotros hacemos, siendo todo niñerías? De que somos niños. Cómo celebra el padre los dichos de su niño; y, llegado á examinar lo que dijo, fué todo nada, sino que la afición con que mira sus cosas y oye lo que habla le hace parecer que es algo, y también la edad, que no se suele extender más que á niñerías. ¡Cosa extraña, verdaderamente, que se haya de poner Dios *(Math.,* XXV, 35-6) en el juicio final delante toda la corte celestial á celebrar un jarro de agua, un pedazo de pan, una visita de cárcel y otras cosillas á este tono, como si fueran las mayores hazañas del mundo, y, lo que es más, que por ellas tiene prometido el cielo! Somos niños, á quien *(a)* no se les pueden pedir obras mayores. Luego no significa imperfección el nombre de doncelluelas, sino ternura y regalo y trato amorosíssimo. IDEO ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT TE NIMIS.

(a) Palabra anticuada en esta acepción; igual á *nulos ó de ningún valor*

(b) Encontramos escrito *anullan;* mas no pareciendo haber razón ninguna etimológica ni de otra especie para conservarla en esa forma, y para evitar, además, confusión ó embarazo á algún lector, la hemos corregido.

(a) Parece que deberia ser *á quienes;* pero hallamos *á quien.*

LECTIO SECUNDA

TRAHE ME: POST TE CURREMUS IN ODOREM UNGUENTORUM TUORUM. *Et* INTRODUXIT ME REX IN CELLARIA SUA: EXULTABIMUS, ET LÆTABIMUR IN TE, MEMORES UBERUM TUORUM SUPER VINUM: RECTI DILIGUNT TE *(Cant. I,* 3) [1].

* ARTICULO PRIMERO

Expone la primera parte del verso, descubriendo la humildad de la Esposa, que pide ayuda á Cristo para obrar el bien y seguirle.

Quasi dicat: «Si te præ tua nimia claritate assequi non potuero. tu dignaberis auxiliatricem manum mihi porrigere. Non potest igitur Sponsa nec diu, nec ad tempus, nec tantillum quidem præsentia Sponsi carere» [2], como ni el cuerpo puede vivir sin el alma.

Por esso dijo bien el otro poeta, y refiérelo

[1] «Atráeme tú *mismo* en pos de ti, y correremos *todos* al olor de tus aromas. Introdújome el Rey en su gabinete, *elevándome á esposa suya.* Saltaremos de contento y nos regocijaremos en ti, conservando la memoria de tus *castos* amores, superiores á *las delicias* del vino. *Por eso* te aman los rectos *de corazón.*»

[2] Palabras son las de este versículo tercero, con las cuales viene á decir la Esposa: «Si yo no soy capaz de seguirte por tu infinita grandeza y claridad, llévame tú en tu seguimiento», como dando á entender que no podía vivir lejos de él ni por un solo instante.

Plutarco (in *Marco Antonio):* «Amantis animam magis in alieno corpore, quam in suo vivere.» Marsilio (Fis., *lib. I, epist. ad Peregrin.)* ex sententia Platonis, define assí el amor: «Est ardor animi, proprio quodam modo in corpore mortui, in alieno vero viventis. Anima enim magis est ubi amat, quam ubi animat » Bernardus (lib. de *Præcepto et dispositione)*, et Pithagor., ait: «Corpora invicem se amantium esse duo, animam vero unam » S. Gregorius Nazian. (*Oratione in laude Basilii)* dicit: «Que no era más de una ánima la de los dos, guardada en dos cuerpos» (¹). TRAHE ME POST TE. In greco habetur: «traxerunt te»; id est, adolescentulæ. No sólo te amaron, sino que te trajeron á sí mediante el amor. (Lege Origen. In utroque opere; sequutus est enim versionem græcam).

Sed hæc verba Sponsæ intelligunt nonnulli de quodam peculiari Dei attractu, vel auxilio efficaci, quo hominem ad se interdum attrahit, ut perfectionem consequatur. Verificatur de Abraham *(Genes.*, XII et XVII, 1) *(a):* «Ambula coram me»; id est, sequere me, ut sit perfectus. De illo Isaias loquitur cap. XLI, 2: «Quis *excitabit* ab Oriente justum, vocavit eum ut sequeretur se?» Lege Hieron., ibi. Idipsum dicendum de Apostolis, attractis a Christo: fieri enim non potest in tanta corruptione naturæ, ut anima ita prompte, et alacriter sequatur Deum, nisi ab ipso specialiter attrahatur, juxta illud *Joan.*, VI, 44: «Nemo potest venire ad me, nisi Pater *meus traxerit eum.*» Quæ quidem attractio non coacta, nec violenta est: sed efficax, et quanto efficacior, tanto minus violenta, et suavior magis est. Quoniam ipsa anima, dum a Sponso trahitur, confert vim hujusmodi tractioni, id est: assentiri, et dissentiri potest. Tunc enim motio aliqua dicitur violenta, quando passum ipsum non confert vim. Sponsus autem, dum animam ad Se trahit, licet efficacissime trahat, suavitatem tamen, et dulcedinem infundit, ut anima illud suaviter sequatur. Lege August. *(tract. 26 in Joan.*, et lib. XI de *Civitate Dei*, cap. XXVIII). «Nam velut amores corporum, inquit, momenta sunt ponderum». Las balanzas. Lege item (lib. I *quæstionum ad Simpl.*, 9, 2, et tractu 22 in *Joannem*, et epist. 50 ad Bonifacium Principem, et lib. V *Confess.*, cap. I). Lege Bernardum (sermone 17 in *Cantic.)*. Al fin, nada podemos sin Dios y su gracia. August. (de *Verbis Apostolici*, sermone 13 et 33, et libro de *Spiritu et litera*, cap. XXVI) et Concil. Arauxic, cap. VII, et Cælestin. Papa (epístola *Decret.)*, quam scripsit de gratia Dei. Teme, pues, la Esposa y pide el favor del Esposo, y esse temor es bueno y necessario para la conservación. (Lege Gregor. Naziancen., *Oratione in sancta lumina*, et ibi Nicetam. Ambros., libro de Isac, et anima legit in numero plurali.) Tráenos en su nombre y de las doncellas. Lege etiam divum Bernardum, sermone 12 (¹).

Dios nos lleva y atrae á Sí; pero con suavidad.

TRAHE ME. Hoc verbo magnam sui amoris erga Sponsum vim explicat Sponsa: docet enim se ita languere, ut pedibus suis consis-

(a) Aunque se citan ambos capítulos, estas palabras sólo se hallan en el XVII, 1; en el cap. XII se habla únicamente de la vocación ó llamamiento de Abrahán y de las promesas que el Señor le hizo.

(¹) «El alma del que ama, dijo el poeta, y de él Plutarco, vive más bien en el cuerpo del amado que en el propio.» Y Marsilio, inspirándose en la sentencia de Platón, define el amor diciendo que «es un ardor del alma que en cierto modo está muerta para su propio cuerpo; pero vigorosa y fuerte en el ajeno. Porque el alma más está donde ama que donde anima ó da vida». Y San Bernardo, é igualmente Pitágoras, dicen que aunque son dos los cuerpos de los que se aman; «pero las almas no son más que una: las dos fundidas en una sola». San Gregorio Nacianceno dice, en alabanza de San Basilio: «que no era más de una ánima la de los dos, guardada en dos cuerpos».—En el texto griego, en vez de *Atráeme en pos de ti*, se lee: *Te atrajeron;* conviene á saber, las doncellitas. (Léase á Orígenes, quien siguió la versión griega en sus comentarios)

(¹) Muchos, no obstante, interpretan estas palabras de la Esposa de un cierto género de atracción particular y auxilio eficaz de Dios, con el cual Él llama algunas veces al hombre al seguimiento de la perfección. Tal se vió en el santo patriarca Abrahán, á quien dijo Dios Nuestro Señor: «Camina *como siervo fiel* delante de mí», esto es: sígueme, para que seas perfecto; como lo dió á entender el profeta Isaías, diciendo: «¿Quién sacó del Oriente al justo Abrahán y le llamó para que le siguiese?» (Léase sobre este lugar á San Jerónimo.) Lo mismo cabe decir de los Apóstoles llamados por Cristo, puesto que es imposible, dada la corrupción de la naturaleza humana, que un alma siga tan generosa y prontamente y con tanta alegría á Dios, como aquéllos lo hicieron, sino es en virtud de un especial llamamiento divino, según aquello que dijo el Señor: «Na-

tere nequeat ([1]); pero aunque enferma y sin fuerzas corporales, no desanimada, antes encendida y alentada para seguirle, aunque sea necesario correr en pos de Él, no por sí, sino ayudada de Él. Divus Ambrosius, in illa verba: *Defecit in salutare tuum anima mea* ([2]), dice (Ambros., in *Psal. 118)* que en este desfallecimiento está, no el fin, sino el crecimiento del amor. De manera que desfallecer amando no es acabarse el amor, sino el que ama; *quasi dicat* [como si dijese]: no falta el desseo; pero faltan las fuerzas; desfallezco desseando; pero Tú, Esposo mío querido, esfuerza mi flaqueza y dame virtud para seguirte, que sin essa tu ayuda santa y favor, seguirte ha el desseo, mas no el cuerpo flaco y enfermo.

Sed notandum, quod inter latinos verbum *traho* quandam importat violentiam conjunctam. Verum si attente consideretur vox hebrayca, pro qua latinus transtulit *trahere*, magis motum amore a volente elicitum significat, quam vi expræssum a nolente ([3]). ¿Quién dirá *a prima facie* [á primera vista] que no significan violencia aquellas palabras de Oseas *(Oseas*, XI, 4): «In funiculis Adan traham eos, in vinculis charitatis»? ([1]). Como aquéllas de Isaías *(Isai.*, V, 18): «Væ qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, et quasi vinculum plaustri peccatum» ([2]). Clara está la fuerza que se hace al trillo, asido y trabado con las sogas, y tirado de los bueyes. Pues á esa compara el Profeta lo que padecen los que pecan, los que llevan como arrastrando los pecados: «Ut inique agerent, laboraverunt» *(Hier.*, IX, 5) *(a)* ([3]). Pero considerada, como digo, la naturaleza del verbo hebreo, más dice fuerza de amor y voluntad que violencia, cual la sufre la piedra arrojada á lo alto, y el trillo traído de los bueyes.

Y en este lugar se descubre mejor ésto; porque no pide la Esposa al Esposo que de nuevo le dé la voluntad para seguirle, que ya se la tiene dada y es en ella para con Él crecidíssima; lo que pide es lo que le falta: fuerzas tan necessarias para esta secuela *(b)*. «*Ipsius* enim est, velle et perficere, pro sua bona voluntate» *(Philip.*, II, 13) ([4]). La voluntad en su servicio buena, suya es, y para la ejecución en el bien, Él ha de administrar las fuerzas. Itaque, Sponsa, spiritu prompta, carne autem infirma, quæque cum Apostolo dicit *(Rom.*, VII, 18): «Velle adiacet mihi; perficere autem [bonum] non invenio»; non postulat induci se a Deo, ut Deum amet, porque esse desseo y essa voluntad, como dijimos, ya la tiene recebida de

---

die puede venir á mí si el Padre que me envió no le atrae.»

Y por cierto que esta atracción ó llamamiento ni es forzado ni violento, sino eficaz, y cuanto más eficaz, menos violento y más suave. Porque el alma, cuando así es llamada y atraída por Dios, presta voluntariamente su cooperación, es decir, puede asentir ó desentir, obedecer ó desobedecer, mientras que la violencia quita toda acción y libertad al paciente, y no le deja en iberta para nada. Cuando Dios, pues, llama á Sí á un alma, por más eficaz que sea este llamamiento, y precisamente por serlo, infunde juntamente una suavidad y dulzura tal, que sin violencia lleva en pos de Sí suavísimamente al alma. (Léanse los autores citados, quienes tratan esta materia profusamente, en particular San Agustín, San Gregorio Nacianceno y San Bernardo.)

([1]) «Atráeme ó llévame en pos de ti.» Con estas palabras expresa la Esposa cuán grande es la fuerza de su amor hacia el Esposo, pues da á entender que se halla tan dominada de este afecto que, desfallecida y enferma de amor, no puede contentarse con estar quieta á sus pies.

([2]) Sobre aquellas palabras del salmo 118 (v. 81): *Desfallece mi alma, suspirando por la salud que de Ti viene*, dice San Ambrosio que en este desfallecimiento, etc.

([3]) Nótese empero que el verbo *traho, atraer, llevar en pos*, significa una cierta violencia junta con la suavidad del llamamiento. Con todo, teniendo en cuenta la palabra hebrea que el intérprete latino tradujo por este verbo, propiamente da á entender un movimiento ó inclinación del alma que trae su origen de un ánimo dispuesto á la obra y no del que se resiste á obrar.

(a) En este lugar hallamos al margen, como indicando el libro de donde está tomada, esta sola referencia: *Prov*. Son del libro citado arriba.

(b) Significa aquí seguimiento, séquito, y en esta acepción ya no está en uso.

([1]) «Yo los atraje hacia mí (habla el Señor por boca del Profeta) con vínculos propios de hombres, con los vínculos de la caridad.»

([2]) «¡Ay de vosotros, que arrastráis la iniquidad con las cuerdas de la vanidad, y al pecado á manera de carro, del cual tiráis *como bestias!*»

([3]) «Se afanaron en hacer mal», dice el Profeta aludiendo á las prevaricaciones del pueblo judío.

([4]) «Dios es el que obra ó *produce* en nosotros por un *puro* efecto de su buena voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar.»

Dios: orat autem, et omnibus expetit votis, ut illa, quibus illius cursus ad Deum retardabant, impedimenta, illa arcta vincula Deus ipse dissolvat, viresque suggerat ipsi languenti, et parum adhuc firmæ *(a)* ([1]).

Divus Bernardus (sermone 21 in *Cantic.)*, sic ait: «TRAHE ME, quoniam, quantumvis magnæ perfectionis anima, quandiu gemit sub corpore mortis hujus, et hujus seculi carcere detinetur inclusa, necessitatibus vincta, et torta sceleribus, segnius insurgit ad contemplanda cœlestia, nec omnino liberum habet sequi Sponsum, quocumque ierit.» Suffragatur huic sententiæ expositio Gregorii; ait enim: «Non currit, qui non trahitur; nam ille, quem divina gratia non adjuvat, molestia suæ corruptionis gravatur. Gratia quippe divina nos prævenit, et, internarum rerum dulcedinem nobis ostendens, de exterioribus nos compungit.» Suffragatur et Hugo Cardinalis, dicens: «TRAHE ME; id est, veni, fer opem corpori et carni, ut quamvis caro repugnet, tamen mentis desiderio sequar te. Sic Thomas et Haymo et alii» ([2]).

Con cuánta dificultad se levanta un ánima al Señor.

(a) Corregimos la terminación de este adjetivo, pues leemos en el impreso *firmo*, lo cual reputamos error material.

Henricus Harp. *(Theologiæ Misticæ*, lib. I, capítulo XXXVI), explicans hoc verbum TRAHE ME, sic ait: «Vox est animæ amplexum humanum fastidientis, et ad divinum suspirantis. Novit enim, quia vim patitur humana mens visibilibus assueta delitiis, dum se salubriter ad invisibilium fruitionem transferre voluerit. Petit ergo trahi: qui tractus significat quandam violentiam sibi ipsi secundum naturam inferendam; ideo petit adjutorium quod Deus exhibet per terroris incussionem, per sonitus repressionem et abundantioris gratiæ infusionem» ([1]). Es ésto como lo que dijo Cristo en su Evangelio *(Math.*, XI, 12): «Regnum cœlorum vim patitur», etc. ([2]); no porque él se defienda de nosotros, sino porque hay quien contradiga esta conquista dentro de nosotros mismos; y por esso nos hemos de *violentar y hacer fuerza*, reprimiendo la carne y sujetándola al espíritu, y cautivando el entendimiento á la obediencia de la fe, y rindiendo la voluntad á la divina ley.

Al fin, la fuerza no se hace al reino, sino á nosotros, mal inclinados y rendidos á los vicios. Id significare vult Sponsa cum dicit: TRAHE ME; quasi dicat: Si opus est, ut trahas me ad te, terre nimis, exerce flagellis, allice beneficiis et promissis: nunc illuminan-

Nosotros mismos contradecimos el reino de Dios.

([1]) De modo que la Esposa, que siente su ánimo dispuesto y pronto, pero que á la vez experimenta en sí misma la flaqueza de la carne, y que con el Apóstol dice: «aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla», no pide que Dios la conceda su amor..., sino que con todas veras pide y suplica que Dios por Sí mismo deshaga y disipe aquellos obstáculos y rompa aquellos lazos que retardaban su unión con Él; y, pues la ve enferma y con poca consistencia en la virtud, la conceda las gracias y las fuerzas para esto necesarias.

([2]) Dice San Bernardo: Pide la Esposa, atráeme, por cuanto el alma, aunque haya llegado á una alta perfección, mientras está sujeta al peso de la carne, y vive desterrada en la cárcel de este mundo, unas veces por las necesidades que la rodean, otras por los remordimientos, no está siempre hábil para contemplar las cosas espirituales, ni tiene plena y amplia libertad para seguir al Esposo celestial adonde éste quiera llevarla. De este mismo parecer es San Gregorio Magno, quien, exponiendo este lugar, escribe: «No puede ir con presteza ni correr en el divino servicio quien no es atraído, pues al que no está sostenido en este camino por la gracia, le detiene y retrasa la miseria y flaqueza natural. La gracia es la que nos previene y nos aparta de los bienes caducos de la tierra, demostrándonos la suavidad y las ventajas de los celestiales. Lo mismo afirma el Cardenal Hugo, diciendo que «estas palabras equivalen á decir: ven en mi socorro, ayúdame y sostén mis fuerzas para que, aun contra las rebeldías y flaquezas de la carne, pueda yo seguirte».

([1]) Explicando Enrique Harpio las palabras que vamos comentando, dice: «Son éstas voces del alma que aborrece los consuelos ó deleites humanos y busca con ansia los divinos. Experimenta quien á esto aspira que el alma, acostumbrada al goce de los placeres sensibles, ha de hacerse una muy grande violencia al enderezar sus pasos hacia los celestiales. Ruega, pues, y suplica ser atraída y llevada, y esta atracción no indica otra cosa sino esa violencia que ha de hacer á sus naturales apetitos; por eso pide á Dios su gracia y sus auxilios, auxilios que Dios le da unas veces por un saludable temor, otras quitando los obstáculos que se le ofrecían, ó aumentando la suavidad y dulzuras de la gracia.»

([2]) «El reino de los cielos (la gracia y amistad de Dios, lo mismo que la gloria celestial) se alcanza á viva fuerza», etc., es decir, haciéndose violencia, venciéndose á sí mismos.

do, nunc reficiendo, nunc terrendo. Novit enim hæc anima, quod nihil ascendere potest ad id quod est super naturam, nisi per alium trahatur: sicut et lapis in altum, sic et ipsa ad Deum. Voluntas namque invenitur impotens ad sublevandum humanum affectum in divina, nisi a superiori motore fuerit per gratiam adjuta. Et sicut magnes ferrum trahit, nisi præpediatur ab alio aliquo contrario, ut pote ab adamante, qui, juxta ferrum positus, illud a magnete non patitur atrahi, imo jam attractum per violentiam retrahit, et ad ignem applicatus non incalescit; sic Deus per amorem sibi cor humanum attrahit, nisi violenter ab amore mundi et sui fuerit retractum: qui scilicet amor cor humanum ponderosum et frigidum reddit. Ipsa igitur summa Trinitas animam non præpeditam *(a)*, ut diximus, attrahit per amorem: ita quod principium hujus spiritalis tractus, est increatus amor. Et idem, cap. XXXVII, tractans eundem locum, sic ait: «In hoc Sponsa suam ostendit humilitatem et ferventem charitatem, exprimens desiderii sui fervidum affectum, et recognoscens suum proprium defectum, et petens consilii divini salubrem effectum» ([1]).

La humildad muestra en el conocimiento propio, conócese inhábil y sin fuerzas, y necessitada del ayuda y favores del Esposo divino. La caridad fervorosa, en lo que pide: TRAHE ME: llévame, que no puedo vivir sin Ti, ni seguirte, si Tú no me ayudas. Y en el capítulo XXXVIII dice: «Divini amoris attractivam virtutem alloquitur anima, voluntatem suam attrahi petens in unionem divinæ voluntatis, ut unus spiritus cum Deo fiat, sentiens unum velle, et unum nolle. Nam iste tractus principaliter in voluntate fit per inhabitantem charitatem: voluntas autem, vi quadam, secum totum hominem trahit; id est, omnes vires, tam intellectivas, quam affectivas: tam inferiores, quam superiores.» De quo multa diximus in prima parte nostræ *Luctæ spiritualis* ([1]).

Cómo se llega á la unión desseándola.

De lo dicho, y de otras muchas cosas que yo tengo vistas, hago un discurso que será de mucho consuelo para personas religiosas y espirituales, en esta forma: Dessea la Esposa juntarse al Verbo divino, Esposo suyo, con vínculo que nunca pueda desatarse; pero con este tan ansioso y justo desseo está el conocimiento de su pequeñez y

(*a*) En el impreso leemos *præpeditatam;* creemos que es errata no corregida por inadvertencia.

([1]) Al fin...; y esto parece que quiere dar á entender la Esposa cuando dice: *Llévame en pos de ti*, esto es, si es preciso, con tal de amarte y poseerte, amenázame con castigos, envíame aflicciones, regálame con beneficios y promesas, emplea conmigo todos los medios: las luces interiores, los auxilios sobrenaturales, las amenazas. Y es que conoce el alma que por sí misma no puede alzarse á las cosas divinas, si no es llevada y sostenida de la gracia; exactamente igual que una piedra no se eleva á las alturas por su propia virtud, lo mismo nuestra alma respecto de Dios, pues nuestra voluntad es inhábil por sí misma para amar los bienes sobrenaturales y divinos, á no estar sostenida por la gracia. Y así como el imán atrae al hierro, si por otra fuerza mayor no está sujeto, como, v. gr., por el diamante, que puesto junto al hierro no sólo impide que éste sea atraído por el imán, más le aparta de él, y aunque se meta en el fuego no se calienta ni enciende (nos limitamos á traducir las palabras del texto, sin detenernos para nada en aquilatar las afirmaciones que contienen), del mismo modo Dios atrae y lleva tras Si el corazón del hombre, si no se encuentra éste atado por el amor del mundo ó de sí mismo, que son los que vuelven al hombre pesado y frío para las cosas espirituales. La Santísima Trinidad, pues, atrae al alma que encuentra desligada de estas ataduras, de modo que el principio y origen de esta atracción es el divino amor.» Y el mismo autor (parece referirse el P. Angeles al antes citado Harpio) añade: «Demuestra en estas palabras su humildad y su caridad fervorosa, expresando el deseo que siente, reconociendo su flaqueza y pidiendo el auxilio eficaz del poder de Dios.»

([1]) Dice el citado autor á continuación, en el capítulo XXXVIII de la obra citada arriba: «Invoca aquí el alma y hace resaltar la virtud y eficacia del amor divino, pidiendo y suplicando que su voluntad sea llevada á la unión con la de Dios hasta hacerse un mismo espíritu con Él y tener el mismo querer y el mismo no querer. Porque esta atracción se realiza principalmente en el alma por la caridad habitual, que aprisiona nuestra voluntad, la cual, por cierta fuerza intrínseca, arrastra consigo al hombre todo entero, es decir, á todas sus facultades y potencias, así intelectuales como afectivas, las superiores lo mismo que las inferiores.» De esto ya hemos hablado, dice el P. Angeles, largamente en la primera parte de la *Lucha espiritual.* (Véase tomo I, citado en la pág. 69, en el cual esta obra ocupa el cuarto lugar, págs. 275-370.)

flaqueza. Pide la unión y pide juntamente el favor para ella. Que, como dijo San Pablo (*Rom.*, IX, 16), «no es de quien quiere ni de quien corre, sino de la misericordia y liberalidad de Dios», que obra en nosotros tal voluntad y tales obras. Hay muchas cosas en la vida presente que impiden el cumplimiento deste desseo de la Esposa. Hay ocupaciones domésticas, negocios públicos y particulares. Hay los halagos de la carne lisonjera y encantadora; hay deleites de todas maneras y cuidados que distraen, divierten, entibian, ahogan, detienen y apesgan el alma para que no pueda caminar derechamente á Dios ni aun levantar á Él muchas veces su pensamiento; especialmente que lo que ella aquí pide es cosa muy grande y que se concede á muy pocos. Pide que, menospreciadas y holladas todas las cosas que son de precio en el mundo, en Él tan solamente piense, y de manera le ame solo, como si estuviesse apartada y libre de las molestias y ataduras de la carne. Eso significa la palabra TRAHE ME; *quasi dicat* [como si dijera]: mi voluntad es seguiros; mi desseo, juntarme á Vos; mi ansia, estar suspensa y lejos de la tierra; pero no soy suficiente para cumplir lo que tanto desseo.

Impedimentos para la unión.

Cristopolitano, obispo, sobre este lugar, dice ansí: «Toda la justicia y perfección en que fué criado el hombre consistía en una cierta conformidad de su voluntad con la divina; y toda la integridad de aquel estado y el orden debido estaba en cierta rectitud, subalternación y obediencia de las partes inferiores á las superiores, y generalmente de la sensualidad á la razón, y de la razón á Dios. En este estado, el ánima de Adán tenía imperio cumplidíssimo y absoluto sobre su cuerpo, y el espíritu sobre la carne, y la razón sobre la sensualidad; pero luego que pecó y se apartó de la divina voluntad, al punto la carne se levantó contra el espíritu y la sensualidad contra la razón, y le hizo punta; y todo el orden interior se pervirtió, y la naturaleza quedó corrupta y llagada en sus potencias, y el apetito sensitivo, averso á todo lo bueno y convertido é inclinado á todo lo malo. Y como la razón antes del pecado traía á sí la sensualidad, ansí después del pecado, por la mayor parte, la sensualidad arrebata y lleva tras de sí á la razón». De manera que la razón quedó sujeta á la sensualidad, á la carne, al mundo, á la sugestión diabólica; y al fin, como dijo el otro poeta, «cada cual es llevado de su apetito».

Justicia original; daños del pecado.

Pues, ¿qué remedio para desasirse y librarse el alma de esta esclavonía y sujeción? Por sí misma y con fuerzas propias es impossible; luego, ayudada del auxilio de Dios y de su gracia por Cristo, al cual puso el Padre Eterno por medianero, ayudador y justificador de los hombres. Este favor pide la Esposa al Esposo para seguirle cuando dice: TRAHE ME. Porque, como Él dijo en el Evangelio *(Joan.*, VI, 44) *(a)*: «Ninguno puede ir al Padre sino por Él, ni venir á Él si su Padre no le trajere», inspirándole y moviéndole interiormente y ayudándole con su gracia. Non enim omnium est fides [1]. Y en la sagrada Escritura *(Reg.*, X, 26) *(b)* dice que aquella parte del ejército siguió á Saúl, «quorum tetigerat Deus corda» [2]. Es necessario que os toque Dios, y aun que os arrebate y lleve tras de sí.

Cómo se librará el hombre de la sujeción de la sensualidad ó los vicios.

Pero nótese que este tracto de la Esposa no es del pecado á la gracia, que es Esposa muy querida la que habla, ni importa necessidad ó violencia la palabra TRAHE ME, sino amor entrañable, con conocimiento de la propia fragilidad, como ya dijimos; *quasi dicat* [como si dijera]: Si no tira por mí y me saca de las uñas de los cuidados y embarazos y codicias del mundo, ¿cómo le podré seguir? ¿Cómo perseveraré con Él? Si la piedra imán no estuviesse siempre con su secreta virtud tirando del hierro, ¿podríasse sustentar en alto, ni por un espacio brevíssimo, el hierro? No, por cierto. Es grande el peso de nuestra carne, y aunque algunas veces se levanta el alma á los brazos, besos y pechos del Esposo, si no es que Él mismo la sustente y traiga para sí y la tenga assí suspensa, el peso de la carne la retrae, inclina y abaja á la tierra. Si el que go-

(a) No hallamos hecha esta cita, que hemos suplido por ser estas palabras del lugar citado del Evangelio de San Juan.

(b) También falta esta cita en el texto.

(1) No todos llegan al conocimiento y á la profesión de la fe, sino á los que, llamados por Dios, son dóciles á la gracia.

(2) «Cuyos corazones había movido el Señor.»

bierna un reloj no tiene cuidado de alzarle las pesas algunas veces al día, necessariamente se ha de parar todo el artificio del reloj; porque las pesas, con su natural gravedad, siempre van caminando á lo bajo hasta sentarse en el suelo, que es el lugar de su descanso.

Pues esso mismo digo yo deste reloj de nuestro hombre interior, que con el peso de la carne, que siempre le agrava y lleva para la tierra, muy de ordinario está parado; y para que se menee y ande concertado, es menester que Dios le alce las pesas; quiero decir, que aligere la pesadumbre del ánima y la arrebate para sí. ¡Cuántas veces le parece á un hombre, cuando ha tenido una hora ó dos de oración fervorosa y attenta *(a)*, que ya su corazón y desseo, entendimiento y voluntad están en el cielo, y como que pierde de vista todas las cosas de la tierra; y después que entra en los negocios del día y comienza á tratar con hombres, cuando llega la noche, halla las pesas caídas en el suelo y el reloj parado; tan caído su espíritu, digo, y tan inclinado á la tierra, como si nunca de allí le hubiera levantado! Por esso clama la Esposa: TRAHE ME.

Sed notandum [Donde es de notar] que, pesadas con la consideración debida estas palabras: TRAHE ME POST TE, CURREMUS, y la naturaleza de los dos verbos, *trahe* y *curremus*, que el uno importa una como manera de violencia y el otro denota más libre voluntad, hallo que hay dos modos que considerar en esto: uno, que declara la eficacia de la divina gracia, y otro, que mira á la suavidad con que della nuestro libre albedrío es llevado, sin perjuicio de su libertad. Que, como dijo San Bernardo: «*Attingit (Sap.*, VIII, 1) *a fine usque ad finem;* fortiter pro se, suaviter pro nobis» (1). En decir TRAHE ME, confiessa el alma que en este movimiento se ha como llevada, juxta illud ad Roman., VIII, 14: «Qui Spiritu Dei aguntur», etcétera (2). En el segundo pone Dios la gracia; y las doncellas, las manos. El camino ordinario es ir á Dios por el olor de sus ungüentos, como se escribe aquí.

(a) Así encontramos escrita por primera vez esta palabra.

(1) «La divina Sabiduría abarca de un cabo á otro todas las cosas; con fortaleza por parte suya, con suavidad por parte nuestra.»

(2) «Los que se rigen por el Espíritu de Dios esos son hijos de Dios.»

* ARTÍCULO II

Otra exposición más profunda, aplicando al rapto sobrenatural las palabras de la Esposa:

In odorem unguentorum tuorum curremus
(Cant., I, 3) (1).

Lo que digo es que lo mismo significa en este lugar *llévame* que *arrebátame*. Y aunque el ser arrebatada el alma es voluntario, por quererlo y dessearlo ella y pedirlo á su Esposo, este rapto atribuímosle á la gracia, aunque disponerse para él es de Dios y nuestro. Para cuya mayor inteligencia se ha de notar que rapto importa movimiento violento de alguna cosa contra el modo natural della; y esto en dos maneras: ó cuanto al término de movimiento, como cuando la piedra es arrojada en alto, ó cuanto al modo, como si una cosa pesada la arrojássemos al centro con impulso y fuerza grande.

No hablamos del movimiento que hay del pecado á la gracia, sino del rapto de la mente del contemplativo que se levanta sobre sí, desamparados los sentidos; no con fuerzas naturales, sino con divina virtud.

Cuanto al primero modo, nuestra ánima no es llevada violentamente á Dios; antes es muy conforme á su naturaleza caminar á Él, según que se escribe *(Psal. 41*, 3): «Sitivit anima mea ad Deum fontem *(a)* vivum», etc. (2). Y assí es: que en cuanto no llega á este su centro, que es Dios, no puede tener quietud; antes está en continuo movimiento y inquieta y sin sossiego, como dijo San Agustín (lib. I, *Conf.*, capí-

(a) Sabido es que antes de la corrección hecha por Clemente VIII en el texto de la *Vulgata* se leían estas palabras como las cita el P. Angeles: *Deum fontem vivum.* Pero por no ser esta lección,—dice el P. Scío en el t. VI, pág 103, 2.ª colum., nota 4.ª, edición citada,—fiel, ni corresponder al original hebreo, se cambió en la que hoy se lee en la *Vulgata: Deum fortem vivum.* Esto prueba palpablemente lo que dejamos advertido en la pág. 9, nota *(a)*.

(1) «Correremos *todos* al olor de tus aromas.»

(2) «Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo.»

tulo I) *(a)*: «Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum, donec *revertamur ad* te» ([1]). Y Mercurio Termegistro, estando para morir, dijo estas notables palabras: «Hactenus, fili mi, pulsus a patria, peregrinus vixi et exul; nunc incolumis patriam repeto». Y Pitágoras dijo: «Ad æthera aspirat anima, nata quondam in æthere» ([2]).

Quod confirmat Augustinus (lib. XV *De Trinitate)*, dicendo: «Ad appetendam beatitudinem natura compellit, cui sume bonus et incommutabilis Creator hoc indidit.» Ubi advertendum est, quod hic modus loquendi, sæpe repetitus ab Augustino, quod in homine est naturalis inclinatio ad suam beatitudinem—in quo absque dubio loquitur de appetitu innato, per modum ponderis naturæ, cum exemplicet ad modum, quo lapis inclinatur in centrum, tanquam in locum suæ quietis—, non est intelligendus de beatitudine in particulari, quæ consistit in clara visione Dei et fruitione, ad quam per gratiam ordinatur creatura rationalis supra omne debitum naturæ. Hæc enim, cum sit omnino supernaturalis, non potest esse complementum alicujus appetitus, aut tendentiæ aturalis; quoniam inclinatio naturalis dicit ordinem tanquam ad terminum, ad formam et perfectionem ejusdem ordinis: imo et quæ ab agente naturali possit saltem induci in subiecto. Visio autem et fruitio Dei, etiam quoad substantiam, est supernaturalis: nam hæc est excellentia creaturæ rationalis, ut sit elevata ad altiora bona, quam ea quæ per naturam cognosci possunt, et excellentiora quam exigit ejus potentia passiva naturalis, quæ solum ordinari potest ad actum sibi connaturalem: imo hoc includit ordo supernaturalium, ut nulli naturæ creatæ, vel creabili posint esse connaturalia. Ex quo merito colligunt Theologi, esse impossibile dari substantiam ordinis supernaturalis: est enim intrinseca repugnantia cum propria natura horum donorum, ut proveniat ex principiis naturæ: tunc enim non essent supernaturalia, neque elevarent talem naturam ad alium ordinem, quam exigit ejus propria perfectio naturalis. Et quamvis non desint qui putent Divum Thomam non esse hujus sententiæ; quia *prima parte*, *quæstion. 12*, *art. 1*, docet, visis effectibus, esse naturale homini desiderium videndi causam, et in illo articulo inquirebat, utrum homo possit videre Deum per essentiam: sed manifestum est, loqui de actu elicito, præsupposita cognitione supernaturali, quo talis visio est possibilis. Hoc autem desiderium, saltem in sua radice et præsuppositive, est supernaturale, cum præsupponat cognitionem fidei: et si sit efficax, erit supernaturale ex parte principii, cum non possit haberi viribus naturæ. De hoc autem certum est non loqui Divum Augustinum; sed de inclinatione ad felicitatem, et satietatem appetitus in communi. Quod vero anima nostra in nullo bono creato quiescat, signum est, per gratiam Dei, et non per naturam, esse ordinatam ad altiorem beatitudinem, et ad bonum increatum consequendum» ([1]).

(a) En estas tan conocidas palabras del santo Obispo de Hipona, que pocos ó ninguno de los lectores ignora, además de faltar la referencia de donde están tomadas, notamos el cambio de las que hemos subrayado en lugar de *requiescat in te*.

([1]) «Criástenos, Señor, para Ti, y hasta descansar en Ti y poseerte no puede hallar sosiego ni hartura nuestro corazón.»

([2]) «Hasta aquí, hijo mío, arrojado de mi patria, he vivido como peregrino y desterrado; mas ahora vuelvo otra vez, sano y salvo, á mi Patria.» Y Pitágoras: «El alma, nacida en el cielo y en otro mundo mejor, aspira y tiende incesantemente á subir de nuevo al cielo.»

([1]) Confirma esto San Agustín diciendo «que la naturaleza misma, á quien su munificentísimo é inmutable Criador dió tal aptitud é inclinación, nos compele á desear ardientemente la felicidad». Acerca de lo cual conviene tener en cuenta que este modo de hablar, tan usual en San Agustín, á saber: que hay en el hombre una natural inclinación á su bienaventuranza—en lo cual, desde luego, se ve que habla de un apetito innato, á modo de peso ó tendencia procedente de la misma naturaleza, puesto que pone el ejemplo del modo cómo la piedra busca su centro, como lugar de su reposo y descanso—tal modo, digo, de hablar no se ha de entender de la bienaventuranza prometida, que consiste en la vista clara y en la posesión de Dios, á la cual está destinado el hombre merced á la gracia santificante, sobre todo merecimiento natural. Porque ésta, siendo, como es, del todo y por todo sobrenatural, no puede ser complemento ó fin adecuado de ninguna facultad ó apetito natural, puesto que toda inclinación natural dice relación, como á fin y término propio, á una forma ó á una perfección de su mismo orden, que pueda, además, caer bajo la actividad de un agente natural.

Evidente es, por otra parte, que la visión y la po-

Assí que, nuestra alma naturalmente nació y fué criada para moverse á Dios; empero el modo connatural á ella, según el modo de la vida presente, es caminar por las cosas sensibles á las inteligibles; porque, como dijo el Filósofo: «Nihil est in intellectu, quin prius fuerit in sensu» ([1]). Y cuando la sacan deste passo; quiero decir, cuando no por los grados de la escala de Jacob sube al tercero cielo, esto es, de las cosas materiales á las espirituales, y de éstas á Aquél que está fuera de todas, dentro de todas y sobre todas, dícese ser arrebatada; y entonces padece alguna violencia, como San Pablo, que en aquel su rapto al tercero cielo quedó tan fuera de sí, que ni sabe si fué en cuerpo, ni si en ánima sola, quedándose el cuerpo en la tierra. «Sive in corpore, sive extra corpus, nescio, Deus scit» (*II, Corinthios*, XII, 2) *(a)*. Y yo pienso, sin duda, que lo mismo es ser llevado, como dice la Esposa, que ser arrebatado, como dice San Pablo. Aunque parece que en el rapto hay menos libertad que en el tracto. ¡Oh cuán fuerte pasión es la del amor! ¡Cuán poderosa para arrebatar, unir y transformar al amante en la cosa amada! ¿Qué cosa es el ánima que no ama sino un solo cuerpo sin vida? «Sé yo muy bien, ¡oh ánima mía!, dice Hugo (Hugo, *de Arra animæ)*, que el amor es tu vida, y que por la fuerza del mismo amor eres transformada en la semejanza de cualquiera cosa que amas».

El amor une todas las cosas y hace notables efectos.

El amor, como dijo Boecio, es mediante el cual se unen las cosas celestiales, y se unen los cuatro elementos, y se confederan en los mixtos los contrarios, y lo ínfimo se junta con lo sumo; y si saliesse de por medio el amor, ninguna cosa permanecería en la naturaleza, porque todo el mundo se compone de contrarios atados con el amor. Este, como en uno de los Prólogos *(b)* tratamos largamente, tiene muchos y muy notables efectos *(c)* y propiedades, de que están llenos estos *Cantares:* une, transforma, enferma, derrite, embriaga, alegra, saca de sí al ánima con júbilo y es sobremanera celoso.

Qué cosa es rapto, y los efectos dél.

Pero, entre todas estas propiedades y efectos, el primer lugar tiene el rapto, cuya definición trae el canciller (Gerson, *Theologia mistica)* en el tratado que escribió de *Mística Teología*, en esta forma: «Rapto es elevación de la potencia superior sobre las potencias inferiores; de cuya fuerte y vehemente actuación, digo de la potencia superior, ces-

---

sesión de Dios es esencialmente sobrenatural, pues muy sobre la naturaleza es ser levantada el alma al conocimiento de cosas más altas que las que naturalmente puede conocer, y al goce de bienes mucho más excelentes que los que ella puede apetecer, como quiera que las potencias del alma sólo pueden apetecer naturalmente lo que cae dentro de su esfera de acción, y el ser una cosa sobrenatural lleva precisamente consigo el no sernos debida, ni objeto propio de ninguna naturaleza creada ó por crear. De lo cual infieren con mucha razón los teólogos que es imposible que exista una substancia ó un ser creado de un orden sobrenatural (véase acerca de esto, entre otros autores, FRASSEN: *Scotus academicus, seu Universa doctoris subtilis theologica dogmata. Romae*, 1900, tomo I, págs. 333-4); pues pugna con la esencia de estos dones sobrenaturales el ser producidos por facultades ó potencias naturales, pues entonces ni serían sobrenaturales ni elevarían el alma á un orden superior al que le fuera debido por sí misma. Y si bien no faltan quienes digan que Santo Tomás defiende lo contrario, porque en la P. I, q. 12, art. 1 enseña que, vistos los efectos, es natural en el hombre el deseo de ver la causa de ellos (es decir, viendo las criaturas, desear ver al Criador), y, á más de esto, trata en aquel artículo de *si el hombre* naturalmente *puede ver* á Dios; empero, evidentemente habla allí de un acto posterior al conocimiento que nos suministra la revelación acerca de Dios, noticia que, como se ve, es sobrenatural, y lo mismo el deseo que de ella se engendra, al menos en su raíz ó principio originario; y si eficazmente mueve al alma, lo será del todo, puesto que no ha podido ser habida por las fuerzas solas de la naturaleza.

Salta á la vista que San Agustín no habla en este sentido; sino de la inclinación natural que sentimos á la felicidad y de la consiguiente hartura de este natural apetito. Que nuestra alma no halle descanso ni satisfacción cumplida en ninguna de las criaturas, señal es é indicio evidente de que por la gracia de Dios y no por las fuerzas naturales ha sido destinada á gozar de una felicidad mucho más encumbrada, cual es la posesión eterna del Bien increado, que es Dios sumo é inmutable.

([1]) «Ninguna idea hay en nuestro entendimiento que primero, en algún modo, no haya pasado por los sentidos.»

(a) Aqui hallamos citada la epístola 1.ª de San Pablo á los fieles de Corinto, en vez de la 2.ª

(b) En el preludio VII, págs. 37-44.

(c) Por primera vez hallamos escrita esta palabra en este lugar con doble *f*.

san y son como atados los actos de las inferiores potencias, ó de tal manera son debilitados, que no impiden á la superior potencia en su obra.» Doctrina llana y clara es que cuando nuestra ánima se ocupa atentamente en los actos de una potencia, afloja y se remite en los de las demás potencias: y como en el rapto fuertemente es actuada y ocupada acerca de los actos de las potencias superiores, necessariamente se ha de enflaquecer y cessar en los actos de las inferiores. La cual debilitación ó cessación se llama en los salmos *defección* ó desfallecimiento. Porque cuanto más el alma es levantada en contemplación, tanto más es retraída y apartada de la ocupación de los sentidos y potencias inferiores; y cuando la contemplación sube mucho de punto, el sentido exterior cessa de su obrar, y en cierta manera desfallece el ánima, como dijo el Profeta David.

Dos maneras de raptos.

Empero, dejando aparte muchas maneras de raptos para otro lugar, de solos dos diré al presente, que son los principales, y los virtuosos y provechosos. Para lo cual se ha de advertir que en nuestra ánima hay dos fuerzas notables, una cognitiva y otra afectiva; una pertenece al entendimiento, otra, á la voluntad. Según la fuerza cognitiva es vista el alma arrebatarse, cuando es llevada y puesta sobre el conocimiento que le es á ella natural y propio, cuando aprehende cosas que son superiores á los sentidos ó sobre la razón humana. Según la fuerza apetitiva es arrebatada, cuando del apetito de una cosa es llevada á otra, saliendo de sí en alguna manera. El primer acto óbrale el amor dispositivamente, en cuanto hace que pensemos continua y atentamente en la cosa amada; porque la intensa meditación de una cosa nos distrae y aparta de cualquiera otra. El segundo rapto obra el amor derechamente, porque, como dice Dionisio: «Amor est extasim faciens» [1], y San Agustín: «Mi amor es mi peso; allí soy llevado á donde él me lleva.» Por lo cual decimos que el amor tiene virtud de atraer y arrebatar el corazón y el afecto á la parte á donde él se inclina. Las cosas graves son llevadas al lugar de su sossiego y estabilidad con un cierto arrebatamiento ó tracto, más que con conocimiento del peso que las encamina al centro del mundo, lo cual se vee en los que conocen, que cessando toda obra de conocer, no siendo impedidos *(a)*, se mueven á lo bajo. Y aunque el amor de que hablamos tiene más de ligereza que no de gravedad, lo cierto es, conforme al dicho de San Agustín, que essa mesma ligereza ó levidad se puede y debe llamar peso. Experimentamos en el hierro, que, tocado de la piedra imán, sin conocimiento alguno se va tras ella, ó, hablando con mayor propiedad, es arrebatado de la virtud natural della. Lo mismo es del amor violento y arrebatador, que con gran fuerza lleva tras sí el ánima en el rapto, sin haber muchas veces precedido, por entonces y en aquella sazón, conocimiento alguno. Lo cual pertenece á la Teología mística, que se levanta y tiene su assiento en el afecto, según doctrina de San Dionisio, San Buenaventura y otros muchos, verificada en el rapto del Apóstol, que súbitamente se halló en el tercero cielo, sin haber precedido disposición alguna para obra tan grande.

Digo, pues, que cuando el ánima es arrebatada y levantada de las cosas exteriores y sensibles á las interiores y superiores, en alguna manera se dice padecer violencia. Porque como el hombre, aficionado á las cosas visibles, inferiores y exteriores, cayó del conocimiento, amor y inhesión de las invisibles y superiores, en pena del pecado sólo conoce las visibles y inferiores; éssas ama, á éssas se allega, y las invisibles, como si no fuessen, las pospone y aun las ignora, y hay muchos que no pueden creer que haya más que esto que se ve y se toca con los sentidos del cuerpo; y de manera está ciega nuestra ánima, que ni á sí misma se conoce, porque es de aquellas cosas que no están sujetas á los ojos de carne. Luego todas las veces que ella es elevada de las cosas exteriores y ínfimas á las interiores y superiores, conviene á saber: á sí misma, ó á los ángeles, ó á su Criador por amor extático, que transforma al amante en el amado, no le es connatural esta subida según el estado presente, que es subir por el conocimiento de las cosas sensibles á la de las invisibles y eternas, sino, como queda dicho, violenta y de sola la gracia. Puesto que

[1] «El amor es la causa del éxtasis.»

(a) En el impreso dice *impedidas*.

ella dé voces á su Esposo, diciendo: TRAHE ME: arrebatadme, levantadme, sacadme desta mazmorra del cuerpo, y de las cadenas destos sentidos, para confessar vuestro nombre con libertad de espíritu, como os alaban los justos, que gozan de vos en el cielo *(Psal. 141*, 8) *(a).*

Mas porque esta elevación ó rapto es de pocos, viendo á sus doncellas junto á sí, aficionadas á las perfecciones del Esposo y engolosinadas de sus regalos, abájase con ellos, y dice: Ya veo que lo que os pido es mucho, y que excede mis merecimientos.

* ARTÍCULO III

Del encendido amor y caridad de la Esposa, y de la necesidad de tener aguzados y despiertos los sentidos interiores para seguir á Dios.

Post te curremus in odorem unguentorum tuorum *(Cant.*, I, 3) ([1]).

Algunos *(Fr. Thomas á Villanova)* quieren que estas palabras sean de las doncellas, á solas, que, no entendiendo el desseo de la Esposa, dicen que pida ella lo que quisiere, que ellas quieren las unciones y regalos del Esposo, y que al olor correrán en su seguimiento, lo cual parece que confirma lo que luego se sigue:

Exultabimus et lætabimur in te, memores uberum tuorum super vinum *(Cant.,ib.)* ([2]).

A mí me parece que sola la Esposa habla aquí; primero por sí, como más privada, y luego por sí y por sus doncellas, acomodándose al paso de ellas. «Sive [enim] mente excedimus, Deo: sive sobrii sumus, vobis» *(II Corint.*, V, 13) ([3]). Sí; que los favores del Esposo no han de ser iguales á todos; tiene justos, tiene amigos, tiene doncellas y tiene desposada. Que esta división es la que el mismo Esposo hace adelante *(Cant.*, VI, 7-8) en este epitalamio. «Sesenta, dice Él, son las reinas; ochenta las concubinas; de las doncellas, no hay número. Pero la paloma, y que tiene nombre de Esposa, no es más que una». Unam, Sanctam, Catholicam et Apostholicam Ecclesiam ([1]). De cada una destas cosas diremos en su propio lugar, que agora tenemos muchas en qué poner la consideración.

Y sea la primera el olor de los ungüentos del Esposo. La segunda, el buen olfato de la Esposa y sus doncellas, que le siguen por el rastro. La tercera, el passo que llevan tan apressurado, que dejan de andar y corren. Esso hace el podenco generoso, que si le da el viento y olor de la caza, se hace todo pies y querría volar si pudiesse. Ya dijo Isaías de algunos, que tomarían alas de águilas, y que volarían como ellas: «Assument pennas *ut* aquilæ, *volabunt* et non deficient» *(Isai.*, XL, 31) ([2]). Aguilas se llaman los justos en el Evangelio: «Ubicumque fuerit corpus, ibi congregabuntur et aquilæ» *(Math.*, XXIV, 28) ([3]). Tienen grande olfato estas aves; y por muy apartada y lejos que esté la carne, la huelen y vienen con ligereza á ella.

El olor de Dios hace correr y volar á las almas que le aman.

En busca de Dios, unos andan, otros corren, otros vuelan, otros son llevados, otros arrebatados; ¡y yo me estoy quedo, porque no tengo amor!, que, como decíamos de San Agustín, es el peso en el alma, que la hace correr y volar; que la levanta de las cosas de la tierra á las del cielo; que la arrebata hasta el Amado y le da entrada en la bodega del vino y en los retretes del Rey eterno. Pero, ¡sería cosa es, Señor mío, que sea poderosa la gravedad en la piedra para llevarla volando á su centro,

(a) Al margen, como ladillo, hay estas palabras: «Educ de custodia animam meam», cuya traducción está en las precedentes del texto.

([1]) «Llévame en pos de ti, y correremos *todos* al olor de tus aromas.»

([2]) «Saltaremos de contento y nos regocijaremos en ti, conservando la memoria de tus *castos* amores.»

([3]) «Pues nosotros (habla aquí San Pablo refiriéndose á sus éxtasis y revelaciones á que más arriba había aludido) si extáticos nos enajenamos, es por respecto á Dios; si nos moderamos ó *abajamos*, es por vosotros.»

([1]) Una es la Iglesia, santa, católica y apostólica.

([2]) «Los que tienen puesta en el Señor su esperanza, tomarán alas como de águilas, *volarán* y no desfallecerán.»—Bueno será advertir que en el texto de Isaías en vez del verbo *volabunt*, volarán, se halla *ambulabunt*, andarán.

([3]) «Donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas.» (Véanse las diversas interpretaciones que los Santos Padres dan á estas palabras, recopiladas en las notas que el Ilmo. P. Scío pone en el tomo XI, pág. 108, edición citada.)

y la levidad en el fuego para subirlo á su esfera; y que, siendo Vos mi centro y mi esfera, y mi alma criada para descansar en Vos, permanezca cosida y abrazada con la tierra inmovible! ¿Soy, por ventura, de peor condición que las piedras?

Todas las cosas caminan á su centro; y el hombre no se mueve á buscar el suyo.

Ellas, caminando para el lugar de su descanso, si alguna cosa se les pone delante, con gran fuerza y impetuoso movimiento la atropellan y hacen pedazos, y siguen su camino; ¡y yo, caminando para Vos, que sois mi centro, ¡ay de mí!, me detengo, como cosa liviana y sin peso, en una paja de vanidad, en una arista de un contentillo de carne, en un polvito de estimación del mundo y en otras cosas tan mínimas que es vergüenza nombrarlas! Si no hay criatura quieta fuera de su centro, ¿cómo lo estoy yo fuera de Ti, centro mío? ¡Oh, centro infinito, infinitamente bueno, y atractivo infinitamente! ¿por qué no me arrebatas y llevas á Ti?

POST TE CURREMUS IN ODOREM UNGUENTORUM TUORUM. En pos de Ti correremos al olor de tus ungüentos; y si el olor falta. no hay poder dar passo en la virtud. Mirad vos qué lerdo, qué melancólico y triste anda el podenco cuando no halla rastro del conejo, y de la perdiz el perro perdiguero. Pues mucho más lerda anda el ánima, más caída y más desalentada cuando no siente el olor de los ungüentos de Dios. Esto sucede muchas veces, ó porque Dios suspende este olor, ó porque en nosotros está estragado el sentido. Lo primero es dispensación divina, para nuestro bien. Lo segundo es miseria nuestra, causada del pecado ó de la misma corrupción de la naturaleza estragada. Lo uno pide remedio; lo otro, paciencia.

IN ODOREM. Adviertan aquí los curiosos de las divinas letras que, entre los sentidos corporales, del que más frecuentemente se hace mención en este epitalamio es del olfato. Porque, como muy bien dijo Cátulo, todos los hombres, especialmente los que aman, dessean, si pudiessen, hacerse narices, significando en esto que, de todos los animales, el hombre siente más deleite de los olores; y, realmente, tienen muchas comodidades: una, y muy grande, es que expelen la tristeza y provocan á alegría, de que particularmente viven necessitados los que aman. Por esso andan tan embalsamados y aforrados en ámbar, almizcle y algalia los que sirven á Cupido y á la deshonesta Venus; al fin, como cuerpos muertos. Y aun los que presumen de cristianos, presumen de andar olorosos, que es harta vanidad. Habiendo, pues, de tratar la Esposa en estos *Cantares* de la grande eficacia y fuerza con que el divino Esposo arrebata para sí las ánimas de los mortales, con mucha razón y consejo del cielo, hace tantas veces mención de olores, y de aquel sentido, principalmente, por el cual muchos animales, y más en particular el hombre, son llevados y arrebatados. Y no quiero tratar aquí del gran olfato de las hormigas, de que ya dije alguna cosa, ni de otros animales señalados en esto por naturaleza, sino decir á Dios con San Agustín:

Oración devotíssima de San Agustín para pedir á Dios viveza de sentidos interiores.

«¡Abre lo interior de mis orejas, Palabra de vida eterna, más penetradora que espada de dos cortes, para que oiga tu voz. Alumbra mis ojos, Luz incomprensible, para que no vea la vanidad. Dame vida, Luz invisible, para que te vea. Cría en mí un nuevo olfato, Olor de vida, para que en tu seguimiento corra al olor de tus ungüentos. Sana mi gusto, para que conozca, tome sabor y eche de ver cuánta es la suavidad que Tú tienes escondida para los que te temen. Dame, Señor, corazón que piense de Ti, ánima que te ame, entendimiento que te entienda y memoria que te rumie; razón que á Ti, ¡oh suma Dulzura!, fuertemente se allegue!» Es, sin duda, de grandíssima importancia para seguir al Esposo, tener los sentidos interiores sanos por la gracia y ejercitados en hacer sus oficios, como dijo San Pablo; porque assí como faltando los corporales, ó corrompiéndose, el animal perece ó padece grandes inconvenientes, assí, por la corrupción de los espirituales, se incurre en males que no pueden estimarse. Por esso se le ha de pedir continuamente á Dios que sane nuestro gusto, nuestro olfato y la vista y oído del alma, etc.

Yo diría aquí que la potíssima razón por que la Esposa tantas veces hace mención del olfato en estos *Cantares* es porque, si este sentido se compara con los demás, *scilicet* [conviene á saber], oído y vista, es algo más craso y de menos nobleza y incapaz de la disciplina. Y, á la verdad, las cosas divinas que por fe conocemos son con obscuridad, porque esso tiene la fe de su naturaleza: «Est enim argumen-

tum non apparentium» *(ad Hebræos*, XI, 1) ([1]). De manera, que con más propiedad se puede decir que las olemos que no que las gustamos. El conejo y la perdiz y el jabalí, de sólo assentar los pies, dejan allí puesto olor de sí, y esse olor es el que percibe el perro, que la caza muy pocas veces la vee hasta que llega á hacer presa en ella.

Todas las cosas huelen á Dios, y por el olor dellas venimos en conocimiento de Él.

Assí Dios, en cuanto hizo, dejó olor de su divinidad y grandeza. Todas las cosas huelen á Dios. «Et erant valde bona» *(Gene.*, I, 31) *(a)* ([2]). Este olor percibe el alma, etc., y assí por el rastro le sigue más que por el gusto. «Videmus nunc per speculum in ænigmate» *(I Corint.*, XIII, 12) ([3]). Y si alguna vez acontece derivarse al alma alguno de aquellos rayos de la divina luz, es como por resquicios; y aunque no sea sino por brevíssimo espacio de tiempo, toda el ánima se derrite con la fuerza del amor, y con un arrebatado ímpetu es llevada á Dios, atraida de sus ungüentos con el olor y con su hermosura y belleza.

Mas ¡ay! ¡cuán poco dura este regalo! Toca en el alma y passa de largo, como el rayo, que apenas se percibe: tanta es su ligereza. «En sus manos, dice Job *(Job.*, XXXVI, 32-33) *(b)*, escondió la luz, y otra vez manda que venga; da nuevas della á su amigo, y de que es possesión suya y que la puede alcanzar». Bien dice que esconde Dios su luz y que la manifiesta á su amigo. Pero adviértase que el esconderla y el manifestarla es en las manos; porque viviendo en carne mortal, nunca se veen ni gozan los rayos de la divina luz, si no es por entre los dedos de las manos de Dios; porque si hiciesse ostentación della y la descubriesse toda, hasta los espíritus celestiales quedarían más oprimidos de su grandeza que iluminados. Al fin, todo nuestro conocimiento de presente es umbrático, y tiene dos velos delante de sí nuestra ánima: el de la fe y el de la carne. En la muerte se rasga el de la carne, y en la glorificación, el de la fe, y allí parece la hermosura del Sanctuario *(Math.*, XXVII, 51). Y dice el Profeta *(Ps. 29*, 12): «Rompiste mi saco, y cercásteme de alegría».

Qué cosa es olor, y sus efectos.

El olor, como dicen los filósofos *(a)*, es una calidad sensible, segunda, causada de humoso vapor, resuelto por calor de la cosa odorífera, mezclado de las primeras calidades, que, traído mediante el aire al celebro, es inmutativo del sentido del olfato. En esta difinición hay tres cosas de consideración: La primera, la materia del olor, que es vapor humoso, la cual se vee en el cuerpo odorífero, que derrama cerca de sí olores con evaporaciones humosas por el aire. Lo segundo, la causa eficiente del olor, que es calor que resuelve estos humos vaporables de la cosa odorífera mezclada de las primeras calidades, de cuya mixtura se causan varios olores. De aquí es, que si alguna cosa es excessivamente cálida y seca, tiene olor amargo; si excessivamente cálida y húmeda, le tiene dulce; si fuere húmeda y un poco cálida, le tiene hediondo. De manera que el calor, cuya naturaleza es resolver, causa el olor, y el frío, que constriñe y aprieta, le impide; porque moviendo los vapores sutiles al centro, no dan lugar á que se derramen por el aire; por lo cual, aun los muladares no huelen mal en invierno, sino en verano. Lo tercero que se ha de notar, es que el olor que es objeto del olfato agit in olfatum [obra ó actúa sobre el sentido del olfato], imprimiéndole su especie, y assí le muda, como el color á la vista y el sonido al oído. Y basta esto para quien trata de sentidos interiores. Y porque se hace dellos muchas veces mención en este santo libro, y en toda la Escritura santa, será bien decir aquí cuántos son, cuáles, qué oficio tienen y de qué nos aprovechan.

(a) Cita el P. Angeles en vez del cap. I el III.

(b) También en la cita de este texto hallamos error, pues se aduce en el margen del impreso de esta manera: Job, 6. Aparece, sin embargo, un hueco que da lugar á creer que falta el 3 para dar la verdadera, esto es, 36.

(a) Acerca de lo que en este lugar dice el P. Angeles puede consultarse también, entre otros, en el tomo V de la edición arriba mencionada, págs. 68 y 71, OPERA OMNIA Sancti Bonaventuræ, el opúsculo titulado *Itinerarium mentis in Deum*, cap. II, página 300.

([1]) «Es (la fe) un convencimiento de las cosas que no se ven.»

([2]) «(Vió Dios todas las cosas que habia hecho) y eran en gran manera buenas.»

([3]) «Al presente no vemos *á Dios* sino como en un espejo, y bajo imágenes obscuras.»

San Augustín (lib. de *Spíritu et anima)* dice: «Doblada es la vida del alma: una que vive en la carne, y otra en Dios. Dos son los sentidos en el hombre: interior uno, y otro exterior, y ambos tienen su bien en que recrearse. El sentido interior, en la contemplación de la divinidad; el exterior, en la contemplación de la humanidad. Y una de las razones ó congruencias por que se hizo Dios hombre, es por beatificar en sí todo el hombre; por que toda la conversión del hombre fuesse á Dios, y todo su amor fuesse en Él, cuando por el sentido de la carne fuesse vista su santíssima carne, y del sentido del alma, por la contemplación, la divinidad. Este era todo el bien del hombre: que ahora entrasse, ahora saliesse, hallasse pasto en su Hacedor: pastos afuera, en la carne de su Salvador, y pastos adentro, en la divinidad del Criador». Hasta aquí San Agustín. Y es un argumento éste muy fuerte, con que se confirma la opinión de Escoto, de que, aunque no pecara Adán, encarnara el divino Verbo, por los muchos bienes que se le siguieran al hombre ex illa ineffabili unione hipostatica ([1]) *(Scot.*, III *Sentent.*, *dist.* II).

Dos sentidos hay en el hombre: interior y exterior.

San Buenaventura (*in Breviloquio*, *Centiloq. et Itinerar.*), hablando de los sentidos espirituales, dice: «Los sentidos espirituales son cinco: vista, oído, gusto, olfato y tacto. Con la vista se vee la suma hermosura del Esposo debajo de razón de resplandor. Con el oído se oye la suma harmonía suya debajo de razón de palabra. Con el gusto se gusta la suma dulcedumbre debajo de razón de sabiduría que comprehende uno y otro, *scilicet* [ó sea]: la palabra y el resplandor. Con el olfato se percibe la suma fragancia debajo de razón de Verbo inspirado en el corazón. Con el tacto se toca y se aprieta y abraza la suma suavidad debajo de razón de Verbo encarnado, que corporalmente mora entre los hombres y se nos ofrece palpable para abrazo y beso por ardentíssima caridad que arrebata el alma en éxtasis y, arrebatada, la hace passar deste mundo al Padre. Estos sentidos interiores difieren de los fructos del Espíritu Santo (*Galat.*, V, 22), porque aquellos dicen delectaciones ó deleites ó gustos que se consiguen á las obras perfectas y las acompañan; porque, como dijo el Filósofo (Arist., II et X, *Eticor.):* «Omnis operatio procedens ex habitu perfecto, habet delectatíonem admixtam» ([1]). Y desta delectación dice San Ambrosio: «Las virtudes se llaman fructos, porque á sus posseedores con santo y sincero deleite los recrean». También los fructos del Espíritu Santo dicen y obran delectaciones afectuosas en el gusto interior de la bondad del Esposo. Los sentidos espirituales dicen mentales y intelectuales percepciones, contemplando la verdad del Esposo; la cual contemplación fué en los Profetas por revelación; mas en los justos se halla por especulación, que comienza en el sentido y de allí passa á la imaginación; désta, á la razón; de la razón, al entendimiento; de allí, á la inteligencia; de la inteligencia, á la sabiduría ó noticia excesiva, que se comienza acá en el camino y se consuma en la patria y gloria sempiterna. Y assí se assiste al trono de Salomón, adonde está assentado el Rey sapientíssimo, verdaderamente pacífico y amoroso, en quien dessean los ángeles mirar y por quien suspira el desseo de las almas santas; con el cual desseo ferventíssimo nuestro espíritu se hace ligero para que no sólo con la Esposa diga: CURREMUS IN ODOREM UNGUENTORUM, sino para que con el Profeta cante *(Psal. 138*, 11): «Nox illuminatio mea», etc. ([2]). «Esta noche es una cierta ignorancia docta, en la cual el espíritu es levantado y arrebatado á la niebla y excesso. La cual iluminación nocturna y deliciosa ninguno la conoce sino el que la prueba; ni la prueba sino el que la recibe de gracia, y á nin-

Los sentidos espirituales son cinco.

([1]) .. al hombre de aquella inefable unión hipostática.—Esta opinión teológica á que alude aquí el P. Angeles, sostenida por Escoto y por la escuela franciscana durante siglos, es hoy seguida por los más eminentes teólogos; de tal manera se ha hecho ya común por lo sólido de los argumentos en que la fundó el tan celebérrimo *Doctor Sutil.* Más arriba, página 116, hemos hecho mención de uno de sus más nombrados discípulos, doctor en la Sorbona de París, el P. Claudio Frassen, y de su obra teológica *Scotus Academicus.* Puede verse en esta obra y en la edición que allí citamos, más al alcance de nuestros lectores, el tomo VII, en el cual, desde la página 260 á la 278, se trata esta cuestión muy por extenso.

([1]) «A todo acto ó á toda operación que procede de un hábito perfecto acompaña siempre gusto ó placer.»

([2]) «La noche se convertirá en claridad», etc.

guno se da sino al que se dispone para ella por el ejercicio de la contemplación, que consiste más en la afectuosa y sabrosa experiencia que en la consideración de la razón» (*a*). Todo lo dicho es de San Buenaventura.

Adonde se debe notar, lo primero, que, aunque los sentidos espirituales se dicen muchos en número, no es porque sean muchas potencias, sino por los modos diferentes de aprehender. Porque diferentemente aprehende el ánima santa á su Esposo, cuando le contempla y mira hermosíssimo, que cuando oye de Él que es suavíssimo. Por lo cual dijo San Agustín (lib. X *Conf.*, cap. VI) en el libro de sus *Confessiones:* «Cuando amo á mi Dios, amo una cierta luz, un cierto olor, un cierto manjar, un cierto abrazo, una cierta voz. Allí resplandece á mi ánima lo que no abraza lugar; suena, lo que no comprehende el tiempo; huele, lo que no desparce el viento; sabe, lo que no disminuye la tragonía; allí se apega lo que no apartará la hartura ó hastío para siempre.» De donde se colige, no que los objetos son muchos, ó muchas las potencias ó los actos, sino que, por razón de los muchos modos de aprehender, son diversos. Lo segundo, se debe notar que el sentido espiritual pertenece assí al entendimiento como al afecto, porque tiene su assiento en la parte intelectiva del ánima que comprehende razón y voluntad, ó entendimiento y afecto. Y el ánima del varón justo, especulando y caminando por cinco escalones, sube á la verdadera sabiduría. Y está claro que, cuando queremos subir de las cosas inferiores á las superiores, lo primero que nos ocurre y se nos ofrece es el sentido; luego, la imaginación; después, la razón; en el cuarto lugar, el entendimiento; y en el quinto, la inteligencia; y en el último, la sabiduría, que incluye amor ó sabor y gusto del bien de Dios. La visión ó el ojo de la mente es la inteligencia; el gusto, de la sabiduria; aquélla contempla, y ésta se deleita.

El conocimiento de Dios experimental es uno de los siete dones del Espíritu Santo, *et est donum sapientiæ* [y es el don de sabiduría], cuyo acto consiste en gustar por los sentidos espirituales la suavidad de Dios. El cual acto en parte es cognitivo y en parte afectivo, porque se comienza en el conocimiento y se perficiona en el afecto. Es gusto, á quien precede especulación, obra propia del entendimiento; porque el ánima con el sentido corporal percibe los cuerpos; con la imaginación, sus semejanzas ó especies; con la razón, sus naturalezas; con el entendimiento, el espíritu criado, *scilicet*, ánima racional y ángel; con la inteligencia, el espíritu increado debajo de razón de suma verdad, y con la sabiduría le ama debajo de razón de sumo bien. Todo lo cual obra por el sentido espiritual. Y si quieres saber más destos sentidos y gustos, lee en el tratado *De gradibus contemplationis*, porque ya es razón que acabemos con esta sentencia de la Esposa que dice: CURREMUS IN ODOREM UNGUENTORUM TUORUM.

Y por que veas que he guardado el mejor vino para el fin, oye lo que San Gregorio *(Commentar. super Cantica)* dice: «No corre el que no es traído; porque aquel á quien la divina gracia no ayuda, forzosamente ha de ser detenido por la molestia de su corrupción. Ciertamente la gracia divina nos previene y, mostrándonos la dulzura de las cosas interiores, de las exteriores nos compunge; y luego el ánimo, passando á aquéllas, por el amor dellas tiene en poco las temporales. Este, pues, que es traído corre, porque siguiendo de buena gana las ataduras del amor, fortalecido con el amor de la gracia, sin alguna pesadumbre rompe por todas las dificultades y estorbos. Y no hay de qué maravillarnos desto, porque sigue el olor de los ungüentos; porque cuando la suavidad de los dones espirituales se siente y se gusta, ¿qué hay en esta temporalidad que pueda detener el ánima, Esposa de Cristo, para que no corra en su seguimiento? Allí se regala y recrea con la blandura de los ungüentos y, oliendo con el olfato de la discreción, recibe suavemente el olor de la caridad. De aquí es que, habiendo hablado primero de

---

(a) Estas palabras del seráfico doctor se hallan, en efecto, en el primero de los opúsculos citados: *Breviloquium*, en el mismo tomo V antes mencionado, págs. 259-60, cap. VI, cuyo epígrafe es el siguiente: *De ramificatione gratiæ in habitus beatitudinum, et per consequens fructuum et sensuum.* También se encuentran, en lo substancial de la doctrina, en el otro opúsculo titulado *Itinerarium mentis in Deum*, en el mismo tomo V, pág, 306, col. 2.ª, capítulo IV, párrafo 3. El estudio crítico que sobre ambos hacen los editores comprende, respectivamente, las págs. XV-XXVI y XXVI-XXXIII, y el texto de los mismos, expurgado y deducido de los mejores códices, en las págs. 201-91 y 293-325 de dicho tomo.

número singular, diciendo: TRAHE ME, pasó luego al número plural: POST TE CURREMUS, etcétera; porque en el amor de Dios halló el segundo precepto de amar al prójimo, con el cual instruída, descubre y muestra de fuera lo que allá de dentro había con suavidad gustado, y no quiso comer á solas lo que la caridad guisó para todos.

* ARTÍCULO IV

Hácese ver la necesidad de adelantar en el bien y estimularse unos á otros.

Trahe me: Post te curremus.

Estas son dos oraciones, y puntúanlas *(a)* diferentemente los intérpretes. Unos ansí: TRAHE ME: POST TE CURREMUS; otros: TRAHE ME POST TE: CURREMUS, etc. De la una manera y de la otra guarda un sentido y significa la Esposa ansia de seguir al Esposo, de ir hollando sus pisadas; no quiere igualársele (que esso es impossible); vence á los ángeles en ligereza; ni Él quiere que corramos parejas con Él, ni adelantarse tanto que le perdamos de vista; sino como otro Jacob, que, dándole priessa su hermano Esaú para que caminassen juntos, le respondió prudentíssimamente (*Genes.*, XXXIII, 13-14) *(b)*: «*Habeo pueros* teneros, oves et boves fœtas; *si fatigavero eos*, una die morientur. Præcedat dominus meus, et ego *paulatim sequar* vestigia ejus, prout videro parvulos meos posse» (¹).

El amor es acelerado y presuroso.

CURREMUS. Habla de sí y de sus doncellas. Correremos á una. Essa es la naturaleza del amor, que no con passos lentos y espaciosos sigue la cosa amada, sino, con arrebatado y presuroso curso, deja de andar y corre (*Ps. 51*), y, á veces, vuela. Por esso al amor le pintaron los antiguos con alas. «Amor divinus habet alas, quibus fertur velocissime amans in illud summum pulchrum» (¹). Isaías vió los serafines, que son espíritus abrasados, cada uno con seis alas (*Isai.*, VI, 2); y el Espíritu Santo, tercera persona en las divinas, por su grande ligereza en socorrer las almas, es significado muchas veces en el viento, y en el fuego, y en la paloma, cuyo vuelo es ligeríssimo. También es de la naturaleza del divino amor la conformidad en el correr los amantes al amado con una santa emulación, todos á una, cuanto á buscar á uno; pero cada cual procurando aventajarse al otro. «Melius est mihi magis mori, decía el Apóstol *(I Cor.*, IX, 15), quam ut gloriam meam quis evacuet» (²). Echaré el bofe por que nadie me eche el pie adelante.

Digo que en los que aman al Esposo hay ordinaria emulación, pero muy grande conformidad, cosa de que se agrada Él mucho. Es la comunión de los santos, que constituyen aquella santíssima ciudad, cujus participatio ejus in idipsum (³). Es aquella concordia de que se dice en un salmo (*Psal. 132*, 1-2) (⁴): «Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum. Sicut unguentum in capite», etc. Son los justos figurados en las cortinas del templo de Salomón, quæ ita invicem connexæ erant, et fibulis colligatæ, ut cortina cortinam traheret, quando plicabantur (*Exod.*, XXVI et XXXVI) (⁵). Esto mismo figuraban aquellos san-

(a) Dice el impreso púntanlas; para mayor claridad lo hemos corregido.

(b) Hay equivocación en el impreso, pues cita el capítulo XXXI. También advertimos que, además de estar variadas las palabras que subrayamos, faltan algunas otras en este texto.

(¹) «Tengo conmigo niños tiernos, y ovejas y vacas preñadas, que si los fatigare sacándolos de su paso, morirán todos en un día Vaya mi señor delante de su siervo; yo seguiré poquito á poco sus pisadas, según viere que pueden aguantar mis niños.»

(¹) Tiene alas el amor divino, por medio de las cuales el que le posee es arrebatado velocísimamente hasta Dios, suprema é infinita belleza.

(²) «Tengo por mejor el morir que el que alguno me haga perder esta gloria» (la de predicar el Evangelio sin recibir recompensa de hombres).—En sentido espiritual ó místico aduce aquí estas palabras el autor, pues el literal es el que hemos indicado en las palabras del paréntesis.

(³) «... cuyas partes *ó habitantes* están en perfecta y mutua unión».—Son estas palabras, aunque el autor no lo indica, del salmo 121, v. 3.

(⁴) «¡Oh cuán buena y cuán dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión! Es como el *oloroso* perfume que, derramado en la cabeza, va destilando por la respetable barba de Aarón.»

(⁵) ... las cuales estaban de tal modo unidas entre sí por medio de los anillos, que cuando se doblaban ó recogían por un lado arrastraban consigo á los demás, como formando una sola pieza, aunque eran

tos animales que vió Ecequiel (*Ezech.*, I, 6, 9), cuyas alas estaban entretejidas unas con otras y hermanadas, y todas á una volaban. Et *Apoc.* último (XXII, 17) (*a*): «*Sponsus* et Sponsa dicunt: veni, et qui audit, dicat: Veni» ([1]). Andreas vocabit Petrum, et Philippus, Nathanaelem, et omnes Apostoli vocaverunt totum mundum ad Christum. CURREMUS, id est: sequemur concitissimo cursu. Prævidet Sponsa Ecclesia studium, et ardorem animarum erga Christum: item, et sequentium innumerabilem multitudinem (*Joann.*, VI, 25; *Marc.*, I, 33, 45) tempore Evangelii. Ideo cum dixisset in singulari: TRAHE ME, postea intulit: CURREMUS ([2]). Léanse los evangelistas todos (*Math.*, XIV, 13; *Marc.*, VI, 33; *Luc.*, IX, 11; *Joann.*, VI, 25) contando el milagro de los cinco panes y dos peces, y verse ha cumplido á la letra lo que dice la Esposa; porque á pie y como hatos de ganado, de todas las ciudades comarcanas seguían á Cristo hombres y mujeres olvidados de sus haciendas y del sustento corporal.

Et bene quidem, cursus nomine, significatur accesus ad Christum. Postquam enim ad aures hominum voces illæ incarnati Verbi (*Math.*, XI, 28): «Venite ad me omnes qui laboratis., etc. et (*Math.*, XVI, 24; *Luci.*, IX, 23): Qui vult venire post me, abneget semetipsum» pervenerunt, omnibus terrenis abjectis, ponderibus expediti, et nudi, ut in cursu fit, maxima festinatione sequi illum cæperunt. Septuaginta, et Græci omnes sic: ADOLESCENTULÆ DILEXERUNT ET ATTRAXERUNT TE ([1]). Tienen gran fuerza las almas puras y donceles para atraer á sí á Cristo, como se lee de Santa Gertrude, que le prometió y asseguró el Señor que no se apartaría jamás de su corazón.

Genebrar., in hæc verba TRAHE ME, initium justificationis nostræ meditatur, «quæ, inquit, a solo Deo est, qui nos ad sui cognitionem et amplexum, vel ad aliud quidvis agentes trahit. POST TE CURREMUS. Ego scilicet, cum virginibus; Ecclesia, cum fidelibus; vel jam justificata curram, non ego, sed gratia Dei mecum: non enim sine causa numeri facta est mutatio». TRAHE ME: CURREMUS ([2]): no yo á solas, sino tu gracia conmigo.

Sed dubium est, cur non dixit Sponsa: TRAHE NOS, como dice: CURREMUS. [Dúdase, empero, por qué no dijo la Esposa *llévanos;* así como dice, *correremos*]; pues no es envidia, ni porque ella sola tiene necessidad deste beneficio y misericordia del Esposo. Si fuera envidiosa (*a*), no dijera: correremos en pos de ti al olor de tus ungüentos. Ni tampoco ignora la necessidad que tienen las doncellas deste

(*a*) En el citado lugar no se lee la palabra *Sponsus*, sino esta otra: *Spiritus*.

varias de por sí.—Esto se refiere á lo que en los citados capítulos del *Exodo* mandó Dios á Moisés acerca de la forma del tabernáculo, que luego fué colocado por Salomón en el templo.

([1]) «El espíritu y la esposa dicen: Ven. Diga también quien escucha: Ven».

([2]) San Andrés llamó á su hermano Pedro al seguimiento de Cristo, y San Felipe á Natanael, y los apóstoles llamaron á todas las gentes á la ley y obediencia de su Maestro. *Correremos*, es decir: te seguiremos con todas nuestras fuerzas. Preveía la Iglesia, figurada en la Esposa, la diligencia y el ardor de las almas en el seguimiento y amor de Cristo, como el de aquellas multitudes que en el tiempo de su predicación le seguían. Por eso, habiendo dicho primero *atráeme*, en singular, añade después: *correremos*.

(*a*) Hemos corregido tanto este adjetivo como más arriba, el sustantivo correspondiente *envidia;* el P. Angeles los escribe en la forma ya anticuada: *invidia, invidioso*.

([1]) Por cierto que esta aproximación y esta unión á Cristo está muy bien significada por la palabra *correr* ó *carrera*. Pues en cuanto resonaron en el corazón de los hombres aquelias palabras de Cristo: «Venid á mí todos los que andais agobiados con trabajos»; y aquellas otras: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á si mismo», abandonando todos los bienes de la tierra, y despojados de todos, no de otro modo que en las carreras y certámenes se hace, siguieron á Cristo con gran priesa... Traducen estas palabras los *Setenta* y los griegos en general de este modo: «Los doncellitas te amaron y te atrajeron á sí».

([2]) Interpretando Genebrardo estas palabras *trahe me*, llévame, quiere ver en ellas significado el principio de nuestra justificación, la cual, dice, procede de sólo Dios, que es quien nos llama al conocimiento y á la unión con Él. «Correremos en pos de ti»; esto es: yo, juntamente con las almas puras; la Iglesia á una con los fieles; ó también: una vez justificada correré, no yo por mis propias fuerzas, sino la gracia de Dios conmigo; pues no parece fuera de propósito el cambio del número singular al plural: *llévame* y *correremos*.

divino tracto; pues siendo ella la querida y más perfecta que ellas, se conoce necessitada dél, y dice: TRAHE ME. Quasi dicat: Sine te, enim nihil possumus facere: «neque cogitare (*II Corint.*, III, 5), aliquid *ex* nobis, tanquam *ex* nobis: sufficientia *enim* nostra ex Deo est». Respondendum videtur hic maxime splendere charitatem Sponsæ. Sic enim ait quidam: «Trahimur afflictionibus, et voluptatibus illecti currimus; trahimur flagellis, currimus consolationibus: trahimur tribulationibus, currimus beneficiis. Nonne charitate ardet, quæ sibi quod austerum et durum est, retinet, tanquam forti et perfectæ, quod autem dulce et suave, puellis delicatis et imbecillibus? Me igitur, Sponsæ (*a*), corripe, me exerce, me tenta, me trahe post te, «quoniam ego in flagella *parata* sum» (*Psalm. 37*, 18), mox vero omnes simul certatim: IN ODOREM UNGUENTORUM TUORUM CURREMUS». Huic expositioni suffragantur D. Bern. et Hugo. Sic: «Sotias (*b*) consolationis adolescentulas habere voluit Sponsa, non laboris: quod fecit et Christus, qui solus ad passionem venit, solus ad inferos descendit, sed ad cœlos ascendit cum multo commitatu gloriosus» ([1]).

Yo diría, por lo que queda dicho, que esta manera de tracto que pide la Esposa es especial y de pocos, y essos, perfectíssimos como ella; el correr de todos los justos, el ser llevada del Esposo. De sola ella dicit enim altiorem quemdam gradum perfectionis, ad quem pervenire tenellæ adhuc adolescentulæ non poterant ([1]). Cuanto más que la capitana de tantas almas como siguen á Cristo necessidad tiene de favores especiales para el ejemplo y para la mayor obligación y carga. Quod Dionysius probat (lib. *De Cœlesti Hierarch.*): «Ecclesiasticæ, inquit ille, functionis est summa, ut minores a majoribus, et inferiores a superioribus, ignorantiæ vitio primo purgentur, mox illustrentur, demum perficiantur.» Divus Hieronymus: Perfectorum esse vocem istam asserit. (Homilia 1 in *Cant.*) ([2]). Y bien lo parece, porque no puede en ninguna manera estar parado y quedo el que ama, andando el amado; y bien se concluye que caminaba el Esposo cuando la Esposa le dijo: TRAHE ME: POST TE CURREMUS, etc. Visitóla y consolóla, y partíase della, y aunque llevaba tras de sí el corazón della, ella se quisiera ir en seguimiento dél, como se dice del amado San Juan, que, caminando Cristo nuestro Se-

No puede caminar el Esposo y estarse la Esposa queda.

(*a*) Hallamos escrita esta palabra con diptongo, mas creemos que debe escribirse sin él, como vocativo de *Sponsus*, á quien parece van dirigidas las palabras que, interpretando las que aquí comentamos, pone este autor en boca de la Esposa. De referirse á ésta debería decir *Sponsam*, según exige la recta construcción de la frase.

(*b*) Hoy no se usa escribir *sotias*, sino *socias*.

([1]) Como si dijere: «Sin ti nada podemos hacer: «ni aun concebir siquiera algún *buen* pensamiento, como de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia ó *capacidad* nos viene de Dios». Más bien, pues, debe decirse que en estas palabras resplandece sobre manera la caridad de la Esposa. Porque, según oportunamente advierte un autor: nosotros somos atraídos por medio de las aflicciones, de los castigos, de los trabajos y sufrimientos; en cambio corremos con soltura y diligencia cuando nos halaga el placer, cuando abundan las consolaciones, cuando estamos colmados de bienes. Indicio es, por lo tanto, de ardentísima caridad guardar para sí la Esposa lo que es austero y duro, y dejar lo que es dulce y suave para las almas sencillas y flacas aún en el camino de la perfección. A mí, pues, Esposo mío, parece decir la Esposa, humíllame con trabajos, pónme á prueba, llévame en pos de ti, «porque yo resignada estoy para el castigo y *la aflicción*»; las demás á una voz piden, como más imperfectas: «correremos, seremos llevadas por la suavidad y fragancia de tus regalos y mercedes». Con esta interpretación coincide la que dan á estas palabras San Bernardo y Hugo, diciendo: «Quiere la Esposa tener compañeras, no en el trabajo y sufrimiento, sino en el gozo y en la consolación, á semejanza de Cristo Jesús, que en la pasión y en el sepulcro estuvo solo, pero en su ascensión gloriosa á los cielos quiso llevar consigo innumerable multitud como trofeo de su victoria y copartícipes de su triunfo».

([1]) Porque de sola ella dice lo que encierra un muy alto grado de perfección, al cual no podrían llegar todavía las doncellitas, es decir, las almas imperfectas, principiantes aún en la práctica de la virtud.

([2]) Confírmalo también San Dionisio diciendo á este propósito: «Dentro de la jerarquía eclesiástica, el modo de funcionar el gobierno en la Iglesia es que primeramente cuiden de enseñar los mayores á los menores, los superiores á sus inferiores, después los adiestren é ilustren y, finalmente, los lleven hasta la perfección». Y San Jerónimo dice también que estas palabras de la Esposa son propias de las almas que han llegado ya á la perfección».

ñor, sin llamarle, le seguía. «Conversus Petrus, vidit illum discipulum quem diligebat Jesus sequentem (*Joann.*, XXI, 20) (*a*) (¹); muestra cierta del amor paríssimo que ardía en su pecho.

Es el peso en el ánima el amor, que la lleva y la trae al amado como á centro. Es piedra imán el amor que, si toca el corazón humano, aunque más pesado y duro que el hierro, le lleva en pos de sí. Y como sería milagro de naturaleza no arrebatar esta piedra el hierro, por serle natural esta virtud de arrebatar, lo sería en cierta manera moverse Cristo y estarse San Juan quedo. Si le mandara caminar, quedándose Él, ¡cuánta fuera su inquietud! Como la aguja tocada desta piedra imán no tiene sossiego hasta que mira al Norte, assí el ánima tocada del amor divino es impossible que halle quietud ausente de Dios. Digamos á una alma aficionada que se esté queda y no siga á Cristo; es decir al fuego que no suba á su esfera, y á la piedra que no baje á su centro. «Quis nos separabit a charitate Christi? Tribulatio?», etc. (*Rom.*, VIII, 35) (²). Como si dijera el Apóstol: Nadie; porque tenemos los corazones tocados con la piedra imán del divino amor.

Es piedra imán el amor, porque el corazón que toca no sossiega ni para sino en Dios.

En su segunda canónica (*b*) dice San Juan (*I Joan.*, IV, 18): «Perfecta charitas foras mittit timorem...: qui autem timet non est perfectus in charitate» (³). No es amor perfecto el que os hace mirar en puntillos; el que halla inconvenientes para seguir al amado; el que teme la infamia, la falta de salud, el riesgo de la honra ó hacienda y el perder la vida. Caridad respectiva imperfecta es y de pocos quilates. Para pedir Cristo á San Pedro (*Joann.*, XXI, 19) (*a*) que le siguiesse por imitación de muerte, y muerte de cruz, primero le examinó en el amor, no una, sino tres veces; y averiguado que le amaba, le pidió le siguiesse, significando en esto lo que vamos diciendo: que no se puede dar passo en seguimiento de Cristo si no hay amor á Cristo; es necessario que preceda el amor para que los pies se muevan. Bien se puede conocer Cristo sin amor; pero, seguirle sin amor, no sé cómo. Cuantas cosas Dios crió, se mueven por amor, y el mismo Dios obra con amor. La diferencia que hay entre la voluntad y el entendimiento es que el entendimiento nunca sale de su casa, estáse á pie quedo y todas las cosas le vienen á buscar á él, y él las recibe para entenderlas, y luego no quiere más. La voluntad es de otra condición: busca lo que ama y dessea por el conocimiento precedente, y síguelo hasta que lo alcanza. «Nullus avertet eam.» (*Hier.*, II, 24) (¹). Lo mismo se dice de la fe y de la caridad: á la fe se le pega del entendimiento, adonde tiene su silla, el conocer y estarse queda; á la caridad, que se aposenta en en la voluntad, el irse tras la cosa amada.

No podemos seguir á Cristo sin amor.

Assí es que por la fe conocemos á Cristo y por el amor le seguimos. Si el amor falta, la fe es una cosa muerta, sin movimiento alguno. «Fides quæ per *dilectionem* operatur.» (*Galat.*, V, 6) (²). Informa la caridad á la fe y dale vida; y assí informada, es operosa; por todo lo dificultoso rompe; todo lo atropella; ni teme la muerte, ni los tormentos, ni hay cosa que la detenga para que no siga al amado. El amor puso espuelas á Dios para que bajasse del cielo á la tierra y, hecho hombre, muriesse por los hombres.

Por la fe conocemos á Cristo, y por el amor le seguimos.

La primera visión que tuvo Ezequiel fué verdaderamente maravillosa. Estando entre

(*a*) Es ilegible en este lugar el número del capítulo que cita el impreso. Sólo aparece con claridad un cero, habiendo delante un espacio en blanco que indica claramente la falta de otro número, probablemente el 2.

(*b*) No es en la segunda epístola, que en la *Vulgata* nuestra sólo tiene un capítulo, sino en el IV de la primera donde se hallan estas palabras.

(¹) «Volviéndose Pedro (al cual había dicho el Señor: «sígueme») á mirar, vió venir detrás al discípulo amado de Jesús.»

(²) «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿*será* la tribulación?, etc.»

(³) «En la caridad no hay temor: antes la perfecta caridad echa fuera el temor *servil...;* y así el que teme, no es consumado en la caridad».

(*a*) Aquí aparece con toda claridad citado el capítulo 20, lo que viene á confirmar lo que más arriba dejamos dicho.

(¹) «Nadie podrá detenerla.»

(²) «La fe que obra animada de la caridad.»

los captivos de Babilonia, junto del río Cobar, vió venir por el aire un grande fuego, metido y encorporado en una grande nube, de la parte aquilonar, hacia Jerusalén. Traían esta nube cuatro animales de diferentes rostros, todos con alas; su aspecto era como de fuego de carbones y como de lámparas encendidas, etc. (*Ezech.*, I, 3). San Gregorio (homil. 3 in Ecequiel) dice que el fuego en la nube era Dios en carne, que entraba en el mundo; los cuatro animales, los cuatro Evangelistas, que le traían por diversas partes y le daban á conocer con su predicación. Pero, ¿qué quiere decir bajar el fuego, que de su naturaleza tiene el subir, y subir los animales pesados y terrestres, inclinados por su natural pesadumbre al centro? Obras son del amor, que baja á Dios de los altos cielos hasta la forma de siervo y sube de la tierra los hombres hasta la vista de Dios. Alæ ejus, alæ ignis ([1]). ¿Quién pudiera hacer volar un buey y un león y un hombre? El amor, que tiene alas, y de fuego (*Cant.*, VIII, 6), por su grande presteza y ligereza en el obrar.

El amor hizo bajar á Dios del cielo al suelo.

CURREMUS IN ODOREM UNGUENTORUM TUORUM. Verbum *curremus* valde congruit virginibus et continentibus, quia liberiores et expeditiores sunt ad sequendum Sponsum quocumque ierit, ut in (*Apocal.*, XIV, 4) (*a*). Legendus Hieron. (lib. V *Adversus Jovin.*), et Chrisost. (lib. *De virginibus*) in hæc verba: CURREMUS. Hæc verba desunt in Bibliis Hebraicis, et in Biblia Complutensi, quæ respondet Hebraicæ; licet in Græco sint, et in Septuaginta interpretibus. Præterea, ex antiquis Patribus græcis, Origenes, Athanasius, Nisenus, Theodoretus, Procopius Gazens, et alii ea legunt, et exponunt. Ex Latinis vero D. Hieronymus, Ambros., Gregor., Beda, Ansel., et D. Thom. et (quæ plus ponderis habet) nostra Vulgata ([2]).

Vatablus: «TRAHITO ME. Ut in curriculo te insequamur». Y no hace mención de ungüentos. Nos vero: IN ODOREM UNGUENTORUM TUORUM. D. Bern. (Bern., serm. 22): Dona Spiritus Sancti suavissima dicit unguenta odorifera, vel Dei miserationes, vel miracula stupenda, vel famam nominis Sponsi, quod est oleum effusum, vel doctrinam præceptorum Evangeliorum, quæ super omnia unguenta redolet. Vel dicemus unguenta conversationem vitæ, doctrinæ, et sanctitatis Christi ([1]), que llevaba las almas tras de sí con grande fuerza. «Vultis et vos abire?» Y responde San Pedro: Domine, quo ibimus? Verba vitæ æternæ habes.» (*Joann.*, VI, 68-9) ([2]). D. August. (lib. *De Perfectione justitiæ*) dicit, quod perfectio viæ consistit in cursu et in motu. Quies namque patriæ reservatur ([3]). Perfección es de viadores caminar siempre. «Ibunt (*Ps.*, *83*, 8) de virtute in virtutem: videbitur Deus Deorum in Sion» ([4]). Idem (lib. *De Spiritu et littera*, caput XXXVI) multa ad propositum

El caminar, es del destierro; la quietud, de la patria.

(*a*) Hallamos citado en vez de este capítulo el VII.

([1]) Sus alas, alas son de fuego.

([2]) «Correremos tras la suavidad de tus *castos* amores. Muy bien cuadra esta palabra *correremos* en boca de aquellos que hacen profesión de castidad y guardan la virginidad en sus almas, puesto que están más libres y desembarazados para «seguir al Esposo» dondequiera que vaya», como se dice en el *Apocalipsis*.—Léase á San Jerónimo y á San Juan Crisóstomo en los lugares citados.—Nótese que en el texto hebreo faltan estas palabras, y lo mismo en la *Biblia Complutense*, que corresponde al mismo, aun cuando en el griego y en los *Setenta* sí se hallan. Y entre los antiguos Padres griegos, las dan como auténticas y hacen comentarios sobre ellas Orígenes, los Santos Atanasio y Gregorio Niseno, Teodoreto, Procopio y otros muchos. Entre los latinos, los Santos Jerónimo, Ambrosio, Gregorio, Beda, Anselmo y Santo Tomás, y, lo que más es, nuestra *Vulgata*.

([1]) Vatablo lee estas palabras: «Llévame, para que podamos seguirte en tu carrera, y no hace mención de ungüentos; mas nosotros añadimos: «atraídos por la suavidad de tus perfumes». Sobre lo cual dice San Bernardo que designa bajo estas palabras á los dones del Espíritu Santo, ó también á las misericordias divinas, á los milagros estupendos obrados en el mundo, ó á la fama del nombre del Esposo, ó, en fin, la doctrina evangélica, superior en suavidad y dulzura á los más preciados ungüentos...

([2]) «Dijo Jesús á los doce *Apóstoles* (viendo que muchos de los discípulos le dejaban): ¿Y vosotros, queréis también retiraros? Respondió Simón Pedro: Señor ¿á quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna».

([3]) Dice San Agustín que la perfección en esta vida consiste en el movimiento y en la continua progresión hacia adelante.

([4]) «Caminarán de virtud en virtud: y el Dios de los dioses se dejará ver en Sión».

dicit. Item et Bern. (serm. 50 in *Cant.*) Et Chrisost. (homilia 26) ex variis. *Ad Galat.*, V, 7) (*a*) dice el Apóstol: «Currebatis bene; id est, viviades con perfección, quis vos impedibit?» [1]. Lege August. (in *Psalm. 36* et super illud: *Omnes quidem currunt*), etc., et Greg. Nazianz. (*Oratione in sanctum Baptismum*). Enim vero, etc.

In odorem unguentorum tuorum. Ambrosius (in *Psalm. 118*, serm. 2) dicit: «Quod unguenta Sponsi semper fiuunt, et numquam deficiunt.» Legendus D. Ignatius (episthola 12 *ad Ephes.*) et D. Bern. (serm. 23 in *Cant.*): «Odor unguentorum Christi, ait quidam, est odor quem spirant divinæ ejus virtutes, et verba, et facta.» De illo enim dicitur illud *Psalm. 44:* «Myrrha et gutta, et cassia... a domibus eburneis» id est: ab humanitate tua: nam ex tribus illis, ut jam supra tetigimus, conficiuntur unguenta. Sed jam ad alia transeamus [2].

* ARTÍCULO V

Declárase el significado de la palabra DESPENSA, *por la cual se designa, entre otras cosas, la contemplación. Obstáculos que ésta encuentra.*

Introduxit me rex in cellaria sua
(*Cant.*, I, 3) [3].

Bien parece Esposa la que habla, y muy querida del Rey eterno, pues no le esconde sus secretos. «Jam non dicam vos servos...; *sed* amicos: quia omnia, *quæ* audivi a Patre meo, nota feci vobis.» (*Joann.*, XV, 15) [1].

Este lugar, ó es el mismo que el del capítulo segundo (*Cant.*, II, 4), donde dice la Esposa que la entró el Rey en la bodega del vino, y ordenó la caridad en ella, ó muy semejante; porque lo mismo es acerca de los antiguos *Cellarium* que *Cella vinaria*, y en este sentido usa dél Cicerón (*ad Aticum*, libro XIV) y Plinio (lib. XXXVI, cap. XV) para significar el lugar donde están las cosas de comer y beber, como si dijéssemos, despensa, ó botillería, ó bodega. Y muchos de los santos que escriben sobre estos *Cantares*, indiferentemente se aprovechan destos dos lugares. Yo, empero, pienso que hay grande diferencia entre *Cellarium* y *Cella vinaria*, y que es otro el regalo que aquí se le hace á la Esposa del que recibe en el capítulo segundo. La razón es, porque este es regalo de entendimiento, y aquél de voluntad; aquí le descubre el Esposo sus secretos, allí le da á beber de su vino; aquí queda alumbrada, y allí embriagada; aquí se le refresca la memoria de los gustos divinos, allí se saborea con ellos; y assí me cuadra á mí mucho la interpretación de San Gregorio, el cual llama *Cellaria Sponsi* los secretos de la divina Escritura, que manifestó á sus apóstoles y manifiesta á sus discípulos y amigos. Cristopolitano, obispo, llama celdas del Esposo las figuras y ceremonias del Viejo Testamento, dentro de las cuales estaban escondidos los misterios del Nuevo, y el mismo Cristo.

Gusto grande hay en la inteligencia de la santa Escritura.

Y no hay duda sino que en estos retretes y secretos de la divina Escritura hay grandes consolaciones y siente el alma excessivos gustos cuando el divino Esposo le da la inteligencia della. Es aquel panal dulcíssimo que halló Sansón en la boca del león muerto (*Judic.*, XIV., 8). Sí, que la letra cosa muerta es; pero la inteligencia della, miel es, y vida es. «Quam dulcia, dice el Profeta (*Psal.*, *118*, 103), faucibus meis eloquia tua, super mel ori meo!» [2]; id est, cordi. En el

(*a*) Encuéntrase equivocada esta cita, poniéndose el capítulo III por el V.

[1] «Vosotros habíais comenzado bien vuestra carrera, ¿quién os ha estorbado (de obedecer á la verdad)?».

[2] Además de los santos Padres citados, San Bernardo dice en otro lugar, aludiendo á un escritor que no nombra: «El olor de los perfumes de Cristo es el que se difunde de sus virtudes divinas, de sus palabras y de sus obras». De él se dice en el salmo: «Mirra, áloe y casia *exhalan* tus vestidos *al salir* de las estancias de marfil», es decir, desprendidos de tu humanidad; pues, como ya dijimos, de aquellos tres elementos se confeccionan los perfumes. Pasemos ya, empero, á otras cosas.

[3] «Introdújome el Rey en su gabinete, *elevándome á Esposa suya*».

[1] «Ya no os llamaré siervos...; os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre».

[2] «¡Oh, cuán dulces son á mi paladar—esto es, á mi corazón—tus palabras!: más que la miel á mi boca».

Eclesiástico se escribe *(Eccli.*, XI, 3): «Brevis in volatibus (*a*) est apis, *sed* initium dulcoris habet fructus illius». De las aves que vuelan y son de provecho la más pequeña es la abeja; pero el fruto della tiene principio de dulzura. En el hebreo está: «Habet principatum dulcoris»: «Tiene el principado entre las cosas dulces.» Assí es el Evangelio: una cosa muy pequeña y de poco lustre en los ojos del mundo, y de los sabios dél tenido por locura; pero tiene, sin duda, el principio de la dulzura, ó el principado de lo dulce; porque allí está la vida eterna y se esconden los bienes que deleitan y regalan el alma ó, por decir lo cierto, las dulzuras y consolaciones que entre todas las demás tienen el principado.

Diferencia entre los gustos que comunica Dios á las almas y los que el demonio les ofrece.

Esta es la diferencia que hay entre los gustos que comunica Dios á las almas y los que Satanás les ofrece; éste los muestra luego y hace ostentación dellos; pero no tienen más que la apariencia, que de dentro veneno mortífero son. Es el cáliz dorado en manos de aquella mujer fornicaria, assentada sobre la gran bestia, que mostrándole y convidando á todos, les aparejaba la muerte, porque el vino era más amargo que el absinthio *(b)*. *(Apoc.*, XVII, 3-4). Dios, lo que á los suyos muestra y ofrece, en la sobrehaz y corteza áspero es, y desabrido y de poca estimación; pero gustado, más dulce que la miel. Es como los Silenos de Alcibiades, toscos y de obraje rudo; mas de dentro tenían figuras hermosíssimas y labradas con grande artificio y costa. Para gustar destas riquezas, que en los retretes del Esposo se hallan, es necessario que el paladar del corazón esté purgado y sano y no corrompido con malos humores. Si no llegáis con sincera fe y corazón humilde á leer y tratar la Escritura, en vez de hallar miel hallaréis hiel y veneno. «Sensi et expertus sum, dice San Agustín en el libro de sus *Confesiones*, quod palato non sano pæna est panis, qui sano est suavis: et oculis ægris odiosa lux, quæ puris est amabilis» ([1]). Y el Profeta dice *(Ps., 149*, 6): «Exultationes Dei in *faucibus* eorum» ([1]). Sobre las cuales palabras, Cassiodoro: «Allí se alegran, dice, adonde la dulcedumbre divina les sabe.» No dice en la boca, sino en la garganta, por ser cosa más llegada al corazón, adonde se sienten los gustos de Dios, significando juntamente que estas alegrías no son exteriores, sino interiores y del alma: *In faucibus*.

En las palabras de Dios se halla dulzura y consuelo para el alma.

San Jerónimo dice que el justo siente la dulzura en la garganta, porque passada la miel, ó cualquier otro manjar, ningún sabor deja en la garganta; pero las palabras de Dios en la boca, y en la garganta, y en el secreto del corazón, siempre son dulces á quien medita en ellas. Remato esta consideración con lo que San Juan dice en su *Apocalipsi (Apoc.*, X, 9), que le mandaron comer un libro que, aunque le amargó un poco en el vientre, en la boca le fué dulce como miel. Y ¿qué libro es éste, sabroso y amargo, sino la Escritura, cuyas verdades, digeridas y rumiadas, amargan á la carne y dan gusto al espíritu?

Santo Tomás dice (*Comment. in Cant.*): «Cellaria Dei sunt æterna beatitudo, et supernæ patriæ gaudia» ([2]), adonde entra agora el alma por fe y esperanza, y en el hecho y realidad entrará acabada la peregrinación deste mundo. San Gregorio dice que estos retretes del Esposo son los misterios sacratíssimos que en la contemplación se descubren á las almas santas. La Interlineal dice: «In cellaria; id est, nondum ad requiem, sed in Ecclesiam præsentem, ubi necessaria sunt vitæ». Es la Iglesia bodega del Esposo, adonde tiene las cosas necessarias á la vida del alma encerradas en los divinos sacramentos como en retretes secretíssimos. La Glossa ordinaria llama *Cellaria, Penetrale Sponsi*, el aposento más secreto, donde el Esposo reposa y tiene sus riquezas. Y dice de plural *Cellaria*, para significar la abundancia de todos los bienes que allí se

(a) Debe leerse *volatilibus*, que es como dice el texto de la *Vulgata*.

(b) Absinthio ó *absincio* anticuado; hoy, ajenjo.

([1]) Tengo bien sabido por experiencia, dice San Agustín, que el manjar que para el sano es delicioso y agradable es nauseabundo y molesto para el enfermo; y que la luz, causa de placer y encanto para quien tiene los ojos sanos, produce molestias y se hace insufrible para el que los tiene enfermos.

([1]) «Resonarán en sus bocas (en las de los Santos y bienaventurados) elogios *sublimes* de Dios».

([2]) Entiende Santo Tomás por *cellaria* la eterna bienaventuranza, y las delicias y gozos de la gloria.

hallan. Allí pone cuatro estancias en la casa de Dios: puerta, subida, triclinio y retrete. Por la puerta entiende la fe; por la subida, la esperanza; por el triclinio, la caridad; por el retrete, la misma bienaventuranza.

Todas estas exposiciones abraza este lugar; pero yo entiendo por los retretes ó botillería del Esposo aquellos servicios dulcíssimos y delicias del eterno convite, adonde entra el alma por la contemplación, y viviendo en carne mortal gusta, como es possible, las primicias de la felicidad eterna, lo cual le concede el Señor para que con esta salva y prelibación se esfuerce más para la plena possessión della por los trabajos y batallas de la presente vida. Concedióse á algunos de los apóstoles en el monte Tabor, mostrándoseles Cristo transfigurado y glorioso (*Math.*, XVII, 2); porque como los mercaderes codiciosos, que dessean vender bien sus joyas y mercadurías, suelen hacer alguna demostración dellas, y, si lo sufre su calidad, darlas para que las gusten, para que, atraídos de la vista y gusto, los compradores no duden dar lo que por ellas se les pide, assí Dios Nuestro Señor, que quiso que su gloria fuesse vendible, para que sus siervos y amigos no reparassen en el precio, aunque se les pida muy grande, con admirable providencia les concede que en alguna manera la gusten y le hagan la salva en la tierra. Por ventura, no la hizo el que dijo: «Domine, bonum est nos hic esse?» [1]. Una sola gota gustó, dice San Agustín, y todo el mundo despreció; y no sólo ésto, sino que, saliendo de sí, como embriagado desvarió. ¡Oh, santa embriaguez, que hace faltar y desfallecer assí el hombre y le llena del Espíritu de Dios! Pero, ¿quién la causa? Dice San Agustín que, con la fuerza del amor, el ánima se aparta de los sentidos corporales, para que ya no se sienta á sí la que á Dios siente dentro de sí.

Esto sucede cuando el ánima, atraída con la dulcedumbre inefable de Dios, en cierta manera se hurta á sí misma y se arrebata á sí de sí, para gozar de Dios hasta hartar. El amor nos hace familiares á Dios; la familiaridad da atrevimiento; el atrevimiento, gusto; el gusto, hambre. Pero, ¿cómo se sube á este gusto hambriento y hambre gustosa en que está la verdadera hartura? San Buenaventura (*Soliloq.*, c. II) [1] dice que el ánima, para gustar la divina dulcedumbre, ha de estar depurada, ejercitada y elevada. Depurada, huele, como la Esposa y sus doncellas; ejercitada, gusta, con el Profeta, la suavidad de Dios; elevada, llega algunas veces hasta la embriaguez. Digo que es necessario que el ánima esté depurada y limpia de pecados y de aficiones desordenadas; desasida ó despedida de las consolaciones temporales y del amor descompassado de las criaturas todas. Porque, según San Bernardo, de todo en todo yerra el que piensa y se persuade que la celestial dulcedumbre puede mezclarse con esta ceniza; el divino bálsamo, con este venenoso gozo, y los regalos y unciones del Espíritu Santo, con los halagos y blanduras deste siglo.

El amor nos hace familiares á Dios y nos da atrevimiento santo para que desseemos gustar de Él.

San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job: «Antequam comedam suspiro» (*Job*, III, 24) [2], dice assí: «Comer el ánima es ser apacentada en las contemplaciones de la soberana luz; suspira antes que coma, porque quien en este destierro, llorando y desseando, no se humilla, no gusta los consuelos de la eterna Patria. Ayuno se queda del manjar de la verdad el que en la mengua desta peregrinación se alegra.» Al fin, han confessado todos los santos que el mayor impedimento que tiene la virtud es el deleite y amor de las criaturas, de que conviene estar desasida y libre el alma, como dice San Buenaventura, si quiere gozar de los regalos del celestial Esposo. Aristóteles dijo

El amor de las criaturas es impedimento para el de Dios; y el deleite y gusto dellas, padrastro de la virtud.

(1) «Señor, bueno es estarnos aquí.»—Son estas, como es sabido, las palabras con que San Pedro, al ver á Jesucristo transfigurado y glorioso, dió á entender el júbilo que inundaba su alma. Están tomadas del mismo capítulo del Evangelio de San Mateo que acabamos de citar pocas líneas más arriba.

(1) El título íntegro de este opúsculo, que en el t. VIII, citado arriba, pág. 68, nota 1 de la col. 2.ª, tiene el segundo lugar, desde la 29 á la 67 de aquél, es el siguiente: *Soliloquium de quatuor mentalibus exercitiis.*—Véase el cap. II, § III, que trata: *De consolatione divina et de dispositione ad eam obtinendam*, pág. 50, núm. 15.

(2) «Suspiro antes de tomar alimento.»

que de su naturaleza era el hombre codiciosíssimo de deleites y enemigo de tristezas y pesares; tras de aquellos anda con grande ansia, y con essa misma huye de estotros. ¡Oh, cuántos se han olvidado de sus obligaciones, y cometido grandes maldades atraídos y engolosinados con el amor del deleite! San Basilio le llamó, con gran propiedad, cebo del demonio; porque como los cazadores con el cebo á su propósito cazan las aves, y los peces los pescadores, assí enreda él y mata las ánimas miserables con el deleite. De aquí vino Séneca (in *epistol.)* á decir que para huir los lazos y enredos de los vicios era necessario endurecer el ánimo, destetalle y apartalle lejos de la blandura de los deleites sensuales. Los vinos de Hibernia, dice él, desataron ó relajaron al famosíssimo Aníbal, y aquel ánimo, no domado con las nieves y fríos de los Alpes, los regalos de Campania le enflaquecieron. Vencía con las armas y fué vencido de los vicios. Todos tenemos de pelear de un género de milicia en que nunca se halla quietud ni ocio. Y cuanto á lo primero, los deleites han de caer por tierra vencidos, que, como sabemos, arrebataron para sí los ingenios fieros y no domados de muchos hombres. El regalo y blandura hace los ánimos afeminados y mujeriles. Por cualquiera camino, por áspero que sea, camina el jumento, y con la dureza y aspereza se endurecen sus uñas; pero los criados en praderías y tierras de lagunas, muy presto se despean. Hasta aquí Séneca.

El alegría espiritual destierra los regalos de la carne, y los deleites divinos destruyen los sensuales.

De aquí es que, considerando el divino Amador de los hombres cuánto daña el deleite y amor de las cosas terrenas á la virtud, ordenó una medicina saludable y remedio eficacíssimo contra este común veneno, conviene á saber: el regalo y alegría espiritual, para que, como solemos decir, que un clavo saca otro clavo, sacasse un deleite con otro, conviene á saber: las delicias de la carne con las delicias del espíritu, y la dulcedumbre terrena con la celestial dulcedumbre, cuya dignidad, pureza y grandeza es tanta, que, como saliendo el sol las tinieblas huyen, no pudiendo sufrir su luz y hermosíssimos rayos, assí cuando las espirituales y castas delicias del divino Esposo ocupan el alma, luego las terrenas y carnales huyen y desaparecen. Muy bien dijo San Gregorio: «Cuando el ánima comienza á abundar en riquezas celestiales, no hace assiento ni reposa sobre las terrenales; antes, presa del amor de su Criador y libre de la captividad del pecado, suspira desfalleciendo á contemplar su hermosura. Si los naturales dicen verdad, de un río se escribe que los que beben su agua no pueden beber más vino: quedan aguados; y esso mismo hace la suavidad de Dios, que quien una vez gusta della todos los deleites del mundo menosprecia y sus gustos le dan en rostro»; como de sí confiessa el Profeta *(Psal. 76*, 3-4): «Renuit consolari anima mea: memor fui Dei, et delectatus sum» [1]. Y es señal cierta de que no gustáis de Dios el andaros tras del gusto de las criaturas. Atraídas destos regalos del espíritu las almas puras, aunque principiantes, como en otra parte dijimos, dicen lo que los hijos de Israel, visto y gustado el maná: «Manhu?» *(Exod.*, XVI, 15): «¿Qué es esto?» ¿Tanto bien nos estaba escondido? ¿Esto hallan en el desierto los que siguen á Dios? ¿Con tanto contento nos hace correr por el camino de los mandamientos divinos? ¿Qué es esto que ansí apaga la sed de todos los deleites del mundo, que, arrebatando el ánima á las cosas divinas, hace tener en poco las terrenas? ¿De dónde nace, dice Gregorio, apetecer los hombres lo que antes menospreciaban, menospreciar lo que apetecían, dar de mano á lo que solían dessear, y abrazar con estrechos abrazos lo que, como desconocido, les enfadaba? De haber gustado de los deleites de Dios, como San Pedro, que, olvidado de todas las cosas de la tierra, desseando gozar en el monte de sola aquella dulzura y regalo de la gloria que veía en Cristo, daba voces: «Señor, estémonos aquí; hagamos tres chozas, para que moréis Vos y Moisén y Elías *(Math.*, XVII, 2).

Pero sepamos, cómo siendo de tanta virtud y eficacia la suavidad de Dios y sus regalos, y siendo, como somos, fieles y reverenciamos y honramos el nombre de Cristo, y de continuo nos ocupamos en cantar, y meditar en las cosas divinas, pocas veces ó nunca experimentamos estos gustos. San Agustín responde en una palabra: «Christus, inquit, est sapientia animæ purificatæ». Quiere decir, que á solos aquellos es sabrosa y gustosa la sabi-

---

[1] «Se había negado mi alma á todo consuelo: acordéme de Dios y me sentí bañado de gozo.»

duría del Padre que tienen el paladar del alma purgado de vicios, libre de cuidados y destetado de los deleites del mundo.

El nombre de Dios es suave y alegre á los santos.

Aquel verso del salmo 53 (*a*), que dice: «Expectabo nomen tuum, quoniam bonum est in conspectu sanctorum tuorum», lee el mismo San Agustín: «Quam jocundum est»: «Esperaré tu nombre, porque es gustoso y sabroso en presencia de los santos.» Solos ellos entienden cuando decimos que Dios es suave, porque solos ellos saben á qué sabe. Quien nunca gustó la miel, aunque más le digáis de su dulzura, ¿sabrá lo que decís? No, por cierto. Por esso convida el mismo Profeta á la experiencia, que sin ella es lenguaje bárbaro y no conocido el que hablamos. «Gustad y ved qué suave es el Señor.» Entonces lo veréis, cuando lo gustáredes. Luego solos los santos saben que el nombre del Señor es suave y alegre; que los malos, ni lo saben ni quieren saberlo. Por esso dice David *(Ps. 51*, 11): «Expectabo nomen tuum, quoniam bonum est, quoniam jocundum est, in conspectu sanctorum tuorum». Al fin, no es de todos la dulzura de Dios, sino de los que tienen las almas purgadas y el paladar sano por la gracia.

Y aquí entra lo segundo que dijo San Buenaventura, conviene á saber, que ha de estar el alma ejercitada en obrar bien, y en sufrir los males que se ofrecieren en el camino de la virtud. «Bienaventurados los que lloran, porque, como dice la eterna Verdad, ellos serán consolados» *(Math.*, V, 5). ¡Oh, buen Jesús, dice San Bernardo, cuántas veces después de derramadas muchas lágrimas, y despedidos del corazón tristes suspiros, ungiste mi ánima, lastimada y herida, con la unción y bálsamo de la misericordia, y estando poco confiada, benignamente la recebiste; pero consolada y presumida del perdón, la repudiaste y despediste de tus particulares favores! ¡Oh cuán bienaventurada es la consolación que de arriba se les administra á los que trabajan por Cristo!

A los que menosprecian los consuelos del suelo les dan los del cielo.

El monte arriba llevó Él á los suyos para mostrarles su gloria, la cual ni vieron ni gustaron los que no subieron. Es necessario subir y desamparar los cuidados terrenos, los deleites y regalos de la carne, el que ha de gozar de los del espíritu y de sus divinas consolaciones. Lo cual dijo San Agustín admirablemente, hablando con Dios, en esta forma: «Tú solo eres consolación sempiterna, que á solos aquellos te comunicas que la consolación deste mundo, por tu perpetua consolación, menosprecian; porque los que aquí son consolados, son habidos por indignos de tu consolación; pero los que aquí son atormentados, son de Ti consolados, y los que participan de tus passiones, participan de tus contentos. Ninguno puede en el uno y otro siglo ser consolado, ni gozarse en este mundo y en el otro, sino que es necessario perder lo uno el que quisiere posseer lo otro.» Hasta aquí San Agustín. Y San Bernardo, dando la causa por qué estas dos cosas no pueden morar juntamente, dice: «Del ánimo ocupado con los desseos seculares declina y huye el deleite santo; ni pueden mezclarse las cosas verdaderas con las vanas, las eternas con las caducas, las espirituales con las corporales y las altíssimas con las ínfimas y de la tierra.» De donde puedes tú fácilmente colegir, y cada uno, cuánto daño hacen los pecados, aunque sean livianos, para que se nos comuniquen los regalos del espíritu, pues las consolaciones terrenas, que muchas veces son sin culpa, nos son impedimento para gozar de un bien tamaño.

Oye á San Agustín, que con grande elegancia trata destas dos maneras de impedimentos: «Quia botrus carnis Christi portatus fuerat ad torcular crucis, et, expressione facta, fluere cæperat mustum divinitatis, missus est Spiritus sanctus, quo in vasa cordis, et vinum novum in utres novos poneretur. Primum, ut corda mundarentur, ne infusum pollueretur; et postea ligarentur, ne infusum amitteretur. Mundarentur a gaudio iniquitatis, ligarentur contra gaudium vanitatis. Non enim quod bonum est venire potuit, nisi prius recederet quod malum est. Gaudium iniquitatis polluit; gaudium vanitatis effundit. Gaudium iniquitatis reddit vas sordidum, et gaudium vanitatis facit rimosum. Gaudium iniquitatis est, cum peccatum diligitur: et gaudium vanitatis est, cum transitoria amantur. Ejice ergo quod malum est, ut quod bonum est percipere possis. Effunde amaritudines, ut dulcedine impleri possis. Spiritus sanctus gaudium est et amor. Ejice spiritum diaboli, et spiritum mundi hujus, ut accipias Spiritum Dei. Spiritus diaboli

---

(a) Es del Salmo 51, v. 11.

operatur gaudium iniquitatis, et spiritus mundi gaudium vanitatis. Et hæc gaudia mala sunt, quoniam alterum habet culpam, alterum occassionem culpæ. Veniet autem Spiritus Dei, cum ejecti fuerint spiritus mali, et intrabit tabernaculum cordis, et operabitur gaudium bonum.» Hactenus Augustinus (1).

Contemplación, qué sea.

INTRODUXIT ME REX IN CELLARIA SUA. Henricus Harpius (*Theolog. Myst.*, libro I, cap. XXXIX), declarando este lugar, dice ansí: «Quæ nimirum cellaria continent omnes thesauros internæ dulcedinis, et divinæ contemplationis; quamvis et ipsa contemplatio, quæ, secundum Basilium, est cordis illuminatio, apotheca Spiritus sancti, mentis jocunditas, hortus delitiarum, paradysus animæ, suavitatis lux, et pax serenæ tranquilitatis, merito, secundum Origenem, cella omnium charismatum plenitudine referta censeri debet. Nam contemplatio veritatis intimæ, splendor est totius animæ. Est enim cella aromatica virtutum odore respersa; cella unguentaria, charismatum spiritualium unctione referta; cella olearia, pinguedine gratiæ copiose saginata: cella thesauraria, cælestium delitiarum thesauro dilatata (*a*): cella aquaria, aqua sapientiæ salutaris irrigata: cella balsamatica, spiritualium delectationum, et suavitatum delitiose imbuta: cella vinaria, amore et cœli gaudio dulcisimo gloriæ inebriata. Omnes enim isti thesauri spiritus cum cellis suis secure conservantur in universali apotheca virtutis temperantiæ, quatuor cellariis distinctis adornata, quæ sunt castitas respectu venereorum: sobrietas respectu alimentorum: modestia respectu dictorum et factorum: et paupertas respectu exteriorum rerum.» De omnibus iis disserit docte et eleganter: qui voluerit videre, videat. Ego sciens prætermitto, quia ad rem de qua loquimur minime faciunt, quæ de temperantia aliisque virtutibus disputantur (1).

---

(1) «Por cuanto el sacratísimo cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, á semejanza de racimo de uvas, había sido llevado al patíbulo de la Cruz, en la cual, á modo de un lagar, fué exprimido hasta dar la última gota de su preciosa sangre, vino el Espíritu Santo, por medio del cual en nuestros corazones, como en vasos nuevos, limpios de toda culpa, quedase depositada la divina gracia. Dos cosas obra en nosotros este divino Espíritu: primero, limpia nuestros corazones para que, al infundírsenos la gracia, nos encuentre dispuestos; después guarda y cierra la entrada, para que la gracia recibida no venga á malograrse. Líbranos del deleite malo, y nos previene contra el de la vanidad; pues no podemos participar del bien si no es apartándonos del mal. El placer del pecado nos mancha; el de la vanidad nos disipa. Aquél inficiona y ensucia nuestro corazón, éste le distrae y abre por mil partes. El primero se enseñorea de nosotros cuando amamos el pecado; el segundo, cuando nos aficionamos á las cosas transitorias. Arroja, pues, de ti el amor malo, para que pueda entrar en ti el bueno; lanza de ti las heces amargas del pecado y serás harto de las celestiales dulzuras del espíritu. El Espíritu Santo es gozo y es amor. Acocea al diablo y al mundo y recibirás el Espíritu de Dios. El del diablo engendra el amor al mal; el del mundo despierta al de la vanidad. Ambos son malos y perniciosos, pues el primero lleva consigo culpa y pecado, y el segundo es ocasión de pecado. Y cuando los dos fueren arrojados de tu corazón, vendrá á ti el Espíritu divino, morará en el santuario de tu corazón y todo tú quedarás lleno de un gozo divino y celestial.» Hasta aquí, San Agustín.

(*a*) Así se lee en el impreso, pero creemos debe decirse *ditata*.

(1) Declarando Enrique Harpio estas palabras: *Introdújome el Rey en su gabinete*, dice: «Este aposento ó gabinete íntimo del Rey celestial encierra todos los tesoros de interior consolación y los que se hallan en la contemplación divina; si bien la contemplación, que, según San Basilio, es luz del corazón, morada del Espíritu Santo, júbilo de la mente, huerto de delicias, paraíso del alma, recreo y paz del espíritu, pueda con razón llamarse, como dice Orígenes, despensa y depósito en donde se halla la plenitud y abundancia de todos los bienes. Porque la contemplación de la verdad es luz esplendorosa del alma toda. En ella se aspiran los perfumes de todas las virtudes, se encuentran los tesoros de los divinos carismas, la suavidad de la gracia y de sus maravillosos efectos; ella está enriquecida con el tesoro de las riquezas celestiales; en ella se bebe el agua saludable de la gracia, disfruta el alma de la suavidad divina y se llena del amor divino, que embriaga y saca de sí al alma, haciéndola saborear de antemano los gozes de la gloria. Tesoros celestiales son estos que se conservan con toda seguridad por medio de la virtud de la templanza, en sus cuatro ramas más principales, que son: la castidad, en cuanto á los placeres sensuales; la sobriedad en la comida; la modestia en el hablar y en el obrar, y la pobreza en cuanto á los bienes de fortuna». De todas estas cosas habla doctamente y con elegancia, este autor; léalo quien guste. Por sabidas las omito.

Aliqui sic hæc Sponsæ verba: INTRODUXIT ME REX, explicant: «Si me Rex introduceret in cellaria sua, non ita lætitia et voluptate afficeret, qua nunc, dum tua consuetudine fruor, cumulate perfundor. Nullæ enim sunt opes regiæ, nullæ summo studio voluptates exquisitæ, quæ aliqua ex parte cum voluptate comparari possint, quæ ex Dei consuetudine in animam piorum emanat.» Sed notandum, que el nombre REX no parece estar aquí para significar majestad y dominio, sino caricia y amor delicado. MI REX. Sic solent matres filios appellare, et fœminæ eos, quos diligunt valde. Vel dicendum, sumi pro eodem Rex et Pastor: est namque pastoris officium regii muneris hieroglificum singulare. Ideo apud Homerum, Platonem et Exquilum, reges plerumque pastores appellantur. Vel dicendum, et melius ([1]), que, aunque más se quiera allanar una alma con Dios, y tenga prendas para ello, siempre vive con temor y anda con cuidado y reverencia delante de Él, y si le llama querido y esposo, no se olvida que es rey. El amor la hace allanarse algunas veces y le da atrevimiento; pero la majestad la detiene.

La llaneza no quita la reverencia, aunque algunas veces dispense en ella.

El temor reverencial en los santos siempre fué muy alabado en la Escritura; nunca tan familiares que se pierda el respeto (*a*). En esta representación amorosa anda Dios á lo dissimulado; pero no tanto que no dé muestras de quién es. De cuando en cuando salen unas llamaradas de su divinidad con que se hace temer, y se encoge y se acobarda la Esposa; y ella assí le considera llano, que no se olvida que es altíssimo y de majestad infinita. En la cruz estaba casi sin figura de hombre, sin hermosura y sin lustre, y le respeta (*a*) el ladrón y le pide, como á gran rey, el paraíso (*Luc.*, XXIII, 42-3). El centurión adora y se hiere los pechos (*Math.*, XXVII, 54), y otros muchos, viendo cómo muere y habiéndolo tenido en vida por embaidor, allí le ponen título de rey, y, aunque por escarnio y mofa, le ponen corona como á emperador del cielo, y burlando de Él en el pretorio, le dan en la mano cetro; todo lo cual tiene misterio, y aunque parece acaso ó por satisfacer á su malicia los judíos, no es sino con admirable providencia y consejo divino: que en las burlas nuestras tiene Dios muchas veces puestas sus veras. No sabe el sayón lo que hace cuando, puesta la rodilla en tierra, adora á Cristo y le llama rey; pero *ab eterno* estaba dispuesto que assí se hiciesse y ordenasse, como en otra ocasión lo diremos más de propósito.

Vatablus et alii de futuro dicunt: INTRODUCET ME REX. Alii præteritum esse asserunt; sed pro futuro, more Scripturæ, ad infallibilitatem rei futuræ. IN CELLARIA, Complutensis ex Hebræo vertit: *Cellarium.* Greci quidam transferunt *Ærarium*, lugar de tesoro, seguro y guardado; alii, *Conclavia;* alii, *Thalamum.* «In Domo Dei, ait quidam, est vestibulum, et est aula, et est cellarium: in vestibulo sunt incipientes, proficientes in aula, perfecti cellarium ingrediuntur» ([1]). De éstos fué perfecta imagen

(*a*) Aquí, como en otros lugares, escribe el autor *respecto.* Para evitar confusión escribimos *respeto.*

(*a*) También aquí se lee *respecta*, que, por no estar ya en uso, corregimos.

pues no son tampoco pertinentes para lo que vamos tratando las que los autores dicen y enseñan acerca de la templanza y de las otras virtudes.

([1]) Algunos entienden así estas palabras de la Esposa: «Aun cuando el Rey me entrase en su gabinete más recóndito, no tuviera mi alma tanta alegria ni gozaría tanto como ahora se alegra en tu amistad y trato familiar. Porque no hay regios tesoros ni delicias y placeres, por escogidos que se figuren, que de cualquier modo puedan compararse con los que se hallan en el trato y comunicación del alma con Dios».—Contra esta interpretación, replica el P. Angeles, debe notarse que la palabra Rey no parece estar aquí para significar majestad ni dominio, y que no es persona distinta del Esposo á quien la Esposa habla, sino que es palabra que indica caricia y amor delicado. Rey mio, suelen llamar las madres á sus hijos, y las mujeres á aquellos que aman. Digase más bien que rey y pastor son aqui sinónimos, y que el oficio de pastor es como un emblema del ministerio que el rey debe desempeñar. Por lo cual es muy usado en Homero, Platón, Esquilo y otros llamar pastores á los reyes. O, en fin,—y tal vez sea esta la mejor interpretación—que, aunque más se quiera allanar un alma, etc.

([1]) Vatablo y otros traducen estas palabras como de futuro: *me entrará el Rey.* Otros, como de pretérito, pero significando futuro, al modo que en la Escritura es frecuente, para indicar la seguridad del

Moisén al cual se mostró el mismo Dios á solas, como á amigo y privado suyo. «Ego ostendam tibi omne bonum» *(Exod.*, XXXIII, 19) (¹).

El tabernáculo tenía todas estas mansiones. In vestibulo ingens erat multitudo animalium, et homines qui aut occidendis victimis, aut illis præparandis intendebant. In aula erant ministri ex levitis et sacerdotibus, qui aut in offerendis victimis, aut in concinnandis lucernis, infundendo oleum, sufficiendis panibus propositionis, adolendo thymiamate, et igne altaris fovendo, occupabantur. At ad Sancta Sanctorum, ad penetralia tabernacula, hoc est, ad cellaria Sponsi, non nisi Sacerdos summus, semel in anno, ingrediebatur, para significar lo que voy diciendo: cuán pocos son admitidos á los divinos secretos. Cellarium enim a cœlo, vel cœlando dicitur, eo quod cœlet a nobis divitias æternas, et divinas consolationes. Plotinus *(Æneade*, I, lib. VI de Pulchro, cap. VIII) «Dei pulchritudinem, ait, esse inestimabilem, esse et in sacris abdytis constitutam: neque prodeuntem foras, ne quis profanus videat» (²).

A los secretos divinos, solos los muy amigos entran.

Confirmatur hæc sententia ex ipso verborum contextu. Cum enim de se et sodalibus dixisset Sponsa in plurali: CURREMUS, nunc intulit in singulari: INTRODUXIT ME REX IN CELLARIA SUA, significando que el correr es de muchos. «Omnes quidem currunt», ait Paulus *(I Corint.*, IX, 24): pero el entrar en los deleites del Esposo, de muy pocos: «Unus accipit bravium». Sed audiamus Regem sanctum de re hac loquentem *(Psal. 30*, 20): «Quam magna, inquit, multitudo dulcedinis tuæ, quam abscondisti timentibus te!» «Talis est hic sensus, ait Gregor. Nissen, oration. 1, ut erga diligentes se ipse desiderio quodam incredibili afficiatur, eosque officiis et beneficiis prosequatur, opulentiamque iis largiatur et bonis omnibus compleat» (¹).

Pero qué tanta sea la opulencia y riquezas destos aposentos secretos del Esposo, declarólo, á mi parecer, la Esposa en el título que le da aquí de rey: INTRODUXIT ME REX IN CELLARIA SUA; quasi dicat: «Non qualiacumque sunt cellaria, ad quæ introducta sum, sed cellaria regia» (²). Sí, que no son todos los camarines y retretes de los reyes como los ordinarios, sino tales que excedan á todos los demás. Del Santíssimo Sacramento del altar

---

suceso que se anuncia. La Complutense, en vez del plural lo traduce en singular; algunos de los griegos trasladan *Erario;* otros, cónclave; otros, tálamo. «En la casa de Dios, escribe un autor, hay vestíbulo ó entrada, hay sala y hay triclinio ó lugar reservado. En el vestíbulo se encuentran los principiantes; los que van aprovechando, en el aula, y los perfectos, en el gabinete más escondido».

(¹) «Yo te mostraré á ti todo el bien», *ó el bien por entero.*—En la *Vulgata* se halla *tibi* después de *omne bonum.*

(²) En el vestíbulo ó pórtico del templo había siempre grande multitud de los animales destinados al sacrificio, y en él también moraba una multitud de personas ocupadas en diversas funciones, como en matar ó en preparar las víctimas que habían de sacrificarse. Elaula ó departamento siguiente era el lugar destinado para los ministros, sacerdotes y levitas, que se ocupaban en ofrecer las víctimas, atizar las lámparas y candeleros, poner los *panes de proposición*, ofrecer el incienso y el timiama, etc. Empero al *Sancta Sanctorum*, á lo más oculto del *Santuario*, como si dijéramos, á la recámara del Esposo, solamente el Sumo Sacerdote podía entrar, y esto una vez cada año (véase el *Exod.*, XXX, 10; *Lev.*, XVI, 2 34; *Hebraer.*, IX, 7).—Esta palabra latina *cellarium*, gabinete, recámara, procede de *celar*, *ocultar*, lo mismo que el *cielo* se llama así por cuanto oculta á nuestras miradas los bienes eternos y las divinas consolaciones de la gloria. Es inapreciable, dice Plotino, la hermosura de Dios; está encerrada en abismos insondables, y no se manifiesta á todos, sino á los escogidos y perfectos: los profanos no pueden gustar de su belleza.

(¹) Confírmase este parecer por el contexto mismo de las palabras. Repárese, en efecto, que habiendo dicho primeramente la Esposa, hablando de sí y de sus compañeras, en plural, *correremos*, añade en seguida: *Entróme el Rey en su recámara,* significando que el correr es de muchos, según aquello del Apóstol: «Si bien todos corren (en el estadio) uno sólo se lleva el premio». Pero oigamos al real Salmista hablando de esto mismo: «¡Cuán grande es, dice, oh Señor, la abundancia de la dulzura que tienes reservada para los que te temen!» Palabras que, según las interpreta San Gregorio Niseno, vienen á significar que es tal el amor que Dios tiene á los que le aman, que no sólo les llena de favores y beneficios, sino que, en cierto modo, derrama sobre ellos la plenitud de su poder y de su grandeza, colmándolos de toda suerte de bienes, mucho más que nos es dado ahora á nosotros imaginar.

(²) *Me entró el Rey en su gabinete más recóndito*, como si dijera: No son de poco más ó menos, sino regios los lugares de recreo á los cuales he sido llevada por mi amado.

canta la Iglesia: «Pinguis est panis *Christi*, et præbebit delitias regibus» *(Genes.*, XLIX, 20) (¹) *(a)*. Es un grande encarecimiento éste, porque para ser una cosa de deleite y de regalo para los reyes ha de ser escogidíssima y aventajadíssima y extraordinaria. Assí, para significar Isaías cuán regaladamente había Dios de criar sus fieles en su Iglesia, y la excelencia de su doctrina, dijo *(Isai.*, LX, 16): «Mammilla *(b)* regum lactaberis»: «A pechos de reyes te criaré»; quasi dicat: delitiose nimis (²). Cría Dios su Iglesia como á hija de rey, que se le busca la mejor leche del reino, y entre muchas amas la mejor y de más buenas calidades.

REX; id est, Deus, vel Messias (secundum Glossam Aben. Esdr.) qui est Sponsus Ecclesiæ, vel animæ fidelis (³). Lege divum Ambros. (libro de *Isaac et anima*, cap. III), el cual celebra mucho la buena suerte del ánima que mereció entrar en los retretes y secretos del Esposo. Et *Comment. in Psal. 118*, serm. 1.

EXULTABIMUS, ET LÆTABIMUR IN TE: MEMORES UBERUM TUORUM SUPER VINUM (aliqui, pro *exultabimus* transferunt *gloriabimur);* porque ninguna cosa hay de mayor deleite que los amores del celestial Esposo, ni de que más se pueda y deba gloriar un alma. Vatablus: INTRODUXIT ME IPSE REX IN SUA PENETRALIA. «Quamobrem exultabimus et lætabimur in te, et prædicabimus amores tuos vino præstantiores, quia familiarissime tibi æquitas adjuncta est.» *Introducet*, pro *introduxit in cellaria* sua; id est, arcana sua revelabit mihi. *Memores uberum tuorum;* id est, mentionem faciemus de amoribus tuis, vino præstantioribus, vel libentius quam de re, quamtumvis suavi, tractabimus. *Recti diligunt te.* Hebraismus, pro æquitates vel rectitudines (¹).

INTRODUXIT pro *introducat*, Septuaginta. *Exultemus*, pro *exultabimus*, vel jocundemur, et hilares simus. *Recti*, Septuaginta. *Rectitudo*, Simach. *Recti sunt*, qui diligunt te, Hieron., homilía 1, *æquitas dilexi te* (²).

Orígenes, Teodoreto, Gregorio Nisseno y San Bernardo (serm. 23) dicen que esta razón toda, EXULTABIMUS, ET LÆTABIMUR IN TE: MEMORES UBERUM TUORUM SUPER VINUM, es de las doncellas, que celebran juntas el regalo que el Esposo celestial hizo á su Esposa. Pero San Ambrosio (comentar. in *Psal. 118*, sermón 1), San Gregorio, Papa, y la común tienen que es de la Esposa, la cual habla por todas y da por todas gracias á su marido; quasi mater et regina, et quasi os omnium. Accedit ad hoc auctoritas hebræa, quæ hanc litteram totam continuat de Ecclesia Christi Sponsa (³). Y no es inconveniente la mudanza del número singular en plural, porque entre los hebreos es muy usado. Assí es, que cuando habla de los perfectos habla en singular, y cuando de toda la comunidad, en plural. INTRODUXIT... EXULTABIMUS. Suffragatur huic sententiæ glossa quædam hebræa, quæ refertur ab auctore illius libri, qui dicitur *Victoria adversus Judæos*, p. 2, capite IV. Nota circa illa verba *Memores*, quod vox hebræa significat commemorare, vel celebrare, vel decantare, quod proprie conve-

(a) Estas palabras del *Génesis*, con que Jacob bendijo á su hijo Aser, han sido aplicadas por la Iglesia para significar el Santísimo Sacramento; sustituyendo el *ejus* que se lee en el *Génesis* por la palabra *Christi.*

(b) No es usado escribir *mammilla* con doble *m*, aun cuando *mamma*, cuyo diminutivo es aquél, se escribe con ella. Con una sola se halla en la *Vulgata.*

(¹) «El pan de Cristo es mantecoso, *ó muy excelente*, y servirá de regalo á los reyes.»

(²) Como si dijera: Con excesivo regalo.

(³) Rey equivale aquí, según la glosa, á Dios ó Mesías, que es el Esposo de la Iglesia ó del alma fiel.—Léase á San Ambrosio.

(¹) Algunos en aquellas palabras: *saltamos de gozo*, etc., traducen: *nos gloriaremos*, será título de gloria para nosotros, porque ninguna cosa... Vatablo traduce así: El mismo rey en persona me introdujo en las mansiones más retiradas de su palacio. Por eso saltaremos de gozo y nos regocijaremos en estos tus regalos y ensalzaremos la bondad y excelencia de tus castos amores, que son sobre toda ponderación. También pueden traducirse estas palabras así: Me reveló todos sus secretos más íntimos. *Nos acordaremos de tus regalos*, ó lo que es lo mismo: nos recordaremos siempre de tus amores que son sobre toda ponderación admirables y excelentísimos. «*Por eso* te aman los rectos de corazón».

(²) Indica en estas palabras el P. Angeles los diversos modos con que los autores han trasladado las palabras de este texto, cuya traducción omitimos por dicha razón.

(³) ...; como madre y reina de todas, en cuyo nombre habla (la Esposa). Allégase á esto la autoridad del hebreo, que interpreta todo este lugar de la Iglesia, esposa de Cristo.

nit adolescentulis, potius quam memores esse, vel memorari. Aliquando etiam significat hoc verbum *memorari* odorari. Ideo quidam hebræi, pro *memores* legunt: *Odorabimus amores tuos præ vino;* id est, præstantius olent nobis quovis vino generoso. Nam apud Oseam, c. IV *(a)*, reperitur hæc comparatio: «Memoriale, seu memoria ejus, sicut vinum Libani»; id est, memoratio, aut mentio ejus redolet suaviter ac vinum Libani; que tiene sabor y olor. Super vinum; id est, super omnia delectabilia, et quæ desiderari possunt ([1]). Sola su memoria regala y deleita el alma, y el acordarnos de las consolaciones que recibimos en sus retretes nos es de grande regalo y deleite. Lege Greg. Nanianz. *(Oratione ad cives suos in illud Ps. 76: Memor fui Dei, et delectatus sum,* et orat. 1 de *Theolog.)*, et D. Greg. Papa (lib. XVIII *Moral*, capítulo XXIV).

Notandum præterea Origen., Theodor., et tres Patres aliter interpretari hanc sententiam EXULTABIMUS, etc., ut jam tetigimus supra, videlicet, de sodalibus Sponsæ. Glorianti enim se introductam ab Sponso in penetralia sociæ *(b)* virgines respondent: «Hoc tuo tanto vino lætamur propter te, memores dulcissimi lactis, quo nutris nos, quod excedit omnes hujus vitæ voluptates.» Quæ expositio egregia est, nam, ut ait idem Theodoretus: «Sanctæ Ecclesiæ ubera appellantur disciplinæ fontes, ex quibus emanant latices utiles omnibus ætatibus». Idem sentit Bern. in hunc locum. Sed jam ad tertium ex D. Bonaventura, ad elevationem sanctæ animæ necessarium veniamus ([1]).

El ánima puesta sobre sí, cuán segura vive.

Él dice que el ánimo desasido de las cosas terrenas, y felizmente arrebatado, y por una maravillosa manera puesto sobre sí, sobre el mundo y sobre otra toda criatura, puede decir y dice con la Esposa: «Entróme el rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad.» ¡Dichosa embriaguez, á la cual se sigue tan santa y tan casta sobriedad de cuerpo y alma! Aquí es hecha ella, como el que está tomado del vino, gozosa y alegre en las adversidades, fuerte y segura en los peligros, prudente y discreta en las prosperidades, liberal y piadosa en perdonar las injurias; y, al fin, quieta y somnolienta, se acuesta y deja caer en los brazos del Esposo, y Él amorosamente, puesta la mano izquierda debajo de su cabeza, para sustentarla, estrechamente la abraza con la derecha, y durmiendo, reposando *(a)* ella con este regalo, Él toma el cuidado de que nadie la despierte de tan salu-

---

(a) Las palabras que aquí se citan se hallan en el [illegible]

(b) Creyéndolo un error tipográfico escribimos *sociæ* en vez de *sotiæ* que se halla en el texto, como arriba hemos dicho, pág. 125, nota *b*.

(a) Dice el texto *resposando;* pero lo creemos error tipográfico.

([1]) Conviene también con esta opinión cierta interpretación ó glosa hebrea, que refiere el autor del libro intitulado: *Victoria sobre los judíos.*—Acerca de este vocablo *memores*, téngase presente que la palabra hebrea significa no sólo recordar, sino, además, celebrar, ensalzar, cosas que son más propias de jóvenes y doncellas que el recordar ó tener memoria de alguna cosa.—Alguna vez significa igualmente oler, percibir el olor, por lo cual algunos hebreos traducen: oleremos, olfatearemos tus amores mejor que el vino; esto es, son tus amores para nosotros de más grato olor que el vino, es decir, son para nosotros más gratos que el vino más generoso. Comparación que también se halla en el profeta Oseas, capítulo 14: «la fragancia de su nombre será como la del vino del Líbano»; ó lo que es lo mismo: el traerlo á la memoria causa mayor placer que el que puede hallarse en gustar el vino más exquisito.

([1]) Nótese, además, que Orígenes, Teodoreto y otros Padres dan otra interpretación á estas palabras, como ya hicimos notar arriba hablando de las compañeras de la Esposa. Porque parece, en efecto, que á las palabras con que ésta se gloría de haber sido admitida á los regalos íntimos del Esposo, aquéllas contestan: «Por lo que á nosotras toca nos recreamos en tu amistad y trato, acordándonos del suavísimo alimento con que, á modo de leche sabrosa, nos sustentas, el cual excede á todos los bienes y delicias de la tierra». Exposición que es, ciertamente, muy ajustada á la verdad, pues, como enseña el mismo Teodoreto, pechos de la Iglesia pueden llamarse con mucha propiedad toda su doctrina y enseñanza, de las cuales nacen sin interrupción raudales salutíferos, acomodados á todas las edades y estados de los hombres.—Lo mismo afirma San Bernardo sobre este lugar.—Empero, pasemos ya á tratar de la elevación del alma santa hasta Dios, que es la tercera condición que, según San Buenaventura, ha de tener el alma para gustar las divinas consolaciones.

dable sueño, conjurando todas las criaturas que no hagan ruido ni le den molestia. Aquí clama y dice con la Esposa: EXULTABIMUS ET LÆTABIMUR IN TE, MEMORES UBERUM TUORUM.

Esto es, con otras muchas cosas, lo que queda de haber entrado en la bodega de Dios, y de haber allí gozado de sus pechos: memoria dellos, con una grande alegría y gozo espiritual y, á veces, corporal: que lo uno y lo otro hace consonancia y música en el virtuoso.

La memoria de los regalos que siente el alma con Dios obra en ella grandes cosas.

El estar en la bodega siempre es por poco tiempo, casi media hora, que no hubo más silencio en el cielo del alma, que es la parte ó porción superior della; pero la memoria de los gustos divinos dura por mucho tiempo, y juntamente el alegría y júbilo, que de sólo acordarse el alma de aquel rato salta de gozo y no cabe de placer, hasta dar gritos y hacer gestos desacostumbrados y decir palabras atrevidas en materia de amor; de que trataremos largamente cuando llegáremos á la materia del segundo capítulo, adonde se hace especial mención de la bodega del Esposo y de su vino: allí diremos de la embriaguez y de los sentimientos y efectos que hace en el cuerpo el alma embriagada y tomada de este vino. Agora basta decir que con la memoria andan alegría, jubilación ó júbilo, y unos como regüeldos que declaran, como dice el Profeta (*Psal. 144*, 17), la grandeza de la suavidad de Dios, de que quedó llena el alma. «Memoriam abundantiæ tuæ suavitatis eructabunt» *(a)*. Como el que ha comido ámbar, cuando regüelda, el olor que echa por la boca es de ámbar, assí el alma que ha bebido del vino adobado del espíritu regüelda como repleta y llena de espíritu, y huele á la gloria de Dios.

Y esto es lo que llamaron los santos júbilo: un cierto gozo espiritual infundido de repente en el corazón, de algún pensamiento ó merced que Dios nos hace, el cual gozo sacude y estremece el corazón, y con su vehemencia conmueve con un cierto temblor el cuerpo, en la cual conmoción assí le atormenta, que le deleita juntamente, y del deleite del gozo le consuela por la redundancia de la interior dulcedumbre; porque como el ánima comunica á su cuerpo, como á compañero de su peregrinación, sus passiones, assí también le da parte de sus consuelos. Es la simpatía, que llamaron los griegos, que es comunicación mutua de entrambas substancias. Sí, que entristeciéndose el alma, también el cuerpo se entristece y se seca, y es justo, pues que trabaja con el espíritu (*II Corint.*, I, 5-7) y se compadece para el mérito, que participe y sea remunerado en el premio, no sólo con la futura gloria, sino también con mercedes presentes; como los señores suelen enviar en los banquetes á sus criados algunos relieves de los servicios que les administran con abundancia, esto es, de la transvertiente medida que se da á los escogidos, cuya redundancia derramada, por que no se pierda, recoge el cuerpo, que en los trabajos fué compañero y participante. Empero, del ímpetu de la fortaleza del gozo algunas veces es debilitado, como el rústico, acostumbrado á manjares grosseros, suele con los regalos alterarse y corromperse su estómago.

Qué cosa es júbilo, y sus efectos.

Este inefable gozo, que decimos júbilo, es un sonido de alegría sin palabras; porque, como dijo San Agustín, el alegría del ánimo no puede explicarse con ellas. Algunas veces se declara este gozo con palmadas y golpes de manos, otras con extraordinaria alegría en el rostro, otras con demasiado deleite, otras con una risa modesta, pero muy alegre. Algunas veces hay voces, otras hay sollozos y suspiros y lágrimas por donde se desagua el corazón. Desta propiedad del amor, en el libro XXIV de sus *Morales*, y lib. XXVIII, trata San Gregorio, y el Profeta dijo (*Psal. 88*, 16): «Bienaventurado el pueblo que sabe qué cosa es jubilación»; conviene á saber, por la experiencia. Y en otra parte dijo (*Psal. 34*, 9-10): «Mi ánima se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios, autor de su salud, y todos mis huessos, esto es: todas las fuerzas y potencias interiores, dirán: Señor, ¿quién es como Vos?»

El alegría del alma alegra el cuerpo.

En lo cual se da á entender muy bien que el alegría del justo es tan grande, que, aunque derechamente se reciba en el espíritu, viene á redundar de manera en la carne, que aunque ella no sabe deleitarse sino en cosas carnales, por la comunicación del espíritu se deleita en las espirituales y se alegra en Dios vivo, y esto con tan grande excesso, que

---

(a) Está invertido el orden en las palabras, diciéndose *tuæ suavitatis* en vez de *suavitatis tuæ*.

hasta los huessos del cuerpo participan y gozan desta maravillosa suavidad, y dan motivos al hombre para dar voces y decir: ¿Quién como Vos?; y la Esposa, [y] sus doncellas con ella: EXULTABIMUS ET LÆTABIMUR IN TE, MEMORES UBERUM TUORUM SUPER VINUM.

Pero si la memoria sola de los pechos de Dios hace que un alma no quepa de gozo y que salte de placer, ¿qué sentimientos serán los suyos cuando actualmente los apoye? Ahí no tiene que ver la lengua. Esse es el sueño de paz que dice el Profeta *(Psal. 126*, 2), adonde se descansa y se duerme con seguro en el Señor. En entrando en la bodega, todos guardan silencio, como el niño que está abrazado con su madre y el pezón del pecho en la boca. Es allí hecho el hombre íntimo, y íntimo con el Sumo Bien. De suerte que, olvidado de todas las cosas exteriores y apartado lejos dellas, conversa con Aquel que no tiene necessidad de palabras. Y aun es de condición lo que en este tiempo contempla y vee el alma, que aunque vuelta en sí quisiere decirlo, no podría.

En aquel lugar de los *Trenos (Thren.*, III, 28) *de Jeremías*, que conforme á nuestra *Vulgata* dice: «Sedebit solitarius et tacebit, *et* levabit *se (a)* super se» ([1]), he yo advertido que á la quietud se sigue soledad, y á la soledad, silencio, y al silencio, el rapto, que es enajenamiento y cessación de todos los sentidos corporales y potencias inferiores con actuación de la superior. Pero leyendo como los hebreos, no se passa adelante del silencio: «Sedebit solitarius et tacebit, quia onus super se»: «Assentarse ha el solitario y callará, porque carga sobre sí.» Adonde parece que el silencio es lo último y lo mejor de la contemplación; *quasi dicat* [como si dijese]: cuando todos los sentidos callan, y sólo el espíritu vela, rodeado de niebla como Moisén en el monte. Pero, ¿qué querrá decir: *Callará, porque carga sobre sí?* Que los favores y regalos del Esposo son tantos y tales en aquella hora, que, embazada con ellos el alma, no le queda lugar más que para admirarse de tanta largueza, y gozar en silencio del bien que tiene presente. Sí, que los dones de Dios cargan y hacen peso en el alma: por esso se llaman en el Evangelio talentos. De aquí es que saliendo ella de la bodega, llena y cargada con grande excesso sobre sus merecimientos, no dice cosa de lo que allá passó, sino, acordándose dello, sale de sí de placer y dice: EXULTABIMUS ET LÆTABIMUR IN TE; MEMORES UBERUM TUORUM SUPER VINUM: «Alegrarnos y regocijarnos hemos en ti.» La memoria es de los pechos: MEMORES UBERUM TUORUM, etc.; pero el alegrarse, en el Esposo.

Essa es la fuerza del amor: recebir los dones y mercedes de Dios, y holgarse, no en ellos, sino en Él. ¿Quién recibió lo que la Virgen Nuestra Señora? Nadie, ni en la tierra ni en el cielo. ¿Alegróse? Mucho. ¿En quién? En el Señor, que tan grandes riquezas le comunicó. nicó. «Et exultabit spiritus meus in Deo, salutari meo» *(Luc.*, I, 47) ([1]) Es prenda de la vida eterna el alegría en Dios. *Para siempre*, dice el Profeta *(Ps. 5*, 12), *te alegrarás y morarás en ella;* y en otra parte *(Ps. 149*, 5): «Alegrarse han los santos en la gloria; regocijarse han en sus moradas.» Y aquella bendita Ana, madre de Samuel, habiendo recebido de Dios lo que tanto había desseado, dice: «Alegréme, Señor, en tu salud» *(I Reg.*, II, 1) *(a)*; esto es, en Ti, que eres mi salud. Los malos se alegran en aquellas cosas que á los justos les causan tristeza y enfado *(Prov.*, II, 14). Algunos, en los pecados; otros, en las riquezas y grande aparato de sus casas; como se alegraba Arfaxad, rey de los medos *(Judith*, I, 4), y como se alegran los bárbaros y fanfarrones del mundo. Otros se alegrarán en los vestidos; otros, en las possessiones; otros, en las honras; otros, en otras vanidades, y, al fin, cada uno en aquello que es más conforme á su apetito y en que tiene puesta su felicidad. Pero los santos tan solamente se alegran en Dios, que es su salud.

En Dios, como en nuestro fin último, nos hemos de alegrar, y no en sus dones y mercedes, aunque sea lícito dessearlas y gozarlas.

(a) Este pronombre *se* que subrayamos no se halla en el texto actual de la *Vulgata*. Además, la conjunción *et*, también subrayada, está en vez del *quia* que aquélla trae.

([1]) «Se estará quieto y callado: porque ha tomado sobre sí el yugo»; y en este yugo suave del Señor, como Él dice *(Math.* XI, 29) ha hallado su reposo y descanso.

(a) Pone estas palabras el autor como pertenecientes al capítulo I.

([1]) «Y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios salvador mío.»

Assí decía el Apóstol *(II Corint.*, X, 17) *(a)*: «El que se gloría gloríese en el Señor»; y en otra parte *(Philip.*, IV, 4): «Regocijáos en el Señor siempre; otra vez os digo que os regocijéis.» Y el profeta Habacuc *(Hab.*, III, 18): «En el Señor Jesús me alegraré.» Y David, en el salmo 118 (v. 14): «En el camino de tus mandamientos me deleité, como en todas las riquezas.» Adonde San Agustín dice que el camino verdaderíssimo, certíssimo y brevissimo de los testimonios de Dios es Cristo, en el cual *(Colos.*, II, 3), están todos los tesoros de la ciencia y sabiduría suya, y que en este camino tenía el Profeta su gozo como en todas las riquezas. Quiere decir este doctor que para conocer evidentemente cuán grande sea el amor que Dios tuvo á los hombres, el camino cierto, verdadero y compendioso es Cristo, cuyos dolores, afrentas, azotes y bofetadas, cruz, clavos y muerte, que por nosotros sufrió, fueron testimonios clarissimos deste su amor que, á la verdad, no se puede tener por seguro el amor que no es probado en trabajos. Por lo cual dijo el Sabio *(Prov.*, XII, 26): «Qui negligit damnum propter amicum, *hic* justus est»: «El que no repara en su daño por hacer amistad á su amigo, justamente se llama amigo.»

No es seguro el amor que no está probado en trabajos.

Muchas cosas había Dios hecho por los hombres que daban testimonio de su amor. Pero como ninguna dellas, ni todas juntas, le habían parado algún perjuicio, ni en la salud, ni en la honra, ni en la vida, porque sólo le costaron el querer hacerlas, no se asseguraban los hombres de su amistad; mas después que se hizo hombre y sufrió tantos males en la honra, en la salud y en la vida tan amada de todos, hízoles certíssimo su amor, y ninguno puede ya poner duda en él. Por lo cual digo que pensar en Cristo, que es montón de testimonios infalibles del divino amor, no puede dejar de causar en el alma deleite mayor y más puro que el que trae consigo la possessión de todas las riquezas del mundo. Tampoco falta este deleite en los justos obrando conforme á la ley de Dios y andando por el camino de sus mandamientos, porque en ellos tienen ellos toda su riqueza y consuelo. Por esso dijo el Profeta en el mismo salmo 118 (v. 162): «Lætabor ego super eloquia tua, sicut qui invenit spolia multa» (¹).

Que debe ser particularíssimo gozo el de los soldados cuando, después de haber peleado varonilmente, hallan grandes despojos en el Real de los enemigos. Assí compara Isaías el placer que tendrán los justos delante [de] Dios al que los soldados con la presa, cuando dividen y reparten entre sí los despojos *(Isai.*, IX, 3). Y los leprosos de Samaria, cuando hallaron el campo de los enemigos lleno de riquezas de todas maneras, no les cabía el gozo, y dijeron unos á otros: «Este día, de buena nueva es; si no la diéremos á nuestros ciudadanos, argüidos seremos de traidores». *(IV Reg.*, VII, 9) *(a)*. Dice, pues, el santo rey, que el alegría que tiene su alma obrando conforme á la ley de Dios es como la de quien halló muchos y grandes despojos, y que se deleitó en el camino de sus mandamientos, *sicut in omnibus divitiis, como en todas las riquezas.* En el cual modo de decir, assí compara el un gozo al otro, que en ninguna manera los iguala; porque, ¿qué tiene que ver los gustos y deleites que se hallan en las riquezas corporales con los que tiene el justo en la observancia de los mandamientos divinos? Aristóteles dijo que lo mínimo en las cosas divinas era de mayor estima y codicia que lo mucho y grande en las cosas criadas. Y en los *Proverbios* dice Salomón *(Prov.*, III, 15): «Más preciosa es la sabiduría divina que todas las riquezas; y todo lo de codicia no se puede igualar ni compensar con ella.»

Pues, ¿por qué comparó el gozo que se siente en los mandamientos al que se halla en las riquezas? Porque entre todas las cosas que llevan en el mundo nuestra afición, tienen el principal lugar las riquezas, tanto, que á la codicia dellas hizo San Pablo *(I Tim.*, VI, 10) *(b)* raíz de todos los males. Al fin, dijo el Sabio *(Eccles.*, X, 13) que al dinero estaban obe-

Raiz de todos los males, la codicia.

(a) Hállanse estas palabras también en la primera Epístola de San Pablo, que es la que en este lugar cita el P. Angeles; pero no en el capítulo X, sino en el primero, v. 31. En ambos lugares el Apóstol las cita tomándolas del libro de *Jerem.*, IX, 23.

(a) En vez de este capítulo se halla citado el 19.
(b) Esta cita y la siguiente faltan en el texto.

(¹) «Alegrarme he en tus promesas; como quien halla en ellas ricos despojos».

dientes y sujetas todas las cosas, porque él es el precio dellas. Pues assi como la mayor felicidad y bienaventuranza del mundo consiste en las riquezas, porque el que las tiene tiene todas las cosas que puede dessear, assi el que guarda los mandamientos de Dios, como tiene consigo á Dios (que no puede faltar de los que le amen y obedecen á sus leyes, que es possessión y hacienda suya) tienen consigo todo gusto, todo deleite y toda la bienaventuranza que sufre el estado de viadores. Vienen con Dios todos los bienes (*Sap.*, VII, 11) al alma y es tesoro suyo infinito. Y essa era la voz de nuestro padre San Francisco: *Dios mío y todas mis cosas.* Estas eran sus riquezas, y en ellas tenía sus contentos; aquí se deleitaba, y no en otra cosa.

Raíz de todos los bienes, el amor de Dios y la guarda de sus mandamientos.

Y para que se vea de cuánta importancia sea lo que dice la Esposa y sus doncellas: LÆTABIMUR ET EXULTABIMUS IN TE, se ha de notar que, aunque el varón justo y perfecto recibe de Dios muchos bienes, no se alegra en ellos ni para allí como en último fin, sino en su bienhechor. «¡Ay de ti, alma, dice San Agustín, si amas las dádivas más que al dador; porque adúltera eres y no esposa.» Hablando el divino Bernardo del puro y desinteressado amor, dijo: «Afecto es, no contracto» *(a).* Amo porque amo. Claro está que si yo pusiesse los ojos en el beneficio y descansasse y hiciesse pausa en él, que le anteponía al bienhechor, y que sería esto ordenar á Dios para la criatura haciéndole medio á Él y fin á ella. Assí, decía San Agustín que el amor que se tiene á Dios por algún respecto temporal es afrentoso, porque se antepone á Él aquella temporalidad que se tiene por blanco en el tal amor. Sí, que más amo la hacienda que á Dios, si amo á Dios por la hacienda; es usar de Dios por gozar del mundo. Al revés los justos, que usan del mundo por gozar de Dios. «Verdaderamente, dice Hugo, mayor injuria haces á la caridad y amor de Dios, si recibiendo sus dones te detienes en ellos y no passas á Él para darle gracias y deleitarte en Él, que si no quisiesses recibirlos.» Por esso, ó no los recibas si puedes pasar sin ellos, ó extendiendo la mano para recibirlos, pon los ojos en Dios

(a) Contracto, en lugar de contrato.

que te los da, y en Él solo te alegra con la Esposa, que dice: «Alegrarémonos en Ti, acordándonos de tus pechos, más preciosos que el vino.»

* ARTÍCULO VI

Explica en qué consiste la rectitud y buena voluntad aquí recomendada.

Síguese en el texto:

Recti diligunt te. (*Cant.*, ib.).

San Isidoro, y después dél Santo Tomás, dicen sobre estas palabras: «Nullus te diligit, nisi rectus; et nullus est rectus, nisi qui te diligit» [1]. De manera que nuestra rectitud perfecta está en amar á Dios por sí mismo, y no con fin de alcanzar de Él mercedes. Pero no por esso ha de imaginar nadie que es malo y vituperable obrar intuitu mercedis supernaturalis, et præcipue æternæ; antes, en el Santo Concilio de Trento, sess. 6, decret. *de justificatione,* can. 31, se dice contra los herejes: «Si quis dixerit justum peccare, dum intuitu æternæ mercedis (*a*) bene operatur, anathema sit»; como el mismo Santo Concilio tiene definido que el temor servil, «quo quis incipit moveri ad penitentiam, qui concipitur ex turpitudine peccati et metu gehennæ, aunque es imperfecto, es bueno y loable, et excludens affectum peccati, cum spe veniæ est ab Spiritu Sancto, nondum quidem inhabitante, sed movente, quo utiliter concutiuntur peccatores» [2]. Y por esso dijimos

La perfección consiste en amar á Dios por sí mismo.

(a) En el impreso dice *mercedes;* pero es error manifiesto.

[1] Nadie te ama sino el que es recto de corazón, y ninguno es recto de corazón sino aquel que te ama.

[2] «Quienquiera que dijere que el justo obra mal y comete pecado cuando se mueve á obrar bien por el premio eterno que se nos promete en la bienaventuranza, sea excomulgado»; así como el mismo santo Concilio tiene definido que el temor servil, «que es, ordinariamente, por el que las almas empiezan á concebir sentimientos y afectos de penitencia, prelu dios de su conversión, y que es el que nace de la consideración de la fealdad del pecado ó del miedo á las penas del infierno, aunque es imperfecto, pero es bueno y loable, pues excluye el afecto al pecado

nuestra rectitud perfecta; porque estotro amor de concupiscencia también es recto, secundum quem volumus Deum, quatenus est bonus nobis (¹), aunque es mayor perfección y rectitud amar á Dios por sí mismo, sin interés, aunque sea de la misma gloria.

Y porque procedamos ordenadamente en la exposición de esta sentencia y saquemos á luz verdad tan importante, será bien averiguar primero qué se llama recto ó qué es rectitud.

Henricus Harpius *(Mysticæ Theolog.*, lib. I, c. VIII) edisserens hunc locum, multa et præclara de voluntate scribit, quæ omnia in compendium redacta, sic se habent. «Recti sunt, inquit, qui fide et opere sunt justi, vel qui propter Deum (qui principium et finis est) omnia faciunt: vel recti sunt, qui non declinant a veritate, neque corde, nec verbo, nec operatione.» Hi diligunt te super omnia, ait Sponsa, voluntatem tuam implendo, et se voluntati tuæ conformando. DILIGUNT TE, sicut amicus verus amicum, quorum est unum velle et nolle, omnes amici proprietates in te considerando, et, fideles in dilectione, tibi in omnibus acquiescendo; vel diligunt te recti, sicut sponsa sponsum, moribus tibi placere studendo.

Intellige de voluntate comitata gratia divina et caritate. De hac enim auctores isti loquuntur. [Esto que decimos ha de entenderse de la voluntad asistida de la divina gracia, é informada de la caridad: de ésta es de la que hablan los autores citados].

Cum autem virtus sit quædam rectitudo voluntatis, et conformitas, seu reductio ad divinum beneplacitum, opere pretium erit de ipsa voluntate et ejus reductione breviter loqui. Glossa Ordin. super illud Psal. 31, v. 11: *Gloriamini omnes recti corde,* sic ait: «Recti sunt, qui dirigunt cor suum secundum voluntatem Dei.» D. Gregor., id illud Job, I, 1: *Erat vir simplex et rectus,* dicit: «Rectus est ille, qui in adversis non frangitur, qui ad temporalia non inclinatur, qui ad superiora totus erigitur, qui divinæ voluntati totus subjicitur» (²). Que no hace desdén ni se desploma en la adversidad ó prosperidad, que persevera á nivel y á plomo en todos los sucesos de la vida presente. Hæc autem rectitudo potissimum consistit in voluntate, quæ, ut quidam ait, a volatu dicitur, quia per voluntatem animus, quo vult, nimia velocitate transfertur. Definitur autem vel describitur sic: Voluntas est motus rationalis, sensui præsidens, et appetitui; quæ quocumque se movere voluerit, habet rationem semper comitem, et quodam modo pedissequam: non quod semper ex ratione, sed nonnumquam absque ratione moveatur, ita ut multa faciat per ipsam contra ipsam, hoc est, per ejus quasi ministerium, contra ejus consilium, sive judicium. Est autem ratio data voluntati, ut instruat, non ut destruat illam (¹).

---

y va junto con la esperanza del perdón, siendo producido en el alma por el Espíritu Santo, quien aun cuando no mora aún en el alma, pero la mueve para detestar y aborrecer los pecados.»

(¹) ... en virtud del cual amamos á Dios, porque es bueno para con nosotros; porque nos hace mercedes y nos dispensa beneficios.

(²) Explicando Enrique Harpio este lugar, habla con mucha elocuencia acerca de lo que debe entenderse por *voluntad recta.* Véanse, fielmente extractadas, sus palabras: «Son rectos de corazón, dice, los que son justos y santos en su pensar y en su manera de obrar, ó los que hacen todas las cosas por Dios, que es el principio y el fin de todas las cosas: é igualmente pueden y deben llamarse así aquellos que no se apartan ni con el pensamiento, ni con las palabras ni con las obras del camino de la verdad». Estos son, dice la Esposa, los que te buscan, esmerándose en cumplir tu voluntad y conformándose con ella en todo y por todo. Te aman, como el amigo verdadero ama á su amigo, cuyos quereres son idénticos y cuyo no querer es igual en ambos, poniendo en ti todas las propiedades de la amistad verdadera y obedeciéndote, fieles en su amor, absolutamente en todo; ó, como lo hace la esposa con su esposo, procurando complacerte en todos sus procederes y operaciones.

Mas, por cuanto puede muy bien decirse que la virtud es la rectitud ó enderezamiento de la voluntad humana, esto es, la conformidad de ella con la divina, bueno será añadir breves palabras acerca de esta rectitud ó conformidad, tal como se infiere de la doctrina católica. La Glosa ordinaria, sobre aquellas palabra del salmo 31: *Gloriaos en el Señor vosotros todos los rectos de corazón,* dice: «Rectos de corazón son aquellos que ordenan y componen el suyo según la voluntad divina». San Gregorio Magno, comentando aquella frase del libro de Job: *Había* (en el país de Hus) *un varón célebre llamado Job, hombre sencillo y recto...,* escribe: «Es recto aquel hombre que no decae de ánimo en las adversidades, que no va en pos de los bienes terrenos, que levanta su pensamiento y aspira á los bienes del cielo, y que en todo se sujeta y obedece á la voluntad santa de Dios».

(¹) Esta rectitud ó enderezamiento hállase principalmente en la voluntad, la cual, como alguien ha

Buena voluntad, madre de todos los bienes.

Al fin, ninguna cosa mejor que la buena voluntad, por la cual, si es tal, se repara la imagen de la divina semejanza si está deformada. San Bernardo la llama principio y fuente manantial, y madre de todos los bienes. «Sine voluntate bona salvari non potes» inquit Richardus; cum bona voluntate perire non potes, quia bona voluntas, cui non adest facultas operis, sufficit ipsi etiam Deo. Si nihil dare habes, da bonam voluntatem quam habes, et totum dedisti. Nihil enim tam facile est bonæ voluntati, quam ipsa sibi» ([1]).

Trabajando el divino Bernardo por ofrecer esta voluntad á Dios, decía: «Non habeo nisi minuta duo, imo minutissima, corpus et animam, vel potius minutum unum, voluntatem meam: et non dabo illam ad voluntatem ejus, qui tantus, tantillum tantis prævenit beneficiis? ¿qui toto se totum me comparavit? Que por comprarme á mí se dió á sí todo en precio? Alioqui, si illam retinuero, qua fronte? Quibus oculis? Qua mente? Qua conscientia vado ad misericordiæ Dei viscera? Totum enim meritum hominis est in bona voluntate: quantum crescit voluntas tua, tantum crescit meritum tuum. Nam in eo redemptionem nostram possuit omnipotens Deus, in quo nullus, nisi vellet, egere potuit. Amare namque et velle, et divites possunt et pauperes, quamvis æqualiter dare pecuniam non possunt ([1]).

Voluntad buena es voluntad llena, que no le falta hevilleta, que lo que no hace es porque no puede, que lo que puede todo lo hace en conformidad de la divina. «Et talis conformitas, ut dicit D. Bernardus, in dilectione cum Christo maritat animam Verbo; quando, scilicet), anima, cui similis est per naturam, etiam se similem exhibet per voluntatem, diligens sicut dilecta est, ut sic unum velle et nolle faciat unum spiritum ex duobus» ([2]).

¡Pluguiesse á Dios estudiássemos en sólo esto: en conformar nuestra voluntad con la divina, en lo que Él quiere y en el modo de quererlo, diciendo siempre con el Profeta santo, así en lo próspero como en lo adverso *(Ps. 56*, 8, *et 107*, 2) (*a*): «Paratum cor meum Deus, paratum cor meum: cantabo, et psal-

---

dicho, se llama así derivando este nombre del latino *volatu*, vuelo, porque por medio de la voluntad el alma se traslada velocisimamente en cierto modo al objeto que ama. Por eso se dice de ella que es «un movimiento racional de nuestro espíritu, superior á los sentidos y á los apetitos, que, adonde quiera que se mueve, va acompañada y servida por la razón como criada y sierva que ésta es de aquélla. No que siempre obre la voluntad según el dictamen de la razón, pues muchas veces procede en contra de la misma abiertamente, y otras, prescindiendo de su dictamen ó consejo: la razón se nos ha dado para guia de la voluntad, pero no puede avasallarla.

([1]) «Sin tener buena voluntad no puedes salvarte, dice Ricardo de San Victor; si la tienes, no puedes condenarte, porque la buena voluntad, cuando no hay posibilidad de proceder á las obras, es suficiente, aun delante de Dios nuestro Señor, que se contenta con nuestros buenos deseos y propósitos, si no podemos obrar el bien. Si, pues, no tienes nada que dar á Dios, dale tu buena voluntad, y dádole has todo tu ser; pues nada tiene tan á mano la buena voluntad como ella misma».

(*a*) Una pequeña diferencia existe en estas palabras de los salmos 56 (no el 59, que se cita en el impreso) y 107; pues en éste el segundo miembro del versículo está así: «Cantabo, et psallam in gloria mea».

([1]) «Dos solas cosas poseo, pequeñas en si mismos, ó, por decirlo mejor, pequeñísimas y de muy escaso valor: el cuerpo y el alma, y aun diría mejor que una sola, mi voluntad. ¿Y no la daré yo á aquél que, siendo tan grande, llenó de innumerables beneficios á esta tan insignificante propiedad mía? ¿que por comprarme á mí se diò á si todo en precio? Si me apropio esta porción mía y no se la restituyo, ¿con qué cara, con qué resolución, con qué conciencia acudiré entonces al trono de su misericordia, de que tanto necesito? Porque todo el mérito, todo el valor del hombre está en la buena voluntad, y cuanto se aumenta en nosotros la buena voluntad otro tanto crece nuestro merecimiento. Traza fué de Dios ésta, el poner la salvación del hombre en aquello que, de querer él tenerlo, ninguno puede carecer. Porque amar y desear el bien pueden todos, pobres y ricos, aun cuando el dar dinero no puedan hacerlo aquéllos lo mismo que éstos».

([2]) «Y tal conformidad, escribe San Bernardo, desposa al alma con el Verbo, en el amor con Cristo, al cual, asemejándose el alma en cuanto á la naturaleza humana, se allega también por medio de su libre voluntad, amando del mismo modo que es ella amada, viniendo á hacerse ambos, en cierto modo, un solo espíritu por la identidad del mismo querer y no querer».

mum dicam *Domino.*» (1). Veruntamen, ut dicit Hugo, non secundum momentaneos affectus estimanda est talis unio amoris et voluntatis cum Deo, sed potius secundum continuam voluntatis humanæ qualitatem. Digo que no se puede llamar recto y conforme con la voluntad de Dios porque tenga desseos de conformarse y porque afectuosamente algunas veces lo pida, ni por conformarse en esto ó en aquello, sino el que tuviere su voluntad rendida en todas las cosas, prósperas y adversas, al divino beneplácito, no sólo en el obrar, cuanto al cumplimiento de los mandamientos divinos, sino en cuanto el sufrir con paciencia las adversidades que nos enviare Dios ó permitiere que nos vengan.

Pone San Bernardo cuatro grados de buena voluntad. Primum dicitur voluntas recta, in quo ipsa anima mente quidem legi Dei consentit, sed, adhuc carne repugnante bono quod diligitur, ipsum bonum perficere non invenit, sed contra sæpe malum quod odit per infirmitatem perficit. *Rom.*, VII, 22-3: «Condelector legi Dei secundum interiorem hominem video; autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meæ», etc. Secundus gradus dicitur voluntas valida, quia anima non solum malum, quod odit, non facit, sed etiam bonum quod diligit, licet cum gravedine, fortiter tamen facit. *Philip.*, IV, 13: «Omnia possunt in eo qui me confortat.» Tertius gradus dicitur voluntas devota: quando, scilicet, jam corde dilatato per charitatem currit viam mandatorum Dei, etc. Hæc non tantum est recta, volens bonum, et sancta, scilicet, volens bonum propter bonum, sed etiam devota id est, parata propterea subire omnia adversa vel incommoda. *Rom.*, VIII, 35: «Quis nos separabit», etc. Quartus gradus dicitur voluntas plena et perfecta (2), que es de los ángeles y de los hombres ya bienaventurados. En la tierra se puede dessear; pero la possessión della, en la patria se nos ha de dar.

Cómo se ha de hacer esta conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, enséñalo Alejandro de Alés: «Quadrupliciter, inquit, secundum quatuor genera causarum. Primo, volendo quod Deus vult, quæ est conformitas materialis et imperfecta» (1); porque desta manera los malos y los demonios mismos pueden conformarse con lo que Dios quiere, aunque con intención diferente, como se vió en la persecución del santo Job: que Dios y el demonio se conformaron, pero los fines que tuvieron, diferentíssimos: Dios le quiso probar para coronarle; pero el demonio, para derribarle por impaciencia. Lo segundo, en querer lo que sabemos que Dios quiere, quæ est conformitas in ratione causæ efficientis, et est etiam imperfecta (2), porque hacemos lo que sabemos que Dios quiere que hagamos, como dar limosna, curar los enfermos, etc.; pero hacémoslo en pecado mortal, lo cual Dios no quiere. Lo tercero, in volendo ut Deus vult, quæ est conformitas formalis (3); como: Dios

---

(1) «Mi corazón, oh Dios, está pronto; dispuesto está mi corazón: yo cantaré y entonaré salmos.»

(2) El primer grado es *la voluntad recta*, en el cual el alma, aun cuando ama la divina ley y se esfuerza en observarla, por las rebeldías de la carne no puede dar perfecto cumplimiento á sus deseos, sino que, por debilidad y por flaqueza, obra en contra de lo que en su ánimo habia resuelto, como es aquello del Apóstol: «Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas *al mismo tiempo* echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu», etc. El segundo grado es el de *la voluntad robusta* ó fortalecida, en el cual el alma no sólo huye del mal que aborrece, pero, además, practica el bien, aunque no deja de experimentar alguna oposición y repugnancia: «todo lo puedo en aquél que me conforta, esto es, en Cristo». El tercero es el de *la voluntad devota*, conviene á saber: cuando, inflamada ya el alma y fortalecida por la gracia y por la caridad, corre presurosa por el camino del bien sin encontrar tropiezos ni dificultades. No ya puede esta llamarse *recta* y *santa*, puesto que ama y busca el bien por el bien mismo, sino *devota*, esto es, dispuesta á todo sacrificio por áspero y dificultoso que sea, como lo estaba San Pablo cuando decía: «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?... Ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados... podrá separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo nuestro Señor.» El cuarto grado es *la voluntad plena y perfecta.*

(1) De cuatro modos, según los cuatro órdenes ó clases de causas. Primeramente, queriendo lo que Dios quiere, con una conformidad meramente material é imperfecta.

(2) la cual es en razón de causa eficiente, y es también imperfecta.

(3) El tercer modo consiste en querer alguna cosa del mismo modo que Dios la quiere, y esta es conformidad formal y positiva, aunque alguna vez va mezclada esta intención con algún afecto ó inclinación natural.

quiere que ayunemos; ayunamos y hacemos las demás obras virtuosas con limpia y pura conciencia y intención, sed aliquando ex affectu naturali, y merécese poco ó nada. Lo cuarto, y lo que echa el sello, es in volendo id (*a*) quod Deus vult, quæ est conformitas in ratione finis, quæ perficit conformitatem formalem quantum ad intentionem finalem, ut faciat propter amorem Dei totaliter, vel principaliter (¹).

San Agustín llamó á nuestra voluntad conforme en todo con la divina, reino de Dios dentro de nosotros (*Luc.*, XVII, 21) (*b*), y San Bernardo dice: «Recta ordinatio est omnimoda voluntatis ad Deum conversio, et ex se tota voluntaria, devotaque subjectio: et sic conformitas nostræ voluntatis consumatur per similitudinem gratiæ in habitu charitatis, quæ est divinæ bonitatis divina similitudo.» Unde super illud *Ps. 32*, 1: *Rectos decet collaudatio*, dicit Glosa: «Recti sunt qui dirigunt corda sua secundum voluntatem Dei, quæ est regula voluntatis nostræ». Quæ tamen conformitas aliter est in beatitudine, aliter in via. Sed de illa tacendum: et si dicendum est aliquid, illud est· «Erit Deus omnia in omnibus (*I Cor.*, XV, 28).» De hac vero jam diximus (²).

(*a*) En el ejemplar que reproducimos se lee *ad quod.*

(*b*) El capítulo que aquí hallamos citado al margen es el XI.

Y si se puede añadir algo á lo dicho es lo de San Agustín: que la buena voluntad no es más que un amor bueno, y la mala, un amor malo. «Amor, ergo, inhians habere quod amatur, *cupiditas* est; id autem habens eoque fruens, *lætitia* est; fugiens autem quod ei adversatur, *timor* est; id si acciderit, *tristitia* est. Et mala sunt ista, si malus amor est; bona vero, si bonus amor est (¹). Y si la voluntad buena es amor bueno, ¿qué dificultad habrá en conformarla con la de Dios, que la infunde en [el] alma? Hinc optime Richardus: «Sicut artifices, inquit, liquefactis metallis, formam, quamqumque voluerint, illis imprimunt: sic anima in illo statu divini amoris constituta, ad omnem divinæ voluntatis nutum facile se applicat, imo spontaneo quodam desiderio, ad omne ejus arbitrium se accom[m]odat, et, juxta divini beneplaciti modum, ad omnem (?) voluntatem suam informat, ut cum Christo usque ad mortem obediat» (²).

Buena voluntad es amor bueno, y la mala es amor malo.

San Crisóstomo dijo que nuestras buenas voluntades assí eran suaves y de lindo gusto y olor cerca de Dios como las flores entre las damas y galanes; y que los ángeles dessean y pretenden la conversación y trato de las almas que consideran assí conformes á la divina voluntad. San Agustín in *Psal. 35*, enseña admirablemente la rectitud y oblicuidad de nuestra voluntad, his verbis [con estas palabras]: «Justitia Dei est ut aliquando sis sanus, ali-

(¹) El cuarto modo está en querer aquello mismo que Dios quiere, conformidad que, como se ve, se refiere al fin ó término del querer y perfecciona las obras en cuanto á la intención con que se ejecutan, haciéndolo todo en absoluto, ó al menos como por causa principal, por el amor de Dios.

(²) «La conformidad de nuestra voluntad con la divina lleva consigo una conversión absoluta de aquélla á Dios y una absoluta é incondicional sujeción á sus mandatos. Realízase por medio de la gracia y de la caridad habitual, la cual es una divina semejanza de la bondad de Dios.» De aquí es lo que dice la glosa, sobre aquellas palabras del salmo 32: *A los rectos de corazón es á quienes está bien el alabarle* (á Dios): «Son rectos de corazón los que ordenan y enderezan sus corazones y su vida toda según la voluntad de Dios, que es la regla de la nuestra». Conformidad que es desde luego muy otra en la tierra de lo que es en el cielo. De ella no hemos ahora de ocuparnos; de decir algo sería aquello del Apóstol de las gentes: «En todas las cosas todo sea de Dios». Mas de esto ya hemos hablado. (Véase pág. 141-4).

(¹) «Cuando el amor busca, anheloso, el bien que ama, se llama propiamente *deseo;* cuando lo posee y disfruta de su suavidad es *gozo* ó fruición; si trata de huir de lo que le es contrario y le combate, es *temor;* si lo que temía llega á realizarse, es *tristeza.* Todos estos diversos movimientos ó estados del alma son malos ó buenos según que el amor que los causa es malo ó bueno en sí mismo por razón del objeto á que se encamina».

(²) Dice, pues, muy bien Ricardo de San Víctor: «Como los artífices funden primero los metales para darles después la forma que mejor les place, del mismo modo, cuando el alma llega á estar en posesión del divino amor, con facilidad escucha y asiente obedece á todas sus inspiraciones, y hasta en las cosas más pequeñas le obedece y se le sujeta sin resistencia, y hasta se halla dispuesta, á semejanza de Cristo señor nuestro, á sufrir la muerte más cruel y afrentosa, si en ello cumple el divino querer».

quando, ut [sis] ægrotus. Si quando sanus es, dulcis est voluntas Dei, et quando ægrotus amara est voluntas Dei, non recto corde es, quia non vis dirigere voluntatem tuam ad voluntatem Dei, sed Dei vis curvare ad tuam. Illa recta est, sed tu curvus: voluntas tua corrigenda est ad illam, non illa ad te, et rectum habebis cor. Alioquin, velis, nolis, in te voluntatem suam implebit Deus [1].

Al fin, la rectitud del ánima consiste en la voluntad recta, y la voluntad recta, en que sea recto nuestro amor. Sed quid est rectum? «Rectum est, ait Euclides, cujus medium non exit ab extremis.» Extrema enim sunt, primum principium, et finis ultimus. Operatio virtuosa inter hæc est medium, per quam pervenit in finem, qui est Deus, qui (S. Bonav. in *Centiloquio)* [2]: omnium bonorum et virtutum causa est, secundum triplex genus causalitatis: efficientis, quia ab eo omne bonum originaliter progreditur; formalis, quia secundum eum omne bonum exemplariter producitur; finalis, quia ad ipsum omne bonum finaliter reducitur. Hoc autem fit, quando virtuosus in operando continuatur virtuti divinæ, ut principio moventi, conformatur ei, ut regulæ dirigenti: unitur ei, ut fini quietanti. Quando vero quis mortaliter peccat, per vitium discontinuatur a Deo, tan quam a principio movente, quia Deus nunquam movet ad peccatum; discordat a Deo, tanquam a regula dirigente; elongatur, et deordinatur a Deo, tanquam a fine quietante, ponens creaturam finem suum [3].

De lo dicho se colige que aquella será vida recta que, teniendo su principio de Dios y á Dios por último fin, sujeta á Dios humildemente, cumpliere su voluntad. Y esto entiendo assi cuanto al pensamiento como cuanto al afecto, palabras y obras; porque la rectitud destas cosas consiste en que ninguna discorde de la regla de la divina ley que nos muestra la divina voluntad. A la cual rectitud se opone el pecado, que, según San Agustín, «es hecho, ó dicho, ó desseo contra la ley de Dios», entendiendo por desseo el pensamiento y el afecto.

También se dice vida recta cuando la voluntad en ninguna cosa discorda ni se aparta de lo que la recta razón quiere, que, como dijo el mismo San Agustín, «con la voluntad se vive bien y con la voluntad se peca». Y la razón recta es regla cierta de la voluntad, y entonces es la razón recta, cuando guarda el orden de la divina justicia, á lo cual Dios obligó al hombre. Al fin, este es el orden divino: que el bien inconmutable se prefiera al bien conmutable, y el bien honesto al bien vil y deleitable, y la voluntad de Dios á la voluntad propia, y el juicio de la voluntad propia á la sensualidad humana. Hasta aquí es de San Buenaventura. De lo cual se saca con grande evidencia que solos aquellos son rectos que se deleitan en Dios y le aman sobre todas las cosas, como á su último fin, que es lo que dice la Esposa: RECTI DILIGUNT TE. Y si leemos

(1) «Justa disposición de Dios es que unas veces estemos sanos, otras enfermos. Si cuando estamos sanos se nos hace dulce la divina voluntad, y, en cambio, la resistimos cuando permite que estemos enfermos, no será recta nuestra voluntad, pues en vez de conformar nuestra voluntad con la de Dios, queremos, al revés, que la de Dios se conforme con la nuestra. La de Dios recta es y santa, mas nosotros andamos torcidos en nuestro querer: nosotros hemos de ser enderezados, no la voluntad de Dios, si queremos ser rectos de corazón. De todos modos, y de grado ó por fuerza, la voluntad divina siempre se ha de cumplir en nosotros, ó con mérito, si nos ajustamos á ella, ó con demérito y para nuestro daño, si la resistimos».

(2) Véase *Doctoris Seraphici Sancti Bonaventuræ* OPERA OMNIA, Quaracchi, 1899, t. VIII, IX-XXV y 3-27.

(3) ¿Qué se entiende, empero, por *recto?* Según Euclides, «una cosa se llama *recta* cuando todos sus puntos medios coinciden en la dirección con sus extremos», ó sea cuando todos guardan la misma línea.—Respecto del hombre y de sus acciones, el principio y el fin último son, por decirlo así, los extremos; las obras virtuosas, los medios por los cuales alcanza su fin último, que es Dios, quien igualmente es la causa de todos los actos y obras buenas, y esto en cuanto á los tres géneros de causa que señalan los filósofos: *causa eficiente*, porque todo bien tiene de Él su origen; *formal*, por cuanto todo lo bueno le reconoce como ejemplar de su bondad; y *final*, puesto que en Él se refunde y termina todo bien. Sucede esto cuando el varón justo se deja guiar del divino influjo como de principio motor de sus acciones, cuando á Él se ajusta como á regla directriz, y á Él se llega como á término de su quietud y descanso. Mas cuando el hombre comete el pecado mortal, sustráese de su impulso motor, pues Dios nunca puede mover el pecado; no se rige ni gobierna por Él, y se aparta lejos del que es su fin y su término, poniendo en lugar de Dios á las criaturas.

«equitates, vel rectitudines diligunt te», como leen los hebreos y los Setenta intérpretes, hacen estas palabras un admirable sentido, que declara la perfección absolutíssima de Cristo, Esposo de la Iglesia. Y la razón que tuvieron las doncellas de seguirle y alegrarse en Él es haber conocido en Cristo todas las virtudes juntas en grado heroico, las cuales, con su variedad, le hacen sobremanera hermoso y de codicia. Porque si la hermosura corporal, que es una variedad y gracia que resplandece en el cuerpo con armonia y concierto de todas las partes entre sí y en respecto unas de otras, assí arrebata los gustos de los hombres, la hermosura del Esposo, que resulta de todas las virtudes juntas en una consonancia armónica, ¿por qué no llevará tras de sí las almas? ¿Quién consideró y conoció su justicia, su fortaleza, su magnanimidad, su liberalidad y todo género de equidad y bondad que en él hay, que no se le aficione y anteponga á toda otra hermosura? Esta es la que el Profeta santo celebra en el salmo 44 (v. 3 y sigs.), adonde se emplea todo en sus alabanzas para hacerle amable al alma, esposa suya.

Por la consideración de las virtudes se viene al amor de Dios.

Y lo primero de que le alaba es de la hermosura; lo segundo, de la fortaleza; lo tercero, de la elocuencia y doctrina evangélica; lo cuarto, de guerreador, de la victoria alcanzada de la muerte, del pecado, de Satanás, de ídolos y idólatras; lo quinto, de la majestad de la persona y del reino; lo sexto, de la justicia; lo séptimo, de la magnificencia, aparato y acompañamiento real y, al fin, de otras virtudes dignas de tan gran Príncipe. Aquel verso [el 7] que dice: *Virga directionis, virga regni tui* traslada del hebreo San Jerónimo: «Sceptrum æquitatis, sceptrum regni tui»; quasi dicat: Quia sceptrum tuum æquisimum est, ideo regnum tuum æternum erit. Pro directione est vocabulum æquitatis, vel rectitudinis ([1]). Padre y hijo celebran la incorrupta justicia de Cristo: Salomón aqui, y su padre en el salmo citado. Salomón no hace aquí mención de otra cosa que de la rectitud y justicia; David, della y de otras muchas virtudes. «Dilexisti justitiam», etc. Enamorástete de la justicia, fuiste su aficionado y su galán, porque es virtud regia. (De qua Arist., lib. V *Æthicorum*, capítulo I.)

Y aunque viniera muy á propósito declarar todo este salmo, dejándolo para otras ocasiones, sólo quiero decir lo que hace á este pensamiento de la hermosura de Cristo, al cual llama el Profeta hermoso sobre los hijos de los hombres. «Speciosus, inquit, forma præ filiis hominum.» ([1]). Adonde el caldeo parafraste dice: «Hermoso eres, oh rey Mesías, en el ánimo y en el cuerpo»; *quasi dicat:* en la una y otra forma; *scilicet:* espiritual y corporal, ninguno puede compararse contigo, porque estás lleno de gracia, de mansedumbre y justicia, sin alguna mancha de pecado, y tienes tus labios adornados de todo buen donaire. Que en la espiritual hermosura ninguno puede compararse á Cristo, es llano; pero que no haya tenido segundo ni semejante en la corporal, fácilmente se persuadirá quien hubiere visto su retrato al vivo, sacado por San Lucas, ó hubiere leido en Nicéforo ([2]) la epístola de Léntulo, procónsul, en que trata de la fisonomía y lineamentos de Cristo, y aun el que quisiere poner su consideración en buena filosofía. Porque si la hermosura procede del temperamento interior de naturaleza, Cristo, que le tuvo bonissimo y incorruptíssimo, y que tomó para si cuerpo compuesto de los mejores números de proporciones, cual por ventura le piden los médicos *ad pondus* [para el debido peso], necessariamente habe-

Ninguno semejante á Cristo.

([1]) *El cetro de tu reino es cetro de rectitud*, traslada San Jerónimo asi: «Cetro de equidad y justicia es el cetro de tu reino»; como si dijera: Por cuanto el cetro, símbolo de tu poder y autoridad, es justísimo, por eso tu reino subsistirá para siempre. Aqui las palabras equidad ó rectitud están para significar el oficio de la autoridad, que es dirigir, encaminar á los súbditos hacia lo bueno y justo.

([1]) «Tú, el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres».

([2]) Parece excusado advertir que la sana crítica no reconoce el valor probatorio que en tiempos del P. Angeles, y aun muy posteriormente, se ha atribuido á estas fuentes históricas que él aduce. Es hoy evidente que ni San Lucas fué el que delineó los casi innumerables lienzos que se le atribuyen, tanto del Señor como de la Santisima Virgen María, ni son auténticas todas, ni aun la mayor parte, de las leyendas que se hallan insertas en las historias eclesiásticas que corren bajo el nombre de Nicéforo, Metafraste y otros.

mos de conceder que el color y la figura, y toda la habitud del cuerpo fué bonissima y escogidíssima, como la que procedía de la interior temperancia, la cual principalmente resplandecía en el rostro, y esse dice el Profeta que es hermoso sobre toda humana hermosura. Y assí podemos decir que en lo espiritual y en lo corporal todas las igualdades se abrazaron de Cristo. Que por ventura es esto lo que dijo Isaías *(Isai.*, IV, 1): «Trabarán y asirán siete mujeres de un varón», que, según las glossas interlineal y ordinaria, es Cristo, y las siete mujeres, los siete dones del Espíritu Santo, ó la universidad de las virtudes, las cuales todas en la Encarnación se abrazaron de Él para nunca desasirse. Y aun por ventura son éstos los siete ojos que vió Zacarías *(Zach.*, III, 9) sobre una piedra, atentos y pagados de su belleza y hermosura.

RECTI DILIGUNT TE, id est: ex eo quod diligunt te, ac tecum colloquuntur, familiariterque versantur, efficiuntur recti, et quod bonum in te contemplati sunt, et cujus memoriam retulerunt secum, id ad actiones deducunt. «Rectitudo, ait quidam, ad charitatem plurimum conducit.» Primo, quoniam dirigit afectum et voluntatem ad Deum, ut non immulta *(sic)* distrahatur. Nostra namque voluntas divisa atque distracta, non potest ferventer diligere, quemadmodum pluviales aquæ, in multos rivulos divisæ, non tanto impetu et velocitate feruntur, ac si intra unum alveum fluerent. Secundo, quia per rectitudinem similes efficimur Deo, qui rectissimus est. Similitudo autem amoris causa est (¹). Lo tercero, porque el que tiene rectitud puede mirar al cielo y contemplar las cosas eternas que despiertan en nosotros el amor y le encienden. Si andamos encorvados y torcidos, seremos como los brutos de que Salustio dijo: «Quæ natura prona, atque ventri obedientia finxit» (¹). A eso vino Cristo: á enderezarnos. «Erunt prava in directa» *(Luc.*, III, 5), quod probat curatio illius mulieris curvæ (ib., XIII, 11), quam erexit, ut cœlum posset aspicere, et Deum laudare et amare (²).

LECTIO III

NIGRA SUM, SED FORMOSA, FILIÆ HIERUSALEM, SICUT TABERNACULA CEDAR, SICUT PELLES SALOMONIS *(Cant.*, I, 4) (³).

* ARTICULO PRIMERO

De los varios sentidos é interpretaciones que admiten estas palabras.

Per prolepsym, ait Genebrardus occurrit Sponsa objectioni. Pudiéronle decir las doncellas, ó las mujeres jerosolimitanas, oyéndola tratar de las perfecciones de su Esposo y de los favores que le hacía: «Cur cum tuus Sponsus sit tam pretiosus et tam amabilis, tu ejus magnitudini et majestati non respondes? Sed cum sis nigra», etc. Ella responde: «Mea species, et pulchritudo est interior: nigror, externus, accidentarius, non naturalis. Vis persecutionum me eo adduxit, ut nigrorem contraherem.» Hebræi sic: «Nigra ego, sed formosa, filiæ Hierusalem.» Los *Setenta:* «Nigra sum et

(¹) Acaba el P. Angeles la exposición de estas palabras: *los rectos de corazón te aman*, diciendo que equivalen á las siguientes: Desde el punto y hora en que los hombres aman y hablan y tratan familiarmente con Dios, hácense rectos en sus pensamientos, y lo que en ese trato familiar con Dios conocen y entienden tratan luego de ponerlo por obra. «Mucho ayuda, dice un autor á este propósito, la rectitud de corazón para la práctica de la caridad. Lo primero porque, dirigiendo el afecto y la voluntad hacia Dios, impide la vagueación del ánimo y la disipación. Dividida la atención del alma en muchas cosas, no puede amar con fervor é intensidad, así como el agua de las nubes, cuando sobre la tierra se divide en multitud de arroyuelos, no corre con tanto ímpetu como si, formando un solo torrente, corre por un mismo cauce. En segundo lugar, porque la rectitud nos hace semejantes á Dios, que es modelo de rectitud, y la rectitud misma».

(¹) A quienes la naturaleza dió instintos puramente materiales, y viven atentos sólo á lo que se refiere á su manutención y sustento.

(²) «Los caminos torcidos serán enderezados». Aun en el orden físico prueba esta misión de Jesucristo, que era ante todo espiritual, aquel milagro de la mujer encorvada á quien sanó de su enfermedad para que pudiese sin dificultad mirar al cielo y alabar y bendecir al Señor.

(³) LECCIÓN TERCERA.—«Negra soy ó *morena*, hijas de Jerusalen; pero soy bien parecida: soy como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón».

formosa»: «Morena, pero graciosa y amable.» Todo anda junto, lo gracioso y lo moreno; quasi dicat: Fateor ad pulchritudinem non parum facere membrorum concinnitatem cum suavitate coloris; sed præcipua pulchritudinis ratio in hoc sita est, ut gratia in membris vultuque eluceat, quam venustatem veteres appellabant; et huic primas in pulchritudine detulerunt. Hæc namque intuentium oculos mulcet, et allicit, rapit et transformat. De Judith dicitur (cap. x, 4): «Quod Deus amplificabit illius pulchritudinem, et vultui illius contulit splendorem.» Et de Moyse dicitur *(Exod.*, IX et XXXII) (*a*), quod ex Dei colloquio illius vultus splendebat maxime. De Plotino refert Porphirius, quod in contemplatione mira pulchritudo et gratia in ejus vultu relucebat. Fieri enim potest, ut qui non est candido colore, gratissimus spectantium oculis, et venustissimus appareat: quæ venustas et gratia ab anima proficiscitur ([1]) que comunica su grande hermosura al cuerpo.

(a) Así hallamos hecha esta cita del *Exodo;* pero el hecho á que se refieren se halla en el cap. XXXIV, 29, y no en los mencionados por el P. Angeles.

Vatablus: «Fusca quidem sum, cæterum amabilis, o fæminæ Hierusalem, sicut tentoria cædreorum, sicut Salomonis cortinæ». Su anotación es admirable, y que sólo bastaba para cumplida inteligencia de este lugar. «Fuscam sive nigram, inquit ille, se esse dicit Sponsa propter persecutiones, quas pro Christo patitur; at pulchram, propter Sponsum suum Christum. Per occupationem autem hoc dicit, colorem suum excusans, ut ostendat conjunctionem Dei et hominum non esse æstimandam ex specie externa cæremoniarum, illuvie peccatorum, cruce, et infirmitatibus, sed ex habitu interioris hominis, ubi fides, charitas, spes, gaudium», etc. Pro *formosa* dicit: *amabilem:* «sed amabilis, filiæ Hierusalem» ([1]).

Sed notandum [nótese, empero], que el Esposo la llama toda hermosa y sin algún defecto. «Tota, inquit, pulchra es amica mea», etc. *(Cant.*, IV, 7). Y ella dice que, aunque es graciosa y tiene donaire, es morena. De muchas razones digamos sólo una de Platón (Diálogo V, de *República):* «Qui vere, inquit, aliquid et perfecte amat, non partim amat, et partim non amat, sed totum amat, atque proinde totum laudat, et vitia ipsa. si qua insunt in re amata, extenuat. Qui vero amat excusat, atque disi-

([1]) Parecen las palabras de este versículo, dice Genebrardo, una como réplica anticipada que la Esposa aduce en su defensa. Al reproche que pudieran hacerle sus compañeras, diciéndole: ¿Por qué, siendo tu Esposo tan bello y agraciado, un cúmulo de perfecciones, estás tú tan lejos de corresponder á lo que es Él, puesto que eres negra?.. responde ella: La hermosura y gracia que hay en mí es toda de dentro: la fealdad y la negrura quédase por defuera, es meramente accidental. Las inclemencias sufridas, la furia de las persecuciones que por su causa he sufrido son las que así me han puesto, denegrida y de mal aspecto. Como si dijera: Cierto es que para la belleza, junto con la buena proporción de las facciones, se requiere el color agradable y sonrosado; sin embargo, el elemento más esencial es la armonía y disposición adecuada de los miembros y del semblante, á la que los antiguos llamaron belleza ó hermosura agraciada, atribuyéndola el principal papel en esto. Esta es, sin duda, la que atrae y subyuga el ánimo y lleva en pos de sí las miradas de todos. Por eso se dice de Judit que «el Señor dió mayor realce á su hermosura, de suerte que á los ojos de todos parecía de una incomparable belleza». Y de Moisés se lee que, al bajar del monte después de haber conversado con Dios, resplandecía tanto su rostro, que ninguno podía mirarle. Cuenta Porfirio del filósofo Plotino, que con el estudio y contemplación de la verdad todo su semblante se inmutaba y resplandecía, dándole mucha gracia y hermosura. Puede, en efecto, acontecer que, aun teniendo un color ó aspecto oscuro y poco agradable, una persona sea simpática y se haga muy bella para los que la tratan; belleza que trasciende y como que del alma se derrama en el cuerpo.

([1]) Vatablo traduce así estas palabras: «Morena soy, hijas de Jerusalen; pero soy amable, como lo son las tiendas hechas de madera de cedro, como lo son los pabellones de Salomón». Y comentándolas, añade: «Dice la Esposa que es negra ó morena, refiriéndose con esto á las persecuciones que padece por Cristo. Busca en esto, en cierto modo, una excusa para que nadie extrañe su aspecto y falta de ornato, ni se juzgue de lo que es la unión sobrenatural del alma con Dios por lo que aparece á la vista exteriormente, ó por las persecuciones que á veces sufren así la Iglesia como las almas, ó por las flaquezas, defecciones y caidas en que incurren éstas en el divino servicio, sino por las riquezas interiores de la gracia, como la fe, la esperanza, la caridad y aquellos dones del Espíritu Santo: gozo, paz, etc.».—En lugar de *hermosa*, este autor traduce *amable;* soy amable, hijas de Jerusalen, aunque me véis morena y poco agraciada».

mulat.» Vide Theocritum, *(idilio 10):* apud quem ita pastor inducitur amicam alloquens: «Bombicæ Siriam vocant et omnes sole combustam; ego autem solus mel recens». Et *idil, 6,* sic: «Certe enim amori, non bona, bona apparuerunt.» Plutarchus, lib. de *officio judicis:* «Amor, inquit, instar hederœ, facile invenit, quo se alliget, idque laudat.» Lege Gregorium Nazianzenum, *Oratione in laudem Basillii Magni,* adonde trata cómo los vicios de los que amamos nos dan contento, y á veces tratamos de imitarlos en ellos, et Joann. Chysost. ex variis (in *Matheum,* hom. 26). Hugo de Sancto Vict. *(Lib. Sent.,* sentent. 13). «Dilectio, inquit, pulchrum facit quidquid dilecti necessitas exposcit (1). Sic in proverbio: Quien fea ama, hermosa le parece. Fæminarum ingenium hoc est, ait quidam, ut si quid in ipsis est quod amatorum oculos possit offendere, id solicite occultant, aut, si occultare nequeunt, studiose et acurate defendunt (2). Por esso se sigue á lo dicho: «Nolite me considerare quod fusca sim, quia decoloravit me sol» *(Cant.,* I, 5) (3).

NIGRA SUM, SED FORMOSA. Cuyas sean estas palabras, ó de la Iglesia congregada de los gentiles, ó de la sinagoga, no es negocio fácil declararlo; hay en esso diversas opiniones. Lo primero afirman Orígenes, Hieron., Beda, Hugo Cardenal, Bernard, S. Thom., Haymo Constant. et alii. Nicolao de Lira, la Glossa ordinaria y muchos modernos afirman lo segundo. Son todas metafísicas las razones que de una y otra parte hay, y de poco fruto para gastar ahora el tiempo en referirlas; yo me atengo á los antiguos padres. Entre todos quiero que diga su sentencia Hugo, que es en esta forma: «Vox est Sponsæ ad adolescentulas, eas cohortantis ad tollerantiam, et perseverantiam, inquam, passionum, et murmurantium petulantiam compescentis; quasi dicat: ¡O adolescentulæ!, vos vultis in cællaria Christi introduci, et mecum currere prætermittitis; sed non deterreant vos afflictiones, quas, ab hostibus mihi illatas, quotidie fero. Nigra etenim sum, quia foris affligor; at sum formosa, quia intus glorior in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Vel nigram se dicit Ecclesia in pænitentibus, vel potius in peccatoribus, et formosam in justis: nigram in activis, formosam in contemplativis: nigram in quibusdam vestrum, o filiæ Hierusalem, quæ peccatorum sordibus denigratæ estis, et formosam in aliis, quæ divina gratia sunt dealbatæ: nigram secundum nigredinem propriæ conditionis, et formosam arbitrio Dei: nigram in conspectu impiorum hominum, et formosam angelorum judicio: nigram propter corporis ignobilitatem, et formosam propter animæ sanctitatem: nigram mala temporalia patiendo, et formosam æterna gaudia sperando: nigram denique secundum statum præteritum, et formosam secundum statum præsentem, quo lota est Baptismo» (1).

De cuántas maneras se dice una alma hermosa y negra

(1) «Quien de veras ama, dice este filósofo (Platón) no ama á medias, ni por partes, sino por entero y en absoluto; por eso ensalza y alaba también por entero lo que es objeto de su amor, y aun si tiene éste algún defecto lo disimula y oculta. Quien así ama, no echa en cara ni descubre las faltas é imperfecciones que nota. Y el poeta Teócrito, en el idílio 6, introduce hablando á un pastor, quien, refiriéndose á la persona por él amada, dice: «Todos á una dicen que estás tostada por el sol; mas para mí eres como miel rica y sabrosa»; y en otra parte: «El amor aun los males reputa bienes»; y Plutarco: «El amor, como la yedra, fácilmente halla á qué adherirse y con ello, sea lo que fuere, se contenta». (Léase á San Gregorio Nacianceno, alabando á su grande amigo San Basílio, y á San Juan Crisóstomo).—Hugo de San Víctor dice que «el amor hace bueno y bello todo cuanto se halla en el objeto amado, y por eso dice el refrán: «Quien, etc.»

(2) Alguien ha hecho notar, con mucha razón, la facilidad y el ingenio con que las mujeres tratan de ocultar á los ojos de todos los defectos de que adolecen, y, cuando otra cosa no pueden, procuran defenderlos con mil artes y por todos los caminos.

(3) «No reparéis, pues, en que soy morena, porque me ha robado el sol mi color», ó *porque el sol estragó mi color.*

(1) «Palabras son estas, dice Hugo, con que la Esposa exhorta á sus compañeras, imperfectas aún y principiantes en el camino de la virtud, á sufrir y sobrellevar pacientemente los trabajos y persecuciones, á la vez que reprime la ligereza de que habían dado muestra en pretender demasiado pronto los regalos extraordinarios, pues es como decirles: Queréis vosotras, amigas mías, entrar conmigo en las recónditas moradas del Esposo, y no os cuidais, en cambio, de correr conmigo en pos de Él. Tened buen ánimo, y no os acobarden los trabajos que me véis sufrir á mí. Soy, sí, ante vosotras, denegrida y sin gloria, porque estoy llena de tribulaciones; pero interiormente soy hermosa, pues me glorío en mis padecimientos y amarguras, para que resplandezca en

Jacobo de Valencia piensa que estas palabras son de la gentilidad, desseosa de juntarse al pueblo fiel y desposar con Cristo, y para esso excusa su moreno y confiessa su hermosura, in his, scilicet, quæ ad naturam expectant; ad imaginem namque Dei creata est, et ejusdem fidei et gloriæ capax existít. Sed jam ad nostram instructionem dicamus aliquid (¹).

La humildad nace del conocimiento de la propia vileza y de las misericordias de Dios.

Y lo primero sea la consecuencia destas palabras y las que han precedido, que es admirable; porque á los favores y regalos que confiessa la Esposa haber recebido se sigue el conocimiento de la propia vileza, y juntamente la divina gracia, que assí y no de otra manera se conserva en el alma. Yo pienso, cierto, que como es humildad conocer el hombre sus miserias, lo es conocer las misericordias de Dios. El ejemplo tenemos en la Virgen, que habiendo confessado su pequeñez, como humilde, confessó luego, como agradecida, la largueza de Dios en hacerle mercedes (*Luc.*, I, 49): «Fecit, inquit, mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus» (¹). Del santo fray Rogerio, fraile de nuestra Orden, se lee que decía muchas veces que si él fuera el mejor hombre del mundo, quisiera que todos los hombres lo supieran, para que alabaran á Dios en sus dones, con que á un tan vil gusanillo como él había honrado por sola su bondad infinita. También se dice que, alabando él un día á un religioso de la virtud de la humildad, y negando él, con ella, tener tal don, le respondió duramente diciendo: «Anda, vete de aquí, desventurado, que quieres esconder el don de Dios. ¿No saben todos muy bien que no puedes tener de tu parte cosa alguna que buena sea? No lo hagas de aquí adelante assí; deja que todos sepan las mercedes que has recebido de Nuestro Señor, para que en ti sea de todos loado su santo nombre» (*Crón.*, I p., libro V, c. XLV).

Yo pienso, cierto, que ninguno tiene menos razón de ensoberbecerse que el que ha recebido más dones de Dios; porque con ellos viene el conocimiento de la propia insuficiencia y la obligación de dar gracias á su majestad, de cuya mano es todo lo bueno. Porque si esto assí no fuesse, el aumentar Dios dones en el alma sería aumentar en ella ocasiones de perderse por desvanecimiento y soberbia. Y si algunos se desvanecieron viéndose ricos de virtudes, ó no eran verdaderas y interiores, ó les faltó la guarda dellas, que es la humildad: De manera que la humildad tiene dos ojos. con el uno mira la pobreza y nada que de suyo tiene el hombre, y con el otro reconoce la hacienda y riquezas que Dios pone en él.

Escribiendo á los de Corinto, dice San Pablo (*I Corint.*, IV, 7): «¿Qué tienes que no has recebido? Y si lo has recebido, ¿de qué te glorías como si no lo hubiesses recebido?» Adonde se ha de notar que no prohibe el apóstol el conocimiento humilde de los dones de Dios, sino el alzarse con ellos como si fuesse hacienda propia—como la corneja con las plumas de sus vecinas—y atribuirse á sí lo que es de Dios. Gloriarse un hombre del bien que tiene, como si fuesse suyo, es soberbia luciferina; pero reconocerlo en sí como de Dios y darle gracias por ello, y gloriarse en Él, es de grande humil-

---

mí la virtud de Cristo.—También pueden aplicarse estas palabras á la Iglesia diciendo que en los penitentes y pecadores es poca ó muy escasa su gloria, y, en cambio, es hermosa en los justos: y lo mismo, respectivamente, en los ejercicios de la vida activa y en los de la contemplativa: de poco lustre y menos gloria en alguno de sus hijos que con sus escándalos la afean y manchan, y, al contrario, radiante de gloria por los hechos gloriosos de otros muchos heroes de la gracia y de la santidad: negra por lo que en ella hay de humano, de mudable y transitorio; hermosa por el elemento divino y sobrenatural que la santifica y eleva: negra, innoble, despreciable á los ojos de los impíos é incrédulos; radiante de hermosura, bellísima y digna de loa, á los de los ángeles: por el origen bajo y terreno del hombre, por los males y persecuciones que sufre, y por el estado en que antes de Cristo vivió, deslustrada y sin prestigio ante el mundo; mas por la santidad sobrenatural de que está enriquecida, por los bienes eternos de que gozará para siempre, y por el estado de santidad en que la ha puesto su Esposo divino por el Bautismo y los demás Sacramentos, graciosa, brillante y sobre toda ponderación hermosa».

(¹) Conviene á saber: en aquellas cosas que son de naturaleza, puesto que fué creado (el hombre) á imagen y semejanza de Dios, y, mediante la divina gracia, es capaz de llegar á la gloria y bienaventuranza de que el mismo Dios goza.—Pasemos ya, empero, á decir algo que más de cerca toca á nuestra edificación y enseñanza.

(¹) «Hizo en mí cosas grandes aquel que es *todo* poderoso, cuyo Nombre es Santo».

dad. «Glorietur [autem frater] humilis in exaltatione sua» *(Jacob.*, I, 9). Et «qui *(I Cor.*, I, 31) gloriatur in Domino glorietur» ([1]).

La soberbia nace de no conocerse el hombre y gloriarse del bien que tiene como propio.

Al fin, si bien se considera, no hay gente más agradecida que los humildes, los cuales, con el conocimiento tan grande que tienen de su pequeñez y nada, cualquiera cosa de bien que en sí hallan saben que no es suya, sino de Aquel *(Jacob.*, I, 17) «de quien viene todo bien y todo don perfecto», que es Dios, y á Él y no á sí lo atribuyen todo. Y si el Apóstol dijo *(II Corint.*, XII, 7): «Por que la grandeza de las revelaciones no me levante, me ha sido dado el estímulo de mi carne; el ángel de Satanás, que me maltrate», no fué porque le faltasse conocimiento que aquellas eran mercedes de Dios y de sola su gracia y misericordia, que excluye justicia de méritos propios *(Gratia Dei sum id puod sum)* [por la gracia de Dios soy lo que soy] *(I, Cor.*, XV, 10), sino porque juntamente conoce lo poco que tiene que fiar de sí mismo y la necessidad de fiador, para que los dones de Dios en él no se pierdan. Y assí el un conocimiento como el otro, digo el que tiene de los dones de Dios como el de su poca virtud, son efectos de la humildad, que muestra en el alma lo bueno y juntamente el autor y dueño dello.

Y esse es el sentimiento de la Esposa cuando dice: NIGRA SUM, SED FORMOSA. Lo que de mi cosecha tengo me hace negra; pero lo que Dios ha puesto en mí me hace hermosa. Más hay: que si fuera reprehensible conocer el hombre los dones de Dios en sí mismo, no quedara lugar para el agradecimiento, ni hubiera consuelo para siempre en el alma desseosa de agradar á Dios, ni se le dijera á esta misma ánima *(Cant.*, I, 7): «Si no te conoces, ¡oh hermosíssima entre todas las mujeres!, sal fuera y camina en pos de tus ganados», etc. Sí: que amenaza es esta del Esposo, según el parecer de muchos doctores, que dice al alma, Esposa suya, que conozca lo mucho que puso en ella, con que la diferenció de las demás criaturas y la aventajó á todas, si no quiere ser como una dellas. Y San León, Papa, dice *(Sermo de Nativitate)*: «Conoce, hombre, tu dignidad; y, hecho participante de la divina naturaleza, no quieras volverte á tu vileza antigua.» De aquí colijo yo que para vivir un hombre como es razón, como hombre al fin dotado della, tiene necessidad de conocer estas dos cosas: lo primero, lo que es de su cosecha, en cuanto hijo de Adán; lo segundo, lo que es por parte de Dios y como hijo de Cristo: la bajeza del cuerpo y la hermosura y nobleza del alma; lo que obra en él el pecado y lo que obra la gracia. Por lo primero le cuadra NIGRA SUM... SICUT TABERNACULA CEDAR. Por lo segundo, FORMOSA SICUT PELLES SALOMONIS.

([1]) «Aquel hermano que sea de baja condición ponga su gloria en la *verdadera* exaltación suya». Y «el que se gloría, gloríese en el Señor».

* ARTICULO II

Describe la hermosura de la gracia y sus efectos, y la fealdad del pecado.

Qué cosa es gracia, y sus efectos.

Alejandro de Alés (3 p., q. 69) dice que «la gracia es un candor ó blancura de la luz eterna que clarifica el entendimiento y inflama la voluntad y hermosea sobremanera toda el alma; y como el rayo solar, reverberando en un espejo, parece traer consigo la imagen y figura del sol, y imprimirla en el espejo, de manera que parece en él el sol resplandeciente y hermoso, assí la divina gracia, reverberando en el alma, de tal manera forma en ella la imagen de Dios, y tan deificada y endiosada la deja, que parece más á Dios que á otra cosa».

De Santa Catalina de Sena se lee que alcanzó de Dios gracia para ver la hermosura de las almas de aquellas personas que trataban con ella, que decía diversas veces á su confessor: «¡Oh padre!, si viesses la belleza y hermosura de una sola alma, no dudo sino que, por la salud della, te pusiesses á morir muchas muertes.» Cuando el ángel saludó á la Virgen, pudiera hacer mención en su salutación de grandes riquezas de virtudes que en ella había; de la claridad de su linaje, que al fin descendía de reyes, de patriarcas y de la gente más lucida del mundo. Y de sola la gracia echó mano, diciendo *(Luc.*, I, 28): «Ave, gratia plena» ([1]). Es criado en corte, y sabe lo que allí se precia, y las calidades que se esti-

([1]) «Dios te salve ¡oh llena de gracia!»

man en el cielo. ¡Oh ciegos hijos de Adán, detenidos en las vanidades deste suelo!, mirad que en aquella tierra del desengaño, ni riquezas, ni hidalguías, ni tesoros, ni sillas se precian, sino sola esta joya de la divina gracia, con la cual vienen todos los bienes al alma. Este es el almagre de las ovejas que en la dehesa de la Iglesia tiene el celestial Mayoral diputadas para las majadas de la gloria. Esta es la vestidura de bodas con que engalana el Señor á sus hijos. Esta es la agua de ángeles con que lava las almas y las pone olorosas y dignas de sus abrazos. Esta es una centella de aquel fuego que arde en la soberana Jerusalén, que, puesto en el corazón, le abrasa en llamas de amor divino. Esta es una santa semilla, que sembrada en el alma nos afina la sangre y mejora el linaje; tanto que nos hace: de tierra, cielo; de hombres, ángeles; de hijos de padres traidores, hijos regalados de Dios, de su naturaleza y casta. Esta es la que esfuerza nuestras flaquezas, la que conforta el corazón, y el condito (*a*) mejor que hay y que para él halló el Apóstol cuando dijo *(Hebre.*, XIII, 9): «Optimum est gratia stabilire cor, non escis» ([1]), y la cédula de seguro que á él se le da para que no falte entre las tentaciones del enemigo: «Sufficit tibi, *Paule*, gratia mea» *(II Corint.*, XII, 9) ([2]). Es tan levantado ser, tan divino y sobrenatural el que se nos comunica por la gracia, aunque sea mínima gracia, que excede, quasi in infinito, todo el ser y perfección natural, aunque sea el ser del más alto querubín del cielo.

Un alma en gracia excede en perfección á todas las criaturas deste mundo.

Al fin, toda la naturaleza, con sus riquezas y perfecciones, en su comparación es nada, y el más vil hombre del mundo, más pobre y más feo y mísero, y más lleno de enfermedades y trabajos, si está hermoseado con un solo grado de gracia, vale más que todo el mundo junto, y acerca de Dios es de grande estimación. Y es vilísimo y, acerca de Dios, menos que nada el que está por el pecado mortal privado de gracia, aunque le hermoseen todas las cosas más aventajadas de la tierra: riquezas, sangre, letras, discreción, salud y amigos. «Si quis, dice Salomón *(Sap.*, IX, 6), erit consummatus inter filios hominum, si ab illo *fugerit* sapientia tua, in nihilum computabitur» ([1]). Sola la gracia nos hace ilustres y nos da títulos de reyes del reino de los cielos y de hijos de Dios y coherederos con Cristo *(Rom.*, VIII, 17). Por Él dice San Pedro *(II Petr.*, I, 4) que nos fueron dadas dádivas preciosas y fuimos hechos consortes de la divina naturaleza: «Per quem maxima et pretiosa nobis promissa donabit: ut per hæc efficiamini divinæ consortes naturæ.» ¡Precioso don, por cierto, dádiva grande, la que me hace compañero de Dios en la naturaleza, que me diviniza y levanta sobre toda la naturaleza! El Concilio Milevitano declaró este lugar de San Pedro en esta forma: «Vere magna, et prætiosa divina gratia est, in quam desiderant Angeli prospicere». Excede un alma en gracia la hermosura y belleza del sol, de la luna, de las estrellas y de todos los cielos; á los ángeles arrebata con su hermosura, y, lo que es más, al Señor de los ángeles.

La gracia nos hace hijos de Dios y herederos de su reino.

Es la gracia una calidad, aunque criada, no de la calidad ni del metal de ninguna de las criaturas que vemos, ni tal cuales son todas las que la fuerza de la naturaleza produce; que ni es aire, ni fuego, ni nacida de ningún elemento, y [ni] la materia del cielo y el cielo mismo le reconocen ventaja en orden de nacimiento y en grado más subido de origen. Es como un retrato de lo que es más propio de Dios, y la que le retrae y remeda mucho. Es una como deidad, y una como figura misma del mismo Cristo, que puesta en el alma se lanza en ella y la deifica. Y, hablando con mayor propiedad, es el alma del alma. De manera que como la mía, abrazada con mi cuerpo y extendiéndose por todo él, siendo caedizo y de tierra y de suyo cosa pesadíssima y torpe, le levanta en pie y le menea, y le da aliento y espíritu, y assí le enciende en calor que le hace

Propiamente gracia, ¿qué es?

(*a*) Igual á manjar, vianda, alimento

([1]) «Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazón con la gracia *de Jesucristo*, no con las viandas».

([2]) «Bástate, *Pablo*, mi gracia».

([1]) «Aun cuando alguno entre los hijos de los hombres fuese un *varón* consumado, si se ausentase de él tu sabiduría (esto es, la divina gracia), no valdrá nada».

como una llama de fuego, y le da las condiciones del fuego; de suerte que la tierra anda y lo pesado discurre ligero, y lo torpíssimo y muerto vive y siente y conoce; assí passa en e alma (que por ser criatura tiene condiciones bajas, y más, por estar en cuerpo tan vil y bajo), que entrando la gracia en ella y ganando la llave della, que es la voluntad, y lanzándose en su seno secreto, y penetrándola toda, la levanta de la afición de la tierra, y convirtiéndola al cielo y á los espíritus que se gozan en él, le da su estilo y su vivienda, y aquel sentimiento y valor y alteza generosa de lo celestial y divino, y, en una palabra, la asemeja mucho á Dios en aquellas cosas que le son á Él más propias y más suyas, y de criatura que es suya la hace hija suya muy querida, y, finalmente, la hace un otro Dios.

De lo dicho puede colegir el pecador lo que hace cuando peca, que, á mi parecer, no es otra cosa que quitarse la vida con sus propias manos, y, borrando en sí la semejanza de Dios, estampar la del demonio, y de criatura más hermosa que el cielo, quedar más fea que el infierno. Cosa horrenda es, verdaderamente, matarse un hombre á sí mismo y privarse de la vida tan amada de todos; de la vida del cuerpo, digo, que suele robar un jarro de agua y una hora de sol destemplado, que de la del alma no se puede con ningunas palabras declarar tan gran locura. San Rafael dijo á Tobías (*Tob.*, XII, 10): «Qui faciunt *iniquitatem et peccatum*, hostes sunt animæ suæ.» Verdaderamente enemigo cruel es y tirano el que con pecados mata su alma, pues la priva de la gracia, de las virtudes todas infusas (seclusa fide et spe) [excepción hecha de la fe y de la esperanza] y del mismo Dios. Y no se pudiera este mal tan grande explicar mejor que con llamarle muerte; porque como la corporal es privación de todos los bienes que acompañan la vida del cuerpo, assí la espiritual es muerte de los que acompañan la gracia, y destierra al mismo Dios, que, mediante ella, mora en el alma.

El pecado es muerte del alma y privación de todos los bienes de gracia.

Francisco Somnio, varón de grande autoridad y erudición, declarando el artículo de la vida eterna, dice á este propósito: «Como el alma es vida del cuerpo, assí lo es el espíritu de Dios del alma, que le da ser sobrenatural y divino, y con su virtud engendra en ella vida eterna. Mas como el alma no anima ni vivifica el cuerpo sino en cuanto hay en él debida proporción de humores y calidades, tampoco el espíritu divino vivifica el alma sino en cuanto dura en ella orden á la ley eterna, con cierta proporción y subalternación de las fuerzas inferiores á la razón, y de la razón á Dios. Y como, faltando la temperatura del cuerpo, ó con llaga, ó con enfermedad, en el mismo punto es fuerza partirse el alma con todas sus operaciones vitales, assí quitando, por la inobediencia del pecado, la sujeción á su ley, luego el espíritu de Cristo, con todos sus dones y gracias, se recoge á su principio, y queda en el hombre no más que una vida corporal, confusa y desordenada, herida de llaga mortal, y, por justo juicio de Dios, sujeta á la ley de la muerte, la cual destruye en él todo lo que es de bien y merecimiento.

De manera que en el instante que el hombre peca mortalmente, entra en su alma el ejército de la muerte; conviene á saber: horror, ceguedad de entendimiento, engaño, estimación falsa de sí mismo, afectos desordenados, malos desseos, defectos de virtud, guerra de passiones, instabilidad, división entre él y Dios y un atalamiento (*a*) de todo bien, y finalmente, un plenario señorío de la muerte, assí primera como segunda, assí corporal como espiritual, assí temporal como eterna. Pues si este estrago tan grande hace en nosotros el pecado, ¿cómo pecamos con tanta facilidad y tan desenfada damente? ¿Quién, aunque tuviesse grande sed, bebería un jarro de agua que sabe cierto que tiene ponzoña? «Potest aliquis gustare, quod gustatum affert mortem?» (*Job*, VI, 6). Parece cosa impossible, y no lo es; porque sabiendo el cristiano que el gusto del pecado trae consigo la muerte del alma, que es privación de la gracia, sin ningún temor, miedo ni recelo peca, no una, sino muchas veces.

San Agustín dice que la luz de la verdad abandona á los prevaricadores de la ley divina, y quien se queda falto de ella, en verdad esta ciego.

Muy bien podrá decir el que peca: NIGRA SUM, porque no hay negrura en el mundo como la que contrae el alma por el pecado; pero no dirá *hermosa*, porque ninguna hermosura queda en ella, luego que por la culpa destierra de sí la gracia. De donde colijo yo

(*a*) Atalamiento, del verbo anticuado *atalar*, igual á talar, arrasar.

que estas dos cosas que de sí confiessa la Esposa, tan incompatibles al parecer, *scilicet* [es decir], hermosura y negregura, verdaderamente se compadecen en ella juntamente y en un mismo tiempo; porque, como dice San Bernardo (Div. Bernardus in *Cant.)*, no se sigue que en siendo una cosa negra sea luego fea, que negra es la niña en el ojo y no parece mal; y piedras hay negras que se estiman en mucho; y cabellos negros que añaden y aumentan la hermosura del rostro; y en las matronas antiguas que merecían este nombre, de los cabellos negros se hacía caso; y son sin número las cosas que en la sobrehaz y de por sí son descoloridas y en la composición son hermosíssimas. Si consideramos el hábito exterior de los justos,—que justicia tiene la que aquí habla,—despreciado es y negro como las tiendas de Cedar, expuestas al sol y á las injurias de los tiempos; pero allá en lo secreto, en aquello que no está sujeto al juicio y censura de los hombres, hay hermosura de hijos de Dios, hay virtudes y dones celestiales, como en las tiendas de Cedar oro y plata y otras riquezas. La gloria de la hija del rey, adentro *(Psal. 44*, 14). Y ¿cuánto más segura está esta gloria, que la que está puesta en lo de fuera y aparente?

Los trabajos conservan la hermosura del alma en gracia.

Cuanto más que, bien considerado, assí se gloría la Esposa de lo negro como de lo hermoso, lo cual no hiciera si le causara alguna fealdad, ó pudiera ofender con ello los ojos del Esposo. Por lo cual me persuado que esta negregura es muy necessaria; y la que conserva la hermosura del alma son las enfermedades, los trabajos, las persecuciones, el desprecio del cuerpo, los ayunos y disciplinas y la mortificación de la carne y sus passiones. El color negro es color triste, es color de luto, y significa llanto y ausencia de lo que se ama. Dél se viste el alma, Esposa de Cristo, en este valle de lágrimas, porque su ejercicio es llorar, gemir, ayunar y hacer obras de penitencia, como aquella que se conoce ausente de su celestial Esposo. «¿Por ventura ayunarán los hijos, dice Cristo *(Math.*, IX, 15), presente el Esposo?».

Lo que hay aquí de consideración es que este color de tristeza, y esta negregura, encubre y conserva (como las tiendas de Cedar encubrían debajo de su mala tez y color tosco alhajas de mucho precio) la hermosura y riquezas del alma, que de otra manera corren peligro. Cuando mandó Dios á Moysén *(Exod.*, XXV, 1 y sigs.) que labrasse aquel admirable y misterioso tabernáculo en el desierto, que como tienda real se movía cuando se movía su pueblo, dice el sagrado texto que ordenó que le cubriessen de cortinas de lana de cabras, áspera y de ruin parecer, como si dijéssemos: de fieltros ó de jerga, las cuales cortinas habían de llegar hasta el suelo, para que lo interior, que era hermosíssimo y riquíssimo, estuviesse conservado y guardado del polvo y del agua.

Luego no le está mal á la Esposa, que es templo de Dios vivo, gloriarse que es como tienda de Cedar y como las pieles de Salomón, pues que sus riquezas interiores y hermosura divina se guardan con la aspereza de la vida, con el menosprecio de las cosas temporales, con los ayunos, mortificación y penitencia.

* ARTICULO III

Refuta á los que quieren leer este verso de otro modo.

Algunos quieren que esta letra se ordene en esta forma: NIGRA SUM, SICUT TABERNACULA CEDAR, SED FORMOSA SICUT PELLES SALOMONIS; porque la voz hebrea *pellis* significa pieles y cortinas. Y es sin duda que debieron de ser hermosíssimas estas pieles de Salomón, y con admirable artificio labradas, pues compara el Espíritu Santo á ellas la hermosura del alma adornada con variedad de virtudes y dones suyos, que, como ya dijimos, es más hermosa que el cielo, con su sol, luna y estrellas y con todo el ornato que Dios puso en él. De manera que lo negro tiene como las tiendas de Cedar; lo hermoso, como las cortinas de Salomón.

Cedar fué hijo de Ismael, como consta del Génesis *(Gen.*, XXV, 13), y sus descendientes, ora porque guardaban ganados, ora porque eran aficionados á hurtar, moraban en tiendas, en lugares yermos y solos, las cuales, con la fuerza del sol de aquella tierra, que es grande, estaban negras y de malíssimo lustre; empero, como ya tengo dicho, en lo de dentro estaban llenas de riquezas. Y esto que dicen muchos destas tiendas, que en lo de fuera estaban negras y en lo de dentro muy ricas y bien alhajadas, es argumento para sentir yo lo

contrario que ellos en este lugar; porque si en las tiendas de Cedar había negregura en lo que se veía, y hermosura en lo secreto, y ambas cosas confiessa de sí la Esposa, que es negra y hermosa, ninguna necessidad hay de decir que sea negra como las tiendas y hermosa como las cortinas. Especialmente que en la Escritura lo mismo significa este nombre *pelles* que este nombre *tabernacula*. Patet *Habac.*, III, 7: «Turbabuntur *pelles* terræ Madiam»; id est, *tabernacula;* et *Jerem.*, IV, 20: «Repente vastata sunt tabernacula mea, subito pelles meæ»; et *Isai.*, LIV, 2: «Dilata locum tentorii tui, et pelles tabernaculorum tuorum extende» ([1]). Y la razón desto es porque los tabernáculos ó tiendas se hacían de pieles de animales, y, por la figura sinécdoque, se toma la parte por el todo. Josefo (lib. III *Antiq.*, cap. X) dice que estos tabernáculos se hacían en forma de ciudad, y que algunos dellos eran de ramos, especialmente los de los pobres; otros, de lienzos ó jergas, y otros, de pieles de animales. En lugar de columnas, se fijaban maderos en tierra, y con argollas de hierro en lo alto, dellos se tiraban cordeles, sobre que se extendían los lienzos ó pieles. El Abulense es de parecer que no se podían hacer estas tiendas sino de ramos; pero más conforme á razón es lo que dice el padre Ribera, de la Compañía de Jesús: «que de ramos, lienzos y pieles»; porque muchas veces, caminando los hijos de Israel por el desierto, llegaban á tierras adonde ningunos árboles se hallaban, y para defenderse del sol y de otras incomodidades del tiempo les era forzoso hacer los tabernáculos de lo que podían.

San Juan Crisóstomo (tomo V *Homilia de virtute)*, declarando este lugar NIGRA SUM, SED FORMOSA, FILIÆ HIERUSALEM, etc., dice unas palabras que habían de estar escritas con letras de oro: «Nigra, inquit, sum propter priorem prævaricationem; speciosa, propter celebrem pænitentiam. Nigra, propter luctum ruinæ; speciosa, propter splendorem baptismi gloriosum» ([1]). Y añade luego: «Si qua ergo hic peccatis anima denigrata est, ne timeat: tantummodo penitentiam agat, et dicat: Nigra sum ego, et decora. Et si in novissimo spiritu est, et, ut ita dicam, in extremo halitu positus *(sic)* (para expirar), ne formidet, tantum cum fletu pæniteat, et compuncto corde confiteatur.» Scriptum est enim: «Ad vesperum *(Ps. 29*, 6) demorabitur fletus: et ad matutinum, lætitia» ([2]), quasi dicat: Si la culpa te dejó negro y feo, la penitencia te pondrá blanco más que la nieve y hermoso más que los ángeles del cielo: «Super nivem *(Ps. 50*, 9) dealbabor» ([3]). Luego negro se consideraba por el pecado, etc.

El alma en gracia no sólo es hermosa, sino agraciada.

NIGRA SUM, SED FORMOSA. La palabra hebrea no sólo significa hermosa, sino agraciada, amable y de codicia; porque desciende de un verbo que significa dessear y apetecer. Y, á la verdad, no hay cosa tan graciosa, tan amable y tan de codicia como una alma que mereció ser Esposa de Cristo. Ni es possible hallarse alguna cosa en lo de fuera, que le pueda privar de la interior hermosura: ni la vileza de la patria; ni el bajo linaje; ni los parientes pobres; ni la vida passada, aunque haya sido muy mala; ni la impericia ó ignorancia de las letras humanas. Porque, ¿qué daño me puede hacer á mí la infamia de la

---

([1]) Lo mismo significa en la Sagrada Escritura *pellis* que *tabernácula*. Infiérese, entre otros lugares, de lo que se lee en los profetas: Habacuc, que dice: «Puestos fueron *luego* en derrota los pabellones de Madiam; Jeremías, quien, anunciando en nombre de Dios la cautividad á los hijos de Israel, dice: «De repente, en un momento fueron derribadas mis tiendas y pabellones»; y, en fin, Isaías, el cual, profetizando las glorias de la Iglesia de Cristo, exclama: «Toma un sitio más espacioso para tus tiendas, y extiende cuanto puedas las pieles ó cubiertas de tus pabellones».

([1]) Negra soy, dice el alma, porque mis pecados pasados así me dejaron; pero ya estoy hermoseada por una condigna penitencia. Por el luto que mi caída dejó en mí estoy ennegrecida; mas por la cándida vestidura que el bautismo me dió he sido blanqueada y limpia.

([2]) Si alguna alma, pues, se encuentra afeada por las culpas, no se acobarde; haga penitencia y diga á Dios con humilde acento: «Negra soy, mas ya regenerada estoy por el dolor y por la penitencia». Y si se encuentra al fin de sus días, y á punto de expirar, no tema: llore con dolor sus culpas, y haga una sincera confesión de ellas con un corazón lloroso y compungido. Porque escrito está: «Hasta la tarde durará el llanto, y al salir la aurora será la alegría»; que es como decir: Si la culpa, etc.

([3]) «Me lavarás — dice el real Profeta hablando con el Señor, — y quedaré más blanco que la nieve».

vida passada, si mi ánimo está purificado por la fe, y adornado y hermoseado con la caridad y con las demás virtudes? ¿Quién me podrá llamar idiota ó ignorante si tengo dentro de mí el espíritu de Dios, con que se penetran y alcanzan los tesoros de la sabiduría? ¿Quién me podrá dar en rostro con los padres pobres y sin nobleza, y con la patria olvidada, si soy ciudadano de la celestial Jerusalén, simiente de Abraham y hijo de Dios?

Madalena vivió mal muchos años, y por la penitencia es famosa en la Iglesia y gloriosíssima entre los ángeles del cielo. Los apóstoles fueron idiotas, y el Espíritu Santo que bajó sobre ellos los hizo súbitamente sapientíssimos; y á ellos se les dice *(Math.*, XIII, 11): «A vosotros os es dado penetrar y saber los misterios del reino de Dios.» Pues de su nobleza, según la carne, ¿que dice San Pablo? *(I Corint.*, I, 28): «Ignobilia, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt» (¹). Y la Virgen Santíssima, Maria, ¿no es de Nazaret, ciudad pequeña y sin nombre? Pues allí la va á buscar el ángel *(Luc.*, I, 26 y sigs.), allí recibe la embajada y allí concibe al divino Verbo. Y aunque después le daban al Hijo en rostro *(Joan*, I, 46) con la patria sus enemigos, ningún inconveniente le trajo á la Madre para que Dios dejasse por esso de visitarla y escogerla para dignidad tan grande.

Luego con razón se precia la Esposa de agraciada, amable y de codicia, viéndose amada y querida de su Esposo, y digna de su tálamo y abrazos, aunque en lo de fuera parezca negra y sin nobleza ni lustre, como las tiendas de Cedar. Tiene dentro de sí al Espíritu Santo, y es templo suyo *(II Corint.*, VI, 16) *(a)*; es hija de promisión y estimada por de la casta de Abraham; es ciudadana del cielo y de la Iglesia de los primitivos, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. ¿Qué se le ha de dar de que la llamen negra las hijas de Jerusalén? De esso se precia ella, que lo tostado y negro no se granjea holgando en casa, ni descansando en regalados cojines y camas blandas, sino padeciendo trabajos y sufriendo los ardores del sol y las inclemencias del cielo; como de sí lo confiessa San Jerónimo, que estando en aquellos desiertos de Egipto se le habia vuelto el color de su carne como de negro de Etiopía; y pudiera muy bien decir las palabras de la Esposa: Negra tengo mi carne› pero hermosa mi ánima; tienda de Cedar en lo de fuera, pero templo de Salomón en lo de dentro. En lo que se ve, despreciado; mas en lo que no se ve, preciosíssimo. El venerable Beda dice que en este lugar son entendidas por hijas de Jerusalén las almas tiernas en virtud, aunque llenas de los sacramentos celestiales, cuyo hipo y ansia es caminar para su patria verdadera, que es el cielo; á las cuales consuela y esfuerza la Esposa, que, como diremos en otra ocasión, en el palacio de nuestro Salomón, aunque hay reinas, concubinas y doncellas, la querida y que absolutamente se llama Esposa no es más que una, y essa consuela á las demás para que no desfallezcan ni se turben ó inquieten con los trabajos, fatigas y persecuciones que cada día se les ofrece padecer por Cristo, pues ella está negra deste ejercicio, como las tiendas de Cedar, expuestas á todas las injurias de los tiempos. Y á la verdad, aquella alma tiene menos de lustre exterior, y el color más quebrado, y la carne más denegrida, que más se allega al crucificado Jesús. Lo cual no sólo no causa tristeza en ella, sino alegría grandíssima, como de sí lo confiessa San Pablo *(II Corint.*, VII, 4): «Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in tribulatione mea» (¹).

No causa tristeza padecer por Cristo tribulaciones, sino grandes consolaciones.

Y á cada passo se gloría de perseguido, encarcelado, blasfemado, maldito y aborrecido de todos por Cristo, y de más apóstol que todos, no en la santidad, sino en las persecuciones y trabajos que padecía por la predicación y defensa del Evangelio. Y este sentimiento es de San Bernardo y de Santo Tomás y Haymon sobre los *Cantares.* Hugo, Cardenal, trae muchas exposiciones á estas palabras de la Esposa, que, bien consideradas, ninguna cosa añaden á lo dicho, y por esso me despido deste lugar, por darle á lo que se sigue.

(a) Al citar estas palabras el P. Angeles, las trae como de la Epístola 1.ª á los Corintios.

(¹) «A las cosas viles y despreciables del mundo, y á aquellas que eran nada las escogió Dios (para destruir las que son *al parecer más grandes*»).

(¹) «Estoy inundado de consuelo, reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones».

LECTIO IV

NOLITE ME CONSIDERARE QUOD FUSCA SIM, QUIA DECOLORAVIT ME SOL: FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT CONTRA ME, POSUERUNT ME CUSTODEM IN VINEIS: VINEAM MEAM NON CUSTODIVI *(Cant.,* I, 5) (1).

* ARTICULO I

La persecución, herencia de las almas justas y de la Iglesia de Cristo, y frutos que de ella se reportan.

No extrañéis en mí el moreno; no pongáis los ojos en lo que fuí, sino en la que ya soy por la misericordia de Dios. Consuelo es que le da San Pablo á los de Corinto *(I Cor.,* VI, 11). Ha dicho dellos que fueron adúlteros, idólatras, fornicarios y sensuales, ladrones, avarientos, maldicientes, beodos y, por el cabo, malos; y para que no desesperen con la memoria de lo passado, añade luego: «Et hæc *aliquando* quidem fuistis: sed abluti estis, sed sanctificati estis, sed vivificati estis in nomine Domini nostri Jesu Christi, et in Spiritu Dei nostri.» Esto fuísteis, pero ya sois otra cosa; estáis lavados, santificados y justificados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios. El mismo sentimiento parece el de la Esposa, que le debían de dar en rostro con el moreno de la vida passada, y quiere que quiten los ojos della y los pongan en lo presente.

Nolite me considerare quod fusca sim, quia decoloravit me sol.

En el hebreo, *pro considerare* está *despicere.* No me querais menospreciar por lo moreno, que no es natural en mí, sino por accidente. DECOLORAVIT ME SOL. Orígenes, Haymón y otros doctores leen: *Dexpexit me sol.* La palabra hebrea propiamente significa *aspicere* [mirar]. Y assí trasladan muchos: *Aspexit me sol.* Y viene bien con nuestra *Vulgata,* que dice: DECOLORAVIT ME SOL; porque del mirar ó herir el sol á una persona regalada le quita el color propio y se le da fusco ó moreno. Y assí, la lengua santa habla del sol como de causa, y la santa *Vulgata* como de efeto *(sic.).* Y como si le pidiera la causa de haber andado al sol—cosa muy ajena de las doncellas hermosas, que, de ordinario, están en casa á la sombra,—añade: FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT CONTRA ME. No ha sido por mi culpa el andar al sol, sino fuerza que me hicieron mis hermanos; ellos me dieron tal batería, que me forzaron á dejar mi rincón, mi regalo, el estrado y almohadilla, y salir al campo.

POSUERUNT ME CUSTODEM IN VINEIS, VINEAM MEAM NON CUSTODIVI. Tenía yo viña y no la guardaba por no andar al sol, y hánme hecho guarda de viñas ajenas.

Este lugar es dificultosíssimo, y aunque tengo vistos muchos expositores y exposiciones varias sobre él, ninguna dellas ha llenado mi desseo, ni mi entendimiento ha hallado cosa firme sobre que estribar. Diré lo que todos dicen, y de mi casa pondré muy poco ó nada, porque no es de mi condición andar adivinando. Verdad es que inspirados por Dios hablaron y escribieron los santos, y el que siguiere su común doctrina no errará; pero como este es libro cerrado y sellado, y sus sentidos, místicos, cada uno camina por donde el espíritu le lleva; y es de tantas maneras la ciencia, como dijo Daniel que sería la de su profecía *(Daniel,* II), que á los de tan poca capacidad como yo, antes nos confunde que nos alumbra.

Cuatro cosas hay aquí de grande consideración: La primera, averiguar qué sol es éste que quemó á la Esposa y la deslustró el rostro. La segunda, qué hermanos fueron los que la hicieron guerra. La tercera, qué viñas las que le dieron en guarda. La cuarta, qué viña la suya, que por guardar las ajenas no guardó. Esto averiguado, tendremos alguna noticia de las palabras de la Esposa. Tenga por bien el divino Esposo de abrirnos el sentido para entenderlas, como, después de resucitado, le abrió á los Apóstoles para entender

---

(1) LECCIÓN CUARTA.—No reparéis, *pues,* en que soy morena: porque me ha robado el sol mi color, *cuando* los hijos de mi madre se declararon contra mí, y pusiéronme á guarda de viñas. *¡Ay!* mi propia viña no la guardé».—Interpretan, generalmente, estas palabras los sagrados expositores como puestas en boca de la Iglesia, á la que los judíos, hijos de la Sinagoga, combatieron y persiguieron en sus principios.

las Escrituras. «Et aperuit illis sensum, ut intelligerent Scripturas» *(Luc.*, XXIV, 45) *(a)*.

DECOLORAVIT ME SOL. De muchas maneras interpretan los doctores aquí este nombre SOL. Algunos modernos dicen que significa aquella fogosa y encendida fuerza de la concupiscencia carnal, embebida en nuestros sentidos corporales y potencias inferiores y derivada en todos los mortales por el pecado de nuestros primeros padres. Ésta, como el sol con sus encendidos rayos, escurece y hace negros los cuerpos que toca; abrasa y ennegrece las almas, y con sus destemplados ardores las quema y vuelve de condición servil. Que, aun en nuestro lenguaje castellano, cuando amenazamos con grande castigo al que es libre, decimos que le habemos de tratar como á negro.

Pero, ¿cómo assentará lo que se sigue: FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT CONTRA ME?, etc. Verdaderamente mal. Es esse pensamiento metafísico y un sentido muy violento y, como dicen, traído de los cabellos; y assí, no pienso seguirle. El muy docto padre Cipriano, monje bernardo, uno de los que mejor han escrito sobre *Cantares*, trabaja mucho por probar que por nombre de sol quiso significar el Espíritu Santo la idolatría y, por consiguiente, todo género de pecados. Trae para esto muchos lugares de Escritura y antigüedades dignas de su ingenio. Los persas, dice, que adoraron el simulacro del sol, y los egipcios le tuvieron en gran veneración, como á dios principal entre todos. En el *Deuteronomio (Deut.*, XVII, 3) mandó Dios, so graves penas, á los de su pueblo que no adorassen al sol; que, al fin, de la compañía de los gitanos se les habían pegado malíssimos resabios y costumbres péssimas. Y del rey santo Josías *(IV Reg.*, XXIII, 5-15) se lee que destruyó el culto de los ídolos que introdujeron sus antepassados, y ante todas cosas la estatua del sol. Y en Ezequiel se escribe de aquellos viejos que en el templo cometían abominaciones *(Ezech.*, VIII, 12), que la mayor era ponerse al nacimiento del sol y adorarle. Y del santo Job tenemos *(Job*, XXXI, 26) que no miró al sol cuando respladecía más, ni la luna en su mayor claridad; que fué decir que no adoró ni tuvo por dioses estos planetas, aunque vivía entre caldeos, supersticiosos y vanos. Con estos y otros testimonios que ha traído este autor quiere, debajo de sol, que se entienda la idolatría que generalmente escurece y ofusca todo el género humano, y en particular á la Sinanoga, cuyas palabras son éstas que vamos interpretando, como él lo colige del intérprete caldeo. Y siguiendo este pensamiento interpreta las demás palabras de la Esposa, FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT CONTRA ME, con tanta escuridad, que después de haber gastado él en escribirlas y yo en leerlas mucho tiempo, apenas se entiende lo que quiso decir. Y porque mi principal intento en estos *Comentarios* es hablar al alma (que, como prueba Santo Tomás y el P. Ribera, de la Compañía de Jesús [*In eclectico com. super Prophetas*], con grande erudición, todo lo que en este libro se dice de la Iglesia ó Sinagoga se puede verificar de un justo en singular), de ninguna exposición me tengo de ayudar que no ayude á este mi intento y en que no halle mucha piedad.

La Glossa interlineal y la ordinaria, San Gregorio y San Bernardo, Juan Arbóreo, Hortulano, Próspero Roseto y otros graves autores, por el sol entienden á Cristo, que assí le llama la Sagrada Escritura. «Vobis timentibus nomen meum orietur Sol justitiæ» *(Malach.*, IV, 2); id est, Christus (1). Este divino Sol escureció y puso morena á la Iglesia ó á la ánima santa: unos dicen, porque en su comparación parecía negra la que de suyo es hermosíssima; sic Laurentius Justinianus et Gregorius [como San Lorenzo Justiniano y San Gregorio]. Otros atribuyen este color á las persecuciones que padeció la Iglesia y padecen cada día los justos por Cristo crucificado. «Maledicimur, dice San Pablo de sí y de sus hermanos los apóstoles *(I Corint.*, IV, 12-13), et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc» (2). Y en otra parte *(II Cor.*, IV, 11):

Cristo es sol de justicia.

(a) Por error cita el P. Angeles el XX de S. Juan.

(1) «Para vosotros los que teméis mi *santo* Nombre nacerá el Sol de justicia»; quiere decir: Cristo.

(2) Nos maldicen, y bendecimos: padecemos persecución, y la sufrimos con paciencia: nos ultrajan, y retornamos súplicas: somos, en fin, tratados hasta el presente como la basura y *las heces* del mundo, como la escoria de todos».

«Semper nos qui vivimus in mortem tradimur propter Jesum: ut et vita *Jesus* manifestetur in carne nostra mortali» (1). Toda nuestra vida está sembrada de trabajos, y por horas esperamos la muerte, y, por decirlo con más propiedad, siempre morimos, porque la vida de Jesús, que tanto padeció por nosotros y tan descolorido ó denegrido murió en la cruz, se manifieste en nuestra carne mortal. San Bernardo dice que Cristo, Sol de justicia, quita el color á su Esposa, haciéndola que enferme en su amor; porque enfermedad de amor, destruyción y acabamiento es del color y lustre de la carne. El otro poeta (Ovidio) dijo: «Palleat omnis amans» (2). Y San Ambrosio, á una doncella deshonesta, aconsejándole la mudanza de la vida en mejor, entre otras cosas le dice: «Pallescat facies, quæ quondam viruit impudica»: «El rostro que desvergonzadamente algún tiempo resplandeció con afeites, pierda el color con la penitencia.» Rich., de *Gradibus violentæ charitatis*, dice: «Hæc tibi animæ vulneratæ certa sunt signa, gemitus et suspiria, vultus pallens atque tabescens, rostro amarillo y seco, quæ omnia operatur amor vehemens» (3).

La Esposa de Cristo no cura de albayaldes ni resplandores para el rostro, ni el Esposo lo consiente. Y por ventura esta palabra DECOLORAVIT ME SOL es significadora de celos: que, á la verdad, son tan grandes los que Dios tiene de un alma que, por que no se la codicie el mundo, la pone negra con varias persecuciones, assí interiores como exteriores. Y maridos hay tan celosos, que temiendo que otros no les codicien sus mujeres si las ven compuestas y bien aderezadas, no les consienten ni lavarse el rostro ni ponerse una toca bien puesta. Yo, á lo menos, no acabo de entender cómo puede compadecerse en uno cuidado con la hermosura del alma con el que de ordinario se tiene con la hermosura del cuerpo; ni quién ha hecho

No se compadece cuidado con la hermosura del cuerpo y del alma.

(1) «Porque nosotros, bien que vivimos, somos continuamente entregados en manos de la muerte por amor de Jesús: para que la vida de Jesús se manifieste asímismo en nuestra carne mortal».

(2) «Por la fuerza del amor palidece el amante».

(3) «Señales ciertas de amor vehemente son los gemidos y suspiros, rostro amarillo y seco».

tan amigos á Dios y al mundo que sin faltar al uno se cumpla con el otro. Lo cual digo por muchas personas espirituales que tratan de oración, y de confessar y comulgar á menudo, y en lo que es componerse y aderezarse curiosa y aun superfluamente, no pierden punto; ellas confessarán su poco espíritu, que bien poco debe de ser el que no quiebra y vence este color del mundo. El que tiene la Esposa, color de enferma es, porque el ardiente desseo con que vive de gozar de su Esposo, á la manera de un abrasado y fogoso sol la quema y la deslustra en lo de fuera. Y ¿quién de nosotros, dice Bernardo, assí arde en amor santo que, con ansia de ver á Cristo, desprecie y dé de mano á todo el color y lustre de la presente alegría y gloria, y que diga con el Profeta (*Jerem.*, VII) *(sic) (a)*: «El día del hombre, ¿no le deseé?» Pero dejemos esto, que su propio lugar le queda en este epitalamio, y veamos qué nos dicen Santo Tomás, Orígenes, Haymón y otros más modernos deste sol.

Sol significa trabajos y persecuciones en esta vida, de que estamos libres en la otra.

Todos convienen en que significa el ardor de las persecuciones con que la Iglesia siempre es afligida y perseguida; de manera que, aunque en lo interior conserva su hermosura, cual conviene á Esposa de Cristo, en lo de fuera parece morena, tostada y de mal color. A lo menos, cuando hablaron dél los antiguos en materia de espíritu, por la mayor parte significaron en él el vicio y pecado, como se puede ver en Zacarías cuando trata de cabellos *(sic) (b)* negros (*Zach.*, VI, 6), y en el *Apocalipsi* (*Apoc.*, VI, 5). Y un poeta cómico, notando á otro de vicioso, dijo: «Hic niger est: hunc tu, Romane, caveto» (1). Por esso, excusando la Esposa su moreno, como no natural ni vicioso, sino accidental y meritorio, dice que el sol la ha quemado; esto es, el ardor de

(a) Estas palabras se hallan en *Jerem.* XVII, 16.

(b) En los dos pasajes citados se habla de caballos negros, no de cabellos. Esta es, pues, una errata, deslizada, seguramente contra la intención del P. Angeles, en este lugar.

(1) «Negro es este, de manchada fama, y malas costumbres. Guárdate, ciudadano romano, guárdate de su trato y amistad».

las persecuciones que ha padecido y padece por Cristo.

El mismo, en su Evangelio, hablando del mal logramiento de su palabra, que cayó sobre tierra pedregosa, dijo (*Luc.*, VIII) *(sic) (a)*: «Et quando ortus est sol, exæstuavit, et aruit»: «Y cuando salió el sol y calentó con sus ardores la tierra, la simiente se secó.» Y declarando qué sol es éste que abrasa su palabra, dice: «Orta tribulatione, et persecutione propter verbum, statim scandalizantur audientes»: «En levantándose la persecución y tribulación por razón del Evangelio, luego los oyentes se escandalizan y vuelven atrás del bien comenzado.» Y en el salmo 120 [v. 6] se escribe en favor del justo: «Per diem sol non uret te: neque luna per noctem.» Ni la persecución manifiesta y clara, ni la secreta y de la noche te abrasarán y darán molestia, porque en todo tiempo te favorecerá el Señor. Compara el Profeta al rayo del sol las persecuciones que al descubierto y sin rebozo nos vienen, y las secretas y encubiertas, á los resplandores de la luna. Sí; que la luna, en su manera, quema como el hielo y escarcha. En el hebreo: «Neque luna per noctem percutiet» ([1]).

Sacamos de lo dicho, que por el sol frecuentemente se entiende en la Escritura el ardor de la persecución, de que promete Cristo que estarán libres los suyos en su reino soberano. «Non esurient, neque sitient amplius, *neque* cadet super [*illos*] sol, *aut* ullus æstus: quoniam Agnus, qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum» *(Apocal.*, VII, 16-7) ([2]). En la presente vida no

(a) Esta parábola hállase en los tres sinópticos: *Math.*, XIII, *Marc.*, IV, y *Luc.*, VIII, con ligeras variantes en las palabras. Las que aqui cita el autor se hallan textualmente en *Marc.*, IV, 6, con la diferencia de decir *exaruit* donde el P. Angeles pone *aruit*. Las siguientes palabras que pone como comentario á éstas, bien se ve que están contenidas, en cuanto á la substancia, en las que se leen en *Luc.*, VIII, 13; y esta es sin duda la mente de nuestro escritor al citarlas como textuales del divino Maestro.

([1]) «Ni por la noche te dañará la luna».

([2]) «Ya no tendrán hambre ni sed, ni descargará sobre ellos el sol ni el bochorno; porque el Cordero, que está en medio del solio, será su pastor, y los llevará á fuentes de aguas vivas.»

puede andar la Esposa blanca y colorada, porque del sol entre día y de la luna por la noche no puede escapar. «*Quia* omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur» *(I Timoth.) (sic) (a)* ([1]).

* ARTÍCULO II

De quiénes proceden las persecuciones que sufren la Iglesia y las almas. Doctrina de San Bernardo y de Santo Tomás de Villanueva.

Filii matris meæ pugnaverunt contra me, posuerunt me custodem in vineis.

Esto es lo segundo que para mí tiene más dificultad en este passo. *Los hijos de mi madre pelearon contra mí; pusiéronme por guarda de viñas, y no guardé la mía.* ¿Qué hijos son éstos de madre, y no de padre, que á su hermana hicieron guerra, ó, como dice el Hebreo, ardieron en ira y rabia contra ella, y que, quedándose ellos á la sombra, la pusieron por guarda de las viñas, como si fuera de Sayago, que siegan las mujeres los panes y se quedan los hombres cocinando las ollas por que el sol no los queme?

Algunos, y entre ellos San Gregorio (*Greg.*, hom. 17 in *Lucam*, *Speculum Morale)*, por hijos entienden los prelados y gobernadores de la Iglesia, que siendo malos y amando la vida ociosa y deliciosa, le hacen mayor y más cruel guerra que los enemigos declarados. Este sentido no assienta con toda la letra; porque, aunque sea assí que ningún perjuicio recibe el Señor mayor que de los prelados díscolos, no sé cómo se pueden llamar aquí hermanos los que son padres, ni poner por guarda á la Esposa de lo que ellos no quieren guardar. El mismo Gregorio, en la exposición deste lugar, dice que la madre de la Esposa es la Iglesia. Santo Tomás, que la Sinagoga; los hijos, los apóstoles, los cuales con su predicación hicieron guerra á todo el mundo, destruyeron la idolatría, sembraron el Evangelio, convirtieron la gentilidad y amplia-

(a) Debe leerse *II Timoth*, III, 12.

([1]) «*Y ya se sabe* que todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo, han de padecer persecución».

ron el reino de Cristo, esto es, la Iglesia; y junta en uno, y una toda ella, la pusieron en guarda de muchas viñas, que son las muchas iglesias que fundaron; y la viña principal, que era Judea, sola y querida, se quedó sin guarda, porque persiguió á los apóstoles y los echó de sí. Casi lo mismo siente la Glossa ordinaria. La interlineal, Bernardo, Beda, Hugo Cardenal et alii multi, llaman hijos á los judíos que aún perseveran en sus ritos y ceremonias, que nunca cessan de molestar la Iglesia, obligándola á cultivar las viñas ajenas; esto es, las diversas sectas de los gentiles, dejándolos á ellos como los mismos apóstoles lo dejaron. «Vobis oportebat prædicare Verbum Dei: sed quoniam repellistis illud, et indignos vos judicatis æternæ vitæ, ecce convertimur ad gentes» *(Ac.*, XIII, 46) (¹). Essa viña era la que principalmente habiamos de cultivar y labrar; pero pues vosotros nos desecháis y tenéis en poco el Evangelio: «Ecce convertimur ad gentes». Nicolao de Lira va con la Sinagoga, trabajada en Egipto y ocupada en negocios y cuidados ajenos de su nobleza, y por esso menos idónea para entender en lo que le convenia· Quédese en hora buena con su pensamiento que yo no pienso remontar tanto el mío.

San Jerónimo, Orígenes, Jacobo Cristopolitano y otros toman diferentíssimo camino, tan escabroso, que no me atrevo á caminar por él. Uno dice que la madre es Eva, y los hijos, Cam, Nembroth, Nino y los demás idólatras que con sus idolatrías escurecieron la Sinagoga y la hicieron guerra. Otros dicen que la madre es la Jerusalén celestial, como la llama San Pablo; y los hijos, los apóstoles; y las hijas de Jerusalén, la Iglesia de los gentiles. Vean agora los lectores en tanta diversidad de exposiciones, qué puedo yo decir, ó cuál dellas puedo seguir. Quiero dejarlas todas y ponderar con San Bernardo *(in Cant.*, serm. 29) lo que dice la Esposa, conviene á saber: que sus hermanos fueron los que le hicieron guerra. Malum utique intestinum, atque domesticum. No hay persecución mayor ni más peligrosa que la doméstica. Hermanos y enemigos, *(Mich.*, VII, 6) dura cosa, y por tal la tiene el Salvador en su Evangelio, cuando dice *(Math.*, X, 36): «Et inimici hominis domestici ejus» (¹). Esse es el encarecimiento del Profeta *(Ps. 40*, 10): «Homo pacis meæ...: qui edebat panes meos, *magnificat* super me supplantationem»: «Mi amigo y el que comía conmigo á mi mesa, me puso assechanzas, y me armó zancadilla, y magnificamente y con ingenio me engañó.» Comúnmente se entiende este lugar de Judas, que con beso, señal de amistad, entregó á Cristo á sus enemigos. Siéntese mucho el engaño y la traición del hermano, y es de mucho peligro, porque no se recatan los hombres de sus domésticos, ni puede haber prevención que baste. Y por ventura es esso lo que la Esposa quiso significar cuando dijo: «Los hijos de mi madre, salidos ellos y yo de un mismo vientre, me hicieron guerra»; *quasi dicat* [como si dijese]: Si fueran de un padre y de muchas madres, no era tanto de maravillar; que Ismael, si persiguió *(Génes.*, XXI, 9-11; *Galat.*, IV, 30) á Isaac, era hijo de Agar, y Isaac de Sara, hijos de un padre y de madres diferentes, y de diferentes condiciones: la una esclava y la otra señora; pero que Esaú y Jacob uterinos, tengan pendencias y no haya seguridad entre ellos, aun allá en el vientre de su madre *(Génes.*, XXV, 22-5, y XXVII, 41-2), esso es de grande consideración.

A lo menos los que han experimentado el bien que es vivir en una comunidad pacifica *(Ps. 132*, 1), y el alegría que trae consigo una buena hermandad, mucho sienten cualquier engaño y persecución de sus hermanos. ¡Ay de aquel por quien el vínculo de la unidad se rompe! Cualquiera que fuere, llevará sobre sí grave juicio y condenación rigorosa. San Bernardo, hablando á este propósito con sus monjes, dice: «Antea mihi contingat mors, quam audire in vobis quemquam juste clamitantem: FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT CONTRA ME» (²). ¿Por ventura los religiosos todos no somos hijos de una madre y hermanos unos de otros? ¿Quién, pues, podrá de afuera conturbarnos si entre nosotros tenemos paz y hermandad verdadera? Gran

(¹) «A vosotros debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas ya que la rechazáis y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, de hoy en adelante nos vamos *á predicar* á los gentiles».

(¹) «Y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa».

(²) «Muérame yo antes de tener que oiros á alguno de vosotros repetir estas palabras: *Los hijos de mi madre, mis mismos hermanos me persiguen*».

sentimiento tienen estas palabras de la Esposa: «Los hijos de mi madre pelearon contra mí.» Y con razón dijo Micheas *(Mich.*, VII, 6): «Cada uno se guarde de su hermano», etc.

Un doctor moderno *(Fr. Thomas de Villanueva)* interpretó en buena parte este lugar. Era patriarca lleno de cuidados, distraído en las ocupaciones del oficio, al cual había subido por muchos ruegos y importunaciones; y parecióle que la que aquí hablaba era un ánima cansada del gobierno de otras (que es la cosa más cansada del mundo y de mayor peligro), y viéndose morena y tostada de los trabajos, y aun del celo de la gloria del Esposo, y por ventura murmurada de los siervos de Dios (que algunas veces dan tras los prelados, pareciéndoles que no hacen lo que deben), excusando lo moreno, dice que sus hermanos la importunaron y persiguieron para que tomasse aquel oficio y cuidado, y el temor que tiene es que, ocupada y distraída en el cuidado de la guarda de las viñas, esto es, de las conciencias ajenas, se descuide de la suya propia. Viña, hacienda es de cuidado, de poco reposo y de mucho trabajo. Assí se llama viña la Iglesia. «Vinea Domini Sabbaoth», etc. *(Isai.*, V, 1, 7). San Crisóstomo (in *Math.*, *Opere imperfect.)* llama á la justicia viña, y á las virtudes, vides.

Yo digo, salva la reverencia que á tantos y tan graves doctores se debe, que la guerra que á la Esposa hicieron sus hermanos fué por estorbarle lo que ella tanto desseaba, que era la unión del celestial Esposo, su beso, su amor, sus abrazos. Debiéronla de motejar de morena ó descolorida, y, por esso, no conveniente para tan soberano desposorio; y dando razón de sí, dice: No reparéis en lo moreno, que ya he dicho que con ello tengo grande hermosura, natural y sobrenatural, y el color fusco es accidental. Y pudiera decir: Trabajos me hicieron negra, que yo blanca me era.

DECOLORAVIT ME SOL. Los trabajos en que me pusieron mis hermanos me tienen assí descolorida. PUGNAVERUNT CONTRA ME: POSUERUNT ME CUSTODEM IN VINEIS. Para quitarme la afición que tenía á mi Esposo, hiciéronme lo primero guarda de viñas; pusiéronme en nuevos cuidados y ocupaciones forzosas. Lo segundo, apartáronme de la compañía de los pastores.

Dos cosas hay que entibian mucho una voluntad y hacen descrecer el amor por grande que sea; *scilicet* [á saber]: ausencia de lo que bien se quiere y ocupación demasiada en cosas diferentes. Los males de ausencia todos los sabemos; son, como dijo el poeta, olvido y mudanza; y, á la verdad, no hay amor tan firme, que ausencia no le enferme y mude; ni voluntad tan crecida, que no la disminuya; ni memoria tan continua, que no la interrumpa. Al fin, el mismo Dios, por no ser olvidado, ausentándose, trató de remediar este daño quedándose en el Sacramento del Altar. Y dijo muy bien un hombre discreto, que ausencia era un mal importunissimo, á quien está anejo el mudarse los hombres, aunque más se quieran. Suyos son estos dos versicos:

Ausencia y ocupaciones disminuyen el amor.

«Después de ausencia, ninguno
dejó de hallar mudanza.»

Pues las ocupaciones forzosas y muchas, ¿qué otra cosa acarrean al alma sino olvido? San Buenaventura confiessa de sí que en la mucha ocupación nunca pudo levantar á Dios su corazón con libertad. Y San Gregorio, Papa, no acaba de llorar su primer estado, libre de ocupaciones y cuidados. En uno de sus *Diálogos* dejó escrito: «Multum est quod uniuscujusque Præsulis mentem curarum densitas devastat. Cumque animus dividitur ad multa, fit minor ad singula; tantumque ei in unaquaque subrripitur *(sic)*, quantum latius in pluribus occupatur» ([1]). En otra parte dice el santo: «Los que podéis, huid las ocupaciones, porque cuanto alguno creciere más en ellas, tanto descrecerá en el amor divino.» Y San Bernardo *(De contemptu sæculi)*: «Sicut exercitii spiritualis, et puri cordis indicium evidens est contemptus exteriorum, sic eorumdem solicitudo certum signum est mentis incultæ» ([2]). Y Séneca, en una epístola, dice: «Omnia im-

([1]) «No es decible la distracción que acarrean al ánimo del Prelado la multitud de negocios á que ha de aplicarse. Cuanto á más cosas se quiere atender menos puede abarcar de cada una; y tanto pierde en intensidad en cada uno de los objetos á que su mente ha de acudir cuanto se aumenta el número de los asuntos que están á su cargo».

([2]) «Así como es señal evidente de pureza de corazón y amor de los ejercicios espirituales el despreciar y apartarse de las ocupaciones exteriores,

pedimenta dimitte, et vaca bonæ menti; nemo enim ad illam pervenit fortuitis occupatus» (1).

Esta es la queja de la Esposa: POSUERUNT ME CUSTODEM IN VINEIS, VINEAM MEAM NON CUSTODIVI. Claro está que el hombre ocupado en muchas cosas ha de faltarse á sí mismo. San Pablo da licencia para acudir á las necesidades de los santos *(Rom.*, XII, 73); pero de manera que no se falte á la oración y trato con Dios. Y Cristo nuestro Redentor, hablando con Marta, ocupada en muchas cosas de su servicio, le dice *(Luc.*, VII) *(sic) (a)*: «Martha, Martha, solicita es;... etc. Porro, unum est necessarium» (2). ¿Qué es este *uno* tan celebrado de los santos, tan necessario y preferido á los cuidados de Marta? Yo diría que es la condición absolutamente necessaria para vacar á Dios por la contemplación, en la cual se requiere que el corazón esté uno, y que no se distraiga ni divida ni reparta en muchas cosas.

«Qui cum uxore est, dice el Apóstol *(I Corint.*, VII, 33), solicitus est quæ sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est» (3). Los corazones de los casados nunca están unos; divídense y repártense en tantas cosas como trae á sí anejo aquel estado. El marido, en la mujer, y la mujer, en el marido, y ambos, en la hacienda, en los hijos y en las pretensiones de honra. De todo esto está libre una doncella, cuyos pensamientos no están divididos. «Cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta, et corpore et spiritu» (ib., 34) (4). El mayor cuidado que el Apóstol quería que tuviesen los de Efeso *(Ephes.*, IV, 3) era de conservar su espíritu uno. Y, á la verdad, ninguna cosa nos importa tanto para gozar de los abrazos del celestial Esposo como esta unidad. «Hæc est, inquit Plotinus, deorum et felicium hominum vita, inferiores omnino negligere voluptates, quæ consistunt in pluribus, et fuga solius ad solum» (1).

Para ir á Dios, no ha de ir el corazón diviso.

Para tratar con el solo, es necessario que estéis solo; para ir á Dios, que es uno, que seáis uno; que vuestro corazón no se divida ni se reparta por los deleites de la tierra, sino que, despreciados todos por el uno, en quien están todas las cosas con infinitas ventajas, persevere uno. San Agustín decía que la suficiencia estaba en solo uno, y la miseria y necessidad en muchos. Uno nos basta, y muchos no nos remedian. Tras de éste andaba aquel que decía *(Philip.*, III, 13-4): «Unum autem, quæ... retro sunt obliviscens, *et ad interiora* extendens meipsum, ad... bravium supernæ vocationis *persequor»* (2).

Este uno buscaron los santos en los yermos y soledades de Tebas y de Egipto. Tras éste andaba el sabio mercader que, vendidas todas sus cosas, compró la sola margarita *(Math.*, XIII, 45); y á este uno habemos de anhelar todos con toda nuestra acción, intención y contemplación, y, cuando llegáremos á él, no se nos quitará la parte de María: que agora, aunque la contemplación de las cosas divinas sea cuanto alta quisiéremos, somos retraídos della á tiempos, con culpa y sin culpa. Esto parece que quiere excusar en sí la Esposa, cuando dice: POSUERUNT ME CUSTODEM IN VINEIS, VINEAM MEAM NON CUSTODIVI.

* ARTICULO III

Quien de otros ha de cuidar, debe acogerse al trato y comunicación frecuente con Dios.

Y, á mi parecer, no es buena excusa, teniendo viña propia que guardar, decir que no la guardó por guardar las de sus hermanos. Mal

---

(a) Debe leerse *Luc.*, X, 41.

---

así, por el contrario, andar solícito en demasía en éstos lo es de un ánimo disípado y negligente en el divino servicio».

(1) «Deja todas las ocupaciones y entrégate de lleno al estudio y á la meditación; pues nadie puede llegar á poseer la sabiduria andando enfrascado en los negocios».

(2) «Marta, Marta; tú te afanas y acongojas *distraída* en muchísimas cosas. Y á la verdad, una sola cosa es necesaria».

(3) «El que tiene mujer anda afanado en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar á la mujer, y *asi* se halla dividido».

(4) «(La mujer no casada, ó una virgen) piensa en las cosas de Dios, para ser santa en cuerpo y alma».

(1) «La felicidad suprema de los dioses y de los hombres perfectos es apartarse de estos livianos y bajos placeres de las criaturas y, á solas consigo mismos, buscar el que es único y solo por esencia».

(2) «Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás y atendiendo sólo y mirando á las de delante (según el P. Angeles modifica el texto, debia traducirse: «y mirando á las de dentro») ir corriendo... para ganar el premio á que Dios nos llama».

es que á muchos apartó del amoroso y familiar trato de Dios, y les fué causa de grandes caídas. Muchos dicen: ¡Prójimos!, ¡¡prójimos!!, que les valiera más estarse en un rincón, olvidados dellos y de todas las cosas, con sola la memoria de su Criador.

Ausencia de Dios qué males acarrea.

Muy grandes son los daños que incurre un alma ausente de Dios, por faltarle el trato de la oración y el recurso á sus siervos; pero no son menores los de las ocupaciones voluntarias que algunos se toman, no sé con qué celo, y aun las forzosas de los oficios, de que nos libre Dios por su clemencia. Pero digo yo: si ausencia y ocupaciones entibian y enfrían una voluntad muy enamorada, ociosidad y conversación no la encenderán, aunque esté muy fría. De la conversación del demonio dice el santo Job *(Job,* XLI, 12): «Halitus ejus prunas *extinctas* ardere facit, et flamma de ore ejus egredietur» ([1]). ¡Oh, cuántos carbones muertos habemos visto encendidos con este soplo! ¡Cuántas veces, después de haberos encomendado á Dios, os ha acontecido, estando durmiendo, despertar con encendimientes carnales, que parecen abrasaros!

Peligrosa es la conversación de la mujer.

Pues, tan peligrosa es la conversación y soplo de la mujer. Dígalo Salomón *(sic)*, que bien lo supo. «*Ex hac* concupiscentia quasi ignis exardescit» *(Eccli.*, IX, 9): «Del trato dellas se enciende la concupiscencia como fuego.» Sólo hablar con vos una mujer os quemará y encenderá como el mismo demonio, por más espiritual que seáis. El mismo Salomón dice *(Prov.*, VI, 27, 29): «¿Podrá alguno tener el fuego en el seno sin que se queme? Sic qui ingreditur ad mulierem» ([2]). Aquel desvío que Cristo hizo á la Madalena, cuando después de resucitado quiso tocarle: «Noli me tangere, nondum enim ad Patrem meum ascendi» *(Joan.*, XX, 17) ([3]), viene muy bien á este propósito, pues dicen autores graves que no solamente fué decirle: «Sossegáos, Madalena, que aún no me voy; aquí tengo de estar cuarenta días», como cuando uno es molestado de otro para hablarle, suele decir: «Aun no nos vamos», sino que fué recato que para nuestra instrucción mostraba el Redemptor en el hablar con las mujeres, como cosa importantíssima para el buen nombre de los predicadores evangélicos. Y assí dice San Juan *(Joan.*, XX) *(sic) (a)* que se admiraron los apóstoles de que en el pozo de Jacob hablasse con la Samaritana, como cosa que raras veces lo habían visto. «Nec dicas, dice San Jerónimo, jam corpus mortuum est. Dico tibi quod diabolus vivit, cujus halitus prunas extinctas ardere facit; neque in præterita castitate confidas, quia neque tu Davide sanctior, nec Sansone fortior, nec Salomone sapientior» ([1]), los cuales todos por esa causa cayeron.

Muy bien nos aconseja el apóstol San Pablo *(I Corint.*, VII, 1): «Bonum est homini mulierem non tangere» ([2]). Josef dejó la capa, dice San Jerónimo, porque había llegado á ella su señora, temeroso de que le hubiesse puesto fuego de concupiscencia en ella. Eliano dice del áspide, cuya mordedura es sin remedio (y más habiendo comido alguna rana), que sola la mujer le vence y mata con sólo mirarle ó tocarle. La una es propiedad de basilisco, la otra del acónito ó rejalgar. Luego quien no quiere morir á manos de la mujer, ni la ha de mirar ni tocar, ni conversar con ella, especialmente si es antojadiza, ó voltaria, ó voluntariosa, que destas pocos escapan.

Y si á la comunicación se sigue la ociosidad, ¿qué mal no se le seguirá al alma? Por andar David ocioso pecó con Bersabé (*I Reg.*) *(sic) (b)*, y los malvados jueces acometieron á Susana, que en su jardín se estaba lavando (*Daniel*, II) *(sic) (c)*. Dina, hija de Jacob,

(a) Debe leerse: *Joan.*, IV, 27.

(b) Esta cita ha de leerse así: II *Reg.*, XI, 2 y sigs., en donde el nombre de la mujer de Urías se escribe Betsabee y no Bersabé.

(c) Léase: *Daniel*, XIII, 15 y sigs.

([1]) «Su aliento enciende los carbones *(apagados)*, y su boca despide llamaradas».

([2]) «Así el que se llega á la mujer (ajena)».

([3]) «No me toques, porque no he subido todavía á mi Padre».

([1]) «Y no alegues, dice San Jerónimo, que tu cuerpo está ya mortificado y sujeto á la razón. Pues yo te digo que el diablo vivo está, cuyo aliento hace arder aun á los carbones apagados; ni tengas una falsa confianza por tus victorias pasadas, porque ni eres más santo que David, ni más fuerte que Sansón, ni más sabio que Salomón, los cuales por esa causa cayeron».

([2]) «Loable cosa es en el hombre no tocar mujer»; quiere decir, guardar perfecta castidad.

(*Génes.*, XXXIV, 1 y sigs.), fué estuprada por ociosa, y fué causa de muchas muertes. Y según el Evangelio (*Luc.*, XI, 26), el demonio, habiéndole sacado de un hombre, se vuelve con otros siete peores que él, si halla la posada vacante y ociosa. Licurgo, entre otras leyes que dió á los lacedemonios, fué una que si el rey ó la reina estuviessen ociosos, los pudiesse reprehender cualquiera del pueblo; porque le pareció, y bien, que la mayor polilla ó peste de la república era la ociosidad. San Buenaventura la llamó madre de las chocarrerías y madrastra de las virtudes. Y San Isidoro dijo: «Gravius libido urit, quem otiosum invenerit. Cedit autem libido rebus, cedit operi, cedit industriæ et labori»: Ríndese al trabajo, á la industria y al cuidado la lujuria; pero si os halla ocioso, más fuertemente os acomete y con facilidad derriba; y añade el mismo: «Servum Dei sine intermissione legere, orare, et operari oportet, ne forte, mentem otio deditam, spiritus fornicationis suscipiat: cedit enim labori voluptas, animum autem vacantem cito præocupat» ([1]). Y San Juan Crisóstomo (in *Matheum)*, dice que los que tienen el espíritu del Señor no se contentan con estarse sentados y ociosos, porque el mismo espíritu que está en ellos los aprieta y fuerza á ocuparse en obras virtuosas. Séneca dijo de la ociosidad que era muerte y sepultura de hombres vivos. Y otro poeta la llamó *arma de la lujuria*. Y los santos todos la huyeron como principio y raíz de todos los males. Y nuestro Padre San Francisco mandó en su Regla [c. V] que se ocupassen los frailes en trabajos corporales, por que no diessen en la ociosidad, enemiga conocida del alma ([2]). La perdición de Sodoma y de las ciudades comarcanas, abrasadas con fuego del cielo, como lo dice el profeta Ezequiel (*Ezech.*, XVI, 49), de la ociosidad vino.

Ociosidad, madrastra de las virtudes y sepultura de hombres vivos.

Pero dejemos esto, que tan sabido está en el mundo, y hablemos al hombre interior, que es el principal sujeto en estos *Comentarios*, y infiramos desta manera. Si la conversación de una mujer, ó de un mal hombre, entrando de por medio la ociosidad, puede encender los carbones muertos y calentar las voluntades más heladas para el mal, ¿qué cosa habrá que assí caliente nuestro espíritu y le encienda en el amor del divino Esposo como tratar con Él familiarmente por la oración, echados á una parte los cuidados del siglo, y gozando del ocio que los santos llamaron santo?

No quiero tratar aquí de la necessidad de la oración, ni de los frutos que della se sacan, porque deste argumento hay escrito mucho y bueno, y porque ninguno puede haber tan torpe y rudo que lo uno y lo otro no lo haya muchas veces experimentado en sí mismo.

San Juan Crisóstomo dijo de la oración que era causa de todas las virtudes, y que, faltando ella, ninguna cosa de bien puede entrar en el alma. Y en otra parte dijo que la oración era como sustento y niervos *(sic)* del alma. Si éstos se quitassen del cuerpo, ni le quedarían fuerzas ni movimiento, luego se destemplaría y destrabaría toda la harmonía y consonancia que tienen los miembros entre sí mediante los niervos. Pues la necessidad que tiene dellos el cuerpo, essa y mayor tiene de la oración el alma. San Juan Clímaco da tantos epitectos á la oración, que parece que sola ella es la fuente y manantial de todos los bienes. Llámala unión del alma con Dios, madre de la gracia, perdón de pecados, muro contra tentaciones, puente para passar sin mojarnos el río de las tribulaciones, cuchillo de las espirituales batallas, ejercicio y obra propia de ángeles, principio de la alegría del cielo, mantenimiento del hombre inte-

Oración, causa de todas las virtudes y sustento del alma.

([1]) «Necesaria es al siervo de Dios la ocupación continua y el trabajo, leyendo, orando y dándose también á obras manuales, para no ser vencido de la lujuria. Huye ésta del alma que está asiduamente ocupada, y acomete y derriba con frecuencia y suma facilidad á la que encuentra ociosa.

([2]) Las palabras que San Francisco pone en su Regla hablando del trabajo son éstas, diferentes, según se ve, de las que aquí pone el P. Angeles: «Fratres illi, quibus gratiam dedit Dominus laborandi, laborent fideliter et devote», etc. «Los frailes, á quienes el Señor dió gracia de trabajar, trabajen fiel y devotamente», etc.—Véanse los expositores de la Regla, especialmente San Buenaventura, *Expositio super Regulam Fratrum Minorum* (se halla en el tomo VIII, citado otras veces, de la edición crítica de sus obras, Quaracchi, 1899, págs. 419-20) y la Constitución Apostólica de Nicolás III, *Exiit qui seminat*, art. XVI.

rior, lumbre del entendimiento, destierro de desconfianza, estribo de la esperanza cristiana, etc. San Bernardo dice otro tanto, y todos los santos nunca acaban de celebrar la oración. Y en la Escritura ninguna cosa hay tantas veces repetida, y yo creo que es tan propia y especial de los cristianos, que entre todas las naciones del mundo, en solos ellos se halla.

Y no es pequeño argumento para que se conozca la virtud de la oración ver que aquellas dos principales glorias y testimonios de Cristo, que se descubrieron en su bautismo y transfiguración *(Math.*, III, 16-7, y XVII, 5), acaecieron estando en oración, que, á la verdad, para reformar el hombre sus costumbres y transformarse y mudarse en otro varón, no hay ejercicios ni camino como el de la oración. Allí es adonde recibe luz el entendimiento, y adonde se renuevan las vestiduras y atavíos del alma y se ponen más blancas que la nieve. Lo cual con palabras harto obscuras significó el mismo Dios al santo Job, diciendo *(Job*, XXXIX, 26): «Numquid per sapientiam tuam plumescit accipiter, expandens alas suas ad Austrum?» «¿Por ventura tu sabiduría muda las plumas al gavilán cuando bate sus alas al Mediodía?» Pónese esta ave, dicen los naturales, á lo caliente del medio dia, y con el calor ábrense y dilátanse los poros, y, batiendo las alas, con el ejercicio y movimiento cáense las viejas y salen los cañones nuevos, y assí queda remozada y otra de la que antes era. Grande maravilla es ésta verdaderamente en las obras de la naturaleza; pero mucho mayor lo es en las de gracia desnudarse un alma del antiguo Adán y vestirse de Cristo; mudarse las costumbres del hombre viejo y vestirse de las del nuevo.

Mas, ¿cómo se hace esta mudanza? Convirtiéndose el alma, por medio de la oración, á los rayos calientes del Sol de justicia, y despidiendo allí suspiros, y aleando con afectos y desseos del cielo, y invocando y pidiendo el favor divino: que á este tiempo sopla el aire del mediodía, que es el favor del Espíritu Santo, y con su templado calor y movimiento dulce la esfuerza y ayuda á echar de sí todas las plumas viejas, para que se dé lugar á las nuevas de las virtudes y santos desseos, que alli comienzan á renacer. A lo menos, la experiencia de cada día nos tiene enseñados que, al passo que anda la oración, á ésse anda la vida espiritual; como el mar y la luna, que á una crecen y á una menguan, assí es ciertamente que conforme á la creciente ó menguante de la oración es la creciente ó menguante de la devoción y del espíritu.

Con la oración se alcanza victoria de los enemigos visibles é invisibles.

Figura claríssima desso fué lo que cuenta la Sagrada Escritura de Moisén, que cuando tenía las manos en alto vencía el pueblo de Israel, y Amalech cuando las bajaba *(Exod.*, XVII, 11). Y, á la verdad, la vitoria de nuestras passiones y tentaciones, y la de nuestros enemigos visibles y invisibles, está como colgada de la virtud y fuerza de la oración. Y assí como cuando las manos de Moisén andaban cayendo y levantando, caían y se levantaban los hijos de Israel, y andaba la victoria dudosa por ambas partes; mas después que, entendido el peligro, se afirmaron las manos para que no se bajassen, luego la vitoria contra los enemigos se perpetuó, assí de la misma manera passa en el caso: á ejercicios de la oración quebrados y interrumpidos se siguen muchas caídas y quiebras en la vida espiritual, y pocas veces se cuentan vitorias; pero son certíssimas si en la oración hay firmeza, constancia y continuación. Por esto dijo Cristo por San Lucas *(Luc.*, XVIII, 1): «Conviene orar siempre, y nunca desfallecer ó faltar en la oración.»

Y basta esto para que cada uno entienda la necessidad que tiene deste ejercicio, y aun la obligación de no faltar en él, assegurándole que los frutos que cogerá, si como conviene ora, serán copiosissimos, especialmente si á la oración ó conversación divina acompaña, como decíamos, el ocio santo. No digo ociosidad, sino ocio honesto, porque la ociosidad es vicio, ó, por decir lo cierto, madre de todos los vicios; el ocio honesto es necessario para aliviar el ánimo fatigado y cansado con los ejercicios de letras, ó con los negocios y ocupaciones de cada día. Cicerón (lib. I de *Oratore)* decía á este propósito que de la manera que las aves para criar sus hijos hacían sus nidos, y para descansar de aquel trabajo volaban libres por los aires á una parte y á otra, assí nuestros ánimos fatigados y cansados apetecen desenfadarse y espaciarse, libres de cuidados y ocupaciones penosas. Y Séneca (libro II, *epist.* 59) dice que como el escultor, no pudiendo perseverar mucho tiempo fijos y intentos los ojos en la labor que hace, porque

pierde la luz dellos, le es forzoso revocarlos de aquel ejercicio y como apacentarlos por otras cosas diferentes, assí nosotros debemos relajar el ánimo y recrearle con alguna manera de entretenimientos, con tal que essos sean obras fructuosas, para que del ocio se saque provecho, como de la ocupación. Plinio (libro XVIII, cap. XXVI) dice que como las tierras que descansan y huelgan algún tiempo, cuando las siembran, recompensan con los muchos frutos lo que holgaron, assí la relajación moderada y alivio de los ingenios hace que, vueltos á los estudios, en poco tiempo aprovechen más que en mucho aprovecharan sin esta remissión y holganza. Al fin, como dijo Plutarco (in *Moralibus)*: «Como hay necessidad de dormir para recrear los miembros y descansar todo el hombre, assí la hay del ocio y de algunas honestas recreaciones para alentar el ánimo cansado: que si el arco estuviesse mucho tiempo flechado, ni haría cierto el tiro ni tendría efecto.»

La honesta recreación es necessaria en la vida espiritual.

Este ocio honesto tiene lugar y es necessario en todos los ejercicios de la vida presente, assi en el de Marta como [en] el de María. Pero el que llamaron los santos *santo*, es de tan pocos, que sólo pienso que ha quedado dél en el mundo el nombre, porque aun lo que es apenas se sabe. Gerson *(Trac.* 24) dice que es la quietud de la contemplación, de que gozaba la Madalena á los pies de Cristo, que reprehendida de su hermana, no volviendo por sí, tuvo por su defensor y abogado al mismo Cristo, el cual juzgó por mejor aquella ociosidad que toda otra ocupación *(Luc.*, VII) *(sic) (a)*. Parecióle á Marta que estaba ociosa María, como les parece á algunos del siglo de los religiosos contemplativos, que porque no aran, ni cavan, ni se distraen por las cosas temporales, los invidian á la buena vida, no digo santa vida, sino ociosa, que assí la llaman ellos. Y si María no ayudase á Marta, ¿qué sería del mundo? El abad Dacriano (in *Speculo Monachorum*) dice que el ocio santo es quando anima Deo dedita, ab omnium sensibilium rerum strepitu ac imaginatione exempta, in interno silentio et dilecti sui beatissimo complexu, veluti otiosa requiescit. «Si eo, inquit, te deduxerit manus Domini, utiliter, feliciterque otiosus eris» ([1]).

(a) Debe corregirse, leyendo *Luc.*, X, 42.

Yo pienso que este ocio santo es el que enseña San Dionisio á su discipulo Timoteo, de que traté largamente en el capítulo XV de la primera parte de los *Triunfos* ([2]), que, en una palabra, es cessación y adormecimiento de los sentidos y de todas las potencias inferiores, y, lo que es más, de los discursos del entendimiento y razón, para que el espiritu, puro y libre de imágenes y figuras, goce de su Dios por la quieta contemplación. Adonde se hallan dos cosas en sí contrarias; *scilicet* [á saber], ociosidad y ocupación; y la una y la otra son santas, y que se compadecen en un sujeto: sentidos ociosos, y el ánima, según el afecto, ocupadíssima y toda actuada, como dicen los contemplativos, en Dios. Destos ociosos ocupados, pocos y dichosos. Aquí es adonde crece el conocimiento y el amor del Esposo, y en este estado se hallaba el alma cuando la inquietaron sus hermanos con darle el cargo de las viñas ajenas, apartándola de la compañía de las pastoras, y essa es su querella: POSUERUNT ME CUSTODEM IN VINEIS, VINEAM MEAM NON CUSTODIVI.

Pero es de consideración que, conociéndose distraída y impedida para sus antiguos ejercicios con los cuidados ajenos, procura su remedio adonde tan solamente se puede hallar, que es la oración. Por lo cual, convertida toda á su Esposo celestial, le dice: «Indica mihi», etcétera ([3]).

* ARTÍCULO IV

Otras versiones sacadas del griego, hebreo y caldeo, y aplicación de las mismas á Cristo, á sus apóstoles y á personas particulares.

Ahondemos más, si pudiéremos, y veamos, cotejadas, diferentes exposiciones, y vistos

---

([1]) «Ocio santo es aquel estado en que se encuentra el alma cuando, dándose por entero á Dios, se ve libre del ruido y barullo de las cosas exteriores y aun de las de su propia imaginación, disfrutando dentro de si misma de una intima paz y secretísimo silencio. Y añade: si Dios te lleva á ese estado, útil y muy feliz y fructifera será esa ociosidad».

([2]) Véase OBRAS MÍSTICAS DEL P. JUAN DE LOS ANGELES, Madrid, 1912, tomo I, pág. 357 y sigs.

([3]) En la *lección V* pondremos la traducción íntegra de este versículo, cuyas primeras palabras aduce aquí el P. Angeles.

otros comentadores de nuevo, si hallamos alguna más claridad en las palabras de la Esposa, que, aunque se ha dicho mucho, no quedo yo satisfecho: NOLITE ME CONSIDERARE QUOD FUSCA SIM, QUIA DECOLORAVIT ME SOL. FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT CONTRA ME. POSUERUNT ME CUSTODEM IN VINEIS, VINEAM MEAM NON CUSTODIVI.

Los Setenta leen: «Nolite aspicere me, quia ego denigrata sum, quia despexit me sol. FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT IN ME, etc. Orígenes: «infuscata»; Ambrosius (de *Isaac*, cap. IV): «obfuscata»; Sanctes: «Ne respiciatis quod paululum denigrata sum: quia aspexit me sol. Filii matris meæ irati sunt in me: posuerunt me custodem vinearum. Vineam meam, quæ est mihi, non custodivi.» Vatablus: «Ne me spernatis quod fusca sim, eo quod me sol, radiis feriendo, intuitus est: filii namque matris meæ in me excandescentes, posuerunt me custodem vinearum adulterinarum, ego autem vineam meam non custodivi.»—(In annotationibus ejusdem): Filii, id est, fratres mei, posuerunt me custodem, id est, totis viribus conati sunt ponere me custodem vinearum adulterinarum. *Vineam meam*, hebraismus est; id est, vineam meam mihi commissam; id est, congregationem fidelium non custodivi; id est, non custodissem (præteritum perfectum pro plusquamperfecto); subaudi: «Nisi fuissem adjuta auxilio Sponsi mei»; harto se declara con esta advertencia. Orígenes lee: «Despexit me Sol»; id est, oblique aspexit. Ambrosius (de *Isaac*): «Quoniam non est intuitus me sol.» Hier.: «Quia despexit me sol»; sive ut in Hebreo: «Decoloravit me sol.» Aquila: «Quoniam combusit me sol.» Simachus: «Torbe inspexit me Sol.» Theodoretus: «Torrefecit me Sol» *(a)* Tostóme el sol, como suele á las pastoras y mujeres de campo, que andan siempre tostadas del sol: vel Decoloravit me sol; id est, in conspectu solis; id est, Christi sponsi *(Malach.*, IV) vel: in comparatione ad ipsum, alias pulchra, nigra sum, quia omnis misericordia, vel justitia cum divina justitia comparata, injustitia esse videtur. *Job.*, IX, 30: «Si *abluero me* quasi aquis nivis, et fulserint, ut mundissimæ manus meæ, *adhuc* sordibus intinges me» (¹).

Osorio, lusitano, en sus *Comentarios sobre los Cantares*, declara, á mi parecer elegantemente, el sentido de toda esta lección y la pasada en breves palabras: NIGRA SUM, SED FORMOSA FILIÆ HIERUSALEM, etc.; y dando la razón: NOLITE ME CONSIDERARE QUOD FUSCA SIM, etc.; quasi dicat: No penséis, hijas de Jerusalén, que es amor ciego y sin razón el que me tiene mi Esposo, que suele [el amor ciego] amando lo feo, juzgar que es hermoso. *Negra soy*, yo lo confieso; *pero hermosa*; *quasi dicat* [como si dijese]: Lo moreno ó lo tostado no me ha empecido ni menoscabado la hermosura, especialmente que esse color fusco no le he contraído por andarme vagueando, sino siguiendo á mi Esposo y apacentando con Él su ganado.

Dice bien, por cierto, que no afean las fealdades cuando se contraen en servicio de la cosa amada. ¡Qué bien le parece á la dama la cuchilllada en el rostro de su galán cuando por servirla y defenderla la recibió! De aquí vino San Bernardo á decir que le parecía más hermoso Cristo desfigurado en la cruz que transfigurado en el Tabor, y mejor entre los ladrones que entre los ángeles, porque allí hacía el mayor argumento del amor que tuvo á los hombres y descubría más su grande caridad. Pues, ¿por qué se había de desagradar el Esposo del color tostado de su Esposa, pues que por andarse con Él en el campo, pastoreando sus ovejas, le había contraído? Cuanto más perseguida la Iglesia, y más morena con trabajos padecidos por Cristo, más hermosa parece en sus divinos ojos. Entre las ollas y morillos, ó

Cristo crucificado parece á los justos más lindo que transfigurado.

(*a*) Todo este pasaje, en que el P. Angeles, contradiciendo en cierto modo su propósito, acumula las diversas interpretaciones que los Santos Padres han dado al versículo que él ha explicado en los artículos precedentes, es de mera erudición escrituraria y de poca ó muy escasa utilidad para el conocimiento de las doctrinas espirituales. Por esta razón no lo traducimos, ya que se reducen todos los citados pareceres y las diversas maneras de leer el texto sagrado á una simple diferencia de palabras.

(¹) Todo este párrafo viene á decir, en resumen: «En comparación del esposo de mi alma, Cristo, negra soy y deforme, porque toda perfección y virtud humana, comparada con la divina, es deformidad, como se dice en el libro de *Job*: «Por más que me lave con aguas de nieve, y reluzcan mis manos de puro limpias, sin embargo, me tendrás como sumergido en inmundicia».

entre los tizones desechada y maltratada, le parece una paloma, plateado el pecho, y las espaldas de color dorado. «Si dormiatis, dice el Profeta (*Ps. 76) (a)*, inter medios cleros, pennæ *(b)* columbæ deargentatæ, et posteriora dorsi ejus in pallore auri» ([1]).

Filii matris meæ pugnaverunt contra me.

Quéjase de los agravios que ha recebido de sus hermanos por guardar la fe á su Esposo, y de que por impedirle el andarse tras dél, ó por castigo, la echaron de casa y la hicieron guarda de viñas. La letra assienta bien y, en el sentido dramático, tiene curiosidad y no le falta su espíritu; que, á la verdad, las persecuciones que ha padecido y padece la Iglesia, por seguir á su Esposo Cristo las ha padecido. Y todo el hipo y ansia de los tiranos ha sido apartarla de Él y divertirla de su amor.

Fray Luis de León, sobre estas palabras de la Esposa, encarece mucho el cuidado della en excusar su color, por parecer mujer ó guardar su estilo. «Es tan grande el apetito, dice él, de parecer hermosas las mujeres, que si se halla en ellas alguna nota de fealdad, procuran con todas sus fuerzas remediarla ó excusarla, como excusa esta pastora la suya, afirmando que no le es natural el moreno, sino accidental;» quia dum ruri, in custodiendo agro occupatur, et solem nuda facie excipit, id contraxisse dicit. Additque tali vitæ generi, non tam sponte sua vacasse se, quam injuria suorum; in quo præclare a Salomone servatum est personæ decorum. Nihil enim quæ rusticam vitam ageret, cur nigra esset causari poterat, aut vero similius, aut suæ personæ magis aptum, quam sole perustam diceret ([2]).

En la segunda exposición llama moreno en la Esposa las reliquias de Adán el viejo, ó de la vida passada, y el sol dice que es el *fomes*, que no se apaga en nosotros en tanto que vivimos en carne mortal. Esse nos hace morenos, y nos vuelve como de Etiopía muchas veces; es fuego que nos abrasa y vuelve en ceniza. Al fin, herencia de padres para ejercicio y mérito, y aun para conservarnos en humildad. Pecado le llama San Pablo, en el sentido que ya declaramos, non quia vere peccatum sit et culpa, sed quoniam ex peccato est, et ad peccatum inclinat ([1]). Y también le llama *ley de miembros*, que repugna y contradice á la ley del espíritu, y nos trata como negros. «Desdichado hombre, dice *(Rom.*, VII, 24), ¿quién me librará de la mazmorra deste cuerpo afrentoso y de muerte?» Y por que no se entienda que de su naturaleza tiene este color fusco; porque, según ésta, apetece lo honesto y justo, sino por fuerza y á más no poder, añade: FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT CONTRA ME. Y llama hijos á los sentidos corporales y á aquellas fuerzas del ánima que con tanta hermandad crió Dios en el hombre, los cuales todas, por astucia de la serpiente engañosa, entrando de por medio el pecado de la desobediencia, se rebelaron contra la razón y la hacen perpetua guerra. PUGNAVERUNT; vel ut in Hebræo: «Excandescunt»; id est, incenduntur eo igne, quem ex serpente conceperunt, idque eo usque faciunt, quoad custodem illam ponunt in vineis; hoc est, in eis bonis, quibus ex bonis ipsæ fructum aliquem lætitiæ, atque jocunditatis percipiunt, efficientes, ut ipsarum cupiditati ratio ministret *(a)*.

(a) En lugar de 76 debe leerse: *Ps. 67*, 14.

(b) Hallamos escrita esta palabra *pœnœ* en vez de *pennœ*.

(a) Da á entender el P. Angeles en estas palabras, en las cuales adopta una nueva interpretación de las del texto sagrado, que nuestros sentidos y potencias, por efecto de la primera culpa, son enemigos ó contradicen al alma obligándola en cierto modo á condescender con ellos en muchas ocasiones, cuando quiera que se ofrece un objeto que halaga las inclinaciones naturales, á veces aun haciendo que la razón se sujete á la concupiscencia.

([1]) «Cuando dormiréis en medio de peligros, *seréis* como alas de paloma plateadas, cuyas plumas por la espalda echan brillos de oro».

([2]) Pues dice que ha contraído ese defecto en el color de su rostro por andar al sol, en el campo, ocupada en la guarda de la heredad que se le habia confiado. Y añade que no ha sido gusto ni capricho suyo, sino imposición de sus allegados el darse á tal género de ocupaciones, con lo cual supo Salomón guardar el decoro debido á la cualidad de las personas. Puesto que, quien anda ocupado en faenas del campo, ninguna causa puede aducir más verosímil ni más honrosa que ésta si llega á verse tostado por el sol.

([1]) No porque en realidad de verdad sea él pecado, sino porque procede del pecado é inclina á cometerlo.

Al fin, lo vemos cada día y hora servir lo racional y espiritual á lo corporal y sensual, y tratar de sólo lo que hace al cuerpo y sentidos: del regalo de la comida, del entretenimiento de los bienes de la tierra, hechos los hombres abominables, como lo son las cosas que aman y en que se han transformado. ¡Triste del alma hecha guarda de viñas ajenas, nos ocupada en cuidados peregrinos á ella y ajede su nobleza grande! ¡Maldita de Dios, como lo eran los animales que tenían muchos pies y andaban el pecho cosido con la tierra! De aquí viene el descuido de la propia viña, el olvido, digo, grande de la conciencia propia, que en espíritu vió Salomón «llena de ortigas y abrojos, sin labrar y sin cerca, aportillada y baldía y común de todos» *(Prov.*, XXIV, 31).

VINEAM MEAM NON CUSTODIVI. En el hebreo se repite *Meam, meam,* vel mihi, non custodivi. Hace sentimiento y lástima. No guardé mi viña, mi viña; *id est* [esto es], la que era mía propia y me convenía guardar, ó la que yo fuera razón que guardara. Que no hay cuenta ya con el alma más que si fuera de perro, ó de jumento, que se acaban con el cuerpo. «Transierunt in affectum cordis» *(Ps. 72*, 7) ([1]). Estamos transformados en carne y hechos carne, sin memoria de cosa que pertenezca al alma, ni recuerdo de nuestra salvación. ¡Oh, cuántos podrían decir: Pusiéronme por guarda de viñas ajenas, y no guardé la mía, mía! Ajeno es todo lo que sirve á la carne y á los sentidos del cuerpo, y propio, lo que toca al alma. De aquéllo sólo se cuida en el mundo, y nadie se acuerda destotro.

En la tercera exposición amonesta este doctor que no debemos reparar en sólo el color y apariencia de las cosas, porque, como dice el proverbio, muchas veces «debajo del sayal hay al» *(a).* Y el que en los ojos de los hombres anda desfigurado, en los de Dios es hermosíssimo. Sic Ecclesia foris misera apparet, sed intus spe valde locuples est. Insuper, hæc misera species non illi natura inest, ita ut exuere miseriam non possit, sed fraude ad tantam indignitatem pervenit, quod, exponit statim: FILII MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT, etc. Angelos apostatas vocat fratres, quia ab eodem patre geniti sunt. Estos la hicieron guerra con envidia que tuvieron desu gloria, y, al fin, vencieron y la echaron del Paraíso, y la ocuparon en trabajos y vida miserable. VINEAM MEAM NON CUSTODIVI; id est, illam beatam, et cœlesti simillimam, amisi vitam ([1]).

Genebrardus super hunc locum, fratres Ecclesiæ apellat cæteros hominum cætus, qui in suis illam persecuti sunt semper, occupantes eam negotiis, et vexantes eam curis multis: adeo ut vineam suam non servaverit, sed reliquerit incultam, squalentem injuriis, et prædis omnibus expositam; quasi dicat: coëgerunt me servire hujus sæculi negotiis, meaque relinquere. Sed quæ mater Ecclesiæ, cæterorumque cætuum infidelium? «Natura, inquit; cujus nos omnes sumus filii. Vinea autem Ecclesiæ, possessio exterior, loca sacra, et dedicata Deo. Usus item liber religionis, quem impii solent invertere» ([2]).

(a) Al, apócope de *aliud* (otra cosa): adjetivo anticuado.

([1]) «Abandonáronse á los deseos de su corazón».

([1]) Asi sucede con la Iglesia, que, aunque de fuera aparece como pobre y desvalida, interiormente es rica por las esperanzas que abriga en las divinas promesas. Y aun bueno es advertir que aquel exterior despreciable no le es de tal modo connatural que no pueda verse libre de él, pues si á tal estado llegó, fué por culpa de sus mismos hermanos, en los cuales se señalan los ángeles apóstatas y prevaricadores, que, habiendo sido también criados por Dios, se convirtieron después en enemigos nuestros. Con razón, pues, puede decir el hombre, hijo de Dios y de la Iglesia, que no guardó su viña; esto es, que perdió aquella vida feliz, tan semejante á la del cielo, de que gozaba en el paraíso.

([2]) Sobre este lugar, Genebrardo llama hermanos de la Iglesia á todos los hombres, fueren los que fueren, que la han perseguido como á porfía, procurando apartarla de sus fines sobrenaturales y queriendo inmiscuirla en negocios y asuntos temporales, dejando, entre tanto, inculta y abandonada la herencia celestial que de su divino Fundador le había sido confiada. Y es como decir: me obligaron á tratar los negocios temporales y descuidar los espirituales.—Pero, ¿quién, pregunta, es esta madre común de la Iglesia y de todos los demás hombres? La naturaleza, ó, mejor dicho, Dios, responde, de quien todos somos hijos por la creación. Viña de la Iglesia son todos aquellos bienes que le pertenecen en el mundo; los templos y cuanto está consagrado al culto divino, ó también el libre ejercicio de la religión, al cual nunca han cesado de poner obstáculos los enemigos de Dios.

Algunos entienden por hijos de la Iglesia á los herejes, por haber renacido della en el Bautismo. Pero no lo pueden ser de solo padre, por lo que dijo San Cipriano (lib. de *Simplic. prælato)*: «Non habet, inquit, Deum patrem, qui non habet matrem Ecclesiam.» Et constat ex difinitione Ecclesiæ tradita a Nicolao I *(De consecrat.*, dist. 1, c. *Ecclesiæ)*: «Quod sit multitudo hominum fidelium baptizatorum in fide et cultu unius Dei convenientium *(capite dicto finali)* supra naturaliter», cujus explicationem optime tradit Bellarminus (tom. I, lib. III de *Ecclesiæ*, c. I). «Ecclesia enim dicitur una propter unitatem fidei: qui ergo non servant eandem fidem, non pertinent ad Ecclesiam;» sic diffinit Innoc. III in Concilio Lateranensi et habetur *cap. firmiter* de summa Trinitate. Si enim fides est fundamentum Ecclesiæ, qui non est fundatus in fide, de Ecclesia non erit. Quare merito Divus Augustinus inilla verba *primæ* ad *Cor.*, III, 11: *Fundamentum aliud nemo potest ponere*, ita inquit: «Si Christus est fundamentum, proculdubio fides Christi; per fidem enim habitat in cordibus nostris».

Unde valde fuit deceptus Alphonsus de Castro *(a)* (lib. II de *Justa hereticorum punitione)* cum aliis cap. XXIV, docens hæreticos saltim occultos, esse de Ecclesia. Cum enim fides sit initium vitæ spiritualis, qui illa caret, influxu vitali a capite Christi carere necesse est. Non erit ergo membrum Christi: ut enim docet Ciprianus (lib. I *Epistolarum*, epist. 3, ad Cornel.): «Idem est esse christianum, et esse de Ecclesia.» Et in Tridentino (decreto *de justificatione*) dicitur: «Fidem quæ est in homine peccatore, facere illum vere christianum, quamvis, nisi accedat charitas, nec perfecte uniat cum Christo, nec vivum ejus membrum efficiat.» A contrario ergo, qui non habet fidem, non erit christianus, neque de Ecclesia. Neque obstat quod hæretici recipiant a Deo et Christo specialia auxilia, et motiones: quia hæc non recipiunt tanquam membra conjuncta, videlicet, sed tanquam separata, ut conjungantur; sicut cibus in stomacho participat virtutem caloris naturalis vitalis ut transmutetur in substantiam viventis. Sicut ergo non est actu membrum corporis, quod non recipit vitalem influxum ab anima, ut sensum, motum, aut nutritionem, ita non est actu membrum Ecclesiæ, quod ab Ecclesiæ anima, quod est Spiritus Sanctus, motum non participat. Hunc autem non recipiunt hæretici, cum non moveantur motu aliorum membrorum: non ergo sunt de Ecclesia, quam Paulus cuidam magno corpori comparat. Ita docet Gregor. (lib. XII *Moralium*, cap. XIX) affirmans omnes hæreticos, etiam occultos, a sancta universali Ecclesia fuisse egressos. «Persecutores justorum, ait quidam, appellat Sponsa filios matris suæ, naturæ videlicet ut jam diximus: sed quia sunt de eorum numero, quos Joannes (*Joan.*, I, 13) dicit *natos ex sanguinibus, et ex voluntate carnis, aut ex voluntate viri*, non censentur habere eundem Patrem Deum, a quo homines per gratiam generantur.» Alii sic interpretantur illud *Decoloravit me sol;* id est, lux divina quæ mortificationem corporis affert [1]. Luego

(a) Acerca de este celebérrimo escritor franciscano, que no sólo fué insigne en ciencia teológica, sino también señalado en virtudes y uno de los teólogos más notables de su siglo, asistiendo en calidad de tal al concilio Tridentino, puede verse WADINGO, *Annales Minorum*, ed. 2.ª, t. XVI, pág. 190, y FRAY JUAN DE SAN ANTONIO, *Bibliotheca Universa Franciscana*, Madrid, 1732, pág. 40-2, y otros citados por éste. Los fundamentos y el alcance de la opinión que aquí le atribuye el P. Angeles pueden verse en la obra citada, *De justa hæreticorum punitione*, Salmanticæ, 1547. A nuestro juicio, habla en un sentido distinto del que aquí explica el P. Angeles, y no vemos dificultad en admitirla tal y como Castro la expone. Por no alargar esta nota y no ser muy pertinente ventilar en este lugar cuestiones teológicas, omitimos sus palabras, que pueden verse en el libro citado fol. 169 v., col. 3.ª, y 170 r., cols. 1.ª y 2.ª Bueno será advertir que en ese lugar no se propone Castro defender expresamente esta doctrina, sino que la explana incidentalmente y como una objeción que él mismo formula en contra de lo que allí trata.

[1] «No puede tener por Padre á Dios, dice San Cipriano, quien no venera como madre á la Iglesia católica». Así consta por la definición que el Papa Nicolás I dió de ésta, diciendo que «es la multitud de los fieles bautizados, unánimes en la fe sobrenatural y en el culto de un solo y único Dios verdadero»; como muy bien explica Belarmino. Una, pues, se llama la Iglesia por la unidad de la fe, y, de consiguiente, los que se apartan de la fe de la Iglesia no pueden pertenecer á ella, según lo definió en el Concilio Lateranense Inocencio III. Porque si la fe es el fundamento de la Iglesia, mal puede ser miembro de ésta quien no estriba en la fe. Por esta razón, sobre aquellas palabras del Apóstol: *Nadie puede poner otro fundamento que el que ya ha sido pues-*

se conoce á dónde reverbera el sol de justicia, y la luz divina á dónde mora, porque se sigue mortificación y menosprecio del humano lustre y de todo el ornato y atavío exterior. Optima hæc expositio: VINEAM MEAM NON CUSTODIVI; id est, sic servare non potui, quin aliquid adversi paterer, vel, quasi dicat: ¿quomodo alienas animas custodiam, qui meam vix possum? ([1]).

Philo, episcopus Carpathius, in bonum interpretatur hunc aspectum solis, fratruumque Sponsæ pugnam; quasi dicat Sponsa: «Nolite me despicere ob delictorum meorum nigredines, quoniam circumfulsit me Sol justitiæ Christus» ([2]).

Confiessa el estado de la culpa, que la hacía negra, y el de la misericordia de Cristo, que la tiene blanca más que la nieve. Ut vere de ipsa possit dici: «Sicut tenebræ ejus, ita et lumen ejus» *(Ps. 138*, 12). Facta est igitur candore vitæ lucida, quæ antea tota tenebris obducta erat, idque per sanctissimos Apostolos. FILII, inquit, MATRIS MEÆ PUGNAVERUNT CONTRA ME Guerra santa que se debe anteponer á la paz humana, cualquiera que sea. Pugnam pacificam appellat, pugnam apostolorum, et apostolicorum virorum adversus vitia, et idola. Horum enim fortissimis virtutum præliis, insuperabilique victoria, demolita sunt idola, fugati dæmones, depulsa scelera, virtutes insertæ, vitæ lux restituta animis, commostratumque rectum iter redeundi ad patriam, et verum, et unicum Dei Filium, totius humani generis Redemptorem, agnoscendi, colendi, amandique, et assequendi principium, et finem nostræ beatitudinis, atque felicitatis. Hi sunt bellatores fortes, hi duces invicti, etc. ([3]).

Guerra santa que se debe anteponer á la paz, cuál es.

---

to, que es Jesucristo, dice así San Agustín: «Si Jesucristo es el fundamento, desde luego la fe de Cristo lo es igualmente, puesto que Él por medio de la fe habita en nuestras almas».

De aquí puede ya inferirse la falsedad de la opinión sustentada por Alfonso de Castro, con otros varios, que afirman que los herejes, al menos los ocultos, no están fuera de la Iglesia. Porque si la fe es el principio y la raíz de la vida espiritual, forzoso es que carezca de ésta quien ha abdicado de aquélla. No será, pues, miembro de Cristo; pues, según San Cipriano, lo mismo significa ser cristiano que ser hijo de la Iglesia. Y el Concilio Tridentino enseña que «la fe, cuando el hombre se halla en pecado, aunque por estar sin la caridad no le une con Cristo ni le hace miembro vivo suyo, sin embargo conserva en él el carácter de verdadero cristiano». No puede, por lo tanto, quien no conserva la fe, ni ser cristiano, ni pertenecer á la Iglesia.—Ni vale en contra de esto el decir que los herejes reciben de Dios ciertos auxilios é inspiraciones; porque no participan de estos bienes espirituales como miembros vivos, unidos á su cabeza, sino que precisamente los reciben como miembros separados de ella, á fin de disponerlos á reanudar la unión con Cristo por medio de la fe y de la caridad; como el manjar por medio del calor natural se transforma en materia asimilable y apta para nutrir al que lo come. Así, pues, como no es miembro del cuerpo aquel que no recibe del mismo influjo alguno, ni sensibilidad, ni movimiento, ni nutrición, del mismo modo no es miembro de la Iglesia aquel que no recibe vida ni movimiento del Espíritu Santo, que es alma de la misma, en cuyo caso se encuentran los herejes, por estar distanciados de todos los demás fieles. Tal es también la sentencia y el parecer de San Gregorio, quien afirma que los herejes todos, sin distinción, están fuera de la Iglesia. Otro autor añade: «Entiende aquí la Esposa por hijos de su madre, según la naturaleza, á todos los que en los diversos tiempos han perseguido á los justos, los cuales, como son de aquellos, quienes, según el dicho de San Juan, *han nacido de la sangre y de la voluntad de la carne y del querer del hombre*, puede decirse que no tienen á Dios por Padre, de quien los hombres reciben la vida de la gracia». Otros, aquel: *me robó el sol mi color*, lo refieren á la luz divina que, iluminando poderosamente á las almas, las inspira y alienta para la vida mortificada y penitente que quita el vigor y la lozanía al cuerpo...

([1]) Buena y aun óptima interpretación puede ser esta: *No guardé mi viña*, esto es: no pude ser tan afortunada que me viera libre de muchos y muy grandes quebrantos; ó, en fin, yo, que no pude guardar del todo mi alma, ¿cómo podré responder de las ajenas?

([2]) Filón, obispo de Carpacia, interpreta en buen sentido este *quemar del sol* y *las persecuciones movidas por los hermanos de la Esposa*. Es, dice él, como dar á entender que hasta que el sol de justicia, Cristo Jesús, no ilumina á las almas, no se ven éstas libres de las fealdades y manchas de la culpa.

([3]) Tal es la limpieza que el alma recibe de Cristo, que con toda verdad puede de ella decirse lo que, en otro sentido, dijo el real Profeta. De Dios decía David: «Oscuridad y claridad son para Tí una misma cosa»; pues del alma, iluminada por Cristo y purificada por la gracia, puede decirse que cuanto más fea y denegrida estuvo antes por la culpa, tanto ahora más blanca y hermosa; merced que la Iglesia

Hasta aquí no se puede pedir más á este sentido; pero en lo que se sigue: POSUERUNT ME CUSTODEM IN VINEIS, VINEAM MEAM NON CUSTODIVI, no corre la declaración como yo quisiera. Digamos que estos hijos de la madre de la Esposa, que son los apóstoles, con su grande caridad la forzaron á que se encargasse de las viñas aje.as, esto es; de las iglesias particulares del pueblo gentílico, dejada la propia, que es Judea, por justo juicio de Dios, como queda dicho «Ecce convertimur ad gentes.» [1] Ocupóse la Iglesia en la labor de los gentiles, porque los judíos le desmerecieron á Dios esse cuidado. San Gregorio Nisseno, Psello y los tres padres, tratando del moreno de la Esposa, excusan mucho á la naturaleza y dan el vicio á la voluntad y libre albedrío.

El sol accidentalmente calienta y quema.

Divus Dionysius (lib. de *Divinis nominibus*, capitulo IV: *de malo culpæ)*, dice: «Malum, et præter naturam, et præter causam, et præter intentionem. Observandum ex philosophia est, quod non est proprium solis denigrare, aut decolorare, vel etiam comburere, seu calefacere, nisi forte per accidens, aut ratione subiecti. Proprium enim solis est lucere, et illuminare, et conservare; non enim calidus est formaliter, sed eminenter. Si quis enim, teste philosophia, manum applicaret soli, non calefieret. Unde Aberroes: «Calor, inquit, æquivoce dicitur de calore solis, et stellarum, et ignis; nam calor ignis corrumpit, calor vero solis vivificat.» *Ps. 8 (sic) (a):* «Nec est qui se abscondat a calore ejus»; scilicet, solis vivifico. (Habetur lib. de *Substantia orbis*, c. II, et lib. *Metaphis.*, 12, c. XVIII, et lib. de *Generatione*, c. III). Proprium ergo solis est illuminare, et non denigrare, nisi forte per accidens; eademque ratio est de inmateriali sole; id est, Deo. «Quemadmodum enim, ait Philo Jud. (lib. de *Charitate*, tom. II), sole exorto, evanescunt tenebræ, et luce complentur omnia: eodem modo, quando Sol ille divinus illucescit animæ humanæ, statim vitiorum, affectuumque omnium caligo depellitur, et splendidissimæ virtutis, pulchra, amabilisque se profert species. Similiter, inquam, atque res se habet in sole isto materiali, ita sævire, et irasci in pios et cultores suos, non proprium est Dei»; ut docet Esaías (cap. XXVIII, 21), tratando de la ira de Dios contra su pueblo: «Alienum opus ab eo»; id est, improprium, insolitum, et quodammodo contra animam ipsius Dei [1].

(a) Debe leerse: *Ps. 18*, 7.

recibió por medio de la predicación de los apóstoles á quienes llama hermanos suyos. Guerra pacífica y guerra santa la que éstos movieron en el mundo. En virtud de ella y de los combates por ellos sostenidos, cayeron los templos de los ídolos, fueron de éstos arrojados los demonios, se desterraron los vicios, triunfó la virtud, fueron las almas iluminadas con el sol de la verdad, y quedó patente á todos el camino recto para el cielo, así como para conocer, adorar, amar y poseer el que es principio y fin de todo nuestro bien y de nuestra felicidad, Cristo Jesús, el Unigénito de Dios, Redentor y Salvador de todo el género humano. ¡Fuertes guerreros! ¡Santos y esforzados caudillos del pueblo cristiano!..

[1] Véase arriba, pág. 162.

[1] Dice San Dionisio: «Mal es este causado fuera de intención, y aun pudiera decirse que en contra de la misma naturaleza; al menos no es efecto natural suyo.» No estará demás observar—añade aquí el P. Angeles—(á quien no hacemos más que traducir sin entrar á discutir sus afirmaciones, en su tiempo ciertamente explicables)—que, según la filosofía, no es propio del sol ennegrecer ó quitar el color y menos el quemar ó calentar por sí mismo, sino accidentalmente y en razón del sujeto que recibe sus rayos. Propio del sol es esclarecer, alumbrar y conservar lo que toca con su luz, porque el ser cálido no es cualidad constitutiva de su esencia, sino cualidad que de ésta se deriva y en ella se halla, como dicen los filósofos, *eminentemente*. Tan es así, que si alguno tocase con su mano al sol no se quemaría. Por eso afirma Averroes que «esta palabra *calor*, aunque se aplica para significar el del sol, el de las estrellas y el del fuego natural, no es en el mismo sentido, sino de un modo diverso: el del fuego material destruye, el del sol vivifica, como se dice en el salmo: «No hay quien se esconda de su calor»: quiere decir, del sol.

Natural, pues, y propio del sol es alumbrar, no quemar ni ennegrecer, sino es accidentalmente, y lo mismo, respecto á castigar, debe afirmarse de Dios. Porque así como, dice el judío Filón, en apareciendo el sol se desvanecen las sombras y todo se baña de luz, así, cuando el sol divino alumbra á las almas, destiérranse de ellas la fealdad y las lobregueces del vicio, quedando transformadas y como vestidas de la espléndida y radiante imagen de la virtud: que no es propio de Dios castigar ni mostrarse airado para con sus amigos y servidores, como lo dió á entender Isaías diciendo: («Se enojará contra su pueblo como hizo en el valle de Gabaón para ejecutar su obra ó

Dios se precia mas de misericordioso que de justiciero.

Filon, judío, en el libro que compuso de *que Dios es inmutable*, dijo que la misericordia de Dios era más antigua; *hoc est* [es decir], conocida primero que su justicia; que parece á lo que Santiago dijo en su *Canónica (Jacob.*, II, 13): «Superexaltat misericordia *justitiam*»; id est: supergloriatur misericordia justitiæ; id enim significat verbum græcum. Gloríase la misericordia contra la justicia, como vencedora; aunque, bien considerado este lugar, parece que habla de la misericordia del hombre, que, en cierta manera, vence la justicia de Dios. Sic Aug. (in *Ps. 143).*

Quatenus vero Deus habet virtutem et naturam benefaciendi, sol dicitur, non solum a theologis, sed etiam a philosophis; ut notat Gregorius Nazianz. *(Oratione in sancta lumina)* ex Platone (lib. VI de *Repub.*, in fine, et *Oration 2 de Theol.)*, et Dion. (de *Divinis nominibus*, cap. IV). Profecto liquida divinæ bonitatis imago iste sol lucidus; omnia, quæ haurire ipsum possunt, illuminat, habetque lucem eminenter explicitam, expandensque illam super hunc visibilem mundum; etc... Eadem igitur ratione Christus Dominus a virtute ista benefica, quæ primo, et proprie, et maxime convenit soli, scilicet: lucere et conservare, frequenter *lux mundi* appellatur in utroque Testamento *(Joan.*, VII, 12; *Math.*, IV, 16; *Malach.*, IV, 2. (Lege quæ habet. August. (lib. X de *Civitate Dei*, cap. II), ex Plotino.) ([1]).

Nota que, aunque es assí que este divino sol alumbra á todo hombre que entra en el mundo, ut *Joan.*, I, 9, habetur, diferentemente se ha respecto de los justos que de los pecadores. Á los justos los alumbra con particular razón, en cuanto son más dispuestos para la divina luz. «Sunt enim Dei similes, et tanto magis, quanto justiores; injusti vero, et peccatores non ita, ob ingentem indignitatem. Nam quemadmodum ad hunc solem perspiciendum oculis sanis est opus: ita mente recta opus est ad divinam istam, et singularem illuminationem: et quemadmodum in impuro speculo imago representari non potest, ita in squalida mente similitudo Dei. (Lege Gregor. Nazianz., *Oratione in nativitate*, et 2 *in Pascha*, et Nicetas ejus interpretem, et Ambros., lib. de *Isaac et anima,* lib. VIII, in fine, et Bernard., serm. 31 in *Cantic.)* ([1]).

Adde quod Plotinus, *Ænead.,* I, lib. VI, capite VIII *de pulchro*, oculus, inquit, animæ intimus est ratio contemplatrix; intellectus autem animæ proprius est hujus oculi lumen; intellectus vero divinus est hujus luminis lumen. Quamobrem anima, cum oculum ab exterioribus his rebus prorsus avertit, subito ad intima convertit lumina, et similis Deo efficitur. Sic enim habet: «Si te ipsum inspexeris, et purus habitaveris ipse tecum, nihil habens impedimenti, neque rursus habens aliquid tecum admixtum, fige prorsus intuitum: solus enim hic oculus ingentem inspicit pulchritudinem. At vero, si oculus vel sordidus, vel infectus, necdum purgatus im speculum lucidissimum intendat, caligabit protinus, nihilque descernit *(sic)*, etiam si quis ipsum speculum demonstraverit: oportet enim visurum, videndo, cognatum, similemque prius fieri, quam ad spectandum adhibeatur. Neque oculus unquam videret solem, nisi prius solaris efficiatur: neque

---

venganza) una obra que es ajena de Él»; que es extraña, desacostumbrada, contra su propia inclinación y deseo.

([1]) Mirado Dios nuestro Señor en cuanto bienhechor y favorecedor nuestro, bien puede compararse su bondad al sol, como no sólo los teólogos, pero aun los filósofos lo han hecho, según lo nota San Gregorio Nacianceno refiriéndose á Platón, y también á San Dionisio. ¡Hermosa, en efecto, y propia imagen de la bondad divina este sol material que alumbra al mundo! ¿Qué cosa hay que él no ilumine, cuando todo lo que hay sobre la tierra es bañado en su luz, y todo como empapado en sus resplandores? No de otro modo Cristo Jesús debe ser llamado *luz del mundo y sol de justicia*, pues Él también *ilumina* á las almas y *las preserva* de las tinieblas del error, conservándoles el vigor y la lozanía de la vida sobrenatural y divina. Léase lo que sobre esto, y refiriéndose al filósofo Plotino, trae San Agustín en el lib. X de *La Ciudad de Dios,* cap. II.

([1]) Los justos son, en efecto, semejantes á Dios, y tanto más semejantes cuanto más justos, al contrario de los pecadores, que á medida que aumentan sus pecados aumenta su horrible desemejanza. Sucede en esto lo que ocurre respecto de la luz del sol; que así como para disfrutar del beneficio de la luz es preciso tener sanos los ojos, así también para gozar de esta divina luz se requiere que el alma no esté manchada; porque como en un espejo sucio y manchado no se puede reflejar la luz del sol, tampoco en el alma, sucia y manchada por la culpa, la de Dios nuestro Señor. (Véase á los santos Gregorio Nacianzeno, Ambrosio y Bernardo, en los lugares citados).

etiam animus, nisi pulcher efficiatur, ipsam pulchritudinem intuebitur. Efficiatur ergo divinus, sive deiformis, ac pulcher, si Deum sit et pulchritudinem inspecturus.» Hæc Plotinus.

Sed jam nos ad sequentia transeamus, et audiamus loquentem Sponsam (¹).

LECTIO V

INDICA MIHI, QUEM DILIGIT ANIMA MEA, UBI PASCAS, UBI CUBES IN MERIDIE, NE VAGARI INCIPIAM POST GREGES SODALIUM TUORUM *(Cant.*, I, 6) (¹).

* ARTICULO I

Explica las circunstancias en que habla la Esposa y hace una paráfrasis general del texto.

Acabada la plática con las hijas de Jerusalén, se convierte á su Esposo, que repentinamente le debió de ver delante de sí. INDICA MIHI, etc. Es hebraísmo y oración amatoria; fáltale el pronombre *Tu:* O, tu, quem diligit anima mea. Y no le llama por su propio nombre, llevada del amor. «Mos est enim amantium, dice Filo (lib. III de *Vita Moysi*, tom. XII, página 67), nomina propria seu fratrum, sive propinquorum, sive aliorum nobis conjunctorum, præ amore relinquere.» (Lege Hugonem de Sancto Victore, lib. *Sentent.*, sent. 24: *De dilecto et dilectore animæ.)* Ibi dicit: «Christum Redemptorem vere et proprie esse dilectum animæ, simul et dilectorem, quia non solum amatur ab animabus perfectis, sed etiam amat ipsas, in eis divinos amores excitando. Mundus vero e contra, amat carnem, et a carne amatur.» In Hebræo: «Quem dilexisti, anima mea»; et ita Septuaginta, et August. et Ambros., significando la apostasía de la Sinagoga del amor de su Esposo; quasi dicat: «O tu, sancta Sinagoga, quæ dilexisti, nunc autem in tenebris es, ideo nescis ubi pascat Sponsus», etc. Sed, bona venia D. Ambros., Hebræi præterita pro præsentibus sæpe usurpant: unde perite quidem Hieronymus vertit: «Quem diligit anima mea»; ac proinde, non videtur ibi aliquid esse mysterii (¹).

Cristo se dice el Amado y el Amante.

(¹) Añádase á esto lo que afirma Plotino, hablando de la belleza, donde viene á decir que la razón es como el ojo íntimo de nuestra alma, y que la inteligencia es como la luz de este ojo, y que el entendimiento divino es como la luz de esta otra luz que se halla en nosotros. Por lo cual, cuando el alma aparta su consideración de estas cosas exteriores, viene á refundirse en su mismo interior y se hace semejante á Dios. He aquí sus palabras: «Si te examinas á ti mismo y escudriñas tu interior y sabes conservar pura tu alma y tu vida, despojándote de todos los obstáculos y limpiándote de todas las impurezas, te hallarás dispuesto á contemplar la incomprensible belleza. Pero si, antes de purificar tu alma, y lleno aún de fealdades y abominaciones quieres fijar tu mirada en ese espejo sin mancha, en la belleza increada, quedarás deslumbrado y nada podrás percibir: es preciso que preceda tu perfeccionamiento, y que, en cierto modo, te hagas semejante al objeto que quieres ver y contemplar. No pueden nuestros ojos ver la luz del sol, si no fueran ellos diáfanos y transparentes, ni nuestra alma contemplar la belleza infinita si antes no se embellece y hermosea. Hágase, pues, deiforme, semejante á Dios, hermoso y bello por la santidad y perfección el hombre que quisiere llegar á ver y poseer al que, siendo Dios verdadero, es también la belleza perfecta é infinita». Hasta aquí las palabras de Plotino.

Después de la digresión, harto larga, encerrada en este artículo, pasemos, dice el P. Angeles, á otra cosa; y sea escuchar las palabras de la Esposa. De ellas hablaremos en la lección siguiente.

(¹) LECCIÓN QUINTA.—«Oh tú, el querido de mi alma, dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el medio día, para que no tenga yo que ir vagueando tras de los rebaños de tus compañeros».

(¹) «Costumbre es y uso de los que se aman, sean hermanos, parientes ó amigos, dice Filón, callar los nombres propios.» Puede verse, sobre esto, á Hugo de San Víctor en el capítulo ó sentencia que intituló *Del Amado y del Amante de las almas*, donde dice: «Cristo nuestro Redentor es con toda propiedad el Amado y á la vez el Amante de las almas, porque no sólo es Él amado por las almas santas y perfectas, sino que éstas son de Él amadas, enriqueciéndolas con los incendios de su divino amor. El mundo, por el contrario, ama lo carnal, y por la carne es amado».—En el hebreo se lee: «Al que amaste, alma mía» (y lo mismo en los *Setenta*, y en San Agustín y San Ambrosio), que es como decir: «Tú, oh sinagoga, que antes sabías amar y ahora, por carecer del amor á tu Esposo divino, estás sin vida y sumergida en tinieblas, ignorando, por esta razón, dónde tiene sus pastos tu Esposo», etc.—Pero, con perdón de San Ambrosio, dice el P. Angeles, téngase presente que los hebreos usan muchas veces el pretérito por el presente, y por esto, muy sabiamente tradujo San Jerónimo *al que ama mi alma;* no hay, pues, aquí misterio ó sentido alguno escondido en estas pala-

QUEM DILIGIT ANIMA MEA. ¡Con qué confianza habla tan grande!, quod est maximæ amicitiæ. (Videndus est Philo, in lib. cui posuit titulum *quis sit hæres rerum divinarum.)* Allí trata de la amistad y familiaridad de Moysés con Dios. Lege eundem (lib. de *Cherubim*, tom. I, página 100, super illud *Hierem*, III, 4: *Voca me, Dux virginitalis meæ*, etc.). San Agustín (de *Verbis Domini*, serm. 50) interpreta estas palabras elegantíssimamente: «Vide, inquit, quemadmodum, et quo affectu erigatur hic amor», etcétera. Lege et Bernard (serm. 76). «Quien no ha experimentado, dice, las fuerzas del amor, no puede saber ni entender lo que él es. Plutarco (lib. *Apothegmat.)* trata de Agesilao, rey de los lacedemonios, que, amando ternissimamente á sus hijos, se subió en un caballo de caña con ellos, y jugó como si fuera niño. Lo cual viendo un su amigo, y admirándose mucho deste hecho, el rey le rogó que no lo dijesse á nadie hasta que él fuesse padre y tuviesse hijos, que entonces experimentaría en sí mismo la fuerza del amor y cessaría toda admiración.

Lo que puede el amor de los hijos con sus padres.

UBI PASCAS, UBI CUBES IN MERIDIE. Tienen dificultad estas palabras, especialmente si consideramos lo poco que ha que la Esposa llamó á su Esposo Rey: INTRODUXIT ME REX, etcétera. Et infra: DUM ESSET REX. Et VIDETE REGEM VESTRUM SALOMONEM. ¿Qué tiene que ver rey con pastor, y pastor con rey? Parecen contrarios y opuestos estos dos títulos; si no es que digamos que, siguiendo el estilo pastoril, toma licencia para llamar rey al pastor que la rige; vel more scripturarum, usurpare videatur unum pro alio: solet enim scriptura, reges et principes appellare pastores, y al mismo Dios, y le da instrumentos pastorales. «Virga tua et baculus tuus ipsa me consolata sunt (*Psal. 22*, 4) (¹).

Notandum ergo nihil esse in rerum natura similius regis officio, quam officium pastoris: nihil similius regno, id est, magistratui regio, quam ars pastoritia: atque adeo, ut utrumque alterius imago esse videatur, et quasi præludium. Præsertim vero ars pastoritia imago est Regii magistratus, ut testatur Philo de *Vita Moysi*, lib. I, tomo primo. Ponderat enim quod Moyses, talis, ac tantus dux, prius pastor fuerit, quam rex. «Post nuptias, inquit, Moyses præfuit gregibus, ad principatum se præparans: nam pastoralis ars ad regnum est præludium; hoc est, ad regimem hominum, gregis mansuetissimi.» Lege ibi, et lib. de *Agricultura*, tom. I: *Tanta certe curæ Pastoralis honestas*, etc. Et lib. de Joseph Patriarcha: *Priusquam*, etc. Idem lib. cui titulum posuit: *Quod omnis probus liber sit*. Sic ait: «Vulgus pecori non absimile est». Aristotel. (lib. *Æthicorum*, cap. XI) et Plato (in *Dialogo Minoe vel de lege* et *Dialogo de Regno)* compara el estado de pastor con el de rey: et in *Theeteto, vel de scientia*, multa (¹).

Pastores y reyes simbolizan mucho.

De la antigüedad del arte pastoril, vide Barronem (lib. I de *Re rustica*, cap. I). Rabbi Moyses (lib. III *Moral.*, cap. XL) sic ait de Judæis: «Nos omnes pastores sumus ex parte patrum nostrorum, quod probat *Genes.*, XLIX, 24. Itaque merito divina Scriptura, tam veteris quam novi Testamenti, ob antiquitatem, et præstantiam, ac mirabilem utilitatem artis pastoritiæ, quin etiam propter cognationem, et similitudinem, quæ est inter utrumque frecuenter accipit verbum pascendi, pro gubernandi: UBI PASCAS, UBI CUBES» (²).

---

bras, que son, por otra parte, indicio de una muy grande amistad. Consúltese á Filón en el libro que intitulo: *Quien es el heredero de las riquezas divinas, y* en otro suyo, y á San Agustín.

(¹) ... ó que, acomodándose la Esposa al modo de hablar de la sagrada Escritura, usa indistintamente de los títulos de rey y de pastor, como se lee en el salmo: «Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo».

(¹) Debe, en efecto, notarse que no hay, entre los oficios y empleos de los hombres, otro más semejante al ejercido por los reyes que el de los pastores, y nada tan parecido á un reino y al arte de gobernar los pueblos como el oficio postoril, hasta el punto de que el uno parece imagen y como preparación y preludio del otro, como lo asegura Filón en el libro *Vida de Moisés*, en el cual pondera elocuentemente cómo Moisés, con ser un tan grande y excelente caudillo, primero fué pastor que rey. «Después de contraer matrimonio, dice, se puso al frente de los ganados de su suegro, preparándose de este modo para lo que más tarde había de llegar á ser, y ensayándose en la guarda y custodia de aquéllos para mejor gobernar y guardar á los hombres». Léanse, además, los otros libros citados de este mismo autor.

(²) El rabino Moisés, hablando del pueblo judío, dice: «Todos nosotros, desde nuestros antiguos pa-

Luego no desdice llamarle pastor, habiéndole llamado rey. Especialmente le compete á Cristo este oficio de pastor, ut latius videbimus infra. Notandum præterea quod nomen regis honorabilius est quam nomen pastoris, sed nomen pastoris, amabilius. Lege Gregor., Nisen. et Origen. (hom. 2) et August (de *Verbis Domini*, serm. 33, et epist. 148 ad Valerium) et Bernard. (lib. de *Consideratione ad Eugenium*) et Gregor. Nazianz. *(Apologet. et oratione ad Patrem)* et Arist. (lib. V *Polit.*, cap. XX). Plutarc. (in *Vita Lycurgi)*, congruenter docet rectum, et moderatum imperium caussam efficientem esse obedientiæ rectæ. Facit pro hac re locus *(Psal. 109)*, secundum expositionem rabbinorum; que á donde la *Vulgata* dice: «Tecum principium», del hebreo se puede trasladar, y leen ellos: «Populus tuus spontaneus»; ut sit sermo Dei Patris ad Filium, quo ei pollicetur se daturum populum spontaneum, seu voluntarium, qui ei ex animo, et ex summa voluntate obtemperet, non coacte, quemadmodum obtemperant subditi tirannorum. Lege *Commentum* Origen. (lib. duarum hom. 1) (¹). Allí dice admirablemente el ingenio y artificio del Esposo con su Esposa, que para entender este libro es doctrina importantissima; et Bernard (serm. 31 et 32).

UBI PASCAS. Notandum, que la palabra UBI [en donde] se puede traducir del hebreo, *Quomodo* [de qué modo], y entonces será diferente la petición de la Esposa. En lo primero significó su desseo y ansia de hallar y acompañar á su Esposo al mediodía. En lo segundo pide ser enseñada en el oficio de apacentar, que sólo Aquél puede enseñar que en la Escritura se llama Pastor grande y Pastor de pastores. Nisi forte dicamus esse hic adverbium condolentis: quomodo pascis?, quomodo cubas in meridie?; quod maxime proprium est amantium condolere. ¿Quomodo, inquam, pascis, non habita ratione æstus meridiani, vel etiam valetudinis tuæ, pergis nihilominus, et festinas gregem tuum pascere, ejusque commoditatem cum tanto tuo incommodo, et dispendio procurare?; ut sit in his duobus verbis commiseratio, ut jam esset in præcinctu, et festinaret gregem pascere; ut *Tren.*, cap. I, 1, dicit Propheta, condoliéndose: «Quomodo sedet sola civitas», etc. (¹). De cualquier manera que diga: Quomodo, vel, ubi, pide la Esposa ser enseñada en el oficio de apacentar, para mostrar la dificultad grande deste oficio. Vide Nazianz. (*Apolog.*, I) á donde elegantissimamente compara el oficio de apacentar almas con el de apacentar ganado. «Haud quamquam (*sic*), inquit, idem esse existimabam gregi, et armento præesse», etc. Vide.

Si legamus UBI, ut legit nostra Vulgata, et Septuaginta et Biblia Hispana, tunc talis esse sensus videtur: «¡O formose pecoris custos!, quandoquidem te jam paratum ad greges video, et tam cito me solam derelinquis, indica quæso, quibus in locis gregem tuum cubare facis; præsertim vero in mediis æstibus, ut facile te invenire mox possim, neque cogar [vagari] præter decorum, sicut solent vagabundæ, et minus honestæ puellæ facere, atque ita

---

dres, ejercemos el oficio pastoril, como puede verse por el *Genesis*. Por lo cual la divina Escritura, tanto del Viejo como del Nuevo Testamento, emplea la palabra apacentar por la de gobernar, teniendo en cuenta la antigüedad, excelencia y utilidad que para aprender á gobernar los pueblos se halla en el cargo ó empleo pastoril».

(¹) Nótese, además, que aunque el nombre de rey es de más honor y dignidad, pero el de pastor significa más amor y engendra más confianza. (—Véanse los autores que se citan—). Plutarco advierte con mucha oportunidad que la rectitud y moderación en el mandar es causa de una pronta y rendida obediencia. Puede, á este respecto, aducirse aquel versiculo del salmo 109, que, según la exposición de los rabinos, contiene una promesa del Padre Eterno á su divino Hijo de darle en herencia un pueblo dócil y de fácil y grato gobernar, que le servirá con gusto y con entera y alegre voluntad, no por la fuerza, como son obedecidos los tiranos de los pueblos.—Léase el *Comentario* de Origenes y á San Bernardo.

(¹) A no ser que digamos que esta palabra está aqui puesta para indicar admiración mezclada de condolencia ó compasión, cosa muy propia de perfectos amantes, y equivale á decir: ¡Cómo, di, ¿cómo apacientas el ganado?! ¡¿Cómo descansas y te guardas del bochorno al mediodia?! ¿Cómo, repito sales con el ganado tú, siendo quien eres; y sin tener en cuenta ni el excesivo ardor del sol al medio día, ni tu delicada complexión, vas á apacentar tu ganado mirando sólo su provecho, aun con tanta incomodidad y peligro tuyo?; de modo que en estas dos palabras vaya envuelta una como queja amorosa y una reconvención, nacida del cariño, al verle ya ceñido de los arreos pastoriles y á punto de echar á andar; en el mismo sentido en que Jeremias dice en sus *Lamentaciones:* «¡Cómo ha quedado solitaria la ciudad *antes* tan populosa!», etc.

fama mea periclitetur, vel desiderium te videndi longius differatur.» Et hic sensus patet ex sequentibus verbis: NE VAGARI INCIPIAM. *In Hebræo*. Cur enim sim tanquam vaga, et velata? Utrumque significat vocabulum hebraicum [1], traje de rameras, ut licentius peccent, el ojito descubierto y cubierto lo demás. Estas suelen andar de cabaña en cabaña, ut videre est, en los pastores que van á extremo, que llevan de estas mujeres perdidas, etc. Pues dice la Esposa: «NE VAGARI INCIPIAM»; vel, ne vaga sim, et operta, vel velata, por que no parezca ramera que anda de rebaño en rebaño· San Pablo quiere caseras á las mujeres *(Tit.*, II, 5). *Domus curam habentes*. Ibi lege Gregor. Nazianz. (*Oratione adversus mulieres, de virtute et officio)*: «Probæ mulieris», etc.

Rabbi Selemoch, sic: «Dic mihi, Sponse charissime, quibus in locis præcipue gregem pascas, et ubi cubes in meridianis æstibus, ut te cito possim invenire, ne si te statim non invenero, et præsentia, ac delitiis tuis caruero, fiam sicut mulier vidua, et desolata, quæ, velato capite, et vultu, semper incedit tristis, perpetuoque mæret, et luget: atque ita præ desiderii vehementia contabescam». Prior sensus solidior est, quem sequitur Ambros. (in *Psal. 118*, sermo 2) et Augist. (in 1 ob. de *Pastoribus*, cap. XV, et de *Verbis Domini*, serm. 50, et Epist. 48. Ad Vincent) [2]. Aliqui Hebræorum, ita: «Ne fiam sicut errans vel errabunda». Aun en nuestra lengua española llamamos á las rameras erradas ó vagabundas. Sic Psellus. Sic Septuag. Circumamicta, vel circumtecta. Non autem circumducta, vel quidam verterunt verbum Græcum. Assí suelen andar las mujeres orientales, vel etiam africanæ, vel et judaicæ, honestatis causa; lo cual advirtió Tertuliano *(De virginibus velandis)*: «Judicabunt, inquit, vos Arabiæ fæminæ, ethnicæque, quæ non solum caput, sed faciem velare solent, ut uno oculo liberato, contentæ sint magis dimidiam frui lucem quam totam faciem prostituere [1]. A donde da á entender Tertuliano que las mujeres, principalmente árabes, tenían de costumbre traer todo el rostro cubierto por honestidad. Y esto mismo usan las nobles francesas. Et lib. de *Coron. Milit*: «Apud Judeos, tam solemne est fæminis eorum velamen capitis, ut inde noscantur». Et Rebeca viso procul sponso *(Génes.*, XXV, 65), velamen invasit, etc. De manera que este vocablo *velata* en ambos sentidos se puede tomar, ó que sea causa honestatis, vel prostitutionis: fué traje de mujeres honestas y también de rameras. Aprieta, pues, la Esposa á su Esposo en estas palabras á que le muestre el lugar á donde apacienta; porque ignorándole ella, y andándole á buscar de cabaña en cabaña, no le suceda algo que le desagrade. Parece negocio este de celos. Lee el suceso de Dina, hija de Jacob. A mí me parece que enseña la Esposa á las mujeres honradas cómo se han de tratar y temer de ser vistas de otros que sus maridos. Lege Ambros. (lib. I *in Lucam.*, com. 1, et lib. III de *Virginibus*, et *Epist. ad virginem devotam)*. Lege Origen., in utraque expositione. Vide Hieronym. *(Epist. ad Letam*, tom. 2 de *Constitut. fœminæ)*. «Imitetur, inquit, Mariam», etc. Al fin, en ninguna otra parte puede reposar el ánima sino en su Esposo Cristo. Lege August. (lib. IV *Confession.*, et X et XI, ibi multa, notatu dignissima, et cap. XII, et libro VI, cap. XVI).

Al fin, se nos enseña aquí, cómo en nuestros

---

(1) Si leemos, como lo hace la *Vulgata* y los Setenta y otros, *ubi*, en donde, podemos darle este sentido: ¡Dime, hermoso pastor! ya que te veo dispuesto á salir con tu ganado y á dejarme tan pronto, dime, repito, ¿dónde llevarás á sestear tu ganado, para poder hallarte luego, y evitarme así el tener que andar de unas partes á otras, ó verme privada de tu amorosa presencia? ¿Por qué he de andar yo de ese modo por los campos, errabunda y cubierto el rostro? (Ambas cosas significa la palabra hebrea).

(2) Selemoch, rabino, traduce así: «Dime, Esposo carísimo, en qué lugares sestean tus ganados al mediodía, no sea que, viéndome privada de tu presencia, quede yo triste y desolada, y por la fuerza de la pena y de la tristeza venga á desfallecer». La primera interpretación parece más sólida y es la que siguen San Ambrosio y San Agustín.

(1) Suelen las mujeres en Oriente llevar el rostro cubierto; y por esto Tertuliano exhortaba á las mujeres cristianas á cubrir su cabeza, diciéndoles: «serán vuestras acusadoras ante el divino tribunal las mujeres de la Arabia y muchas otras gentiles, las cuales no sólo cubren sus cabezas, sino además el rostro, dejando sólo al descubierto uno de los ojos, pareciéndoles preferible gozar á medías del beneficio de la luz, que exponerse á las miradas del público». Y entre los judíos se tenía esto tan en cuenta, como se infiere del *Génesis*, adonde se refiere que «cuando Rebeca vió venir á su encuentro á Isaac, bajóse del camello y cubrió su rostro con el velo.»

trabajos y necessidades habemos de acudir á sólo Dios. Habac. III, 17-8: «Ficus enim non florebit...; ego autem in Domino gaudebo», etc. Ciprian. (Tract. I *Contra Demetrianum)*, docet: Que cuando todo falta, viñas, olivas é higueras, no habemos de perder la confianza de Dios, etc. (Lege ibi. Pulcherrime enim hoc dicit.)—Sed jam singula verba expendamus. CUBES. *Hebræi:* cubare facias, vel stabules, et colloces gregem. IN MERIDIE, id est, mero die; id est, puro; id est, magis lucido ([1]). La hora sexta dice Orígenes que es de harta consideración: porque en essa hora fué crucificado el Divino Esposo y á essa hora instruía y apacentaba junto al pozo de Jacob á la Samaritana *(Joan.*, IV, 6). Allegorice MERIDIES est tempus quietis, silentii, et otii ([2]); porque en las regiones calientes, como la de Palestina, en aquella hora todos descansan de los trabajos. Patet *Genes.*, XLIII *(a)*, ubi legimus Joseph divertisse ad quiescendum in meridie ([3]). Y porque esta hora es importuna para el trabajo corporal, es oportuna para vacar á Dios; y por esso entre los Judíos era hora santa y dedicada á la oración, como la media noche es á propósito para darse á la contemplación. Media nocte surgebant ad confitendum tibi, etc. *(Psal. 118*, 62) ([4]). Y de aquí tomaron los religiosos y eclesiásticos la oración de mediodía, que llamamos nona, y el levantarse á maitines á media noche. Sed altius ad mores, et animarum consolationem hæc verba repetamus: INDICA MIHI, QUEM DILIGIT ANIMA MEA, UBI PASCAS, UBI CUBES IN MERIDIE, NE VAGARE INCIPIAM POST GREGES SODALIUM TUORUM ([1]).

En todos nuestros trabajos hemos de acudir á Dios.

La media noche y el mediodía son tiempos oportunos para vacar á Dios.

(a) En este lugar se aduce equivocadamente el cap. 34. Pueden referirse estas palabras á lo que se lee en el 43, vv. 16 y 32.

([1]) *Meridies* vale tanto como en el *mero dia*, es decir, en la plenitud del día, en el momento en que el día se halla en el lleno de la luz y del calor.

([2]) El mediodía, alegóricamente, significa tiempo de descanso, de silencio y reposo.

([3]) José se retiró á descansar á la hora del mediodía.—No parece muy ajustado al sentido de las palabras de la Escritura esta interpretación que aquí da de ellas el P. Angeles.

([4]). «A media noche me levantaba á tributarte gracias», etc.

* ARTICULO II

División de este versículo, y explicación del título de Amado que alega la Esposa para pedirle lo que aquí desea.

Este es un passo regaladissimo y en que se ofrecen muchas cosas que considerar, especialmente cuatro: La primera, el título con que pide la Esposa á su Esposo que le muestre el lugar á donde apacienta su ganado y descansa con él al mediodía. La segunda, el nombre que le da de pastor. La tercera, la calidad de su petición. La cuarta, la razón que alega para que se le conceda: NE, inquit, VAGARE INCIPIAM POST GREGES SODALIUM TUORUM.

Cuanto á lo primero, digo que la Esposa es muy discreta; porque habiendo de pedir una cosa tan grande, como veremos, ninguna otra alega para obligar á su Esposo sino el amor entrañable y de corazón que le tiene: QUEM DILIGIT ANIMA MEA. Porque, á la verdad, sólo esso es lo que estima Dios, y lo que el hombre puede decir que es suyo. San Bernardo dice que con ninguna otra moneda puede pagar el hombre á Dios las mercedes que de su mano recibe, sino con amor. Esse es el caudal que tenemos, si tenemos alguno, y aun para tener valor ha de ser por la gracia de Dios; porque como la voluntad sea, en cierta manera, todas las cosas, y el amor la lleve á donde quiere, porque, como dijo San Agustín: «es el peso en el alma»; el que ama, todas las cosas da al amado. Por esta razón nos pide Dios tantas veces en la Sagrada escritura este amor; porque dándosele, le damos cuanta hacienda tenemos, y todo lo que es de estima en nosotros. Y quien éste le niega, aunque le dé todo el mundo, no le da nada, porque nada es suyo, fuera de la voluntad y el amor, que son cosas libres y que no pueden padecer violencia en el hombre.

No tenemos cosa nuestra que dar á Dios sino el amor, y esse quiere.

Verdaderamente es preciossísimo el amor, y él, de suyo, sin otra dádiva, es amable, aceptable, dulce y suave, y todo lo demás sin él ni se ama, ni se acepta, ni es de codicia. Por lo

([1]) Mas ya, para nuestra edificación y para consuelo de las almas repitamos de nuevo: «Dime, oh amado de mi alma», etc.

cual dijo San Bernardo: «El amor por sí solo basta, por sí solo agrada; él es el mérito y el premio de sí mismo». Y yo pienso que el hechizo más poderoso, el billete más discreto, el presente más rico, la más costosa dádiva, el passeo más á tiempo, el más grato servicio para obligar á una persona á que nos ame, es amarla primero. Que es lo que dijo Séneca á un su amigo: «En balde buscas hechiceras para que te quieran bien; yo te mostraré un encantamento eficacíssimo: *Ama y serás amado*». Déste se aprovechó el mismo Dios para encantarnos y hechizarnos, de suerte que nos perdiéssemos por él. Anticipóse á querernos, y anticipóse de manera, que nadie le pudiesse ganar por la mano. «Non quasi nos dilexerimus Deum, sed quoniam ipse prior dilexit nos» *(Ioan.*, IV, 10). No nos lo debía, porque nos amó El á nosotros primero; y es tan antiguo el amor como el mismo Dios. Por esso, desseando la Esposa obligar á su Esposo y alcanzar cumplimiento á su desseo, no alega otra cosa, ni pide por otro título que le muestre el lugar de su descanso al mediodía, sino que le ama, no á medias con alguna criatura, sino á solas y de toda su ánima.

Indica mihi, quem diligit anima mea.

El amado de mi alma, solo, y á solas, que es lo que el celestial Esposo pretende de nosotros; porque, como dijo San Agustín hablando con Él: «Menos te ama, Señor mío, el que contigo ama alguna cosa».

Cuanto uno ama alguna criatura, [tanto] falta al amor que debe á su Criador.

Dios bien puede amar á todos los hombres y á todos los ángeles sin hacer falta á ninguno, por ser su amor infinito, como si fuera solo un ángel ó un hombre solo; pero el hombre, cuyo amor es limitado y finito, cuyo corazón estrecho, cuyo lecho angosto y palio breve, no puede amar alguna cosa con Dios sin que falte al amor que debe á Dios. San Anselmo pregunta: «¿Por qué nos quiso Dios redemir tan á su costa, pudiendo hacer esto por un ángel, ó por otros medios fáciles y de ningún trabajo para Él?» Y responde: «Ne amorem divídires inter Creatorem et Redemptorem, idem tibi factus est Creator et Redemptor».

Argumento de grande amor, redimirnos el que nos crió.

Parecen verdaderamente celos éstos. Por que no repartiesses el amor entre Criador y Redentor, que, al fin, le debías á los dos, y más, por ventura, al que le redimiera que al que te había criado, quiso, ya que te crió, redemirte y llevarse por este camino todo el amor. Y de aquí nació también, dice San Clemente Alejandrino, juntar á la redención la alimentación, no menos que con su cuerpo y sangre—porque muchas veces queremos más á las amas que nos crían que á las madres que nos parieron—; porque por ningún respeto pudiéssemos repartir nuestro amor, sino que todo se le diéssemos al que nos crió, redimió y sustentó de todas maneras. ¡Discreta ánima, que pide con tan buen tercero y padrino! QUEM DILIGIT ANIMA MEA.

Pero sepamos ya qué pide la Esposa; que, según lo que alega para obligar á su Esposo, ni ha de ser vulgar su petición, ni de poca importancia. INDICA (inquit), MIHI, UBI PASCAS, UBI CUBES IN MERIDIE. «Muéstrame, dice, á dónde apacientas y á dónde reposas al mediodía.»

Cuál es el mediodía, cuando Dios apacienta las almas.

El mediodía de que aquí dessea gozar la Esposa, según los más de los intérpretes, es aquel lugar á donde está la luz no contaminada en su colmo, y á donde, en sumo silencio de todo lo bullicioso, sólo se oye la voz dulce de Cristo, que, cercado de su glorioso rebaño, suena en sus oídos dél, sin ruido y con incomparable deleite, en que traspassadas las almas santas, y como enajenadas de sí, sólo viven en su pastor.

* ARTICULO III

Pondera las razones de llamarlo pastor, oficios que en éste van incluídos y bienes que de ellos resultan. Empieza á declarar su petición la Esposa y hace ver qué es lo que en ella se contiene.

Pero quédese el examen desta petición para el fin, y averigüemos ahora con cuánta razón introduce aquí la Esposa á su Esposo en oficio y ejercicio de pastor. Y, demás de lo dicho, digo que en los tiempos passados hicieron los antiguos, y en especial los poetas, mucho caso de los pastores para tratar de los accidentes del amor. Que apenas hallaremos passiones fuertes de personas enamoradas que no las hayan celebrado en estilo pastoril.

Y no sólo lo hicieron esto los poetas, sino el mismo Espíritu Santo, que, queriendo repre-

sentar en estos *Cantares* los purissimos y finíssimos amores entre Dios y el alma, los representa en un pastor y una pastora, muy aficionados y enamorados. Y yo pienso que los finos sentimientos del amor no son de las ciudades, sino de los campos. Háblase mejor en las ciudades, pero no se siente tan bien como en los campos. En las ciudades hay artificio y doblez; en los campos, sencillez y verdad. Los pastores, como tienen los ánimos sencillos y no contaminados con vicios, tienen el amor puro y ordenado á buen fin; y como gozan del sossiego y libertad de negocios que les ofrece la vida solitaria—porque no hay cosa en ella que los divierta—, es más vivo y agudo que el de los ciudadanos, distraídos en muchas cosas. Al fin, la vida del pastor es inocente y sossegada y deleitosa; y la condición de su estado es inclinada al amor, y su ejercicio es gobernar, dando pasto y acomodando su gobierno á las condiciones particulares de cada una de sus ovejas; y siendo él solo para los que gobierna todo lo necessario, siempre endereza su obra á unidad; digo, á hacer una grey y un rebaño. Lo cual todo assí le pertenece á Cristo, Esposo divino, que aunque en las Escrituras se le dan muchos y diferentes nombres, de ninguno se precia Él tanto y tan á boca llena como de éste. «Ego sum, dice, Pastor bonus». *(Joan.*, XX) *(sic) (a).*

Desde *ab initio* fué Cristo Pastor y lo será siempre.

Algunos títulos convienen á Cristo, ó desde algún principio, ó hasta un cierto fin, ó según el tiempo; mas este nombre de pastor, en Él carece de término. Antes que naciesse en carne apacentaba los ángeles y todas las criaturas: «que todas sin quedar una tienen puestos en Él los ojos, esperando su mantenimiento.» *(Ps. 103*, 27 y *144*, 15). En naciendo, con su Espíritu; después, con su carne y sangre apacentó á los hombres. En subiendo á los cielos, llovió sobre ellos su cebo, y luego, y agora, y después, y en todos tiempos y horas, secreta y maravillosamente y por mil maneras los ceba; en la tierra los apacienta, y en el cielo, cuando allá los llevare, será también su pastor; y en cuanto vivieren sus ovejas, que vivirán eternamente con Él, Él vivirá con ellos, comunicándoles su misma vida, hecho su pastor y su pasto. San Pedro le llamó «Príncipe de pastores» *(I Petr.*, V, 4); San Pablo *(á los Hebreos*, XIII, 20), dice que «es el Pastor grande por excelencia», y el nombre más común y ordinario que tiene en las Escrituras es de pastor.

Y con razón: porque si miramos la manera de vivienda que ama, viénele nacido este nombre. Ama el sossiego de la soledad, y á ella convida y llama muchas veces á los suyos *(Génes.*, XII, 1; *III Reg.*, XIX, 9, 11; *IV Reg.*, VII *(sic)*, *Oseæ*, II, 14, et *Cant.*, II, 7); es aficionado al campo y quiere que lo sean sus ovejas; porque, á la verdad, allí tienen su pasto y su sustento; y los que han de ser sustentados de Él han de desechar los sustentos del mundo, y salir de sus tinieblas y lazos á la libertad clara de hijos de Dios, y á la soledad poco seguida de la virtud, y al desembarazo de todo lo que inquieta la vida; porque allí nace el pasto que mantiene en felicidad eterna nuestra alma y que no se agota jamás.

Pues pongamos los ojos en su condición, y veremos que á ninguno sino á Él le puede assentar: «Ego sum Pastor bonus». Son sus entrañas tan amorosas, que no hay lengua de hombre, ni de ángel, que alcance á declarar el amor que se encierra en ellas. Todo lo que por nosotros hizo, dijo, padeció y meditó, y lo que agora, assentado á la diestra del Eterno Padre, trata, es amor. No hay madre assí solícita, ni esposa assí blanda, ni corazón de amor assí tierno y vencido, ni título ninguno de amistad assí puesto en fineza, que le iguale ó le llegue. Al fin, como en la divinidad—según que San Juan lo dice—«es caridad» *(I Joan.*, II) *(sic) (a)*, assí en la humanidad que de nosotros tomó es amor y blandura. Y por ventura quiso que entendiesse Moisés esto cuando se le mostró en llamas de fuego en una zarza, como haciendo allí figura de nosotros y de sí mismo; digo, de las espinas de nuestra aspereza, ó de nuestros pecados, y de los ardores vivos y amorosos de sus entrañas. Y lo mismo podemos entender en aquella visión de San Juan, que en su *Apocalípsi* «vió una imagen de hombre cuyo rostro lucía como el sol, cuyos ojos eran como llamas de fuego, cuyos pies como el oriambrar encendido en ardiente hornaza, y que tenía siete estrellas

---

(a) Debe leerse: *Joan*, X, 11,14.

(a) Estas palabras se hallan en el cap. IV, v. 8.

en la mano derecha, despidiendo centellas de sí, y que se ceñía con cinto de oro los pechos, y que le rodeaban siete antorchas encendidas y puestas en sus candeleros» *(Apoc.*, I, 13-6).

Cristo es amor; y con él ha regido y apacentado, y apacienta y rige sus ovejas.

Es decirnos que todo Cristo es amor: el rostro, los ojos, las manos, los pies y el pecho, y todo Él. Con amor nace, con amor vive, con amor enseña, con amor padece, y con amor muere; y con amor rige y gobierna con el más alto modo de gobierno que jamás se vió en el mundo. Gobernó apacentando: gobierno propio del poder y saber de Dios. Lo cual quiso significar el Profeta en el salmo 22, diciendo *(Ps. 22*, 1): «Dominus regit me, et nihil mihi deerit: in loco pascuæ ibi me colocavit»: «El Señor me rige, no me faltará nada: en lugar de abundantes pastos me ha puesto». A donde juntó el pasto con el gobierno, ó, por decir lo cierto, significó que el regir de Dios es dar pastos; quiero decir: ó que su ley y sus mandamientos sean pasto y mantenimiento del alma y vida della, ó que ninguna ley tienen puesta los que comen en su dehessa que les haga peso y carga, según que se escribe *(I Timot.*, I, 6): «Justo non est lex posita». Porque la gracia de Cristo, que es el verdadero pasto con que nos apacienta, es vida del alma, es salud de la voluntad, y fuerzas de todo lo flaco, y reparo de lo que gastan los vicios, y antídoto eficaz contra su veneno, y, finalmente, manjar que cría en nosotros inmortalidad gloriosa. Digo que lo que Cristo nuestro Redentor nos manda, es lo que nos mantiene y da vida, y que sus leyes todas son pastos sabrosíssimos y de vida eterna; que es lo que el Sabio dijo *(Prov.*, XIII, 14): «Lex *sapientiæ* fons vitæ»: lo que nos manda es lo que nos sustenta y nos da vida.

Pero es de mucha consideración, y lo que declara más cuán bien le assienta á Cristo este oficio de pastor, que este modo de regir apacentando no es uno, sino de tantas maneras cuantas son las necessidades de sus ovejas y sus condiciones. De suerte, que el pasto se mide conforme á la hambre que cada uno que pace tiene; que esso es saber los nombres á sus ovejas y llamar á cada una por el suyo. De una manera apacienta al flaco, de otra al fuerte; de una al perfecto, y al imperfecto de otra. Por esto llamó San Pedro á la gracia de Cristo *multiforme (I Petr.*, IV, 10); porque se transforma con cada uno en diferentes figuras. Y del mismo Cristo fué figura aquel pan que antiguamente se ponía en el templo delante de Dios *(Exod.*, XXV, 30), el cual se llamaba pan de muchas caras. Porque en apacentar sus ovejas y darles sustento y leyes, en tantas figuras se muda en cuantas son las condiciones y necessidades dellas. Platón no aprobó por el mejor gobierno el de las leyes escritas; porque estas son siempre unas, y no se mudan, y los casos particulares son muchos, y varíanse, según las circunstancias, por horas; y sucede á cada passo no ser justo en un particular lo que en común se estableció en justicia. La perfecta gobernación es la de Cristo; porque gobierna con ley viva, que entiende siempre lo mejor y quiere siempre aquello bueno que entiende. El cual modo de gobernar guardaba el Apóstol haciéndose, como él lo dice, todas las cosas á todos para ganarlos á todos *(I Corint.*, IX, 22).

Cristo gobierna con ley viva, que sabe lo mejor y aquello quiere.

El pastor ha de hacer muchos oficios.

De donde se colige que el oficio del pastor que merece este nombre es lleno de oficios, los cuales todos él administra. Assí es, que Cristo nos llama, y nos corrige, y nos lava, y nos sana, y nos santifica, y nos deleita, y nos mantiene, y nos viste de gloria; como se puede ver en Ecequiel (cap. XXXIV), que con muchas palabras dice lo que Cristo había de hacer con sus ovejas hecho pastor dellas. De todas, la que más hace á este propósito es la postrera *(Ezech.*, XXXIV, 16): «Ego, inquit, pascam eas in judicio»; que es lo mismo que con acuerdo, con atención y acomodándose á la necessidad de cada una de las ovejas; no con una receta, como matasanos, sino, como queda dicho, con tantas cuantas son sus enfermedades y necessidades, hecho todas las cosas á todas y, de por sí, todo á cada una, para que, como el pastor es uno, sea una la grey y el rebaño, que es lo más principal de su pretensión.

Y aunque desta unidad pudiéramos aquí decir muchas cosas, sólo diré una, y es que no está la vestidura tan llegada al cuerpo del que la viste, ni ciñe tan estrechamente por la cintura la cinta, ni se ayuntan tan conformemente la cabeza y los miembros, ni los padres son tan deudos del hijo, ni el esposo con su esposa tan uno, cuanto Cristo, nuestro divino pastor, consigo y entre sí hace una su grey. Assí lo pidió á su Padre, cercano á su muerte,

y assí lo alcanzó, y de hecho lo hace. Los demás que antes dél introdujeron leyes y sectas en el mundo no sembraron paz, sino división; ni vinieron á reducir á rebaño, sino, como Cristo dice en su Evangelio (*Joan.*, X, 8), como ladrones y mercenarios entraron á dividir, desollar y matar las ovejas. Y por ventura es esto lo que teme la Esposa cuando dice á su Esposo que la muestre á dónde apacienta su ganado y descansa con él al mediodía: NE VAGARI INCIPIAM POST GREGES SODALIUM TUORUM.

Cristo, Pastor eterno, hace consigo y entre sí una grey al mediodía.

Porque, á la verdad, sólo Cristo ama y hace unidad, y solos los que le siguen son unos. Los demás legisladores hicieron división, y sus secuaces anduvieron siempre y andan divisos y vagueando, llevados de cualquiera viento de doctrina peregrina y nueva. Temiendo estas novedades ó *no verdades*—que de uno á otro va muy poco—, dice la Esposa, pastora, á su pastor querido, que le muestre aquella región de vida á donde Él vive; á donde la verdad es pura y sin alguna mezcla de tinieblas de errores; á donde, digámoslo assi, los elementos son puros y los campos vestidos de flor eterna; á donde están los mineros de las aguas vivas y los montes preñados de mil bienes altíssimos; á donde los sombríos y repuestos valles y los bosques dan la frescura; á donde la haya, la oliva y el linaloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves, en gloria y música dulcíssima, que jamás ensordece, exentos de toda injuria, gloriosamente florecen. Con esta región si quisiéremos comparar nuestro miserable destierro, compararemos el desassossiego con la paz, y el desconcierto, la turbación, el bullicio y disgusto de la más inquieta ciudad con la misma pureza, quietud y dulzura; que aquí se afana, y allí se descansa; aquí se imagina, y allí se vee; aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y assombran; allí la verdad sossiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio y alboroto; aquello es luz puríssima en sossiego eterno.

Con la consideración desta región dichosa exclama Bernardo, diciendo: ¡Oh, verdadero mediodía, plenitud y cumplimiento del fervor y luz del sol; destierro de las sombras, desecación de las lagunas y expulsión ó destierro de malos humores! ¡Oh, perdurable solsticio, cuando ya no se inclinará el día! ¡Oh, lumbre meridiana y templanza venerable! ¡Oh, belleza del verano y abundancia de otoño, quietud y holganza de invierno! INDICA MIHI, QUEM DILIGIT ANIMA MEA. Muéstrame ¡oh querido de mi alma! este lugar de tanta claridad, de tanta paz y tan abastado de todas las cosas, para que en tu lumbre, por el excesso del entendimiento, merezca contemplarte, apacentando tu ganado con más abundancia y reposando con mayor seguridad. Este es el sábado reservado, como dijo el Apóstol (*Hebr.*, IV, 9), para el pueblo de Dios, á donde se descansa de los trabajos todos, como se dice haber descansado Dios acabada la obra de la Creación.

«Festinemus ergo ingredi in illam requiem» (ib., v. 11); en aquella región bienaventurada, á donde á su albedrío entran y salen las ovejas, sin que las espante ni alborote el lobo, el león ó alguna mala bestia. ¡Oh, quién me concediesse que nos viéssemos todos los llamados á los pastos de la Iglesia militante paciendo en aquellos soberanos montes, en compañía de las noventa y nueve ovejas (*Luc.*, XV, 4) que el solícito pastor se dice haber dejado para buscar una que se le había perdido! Allí descansa el pastor al medio día, porque no hay necessidad de estar en vela sobre la guarda de su grey. Allí no hay sucesión de tiempos, ni de horas, porque nunca la luz se muda, ni se acerca ó aleja el sol. Lugar es que, como dijo San Juan (*Apoc.*, XXI, 23), ninguna necessidad tiene del sol, ni de la luna para que le den luz: «*Quia* claritas Dei *illuminat* eam, et lucerna ejus est Agnus (¹). Y esso mismo Isaías (*Isai.*, LX, 20): «Non occidet ultra sol tuus...; quia erit tibi Dominus in lucem sempiternam» (²). En esta luz del medio día apacienta el Señor los suyos, no por espejo y enigma, sino por la clara visión; y allí dessea verse la Esposa, cuando dice: INDICA MIHI. Y con razón; porque allí con el resplandor de la luz eterna alumbra las ánimas el divino Pastor, y con el ardor de la caridad las inflama en su amor. En este lugar inspira en los oídos de la Esposa los secretos de profunda sa-

En la oración hace Dios al alma tan grandes mercedes, que se entienden pero no se pueden explicar.

(¹) «Porque la claridad de Dios la tiene iluminada, y su lumbrera es el Cordero».

(²) «Nunca jamás se pondrá tu sol...; porque el Señor será para ti sempiterna luz tuya».

biduría, y le hace mercedes conforme á su inestimable magnificencia; aqui la regala y consuela, y le dice: «Pídeme lo que quisieres, que dársete ha». Aquí se oyen tales y tan grandes maravillas, que se entienden, mas no se hablan ó no se pueden explicar.

* ARTICULO IV

Peligros que deben tener las almas que se apartan de su Pastor soberano, Cristo Jesús.

NE VAGARI, inquit, INCIPIAM POST GREGES SODALIUM TUORUM; porque, ignorando este lugar de quietud y reposo, no venga á seguir las pisadas de aquellos que por los riachuelos y lagunas turbias deste mundo, miserablemente y sin algún sossiego andan vagueando. Por Ezequiel (*Ezech.*, XXXIV, 6) muestra Dios gran sentimiento de que sus ovejas anden descarriadas en todos los montes y collados altos, dehessas y llanuras de la tierra, sin haber uno que tratasse de su remedio. Y por Jeremías dice (*Hierem.*, L, 6): «Grex perditus factus est populus meus: pastores eorum seduxerunt eos, feceruntque vagari in montibus: de monte in collem transierunt», siguiendo sus bestiales apetitos; como si dijéssemos: de prado en prado, de dehessa en dehessa, como ganado que engorda para el matadero. «Obliti sunt cubilis sui»; esto es, de la eterna felicidad, que en solo Dios se halla. Anduvieron vagueando por diversas maneras y géneros de bienes, en los cuales se les representaba ó antojaba alguna cosa alta ó de codicia: que esso es andar por los montes y collados altos. A reducir estas ovejas descarriadas vino el divino Pastor del cielo á la tierra, según que el mismo lo dijo de palabra y lo mostró con las obras y aún lo canta la Iglesia en una prosa: «Quærens me sedisti lassus» (¹), haciendo mención de aquella fatiga con que llegó al pozo de Jacob (*Joan.*, IV, 6) en el hilo del mediodía en busca de la Samaritana.

NE VAGARI INCIPIAM; porque yo no comience á vaguear por los rebaños de otros pastores. Buena razón para obligar al divino Esposo á que le muestre el lugar á donde passa la siesta con su ganado; porque, cierto, inconveniente es, y muy grande, andar una pastora de un rebaño en otro, y desta cabaña en aquélla. En el hebreo, como dijimos, está de otra manera esta letra: «Ne, inquit, cooperta sim juxta greges sodalium tuorum»: «porque no ande rebozada tras de los rebaños de tus compañeros»; hoc est, porque no me tengan por mala mujer. Que, á la verdad, aunque el andar vagueando desdora mucho á las mujeres, el andar arrebozadas y haciendo cocos las hace rameras y de ruin vida. En aquel tiempo á lo menos este era el traje ordinario dellas. En viendo una mujer arrebozada, la juzgaban por ramera, y por esso se engañó y pecó Judas con Tamar, su nuera, que topándola en una encrucijada de un camino arrebozada, creyó que era mujer del partido (*Génes.*, XXXV) *(a)*. Salomón, en sus *Proverbios*, tratando las condiciones de la ramera, dice (*Prov.*, VII, 10-2): «Garrula et vaga, quietis impatiens, nec valens in domo consistere pedibus suis: nunc foris, nunc in plateis, nunc juxta angulos insidians»: «Habladora y vagabunda, sin sossiego y sin poder estar en su casa: ya afuera, ya en las plazas, ya en las esquinas de las calles, assechando á los incautos y mal considerados mancebos». Mucho importa el recogimiento y clausura en las mujeres, y que no comiencen á vaguear; porque si comienzan, no lleva remedio el recogerlas. Entendieron muy bien esto los egipcios, que, como lo refiere Plutarco, tenían ley que las mujeres anduviessen descalzas, obligándolas por este camino á nunca salir de casa. Y los nobles de la China no dejan crecer los pies á sus hijas, poniéndoles los zapatos muy cortos y estrechos, por que no puedan por sí andar sino llevadas en sillas cubiertas.

Mujer tapada y vagueando, denota ser mala y deshonesta.

Cuando quiso Dios sacar de Egipto al pueblo de Israel, dijo á Moysén (*Exod.*, XI, 2): «Di al pueblo todo, que los hombres pidan prestadas á sus amigos las piezas de plata y oro que tuvieren; y las mujeres, á sus vecinas». Y advirtió aquí Nicolao de Lira dos cosas: La primera, la modestia y encerramiento de aquellas mujeres, que á solas sus vecinas

---

(¹) Andando en busca mía, te sentaste cansado y fatigado del camino.—Estas palabras son de la *Prosa* ó *Secuencia* que se lee en la misa de difuntos, que empieza: *Dies irae, dies illa*, etc.

(a) Debe corregirse esta cita leyendo así: *Génes.*, XXXVIII, 15.

conocían. La segunda, el recato y aviso de Dios, que no quiere que una mujer pida á un hombre prestado, que es ocasión grandíssima para ofenderse la castidad; porque la mujer que pide, pierde, recibiendo, su libertad, y el hombre la cobra para pedir lo que no es lícito.

Gran peligro tienen las mujeres que piden á los hombres, y reciben lo que les ofrecen.

Pero dejemos, por ahora, este sentimiento, que no hace mucho al nuestro, ni aun á la pureza de la letra, y desentrañemos con más particularidad la petición de la Esposa, que, á mi parecer, no pide aquí los pastos y quietud de la gloria, entendida, como hemos dicho, por el medio día, sino los de la doctrina y sacramentos, con que el divino Pastor apacienta y regala [á] sus perfectos, assí de vida activa como de contemplativa. Al medio día, hablando con propiedad, el pastor descansa, el ganado bebe, refréscase y rumia, y á la tarde torna á los pastos, lo cual no cuadra con lo que passa en la Gloria, á donde no habrá ya noche, ni sucessión de tiempos, ni necessidad de comer para rumiar, etc. San Bernardo, Beda y Santo Tomás, Haymón y otros muchos, antiguos y modernos, interpretan por el medio día el tiempo de la persecución, á donde los muy aprovechados suelen perder el tino: como lo dijo Cristo hablando de la cruel persecución del Antecristo (*Math.*, XXIV, 22, 24): «Et nisi breviati fuissent dies illi, non fieret salva omnis caro», etc. «Ita ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi» (¹). Y allí avisa que habrá opiniones acerca de nuestro divino Pastor, que unos dirán (ib., 23, 26): «Ecce hic est Christus : : : Ecce illic : : : Ecce in deserto : : : Ecce in penetralibus». Y al fin: «Ubicumque fuerit corpus (scilicet, Ecclesiæ), ibi congregabuntur et aquilæ»; id est, contemplativi et perfecti (²). Y en confirmación desto advierten, y bien, Jacobo de Valencia, Hugo Cardenal y otros, que la que aquí habla no es toda la Iglesia universal, formada de judíos y gentiles, porque en ella no se ignora el lugar donde el Esposo apacienta y tiene la siesta con su ganado: «Hay Apóstoles, hay Profetas, hay Evangelistas, hay Pastores y Doctores; ad consummationem sanctorum in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi» (¹) (*Eph.*, IV, 12). ¿Cómo se había de ignorar cosa tan importante como el abrevadero y lugar del descanso del Esposo?

Dejando, pues, muchas exposiciones llenas de dificultades y entre sí pugnantes —y más habiendo de hacer consonancia con lo que precede y se sigue en la letra—, la que á mí más me satisface es la de Cristopolitano, que por Esposa entiende la gentilidad, desseosa de seguir á Cristo y ignorante aún en las cosas de la fe y conocimiento suyo. La cual recelándose que, buscando á su verdadero pastor, no diesse en otros errores semejantes á aquellos en que por tantos tiempos había andado vagueando y perdida, con afecto y entrañas de amor dice: INDICA MIHI, QUEM DILIGIT ANIMA MEA, UBI PASCAS, UBI CUBES IN MERIDIE; NE VAGARI INCIPIAM POST GREGES SODALIUM TUORUM. San Jerónimo dice que habla con su Esposo, no con las hijas de Jerusalén, y á Él y no á ella pide que le enseñe el lugar de su quietud, porque, impaciente de amor, aun al medio día dessea oirle hablar y verle apacentar su ganado. Orígenes entiende por el medio día el resplandor de la divina Majestad; San Jerónimo, aquellos secretos del corazón con que el ánima alcanza del divino Verbo más clara noticia y conocimiento más alto; San Gregorio, el ardor de los vicios, para donde es menester la sombra y el refresco del Espíritu Santo, para que no nos abrasen; Hugo, cardenal, la Iglesia de los perfectos, á donde el Esposo descansa y tiene quietamente la siesta.

(²) Sed tamen, hic modus loquendi, *Ecclesia de perfectis*, est omnino vitandus, ne cum hæreticis, etiam in aliquo modo loquendi, convenianus. Vinculum enim quo conjunguntur membra Ecclesiæ inter se, et cum

No se dice bien Iglesia de perfectos.

(¹) «Y á no acortarse aquellos días, ninguno se salvaría». «Y harán *alarde* (los falsos profetas) de grandes maravillas y prodigios; por manera que aun los escogidos, si posible fuera, caerían en error».

(²) «El Cristo ó *Mesías* está aquí ó allí: está en el desierto... «está en la parte más inferior de la casa»... «Donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas»; que es decir, los contemplativos y perfectos.

(¹) «á fin de que trabajen en la perfección de los santos en las funciones de *su* ministerio, en la edificación del cuerpo *místico* de *Jesu* Cristo».

(²) Conviene, sin embargo, evitar á todo trance este modo de hablar, diciendo: *Iglesia de los perfec-*

suo capite, neque est gratia prædestinationis, ita ut soli prædestinati ad Ecclesiam Christi expectent, ut diffinitur in Concilio Constantiensi *(serm. 15 et 16)*, ubi damnatus est error iste Wicleph, cum aliis tribus propositionibus collectis ex illo; nam ex hoc errore sequitur præcipuum intentum hæreticorum, asserentium Ecclesiam esse invisibillem, cum divina prædestinatio occulta sit; ex quo maxima confusio sequeretur in hac republica, ubi cives ignorarent, qui essent magistratus, sacerdotes et episcopi. Merito enim dubitarent, an essent membra Ecclesiæ, cum ignorent, an sint de numero prædestinatorum. Neque divina gratia justificans, et multo minus omnimoda puritas et integritas vitæ, est quæ constituit membra Ecclesiæ. Quoad utrumque est certum, secundum fidem; et primum patet ex parabolis adductis a Christo in Evangelio. Comparatur enim Ecclesia, ex sententia omnium Patrum, «areæ in qua sunt paleæ cum tritico, et *(Math.*, XIII, 47) sagenæ congreganti pisces bonos et malos»; item, «agro habenti triticum et cizaniam». Hic enim error innumera absurda continet. Sequeretur enim, quod Sacramentum pænitentiæ non pertineret ad Ecclesiam, et quod frustra Christus contulisset claves, nisi peccatores existentes in mortali, non essent de Ecclesia. Et idem inconveniens supra adductum de gratia prædestinationis sequeretur; cum gratia justificans sit etiam occulta, neque habeat regulam visibilem. Propter quod multis conatur astruere hunc errorem Calvinus (lib. III *Institutionum*, cap. II) et Philipus Mela (in *Apologia confessionis).* Et fuit antiquorum error Donatistarum, ut refert Augustinus (lib. *contra Parmenianum).*

Quod vero requiratur omnimoda puritas vitæ, integritas, et perfectio excludens etiam venialia, ut aliquis sit membrum Ecclesiæ, affirmarunt quidam hæretici, qui Chatari dicti sunt, dicentes, quod qui mumdissimi non esent, ad Ecclesiam non pertinebant. Sed hæc hæresis facile rejicitur ex illo *I Joannis*, I, 8: «Si diximus quoniam peccatum non habemus», etc.; *Jacob.*, III, 2: «In multis offendimus omnes»; et Apostoli, qui erant præcipua membra Ecclesiæ, docentur a Christo *(Math.*, VI, 12) orare: «Dimitte nobis debita nostra»: ergo etiam qui puri et omnino mundi non sunt, sunt membra Ecclesiæ. Legatur Concilium Milevitanum, a cap. VI usque ad IX, ubi adducuntur aperta testimonia Sacræ Scripturæ, ex quibus constat,

---

tos, pues no debemos asemejarnos ni, aun de lejos, acomodarnos al lenguaje de los herejes. Porque el vínculo que une entre si y con Cristo, su cabeza invisible, á los miembros de la Iglesia, no puede ser la gracia de la predestinación, en el sentido de que sólo los predestinados pertenezcan á la Iglesia, como lo definió el Concilio Constanciense, en el cual quedó condenado este error de Viclef, con otros varios por él defendidos; puesto que de aquí se seguiría lo que ellos con tanto ardor han pretendido siempre, á saber: que la Iglesia de Cristo es invisible, ya que oculta del todo es la gracia de la predestinación. Y no serían estas las consecuencias únicas que de aquí dimanarían, sino que aun en la sociedad civil daria esto lugar á confusiones y trastornos sin cuento, pues no podría saberse quiénes eran en realidad los magistrados, los sacerdotes, los obispos, etc , pudiendo siempre abrigar dudas acerca de quiénes eran los que forman la Iglesia, quiénes los miembros de la misma, como se ignora quiénes y cuáles son del número de los predestinados.—Tampoco es condición esencial para pertenecer á la Iglesia la gracia santificante, y menos una absoluta y cabal perfección y santidad de vida. Ambas cosas las enseña la fe: en cuanto á lo primero, se infiere de las parábolas propuestas por nuestro señor Jesucristo, en las cuales se compara la Iglesia ya á una era en la que está mezclado el grano limpio y sazonado con la paja, ya á una red echada al mar, que recoge peces grandes y pequeños, buenos y malos, ya, en fin, á un campo, que junto con el buen trigo produce también cizaña. Ténganse, además, en cuenta los gravísimos absurdos que de la doctrina de los herejes habían de seguirse inevitablemente. Tales son, entre otros, que el Sacramento de la penitencia sería inútil en la Iglesia y que la potestad de perdonar los pecados sería una facultad irrisoria. Esto, por no decir nada de lo que acabamos de indicar anteriormente, puesto que también es oculta, y para la ciencia humana impenetrable, la posesión ó la carencia de la gracia santificante. Error es este defendido por Calvino y otros, como antes lo fué por los Donatistas, según afirma San Agustín.

La segunda afirmación de los herejes es no menos errónea ni menos antigua que la precedente, pues ya fué sostenida por los Cátaros. Para su refutación basta fijarnos en aquello tan sabido de San Juan: «Si dijéremos que no tenemos pecado, mentimos, etc.; y lo de *Santiago:* «Todos tropezamos en muchas cosas»; y á los Apóstoles, no obstante que eran piedras fundamentales de la Iglesia, enseñó Cristo nuestro Señor á orar, diciendo: «Perdónanos nuestras deudas». Bien podemos, pues, decir que aun los imperfectos y los pecadores son miembros é

quod nullus invenitur in Ecclesía tam purus qui non habeat maculam aut rugam peccati venialis. Dicitur enim *(Prov.*, XX, 9): «Quis potest dicere: mundum est cor meum?»; ex hoc enim errore nullus intra Ecclesiam contineretur, si vinculum, quo in hoc corpore conjungimur, est omnimoda puritas vitæ. Et tandem in Tridentino *(sessione 6, canone 23)*, expresse dicitur, quod «damnatur qui dixerit, quod justus potest in tota vita vitare venialia: sicut de beata Virgine tenet Ecclesia». Contra hunc errorem legendus est Augustinnus (lib. de *Perfectione justitiæ)* et Hieronym (lib. II *Contra Jovinianum*, et in *Epist. ad Tesiphontem).*

Neque in favorem horum errorum illis favent testimonia, quæ hæretici adducunt; habent enim perfacilem solutionem. Sed præcipuum est ex cap. IV, 7, hujus libri, ubi Sponsus, de Ecclesia dicít: quod est tota pulchra, et quod macula non est in ea et cap. VI, 8, dicit: illam esse columbam, et perfectam: et *ad Ephes.*, V, 26-7, docet Apostolus, quod Christus mundabit, et sanctificavit Ecclesiam, ut eam exhiberet gloriosam non habentem maculam, neque rugam. Et *Isai.*, LII, 1: «Non transibit per illam incircuncisus et inmundus». Ex quibus colligunt argumentum: si inmundi, aut injusti ad Ecclesiam pertinerent, non esset, re vera, pulchra, et sine macula et ruga: et sic inter membra Ecclesiæ computandi non sunt. Wicleph vero suum errorem ex illo loco *(I Joan.*, II, 19) astruere conatur. Dicitur enim de quibusdam pravis hominibus: «Ex nobis *exierunt*, sed non erant ex nobis: nam si fuissent ex nobis, permanssisent utique nobiscum». Istis verbis, ait iste hæreticus et sequaces, docet Joanes non fuisse ex Ecclesia eos, qui in Ecclesia usque ad finem non permanserunt, perseverantes in fide, et justitia christiana cum Apostolis. Sed in Ecclesia, hoc modo solum permanebunt usque ad finem prædestinati; ergo soli prædestinati pertinet *(sic)* ad Ecclesiam, quia soli isti sunt de numero Ecclesiæ triunphantis, quæ eadem est Ecclesia cum præsenti. Insuper probat ex illo *Joannis*, X, 28, ubi inquit Christus de ovibus suis, quod nullus eas rapiet de manu ejus: et sic ad ovile Christi, quod est Ecclesia, solum prædestinati pertinent. Hæc Wicleph.

Sed respondeo: et primo plures sunt ex Patribus, qui docent illa gloriosa nomina: *perfecta, dilecta, sine macula*, dici de Ecclesia ratione illorum qui per fidem vivam sunt illi conjuncti. Secundo respondeo, solere per sinedochen,

---

hijos de la Iglesia. Sobre lo cual pueden consultarse las actas del Concilio Milevitano, desde el capítulo 6 al 9, en los cuales expresamente se citan varios lugares de la Sagrada Escritura en confirmación de lo que venimos diciendo. Por no aducir otros, en los *Proverbios* se lee: ¿«Quién puede decir: limpio está mi corazón»? Y lo mismo enseñó el Tridentino, en la sesión 6.ª, condenando y anatematizando como herejes á los que dijeren que hay alguno entre los justos que por todo el discurso de su vida pueda evitar todos, absolutamente, los pecados veniales, como de la Santísima Virgen María lo enseña la Iglesia.

Por lo demás, fácil es encontrar respuesta y réplica contundente á los argumentos que ellos aducen. Fijándose, en efecto, los herejes en aquellas palabras que se leen en el capítulo cuarto de los *Cantares*, en las que dice el Esposo que su Esposa «es toda hermosa, y que no se halla en ella mancha alguna»; en aquellas otras expresiones del capitulo sexto, cuando la llama «su paloma y su perfecta»; y en lo que dice el Apóstol: que «Cristo lavó y santificó á la Iglesia, haciéndola sin mancha ni ruga»; como en lo de Isaías: que «por ella no había de volver á pasar ningún incircunciso ó inmundo»; discurren de este modo: Si los pecadores son también hijos de la Iglesia, no será ésta en realidad hermosa, ni estará sin mancha ni ruga; no son, por tanto, aquéllos hijos ó miembros de la Iglesia.

Wiclef, por su parte, quiere valerse de las palabras de San Juan en su primera Epístola, cuando, al hablar de ciertos herejes, dice: «De entre nosotros, ó de la *Iglesia*, salieron; pero no eran de los nuestros; pues si lo hubieran sido, con nosotros habrían perseverado». De cuyas palabras trata este heresiarca de inferir que San Juan quiso decir en ellas que no son hijos ni miembros de la Iglesia los que en ella no perseveran hasta el fin, unidos en la fe y en la caridad con los Apóstoles. Y como en esta forma y en este estado no se hallan sino aquellos que son predestinados por Dios á la Iglesia, estos solos son los que ahora pertenecen á la Iglesia militante, una esencialmente con la triunfante, es decir, con la del cielo. Y concluye trayendo á su propósito aquel otro pasaje del Evangelio de San Juan, en el cual hablando nuestro Salvador de sus ovejas, dice que «nadie podrá arrebatarlas de su mano».

De varios modos pueden desbaratarse tales alegatos. En primer lugar, diciendo, como muchos Santos Padres, que aquellos nombres de *perfecta, muy amada, sin mancha*, etc., se aplican á la Iglesía en cuanto á ella pertenecen muchos que están con ella unidos por una fe viva, animada de la caridad. En segundo lugar, diciendo de toda ella lo que

quæ parti conveniunt in totum transferri: præsertim cum de communitate, aut civitate est sermo. Dicimus enim aliquam gentem esse robustam, et bellicossam, non quia omnes ex ea robusti, aut belicosi sint, sed quia viri ex ea ad bellum electi solent strenue pugnare. Hoc enim modo loquimur etiam de corpore naturali; quod enim manus agit, aut patitur, ipse homo agere, aut pati dicitur, et qui habet faciem pulchram, pulcher appellatur. Quia ergo Ecclesia constat ex justis et perfectis hominibus, hac sola ratione his nominibus congruenter posset appellari; et quia justi et sancti sunt melior pars hujus Ecclesiæ, et quasi facies ejus. Tertiam solutionem adhibet Bellarm. (lib. I de *Ecclesia*), ex Augustino (lib. IV *Contra Pelag.*) [dicens] quod sæpe sacri scriptores plura nomina tribuunt Ecclesiæ, quæ de illa verificantur, non pro isto statu, in quo est militia, non solum adversus carnem et sanguinem, sed adversus Principes. Unde in hoc statu absolute, et merito dicitur sancta, non solum propter sanctos, et quia sanctitas non potest deficere ab Ecclesia, sed etiam propter sanctum finem, propter sanctas leges, et Sacramenta, etc. Et quod sit gloriosa, et sine ruga, verificatur in Patria, ad quam perducimur per Christi passionem, ubi absterget Deus ab Ecclesia maculas peccatorum.

Ad testimonium vero ex *Canónica Joannis*, respondetur, ex Aug. et pluribus græcis in eundem locum, quod loquitur de quibusdam hæreticis sui temporis; de quibus dicit, «non erant ex nobis» non quia tunc non pertinerent ad Ecclesiam, sed quia non erant de numero salvandorum: nam quamvis non omnes qui sunt intra Ecclesiam salventur, nullus tamen salvari potest, nisi intra Ecclesiam. Alii ex recentioribus dicunt quod illi, de quibus loquitur Joannes, accesserant ad fidem, et se jungerant discipulis animo ficto, non credentes: et sic in tali casu non pertinerent ad Ecclesiam. Illa vero verba Christi: «Sed non rapiet eas quisquam de manu mea», solum significant, quod dæmon non rapit suos de manu Christi quod sit potentior, sed quia ipsæ oves se tradunt in manibus dæmonis. Unde ipse Dominus dixit (*Joan.*, XVII, 12): «quos dedist mihi, non perdidi ex eis quemquam, nisi filius perditionis», el cual quiso perderse por su culpa. Habemus ergo ex dictis, quod fides interna exterius signo visibili protextata per susceptionem baptismi, constituit membrum Ecclesiæ proprie, et integre, et nihil aliud est ne-

---

sólo á una parte de sus miembros corresponde en rigor, cosa muy frecuente tratándose de una sociedad formada por muchos miembros. Así decimos de una raza de gentes, de los de una nación ó un reino, que son muy valientes, que son belicosos; no porque todos absolutamente lo sean, sino porque los de tal reino ó nación se distinguen, en general, por su ardor bélico ó por su valor. Aun de nosotros mismos hablamos asi refiriéndonos á las cualidades de nuestro cuerpo: lo que la mano hace, lo que ella ú otro miembro sufre, de todo el hombre se dice, y bella y hermosa se llama una persona cuyo rostro es bello ó hermoso. Podíamos, por igual motivo, decir de la Iglesia que es bella y hermosa, puesto que muchos de sus hijos lo son en los dones espirituales, los cuales vienen á ser la porción más escogida, los mejores y como el rostro ó faz de ella. O, con Belarmino, resolver estas dificultades diciendo que muchas de las cosas predichas de la Iglesia en los Libros sagrados, muchos de los carismas que de ella se predican, más aplicación tienen y, en un sentido absoluto, de mejor manera se verifican considerándola no en el estado presente, cuando tiene que luchar sin tregua ni descanso contra tanta suerte de enemigos visibles é invisibles, sino de la Iglesia triunfante, cuando, purificada y santificada por Cristo, reinará gloriosa en el cielo, aunque también ahora pueda con toda verdad decirse de ella que es santa y perfecta: pues lo es, no sólo en muchos de sus hijos, mas también en el fin sobrenatural á que aspira, en sus leyes y Sacramentos.

En cuanto á las palabras de San Juan en su epístola canónica, San Agustín y muchos Padres griegos afirman que en ellas se refiere á ciertos herejes de su tiempo, de los cuales dice que no eran de la Iglesia, no porque á ella no hubieran pertenecido antes, sino porque no eran del número de los predestinados; pues, aunque no todos los hijos de la Iglesia de hecho se han de salvar, ninguno puede salvarse si no es perteneciendo á la Iglesia: (los diversos modos y las condiciones diversas en que puede decirse que uno pertenece á la Iglesia ó está dentro de la Iglesia, discútenlas los teólogos; su explicación nos llevaría muy lejos de nuestro propósito).—Otros autores dicen que aquellos de quienes hablaba San Juan eran algunos que fingidamente y simulando abrazar la fe se habían mezclado entre los discípulos de los Apóstoles, en cuyo caso bien claro es que no pertenecían á la Iglesia en modo alguno. Las palabras de nuestro Redentor: «que ninguno arrebatará de sus manos á sus ovejas», significan tan sólo que nadie tiene poder, ni el mismo demonio, para apartarlas de la gracia, si ellas mismas no se entregan voluntariamente por el pecado al enemigo, como el

cessarium. Et sic una est Ecclesia continens perfectos, justos, et iniquos, et quantumvis peccatores, habentes fidem Christi, modo dicto, sub uno visibili capite, ejus Vicario: quare hæretici tam publici, quam occulti non sunt Ecclesiæ membra.

El amor no consiente divisiones en el corazón.

Sea lo que fuere, la petición es alta y de amor: pide quietud, pide pasto, pide conocimiento claro y sin errores; pide luz sin mezcla de tinieblas; pide la compañía del Esposo, porque á solas y con solo Él lo quiere haber: que el amor no consiente divisiones ni repartimientos del corazón.

* ARTÍCULO V

De las tentaciones más frecuentes que padecen las almas que buscan á Dios, y del modo de vencerlas.

NE VAGARI INCIPIAM. No dice: por que no ande vagueando, sino por que no comience á vaguear. Yo creo cierto que nuestra perdición total está en comenzar á distraernos y seguir estudios y cuidados diferentes; y el que comenzare á vaguear, persuádase que ha de sudar y passar muchos trabajos primero que se assegure y quiete y vuelva á unidad, la cual es impossible hallar fuera de Dios, á donde, y no en otra parte, la busca la Esposa.

Gerson (tractat. 84 *super Mag.)* dice que el desseo della en este lugar es apacentarse con el que apacienta y reposar con el que reposa, huyendo por este medio la vagueación y aun la división de los pastores, que no siguen un solo y sempiterno Pastor, que en su Evangelio promete *(Math.*, XI, 28-9) á los cansados y fatigados refección y quietación. San Anselmo *(De similitudinibus*, cap. CXXII) dice que de nuestra naturaleza tan fácilmente nos derramamos y distraemos, no sólo en pensamientos vanos, sino aun en vicios, como se derrama y se reparte el agua por lo llano; y lo que hacen los que quieren retener el agua, han de hacer los que quieren conservar unidad en sí mismos y no distraerse. Aquellos la recogen en estanques, y éstos en el corazón con las reglas de buena disciplina.

El que ora, trabaje recogerse en un pensamiento, porque en la vagueación hay mucho peligro.

Dios nos libre de pensamientos vagos en la oración, que, demás de que el tiempo se pierde, pónese el alma á peligro conocido de caer en muchas maneras de tentaciones que nacen de la ociosidad y distraimiento. Compara el Sabio *(a)* «las entrañas del necio á la rueda del carro, y su pensamiento al rodezno del molino» *(Eccli.*, XXXIII, 5), que están en continuo movimiento, siguiendo muchas veces las huellas de los brutos; esto es, los desseos y apetitos bestiales. Verdad es que hay guerra de pensamientos (de que nos libre Dios por su misericordia) tan cruda y sangrienta, que muchas veces tomarían los varones espirituales pelear con los turcos, y aun con los mismos demonios, si apareciessen en carne, antes que sufrir tal batería. Pondréis os en el lugar de la oración para tratar á solas con vuestro Dios una hora, y parece que luego al punto despertais contra vos todo el infierno junto: allí el cuidado de la hacienda, de los hijos ó marido, si le tenéis, de la honra, de la venganza, si os han agraviado, y, finalmente, de lo que nunca imaginastes.

A mí me agrada grandemente lo que se dice de Bercebú, príncipe de los demonios: que era dios de las moscas, no sólo porque se hallaban muchas en derredor dél, por las muchas carnes que se le ofrecían, sino porque verdaderamente este espíritu maligno tiene las condiciones y propiedades de la mosca, la cual, como dice Pierio *(lib. XXVI)*, era jeroglífico del príncipe de la infernal canalla. No hay criatura en el mundo más importuna y porfiada que la mosca. Si cien veces la echais de vos, otras

mismo Señor lo dijo, hablando con su Eterno Padre: «Guardado he los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido sino *Judas*, el hijo de la perdición», el cual quiso perderse por su culpa. Infiérese, pues, de todo lo dicho, que lo que nos hace hijos de la Iglesia es la fe, manifestada al exterior con señales visibles por la recepción del Bautismo, y nada más. Esto es lo que constituye la Iglesia de Cristo, compuesta de buenos y malos, justos y pecadores, unidos todos por medio de la fe á Cristo, cabeza invisible, y sujetos á la obediencia del Papa, cabeza visible de la misma, de la cual están, por lo mismo, excluídos los herejes, tanto los que públicamente niegan algunas de las verdades reveladas, como los que lo hacen de un modo oculto y sin hacer manifestación de sus errores.

(a) Aquí, como más arriba en la pág. 165, parece seguir el P. Angeles la opinión, hoy ya desechada como errónea, de atribuir á Salomón el libro del *Eclesiástico*.

tantas ha de volver á perseguiros y daros molestia; á todos tiempos se descomide; durmiendo, comiendo, hablando, bebiendo, rezando, estudiando, contemplando, diciendo missa, y, finalmente, en todo ejercicio y quietud, su oficio es inquietar, perturbar y dar enfado; los ojos parece que os quiere sacar algunas veces; en la boca se os entra, y por las narices os acomete. ¡Oh, animal importunissimo y desvergonzadíssimo! Para pintar los griegos la violencia y desvergüenza pintaban una mosca. Y de aquí nació el proverbio de que usó Cicerón *(II de Oratore):* «Abige musca, puer»; id est, molestos et importunos rogatores ([1]).

El demonio es importunissimo y porfiado en tentar, y assi, con perseverancia se ha de resistir.

Según esto, mire cada uno si le cuadra el nombre de mosca al demonio. ¿Qué cosa más desvergonzada é importuna que él? ¿A quién no tienta? ¿Cuándo no tienta? ¿Cómo no tienta? ¿Qué ardides no busca? Agora os tentará de hablar, agora de callar, agora de lujuria, de aquí á un poco de castidad, alabandoos desta virtud para que perdais la humildad. Gersón dice que se há con nosotros á la manera de un sagacíssimo ladrón, que se junta con los caminantes y les hace compañía, fingiéndose amigo dellos, hasta robarlos ó quitarles la vida. Si no puede impedir el principio de la buena obra, trabaja, á lo menos, por corromper y macular la intención; de manera que el fin sea malo, conviene á saber: gloria vana, soberbia ó deleite carnal. Si vencéis esta tentación, porque vuestro fin es Dios en las buenas obras que hacéis, acométeos por otro camino más peligroso y de que apenas los santos escaparon. «Bien, dice, acabaste tu obra; valerosamente venciste al enemigo; no ha podido contra ti la vanagloria, ni otro vicio. ¿Quién hiciera lo que tú has hecho? No fulano, ni fulano», etc. De manera, que por donde muchas veces pensamos echar de nosotros la tentación, por ahí caemos en ella; y quedamos vencidos, cuando parece que vencemos. De donde colijo yo que si con particular estudio y cuidado, favorecidos de Dios, no ocurrimos al demonio que nos tienta, muchas veces de las virtudes se engendrará el vicio, y de la humildad la soberbia.

Tentaciones del demonio, varias y importunas.

Algunas veces acontecerá no tentaros el demonio en muchos días, ó para que os asseguréis y no tratéis de vuestra defensa, y entonces súbitamente os acomete, ó con tentación de odio, ó de envidia, ó de concupiscencia carnal; ó para que con la seguridad é inmunidad de la tentación os ensoberbezcais como hombre que ya con vuestra virtud tenéis vencido al enemigo, ó para que, disminuído el trabajo de las tentaciones, el mérito acerca de Dios sea menor, ó para que tengais en poco y despreciéis á los que viéredes tentados. Algunas veces os persuadirá que comencéis obras altas y dificultosas de virtud, como ayunos inmoderados, penitencias rigorosas y peregrinaciones largas; ó para que dando con la carga en el suelo, os acobardéis en el bien; ó para que de essas demasías se siga desvanecimiento en la cabeza, melancolía, tristeza grande, etc. Y, al revés, os aconsejará que, dejadas las obras heroicas de virtud, todo os ocupéis en obras mínimas, para que, viendo que las hacéis con perfección, os tengais por santo y consumado en toda virtud, ó por que nunca lleguéis á la perfección, ocupado en niñerias, ó para que desta humildad (que, á vuestro parecer, lo es no aspirar á cosas grandes) os ensoberbezcais, y condenéis á los otros que no van por este camino. Algunas veces os pondrá devoción que os parezca verdadera, lo cual suele hacer *facta aliqua immutatione circa sensum*, ex quo resultet aliqua sensibilis consolatio ([1]); ó, si la tenéis de la mano de Dios, os persuadirá que hagais juramentos y votos indiscretos, para que, cessando la devoción, quedéis turbado y enlazado, y aun imposibilitado para el cumplimiento dellos. Y, al contrario, también sucede que, debajo de especie de discreción, ningún voto quiere que hagais, aunque muy necessario para ocurrir á algún pecado á que sois más inclinado. También os persuadirá á que recéis una multitud inmensa de oraciones vocales, ó para cansaros el ánimo, ó para que los recéis sin devoción, ó para que os ensoberbezcais, ó para que no acudais á otros ejercicios de más provecho, ó para que os

([1]) «Sacúdete las moscas, joven»; es decir, aparta lejos de tí á los importunos y porfiados pedigüeños.

([1]) Causando ó haciéndonos experimentar alguna conmoción en la parte sensible de nuestro ser, como en la imaginación ó fantasía, de donde sobrevenga algún gusto ó consolación meramente corpórea ó sensible.

persuadais de aquí que tenéis gran cabida con Dios y que de derecho os debe conceder lo que le pidiéredes. Muchas veces, so color de humildad, os estorbará de obrar bien, por que no os tengan por santo, y de ahí vengais á dar en soberbia.

A muchos ha persuadido el allegar y atesorar riquezas, por fas ó por nefas, con fin de hacer largas y copiosas limosnas á los pobres, sabiendo él muy bien que es mucho peor adquirir hacienda injustamente por dar limosna, que no dejarla de dar por pobreza. Unas veces, so especie de corrección, os hace entrar en cólera y perder la paciencia, para que no se enmiende el corregido, ó vos quedéis turbado y inquieto; otras, por el contrario, os persuadirá que es obra de misericordia y mansedumbre no reprehender al prójimo, para que, no corrigiéndole, no se enmiende, ni vos cumplais la ley de la caridad. Cuando se murmura de vuestros prójimos, aunque dello recibís molestia, hace este enemigo que, por temor de desagradar al que murmura, ó confirméis la murmuración, ó á lo menos no habléis palabra ni mostréis en el semblante lo que tenéis en el corazón; porque, como dijo San Bernardo, apenas se puede entender cuál sea peor, el decir mal del hermano, ó oir con aprobación al que lo dice. Algunas veces os inquietará con escrúpulos, de suerte que os parezca que en todo cuanto hacéis pecais. Otras os asegurará de manera, que ni temais el pecar, ni os pese de haber pecado. Muchas veces para obrar mal os ensanchará la conciencia, y después exagerará tanto el pecado, que os inducirá á desesperación. Si barrunta que no habéis de tomar los consejos buenos que os dieren, persuádeos que andéis de teólogo en teólogo preguntando, para que después no tengais excusa ni esperanza de perdón en el mal que hiciéredes, y aun para que, siendo los consejos desacertados, vos y quien os aconseja os vais al infierno. Otras veces os hará menospreciar todo consejo, ó que le pidais á solo Dios por la oración, ó que fiéis de vuestra prudencia más que del parecer ajeno, juzgando de todos los que os aconsejan que buscan su útil y no el vuestro.

Soberbia es querer seguir su parecer y no sujetarse al ajeno.

Y esta tentación, entre todas, es la más peligrosa, especialmente para personas devotas ó de sutil entendimiento, porque manifiestamente es soberbia y despeñadero del infierno. San Juan Clímaco dice que después de haber bien comido y bebido suele el demonio acarrear devoción y lágrimas, para que se pierda el miedo á la gula: yo digo que las trae también después de los ayunos y abstinencias rigorosas, para que, engolosinados los hombres con este cebo, no coman lo necessario y, dañando el cerebro, den en melancólicos, tristes y airados, y aun en soberbios. ¡A cuántos ha engañado persuadiéndoles á que procuren visiones de ángeles y revelaciones del cielo! ¡A cuántos con la devoción y ternura sensible, haciéndolos que allí se detengan y se gocen, sin passar adelante al amor de Dios, que es el fin de todo buen ejercicio! ¡A cuántos acometió con dureza de corazón y sequedad de espíritu en las obras del servicio de Dios, para que, teniéndose por desamparados dél, se conviertan á los deleites y regalos de la carne!

En elegir y tomar estado es molestíssimo, porque en cualquiera que estéis os representa sus dificultades, sus cargas, sus peligros, y todo aquello que os puede causar desconsuelo, tedio y enfado. Si sois continente, dice que vivís en gran peligro de perderos; que más seguro fuera haberos casado. Si os casastes, como vee que la mudanza á otro estado es imposible, ó dificultosa, acude con tanta batería de tentaciones, que parece que de todo punto está cerrado para vos el cielo. ¡Oh cuánta felicidad, dice, cuánta quietud y paz tienen los libres! ¿Cómo puedes servir á Dios criando hijos, ocupada con el marido y distraída en la hacienda? De aquí nacen las impaciencias, y los odios entre los casados, y el desamor á la familia; y como no hay lugar de trocar la suerte, muchas veces le hallan para la desesperación.

Ninguno está contento con su estado sino el humilde y devoto.

Lo mismo passa en los demás estados, por muy perfectos y santos que sean; y assí es, que apenas se halla hoy hombre ni mujer contentos con su suerte. Algunas veces acontece (y es traza de Satanás) que, habiendo de hacer alguna cosa de obligación, según el orden de aquellos con quien vivís, la dejais como menos importante y acudís á la oración y contemplación, porque es más á vuestro propósito; y sucede de ordinario que en este tiempo os acometen más fuertemente las tentaciones de vanagloria y propia estimación que en otro. Y es mucho de notar, que

en lo voluntario muchas veces hallaréis más devoción que en lo que por obediencia y de obligación hacéis. Y de aquí se sigue, que con mayor dificultad quebramos el ayuno que escogemos por nuestro parecer que el que por la Iglesia ó voto de regla se nos manda.

A muchos ocupa el demonio de manera en obras de trabajo exterior, que ningún tiempo les deja para la consideración, ni para el conocimiento propio. A otros hace despreciar de todo en todo las obras exteriores, so color de vacar á la contemplación; y al fin se hallan burlados, porque se dan por este camino á vida ociosa, y de contemplativos no tienen más que el nombre solo. Muchas veces nos pone un desseo ardentíssimo de ver mujeres hermosas, para alabar á Dios en ellas; y en aquel punto que las vemos, ninguna tentación ni movimiento malo sentimos; y assegurándonos por este camino, nos entramos sin miedo en las ocasiones, y miserablemente caemos: y cuando escapamos deste lazo, caemos en el de la soberbia y estimación vana de que somos castos. Y, ¡cuántas veces nos persuade el enemigo á devociones y amistades, á nuestro parecer santas, y de la comunicación frecuente, del mirar, del conversar, del comer á una mesa, del tocar las manos y de otras familiaridades á este tono, viene á acabar en carne lo que se había comenzado en espíritu! ¡A cuántos tiene engañados este enemigo, que por huir la singularidad comen y beben más de lo necesario, y en el vestido hacen excesos al uso! A unos hace tan celosos de su fama, que parece crueldad no excusarse en todas las cosas que se dicen dellos, de donde se les sigue caer muchas veces en impaciencia, ira, arrogancia, perturbación de ánimo, acusación de prójimos y revelación de secretos: todo para mostrar su inocencia; y como no es possible «poner puertas al campo», ni cerrar las bocas de todos los murmuradores, tantos más juicios tienen contra sí cuanto más tratan de su defensa. Al contrario, persuade á otros á que no tengan en nada su fama, ni hagan caso de los decires de los hombres; de donde nace pecar sin miedo, aunque sea con nota y escándalo de muchos. «Dios sabe mi conciencia, dice el otro; murmure quien quisiere, no soy más, en el hecho de la verdad, de lo que soy acerca de Dios». Esta es una tentación muy peligrosa; porque de desestimar la propia fama nace no estimar las cosas que nos la pueden quitar, cuales son los pecados; y poco á poco por este camino se viene á estragar la conciencia y á perderse el temor de Dios y el respecto *(sic)* á los hombres, el cual muchas veces nos enfrena y hace estar á raya.

A mí me suele inquietar el demonio con pensamientos de predestinación y reprobación, pareciéndole que, si me tengo por predestinado, y que no puedo condenarme, daré en presumpción y me despeñaré en vicios; y si por reprobado, que desesperaré como hombre sin remedio; pero yo ningún caso hago destas tentaciones, porque no está á mi cuenta dar sentencia definitiva en lo uno ni en lo otro: sólo espero en la misericordia de Dios, con gran temor de su estrecha justicia, y creo salvarme si con perseverancia guardo sus mandamientos, ó, ya que los quebrante, finalmente me duelo y hago penitencia verdadera. Otras veces me aprieta con esta cuestión: Si querría más estar en el infierno que cometer un pecado mortal. Lo que pretende aquí es, ó que, espantado con el horror de las penas infernales, elija pecar mortalmente, ó á lo menos me ponga á peligro de mentir, no eligiendo de corazón lo que de corazón aborrecemos todos; ó para que, negando lo que es pecado, caiga en jactancia y arrogancia, viéndome tan determinado en cosa tan dificultosa. De semejantes tentaciones ningún caso se ha de hacer; y si se nos entraren sin llamar, luego al punto las debemos desechar, y decir con humildad á Dios: «Vos, Señor, conocéis mi fragilidad; cierto estoy que si con vuestra gracia no soy favorecido, ninguna pena hay tan pequeña que no me venza y haga prestar consentimiento al pecado. Por tanto, yo me arrojo en vuestras piadosas manos y os suplico no me dejéis caer en semejantes tentaciones, de las cuales no pueda escapar sin quebrantar vuestra ley».

A muchas mujeres y hombres, que de adulterio tienen hijos de grandes ingenios, de notable hermosura y de habilidades muy raras, tienta este adversario con tanta perplejidad, que parece que no pueden dolerse del pecado que cometieron, con la consideración del buen sucesso que, á su parecer, tuvieron. Para este caso es necessaria la discreción; que no pide Dios que os dolais absolutamente del hijo que tuvísteis, sino del pecado que cometistes; de manera, que puede haber dolor y pe-

sar grande de la ofensa, y gozo del hijo que ya nació en el mundo, con el cual repartió el Señor sus dones. Callo aquí las inquietudes que nos procura este adversario en las confessiones y comuniones, porque en los *Diálogos* [1] tengo dicho mucho tratando de los escrúpulos. Si nos confessamos por entero: si dijimos todas las circunstancias. Algunas veces suele preguntarse el penitente si para confessarse tiene voluntad de nunca más pecar; y entonces le pone el enemigo delante que no podrá cumplir lo que prometiere; que sus caídas son muchas y de cada día, y que su fragilidad es grande; que es dificultosíssimo dejar la mala costumbre, etc. Lo que aquí se ha de hacer es conocer el hombre que por sus propias fuerzas no puede evitar los pecados. Lo segundo, saber que no es necessario afirmar que nunca pecará, porque sería presumpción; ni tampoco ha de juzgar de sí que ha de volver á los pecados, que sería la confessión vana y aun sacrílega: basta tener firme propósito, con el ayuda de Dios, de evitar el pecado y de poner para ello diligencia, y que, según la presente voluntad, en ninguna manera prestará consentimiento á él.

El ángel bueno siempre nos exhorta al bien, y el malo al mal.

Concluyo este discurso con decir que, assí como Dios y el ángel bueno siempre nos exhortan y incitan al bien, y todas las cosas prósperas y adversas, y los males propios ó ajenos, convierten en nuestro aprovechamiento, assí, por el contrario, Satanás todo lo pervierte y de todo saca materia para tentarnos y derribarnos: de la riqueza y de la pobreza, del ayuno y del comer, de la compañía y de la soledad, de lo feo y de lo hermoso, del matrimonio y de la continencia, del callar y del hablar, etc. ¡Oh, qué bien dijo el Santo Job! (*Job*, XLI, 4-5): «Quis revelabit faciem indumenti ejus? et [in] medium oris ejus quis intrabit? portas vultus ejus quis aperuit?» «¿Quién podrá descubrir sus astucias, entender sus engaños, alcanzar sus trazas?» Sólo un remedio se halla general para esta general y ordinaria guerra de tentaciones,

La humildad y devota oración vence todas las tentaciones.

que es la divina gracia, la cual se granjea principalmente por la devota y humilde oración; y por ser este medio tan importante para bien tan grande, todas sus máquinas guarda el enemigo para contrastarle: y assí, en el tiempo que oramos, más que en otro nos persigue, y la mayor persecución que yo hallo es la vagueación y derramamiento del corazón con pensamientos atormentadores, diferentes, contrarios, importunos, vagos y sin algún orden. «Cogitationes meæ disipatæ sunt, torquentes cor meum» (*Job*, XVII, 11) [1]. Lo que aquí nos puede consolar es que, en tanto que esta se pueda llamar guerra, no hay consentimiento y hay merecimiento grande.

Decía aquella santíssima religiosa Gertrude, que el destraimiento y derramamiento de corazón que, sin quererlo, el que ora padece, no impide el fruto y utilidad de la oración, como ni la sequedad del espíritu cuando nos acompaña buena voluntad. A este propósito se dice, que hablando el Señor una vez con esta su sierva, le dijo estas palabras: «Que-

Dios se satisface cuando de buena voluntad hacemos lo que podemos en la oración y en las demás obras buenas.

rría que todos mis siervos estuviessen persuadidos que sus ejercicios virtuosos y todas sus buenas obras me son de todo en todo agradables cuando ellos me sirven á sus expensas; lo cual hacen cuando, no sintiendo devoción alguna, fielmente y como les es possible cumplen sus espirituales tareas, confiados de mi piedad, que recibiré de buena gana y me agradaré de su obra». Algunas veces es tan grande el trabajo que se padece con la instabilidad y vagueación de nuestra alma, que si queremos levantar el corazón á Dios por la oración y meditación, parece que nos arrojan de su presencia. Lo cual elegantemente dijo San Agustín por estas palabras: «Muchas veces nuestras oraciones son impedidas de los vanos pensamientos, de manera que apenas puede el corazón hallarse presente á su Dios, ni estar delante dél, aunque lo dessea y procura; porque en cierta manera huye de sí, y no halla retrete á donde pueda encerrarse, ni cómo retener sus ausencias y movimientos vagos; y entre muchas oraciones, apenas se hace una oración estable; y, al fin, tolera Dios los corazones de los que oran, aunque piensen diversas cosas, y no quiero decir dañosas alguna vez. Y porque verdaderamente su misericordia es grande, le podemos y debe-

(1) Véase OBRAS MISTICAS, cit.; t. I, págs. 50-237.

(1) «Disipáronse como humo *todos* mis designios, dejando en tormento mi corazón».

mos decir con el profeta *(Psalm. 85,* 4): «*Jucunda* vel lætifica animam servi tui, quoniam ad te, Domine, animam meam levavi» ([1]). ¿Cómo la levanté? Como pude, conforme á las fuerzas que Vos me distes.

Colígese de aquí, que el que ora con buena voluntad no debe turbarse ni entristecerse desordenadamente por la instabilidad de sus pensamientos: haga alegremente lo que de su parte es, y persevere en la oración con paciencia, y crea que agradará mucho á Dios. Y porque las aflicciones de los justos en esta parte son muchas, y de cada día, que de verse distraídos en la oración y combatidos de diversas imaginaciones se desconsuelan más de lo que debrían *(sic)*, y otros, por el contrario, no sienten el daño que de su voluntario vaguear se les sigue, me pareció, en gracia de los unos y de los otros, extender algo más esta doctrina, de manera que todos queden desengañados: consolados los primeros, y los segundos amedrentados y enmendados.

Cuidado del demonio en distraer [á] los que oran.

El mayor ardid que tuvo Faraón con los hijos de Israel para que no pudiessen sacrificar á Dios ni acudir á la oración, aunque quisiessen, fué quitarles la leña que solía darles para calentar los hornos, y pedirles la misma hacienda que cuando se la daba. Ocupábanse todo el día en buscar pajas, y cuando llegaba la noche caían tan cansados, que les era forzoso descansar y dormir: divididos todo el día, no podian recogerse á la noche, aunque quisiessen. ¡Cuál queda un alma que ha padecido guerra de pensamientos y distraimiento de corazón una hora, sin haber podido rezar un credo con quietud! ¡Con qué miedo vuelve al ejercicio de la oración! ¡Con qué facilidad la deja! ¡Qué presto dispensa consigo misma! No hay remo que assi fatigue al remero; no hay labor de barro que assi canse á los que lo labran, como cansa una hora desta batalla espiritual. Quebrantados los huessos sale un hombre del oratorio, y con un tan grande tedio y enfado, que toma por muy buen partido el dormir y cessar en este ejercicio. El mayor cuidado del demonio es dividirnos y distraernos en buscar pajas: en niñerías, digo, y en cosas de poca ó ninguna importancia; porque sabe él muy bien cuán mal se recoge el corazón derramado. ¿Por ventura costóle poco trabajo al patriarca Abraham, al tiempo que ofrecía el sacrificio de los animales muertos, aventar las aves que se lo querían comer y sacarle á él los ojos? «Descenderuntque volucres super cadavera, et abigebat eas Abraham». *(Génes.*, XV, 11). ¿Qué aves son estas, dice Ricardo, que aventaba Abraham del sacrificio, sino los vanos y impertinentes pensamientos, que combaten nuestros corazones cuando oramos?

Varonilmente se han de resistir los pensamientos por que no distraigan el corazón.

Muchas veces de las mismas buenas obras, que interior ó exteriormente hacemos (como del paño nace la polilla, y del madero la carcoma), nacen, para atormentarnos, pensamientos de vanagloria y soberbia, y aun de desconfianza; y si varonilmente no resistimos y alientamos *(sic)* de nosotros estas malas sabandijas, menoscabamos sin duda, y aun destruimos en los ojos de Dios, el fruto de nuestra buena obra. De[s]cienden, pues, á nosotros los malos pensamientos como aves de rapiña enviadas por los espiritus malignos en el tiempo de nuestro sacrificio, para corromper todo el merecimiento que dél se nos pudiera seguir; los cuales debemos ojear y aventar como Abraham, para que no se assienten sobre el corazón y nos le ensucien ó inquieten. Lo que aquí yo hallo de consuelo y regalo para el que ora con atención y persevera en este ejercicio es que esta guerra de pensamientos no es perpetua ni de por vida, sino hasta que se pone el sol. «Cumque sol *occubuisset, irruit sopor* super Abraham, et horror magnus et tenebrosus invasit eum.» *(Génesis*, XV, 12). El mismo Ricardo dice aquí que *ponerse el sol* no es otra cosa que acabarse en nosotros el amor de las cosas terrenas y transitorias, que crecen y descrecen con el curso ordinario deste planeta. Digo que, en feneciendo en el hombre el amor de lo visible, es arrebatado al conocimiento y gusto de lo invisible; y, muerto á lo terreno, es admitido á lo celestial; y acabada la guerra de los pensamientos importunos y molestos, y puestos en silencio, es llevado en Dios y goza de la desseada paz, que en solo Él se halla. Allí recibe luz el entendimiento; y, como otro Abraham, tiene visiones y revelaciones admirables;

([1]) «Consuela el alma de tu siervo, pues á ti, oh Señor, tengo de *continuo* elevado mi espíritu».

y la voluntad se inflama y establece en el bien, para no seguir ya los apetitos sensuales ni las huellas de los ganados, que, perdido el gobernalle de la razón, se van tras de sus antojos hasta dar consigo en el infierno, á donde la muerte es el pastor dellos, como lo dijo el Profeta *(Ps. 48*, 15): «Mors depascet eos». Deste sueño y horror del Patriarca santo diremos en otro lugar, y aquí no más de vagueaciones y distracciones involuntarias, en que pocas veces se halla culpa, y de ordinario mucho merecimiento, por que tratemos algo de las viciosas y voluntarias.

La vagueación viciosa difine Isidoro en esta manera: «Vagueatio mentis circa illicita est voluntas interno gaudio destituta, in rebus exterioribus quietem vel consolationem quærens» ([1]). Algunos han querido buscar el origen de los pensamientos vagos y molestos; y como á los escrúpulos no se les halla padre legítimo, tampoco á ellos.

Tales son los pensamientos cuales la cosa que se ama

Yo me persuado que el padre más conocido que tienen es el amor: si éste es santo, ellos son santos; si carnal, carnales; si de hacienda, congojosos y avaros; si de honra, soberbios, vanos y llenos de inquietud. Del avariento dijo el Sabio *(Eccles.*, V, 16): «Cunctis diebus vitæ suæ comedit in tenebris, et in curis multis» ([2]). Y San Pablo *(Rom.*, II) *(sic) (a)* dice que los codiciosos caen facilíssimamente en los lazos del demonio y son atormentados y llevados de desseos inútiles y dañosos hasta zabullirse en el infierno. Y tratando de los gentiles, que, dejada la verdad y la justicia, se dieron á la idolatría, adorando piedras, palos, aves, brutos, serpientes y mil maneras de animales de cuatro pies, dice *(Rom.*, I, 23-4) que, en pena de pecados tan graves, los entregó Dios á los desseos y antojos de sus corazones. Y declarando qué desseos, dice: «In immunditiam: ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis». No dice: entrególos á los leones, ó tigres, ó serpientes, sino á sus pensamientos deshonestos y torpes; porque, á la verdad, no hay bestias tan fieras y sin piedad como ellos, cuando por nuestros pecados caemos en sus manos.

El mayor castigo para el hombre es dejarle Dios de su mano para que cumpla sus desseos.

Algunas veces la culpa dice cuán espantosa ha de ser la pena; pero aquí la pena encarece la gravedad de la culpa. ¿Quién jamás pudiera entender qué tan gran castigo era entregar Dios á un hombre á sus desseos, si no pusiera el Apóstol primero la gravedad de tantas culpas y la rectitud del Juez, que tan bien conoce la esencia dellas y la pena que merecen? No hay horca para el que peca contra lo que la razón le enseña como la que Dios levanta en su mismo corazón, aficionado y tocado del amor de alguna criatura. De los presumptuosos dijo la Virgen en su cántico *(Luc.*, I, 51): «Fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis sui». Hizo Dios cuanto pudo por destruir los soberbios; y ¿cómo los destruyó? *Mente cordis sui.* Desperdiciólos con el pensamiento del corazón dellos; que, allí, *mente* pensamiento significa. Hácelos guerra y tráelos descarriados para que nunca prevalezcan, ni medren con el mismo pensamiento de sus corazones, dejándolos ir tras dél, sin hallar quietud ni reposo en cosa alguna.

El humilde es quieto de corazón; y, por el contrario, el soberbio, inquieto.

El humilde tiene quieto el corazón; el soberbio, como el mar mismo, que no puede quietarse. Es navío arrebatado y llevado de todos vientos. Al fin, castigado, como soberbio, con el pensamiento de su corazón. Los temblores de la tierra y las alteraciones del mar, ¿de dónde nacen? Del viento, que está encerrado en la tierra y en el mar, que por salir á fuera hace esos efectos. ¿Quién inquieta y desassossiega los corazones? ¿quién los despedaza? ¿quién los divide? ¿quién los atormenta? La soberbia. Sobre basa que vacila, ¿puede assentarse columna firme? No por cierto; ni sobre corazón soberbio puede Dios hallar assiento, ni el pensamiento bueno puede tener alguna firmeza. San Jerónimo, tratando aquel lugar del *Génesis*, IV, 16: *Egressus Caim a facie Domini, habitabit in terra Naid* ([1]), que significa fluc-

---

(a) Debe leerse de este modo: *I Tim.*, VI, 9.

([1]) «Llamo vagueación viciosa del alma á la voluntad que, careciendo de consolaciones espirituales y sólidamente verdaderas, busca satisfacción y contento en las criaturas».

([2]) «Todos los días de su vida ha comido á oscuras, y en medio de muchos cuidados».

([1]) Traducido este texto según se lee en la *Vulgata*, á saber: «Egressusque Caim a facie Domini habitabit profugus in terra *ad orientalem plagam*

tuación, dice «que cualquiera que se aparta de Dios es atormentado con las olas del siglo, y sus pies, que son sus desseos, no pueden hallar sossiego». Y San Bernardo dice que «el principal argumento de vida compuesta es poder un hombre morar consigo y tener sus pensamientos á raya». Y San Gregorio (in *Pastorali):* «Ninguna cosa, dice, hay en nosotros más escorrediza y fugitiva que el corazón, el cual tantas veces se nos escapa y huye, cuantas se distrae por pensamientos y desseos malos». Digamos, al fin, en una palabra, lo que se había de llorar con infinitas lágrimas. Tan ordinario es juntarse el mal pensamiento con el bueno, que apenas el ánimo que los engendra á entrambos los conoce, ni los entiende, ni sabe hacer diferencia entre ellos.

El que se aparta de Dios, no puede tener quietud.

Remato esta materia con solo decir que la vagueación viciosa, culpable y que desvanece cuanto hacemos de bien, y nos tiene en la oración como mesoneros ó venteros, recogiendo cuantos pensamientos nos ofrecen los demonios, es hija de la voluntad desierta de gozo y consuelo interior, la cual, aunque sea pecando y ofendiendo, busca en las cosas exteriores quietud y deleite. Esta es la que nos derrama y lleva tras de las bestias, siguiendo los mismos apetitos que ellas. Lo cual temiendo la Esposa, pide á su Esposo que le muestre á dónde apacienta al medio día, y á dónde descansa, por que sestee con Él y no le sea forzoso, por ignorar este lugar, seguir la huella de los ganados, que Él mismo crió, inferiores y sujetos á ella. NE VAGARI INCIPIAM POST GREGES SODALIUM TUORUM.

Dos cosas medito yo aquí. La primera, que el que ama no se divierte ni anda vagueando; porque el amor siempre apetece y busca unidad, y no es incierto ni vago, porque siempre le precede conocimiento de la cosa amada; que aunque sea verdad que podemos amar lo que nunca vimos, no es possible amar lo que no conocemos. Por esso se llama la mujer ramera vaga, porque no tiene marido á quien estar sujeta, ni tiene fijo su amor en algún particular. Y assí, conforme los hebreos, es lo mismo vaguear que no tener cúyo y ser de todos. Assi llama Dios ramera al alma que ha seguido muchos amadores: «Meretrix»; y á su Iglesia, que no sigue más que á uno, *Virgen.*

El que ama no se divide.

Lo segundo qne medito es que, si no es en Dios, es impossible hallarse estabilidad ni firmeza; ni puede ser uno el que fuera de Dios ama alguna cosa. Solo aquel es uno que pudo decir con San Francisco, nuestro padre: «Deus meus et omnia». Si todas tus cosas es Dios, ninguna te puede apartar dél, no te será necessario vaguear ni andar descarriado. «Quid vagaris, homuntio, dice San Agustín, quærens multa? quære unum in quo sunt omnia, et vagari desines (¹). De suerte que el amor repartido en muchas cosas hace nuestra ánima ramera; mas, puesto en solo Dios, la hace Esposa suya muy querida. Tal es la que aquí habla. NE VAGARI INCIPIAM POST GREGES SODALIUM TUORUM.

En Dios se hallan todas las cosas juntas, y se une el alma buscándole á Él solo.

* ARTÍCULO VI

Examina de qué compañeros se recela y teme la Esposa.

Quién sean los compañeros del Esposo, y los ganados que guardan, sólo aquel lo sabe de cierto por cuyo espíritu se dictaron estos *Cantares.* Orígenes y San Jerónimo piensan que fueron aquellos principales filósofos, Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, que dieron reglas de vivir á los hombres y se hicieron como guardas dellos, ó los ángeles buenos puestos por Dios para guarda de los gentiles. San Gregorio, San Bernardo, Santo Tomás, Haymón, Beda y Hugo, cardenal, dicen que son los herejes ó falsos cristianos. Otros intérpretes más modernos afirman que son los malos cristianos y falsos profetas; Cristopolitano, los idolos y dioses mentirosos de la gentilidad. Entre tantas opiniones, ¿quién podrá elegir con satisfacción de todos los lectores? Mejor sería dejarlo á la elección dellos, especialmente después que yo haya dicho lo que aquí siento.

Edem», significa: Salido, pues, Caín de la presencia del Señor, prófugo en la tierra, habitó en el país que está al oriente de Edén».—Advierte el P. Scío, en la nota 24 que pone á este capítulo (tomo I, pág. 25), que en el texto original se lee: *en tierra de Nod.*

(¹) «¿Qué buscas, hombrecillo, vagueando de una parte á otra, tras de objetos diversos? Busca al que, siendo uno, encierra en sí todas las cosas, y cesarás de andar inquieto y desasosegado».

Y sea lo primero, que el nombre de compañeros del Esposo no nos assegura que sean sus amigos, porque si lo fueran no temiera la Esposa el seguirlos, ni se tuviera por ramera caminando tras de los ganados que ellos apacientan y guardan. Lo segundo, que no son unos los pastos y dehessas en que pastorean su ganado, sino diferentes; y de ahí nace la vagueación y la perplejidad en el ánimo de quien los quiere seguir. Digo lo tercero, que no están subalternados á Cristo, gran Pastor y Pastor de pastores, porque, si lo estuvieran, la doctrina fuera una y essa se había de seguir, porque escrito está *(Luc.*, X, 16): «Qui vos audit, me audit». Gerson, *super Cant.*: «Sodales hoc loco, et greges similiter, et tabernacula pastorum, in partem intelligimus uni ovili, uni gregi, uni pastori contrariam accipi» ([1]). De lo cual se colige que, aunque tienen nombre de pastores y compañeros del Esposo, que no lo son, sino enemigos, y de todo en todo contrarios á Él. Y por ventura habla destos Cristo en su Evangelio cuando dice: (*Math.*, XXIV, 4-5): «Videte ne quis vos seducat: multi enim venient in nomine meo dicentes: Ego sum Christus: et multos seducent» ([2]). San Agustín, en un tratado que escribió *de Pastoribus*, llama á los herejes y falsos cristianos, ó profetas, compañeros de Cristo, ó porque ellos se glorían de tal nombre, ó por la participación de unos sacramentos, ó porque en algún tiempo professaron una misma fe con nosotros, ó porque se assientan á una mesa con Cristo. Porque en latín lo mismo significa *sodales* que *simul edales:* hombres que juntamente comen. A una mesa comieron en algún tiempo los herejes con Cristo; pero, dejada su compañía, sembraron péssimas herejías y nefarias supersticiones, y instituyeron sectas varias y diferentes, con que engañaron y engañan cada día infinitas almas. Theodoretus: «Sodales Sponsi dicit, Arrium, Eunomium, Marcionem, Valentinum, Manetum et Mintanum *(sic)*, hæreticos qui, cum et nomen et habitum christianum circumferant, et Ecclesias ædificent, et Scripturas divinas interpretentur, et male pascant oves, decipientes eas, sunt tamen pastores perniciosi, etc.» ([1]).

([1]) «Á nuestro modo de ver, dice Gersón, en este lugar tanto el nombre de compañeros como el de rebaños, tiendas y demás significan algo que contradice abiertamente y se contrapone á aquel *único redil* y á aquel *único rebaño*, gobernado por el único y solo Pastor verdadero.»

([2]) «Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, ó *Mesías*, y seducirán á mucha gente.»

El remedio único en las tribulaciones y tentaciones es acudir á Dios.

Dice, pues, la pequeñuela grey de Cristo, esto es, la gentilidad nuevamente convertida á Él: ¡Oh, mi Pastor bueno, á quien yo de todo corazón, de toda ánima y con todas mis entrañas amo, muéstrame á dónde apacientas tu ganado, y á dónde sesteas al medio día con él; esto es, en el tiempo de la tentación; por que no comienze á vaguear en seguimiento de los rebaños de tus compañeros! A Tí solo desseo seguir, y retener tu fe, de tan poco tiempo recebida; ser introducida en los pastos de la Iglesia tuya militante, amparada y defendida á la sombra de tu divina gracia, apacentada con el pasto de tus divinos Sacramentos: de Tí solo quiero ser defendida, porque eres el buen Pastor, que conoces tus ovejas, y, assi las amas, que pusiste tu vida por ellas. Especialmente que los que hasta agora he seguido no son pastores, sino mercenarios ó, por decir lo cierto, lobos robadores, que se apacientan á sí mismos, comen la leche de las ovejas y cúbrense con la lana dellas, sin cuidar de su defensa y aprovechamiento espiriritual. Queja tiene dada el mismo Dios destos sus compañeros por Ezequiel *(Ezech.*, XXXIV, 2, 8) *(a)*: «Væ pastoribus Israel (dice), qui pascebant semetipsos...; *gregem autem meum* non pascebant, etc.» ([2]).

(a) Estas palabras también se hallan en el capítulo XIII, 3, de este mismo Profeta; pero no en el XXIV, que aquí hallamos citado. Igualmente se leen en *Jerem.*, XXIII, 1.

([1]) Teodoreto llama compañeros del Esposo á Arrio, Eunomio, Marción, Valentino, Manés y Montano, quienes, aunque herejes y jefes de varias sectas heréticas, no sólo llevan el nombre de cristianos, sino que se arrogaron la facultad de levantar iglesias, de interpretar la Sagrada Escritura y hacer prosélitos entre los fieles, á muchos de los cuales sedujeron, apartándolos de Cristo y causando su ruina y perdición.

([2]) «¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan á sí mismos; pero no cuidan de apacentar mis ovejas!»

De lo dicho se infiere que todos aquellos que, so color de bien, engañan las almas, se pueden llamar compañeros del Esposo, porque lo parecen en el hábito y traje, que es de pastor, y porque se precian ellos deste nombre; ó porque, como dice San Juan *(I Joan.*, II, 19), salieron de nosotros, aunque no eran de nosotros. Y con esta consideración y advertencia se pueden abrazar casi todas las interpretaciones que arriba referimos de los santos Doctores y comentadores deste lugar.

El autor de la *Theologia Mistica* (Henrichus Harp., *Theol. Mist.*, lib. I, cap. XLIX), declarando este lugar al alma, dice cosas altíssimas verdaderamente, y en él funda los dos principales grados de la contemplación, scilicet, intelligentia et sapientia, de quibus alibi fortasse dicemus. Nunc audiamus quod ad propositum hic noster Henricus Harpius dicat. «Eia, inquit, nunc, homuntio, fuge paululum occupationes tuas, absconde te modicum a tumultuosis cogitationibus tuis, vaca aliquamtulum Deo, et requiesce in eo. Cubiculum tuum intra, et exclude omnia præter Deum, et quæ te juvent ad quærendum eum; scilicet, per contemplationem saporosam. Nam contemplatio, secundum Augustinum, est illa species, quæ rapit omnem animam desiderio sui, tanto ardentiorem, quanto mundiorem: et tanto mundiorem, quanto ad spiritualia surgentem, quanto carnalibus desideriis, et terrenis affectibus morientem. Qui enim a Domino Jesu didicerunt mites esse, et humiles corde, plus cogitando, orando, et contemplando proficiunt, quam legendo, et audiendo». Et cap. XLVII sic ait: «UBI PASCAS; id est, a quibus pastum invenias, quia in bonis activis: et UBI CUBES; id est, internam quietem invenias, quia in veris contemplativis. Nam activi sunt ejus cænaculum, et contemplativi cubiculum, et hoc in meridie, id est: contemplationis fervore» (1).

(1) «Secundum Hugonem, tres sunt contemplationis horæ: Prima est cogitatio, quasi mane, minus habens splendoris, et fervoris: *Ps. 5*, 5: «Mane astabo tibi, et videbo: quoniam non Deus volens iniquitatem tu es».

Tres son las horas de la contemplación.

Secunda hora est meditatio, velut hora tertia, quando sol incipit ascendere, et fervere. *Ps. 38*, 4: «Et in meditatione mea exardescet ignis». Tertia hora est prægustatio, quasi meridies, in qua «sol tripliciter exurit montes»: *Eccli.*, XLIII, 4. Aquí en este grado de contemplación que se dice *sapientia* descansa y reposa el divino Esposo. De qua sapientia dicit Bernardus: «*Sapientia* a *sapore* dicitur; sapor autem in gustu quodam est, quem gustum nemo potest exprimere, neque is qui meretur degustare. Quo gustu gustatur Dei Verbum, gustantur et divitiæ futuri sæculi: qui gustus, si solus defuerit, omnes alii quatuor sensus

---

(1) En este lugar funda Enrique Harpio su doctrina acerca de la contemplación, especialmente en los dos grados de la misma que llama *inteligencia* y *sabiduría*, de los cuales tal vez en otra ocasión, dice el P. Angeles, habremos de hablar. Por ahora queremos concretarnos á lo que este mismo autor escribe á propósito de lo que venimos explicando. «Huye, dice, hombrecillo, deja las demasiadas ocupaciones, sosiega esos agitados y tumultuosos pensamientos, vaca á sólo Dios y descansa en Él. Éntrate dentro de ti mismo y arroja de tu alma todo lo que no es Dios y lo que puede servirte de ayuda para hallarle y poseerle por medio de la tranquila y suave contemplación. Porque contemplación, según San Agustín, es aquella mirada del alma á Dios que la arrastra y lleva tras sí, tanto más ardorosa cuanto más pura, y tanto más pura cuanto más levantada á las cosas espirituales y más muerta á todo lo terreno y temporal, ya que aquellos que saben ser, á ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, mansos y humildes de corazón, aprovechan más por la meditación y contemplación de las cosas espirituales que leyéndolas ú oyéndolas á los demás.» Y en el capítulo XLVII dice, explicando estas palabras *lugar del pasto* y *lugar del reposo ó descanso:* «El primero se refiere á los ejercicios de la vida activa; el segundo, á los de la contemplativa. Porque los que se dan á aquéllos están como en el cenáculo, con Cristo; los contemplativos, en su recámara ó gabinete, y al mediodía, es decir: en los fervores de la contemplación.»

(1) Hugo distingue en la contemplación tres *horas* ó estados por los cuales sucesivamente va pasando el alma. La primera es el discurso ó raciocinio de la mente, el cual, como la aurora, es menos brillante y ardoroso; de él se dice en el salmo: «Al amanecer me pondré en tu presencia y te contemplaré, porque no eres tú un Dios que ame la iniquidad». La segunda es la meditación, en que el alma se va encendiendo, como en la mitad de la mañana el sol hace sentir con mayor fuerza su luz y su calor, como lo indica el Profeta en otro salmo, diciendo: «... Y en mi meditación se encienden llamas de fuego». La tercera hora, ó el estado más alto del alma (propiamente el de la contemplación) es una como anticipada participación de la suavidad divina, comparable

spirituales languescunt. Hunc gustum sequitur quædam dulcedo saporis intimi, quam interiori suo sentiens anima, modo quodam singulari suscipit, cuncta discernit et dijudicat, seque et omnes sensus interiores vegetat et confirmat». De hoc gradu contemplationis dicit Gregorius, quod «vita contemplativa dulcedo valde amabilis est, quæ super semetipsam rapit animam, cœlestia appetit, corporalia abscondit, omnia terrena contemni debere ostendit, spiritualia mentis oculis patefacit. Per eam dividimur a mundo, eruimur a diabolo, exuimur a carnis inquinamento, eripimur ab inferno, collocamur in cœlo, inhæremus Deo, conjugimur summo bono, et tunc omnes alii sensus spirituales, sapore spiritus redeunte, ad sanctitatem, et vivacitatem spiritus convalescunt. Quia tunc Deus, ver justis efficitur, forma spetiosissima ad oculum, harmonia dulcissima ad auditum, odor suavissimus ad olfatum, sapor dulcissimus ad gustum, et amplexus delectabilissimus ad tactum», etc.

Fuge, ergo, fidelis anima, Dilectum quærens in solitudine, ut sugas, et bibas dulzoris *(sic)* illius inenarrabilem suavitatem: immergere et replere, quia nescit ille deficere, si non incipias fastidere *(sic)*. Adhære denique, et inhære, sume, et fruere, quia si gustus sempiternus fuerit, sempiterna quoque beatitudo erit.

Hic est locus ubi quiescit Sponsa cum Sponso, ubi cubat in meridie, id est: in contemplationis fervore. ¡O vere locus quietis, et quem non immerito cubilis nomine censuerim, in quo Deus non quasi turbatus ira, nec velut distentus cura, prospicitur; sed probatur *voluntas ejus bona, beneplacens, et perfecta!* *(Rom.*, XII, 2). Hæc visio non terret, sed mulcet; inquietam curiositatem sedat, non excitat; sensus non fatigat, sed tranquillat; tranquillus enim Deus tranquillat omnia, et quietum aspicere, quiescere est.

¡Oh ánima! ¿por qué no aspiras á este retrete y lugar del medio día, a donde el Esposo divino duerme y reposa, y tú has de hallar tu descanso? Di con con la Esposa, y dilo con afecto muchas veces: INDICA MIHI, QUEM DILIGIT ANIMA MEA, UBI PASCAS, UBI CUBES IN MERIDIE.

Ne vagari incipiam.

Osorio: «Porque no puedo hacer otra cosa»; quasi dicat [como si dijera]: dime á dónde tienes la siesta, para que la passe contigo, y no

---

al mediodía, «en que el sol abrasa tres veces más los montes». «Este estado altísimo llámase *sabiduria*, palabra que se deriva de *sabor* y significa cierto gusto que se percibe en las cosas divinas, tan sublime y alto, dice San Bernardo, que nadie puede expresar cuál sea su naturaleza, ni aun saborearlo por completo los mismos que lo sienten. Con éste se percibe y gusta el Verbo divino; con él se saborean las riquezas y consolaciones del cielo, y en faltando él, forzoso es que desaparezcan todos los demás consuelos espirituales. De él dimana una íntima dulcedumbre, y en gustándole el alma, llénase de ella, con lo cual se hace capaz de juzgar y distinguir todas las demás cosas, quedando plenamente satisfecha en sí y en todos los deseos y aspiraciones.»

De los que han llegado á este estado, dice San Gregorio: «La vida contemplativa lleva consigo una dulzura muy digna de ser amada y buscada con diligencia. Ella arrebata al alma sobre sí misma, la hace apetecer los bienes del cielo, la aparta de los de la tierra, le pone delante el menosprecio de lo transitorio y temporal y el aprecio de lo eterno; ella nos separa del mundo, nos libra del demonio, nos limpia de las inmundicias de la carne, líbranos del infierno y nos levanta hasta el cielo; por ella nos unimos á Dios, nos juntamos al Sumo Bien, y todas nuestras facultades y potencias, enndiendo en ellas este sabor y gusto del cielo, se hacen fuertes y muy esforzadas para la vida espiritual. Porque entonces Dios mismo es eterna primavera para el justo, belleza sin semejante para la vista, armonia dulcísima para el oído, olor suavísimo para el olfato, sabor muy deleitable para el gusto, y blando y regaladísimo abrazo para el tacto».

Huye, pues, alma fiel, buscando á tu Amado en la soledad y en el silencio, para que gustes y bebas su indecible y suavísima dulcedumbre; zabúllete y hártate, pues es inagotable y no escasea sino para el que siente de ella hastío. Júntate y únete á Él, abrázalo y gózalo, pues tanto cuanto durare en ti el gusto, otro tanto perdurará la felicidad. Este es el lugar en donde descansa y reposa el Esposo acompañado de la Esposa al mediodía, es decir, en la alta y fervorosa contemplación. ¡Oh, en verdad, lugar del descanso, lugar de dulcísima paz, recámara del Rey del cielo, en el cual, suave y manso, se deja ver de sus escogidos, y en donde Él da á conocer su voluntad *buena, agradable* y *perfecta!* Visión es ésta que no espanta, sino que agrada, que calma la curiosidad sin excitarla, tranquiliza y sosiega los sentidos, pues siendo Él Dios de paz, pacifica todas las cosas y por doquiera engendra el descanso y renace la paz: ver y contemplar al pacífico es vivir y reposar en la paz.

me hagas andar buscándote de unos pastores en otros; quasi dicat [esto es]: forzosamente te he de seguir, porque no puedo vivir sin ti. Llévala el amor y detiénela la vergüenza; porque no es cosa decente á la mujer honesta andar vagueando; pero al fin se rompe con todo si no se da remedio oportuno. Genebrardo traslada del caldeo: «Ne sim exiens foras». Talis enim solet esse mulier, cui pudicitiæ nulla cura est; at contra, proba, et casta, domi residet, diligenterque curat rem familiarem: et Paulus eas appellat, domus custodes *(Tit.*, II, 5), «Domus, inquit, curam habentes», ut supra ([1]).

Frater Ludovicus legit: «Infirmitatis est, inquit, et imperfectionis argumentum hic timor Sponsæ: sed jure timet animus sic affectus; ne dum pietatem, cæterasque virtutes persequitur, errore viæ, in vicina, et similia virtutibus vicia incidat, ne pro pietate hypocrisim, pro religione superstitionem, pro severitate, crudelitatem sectetur» ([2]). Cúbrense los vicios muy de ordinario con capa de virtud, y lo que es carne y sangre se nos representa espíritu; y el ángel de tinieblas creemos que lo es de luz.

Luego con razón teme la Esposa y pide ser enseñada de su Esposo, para no errar su cabaña y el lugar de su descanso: NE VAGARI INCIPIAM POST GREGES, etc.

([1]) Para que no sea yo mujer disipada y libre, como suelen ser las que no tienen cuenta con la guarda de su honestidad, al contrario de las buenas, castas y pudorosas, que viven recogidas, teniendo cuidado de las cosas de su casa, como lo dice San Pablo: «cuidadosa de la casa», como arriba se dijo.

([2]) Escribe Fr. Luis de León que este temor de la Esposa arguye en ella cobardía nacida de su imperfección y flaqueza; pero con razón, añade, teme el alma que se siente débil, no sea que buscando la piedad y la virtud venga á dar en los vicios, y en vez de abrazarse con la piedad caiga en la hipocresía, ó en la superstición creyendo hallar la religión, ó se haga cruel queriendo ser justa y severa.—Aprovechando el P. Angeles la ocasión que le ofrecen las palabras cuyo comentario se encierra en esta lección y en la precedente, rompe también una lanza, después de exponerlas en el sentido místico, en defensa del dogma católico y de la fe, á la que tan sañudamente hacían guerra los protestantes en el tiempo en que escribía.—En la siguiente, sin descuidar tampoco la exposición mística, hace alguna incursión en el terreno apologético; todo para demostrar su amor y reverencia hacia la Santa Iglesia.

LECTIO VI

Christus, Ecclesiæ vel animæ sanctæ Sponsus: «SI IGNORAS TE, O PULCHERRIMA INTER MULIERES, EGREDERE, ET ABI POST VESTIGIA GREGUM, ET PASCE HÆDOS TUOS JUXTA TABERNACULA PASTORUM» *(Cant.*, I, 7) *(a)* ([1]).

* ARTÍCULO PRIMERO

Pónense las diversas interpretaciones que los doctores católicos han dado de estas palabras. Obligación de oir y seguir á los Pastores de la Iglesia.

Estas palabras son del Esposo, con que responde á la petición de su Esposa, y son para mí tan dificultosas cuanto fáciles se les han hecho á los más de los expositores; los cuales, sin reparar mucho en la trabazón y consecuencia que hacen con las que han precedido, se han contentado con interpretarlas del coconocimiento propio, tan importante para conocer á Dios y gozarle en el medio día de su gloria. «Si no te conoces ¡oh hermosíssima entre las mujeres! sal de mi casa y vete siguiendo las huellas de tus ganados, y apacienta tus cabritillos junto á las majadas ó chozas de los pastores». Dice un doctor moderno assi: «La que pedía el rostro de Dios es enviada *(b)* ó remitida á la imagen, y la que desseaba la vi-

(a) Este texto lo trae de diferente modo el P. Ángeles, pues dice: «Si ignoras te, o pulcherrima *mulierum*, egredere, et abi post vestigia gregum *tuorum*, et pasce», etc.—Nos ha parecido conveniente, ya que se trata de comentar las palabras de la Sagrada Escritura, restablecer la lectura del texto sagrado tal y como se lee hoy en la *Vulgata*, que es el admitido por la Iglesia y proclamado como auténtico.

(b) Dice el impreso: *imbiada*.

([1]) LECCIÓN SEXTA.—Habla Cristo, Esposo de la Iglesia ó del alma santa, y dice: «Si es que no te conoces, oh tú, la más hermosa entre las mujeres, sal afuera, y ve siguiendo las huellas de los ganados, y guía tus cabritillos á pacer junto á las cabañas de los pastores *de mis ovejas*».

sión divina, le mandan que se conozca». Como si le dijera el Esposo: Cosa grande y justa has pedido, pero no deste tiempo; es de comprehensores y no de viadores. Lo que ahora te conviene es conocerte á ti misma; que, suelta de las cadenas de la inmortalidad, me verás á Mí como desseas. Pero si no te conoces, sucederte ha lo que temías tanto, que es la vagueación, y vendrás, por atrevida y soberbia, á ser la última de tu rebaño. Conócete á ti misma; y si no te conoces, sal fuera—conviene á saber: de las cosas interiores á las exteriores, que es harto castigo—, y vete vagueando, siguiendo las pisadas de tus rebaños carnales; y la que solías apacentar tus corderillos en los graciosos lilios y rosas olorosas, mudado el ganado, apacienta tus cabritos inquietos y desassossegados en los encinares á donde se cría el manjar de los puercos.

San Gregorio, San Bernardo y Orígenes, y otros muchos doctores, hacen gran caso de aquellas palabras: EGREDERE, ET ABI, etc. [sal fuera de mi casa y vete]; y con razón, porque no hay cosa que assí nos deba hacer temblar como oir de la boca de Dios: EGREDERE, ET ABI, etc.. ¿Qué siente el hijo regalado cuando le dice su padre: sal de mi casa y vete de mi presencia? ¿Qué la mujer criada en abundancia, cuando, por sus desconciertos, el marido la amenaza con lo mismo? Pues, ¿qué cosa es salir una anima de la casa de Dios sino desterrarse de todos los bienes y de todas las riquezas, y caer en todos los males y pobreza extremada? Diciendo Cristo á sus apóstoles que si querían irse de su compañía, porque algunos de los que le seguían lo hacían, respondió San Pedro *(Joan.*, VI, 69): «Domine, *quo* ibimus? Verba vitæ æterna habes» (1). Recia palabra es EGREDERE ET ABI, semejante á aquella que dirá el Señor en el último día á los malos: «*Ite*, maledicti, in ignem æternum» *(Math.*, XXV, 41) (2). ¡Oh, cuánto había de temer un alma el salir de la casa de Dios y de su manutenencia, pues á la que no se conoce, se le dice: EGREDERE, ET ABI POST VESTIGIA GREGUM TUORUM! Siguiendo las obras y huellas de los pecadores, que andan en sus pecados, como manadas de animales, ayudándose en ellos unos á otros.

(1) «Señor, ¿a quién *ó adonde* iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.»

(2) «Apartáos de mí, malditos; *id* al fuego eterno.»

En este sentido interpretan casi todos los doctores estas palabras, aunque varían en algunas dellas; pero yo confiesso que cuanto más procuro entender lo que dicen, menos lo entiendo; porque en mis oídos hace grande dissonancia lo que la Esposa pide con lo que el Esposo la responde. Y ¿qué razón hay para indignarse el Esposo de petición tan justa —como meditan aquí Gregorio, Beda, Santo Tomás, Haymon y Hugo, y aun San Bernardo—, como fué la de la Esposa, que, por no errar y perderle de vista en tiempo de trabajos y persecuciones, le pide que le muestre á dónde apacienta su ganado y á dónde sestea con él? Y si está enojado con ella, ¿cómo la llama hermosíssima entre todas las mujeres? ¿cómo la compara á su caballería? ¿cómo dice que tiene las mejillas de tórtola y el cuello como la misma gala? Bien veo yo que el conocimiento propio es la cosa más importante del mundo para conocer á Dios y para contenerse los hombres en disciplina y no despeñarse en vicios y pecados, especialmente de soberbia, y desta materia pudiera escribir un grande tratado; pero por haber tanto escrito, y tan bueno, y porque estoy persuadido que no es á propósito, lo dejo, ó del todo, ó para otro lugar. Y quiero, con el favor divino, decir lo que siento de la respuesta del Esposo, que verdaderamente, como infinitamente sabio y amoroso, responde conforme á lo que su Esposa le ha pedido.

Si ignoras te, o pulcherrima inter mulieres, egredere, et abi post vestigia gregum tuorum, et pasce hædos tuos juxta tabernacula pastorum.

Esta letra assí como suena (que es como lee nuestra santa *Vulgata) (a)* parece que no tiene otra salida que la que le dan los santos del conocimiento propio; pero consultada la lengua hebrea, y hombres doctíssimos en ella, especialmente un gran prelado de la Iglesia

(a) Téngase presente lo que ya otras veces hemos advertido sobre el texto sagrado que, sin duda, utilizó el P. Angeles para estos Comentarios. Después de la corrección de la *Vulgata,* hecha en el Pontificado de Pío IV, Pío V, Sixto V y Clemente VIII, existe entre estas palabras y las de la *Vulgata* la diferencia que hemos notado al principio de esta lección.

con quien yo traté y comuniqué diversos lugares de Escritura, grande griego y hebreo consumadíssimo, aquel pronombre TE está aquí sobrado, como en quel lugar del *Génesis*, XXII *(sic) (a)*: «Egredere tibi», que assí leen muchos; y en otra parte: «Transite vobis torrentem». Y en el capítulo II destos *Cantares*, aunque en el hebreo está «Surge tibi propera, amica mea», el intérprete le quitó el dativo, porque es idiotismo de aquella lengua; y assi trasladan algunos: «Si ignoras, pulchra inter feminas, vel si non agnoscis». Aliqui asserunt pronomen TÉ esse positum ornatus et ælegantiæ causa. Sic hispane dicimus: Vayte, ó vete de ahí. Sic Virgilius *(Georg.*, lib. I):

Sub lucem densa inter nebula, *sese* diversæ erum-
[punt rami.

quo dicendi genere usus est antiquissimus Lucrecius (1).

Fray Luis de León, leyendo en la cátedra de Salamanca este lugar assí como está en la *Vulgata*, SI IGNORAS TE, le romanceaba desta manera: «Si no te lo sabes ¡oh hermosíssima entre todas las mujeres!». Y en su exposición, aunque no habla palabra en el caso, la interpretación de toda esta sentencia da á entender que fue la suya ésta. Hortulano dice que en la lengua hebrea, traduciendo palabra por palabra, no es acusativo, sino dativo el que se añade: SI IGNORAS TIBI: «Si lo ignoras para ti»; *id est* [esto es], si para ti no alcanzas esso que de mí desseas saber, EGREDERE, ET ABI POST VESTIGIA GREGUM TUORUM. Y el mismo advierte que este genitivo GREGUM tiene cierta nota como artículo; y aquel PASTORUM lo mismo, para significar singulares rebaños y singulares pastores; como si dijera: Sal fuera, y sigue los rebaños y las huellas de los ganados de Dios, y apacienta tus cabritos junto á las cabañas de aquellos grandes y singulares pastores.

Doctissimus e Societate Jesu Pater Suarez, in hunc locum, sic scribit: «Responsio hæc Sponsi ita obscura est, ut viros, etiam doctissimos, videatur latuisse: sic enim interpretantur, ut sit comminatio, dicatque Sponsus: Si ignoras te adversis fieri pulchriorem, et mihi semper curæ esse, et non coronari nisi qui legitime certaverit; præsens tempus esse certaminis, futurum autem præmiorum: si hæc, inquam, IGNORAS, EGREDERE a meo consorio; et non oves, sed hædos, id est, perditos homines pasce, qui sistendi sunt a sinistris in judicio», etc. Hæc expositio dura est, et parum probabilis, quia nec cum antecedentibus, nec cum consequentibus cohæret. Quare longe probabilius est nullam esse in his verbis comminationem, aut reprehensionem; neque enim illam merebatur Sponsæ interrogatio; sed simpliciter respondet Sponsus Sponsæ interrogationi. Sic enim vertendum est ex Hebræo, ad verbum: SI IGNORAS TIBI. Redundat autem particula *tibi:* quod est in primis familiare hebræis, ut *Genes.*, XXVII, 43, ait Rebeca Jacob filio: «Fuge tibi». Ubi noster interpres omissit particulam *tibi.*

Los prelados, predicadores y maestros en la Iglesia son para enseñar la doctrina de nuestra fe, y declarar las dudas della.

Respondet igitur Sponsus: Si ignoras ubi cubem in meridie, et in deliciis sim, egredere e quiete, et pasce non solum oves, id est: homines inocentes, et mites, *sed hædos* etiam, qui significant peccatores et homines parum tractabiles: et ibi in meridie, vel in ardore charitatis reperies me, qui non veni vocare justos, sed peccatores; et qui, relictis nonaginta novem ovibus in cœlo, veni quærere ovem perditam. *Math.*, XVIII, 12. Hic sensus est egregius. Vatablus vertit, pro hædis, capellas; id est, animas novitias in fide (1).

Esto assí assentado, lo que principalmente

(a) Nos parece equivocada esta cita. Mejor sería leer: *Génes.*, XII, 1, ó tal vez *Génes.*, VIII, 16; con preferencia, la primera.

(1) Algunos dicen que este pronombre *te* está puesto para dar mayor énfasis á la frase ó simplemente por elegancia, como decimos á veces en castellano. Y Virgilio, en sus *Geórgicas:* «Por entre la densa niebla aparecían, al punto de amanecer, multitud de ramos», modo de hablar de que usaron mucho los escritores antiguos, entre ellos el poeta Lucrecio.

(1) El muy docto P. Suárez, S. J., escribe lo siguiente, comentando estas palabras: «Tan oscura y difícil es esta respuesta del Esposo, que ni aun los mayores sabios han acertado á explicarla satisfactoriamente. La mayor parte la han interpretado en el sentido de ver en ella una amenaza, como si dijera: Si no acabas de comprender que para tu perfección y embellecimiento espiritual son necesarias las perse-

habemos de notar, para sacar el sentido legítimo y muy literal destas palabras, es que la Esposa no pidió ser instruída y enseñada por los prelados y maestros de la Iglesia, sino inmediatamente del Esposo celestial, como si dijéssemos: por revelación ó inspiración secreta; lo cual no se le concedió, antes la remitió el Esposo, como Abraham al rico avariento á Moysén y á los Profetas *(Luc.*, XVI, 29), á los fieles que la precedieron y á los maestros y doctores, «quibus datum est nosse mysterium Regni Dei» *(Luc.*, VIII, 10) ([1]); porque, á la verdad, si de todas las cosas dudosas se hubiera de esperar la solución por revelación divina y por milagro, fuera grande el peligro de ser engañados los hombres por momentos de los demonios, que se transfigurarán en ángeles de luz. Por lo cual con admirable providencia manda Cristo que acudamos á su Iglesia, «que es columna y fundamento de toda verdad» *(I Tim.*, III, 15), cuya cabeza es el apóstol San Pedro y los que le suceden canónicamente en la silla de Roma. Y aquí tiene muy buena razón lo que dice Gilberto Genebrardo, doctor gravíssimo y de grande erudición, conviene á saber: que en estas palabras EGREDERE TIBI quiere instruir el Esposo Cristo á la nueva Esposa; *id est* [esto es], á la gentilidad nuevamente convertida, á dónde, en el tiempo perturbado y difícil, tiene Él su silla verdadera, conviene á saber: en la legítima y perpetua sucessión de los pastores y ovejas, esto es, de las iglesias, obispos y prelados. Lo cual no pueden mostrar las sinagogas de Satanás, porque no hay sucessión perpetua de pastores, ni constancia en la doctrina (Bozius sig. 2, 3, 4, 5 y 15). En la Iglesia católica siempre fué y es una la fe, no dudosa ni moderna, sino indubitable, antigua y perpetua.

La verdad es sencilla, y la mentira, doblada.

Y para que esto mejor conste, se ha de notar que la verdad de su naturaleza tiene ser sencilla; la mentira, doblada y llena de pliegues y alhorzas; y como para dar en el blanco no puede haber más de un camino, y para errar, muchos; *sic (a)*, etc. De aquí es que, estribando la fe de Cristo en la verdad eterna, y totalmente allegándose á ella, ninguna cosa se puede hallar en ella diferente ó que haga dissonancia; porque lo que en la Iglesia Católica, acerca de las cosas divinas, una vez se ha tenido de fe, ó por haberse decretado en algún Concilio general aprobado por el Romano Pontífice, ó por el mismo Pontífice fué [definido] desde la Cátedra de San Pedro, [es] siempre rato, fijo y firme. Lo que hace, empero, á las costumbres, no tiene essa misma firmeza: múdase conforme á los tiempos diferentes y á las necessidades que se ofrecen en el

---

cuciones, que yo no te abandono en medio de ellas, que no será coronado sino el que peleare valerosamente, y que ahora es tiempo de luchas y de persecución, reservándose el descanso y los premios para la vida futura; si todo esto, repito, lo ignoras tú que aspiras á mi trato y comunicación íntima, sal de mi presencia, no pretendas conocer mis secretos, y acompáñate no de las inocentes ovejuelas, sino de los libertinos cabritillos, de los hombres viciosos y relajados, que en el día del juicio estarán á mi mano izquierda, para ser reprobados», etc.

Dura y rigurosa en extremo, dice el P. Angeles, me parece esta interpretación, y poco probable, además, pues ninguna ilación guarda ni con lo que antecede ni con lo que le sigue en el sagrado texto. Mucho más verosímil es decir que no hay en esta respuesta amenaza alguna ni reprensión de ningún género, cosa ciertamente no merecida por la pregunta que había hecho la Esposa; á mi modo de ver, no hay aquí más que una respuesta muy adecuada á lo que ésta deseaba conocer. Traduciendo literalmente del hebreo, sí hay que leer ese pronombre *te:* si no *te* conoces; pero este pronombre, como ya hemos dicho, es meramente enfático, como se comprueba por otros lugares de la Escritura, por ejemplo: por el del capítulo XXVII del *Génesis*, en el cual el traductor omitió el *tibi* que se lee en el texto hebreo.

Dice, pues, el Esposo: «Si no sabes dónde tengo mi descanso y los pastos saludables al medio día, sal afuera, deja tu quietud y cuida no sólo las ovejas, es decir, las almas puras é inocentes, sino también á los cabritillos, esto es, á los pecadores; y en esta labor, emprendida por el fuego de la caridad, me encontrarás ocupado á mí, que «no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores», y que, «dejando las noventa y nueve ovejas, vine á buscar á la que se había perdido». Muy buena es esta interpretación.—Vatablo traduce *capellas, cabritas,* en vez de *hodos, cabritos*, refiriendo estas palabras á las almas recién convertidas á la fe.

([1]) «á quienes fué dado conocer los misterios del Reino de Dios.»

(a) Con este adverbio latino da á entender el padre Angeles la conclusión que se infiere de su argumento, á saber: que pues la verdad es una, y esta unidad de fe sólo se halla en la Iglesia católica, ella es la verdadera Iglesia de Cristo.

pueblo cristiano. San Pablo *(á los de Efeso*, IV, 5), una llama á la fe, y Cristo, en la muerte, lo que más encarecidamente pidió á su Padre fué que los que hubiessen de creer en Él fuessen unos en la fe y en el amor, como ellos eran uno en la naturaleza y en la voluntad *(Joan.*, XVII, 21). Y en el día del juicio, como lo confiessa el Apóstol *(Rom.*, XIV, 10 y *II Cor.*, XIV, 10), habemos de ocurrir á Cristo todos los fieles en unidad de fe; y á este fin se ordenan los apóstoles, profetas, pastores y doctores de la Iglesia.

La fe se dice una porque el que revela los misterios della es uno.

Y para que mejor esto se entienda, habemos de notar que la fe se dice una, porque el que revela los misterios della es uno, y esse es Dios; ó por el uno por quien los revela; ó por la universidad á quien por este uno Dios los revela, que es uno; ó por la unidad de las cosas que se revelan y se han de revelar. Digo que es uno el Dios que revela por su Iglesia lo que habemos de creer los que estamos en ella. Y si dijeren los herejes que también ellos tienen revelaciones, no podrán, á lo menos, probar con milagros ciertos que la fe que professan es verdadera, como probaremos nosotros que lo es la nuestra; no con pocos, sino con infinitos, de solo el poder de Dios.

Decimos, lo segundo, que es una nuestra fe, respecto de la unidad de aquellos por quien Dios revela lo que nos manda creer, y los sentidos de la divina Escritura que habemos de abrazar, conviene á saber, los Pontífices romanos, los Concilios generales confirmados por ellos, que son unos, porque la Cátedra que por legítimo derecho de successión tuvieron es una, y á ellos les es prometida por Cristo en las Escrituras assistencia certíssima y infalible del Espíritu Santo, para definir, infallibiliter, et ad conservandum incorrupte, quæ divinitus revelata sunt in Scriptura et traditionibus, et ad deducendas conclusiones theologicas, contentas in principiis revelatis, cum omnimoda et Infallibili certitudine, cui non possit subesse falsum. Ex quo patet differentia inter sententiam Papæ et Conciliorum, cum interrogantur in causa fidei ex una parte, et sacram Scripturam, et traditiones Apostholicas ex alia: quod verba Scripturæ, et non solum sententia, est ex dictamine inmediato Spiritus Sancti; at vero sententia Papæ et Conciliorum in causa fidei solum est ab Spiritu Sancto, propter prædictam assistentiam ad non errandum in scrutando divinas revelationes. Verba autem, quibus talis diffinitio, aut sententia proponitur, non sunt est dictamine immediato Spiritus Sancti, sicut contingebat in sacris Scriptoribus [1]. Por éstos, [se refiere al Papa y á los Concilios] se representa la Iglesia como por cabeza y miembros della principales; y esta regla visible tan importante falta en los herejes todos, los cuales ni son unos, como veremos, ni de la Escritura ó tradición pueden probar que se les hace á ellos esta merced.

La Iglesia Católica siempre es una, como la vestidura de Cristo inconsútil; los herejes la rompen y se apartan della.

Es también una nuestra fe por aquellos á los cuales por otros es revelada. Digo que la Iglesia Católica siempre fué una, y nunca interrumpida; porque, como consta de muchos testimonios de la Sagrada Escritura, ha de ser continuada y perpetua; y assi la misma es con aquella que, ordenándolo Dios y ejecutándolo San Pedro, los primeros fundadores instituyeron de los gentiles, de los cuales fué primero y como primicias Cornelio, como se lee en los *Actos de los Apóstoles (Act.*, X, 1 sigs.). Y desta Iglesia Romana nunca los fieles nos apartamos, á la cual

---

[1] Á los Romanos Pontífices les es prometida por Cristo la asistencia del Espíritu Santo para definir infaliblemente y para conservar, sin mezclas de error, el tesoro de las verdades reveladas en la Escritura y en la Tradición, y para deducir infaliblemente y proponer al pueblo cristiano las verdades que en este divino tesoro se hallan contenidas. De donde puede inferirse cuál sea la diferencia que hay entre las palabras y sentencias de la Sagrada Escritura y las definiciones dogmáticas de los Sumos Pontífices y Concilios, á saber: que en la Sagrada Escritura, no sólo las sentencias sino también las palabras proceden de la inspiración del Espíritu Santo (esto ha de entenderse en el sentido que explican los teólogos, muchos de los cuales afirman y sostienen, con válidas razones, que para que la Sagrada Escritura pueda decirse con toda verdad que es inspirada por Dios—lo cual es de fe—no es preciso que todas y cada una de las palabras lo hayan sido), mientras que el Papa y los Concilios cuentan, sí, con la asistencia del Espíritu Santo para no incurrir en error en materias de fe al interpretar la doctrina revelada; pero las palabras con que expresan estas definiciones dogmáticas, ellas en sí mismas no son inspiradas, no proceden directa é inmediatamente del Espíritu Santo.

llama San Cipriano matriz y cabeza de todas las iglesias, á quien habemos de acudir con nuestras dudas y dificultades, como queda dicho. Ireneo, Orígenes y Eusebio la llaman vejíssima y antiquíssima; y es una en todo el orbe, porque sigue unas mismas leyes y institutos y es gobernada por una cabeza que tiene su silla en Roma. Désta se apartan los herejes y hacen divisiones, despedazando la vestidura de Cristo, que, según el Evangelio (*Joan.*, XIX, 23), era y es inconsútil.

Es, últimamente, una respecto de las cosas reveladas; digo de las reveladas, porque nunca mudamos ni queremos que sean mudadas las que una vez, como divinalmente reveladas, mediate vel immediate, determinaron los Pontífices romanos ó los Concilios generales aprobados por ellos. De las disensiones que entre sí mismos tienen los herejes, y de cómo no convienen en una fe, ni pertenecen á la Iglesia católica, escriben los antiguos padres· Justinus (*ad Orthodox.*, q. 4); Ireneus, Policarpi discipulus (lib. I, cap. V, et lib. II, cap. XXX *adversus Cherinthum Ebionem*, etc.); Tertul. (lib. de *Prœscriptionibus*); Ciprian. (lib. de *Unitate Ecclesiœ);* Athanasius *(contra Arrianos*, oratione 1); Hilarius *(contra Constantium et adversus Arrianos)*. Y es muy propio de los herejes andar divididos en varias sectas, y entre sí contrarias; de manera que ni haya entre ellos fe cierta ni firme, sino de muchas maneras; en lo cual se ve claramente no pertenecer á la Iglesia Católica Romana, cuya fe es una y simplicíssima.

Algunos famosos herejes, como forzados de la verdad, han confessado en sus escritos estas discordias entre sí y sus maestros, de que hace mención Surio (en su *Historia*, lib. IV, capítulo XIII). Y yo quiero referir aquí sola la confessión que hizo á este propósito Nicolao Gallo *(Prefac. Apolog. de majestate hominis Christi)*, uno de los de la fama: «Perit, inquit, Dei judicio, non armis hostium, non invictis hæreticorum armis, vera a nobis religio et Ecclesia, sed nostrorum inter nos perfidia, infidelitate, incuria» ([1]). Admirablemente escribió Epifanio *(in Panario)*, las vidas destos desventurados y su acabamiento miserable. «Tuvieron, dice, de costumbre los egipcios cazar muchas víboras de diferentes naturalezas y encerrarlas en algún lugar, sin ponerles cosa alguna de qué sustentarse; pero ellas, apretadas de la hambre, furiosas y con rabia, unas con otras peleaban, y hiriéndose con los dientes ponzoñosos, se mataban, y acabadas las demás, la última que quedaba viva, como no tenía en quién ejercitar su furor y rabiosa ira, poco á poco se iba consumiendo y perecía de hambre. Eso mismo les sucede á los herejes: que unos á otros, como viboras de diferentes naturalezas, se muerden y despedazan, y á bocados se consumen: Quæ superest aliis hæresis suæ diritatis impietate corroditur, et interit» ([1]).

Hecho fué para contarse el de un zapatero en Germania, el cual leyendo los escritos de Lutero, y viendo que en muchos lugares se contradecía y sus razones entre sí mismas se hacian guerra, enfadado de la contrariedad del malvado heresiarca, se puso á recoger en uno todas las sentencias discordes y encontradas; y pintadas, ó escritas, en una tabla, las sacó á la plaza y puso en lugar que todos las viessen. Y lo que éste hizo en las obras de Lutero hizo Lindano en las de los demás herejes; que no solamente son contrarios unos de otros, sino cada cual en sí mismo, negando en una parte lo que afirman en otra.

Bocio afirma que vió en Roma con sus propios ojos al príncipe de Polonia, que se convirtió por las desavenencias doctrinales de sus predicadores herejes.

De un príncipe nobilíssimo de Polonia se escribe que tenía en su casa muchos predicadores, y cada cual de su opinión; y viendo que ninguno convenía con el otro y que todos diferían entre sí, aunque los toleró algún tiempo, finalmente se cansó y enfadó de la liviandad dellos: protestóles que si no se concertaban, que había de poner remedio muy á costa dellos. Juntáronse muchas veces de propósito, y después de largas disputas y muchos argumentos, viendo el príncipe, que se halló á ellos, que ninguna cosa habían resuelto, ni determinado lo que se había de tener, cansado de su pertinacia y locura, á puñadas y á palos los echó

([1]) «Por justo juicio ó permisión de Dios, nosotros mismos, por la incuria, la perfidia y crueldad de los nuestros, hemos acarreado entre nosotros la ruina de la verdadera religión é Iglesia de Cristo, sin necesidad de las armas y ataques de nuestros enemigos.»

([1]) «La secta ó fracción herética que sobrevive á las demás se destruye y se destroza á sí misma, corroída por su misma maldad y dureza.»

de su casa y los desterró de todo su Estado; y él, vuelto en sí y conociendo el yerro en que había estado, se redujo á la fe católica y fué á Roma á reconocer al Pontífice sumo y pedirle misericordia.

Yo digo que, aunque no hubiera para prueba de la verdad de la fe que los cristianos profesamos otra razón sino la que da Escoto en el prólogo de sus *Sentenciarios*, era bastantíssima; conviene á saber, la harmonía y consonancia admirable de las divinas Escrituras, que della dan testimonio. Tan acordada es esta consonancia y música del cielo, que no es posible hallarse en ella una disonancia la menor del mundo. «¿Qué corazón, dice Escoto, habrá tan protervo y duro á quien no persuada y convenza ver que está el profeta Jeremías predicando en el templo de Jerusalén, y que á esse mismo tiempo está Ecequiel entre los riscos y peñascos del río Tigris, que es en Babilonia, y que la distancia de lugares tan remotos no sea parte para que no concuerden en las voces y profecías?» (Aug., libro I *De civit. Dei*, cap. XXI). De aquí es, que la Escritura se compara á la música; como se lee en el *Ecclesiástico*, á donde, tratando de los doctores santos y de lo mucho que trabajaron en la investigación y interpretación de los misterios divinos, dice (*Eccli.*, XLIV, 5): «In peritia sua requirentes modos musicos, et *enarrantes* carmina scripturarum» (1). Modos musicos dice que buscaron, *id est*, la harmonía y consonancia de las Escrituras, que algunas veces parece encontrarse. San Agustín escribió un libro, *De consensu Evangelistarum*, y otros han hecho tratados sólo para hallar estos modos músicos y buscar la medida y razón de los versos de las Escrituras, que todas están escritas por medida, sin que se halle una tilde de más ni de menos. Por esso dice: «Carmina scripturarum», porque los versos se hacen con cuenta y razón, y tienen su medida.

Las Escrituras del Viejo y Nuevo Testamento concuerdan, siguiendo su mismo fin.

En el libro IV de los *Reyes*, cap. III, se cuenta un caso á este propósito de harta consideración. Dícese allí que, estando juntos el rey de Judá, de Israel y de Edón, al tiempo que iban á dar guerra al rey de Moab, llamaron al profeta Elíseo y rogáronle que pidiesse á Dios que les enviasse aguas, porque perecía de sed el ejército; y para haberles de profetizar el santo viejo el sucesso de la batalla mandó que saliesse allí una doncella con una harpa ó psalterio, y que tañesse. Hízose assí; la doncella comenzó á tocar su instrumento, y el profeta iba profetizando y como cantando á versos su profecía. De manera que no quiso profetizar sin música, significando en esto que la profecía y la Escritura no es otra cosa que una música del cielo concertadíssima, de diferentes voces. Y no fué sin misterio juntarse el viejo Elíseo y la doncella con su instrumento músico para profetizar: porque en las canas y vejez del profeta es significada la Escritura antigua y viejo Testamento, y en la doncella tierna, la doctrina del Evangelio, entre los cuales hay harmonía y consonancia admirables. Deste argumento se aprovechó Cristo cuando quiso probar que era el Mesías prometido en la vieja Ley; porque preguntándole si era Él, ó no, el que esperaban, respondió á los discípulos de San Juan que de su parte se lo preguntaban (*Math.*, XI, 4): «Ite, renuntiate Joanni quæ vidistis», etc. Decidle lo que hago, y hallará que es conforme todo á lo que está escrito que tiene de hacer el Mesías cuando venga al mundo, como se puede ver en Isaías, cap. XXXV, 4 sigs.

Allegase á esta concordia de las Escrituras la que también hay entre los doctores de la Iglesia, los cuales todos, dijo el Apóstol á los de Corinto (*I Cor.*, XII, 28) y Efeso (*Ephes.*, IV, 12) que llevaban y llevan un fin, que es edificar y perficionar el cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, hasta que en el día del Juicio salgamos todos, en una fe unidos, á recibirle. Por lo cual, si en alguna congregación se hallassen algunos que con pertinacia porfien y estén diferentes en alguna cosa que pertenezca á la fe, y no estuviessen aparejados y determinados para desistir de su parecer y seguir el de la Iglesia, si otra cosa determinasse, no sería una la fe déstos. Pero teniendo el ánimo aparejado para obedecer á la Iglesia en sus determinaciones, ó por el Pontífice Romano ó por Concilios generales legítimos hechas, la fe dellos una es. De aquí es que, aunque muchos doctores han sentido diferentemente en cosas que aún no estaban es-

(1) «Con su habilidad inventaron tonos ó *conciertos* musicales, y compusieron los cánticos de las Escrituras.»

tablecidas con decreto público, ni afirmativamente determinadas por la Iglesia, todos, empero, esperaron la determinación dellas, y á su censura sujetaron su doctrina y opiniones.

Deste argumento hacen tanto caso los nuestros, que escribiendo San Pablo á los de Galacia *(Galat.*, I, 18 sigs.), para persuadirles que el Evangelio que les predicaba le había sido revelado y cometido, añadió, para mayor seguridad, y en confirmación de su verdad, que lo había conferido con los demás apóstoles y padres de la Iglesia. Desta manera cita San Dionisio á Hieroteo y á otros eminentes varones en la ciencia del cielo. Esso mismo hacen Ireneo contra los herejes, alegando la autoridad de Policarpo y de San Clemente Papa; San Clemente Alejandrino, en sus obras; Atanasio; Basilio *(contra Eunomio)* y, finalmente, después del Concilio Nisseno, en los demás Sínodos, después que los obispos largamente declararon su sentencia, siempre alegaron y trajeron los doctores antiguos, y juntando sus sentencias y pareceres, usaron deste argumento como firmíssimo y de grande autoridad. No assí los herejes arrogantes y soberbios, y por sus pecados ciegos, los cuales ningún caso hicieron ni hacen de los dichos dellos, ni aun de la Escritura, sino cuando usan mal della para sustentar sus errores. De todos, quiero citar aquí á solo Lutero (in Prolog. lib. *Adversus Ecclesiæ statum)*, cuyas palabras llenas de blasfemias son éstas: «Nihil curo si mille Augustini, mille Cipriani, mille Ecclesiæ contra me starent». Et alibi: «Doctrinam meam nolo judicari a quocumque, neque ab Episcopis, neque ab Angelis omnibus: volo per eam et Angelorum quoque judex esse». Et alibi: «Ego adversus dicta patrum et Angelorum pono Evangelium (explicado á su modo): hic sto, hic sedeo, hic maneo, hic glorior, hic triumpho, hic insulto papistis, tomistis, henricistis, sophistis, et omnibus dictis hominum quantumtibet Sanctorum» (¹). Hasta aquí Lutero. Y hasta aquí pudo llegar la desvergüenza, temeridad y arrogancia de un hombre poseído del demonio. Él confiessa que éste era su doctor, y que tenía familiar trato con él: «Diabolum et se inter sese mutuum familiariter nosse, et quod plus uno salis modio simul comederint, illumque dulci alloquio se frequenter convenisse, et nocte excitasse, ac stimulasse ut contra Missam scriberet, et ad eam rem argumenta suppeditasse». Zuinglius affirmat (lib. de *Supplemento Eucharistiæ* (¹), que, pensando él una noche, con harta congoja suya, en el sentido de aquellas palabras: «Hoc est corpus meum» [Este es mi cuerpo], se le representó un espíritu, ni sabe si negro ni blanco, el cual le enseñó cómo las podía declarar y interpretar diferentemente de como la Iglesia las había siempre interpretado. Vea ahora el cristiano lector qué confianza se puede y debe hacer de la doctrina de Lutero y Zuinglio y de los demás herejes, cuyos maestros tuvieron por preceptores á los mismos demonios, confessado por sus bocas dellos. Compañeros parecen éstos del Esposo, pero no lo son, como ya dijimos, sino enemigos capitales, lobos robadores y matadores de las almas que siguen su doctrina tan varia, tan inconstante y tan mentirosa, y en sí misma contraria y repugnante.

De caer en manos déstos, especialmente en tiempo de borrascas y tentaciones, cuando los escogidos apenas se salvarán y librarán de errores, temerosa la Esposa de Cristo, pide, y con razón, á su Esposo que le enseñe el lugar á donde le hallara al medio dia y á donde apacienta Él su ganado. Y Él la responde que no hay necessidad de milagros ni revelaciones de nuevo para saber lo que desea: que salga ya de todo punto de entre los suyos, que deje

(¹) «Nada me importa que contra mí esté la autoridad de Cipriano, ni de mil Ciprianos, ni de mil Agustinos, ni de mil iglesias, si mil hubiera.» Y en otra parte: «No consiento que juzgue de mi doctrina, sea el que sea: ni obispos, ni aunque sean ángeles; lejos de esto, yo estoy sobre todos ellos.» Y, por último: «En contra de la doctrina y sentencias de los padres y doctores, y aun de los mismos ángeles, presento yo el Evangelio, interpretado á su antojo, se entiende, y á su capricho; éste me basta, á él me atengo, aquí me siento, en este baluarte me defiendo y desde él insulto á los papistas, á los tomistas y á todo el que se me ponga delante, por más santo y docto que sea.»

(¹) En otro lugar confiesa que «entre él y el diablo había trato familiar, que juntos se habían sentado más de una vez á la mesa, que se bromeaban y chanceaban como amigos íntimos, y que este su amigo le incitaba por la noche á que escribiese sus diatribas sacrílegas contra el santo sacrificio de la Misa, sugiriéndole argumentos y palabras para ello». Y Zuinglio afirma...

los ídolos y falsos dioses, que desampare su tierra y las costumbres della y se vaya siguiendo las huellas de sus rebaños, y que apaciente sus cabritillos, que son los novicios en la fe, cerca de las cabañas de los pastores, porque en la legítima successión de unos y de otros (digo de las ovejas y prelados), tiene su assiento y el pasto salutífero para su ganado el pastor grande y pastor de pastores, Cristo.

Digo, por remate desta doctrina tan necessaria en estos tiempos tan calamitosos, que si se hallasse alguna congregación á donde no haya habido en algún tiempo, ó no haya de presente, legítima successión y orden de obispos—los cuales son successores de los apóstoles, como veremos—, por presidir en ella los herejes, que en ninguna manera está allí la Iglesia de Cristo: porque, como vimos del Apóstol, hasta que se acabe el mundo ha de haber apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores, para la obra de la administración de los Sacramentos y edificación del cuerpo de Cristo. Sí, que llano está que los apóstoles, á quien Dios encomendó su Iglesia, no habían de vivir para siempre, ni, subidos ya al cielo, habían de tener estos cuidados; por lo cual, como lo afirma San Agustín y los demás Padres, la promessa de Cristo, aunque se hizo á ellos, no se estancó en ellos, sino passó á los obispos, y ellos tienen el lugar y las veces de los apóstoles, como lo canta el profeta (*Ps. 44*, 17-8): «Pro patribus tuis nati sunt tibi filii: constitues eos principes super omnem terram. Memores erunt nominis tui, *Domine*, in omni generatione et generationem». Murieron los padres porque eran mortales; sucedieron en su lugar los hijos, para que nunca faltase la memoria de su nombre en ellos por todos los siglos de los siglos. Y en el *salmo 88*, 36-8, dice: «Semel juravi in sancto meo, si David mentiar, semen ejus in æternum manebit, et thronus ejus sicut sol in conspectu meo, et sicut luna perfecta in æternum, et testis in cœlo fidelis» ([1]).

Siempre ha de haber en la Iglesia apóstoles, que son los obispos, en que se cumple la promessa de Cristo, que dió á los suyos.

Qué trono sea este que para siempre ha de durar declara San Epifanio por estas palabras: «Thronus David et regia sedes est sacerdotium in Ecclesia sancta quam dignitatem regiam, simulque pontificiam conjunctim largitus est Dominus Ecclesiæ sanctæ suæ, translato in ipsa Throno David, non deficiente in æternum» ([1]).

Luego no es la Iglesia de Dios, á donde no está la potestad de los obispos, y en especial del Romano Pontífice, perpetua, y su gobierno. Este argumento es tan fuerte, que casi todos los padres antiguos se han aprovechado dél contra los herejes. San Ignacio, discípulo de San Juan, casi en todas sus epístolas trata de cómo los cristianos han de oir á los obispos como á sucessores de los apóstoles, afirmando constantemente que los herejes nunca los tuvieron legítimos, ni dados por los apóstoles. Ireneo (lib. III, cap. III) aprieta más este argumento. Clemente Alejandrino (*Strom*, lib. VI), Orígenes (lib. de *Prin.*), Tertuliano (libro de *Præscriptionibus adversus hæreticos)*, Cipriano (libro I, epist. 6), Optatus (lib. II *adversus Donatistas)* et Augustinus (libro de *Utilitate credendi*, cap. XVII).

Conclúyese de lo dicho, que allí no se halla la Iglesia de Cristo á donde no se halla, desde los apóstoles, successión legítima dellos; y aquella es Iglesia Católica, y en ella reposa Cristo al medio día, en la cual hay esta successión perpetua de obispos y del Romano Pontífice, su cabeza. Esto presupuesto, lo que quiere decir el Esposo á la Esposa en estas palabras: SI IGNORAS TE, O PULCHERRIMA INTER MULIERES, EGREDERE, ET ABI POST VESTIGIA GREGUM *tuorum*, ET PASCE HÆDOS TUOS JUXTA TABERNACULA PASTORUM, es: Si en algún tiempo, rodeada de trabajos y persecuciones, te hallares ¡oh querida Esposa mía! perpleja y falta de consejo, no hay necessidad de revelaciones ni de ser enseñada por milagro de lo que has de hacer: mira la fe de tus mayores, y su paciencia; los vestigios y huellas que dejaron por donde fueron; sus hechos,

Los ejemplos de los santos ha de seguir el alma que quiere acertar el camino del cielo.

([1]) «Una vez *para siempre* juré por mi santo Nombre que no faltaré á lo que he prometido á David: su linaje durará eternamente, y su trono resplandecerá para siempre en mi presencia, como el sol, y como la luna llena, y como el *íris*, testimonio fiel en el cielo.»

([1]) «El trono de David y su real solio es el sacerdocio católico, dignidad real y pontificia á la vez con que Dios nuestro Señor enriqueció á su santa Iglesia, vinculando en ella el trono de David, que para siempre ha de durar.»

digo, heroicos, de rara fortaleza y constancia; y ésos procura imitar y seguir, que no hay otro camino para hallarme y sestear conmigo sino es este camino real y seguro, camino por donde han caminado todos los santos y amigos de Dios.

* ARTÍCULO II

De otras diversas interpretaciones entresacadas de los doctores y Padres de la Iglesia, que admiten estas palabras.

Egredere et abi post vestigia gregum tuorum.

Hortulano trabaja mucho en persuadirnos que aquel pronombre possessivo *tuorum* es añadido de los impressores, ó de algún curioso, que quiso declarar el sustantivo *gregum*, y oscurecióle más. Para prueba desto, alega que no está en el texto griego, ni en muchas Biblias antiguas: especialmente está advertido y notado en la Maguntina, Dionisiaca y Germánica, impresas en París año 1540, y últimamente falta en la correcta de Sixto Quinto; y siendo esto assí, viene muy bien con lo que del mismo anotamos arriba, que en los genitivos *gregum* y *pastorum* se pone cierta nota como artículo; como si dijéssemos: «aquellos rebaños» y «aquellos pastores»; como lo advirtió Erasmo en aquellas palabras *(Math.*, XI, 3): «*Es tu* qui venturus es; an alium expectamus?» ¿Eres tú aquel que has de venir? ¿Aquel solo y singular? *quasi dicat* [como si dijera]: ¿el Mesías prometido, figurado y desseado? Al propósito: Sigue, dice el Esposo, las pisadas y huellas no de cualesquiera ganados ó rebaños, ni de cualesquiera pastores, sino de aquellos singulares rebaños y singulares pastores; *quasi dicat* [como diciendo]: imita los ejemplos de mis escogidos, que desde el principio del mundo no han faltado ni faltarán en mi Iglesia, no pocos, sino muchos, los cuales como hatos ó rebaños de ganados han seguido y siguen siempre á mis legítimos pastores.

En la Iglesia, ejemplos de santos no han faltado ni faltarán para que imiten los sucessores.

El doctíssimo fray Luis de León, en sus *Comentarios*, dice que por estos rebaños de ganado se entienden las congregaciones de hombres religiosos, que no sólo viven bien, sino que convidan á todos á otro tanto. Los ejemplos déstos quiere el Esposo que mire la Esposa nuevamente convertida. Porque, á la verdad, como dicen los santos, en los principios de la vida espiritual, cuando el ánimo está rudo en la virtud, cuando ninguna experiencia se tiene y fácilmente caemos, más nos conviene morar y vivir en compañía de otros, y seguir un mismo instituto con ellos, que no la soledad; porque aquélla no es vivienda para todos, sino para solos los que ya domaron suficientemente sus passiones. Al fin, es negocio de perfectos y no de novicios y principiantes, los cuales no deben buscar caminos extraordinarios y nuevos, sino aquellos que los santos, inspirados por Dios, pisaron y talaron. Y no es fuera de razón y sin mucha necessidad este consejo, porque, por la mayor parte, vemos que los principiantes buscan y aman la soledad, y quieren, antes de tiempo, vacar á la sola contemplación y ejercicios del amor, no sin mucho peligro de ser engañados de Satanás, que se transfigura en ángel de luz. Estos, dice el Señor, que primero consideren las huellas de sus ganados, y que vayan á las cabañas de sus pastores, que son los padres espirituales y prelados, y instituidores de las religiones, que, aunque muertos, dejaron allí sus huellas impressas; que vivan vida monástica, á donde hallarán quien los enseñe, quien los despierte y anime en el servicio de Dios, quien los ponga espuelas si están lerdos en la virtud, quien los detenga si se adelantan, quien los revoque si yerran; de manera que los otros les sirvan de ojos, de consejos y gobierno, hasta que, domados los desseos carnales y aplacadas las codicias deste mundo, y cobradas fuerzas en el ánimo, ellos se puedan valer por sí y gobernar á otros; y entonces podrán seguir los yermos y soledades, á donde, como veremos adelante, son convidados por el mismo Esposo; pero cuando novicios en la virtud, mandáseles que sigan las huellas de los rebaños escogidos, y que se apacienten junto á las cabañas de los pastores, para obedecerlos y no salir de su gobierno.

Yo pienso que por estos hatos de ganado de Dios, cuyas pisadas se le mandan seguir á la Esposa, se entienden los fieles repartidos por el mundo en iglesias y diócesis diferentes, gobernadas por los obispos con perpetua y legítima succesión; porque todos siguen una fe, un evangelio, y viven en la esperanza de la vida eterna. Si no decimos que son aquellos

señalados y escogidos rebaños de mártires, confessores, vírgenes, anacoretas y varones perfectos, en los cuales resplandeció particularíssimamente la fe del universal Pastor de pastores, Cristo, imitando su caridad, su humildad y paciencia y las demás virtudes de que Dios quiere adornada y hermoseada el alma que ha de gozar de nombre de Esposa suya. Sí, que no son todos los cristianos para ser imitados, síno sólos aquellos cuyas vidas fuessen ejemplares, y ellos aventajados y como entresacados de los demás *(a)*. Verdad es que en la fe todos somos unos, y ella es la misma en todos, y essa han de seguir los que pretendieren ser de la Iglesia de Cristo; y á todos se les dice: ABI POST VESTIGIA, etc.

Notandum præterea [Nótese, además], que á mí no me parece sobrado aquel possessivo *tuorum*, sino muy convenientemente puesto por el intérprete latino. Porque si es Cristo el que aquí habla, y la nueva Esposa ó Iglesia de los gentiles con quien habla, mucha razón tiene de llamar rebaños suyos á todos los fieles que la precedieron y después se han de seguir. Porque siendo, como son, hacienda del Esposo, según que se escribe *(Ps. 2*, 8): «Postula a me, et dabo tibi gentes, hæreditatem tuam, et *possesiones tuas*, terminos terræ», necessariamente lo han de ser también de la Esposa; porque, por el matrimonio, los bienes de los casados se hacen unos y comunes, como la carne es una, y el espíritu ha de ser también uno. Toda la hacienda del Esposo es de la Esposa, y la que trae la Esposa es del Esposo. Esse bien, entre otros, nos vino el día que el divino Verbo se desposó con los hombres. Hizo suyo dellos lo que era suyo de Él; y lo que era dellos tomó para sí. Digamos esto mejor, si pudiéremos, que es dulcíssima y regaladíssima consideración ésta.

Cristo es pobre por el hombre, y el hombre es rico por Cristo.

Digo que la hacienda de Dios es mía y la pobreza mía es de Dios: yo soy rico por Él y Él es pobre por mí; y diciendo esto me confundo, viéndome tan pobre con tantas riquezas como promete la extremada pobreza del Hijo de Dios. Porque si conforme á su mengua ha de ser mi abundancia, ¿cómo estoy tan amenguado, estando Dios tan pobre? A mí me ha dado algunas veces gana de preguntar á Dios, si no fuera descortesía, si supo lo que hizo cuando se desposó con nuestra naturaleza; porque assí mirado con ojos de humanidad, y no de fe, no lo parece. ¿Qué cosa más alta que Dios, y qué cosa más baja que el hombre? Pues, ¿cómo se ha hecho este matrimonio tan estrecho, que sean una misma cosa los que distaban con intervalo infinito? Digo una cosa, porque convinieron en una persona Dios y nuestra naturaleza con tan estrecho abrazo, que ya es propio del hombre lo que era propio de Dios, y, al trocado, lo que era propio de Dios ya es propio del hombre, que la Sagrada Teología llama *per comunicationem idiomatum* [por comunicación de idiomas ó propiedades]. Santíssima es y puríssima es la humanidad, con quien se juntó el divino Verbo; pero pobríssima, porque de suyo ninguna cosa tenía. Y por ventura viene aquí bien lo que medita Crisóstomo sobre aquellas palabras del Apóstol *(Hebr.*, II, 16): *Semen Abrahœ apprehendit:* que iba como huyendo de Dios nuestra naturaleza, como juzgándose por indigna de este casamiento, y que Él la aprehendió, y, como si dijéssemos, asió ó agarró della y túvola para vestirse della.

Lo que tengo aquí que responder es que el desposado es riquíssimo y no hizo caso más que de limpieza en la desposada, que lo demás que se suele buscar en los casamientos Él lo puso de su casa y recámara. Él trajo la dote, y dotó á su Esposa, y le dió las mayores riquezas que se pueden imaginar ni pensar en el mundo. De donde saco yo dos cosas, para consuelo grandíssimo de pecadores. La primera, que si la bondad y caridad de Dios fué tanta que levantó esta humanidad sacratíssima hasta la unión hipostática de la cual resulta que el Verbo, que era vere subsistens in humanitate, vere esset Filius Dei per gratiam unionis ([1]), según que lo dijo San Pablo: *(Rom.*, I, 4): «Qui prædestinatus est Filius Dei in virtute, secundum spiritum sanctificationis» ([2]), que juntándola y supositándola en la

(a) Como notas marginales hallamos en este lugar aquel pasaje de San Pablo *(Hebr.*, VI, 11); pero no más que iniciado: «Cupimus... unumquemque vestrum...», y el del Apóstol Santiago *(Jacob.*, V, 10), en la misma forma: «Exemplum accipite...»

([1]) El que en toda verdad es hombre, fuese también de igual manera Hijo de Dios.

([2]) «El cual fué predestinado *para ser* Hijo de Dios con soberano poder, según el espíritu de santificación.»

persona del Verbo, sin algún merecimiento le dió dignidad tan alta que, quod ex tali unione resultaret non solum denominaretur, sed vere esset (1) Hijo natural de Dios. De que infiero, también tendrá bondad y caridad para levantarme á mí del estiércol de mis pecados á la filiación suya, no natural—que no tiene más que un Hijo que lo sea—, sino por participación y gracia. Quiso, dice San Agustín, que viéssemos en la cabeza lo que había de passar en los miembros: «Præclarissimum nobis proponitur exemplar prædestinationis Dominus Jesus»: por lo que en Él se hizo echaremos de ver lo que se hará con nosotros.

Lo segundo que saco, es que, siendo el desposado tan rico *(Hebr.*, I, 2), «quem Pater constituit hæredem universorum» [pues lo nombró el Padre heredero de todo], que los parientes de la desposada quedaremos asaz medrados y remediados con este casamiento. Como si un indiano riquíssimo casasse con una hidalga muy pobre, pero muy emparentada, que todos los deudos della cargarían luego dél. ¡Oh mi Dios, qué carga echastes sobre vos tan grande el día que os casastes con nuestra pobre naturaleza! Ella limpia es y á nadie debe nada, porque nunca pecó; pero los parientes, pobríssimos, cargados de deudas, desnudos de virtudes, llenos de pecados y rodeados de miserias; y el remediarlos, á vuestra cuenta. Sentimiento es este de San Pablo, que, escribiendo á los de Corinto, les dice *(II Cor.*, VIII, 9): «Scitis gratiam Domini nostri Jesu Christi, quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia, vos divites essetis» (2). Como si dijera: No es avariento Dios humanado, que por enriquecer los deudos de la desposada murió desnudo en un palo, sin hilacha de ropa sobre sus carnes; y en esse palo como dice San Pedro *(I Petri*, II, 24), le cargaron las deudas de todos y se le hizo ejecución por todos.

Luego no es fuera de propósito preguntarle á Dios el por qué de casamiento tan desigual. ¿Hijo de Padre tan rico, con esposa tan pobre, tan llena de deudos adeudados y miserables? ¡Bendígante los ángeles, Dios nuestro, que bien supiste lo que hiciste; pero hicístelo porque amaste! Fué casamiento por amores, á donde lo muy feo suele ser estimado por hermoso. Dios os libre de amor, que ni mira igualdad, ni admite razón, ni recibe consejo, ni teme trabajos, ni para él hay cosa impossible, ni aun dificultosa. ¿Qué cosa más fea que la gentilidad? Pues en viéndola convertida á sí el divino Esposo, y que le quiere por marido, en grado superlativo la contempla hermosa, y se lo llama: O PULCHERRIMA INTER MULIERES, EGREDERE ET ABI POST VESTIGIA GREGUM TUORUM. Tuyos son todos essos rebaños de ganado que van delante. Sal fuera, deja el sossiego del rincón y retraimiento, y comiénzalos á pastorear, recógelos á todos para el cielo, que hacienda tuya es, y á tu cuenta está el granjearla y aumentarla con doctrina y ejemplo.

Lo que Dios hizo por el hombre fué por puro amor.

ARTÍCULO III

Enseña cómo por los cabritillos se figuran los principiantes en la virtud y simples fieles, que nunca deben alejarse del camino trazado por los santos y doctores.

Et pasce hædos tuos juxta tabernacula pastorum.

El ganado crecido libremente puede apacentarse por los egidos de la Iglesia, en los sabrosos pastos de las divinas Escrituras y Sacramentos; porque, como dijo el Apóstol, tienen los sentidos ejercitados; pero los cabritillos, la gente menuda, los nuevos en la virtud, JUXTA TABERNACULA PASTORUM, «no se han de apartar de las cabañas de los pastores». A lo menos, hablando según la corteza de la letra, los cabritillos nunca los dejan pastar lejos de las majadas de los pastores, por el peligro de los lobos y otras bestias dañinas; allí se están todo el día retozando y comiendo algunos bocadillos, hasta que las madres, cargadas de leche, los vienen á dar de mamar por la noche.

Digo, que los varones perfectos y consumados en virtud, entendidos en los rebaños, cuyas pisadas se le mandan seguir á la Esposa, pueden sin peligro salir á pastar más le-

(1) De tal modo que no sólo pueda llamarse Hijo de Dios, sino que propia y verdaderamente lo sea.

(2) «Bien sabéis cuál haya sido la liberalidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros á fin de que vosotros fuéseis ricos por medio de su pobreza.»

jos, pueden conversar entre los pecadores, disputar con los herejes, entrarse en lo secreto del desierto, vivir en soledad y, como dicen, por su pico; pero los que son aún niños en el bien, necessitados de la leche y del gobierno y dirección de sus padres espirituales, corren mucho riesgo si quieren pacer libremente y gobernarse por sí mismos. Especialmente en nuestros tiempos, cuando, como dijo el otro poeta: «Latet anguis in herba» [tras la cruz está el diablo]; pensáis que pacéis buena hierba, paceréis la muerte. Yo pienso que en los que agora vivimos se ha abierto aquel pozo grande del abismo de que hace mención San Juan en su *Apocalipsis*, IX, 2, del cual salió el humo como de una grande y encendida hornaza, que escureció el aire y el sol y dejó en grandes tinieblas de ignorancia el mundo. Enigma es este con que declaró el profeta la avaricia insaciable del clero y su mucha ambición, y lo que de aquí nació, que es el menosprecio de las Escrituras, y desto la ignorancia de la verdadera religión; de manera que apenas se puede conocer el verdadero Sol de justicia, que alumbra *(Joan.*, I, 9) á todo hombre que viene al mundo.

Taulero, declarando esta visión de San Juan, refiere en sus obras lo que con espíritu profético dijo la Santa Hildegarden, conviene á saber; los grandes males y calamidades que en breve había de padecer la Iglesia: cómo los hombres se habían de precipitar y despeñar en grandes errores, y que de todo punto habían muchos de ignorar (pidiéndolo assí sus pecados) á quién debían seguir con seguridad y confianza y, lo que es más, la cabeza debajo de cuya obediencia y amparo habían de vivir; lo cual en nuestros días se vee tan claro, que no verá la luz del sol quien esto no viere. A lo menos entre los herejes, la cuestión más ordinaria es acerca de quién está la Iglesia Católica. Ya se desprecian, excepto el Baptismo, todos los Sacramentos, y aun éste los anabatistas no le reciben. Ya las tradiciones apostólicas y cánones sagrados son habidas por farisáicas, y desechadas como tales. Ya en Alemania, Germania *(sic)*, Inglaterra y Francia es tanta la diversidad de sectas, que la miserable turba y pueblo no saben qué partes sigan ni á qué doctores se alleguen. Parece que han venido los hombres al infeliz estado que dice San Pablo *(II Thes.*, II, 10): «*Ut credant mendatio, propterea* quod charitatem veritatis non receperunt, ut salvi fierent» [1]. Ya parece que los ángeles crueles y espantosos, que estaban atados en el río Eufrates, abriéndose el sexto sello *(Apoc.*, IX, 14 sigs.) salieron sueltos por el mundo, para destruir la Iglesia, en caballos ligeros, como dice San Juan. Estos con sus pies huellan los Sacramentos, las ceremonias y los ritos que de los apóstoles por sus sucessores llegaron á nosotros. «Tienen, dice, las cabezas de leones; y de sus bocas salen fuego, humo y piedra azufre». Porque los autores de las sectas, á los cuales ellos tienen por cabezas, son soberbios como leones, desprecian el señorío y blasfeman la majestad *(Iud.*, I, 8), quitando la Hierarquía y toda dignidad eclesiástica. Al Sumo Pontífice, á quien nosotros honramos como al mismo San Pedro, Vicario de Cristo, no tienen vergüenza de llamarle antecristo. A San Jerónimo, San Agustín y á los demás doctores de la Iglesia, como á hombres que pudieran ser engañados, los desprecian, como si ellos fuessen dioses, que no pueden errar. Despiden fuego de su boca, porque son elocuentíssimos, y para persuadir y engañar usan palabras compuestas y llenas de colores retóricos. «Seducunt, etc. *(Rom.*, XVI, 18) [2]. Y porque este su afeite y impostura no se eche de ver, echan humo y tinieblas en los oídos de los oyentes, y assí los encandilan, y atapan los sentidos con esta su humosa elocuencia, que no echan de ver cuán mal huelen á Dios. Quitan los ayunos estatuídos por la Iglesia, las peregrinaciones, la maceración de la carne, y, finalmente, todo ejercicio corporal, que nuestros padres llamaron penitencia y como cosa tan saludable la aconsejaron á los pecadores, estos doctores delicados y blandos la condenan. Cuando predican esta su doctrina sucia, infernal, abominable y hedionda como piedra azufre, como si fueran discípulos de San Pablo assí se les da crédito, porque la fuerza toda dellos está en la boca. Y dellos podemos decir lo que decía Esquines de Demóstenes: que sólo tenía lengua; semejantes á las flautas, que si les quitais los cuellos, de todo en todo son inútiles. Ninguna otra cosa predican á los oyentes

---

[1] Dando crédito á todo género de mentiras, «por no haber recibido y amado la verdad, á fin de salvarse».

[2] «Seducunt corda innocentium»: «Seducen los corazones de los sencillos.»

sino fe, caridad, paz y Cristo; pero debajo de fe introducen perfidia; debajo de caridad, odio; debajo de paz, guerra, y debajo de Cristo, al Antecristo. Porque á los sacerdotes de Cristo, y á los religiosos y vírgenes dedicados á Dios, fuerzan á quebrarle la fe; á los reyes y príncipes solicitan á tomar armas; á los obispos echan de su sillas; derriban los templos, destruyen los altares, huellan con sus pies la sacrosanta Eucaristía, y destierran el sacrificio perpetuo de la missa; comenzando ya en sus templos la abominable destruición que el Antecristo en todo el universo mundo ha de introducir, señal certíssima de que no están muy lejos de nosotros, pues tan al descubierto le preceden estos sus infernales precursores. Bien dijo San Juan, que eran ángeles crueles, y que andaban en caballos ligeros, porque apenas han dejado rincón en la cristiandad á donde no hayan sembrado sus herejías y errores intolerables. Ni cessan de hacer este oficio hasta que, como dijo el mismo San Juan, maten la tercera parte de los hombres; ni han dejado de intentar la corrupción de nuestra España; pero vela nuestro catolicíssimo rey Filipo Tercero, á ninguno segundo en la piedad y religión; velan los padres de la Santa Inquisición, resistiendo fortíssimamente á la impiedad de los herejes, de manera que no siembren su mala y perversa doctrina entre nosotros, ó, si la sembraren, no crezca ni vivan ellos ni ella.

De donde colijo yo que si en alguna parte del mundo se ha de conservar perpetuamente la religión cristiana y ha de permanecer la sincera fe de Cristo, es en España, y en ella se ha de hallar el nido, que dijo Taulero, en que Cristo ha de conservar sus polluelos. Lo que yo aconsejo á todos los que estos escritos leyeren es que con ánimo resignado y con voluntad promptíssima nos alleguemos á nuestra madre la Iglesia, ya vieja y casi estéril, y humilmente *(sic)* obedezcamos á sus ordenaciones y á las doctrinas que por sus predicadores públicamente nos propone y enseña, sin hacer caso ni dar crédito á ninguna otra persuasión que á esto contradiga; aunque, como dijo San Pablo (*Galat.*, I, 8), un ángel del cielo nos la predique. Para lo cual viene bien el mandamiento del Esposo, que manda á su Esposa que siga la huella de sus ganados y que apaciente sus cabritillos junto á las cabañas de los pastores.

El caldeo parafraste y Rabi Salomón comenta este lugar desta manera: «Dixit Dominus benedictus Moysi: «Qui persequitur populum Domini, exultatio fuerit percutere Sinagogam, quæ similis est puellæ speciosæ, quam diligit anima mea. Ambulet illa in via justorum, et ordinet preces juxta præscripta præceptorum, et pastorum ætatis illius, et doceat filios suos, qui similis sunt hædis caprarum, et procifiscantur et in hædem Sinagogæ, et in locum concionis et studii. Sic merito illorum operum pascantur in exilio, quousque mittam Christum Regem, qui pascet eos placide et quiete ad tabernacula Pastorum, id est; ædem Sanctuarii, quam ædificaverunt David et Salomon», etc. (¹).

Lo que en resolución quiere decir el Esposo es, que el apartarse de los rebaños y tabernáculos de los pastores, id est., a locis antiquis, id est, a moribus, exemplis et traditionibus antiquorum Patrum [es decir, de los lugares conocidos, de las costumbres, ejemplos y enseñanzas tradicionales de los santos Padres], es negocio peligrosíssimo, porque si desseamos agradarle, vitam nostram totam instituere debemus juxta eorum exempla et mores *(Heb.*, X, 25) «non deserentes collectionem», id est, cætum, seu congregationem et unitatem Ecclesiæ; de qua multa dixerunt Chrisost. (hom. 42 *ad Thes.* II super illud *Math.*, XVIII: *Ubi duo vel tres congregati fuerint*, etc.), Cipria. (tract. 3 de *Simpl. Prælatorum, sive Ecclesiæ unitate*), August. (serm. 181, lib. X *contra Criseonium,* cap. XXXI, et lib. IV, cap. XXVI) (²).

EGREDERE ET ABI; quasi dicat [como si dijera]: Siguiendo la huella de mi ganado no po-

---

(¹) Dijo Dios, el bendito, á Moisés: «El que persigue al pueblo del Señor, tendrá á gloria el dar muerte á la Sinagoga, que es semejante á una hermosa doncella á la que yo amo. Empero, vaya ésta por el camino de los justos, siga las enseñanzas de sus maestros y pastores y enseñe á sus hijos, semejantes á los cabritillos, á no apartarse de ella ni de sus instrucciones y doctrinas, sustentándose con estos pastos en el desierto hasta que yo envíe á mi Cristo, que los pastoreará en dulce y plácida paz, primero, en el templo que edificaron David y Salomón; después, en la Iglesia».

(²) ... debemos ordenar toda nuestra vida según su doctrina y ejemplos, «no abandonando nunca nuestra congregación», es decir: la Iglesia católica, nuestra maestra infalible. (De esto traen mucha y provechosa doctrina los santos citados.)

drás dejar de dar conmigo, porque soy pastor que nunca falto á mi oficio; quasi dicat [esto es]: siempre asisto á mi ganado.

GREGUM TUORUM. Supplendum aliquid, scilicet, tibi conmissorum ad custodiemdum. Parece que le debió haber encomendado los cabritillos y corderillos, para que ella los apacentasse y ahijasse, por que no estuviesse ociosa ó para que deprendiesse á pastorear el ganado mayor. Sic invenies apud Poetam, *Egloga 10:*

«Ne te pæniteat pecoris, divine Poeta:
Et formosus oves ad flumina pavit Adonis» ([1]).

Y en el *Génesis* leemos de Rebeca *(a)*, hermosíssima doncella, que guardaba el ganado de su padre. Y en el libro del *Éxodo (Exod.*, III, 16), de la[s] hija[s] de Jetró, sacerdote, se escribe lo mismo. Assí Cristo habla con su Esposa al estilo pastoril: PASCE HÆDOS TUOS. Hace por esta exposición la palabra hebrea, por la cual trasladó la *Vulgata hœdos*: significatur enim proprie quodlibet minutum pecus, cujusmodi sunt hædi, sive hinnuli caprarum, etc. ([2]).

JUXTA TABERNACULA PASTORUM. Supplendum est *Sodalium* sive *sociorum meorum*. Ita supplet Ambrosius. «JUXTA TABERNACULA PASTORUM qui artem pascendi tenent, ac docere te possunt»; sic Rabbi Selemoch, quamvis obiter, et concise. Quo sensu intelligendum illud *Hierem.*, c. VI, 16: «Hæc dicit Dominus: «State super vias..., et interrogate de semitis antiquis, quæ sit via bona, et ambulate in ea, et invenietis *requiem* animabus vestris» ([3]).

Este lugar alega este rabino. Y Cristo *(Math.*, XXIII, 2): «Super catedram Moysi sederunt», etc. ([1]). Y si pudiera faltar la fe y culto de esse verdadero Dios de la cátedra de Moysén, no dijera Cristo (ib., III) con tanta confianza: «Quæ dixerint vobis, facite», etc. ([2]). Pero no se entiende que hubiesse en la Sinagoga tribunal visible y cátedra infalible ad diffiniendum circa res fidei [para dar definiciones en materia de fe], con potestad ordinaria, como la hay en la Iglesia de Cristo y se dió á San Pedro y á sus sucessores, sino que Dios á sus tiempos les iba alumbrando, dándoles profetas con potestad subdelegada, quibus fiebat a Deo manifestatio et revelatio suæ voluntatis, et multorum mysteriorum [á quienes Dios revelaba su voluntad y los misterios], conforme se ofrecía la necessidad y era su voluntad. Y si Moysén era oráculo de Dios, erat ejus potestas, ut dixi, subdelegata et prophetica. Nam quod sententia capitis visibilis militantis Ecclesiæ sit regula infalibilis fidei, et quod non possit errare in proponendo ex ordinaria potestate, est speciale privilegium concessum regimini Monarchico Ecclesiæ Christi, etc. Lege Vincentium Lirinensem, in illo libro vere aureo, quem nominavit: *Adversus prophanas vocun novitates.* «Necesse est profecto, inquit, omnibus deinceps catholicis, qui sese matris Ecclesiæ filios probare student, ut sanctæ Sanctorum fidei inhæreant ac glutinentur, quin moriantur; prophanas vero prophanorum hominum novitates detestentur, horrescant, insectentur, persequantur», etc. Et rursus ibidem multa ([3]).

(a) En el *Genesis* (XXIX, 6 y 9) se refiere este hecho de Raquel.

([1]) «No te desdeñes, divino poeta, de apacentar el ganado, pues tal hacía también el bello Adonis.»

([2]) La palabra hebrea que la *Vulgata* traduce *hœdos*, significa propiamente cualquier género de ganado pequeño, como cabritillos, cervatillos, etc.

([3]) En estas palabras: *junto á las cabañas de los pastores*, deben suplirse estas otras: compañeros ó consocios míos, como lo hace San Ambrosio. El rabí Selemoch, después de la palabra *pastores* añade: «que son entendidos en el arte de apacentar, y pueden instruirte en el modo de ejercerle». Y en este sentido ha de entenderse aquello de Jeremías: «Esto decía *también* el Señor: Paráos en los caminos, ved y preguntad cuáles son las sendas antiguas, cuál es el buen camino, y seguirlo, y hallaréis refrigerio para vuestras almas».

([1]) «Los escribas ó *doctores de la Ley* están sentados en la cátedra de Moisés».

([2]) «Practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren», ó enseñaren.

([3]) ... la autoridad de Moisés era subdelegada y profética. El que la Iglesia tenga como regla infalible de la fe la autoridad de su cabeza visible, inmune de error al proponer á los fieles las verdades reveladas, y esto como privilegio inherente á su calidad de Vicario de Cristo en la tierra, esto es un especialísimo don que Cristo la hizo. Véase á Vicente de Lerins en su obra citada. «Es absolutamente necesario, dice, á los católicos todos que quieran ser contados entre los verdaderos hijos de la Iglesia, el amar, á par de la vida, la fe de nuestros mayores, los santos de Dios, y mostrar su adhesión inquebrantable hacia ella; y, á la vez, que detesten, aborrezcan y persigan sin tregua ni descanso todas las innovaciones ó mudanzas que se pretendan introducir en las verdades ó en materia de fe»

LECTIO VII

ÆQUITATUI MEO IN CURRIBUS PHARAONIS ASSIMILAVI TE, AMICA MEA (*Cant.*, I, 8) ([1]).

* ARTÍCULO I

Expone el texto literalmente y descubre en el símil usado señales de amor y motivos de alabar la fortaleza de la Esposa.

Laudavit Sponsus Sponsam sibi charissimam a pulchritudine, modo laudat eam a fortitudine. Verum ut suum erga illam amorem ostendat, æquæ suæ, vel æquitatui facit eam similem. Similitudo enim amoris esse causa solet. Ita Aristoteles (VIII *Ethic.*, cap. I), Plato (*in Lyside* et in *Convivio*) et Plotinus (*Æneade*, 3, lib. III de *Summo bono*, c. XXXI); eodemque puncto, ut ille argumentatur, anima hominis perfecta se habet circa summum bonum: nam valde studiose et assidue quærit, et conatur ad illum accedere, similisque ei fieri, et cætera omnia bona despicit; neque injuria ea despicit, quæ in hoc mundo pulchra videntur, cum ea in carne, corporeque jacentia, in perpetuo fluxu versari videat: ideoque relictis his, prorsus attollitur anima perfecta et sapiens, quasi potens quod amat, consequi; nec prius desistit, quam illud assequatur, ubi tandem omnia pulchra, et vere existentia cernit ([2]).

De ejemplo nos sirve lo que aquí dice el Esposo de su Esposa: que es semejante, no á sí, sino á cosas que él ama mucho, scilicet, ÆQUITATUI SUO, IN CURRIBUS PHARAONIS. Cum ergo fundamentum amoris sit similitudo, fundamentum maximi amoris, maxima similitudo erit, qualis est ejusdem ad se. Unde perfectus amicus, alter ego dicitur (Aristot., 9 *Ethicor.*, IV). Y de Alejandro tenemos ejemplo. De quo Quint. Curtius., lib. III: «Non errasti, o mater, nam hic Alexander est» ([1]). De su privado habla, tenido por Alejandro. Por ventura en estas palabras, en que el Esposo compara la Esposa á los carros de Faraón, laudat eam, quod animam temperatam habeat, bene ordinatam, et morigeratam, id est, facile obedientem imperio Sponsi, vel rationis, como el caballo al cochero, etc. ([2]).

Pro hujus loci intelligentia notandum [Para la más fácil inteligencia de este pasaje nótese] que, como se lee en el *tercer libro de los Reyes*, cap. X, tuvo Salomón doce mil caballos hermosíssimos, ligeros, y catorce mil coches ó carros, los cuales caballos Faraón, rey de Egipto, le vendía sexcentis siclis argenti (*II Paralipom*, I, et *III Reg.*, cap. IV) Præterea, et *Exod.*, XIV et XV, currum, et æquitum Pharaonis mentio fit. Egiptii enim æquitatu et curribus plurimum valebant ([3]).

Notandum præterea, quod vocabulum *Æquitatus* vocabulum est bellicum, et bellicum aliquid sonat; id est, equitum turmam, quæ

([1]) LECCIÓN SÉPTIMA.—Prosigue el Esposo respondiendo á la petición de la Esposa, y dice: «A mis *hermosos y arrogantes* caballos, uncidos á las carrozas *que me ha dado* Faraón, te tengo yo comparada, amiga mía».

([2]) Hasta aquí había alabado el Esposo á su tan amada Esposa por su belleza y hermosura; ahora lo hace por su fortaleza, y para demostrar hasta qué punto llega su amor, compárala á su caballería. Es la semejanza causa de amor, según el testimonio de los filósofos antiguos, entre los cuales Aristóteles afirma que éste corre parejas con aquélla. Por eso el alma perfecta busca sin tregua ni descanso el Sumo Bien, procurando asemejársele, y á ese paso desprecia y tiene en poco los bienes creados, no porque no vea en ellos hermosura, sino por hallarse ésta sujeta á continua mutación. Por tal motivo, levantándose sobre todo lo creado el alma perfecta, y creyéndose capaz de llegar á poseer lo que ansía y ambiciona, júzgase dichosa en alcanzar el Sumo Bien, en quien sabe que se hallan todos los otros bienes y hermosuras creadas.

([1]) Siendo la semejanza causa del amor, á mayor ó á perfectísima semejanza ha de corresponder un perfectísimo amor, el máximo de los amores, cual es el de uno á sí mismo. Por lo que se dice que el amigo es otro *yo*, alter ego; como de Alejandro se lee en Quinto Curcio, cuando dijo á su madre: «No te has equivocado, no, madre mía, pues este es Alejandro».

([2]) Por ventura alaba aquí el Esposo las buenas cualidades de la Esposa, cuales son el ser morigerada en sus costumbres, de ánimo dócil y blando, obediente á su voluntad y al dictamen de la razón, como el caballo obedece al cochero que le guía.

([3]) En los capítulos XIV y XV del *Éxodo* se habla de los caballos y de los carros de guerra de los egipcios, en los que eran muy poderosos.—(Tanto en el capítulo X del tercer libro de los *Reyes*, como en el I del segundo de los *Paralipómenos*, versículos 26 y 14, respectivamente, se dice que «los carros de guerra de Salomón eran *mille quadringenti*, mil cuatrocientos»; y los caballos ó soldados de caballería, *duodecim millia*, doce mil. Sin embargo, en el mismo libro tercero de los *Reyes*, capítulo IV, 26,

fortissima et validissima est pars exercitus ([1]). Algunos trasladan del hebreo: «Æquæ meæ, vel æquo meo»; porque la voz es ambigua: pero de cualquiera manera la comparación, á mi parecer, es amatoria y semejante á aquella de Jeremías en el capítulo sexto, que compara á Jerusalén á una doncella muy hermosa. Sensus, ergo, dragmaticus talis videtur. Quemadmodum æquitatus meus, vel etiam equi simul et currus Ægiptii, quibus utor ad custodiam corporis mei et Regni, facile ac longe antecellunt æquitatum cæterorum Regum et Principum, præsertim vicinorum, ita tu, amica mea, pulcherrima multis partibus, antecellis cæteras puellas, gratia et venustate, et pulchritudine, cæterisque virtutibus tuis, quia «sicut lilium inter spinas, sic *tu* inter filias *(Cant.* II, 2) ([2]). Y no importa nada trasladar aquí más caballo ó yegua que caballos ó caballería, porque los hebreos frecuentemente usan del número singular por el plural (Vide Originem, in utroque opere). Vel dicendum sic: Tu amor y hermosura, amiga mía, es, para conquistar mi ánimo y rendirle, semejante á mi caballería en los carros de Faraón. Quasi dicat: Non minus potens est pulchritudo tua ad vincendum animum meum, quam est æquitatus meus vinctus curribus Pharaonis, ad vincendos et profligandos hostes populi Dei ([1]); quasi dicat: no hay resistencia á tu amor y hermosura, y en este sentido dice en el capítulo VI, 3: «Terribilis *es*, ut castrorum acies ordinata»; quia dicitur: Pareces á mis ojos como un ejército ó escuadrón de soldados bien ordenados; esto es, hermosíssima y poderosíssima para combatir y conquistar mi corazón. Por esto se sigue: «Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt». «Vel secundum Hebreos: ipsi me inflamaverunt, vel superaverunt, vel fortiores animo meo fuerunt». Vel ut exponit Rabbi Kimhi: «Concupiscentiam meam superaverunt». Nam in oculis sedes est amoris» ([2]). Poderosíssima es la fuerza del amor divino en que arde el Esposo acerca de su Esposa, y mucho más que el amor vulgar. Y dél dijo el otro poeta:

Omnia vincit amor, et nos cedamus amori ([3]).

En el capítulo VIII de estos *Cantares* (v. 6), queriendo declarar esta grande fuerza y tiranía del amor, dijo el Sabio: «Fortis est, ut mors, dilectio». Super quæ August. (in *Ps. 121*, 7, in illa verba: *Fiat pax in virtute tua)*: Magnificentius exprimi non potuit fortitudo charitatis, quam ut diceret: valida est ut mors dilectio. Quis enim resistit morti? Resistitur enim regibus, ignibus, ferro, undis, potestatibus, etc. Venit una mors, quis ei resistit? Nihil est illa fortius: propterea suis viribus charitas comparatur, et dicitur fortis est, ut mors, dilectio», etc. ([4]). Platón (en el *Convite*

---

se lee: «Et habebat Salomon quadraginta millia præsepia equorum currilium et duodecim millia equestrium»: «Tenía Salomón en sus caballerizas cuarenta mil caballos para carros *de guerra* y doce mil de montar». En cuanto al precio, se dice en el mismo libro segundo de los *Paralipómenos*, capítulo II, 17: «Quadrigam æquorum (emebat) sexcentis argenteis, et equum centum quinquaginta»: «Un tiro de cuatro caballos le costaba seiscientos síclos de plata, y un caballo, ciento cincuenta».

([1]) Nótese, además, que la palabra *æquitatus*, caballería, es vocablo bélico y á guerra suena, pues significa el conjunto de jinetes ó soldados de á caballo que forma lo más valiente y esforzado del ejército.

([2]) Parece que el sentido de estas palabras es como si dijera Salomón: Asi como mi caballería, ó los caballos y carros de Egipto, que me defienden á mí y á mi reino aventajan en mucho á los de los demás reyes circunvecinos, de la misma manera tú, amiga mía, superas á todas tus compañeras en gracia, en hermosura, en belleza y en todas las otras cualidades, pues «como azucena entre espinas, así *eres tú* entre las vírgenes».

([1]) Valen lo mismo estas palabras que decir: No es menos poderosa tu hermosura para ganar mi amor que lo son mis carrozas de guerra para avasallar y rendir á todos los enemigos del pueblo de Dios.

([2]) Aparta tus ojos de mí, porque me enajenan, me sacan de mí; ó, según el hebreo: me encendieron en amor, ó vencieron mi fortaleza; ó, según otro: sobrepujaron mis deseos; en la mirada reside el amor.

([3]) «Todo lo vence el amor; seamos nos sus esclavos.»

([4]) «El amor es fuerte como la muerte.» A propósito de cuyas palabras dice San Agustín, en sus *Comentarios* al salmo 121, sobre aquel verso: *Reine tu paz dentro de tus muros:* «De ningún modo mejor pudo expresarse la fuerza del amor que comparándole á la muerte. Porque, ¿quién hay que pueda resistir á la muerte? Puédese resistir á los reyes, al fuego, al hierro, á las olas del mar, á todo; una sola cosa hay que nadie resiste: la muerte; á todos vence ésta, con ser única. Igual á ella es el amor.»

de amor), disputando del amor principalmente divino, dice: «que es más fuerte que Marte», que es el dios de las batallas. Lege Lactancium (lib. I. *Institutionum divinarum*, cap. XI, que de la autoridad de un poeta, que compuso un tratado que llamó *Triunfos de Cupido*, prueba que el amor lleva delante de sí atados al carro á todos los dioses, hechos prisioneros, etc. (Lege Bernardum, sermone 63, in illud: *Capite nobis vulpes parvulas*; et Gregor. Nazianz., *Oratio in Maxi.*, pág. 228, á donde llama al amor: Violentum ducem et tyrannum) capitán violento y tirano].

Notandum tertio [Nótese en tercer lugar] que se puede trasladar del hebreo: *Æquis currilibus* «á mis caballos ligeros», que sirven para correr y no para coches. Estos son muy alegres y muy obedientes al freno; como si dijera: eres obediente, etc.

Si decimos *equæ* [á mi yegua], como traslada Sanctes Pagn. y muchos hebreos, y Gregorio Niseno, Ambrosio (lib. de *Isaac et anima*, capítulo IV, et in *Psl. 118*, serm. 2), talis erit sensus secundum Hebræum quendam: O socia mea, ego assimilavi te præstanti equæ, quæ ducitur in curribus Pharaonis. Es comparación poética, de que usó Teócrito (Edylio 18 in *Epithalamio Helenæ*) et Horat. (lib. III. *Carm.*, Ode. 2). Lege Theodoretum. «Cum, inquit Sponsam stimulo amoris percitam, et ad se currere festinantem Sponsus cerneret, acri pede equæ similem esse dixit: porque es muy natural en este animal que inflamada de amor, quasi furere videatur; quod docet Aristot. (lib. VI de *Natura animalium*, capítulo XXV), et Plinius (lib. VIII *Naturalis Historiæ*, cap. XLII), et Virgilius (3 *Georgicarum)*; scilicet:

Ante omnes furor est insignis equarum.

Et Horat (lib. II *Carminum*, Ode 25):

Quæ solent matres furiare equorum, etc.

Ambros (in *Exam.*, lib. V, cap. VII, et in *Psl. 118*, serm. 2) allí declara de otra manera este lugar ([1]).

Textus: ÆQUITATUI MEO IN CURRIBUS PHARAONIS ASSIMILAVI TE, AMICA MEA. Genebrardus: «Similem te facio equitatui meo, qui constat curribus Pharaonis, id est: pulcherrimis et præstantissimis. Significat, et ornatum, et præstantiam Ecclesiæ, insuper et celeritatem, et diligentiam, in vehenda nominis Dei gloria, et prædicatione». Quidam sic: Equitatui meo; id est, Cherubis, quibus quadriga mea utitur (*Ezequiel*, I). Alii sic: «Ad equitatum meum, quo usus sum in Pharaonis curribus habui te pro amica». (*Exod.*, XIV et XV) ([1]).

Osorius, Lusitanus, asserit [afirma] que muchos hebreos dicen que aquella palabra MEO está sobrada, especialmente guardando estilo pastoril, como aquí lo guarda Salomón. Et ita videtur dicendum, et clarius: Equitatui, vel equæ in curribus Pharaonis assimilavi te, amica mea. Y nota que no la compara á la yegua ó caballos sueltos y cerriles, sino á los que andaban al yugo y carros de Faraón, ut Ecclesiæ, vel animæ obedientiam, luculenter explicaret ([2]).

Legionensis (in suis *Commentariis)* notat Sponsum hac dicendi formula vel similitudine equæ voluisse significare, aliquid ferinum, et animale inesse Sponsæ, non quiden indomitum, sed jugo rationis subditum. Ideo non absolute dixit: *Equæ meæ*, vel *æquitatui*, sed cum addito, in *curribus Pharaonis* ([3]).

([1]) Insistiendo en explicar este texto en su sentido literal, hace ver el P. Angeles en las palabras precedentes, valiéndose de los testimonios de varios poetas y filósofos antiguos, el fundamento de la comparación que aquí establece Salomón para ponderar la vehemencia del amor; es repetición de lo dicho al principio del artículo.— Por esta razón y por cuanto para la inteligencia del texto que va exponiendo, según la interpretación que en este lugar le da, no es preciso detenerse más en decir de nuevo lo que se ha explicado, dejamos tal como está en el impreso que reproducidos este pasaje.

([1]) Genebrardo comenta en esta forma el texto sagrado: «Te comparo á mi caballería, esto es: á la parte más esforzada y valiosa de mi ejército.» Significan estas palabras la hermosura y grandeza de la Iglesia juntamente con la diligencia y presteza con que predicó la doctrina evangélica y promovió en el mundo la gloria de Dios. Otros entienden designados por estas palabras á los querubines de que habla Ezequiel, y en otros sentidos diversos.

([2]) Hace esta comparación queriendo dar á entender la obediencia y sumisión de la Iglesia y de las almas santas á la divina voluntad.

([3]) Fr. Luis de León asegura que también quiso el Esposo significar en este símil la condición terrena é imperfecta que de suyo tenía la Esposa, si bien estaba sujeta á la razón, como los caballos que se usan para los carruajes obedecen á la mano del que los guía.

* ARTÍCULO II

Examina la palabra equitatus, *y del sentido material pasa al místico y espiritual. Quiénes están por ella significados.*

His præhabitis, ad sensus mysticos accedamus; et primo notandum, ex Tacit. (lib. XIX et XXXIII) et Plinio (lib. XXXIII) [Esto supuesto, pasemos á exponer el significado místico de este pasaje, notando en primer lugar], que este nombre EQUITATUS significa unas veces junta ó escuadrón de caballos; otras, la misma obra de andar á caballo; otras, cierto modo de caballería, como si dijéssemos coche, carroza, litera, caballo ó yegua.

En la primera significación interpretan casi todos este lugar, conviene á saber: por el escuadrón ó ejército de á caballo, que unos dicen ser los ángeles; otros, el pueblo hebreo cuando passó el mar Bermejo. Yo diría que se puede interpretar aquí en el tercero significado; conviene á saber: por cierto modo de caballería particular, del gusto de Dios, el cual siempre quiere andar á caballo, como dice Gersón, ya en las nubes, ya en las alas de los vientos, ya en los querubines, ya en carroza llevada por millares de millares de ángeles, ya en el alma del justo, ya en su cuerpo; sicut scriptum est *(Ps. 67) (sic) (a):* «Glorificate et portate Deum in corpore vestro» (¹).

Gregorius, in hunc locum: «Per equum intelligit Salomon corpus cujusque animæ sanctæ, quod ab illicitis fræno continentiæ restringitur, et charitatis calcaribus agitatur» (²). San Jerónimo, interpretando aquel lugar del profeta Habacuc (cap. III, 8): *Qui ascendis super equos tuos: et quadrigæ tuæ salvatio*, dice: «Quæro equos super quos ascendit Dominus, et puto non esse alios, nisi sanctorum animas, super quas sermo divinus ascendit, ut et ipsas et alias per eas salvet» (¹). Y Orígenes y el mismo San Jerónimo, San Gregorio, Beda, San Bernardo, Hugo Cardenal, Santo Tomás, Haymón, Jacobo de Valencia y otros muchos tienen que este escuadrón de Dios, á que el Esposo compara á su Iglesia, era el pueblo hebreo al tiempo que passó las aguas del mar Bermejo, quedando allí anegado Faraón y sus carros, como adelante veremos. Y dicen que las ánimas de los justos son la caballería del Señor, que á la manera de caballos reciben en sí á Cristo, toman su freno, y á do quiera que los guía con las riendas de sus preceptos, caminan. Ita Paulus *(Rom.*, VIII, 14): «*Qui* Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei» (²). Y si las ánimas santas son caballos de Dios, bien se sigue que las que están en pecado mortal son caballos de Satanás, por cuyo espíritu y sugestión son regidas y llevadas adonde él quiere, como Saúl era llevado á diferentes partes para perseguir y matar al innocente David; y Faraón, contra el pueblo de Dios, que caminaba por su orden á la tierra de promissión.

Las ánimas santas corren por los mandamientos de Dios, y los malos por el contrario.

Dije que siempre anda Dios á caballo, porque, si no es hecho hombre, nunca leemos que haya andado á pie. Y aun en este traje y figura—digo hecho hombre—, le vió San Juan salir á caballo. Uno de los cuatro animales, dice él, que estaban delante del trono del cordero me llamó y me dijo *(Apoc.*, VI, 1-2): «Veni, et vide... Et ecce equus albus, et qui sedebat super *eum* habebat arcum, et data est ei corona, et exivit vincens, ut vinceret» (³). Por el caballo blanco interpretan Rupertus Abbas, Origen. (in *Cant.*), Hieron. *(super Isai.*, LXVI, et *Habac.*, III, et *super Zachariam*, I), et Ambros. (lib. de *Benedi. Patriar.*, cap. VII), la humanidad sacratissima de Jesucristo Nuestro Señor, alba

(a) Léase *I Cor.*, VI, 20.

(¹) «Glorificad á Dios, y llevadle siempre en vuestros cuerpos.»

(²) «Salomón, según dice San Gregorio Magno, quiso dar á entender por el caballo el cuerpo en donde vive cualquiera alma justa, sujeto á ésta y obediente en sus apetitos y deseos por la mortificación, y aguijado, como con espuelas, por la caridad para correr por el camino del bien.»

(¹) Sobre estas palabras de Habacuc: *Tú que montas sobre tus caballos, y llevas en tu carroza la salvación*, dice San Jerónimo: «Pregunto yo cuáles son estos caballos sobre los cuales cabalga el Señor, y creo que no son otros que las almas de los santos, en las cuales se asienta la palabra de Dios para salvarlas á ellas juntamente con otras muchas.»

( ) «Los que se rigen por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios.»

( ) «Ven y verás..., y he ahí un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco, y diósele una corona, y salió victorioso para *continuar* las victorias.»

como la nieve, por su pureza y innocencia; caballo obedientíssimo, y de que jamás se apeó el divino Verbo, como lo testifica el mismo San Juan diciendo *(Apoc.*, XIX, 11, 13): «Et vidi cœlum apertum, et ecce equus albus, et qui sedebat super eum vocabatur fidelis, et verax...: et *vocabatur* Verbum Dei» (¹). Las insignias que llevaba este caballero que iba sobre este caballo blanco eran un arco y una corona. En el arco anunciaba guerra; en la corona, el premio de la victoria, que, á la verdad, no hay corona sin batalla, ni se puede pelear sin esperanza de corona. En la una mano traía el arco, y en la otra la corona; porque no quiere Dios que demos passo en la virtud sin que veamos al ojo el premio. «Et *(ib. supra)* exivit vincens, ut vinceret». *Salió venciendo para vencer.* No dice, salió para vencer; sino salió venciendo para vencer. Porque muchas veces acontece comenzar por vos la victoria y acabarse por vuestro enemigo. Y no está el triunfo en que ganéis las primeras lanzas, si al fin quedáis vencido.

Cristo venció sus tentaciones para que venzamos las nuestras, porque sin Él no podemos vencerlas.

Cristo salió venciendo para vencer: venciendo sus tentaciones, para que venzamos las nuestras; venciendo al demonio en su persona, para vencerle en sus escogidos. Salió venciendo, no cayendo; salió ganando, no perdiendo: una victoria tras otra; primero la suya, y luego la nuestra: venció para que venciéssemos; y cuando vencemos, Él vence, como lo canta la Iglesia. «Tu vincis in Martyribus», etcétera (²). Y en su Evangelio dijo á sus discípulos: «Confiad, que yo vencí el mundo *(Joan*, VI, 33). Este mismo caballo del divino Verbo, unas veces se llama ligero *(Génes.*, XLIX, 11?); otras, bermejo *(Zach.*, I, 8); otras, blanco, como ya hemos visto *(Apoc.*, VI, 2). Ligero, por la priessa con que obró nuestra redención, que, como dice el Profeta *(Ps. 18*, 6), passó su carrera como gigante que se esfuerza á correr la suya; blanco, porque nunca pecó; bermejo ó rufo, porque con su sangre lavó nuestras culpas. Y aunque es assi que Dios tiene muchas maneras de caballería, como las tenía Faraón, dos son de las que más hace caso y de que usa de ordinario, conviene á saber: ángeles y almas santas. Probemos lo primero, que lo segundo ya queda probado.

San Dionisio (libro de *Cœlesti Hierarch.*, capítulo XV) et Hieron. *(super Isaiam*, cap. LXVI), alegando aquel lugar de Habacuc, III, 15: *Viam fecisti in mari equis tuis, in luto aquarum multarum* (¹), dicen que los caballos que abrieron camino en el mar Bermejo, para que el pueblo passasse á pie enjuto, sin enlodarse, habiendo tanto lodo, fueron los santos angeles. Este mismo Profeta dice (ib. 8): «Qui ascendis super equos tuos, et quadrigæ tuæ salvatio» (²). Y aunque de San Jerónimo alegamos y dijimos que estos caballos eran las ánimas santas, comúnmente dicen todos los doctores que son los ángeles, de cuyo ministerio se sirve Dios para salvar los hombres. Y en el *salmo 67* (v. 18) se escribe: «Currus Dei decem millibus, multiplex millia lætantium: Dominus in eis, in Sina in sancto». Pone numero finito por infinito. Tiene Dios millares de millares de ángeles que llevan y tiran su carroza; como los tuvo en el monte de Sina, cuando daba la ley. Sicut scriptum est *(Hebr.*, XII, 22-3): «Accesistis ad Sion montem..., et multorum millium Angelorum frequentiam, *vel præsentiam*, et Ecclesiam primitivorum» (³). Y dice *Lætantium*, porque en los ángeles nunca puede haber lugar para tristeza; siempre están alegres, porque

(¹) «En esto vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que estaba montado sobre él se llamaba Fiel y Veraz..., y él *es* y se llama el VERBO DE DIOS.

(²) «*Tu vences en los mártires*», etc. Es la tercera estrofa del himno de Laudes, en el común de muchos mártires. Actualmente decimos «*Tu vincis* INTER MARTYRES...»; y para que no se crea que el P. Angeles se equivoca, debo advertir que desde el tiempo en que el autor escribía hasta el presente han sufrido los himnos muchas modificaciones. Véase cómo se rezaba á últimos del siglo XVI la estrofa citada:

«Tu vincis in martyribus
Parcendo confessoribus.
Tu vince nostras crimina
Donando indulgentiam»,

según la *Aurea expositio himnorum cum texto ab* ANTONII NEBRISENSIS castigatione fideliter transcripta... Cæsaraugustæ, 1584, f. 121.

(¹) «Abriste camino en el mar á tu caballería por en medio del cieno de profundas aguas.»

(²) Véase pág. 219, nota 1.ª de la 2.ª columna.

(³) Como dice San Pablo: «Os habéis acercado al monte de Sión..., al coro de muchos millares de ángeles, á la Iglesia de los primogénitos.»

falta en ellos la materia del pesar, que es el pecado, en cuya compañía es impossible hallarse alegría verdadera. «Multiplex millia lætantium, Dominus in eis»; Dios en ellos. Essa es su carroza; en hombros de ángeles anda siempre.

Pero ¿qué mucho que quiera Dios andar en estos caballos, si tiene ordenado que en sus palmas traigan á los justos, y que los guarden en todos sus caminos, y los defiendan de los enemigos demonios? Grande honra es esta, cristiano, que andes tú en la carroza que anda Dios, y que los grandes de su casa y corte sean tus ayos, y te sirvan desde que naces hasta que expiras. Sale de sí San Bernardo *(in Ps. 8)* con esta consideración: «Quid est homo, dice, quod memor es ejus, aut filius hominis, quia reputas eum?» [1]. ¿Que sería ver un labrador rústico assentado á una mesa y que los duques, los marqueses y los infantes le sirviessen? Pues, hijo de la tierra, ¿quién piensas que te sirve? ¿Quién te guarda? ¿Quién te defiende? ¿Quién te acompaña? Los infantes, y los duques, y los grandes del cielo. Yo pienso que, aunque cada uno de nosotros tiene un ángel que le acompaña en sus caminos, y le defiende en los peligros, y lleva sus oraciones á Dios, y trae sus despachos, que muchas veces andan ocupados en nuestro servicio muchos ángeles. Fúndome en lo que dice San Pablo *(Hebr.*, I, 14): «Omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos, qui hæreditatem *capiunt* salutis». Todos son ministros de la salud de los hombres, los ángeles y los arcángeles, y los demás espíritus celestiales de todas las jerarquías. Y favorece mi pensamiento lo que dice Orígenes *(hom. 7)*, conviene á saber: que los Serafines nos inflaman en el amor de Dios; los Querubines nos dan doctrina; los Tronos nos establecen y confirman en el bien; las Dominaciones nos ayudan y esfuerzan para tener á raya los vicios; las Virtudes nos incitan á obrar bien; las Potestades enfrenan el poder de los demonios para que no nos ofendan; los Principados nos gobiernan y dan orden á nuestras vidas; los Arcángeles nos informan de los divinos preceptos y descubren los secretos, y los Angeles nos acompañan y guardan de contino. De manera que podemos decir que, como no hay estrella ni planeta en los cielos que no esté siempre influyendo en este mundo mayor, assí no hay espíritu bueno que no se ocupe en servicio de los hombres. Assí lo colegimos del Profeta, que dice *(Ps. 103*, 4): «Qui facis Angelos tuos, spiritus: et ministros tuos ignem urentem». Hacéis á vuestros espíritus que sirvan de correos para comunicaros con los hombres, y al fuego ardiente, que son los Serafines, ejecutores de vuestra voluntad.

Muchas veces nos sirven muchos ángeles.

Famoso lugar es aquel del *libro cuarto de los Reyes*, á donde se cuenta que, temiendo el criado de Elíseo, cuando vió los soldados y gente de guerra del rey de Siria, que los tenían cercados en Dotain *(a)*, el santo Profeta le dijo que no temiesse, que más eran los que estaban de su parte y en su defensa que contra ellos. Y para que se assegurasse el mozo —bisoño en la casa de Dios—, púsose Elíseo en oración y dijo *(IV Reg.*, VI, 17): «*Deus*, aperi oculos *pueri* hujus, ut videat. Et aperuit Dominus oculos pueri, et vidit: et ecce mons plenus equorum, et currum igneorum, in circuitu Elisei» [1]. Vió el monte lleno de caballos y coches de fuego; esto es, de ejércitos de ángeles, querubines y serafines, que en su defensa tenía Dios aparejados. «An putas—dice Cristo á San Pedro, que le quería defender por la espada—, quia non possum rogare *modo* Patrem meum, et *dabit* mihi plusquam duodecim legiones Angelorum? *(Math.*, XXVI, 53). ¿Parécete que si yo me quisiesse defender de mis enemigos por armas, que faltarían ángeles que me defendiessen? Más de doce legiones me enviaría mi Padre, si yo se los pidiesse. No digo yo un ángel, mas toda la caballería del cielo vendrá en defensa de un alma si fuere menester. Por esso la llamó Salomón «terrible como escuadrón de soldados concertados y á guisa de pelear» *(Cant.*, VI, 3).

(a) Dotain ó Dotan. (Véase *Genes.*, XXXVII, 17.)

[1] «¿Quién es el hombre, pregunta, para que te acuerdes de él, ó el hijo del hombre, que así le atiendes?»

[1] «Señor, ábrele los ojos á éste para que vea. Y abrió el Señor los ojos del criado (Giezi, criado de Elíseo), y miró, y vió el monte lleno de caballos y de carros de fuego, que rodeaban á Elíseo.»

Digo que un alma nunca anda sola, siempre trae soldados de guarnición que la defienden y acompañan. Bien dijo San Bernardo, que no sabía cómo pecaban los hombres, teniendo tantos ayos tan celosos y cuidadosos de su bien. Este cuidado de los ángeles significó Dios en el *Exodo* (cap. XXIII, 20-1) por estas palabras: «Ecce ego *mitto* angelum meum, qui præcedat te, et custodiat in via, et introducat in locum, quem *præparavero tibi.* Observa eum, et audi vocem *illius*, nec contemnendum putes, quia non dimittet *te*, cum peccaveris, et est nomen meum in illo». Trata del ángel que iba acompañando por el desierto á los hijos de Israel. «Mira, dice Dios á su pueblo, que envío un ángel que te guíe, y que vaya delante allanándote el camino, y assegurando los passos peligrosos. El te entrara en la tierra que te tengo prometida: reverenciale, y oye su voz: no le desprecies ni le tengas en poco, que si pecares, no te dejara; antes te sacará luego la prenda, porque va con autoridad mía, y en mi nombre». ¿De qué pensáis que sirve el ángel custodio? De enseñaros el camino del cielo, de daros avisos y consejos en cuantas cosas ponéis mano; de que si vais á pecar os vaya ladrando al oído: «No peques, no entres en esa cassa, mira que ahí te tiene el enemigo armado lazo; apártate de essa conversación, deja esse trato peligroso; mira que hay infierno, acuérdate que te has de morir». Y si pecas sin hacer caso dél, ni de sus amonestaciones, no te dejará hasta que llores tu pecado y te conviertas á Dios. Gran dignidad es la de un alma, no hay duda, pues, como dice San Jerónimo, un ángel tiene desde que nace en el mundo, que la guarda; poco digo un ángel: escuadrones formados de ángeles, que la acompañan, sirven y defienden. Y lo que más es, que anda en la carroza que el mismo Dios anda, digo, en las manos de los ángeles por que no tropiece y se lastime sus pies. Lo que vence todo encarecimiento es que, estando en carne mortal, y morando en casa de barro, la compara y hace semejante á esta su caballería del cielo.

El ángel custodio nos enseña el camino del cielo.

De donde saco dos cosas. La primera, el gran cuidado y providencia que Dios tiene de los justos. La segunda, la buena suerte dellos, pues viviendo aún en carne mortal, vienen á ser la caballería más particular que Dios tiene.

* ARTÍCULO III

Deduce de la alabanza que encierra el texto la perfección que Dios desea en las almas y la protección que les dispensa.

Si tomamos el nombre EQUITATUS en la tercera significación—que para mí es la que aquí se ha de tomar y de donde resulta el sentido más sincero y más literal y en que ningunas dificultades se hallan—, en estas palabras: EQUITATUI MEO IN CURRIBUS PHARAONIS ASSIMILAVI TE, AMICA MEA, quiere decir el Esposo: La mejor caballería que yo tengo, y á donde más descansadamente ando y me passeo, eres tú, amiga mía: ora hable con la Iglesia, ora con el alma santa y religiosa.

Sensus litteralis [sentido literal].

Para que esto mejor conste y se entienda, se ha de notar que todas las cosas de que Dios se sirve procura y quiere que sean perfectíssimas, y por el cabo bien acabadas. Por esso dijo el Sabio *(Eccli.*, XXXIII, 23): «In omnibus operibus tuis præcellens esto». Procura ser aventajado y excelente en las obras que hicieres en el servicio de Dios, el cual no se paga de hombres que obran como por demás, salga como saliere. Los ángeles en un instante se pusieron *in termino et statu viæ* [en el término y estado de vía] y merecieron con un acto perfecto solo, la gloria que ahora tienen y de que gozarán para siempre. *Potentes virtute* [poderosos en virtud] los llama el profeta *(Ps. 102*, 20). En cualquiera obra que se les encomienda ponen su caudal todo, y por esso las sacan tan bien acabadas. De las que obra el saber y poder de Dios dijo Moysén *(Deut.*, XXXII, 4) que eran perfectas. Y en otra parte *(Genes.*, I, 31), que eran sobremanera buenas. Y Santo Tomás *(Opusc. de bonis, vel divinis moribus)* dice que en lo que principalmente habemos de imitar á Dios es en que todo lo que hace lo hace bien en superlativo grado. «Non est minuere, neque addere»: «No se puede añadir ni quitar una hebilleta». San Agustín (serm. 12, *De verbis Domini)* se enoja mucho, y con razón, con los que se contentan con una medianía en el servicio de Dios y no procuran ser perfectos. «Omnia tua, dice él, vis bona esse valde; quare, ergo, tu non eris valde bonus?» Quieres la casa muy buena, el

Quiere Dios en su servicio hombres diligentes y cuidadosos, y no negligentes y perezosos.

vestido muy bueno, la comida boníssima, y que todas las cosas de que te has de servir sean boníssimas y perfectíssimas, ¿y tú sólo quieres ser imperfecto y malo? Todo lo que crió Dios para ti, lo crió perfecto en sumo grado; sacólo á luz, examinólo, y aprobólo para entregártelo; y porque á ti te quiere para sí, ¿no quieres ser perfecto? De mejor condición te consideras á ti que á Dios; pues tú no te contentas sino con lo boníssimo, y quieres que se contente Dios con lo no tan bueno. Hasta aquí San Agustín. Tales nos quiere su Majestad, que pueda andar en nosotros, como en los ángeles del cielo: limpios, puros, prestos en el obrar bien, obedientes, sujetos y rendidos á su voluntad y querer.

El hombre quiere todas las cosas bonísimas y quiere que Dios se contente con que él no sea tal.

Con este fin pienso que está puesta aquella palabra IN CURRIBUS PHARAHONIS: á mi caballería en los carros de Faraón, esto es: escogida entre todas las diferencias que se hallan de andar á caballo, porque en este particular fué señalado mucho Faraón. Tuvo literas, tuvo carros, carrozas, coches, caballos famosos y yeguas. Y decir el Esposo que hizo á la Esposa semejante á su caballería en los carros de Faraón, parece que significa excelencia y particularidad, como si dijera: Para mi caballería te escogí, no entre cualesquiera caballerías, sino en los carros de Faraón. Este lugar declaro yo con aquel del *Ecclesiástico*, XXIV, 17-9, que, hablando de las perfecciones de la Virgen Santíssima (que en esse sentido las recibe y canta la Iglesia), dice: «Quasi cedrus exaltata sum in Libano, et quasi cipresus in monte Syon: quasi palma exaltata sum in Cades, et quasi plantatio rosæ in Hiericho; quasi oliva speciosa in campis, et quasi platanus exaltata sum juxta aquas, in plateis»: «Alta soy y levantada como el cedro; no cualquiera, sino del monte Líbano, á donde son altíssimos. Como el ciprés ahusado, seguido y bien compuesto, no de los ordinarios y que se hallan en todas partes, sino de los del monte Sión. Soy como la palma de la tierra de Cades; como la rosa plantada en Hiericó, por el cabo hermosa; como la oliva bella, y de lindo parecer en los campos, y como el plátano plantado en las plazas, con el agua por el pie», etc. Todos estos lugares añadidos á las plantas del cedro, de la palma, del plátano, de la rosa, de la oliva y del ciprés, significan excelencia y perfección en ellas; y esso mismo significa—tratando Dios de su Iglesia ó del ánima santa, en cuanto es caballería suya—, decir: EN LOS CARROS DE FARAÓN.

Y más assienta este sentido, si damos crédito á los hebreos, que constantemente afirman que es idiotismo de aquella lengua ASSIMILAVI TE, y que vale tanto como escogíte, ó entresaquéte para mí, y juntéte á mí con estrecha amistad. Alegan aquello del *Génesis*, III, 18: «Faciamus ei adjutorium simile sibi», id est: démosle mujer benévola, cariciosa, amiga, y para su regalo. Yo tengo por cierto que ninguna caballería hay para Dios como el alma santa. Nubes tiene, como ya dijimos, en que anda, y los vientos le traen en sus alas *(Ps. 103*, 3); sobre querubines y tronos se assienta *(Ps. 79*, 2; *Daniel*, III, 55), y en carros de doce mil pías es llevado; pero la escogida es un alma pura y humilde. Sobre ella confiessa por Isaías (*Isai.*, LXVI, 2), que reposa y descansa su espíritu; y la Sagrada Escritura la llama assiento de la sabiduría.

Pero ¡qué cuidado habíamos de traer de assentar el paso, para no molestar ni bazucar al Esposo cuando anda en nosotros! Ha de ser muy bien tratado el amor; si le arrojáis, ó le traéis arrastrado, ó por su pie, no perseverará en vos; ha de andar en las palmas. Es ternissimo el amor, y muy delicado, y quiere siempre andar á caballo, no en caballo brioso y coceador, sino manso, doméstico y obedientíssimo al freno y á la espuela. Por esso creo que se ha de continuar esta metáfora con lo que se sigue en el texto (ib., I, 9): PULCHRÆ SUNT GENNÆ TUÆ SICUT TURTURIS: COLLUM TUUM SICUT MONILIA [1]. ¿Y olvidaríame de referir la traslación de los Setenta, de Sanctes Pagnino y Teodoreto, y la Hebrea, que dice: «Equæ meæ in curribus Pharaonis», como especificando la caballería, «á mi yegua te comparé», ó para andar yo á caballo te escogí? Y no contradice nada á la *Vulgata;* porque, como advertí al principio, no significa EQUITATUS esta ó aquella caballería, sino alguna especial; y essa especifican las dichas traslaciones, llamándola yegua. Digo, pues, que lo que se sigue le conviene á la Esposa, en cuanto yegua

---

[1] «Lindas son tus mejillas, así como de tortolilla; tu cuello, como *si estuviera adornado* de collares de perlas.»

de Dios; porque entre las particularidades que se miran en un caballo, ó yegua, assí estimada y escogida entre tantas, una es que tenga buena boca, que es lo mismo que mejillas; que tome bien el freno, y le obedezca; y que el cuello sea bien hecho, bien sacado y con gallardia; y de lo uno y de lo otro es alabada la Esposa, como más largamente veremos á su tiempo.

Toda la dificultad deste lugar está en acertar con la significación del nombre caballería; que, como en el principio deste notable dije, unas veces significa ayuntamiento de caballos, otras, cierto modo de andar á caballo especial á Dios, y aunque, á mi parecer, se ha de tomar en este significado, por hacer el sentido más llano, y porque traba mejor la letra que precede con lo que sigue, todavía me sujeto de buena gana al parecer de tantos doctores que siguen esse otro camino; y pienso que en estas palabras quita el celestial Esposo el temor á su Esposa la Iglesia, la cual, consideradas las tribulaciones y persecuciones de los demonios y de sus ministros los herejes, y aun de los malos cristianos, que, como dice San Bernardo, no son los que la afligen menos, pudo acobardarse y tener miedo. Esse digo que le quita diciéndole que la tiene hecha semejante á su caballería en los carros de Faraón; *quasi dicat* [como si dijera], assí como el pueblo israelítico con mi ayuda y favor escapó de tan poderoso ejército como el de Faraón, sin padecer algún detrimento, antes quedando él y los suyos anegados en el mar Bermejo, assí tú, y con mayores ventajas, vencerás á todos tus enemigos visibles y invisibles, y las puertas del mismo infierno, como lo tengo prometido, *(Math.*, XVI, 18), no prevalecerán contra ti.

Yo creo que como por los carros de Faraón, en el sentido místico, son entendidos todos los enemigos de Cristo y su iglesia: demonios, carne, mundo, judíos, tiranos, herejes, assí por la caballeria del Esposo se entiende todo el favor y presidio del cielo, y la fortaleza de la Iglesia, armada de las divinas Escrituras, de Sacramentos, de oraciones y de los Santos Concilios, y, lo que echa el sello, de los ejércitos y escuadrones de los santos ángeles; que todos la guardan y andan en su servicio, lo cual advirtió, y muy bien, San Bernardo, en aquella visión del patriarca Jacob *(Génesis*, XXVIII, 11-2), que durmiendo, un canto por cabecera, vió una escala que llegaba al cielo, y ángeles que subían y bajaban. Allí dice él que ningún ángel vió assentado ni ocioso, todos andaban subiendo y bajando, porque no tenemos aquí ciudad permanente, ni posseemos la futura, pero andamos solícitos por ella, y para que la alcancemos y en ella seamos semejantes á los ángeles, con grande diligencia y cuidado suben ellos y bajan. Y en el *salmo 33* (v. 8), á donde nosotros leemos «*Immittit* angelus Domini in circuitu timentium eum» (1), trasladó San Jerónimo del hebreo: «Circundat angelus Domini in giro timentes eum» (2). Otros leen: «Castra metatur angelus Domini in circuitu timentium eum» (3). Hacen cuerpo de guardia los ángeles para amparar á los justos, y para defender la Iglesia santa, como lo vimos ya de Eliseo, rodeado de carros y de caballos de fuego, por que el rey de Siria no pudiesse ofenderle. Y por ventura son estos los setenta fuertes que se dice en estos *Cantares* que guardan el lecho de nuestro Salomón, que es su Iglesia; todos con sus espadas empuñadas, y diestríssimos en pelear. En el *Eclesiástico*, á lo menos, mándaseels á todos estén diputados para su guarda y defensa.

* ARTICULO IV

Considerando lo que representa el caballo, como tipo de fortaleza, aplica el texto á la Iglesia y habla largamente de sus victorias en todas las persecuciones y contra las herejías y sus heresiarcas.

En las divinas y humanas escrituras tiene el caballo varias significaciones y acepciones: significa la humanidad de Cristo, como ya vimos; significa el escuadrón de los ángeles, las ánimas de los justos, los predicadores del Evangelio, la dignidad temporal, la lozanía de la carne, y, finalmente, la gente enemiga, y en particular los demonios; pero entre los egipcios era jeroglífico de constancia, ligereza y fortaleza; y por esto significaban en un caballo al dios Marte, como á general de las batallas,

---

(1) «El ángel del Señor asistirá al rededor de los que le temen.»

(2) «El ángel del Señor rodea y protege á los que le temen (al Señor).»

(3) «Acampa, ó hace cuerpo de guardia, el ángel del Señor en defensa de los que le temen.»

en los idus de Diciembre. Y Aristóteles, en las *Eticas*, alaba mucho en el caballo su ligereza y la idoneidad tan particular que le dió la naturaleza para servir al hombre, trayéndole sobre sí; y de que ni teme acometer al enemigo, ni esperarle. Y Galeno (lib. de *Partibus*) llamó al caballo: «Prævalidum animal» et generosum» [animal brioso y generoso].

Léese que en el tiempo que el emperador Probo conquistó á los Alanos y los sujetó al imperio, se halló entre los despojos un caballo, de quien testificaban los soldados cautivos que corría sin cansarse en un día cien mil passos, y perseveraba sin perder su brío y lozanía en este ejercicio, ocho días. La fortaleza del caballo prueban muchos lugares de la Sagrada Escritura, que dejo por evitar prolijidad; *(Judith.*, IX, 16; *Ps. 146*, 10; *Job*, XXIX, 19-25 *Prov.*, XXI, 31; *Jerem.*, XII, 5; *II Mac.*, X, 29). Y viniendo á lo que hace al caso, creo cierto que lo principal que aquí se le dice á la Esposa de Cristo es que no tema, aunque á su parecer sea flaca y tan rodeada de enemigos; porque su fortaleza es grande, y al fin ha de triunfar de todos ellos, como triunfaron de Faraón y sus carros los hijos de Israel al passo del mar Bermejo. Assí lo sienten San Jerónimo *(Super Isai.*, LXVI); San Agustín (lib. VIII de *Civitate*, c. XXXII); San Gregorio (lib. XXXI *Moral.*, c. XII); Ruperto Abad *(Super Zacha.*, c. VI), Bernardo y otros graves autores. Pero si compara el Esposo aquí á su nueva Esposa al escuadrón de los hijos de Israel, como quieren Orígenes, Beda, San Jerónimo, Santo Tomás, Hugo Cardenal, Haymón y Jacobo de Valencia, ó al escuadrón y ejército de los ángeles, por cuyo ministerio tan grande estrago se hizo en los egipcios, no es fácil de averiguar. Verdad es que, consideradas muchas cosas que es bien considerarse en lugares tan dificultosos como éste, más me inclino yo á esto segundo que á lo primero; porque estando en lo que con el testimonio de tan graves autores dejamos probado de la fortaleza de la Iglesia, no parece correr ni assentar bien la fortaleza de la Iglesia con el pueblo hebreo, que no hizo más que huir y entrarse por el mar Bermejo, abierto por milagro. ¿Quién podrá alabar de valientes y esforzados á los israelitas por esto? Si no es que digamos que en la manera de libertar Dios á su pueblo se compare con la Iglesia: aquéllos, por agua, y éstos, por Baptismo. «Quia omnia in figura contingebant illis... Et omnes in Moyse Baptizati sunt in mari», etc. *(II Corint.*, XI) *(sic) (a)* [1].

A los ángeles sí que podemos llamar fuertes, que apartaron las aguas y las tenían represadas á una y otra parte como muro, y hasta que ellos passaron; y entrando el enemigo con sus carros y ejército tan pujante, las volvieron á juntar y cerrar, y allí los anegaron, sin que quedasse uno solo que volviesse á dar las nuevas al reino, lo cual todo es obra de gran virtud y fortaleza. Y el Profeta santo, como ya dijimos, los llama poderosos en virtud, y por su ligereza se llaman espíritus, «Qui facis angelos tuos spiritus» *(Psl. 103*, 4); y aun por su fortaleza y promptitud en el obrar, como lo advirtió Arias Montano en su *Aparato Bíblico*. Assí es que, con divina filosofía, aquello atribuímos á espíritu que quitamos á la carne, por su imbecilidad, enfermedad, peso y naturaleza corruptible y fatigable: como á este nombre Adán se opone el nombre de Dios, BEL, que significa fuerte; assí á este de carne se opone este de espíritu, sicut scriptum est *(Isai.*, XXXI, 3) *(b)*: «Et ægiptius homo, et non deus, et equi eorum caro, et non spiritus», como si dijera: No es tan fuerte Faraón como se hace, que hombre es y no Dios: ni sus caballos tan ligeros como piensa, que carne son y no espíritu. Assi Cristo, puesto en el huerto, dijo *(Math.*, XXVI, 41): «Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma» [2]. De manera que para significar promptitud, fortaleza, expedición y ligereza en hacer alguna cosa, usamos deste nombre espiritu; y todos los ángeles se llaman dél, porque son ligeríssimos, fortíssimos y promptíssimos en el servicio de Dios

(a) Léase: *I Cor.*, x, 6, 2.

(b) En la *Vulgata* se lee este texto así: «Ægiptus, homo, et non Deus: et equi eorum, caro, et non spiritus».

[1] «Todos estos sucesos (alude aquí el Apóstol á los ocurridos en el desierto) eran figura de lo que atañe á nosotros... Todos bajo la *dirección* de Moisés fueron *en cierto modo* bautizados (en la nube) y en el mar.»—Para acomodarnos á la cita del texto hemos traducido estos versículos por el orden que los trae el P. Angeles. Por lo demás, advertimos que están invertidos, poniéndose antes que las del segundo las palabras del versículo sexto.

[2] «Que si bien el espiritu está pronto; mas la carne es flaca.»

y de los hombres, por lo cual justíssimamente y con grande propiedad compara el Esposo á su Esposa al escuadrón dellos, y ellos se llaman caballería suya de Él, en que anda y acude al bien y defensa della. Agathio Guidacerio, en sus *Comentarios sobre los Cantares*, declarando este lugar, dice, «que como en otro tiempo, por ministerio de sus ángeles, hizo Dios guerra á Faraón y á su ejército, y libró de sus manos al pueblo de Israel, assí por sus apóstoles y predicadores del Evangelio, que son los generales y capitanes de la Iglesia, desterrará á Satanás y á sus ministros y salvará los predestinados, de que se formará su pueblo, que él vino á salvar, como dijo el ángel *(Math.*, II) *(sic) (a)*, y los pondrá en libertad de hijos de Dios». Pero veamos ya en praticular la fortaleza de la Iglesia, y lo que en el caso dicen los santos.

Cuando Dios hubo de formar á Eva, cuenta la divina Escritura que echó sueño en Adán, —que es lo mismo que haberle sacado de sí por excesso mental—; y estando assí arrebatado, y cuanto á lo exterior profundamente dormido, quitóle una de sus costillas y suplió de carne aquel vacío. «Et ædificabit costam in mulierem». Y como, despertando Adán, la viere, con espíritu profético dijo *(Génes.*, II, 21-3): «Os nunc ex ossibus meis, et caro de carne mea» ([1]). Dicen sobre este passo casi todos los sagrados doctores que esta formación de Eva de la costilla de Adán, cuando dormía, fué figura de la formación de la Iglesia, la cual sacó Dios de su costado cuando, durmiendo en la cruz el sueño de la muerte, con lanza cruel le fué abierto y salió de allí sangre y agua. Lo cual parece haber sentido el Apóstol cuando, alabando mucho y engrandeciendo el matrimonio, dijo *(Ephes.*, V, 32): «Sacramentum hoc magnum est...: dico autem in Christo, et Ecclesia». *Grande*, por la significación: significa aquella salida de la Iglesia del lado y corazón de Cristo y el estrecho vinculo de los dos. A lo menos no sé yo si pudo haber invención que assí obligasse á los casados á amarse entrañablemente como haber sacado Dios de la costilla de Adán á Eva su mujer; porque bien mirado, amando Adán á Eva se amaba á sí mismo, porque amaba aquello que salió dél, con mejoría y ventajas. Y como nadie puede quererse mal á sí si no es que haya perdido el uso de la razón, assí no puede querer mal á su mujer. Y como por sí deja y olvida el padre y la madre, assí también los deja por ella; que es lo que dijo el primer casado (lug. cit.): «*Propter hanc* relinquet homo patrem, et matrem, et adhærebit uxori suæ: et erunt duo in carne una». ([1]). No os espantéis que baste una mujer á hacer olvidar padre y madre, porque es carne de la carne del marido y huesso de sus huessos. Y dijo el Apóstol *(Ephes.*, V, 29): «Nemo... carnem suam odio habuit; sed nutrit, et fovet eam» ([2]). Digo que fué artificio del saber de Dios, y digno de su sabiduría, hacer de una carne á los que quería que naturalmente se amassen como se ama cada uno á sí mismo. Lo que aquí hay de mayor consideración es que en esta invención de carne hay misterio y hay espíritu. El misterio es representársenos en ella, como ya dijimos, el matrimonio entre Cristo y la Iglesia; el espíritu, el amor y benevolencia que entre sí tienen Él y ella. No puede Adán aborrecer á Eva, porque sería aborrecer á sí mismo; ni Cristo dejar de amar á su Iglesia, porque á sí se ama en ella: «Qui diligit uxorem suam, diligit seipsum» *(Ephes.*, V, 28) ([3]). Para este fin ordenó el Santíssimo Sacramento del altar, y quiso que le comiéssemos y bebiéssemos sacramentado, para necessitarse assí en alguna manera á amarnos, haciéndonos una cosa consigo por este medio.

Los desposorios de Cristo y la Iglesia son figurados por la sangre y agua que salió de su costado.

Y para que se vea cuán bien responde la figura á lo figurado, se debe notar el nombre

(a) Debe leerse de este modo: *Math.*, I, 21.

([1]) «De la costilla aquella que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer...» Y dijo, *ó exclamó*, Adán: «Esto es hueso de mi hueso, y carne de mi carne.»

([1]) *Por ella* (según la cita del P. Angeles), «por cuya causa (según el texto de la *Vulgata)* dejará el hombre á su padre y á su madre y estará unido á su mujer, y los dos vendrán á ser una sola carne».— Donde aquí dice: *propter hanc*, la *Vulgata* lee: *quamobrem*, y de aquí la diferencia en la traducción.

([2]) «Nadie aborreció jamás á su propia carne, antes bien, la sustenta y cuida.»

([3]) «Qui suam uxorem diligit, seipsum diligit.» Este es el orden que en el sagrado texto tienen estas palabras, que significan: «Quien ama á su mujer, á sí mismo se ama.»

que pone Adán á Eva, viéndola delante de sí. «Hæc appellabitur virago, quia de viro sumpta est» (*Génes.*, II, 23). «Llamarse ha fuerte, valerosa, ó varonil, porque fué sacada de lo más fuerte del varón». Bien podemos filosofar aqui que no paró la consideración de Adán, cuando dijo estas palabras, en su mujer Eva, porque le cuadraba mal el nombre de fuerte y constante á la que tan en breve tiempo cayó, sino en la Iglesia, Esposa de Cristo, la cual, como queda dicho, ella representaba. ¡Oh Iglesia santa, cuán grande es tu fortaleza y cuán bien puede tu Esposo assegurar su corazón contigo y dormir á sueño suelto! Hizote Dios de huesso fuerte y duro, señal cierta de que habías de permanecer para siempre, constante y firme. «Ponam Hierusalem, dice Dios por Zacarías (*Zachar.*, XII, 3), lapidem oneris cunctis populis: omnes qui levabunt eam *(a)*, concissione lacerabuntur, et colligentur adversus eam omnia regna terræ: Haré á Jerusalén una piedra de desafío, y todos los que se tomaren con ella, y quisieren quebrantalla, quedarán deshechos y quebrantados».

La Iglesia, piedra fortísima de desafío.

Dice San Jerónimo que en aquellas provincias se usaba, cuando había junta de diversas gentes, probar algunos sus fuerzas en una gran piedra diputada para esto; y el que la llevaba más passos, esse era tenido por más valiente, y muchos quedaban derrengados y molidos del gran pesso. Y aludiendo á esto el Profeta dice que será Jesusalén, esto es, la Iglesia, piedra de desafío, y todos los que se tomaren con ella y la acometieren se quebrantarán en ella. Sale Nestorio, acométela, y quiébrase en ella; sale Arrio, da en ella, y hácese pedazos; sale Lutero, y quiere probar sus fuerzas y menearla de su lugar, y derriéngase. ¿Quién te movió, *Virago?* —Nadie; todos descalabrados y hechos piezas en mi, y yo sana—. Las demás congregaciones y repúblicas, como débiles y de ruin cimiento, acabáronse: los griegos, los persas y los medos; pero la Iglesia, sacada del costado de Cristo, *Virago:* tan varonil es, que nadie ha bastado contra ella. «Yo la crié, dice Dios, de huesso varonil y fuerte contra todos sus enemigos». «Proprium est, dice San Hilario, Ecclesiæ, ut tunc vincat, cum læditur; tunc intelligat, cum arguitur: tunc secura sit, cum deseritur: tunc obtineat, cum superata videtur» (1).

Tentaciones no han de faltar, Iglesia santa, y tanto mayores, cuanto más el mundo se allega á su fin, porque entonces las maldades serán mayores y la caridad estará casi helada. Por lo cual se sigue en Zacarías: «Et *colligent (a)* adversus eam omnia regna terræ»: «Convocarán y juntarán contra ella todos los reinos de la tierra». Si con atención queremos leer las historias humanas y divinas, hallaremos cierto que contra ninguna comunidad ó congregación ha habido guerras tan terribles y tan perpetuas como contra la Iglesia católica. Porque, lo primero, casi todos los emperadores, reyes y príncipes, con armas y de otras muchas maneras, se conjuraron contra ella, en cuya defensa, y de la fe que professamos, murieron mártires veinte y siete pontífices romanos, hasta Martino Primo, y tres que mataron los romanos porque no quisieron consentir en sus persuasiones péssimas, que por todos son treinta; fuera de otros muchos atormentados y perseguidos de aquel pueblo. ¿Qué diré de las cismas que en la elección de los ya dichos pontífices romanos, ó contra los ya canónicamente electos, se han levantado, por consejo y orden de hombres bulliciosos y alborotadores? Veinte y cuatro son los que cuenta Bocio (*Signo cuadragésimo séptimo*, cap. V). Callo las calumnias y testimonios que se les han levantado, no sólo de los gentiles, sino de aquellos que se glorían y hacen professión de cristianos, porque son sin número y de grande fealdad y torpeza. No trato de otro género de guerra, que los emperadores

En la Iglesio no faltarán tentaciones y persecuciones, como siempre las ha tenido.

(a) Además de citarse aquí el capítulo XXI en vez del XII, hallamos variadas dos palabras, que hemos creido conveniente corregir, por creerlas, asi como el número del capitulo, mero error tipográfico: el pronombre *eam* en vez de *eum*, después de *levabunt*, y el verbo *colligentur*, que aquí hallamos citado en la forma activa.

(a) Véase la nota puesta más arriba.

(1) «Condición es de la Iglesia salir triunfante cuando padece persecuciones; hacer triunfar la verdad cuando la combaten con sofismas; cuando parece más abandonada, estar más segura, y quedar por ella la victoria cuando se la juzgaba humillada y vencida.»

herejes y hombres que sentían mal del summo Pontificado inventaron, juntando en diversos tiempos concilios de muchos obispos contra la Iglesia católica y su cabeza, que es el Pontífice Romano, que por todos son catorce.

¿Qué diré de muchos patriarcas constantinopolitanos, alejandrinos, antioquenos y hierosolimitanos, los cuales diversas veces se levantaron contra la Iglesia romana y Vicario de Cristo? Y lo que más es, en Italia, los principales arzobispos, de Aquileya, Milán y Rávenas *(sic)*, en algún tiempo hicieron lo mismo. Y ¿cuándo ha faltado quien la persiga? Desde los mismos apóstoles se levantaron los ebionitas, los simonianos y otros que nacieron dellos. Después, los cuarta decimanos, maniqueos, montanistas, sabelianos, samasatenos *(sic)*, novacianos, donatistas, arrianos, macedonios, nestorianos, eutiquianos, pelagianos, priscilanistas, teopasquitas, tritetos, monotelitas, iconomacos, berengarianos; pricumatomatistas, en Grecia, que negaban que el Espíritu Santo procedía del Hijo; albigenses, en Francia; husitas, y, finalmente, la gran caterva de los protestantes, muladar adonde están recogidas todas las suciedades de los herejes passados. ¿Qué más se puede decir? Naciones enteras celebradíssimas y amplíssimas (excepto algunos, muy pocos, en ellas) se apartaron de la Iglesia católica y, negando la obediencia al Sumo Pastor della, le despertaron guerras atrocíssimas. ¿Por ventura no hicieron esto los griegos? ¿No hicieron esto las naciones boreales, y los sarracenos ó mahometanos y otros muchos?

Pues volvamos los ojos á los mártires que por Cristo y su Iglesia murieron, y por aquí se echará bien de ver cuántas han sido las persecuciones. En sólo Roma se dice haber muerto trescientos mil; en el cementerio de Calixto están sepultados ciento y ochenta mil. Y no hay que maravillarnos de tan crecido número de mártires en esta ciudad tan populosa, porque en el último avanzo ó descripción que se hizo de los sujetos del imperio romano por el emperador Augusto se hallaron en Roma novecientos mil hombres (Bozius, *Sig. 91*, 13). En un solo día se cuenta haber muerto, en las guerras que hicieron Vitelio y Vespasiano, cincuenta mil mártires. Luego con mucha razón dijimos que nunca hubo congregación en el mundo contra la cual se hayan levantado tantas guerras y persecuciones tan atroces como contra la Iglesia católica, con fin de derribarla y borrar de la tierra su memoria; y con todo, ella persevera en pie, augmentada y engrandecida de cada día más. La nación de los griegos, pertinacíssimamente se apartó de nosotros en el año de mil y doscientos y ochenta y tres, después de la muerte de Micael Paleólogo. Y lo que decimos de los griegos podríamos decir de los vándalos, ostrogotos, alanos, ingleses, alemanes, franceses, los cuales todos ó casi todos han faltado de la obediencia del Romano Pontífice y de la verdadera y sincera fe de la Iglesia católica, y por essa causa han venido á suma miseria, cumpliéndose en ellos lo que se escribe en Isaías, LX, 12: «Gens et regnum quod non servierit tibi *(o Ecclesia)*, peribit» [1].

Al fin, es la Iglesia piedra de desafío; los que prueban sus fuerzas en ella, quedan derrengados y no de provecho para nada; pero ella, inmovible persevera y, lo que es de mayor admiración, tanto más acrecentada y gloriosa cuanto más perseguida. Profetizólo Isaías por palabras expressas *(Isai.*, LX, 15-7): «Pro eo quod fuisti derelicta, et odio habita, et non erat qui per te transiret, ponam te in superbiam *populorum (a)*, gaudium in *generatione* et generationem: et suges lac gentium, et mammilla regum lactaberis: et scies, quia ego Dominus salvans te, et Redemptor tuus fortis Jacob. Pro ære afferam aurum, et pro ferro afferam argentum, et pro lignis æs, et pro lapidibus ferrum» [2].

(a) En la *Vulgata* se lee *sæculorum*.

[1] «La nación ó el reino que á ti no se sujetare, perecerá.»—Las palabras que se hallan dentro del paréntesis, que más adelante, pág. 232, repite, son una exclamación intercalada por el P. Angeles en las de Isaías. En todo este capítulo anuncia este profeta las glorias de la Iglesia católica, según la interpretación de los doctores y santos Padres.

[2] «Por cuanto estuviste tú abandonada y aborrecida, sin haber quien te frecuentase, yo haré que seas la gloria de los siglos *(pueblos*, dice el P. Angeles), y el gozo de todas las generaciones venideras, y te alimentarás con la leche de las naciones, y te criarán regios pechos, y conocerás que yo soy el Señor que te salva, el Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob. En vez de cobre te traeré oro, y plata en lugar de hierro; y en vez de maderas, cobre; y en lugar de piedras, hierro.»

Y en otro lugar, viendo los herejes que se apartaban de su Iglesia y la desamparaban, dice assí *(Isai.*, LX, 10): «Et ædificabunt filii peregrinorum muros tuos, et reges eorum ministrabunt tibi: in indignatione enim mea percusi te, et in reconciliatione mea misertus sum tui» [1].

Cosa maravillosa, que en el mismo tiempo que los herejes tratan de destruir la Iglesia, trata Dios de edificarla por los extraños y peregrinos, que son todos los que están fuera della. Hácela admirable en los siglos futuros, gozo para todas generaciones, mama la leche de los gentiles y dale pechos de reyes, para que sepa y entienda que es Dios el que la salva y el redentor fuerte de Jacob; por el cobre le trae oro; por el hierro, plata; por los leños, bronce, y por las piedras, hierro; y hace que los reyes la sirvan. Quiere decir Isaías, que por los pocos, y ruines, viles y apocados que se apartan de la Iglesia, le trae Dios á su obediencia hombres escogidos y entresacados del mundo, eminentes en santidad y letras, como se ha visto en cinco edades ó tiempos diferentes, que con brevedad referiré aquí.

Por unos pocos que se apartaron de la Iglesia, trae Dios otros muchos y mejores.

¿Qué alborotos no levantó en la Iglesia el maldito Arrio cuando se apartó della? Comenzó á vomitar su mortífero veneno á los trescientos años, en tiempo de Pedro y Aquila, obispo de Alejandría; y poco después el emperador Constantino se consagró á Cristo y recibió su fe y Evangelio. Murió esta herejía de Arrio casi á los seiscientos años, siendo Pontífice Gregorio, y en ese tiempo Recaredo, rey de España, la detestó y se sujetó á la Iglesia católica. De manera que en el tiempo que Arrio comenzó á embravecerse, Constantino recibió la fe de Cristo y le ganó muchos con su ejemplo. Entre ellos fueron los celcas, pueblos últimos de las Galias; los indios interiores recibieron de Atanasio á Frumencio, obispo, para que los industriasse y enseñasse las cosas de la religión cristiana; los de Hiberia y Armenia, como lo testifican Rufino (lib. I, capítulo IX), Teodoreto, Sozomeno (lib. I, capítulo V) y Sócrates (lib. I, cap. XV), se convirtieron á nuestra santa fe en este mismo tiempo. Después destos, los borgundos, luego los sarracenos, en tiempo del emperador Valentiniano, pidiendo ellos á Moysén, monje y obispo, para que los enseñasse. Pero antes de los sarracenos y borgundos se juntaron á la Iglesia los pueblos bessos, y tras de ellos los esocios, por la doctrina y predicación de Paladio, obispo, enviado á ellos por Celestino, Sumo Pontífice. Luego en el mismo tiempo se convirtió á la fe Clodoveo, rey de Francia; y el emperador Justiniano trabajó que se enviasen obispos á los auxinitas y homeritas, de la otra parte de Egipto. Cabades, rey de Persia, y otro gran príncipe de los lázoros, recibió el nombre de cristiano. Ruperto hizo cristianos á los boyos y bávaros con sus reyes. Siguióse después desto la conversión de los ingleses, por la predicación de San Agustín, Juan y Mélito, enviados á ellos por el Papa Gregorio. Esto es cuanto á la herejía arriana, la cual siguieron Constancio y Valente, emperadores, y muchos reyes de los ostrogotos en Italia, de los visigotos en España, de los vándalos en Africa; y no dejaron piedra que no movieron por establecerla y aumentarla contra los católicos, ya con fuerza, ya con artificio, ya con assechanzas [1].

A esta tan perniciosa herejía se siguió la de Nestorio, patriarca de Constantinopla, el cual afirmaba que en Cristo había dos personas;

---

[1] «*Entonces*, los hijos de los extranjeros edificarán tus muros, y los reyes de ellos serán servidores tuyos; porque si bien estando enojado te afligí, ahora, reconciliado, uso contigo de misericordia.»

[1] Acerca de los hechos que aquí relata el autor, creo oportuno notar brevemente: *a)*, en 320 comenzó Arrio á defender en público sus errores acerca del Verbo; condenado al año siguiente en un Concilio celebrado en Alejandría, lo fué solemnemente en el general de Nicea, en 325; *b)*, la conversión de Recaredo, cuyo reinado abraza desde 586 á 601, la ponen unos en 588 y otros en el pontificado de San Gregorio Magno (590-604); *c)*, los *indios interiores* evangelizados por San Frumencio, nombrado por San Atanasio I obispo de Auxuma, son los abisinios; *d)*, Clodoveo, en virtud del voto hecho á Dios en la batalla de Tolbiach (Zülpich), en 496, recibió el bautismo de manos de San Remigio, en Reims, el día de Navidad del mismo año; *e)*, Paladio evangelizó Escocia é Irlanda en 431; los *esocios* ó *escocios* que dice el P. Angeles son los escoceses que hoy decimos; *f)*, los homeritas ó *sabeos* son pueblos del Sud de Arabia, evangelizados por Teófilo, obispo; *g)*, la evangelización de Inglaterra fué en 596, y *h)*, el reinado de Constancio abraza los años 337-61.

conviene á saber, humana y divina. Contra ella se celebró el Concilio Efesino, año de 432, y en él fué condenada. En el año 414 se levantó Pelagio, el cual negó cualquier gracia interior y especial auxilio de Dios para alcanzar la vida eterna, diciendo no haber la criatura racional necessidad de otro don más que as perfecciones anejas *dono creationis* [al beneficio de la creación, auxilios puramente naturales] potencias y hábitos adquisitos, para conseguir su fin con el concurso general ([1]). De lo cual infería que, propuestas las verdades de la fe, para creellas *sicut oportet ad justificationem* [de un modo conveniente para alcanzar la justificación], no era menester auxilio y don sobrenatural, sino que solis viribus naturæ poterat elicere talem assensum [sólo por las fuerzas naturales puede dar á ellas tal asentimiento]. Después se levantaron los herejes llamados reliquias de los pelagianos, los cuales, como refiere San Hilario en la carta que escribió á San Agustín, que anda en el tomo VII de sus obras, defendían voluntatem credendi esse naturalem, y que solis viribus naturæ poteramus velle assentire veritatibus fidei, nobis propositis ([2]); los cuales hacían patrón de su error á San Agustín (in lib. *Explicationis quarundam propositionum ex Epistola ad Roman.)*, y por esta causa escribió el libro *De prædestinatione Sanctorum*, in quo probat initium fidei—per quod intelligit voluntatem credendi—, non esse ex nobis, sed donum Dei. (Legatur Concilium Melivitanum, canone 4, et Concilium Arauxicanum 2, canone 5 et 6, ubi clare confutantur ii errores) ([1]).

Eutiques, abad constantinopolitano, comenzó en este tiempo á enseñar una naturaleza en Cristo, y essa divina, y que en ella se había convertido la humana. Siguióle Dióscoro, obispo de Alejandría; Anastasio, emperador, y Teodora Augusta, y hubo barruntos que en algún tiempo la tuvieron Teodosio el mozo y Justiniano, emperadores. Esta herejía condenó el Concilio Calcedonense, año de 454. Siguióse la tercera, contra las imágenes sagradas, imperando Filípico; alentáronla principalmente Filípico, León Isauro, Constantino Coprónino, León Armenio, Micael Balbo y Teófilo, emperadores. En este tiempo se convirtieron á la fe de Cristo nuestro Señor casi todos los germanos, por el trabajo y industria de Bonifacio, al cual Gregorio Segundo creó obispo de Maguncia. Después desto, fueron añadidos á la Iglesia católica, por Carlo-Magno, los dacios, metanastes, lazines y gran parte de los eslavos, danos, hunos, suevones, gotos, surcios, y algunos bohemos y búlgaros, imperando Ludovico ([2]).

Después destas herejías se siguió aquella dissensión, que aún persevera hasta agora entre nosotros y algunos griegos, la cual tuvo principio de Focio, y poco á poco fué cundiendo de manera que se atrevió Micael, patriarca, á ser el primero que se apartó de nuestra comunión. Y aunque muchas veces los griegos volvieron en sí, con todo esso cayeron siempre en los mismos pecados, y endurecidos en ellos perseveraron. En este tiempo acudió el Señor, por su misericordia, al augmento de su Iglesia, porque se juntaron á ella, de todo en todo, los hunos y búlgaros, los morabios, bohemos, dálmatas, ilirios, bascios, bomenses, servios, croatas, triballos, eslavos, pomeranos. Después déstos, en Galia recibie-

---

([1]) Nestorio fué nombrado obispo de Constantinopla en 428, é inmediatamente empezó á difundir su doctrina. En el Concilio de Efeso, 431, fué condenado.—Parece que ya en 410 Pelagio y Celestio hicieron públicos sus errores; en 411 ó 412 fué aquél condenado en un Concilio celebrado en Cartago.

Pueden verse acerca de este período histórico, entre otros muchos, los siguientes: GELASIUS CYZICENUS: *Acta Concilii Nicæni*, 1906; DORNER: *La doctrina de la Persona de Cristo*, 1845-53; SUELMANN: *El comienzo de la controversia Arriana*, 1904; J. LABOURT: *Le Christianisme dans l'Empire perse*, 1904; ISID. HISP.: *De regibus Gothorum;* el mismo: *Historia Vandalorum et Suevorum*, etc. Un hermoso resumen de todos estos hechos se hallará en FUNK (DR. F. X.): *Compendio de Historia eclesiástica*, Barcelona, 1908.

([2]) ... defendían que la voluntad de creer (el acto de abrazar voluntariamente la fe) es natural, y que con solas las fuerzas naturales podemos asentir á las verdades reveladas que se nos proponen.

([1]) ... En el libro sobre la *Predestinación de los Santos* prueba (San Agustín) que el principio de la fe, por el cual entiende la voluntad de creer, el propósito deliberado de abrazar la fe revelada, no es cosa nuestra dimanada de solas las fuerzas naturales, sino don y gracia de Dios. (Léanse las actas de los Concilios citados.)

([2]) Véase FUNK, citado anteriormente. Según dice este autor, el Concilio de Calcedonia se celebró en 451.

ron la fe cristiana los northmanos, los reyes de Noruega y pueblos de Zelandia y Escandia, gislas y húngaros. Siguiéronse á éstos Froto, rey de Dania, y los polonios, con el rey Midicao; los eslavinos, sorabios, vándalos, que moran junto del río Elietram, de Misnia; los frigos, sujetados por los reyes de Polonia; Cobila, emperador sexto de los tártaros, y Mangú, rey de los mismos; Ingelo, príncipe de Lituania, con ocho hermanos suyos; toda la Lituania, Samoghecia, Noruega, Bothnia, Finmarquia, Libonia, con su príncipe. Finalmente, mucha parte de África con las Canarias ínsulas, el reino de Bothonino, Guinea, Angola. Este tiempo trabajosíssimo de la Iglesia tiene el cuarto lugar, en el cual casi todos los emperadores griegos, salvando algunos, muy pocos, se apartaron y enajenaron de nosotros.

Síguese en el último lugar la marmota y dissensión de herejes, de que muchos príncipes han participado y se mancharon, especialmente los reyes de Dania, Gothia, Inglaterra, Navarra y Francia. Pero en este tiempo en África, Asia, Indias orientales y occidentales, son sin número los pueblos, naciones, príncipes y reyes que se han juntado á la Iglesia católica y le han dado obediencia.

Callo otros muchos herejes y herejías infinitas á que los reyes no han acudido ni dado favor, las cuales, con el de su Esposo, la Iglesia ha contrastado y echado por tierra, perseverando ella siempre en la sincera fe de Cristo y obediente á su Vicario, el Pontífice romano.

Todos los que han perseguido á la Iglesia han acabado mal.

Léanse las historias con curiosidad y atención, y hallarse ha que jamás acabó bien ni tuvo feliz sucesso ninguno que se tomasse con la Iglesia y la persiguiesse. Si miramos los que tuvieron los heresiarcas, todos consta que acabaron mal. El primero, que fué Simón Mago, como lo cuentan Egesipo, Ireneo, Justino Mártir, Eusebio, Pánfilo, contradiciendo en Roma á la doctrina que predicaban San Pedro y San Pablo, en presencia del pueblo romano, con su arte mágica se subió por los aires; mas por oración de los apóstoles cayó despeñado y murió miserablemente, sin que nadie cogiesse sus huessos y reliquias, aunque imperaba Nerón, amicíssimo suyo. Montano y Priscilla, heresiarcas, como lo cuenta Eusebio (lib. XV, cap. XV), desesperados, se colgaron como Judas. Arrio, en su mayor prosperidad, presente Constantino y otros muchos, acompañado él de gran gente, apartándose de todos para purgar el vientre, por divina virtud echó las tripas y entrañas, y luego al punto murió. Manés, de quien salieron los maniqueos, fué despedazado vivo por el rey de los persas, porque habiéndose ofrecido á dar salud á un hijo suyo, se entendió haber sido causa de su muerte. Ebión, repentinamente, cayendo sobre él un baño, acabó su vida quebrantado, como lo afirma San Epifanio. Los donatistas, dice San Agustín que se despeñaban de torres altas y de rocas eminentíssimas, y assí acababan como desesperados. Nestorio murió en la isla Oasina, comida de gusanos la lengua. Focio, autor de la dissensión entre los católicos y los griegos, privado de toda la honra, de que él era ambiciosíssimo, y desterrado á un monasterio de Armenia por León Filósofo, miserablemente acabó. Marco Efesino, regoldando, vino á echar estiércol por la boca, y assí feneció su mala vida.

Pues ¿qué diremos del fin que tuvo Lutero? Habiendo cenado una noche espléndidamente, y acostándose muy contento, murió ahogado. Y cuenta Bocio (sign. 96) que oyó de un su familiarísimo que él mismo había echado un lazo y ahorcádose, sino que luego se tomó juramento á todos los de su casa de que no descubririan el hecho por no infamar con tan mala muerte su doctrina. Ecolampiadio murió de repente, una noche antes que Lutero. El mismo fin tuvo Carolostadio, y peor Bucero, de quien se escribe que estando para expirar se le puso á la cabeza un espantoso demonio, y, llenos de miedo todos los circunstantes, para sacarle al desventurado el ánima le hirió reciamente, y el desdichado, arrojándose de la cama y andando de una parte á otra, echó las entrañas, y con grandes dolores acabó. Calvino, en cuatro años que tuvo de enfermedad, como lo cuenta Beza, su principal discípulo, no se halla que tuviesse hora de descanso. Fué atormentado de gota artética, cólica, piedra, asma, hermicianio, catarro y de vómitos de sangre; finalmente, comido de piojos, sin hallarse para ellos remedio, infelicíssima y turpíssimamente murió. Zuinglio, inventor de nuevas opiniones, capitán en una batalla, murió por los helucios católicos, y fué quemado dellos, y acabaron mal todos sus soldados.

Al fin, como dijo el Profeta, la muerte de los malos pésima es. Callo los desastrados sucesos de los reyes herejes, contra los cuales se escribe en el *salmo 2* (v. 2) que por no oir la doctrina de Cristo y sujetarse á su yugo, brevemente perecerán. Y en el *salmo 109* (vv. 5, 6) hablando en nombre del Padre eterno con Cristo, le dice: «Dominus a dextris tuis, confregit in die iræ suæ reges. Judicabit in nationibus, implevit ruinas: conquassabit capita in terra multorum»; como si dijera: Serán quebrantados los reyes enemigos de Cristo, reedificadas y reparadas las ruinas, y abolladas las cabezas de muchos. Y más claro *Isaías*, XLI, 2-3: «Dabit *Deus* in conspectu ejus (s. Abrahæ) gentes et reges obtinebit: dabit quasi pulverem gladio ejus, sicut stipulam vento raptam arcui ejus. Persequetur eos, transibit in pace, semita in pedibus ejus non apparebit». No se puede decir cosa más clara de la prosperidad de la Iglesia y de la destruyción y acabamiento de sus perseguidores: «Triunfará, dice, de reyes; estaránle rendidos á su espada; traerlos ha debajo de sus pies como el polvo; serán en su presencia como la arista arrebatada del viento, y no parecerá que se mueve Dios, ni dejará rastro por donde fuere». Véase el mal fin que tuvo Constancio primero, emperador hereje, que ardiendo como una hornaza la sangre de sus venas, sin poderse dejar tocar de nadie, ni hallarse remedio á su mal, miserablemente murió. Juliano, que se siguió después dél, herido de una saeta en la guerra que tuvo contra los persas, sin saber de dónde le vino, acabó. Valente, arriano, huyendo de los godos, se entró en una choza, y allí murió abrasado por sus enemigos. Zenón, apretado de gota coral, su mujer, Ariasna, le hizo sepultar vivo y le puso guardas para que no le pudiessen sacar del sepulcro, á donde, volviendo en sí, se comió las manos y expiró. Callo los malos sucessos de Justiniano después que mató á Silverio y Virgilio y dió en ser hereje, y su desastrada muerte. Callo la de Heráclito, monotelita, de quien dice Cedreno que por justo juicio de Dios vino á orinarse en la carasi no le ponían una tabla en el vientre que lo impidiesse. Callo el mal fin de Constante, de Justiniano el segundo, Filípico, Coprónimo, Nicéforo, León octavo, armenio, Teófilo, perseguidor de las imágenes sagradas; Andrónico, que en Constantinopla passó á cuchillo todos los cristianos latinos y entre ellos al cardenal pontificio. Callo la muerte de otros muchos favorecedores de herejes y perseguidores de la Iglesia, las cuales todas fueron malas y sin honra. Y si el mal fuera de solos los emperadores y reyes herejes y cismáticos, tolerable cosa fuera, y assí no passara de sus sucessores y descendientes; lo intolerable es, y de miseria extremada, que sus reinos, demandándolo assí sus pecados, han venido en poder de gentes y naciones soberbíssimas y crueles, lo cual ya vimos profetizado por *Isaías*, LX, 12: «Gens, dice, et regnum quod non servierit tibi peribit, et gentes solitudine vastabuntur». «La gente y el reino que no te quisiere ¡oh Iglesia mía! serán destruídos y reducidos á soledad».

No me quiero detener aquí á contar la destruición de reinos, islas, provincias y pueblos antiguos y extraños, modernos y de los nuestros, de que tratan los escritores largamente, sino remitir á ellos á los lectores (Bozio, sig. 99, c. 2, 3; Sorom., lib. III, cap. XI; Sulpicio Severo, in *Hist.*; Hier, *adversus Lucif.*; Sigo, lib. de *Imp. Occid.*) porque mi intención no es hacer historia, sino referir tan solamente lo que hace á la verdad de la letra que voy tratando y declarando. Conténtome, para rematar este notable, con decir aquí lo que el Sabio en su *Eclesiástico*, cap. X, 8, 14-9: «Regnum a gente in gentem transfertur propter injustitias et injurias, et contumelias, et diversos dolos ::: Initium superbiæ hominis, apostatare a Deo: quoniam ab eo, qui fecit illum, recessit cor ejus. Quoniam initium omnis peccati [est] superbia: et qui tenuerit eam, adimplebitur maledictis, et subvertet eum in finem. Propterea exhonorabit Deus conventus malorum, et destruxit eos usquein finem. Sedes ducum superborum destruxit Deus, et sedere fecit mites pro eis. Radices gentium superbarum arefecit Deus, et plantavit humiles ex ipsis gentibus. Terras gentium evertit Deus, et perdidit eas usque ad fundamentum (¹).

(¹) «Un reino es trasladado de una nación á otra por causa de las injusticias, y violencias, y ultrajes, y de muchas maneras de fraudes... El principio de la soberbia del hombre es, *y fué*, apostatar de Dios *ó no querer obedecerle*, apartándose su corazón de aquel *Señor* que le crió; así, pues, el primer origen de todo pecado es la soberbia, y quien es gobernado por ella rebosará en abominaciones, y ella al fin será su ruina. Por eso el Señor cargó de ignominia

¿Y la Iglesia católica? En pie, y augmentada cuanto más perseguida. «Quia ipse super maria fundabit eam, et super flumina præparabit illam». «Hízola superior á los mares, y á los ríos de ias persecuciones». Y como el arca de Noé tanto más se descubría y levantaba cuanto las aguas crecían más, assí la Iglesia santa se echa más de ver, y luce más, cuanto son mayores sus persecuciones. Luego muy bien le cuadra lo que el Esposo le dice; conviene á saber: que es semejante al escuadrón ó la caballería de sus ángeles, fuertes y nunca vencidos, y vencedores y destruidores de Faraón y sus carros; por los cuales son entendidos todos los perseguidores de essa misma Iglesia y de su Esposo Cristo. Con Él habla el Profeta en el *salmo 109* (v. 2), por estas palabras: Virgam virtutis tuæ emittet Dominus ex Sion: dominare in medio inimicorum tuorum»: «Enviará el Señor de Sión la vara de tu virtud. Enseñoréate en medio de tus enemigos». Lo mismo es vara de la virtud de Cristo que el cetro de su gran poder. Assí le llama San Pablo *(Galat.*, IV); assí Isaías (cap. II); assí Miqueas (cap. IV). Algunos dicen que es el Evangelio, que el Apóstol llamó virtud *(Rom.*, I, 16); otros, la predicación de la cruz. Sea lo que fuere, la doctrina de Cristo y de su reino comenzó desde Sión, porque allí vino sobre los apóstoles el Espíritu Santo, y de allí salieron á predicar públicamente el Evangelio, y San Pedro predicó aquel famoso sermón, en que se convirtieron á la fe tantos millares de hombres de todas las naciones. Emittet; id est, extra mittet ([1]). No será tu poder ó tu reino ¡oh hijo mío! en sola Judea, sino extenderse ha desde ahí por todas partes del mundo. Dominare in medio inimicorum tuorum. No dice entre tus enemigos, sino en el medio de ellos. Grande fuerza la de Cristo, pues en medio de sus enemigos asentó su silla y fundó su Iglesia. Ningunos mayores enemigos tuvo

Cuanto la Iglesia es más perseguida, tanto es más resplandeciente.

la raza de los malvados, y los destruyó hasta exterminarlos. Derribó Dios los tronos de los príncipes soberbios, y colocó en su lugar á los humildes. Arrancó de raiz las naciones soberbias y plantó *en su lugar* aquellos que eran despreciables entre las mismas gentes. Asoló las tierras de las naciones, y arrasólas hasta los cimientos.»

([1]) *Emitir*, etimológicamente, *enviar* fuera.

Cristo, y sus apóstoles, y su predicación, que los emperadores de Roma y los romanos todos. Todas las persecuciones que se han levantado contra la Iglesia han sido por los emperadores y reyes romanos. Y los pontífices sumos que han muerto mártires, ellos los mataron. El mismo Cristo murió en poder de romanos: «Passus sub Pontio Pilato» ([1]). Pues para que se vea mejor el poder de Dios y la fortaleza de su Iglesia, dice su Padre que quiere que reine en medio de sus enemigos; que su Vicario y cabeza de su Iglesia tenga su cátedra en Roma. Favorece á esto aquella visión de la estatua que vió Nabucodonosor *(Daniel*, II, 31 sigs.), como podrán ver (si miran en ello) los curiosos; y aquel lugar de Micheas *(Mich.*, IV, 1): «*Erit in novissimis diebus*, mons domus Domini in vertice montium», etc. ([2]), como lo refiere Bocio (Sig. 78 de *Principatu Romæ posito)*, á donde remito al lector, porque ya es tiempo de dar fin á este discurso y rematar con la exposición deste lugar de los *Cantares*.

En medio de sus enemigos plantó Cristo su Iglesia.

EQUITATUI MEO IN CURRIBUS PHARAONIS ASSIMILAVI TE, AMICA MEA, quasi dicat [como si dijera]: No tienes por qué temer ni congojarte, amiga mía, viéndote rodeada de enemigos, que semejante te tengo hecha á mi caballería, ó á mi ejército en los carros de Faraón. Si habla de los ángeles, como habemos dicho, clara está su fortaleza; si del pueblo de Israel, cuando por medio de las aguas escapó del poder de Faraón, no se ha de mirar tanto á la fortaleza cuanto á la obediencia dellos, que por mandado de Moisén se entraron en aquel abismo y passaron á pie enjuto. A donde también se halla misterio, porque, como dice San Pablo *(I Cor.*, X, 11), todas las cosas notables que les sucedieron á los hebreos tenían su significación; y este passo fué figura del Baptismo, adonde son anegados los pecados y nosotros traídos á la libertad de hijos de Dios por la sangre de Cristo, que allí nos lava y da nuevo

Figura del Bautismo fué el pasar los hijos de Israel por el mar Bermejo.

([1]) «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato.»

([2]) «... en los últimos tiempos el monte ó reino de la Casa del Señor será fundado sobre la cima de los demás montes.»

ser. Assí dijo el Apóstol: «Omnes in Moyse baptizati sunt in mari et in nube» ([1]).

A San Buenaventura le parece que en estas palabras es alabada la obediencia de la Esposa, rendidíssima al querer y gusto del Esposo. Para esto dice que Salomón había hecho una riquíssima carroza, la cual traía unos caballos, que compró de Faraón en Egipto, obedientíssimos al freno; y á esta caballería suya compara la Iglesia. Y es cosa bien para considerarse que, siendo el caballo tan brioso y feroz, con un bocado tan pequeño es llevado del jinete que va en él á una y otra parte, como quiere. Assí, es jeroglífico de obediencia. Tal quiere Dios el alma: rendida, humilde y obedientíssima y sujeta á la voluntad suya, sin réplica ni contradicción alguna, ora se le manden cosas fáciles, ora dificultosas y ásperas; porque escrito está *(Ps. 118*, 4): «Tu mandasti mandata tua custodiri nimis» ([2]). San Agustín dice, como suele, delicadezas grandes sobre este passo. «Et quid est, Tu mandasti mandata tua custodiri nimis? Utrum nimis præcepisti? an nimis custodiri? Quodlibet horum intelligamus, contra illam memorabilem nobilemque sententiam, quam Græci laudant in sapientibus suis, et Latini laudando consentiunt: *Ne quid nimis*. Sed respondet, quod nimis illud dicitur quod fuerit plusquam oportet: sed hoc in divinis præceptis contingere non potest, quia omni cura possibili sunt custodienda, in nullo uno, quamvis minimo, ab obedientia illius recedendo» ([3]). Admirable petición la del Profeta *(Ps. 7) (sic) (a)*: «Doce me facere voluntatem tuam», etc. ([1]). En tanto le es á Dios grata un ánima, en cuanto se deja regir y gobernar con el freno de su ley. No quiere hombres agrestes, indómitos y cerriles, como la cebra, que, como dice Job, piensa que nació para andar libremunte por donde se le antoja, sino como caballos bien disciplinados, sujetos al yugo del Evangelio y á las riendas del que los gobierna y rige. Por este camino y no por otro se adquiere y se sustenta aquella divina virtud de la humildad, fundamento de todo el espiritual edificio y guardajoyas de la casa de Dios, que así la llamaron los santos.

En tanto es grato á Dios un alma en cuanto es obediente.

* ARTICULO V

Aplicando el texto á la Virgen María, cuenta sus privilegios, defendiendo en particular el de su Concepción inmaculada, y por último hace ver la confianza que el alma debe tener en Dios.

Equitatui meo in curribus Pharaonis, etc.

Lo que hasta ahora habemos dicho de la inmunidad y fortaleza de la Iglesia, de su crecimiento y honra en sus mayores persecuciones, esso mismo podemos decir de la Virgen nuestra Señora, como de principalíssimo miembro della. Y por esto me agrada mucho la aguda explicación á este propósito que trae Ruperto, en sus *Comentarios in Cantic.*, cap. I, para cuya declaración es menester traer á la memoria aquella dulce historia, y no menos admirable, de la salida del pueblo de Dios de Egipto, la cual supongamos hasta el punto en que estuvieron á vista los egipcios y hebreos, y en medio el mar *(Exod.*, XIV). ¿Qué fuera ver aquel estrecho de mar abierto, los hijos de Israel á la una orilla y los egipcios á la otra? ¿Quién no se espantara de tal espectáculo? Dice Origenes, en el comentario deste lugar, que no solamente el mar se abrió en una carrera, sino en doce calles, y que esto lo supo por tradición antigua de muchos hebreos, para que cada tribu fuesse por la suya en ordenan-

([1]) «Todos bajo *la dirección* de Moisés fueron *en cierto modo* bautizados en la nube y en el mar.»—Véase pág. 225, nota. 1.ª, col. 2.ª

([2]) «Tú ordenaste que se guarden exactísimamente tus mandamientos.»

([3]) «¿Qué significan esas palabras del salmo: *Tú ordenaste que se guarden nimis* (en traducción literal, *demasiado)* exactísimamente tus mandamientos? ¿Es que Dios ha impuesto preceptos en demasía? ¿O es que quiere que se guarden con exceso? Cualquiera de estas cosas que digamos sería ir contra aquella famosa y celebrada sentencia de los griegos y que los latinos se han también apropiado: *ne quid nimis* (los extremos son viciosos; ninguna cosa debe pasar los límites de la moderación y prudencia). Salta, pues, á la vista que el *demasiado* no da á entender en este lugar cosa alguna inconveniente ó menos ordenada, sino que quiere expresar la diligencia con que se han de guardar los divinos preceptos, los cuales ni aun en lo más mínimo han de ser quebrantados.»

(a) En lugar de *Ps. 142*, 10.

([1]) «Enséñame á cumplir tu voluntad, pues tú eres mi Dios.»

za, siguiendo su bandera, y fuesse el milagro más famoso. Y si no lo creéis, dice este doctor, ¿qué quiso significar el Profeta cuando, hablando desta jornada, dice de Dios, que *(Ps. 135,* 13) «Divisit mare Rubrum in divisiones» [dividió el mar Bermejo en partes] ([1]), sino lo que dice la tradición de los hebreos? Estaba, por otra parte, el agua hecha paredes, y congelada como cristal; y no sólo doce calles, sino calles floridas en el profundo, que assí lo dice Salomón *(Sap.,* XIX, 7-8): «Et campus germinans, de profundo nimio, per quem omnis natio transibit», etc. Descubrió unos campos el agua con hierbas verdes y flores olorosas; porque no sólo los israelitas pasassen seguros, pero también con grande recreación y deleite. Estando, pues, el pueblo hebreo desta parte, habiendo passado aquel gran charco, y en entrando Faraón en él con los suyos, manda Moysén á las aguas que se tornen á juntar y adunar, y anéganle con toda su gente. Considerando, pues, el Esposo este passo, y queriendo decir un regalado requiebro á su Esposa, dijo: Que era semejante á su caballería y pueblo cuando anegó á sus contrarios: «EQUITATUI MEO, etc.

Pero, verdaderamente, si bien miramos el pueblo de Dios, no había ejército, caballos, ni carros, ni caballeros en él, sino una multitud de hombres desarmados, assi como salieron de Egipto, unos fugitivos con sus báculos en las manos, sus hijos cargados de los despojos de Egipto; y no veréis aparatos de armas, ni lanzas, ni otro género de arma ofensiva ó defensiva, ni bandas de caballos, de suerte que apenas se puede imaginar qué carros sean éstos; que parece significar había allí carros encastillados, que solían tirar elefantes en las guerras antiguas y era el principal nervio de la guerra. Ni sabréis decir qué caballería es ésta á que es comparada la Esposa. De la otra parte del mar, donde estaban los egipcios, viérades á Faraón con toda su gente puesta á punto de guerra, muchos carros herrados y elefantes con muchas torres, y bandas de caballos, y sueltas compañías de infantes; relumbraban celadas, y armas enhastadas, de manera que aquella parecía caballería, que estaba de su parte del rey, y no los que estaban désta con Moysén.

Luego, qué caballería sea ésta, que el Esposo llama suya, no es fácil de declarar. Aquí, pues, entra el ingenio de Ruperto. Dice, pues, que toda la caballería que había de parte de Moysén, todas las armas y toda la fortaleza, consistía en aquella vara de justicia que Moysén tenía en su mano, la cual le entregó Dios cuando le dió su real nombre y apellido, á la cual obedecían todas las criaturas, con la cual abría las olas del mar, y después las juntaba. Fué, pues, el caso, que de que Moysén vió los egipcios en medio del mar, que seguían su propio camino, levantó la vara dicha de su jurisdición, á la cual, como los pueblos á la del rey, obedecían los elementos; y luego se cayeron las empinadas olas como montañas, y zabulleron aquel infinito gentío, de suerte que ni uno solo escapó que fuesse testigo de aquel desastre: allí nadaba por el agua una rueda de carro; allí assomaba una cabeza de soldado; acullá sacaba otro el brazo y se asía en vano del elemento deleznable; allí se veía un penacho; acullá un escudo, etc. Y, como dijo Virgilio:

«*Apparebant natantes* in gurgite vasto» *(a).*

A la vara de Moisés es comparada la Virgen María.

A esta poderosa vara, que era toda la caballería de Dios, compara el Esposo Cristo á su Madre en las palabras ya dichas: EQUITATUI MEO, etc. Y si preguntare alguno por qué razón fué la Virgen comparada á esta vara, responde Ruperto: Porque, cuando murmuraban los sediciosos contra Moysén, el Sumo Sacerdote, para saber cuál quería Dios que fuesse su ministro, mandó que cada uno pusiesse su vara á la puerta del Tabernáculo *(Num.,* XVII, 2), para que el due-

([1]) En general, los intérpretes rechazan como fabulosa y sin fundamento en el texto sagrado esta interpretación que aquí aduce el autor. Véase TORRES AMAT, ed. cit., tomo VI, pág. 318, col. 1.ª, nota 6, y tomo VII, pág. 243, col. 2.ª, nota 11.

(a) P. VIRGILII MARONIS, *Æneidos*, liber I, vers. 122, en *Selecla ex optimis Latinitatis auctoribus*, Barcinone, 1886, pág. 376. El verso citado de Virgilio, dice así: «Apparent rari nantes in gurgite vasto» ([1]); palabras que dice el poeta describiendo el naufragio que padeció Eneas al querer arribar á las playas de Italia.

([1]) Uno ú otro de los náufragos se dejaba ver nadando en las inmensidades del vasto mar.

ño de la que amaneciesse florida fuesse por elección divina constituído en aquella dignidad. Vióse á la mañana la vara de Aarón, que había brotado hojas verdes y flores olorosas y frutos suaves, declarando por este milagro Dios su voluntad. A esta vara es comparada con gran propiedad de Cristo su santíssima Madre; no sólo porque la vara anegó al soberbio Faraón en las aguas del mar Bermejo, sino porque milagrosamente floreció y fructificó en tan breve tiempo. Porque assí como aquella vara, sin que la plantassen, ni cultivassen, ni regassen con industria humana, amaneció con flor y fruto, assí, de la Virgen, como de vara salió aquella *flor del campo*, por sola la operación del Espíritu Santo, y nos dió el fruto bendito de su vientre, con que vencemos el poder infernal de Faraón.

Entre esta soberana Señora y el demonio, especialmente, se publicaron enemistades y guerra perpetua en el Paraíso, según que se escribe en el *Génesis (Génes.*, III, 15), por estas palabras: «Inimicitias ponam inter te et mulierem, [et] semen tuum et semen *mulieris, et* ipsa conteret caput tuum» (1). En las cuales se ofrecen muchas cosas de consideración. Lo primero, que no dice Dios á la serpiente: «Yo pongo enemistades entre ti y la mujer», sino, *yo pondré.* Denotando que no hablaba de Eva, entre la cual y el demonio ya las había, sino de la Virgen, contra la cual particularmente la serpiente se encrueleció y ha hecho siempre guerra por sí y sus ministros los herejes. De manera que de ninguna mujer en particular leemos contra la cual se hayan armado el demonio y sus ministros, sino de la Virgen. Adonde advirtió, y bien, Ruperto, que no dijo Dios: «Yo pondré enemistades entre ti y esta mujer», sino entre ti y la mujer, significando la segunda Eva, madre de todos los vivos, como veremos. Lo segundo que se ha de notar, es que, como advirtieron el mismo Ruperto y San Epifanio, ninguno se puede llamar absolutamente *simiente de mujer* sino Cristo solo, porque solo tuvo madre, sin padre, en la tierra. Los demás no se dicen simiente de mujer, sino de varón y de mujer. Luego especialmente se trata aquí de las enemistades de la serpiente contra Cristo, y la Virgen, y la Iglesia. Lo tercero que advierto, es que aquel relativo *ipsa*, que assí leemos en nuestra santíssima *Vulgata*, y leen Claudio, Mario, Víctor, Alchimo Avito, Chrisost. (hom. 17 in *Gén.*), August. (en muchos lugares de *Fuga sæculi*, cap. VII), Gregor. (lib. *Moral.*, cap. XXXVIII), Euquerio, Ruperto, Beda, Rabano, Strabon y San Bernardo (Sermone 2 in illud: *Missus est)*, puede ser del género masculino, femenino y neutro, *ipse, ipsa, ipsum;* como lo advirtieron Pedro Galatino, Lucas Burgense y Roberto Belarmino. Pues ¿para qué quedó esta lección ambigua? ¿Qué fin tuvo el Espíritu Santo? Porque decir que fué acaso y sin propósito, es temeridad grandíssima. Para significar que las guerras y enemistades del demonio y sus ministros habían de ser contra Cristo y la Virgen y la Iglesia católica; y la vitoria nuestra principalmente se ha de atribuir á Cristo, y segundariamente á su madre santíssima, de la cual canta la Iglesia: «Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo» (1).

Ipse: sanctus Christus; *ipsa:* Sancta Virgo; *ipsum:* sanctum semen, hoc est: Ecclesia quæ semen Christi et Mariæ est. [*El mismo:* significando á Cristo; *la misma:* significando á la Santisima Virgen Maria; *lo mismo*: para significar á la Iglesia, que es linaje ó descendencia de Cristo y de Maria.]

Aquella profecía de Balaan, que dice *(Num.*, XXIV, 17-18): «Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israel ::: Israel vero fortiter aget» (2), aunque parece hablar de solo Cristo, bien consideradas y pesadas estas palabras, hablan de Él y de la Virgen su Madre. Y assí es cierto que por Israel entiende el Pofeta á la Virgen: y assí, lo que se sigue: «Israel fortiter aget, vel ut alii legunt, faciet divitias», á María pertenece, que sola nunca fué vencida, y siempre alcanzó de sus enemigos y de los nuestros victoria; y por ella tiene la Iglesia tantas riquezas y bienes espirituales como tiene, y la generación de vivos por Cristo y María se hace en la Iglesia; y assí la llamaron

La Virgen Maria nuestra Señora nunca fué vencida de ninguna tentación ni tribulación; y la vitoria de todas las de la Iglesia, á Cristo y á su Madre se atribuyen.

(1) «Yo pondré enemistades entre ti (dijo hablando á la serpiente) y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza.

(1) «Tú sola destruiste en el mundo todas las herejias»;—palabras de la primera antífona del tercer *Nocturno* del Oficio de la Virgen.

(2) «De Jacob NACERÁ UNA ESTRELLA, y brotará de Israel una vara...; peleará Israel con valor.»

Ireneo, Agustino, Tertuliano, Procopio, Gazeo y Greg. Nisseno, Cirilo Hierosol., Epifan., Chrisolog. (sermone 140), Chrisost. Taurinense (ser. de *Nat. Domini)*, Fulgencio (de *Duplici Nativitate Christi)*, Sedulio (in *Carmine Paschali)*, Arator. (lib. I in *Acta Apostolorum)*, Rupertus (in *Cant.)*, Bernar. *(super Missus)*, etcétera, madre de los vivientes.

María Madre de los vivientes y Eva madre de los mortales.

De manera que por Cristo y María tiene hijos vivos la Iglesia, como los tiene muertos por Eva y Adán el mundo. Advirtió Benedicto Arias Montano, en su *Aparato Bíblico*) que los dos querubines que estaban sobre el arca del Testamento, los cuales con sus manos sustentaban el Propiciatorio, á donde Dios daba sus respuestas y á donde se apiadaba de los hombres, el uno dellos tenía figura de varón y el otro de hembra, para significar en ellos á Cristo y á la Virgen, por los cuales Dios oye nuestros ruegos y se compadece de nuestras necessidades y miserias. Y pues que del apóstol San Pablo sabemos que á todas las cosas notables de aquel antiguo pueblo hay correspondencia en la Iglesia nueva, necessariamente habemos de confessar que en ella ha de haber alguna mujer que, por el don de Cristo y sus merecimientos, á la semejanza de Eva, no maldita, sino benditíssima, pára hijos á Dios no terrenos, sino celestiales, y por quien el mismo Dios nos sea propicio, y como por querubín nos dé respuestas, no de palabra, sino de obras admirables, principalmente para la salud de las almas, y segundariamente de los cuerpos. Hace, para concluir este argumento de las especiales enemistades de la serpiente y la Virgen, aquella visión de San Juan en el *Apocalipsis*, XII (1 sigs.), el cual dice que «vió una señal grande en el cielo: Una mujer vestida del sol, la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas». Esta mujer, dice que «estaba preñada de un hijo que había de regir todas las gentes, y al ojo della, y como amenazándola, estaba un dragón grande esperando cuándo había de parir, para comerle el hijo. El hijo fué arrebatado al cielo, y la madre llevada al desierto; y Miguel y sus compañeros pelearon contra el dragón y le vencieron«. Claro está que esta mujer es la que por el don de Dios parió á Cristo, y por los merecimientos de Cristo cada día pare á Cristo en los corazones de los hombres, por su intercessión y fervientes oraciones, como lo tienen Epifanio (lib. *Adversus Antidicomarianos)*, Aretas (in illum locum), Aug. (lib. de *symbolo ad lathecum*, c. I), Ber. (ser. *Signum magnum*), etc.

Mas estimó Dios á la Virgen que á todos los ángeles y hombres juntos; y desde el principio del mundo la dió á conocer á los hombres.

Y porque ninguno se maraville de verme encarecer tanto el valor de María, quiero que sepan todos que la estimó Dios en tanto, en cuanto á ningún hombre, ni ángel, ni aun á todos los hombres y ángeles juntos. Y tuvo tanto cuidado de su honra y culto, que desde el principio del mundo la prefiguró y dió á conocer aun á los mismos gentiles. Porque refiere Cedrino y Plinio (lib. XXXVI, cap. I) que los argonautas edificaron un templo entre los demás nobilíssimo, y consultado su oráculo para dedicarle á algún particular ídolo, recitó estos versos siguientes:

Assidua virtute, decus sublime parate,
Atque unum (sic mando) Deum, qui cuncta gubernat,
Cœlesti residens solio, colite, atque timete.
Illius æternum, atque ante omnia sæcula Verbum,
Nescia Virgo viri nostras emittet in auras.
Quod velut igniferis impulsa sagitta procellis,
Evomitum reddet divino munere mundum.
Hujus, cui Mariæ nomen, sanctissima mater,
Agnoscet templum proprium sibi rite dicatum ([1]).

Este oráculo estimaron de manera los gentiles, que le hicieron grabar y escribir con letras de bronce, impresas en mármol, ad perpetuam rei memoriam, y le pusieron sobre las puertas del templo, para que todos le leyesen. De la Virgen profetizaron la sybila Erítica ([2]) (lib. VIII de los *Oráculos*, y en el lib. III);

([1]) «Preparad, yo os lo mando, homenajes sublimes con empeño constante, y honrad al Dios único que, sentado en trono celeste, gobierna todas las cosas; á Él temed Una Virgen, permaneciendo tal, hará salir á luz al Verbo de este Dios, existente antes de todos los siglos, y cual saeta radiante, lanzada de nube tempestuosa cargada de fuego, lo dará al mundo. A la Madre santísima de este Dios-hombre, cuyo nombre es María, estará debidamente consagrado este templo.»

([2]) No están conformes los autores en cuanto al número y nombre de las sibilas, famosas por sus oráculos, de que hablan todas las historias, así antiguas como modernas. Unos dicen que sólo existieron tres; otros admiten cuatro, y otros llegan hasta

y en Atenas, el de Apolo Délfico, bien contra su voluntad confessó, forzándole Dios á ello, que un magnificentíssimo templo, que edificó Jasón, príncipe de los argonautas, se había de dedicar y consagrar á la Virgen señora nuestra. Y aunque pudiera extenderme aquí y tratar muy por extenso de las guerras que los demonios, por sí y sus soldados, han levantado contra ella, y de la vitoria que siempre ha habido contra ellos, y del augmento de su honra, assí en dedicación de iglesias, que son sin número las que se le han edificado por todo el mundo, como en festividades que se le han ordenado, como también de infinitos milagros que Dios ha hecho por su intercessión en diversas partes, con que su nombre ha crecido lo que ahora vemos; contentarme he—porque assí lo pide el lugar que tenemos entre manos—con tratar aquí de su muríssima Concepción, de que soy particularmente devoto y aficionado, no de propósito—que esto pide tratado muy prolijo—, sino con mucha brevedad, por no divertir al lector, que desseará ya ver el fin deste capítulo de los *Cantares*.

Supuesto, pues, que la caballería de Dios son los santos ángeles, ¿qué querrá significar el Esposo cuando compara á su Esposa y Madre á esta caballería, añadiendo «en los carros de Faraón»? Ahí está la dificultad y el misterio. Cuando los hijos de Israel iban huyendo, como ya dijimos, y en su seguimiento, y dándoles alcance y mate, los egipcios, dice el sagrado texto que muy de mañana llegaron al mar Bermejo los que huían, y también los que venían tras ellos; pero que se abrió el mar, tocando Moisén con su vara. Y passando los israelitas á pie enjuto, y entrando temerariamente los egipcios, fueron anegados con sus carros, sin quedar ninguno. Este favor tan grande que Dios hizo á su pueblo, preservándole de tan gran peligro, en que infaliblemente perecieran á manos de sus enemigos si el mar no se abriera y les diera el passo libre, fué figura de la preservación de la Virgen Santíssima, señora nuestra, que viniendo en su seguimiento el pecado, mediante la vara de la cruz, esto es, por los merecimientos de Cristo crucificado se le dió passo para la gracia, sin que este enemigo le pudiesse empecer.

Por los méritos de la Passión de Cristo fué preservada la Virgen del pecado original.

Dice, pues, el Esposo: EQUITATUI MEO IN CURRIBUS PHARAONIS ASSIMILAVI TE, AMICA MEA. Amiga mía, yo te hice semejante á mis ángeles en los carros de Faraón; id est: en aquel passo peligroso del pecado original quise que fuesses preservada, como los ángeles. Sí, que los ángeles redemidos fueron. Assí lo tiene San Bernardo y San Ambrosio, no como los hombres, que lo fueron después de haber pecado, sino antes que el pecado los tocase. «Qui erexit, ait Bernardus, hominem lapsum, statim dedit Angelo, ne labetur sicut illum de captivitate eruens sic hunc a captivitate defendens» ([1]). Y viene muy bien aquí el dicho de San Agustín. «Sicut sunt, inquit, duo officia medicinæ, alterum quo sanatur infirmitas, alterum, quo custoditur sanitas, sic et duo dona gratiæ: unum quod aufert carnis cupiditatem, alterum quod facit animæ perseverantem virtutem; ita ut uterque indigeat medico, et qui est infirmus, ut infirmitas sanetur, et qui potest infirmus fieri, ut servetur in sanitate» ([2]).

Los ángeles fueron redimidos.

Luego bien se puede decir, conforme á esta doctrina, que fueron redemidos los ángeles, pues en virtud de la Passión y méritos de Cristo fueron preservados de culpa. Para lo

el número de diez, al paso que no pocos mencionan únicamente la de Eritrea, ó *Eritica*, que dice aquí el P. Angeles, y otros la de Cumas (Italia). Véanse sobre esto PERUJO Y ANGULO: *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, Barcelona, ed. Subirana, 1889, t. IX, pág. 429; FRASSEN, *Scotus Academicus*, Romæ, 1901, tomo VII, págs. 46 sigs.; FUNK: *Historia eclesiástica*, Barcelona, 1908, pág. 96, y otros.

([1]) «El mismo que levantó al hombre caído sostuvo en pie al ángel para que no cayese, y como al primero le libró de la cautividad, á éste le guardó para que nunca fuere cautivo.»

([2]) «Así como la medicina tiene dos efectos: el uno, devolver la salud perdida, y el otro, conservarla después de recuperada, así también la gracia obra de dos modos: sanando la concupiscencia y curando el alma de sus efectos perniciosos, el uno, y otro, consolidando en el bien á la voluntad, viniendo así á resultar que todos tenemos necesidad del médico del cielo: el que está enfermo, para sanar, y el que, si bien se halle ahora sano está expuesto á caer enfermo, para que le conserve la salud y la vida de la gracia.»

cual favorece mucho lo del *Apocalipsi*, x *(sic) (a)*. «Ipsi, dice, vicerunt *in sanguine* Agni»: «Ellos vencieron en la sangre del Cordero». Y no la había derramado entonces; pero vencieron en virtud della, porque la Passión y muerte del Cordero fué principio y causa de todos los efectos de gracia y de gloria que se han producido en el cielo y en la tierra, la cual fué prevista ab eterno y aceptada, según que se escribe *(Apoc.*, XIII, 8): «Agnus qui occisus est ab origine mundi»: «Muerto desde el principio del mundo». Es lo mismo, que aceptada desde el principio del mundo su muerte.

Desde el principio del mundo aceptó Cristo su muerte y luego experimentó el fruto della.

Muchos millares de años antes que el Cordero muriesse fué su sangre eficaz en los ángeles, porque por ella fueron preservados de caer, y en los hombres desde el principio del mundo, después de caídos; y en la Virgen antes que el pecado la tocasse. Fué esto como paga adelantada que dió el Padre Eterno á su Hijo, como suelen los príncipes pagar á muchos soldados antes que peleen, para que se animen á pelear. Assí Cristo desde la preservación de los ángeles comenzó á experimentar el fruto de la Passión, y luego en todos los que se salvaron hasta que Él vino al mundo, que fué grande estímulo para que passasse con gusto el amargo trago de su muerte ,como lo dijo el Apóstol *(Hebr.*, XII, 2): «Qui, proposito sibi gaudio, sustinuit *mortem*, confusione contempta». «No hizo caso de la confusión, mirando el fruto de su muerte y el gozo que había de recebir de haber redemido á los hombres.»

De lo dicho se colige que la Virgen Santíssima fué preservada de culpa, como lo fueron los ángeles, y como lo fueron de la muerte los hijos de Israel, abriéndose mediante la vara de Moysén el mar Bermejo, y dándoles el passo libre, con pérdida de todos los egipcios. Gran maravilla fué, y milagro extraordinario y nunca visto en la tierra, que una hija de Adán y Eva, padres villanos y aun traidores, viniesse á ser Madre de Dios, exempta de todas las leyes á que los demás hermanos suyos estuvieron sujetos. San Bernardo dice assí: «Hubo tal correspondencia entre la bendita entre las mujeres y el bendito fruto de su vientre, que si diera Dios á su Hijo otra Madre de la que le dió, se corriera dello; y otro tanto la Madre, si le diera otro Hijo. Tal la hizo Dios, que habiendo de tener hijo, hubo de ser Dios; y habiendo Dios de tener Madre, hubo de ser ella. Por esso la privilegió entre todas las mujeres, preservándola de pecado original y no dando lugar en ella al mortal ni venial». Y aunque hay reglas generales, que abrazan á todos los hijos de Adán y los incluyen en la ley del pecado, para persuadirme yo que la Virgen fué libre y exempta dellas, bástame lo que el Santo Concilio de Trento dice (Conc. Trid., sessio. 5) hablando del pecado original; conviene á saber: «no haber sido su intención comprehender debajo del decreto que comprehende á todos los mortales á la bienaventurada y nunca manchada Virgen María, engendradora de Dios».

Diferente intención tiene que el Concilio el que predica á la Virgen concebida en pecado original. A lo menos no respeta lo que el Concilio respetó, que fué ser Madre de Dios. Y San Agustín: «Tratando, dice, de pecados, no quiero tomar en mi boca á la Virgen Maria, por reverencia de su Hijo». San Dionisio Areopagita (cap. III de *Divinis nominibus)*, llamó á esta Señora carne de Dios, ó carne deificada. Pues, ¿cómo ha de assentar sobre esta carne culpa original? Postraos, dice un doctor, cuando oyéredes decir que Dios nació de María, y adorad esta carne; si ya no en ella, por ser pura criatura, en el Hijo, que es hombre y es Dios. Y si me dijere alguno que los antiguos doctores tuvieron que la Virgen fué concebida en pecado original, lo que me parece dellos es lo que de Hércules y de otros famosos conquistadores del mundo, que llegando á Cádiz puso dos colunas con aquel famoso epitafio: «Non plus ultra»: «No hay más mundo»; y engañáronse, porque después se han descubierto las Indias Occidentales, que es otro nuevo mundo. Gran Hércules, San Bernardo, San Juan Crisóstomo y Santo Tomás, famosos descubridores de las grandezas y excelencias de la Virgen; pero llegados al piélago grande y occéano del pecado original, dijeron: «Sanctificada fué», como San Juan Bautista y Jeremías, y pusieron: «Non plus ultra». Quedáronse allí; pero han venido después muchos Corteses, conquistadores de nuevos reinos, que, arrojándose al agua, dijeron «Plus ultra»: «Más hay adelante». No sólo fué santificada, sino

---

(a) Debe leerse: *Apoc.*, XII, 11.

preservada. No la tocó el pecado, como ni á los hijos de Israel la espada de Faraón cuando con sus carros los fué persiguiendo hasta el mar Bermejo.

Este privilegio singularíssimo de la Virgen, demás de lo dicho, fundo yo en aquella contraposición que San Pablo *(I Corint.*, XV) hace de Adán á Cristo, y de Eva á María, en esta forma: Ninguno habrá que se atreva á decir que en algún tiempo fué mejor Adán que Cristo, ni Eva que María; porque, como dice San Anselmo, hablando desta gran Señora: Todo lo que tiene ser, ó es inferior ó superior á ella: superior, sólo Dios; inferior, todo lo que no es Dios». Entre, pues, Eva con su inocencia, y los santos todos con su santidad, y los ángeles con su pureza, que todos son inferiores á María. Della podemos decir aquello del Profeta Ezequiel *(Ezech.*, XXXI, 8): «Omne lignum Paradysi non est assimilatum *ei*, et pulchritudini ejus»: «Ni en los merecimientos, ni en la hermosura de la gracia y gloria, hay santo en el Paraíso que se le pueda comparar». Pues si concedemos que la Virgen fué concebida en pecado original, forzosamente habemos de confessar que en algún tiempo fué Eva mejor que ella; porque Eva fué formada en justicia original y en gracia; á lo menos por el tiempo que duró en esta justicia se había de anteponer y aventajar á la Virgen, por el tiempo que estuviera en culpa original, lo cual fuera en grande ofensa de la Madre de Dios y en mucho deshonor de su Hijo: luego fué concebida en gracia.

Fuera de Dios, todos son inferiores á María.

No niego yo que de su naturaleza, y como hija de Adán, la Virgen, como los demás hijos y hijas dél, estaba sujeta al pecado original; pero gracias se le den á su Hijo, que la preservó y hizo exempta de essa ley. Lo uno, por ser su Esposa; lo otro, por ser su Madre. Sabida es aquella ley que comienza: *Princeps de legibus*. Allí dice el emperador que el príncipe es exempto de las leyes, y por consiguiente su mujer; no como él, sino por privilegio especial. «Augusta autem licet legibus soluta non sit, Princeps autem illi privilegia tulit et tribuit, quæ ipse habet». Palabras graves y de mucha consideración. El emperador, por el mismo caso que lo es, es exempto de las leyes; pero no la emperatriz; mas por ser mujer del emperador es bien y muy conforme á razón que lo sea, y que goce de los privilegios y exempciones de que él goza. Digo yo assí agora: Si las leyes humanas son tan corteses y comedidas que entre el marido y la mujer no quieren que haya honra partida, sino que sean comunes las libertades y privilegios; ¿cuánto más habrá de esto entre el divino Emperador y Emperatriz, Cristo y María? Diga, pues, el Esposo á su Esposa: EQUITATUI MEO IN CURRIBUS PHARAONIS ASSIMILAVI TE, AMICA MEA, etc.

Harpius Theolog. (lib. I, c. XXX), quod dicit Sponsus Sponsæ tale est, inquit: «Exercitui meo, id est, populo israelitico, ab exercitibus Pharaonis persecutionem passo, sed a me liberato assimilavi te, amica mea. Quia sic te liberare paratus sum a diabolicis impugnationibus, et humanis persecutionibus tanquam amicam meam» ([1]). Que sin remedio pereciera el pueblo de Dios en aquella ocasión si Dios miraculosamente no los librara. Abrióse el mar, y dióles passo; y esse mismo mar, á los egipcios, que continuaron su intento y dieron en seguirlos, los tragó y mató sin quedar uno; al fin, á los unos libró el mar, y á los otros se los sorbió y acabó con ellos. Por donde no piensa el alma, afligida y para perecer en manos de sus enemigos, la abre Dios camino y la libra dellos. ¿Quién sino Él le hiciera en las aguas vehementes y furiosas? Detenidas por su gran poder, sirvieron de muro á sus siervos, y sueltas por su voluntad, fueron sepultura de los gitanos.

A mi caballería te hice semejante en los carros de Faraón. En los peligros y batallas espirituales, cuando de todas partes nos cerca la tentación, delante el mar amargo y grande de todos los peligros, detrás los demonios en nuestro alcance, abre Dios el mar para que el alma passe á pie enjuto, y le cierra para que perezcan allí sus perseguidores. No hay mar tan grande, aunque sea el archipiélago, como nos parece algunas veces la tentación, espe-

Al siervo de Dios, cuando más afligido y atribulado, le abre Dios camino para su consuelo.

([1]) Lo que estas palabras del Esposo á la Esposa significan, según Enrique Harpio, es: «Hícete semejante, amiga mía, á mi ejército, es decir, al pueblo de Israel, perseguido por los carros y ejércitos de Faraón y libertado por mí de las iras y del poder de este tirano; pues del mismo modo que á aquél estoy dispuesto á librarte á ti de todas las persecuciones de los enemigos todos, así terrenos como infernales.»

cialmente cuando nos aguijan los enemigos y llegan ya á poner las manos; pero si somos pueblo de Dios, y vueltos á Él le pedimos socorro, abre senda por esse mar, divídense las aguas: unas passan, y otras se quedan suspensas y detenidas hasta que habemos passado. Si eres Esposa de Cristo, la mar te defenderá, y si del pueblo egipcio, allí perecerás. Argumento de lo primero, salir bien de la tentación y tribulación, sin lesión alguna y con ganancia, y estando fuera della cantar á Dios gloriosamente, como los hijos de Israel. Pero de lo segundo es perder el sufrimiento y paciencia en los trabajos y empeorar en ellos. Volvernos en escoria, como dijo Ezequiel, de la casa de Israel *(Ezech.*, XXII, 18): «Omnes ist æs, *ferrum*, *stannum* et plumbum in medio fornacis: scoria argenti facti sunt» [1].

No temas, alma, si tienes á Dios, entrar en el horno, que el fuego se te volverá en marea, y el mar se te abrirá y te dará passo, y ardiendo en llamas, á tu parecer, no te quemarás, ni el olor del humo quedará en ti. Estilo de Dios, dejar á los suyos hasta que ningún remedio hallan en la tierra, por librarlos milagrosamente: para que, conocido el peligro, crezca el agradecimiento y amor. Y passemos nosotros á considerar lo que se sigue, que no nos ha de dar menos en qué entender que lo passado.

LECTIO VIII

PULCHRÆ SUNT GENÆ TUÆ SICUT TURTURIS: COLLUM TUUM SICUT MONILIA *(Cant.*, I, 9) [2].

ARTÍCULO ÚNICO

Después de explicar el sentido literal que tienen estas palabras, examina el espiritual, en que descubre las virtudes de castidad, obediencia y adornos de gracia que alaba Cristo en su Esposa.

Hermosas son tus mejillas, como de tórtola; y tu cuello como los joyeles ó collares, ó como las mismas galas que suelen adornar los cuellos de las hermosas doncellas.

Ya dije arriba que, á mi parecer, en estas palabras prosigue Salomón la metáfora de yegua, que assi se traslada del hebreo; assí Teodoreto; assí Sanctes Pagnino y muchos otros. La cual, como vimos, no contradice en nada á nuestra *Vulgata:* porque EQUITATUS no señala cierto modo de caballería, antes es ambiguo á todos los modos que se pueden hallar. Especifícalo, empero, la translación hebrea, diciendo: *Equæ meæ;* y assí digo que lo que se sigue le conviene á la Esposa, en cuanto yegua de Dios, en que Él anda y se passea y hace sus jornadas en servicio de los hombres. Y parece ser esto assí; porque entre las particularidades que se miran en un caballo ó yegua, assí estimada, una es que tenga buenas mejillas y boca; quiero decir, que tome bien el freno, y el cuello sea bien hecho, bien sacado y de suyo hermoso, aunque sin ornato alguno. De ambas cosas es aquí alabada esta yegua de Dios; de buena boca digo, que essas son las mejillas en la yegua y en el caballo; porque allí se ajusta el freno y de allí sale el gobierno del jinete, según que se colige del salmo que dice *(Ps. 31*, 9): «Nolite fieri sicut equus, et mulus, quibus non est intellectus. In chamo, et fræno maxillas eorum constringe», etcétera. «A los pecadores dissolutos, y que se despeñan en los vicios, como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento, quebradles, Señor, las bocas con el freno y bocado de yerro duro de la persecución y castigo.»

A Faraón, rey de Egipto, amenaza Dios diciendo *(Ezech.*, XXIX, 4): «*Ego* ponam frænum in maxillis tuis» [1]. Y declarando qué freno era éste, que le había de poner en la boca, añade (*ib.*, 8): «Ecce ego adducam super te gladium» [2]. Y lo que Ezequiel llamó mejillas, Isaías llamó labios, hablando de Senacherib *(Isai*, XXXVIII) *(sic)* *(a):* «Ponam circulum in naribus tuis, et frænum in labiis tuis» [3]. *Quasi dicat* [como si dijera]: yo te iré á la mano y estorbaré los intentos con muerte de

[1] «... Cobre, y estaño, y hierro, y plomo son todos estos *de Israel* en medio del crisol: escoria de plata han venido á ser.»

[2] LECCIÓN OCTAVA. — «Lindas son tus mejillas, así como de tortolilla; tu cuello como *si estuviera adornado* de collares de perlas.»

(a) Léase: XXXVII, 29.

[1] «Yo pondré un freno en tus quijadas.»

[2] «Mira; yo descargaré la espada contra ti.»

[3] «Te pondré yo un anillo en tus narices y un freno en tus labios.»

ochenta y cinco mil hombres, en cuyas fuerzas vienes contra mi pueblo muy confiado y lleno de arrogancia. De manera, que assí como con el freno en la boca gobierna el jinete su caballo y le lleva á la parte que quiere, assí con el trabajo y el castigo enfrena Dios á los hombres para que no se precipiten en los pecados, y de allí en el infierno. Y como la buena boca es alabada en el caballo, porque el que la tiene facilíssimamente es llevado á donde quiere el caballero, y en la mayor furia de la carrera, con pequeña dificultad, tirando las riendas, le detiene, assí es aqui alabada la Esposa de obediente y rendida al gobierno y dirección de Dios. Lo segundo, de buen cuello, bien sacado y sujeto á las riendas del que le rige. Alma de boca blanda, que toma bien el freno y gobierno de Dios, que camina á la parte que le guía con las riendas de su ley y mandamientos, hermosa es sobremanera: hermosa como la misma hermosura y gala.

Como con el freno se rinde y sujeta el caballo, assí con los trabajos y castigos, Dios á los hombres.

Sanctes Pagnino traslada: «Pulchræ sunt maxillæ tuæ propter margaritas, collum tuum propter torques» (¹), significando en las margaritas las virtudes interiores que hermosean el alma; y en el collar, la perfecta obediencia, que tanto agrada á Dios y á los hombres. San Gregorio Nisseno pone esta sentencia como interrogante: Quid pulchræ factæ sunt genæ tuæ, sicut turturis? Collum tuum, sicut monilia? Pudo la Esposa correrse de verse comparar á la yegua ligeríssima; y, como advierten los más de los expositores, debióse de poner colorada; que, como sabemos, la vergüenza, en los pocos que la tienen, luego sale á la cara; pónense como un carmesí las mejillas cuando sentimos alguna confusión, y aun cuando somos alabados, si de verdad somos humildes; y viendo esto el Esposo, como admirado dice: ¿por qué se han puesto hermosas tus mejillas como la tórtola, y tu cuello como el collar? Aunque te he comparado á mi yegua, ninguna necessidad tienes de freno para detenerte que no te despeñes; porque en lugar dél tienes una vergüenza y empacho natural, que te enfrena y tiene á raya, á la manera de la tórtola, amiga de la soledad. Tu cuello es hermoseado, admirable y con collar de oro. Aquel de quien en sus *Proverbios* dice Salomón (*Prov.*, VI, 21) que hermosea y pone galana el alma, que es la obediencia á los mandamientos de Dios; quasi dicat [como diciendo]: no tienes cuello duro por soberbia, como el demonio, que Job dijo que no hay freno para él (*Job*, XLI, 5); sino flexible y blando por humildad y conocimiento propio, como el collar de oro, que se labra primero derecho y por la nobleza y pureza de aquel metal fácilmente se dobla y se le da figura circular, acomodada al cuello á donde ha de servir.

La vergüenza se muestra en el rostro y es señal de obediencia y honestidad.

San Teodoreto, entendiendo estas palabras de la Iglesia, dice que constando ella, como consta, de muchos hombres y de muchas mujeres, algunos hay en ella que tienen officio de ojos, otros de manos, otros de mejillas, otros de cuello, otros de orejas y otros de boca. Alaba, pues, aquí aquellos que son hermoseados y adornados de gravedad, y señalados en la honestidad y vergüenza, de que es alabada la tórtola entre las demás aves, la cual se contenta con su marido, y, muerto, nunca más trata de casarse, sino de llorar y sentir la pérdida de su compañero. El cuello, dice que es semejante á los collares, ó al tusón, porque lleva sobre él el yugo suavíssimo de Cristo, que es el verdadero y legítimo ornamento y atavío de un alma. Y en verdad que, entre todas las exposiciones que se dan á este lugar, es ésta la que más me satisface y llena el desseo; porque si habla el Esposo, como habemos dicho, con la Iglesia, colegida de los gentiles, significándose en el cuello obediencia —lo cual es muy conforme á las divinas letras,—decirle que su cuello es como la misma gala, es decirle que la que antes, por la inobediencia á su ley y al yugo de su fe y Evangelio, era feíssima, ya es hermosíssima por el rendimiento y obediencia que le ha dado. Porque como el collar hermosea el cuello y es la gala más estimada en las damas, assí la obediencia es la que más hermosura pone en el alma y más apta la hace para recebir mercedes del Esposo celestial. Y aunque es assí que muchas naciones del mun-

La virtud que más hermosura pone en el alma es la obediencia, y la que mas apta la hace para recebir mercedes del Señor.

(¹) «Hermosas son tus mejillas por las margaritas que las adornan, y tu cuello por los collares con que te engalanas.»

do han prestado la obediencia á Cristo y se han sujetado á su gobierno, ninguna con tanta perseverancia y fidelidad como esta santa Iglesia.

Próspero Roseto concuerda y eslabona estas palabras con las que han precedido, en esta forma: «No solamente, dice, es alabada la Esposa de fortaleza, cual es la que hallamos en la caballería de Dios, de que largamente tratamos, sino de honestidad de tórtola, virtud que en esta ave más que en otra se halla. De manera que la que en lo fuerte es comparada al caballo brioso, en lo honesto y vergonzoso es comparada á la castissima tórtola».

Fortaleza y honestidad siempre andan juntas y hermosean mucho el alma.

Terrible llama el Espíritu santo á la Iglesia, como el escuadrón de los soldados bien ordenados; y por otra parte, hermosa como la luna; las cuales dos virtudes—fortaleza digo y honestidad—no solamente en las divinas letras andan juntas y de compañía y causan inestimable hermosura á quien las posee, sino también en las humanas; porque los antiguos poetas y astrónomos afirmaron ser muy deudos entre sí Venus y Marte: él es símbolo de fortaleza, y ella de hermosura. Fuerte es la Iglesia contra sus enemigos invisibles, y modesta contra ios visibles. San Bernardo *(serm. 40)* dice que, por la figura sinédoque, lo mismo es aqui mejillas que rostro, y persuádese que en estas palabras es alabada la Esposa, como habemos dicho, de casta, honesta y vergonzosa, no porque la tórtola tenga carrillos ó mejillas hermosas, sino porque en las de la Esposa resplandece la honestidad y pureza de la tórtola; y deste parecer son Orígenes, San Jerónimo, San Gregorio, Hugo Cardenal, Santo Tomás, Haymón y los demás intérpretes de los *Cantares*.

La tórtola, por las diversas propiedades que tiene, tiene varias significaciones. Es animal solitario; su habitación es en los montes; y en lo alto y cogollos de los árboles hace su nido. Conténtase con un marido, y jamás le quiebra la fe, ni se acompaña con otro si éste falta; en lugar de cantos, da gemidos, y en buscar las cosas necessarias para su vivienda tiene grande providencia. Que, como dice Dios por Jeremías *(Jerem.*, VIII, 7), sabe á qué tiempo ha de buscar la tierra caliente para criar sus hijuelos, y á qué tiempo la fría, para passar los calores. Los egipcios, para significar una viudez contentíssima *(a)*, pintaban una tórtola, la cual, muerto su marido, huye de la compañía de las otras tórtolas y de las demás aves.

Entre los hebreos fué símbolo certísimo de honestidad; porque, como dice San Agustín, el ofrecer por los infantes dos tortolillas, indicio era de que los quería Dios honestos y libres del pecado de la carne. Orígenes dice que entonces ofrecemos á Dios un par de tórtolas, cuando ayuntamos nuestra alma con el divino Verbo, como con un verdadero matrimonio. Y en este lugar dice que en las mejillas de la tórtola se declara la virginidad y honestidad de la Iglesia, que, contenta con solo Cristo, da de mano y desprecia á los demás amadores. Lo mismo siente San Jerónimo (lib. I *Contra Jovinianum*), D. Ambros. (lib. II *de Abraham patriarcha*, cap. VIII), D. Gregorius (lib. VI *Moralium*, cap. XIII, et XIX, cap. XXIV). Y por ventura se mandaban ofrecer dos tórtolas, para significar dos maneras de castidad que Dios pide en nosotros; *conviene á saber*: del cuerpo y del alma. Y essas son aquí alabadas en la Esposa, cuando el Esposo le dice, no tu mejilla, sino «Tus mejillas hermosas son, como de tórtola, y tu cuello como los collares»: Collum tuum sicut monilia. En la Sagrada Escritura, por cuello es significada la audacia, atrevimiento y soberbia del hombre; como se colige del salmo 128 (v. 4): «Dominus... *concidet* cervices peccatorum», etc. ([1]). Y de Job, que hablando del hombre soberbio dice *(Job*, XV, 26): «Cucurrit *impius* adversus *Deum* erecto collo» ( ). Y aun en nuestro castellano llamamos á los soberbios cuellierguidos. Del león cuenta Plinio que tiene el cuello de manera que no se puede doblar; y por esso es significado en él el hombre soberbio. Por lo cual me persuado que alabando el Esposo á la Esposa de cuello agraciado y hermoso, la alaba de humilde y obe-

Símbolo de honestidad la tórtola.

Castos nos quiere Dios en el cuerpo y en el alma.

(a) Quiere decir perfectamente continente, *continentísima*.

([1]) «El Señor ha cortado la cabeza á los pecadores.»

([2]) «Corrió (el impío) contra Él, erguido el cuello »

diente. En el capítulo VI *(a)* se compara el cuello de la Esposa á la torre de marfil; en el IV (v. 4), á la torre de David; en éste, á los collares. Pero, dejando cada cosa destas para su lugar, en éste será razón que veamos qué significa propiamente este nombre MONILIA. Y considerando bien lo que los autores dicen, es ornamento, no sólo de damas, sino también de caballos, que les ponen pretales curiosissimos en el cuello, que los hermosean todo el pecho, como lo refiere Virgilio *(Æneida*, lib. VII) de los caballos de Latino, rey, por estas palabras:

Aurea pectoribus demissa monilia pendent.

Verdad sea que, hablando con mayor propiedad, MONILE es gala de la garganta; es, como si dijéramos, gargantilla de granates ó rubíes, ó de oro y piedras sembradas á trechos. Un moderno le romancea joyeles. Calepino dice, que entre los antiguos fué insignia de virtud, y que se daba en premio de alguna grande hazaña, y servía como de despertador para emprender cosas grandes ( ).

En el sentido espiritual tiene varias significaciones: significa el Espíritu santo y sus dones divinos en el anima del justo, como lo siente Beda *(Super Génes.*, XLI), Isichio *(Super Levit.*, XXVII), Hiere., IV; *Prov.*, I; Isai., XXXI et LXI; Ezech., XVI. Significa lo segundo todos los ornamentos y atavíos del alma; y también la sabiduría y buen entendimiento, como le parece á Origenes (hom. 26 *Super Num.)*, y á San Ambrosio (lib. VII de *Joseph Patriarcha*), y al venerable Beda (cap. I, *Prov.*). Al fin, como dice Ruperto *(sobre el Eclesiastés*, cap. XXXI). MONILE es una joya con que son premiados y hermoseados los fuertes guerreros y valientes soldados; es honra de virtud y premio de fortaleza, mediante el cual son inflamados y provocados los hombres á pelear varonilmente y á imitar las virtudes y hazañas de sus mayores. A otros les parece (inter quos D. Hieronymus tenet primus [entre los cuales San Jerónimo ocupa el primer lugar] que esta gala significa el mismo Cristo, que ha de andar como colgado del cuello, como anda un precioso joyel. Y, á la verdad, no puede haber hermosura tan grande para el alma como traer á Cristo al cuello, rendida á su querer y obediente á sus mandamientos, meditando y contemplando en Él de día y de noche. A algunos modernos les ha parecido que si por el cuello es significada la obediencia de la Iglesia y del ánima santa querida y amada de Cristo, que por estos atavíos y collares debemos entender la ley evangélica y divinos preceptos, con que se adquiere mayor hermosura que con todas las galas y ornatos del mundo. Salomón *(a)* llamó á las leyes de Cristo, sabiduría encarnada, grillos de salud, estola de gloria, etcétera.

El premio de la virtud es Cristo, joyel preciosissimo.

Fray Luis de León tiene que en las mejillas de tórtola y en estos collares son significadas aquellas virtudes que los antiguos llamaron purgativas, que, aunque no consiste en ellas la verdadera hermosura del ánima, que es la caridad, sirven mucho para el crecimiento della, mortificando en el cuerpo las codicias malas y consumiendo los resabios de carne que para esto estorban. Ayúdase para este su pensamiento de la propiedad de la lengua hebrea; porque, consultada con atención, los nombres *turtur* y *monilia* nacen de dos verbos: de uno que significa disponer y reducir á orden; otro, adelgazar; lo cual todo pertenece á la virtud de la temperancia, cuyo oficio es adelgazar la carne viciosa y comprimir y sujetar las codicias malas que se levantan en nosotros, y reducirlas á orden. Para salir con esta empresa, ayuda la temperancia de los ayunos, vigilias, oraciones y lágrimas; de las cuales unas pare ella de sí misma, otras toma como prestadas para servirse dellas. También favorecen á lo dicho los nombres de tórtola y collares; porque la tórtola por canto da gemidos y quejas amorosas, que en el alma dan muestras de dolor y arrepentimiento de

(a) Es en el capítulo VII, versículo 4, donde se halla esta comparación.

(a) Estas frases á que hace referencia el autor se hallan en *Eccli.*, VI, 30, 32; XV, 5.—Ya hemos notado arriba, páginas 165 y 190, que el libro del *Eclesiástico* no fué escrito por Salomón.

([1]) En general, los clásicos latinos emplean esta palabra *monile* significando, en singular, collar, adorno del cuello, y en plural, en la significación de joyas, aderezos.

haber pecado y ofendido al divino Esposo. Los collares que, echados al cuello, le adornan y aprietan significan vida estrecha y ánimo ceñido y metido, como acá decimos, en pretina, con la ley de la continencia. Y aunque, como dice, no es esta la perfecta hermosura del alma, todavía la hermosean y hacen agradable á los ojos de Dios y de los hombres, y dan lugar en ella á la caridad, para que se ensanche y tome el pleno señorío en ella.

Hortulano y Cipriano, monje, y San Bernardo, en sus *Comentarios*, dicen que en el hebreo están de plural ambos nombres, *turtures* y *monilia;* y á la letra se pueden traducir assí: «Pulchræ sunt genæ tuæ in ornamentis, collum tuum torquibus» ([1]). Y verdaderamente es más blanda y suave esta translación, y más declaradora de lo que vamos diciendo, conviene á saber: que la Esposa es hermosa por los atavíos de las virtudes; aunque más encarecida queda esta virtud diciendo que es como los mismos ornamentos y collares. Digo, pues, que, según el parecer destos doctores, tan peritos en la lengua hebrea, sin contradecir en nada á la *Vulgata*, podemos interpretar por tórtolas, ornamentos ó galas de las mujeres de aquel tiempo. Pero qué ornamentos fueren éstos no es cosa fácil de entenderlo. Algunos dicen que eran unas imágenes ó figuras pequeñitas, á manera de tórtolas; otros, que eran unas cadenillas curiosas, labradas de oro y plata. Sea lo que fuere, lo que yo creo sin ninguna duda es que assí las tórtolas como los collares pertenecen al ornato de las damas honestas y de virtud probada. Que aun allá dijo Ovidio:

Nicolao de Lira aprueba mucho esta translación.

Dat digitis gemmas, dat longa monilia collo ([2]).

La consecuencia desta sentencia con las passadas es admirable. Ha tratado el Esposo de la fortaleza de su Esposa y de la vitoria alcanzada de Faraón y de sus carros, que es toda la caballería de los demonios, y de sus ministros los herejes y enemigos declarados; porque, como habemos probado, los collares y galas eran insignia de virtud y premio de fortaleza; trata consecutivamente desto después de aquello, para darnos á entender que no se le dan joyas al alma hasta haber peleado y vencido. Porque, como dijo un filósofo, los dioses vendieron á los trabajos los premios. Y San Pablo (*II Tim.*, II, 5): «No será coronado sino el que legítimamente», *id est* [esto es], conforme á las leyes de la milicia peleare.

Después de la vitoria se da la corona.

San Juan Crisóstomo *(in Math.*, super illud) *(Math.*, VI, 1): «*Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus*, dice: «Speciosæ sunt genæ tuæ sicut turturis, propter taciturnitatem tuam ([1]). Alabada de callada y bien intencionada, que lo que hace lo hace por solo Dios, etc. San Buenaventura *(De luminaribus Ecclesiæ)* ([2]), dice que en estas palabras alaba el Espíritu Santo á la Esposa de casta y honesta. Y dando la causa de su castidad, que es por amor del Esposo, hace la comparación de la tórtola: SICUT TURTURIS; porque esta ave, como queda dicho, es amorosa y casta; y, por el amor del marido, ni en la vida dél, ni después de muerto, se junta con otro. De manera que muriendo y viviendo le guarda fidelidad; argumento que es por amor y no por miedo. Y, á la verdad la honestidad y hermosura del alma no está tanto en ser casta cuanto en que lo sea por el amor del celestial Esposo. Como al mártir no le hacen mártir los tormentos, sino la causa por que los padece, que es Cristo; assí la castidad, no merece este nombre cuando por respetos humanos se guarda, sino cuando por el amor del Esposo; y entonces hace hermosíssima y bellíssima á la Esposa. Por eso se dice: PULCHRÆ SUNT GENÆ TUÆ SICUT TURTURIS, COLLUM TUUM SICUT MONILIA.

La virtud, para ser perfecta, se ha de obrar por amor de Dios.

El cuello por donde sale la voz, dice San Buenaventura, es la verdad. Los collares que adornan y hermosean el pecho y le aprietan, es la discreción; porque si alguno dice la verdad no como debe, pierde su hermosura y sa-

([1]) «Hermosas son tus mejillas por los adornos con que te engalanas, y tu cuello por los collares con que te atavías.»

([2]) Engalana sus dedos con piedras preciosas; su cuello con ricas preseas y joyas.

([1]) «Hermosas son tus mejillas como las de la tórtola, por el recogimiento y silencio que guardas.»

([2]) Véase OPERA OMNIA *S. Bonaventuræ*, etc., de la cual dejamos hecha mención en las páginas 68, 71 y otras. Advertimos que no hemos hallado en esta edición ningún escrito del Seráfico Doctor que lleve este título.

zón. Ha de salir la verdad con grandes circunstancias, para que sea recebida y de provecho: cuello como las mismas galas, como la que Natán dice á David (*II Reg.*, XII, 7, 13), que cuando cayó en la cuenta de que hablaba con él, ya la verdad había hecho su efecto. Esso mismo, de la parábola de la viña y los arrendadores (*Math.*, XXI, 33-45, y *Marc.*, XII, 1-12).

Quidam Neothericus exponens hunc locum dicit laudare hic Sponsum Sponsæ obedientiam: obedientia enim, et flexibilitas, item, et obsequium, et contumacia in collo apparent, et per collum significantur. Lege Philo (in lib. de *Monarchia*, tomo II, pág. 181). «Sequaces, inquit, et flexibiles ad virtutem mentes virginum sunt, et ad disciplinam promptissimæ» ([1]). *Vel dicendum* [ó digase más bien] que la Esposa de Cristo no tiene necessidad de afeites ni atavíos exteriores para parecerle bien; porque todo artificio tiene menos de verdad, como se vee en los hipócritas y mujeres que se afeitan con demasía, que parecen lo que no son. Ni condeno por esto la translación hebrea que dice: «Collum tuum pulchrum est in monilibus», porque no es inconveniente que á la hermosura natural de la Esposa se le añada algún artificio para dar más gusto y parecer mejor á su Esposo. Ars enim perficit naturam, Aristot. teste (tom. II *Phys*, text. 24 et 25). Hinc Philo (*De fortitudine*) (tom. II, página 113). «Cultus exquisitus auget pulchritudinem», etc. Sed quam pulchra anima in gratia, si cæteris virtutibus ornetur! ([1]).

([1]) Cierto autor moderno dice que en estas palabras alaba el Esposo la obediencia de la Esposa; porque la obediencia y docilidad, lo mismo que la humildad, y la rebeldía ú orgullo, danse á conocer en el continente exterior y parece como que tienen su asiento en el cuello, erguido ó humilde, según la disposición del alma. Léase á Filón en el lugar citado, en donde afirma que la docilidad é inclinación á la virtud son cualidades de las vírgenes y almas puras, siempre dispuestas á la obediencia y rendimiento del propio juicio y de la propia voluntad.

([1]) «El arte, dice Aristóteles, perfecciona ó ayuda á la naturaleza.» De donde vino á escribir Filón que «el cuidado ó el arte aumenta la belleza» En conclusión: ¡qué hermosa es el alma en posesión de la gracia santificante, si á la vez se halla enriquecida de las demás virtudes!—Cierra con esta exclamación el P. Angeles la serie de consideraciones que ha hecho sobre este versículo, dando á entender con esto que la belleza espiritual del alma, además de la gracia santificante que Dios infunde en nosotros, requiere el ejercicio de las virtudes.

LECTIO IX

MURENULAS AUREAS FACIEMUS TIBI VERMICULATAS ARGENTO (*Cant.*, I, 10) ([1]).

* ARTICULO I

Discute de quién son estas palabras, que expone literalmente, y se inclina á ponerlas en boca del Esposo.

Esta sentencia, como las demás, tiene dificultades hartas. Y lo primero que habemos de averiguar es quién habla aqui con la Esposa.

Algunos dicen (Cajetan. y Catharin.) que el Esposo, en el estilo que los grandes prelados y príncipes, que, siendo la persona una, hablan del número plural. *Nos don Fulano, por la gracia de Dios, obispo*, etc. *Nos el Rey*, etc., *ordenamos y mandamos...* Otros dicen (Aug., Hug., Rupert., Ambros., Cathar. et communis) que son palabras de la beatísima Trinidad, como aquellas del *Génesis*, II *(sic) (a)*: «Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram» ([2]). Otros dicen (Orig., Hier., Thom., Greg., Haym. et Bern.) que son los amigos y compañeros del Esposo, que en su ausencia consuelan á la Esposa. Y estos compañeros y amigos dicen algunos que son los santos ángeles; otros, que los apóstoles y doctores de la Iglesia. El venerable Beda dice que, generalmente, son compañeros y amigós del Esposo, per quos nobis Scriptura Sacra, agente et cooperante Dei Spiritu, ministrata est ([3]); ora sean ángeles, ora profetas, ora apóstoles, ora doctores y predicadores, que todos, assí en el Testamento Viejo como en el Nuevo, siempre nos interpretaron y enseñaron los misterios y sen-

---

(a) Debe corregirse la cita del capitulo, que es: *Génes.*, I, 26.

([1]) LECCIÓN NOVENA.—«Gargantillas de oro haremos para ti, taraceadas de plata»; ó, según otros trasladan: «zarcillos y collares de oro haremos para ti, con varios esmaltes de puntos menudos de plata.»

([2]) «Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra.»

([3]) ... todos aquellos por medio de los cuales, asistidos como se hallan del Espíritu Santo, venimos en conocimiento de la Sagrada Escritura.

tidos de las divinas Escrituras y consolaron el alma ausente de su Dios y de su Patria.

Trabájase mucho Próspero Roseto en probar, en sus *Comentarios*, que no puede ser el que aquí habla el Esposo, por parecerle que este modo de decir no se halla en la Escritura; porque siempre que habla alguna de las divinas personas, habla en singular. *Gén.*, XV, 1: «Ego protector tuus sum». *Exod.*, II *(sic) (a)*: «Ego Dominus fortis *et* zelotes», et cap. III, 14: «Ego sum qui sum», et *Levit.*, cap. XX, 8: «Ego Dominus, qui *sanctificavi* vos», et *Num.*, XVIII, 20: «Ego pars, et hæreditas tua», et *Deut.*, XXXI *(sic) (b)*: «Ego occidam, et ego vivere faciam» [1].

Al fin, se resuelve en que entra aquí otro acto ó jornada, y que hablan los compañeros del Esposo ausente con la Esposa que de su ausencia quedó triste, especialmente por no haber sido oída según todo su desseo, que, como ya vimos, fué de ver á Cristo en el medio día de su gloria. Como si dijeran (Fray Thomás de Villanueva): ¿Por qué te congojas por la vista? Engalana primero el oído, oye agora, que después verás. MURENULAS AUREAS FACIEMUS TIBI VERMICULATAS ARGENTO. En cuanto durare la peregrinación y el morar en este cortijo del mundo, hermosearte hemos, y engalanarte hemos con unos zarcillos de oro, esmaltados con plata, para entretener el desseo de la Patria. No será todo oro; porque no lo lleva la tierra, sino templado con plata. Assí es verdaderamente, que los santos ángeles, que con tanto cuidado y solicitud tratan del bien y consuelo del ánima, esposa de Cristo, de tal manera la hablan y entretienen, assí la regalan y hacen caricias, en tanto que le es negada la presencia de Cristo, que las espirituales ilustraciones y inspiraciones divinas suavíssimas, con que la hablan á lo interior, las templan de suerte que pueda percibirlas.

No puede comprehender el rayo de la divina luz en su pureza significado en el oro, y con artificio admirable le visten de plata; esto es, de semejanzas de cosas corporales, para que pueda comprehenderlo. Porque, como dijo San Dionisio: «Impossibile est nobis aliter lucere divinum radium, nisi sacrorum velaminum tegmine circum velatum» [1]. Digo que todos los regalos que se hacen al alma por los compañeros del Esposo, en cuanto se le niega el verlo y gozarlo, sirven no más que de entretenimiento. Aunque algunas veces es tanta la suavidad que siente en el gusto destos dones y relieves del cielo, que parece estar ya el que los goza en el cielo.

No se puede comprehender la pureza de la divinidad de Dios sino es por semejanza.

Pero ahondemos más en esta sentencia, que más misterio tiene, y no se apean tan fácilmente sus dificultades.

Y cuanto á lo primero, digo que yo no hallo ningún inconveniente en decir que el que aquí habla sea el Esposo, aunque diga *haremos;* porque en hacer mercedes y regalar al alma todas tres divinas personas acuden, porque las obras *ad extra* á todas tres personas pertenecen: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. «Et ad eum veniemus, dice Cristo *(Ioan.*, XIV, 23), et mansionem apud eum faciemus» [2]. Y es muy conforme al lenguaje castellano, hablando uno por muchos, decir: Haremos esto ó aquello. Y assi el Esposo, en nombre de la beatíssima Trinidad, dice: Harémosle unas arracadas ó zarcillos de oro, salpicadas con gusanillos de plata. Sentir esto desta manera es tan conforme á razón y á la consecuencia de la letra, que tendrá poca quien quisiere reprehendernos. Y si le parece á Próspero que en las sentencias passadas hubiera de haber hablado el Esposo en el número plural, como en ésta, diciendo: EQUITATUI NOSTRO ASSIMILAVIMUS TE, AMICA NOSTRA; y luego: MURENULAS AUREAS FACIEMUS TIBI, etc., no debió de advertir que allí alaba lo que la Esposa tiene, y aquí habla de las galas que se le han

A hacer mercedes y regalar al alma todas las personas de la Santíssima Trinidad acuden.

(a) Ha de leerse: *Exod*, XX, 5.
(b) Se hallan estas palabras en *Deut.*, XXII, 39.

(1) «Yo soy tu protector»; «yo soy el Señor Dios tuyo, el fuerte, el celoso»; «yo soy EL QUE SOY»; «yo soy el Señor que os santifico» (este tiempo lo trae el P. Angeles en pretérito); «yo soy tu porción y tu herencia»; «yo mato, y doy la vida».

(1) «Imposible nos es percibir el rayo de la divina luz si no son mitigados sus resplandores bajo el velo de las figuras sagradas.»

(2) «... y vendremos á él, y haremos mansión dentro de él»: (del que ame á Dios y guarde los divinos mandamientos).

de labrar de nuevo; y aun porque á la persona del Verbo le conviene más el andar á caballo y el tener escuadrones, y el requebrar ó requerir de amores al alma, el tratar de hermosura y mostrarse prendado della, que no al Padre ó al Espíritu Santo. Pues, á la verdad, aunque la obra de la Encarnación es de todas tres personas, en particular es del Hijo, pues Él solo es el desposado y Él solo es el que en estos *Cantares* va hablando. Él alababa [á] su Esposa primero de fuerte, luego de modesta, hermosa, vergonzosa, fiel y obediente, y agora trata de hacerle una nueva merced importantíssima para conservación de las demás recebidas; y para que se conozca cuán en nuestro favor están las divinas personas, dice que todos acudirán á esta obra: MURENULAS AUREAS FACIEMUS TIBI.

Para entender de raíz y de fundamento este regalo y promessa que se le hace á la Esposa, habemos de examinar este nombre, MURENULAS, y la diversidad de los intérpretes en sus translaciones.

MURENULA es diminutivo de murena, pescado conocido y estimado, que en nuestro lenguaje llamamos lamprea *(a lambendis petris)*; es muy amiga de lamer las piedras; es hembra, y no se halla macho, como lo afirma Plinio (lib. IX, cap. XXIII), y si le hay, no se llama deste nombre, sino *mirino:* es más robusto y de más tomo que la lamprea, y de un color todo él. Fué este pece muy estimado acerca de los antiguos, por su gracioso sabor y por su grande viveza; porque muriéndose facilíssimamente todos los demás pescados, ó por tedio de verse encerrados, ó por vicio de los estanques ó piscinas, la lamprea se puede guardar viva mucho tiempo. Hácese tan mansa y tan doméstica, que toma de la mano la comida, y por esso ha habido personas muy aficionadas á ellas. De Craso se lee que lloró por la muerte de una lamprea que tenía mansíssima en un estanque suyo, como si se le muriera una hija. Y de Antonia Drusi, que puso zarcillos á una lamprea que quiso mucho. Deste nombre *murena* desciende MURENULA, que es lo mismo que lamprea pequeña.

El nombre principal siempre significa el pescado que decimos lamprea; el diminutivo se usurpa por el zarcillo de oro, formado en redondo, en forma de lampreilla pequeñuela, que ase con la boca la cola, y se pone en las orejas como ornamento principal en las damas, de que hace mención San Jerónimo, escribiendo á Marcella. Cipriano dice que es *murenula,* gargantilla que, puesta en el cuello, se viene á rematar en los pechos con puntas y engarces curiosos de oro y plata y piedras preciosas. Algunos, como Beda, Ruperto, Santo Tomás, Haymón y otros modernos, quieren que sea este ornamento en forma de cadena, labrada de muchos anillos pequeñuelos, para adorno del cuello. San Gregorio, San Bernardo, Hugo Cardenal y Jacobo de Valencia, y todos los demás comentadores, dicen que es ornamento de las orejas.

VERMICULATAS ARGENTO, con gusanillos de plata. Assí parece que está salpicada la lamprea, que tiene por todo el cuerpo unas como boquillas ó gusanillos, con que fuertemente se ase á las piedras, y asida una vez, no hay sedal que baste á sacarla del agua, ni anzuelo que no quiebre. Es la lamprea muy resbaladiza, cuélase fácilmente, y por pequeño agujero entra como la anguila. Los *Setenta* intérpretes trasladaron: «Similitudines aureas faciemus tibi, cum motis argenteis, vel cum punctis, vel stigmatibus», con señales ó con puntos ó esmaltes de plata. Orígenes: «Cum distinctionibus argenti». Los hebreos: «Ornamenta auri faciemus tibi cum clavis argenteis». Otros leen: «Turtures aureos faciemus tibi», etc. Sanctes Pagnino: «Margaritas aureas faciemus tibi cum punctis argenteis».

La ocasión de trasladar este lugar de tantas maneras dió la palabra hebrea, que es ambigua á todo género de atavío que pertenezca á la cabeza y orejas de las mujeres. Y assí dice Hortulano que lo leyó Vatablo en la cátedra, que no se especificaba aquí ningún género de gala, sino que en común significa todo aquello que hermosea el cuello ó las orejas de las damas. Yo entiendo, sin ninguna duda, que es ornamento apropiado á las orejas, porque del cuello, pechos y mejillas ya queda alabada la Esposa.

* ARTICULO II

Expone el texto espiritual y misticamente, significando las divinas Escrituras y los efectos que las palabras de éstas obran en los oyentes cuando los predicadores hablan con espíritu sin descuidar el arte.

Esto assí presupuesto, será bien que tratemos de los sentidos espirituales y místicos,

interpretando primero esta letra conforme á la santa *Vulgata*, y luego, para nuestro enseñamiento, trataremos de las demás translaciones que descubren sentimientos admirables.

Exposición primera.

Dice, pues, el Esposo: MURENULAS AUREAS FACIEMUS TIBI VERMICULATAS ARGENTO. Cipriano, en sus *Comentarios*, por estas lampreillas de oro esmaltadas de plata entiende las leyes y institutos con que el divino Esposo rige y gobierna su Iglesia, que verdaderamente le sirven de galas, y la hermosean entre todas las naciones y repúblicas del mundo. Estas leyes no quiere Dios que se caigan de nuestra memoria, ni que las apartemos un punto de nuestros ojos. Y assí en el *Deuteronomio*, capítulo VI, 6-8, dice: «Eruntque verba *mea* hæc, quæ ego præcipio tibi hodie, in corde tuo: et narrabis ea filiis tuis, etc. Et ligabis ea quasi signum in manu tua» ([1]), etc.; quasi dicat: Servirte han como de ornamento y atavío. Persevera este doctor en lo que ha dicho hasta ahora, conviene á saber: que debajo deste nombre MONILIA, de que habemos ya tratado largamente, se entiendan estas *murenulas* ó gargantillas; y que desciende del verbo *moneo*, que significa amonestar, oficio propio de las leyes y ordenaciones que se hacen en la Iglesia, que nos amonestan y enseñan lo que debemos hacer y de lo que nos habemos de guardar. Traennos á la memoria la virtud y el amor y benevolencia del divino Esposo para despertarnos á amarle y servirle.

Este pensamiento lleva muy adelante Cipriano, y constantemente afirma ser el más literal y propio; pero á mí me satisface tanto y más lo que dicen San Gregorio, el venerable Beda, San Bernardo, santo Tomás, Haymón, Hugo Cardenal, Hortulano, Próspero y otros que yo tengo vistos, que uniformemente afirman: lo uno, que es atavío y gala de orejas; lo otro, que significan la claridad de la divina sabiduría, ó los sentidos espirituales de las Sagradas Escrituras, que por su preciosidad se dicen ser de oro, y por su resplandor y sonoridad, salpicadas con gusanillos de plata. Al fin, siendo los zarcillos atavío de las orejas mal asienta decir que pertenecen al cuello; porque la sabiduría y los misterios de nuestra fe entran en el alma por el oído. *(Rom.*, X, 17). «Fides ex auditu, anditus autem per verbum *Dei*.» Y ¿qué tienen que ver las inteligencias de las divinas Escrituras, el sentido espiritual de los altíssimos misterios de nuestra fe y el resplandor y claridad de las palabras santas y elocuencia del cielo con el cuello de la Esposa, para que podamos decir que son galas que le pertenecen? Destas murenulas ó lampregüelas, en cuanto son ornamento de mujeres, y orejas particularmente, se hace mención en la Escritura *(Num.*, XXXI; *Isai.*, III; Orígenes, hom. 26 *super Numer.*, et Hieron., in *Isaiam*, III. Y los demás que tengo referidos poco ha, en sus comentarios, en estas lampreillas entienden las trabazones y eslabonamientos de las Santas Escrituras, que se tejen y labran de oro y de plata, porque [por] la sabiduría divina que resplandece en ellas son de oro; y por la elocuencia se dice que tienen gusanillos de plata y están encadenadas y asidas entre sí, y es tan admirable la consonancia dellas, que con grandíssima propiedad las compara el Espíritu Santo á los zarcillos en figura circular hechos, á donde vemos la lamprea asir con la boca de su cola y hermosear desta manera la oreja; especialmente que siempre cuelgan destos anillos ó arillos, como dicen los no tan curiosos, perlas ú otras figuras pequeñas de avecitas y animalillos de oro.

Yo diría que por estas galas nos quiere enseñar el Espíritu Santo de cuánta estimación son las hablas divinas, significadas en las lampreas de oro, y de cuánta eficacia y vida, por los esmaltes ó gusanillos de plata. Declaro más mi pensamiento: que lo que interiormente siente mi alma es del cielo, dado por la liberal mano de Dios, que á los necessitados de sabiduría, si con humildad la piden, abundantemente la suele comunicar. Ya tenemos de la lamprea que es resbaladiza y que se cuela sin ser sentida por pequeño agujero ó resquicio. Lo segundo, que si halla de qué asirse, que se traba tan fuertemente, que no hay orden de sacarla el pescador, porque quiebra anzuelo, sedal y caña. Añado, lo tercero, la viveza de los gusanillos, cuyo oficio es estar siempre royendo, bullendo y inquietando á quien los tiene. Lo cuarto, la preciosidad de la gala por el oro y plata. Lo quinto, el artificio, que parece exceder á la materia, aunque preciosa.

([1]) «Y estos mandamientos, que yo te doy en este día, estarán empapados en tu corazón, y los enseñarás á tus hijos..., y los has de traer para memoria ligados en tu mano»

Todas estas condiciones hallo yo en las palabras de Dios, y en sus hablas y inspiraciones secretas; porque, cuanto á lo primero, ellas se entran en el alma y se resbalan y deslizan, como hallen un pequeño resquicio, casi sin ser sentidas. «Dilectus meus, dice la Esposa (*Cant.*, V, 4), misit manum suam per foramen, et venter meus intremuit ad tactum ejus» ([1]). Entradas en el alma estas lampreas, apodéranse del corazón, traban dél, golpéanle y revuélvenle de manera que os hacen volver sobre vos y advertir en vuestra perdición y vida descarriada. Tienen gusanillos, porque bullen allá dentro y roen el contento, barrenan el corazón y hácenle heridas. Y en esto convienen las translaciones todas, que aunque no dicen que están esmaltadas las lampreas con gusanos, dicen cosa equivalente, conviene á saber: con puntos, con clavos, con golpes ó heridas. Una palabra que oistes en un sermón, ó una inspiración déstas, parece que os está comiendo allá dentro, y bullendo como gusanos, hasta sacaros del mal estado en que estais: «Mira que te vas al infierno; mira lo que debes á Dios; mira tu perdición que es grande» etc.

La palabra de Dios es eficacíssima para convertir al hombre.

Por esso dijo San Pablo á los hebreos (*Hebr.*, IV, 12): «Vivus est sermo Dei et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti...: pertingens usque ad divisionem animæ *et* spiritus, compagum quoque ac medullarum», ([1]), etcétera. Quiere decir: No os endurezcáis con la palabra de Dios, como se endurecía Faraón; porque si el predicador muriere, ella no morirá: «Vivus est sermo Dei»; y no es *viva* como quiera, sino *eficaz*; tiene eficacia, hace lo que dice y promete. «Penetrabilior omni gladio ancipiti»; cuélase hasta lo más secreto del ánima, como lamprea, y no deja cosa que no revuelva en el hombre. Éntrase como Dios en lo íntimo del corazón, y allí obra como purga de ruibarbo, que de las venas y de los tuétanos saca el humor colérico. En vuestro propio contento os estará dando garrote, representándoos vuestros pecados y las penas que por ellos merecéis; es azote cruel y riguroso verdugo, de que hizo mención el Eclesiástico (*Eccli.*, XL, 1) debajo de nombre de yugo que alcanza á todos los pecadores. Et super peccatores septuplum. Arctuum quoque ac medullarum [siete veces más pesado sobre los pecadores. Que les llega hasta lo íntimo de las entrañas].

Cosa extraña es el poder que Dios dió á su palabra: sola una anda haciendo anatomía de todas las entrañas, y cribando los pensamientos y las intenciones. Si comulgastes por Dios, ó por el mundo, ó por solo vuestro contento, ó porque se usa. Si distes limosna por ser visto y alabado. ¿Qué os llevó á decir Misa, la devoción del Santíssimo Sacramento ó el interesse del real? «Cujus ventilabrum in manu *ejus*» (*Math.*, III, 12). Es bieldo que aparta el trigo de la paja: dice quién es bueno y quién malo.

Isaías, tratando de la eficacia de Cristo en sus palabras, dice (*Isai.*, II) *(sic) (a):* «Spiritu labiorum suorum interficiet impium» ([1]). Con una reprehensión matará un mal hombre; como se lee de San Pedro (*Act.*, V, 1-10), que mató á Ananías y á Safira, su mujer, con bien pocas palabras que les dijo. *Ego sum* [Yo soy], dijo Cristo, queriéndole prender en el huerto (*Joan.*, XVIII, 5) *(b)*, y cayeron como muertos los soldados todos. Y porque de la eficacia de la palabra de Dios y de su preciosidad tengo de hacer en estos *Comentarios* especial mención, y notable de por si, lleguemos á tratar de la curiosidad y artificio de los zarcillos de oro y plata. MURENULAS AUREAS FACIEMUS TIBI VERMICULATAS ARGENTO: «Zarcillos de oro coo esmaltes de plata».

Una de las cosas de que yo más me maravillo, leyendo las divinas Escrituras (*III Regum*, VI, VII, VIII; *II Paralip.*, III-VII, etc.), es el aparato tan grande del templo de Salomón. Tantas cortinas de algodón y lana; tantas diferencias de vasos preciosissimos; tantas riquezas de oro y plata, y piedras de mucho valor; el propiciatorio, de tantos codos en ancho y

---

([1]) «Entonces mi amado metió su mano por la ventanilla *de la puerta, probando si la abriría;* y á este ruido que hizo se conmovió mi corazón.»

([1]) «La palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que cualquiera espada de dos filos, y que entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y tuétanos.»

(a) Debe leerse así: *Isai.*, XI, 4.

(b) En el impreso se cita equivocadamente el capítulo XIX.

([1]) «Con el aliento de sus labios dará muerte al impío», ó destruirá el imperio de la iniquidad.

tantos en largo, en medio de dos querubines mirandose el uno al otro; tantas ceremonias y sacrificios, sacerdotes y ministros, etc.—Y ¿para qué todo esto? Para que venga allí Dios á hablar con los hombres.– Pues ¿tanto importa essa habla divina?—La vida, la salud y el remedio del alma, que por sus passos contados se va al infierno. Puede mucho una habla de Dios, y más con tanto artificio; que unas veces nos habla con blandura y regalo, otras con aspereza y vigor; unas con amenazas, otras con levantar nuestra esperanza. Al fin, tan artificiosamente cuanto es menester para sacarnos del artificioso laberinto del pecado, de que por sí ninguno puede salir, y traernos á su amistad y gracia.

Es de tanta importancia esta habla, que gasta San Lucas más palabras *(Luc.*, III, 1-6), y pone más aparato para llegar á decir que habla Dios á San Juan en el desierto, que Moysén para tratar de la creación del mundo. Y aun parece que hace más caso el Evangelista, hablasse al Bautista en la soledad, para ir á predicar al Mesías en carne, que de la Encarnación del Verbo y misterios de su Pasión y muerte. De lo cual infiero dos cosas: La primera, que es de grandíssima importancia que Dios hable al predicador primero que él hable palabra al pueblo. La segunda, que hablar Dios á un alma es de más consideración que haber criado cielos y tierra. Por esto dice que hará á la Esposa galas de oro, por el precio, y con esmaltes de plata y en forma de lámparas, por el artificio y eficacia.

Sed accedamus jam ad Septuaginta interpretum versionem, quæ talis est: «Similitudines aureas, vel simulachra aurea faciemus tibi, cum notis, vel vermiculationibus argenteis» [1]. Semejanzas doradas, ó imágenes de oro con esmaltes de plata. Son muy usadas en las divinas Escrituras, y muy necessarias, las metáforas, símbolos y figuras, para enseñar nuestra rudeza y aclarar nuestros entendimientos enredados y envueltos en varias tinieblas de ignorancia contraídas por el pecado. San Gregorio dijo que de las cosas que conocemos nos levantamos al conocimiento de las que por nosotros no alcanzamos. Para este fin promete el Esposo á la Esposa estas galas de orejas. SIMULACHRA AUREA, etc. Destas semejanzas de oro usan mucho los profetas, y el mismo Dios hecho hombre, en su Evangelio, comparando muchas veces las cosas grandes con las pequeñuelas, las terrenas con las celestiales y las humanas con las divinas. Para declarar Dios los extraordinarios favores que había de hacer á su Iglesia, dice por Isaías (LXVI, 12): «Ad ubera mea portabimini, et super genua mea blandietur vobis», etc.: «A mis pechos os traeré, y brincaros he sobre mi regazo»; quasi dicat: Seré como madre que regala á su hijo y se gorjea con él; y siendo ella de edad crecida, se aniña con su niño y le habla como niña

Por las metaforas ó similes conocidos venimos en conocimiento de los que no vimos ni conocimos.

Bien pudiera Dios hablarnos con estilo levantado, como el que guarda enseñando á los ángeles, y no quiso, sino con humilde, y de niños, templó su sabiduría, usando de semejanzas de cosas caseras y manuales, para que el hombre, cuyo conocimiento comienza de los sentidos, por esto que conoce suba fácilmente á contemplar lo que no alcanza por sí. Desta materia trata Santo Tomás en la primera parte: si fué conveniente que la divina Escritura usasse de metáforas, y después de algunos argumentos en contrario, tiene la parte afirmativa. Porque Dios, dice él *(S. Thom.*, I, p., q. 1, art. 9), á todas las cosas provee según sus naturalezas; y como el natural del hombre sea venir á las cosas invisibles por las visibles, porque nuestro conocer comienza del sentido, quiso que en la Escritura se nos enseñassen las cosas espirituales vestidas de atavío corporal, de metáforas, tropos y figuras, que es lo que ya referimos de San Dionisio (c. I, *Cœleste Hierarch.)*. Síguese de aquí que no se debe reprehender en los predicadores el moderado uso de los jeroglíficos, comparaciones y parábolas, de que se aprovechan en sus sermones para declarar sus conceptos, pues que su fin es el que tienen las santas Escrituras: alumbrar los entendimientos, aficionar las voluntades y ordenar bien las costumbres.

Aquel lugar del cap. VII, v. 2, destos *Cantares*, que dice: «Venter tuus sicut acerbus tritici, vallatus liliis», interpreta Orígenes de la Sagrada Escritura «quam, inquit, doctores sancti, cum ipsa acerbus tritici sit, ex quo ci-

[1] Veamos ya, empero, la versión que los Setenta dan á estas palabras, conviene á saber: «Semejanzas doradas, ó imágenes de oro con esmaltes de plata haremos para tí.»

bus ministratur animæ, liliis et flosculis philosophicarum sententiarum ornaverunt» ([1]). Y San Jerónimo *(Epist. ad Magum oratorem Romæ)*, dice que los doctores antiguos assí adornaron sus libros de las doctrinas y sentencias de los filósofos, que apenas sabremos de qué nos debamos primero admirar, si de la erudición del siglo, ó de las ciencias de las Escrituras. Santo Tomás, interpretando aquel lugar de los *Proverbios*, IX, 1-3, adonde se díce que «la Sabiduría edificó para sí casa, que mezcló su vino y puso su mesa y envió sus doncellas á convidar á los hombres para su banquete», entre otras cosas dice *(S. Thom.*, I p., q. 1, art. 5): «que las ciencias seculares se llaman criadas y doncellas de la Sagrada Escritura porque sirven mucho para la inteligencia della y para declarar sus misterios al pueblo». Yo diria que estas doncellas son los predicadores, cuyo principal oficio es llamar á este convite de la divina Sabiduría encarnada, digo de su cuerpo y de su sangre. Y llámanse doncellas, porque no con armas, ni á palos, han de traer las almas á Dios, sino con blandura, con amor y regalo.

La ciencia humana es declaradora de la divina.

Entre los helvecios convidan las damas para los banquetes; porque una dama, con la hermosura de su rostro, y con la blandura de sus palabras, y con su agradable mirar, con la compostura de sus galas, y con el donaire de su persona, y con ser mujer, obliga á todos los que convida á que vayan al convíte. Esto mismo digo yo que quiere Cristo de sus predicadores: que cuando se suben en el púlpito, sea tanta la gala de sus palabras, tanto el donaire de su decir, tanta la viveza de sus razones, tanto el artificio cristiano en su persuadir, tanto el afeite evangélico con que todo su sermón se hermosee, que con él santamente le[s] lisonjeen á los oyentes, y con una blanda fuerza se entren por sus oídos y les ganen los corazones para Dios. Sic Salomón puso por título al libro de sus desengaños: *Verba Ecclesiastes;* Hebræi: *Verba Concionatricis* ([1]); porque persuade con razones y artificio.

En el *Deuteronomio* (XXI, 10-2) mandaba Dios, «que si alguno de los hijos de Israel captivasse en guerra justa alguna esclava, y quisiesse casar con ella, pudiese hacerlo, guardadas algunas circunstancias, conviene á saber: cortadas las uñas y trasquilado el cabello». Figura es ésta de lo que vamos diciendo: las ciencias seculares y sentencias de los filósofos, esclavas son, como dijo Santo Tomás, de la Sagrada Escritura, las cuales los doctores santos captivaron en guerra justa y se las sacaron de poder á los filósofos que injustamente las posseían. Para casar con ellas es necessario cortarles las uñas y quitarles el cabello, esto es: lo superfluo, profano y demasiado que se les hubiesse pegado entre los gentiles. Y con esta moderación puede el predicador cristiano, assí en los sermones de cada día como en las exposiciones de las Escrituras, aprovecharse dellas. Cuanto más que tiene en su favor á San Pablo, que hizo lo mismo predicando en Atenas *(Act.*, XVII, 28), y á Jeremías, que preguntado por Dios qué veía, respondió *(Jerem.*, I, 11): «Virgam vigilantem ego video» ([2]): el cual modo de hablar, como lo advirtió San Cirilo Alejandrino *(Tract. contra Julián)*, es jeroglífico; porque por la vara veladora, levantada en forma de cetro, con un ojo encima, significaban los egipcios al príncipe y gobernador, cuyo oficio es velar siempre sobre los que tiene á su cargo. Y en el *salmo 101* (vv. 7-8) se compara David á tres aves, conviene á saber: al pelícano, á la lechuza y al pájaro solitario en el tejado; las cuales tres aves fueron siempre jeroglífico de la tristeza que ha de acompañar de día y de noche á los verdaderos penitentes.

([1]) Aquel texto de los *Cantares:* «Tu vientre como montoncito de trigo, cercado de azucenas», interprétalo Orígenes de la Sagrada Escritura, «á la cual, mirándola los santos doctores como granero espiritual de las almas, del que ellos han sabido sacar el pan y el alimento para nuestro espíritu, cercáronla, como ornato y gala exterior, de hermosas y variadas sentencias sacadas de la filosofía y de los escritos de los sabios».

([1]) Palabras del *Predicador;* los hebreos: palabras de la *Predicadora.*—Esta diferencia en el género del sustantivo nace de que los griegos lo refieren á Salomón como instrumento de que se valió la divina Sabiduría para dar á los hombres las enseñanzas que en este libro se encierran, al paso que los hebreos, mirando á la Sabiduría divina como autor principal del mismo, como en realidad lo es, llaman *libro de la Predicadora*, queriendo denotar que á Ella ha de atribuirse principalmente cuanto en él se contiene.

([2]) «Yo estoy viendo la vara de uno que está vigilando.»

Y aquí vendrá bien la translación última que trajimos, que dice assí: *Turtures aureas faciemus tibi vermiculatas argento:* Tórtolas de oro, con señales de plata. De la tórtola dijimos muchas cosas, pero no todas las que hay que decir, porque solo San Juan Crisóstomo hace un tratado de la tórtola; y Pierio y otros escribieron grandes particularidades della. Entre los antiguos fué símbolo de perseverancia; porque, como advertimos de San Basilio y de los naturales, muerto el marido nunca más se junta con las otras aves. Y es tan extraño su sentimiento, que jamás se assienta en ramo verde; de manera que todo el restante de la vida es soledad y llanto.

El ánima que perdió á Dios pecando, hale de hallar llorando y perseverando en el llanto.

Esta perseverancia en llorar y hacer penitencia por haber ofendido al celestial Esposo se le pide al alma en estos dibujos de tórtolas. Como si dijera Cristo: Harémoste unas figuras de tórtolas, para que tengas á mano la ocasión de imitar las virtudes y vida destas honestíssimas aves. El ánima que perdió á Dios por el pecado ha de ser, como una honestíssima tórtola, perseverante en llorar, amiga de la soledad y de lágrimas y enemiga de deleites. No se ha de contentar con llorar una ni dos veces sus culpas, sino perseverar en este ejército toda la vida. «Lavabo per singulas noctes lectum meum, dice el Rey Santo *(Ps. 6*, 7); lachrymis meis stratum meum rigabo»: Trabajé en mi gemido, pero no luego busqué cómo consolarme, antes solté las riendas á las lágrimas hasta regar con ellas mi lecho, ensuciado y maculado con el adulterio. San Jerónimo traslada del hebreo: «Natare faciam lectum meun præ abundantia lachrymarum» (¹). Esta era buena tórtola, que, ofendido una vez Dios, nunca más se alegró, ni supo qué cosa era consuelo en su corazón. Arroyos de lágrimas eran sus ojos, como él mismo lo testifica en el *salmo 118*, 136.

San Ambrosio *(Ad virginem lapsam)* dice assí: «Tu autem, proprii facti judex, crudelior esto, ét mortuum te esse existimans, sicut es, quomodo possis reviviscere cogita. Deinde lugubris tibi accipienda est vestis, et mens, et membra singula digna castigatione punienda. Amputentur crines, qui per vanam gloriam occasionem luxuriæ præstiterunt. Defleant oculi lachrymas, qui masculum non simpliciter aspexerunt. Pallescat facies, quæ quondam viruit impudice. Denique totum corpus incuria maceretur, cinere aspersum, et opertum cilicio, perhorrescat, quia mali sibi de pulchritudine placuit. Cor vero sit liquescens sicut cera, jejuniis inquietans se ipsum, et cogitationibus ventilans quare sit a Domino subversum», etcétera (¹).

De la santa y honesta Ester cuenta la Escritura *(Esther.*, IV) *(a)*, que, queriendo aplacar á Dios, dejó las vestiduras ricas de reina y se vistió de luto; y en lugar de los ungüentos olorosos, cubrió de ceniza y estiércol su cabeza y humilló su cuerpo con ayunos; y al fin en todos los lugares en que había recibido contentos, se amargó y arrancó sus cabellos. Estas eran buenas tórtolas, y tórtolas de oro. Y por ventura son las que quiere el Esposo que tengamos delante de nosotros para imitar su canto, su lealtad y honestidad.

Y baste lo dicho para que se entienda qué gala es ésta que le promete á su Esposa, y el caudal que ella debe hacer de las hablas de su Esposo y de las palabras y doctrina que le proponen sus compañeros, que son los predicadores, que verdaderamente son oro de 24 quilates. Pero adviertan ellos que ha de haber arte en el decir, que por esso se dice: «Harémosle zarcillos de oro con esmaltes de plata». Y ¿quién nos reprehenderá si dijéremos que

(¹) «Anegaré en lágrimas mi lecho hasta que sobrenade en ellas.»

(a) Mejor sería referir esto á *Judith*, de quien se refiere en *Judith*, IX, 1 y sigs., estas y otras muestras de penitencia.

(¹) «Tú misma, hecha juez de tu pecado, no vaciles en mostrarte severa y, en cierto modo, cruel en castigarte, pensando en cómo podrás volver de nuevo á la vida, estando, como en realidad lo estás, muerta á la vida de la gracia. Sea de hoy más tu vestido de penitencia y luto, y mortifica y castiga debidamente los miembros todos de tu cuerpo. Corta esos cabellos, que por la vanagloria han sido ocasión del vicio. Lloren día y noche tus ojos que se han contaminado, no sabiendo contenerse en los límites de la honestidad. No regales tu cuerpo, sino mortifícale con la penitencia y con el cilicio, y venga á perder el vigor y la hermosura de que así ha sabido abusar. Conmuévase, en fin, tu corazón, y medita en el fondo de tu alma por qué te apartaste de tu Dios.»

estos esmaltes de plata son las flores de la retórica con que ha de ir hermoseado el sermón, y las sentencias de los filósofos, las parábolas y jeroglíficos de que ya tratamos? Verdad sea que, aunque dicen gala los gusanillos de plata y las puntas ó golpecillos, que en el sentido místico parece que están diciendo algo más, conviene á saber: eficacia y artificio; porque el predicador no ha de ser blando y lisonjero, sino riguroso y severíssimo, especialmente cuando la gravedad de los pecados lo demanda. Han de ser sus palabras llenas de gusanos, que entrando en el corazón le royan y quiten el contento; han de ser golpes como de almadana; han de ser heridas y clavos que atraviessen el alma: que assí llamó Salomón á las palabras de los sabios *(Eccles.*, XII, 11). «Verba sapientium quasi stimuli, et quasi clavi in altum defixi» *(a)*. Alto, pro profundo sumitur [*alto* significa *profundo*]; como clavos hincados en lo profundo del corazón. Chrisostomus (homilia in *Matheum)*: «Non effecit Christus apostolos blandos, aut adulantes, sed instar salis adurentes, ut possint laxa urere, atque restringere» ([1]). Por esso los comparó á la sal en su Evangelio *(Mat.*, v, 13), porque su doctrina ha de ser picante, que muerda, que lastime, que se sienta de los oyentes. Siémbrela de flores y de variedad, muy enhorabuena; pero por ningún caso haya en ella lisonja ni adulación. «Argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina» *(II Tim.*, IV, 2) ([2]). De todo: argumentos que concluyan á los pecadores, ruegos que los atraigan, reprehensiones que los atierren *(sic)*. MURENULAS AUREAS VERMICULATAS ARGENTO.

Los predicadores no han de ser blandos ni lisonjeros en sus sermones.

Orígenes lleva un camino extraordinario en la exposición deste lugar, y tras dél se va San Jerónimo: tiene muchas dificultades, y no parece que cuadra con la letra que precede y se sigue; y assí le dejo para otros entendimientos más conformes al suyo. El muy docto padre Sotomayor, en sus *Comentarios*, alega la *Biblia Hispánica*, que traslada assí: «Joyas de oro haremos á ti, con puntas de plata». Dice que *murena* propiamente es cadena de oro para el cuello, la cual ofrecen á la Esposa los amigos del Esposo, como se suele hacer en los desposorios y bodas. Sed melius multo dicendo, cum Bernard, et aliis [Pero asienta mucho mejor decir, con San Bernardo y otros], que es gala que en nombre de las tres divinas personas se le ofrece á la Esposa.

Videtur itaque Sponsus per hoc opus vermiculatum promittere se multa, et varia, eaque pretiosa, et maxima dona datarum esse Sponsæ, præsertim in adventu suo in carne mortali; ut patet ex verbo futuri temporis: FACIEMUS TIBI. Confirmatur ex D. Paulo *(ad Ephesios*, IV, 7-8): «Unicuique, ait, data est gratia secundum mensuram donationis Christi: propter quod... ascendens in altum», etc. Et cap. III, 8, ejusdem Epistolæ «investigabiles divitias» appellat. Item *II Petri*, I, et *Ezechiel*, XVI. Adonde promete Dios á su Esposa muchas galas, per modum allegoricum [de modo alegórico]. Vel dicendum, per MURENULAS AUREAS distinctas argenteis vermiculis, significari universitatem gratiarum, et virtutum, quæ inter se connexæ et concatenatæ esse discuntur, et unam quasi catenam auream efficere. Authores sunt D. Hieron. (in *Isiam.*, XVI), Chrisost. (tom. V. *De Virtutibus et vitiis*), Aug. (epist. 29 *ad Hieron.*), et Bern. (lib. de *Consideratione ad Eugenium)*, et Philo *(De mercede meretricis non percipienda)*. Postremo, per istas MURENULAS AURI ET ARGENTI possumus intelligere scientiam rerum divinarum et naturalium, quæ inter se maxime quadrant et conveniunt, animæque pulchritudinem non parvam afferunt. Legendus Philo (in libro *De eruditione*, tom. I, pág. 3-76), Aug. (lib. I *De doctrina Christiana*, caps. XL et XLI, et Hieron. (*epist. ad Damasum et ad Pamachium)* ([1]).

(a) En el impreso se lee *difixi*.

([1]) «No hizo Cristo señor nuestro á sus apóstoles ni quiso que fuesen blandos ni aduladores, sino que, al modo de la sal, quemen y purifiquen lo corrompido y sanen lo enfermo.»

([2]) «Reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina.»

([1]) Según los santos Jerónimo, Crisóstomo, Agustín, Bernardo y otros, parece que por estas palabras quiso el Esposo celestial significar los grandes é incomparables dones y gracias que Él había de dar y comunicar á las almas, especialmente después de su Encarnación, como lo indican las mismas palabras del texto: «Harémoste» Así lo dicen San Pablo en varias de sus epístolas y San Pedro, y anunciado se halla en Ezequiel. También puede afirmarse que en

El primero destos dos sentidos, videlicet [entiéndase] de los muchos y varios beneficios divinos, es más propio, mas elegante y más natural deste lugar. Favorece mucho lo que dice Filón (in lib. *Legis allegatæ*, pág. 67, cum de beneficiis Abrahæ factis disserit), y San Fulgencio (Epist. 3 *ad Probam de virginitate*). Verba sunt ejusdem: «Pauperem te accepit ditissimus Sponsus, quidquid in te boni habes, non ex te, sed ex ipso habes: et quidquid non habes, tunc habebis, si Sponsus dederit, quia omnia bona quæ habes, largitate gratuita jam dedit. Ipsi ergo de acceptis humiliter gratias age, ipsumque de accipiendis humiliter deposce. Sic enim divitem Sponsum habes, ut neque egeat his quæ dedit, et abundet ad largiendum meliora quam dedit» (¹).

---

estas palabras está significada la variedad de gracias y virtudes, que son las preseas y galas que forman el mejor y más hermoso ornato del alma justa. Puédese también entender la ciencia ó el conocimiento de las cosas, así el adquirido naturalmente como el que se alcanza por revelación divina, los cuales, lejos de oponerse entre sí, se hermanan y aunan admirablemente y realzan poderosisimamente la hermosura y beldad del alma.—Aunque sea cierto que los dones y las gracias sobrenaturales son los conocimientos esenciales de la vida divina de las almas, en que radica toda su hermosura y belleza que les hace dignas del amor de Dios y objeto adecuado de su amistad, sin embargo, no está fuera de lugar el decir, como aquí lo hace el autor, que entre estas galas y ornatos del alma deben también contarse los dones naturales. No ciertamente porque ellos sean elementos de la santidad, que de suyo es sobrenatural, sino por cuanto queden, por decirlo así, en el alma santa purificados y como espiritualizados, y aún participan de un nuevo esplendor, del cual no participan los que están privados de la gracia.

(¹) Terminemos esta lección con estos hermosos y saludables consejos de San Fulgencio escribiendo á una santa virgen. He aquí sus palabras: «Siendo tú pobrísima, se dignó recibirte como suya el Esposo divino, que es inmenso en riquezas, tanto, que todo lo que tú tienes de bueno no es tuyo, sino que de Él lo has recibido, y todo lo que te falte lo recibirás si, pidiéndoselo tú, se dignare de oir tus ruegos. Dale, pues, á Él rendidas gracias de todos los dones que hasta aquí has recibido ya, y pídele humildisimamente que te conceda lo que todavia te falta. Y sabe, para tu consuelo, que de tal modo es rico tu Esposo celestial, que no se queda pobre por lo que te ha dado, antes bien, tiene bienes infinitos de sobra que darte con inagotable é inexhausta abundancia».

LECTIO X

Sponsa.—DUM ESSET REX IN ACCUBITU SUO, NARDUS MEA DEDIT ODOREM SUUM *(Cant.*, I, 11) (¹).

* ARTICULO I

Explica los varios sentidos que se dan al descanso del rey, y se inclina á ver en él una nueva imagen de la Encarnación.

Este lugar tiene sus dificultades, como los demás; y son las exposiciones tantas y tan diferentes, que á mí me confunden. La mayor dificultad está en averiguar qué significa propiamente este nombre ACCUBITUS.

Unos dicen que significa la cama ó lecho adonde el Esposo duerme y descansa con su Esposa; y assi trasladó del hebreo Reuclin: «amplexus»: «el abrazo estrecho». Otros quieren que signifique el assiento á la mesa, y assí está en el griego. En confirmación alegan una translación antigua. Dum esset in circuito suo; id est, á su mesa; porque, como sabemos, los antiguos, no sólo hebreos, sino gentiles, comían recostados sobre el brazo izquierdo, dejando libre el derecho. Y esso quiso significar San Lucas cuando, tratando del convite que el fariseo hizo á Cristo, dijo *(Luc.*, VII, 37): «Ut cognovit *sancta Maria Magdalena*, quod *Jesus accubuit* in domo *Simonis*» (²). Y en confirmación de que comian recostados ó reclinados, se dice que Maria, puesta á los pies del Señor, tuvo lugar de lavarle los pies y enjugárselos con sus cabellos. Lo cual no fuera possible si comieran assentados en sillas como nosotros. Y yo creo que en esta significación (³) se ha de tomar aquí, de manera que diga la

---

(¹) LECCIÓN DÉCIMA.—Habla la Esposa, y dice: «Mientras estaba el Rey recostado en su asiento, mi nardo *precioso* difundió su fragancia».

(²) «Luego que supo Santa Maria Magdalena que Jesús se había puesto á la mesa en casa de Simón el fariseo», etc. —En la traducción de estas palabras nos atenemos, no al texto evangélico, sino, como salta á la vista, según aduce estas palabras el padre Angeles, conformes con las de aquél en el sentido, aunque variadas en la forma.

(³) Ésta es la que comúnmente siguen los expositores é intérpretes de la Sagrada Escritura. Véase TORRES AMAT, ed. cit., tomo VII, pág. 141, nota 23.

Esposa: «En cuanto el rey estuvo assentado en su convite, mi nardo dió su olor.» Pero quédannos agora dos cosas por averiguar, que han dado en qué entender á los expositores, tanto que ninguno dellos he hallado que con resolución diga qué convite fuesse este del rey, ó á dónde se acostó, y qué nardo es este de la Esposa, que dió su olor.

Rabí Salomón Tarhii, en sus *Comentarios sobre los Cantares,* dice que aqui habla la Sinagoga con Dios, y que hace mención de aquella su estada en el monte Sina, dando la ley á su pueblo por mano de Moisés; que entonces su nardo dió olor de sí: «computruit». Mostró quién era adorando el becerro; dió testimonio de su poca fidelidad y amor, que, al fin, las ausencias desto sirven. Origenes, San Jerónimo y Hugo Cardenal, por este recuesto del Esposo interpretan el sepulcro adonde Cristo durmió y descansó, como se dice del león de Judá (*Génes.*, XLIX, 9). O aquel convite que se le hizo en Bethania en casa de Lázaro (*Joan.*, XII, 2 sigs.). Otros dicen que este ACCUBITUS fué la cruz adonde el Señor murió. San Gregorio, San Bernardo y Hugo, y fray Alonso de Orozco, agustiniano, dicen que el recuesto del Esposo es el reino celestial de Cristo, adonde, descansando Él á la diestra del Padre, la virtud de la Iglesia esparció su buen olor; porque venido el Espíritu Santo sobre los apóstoles, llenos de Él se repartieron por el mundo y se divulgó la fama de su santidad. Ægidius Romanus, intelligit æterni Patris sinum [Egidio, romano, dice que es el seno del Eterno Padre], adonde Cristo, aún no hecho hombre, eternamente reposaba y descansaba, y estando allí recostado, y como descansando, la santa Iglesia, por su grande humildad, dió de sí tal olor y tal fragancia, que le obligó á tomar carne y ser nuestro hermano.

Santo Tomás, Haymón, Henrico Harpio (libro I *Misticæ Theologiæ*, cap. LXVII), Jacobo de Valencia y Cosme Damiano entienden por este acúbito el vientre de la Virgen, ó la humanidad santíssima de que se vistió el divino Verbo. Recostado, pues, en el vientre sacrosanto, el nardo pequeño de María, que es su humildad, dió su olor: «Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes» (*Lucæ*, I, 48) ( ), ó el nardo pequeño de la Iglesia, que

(¹) «... Por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.»

es su fe de Dios, unido con nuestra naturaleza, dió de si olor suavíssimo, que alcanzó á todo el mundo. Genebrardo *(super Cantic.)* interpreta por el assiento del Esposo el reino de la Iglesia militante, adonde Cristo moró y estuvo según la presencia corporal treinta y tres años, y por su gracia y Sacramentos perseveró hasta la consumación del siglo. Y de aqui le viene á la Iglesia que su fe y buenas obras tengan olor de nardo y se dilaten y crezcan en todo el mundo. Fray Tomás de Villanueva dice: DUM ESSET REX IN ACCUBITO SUO, id est; in corde meo, NARDUS MEA DEDIT ODOREM SUUM. «Nardus, in quam, illa odorifera Paradysi spirabit odorem sensibus meis, cujus suavi fragrantia utcumque sustentor.» Doctus Magister Sotomayor, in suis *Commentariis*: «Non de accubitu, inquit, Regis ad quiescendum vel dormiendum intelligendum videtur, sed potius de accubitu convivali, ut sit nomen derivatum a verbo *Accumbo* quod frequenter usurpari solet pro epulari. Veteres enim romani, et græci, ae etiam barbari, tunc accumbendo, vel discumbendo; id est, reclinato parumper corpore epulabantur», ut Luc., VII et IX. Sic Rabbi David Rimbi (in lib. *Radic.)*, Philo (in lib. de *Joseph*, tom. I, pág. 475) (¹).

Nardus mea.

(²) Per reticentiam necessario aliquid supplendum est, scilicet: Sponsam, dum Rex discumberet in convivio, nardum quandam selec-

(¹) Dice Santo Tomás de Villanueva sobre estas palabras: *Mientras estaba el Rey recostado en su asiento, ó sea, en mi corazón, mi nardo difundió su fragancia:* «Aquel nardo, dice, oloroso del Paraiso, difundió su olor haciéndole llegar á todos mis sentidos y potencias hasta dejarlos hartos y satisfechos.» Y el docto maestro Sotomayor escribe en sus *Comentarios:* «No se habla aquí del lugar destinado al descanso ó sueño del Rey, sino del asiento que usaba para la mesa, siendo esta palabra *accubitus* derivada del verbo *accumbo*, usado frecuentemente como sinónimo de comer, sentarse á la mesa del banquete. Pues costumbre era entre los romanos, griegos y otros pueblos ponerse á la mesa reclinados ó echados de lado.» Véanse los autores citados.

(²) *Mi nardo.*—Parece que aqui debe suplirse alguna cosa, y muy bien pueden significar estas palabras que la Esposa, mientras el Rey estaba recostado en su asiento, derramó algún aroma escogido, ó precioso y delicado perfume con que recreó á todos los que presentes se hallaban al banquete, y singu-

tissimam, et manibus suis confectam, et ab ea ad hoc procuratam effudisse: quo quidem unguento ex nardo confecto mirifice recreati sunt convivæ, sed præcipue, et maxime, recreatus est ipse Rex; sicut videre est *Joan.*, XII. De manera que no parece significar aquí árbol, sino ungüento preciosísimo, y que en los convites reales se derramaba. Sic Abenesdias et alii intelligunt. Sic *Marc.*, XIV, 3: «Cum esset Jesus *in Bethania*, venit mulier habens alabastrum unguenti nardi pistici pretiosi.» Lege Plin. *(Naturalis hist.*, lib. XII, cap. XXXI, et libro XIII, cap. XII et XIII). Lege Origen. (lib. IV *Homiliar.*, hom. 2). Lege quod ille habet super illum locum *Levit.*, XXVI, 11: «Ponam tabernaculum meum in medio vestri, id est: Ero quasi contubernalis vester.» Qui locus refertur a Paulo ad tempus Christi, quando «Verbum caro factum est, et habitabit in nobis» tanquam familiaris, et amicus, etc. (Lege Philo., pág. 101, super eundem locum. *Levit.*, XXVI, et lib. de *Cherub.*, tom. I, pág. 110, et lib. cui titulum pcsuit: «*Resipuit Noe.)* Dicit autem Deus in domo habitare, non ut in loco: continet enim omnia loca, et Ipse a nulla re continetur; sed tanquam illius loci curam gerens precipuam: quisquis enim domum possidet, necesse habet ut ei provideat», etc. (Lege Gregor. Nissen., oratione 3 in *Cant.)* Aliqui per hunc accubitum intelligunt condescensionem Dei cum natura et humilitate nostra, id est: Incarnationem. Quo sensu dicitur *Apocal.*, XXI, 3. «*Et* ecce tabernaculum Dei cum hominibus.»

Pater Suarez, cujus sententiam sequor libentissime, sic interpretatur hunc locum DUM ESSET REX IN ACCUBITU SUO: «Promiserat, inquit, Sponsus MURENULAS AUREAS SPONSÆ; vicissim, illa promittit suavissimo nardi odore remunerationem, illo in convivio cum amicis recumbente. Nam more hebræorum sumitur præteritum pro futuro.» Significat autem NARDUS fidei et bonorum operum præstantiam, quorum odore Ecclesia Christum Sponsum hominem factum exhilarat, excepta ab illo

---

larmente al Rey, como en el Evangelio de San Juan se refiere. Así parece que lo han entendido varios autores, y tiene confirmación en aquel pasaje del Evangelio de San Marcos: «Estando Jesús en Betania, entró una mujer con un *vaso* de alabastro lleno de ungüento ó *perfume* hecho de la espiga del nardo», etc. Léanse los autores que se citan, singularmente lo que Orígenes escribe sobre aquel lugar del *Levítico:* «Fijaré mi tabernáculo en medio de vosotros», como si dijera: «Viviré ó habitaré en medio de vosotros», palabras que San Pablo aplica al tiempo de la Encarnación, cuando «el Verbo se hizo carne *(encarnó)* y habitó entre nosotros» como amigo y hermano nuestro, etc. Consúltese á Filón, y sobre todos los demás véase el libro que intituló *Resipuit Noe* (á la letra: Noé se arrepintió). Dícese que Dios habita con nosotros, ó en medio de nosotros, no porque esté encerrado ó contenido en un lugar determinado, sino para indicar que tiene cuidado y providencia de nosotros, pues á quien es dueño de una cosa tócale el mirar por ella. Algunos entienden por esta palabra *accubitus* la unión de la Persona divina con nuestra naturaleza, ó sea la Encarnación. Y en este sentido han de entenderse aquellas palabras del *Apocalipsis*: «Ved aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres.»

El P. Suárez (es éste el célebre teólogo jesuíta), á cuya sentencia, dice el P. Angeles, me sumo yo con mucho gusto, interpreta estas palabras de la manera siguiente: «Había prometido el Esposo joyas ó collares de oro á la Esposa, y ella, á su vez, prométele que, cuando se halle recostado en el banquete con sus amigos y compañeros, le ha de regalar con este rico y suave perfume. Sigue en esto el uso de los judíos en su manera de hablar, tomando el tiempo pretérito por el futuro.» Significa, por otra parte, esta palabra *nardo* la excelencia y méritos de la fe y de las buenas obras con que la Iglesia y las almas justas recrean y alegran á Cristo Señor nuestro, como en pago y recompensa del regalado convite de su celestial doctrina con que Él recrea y consuela á nuestras almas. Así lo dió el Señor á entender sirviéndose de esta alegoría de la «cena con que el Rey celestial convida á las almas», y diciendo en el *Apocalipsis:* «Yo cenaré con él» (es decir, con el justo), y «Bienaventurados los que son llamados á esta cena de las bodas del Cordero».

Cierto: manera es ésta muy decorosa de hablar de que se vale el Espíritu Santo. Costumbre era, en efecto, tanto en la Palestina como más tarde en los griegos y romanos, emplear en los banquetes flores y perfumes con que recrear á los convidados. Tal lo hizo la Magdalena con el Señor, quien hubo de quejarse á Simón el fariseo porque, habiéndole convidado á comer, omitió hacerle este obsequio. En otra ocasión, la misma Magdalena ungió ó perfumó la cabeza de nuestro Señor Jesucristo con este bálsamo de nardo, después que en la primera le había derramado profusamente en sus pies. ¡Justa y decorosa correspondencia es ésta de la Esposa, dando de sí los suaves y delicados perfumes de las buenas obras informada de la divina caridad, ya que de su Esposo ha recibido ella los dones preciosos de las virtudes y de la gracia!

convivio salutis doctrinæ. Simili enim allegoria usus est Dominus (*Math.*, XXII *(a)*, et *Apoc.*, III, 20) dicens: *Cœnabo cum illo;* et XIX, 9: *Beati qui ad cœnam* Agni nuptiarum ejus *vocati sunt.* Mire autem Spiritus sanctus servat decorum in hac allegoria: nam in Palestina, sicut postea apud grecos, et romanos, moris fuit adhibere ad convivia, flores et odores. Itaque Dominus (*Luc.*, VII, 38) a Magdalena hoc ipso unguento nardino unctus est: Simeonem etiam Phariseum reprehendit, qui illum exceperat, ob hoc officium prætermissum (*Math.*, XXVI) *(sic) (b).* Hæc sancta mulier, fracto etiam alabastro hujus pretiosi unguenti, Domini caput perfudit, cum pedes antea perfudisset. In eo quoque servatum est decorum, quod Sponsus donat Sponsæ aurum charitatis et gratiæ; Sponsa autem Sponso donat suaves odores bonorum operum, quæ ex charitate proficiscuntur. Est autem *Nardus* sive *Nardum* herba suavissimi odoris, quæ nunc etiam nomen retinet, cujus radix quasi quasdam spicas fundit, ex quibus prætiosum in primis fit unguentum. Unde *Marc.* ultim *(sic) (c): Unguentum spicatum* dicitur; et *Joan.*, XII, 3: *Unguentum nardi pisticæ*, vel non adulterinæ, sed sinceræ, et germanæ. Quamvis aliter explicavit Augustinus *(Tractatus 50 in Joannen, post initium).* Putavit enim pisticum esse nomen loci. Plin. autem, lib. XII, cap. XII, deceptus est etiam, et multos alios doctos inducit in hunc errorem. Putavit enim nardum spicas producere. Vox autem hebræa, pro qua interpres vertit ACCUBITUM, mensam rotundam videtur significare. Usi sunt etiam Evangelistæ, locis prædictis, verbo recumbendi: nam veteres accubantes cænabant. Hic est egregius sensus hujus loci, in quo multi interpretes difficile se explicarunt, quod acceperint præteritum pro futuro. Nam et si sensus Origenis (hom. 2), et Gregorii eruditus sit, tamen ut quadret cum argumento, accomodandus est, ut accipiatur præteritum pro futuro, et sit vaticinium, dicatque Sponsa: Cum Sponsus meus Rex ad cœlum ascenderit, et ad dexteram Patris sederit, nardus mea, vel suavis odor meæ famæ longe lateque per universum orbem, prædicato Evangelio, diffundetur. Et quia suavis odor, quo Sponsum recreat Ecclesia, præcipue oritur ex laboribus, et tribulationibus adjungit: FAS-

(a) Esta cita del Evangelio de San Mateo se refiere no á las palabras del texto que sigue, sino á la parábola que en dicho capítulo refiere el evangelista desde el verso 2 al 14, ambos inclusive.

(b) En este lugar del Evangelio de San Mateo sólo se refiere el hecho de que «una mujer, estando Jesús en casa de Simón el leproso, ungió sus pies». En el capítulo del de San Lucas, citado más arriba, y en el verso 46, es donde se halla esta reprensión que el Señor hizo á Simón por no haber seguido con Él la costumbre de ungir su cabeza con el perfume ó ungüento.

(c) No es en el último capítulo, que es el XVI de su Evangelio, sino en el XIV, verso 3, donde San Marcos dice esas palabras. San Juan, lug. cit., dice: «Maria ergo accepit libram *unguenti nardi pistici, pretiosi*», en terminación masculina.

En cuanto á la naturaleza del nardo, es esta una planta ó hierba, conocida aún en el dia con este mismo nombre, de suavísimo olor y delicada fragancia, de cuya raiz brotan unas á modo de espigas, de las cuales se extrae este perfume ó ungüento precioso. Por eso en San Marcos se le llama *ungüento hecho de la espiga del nardo*, y lo mismo en San Juan (lugares citados), esto es: ungüento legítimo, no adulterado, el más escogido. No ignoro que San Agustín lo interpretó de otro modo. Creyó, en efecto, que esta palabra *pisticum* significaba el lugar de donde se habia traido el ungüento, cuando sólo da á entender que era purísimo, sin mezcla, de lo más escogido. No acertó Plinio tampoco, arrastrando en su sentir á muchos sabios, al decir que el nardo produce espigas. La palabra hebrea que se ha traducido por *accubitus* parece significar *mesa redonda*, alrededor de la cual se sentaban, recostados sobre el lado izquierdo, los comensales.

Tales son las interpretaciones mejor fundadas de estas palabras, en las que muchos se equivocaron por haber tomado el tiempo pretérito por el futuro. Pues aunque la interpretación dada por Orígenes y San Gregorio (véase más arriba) esté muy bien traida y sea muy erudita, sin embargo, para que guarde relación con lo que aquí se viene tratando es preciso variar el tiempo del verbo al modo indicado, de suerte que sea como decir la Esposa: «Cuando el Rey, mi Esposo eterno, suba á los cielos y esté á la diestra del Padre, sentado en el trono de su gloria, el suave olor de mis virtudes y el perfume de mi nombre, una vez predicado que sea el Evangelio en todo el mundo, se difundirá y extenderá por todas partes.

Y por cuanto este olor suave y delicioso con que Cristo Señor nuestro recrea y regala ahora á su Iglesia son las tribulaciones y trabajos», añade luego á continuación: «Manojito de mirra es para mi el amado mio», etc.

CICULUS MYRÆ DILECTUS MEUS MIHI, etc. *(Cant.*, I, 12).

Estas son las exposiciones que yo he podido hallar que tengan entre sí alguna diferencia; y confiesso que las más dellas no las entiendo, ni sé cómo pueden cuadrar con esta letra. Y porque sería gastar tiempo ponerme á interpretar cosa de que no me satisfago, de todas elijo como más misteriosa y más propia conforme á lo que queda dicho y habemos de decir, la de Santo Tomás, Haymón, Henrico Harpio, Jacobo de Valencia y Damiano, los cuales todos entienden este recuesto del Esposo de la Encarnación del Verbo divino; porque verdaderamente allí parece que se recostó Dios y se assentó á una mesa con los hombres, y lo que es más, siguiendo á Raulin, se abrazó con nuestra humanidad. El profeta Balaan, profetizando este misterio, dijo *(Num.*, XXIV, 9): «*Reclinatus requievit* ut leo, et *ut catulus leonis, quis excitabit eum?* qui *benedicunt te, benedicti sunt*: et qui *execrantur te, execrabiles erunt*» (¹). Casi las mismas palabras dijo el patriarca Jacob á su hijo Judas, del cual había de nacer Cristo: «Requiescens, accubuisti ut leo, et quasi leæna, *vel catulus leonis*, quis suscitavit eum?» *(Génes.*, XLIX, 9) (²).

En el león es significada la majestad real; en la autoridad de bendecir, la deidad, y en el dormir y estar recostado, la Encarnación y mortalidad de Cristo. *Reclinado*, dice, *descansó como león*. Este nombre *leo*, como dicen los que saben bien la lengua hebrea, es *Ari*, de[s]ciende de un verbo, *Arab*, quod significat *colligere* [que significa], envolver ó encogerse; porque el león cuando duerme y descansa se hace como un ovillo, encógese mucho. Assí Cristo, león de Judá, se recogió y hizo ovillo en las entrañas de la Virgen; porque, como canta la Iglesia *(In festis B. M. V. Officium.* R/. 1^um *primi Nocturni)*: «Ella recibió y abrazó en su vientre al que no pudieron abrazar los cielos.» Y este encogimiento quiso significar el Espíritu Santo en el profeta Eliseo, que para resucitar al niño muerto de la Sunamite se ajustó con él pies con pies, y manos con manos, y boca con boca, y respirando allí sobre él, le resucitó *(IV Reg.*, IV, 34).

Esto assí presupuesto, para que de una vez saquemos la verdadera inteligencia deste lugar, averigüemos lo que es el nardo y las condiciones naturales suyas, y luego las significaciones místicas deste lugar; y hecha elección de la más propia, continuaremos la letra, que con el favor de Dios nos ha de abrir camino para doctrinas admirables y en gran provecho y edificación de las almas.

* ARTÍCULO IV

Examina las propiedades naturales del nardo, y considera en ellas la humildad, penitencia y fe con que Cristo hizo famosa su Iglesia y la extendió por todo el mundo.

Notable del nardo.

El nardo, como dice Plinio *(Plin.*, lib. XII y c. II, lib. XIII), es una planta pequeña, de raíz corta, gruessa y jugosa; fea a la vista y amarga al gusto. Es olorosa y medicinal, y cuanto más manoseada, tanto más bien huele; tiene hojas pequeñas y espigas. De las hojas, ninguna mención se hace para los ungüentos aromáticos, mas de las espigas sí. Por esso, alabando el Evangelista el ungüento con que María ungió á Cristo, se dice que era nardo de espiga: «Nardi pistici prætiosi» dice un Evangelista y otro: «Nardi spicati». Es el nardo de su naturaleza cálido; comido, expele las frialdades, calienta los miembros y limpia el pecho. Sus significaciones son tantas y más que las interpretaciones que habemos hallado deste lugar.

Significaciones del nardo.

Pero de sólo tres pienso echar mano, por ser más favorecidas de los doctores santos y más conformes al sentido que aprobamos arriba. Significa lo primero la humildad; lo segundo, la penitencia; lo tercero, la fe de la Iglesia. Y algunos quieren que la humanidad de Cristo, que siendo de suyo tan pequeña y de tan poco lustre, por la unión hipostática subió á la mayor alteza que se puede imaginar. El padre maestro Avendaño (sobre el salmo 118:

(¹) «Se echará á dormir como león y *como* cachorro de león, y ¿quién osará despertarle? Quien á ti te bendijere, también él será bendito, y aquel que te maldijere, por maldito sea tenido.» —Nos hemos atenido en la traducción de este texto, no á las palabras que cita el P. Angeles, sino á las que trae la *Vulgata*, cuyo sentido conservó nuestro autor, aunque empleando otros términos que materialmente suenan de modo distinto.

(²) «... para descansar te has echado cual león y á manera de leona. ¿Quién osará despertarle?»

Beati immaculati in via) se persuade que en este lugar el nardo significa la humildad de la Iglesia y de cualquiera ánima en particular: dice della grandes cosas. Lo primero, que es la virtud más veces encomendada en la Escritura. Lo segundo, que el mismo Hijo de Dios la enseñó de palabra y por ejemplo. Lo tercero, que saca la gracia como vaso inclinado y metido en el agua. Lo cuarto, que es muy pacífica, no sólo con los domésticos, sino también con los extraños. Lo quinto, que por maravillosa manera agrada á Dios, como parece de lo que dice la Esposa. DUM ESSET REX IN ACCUBITU SUO, NARDUS MEA DEDIT ODOREM SUUM. El olor bueno en la Escritura significa complacencia, según lo que se escribe en el salmo 140: «Dirigatur oratio mea sicut incensum in conspectu tuo», id est: «sea mi oración acepta y grata en vuestro acatamiento». Y como las especies aromáticas, cuanto fueren más molidas y reducidas en polvos más menudos, tanto más bien huelen, assí nuestras buenas obras, tanto tienen el olor más grato en los ojos de Dios cuanto más deshechas fueren por la humildad. De una alma assí desecha se admiran los ángeles, y unos á otros se preguntan: «Quæ est ista quæ ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ et thuris, et universi pulveris pigmentari» *(Cant.*, III, 6) (¹).

Cuanto más humilde es la obra buena, tanto mas agradable á Dios.

A mí me parece que en estas palabras DUM ESSET REX IN ACCUBITU SUO, lo que principalmente quiso significar la Esposa fué la humildad de Cristo en la Encarnación. Inclinó el Rey de la gloria los cielos de su grandeza, y su majestad real se hizo participante de nuestra pobreza. También se reclinó y se recostó sobre los brazos de la cruz, en el humilladero del calvario; y viéndolo assí reclinado la Esposa, dijo que *su nardo dió su olor; quasi dicat* [quiere decir] que, á imitación de Cristo, los hombres, que antes eran altivos y soberbios, comenzaron á humillarse, abatirse y deshacerse por la humildad, imitando la de aquel Señor que por nuestro amor se humilla hasta la muerte, y muerte de cruz; y cuanto más despreciado y perseguido, tanto más el nardo derramaba su olor. San Ambrosio, sobre aquellas palabras del Apóstol *(Phil.*, III) *(sic) (a): Humiliavit semetipsum,* dice: «Quanta fecit Deus audeo dicere: et non flexi ei genu, sed flexi ei postquam se humiliavit (¹)». San Pablo dice de sí, y de los demás apóstoles, que cuando el mundo más los fatigó, y menos caso hizo dellos, teniéndolos por unos brutos diputados para el matadero, entonces dieron de sí mejor olor. «Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos *(Rom.*, XIII) *(sic) (b)*» (²). De aquel recebimos la virtud para oler bien por cuyo amor padecemos.

La virtud y olor de nuestras buenas obras es de Cristo; porque sin Él no son de valor ninguno.

Advirtió aquí elegantíssimamente Orígenes, que, aunque el nardo tiene propio olor, no es el suyo el que aquí dice que dió la Esposa, sino el del Esposo. Y da lugar para decir esto la palabra hebrea, que se puede traducir: Dedit odorem suum, vel odorem ejus: dió el olor suyo, conviene á saber: del nardo; ó el olor de Él, esto es: del Rey á quien se juntó; *quasi dicat* [como si dijera]: el nardo, mío es; mas el olor, del Rey le ha tomado. La santidad y virtud de los santos, por el contacto de fe viva que tienen con Cristo, huele al mismo Cristo, y puede decir San Pablo *(II Corint.*, II, 15): «Christi, bonus odor sumus Deo». Olemos bien á Dios; porque tenemos entrañado en nosotros el olor de Cristo. Al fin, lo que la Esposa dice es que nunca el nardo suyo comunicó ni esparció su olor hasta que ella se sentó á la mesa con su Esposo, significando generalmente con este modo de decir que ninguna virtud puede ser grata á Dios, ni de algún valor sobrenatural, si no lleva el olor de Cristo. Que, como dice el Apóstol *(Ephes.*, I, 6), en Él so-

(a) Léase de este modo: *Philip.*, II, 8.
(b) Debe leerse así: *Rom.*, VIII, 37.

(¹) »¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso, y de toda especie de aromas?»

(¹) Comentando San Ambrosio aquellas palabras que el Apóstol dice de Cristo: *se humilló* á sí mismo, etc., dice: «Me atrevo á decir qué cosas son las que hizo Dios: no aprendimos á doblar la rodilla delante de Él sino hasta que Él primero se humilló.»

(²) «Pero en medio de todas estas cosas triunfamos por amor de aquél que nos amó», es decir: de Jesucristo.

mos gratos al Eterno Padre, y sin Él nada le agrada, aunque sea derramar sangre, y la misma muerte.

[San] Cipriano, en sus *Comentarios*, dice, y muy bien, que este recuesto del Esposo á la mesa con su Esposa, ó este abrazo, como tiene Raulín, significa un particular favor de Dios, el cual si nos falta, permanecemos helados, fríos y sin movimiento en cosa que sea para nuestra salvación. De manera que todas las obras de piedad que hubieren de imitar la naturaleza del nardo, y derramar su buen olor, tienen necessidad precisa deste recuesto á favor del Esposo. De aquí proceden las verdaderas lágrimas en aborrecimiento y detestación del pecado; de aquí el odio del mismo pecado; de aquí los ayunos provechosos; de aquí la eficaz y cierta penitencia; de aqui, finalmente, los oficios todos del cristiano, que, á la manera del nardo, suelen ser de buen olor para Dios. NARDUS MEA DEDIT ODOREM SUUM. Olió á Dios mi humildad; hízose mi humildad divina por el contacto de Dios humilde y humillado. DUM ESSET REX IN ACCUBITU SUO.

El hombre quiso ser Dios, y Dios quiso hacer al hombre Dios.

Invención propia del saber de Dios fué el humillarse para enseñarnos á nosotros el camino seguro y cierto de la exaltación. «Non enim cogitationes meæ, cogitationes vestræ: *nec viæ meæ, viæ vestræ...*: quia sicut exaltantur cœli, a terra», etc. *(Isai.*, LV, 8-9) (¹). Encontráronse Dios y los hombres en los pensamientos, y pretendieron un mismo fin; mas, porque discordaron en los medios, los hombres se quedaron frustrados de su intento, y Dios salió con su pretensión. Quiso el hombre ser como Dios, y quiso también Dios que lo fuesse; para serlo tomó el hombre, no camino cierto, sino cierto despeñadero, el que le aconsejó Lucifer *(Génes.*, III, 5), por el cual él se precipitó. «Eritis sicut dii, scientes bonum et malum» (²). En lugar de ser lo que desseaba y le persuadía el demonio, perdido aquello, quedóse semejante al demonio y al jumento insipientíssimo (*Ps. 48*, 13, 21), perdida la gracia y justicia original, en que resplandecia más la imagen de Dios.

¿Qué remedio para que el hombre vuelva á entablarse y Dios no quede frustrado del intento que tuvo criándole? Saca de su divino pecho una traza para subir, la cual no pudo caber en ingenio humano. Abrió el camino de la humildad, contrario al que el hombre había tomado: él quiso subir, subiendo, y Dios quiere que suba, bajando. Y digo que es camino propio de Dios la humildad, porque esta virtud, según su condición, pide ser aposentado en sujeto y naturaleza divina. En el hombre puro no se puede hallar la humildad en toda su perfección, porque el hombre fué formado de la tierra, que es el más bajo de los elementos, y puesto en ella, no tiene á donde bajar, y porque propiamente no le conviene el bajar; no tiene su punto en él la humildad. Sólo de aquel es propia que pudo bajar de la cumbre de su divinidad al valle de nuestra miseria, y, disimulada la gloria de su inmortalidad, vestirse de nuestro barro.

La humildad no se halla en hombre puro, porque solo en Dios cabe y tiene lugar.

En el *libro IV de los Reyes*, cap. II *(a)*, se lee que, dando de parte de Dios el Profeta Isaías al rey Ezequías libertad para escoger una señal que le hiciesse cierto de la merced que le hacía de acrecentarle quince años de vida: ó que el reloj passasse diez lineas adelante, ó las volviesse atrás, respondió el discreto rey (ib , v. 10): «Facile est umbram crescere», etc. No le pareció señal propia de Dios que el sol fuesse adelante acelerándose en su carrera, ni que la majestad de Dios se mostrasse grande, siendo infinita, porque esso tiene de su cosecha, como á la naturaleza humana ser ensalzada; pero tuvo por señal infalible y divina, la humildad: que el Sol de justicia, el Verbo de Dios, se humillasse y passasse las nueve líneas de los nueve coros angélicos, sin reparar en ellos, y parasse en la décima de los hombres, haciéndose hombre como ellos, esso es subir: lo cual quiere que sintamos y pensemos el apóstol San Pablo, diciendo *(Philip.*, II, 5-7): «Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo

(¹) «Que los pensamientos míos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son los caminos míos..., sino que cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre los caminos vuestros, y mis pensamientos sobre los pensamientos vuestros.»

(²) «Seréis como dioses, conocedores *de todo*, del bien y del mal.»

(a) El número del capítulo está equivocado, debiendo decir, en vez de II, capítulo XX.

Jesu: qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo; sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens», etcétera. «Sentid, dice, desta obra que ha hecho Cristo, como es razón; que siendo un Dios con el Padre, y teniendo su misma naturaleza y essencia divina, y sabiendo que en llamarse igual á su Padre no usurpaba lo ajeno», como Lucifer y Adán, que fueron ladrones y quisieron robar lo que no era suyo, conviene á saber: la igualdad con Dios, «semetipsum exinanivit formam servi accipiens»: «No tuvo por presa digna de sus uñas este divino neblí y sacre de altíssimo vuelo subir subiendo y ser tenido por igual á Dios, porque esso de linaje le venía, sino abajarse hasta hacer presa en la naturaleza humana», que, como dijimos de Crisóstomo, parece que iba huyendo de Él, y descendió tanto por humildad, que se hizo no sólo hombre, sino el menor y el deshecho de los hombres, hasta morir como malhechor en la cruz: «Propter quod et Deus exaltavit illum», etcétera *(Philip.*, II, 9). Por este camino de la humiliación subió á la mayor gloria que se pudo subir.

Para subir con Cristo glorioso hemos de bajar con Cristo humillado.

Pues ¿á qué propósito puso Dios á su Hijo en estos conflictos? ¿Qué necessidad tuvo Él destos altibajos? Fué suave disposición de su sabiduria mostrarnos en Cristo hombre, afeado por nuestras culpas, la traza por donde nos conformássemos con Cristo glorioso; que como Él es una persona divina en dos naturalezas, divina y humana, assí es una imagen con dos aspectos, divino y humano: en el divino es espejo sin mancilla y fuente de hermosura; en el humano fué primero amancillado y escurecido el rostro más alindado de los hijos de los hombres. Y este rostro lastimero y humilde da por dechado el Padre Eterno á los hombres, para que los que con él se conformaren, retratando en sí sus ignominias, su humildad, pobreza y dolores, por el mismo caso vengan á ser conformes con el rostro glorioso desta imagen, que es el fin para que Dios predestinó al hombre. «Quos prescivit, et prædestinavit conformes fieri imagini», etc. *(Rom.*, VIII, 29). Lo cual se entiende de Cristo en cuanto hombre; porque desta manera «est primogenitus in multis fratribus»; hoc est: primus omnium prædestinatorum, ad cujus exemplar alii omnes sunt prædestinati ([1]); porque, en cuanto Dios, es una idea eternamente nacida y engendrada de todo cuanto había de tener sér participado de Dios. El mismo Apóstol llama «primogenitus omnis creaturæ» (*ad Colos*, I, 15) ([2]).

Estos fueron los acuerdos de Dios, tan diferentes de nuestros pensamientos. Caminos son poco trillados; y con razón dice Él que distan más de la capacidad humana que los cielos de la tierra. Que en la humildad esté la alteza; en la pobreza, el tesoro; en las tribulaciones, la gloria, y en la muerte, la vida, no pudo caber en los pensamientos de los hombres; sólo Dios pudo hallar traza semejante; y para que se nos assentasse á nosotros este orden de subir, el mismo Dios se humilló y reclinó, assí en las entrañas de la Virgen como en los brazos ó regazos de la Cruz. Cuando Dios, antes de hacerse hombre, mandaba á los hombres que se humillassen, pareciales que hablaba de talanquera, y había pocos que hiciessen su mandado; mas después que Él, sabiendo que era rey, se puso en traje de vassallo, no sólo de palabra sino de obra enseñó la humildad y dió ejemplos tan esclarecidos della, son innumerables los santos que le han seguido y imitado con tan gran perfección y tan al propio, que puede muy bien decir la Esposa: DUM ESSET REX IN ACCUBITU SUO, NARDUS MEA DEDIT ODOREM SUUM.

La humildad de los santos huele á Dios.

Ya el nardo no tiene olor propio, sino olor de Dios. Mírese la humildad de mi padre San Francisco, su menosprecio y pobreza, y cotéjense estas virtudes con las del divino Rey, recostado en la muerte, y verse ha cuánta es la semejanza que tienen entre sí. Huelen á Dios verdaderamente, porque con el mismo afecto que se humilló Cristo, se humilló San Francisco; y fué tan extremado en esto, que ningún avariento hubo jamás tan codicioso de hacienda como él lo fué de abatimientos, deshonras y pobreza, por parecerse en todo á este Señor, que tan abatido, deshonrado y pobre estuvo en la cruz. Al fin, lo que de aquí saco yo,

---

([1]) «Es (Jesucristo) el primogénito entre muchos hermanos», es decir: el primero y la cabeza de todos los predestinados, á cuya imitación todos los demás son predestinados á la gloria.

([2]) «Engendrado *ab æterno* ante toda criatura.»

para enseñamiento nuestro, es que para subir es necessario bajar, y para ser ensalzados, humillarnos primero; y para que esto sea con merecimiento, que vaya entrañado Cristo en ello, de manera que de ahí tome olor: que sólo huele bien á Dios lo que huele á Cristo, el cual, como dijo el Apóstol *(I Cor.*, I, 30), es para nosotros justicia, santidad y remedio (Lege Taulerum, *de 8 cecitatibus)*.

Digo que Él es la causa y principio de nuestro merecer, y, por consiguiente, ningún hombre mereció este tan gran favor que dice la Esposa, conviene á saber: el haberse recostado y abrazádose con ella por la Encarnación. Y por ventura quiso decir esto Isaías en aquellas palabras tan escuras del capítulo XLI (v. 2): «Quis suscitavit ab Oriente justum, vocavit eum ut sequeretur se?» (¹). Orígenes, Cirilo, Procopio y Teodoreto interpretan este lugar, á la letra, de Cristo, el cual por antonomasia ó por excelencia se llama en la Escritura Justo. Favorece á esta interpretación la translación de los Setenta, que dice: «Quis suscitavit ab Oriente justitiam? Vocavit eam ad pedes suos?» «¿Quién despertó y alentó á la justicia y la llamó á sus pies?» «¿Quién, dice Orígenes, hizo que el que es por essencia la misma justicia viniesse á nosotros por la Encarnación y tuviesse pies y anduviesse entre los hombres?» Como si dijera el Profeta santo: Ningunos méritos, ni de hombres, ni de ángeles, pudieron traer á la tierra al divino Verbo; porque la obra de haberse hecho hombre excede y sobrepuja todo merecimiento. Y esto baste cuanto á la primera significación del nardo, que, según los más doctores, significa la humildad de la Iglesia, en la cual tan solamente se hallan verdaderos humildes, que es una de las señales que nos asseguran ser Esposa de Cristo amantissima, y que de sola ella está pagado y agradado, porque se le van los ojos y el corazón tras de los humildes (Lege Boz., sig. 49, c. IX et X).

Ninguna criatura angélica ni humana pudo merecer que Cristo se hiciesse hombre.

Yo creo que la principal significación mística del nardo es la que pusimos en el tercero lugar. Significa la fe de la Iglesia, cuyo olor y fragancia por todo el mundo está derramado. Assí lo sienten San Jerónimo *(Super Marc.*, capítulo XIII), Augustín (trac. 50 *in Joann*, capítulo XII), Jacobo de Valencia, Cosme Damiano y otros muchos comentadores (Hortul. y Prosper. Ros.) de los *Cantares*. Y de que este nardo huela bien á Dios, es argumento harto eficaz lo que dijo, vista la fe del Centurión: «Non inveni tantam fidem in Israel» *(Math.*, VIII, 10) (¹). Y admirándose de la cananea: «O mulier, magna est fides tua» *(Math.*, XV, 28) (²). Y á San Pedro, porque le confessó hijo de Dios vivo con fe viva: «Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram» *(Math.*, XVI, 18), etcétera. (³). Y alabando los servicios de María Magdalena *(Luc.*, VII, 44-50; *Joan.*, XII, 7-8), el que parece que estimó en más, y de donde profetizó que había de ganar fama y nombre inmortal, fué del nardo con que le ungió; esto es, de la fe viva que ardía en su pecho.

Tiene la fe la condición del nardo: la raíz pequeña y de poco lustre, pero de allí procede un árbol hermoseado de hojas y enriquecido de espigas hermosíssimas. Lo cual es tan á propósito de lo que sabemos de la fe, que ninguna cosa más. Porque ella se levanta de la humildad y obediencia de los fieles como de dos raíces, negras, pequeñas, frágiles y amargas; que, al fin, el que ha de creer el Evangelio es necessario que se humille y se encoja y embote la agudeza del ingenio humano, y, desterrado el resplandor de la sabiduria deste siglo, se quebrante y sujete el cuello al servicio y obediencia de Cristo. Deste entendimiento, assí humillado y captivo, se levanta y crece la fe, no en solas hojas anchas y para sola ostentación, sino en muchas espigas, y todas nacidas de una cogolla. Porque, aunque las cosas que creemos son muchas, una sola es la fe, como largamente lo dejamos probado. Y como el nardo cuanto más manoseado y quebrantado tanto más derrama su olor y descubre su eficacia, assí la fe viva, tanto más es conocida y su calor más dilatado cuanto más golpeada con persecuciones y ejercitada con trabajos. El apóstol San Pablo da gracias á Dios porque, vencidos sus trabajos y sobrepujados sus adversarios, por sí y por

El que ha de creer la fe del Evangelio ha de ser humilde.

(¹) «¿Quién sacó del Oriente al justo y le llamó para que le siguiese?»

(¹) «Ni aun en medio de Israel he hallado fe tan grande.»

(²) «¡Oh mujer!, grande es tu fe.»

(³) «Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

los demás apóstoles, siempre triunfa y manifiesta por el mundo el suave olor de su fe *(II Cor.*, II, 14).

De la dilatación de ella habla Dios por Isaías, en el capítulo LIV, 2, en esta forma: «Dilata locum tentorii tui, et pelles tabernaculorum tuorum extende: ne parcas, longos fae funiculos tuos, et clavos tuos consolida: ad dexteram enim, et ad lævam penetrabis, et semen tuum gentes hæreditabit.» «Oh Iglesia mía, que aunque estéril, como Sara, y la Sinagoga fecunda, como Lia, muy presto se trocarán las suertes, porque ella quedará desierta, sola y desamparada, y tú tendrás lugar de ensanchar el lugar de tu tienda y las cortinas de tus tabernáculos. *Extiéndelas, no seas corta, alarga los cordeles y fija bien los clavos; porque á la mano izquierda y á la derecha penetrarás; y tu simiente heredará las gentes.*

Hartas cosas había aquí en que detener la consideración; pero contentarme he con advertir dos, como más notables: La primera, que en esta metáfora de tiendas y cortinas, que manda Dios á su Iglesia que extienda, fuera de que quiere darnos á entender la dilatación de su fe, que, como sabemos, es por todo el mundo, quiere también que entendamos lo que sería razón que nunca cayesse de nuestra memoria, conviene á saber: que «no tenemos aquí ciudad permaneciente *(Hebræos*, XIII, 14), sino que vamos de passo á la celestial, no labrada por manos de hombres, sino por las del mismo Dios». Los que moran en tiendas nunca están de assiento; son casas movedizas, que hoy están aquí y mañana en otra parte. A lo menos el Apóstol claramente dice que una de las razones porque Dios se dignó de llamarse Dios de los Padres antiguos, fué porque, viéndose ellos ausentes de Él, se tuvieron por peregrinos y huéspedes en este mundo, aunque más regalados de su majestad *(Hebr.*, XI, 14-6). «Qui enim hæc dicunt, significant re patriam inquirere et siquidem *illius* meminissent de qua exierunt, habebant utique tempus revertendi: nunc autem meliorem appetunt, id est: cœlestem. Ideo non confunditur Deus vocari Deus illorum, paravit enim illis civitatem» [1]. Y si no se confunde Dios de llamarse Dios de los que, viéndose ausentes de su verdadera patria, que es el cielo, aunque viéndose llenos de los bienes de la tierra, se llaman peregrinos, claro está que se confundirá y recibirá afrenta de que los avecindados en ellas le llamen su Dios. «¡Ay de vosotros, dice un ángel, una, dos y tres veces, los que morais de asiento en la tierra» *(Apoc.*, VIII, 13).

No tenemos aquí ciudad permaneciente, porque la de Dios buscamos.

Lo segundo que se nos ofrece de consideración, es que los hijos de la Iglesia, que son los fieles, han de ser herederos de toda la gentilidad *(Isai.*, LIV, 3): «Et semen tuum gentes hæreditabit.» Lo cual profetizó el mismo Isaias en el capítulo último de su profecía *(Isaias*, LXVI, 19), adonde dijo que había Dios de enviar sus legados á Africa, Lidia, Italia, Grecia é islas remotíssimas, adonde no se hubiesse oído su nombre ni visto su gloria, y porque por la predicación del Evangelio se habían de convertir á su fe innumerables gentes. Lean los curiosos á Bozio (sig. 6), que con grande curiosidad cuenta el orden que Dios tuvo en dilatar su fe.

Y comenzando de España, el primero fué Santiago, que predicó en ella; luego se siguieron, destinados y enviados por San Pedro y San Pablo de Roma, en el año de cuarenta y cuatro [1], Cecilio, Eufrasio, Secundo, Indalen-

---

[1] «Ciertamente que los que hablan de esta suerte (se refiere el Apóstol á los antiguos patriarcas, que de sí mismos decían que eran huéspedes peregrinos en la tierra), *bien* dan á entender que buscan patria. Y caso que pensaran en la propia de donde salieron, tiempo, sin duda, tenían de volverse á ella; luego es claro que aspiran á otra mejor, esto es: la celestial. Por eso Dios no se desdeña de llamarse Dios de ellos; como que les tenía preparada su ciudad *celestial.*»

[1] Los datos que poseemos en la actualidad, referentes á la predicación de la fe cristiana en España, no permiten asegurar que en el año 44 pudieran ser enviados á nuestra patria estos discípulos de los apóstoles. Por otra parte, en este año sufrió el martirio en Jerusalén Santiago el Mayor *(Act.*, XII, 2). Hacía el año 64 debió tener lugar el viaje de San Pablo á España á que el mismo Apóstol alude en su epístola *(Rom.*, XV, 24, 28); poco después, en ese mismo año ó en el siguiente, hubo de realizarse la venida de los siete varones apostólicos, cuyos nombres, algo variados por cierto en cuanto al modo de escribirlos, nos da aquí el P. Angeles. (Véanse, entre otros, FLÓREZ: *España sagrada*, tomo III (1748); TOLRA: *Venida de Santiago á España*, Madrid; 1797; HERGENROETHER: *Historia de la Iglesia*, Madrid, 1833, tomo I, págs. 175-95; MENÉNDEZ PELAYO: *Historia*

sio, Bresiphon y Hesiquio, obispos ([1]). Y en el año de cincuenta, Saturnino, que fué después obispo en Roma, el cual llegando á Pamplona, por espacio de siete días convirtió por su predicación á la fe de Cristo cuarenta mil hombres.

San Pablo predicó en España.

San Jerónimo, Atanasio, Crisóstomo, Epifanio, Gregorio Magno y otros graves autores tienen que el apóstol San Pablo vino también á predicar á España ([2]). En ella predicó muchos años San Eugenio, arzobispo de Toledo; y después de haber convertido á la fe innumerables gentes, murió por la confessión della, cerca de París, en Francia. Siguióse á la conversión de España la de las Galias, bélgaros, helvecios, allóbrigas, britanos, ingleses, escocios, hibernios, germanos, maravios, bohemios, pomeranos, panonios, dálmatas, húngaros, rusios, polomios, novegios, prusios, bivonios, griegos ([3]) y, finalmente, los orientales y occidentales, con las Indias que hoy se conocen descubiertas, que es un mundo nuevo mucho mayor que el que los antiguos descubrieron, predicaron y convirtieron. Pero lo que en esta dilatación de la fe cristiana tiene más de consideración, como ya dijimos largamente tratando de la fortaleza de la Iglesia, es que, como los hijos de Israel tanto más crecían y se aumentaban cuanto más trabajaba Faraón por apocarlos y aniquilarlos, assí la fe católica tanto más derramó su olor y fragancia por el mundo cuanto más perseguida; como divino nardo, que manoseado y apretado huele más y mejor.

Podemos colegir de lo dicho que en ningún tiempo, siglo ó edad ha sido la Iglesia estéril, porque en todos los tiempos, siglos y edades engendró hijos á Dios. Lo cual se prueba, assí de experiencia como de las humanas y divinas escrituras. El profeta Isaías dice (*Isai.*, IX, 7): «Multiplicabitur ejus imperium, et pacis non erit finis» ([1]). Y en el capítulo XLIX, 19-22, dice: «Deserta tua, et solitudines tuæ, et terra ruinæ tuæ nunc angusta erunt præ habitatoribus, et longe fugabuntur qui absorbebant te. Adhuc dicent in auribus tuis filii sterilitatis tuæ: Angustus est mihi locus, fac spatium mihi, ut habitem. Et dices in corde tuo: Quis genuit mihi istos? Ego sterilis, et non pariens, transmigrata, et captiva: et istos quis enutribit? Ego destituta, et sola: et isti ubi *hic* erant? Hæc dicit Dominus Deus. Ecce levabo ad gentes manum meam, et ad populos exaltabo signum meum. Et afferent filios tuos in ulnis, et filias tuas super humeros portabunt» ([2]). Lo que dice Isaías es, que todas las veces que la

Cuando la Iglesia ha sido más perseguida y aniquilada, mas se ha ampliado.

Iglesia parece estar más desamparada, más dejada, más destruída y más reducida á esterilidad y estrechura, es hecha madre floridíssima, celebradíssima y frecuentadíssima, engendradora de muchos hijos traídos de la gentilidad; de manera que le es necesario ensancharse y extender sus términos, como de hecho se extienden y crecen.

El mismo Isaías dice que las puertas de la Iglesia estarán abiertas de día y de noche para

---

de los heterodoxos españoles, Madrid, 1880 (1.ª ed.), tomo I, págs. 47-50.)

([1]) He aquí los nombres de estos siete varones apostólicos, propagadores de la fe en nuestra patria, tal como los cita el Sr. Menéndez Pelayo y los demás historiadores: Torcuato, Ctesifon, Indalecio, Eufrasio, Cecilio, Hesichio y Segundo.

([2]) Véanse los autores citados en la nota anterior.

([3]) Repite aquí el P. Angeles muchas de las cosas de que ya ha hablado más arriba, en el *artículo* IV de la LECCIÓN SÉPTIMA, especialmente en las páginas 229-31. Los nombres de los pueblos ó naciones que aquí cita los dejamos tal como se encuentran en el impreso que reproducimos, pues el buen criterio de los lectores subsanará fácilmente las diferencias meramente accidentales ú ortográficas que se notan en ellos en cuanto al modo con que hoy se escriben.

([1]) «Su imperio (el de Cristo) será amplificado, y la paz no tendrá fin.»

([2]) «Tus desiertos y tus soledades, y la tierra cubierta con tus ruinas, todo será entonces angosto para tus muchos moradores, y serán arrojados lejos de ti los que te devoraban. Aún oirás que los hijos que tendrás de tu esterilidad, dirán: «Estrecho es para mí este lugar; dame sitio espacioso donde habite.» Y tú dirás, en tu corazón: «¿Quién me ha dado estos hijos á mí, que era estéril y no paría, expatriada y cautiva? Pues ¿quién crió estos hijos, estando yo sola y desamparada? ¿De dónde han salido ellos?» He aquí lo que responde el Señor Dios: «Sábete que yo extenderé mi mano hacia las naciones, y enarbolaré entre los pueblos mi estandarte. Y á tus hijos te los traerán en brazos, y en hombros llevarán á tus hijas.»—Por creerlo error tipográfico hemos corregido el verbo *dices* (que en el impreso aparece en tercera persona: *dicet*), acomodándolo al texto de la *Vulgata*.

que vengan á ella la fortaleza de los gentiles y los reyes dellos *(Isai.*, LX, 11); y esto en el tiempo que se enojare Dios con ella y la hiriere, permitiendo que muchos de sus hijos se salgan della por herejías y apostasías de la fe. En el capítulo XLIII (vv. 5-6) introduce á Dios hablando en esta forma: «No quieras temer, porque yo soy contigo». «Ab Oriente adducam semen tuum, et ab Occidente congregabo te. Dicam Aquiloni, da: et Austro, noli prohibere: affer filios meos de longinquo, et filias meas ab extremis terræ» ([1]). Es lo mismo que poco ha dijimos: «Ad dext[e]ram, et ad lævam penetrabis»: Penetrarás á la mano derecha, y á la izquierda; y tus hijos heredarán á los gentiles. Primero dice á la mano derecha, y luego á la izquierda; porque viniendo del Oriente al Poniente, y siguiendo el curso del sol, á la mano derecha ocurre Aquilón, y el Austro á la izquierda. En confirmación desto, sabemos que el templo magnificentíssimo de Salomón, figura cierta de la Iglesia católica, estaba edificado á la parte aquilonar. Lo cual confirma el Profeta santo por estas palabras *(Ps. 47*, 3): «Fundatur exultatione universæ terræ mons Syon, latera Aquilonis, civitas Regis magni» ([2]). Las cuales en ninguna manera le pueden cuadrar á la figura, sino á lo figurado, que es la Iglesia; porque *nunca se fundó el templo para alegría y regocijo de toda la tierra á los lados del Aquilón.* Y menos le puede cuadrar lo que se sigue *(ib.*, 5): «Quoniam ecce Reges terræ congregati sunt ::: in unum.» ¿Cuándo se juntaron los reyes de la tierra en uno para que el monte de Sión y la ciudad del gran Rey se fundasse á los lados de Aquilón?

Luego de la Iglesia se ha de entender esta profecía, fundada para alegría de toda la tierra. En cuya fundación se hallaron muchos reyes, emperadores y monarcas del mundo, como en otra parte lo probaremos.

Pero averigüemos agora si es assí que nuestra Iglesia católica primero del Aquilón y después del Austro, que son mano derecha y izquierda, convirtió y trajo al culto de Cristo los gentiles. La prueba está en la mano: porque la mayor parte de las Galias, Bretaña, Hybernia, Horcades, Germania, Frisia, Pannonia, Misia, Dacia, Saxonia, Beocia, Livonia, Dania, Lothia, Noruega, Pothnia, Finmarchia y Zelandia son regiones aquilonares, y ellas fueron, como dijimos en otra parte, las primeras que se convirtieron á la fe de Cristo por la predicación del Evangelio. Y en ellas se verifica lo que dice Isaías: que la Iglesia había de penetrar la mano derecha.

También lo que dice de la izquierda; porque acabada esta conquista, y juntos en una fe muchos reyes y príncipes y gentiles sin número, del Aquilón passó al Poniente y penetró el Austro, que es á la mano izquierda. Dan testimonio desta verdad las regiones de Africa amplíssimas: las islas de las Canarias, las de la tercera de Santo Tomé, del Príncipe Don Ferdinando; los reinos de Betonino, Guinea, Angola, Monicongo, Benopótamo, Cessalia, Melindia y Mozambique; la anchíssima isla de San Lorenzo, y Lazachorotas, las cuales todas cercan á Africa y se extienden al Austro, como lo podrán claramente ver los curiosos inteligentes de la esfera. Este orden de conversión quiso significar el Esposo cuando en los *Cantares* dice *(Cant.*, IV, 16): «Surge Aquilo, et veni Auster, perfla in hortum meum, et fluant aromata illius»: «Levántate, Aquilón; ven, Austro; sopla mi huerto, y correrán sus olores.» Primero se levantó Aquilón, para que el huerto de Cristo se cultivasse, y luego vino el Austro, y al soplo dél, como caudaloso río, se comunicaron los olores de la fe, derivados del Oriente por toda la Europa. Y por ventura es símbolo desto lo que vemos cada día, conviene á saber: los muchos olores y especies aromáticas que se traen y comunican á todo el mundo de las partes orientales; porque la conversión dellas, siendo tan remotas, tiene especial olor para Dios y para los hombres, y maravillosamente recrea la Santa Iglesia, que dice: NARDUS MEA DEDIT ODOREM SUUM.

La penitencia y las demas virtudes dan de si buen olor.

Y esto que habemos dicho de dilatación y buen olor de la humanidad y de la fe podemos decir de la penitencia, significada con gran propiedad en el nardo, como lo afirma Fray Luis de León en sus *Comentarios*, la cual procede de la caridad, y se junta y in-

([1]) «Desde el Oriente conduciré tus hijos, *¡oh Jerusalén!*, y desde el Occidente los congregaré. Dámelos, diré al Septentrión; y al Mediodía: No los retengas; traedme á mis hijos de sus remotos climas, y á mis hijas del cabo del mundo.»

([2]) «Con júbilo de toda la tierra se ha edificado el *Santuario* en el monte de Sión, la ciudad del gran Rey, *sita* al lado del Septentrión.»

corpora con ella. Lege Henricum Harp. *(Misticæ Theologiæ*, lib. I, cap. LXVII, LXVIII et LXIX). In his enim elegantissime tractat de humilitate et charitate, quæ in accubitu Regis æterni per mortem eluxerunt maxime. Sed ad alia transeamus ([1]).

LECTIO XI

FASCICULUS MIRRHÆ, DILECTUS MEUS MIHI: INTER UBERA MEA COMMORABITUR *(Cant.*, I, 12) ([2]).

* ARTÍCULO I

Ponderando estas palabras de la Esposa prueba cómo Jesús es el Amado y el amable, aunque lleno de dolores reparta algunos de éstos entre sus amantes.

En el verso passado hizo mención la Esposa de la Encarnación del divino Verbo, su Esposo, de la cual confiessa haberle venido y nacido el buen olor del nardo: de su fe y humildad, de su penitencia y de las demás virtudes; agora confiessa su Passión y muerte acerbíssima, no puesta en olvido, sino entrañada en su corazón y estampada en el mejor lugar de su alma.

INTER UBERA MEA, inquit, COMMORABITUR. Esta sentencia, y la que ha precedido, y la que se sigue, interpreta el maestro fray Luis de León del varón templado y penitente, porque la penitencia y la templanza, significadas en el nardo y mirra y en opobálsamo, resisten maravillosamente y con gran fuerza á los desordenados apetitos y desseos sensuales, para que no contaminen y corrompan el ánimo. Y para significar que le son gratas estas virtudes, aunque amargas y dessabridas á la carne, dice que como ramillete de olorosa mirra las trae en su pecho, adonde las cosas preciosas suelen guardarse. Los hebreos leen assí: FASCICULUS MIRRHÆ AMOR MEUS MIHI. En el griego está de otra manera: ALLIGAMENTUM GUTTÆ VEL STACTES FRATRUELUS MEUS MIHI ([1]). La *Vulgata* tiene DILECTUS, y en todo hay misterio. *Fratruelos* se llaman los hijos de dos hermanos, que en nuestra lengua decimos primos hermanos. Y porque la Iglesia de los gentiles, que es la que aquí va hablando, es hermana de la Sinagoga, y Cristo le fué prometido á ella y dado como hijos, «quia semen Abrahæ apprehendit» *(Hebr.*, II, 16) ([2]), con mucha razón le llama la Esposa primo: FASCICULUS MIRRHÆ FRATRUELUS MEUS MIHI.

Y llámale también Amor, digámoslo assí, en abstracto, para significar cuán puesto tiene el suyo en solo Él. Es palabra de gran regalo *mi amor*, y dice más que *mi amado, ó mi querido*, porque con el amado parece que se compadece querer bien y amar otra cosa, aunque no como principal, que no pueden ser dos las que tengan esse lugar en el corazón, sino segundariamente y, como si dijéssemos, subalternada la una á la otra; pero quien dice mi Amor, no da lugar ni deja vacío en el corazón para otra cosa que aquélla que mereció tal nombre: FASCICULUS MYRRHÆ AMOR MEUS MIHI. Y quiere tanto decir como: Aquel que se lleva y arrebata tras sí todo mi amor, sin que me quede amor para otro alguno fuera dél, es para mí manojo de mirra.

Y aquí viene bien la derivación del nombre amor, que dicen se deriva de *amaro*, vel *amaritudine* [amargura]; porque las amarguras del amor son grandes y muy ordinarias. Simachus: «Nexus est et conservatio stilæ divinæ gratiæ, quæ mihi communicata est» ([3]). Porque, recebido en el alma por fe viva, conserva en

([1]) Léase á Enrique Harpio en los capítulos citados de su *Mística Teología*, pues en ellos trata, con particular propiedad y elegancia, de la humildad y de la caridad que especialmente se manifestaron en la persona del Rey eterno cuando por su muerte se reclinó en el sepulcro. Pasemos, pues, ya á otra cosa.

([2]) LECCIÓN UNDÉCIMA.—Prosiguiendo la Esposa las alabanzas del Esposo, dice: «Manojito de mirra es para mí el amado mío: entre mis pechos quedará».—Es cosa grata y muy usada de las mujeres, notan los Santos Padres y expositores, traer en el pecho adornos profanos de flores y de otros objetos preciosos. El alma santa, como enamorada de Cristo, no se cuida de tales galas, sino que se gloría únicamente en traerle en su corazón y en su memoria, cual manojito de aromáticas y fragantes flores, que con la fragancia de sus virtudes roba su atención y pensamiento.

([1]) Los hebreos: «Manojito de mirra es el amor mío para mí» Los griegos: «Composición de esencia de mirra es para mí el primo hermano mío».

([2]) «Tomó (Cristo en su Encarnación) la sangre de Abrahán»; es decir, nació del linaje ó descendencia de Abrahán.

([3]) Él (el amor) es lazo y lo que conserva el manantial de la gracia divina que se nos comunica.

ella los dones espirituales, y la confirma y esfuerza para que no desfallezca en la virtud ni le pueda entrar la corrupción del pecado. En medio de los pechos está el corazón, de donde mana la vida y se comunica á los demás miembros del cuerpo. Es el mejor lugar en el hombre, y por él es significada la mente, que es la principal parte ó porción del ánima, adonde Dios tiene su assiento y es hecho un espíritu con ella, y de donde se deriva la vida y el movimiento para las demás potencias y facultades interiores y exteriores. Psello dice que le parece que la Esposa hace gala y regalo de su querido, diciendo que es ramillete de mirra para ella. Porque como otras mujeres suelen traer diversos olores para aficionar á sus esposos ó maridos, ó con otros fines no tan buenos, ella en lugar déssos trae por regalo y por gala á su querido en medio de sus pechos ó en su corazón, *quasi dicat* [como diciendo]: mi ramillete olorosíssimo es mi Amado, él es mi gala, y el que solo tiene lugar en mi corazón; es mi amor, que no se puede encarecer más. A lo menos, el nombre más repetido en las divinas letras es éste que le da la Esposa, conforme á nuestra *Vulgata:* DILECTUS. Veintiocho veces le llama así en estos *Cantares*, y más de otras diez y seis se le pone la Escritura en diversas ocasiones *(Ps. 28, 44* y *64; Math.*, XVII y III; *Isai.*, V; *Ephes.*, I; *Coloss.*, III, 6) *(a)*. Y al fin, por excelencia y antonomasia, en diciendo el Amado entendemos á Cristo. Y San Pablo le llama hijo del amor de Dios *(Coloss.*, I, 13).

A Cristo se ha de traer en el pecho, ó en el corazón

La razón deste nombre, —digo de llamarse Cristo el Amado—, es porque, respecto del Padre Eterno, ni una criatura sola, ni todas las criaturas, son tan amadas como Él. Y respecto de los hombres y de los ángeles, Él ha sido sobre todas las cosas querido y amado, y el que ha tenido, tiene y tendrá mayores amadores de sí. El patriarca Jacob, profetizando de su hijo Josef los buenos sucessos que había de tener, dijo *(Génes.*, XLIX, 26) que durarían hasta el desseo de los collados eternos, esto es, hasta Cristo, el cual se llama desseo de los collados, por los cuales son aqui entendidos todos aquellos á quien la virtud ensalzó, cuyo único desseo fué Cristo. Y lo que aquí llamamos desseo, en el original es una palabra que dice una afición que no reposa y que abre de contino el pecho con ardor y desseo. De manera que es cosa propia de Cristo, ordenada para solo Él y profetizada de Él antes que naciesse en la carne, ser el querido y amado y desseado con excelencia. Assí le llama Ageo, profeta *(Agg.*, II, 8): «Vendrá el desseado de todas las gentes.» Porque assí como el bien de todos colgaba de su venida, assí le dió por suerte Dios que los desseos y aficiones de todos se inclinassen á Él, y cuanto son antiguas las cosas es antiguo el ser amado Cristo dellas. Y como San Juan le llama *(Apoc.*, XIII, 8) «cordero muerto y sacrificado desde el principio del mundo», assí también le debemos llamar bien amado y desseado desde que hubo ángeles y hombres.

Cristo siempre ha sido amado, es y lo será para siempre.

Digo que siempre hubo, y siempre hay, y siempre ha de haber, almas enamoradas de Cristo, y jamás faltarán vivas demonstraciones deste bienaventurado desseo; siempre habrá sed dél; siempre estará vivo el apetito de verle; siempre habrá suspiros dulces, testigos fieles del abrasamiento del corazón. Más hacedero y possible es que falte la luz al sol, que faltar en el mundo almas que amen y adoren á Cristo, porque este amor es el sustento del mundo y el que le tiene como de la mano para que no desfallezca. Porque no es el mundo más de cuanto se hallare en él quien por Cristo se abrase. Porque de la manera que todo lo que vemos se hizo á fin de que sirviesse á la gloria de Cristo, assí en el punto que faltasse en el suelo quien le reconociesse, sirviesse y amasse, se acabarían los siglos, como ya inútiles para aquello que fueron criados. De manera que Cristo es como centro adonde se inclinan los desseos y los amores de todas las criaturas, y el mundo con todas sus partes le mira y abraza. Lo cual declara la Esposa en estos *Cantares* con un artificiosíssimo jeroglífico, en esta forma *(Cant.*, III, 9 y 10): «Ferculum fecit sibi rex Salomon, de lignis Libani: columnas

---

(a) Muchos son, en efecto, los pasajes de la Escritura en que se da este nombre al Mesías, Cristo Jesús. Ocioso nos parece aducirlos todos en este lugar. El autor cita algunos—que dejamos tal cual los trae el texto por no seguir éste el orden de prelación que corresponde á cada uno de los Libros sagrados y no llenar de enmiendas y adiciones este párrafo.—Fácilmente podrá el erudito notar las faltas y comprobar por sí mismo lo que decimos.

ejus fecit argenteas, reclinatorium aureum, ascensum purpureum: media charitate constravit, propter filias Hierusalem»: «Una litera hizo para sí Salomón de madera de Cedro; las colu[m]nas della. de plata; el espaldar de la silla, de oro, y el assiento, de púrpura, y en medio el amor de las hijas de Jerusalén». Esta litera significa el mundo, criado con tanto artificio para morada de Cristo. Y dícese andar en él, porque todo lo que hay en él le trae consigo, y le demuestra, y le sirve de assiento. En todo gobierna, en todo resplandece y reluce. Y dice que está en medio el amor encendido de las hijas de Jerusalén, para dar á entender que Él es el amor de todas las cosas, assí de las que usan de razón como de las que carecen della y de sentido. A las primeras llama hijas de Jerusalén, y en orden dellas le nombra amor encendido, para decir que se abrasan amándole todos los hijos de paz, ora sean hombres, ora ángeles; y las segundas demuestra por las partes ricas que componen la litera: las columnas, el recodadero, el respaldar y la peana y assiento. Respecto de todo lo cual dice que este amor está en medio, mostrando que todo ello le mi a, y como á centro de todo su peso de cada un) le lleva á él los desseos de todas las partes derecha y fielmente, como van al punto las rayas desde la vuelta del círculo. Y no se contentó con decir que Cristo tiene el medio y el corazón desta universidad de las cosas, para decir que le encierran todas en sí; ni se contentó con llamarle amor de ellas, para demostrar que todas le aman, sino añadió más, y llamóle amor encendido, con una palabra original, que no significa cualquier encendimiento, sino grande, intenso, y como lanzado en los huessos. De manera que podemos decir amor abrasado, ó que convierte en brasa el corazón de sus amigos, para encarecer assí mejor la fineza de los que le aman. Porque no es tan grande el número de los amadores que tiene este Amado, con ser fuera de todo número, cuanto es ardiente, y firme, y vivo, y por maravilloso modo entrañable el amor que le tienen. Al fin, es amor infundido y producido en ellos por el Espíritu Santo, como lo dice San Pablo *(Rom.*, VII), *(sic.) (a)*: «Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum sanctum, qui datus est nobis» [1].

Fray Luis de León: el Amado.

(a) Debe leerse de este modo: *Rom.*, v, 5.

Pues ¿qué quilates le faltarán al amor, ó qué finezas no se hallarán en él, siendo hechura del Espíritu Santo? ¿Podrá ser menos que amor nacido de Dios y, por la misma razón, digno de Él, y hecho á la manera del cielo, adonde los serafines se abrasan? Todos los amores con que los hombres acá se aman, sombras son y ensayos muy imperfectos deste amor, que se cría en los corazones de los amadores de Cristo. Por esso se llama por excelencia el Amado; porque hace Dios en nosotros para que le amemos un amor diferenciado de todos los otros amores, y muy aventajado á ellos. Amor que, con harta propiedad, le llama la Escritura hambre y sed *(Eccles.*, XXIV, 29); porque cuanto más se ama Cristo, tanto más crece el desseo de amarle, y lo mismo es amarle, que comerle y beberle, y comido y bebido desta manera, es entrañado en ellos y hecho una cosa con ellos. Y de aquí nace ser tan poderoso y fuerte, que le sacan al mártir las entrañas y no le sacan el amor entrañado en ellas. Por esso se dice en estos *Cantares*, VIII, 7: «Si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam» [2] Ninguna cosa estima el que ama más que el amor, y porque él viva y se conserve huelga que mueran en él todas las cosas, y él también muere á todas ellas.

Hechura del Espíritu Santo es el amor.

Macario, en la *hom. 9*, dice: «Como en la[s] fiebres, el que está inflamado con calentura aborrece cualquier mantenimiento que le ofrecen, por más gustoso que sea, por razón del fuego que le abrasa y se apodera dél y le mueve, assí aquellos á quien enciende el desseo sagrado del Espíritu celestial, y á quien llaga en el alma el amor de Cristo, todo lo que se precia en este siglo ellos lo tienen por desechado y aborrecible, y deste tan fogoso y encendido amor «no los puede desquiciar alguna cosa, ni del suelo, ni

El que ama á Cristo todas las cosas menosprecia por Él.

[1] «La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado.»

[2] «Aunque un hombre en recompensa de este amor *ó caridad* dé todo el caudal de su casa, lo reputaré por nada.»

del cielo, ni del infierno», como dice el apóstol San Pablo *(Rom.*, VIII, 35, 39). De tal condición es el amor, que desarraiga de nosotros cualquiera otra afición y queda señor universal de nuestra alma. Y como es fuego ardentíssimo, consume todo lo que se le pone delante, y assí destierra del corazón el amor de las criaturas, y hace él su oficio por ellas, y las ama á todas mucho más y mejor que las amaban sus propios amadores.

Y porque deste amor que las ánimas tienen á Cristo habemos de tratar en lugar propio, sólo diré aquí, para remate deste pensamiento, —digo para que se vea que Cristo es el Amado por excelencia—, que no sólo se lleva el amor de los ángeles y de los hombres y de todas las criaturas, como queda dicho, sino el de su Eterno Padre, el cual no sólo le ama infinitamente, mas aún por su respecto ama todo lo que ama, ó, por hablar con mayor propiedad, á solo Cristo ama en todo lo que ama. Por el profeta Isaías le llama varón de su voluntad *(Isai*, XLVI, 10): «Consilium meum stabit, dice, et omnis voluntas mea fiet.» «Yo no me mudo, ni soy inconstante en mis propósitos; mi consejo estará fijo y firme, y mi voluntad primera que tuve en criar al hombre para mi gloria, se cumplirá á la letra. —Y ¿qué medio habéis, Señor, de tomar para salir con essa vuestra pretensión? «Vocans ab Oriente avem, et de terra longinqua virum voluntatis meæ» *(Isai.*, XLVI, 11) [1].

La Encarnación del Hijo de Dios y la redención de los hombres fué acuerdo de la Santíssima Trinidad.

Lo que se ha de notar aquí es que la obra de la Encarnación y redención de los hombres se llama absolutamente y por excelencia consejo de Dios; porque ningún ángel, ni hombre, fué admitido á él; ni todos los hombres, ni todos los ángeles, dieran semejante traza, aunque sobre el caso se juntaran de acuerdo por una eternidad de años. Este consejo dice Dios que nunca se variará, que será estable y firme, aunque cueste mucho. «Vocans ab Oriente avem.» Ave del Oriente se llama Cristo; porque en el pecho y corazón del Padre, que es principio sin principio, hace su morada y tiene su nido, y como ligeríssima ave se abatió y inclinó al hombre y se juntó con él en las entrañas de la Virgen, con tan estrecho y apretado abrazo, que Dios quedó en él hecho hombre, y del hombre se dice que es Dios. «Et de terra longinqua virum voluntatis meæ.»

Cristo se llama varón de la tierra remota.

Llámase Cristo varón, y de tierra remota Lo primero, porque desde el día y punto en que encarnó, fué hombre perfecto y consumadíssimo en todo género de perfección del alma. Lo segundo, por la distancia que hay de Dios al hombre, que es la que hay de lo finito á lo infinito, que éssa es la que hay desde donde parte este varón hasta llegar al hombre. Y por ventura, dice Él, se entenderá por aquí aquel lugar del Apóstol *(Ephes.*, IV, 9): «Descendit in inferiores partes terræ» ( ). Tierra lejos cuanto puede ser; y assí convenía, porque acá de cerca no se hallará tal varón. «Virum voluntatis meæ.» Varón de mi voluntad, ajustado á mi querer, cortado á mi desseo. Ninguno de los hombres del mundo cuadró de todo en todo y sin faltar, como dicen, hebilleta á la voluntad de Dios, como Cristo: «in quo, dice Él *(Math.*, XVII, 5), mihi bene complacui ([2])»

Es galaníssimo lugar aquel de San Pablo *(Rom.*, I, 3) para que se entienda bien de cuánto regalo haya sido Cristo para su Padre. «Qui factus est ei ex semine David secundum carnem.» Fué hecho para él de la semilla de David según la carne; *quasi dicat* [quiere decir]: el fin que tuvo Dios en la Encarnación fué hacerse para sí un hombre hechizo, que fuesse Hijo suyo para su regalo y gusto, ejecutor de su voluntad y de su eterno consejo. Fué tan hecho á su gusto, que su comida y bebida, como Él lo confiessa por San Juan era hacer la voluntad de su Padre, esto es, salvar las almas. Lo cual significó por San Juan, diciendo *(Joan.*, IV, 34): «Meus cibus, etcétera, ut perficiam opus ejus». «Cum igitur, dice Cirilo, ipse Filius voluntas Patris sit, opus ejus perficit, iis qui credunt in eum salutem largiens» ([3]). No tuvo otra obra en qué entender Cristo en el mundo sino ésta de su

---

([1]) «Yo que llamo al ave desde el Oriente, *ó* á un varón que ejecuta mi voluntad, *haciéndole volar* desde una región remota.»

([1]) «Descendió á los lugares más ínfimos de la tierra »

( ) «En quien tengo todas mis complacencias.»

( ) «Siendo el mismo Hijo, dice San Cirilo, la volun[tad] eterna del Padre, da cumplimiento el Hijo á la [obra] del Padre otorgando la gracia y la salva[ción] á los que creen en Él.»

Padre: salvar las almas. Lo cual significó con palabras de harto peso y muy escuras el mismo apóstol diciendo *(Rom.*, I, 4): «Qui prædestinatus est Filius Dei in virtute secundum spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum», etc. (¹).

En aquella virtud fué predestinado en la cual nos santificasse. Porque aunque Cristo hombre tenía todo el poder de Dios, y toda su virtud y ser de Dios, no fué predestinado Hijo de Dios para todas aquellas cosas que con virtud divina podía hacer, sino para solas aquellas que concernían á nuestra salud: para reconciliarnos al Padre, para darnos leyes y orden de vivir santamente, y, lo que echa el sello á todo, para dar inmortal vida á los muertos en la común resurrección de todos. Y esso quiere significar aquella partícula «secundum spiritum sanctificationis», que modifica y particulariza el fin de aquella virtud, con la cual es predestinado Cristo Hijo de Dios; ad hoc, scilicet, ut nostrum negotium perageret, que acudiesse á todas nuestras necessidades y tratasse de nuestro remedio, como lo hizo.

Dicit ergo Sponsa: FASCICULUS MIRRHÆ [Dice, pues, la Esposa: «Manojito de mirra», etcétera], etc.

* ARTICULO II

Considera las propiedades de la mirra, buscando en ella la representación de los trabajos con que Dios purifica las almas que ha de unir consigo, con otras cosas dignas de notarse.

La mirra, según la Glossa, Hugo Cardenal, Egidio y otros graves autores, es árbol en Arabia de cinco codos en alto, la cual de suyo ningún olor tiene. Pero el *stactes* (que assí traslada el griego), que en latín es lo mismo que gota, goma ó resina que corre y mana deste arbolillo, es verde, es amargo y huele muy bien, según lo que se escribe en el *salmo 44*, 9-10: «Myrrha et gutta, et cassia a vestimentis tuis a domibus eburneis: ex quibus delectaverunt te filiæ Regum in honore tuo» Va hablando el Profeta de Cristo, de su gentileza, de su hermosura y reino, y dice que «los vestidos de Él daban de sí olor de mirra, de estoraque y de casia»; significando por estos olores las olorosíssimas virtudes del ánima y cuerpo de Cristo, que son como vestiduras del divino Verbo; como dijo el Apóstol *(Philip.*, II). (Lege August., lib. XXXIII, q. 73). «A domibus eburneis»: «sacados de casas de marfil» que son las ánimas santas en que Dios mora, como en templos suyos; y essos mismos templos son en los cuales conversan y tratan las hijas de los reyes, y con su conversación y trato alegran maravillosamente al Esposo en su honra y gloria.

Pero dejado esto por ahora, dos maneras hay de gota: una que mana del árbol sin violencia, que podríamos llamar voluntaria, y esta es preciosíssima y escogida; otra se saca hiriendo el árbol, como se hieren y lastiman los pinos para que corra la resina. Esta no es de tanto precio; pero la una y la otra son medicinales, como lo dice Plinio (lib. XII *Naturalis historiæ)* y Dioscor. (lib. I, cap LXVII). De la mirra electa, que el griego llamó *stactes*. dicen estos autores que, caliente, detiene las cosas para que no se corrompan, da sabor, deseca, enjuga, aprieta y une las partes diferentes. Esto assí notado á la ligera, será razón que con humildad nos lleguemos á considerar los sentidos místicos que debajo de la corteza desta letra y en este jeroglífico divino están encerrados, si tuviere por bien abrirnos el que nos manda que llamemos y promete darnos la puerta si perseveráremos llamando

Significaciones de la mirra.

Cuatro significaciones hallo de la mirra entre los doctores santos. Orígenes y San Jerónimo quieren que signifique en este lugar el altíssimo misterio de la Encarnación del divino Verbo en carne mortal; y uniformemente trasladan del griego: «Alligamentum guttæ»; hacen al cuerpo atadura del ánima, y á todo el compuesto, —digo á Dios humanado—, gota; como si dijéssemos: agotado y deshecho, como le consideró en su nacimiento Isaías: «Parvulus *da.us* est nobis, et filius datus est nobis» *(Isai.*, IX, 6) (¹). En sí grande, infinito,

(¹) «El cual (Jesucristo) fué predestinado *para ser* Hijo de Dios con *sobe ano* poder, según el espíritu de santificación, por su resurrección de entre los muertos.»

(¹) La palabra que subrayamos no se lee, según es sabido, en este tan conocido texto de Isaías,

inmenso; mas para nosotros, chiquito, gota; que no se puede más encarecer. Daniel le vió en espíritu y dijo *(Daniel* VII), *(a)*, *(sic)* que era «como una chinita cortada de un monte, sin manos»; esto es, del vientre virginal, sin obra de varón. En este pensamiento vienen San Basilio *(super Psl. 44* et *hom. de Christi Nativitate*), S. Hilarius (in *Math.*, cap. I), S. Gregorio (hom. 10), S. Bernar. (hom. 43 *super Cantic.*), S. Fulgent. (*serm Epiphan*). Otros quieren que por nombre de mirra se entienda la mortificación de la carne y la amargura de la penitencia que sufrimos por nuestros pecados. Y deste parecer son San Ambrosio (lib. de *Institutione Virginis* cap. XV), divus Hieronimus *(adversus Jovinianum)*, D. Gregor. *(super Cant.)* et D. Bernard. (serm. 43). Y según esta significación, lo que querrá decir la Esposa en este lugar es que, por amor de su Esposo, todo lo amargo y dificultoso le es á ella muy fácil y llevadero. Porque, como dijo San Pablo *(Rom.*, VIII, 18): «Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis» ([1]).

San Ambrosio (lib. I de *Cain y Abel*, cap. XV), considerando que la mirra se suele aplicar á los cuerpos de los muertos para que no se corrompan, dice que significa la incorrupción y inmortalidad que tendremos por Cristo en la común resurrección de los muertos. Y San Bernardo, en el lugar citado, dice que hay dos maneras de mirra en la Passión de Cristo: la una probó en la cruz, porque le dieron á beber vino mirrado; la otra le sirvió en el sepulcro, porque fué ungido con ella, como lo testifican los Evangelistas todos. «In prima, dice San Bernardo, Christus delictorum meorum amaritudinem ad seipsum applicavit; in altera vero, mei corporis incorruptionem dedicavit» ([2]).

(a) Debe corregirse, leyendo así: *Daniel*, II, 34.

quien dice: «Parvulus enim natus est nobis, et filius», etc., cuya traducción es: «Ha nacido un *parvulilo* para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual», etc.

([1]) «Estoy persuadido de que los sufrimientos *ó penas* de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros.»

([2]) En la primera mirra (la que el Señor gustó en la Cruz) fué como aplicar á sí mismo la amargura de nuestros pecados; en la segunda (en la de su sepultura) nos hizo donación de la incorruptibilidad de nuestros cuerpos.

Los que mejor sienten desta mirra, Hugo, Egidio Cardenal, Santo Tomás, Haymón, San Bernardo, Cipriano, Próspero Roseto, Hortulano y muchos de los intérpretes modernos, dicen que por este manojuelo de mirra, puesto entre los pechos de la Esposa, es significado Cristo, amargado y aheleado con tormentos, angustias y dolores en su Passión sacratíssima. Deste parecer es San Ambrosio (libro de *Institutione Virginis*) y Henrico Harpio (en su *Teología Mística*, cap. XXI), y casi todos los Santos; y desta significación no hacemos aquí especial notable, porque espero en la divina misericordia ordenar un *Tratado de Passione Domini*, en forma de ramillete ó manojuelo de mirra, como lo tengo prometido en la *Conquista del Reino de Dios* ([1]). Y assí, interpretadas estas palabras en un sentido espiritual, que á mí mucho me satisface, passaremos adelante con nuestros Comentarios.

Fasciculus myrrhæ, dilectus meus mihi: inter ubera mea commorabitur.

De dos maneras podemos considerar este manojuelo de mirra, en cuanto significa á Cristo: La primera, amargo en sí mismo, ó, por hablar con más propiedad, amargado con passiones. La segunda, amargo para el alma, Esposa suya, ó por respecto destas mismas passiones, —que se amarga ella contemplándolas, y assí como causa dellas—, ó respecto de lo que esse mismo Esposo obra en ella, para purgarla y disponerla de suerte que toda ella se transforme en Él, sin que haya cosa que pueda hacer división entre los dos. Este sentido es para mí de grande consideración, y téngolo por muy literal y digno de eterna memoria. Digo que algunas y muchas veces es el divino Esposo más amargo que la mirra para el alma; no estando de pendencia con ella, sino muy en sana paz y muy amigos: lo cual se coligede lo que ella dice: Manojuelo de mirra mi querido para mí; quasi dicat [como diciendo]: El en sí dulcíssimo y suavíssimo es; pero para mí amarguíssimo, aunque

([1]) OBRAS MÍSTICAS, etc., tomo I, diálogo V, párrafo VIII, pág. 93, col. 1.ª.

querido y amado y abrazado con estrecho abrazo.

Inter ubera mea commorabitur.

Gran maravilla: querido y amargo, mirra y en los pechos. Isaías dice *(Isai.*, XXVI, 17) «Sicut quæ concepit, cum appropinquaverit ad partum, dolens clamat in doloribus suis: sic facti sumus á facie tua, Domine»: «Como la mujer que concibió, cuando se allega el parto, con los grandes dolores, da voces y se amarga, assí nos sucedió delante de ti, Señor». En el griego dice: «Assí nos sucedió á nosotros con el Amado». Porque, como nota Orígenes, concebido Cristo en el alma, la hace sacar á luz y parir, lo que causa grave dolor en la carne, y lo que cuesta, cuando se pone por obra, agonía y gemidos, como es la abnegación de sí mismo y mortificación de los sentidos.

Antes que un alma se una con Dios es purgada de Él con fuego de su divino amor.

Para que esto se entienda más de raíz, quiero que aquí advierta el piadoso lector que antes que el fuego del amor divino se introduzga y se una con la sustancia del alma, por acabada y perfecta purgación, su llama, que al fin es fuego, va gastando y consumiendo en ella las imperfecciones de sus malos hábitos; como lo vemos en un madero verde, que el mismo fuego que se embiste en él y le convierte en sí mismo, primero le enjuga con su llama y le desnuda de sus feos accidentes, hasta que, dispuesto, se hace la transformación que decimos. En este ejercicio el alma padece mucho detrimento, y siente graves penas en su espíritu, y á veces redundan en el sentido. Es el fuego que dijo Jeremías *(Thren.*, I, 13): «De lo alto envió Dios fuego en mis huessos, y enseñóme». Aquí padece el alma grandes tinieblas en el entendimiento, en la voluntad muchas sequedades y aprietos, y en la memoria grave noticia de sus miserias; y parece habérsele Dios convertido en cruel, como dijo Job *(Job*, XXX, 21).

Al fin, es purgatorio, y tan penoso, que no sé yo palabras con que poder declarar su rigor, mejor que con las que en sus *Trenos* dice Jeremías *(Thren.*, III, 1-7): «Yo varón, que veo mi pobreza en la vara de su indignación; hame amenazado, y trájome á las tinieblas, y no á la luz: tanto ha vuelto y convertido su mano contra mí. Hizo envejecer mi piel y mi carne, desmenuzó mis huesos, hizo cerco de muro en rededor de mí, y rodeóme de hiel y de trabajo; en tenebrosidades me colocó, como á muertos sempiternos. Edificó en mi rededor, porque no salga; agravóme las prisiones. Y demás de esto, cuando hubiere dado voces y rogado, ha excluido mi oración; cerró mis caminos con piedras cuadradas, y trastornó mis pisadas y sendas». Hasta aquí Jeremías, con otras cosas que dejo; porque bastan éstas para que se entienda lo que hace Dios en un alma cuando la pone en cura y trata de sanarla de todas sus enfermedades. Pónele el corazón sobre brasas, para que se estruje y se destierre dél todo género de demonios, como dijo el angel á Tobías *(Tob.*, VI, 8). Aquí van saliendo á luz todas sus dolencias, y se las ponen delante los ojos, para que las vea y las sienta. Que como en el agua y humo que hace salir del madero el fuego se ve la humedad y frialdad que tenía, la cual antes no se conocía, assí cerca desta llama vee y siente el alma claramente sus miserias, porque se levantan en ella contrarios contra contrarios, y unos relucen cerca de los otros y hacen la guerra en el sujeto del alma, procurando los unos echar y expeler á los otros, por reinar ellos en ella. Y cuando esta llama acaba de purificar el alma, luego se une Dios con ella por amor suave, pacífico y glorioso, assí como el fuego, desterrados los malos y contrarios accidentes, se apodera del madero.

Esta purgación tan fuerte, en pocas almas se halla; en solas aquellas que el Señor quiere levantar por contemplación á algún grado muy alto de unión; y tanto es mas fuerte, cuanto más alto el grado. Porque queriéndolas sacar, del estado común de vida y operación natural, á vida espiritual y de contemplación, á donde se comunica por unión de amor, comenzándose á comunicar al espíritu, el cual está todavía impuro y imperfecto con malos hábitos, padece cada uno al modo de su imperfección; y á veces le es tan grave esta purgación, que podríamos decir contrahace al purgatorio. Digo, en resolución, que el mismo Dios, que quiere entrar en el alma por unión y transformación de amor, es el que antes está embistiendo en ella y purgándola con la luz y calor de su divina llama; assí como el mismo fuego que entra en el madero es el que le dispone antes que entre. Pero es de consideración que, siendo el divino Esposo amargo

como la mirra, haciendo en el alma esta purgación, es, por otra parte, amado y querido y abrazado estrechissimamente della. FASCICULUS MYRRHÆ DILECTUS MEUS MIHI: INTER UBERA MEA COMMORABITUR.

Cauterio suave y llaga regalada es el amor divino.

Dijo muy bien un religioso espiritual y de alta contemplación que este obrar del Amado se había de llamar cauterio suave y llaga regalada; que, aunque parece que implica contradicción, cauterio y suave, llaga y regalada, si volvemos los ojos á lo que habemos dicho, hallaremos que se compadecen no sólo en un sujeto, sino en un mismo tiempo. Por esso beatifica Cristo *(Math.*, V, 5 sigs.) nuestras lágrimas, nuestra pobreza y nuestra muerte *(Apoc.*, XIV, 13), etc.; y assí se llama cauterio suave y llaga regalada esta purgación espiritual que el Amado hace en el alma que estrechamente quiere juntar consigo.

Y para que esto mejor se entienda, se ha de notar que, como ya dijimos, Dios es fuego de amor, el cual como sea de infinita fuerza, fácilmente puede convertir y transformar en sí lo que tocare; pero esto hace según la disposición de cada uno, á unos más, á otros menos. Verdad sea que cuando Él quiere tocar al alma algo apretadamente, siente tan grande ardor ella, que le parece que arde sobre todos los ardores del mundo. Y por esso llama á este toque divino, cauterio; porque es á donde el fuego está más metido y reconcentrado y hace mayor efecto que los otros fuegos ordinarios. Y es cosa admirable que, siendo esse fuego de Dios tan vehemente y consumidor, no consume y acaba los espíritus en que arde, antes á la medida de su fuerza y ardor los deleita y endiosa, ardiendo en ellos suavemente por la pureza dellos. Como acaeció á los apóstoles *(Act.*, II, 34), que viniendo sobre ellos este fuego, no los consumió, sino, como canta la Iglesia, los alumbró; porque como el fin que Dios tiene en estas comunicaciones es engrandecer al alma, no la aprieta ni la fatiga, sino deléitala, clarifícala y enriquécela; y por esso se llama suave cauterio *(Malac.*, III, 2-3). Cauterio, porque de antemano purga y consume todo lo que se corrompe ó se puede corromper; y suave, porque es de amor, cuya operación, aunque fuerte y rigurosa, es dulce y llena de suavidad. Que aun *(a)* allá dijo el Sabio *(Prov.*, III, 12), que las llagas del que ama son mejores que los besos falsos del enemigo. Y el santo Job dijo *(Job*, XX), *(sic) (a)* hablando con Dios: «Volviéndote á mí, maravillosamente me atormentas». Y dice bien, maravillosamente, porque es grande maravilla, y digna del poder y saber de Dios, causar en el alma tanta más dulzura y deleite cuanto es mayor el dolor y el tormento con que la examina y prueba, y «sobreabundar *(Ps. 93*, 19) las consolaciones á donde abundaron los desconsuelos».

Al justo nada le entristece.

Sacamos de aqui, para nuestro regalo, que al justo nada le entristece, porque dentro de sí tiene la bienaventuranza que es possible tenerse en esta vida, de la cual está lejos toda tristeza. Llorando está, y lleno de alegría; pobre, y contento; perseguido, y no cabe de gozo. «Superabundo *(II Cor.*, VII, 4) gaudio in tribulatione mea», dijo San Pablo. Y en la primera *(b)* carta que escribió á los de Corinto dice *(II Cor.*, VI, 9-10): «Quasi morientes, et ecce vivimus...: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egentes, multos autem locupletantes: tanquam nihil habentes et omnia possidentes» ([1])

Los trabajos de los justos son casi males, y no males.

Adonde notó Santo Tomás que los males de los siervos de Dios no son males, sino casi males; en la apariencia, males, y en el hecho de la verdad, bienes. La zarza que Moisén vió *(Exod.*, III, 2) aunque parecía quemarse, porque el fuego la embestia toda, en ninguna manera recibía detrimento alguno, porque tenía en si la gloria de Dios, que la estaba conservando. Los tres niños metidos en

(a) En el impreso se dice: «Que *aunque* allá».

(a) En este capítulo del libro de *Job*, que hallamos citado en el impreso, se ponen las palabras de uno de los amigos de Job, Sophar ó Sofar; pero no se encuentran éstas que el P. Angeles pone en boca de Job.

(b) Padeció una equivocación el autor en esto, pues las palabras que transcribe á continuación son también, lo mismo que las precedentes, de la 2.ª epístola *Cor.*, VI, 9 y 10.

([1]) «... casi moribundos, siendo asi que vivimos...: como melancólicos, estando *en realidad* siempre alegres; como menesterosos, siendo asi que enriquecemos á muchos; como que nada tenemos, y todo lo poseemos.»

el horno de Babilonia *(Daniel*, III, 50), aunque rodeados de fuego, «sentian un recreo celestial y una marea y fresco divino que los tenía consolados y preservados de molestia y daño». Es esto lo del monte Siná *(Exod.*, XIX, 16), que en la halda dél hay truenos y relámpagos y humo, y en lo alto dél está Moisén quieto y sossegado, hablando rostro á rostro con Dios.

De mi padre San Francisco se lee (*a*) que en medio de sus mayores trabajos saltaba muchas veces de gozo, y decía:

«Tan grande es el bien que espero,
que en las penas me deleito.»

Y San Lucas dice *(Act.* IV) *(sic) (b)* que de las cancillerías y audiencias salían los apóstoles cargados de azotes y llenos de alegria. Y San Juan, en su *Apocalipsi (Apoc.*, XIV, 2), escribe que oyó una voz grande, y que, siendo una, le sonó de dos maneras: lo primero, «como el ruido sordo de las muchas aguas, que con grande rauda y corriente caen de algún alto monte, y como el trueno y la estampida que al romperse la nube con relámpago, suena; lo segundo, como música de vihuelas y de harpas, tocadas con gran destreza por muchos tañedores». ¡Cosa maravillosa que á un mismo tiempo le parezca á San Juan que oye trueno y ruido sordo de muchas aguas, y música acordadíssima de vihuelas! El cual lugar interpretando San Bernardo, dice que los cuerpos de los mártires son cítaras tocadas con azotes y diversos tormentos, que hacen como ruido de aguas muchas, y suenan como el estampido y trueno, que aturden el oído y dejan atónitos á los hombres; pero lo que salía de la boca de los mártires era música suavíssima y cantares de alabanza. «*Quia* sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra (Paulus, *II Cor.*, I, 5) ([1]). Si no se compadecieran en uno, y á un mismo tiempo, las tribulaciones y el gozo, —los trabajos del cuerpo, digo, y los regalos del alma—, no dijera Santiago *(Jacob.*, IV), *(sic.) (a)*: «Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis» ([1]).

Y, á la verdad, nunca Dios está más cerca del justo que cuando le tiene atribulado y hecho de hiel; ni el justo aferra más fuertemente de Dios, que cuando le prueba y examina en el fuego de la tribulación. De essa manera le tiene la Esposa apretado y guardado en sus pechos, cuando le considera para sí hecho mirra: INTER UBERA MEA COMMORABITUR.

Nunca está el justo más cerca de Dios ó con Dios que cuando con la tribulación es probado.

Es gran disparate, como lo probamos largamente en el libro de los *Triunfos* (parte I, cap. *del desamparo)* ([2]), en el tiempo de la tribulación, desamparando el divino Esposo, declinar á vanos solaces y recreaciones; porque se hace indigno del consuelo de Dios el que le busca en los hombres, como se vió en el rey Ococías *(IV Reg.*, I, 2-3), que acudiendo á consultar el ídolo Acarón, fué reprehendido por Isaías, etc. El que da la llaga, dará la medicina, como dice Job *(Job*, V, 18), si perseveramos fielmente en la cruz que por su mano se nos labra para prueba de nuestra virtud, ó para enmienda de nuestra vida, ó para purgación de nuestra ánima; que por este camino, mejor que por otro, la dispone Dios para juntarla consigo y levantarla por contemplación perfecta á la unión admirable de que habemos dicho. El Profeta santo no halló preservativo más á propósito para que el veneno del pecado no pudiere empecerle, que la palabra de Dios metida en su corazón y entrañada en su alma. «In corde meo, inquit, abscondi eloquia tua, ut non peccem tibi» *(Ps. 118*, 11) ([3]).

Indigno es del consuelo de Dios el que lo busca en los hombres.

(a) Véase *Opuscula S. Francisci*, ed. Wadingo, tomo III, págs. 442-3, *Apotegma 57*.

(b) Léase: *Act.*, V, 41.

([1]) «Porque á medida que se aumentan en nosotros las aflicciones *por amor* de Cristo se aumenta también nuestra consolación por Cristo.»

(a) Corríjase, leyendo así: *Jacob*, I, 2.

([1]) «Tened, hermanos míos, por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones.»

([2]) OBRAS MÍSTICAS, etc., tomo I, págs. 74-85. Corresponde este capítulo de los *Triunfos del amor de Dios* que cita el autor al *Diálogo IV* de la *Conquista del Reino de Dios*, que se hallará en el lugar citado.

([3]) «Dentro de mi corazón deposité tus palabras para no pecar contra ti.»

Todo el cuidado del demonio es acudir á inficionar el corazón, de donde mana la vida, y el veneno del pecado allí camina derecho; y si la palabra de Dios es poderosa y eficaz para preservarnos y defendernos de la corrupción del pecado puesta en el corazón, ¿cuánto mejor hará esso el divino Esposo puesto entre los pechos de la Esposa como manojuelo de mirra? Es esse el mejor lugar y más precioso y propio para cosas preciosas. San Basilio dice que de la manera que escondemos y guardamos los tesoros y aquellas cosas que estimamos en lo más secreto de nuestras casas, para que no lo encuentren los ladrones, assí habemos de esconder y guardar en lo más secreto y íntimo del corazón á Dios y á su palabra, para que con el viento de la vanagloria no se nos desvanezcan y nos lo robe el demonio, cossario de tales riquezas. Es *frasis* hebrea llamar á las cosas escondidas preciosas, porque las que lo son no las traemos rodando y patentes á todos, sino, como tengo dicho, guardadas y tras siete llaves. Y de aquí nació el proverbio entre los griegos: «Hydria pro foribus»: «El cántaro á la puerta»; porque, siendo de barro, no ha de estar guardado en la recámara, sino en el lugar público, como cosa de poco precio.

Aquel lugar del *salmo 16* (V. 14), que dice: «De absconditis tuis adimpletus est venter eorum» ([1]), trasladaron muchos, del hebreo, «de thesauris tuis» [de tus tesoros], porque lo mismo es escondido que tesoro en aquella lengua. Y de aquí vinieron á llamar á la doncella (cosa preciosíssima y de gran estimación) *alma;* id est, abscondita [esto es: escondida] y guardada.

Pero sepamos qué sienten los santos de los pechos de la Esposa, adonde dice que conserva y guarda á su querido Esposo. Orígenes y San Jerónimo dicen que significa la principal parte del corazón; esto es, el ánimo partícipe y capaz de razón. Y en esta significación se entiende lo que dice Cristo por San Mateo *(Math.*, V), *(sic.) (a)*: «De corde exeunt cogitationes malæ», etc. ([1]). Santo Tomás y Haymón interpretan por pechos la memoria, de la cual nunca se apartaba el Esposo, y algunos sabios llamaron tesorera de lo que mucho amamos, y otros, pulsación del amor, que siendo pequeño es pequeña, y siendo grande es perpetua, y donde no le hay no se siente. Egidio Romano, en sus *Comentarios,* entiende por los pechos de la Esposa el entendimiento y la voluntad; porque nada quiere saber que desagrade al Esposo, ni amar cosa fuera dél. Entre estos dos pechos ha de morar Dios perpetuamente, para que el conocimiento y el amor anden á una: tan amado como conocido, y tan conocido como amado. Ni todo ha de ser entender, ni todo puede ser amar, porque de lo primero resultan grandes inconvenientes, y para lo segundo pocas veces se halla caudal en los viadores. Por esso San Buenaventura y otros santos dijeron que la contemplación abraza ambos pechos; conviene á saber, entendimiento y voluntad; porque en ella se conoce Dios y se ama. Otros modernos quieren que por los pechos se entiendan los afectos amorosos de la Esposa, assí para con su Esposo como para con los prójimos, como lo advirtió San Gregorio; porque entre ellos mora y descansa el Señor, que en su Evangelio dice *(Joan.*, XIV, 23). «Si quis diligit me, sermonem meum servabit, etc. Et ad eum veniemus», etc. ([2]).

Sea lo que fuere, lo que yo saco de aquí es: Lo primero, que el Esposo no ha de andar echado, como dicen, al tranzado, sino en los pechos, á la vista, para que no pueda el alma olvidarse dél. Lo segundo, que el amor de la Esposa acerca de su Esposo no ha de ser vulgar, ni ordinario, sino muy particular y levantado, de toda el ánima, de todo el corazón y de todas las fuerzas. Por esso dice: INTER UBERA; porque, como ya dijimos, las cosas que las mujeres mucho aman, en aquel lugar suelen guardarlas, y éste sólo pide Dios en el hombre cuando dice *(Prov.*, XXIII, 26): «Hijo, dame tu corazón».

«([3]) Sensus planus et simplex horum verbo-

(a) Debe leerse de este modo: *Math*, XV, 19.

([1]) «Han saciado su apetito de tus exquisitos bienes.»

([1]) «Del corazón nacen los pensamientos malos», etcétera.

([2]) «Cualquiera que me ama observará mi doctrina (y mi Padre le amará) y vendremos á él», etc.

([3]) El sentido más llano y la interpretación más sencilla de las palabras de este texto sagrado, dice

rum, ait Magister Sotomayor, talis est. Similis mihi esse videtur dilectus meus FASCICULO MYRRHÆ; id est: totus quotus est dilectus meus mirrham spirare et reddere videtur: quasi panniculus quidam myrrhæ lectissimæ, quæ in panniculo conservari solet, et in pectore vel in sinu gestari.» Eodem fere sensu Theodoretus, et tres Patres. «Hoc autem fit, ait Beda, cum anima sancta, Christi Sponsa, Sponsi mortem immitatur, et carnem suam crucifigit cum vitiis, et concupiscentiis suis.» Divus Gregorius causam reddit, cur non myrrham, sed fasciculum dixerit: «quod vitam, et mortem Christi omni ex parte Sancta Ecclesia considerat, et immitatur contra vitiorum putredinem.» Scripsit de illa diligenter Theofrastus (lib. IX, cap. IV) et Plin. (lib. XV, capítulo XII).

Notandum præterea Septuaginta (ut jam diximus) pro *myrrha*, vertisse *stactem*. Est autem stactes (ut Dioscorides, lib. I, cap. LXII) distilatio recentis myrrhæ, exigua aqua conspersæ, et prælo expresæ, quam odoratissimam esse dicit hic author. Viri autem docti, id quod vulgo dicitur «estoraque liquido» si purum, et syncerum sit, stactem esse putant. Latini per anthonomasiam guttam appellant: cujus fit mentio in simili argumento *Ps. 44* (v. 9.) his verbis. Myrrha, et gutta, et cassia a vestimentis tuis, etc. Hactenus de myrrha.

LETIO XII

BOTRUS CYPRI DILECTUS MEUS MIHI IN VINEIS ENGADDI *(Cant.*, I, 13) [1].

* ARTICULO I

Después de exponer las varias significaciones de estas palabras, propónelas á modo de emblema de Cristo como Redentor de los hombres.

Hebraice est *copher*, pro quo Hieronimus, secutus 70 [los Setenta], vertit: *cyprus*. Non constat autem quæ arbor, aut quis fructex sit cyprus: illud constat ex hoc loco botros, idest, racemos producere. Unde non defuerunt Hebræi, qui palmam esse dicant: producit enim racematim fructum imprimis suavem, qui vulgo dicitur *datiles;* sed hæc levis conjectura est: certum autem quod scribit Plinius (lib. XII *Natural. hyst.*, cap. XXIV). ENGADI autem vicus fuit in tribu Juda, prope Mare Mortuum, inter cujus vineta cyprus nascebatur; erat etiam sexa balsami. Unde aliqui viri docti per cyprum intelligunt succum balsami, quem græci appellant opobalsamum: sed in eo falluntur. Unde etiam apparet Bedam esse hallucinatum, cum de Cypro insula intelligit, propterea quod nobilissimum vinum ferat. Græci etiam interpretes videntur hallucinari, etiam cum deflectut ad analogiam. Ait igitur Sponsa Sponsum suum Christum tam pul-

---

el maestro Sotomayor, es el siguiente: Como si dijera la Esposa: Paréceme semejante mi Amado á un manojito de mirra, es decir: Todo Él es mirra y á mirra sabe á mi alma; es cual porción de mirra escogidísima que se guarda y conserva en vaso precioso ó en bolsa de telas preciosas para guardarla en el pecho. En el mismo sentido hablan Teodoreto y otros tres Santos Padres. San Beda enseña que «entonces lleva el alma á Cristo cual manojito de mirra en su pecho, cuando en el modo posible imita la muerte de su Esposo y crucifica su carne con todos sus vicios y concupiscencias». San Gregorio Magno da la razón de por qué no dijo la Esposa simplemente: que su Esposo es *como la mirra*, sino como *manojito de mirra*, para indicar—escribe—que la Iglesia Santa contempla y medita la vida y la muerte de Cristo en todos sus pormenores y circunstancias y trata de imitarle para precaverse de la podredumbre de los pecados. Muchas y muy bien pensadas cosas escribió también sobre esto Teofrasto.

Nótese, además, que los Setenta, según hemos advertido, en vez de *mirra* tradujeron *estacte*. Llámase así, conforme enseña Dioscórides, un cierto licor destilado por la mirra ó sacado de ella expriméndola, el cual se mezcla con una pequeña porción de agua, licor que es sumamente odorífero. Lo que el vulgo llama *estoraque líquido* es lo que los sabios y doctores entienden por *estacte*. Los latinos llámanlo por antonomasia *gutta* ó áloe, según aquello del Salmo 44: «La mirra, áloe y casia *exhalan* tus vestidos», etc. Y basta lo dicho acerca de la mirra.

[1] LECCIÓN DUODÉCIMA. – «Racimo de cipro es mi amado para mí, *cogido* en las viñas de Engaddi.» Por esta palabra *cipro* (dice la nota puesta á este versículo en TORRES AMAT, t. VII, pág. 142) «se entiende un género de arbusto que en las hojas tira algo á la oliva y echa una flor blanca y olorosa, cuyos frutos cuelgan en grandes racimos, de un olor muy agradable; es aromático y de grandes provechos»... «Tiene alguna semejanza el que en español se llama *juncia de olor* ó *avellaneda*...». «Algunos trasladan *alcanfor* ó *alheña*», etc.

chrum et jocundum esse, quam pulcher et jocundus erat racemus, quem ferebat arbor cyprus in vineis Engadi. Id significat his verbis:

Botrus Cypri dilectus meus mihi in vineis Engadi

(Biblia Hispana): «Racimo de alcanfor mi querido á mi»; hoc Agathius et Rabbi Selomoth, qui putant *cyprum* nomen esse plantæ aromaticæ ([1]); lo cual prueba del capítulo IV de los *Cánticos*, á donde entre las demás especies aromáticas se cuenta el cypro.

Un médico portugués llamado Horta, en un libro que escribió intitulado *Goa*, cap. XXXIII, dice grandes cosas del cypro y de sus virtudes, y que no sólo la goma es preciosa, sino el palo olorosíssimo, y que una libra de cánfora probada venden los bárbaros por ochenta ducados. Y yo creo que en este lugar, y en el capítulo IV, CYPRUS es lo mismo que cánfora, y no palma, como algunos han afirmado.

La resurrección de Cristo fué de grandíssima alegría para la Iglesia.

San Bernardo, Santo Tomás, Hugo Cardenal, Haymón, Egidio Romano y otros comentadores de grande autoridad se persuaden que en estas palabras hace mención la Esposa de la resurrección de Cristo, como en las passadas la hizo de su Passión y muerte. Lo que dice es que, muerto, le fué manojo de myrra amarguíssima; y resucitado, manojo de cipro en las viñas de Engadí. Como si dijera más claro: Mi Esposo y mi querido, Crísto, el cual por su mucha caridad fué hecho para mí manojuelo de mirra en su Passión y muerte, me fué en su resurreción de entre los muertos botro ó racimo de cipro. De suerte, que el que había sido causa de tristeza muriendo, lo fué de alegría resucitando; y no solamente á mí, sino á todas las viñas de Engadí; que, como lo siente Bernardo, son las particulares iglesias, repartidas por el mundo. Algunos dicen que en este botro se nos da á entender una redención copiosa, y el precio de nuestra salud, que pagó Cristo puesto en la cruz derramando su sangre por nuestros pecados, como racimo estrujado en el lagar. Otros quieren que signifique alegría espiritual en el corazón, que ha sido afligido, libertad de espíritu, paz y victoria; lo cual todo nos ganó Cristo resucitando para nunca morir más.

Porcheto, monje cartujo, en un tratado que compuso, que intituló *Victoria contra los hebreos*, lib. XII, cap. II, dice: «Christum esse Ecclesiæ pro botro insulæ Cypri, quippe qui, expresso per passionem ex se vino, Ecclesiam universam suscitatus lætificarit, et Spiritus Sancti donis auxerit, per omnes particulares ecclesias distributus: quorum figuram balsamum in vineis Engadi defluens gerit» ([1]). Trae este doctor, peritíssimo en la lengua hebrea, las translaciones de dos rabinos antiquíssimos (Rabbi Barachia, Rabbi Hapina), que de una manera trasladan este lugar. «Escol, vel Iscol, Hagofer: DILECTUS MEUS MIHI, IN VINEIS ENGADI». *Escol;* id est, botrus: *Iscol;* id est, vir omnia: *Hagofer*, id est, parcens, vel satisfaciens pro peccatis Israel. Quasi dicat: «Dilectus meus vir omnia satisfaciens est ([2]). La

---

([1]) La palabra hebrea *copher* es la que en este lugar tradujo San Jerónimo, siguiendo á los *Setenta*, CIPRO. Ignoramos hoy qué clase de árbol y qué fruto sea éste, sabiendo únicamente que produce racimos. Por eso hubo no pocos entre los hebreos que creyeron que se trata aquí de la palma y de su fruto, los dátiles, que en esa forma de racimo se producen; no pasa esto de ser una muy débil conjetura. (Consúltese á Plinio en el lugar citado).

El nombre de Engaddi es el de una aldea ó pueblo perteneciente á la tribu de Judá, no lejos del Mar Muerto, entre cuyos viñedos nacia el *cipro*, junto con otras plantas balsámicas. Por esta razón algunos doctos por este nombre han entendido el bálsamo ú opobálsamo, como lo llaman los griegos, aunque no es acertada esta interpretación, como tampoco lo es la de San Beda al decir que aquella palabra significa la isla de Chipre, famosa por sus vinos. El sentido, pues, de las palabras de la Esposa es como venir á decir que su Esposo es tan hermoso y jocundo como lo son los racimos que en las viñas de Engaddi producía el cipro. La *Biblia Hispana* traduce el texto de este modo: «Racimo de alcanfor mi querido á mi», y lo mismo los dos autores mencionados, que afirman que aquella palabra es el nombre de alguna planta aromática.

([1]) Cristo es para la Iglesia como racimo de la isla de Chipre, puesto que después de derramar toda su sangre en la Pasión (en la que fué como prensado á modo de racimo en el lagar), resucitando, colmó de alegría á toda la Iglesia, llenándola de los dones del Espíritu Santo cuando por todas partes fueron conocidos sus misterios y doctrina; de todo lo cual fué imagen el bálsamo criado con abundancia en las viñas de Engaddi.

([2]) «Mi amado es el Redentor universal.»

palabra hebrea *hagofer*, lo mismo quiere decir que *expiatorium*, vel *redemptorium* [por decirlo así: pagador ó redentor]. Y de aquí vinieron á trasladar muchos desta manera: «Botrus expiatorius vel expiationis, dilectus meus mihi» (1); porque propiamente *copher* significa el precio que se da para redención de alguna cosa.

Cristo crucificado fué racimo de entera salud y redención de todos los pecados

Colijo de aquí, según el parecer de San Isidoro, en la Glossa, y de San Gregorio y Bernardo, en sus comentarios, que Cristo es el racimo expiatorio de la Iglesia; porque colgado en la cruz dió su vida por la redención de muchos, como Él tenía prometido *(Math.*, XX, 28; *Philip.*, II, 7), y obró nuestra salud en medio de la tierra *(Ps. 73*, 12), esto es: públicamente y á vista de toda Jerusalén, á donde se hallaron á la sazón de todas las naciones que debajo del cielo hay. Entonces principalmente fué assemejado á aquel racimo grande que atravessado en una lanza fué traído á vista del pueblo de la tierra de Promissión *(Núm.* XIII, 24); y como en lagar estrujado dió vino copioso para alegrar y desmelancolizar el corazón del hombre. «In quo, dice San Pablo *(Ephes.*, I, 7), habemus redemptionem»: en cuya sangre tenemos la redención y la expiación de nuestras culpas; sangre que limpia y satisface por los pecados, á la cual se sigue necessariamente alegría en el alma. A mí me parece que llamar la Esposa á Cristo racimo de *cófer* fué decirnos, por encubierta manera, que no es para nosotros una sola salud, ni un solo remedio, ni una sola limpieza ó particular expiación deste ó de aquel pecado, sino un racimo que se compone de muchos granos, quiero decir, de innumerables perdones, de innumerables remedios y de innumerables saludes; y El es salud que sana las enfermedades todas en todos los tiempos, y con todo lo que en sí tiene; porque todo es medicinal y saludable cuanto en él hay, como lo dice San Juan en su *Apocalipsi*, cap. XXII, de aquel árbol plantado en el Paraíso, que le figuraba, cuyas hojas eran *ad salutem gentium* [para salud y remedio de todas las gentes]. Su cruz lo abraza todo, su sangre lo limpia y clarifica, y su santa humanidad lo apura, y por Él tendrán las cosas nuevo estado y nuevas calidades, mejores que las que agora tienen.

(1) «Racimo expiatorio ó de expiación es mi amado para mí.»

Pero veamos cada cosa por sí. Todo este libro de los *Cantares*, como dijimos de San San Agustín (libro VIII in *Genes.*, *ad litteram)* es misterioso y lleno de figuras; y son tantos los jeroglíficos dél, como son las palabras; y de aquí nace ser tantas sus dificultades, y tan impenetrables, que apenas hay quien con satisfacción hable en ellas. Si se ponen los ojos en sola la corteza y en lo que suena la letra, parecen despropósitos los que aquí se dicen; si con ánimo no limpio y intención no sana se escudriñan los misterios, en vez de sacar provecho se sacarán innumerables daños. Parecen poesías profanas y comedias de amores carnales los castíssimos entre el Esposo, Cristo, y su Esposa, la Iglesia; como le parecieron á Castalio y á otros médicos gentiles, si no decimos peores mucho. Al fin, éstos son los Silenos, no de Alcibiades, sino del saber y poder de Dios; que mirados en la superficie, son de poca codicia, son de obraje tosco y mal compuesto; pero abiertos y considerados los misterios que se encierran en ellos, recrean maravillosamente el ánimo cristiano. Sácase como por milagro agua de la piedra, y del guijarro duríssimo, aceite *(Deut.*, XXXII, 13) y viene á decir el escudriñador humilde: «Quam dulcia faucibus meis eloquia tua, super mel ori meo» *(Psl. 118*, 103) (1).

Uno de los dificultosos lugares que hay en este libro es el que tenemos entre manos, porque no se acaba de entender qué racimo de cipro es este á que compara la Esposa á su Esposo, ni qué viñas sean las de Engadí. Unos dicen que BOTRUS es el racimo de las uvas; otros, que es resina de un árbol llamado cipro, que cayendo una gota sobre otra se viene á cuajar y formar como un racimo de uvas. Los que tienen que cipro es isla (de qua Plin., lib. XIV *Natural. hist.*), dicen que es, lo primero, porque en los vinos transmarinos el principal lugar tenía el de Cypro, y las vides de aquella isla eran muy altas y de gran capacidad. Los que tienen que cipro es árbol, fúndanse en el parecer de graves autores,

(1) «¡Oh cuán dulces son á mi paladar tus palabras! Más que la miel á mi boca.»

que afirman que en Engadí no había viñas, sino unos arbolillos pequeños, casi de la forma de olivas (ó de vides, como tienen otros), de las cuales se cogía el bálsamo. Y dicen lo segundo, conviene á saber, que el botro es racimo de resina preciosíssima y de lindo olor. A mí me satisface más esto segundo; porque, como dice San Jerónimo, Engadí eran unas huertas en Palestina, junto al mar Muerto, á donde se criaba el bálsamo; y porque los arbolillos de donde se sacaba esta goma ó resina eran á la traza de las vides, y el modo de labrarlos y cultivarlos era el mesmo, y, como ya dijimos, corría en forma de racimo, se llaman aquí viñas. En este lugar se escondió David cuando andaba huyendo de Saúl *(I Reg.*, XVIII), *(sic) (a)*, por ser muy áspero y tener muchos escondrijos, y apenas hallarse camino para él. Y en el libro de Josué, XV, se hace particular mención de Engadi.

Hugo Cardenal dice que lo mismo es Engadi que Hiericó, y que en aquella ciudad hubo una viña de bálsamo, la cual trasplantó ó trasladó Cleópatra, reina de Egipto, á Babilonia; y porque esta ciudad no estaba muy lejos de Cypro, ínsula, el bálsamo que de allí se cogía se llamaba, del nombre de la isla, *botrus Cypri.* Si queremos que sea racimo de uvas, como lo prueba Cipriano, monje, en sus *Comentarios*, tenemos en nuestro favor al parafraste caldeo, el cual dice que para hacer sus sacrificios los hijos de Israel en el desierto, á que de ley estaban obligados, con grande riesgo y peligro de sus vidas iban á hurtar racimos de uvas á las viñas de Engadi, para sacar vino dellos. Y algunos de los que han visto la tierra de Promissión afirman que en aquellos montes de Engadi han quedado sarmientos de admirable grandeza, para testigos de que había viñas en aquella tierra.

Sea lo que fuere, ó el *botro* es racimo de uvas, ó tiene con él gran semejanza: y el cipro, ó es árbol, ó está tan cerca de donde se cría el bálsamo, que se puede llamar *botro de cypro.* Lo uno y lo otro aprueba Juan Arbóreo, declarando este lugar, y dice que cypro es árbol muy parecido á la oliva en las hojas, la flor negra y la simiente blanca, y es de suavíssimo olor. Dice también que es isla muy fértil y abundosa de viñas, á donde se dan con tanta pujanza las vides, y los racimos son tan grandes, que tienen fama en todo el mundo. Tierra es que no consiente cuerpo muerto; porque metido en la sepultura y cubierto, luego le lanza de sí. Engadi es campo en la tierra de Judea, no tan poblado de viñas como de bálsamos.

ARTÍCULO II

Pasando á exponer los sentidos místicos de estas palabras, pondera así la excelencia de Cristo como los buenos efectos que produce el gozo espiritual, que coteja con el mundano.

Pero dejado ya á una parte lo que hace á la letra, será razón que tratemos de sacar la medula del espíritu encubierto debajo de la corteza della. Abramos este divino Sileno; que, ora digamos que la Esposa compara á su Esposo al racimo de las uvas famosas de Cypro, ínsula, ora al bálsamo preciosíssimo, hecho racimo de muchas gotas, la comparación es misteriosa y llena de sacramentos.

Y lo que primero se me representa á mi ser de consideración aquí, es la preciosidad del celestial Esposo; que no á cualquiera racimo de uvas, ó de bálsamo, le compara la Esposa, sino al de Cypro, en las viñas de Engadi, que era cosa de grande estimación y precio: racimo famoso y excelentíssimo. Así ha de ser Cristo para el alma: uno, principal, noble, raro y escogido, como de las viñas de Engadi. No admite compañeros en el amor, como se lo quisieron dar muchas veces los descreídos hebreos, adorando falsos dioses, diciéndoles Él *(Ps. 80*, 10-1): «Non erit in te deus recens, *nec* adorabis deum alienum: ego enim sum Dominus Deus tuus, etc.» (¹). No sufre el lecho del Esposo compañía diferente; porque, como dice Isaías, es angosto y corta la manta que los ha de cubrir. Y el mis-

El que adora á Dios, no ha de adorar otros dioses.

(a) Son varios los capítulos del libro primero de los Reyes en que se habla de los lugares en que David hubo de esconderse para librarse de la persecución de Saúl. En el que se relata su estancia en Engaddi es el capítulo XXIV, 1-2.

(¹) «No ha de haber en tu districto (en el territorio de toda la nación judía) dios nuevo: no adorarás dioses ajenos. Porque yo soy el Señor Dios tuyo, etcétera.»

mo dijo en su Evangelio *(Math.*, VI, 24): «Nemo potest duobus dominis servire» ([1]).

San Teodoreto dice que la Esposa andaba variando, sin saber determinarse, cómo llamar á su Esposo, y assi le pone muchos y muy diferentes nombres, porque ninguno halla que baste á declarar los conceptos de su corazón. Llámale aceite derramado, pastor querido, rey, sol, manzano, cabra montés, cervatillo, hermano, maestro, pacífico, más ó menos sabroso y gustoso, corazón suyo, Salomón y manojuelo de mirra. Entre tantos nombres no es el menos misterioso el que aqui le da: BOTRUS CYPRI DILECTUS MEUS MIHI, que es lo mismo que racimo en flor; porque la viña en el tiempo que florece ó está en cierne es muy olorosa. Y si en flor es este racimo tan gracioso y agradable al ánima devota, ¿cuánto más lo será cuando esté maduro? Y si maduro es mejor, ¿cuánta será su prestancia, cuando entre y sea estrujado en el lagar? Yo pienso, dice este doctor, que conforme á las edades del espíritu se comunica y ofrece este racimo á las almas: á unas en flor, á otras en agraz, á otras maduro; pero las muy perfectas le beben hecho vino, según que se escribe *(Ps. 22*, 5): «Calix meus inebrians quam præclarus est» ([2]). Vino que las saca de sí de placer *(Cant.*, V, 1): «Bibite, et inebriamini, charissími» ([3]).

Conforme el aprovechamiento de las almas, assi las da Dios á beber del vino de su dulcedumbre.

San Buenaventura *(a)*, en el tratado que intituló *Dieta salutis*, tít. VIII: *de fructibus Spiritus Sancti*, cap. I, tratando del segundo fructo del Espíritu Santo, que es gozo espiritual, dice cosas verdaderamente artificiosas y de gran regalo. Lo primero, que este gozo es muy diferente de los que se hallan en el mundo. Lo segundo, que se deriva y, como si dijéssemos, nace del gozo celestial. Lo tercero, que de arriba, del cielo, digo, viene conficionado y preparado, de manera que pueda el alma con él. En lo que difiere el gozo de acá del de allá es: lo primero, en que aquél es puro, y éste impuro; aquél sin mezcla, éste mezclado; aquél embriaga y saca de sí un alma para que ame á solo Dios; éste la relaja y debilita en el amor santo. Y dél dijo Isaías *(Isai.*, I, 22): «Vinum tuum míxtum est aqua» ([1]). Este vino celestial, dice San Buenaventura que se hace del racimo del cypro; esto es, de la sangre de Cristo, exprimida en el lagar de la cruz, según que lo confiesa la Esposa, diciendo: BOTRUS CYPRI DILECTUS MEUS MIHI.

El vino celestial se hace de la sangre de Cristo, y dél viene al alma un gozo espiritual: y, al contrario, del vino material, alegria vana que causa tristeza.

El gozo mundano es mezclado, no sólo con el agua de los deleites vilíssimos, sino también con el acíbar muy amargo del remordimiento de la conciencia, y con la solicitud de las cosas temporales; que, como dijo Bernardo, con trabajo se adquieren, con temor se posseen y con dolor se pierden. Y Boecio dijo: «Dulcedo felicitatis humanæ multis amaritudinibus est respersa» ([2]). Allégase á esta diferencia la segunda; que el gozo espiritual es continuo; el mundano, por momentos interrumpido y sobresaltado. De lo primero dice el Sabio *(Prov.*, XV, 15): «Secura mens [quasi] juge convivium» ([3]). Un alma santa, que tiene segura la conciencia, siempre anda de bodas y banqueteada. De lo segundo dice Job *(Job*, XXX, 5): «Gaudium hypochritæ ad instar puncti» ([4]): El gozo del mundo, que á la traza del hipócrita parece bueno, y es malo, es como el punto, que ni tiene longitud de perseverancia, porque es brevíssimo y momentáneo, ni tiene latitud de amistad, porque cada uno se ama á sí mismo, y en orden á sí las demás cosas; ni profundidad de buena con-

El alma santa siempre aoda llena de gozo espiritual, y la mala por el contrario.

(a) Según los editores de las obras del Doctor Seráfico, ésta debe ser contada entre las que falsamente le han sido atribuidas. Véase OPERA OMNIA, tomo X, Quarachí, 1902, *Disertatio 1.ª De Scriptis Seraphici Doctoris*. pág. 24, núm. 35.

([1]) «Nadie puede servir á dos señores.»

([2]) «¡Y cuán excelente es el cáliz mio que *santamente* embriaga!».

([3]) «...Bebed, carísimos, hasta saciaros.»

([1]) «Tu vino se ha adulterado con el agua.»

([2]) «Los goces del bienestar humano, de la felicidad terrena, se ven aheleados constantemente por el dolor y por multitud de penas.»

([3]) «La buena conciencia es como un banquete continuo.»

([4]) «El gozo de los hipócritas no más que un momento.»

ciencia, porque en sólo lo aparente se alegra y recibe el contento.

Las alegrías del siglo son maldades sin castigo.

Difiere, lo tercero, este santo gozo del gozo del mundo, en que el uno es de cosas digníssimas de ser amadas, como son Dios y los bienes de la otra vida; el otro es vilíssimo, porque nace y se ocupa en amar vilezas. San Agustin dijo que la alegría del siglo no era otra cosa que maldades sin castigo: adulterar, embriagarse, comer espléndidamente, ensuciarse con torpezas, y no padecer mal ninguno por ello. Por lo cual se escribe *(Prov.*, III, 35) *(a):* «Stultorum exaltatio, ignominia» ([1]). Lo cuarto en que difieren estos dos gozos es en que el espiritual es, lo primero, muy saludable para despreciar la carne; porque, como dijo San Agustín, gustado este espíritu, toda carne es dessabrida; lo segundo, para vencer al domonio, que, como dijo San Antonio, la única y singular razón de vencer á Satanás es la alegria espiritual; lo tercero, para tener en poco el mundo; porque luego enseña que, no pudiéndose servir á dos señores, á sólo Aquel se ha de servir de quien nace y se deriva en el alma este gozo santo. Que, al fin, tiene su origen de Dios, y de las cosas celestiales, á donde solamente se halla la pureza, la tranquilidad, la salud y la conformidad con el divino querer. Y lo que más levanta de punto este gozo, y le hace más de codicia, es venir confeccionado del cielo, como le habemos menester los que moramos en casas de barro en este destierro y peregrinación del mundo.

Con el alegria espiritual se vence al demonio.

De esta confección maravillosa, y de la mezcla que Dios hace de gozo y tristeza, diremos más largamente cuando trataremos aquel lugar del capítulo VIII, á donde la Esposa confiessa haber bebido el vino adobado de su Esposo; porque passemos agora á considerar este racimo de cypro en cuanto bálsamo precioso y de admirable virtud.

(a) Advertimos que donde la *Vulgata* dice *exaltatio*, el P. Angeles ha puesto *exultatio* (alegría, gozo, etc.). Aquí damos la verdadera lectura de este versículo.

([1]) «A los necios se les convertirá su exaltación en ignominia.»

* ARTÍCULO III

De cómo en estas palabras se halla también una alegoría del Sacramento de la confirmación y de la penitencia voluntaria.

Bozius (de *Signis Ecclesiæ*, lib. II, cap. IV, § 8) dice que en este racimo de cófer (que assí traslada del hebreo Genebrardo) es significado el sacramento de la Confirmación, porque este es el árbol de donde se coge el bálsamo que se mezcla al olio con que se ungen los confirmados; como lo afirman San Dionisio Areopagita, Cipriano, Gregorio Turonense *(Lib. de gloria Martyrum*, c. XL), Gregorio Magno y el Concilio Bracarense.

Algunos quieren decir que la misma fuerza y virtud tiene el aceite que el bálsamo, pero, á la verdad, el bálsamo es más eficaz, y en lo que tiene excelencia es en el olor. Por lo cual se escribe en el *Ecclesiástico,* XXIV, 20: «Sicut cinnamomum, et balsamum aromatizans odorem dedi» ([1]). Y en otra parte *(ib.*, 21): «Sicut balsamum non mixtum odor meus» ([2]). San Dionisio (lib. de *Eccles. Hierarchia)* medita á este propósito muchas cosas; y muestra significar por esto el Espiritu Santo que por el sacramento de la Confirmación somos hechos: lo primero, olorosíssimos, assí á Dios como á los hombres, y, por consiguiente, agradables y de buen gusto para todos; y lo segundo, dársenos que abundemos en dones celestiales y que traigamos á la imitación de nosotros y á la imitación de Cristo á todos aquellos con quien tratáremos, hechos de buen olor, como dijo San Pablo, para Dios y para los hombres en todo lugar.

Por el sacramento de la Confirmación somos hechos agradables á Dios y á los hombres.

El bálsamo (como quieren Solino y Plinio) nace de un arbolillo de la altura de la murta, y para que salga este licor tan precioso se hiende la corteza con un cuchillo de huesso, ó de piedra ó vidrio; pero en ninguna manera le ha de tocar hierro. La hendedura ó sajadura se ha de hacer á la parte del Mediodía, porque con el calor del sol mana una como

([1]) «Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia.»

([2]) «Mi fragancia es como la del bálsamo sin mezcla.»

resina muy espesa y cuajada, que los nuestros llaman bálsamo. Y porque, como ya dijimos, corre gota á gota, y unas sobre otras se vienen á formar á la manera de racimo de uvas, la Esposa le llama botro. Assí lo afirma Strabon, lib. XII. Assí que, mirando á Dios el corazón enamorado, y á Cristo, Sol de justicia, de en medio de los pechos envía un olor suavíssimo de santos pensamientos, palabras y obras, con que declara y exprime á Cristo, suyo, y para sí, y no sólo para sí, sino para los demás. Esso suenan estas palabras: BOTRUS CYPRI DILECTUS MEUS MIHI; lo cual se nos concede, principalmente, por el sacramento de la Confirmación, por el cual sin intervenir herida de hierro, señalándonos en la frente el obispo, como si nos hendiesse y sajasse, salen de lo íntimo de nuestros corazones cosas olorosíssimas, como es la confessión de la fe, para la cual se ordena el sacramento de la Confirmación, y se derraman y comunican por las demás partes, mirando nosotros y recibiendo plenariamente el Sol de justicia, Cristo. Y es cosa de admiración que, apeteciendo las mujeres los demás ungüentos aromáticos y confecciones olorosas, el bálsamo apetecen solos los hombres. Sic Martialis:

«Balsama me capiunt, hæc sunt unguenta virorum:
Delitias Nini vos redolete nurus» (1).

El sacramento de la Confirmación da fortaleza contra el demonio.

Para que entendamos que por este sacramento se infunde en nosotros una cierta virtud masculina, mediante la cual dejamos ya de ser niños y nos hacemos varones dispuestos y hábiles para la lucha de los vicios.

Pausanias, historiador de grande autoridad *(Pausan.*, lib. IX), cuenta una cosa admirable verdaderamente: que en Arabia tienen su habitación muchas víboras debajo de los bálsamos, á las cuales ningún veneno les queda, por sustentarse del fruto destos árboles, y los árabes las tienen como sagradas, y no osan matarlas ni llegar á ellas, quod genios loci putent [porque los veneran como á dioses protectores], para que por aquí entendiessen los cristianos cómo por la Confirmación pierden los demonios, serpientes ponzoñosíssimas, todo el veneno y poder para que sus mordeduras no nos empezcan.

Escriben algunos doctores diligentíssimos: Strabon (lib. XVI), Justino (lib. XXXVI), Plinio (libro XII, c. XXV) y Solino (c. XXXVI) que á sola Judea en el mundo le fué concedido el bálsamo. Por lo cual se escribe de Pompeyo que, habiendo sujetado á Judea al Imperio romano, en señal deste trofeo y victoria trajo á Roma uno destos arbolillos del bálsamo. Y el emperador Vespasiano, que destruyó á Jerusalén, hizo lo mismo. Demás désto, cuentan estos autores que, viendo los judíos que los romanos saqueaban aquella su tierra, por que estos arbolillos no viniessen en su poder, los destruyeron y assolaron todos. «Quid igitur in causa esse dicemus, ait Plinius, ut quæ fastidiebat alibi nasci, sub ortum Christi non ita contigerit?» (1).

Gran maravilla que, no se criando bálsamos sino en Judea antes de la venida de Cristo al mundo, luego que vino los hubo en muchas partes. Dioscórides dice que los hay en Egipto; Pausanias, que floreció en tiempo de Adriano, que en Arabia. Y hoy día se trae bálsamo de las Indias orientales, como lo escribe Monardes. Palabras son de Solino (c. XXXVI): «In hac terra (s. Judea) tantum balsamum nascitur, quæ silva intra terminos viginti jugerum, usque ad victoriam nostram claudebatur. At cum Judea potiti sumus, ita lucilli propagati sunt, ut jam latissimi colles sudent balsama.» Hæc ille, excisa Hierosolyma» (2).

Y para que se vean mejor las maravillas de Dios, quiero contar aquí lo que cuenta Brocardo, de nación germano, el cual estuvo mucho tiempo en el Oriente y en Egipto. Él dice que vió un huerto de bálsamo, y que ninguno

(1) Gústame extraordinariamente el bálsamo, que es desde luego el propio de los hombres: para vosotros, los blandos perfumes de la nuera del rey Nino.

(1) ¿Cuál, pues, es la causa, pregunta Plinio, por la cual, después del nacimiento de Cristo, crecen y se desarrollan en otros lugares, cuando antes sólo se producían en la Judea?

(2) «En esta tierra solamente (se refiere á la Judea) se producía el bálsamo en una extensión de terreno como de veinte yugadas de labor. Pero después que nos apoderamos de esta nación, tanto se ha propagado la plantación de estos árboles, que ya es este un producto de montes y collados extensos.» Así habla este autor después de la caída de Jerusalén en poder de los romanos.

de los arbolillos daba de sí fruto alguno si no era regándole de una fuente que cerca de allí estaba, en la cual muchas veces lavó la Virgen Nuestra Señora al Niño Jesús, y que tenían ya experiencia los sarracenos que el riego de otras aguas era de ningún efecto. Por lo cual dieron traza que de otras partes trajessen agua y se mezclasse con la desta fuente, que por ser poca no bastaba para regar el huerto, para que mezclándose con ella cobrasse virtud divina.

Esto refiere este autor tan grave y tan fidedigno, no de oídas, sino visto por sus ojos, y confessado muchas veces por los mismos sarracenos. De donde se puede colegir muy bien la preciosidad del bálsamo, assí en figurar el sacramento de la Confirmación, como en ser significación de Cristo, como en este lugar lo dice la Esposa. BOTRUS CYPRI DILECTUS MEUS MIHI IN VINEIS ENGADI.

Algunos leen *botrus camphoræ*, «racimo ó piña de alcanfor». No sé cuánta autoridad tenga esta translación; lo que puedo decir del alcanfor es que sus gomas tienen una propiedad: que encendido un grano (que es á la traza del incienso), si le ponen en una lámpara llena de agua, arde y da de sí una llama muy clara y resplandeciente. Y ¿quién puede poner duda en que Cristo es para el alma piña de alcanfor, pues ningunas aguas de pecados, de ingratitudes y tormentos fueron bastantes para apagar su amor y caridad; antes en medio destas aguas fueron sus llamaradas mayores, abrazando en su corazón á enemigos y amigos, y haciéndoles á todos más colmados favores y mercedes cuando más merecido tenían el infierno? Hubo en su Passión una como *antiparistasis* divina; porque como á porfía andaban los tormentos y el amor, las aguas y el fuego de la caridad. Lo cual diremos más cumplidamente sobre aquellas palabras del capítulo VIII, 6: «Fortis est, ut mors, dilectio» [1]. Yo pienso cierto que debemos decir del bálsamo lo que de la mirra dijimos; porque el uno y otro, licor ó resina, sirven para preservar los cuerpos que no se corrompan ni huelan mal. Lo cual, hablando al ánima, es propio de la virtud de la penitencia, que resiste á la corrupción de los pecados y conserva en el corazón penitente el buen olor de las virtudes. El santo fray Gil [1] decía que como se echa sal en la carne recién muerta y fresca por que no se corrompa, assí fué la penitencia de San Juan, que no sirvió de purgar pecados, pues fué santificado en el vientre de su madre sino para que no pudiessen llegar ni empecer, aquel su santo ánimo.

La penitencia conserva el buen olor de las virtudes y resiste á la corrupción de los pecados.

Lo que yo hallo de consideración en la penitencia es que no ha de ser de por fuerza, ni rabiosa, como la de los dañados, sino voluntaria y abrazada con deleite y gusto; que por esso dice la Esposa que su querido es para ella manojuelo de mirra, ó racimo ó piña de bálsamo, puesto entre sus pechos y en medio de su corazón. Y en el librodel *Ecclesiástico*, XXIV, 21, se escribe de una ánima santa: «Ego quasi Libanus non incisus vaporavi»: «Yo, como el líbano no hendido, di olor bueno en mi casa». Los naturales dicen que de dos maneras evaporan y dan su resina los líbanos y los bálsamos, ó de su voluntad, ó hiriéndolos. Y aquella se tiene por mejor mirra, como ya dijimos, y por mejor bálsamo, que sin ninguna industria dan de sí estos árboles; significando el Espíritu Santo en estas palabras cuánto le es agradable y accepta la penitencia y las demás obras virtuosas voluntarias y con alegría hechas. De aquí es que en la definición ó descripción de la penitencia se pone esta palabra *voluntaria*. Es dolor de los pecados voluntariamente tomado por haber ofendido á Dios, etc.

---

(1) «El amor es fuerte como la muerte.»

(1) ILMO. CORNEJO, *Chronica Seraphica*, Madrid, 1682, tomo I, Parte 1.ª, lib. VI, cap. XIV, págs. 614-5. Este cronista inserta, bajo el título de *Colaciones del Santo Fr. Gil*, una serie de sentencias, entre las cuales se halla ésta acerca de la penitencia. Sin embargo, en *Dicta Beati Ægidii Assisiensis*, sec. Codices Mss. ac denuo edita á PP. Colegii S. Bonnaventuræ, Quaracchi, 1905, en el capítulo que trata *de la penitencia*, pág. 40, no se hallan las palabras que aquí cita nuestro autor. Como apéndice traen los editores de *Dicta B. Ægidii*, etc., tomándolo de los *Códices* A, que son los que se guardan en el Archivo de S. Isidoro, Roma, varios capítulos. El primero del *Apéndice 1.º*, págs. 79-84, se titula: *De timore Dei*, del temor de Dios, y aquí es donde se encuentran las palabras ó sentencias referentes á la penitencia de San Juan Bautista, referidas más arriba.—Véase también *Chronica XXIV Generalium*, Quaracchi, 1897, pág. 109.

LECTIO XIII

ECCE TU PULCHRA ES, AMICA MEA, ECCE TU PULCHRA ES; OCULI TUI COLUMBARUM *(Cant.*, I, 14) (1).

* ARTICULO I

Hace una transición con que enlaza las pasadas lecciones con la presente; define la hermosura según varios autores, y dice que el Esposo alaba aquí la interior y exterior, lo natural y sobrenatural.

«Advierte que tú eres hermosa, amiga mía; advierte que tú eres hermosa, y tus ojos son de palomas.»

Atentíssimo ha estado el divino Esposo oyendo hablar á su Esposa, y hase agradado tanto de sus razones, que, todo encendido en amor della, se pone de propósito á alabarla de lo que las damas (hablando de las tejas abajo) principalmente quieren ser alabadas, que es de hermosura. Tú eres hermosa, amiga mía; tú eres hermosa, y tus ojos son de palomas. Y, á la verdad, lo que más hermosea el alma es lo que la Esposa ha dicho de su Esposo, conviene á saber, que era para ella manojuelo de mirra, puesto muy de assiento en sus pechos, y racimo de cófer en las viñas de Engadi, en lo cual, como ya vímos, quiso significar que sólo Cristo era su único y singular regalo, y que en Él se enderezaba todo su amor y afición, ora se le mostrasse amargo como mirra, ora sabroso y dulce como racimo de cipro; porque esta conformidad del ánima con Dios es la mayor hermosura que puede tener, y la que la vuelve más agradable á sus divinos ojos. Y por ventura dice por esto que los tiene de palomas, porque entre todas las aves del mundo, por excelencia son hermosos y sencillos.

Pero examinemos con más cuidado estas palabras, y pesémoslas todas con curiosidad, que, aunque parecen no de tanta consideración como otras, son verdaderamente de mucha, y están llenas de pensamientos celestiales.

Trece veces se hace mención en estos *Cantares* de la hermosura, así del Esposo como de la Esposa, y es la cosa de que más de ordinario se trata entre los que bien se quieren, y de que las divinas y humanas letras hacen á cada passo mención. Porque, como dijo Platón *(De amic.*, lib. XII): *Amor, es deseo de hermosura.* Y Marsilio Fiscino, su comentador, dice «que los que han de ser amigos, han de ser necessariamente hermosos», adonde parece que hace á la hermosura medio para el amor. Verdad es que prueba con muchas razones que no ha de ser hermosura de cuerpos, sino de ánimos; porque lo que principalmente llamamos hombre es el ánimo, que el cuerpo es instrumento suyo, y cualquiera que ama el cuerpo hermoso no ama el hombre, sino algo que es del hombre. Yo digo, que aunque la verdadera amistad nace de la hermosura interior, que hace mucho al caso para quererse bien la exterior, como se vió en el mismo Platón y Dión, que sobremanera fueron amigos, y el principio de su amistad nació de la corporal hermosura. Xenofonte dice que la hermosura de la cara es don real, dado por naturaleza. Luciano (in *Dialogo de Demon.)* dice: «Maximam alliciendi vim habet aspectus pulchrorum» (1).

Aristóteles llama á la hermosura *carta de favor*; Sócrates, *suave tiranía;* Platón, *privilegio de la naturaleza*; Teofrastro, *engaño blando;* Teócrito, *engañoso marfil;* Carneades, *reino solitario;* Orígenes, *triunfo de valientes;* Plotinus (in *libro de Pulchro):*

«Forma vincit amatos:
Ferrum pulchritudo captivat,
Vincuntur specie, qui non vincuntur
In prælio» (2).

San Cipriano, «Semper est misera, quæ sibi non placet» (3).

---

(1) LECCIÓN DÉCIMATERCERA.—Habla el Esposo en alabanza de la Esposa, y dice: «¡Oh y qué hermosa eres, amiga mía! ¡Cuán bella eres! Son tus ojos *vivos y brillantes* como los de la paloma.»

(1) «La vista ó contemplación de las cosas hermosas despierta poderosamente el amor hacia ellas.»

(2) «Una linda faz rinde los corazones. Cautiva la hermosura á los más indomables guerreros, y muchos que en las guerras y en luchas sangrientas no pudieron ser vencidos quedan cautivos de la belleza.»

(3) «Precaria y poco consistente es aquella amistad que á sí misma no satisface.»

Pero dejemos esto, como de poca importancia, y averigüemos, si pudiéremos, qué cosa es hermosura, no en Dios, que para tratar della queda su propio lugar, sino de la que llamamos criada ó derivada de Él. Ésta, como dice Platón (libro *De Summo Bono,* qui *Philebus* inscribitur), es un rayo de la divina luz, ó un resplandor del Sumo Bien, que principalmente resplandece en aquellas cosas que se perciben con los ojos, oídos y mente. Confirma esta sentencia de Platón aquel gran filósofo Plotino (in lib. de *Pulchro)*, diciendo assi: «Pulchritudo solum allicit potestates cognoscentes; cognoscentes, inquam, aut mente, aut visu, aut auditu, qui, ut plurimum, rationis sunt ministri» ([1]). Y aunque la hermosura pertenece á los dos sentidos, vista y oído, más en particular es de la mente; porque los hábitos del ánima, que son las virtudes, buenas costumbres y ciencias, no solamente son hermosos; pero llámanse hermosuras en abstracto, porque son formas; empero los cuerpos y voces que pertenecen á los dos sentidos ya dichos, aunque sean hermosos, no pueden llamarse hermosuras, porque ligeramente, y por pequeñas causas, se mudan y alteran y dejan de ser hermosos. Deste parecer son Agustino Ninfo, peripatético filósofo (en el libro que compuso *de Pulcro)*, y Torcuato Tasso (en el libro que intituló *Forno de la nobilitá)*, y Marsilio (*orat.* 5). Y sin ninguna duda es la más conveniente difinición ésta que se ha hallado hasta hoy de la hermosura.

Para la inteligencia della se han de notar dos cosas: la primera, que aunque esta común razón de hermosura compete á aquellas cosas que se perciban con los ojos, oídos y mente, como ya dijimos, no á todos igualmente, sino según algunos grados de más ó de menos, de manera que esta luz ó gracia y donaire divino primero compete á las cosas que se perciben con la mente, luego á las que con los ojos, y después á las que con los oídos. Que aún allá dijo el filósofo, tratando del modo de comunicarse Dios á sus criaturas (1 lib. de *Cœlo,* tex, 100): «Inde aliis pendet esse, et vivere: his quidem exactius; his autem obscurius» ([1]).

Y el Dante, en el primero canto del *Paraiso*, dice:

La gloria di colui che tutto muove,
Per l'universo penetra, e risplende,
In una parte piu, e meno altrove ([2]).

Lo segundo que se ha de advertir, es que esta razón común de hermosura no es cuerpo, porque si lo fuera en ninguna manera conviniera á las virtudes del ánima, que son incorpóreas. Ni tampoco la hermosura que se halla en la forma de los cuerpos y armonia de las voces puede ser corpórea; porque aunque algunas cosas corporales digamos que son corpóreas de su naturaleza y en cuanto son cuerpos, no les compete esto; porque un mismo cuerpo de un hombre que hoy decimos hermoso, por pequeño accidente mañana le hallamos tan feo como si fuesse uno el cuerpo y otra la hermosura. Por lo cual se concluye que la hermosura de todas aquellas cosas que con la mente, ó con los ojos, ó con los oídos se perciben, más es uno como simulacro y idea de cosa corporal que no especie corporal de la misma cosa, lo cual enseña maravillosamente Plotino (lib. de *Pulchro)* y Marsilio (in *Comentar. in Convi.*, lib. III, oratione 5).

La hermosura del alma es una harmonia de virtudes bien ejercitadas.

La hermosura de las cosas que se perciben con el entendimiento es de todo punto espiritual, y ésta no es otra cosa que una concinidad y armonia de virtudes, costumbres buenas y ciencias, concebida en el alma, que maravillosamente la recrea y trae como la de las cosas que se perciben con los ojos: es gracia espiritual y donaire divino de la figura de los cuerpos, recebida en la vista y percebida por la vista en el ánima. De donde se colige cuán falsa sea la opinión de aquellos que dijeron la hermosura corporal ser proporción de miembros entre sí y con orden al todo. «Cum quadam coloris suavitate.» Ita Tullius (lib. *Tusculanarum),*

([1]) «La belleza solamente puede ser objeto propio de las facultades ó potencias cognoscitivas de nuestro ser, ya sean éstas las espirituales, como el entendimiento, ya corpóreas, cual la vista y el oido, las cuales son á modo de siervos ó ministros del alma.»

([1]) «De Dios les vienen á todas las cosas, el ser y la vida; unas participan de estos bienes con más plenitud, otras con menos.»

([2]) «La gloria de Aquel que todo lo mueve, por el universo se difunde y resplandece: con mayor abundancia en unas cosas; menos copiosamente en otras.»

porque se seguiría de aquí que muchos cuerpos que se perciben con los ojos, en ninguna manera podrían llamarse hermosos, como el oro, la plata y los semejantes; porque como son cuerpos homogéneos, no tienen esta proporción de partes entre sí y al todo, como se halla en los animales. Tampoco se podría llamar la luz hermosa, ni los colores, ni una voz sola, por gallarda que fuesse; ni se diría una mano hermosa, ni un rostro, ni la boca, ni otro algún miembro particular, porque no tiene la dicha disposición y habitud de partes que dijimos. Y seguirse hía un absurdo notable: que de partes no hermosas se podría formar un cuerpo hermoso, lo cual es imposible. Y hay más en ello: que permaneciendo la misma disposición de partes y de miembros entre sí, y proporción al todo, vemos cada día que el mismo cuerpo, igualmente dispuesto que de antes, algunas veces no agrada, ni permanece en él una misma gracia y donaire.

Hermosura del cuerpo en qué consiste.

Por lo cual digo que la hermosura de los cuerpos, ni está en la materia, ni en la cantidad, ni en la figura, —que es proporción y disposición de vida de partes entre sí—, como quiso Tulio, sino en la gracia ó donaire de la imagen del cuerpo recebida en la vista, y de ahí concebida en el ánima y en la gracia de la espiritual harmonía, que resulta de las voces recebidas en el oído y concebidas en la mente. Al fin, hermosura es una cierta gracia vivaz y espiritual (ilustrando el divino rayo), primero infusa en el ángel y luego en los ánimos de los hombres; de allí, en las figuras de los cuerpos y en las voces, la cual por la razón, por la vista y oído, mueve nuestros ánimos y los deleita, y deleitándolos, los arrebata, y arrebatándolos con amor ardiente, los inflama.

Digo que la hermosura es cosa divina, y que mueve y arrebata con gran poder y fuerza los ánimos de los hombres, en amor de las cosas hermosas. Assí vemos que, como al principio toqué, aunque de passo, la principal alabanza de las mujeres, y de que ellas más se precian, es la de la hermosura. Y no hay cosa más veces repetida y celebrada de las que bien se quieren, que ésta: no por cierto la hermosura que concibe el ánimo con la mente, que es de virtudes y hábitos científicos, sino la que Salomón llama engañosa y vana (*Prov.*, ultim., XXXI, 30), que desta sola hacen caso los amadores del mundo, deteniendo la consideración allí para que no passe á contemplar á Dios, fuente perdurable de toda belleza y hermosura, que por este camino quiso ser querido y amado.

A lo menos, véese claramente que la hermosura es una cosa divina y rayo de Dios, en que muchas veces sucede delante de una mujer hermosa turbarse un hombre animoso y de gran valor, temer y estremecerse, como si estuviesse delante del mismo Dios, de donde aquel rayo pequeño de gracia y donaire nace y se deriva. Lo cual veremos más en particular cuando tratáremos aquel lugar del capítulo IV destos *Cantares*, adonde el Esposo se confiessa herido del mirar gracioso de su Esposa. Agora basta que se entienda que alabar de hermosa el divino Pastor á su querida Pastora no es favor que se ha de tener en poco, porque sólo él sabe sin engaño en qué consiste la verdadera hermosura, y sola se debe tener por hermosa la que él aprobare. Y puede tanto ésta con quien habla con él, que parece estar rendido á ella, y que todo su cuidado tiene puesto en su belleza y hermosura.

La gracia y donaire de la hermosura se deriva de Dios.

Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es; oculi tui columbarum.

Tienen estas palabras grande énfasis y levantan muy de punta la hermosura de la Esposa. Porque la partícula ECCE [he aquí] significa cosa grande, rara y nueva, y pide atención, y por ventura á la misma ánima, que quiere Dios que advierta en qué es hermosa. También tiene énfasis aquella repetición: «Hermosa eres, hermosa eres»; y aquel pronombre TU, dos veces repetido, realza mucho más esta hermosura y donaire, y assegura al alma de que no es forastera, ni prestada, sino propia. TU PULCHRA ES, AMICA MEA. Tú eres la hermosa, amiga mía; tú eres la hermosa. Y no es para callarse lo que se añade á este encomio y loa: OCULI TUI COLUMBARUM; porque si la principal parte de la hermosura de una mujer está en los ojos, en ninguna manera se pudo encarecer más la de la Esposa que con decirle que los tiene de paloma; porque esta ave los tiene hermosíssimos, y, demás desto, es símbolo de modestia, inocencia, simplicidad y fidelidad, como veremos.

También es de consideración que, celebrando el Esposo esta hermosura del ánima, no la llama, como otras veces, hermana ó esposa, ni paloma, sino amiga: lo uno, para significar el amor que la tiene; lo otro, porque, como dijimos de Platón (in *Phedro)*, el amor es desseo de hermosura ó de bien; como dijo Aristóteles (in lib. *De moribus)*. Y como la amistad nazca del amor, es necessario que sean hermosos los que se aman.

En esta repetición «mira que eres hermosa, amiga mia; mira que eres hermosa», consideran los santos muchas cosas. Y unos dicen que celebra el Esposo la hermosura de su Esposa, assí interior como exterior, quia, ut Aristoteles scribit, «in virtuoso, omnia consonant virtuti» ([1]); porque la una y la otra es don de Dios, aunque sola la corporal, sin la interior y del alma, vana es, como dijo el Sabio. Laercio (in lib. *De vita et moribus Philosophorum)* cuenta que viendo Diógenes, filósofo cínico, un mancebo de hermoso rostro, pero mal morigerado, dijo: «O quam bona domus, et malos hospes»: «¡Oh qué mal huésped en casa hermosa!» Cuando concurren ambas hermosuras, corporal y espiritual, sobremanera se deben estimar y celebrar. «Quam suavis est pulchritudo, decía Menandro, quando habet mentem sapientem» ([2]). Porque la verdadera hermosura del ánima, como dice Plotino (lib. de *Pulchro)*, es la sabiduría, con la cual sola, despreciadas las demás cosas, estaba Sócrates contento.

Vana es la hermosura del cuerpo sin la del alma.

San Gregorio quiere que esta doblada hermosura sea la caridad doblada, conviene á saber: de Dios y del prójimo. Porque de aqui le viene al alma estar hermosa y digna del convite y bodas de Dios. San Bernardo dice que la humildad y la inocencia son hermosura sobre hermosura, que agradan grandemente al celestial Esposo. Santo Tomás y Haymón dicen que es aqui alabada la perfección de la obra y la limpieza del corazón. Hugo Cardenal quiere que estas dos hermosuras sean: la una, de entendimiento, que consiste en el conocimiento de la verdad; la otra, en la voluntad, que consiste en el amor de la bondad. Yo diría, salva la reverencia de tan grandes varones, que las dos hermosuras que aquí alaba el Esposo son la natural, que tiene el alma de su creación, y la sobrenatural y graciosa, que le viene por méritos de Cristo; *quasi dicat* [como si dijese]: hermosa eres, —y es bien que lo conozcas—, en lo natural, y hermosa eres en lo gratuito: hermosa en naturaleza y hermosa por gracia.

([1]) ...pues, como dice Aristóteles: «En el hombre virtuoso van acordes y emparejadas con la virtud todas sus acciones.»

([2]) «¡Cuán deleitable y dulce es la hermosura exterior cuando la acompaña la del alma!».

* ARTICULO II

De la hermosura cuanto á su ser natural ([1]).

Lo primero que se presupone aqui es que Dios por si solo es el Hacedor del ánima racional, y por esso ha de ser forzosamente muy bien acabada. Porque si es propio del bueno y perito artífice acabar bien y perfectamente la obra que toma entre manos, como lo vemos en los grandes pintores, escultores y maestros, siendo Dios el que crió el ánima por si mismo, y sin ayuda de vecinos, cuales son las causas segundas, ¿qué tal la sacaría de sus manos? Manos que con tanto artificio criaron todas las cosas, —que no hay hallarse en ninguna dellas que añadir ni quitar, porque todas salieron oliendo á omnipotencia y saber infinito—, ¿cómo no habian de sacar perfectissima el ánima, por la cual todo el restante del mundo fué criado? Pero, ¿cómo crió Dios el alma racional, que ni hay armas, por lucidas que sean, ni ejército de soldados tan concertado, ni palacio, ni elementos, ni estrellas, ni sol, ni luna, ni cielo impireo adonde tanto resplandezca la hermosura suya como en ella. Entenderse ha esto facilíssimamente sí con entendimiento elevado y abstraido de las cosas de la tierra queremos considerar lo que es el ánima en sí y la causa por que Dios la crió, que, como dijo el Apóstol *(Rom.*, II), *(sic.) (a)*: «Invisibi-

(a) Debe leerse en vez del capitulo II; *Rom.*, I, 20

([1]) Según advertimos en la nota *(a)* de la página 45, en ninguna de las lecciones que el autor consagra á explicar el texto sagrado se halla subdivisión de artículos. En ésta, sin embargo, y en alguna otra de las siguientes, se hallan epígrafes como el de este artículo, que hemos conservado, añadiendo sólo por nuestra parte la denominación y el número de orden que en la serie les corresponde.

lia *Dei*, a creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur» (¹).

Digo, pues, rastreando de lo visible lo invisible y de lo corporal lo espiritual, que si Dios nuestro Señor hizo los elementos, las plantas, el cielo estrellado y cristalino, y los animales todos respecto de nuestro cuerpo, como lo dijo San Agustín y lo tiene toda buena filosofía, que ha de ser el ánima sin comparación ninguna más hermosa que todas estas cosas corporales, porque tuvo más alto fin que todas. Y sí, como dijo un sabio, la tierra es como muladar de elementos y como heces de cuanto Dios crió, siendo tan hermosa y produciendo *(a)* efectos tan hermosos, ¿qué tan hermosa será el alma, que con tanto intervalo dista della, no sólo en la manera del ser, sino también en el fin? Mas si, según los astrólogos, el agua es diez veces mayor que la tierra; y el aire, diez veces más hermoso que el agua; y el fuego, otras tantas más que el aire; y la luna, más que los elementos todos, —que es como señora dellos y los altera y trae á sí, y con su mudanza los muda á ellos—, y el sol, con tanta ventaja más hermoso que la luna; y el cielo estrellado, diez veces más hermoso que el sol; y el cristalino, otras tantas más que el estrellado; y el impíreo, más que todos; y el ánima, más que el impíreo; síguese que su hermosura es tan grande, que en ninguna manera puede estimarse ni apreciarse. Assí quien la conoce tan bien como el que la crió, puede decir: ECCE TU PULCHRA ES, AMICA MEA, ECCE TU PULCHRA ES.

La hermosura del alma es más que las de todas las criaturas de la tierra, y que los cielos.

Y si discurriendo en esta forma no acabamos de conocer la hermosura del alma, de[s]cendamos á la de algunas cosas particulares que hay en la tierra. ¡Qué hermoso es un prado en la primavera! Allí lo verde de todas las hierbas, y la variedad de todas las flores, con colores diferentes que recrean y arrebatan la vista; los olores y sabores de tantas maneras; la diferencia de los árboles, y plantas, y frutos; el ornato de tantos montes, y las cosas que producen para servicio y sustento de los hombres; el oro, la plata, las piedras preciosas y metales que en sus entrañas cría y esconde la tierra, y lo que dellos el arte forma: órganos, cítaras, salterios, vihuelas y otros instrumentos músicos, cuyas voces acordadas suelen arrebatar el ánima y sacarla de sí, como se dice de David y de otros muchos varones contemplativos, que oyendo música padecían éxtasis maravillosos. Dejo las curiosidades que se labran de oro y de plata; las diferencias de manjares que ha inventado la gula; los animales terrestres; los pescados del mar y de los ríos, lagunas y estanques; las aves que vuelan por los aires, algunas tan hermosas que se echa de ver muy bien en ellas la hermosura del que las crió. Dejo la virtud de las piedras preciosas, la variedad tanta que hay dellas y su grande estimación; las lanas, las sedas y las demás cosas que, ó cría la tierra, ó forma el arte de lo que fué tierra, en que muchos filósofos, después de muchos años de estudio que gastaron en conocer la naturaleza de algunas, se hallaron atajados y se dieron por vencidos. Y colijo de aquí que si todo lo dicho y todo lo demás que se puede decir en esta sustancia tiene respecto al cuerpo, y fué criado y ordenado por él, y él por el ánima, y el ánima por Dios: que, en comparación della, ninguna cosa se puede ni debe llamar hermosa, como, en competencia de Dios, ni todas las ánimas, ni todos los ángeles. ¿Qué luz hay que respecto del sol no sea tinieblas? Y ¿qué hermosura que, cotejada con la del Criador, no sea fealdad? Pues en su manera y en su tanto todas las hermosuras de los cuerpos criados son fealdades respecto de la hermosura y belleza del ánima, aunque entren los elementos y cielos todos.

Y por ventura una de las razones que se hallan para criarla de nada es no haber material alguno tan noble que pudiesse entrar en la composición della: no la tierra, no el cielo, no los elementos ni alguno de los cuerpos celestiales. Crióla, pues, de nada, y, como dijimos, sin ayuda de causas segundas, ut ex primæ conditionis honore intelligeret, quantum deberet suo conditori in sua conditione: mox dignitatis privilegium præstitit ei conditor suus, ut tanto amplius diligeret conditorem,

Por qué crió Dios el alma de nada.

(a) Léese aquí, por errata, sin duda, inadvertida, *prodiciendo*.

(¹) «Las perfecciones invisibles de Dios, como su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas.»

quanto se mirabilius ab eo intelligeret conditam ([1]). Gran maravilla, que para criar Dios al hombre, cuanto á lo principal dél, que es el ánima, no sólo entrasse en consejo de las tres divinas personas, sino que se dignasse de criarla á su imagen y semejanza, como se dice en el libro del *Génesis*. Lo cual á ninguna de las criaturas corporales, como afirma San Agustín, le fué concedido. «Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram» *(Génes.*, I, 26) ([2]).

El alma fué criada á imagen y semejanza de Dios, y por qué desta manera.

La imagen se considera en las potencias naturales: memoria, entendimiento y voluntad. La semejanza, en lo gratuito, conviene á saber: en la ciencia que alumbra el entendimiento para conocer á Dios, á sí mismo y á este mundo que fué criado por su respecto, y en la caridad que inflama el afecto para amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo. Divinamente discurrió Henrico de Assia *(in suo Speculo animæ)* en este passo de la creación del ánima racional. Oye, dice, ánima, lo que tu Criador dijo cuando quiso criarte: «Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram»; y entiende que por consejo y con acuerdo de la beatíssima Trinidad eres criada. Y ¿por qué desta manera?

Porque entendiesses de tu primera creación cuánto debes á tu Criador, y tanto más ardientemente le amasses cuanto te conociesses más admirablemente haber sido por Él formada. Gran cosa que para criarte Dios haya precedido consulta en la Trinidad; pero mucho mayor que te haya dado su imagen y semejanza. Dios es caritativo, justo y misericordioso y verdadero, etc., y el ánima fué criada para que fuesse justa, verdadera, caritativa, misericordiosa, etc. Y entonces tendrá mayor semejanza con su Criador, cuando más tuviere destas virtudes, que es la hermosura de que dice el Profeta que se viste Dios. La imagen de Dios declara la Trinidad de las personas, porque en la memoria es entendida la persona del Eterno Padre; por la inteligencia, la del Hijo; por la voluntad, la del Espíritu Santo; porque de la memoria se engendra el verbo ó noticia intelectual, de la cual juntamente, y de la voluntad, procede el amor, que es acto de la voluntad. Y entonces es más perfecta esta imagen de la eterna Trinidad, y más deiforme, si, como la operación de las tres divinas personas, es indivisa y de todo en todo conforme y acordada; assi nuestra voluntad ninguna cosa quiere ni deja de querer, sino en cuanto la razón lo dicta; y la razón no dicta sino conforme aquello que la memoria de las enseñanzas divinas tiene en sí misma impresso.

Algunos dicen que la imagen de Dios en el alma dice aptitud para amar, y la semejanza, aquella obra de amar. Porque, como dijo San Juan (I *Joan.*, IV, 16): «Deus charitas est» [Dios es caridad]; conviene á saber: increada, eterna y inmortal. Esta caridad de Dios es un infinito y puro acto de amor. Y assí como Dios es caridad, assí el ánima tiene de su propio ser una cierta aptitud innata para amar, y no es possible hallarse sin ella. De donde se saca que le es necessario el amar, ó el bien inconmutable, que es Dios; ó el bien conmutable, que es el mundo. Porque la libertad del albedrío está puesta en medio de estos dos bienes. Dícese, pues, criada á la semejanza, porque como la caridad de Dios es un acto puro de amor, assí en el ánima, de la aptitud que tiene para amar nace un cierto acto de amor, que procede y sale en obra cuando tiene uso de libre albedrío.

El autor del *Espíritu y ánima* dice que en la imagen se denota el conocimiento de la verdad, y en la semejanza, el amor de la bondad y de la virtud. Y basta lo dicho para que se entienda que el ánima racional es más hermosa que la tierra, que el agua, que el aire, que el fuego, que la luna, sol, estrellas, que el cielo estrellado, cristalino y impíreo. San Bernardo dice que si Dios criara muchos más mundos que estrellas hay en el cielo, muy más hermosos que éste, con las mismas criaturas visibles que en él puso, todas juntas no fueran tan hermosas como lo es un alma en su creación. Abre, pues, ¡oh ánima!, tu entendimiento, y considera, si puedes, tu gran belleza y hermosura y tu dignidad, para que de ahí te nazca una santa altivez que te haga menospreciar toda la vileza de las cosas deste siglo y amar y apetecer solos los eternos bienes.

([1]) Crióla, pues, de nada... para que por la grandeza y elevación de su origen entendiese cuánto debe á su Criador; quien, además, la levantó á grande dignidad para que tanto más ardorosamente le amase cuanto más maravillosamente había sido formada.

([2]) «Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra.»

Porque está escrito *(Isai.*, LX, 15): «Ponam te in superbiam sæculorum» para admiración del mundo, para que pasmen todos los que consideraren tu nobleza y hermosura. ¡Oh altivez santa y digna de ser desseada!, que quiere posseer su único y sempiterno bien excelentemente, sin arrogancia y vanagloria, singularmente y á solas, sin envidia; imperturbablemente ó con quietud, sin ira; infatigablemente, sin accidia; *indesinenter* [incesantemente], sin avaricia; deleitosamente, sin lujuria y gula, y honrosamente, sin hipocresía ni fingimiento.

Demos, dice este santissimo varón, que el mayor pintor del mundo, y el más hermoso de todos los hombres, quisiesse, pudiesse y supiesse hacer una imagen que al vivo y con gran perfección le representasse. ¿Con cuánto estudio, artificio y cuidado la haría, y cuánta hermosura pondría en ella? Pues si Dios quiso retratarse á Sí, y que su retrato fuesse el ánima racional, siendo Él la misma hermosura y infinita hermosura, ¿qué tan hermosa la criara? No le faltaron fuerzas, porque es todopoderoso; no sabiduría, porque es infinitamente sabio; no voluntad y gusto, pues se pone á tratar desta obra y de acuerdo de las tres divinas personas la hace; luego hermosíssima y por extremo acabada. Oso decir que si fuesse concedido que un hombre en carne mortal pudiesse ver una ánima glorificada, que no creería que hubiesse cosa más hermosa que ella en cuantas Dios crió, ni en el cielo, ni en la tierra. Y oyendo esto, ¿no te confundes considerando los borrones de pecados que has echado en la tuya, con que la tienes más fea y abominable que el mismo infierno?

En más estima el pecador las cosas deste mundo que á su ánima, siendo mejor que todas ellas.

Yo pienso que en la consideración del pecador ignorante y bestial ninguna cosa hay tan vil y despreciada como su ánima. De ahí nace el hacer tan poco caso della, y tanto de las poquedades deste mundo. Mayor le hace de ver muerto su rocín el arriero que de ver muerta su alma con pecados; y el avariento, de cuatro maravedís que de la suya, comprada con infinito precio. Después que conocí, dice San Agustín, la hermosura de mi ánima, y cómo fué redemida con la sangre de Dios, no quise más ponerla en venta, porque todo lo que no es Dios es de poco ó ningún valor respecto della. ¿Entiende esto quien hace más por la pérdida de una gallina que por la pérdida de su alma? Si se te ensucia el zapato, le limpias; y nunca te acuerdas de limpiar el alma, sucia con mil pecados. Quien hace jurar mil juramentos falsos al oficial blasfemo, afirmando que lo que vende vale lo que pide, ¿qué es sino el desprecio que tiene de su mísera ánima? Algunos la tienen por sal, como dijo el otro filósofo, para que no huela mal el cuerpo. Y yo no hallo diferencia, en muchos, de sus almas á las de los perros, gatos, puercos, leones, raposos, tigres, onzas y otros animales; porque los veo serles semejantes en todas las cosas, sin acordarse de su creación, ni del fin della, ni de lo que Dios ha hecho por salvarlos.

* ARTICULO III

De la hermosura del ánima en cuanto amiga y querida del divino Esposo ([1]).

La experiencia de cada día nos enseña que en muchas ocasiones sobrepuja y vence el arte á la materia, por preciosa que sea: como se vee en un anillo de oro, que aunque la materia es tal, suele sobrepujarla el artificio y curiosidad, de manera que valga más la hechura que el material. Lo mismo podemos decir de la hermosura que se le acrecienta al ánima por la gracia divina, que sin comparación alguna excede á la que tiene por naturaleza.

De la hermosura que el alma tiene por gracia, el sol y la luna se maravillan.

Y no hablo aquí de cualquiera gracia, sino de aquella que llaman los teólogos *gratum faciente* [que nos hace gratos á Dios, la gracia santificante], la cual hermosea de manera el ánima, que el sol y la luna se maravillan de su hermosura, y la celebran con júbilo todos los hijos de Dios *(Job.*, XXXVIII, 7). Es esta gracia efecto muy principal de la beatíssima Trinidad, que nos vuelve gratos á Sí, y Él es nuestro, y nosotros suyos, y nos assemeja, conforma y configura á Sí.

Algunos han dudado si la gracia es alguna cosa real que, puesta en el alma, la hermosee y haga grata en los ojos de Dios, ó sola la aceptación divina que se agrada de nosotros.

([1]) Véase la nota puesta al principio del artículo anterior.

A lo cual responde Alejandro de Alés *(in 3, q. 69, membro 2)* con todos los teólogos, diciendo: que la gracia necessariamente pone alguna cosa en el alma grata, mediante la cual se agrada Dios de ella (Concil. Trid., sess. 6). Et sumi potest ratio optima ex D. Thom. *(1.ª 2.ª*, q. 110, art. 1) ex differentia dilectionis, qua creatura diligit aliam, et Deus: quia creatura præsupponit semper aliquam bonitatem, quæ sit objectum et terminus talis dilectionis. At vero dilectio Dei est efficax, et causativa bonitatis in creatura, quam Deus dicitur amare, ita ut amor non ponat in creatura solam denominationem extrinsecam ab actu Dei diligentis, sicut paries dicitur visus a visione existente in oculo, et nullo modo recepta in pariete, et columna dicitur dextera a dexteritate existente in alia: sed ponit effectum, et donum creatum. Cum ergo diligere absolute sit velle bonum, diligere amore supernaturali et amicitiæ creaturam, est producere in illa formam vel quid aliud intrinsecum ratione cujus talis creatura fit intrinsice et formaliter objectum congruum et proportionatum talis divinæ dilectionis supernaturalis. *Y que la gracia* justificante, quæ est vera, et perfecta justitia christiana, et includit charitatem Dei diffusam in cordibus nostris ab Spiritu Sancto, *sea cosa intrinseca y* inhærente in nobis, ita ut non solum includat remitionem peccati, sed etiam sit vera, et intrinseca renovatio interioris hominis per donum creatum, est veritas fidei, definita in sacro Conc. Trid. toto *decreto de justific.* contra hujus temporis sectarios ([1]).

Es la gracia accidente que puede estar y no estar en el sujeto sin corrupción dél. Lo cual se ve claro en muchos justos, que cayeron y se hicieron pecadores, y al contrario. La razón de los doctores trae San Buenaventura *(In II Sententiarum*, XXVI, q. 3) *(a)*: «porque ninguna substancia, dice, es hábito; la gracia es hábito que adorna y hermosea el ánima»; como lo dice la Glossa, sobre aquel verso del *salmo 103*, v. 15: *Ut exhilaret faciem in oleo*: «Gratia est quidam nitor animæ» ([1]). Luego no es sustancia, sino accidente, y corruptible, como dice San Buenaventura; aunque esta razón, que parece *petitio principii* ([2]), tiene más eficacia si decimos que se presupone en ella, non posse esse substantia, imo et esse implicationem contradictionis, supposito quod gratia, secundum suam entitatem, est ordinis supernaturalis, et quælibet substantia extra Deum, est de intra ordinem naturæ. Imo est implicatio cum propria natura donorum supernaturalium, quod alicui substantiæ creatæ, vel creabili, sint connaturalia. Et si daretur substantia ordinis supernaturalis, ipsi esset connaturalis amicitia divina, et esset objectum congruum, et proportionatum divinæ dilectionis: imo, et charitas, lumen gloriæ, visio, et fruitio Dei essent connaturalia tali creaturæ substantiali. Ex quo facile sequitur, talia dona illi substantiæ non esse supernatura-

---

(a) Véase OPERA OMMIA, cit. tomo II.

([1]) Santo Tomás nos suministra, en confirmación de esto, una razón muy poderosa, tomada de la diferente manera con que amamos nosotros alguna cosa y el modo como Dios ama, puesto que nuestro amor presupone siempre en el objeto amado alguna cualidad buena que sea el fin y término del afecto amoroso con que le amemos. Empero el amor de Dios es de suyo eficaz y causa productiva de la bondad en aquello que Dios ama, de tal manera que esta dilección divina no es mera denominación ó cualidad extrínseca, como se dice de una pared *vista*, por la acción de ver que ponen nuestros ojos y que es propia del sentido de la vista y de ningún modo se halla en la pared, ó como se dice de una columna que es *la derecha*, comparada con otra, respecto del que la mira, sino que aquel divino amor produce efectos reales y cualidades buenas en el alma. Como quiera, pues, que amar, en términos generales es querer bien, amar á alguna criatura con un amor sobrenatural y de amistad es producir en ella una cualidad, algo intrínseco, por razón de lo cual aquélla se hace merecedora de amor, objeto adecuado del amor divino. Y que la gracia justificante, que es, propiamente hablando, la verdadera y real santidad cristiana y lleva consigo aquella *divina caridad que se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo*, sea cosa intrínseca é inherente á nuestras almas, de suerte que no sólo suponga el perdón de los pecados, sino que sea además una verdadera é íntima renovación del interior del hombre por medio de un don creado; esto, digo, es una verdad de fe definida en el Sacro Concilio Tridentino en el *Decreto de la justificación*, promulgado particularmente contra los protestantes.

([1]) ...(«de modo que, ungiéndose, presente alegre su rostro»). La gracia es cierto resplandor ó belleza del alma.

([2]) *Petición de principio:* defecto de argumentación ó de raciocinio.

lia, cum non elevarent talem substantiam ad alium ordinem, sed procederent ex principiis suæ naturæ: cum (ex suppositione) ipsa esset ordinis divini [1]. Porque como el accidente no pueda por sí estar fuera del sujeto, y la gracia sea accidente, síguese que, oponiéndose la gracia á la culpa y no pudiendo hallarse con ella juntamente en el ánima, que lùego que mortalmente peca, la gracia se desvanece y se acaba.

El pecado es opuesto á la gracia; y assi donde le hay no puede haberla.

Y como, en tanto que vivimos, no estamos seguros de que no pecaremos, antes por momentos caemos en culpas, ninguna seguridad tiene la gracia en nosotros, y assí es necessario que sea cosa corruptible. Y esto le compete á la gracia por razón del propio ser ó modo de existir; porque como no se causa de los principios de aquello en que está, sino que uno tiene por sujeto y otro por causa, que [ella] está en el ánima, y la causa Dios. De la manera que cuando la luz se corrompe, ó la imagen en el espejo, ó la misma especie de la piedra en el ojo, ó en nuestro entendimiento, no se corrompe aquello en que está, porque se queda sano el ojo, etc., ni se vuelve á aquello de donde tuvo su ser, sino cuanto es de sí se corrompe; assí la gracia, porque no tiene su ser en la materia ó sujeto por modo de naturaleza, sino por modo de hábito sobrenatural, ni se produce de los principios del ánima, cuando se corrompe hase de convertir en nada, aunque su corrupción no sea propia y rigurosa aniquilación, por ser la gracia accidente: quod est entis ens [el cual es *ente de ente*, que tiene que estar en otro para existir].

San Buenaventura dice que, como la gracia no se conserve sino por la infiuencia continua de la divina bondad sobre nuestra faz interior, cuando el ánima se aparta de Dios por el pecado, no se continúa la influencia, y, por consiguiente, la gracia se corrompe, como se corrompe la luz por la interposición del cuerpo opaco. Y aunque podríamos decir, según esto, que el pecado corrompe la gracia, no es porque hace en ella, sino porque, apartándose el alma por el pecado de la rectitud de la verdad eterna, y cessando Dios de influir, necessariamente ha de desfallecer la gracia en sí misma.

Lo que aquí hay de consideración (y grande, por cierto) es, cómo ó por qué permite Dios que un accidente tan admirable y una calidad tan divina, que tan hermosa vuelve el ánima y tan agradable en sus ojos, se corrompa y desvanezca con tanta facilidad Podríase también dudar, cómo amando Dios tanto á sus amigos, que quiere más un alma santa que los cielos y la tierra, no consintiendo que perezcan estas criaturas, permite que perezca la gracia en el ánima apartándose dél.

Por qué amando Dios tanto las almas santas permite que caigan en culpa y se aparten de Él.

A esto se puede responder que convino assí al curso de las cosas; porque de tal manera las administra el que las crió, que las deja seguir sus propios y naturales movimientos; y porque el tesoro de la gracia está en vasos de barro, aunque sea tan noble, fácilmente se pierde en la tormenta de las tentaciones. Pero quédese esto para las escuelas, y volvamos á tratar de la belleza del ánima cuando la baña la luz de la divina gracia, para que sepa estimarse y huyga de ensuciarse con el pecado. Della interpreta San Jerónimo *(Com. in Ps. 86)* todo el *salmo 86*: *Fundamenta ejus in montibus sanctis* [1]. «Sión, dice, es el ánima que

[1] ...si decimos que se presupone en ella que no puede ser sustancia; más aún: que habría manifiesta contradicción, supuesto que la gracia, según su misma esencia, es de un orden enteramente sobrenatural, y cualquiera sustancia fuera de Dios está dentro del orden natural. Y, hablando con toda propiedad, contradice abiertamente á la esencia misma de los dones sobrenaturales al decir que son propios ó connaturales á cualquiera sér creado ó que pueda serlo. Porque en el caso de que pudiera existir alguna sustancia (en toda esta argumentación, puramente filosófico-teológica, toma el autor los términos que emplea en el riguroso y estricto sentido que la filosofía da á estas palabras) del orden sobrenatural, disfrutaría como de cosa propia ó connatural de la amistad divina y sería ella misma objeto adecuado y perfecto del amor divino, y aun debidos le serían todos los demás carismas sobrenaturales: la caridad, el *lumen gloriæ*, la visión y fruición de Dios, su posesión y bienaventuranza. De donde tales dones, respecto de esa sustancia, no serían sobrenaturales, puesto que no la elevarían á un orden superior, sino que serían á modo de dones ó propiedades inherentes á su naturaleza, ya que hablamos en el supuesto de que aquélla estaba dentro de un orden enteramente divino.

[1] «Sobre los montes santos está *Jerusalem* fundada.»

con fe viva cree en Cristo; los fundamentos della son en los montes santos; sus puertas ama el Señor sobre todas las moradas de Cedar».

El alma en gracia es ciudad de Dios.

Tiene nuestra Sión muchas puertas, y si las abrimos, entrará á nosotros y sentarse ha á cenar en nuestra compañía. «Gloriosas cosas están dichas de ti, ciudad de Dios.» No es ciudad un solo edificio, sino muchos edificios, ordenados y puestos por concierto; ni nuestra Sión se llamara ciudad de Dios si no tuviera muchas virtudes. «Acordarme he de Raab y de Babilonia, que ya me conocen». Aquella que en otro tiempo estaba en las anchuras de los pecados, subió después á la memoria de Dios. «Nunquid Syon dicet: Homo, et homo natus est in ea: et ipse fundavit eam Altissimus?» *(ib.*, v. s.) ([1]).

Una cosa de grande maravilla os digo; pero verdadera. Nuestra Sión, en la cual algunas veces están los alienígenas, el Tiro y los de Etiopía, aquella ramera de Raab, aquella Babilonia, aquella que compuso sus pies para cualquiera passajero que la quería *(Ezech.*, XVI, 15, 25), si quisiere, repentinamente será hecha virgen; virgen, digo, y que concibe al Hijo de Dios, y le engendra según que se escribe *(Isai.*, XXVI, 18): «*A timore tuo*, Domine, concepimus, et parturivimus spiritum *salutis tuæ*: fecimus super terram» ([2]). Luego nuestra ánima, aunque haya sido ramera, puede concebir y parir al Salvador. «Et homo natus est in ea». Si queremos, cada día nace en nues-

Nace Dios en el alma todas las veces que obra virtud.

tra ánima, y nace siempre que obramos virtud. «Et ipse fundabit eam Altissimus». El mismo que nace en ti da el fundamento á tu Sión. Pero como todas estas cosas se hacen cuando ha nacido Cristo en ella, no es cierta ni segura la victoria; siempre vivimos en peligro. Por esso no dice: «Lætantium omnium habitatio est in te», sino «sicut lætantium» ([1]); porque ni el alegría es perfecta, ni perpetua. «Facti sumus *(Ps.*, *25*, 1) sicut consolati». Quoniam in præsenti sæculo quamvis aliquis sanctus sit, quamvis renuntiet sæculo, non habet perfectam victoriam ([2]). Es accidente la gracia, separable y corruptible. Por esso dijo el apóstol *(I Cor.*, X, 12): «El que está, mire no caiga». Hasta aquí San Jerónimo.

Al fin, el alma en gracia se llama y es ciudad de Dios. Y porque no hay ciudad sin pueblo, dispuso y ordenó en ella el Criador tres diferencias de gente: sabios, para consejo; soldados, para defensa; artífices, para servicio y administración. Los ciudadanos desta ciudad naturales y congénitos son los vigores del ánima, ó fuerzas, que están distinctos en tres grados: unos superiores, otros inferiores, otros medios. Superiores son los sentidos intelectuales; medios, los racionales; ínfimos, los animales. La diferencia que hay entre ellos es ésta: el animal, ó sensual, apetece las cosas sensibles; el racional, discierne y con el ojo de la discreción las desprecia; el intelectual, incita y lleva á las cosas divinas. Los sentidos intelectuales son como consejeros del ánima, que le dicen que tema á Dios y guarde sus mandamientos, que para esto es todo hombre. Los racionales son como soldados de guarnición, que hacen guerra á los enemigos, —que son los apetitos y concupiscencias malas—, con las armas de la justicia. Los animales ó sensuales son como rústicos labradores y oficiales mecánicos, que atienden al servicio del cuerpo y se ocupan en cosas corporales. Estas tres fuerzas del ánima: intelectual, sensual y racional, llamaron los filósofos fuerzas della, no integrales, sino virtuales, porque son sus potencias.

Desta ciudad assí concertada se han dicho

([1]) «¿No se dirá entonces de Sión: Hombres y *más* hombres han nacido en ella, y el mismo Altísimo es quien la ha fundado?»

([2]) Refiérese este versículo de Isaías, según generalmente lo interpretan los expositores, á los buenos deseos que á veces concebimos en nuestros corazones y que no llevamos á la práctica sino con grandes dificultades y como violentando nuestras naturales inclinaciones. Con frecuencia, en apartando Dios de nosotros su mano, faltamos á ellos y resultan vanos y de poco ó nulo provecho. Algo distinto parece el sentido á que quiere derivarlo aquí el autor. Ya notamos esta diferencia poniendo en *cursiva* las palabras cambiadas, notando, además, que falta antes del *parturivimus* el adverbio *quasi*.

([1]) «Llenos de gozo están, *¡oh Sión!*, todos cuantos en ti habitan.»

([2]) «Será indecible nuestro consuelo.» En esta vida, aunque llegue uno á la cumbre de la santidad, aunque renuncie al mundo y á todas sus cosas, no puede tener seguridad completa y absoluta de la perseverancia, sin una gracia especialísima de Dios que así, de potencia absoluta, lo puede conceder.

cosas gloriosas, como dijo el Profeta. ¿Qué mayor gloria que llamarla Dios amiga suya, templo suyo, hija suya, esposa y reina? «Aquel gran Señor, dice San Buenaventura, que todas las cosas hizo para su gloria, y que ninguna necessidad tiene de la alabanza de sus criaturas, principalmente busca y pretende ser honrado de la racional». Y porque entonces honramos á Dios cuando referimos á Él todas las cosas como á autor y fin de todas, determinó de no llevar al hombre á la perfección de la gloria por algún medio que tuviesse su origen de los principios de naturaleza, sino por el don de la gracia, añadida á lo natural, para que por aquí fuesse más grato á Dios, y toda la obra de salud la atribuyesse á Él. Y como la ley de la divinidad, según Dionisio, sea reducir las cosas ínfimas por las medias, y las medias por las supremas, y los medios buenos sean las potencias naturales del ánima, y los mayores la gracia y las virtudes; por tanto, según el orden recto de su mera liberalidad y gratuita condescensión de la divina gracia, *gratum faciente*, añadida al natural judicatorio, que es la conciencia, y al natural instinto, que es el sindéresis, el ánima santa, que puede ser capaz y participante de Dios, es consagrada en templo, adoptada en hija, levantada en esposa, no metafóricamente ó en figura, sino verdadera y propiamente. Lo cual se hace, assi por la graciosa condescensión y dignación de Dios, como por la exaltación de la criatura ultra de los términos de su naturaleza. Y esta graciosa condescensión es necessaria en tal obra, porque dignarse Dios y querer morar, siendo Él tan inmenso, en el ánima como en el templo; estimar al siervo en lugar de hijo, y levantar la esclava para esposa suya, ninguno podrá dudar ser mera gracia y condescensión liberalíssima.

Levanta Dios á un alma á la perfección por su mera gracia.

Mas se ha de advertir aquí que este levantamiento del ánima en la tal aceptación no se halla en los términos de naturaleza, sino sobre toda ella. Porque ser consagrada la criatura en el templo, fundado por fe, levantado por esperanza y dedicado por santidad del ánima; ser adoptada en hija y escogida para esposa, es sobrenatural complemento de toda criatura. Por tanto, ni la adopción, ni la consagración, ni la unión del ánima á Dios, se hace por alguna propiedad de naturaleza, sino por algún don sobrehabido, que consagra el ánima para que sea templo, y la assemeja para que sea hija, y la hermosea su faz para que sea digna esposa de Cristo. Esto todo hace la gracia *gratum faciente*, á la cual está conjunta la deiformidad ó conformidad con Dios, que en ninguna manera puede serle desemejante. Y assí, mientras está en el ánima no es possible dejar de ser grata á Dios, y por consiguiente templo suyo, hija suya y esposa suya.

Dícese el alma en gracia templo de Dios y sagrario del Espíritu Santo, como la llamó el Apóstol, porque, aunque Dios está en todas las cosas por essencia, presencia y potencia, en ella está por un especial modo, como en templo en que es servido y honrado, fundado (como díjimos del seráfico San Buenaventura) por fe, elevado por esperanza (que ella es la que nos levanta y assegura que no nos faltará Dios en nuestras necessidades) y dedicado por santidad del ánima. Lo cual obra todo la sinceríssima caridad, «derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado». Con estas tres virtudes: fe, esperanza y caridad, es honrado Dios, como lo dice bien claro San Agustín; y el alma dotada dellas, demás de ser templo suyo, es amiga, porque como á tal le comunica Él su amor y á Sí mismo, y le da sus dones para gozarlos y usar dellos, cuanto según razón puede recebir, según la variedad de los estados en que su Majestad la pone.

El alma en gracia es templo de Dios y sagrario del Espíritu Santo.

Llámase también el ánima *virgen* por el sindéresis, que siempre permanece en ella. Dícese *madre*, porque concibe dentro de sí al divino Verbo por el afecto de la buena obra, párele por el efecto, susténtale por el aprovechamiento. «*Qui* fecerit voluntatem Patris mei, qui in cœlis est, ipse meus frater, et soror, et mater est» *(Math.*, XII, 50) [1]. Dícese *esposa*, porque es assumpta por amor (cuya propiedad principal es unir al amado con la cosa amada) al castíssimo matrimonio, que se principia en el baptismo, cuando se le infunden al ánima las virtudes teologales; ratifícase cuando el alma por el uso del libre

Tres títulos tiene el alma en gracia: Virgen, madre y esposa de Cristo.

---

[1] «Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos (dice Cristo nuestro Señor), ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.»

albedrío, obrando juntamente la divina gracia, elicit actus virtutum theologicarum [practica actos de las virtudes teologales], que son creer á la suma verdad, esperar en la suma largueza y amar la suma bondad por sí y sobre todas las cosas; consúmase este matrimonio en la patria, adonde durará para siempre entre Dios y el ánima, sin temor de división ni de accidentes enojosos. Es dotada esta esposa de tres dotes gloriosos, que son: visión, fruición y tención. Verá claramente á Dios, gozarále plenariamente y tendrále con seguridad y eternidad. Otros muchos títulos tiene el ánima, acompañada de la gracia, que declaran bien el caso que Dios hace della y lo que vale esta joya tan preciosa y de que tan poco caudal hacen generalmente los hombres en el mundo.

San Juan Crisóstomo, declarando aquel lugar del *Génesis* que, hablando de Israel *(sic)*, dice: *Et erat Deus cum puero, et crevit, et habitavit in solitudine* (*a*), escribe desta manera (Chrisost., *Genes.*, hom. 46, tom. II): «Si alcanzáremos la gracia de Dios, ninguno prevalecerá contra nosotros, y nosotros prevaleceremos contra todos. Cuando tenemos á Dios amigo y benévolo, aunque estemos en el desierto, mucho más seguros estamos que los que moran en las ciudades. Es gran seguridad y muro inexpugnable el de la divina gracia.» Y más abajo: «En David y en Saúl deprendamos que ninguna cosa puede haber más firme y fuerte que el que está armado y guarnecido con la gracia, ni más flaca que aquel á quien le falta, aunque ande rodeado de ejércitos innumerables.» Prosigue esto con grandíssima elocuencia el glorioso doctor, contando lo que passó entre David y el gigante, y concluye: «Gratia est nostra armatura solida, et inexpugnabilis, hæc nostræ maximæ divitiæ. Per hanc, et Ismael, quamvis adolescens, et in solitudine rerumque omnium inopia, statim crevit, et in gentem magnam factus est, quia Deus erat cum illo» ([1]). En la homilía de *Adán y Eva*, dice: «De todos los buenos efectos, de todos los buenos estudios y de todas las virtudes con que desde el principio de nuestra fe caminamos para Dios y le confessamos por autor, no dudamos que de su gracia proceden y manan los merecimientos todos del hombre.» El mismo, en otra parte (hom. 24 in *Joan.*, tomo III): «Como en la formación del primer hombre toda aquella obra y artificio fué de Dios, assí en la justificación del pecador todo lo atribuimos á su gracia.» «Tunc, inquit, in animam viventem factus est homo, nunc autem in spiritu vivificantem» ([2]). Allí se dijo: démosle al hombre una ayuda de costa semejante á él; aquí nada desso se le dice, porque qui Spiritus Sancti gratiam accipit, nulla alia re indiget ([3]). Entonces hizo Dios al hombre á su imagen y semejanza; ahora le hace familiar suyo, mediante su gracia. Entonces sujetó á su imperio los peces y las fieras; ahora, dilata nuestro imperio sobre los cielos. Y en la homilía 50, sobre aquellas palabras: *Qui credit in me, flumina de ventre ejus fluent aquæ vivæ* (*Joan.*, VII, 38), dice: «Spiritus enim gratia *(a)*, cum mente illapsa est, eamque irrigarit, omni fonte uberius scaturit, nunquam deficit, nunquam vacuatur, nunquam stat», etc. El mismo, en la homilía *21, ad pop. Anthioch.*, dice: «Non sic mundus est clarus oriente radio, ut anima illustratur, et splendidior fit Spiritus Sancti gratiam suscipiens» ([4]). «Deprende, dice, las natura-

El que está en gracia está lleno de fortaleza, y por el contrario.

(*a*) Además de estar cambiado el nombre de la persona á quien se refieren estas palabras, leyéndose Israel donde había de decir Ismael, hay notable diferencia en cuanto á los términos que aquí emplea el autor y los que se leen en este lugar en la *Vulgata*, la cual dice: «Et fuit (Deus) cum eo: qui crevit, et moratus est in solitudine.» Y Dios asistió á éste (á Ismael), y fué creciendo y vivió en los desiertos.»

(*a*) Dice el impreso *gratiæ;* pero es errata.

([1]) «La gracia de Dios y su protección son nuestra defensa, y guarda fuerte é inexpugnable; ellas son nuestro mejor tesoro. Por esta divina protección y amparo Ismael, pobre y errabundo en la soledad del desierto, llegó á ser grande, y jefe y caudillo de un gran pueblo.

([2]) Entonces (en la creación) se le dió al hombre un alma viviente, ahora (en la justificación) recibe en el espíritu la gracia vivificante.

( ) Porque el que recibe la gracia del Espíritu Santo de ninguna otra cosa necesita.

([4]) «Del seno de aquel que cree en mí manarán (como dice la Escritura, *Deuter.*, XVIII, 15; *Joel*, II, 28; *Act.*, II, 17), ríos de agua viva.»—Sobre estas palabras, dice el Crisóstomo: La gracia del Espíritu Santo, cuando una vez se ha derramado en el alma y la ha inundado en sus saludables corrientes, es más copiosa y abundante que el más rico manantial, y nun-

lezas de las cosas. En la noche, y estando con tinieblas ocupada la tierra, acontece muchas veces que viendo un cabo de soga en el suelo piensa que es una culebra, y del amigo que se le acerca huye como de enemigo; de cualquiera ruido que oye se alborota; pero llegada la luz del día, nada désto le sucede, porque las cosas todas parecen lo que en la verdad son. Lo cual todo passa assí en nuestra ánima, que entrando en ella la luz de la gracia, y desterrando las tinieblas del pecado, conocidas las cosas según verdad, las que antes temíamos despreciamos: despreciamos la muerte, porque de la presencia de la gracia deprendemos que la muerte no es muerte, sino apacible sueño; no tememos la pobreza, no la enfermedad, no otros infortunios y miserias, sabiendo que caminamos á otra mejor vida, libre de toda desigualdad.» Hasta aquí Crisóstomo.

El ánima en gracia no tiene temor á ninguna cosa.

Y yo digo que la gracia se puede comparar á la luz que apareció en la cárcel cuando entró el ángel á libertar á San Pedro *(Act.*, XII, 7-10), que le despertó del sueño y le hizo levantar con priesa, y le hizo calzar y vestir, y quitóle las prisiones, sacóle del calabozo, púsole en libertad, y porque todo es gracia y misericordia de Dios, ignoraba el apóstol que fuesse verdad, persuadido que soñaba, hasta que el ángel le trajo á la puerta de hierro, que de suyo se les abrió y dió passo libre. Al fin, la gracia nos despierta, y nos levanta, y nos aguija, y nos calza y viste, para que parezcamos bien á Dios; quítanos las prisiones de los pecados y ocasiones de pecar, y nos hace, de esclavos, libres, para servir á la justicia; líbranos de las manos de Herodes, que es el demonio, y de la expectación de los judíos, que son los enemigos de nuestra salud. Es la gracia como una vestidura que cubre desde los pies á la cabeza el alma, adornada con todas las piedras preciosas de las virtudes, con la cual parece bien á Dios y á sus ángeles y puede entrar á su convite sin temor alguno de que la echarán dél, como al otro desventurado que osó entrar y assentarse á la mesa desarropado (*sic*) y sin vestido de bodas *(Math.*, XXII, 12).

ca se agota, nunca queda vacía, nunca deja de manar», etc. Y en otra parte: «No es tan claro el día en la plenitud de la luz del sol, como lo está el alma cuando recibe la gracia del divino Espíritu.»

Aquella historia que cuenta Ezequiel, XVI (2 sigs.), que trata del pueblo hebreo, que tuvo principio de la gentilidad y después fué tan regalado de Dios, aunque respondió con ingratitud, se puede comparar admirablemente á la gracia, porque ella nos lava, y limpia, y viste de colores, y cubre nuestra desnudez; cálzanos de jacinto, color de cielo, y nos ciñe de algodón blando de pureza, y nos atavía las orejas y la boca, y nos pone corona en la cabeza, y nos enjoya con oro y piedras preciosas, y nos sustenta con el pan del cielo, y hace que nuestro nombre crezca y se dilate, y otras muchas cosas que podrá allí leer el curioso, que yo de propósito callo por llegar á ver los ojos de la Esposa, que principalmente es alabada dellos por el divino Esposo.

* ARTICULO IV

Alábase la hermosura de los ojos, porque por ellos se descubre la bondad del alma.

Oculi tui columbarum.

Y viene muy á pelo, habiendo tratado el divino Esposo de la hermosura de su Esposa en común, tratar primero de la de los ojos en particular; porque este sentido es más excelente entre sus compañeros, el que á más se extiende, en más se estima y más fuerza tiene, assí para las cosas exteriores como para las interiores (S. Thom., I, 2, q. 77, 5 ad 3). Por esso se le da el más noble y alto lugar en el hombre, para que, como dice San Basilio (hom. 3 *Attendi tibi)*, atalaye desde allí todas las cosas, sin que ninguno de los miembros del cuerpo le pueda impedir ni hacer sombra. Y San Crisóstomo dice que lo que es el sol en el mundo, esso es el ojo en el hombre. San Gregorio Nacianceno *(De laudibus Cyprriani)* le llama órgano promptíssimo entre todos, y que nunca se harta. Plinio (lib. XI, cap. XXXVII) dice que principalmente hace el ánima su habitación en los ojos, y que por ellos más que por otro sentido se manifiesta y muestra sus pasiones. «Neque ulla ex parte, inquit ille, majora inditia animi cunctis animalibus, sed maxime homini» ([1]).

([1]) «En ninguna otra facultad ó potencia, afirma, se descubre en los animales la existencia del alma como en este sentido de la vista, singularmente en el hombre».

En los ojos se conoce la moderación, la clemencia, la templanza, la misericordia, la soberbia, la ira, el amor, el alegría, la tristeza y los demás afectos interiores, y son como lengua del ánima, con que ella sin ruido de palabras eficacíssimamente habla y persuade. Y no quiero tratar aquí más de los ojos, porque dellos, y del daño que de mirar sin recato se nos sigue — que aun allá dijo Quintiliano *(Declam. 1, pro cæco)*: «Vitiis nostris in animum per oculos via est»: «Camino son los ojos por donde los vicios entran en el ánima, y toda su perdición», — trataremos especialmente en el capítulo XV de estos *Cantares*, adonde el Esposo se confiessa herido en uno de los ojos de su Esposa, que es de harta consideración; como decir la Escritura que las sandalias de Judit arrebataron y cautivaron los ojos del capitán Holofernes *(Judith.*, XVI, 11): «Sandalia ejus rapuerunt oculos ejus». Pues si el zapato de una mujer arrebata los ojos y el corazón con ellos, ¿qué fuerza tendrá el rostro hermoso y el ojo lleno de donaire?

OCULI TUI COLUMBARUM. De dos maneras podemos entender estas palabras: O quiere significar el Esposo en ellas que la hermosura de su Esposa principalmente está en los ojos, ó que por ellos se declara la mucha que hay en ella escondida á nuestros ojos. Como si dijera, siguiendo esto postrero: «Verdaderamente eres hermosa, amiga mía, y la mayor señal que hay de tu hermosura es tener los ojos de paloma, ave sencilla, inocente y fidelíssima á su compañero.» No hay ojos tan bellos como los de la paloma, ni parte en que más se descubra la belleza y hermosura de una mujer que los ojos bien formados y de perspicaz y aguda vista. De la paloma dijo San Cipriano (Cyp., *adversus Noval.)*: «Est animal simplex et lætum, non felle amarum, non moribus sævum, non unguium laceratione violentum: cujus ingenium est hospitia humana diligere, et unius domus, seu maris consortium nosse». «No tiene hiel la paloma; no hiere con el pico; mora en las cavernas y agujeros de las piedras; cría los hijos ajenos; hace su manida á las corrientes de las aguas; escoge los mejores granos, y, siempre que come, tras cada grano levanta, como agradeciéndolo, la cabeza al cielo; en lugar de canto da gemidos; anda en compañía y en banda con las de su especie»; defiéndese con las alas; nueve veces recobra la vista, y tiene otras muchas propiedades que en el sentido espiritual cuadran admirablemente al alma.

Quédese en hora buena á la inteligencia y consideración de los lectores; que yo quiero examinar el primer sentido que propuse, conviene á saber: que en solos los ojos cifró el Esposo la hermosura de su Esposa, diciendo: ECCE TU PULCHRA ES, AMICA MEA, ECCE TU PULCHRA ES: OCULI TUI COLUMBARUM. «Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres; no de todo en todo, sino en parte y en la mejor parte: en los ojos»; aún te han quedado algunos movimientos turbios y sentimientos de humanidad que es necessario enmendarlos y corregirlos. Hay gebuseos con quien pelear; hay defectos que, aunque no te afean, enturbian y empañan el resplandor de tu hermosura.

Decía un hombre sabio, que el pecado mortal era como calentura continua, y el venial, como destemplanza de estómago, ó como las lassitudines que dicen los médicos que anuncian enfermedades. No mata el alma el pecado venial, pero entíbiala y tráela descolorida, y, como dice Santo Tomás, quita el fervor á la caridad. Una olla, con el fuego bulle y hierve; mas si metéis un hierro frío en ella, ya que no enfría del todo el agua, hácela á lo menos que no hierva tanto. El mal es que, por más recatado que viváis, no han de faltar estos gebuseos, enemigos de nuestro sossiego. Bien podréis, si un navío hace agua por mil agujeros pequeños, ataparlos cada uno de por sí; pero todos juntos, es impossible. Esso mismo digo yo de los pecados veniales: son como agujerillos en el alma, que, aunque podéis evitar y atapar éste y aquél en particular, no podéis ataparlos todos juntos, de manera que viváis sin pecado, y si vos dijéredes que no le tenéis, San Juan os dirá que sois mentiroso y que os engañáis *(I Joan.*, I, 8). Y el santo Concilio de Trento os condena por ello.

Sin faltas y defectos no vive el alma en esta vida.

Dijo muy bien el filósofo, que el lugar era conservativo de lo que se depositaba en él; porque las cosas fuera de su lugar natural, en ninguna manera podían conservarse. Lo cual hallo ser assí, no sólo en las cosas corporales, sino también en las espirituales. No puede vivir el pez mucho tiempo fuera del agua, ni el hombre en el agua, ni la rosa cortada del rosal y traída en la mano. Por esto el fuego sube hacia arriba y el hierro de[s]ciende abajo

porque cada cual busca su lugar en que se conserve. De aquí es que, estando nuestra ánima fuera de su lugar y centro, no es possible dejar de caer en pecados, por lo menos veniales. Los ángeles y ánimas santas no pueden pecar, porque están en su lugar propio, según que se escribe *(Sap.*, III, 1): «Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum *malitiæ» id est, peccati* ([1]). Meted vuestra ánima en las cosas terrenas, y haréisla miserable; porque la sacáis de su lugar, fuera del cual no puede conservarse ni perseverar mucho tiempo sin caída. Ayuda también para ella la compañía de la carne, de que no se puede ver libre en esta vida, que es como la negra pez, que quien la trata forzosamente ha de ensuciarse. Trata nuestra ánima con esta negra carne, platica con ella y mora en su compañía: ¿no se le ha de pegar su corrupción? «Facti sunt abominabiles, sicut ea quæ dilexerunt» *(Osee.*, IX, 10) ([2]).

Los naturales dicen que el agua en lo profundo del mar es dulce; mas en la superficie, porque se mezcla con los vapores terrestres y la hieren los rayos del sol, es amarguíssima Assí el ánima, por la vecindad que tiene con la carne terrena, es hecha más amarga que la hiel y que los ajenjos; y tanto cuanto más se humana con esta parte brutal, tanto más bestial y terrena se vuelve; y porque, en tanto que la vida dura, no puede alejarse tanto el ánima de su carne que no haya de tratar y conversar con ella, síguese que en ninguna manera puede dejar de caer en algunos defectos y pecados veniales, por los cuales, ya que no pierda la hermosura que le da la gracia y caridad de Dios, derramada en ella por el Espíritu Santo, no tiene aquel resplandor y entera hermosura que tienen las almas en el cielo, para donde pienso yo que se reserva lo que dijo el Apóstol: «que se entregó Cristo á la muerte para juntar consigo á la Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ó cosa semejante» *(Ephes.*, V, 27); lo cual tiene assí San Agustín (lib. de *Retract.*, cap. VII et XXIII, et in lib. de *Natura et gratia contra Pelag.).* Y dice que ninguno en esta vida (excepto la Virgen Santíssima) puede carecer de todo punto de todo pecado.

San Ambrosio siente lo contrario; conviene á saber: que la Iglesia presente está sin ruga y sin mancha, como dice el Apóstol. Lo mismo Crisóstomo y Orígenes (hom. 2 in *Lucam),* San Jerónimo (in illud *Isai.*, LIV, 15: *Ecce acola veniet)* y San Teodoreto, Gregorio Nisseno, Máximo Neilo (sobre aquel lugar de estos *Cantares*, IV, 7: *Tota pulchra es amica mea).* Y si entienden estos santos por arruga pecado mortal, mucha razón tienen en decir que la Iglesia es santa sin mancha ni arruga, porque en los justos se conserva sin pecado [mortal]; pero si de pecado venial, todos dicen en uno con San Agustín. Santo Tomás (in *Paulum)* dicit «Ecclesiam sanctam per intentionem, et immaculatam per omnimodam puritatem» ([1]).

Digo, pues, que aunque en este lugar llama el Esposo á su amiga hermosa, que no es de la manera que en el capítulo IV, que de todo en todo dice que lo es, sino tan solamente en los ojos. Hermosa eres, y essa hermosura está en los ojos, que los tienes de paloma sencilla, casta, fiel y sin amargura.

* ARTICULO V

De la recta y simple intención, de que particularmente es aquí alabada la Esposa (*a*).

Oculi tui columbarum.

Algunos hebreos (Próspero Roseto) dicen que, antiguamente, cuando los sacerdotes habían de sacrificar la paloma, no miraban más que en los ojos, y si los hallaban sanos y de ninguna parte viciosos, juzgaban esta ave por entera y perfecta y digna de ser ofrecida á Dios en sacrificio, no atendiendo tanto ni poniendo la consideración en la paloma cuanto en la pureza del ánima, significada en aquellos columbinos ojos. A lo cual parece favorecer lo que el Salvador dice en su Evangelio *(Math.*, VI, 22): «Si oculus tuus simplex fuerit, totum corpus tuum lucidum erit»: «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará claro.»

([1]) «Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte» (del mal, como dice el autor), es decir: del pecado.

([2]) ... «haciéndose execrables como las cosas que amaron.»

(*a*) Véase la nota ([1]) de la pág. 288, col. 2.ª

([1]) Santo Tomás llama á la Iglesia santa en la intención, é inmaculada por una absoluta pureza ó santidad.

De donde sacaremos que la sencillez y simplicidad, significada en los ojos de la paloma, es la cosa que más hermosea el alma y más lustre y resplandor pone en sus obras, entendidas por el cuerpo. «Totum corpus tuum lucidum erit», id est: massa operum tuorum. Algunos quieren que esta sencillez del ánima sea su intención, que le sirve como de ojo, que lo esclarece todo y del todo destierra las tinieblas de la hipocresía y fingimientos, tan condenados en el Evangelio. «¡Ay de vosotros, fariseos, dice Cristo (*Math.*, XXVI) (*sic.*) (*a*), hipócritas, que dezmáis la hierba buena y el perejil, sin hacer caso de lo principal de la ley, semejantes á los sepulcros, blanqueados y hermosos por de fuera y en lo secreto llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia!» Las apariencias, de santos; lo que no se ve, de demonios. ¿Quién hace este daño? La doblada intención, ó torcida, por decir mejor, qne habiendo de ser de agradar á Dios la ponen en agradar á los hombres.

La simplicidad y sencillez en las obras las da gran lustre y resplandor.

San Buenaventura, en un tratado que compuso de los *Siete caminos de la eternidad* (*b*), dice que el primero de todos, y que con mayor cuidado se ha de andar, es el de la intención. Porque, como dice San Gregorio (lib. *Moral.*, XXVIII, c. VI): «Intentio priusquam se in actione exerceat, hoc jam quod appetit, contemplatur» ([1]). Todas nuestras acciones, dice el mismo santo, siguen á la intención como á un ojo claro que las va guiando. Y en el mismo lugar dice: «Sicut fabrica columnis, columnæ autem basibus fulciuntur, ita vita nostra virtutibus, virtutes vero intima intentione subsistunt. Summa enim opera inaniter fiunt, si intentiones cordium extra æternitatis rectitudinem deflectuntur» ([2]). Y San Gregorio Nacianceno (lib. I suæ *Theolog.*) dice que la buena obra deja de serlo por la intención torcida y mala. «Si oculus tuus nequam fuerit, totum opus tuum tenebrosum erit.» Ojo de intención escuro y vicioso, toda la massa de las buenas obras vicia y destruye. Y San Juan Crisóstomo dice que la intención bautiza y pone nombre á nuestras obras, de buenas ó de malas. Luego necessario es que este ojo sea sencillo y columbino en el ánima que mire á solo Dios. «Unum æternum intendendo, ait Bonaventura; unum æternum attendendo, unum æternum ingrediendo, in uno æterno permanendo. Propter unum æternum, quod est optimum et unum necessarium, et finis quietans et consumans multitudinem dessideriorum, in unum quod non aufertur ab eo in æternum: ut in Evangelio habetur» ([1]).

La mala intención hace mala la obra, aunque ella sea en sí buena.

Pero, ¿qué cosa es intención y de qué potencia nace en el ánima? San Anselmo (lib. de *Præscientiæ concordia et liberi arbitrii*) dice que la voluntad es instrumento que se mueve á sí mismo y á los demás instrumentos de que espontáneamente usamos y que están en nosotros: manos, lengua, ojos, pies, etcétera, y que están fuera de nosotros, como son espada, azuela, sierra, cepillo, etc., y hace los movimientos todos voluntarios; empero ella se mueve por sus aficiones al fin desseado, y por esto, sola la voluntad saca el acto de la intención propia y principalmente dicha, dictando la razón ó enderezando y guiando el entendimiento. Esta intención no se hace sin desseo de amor, porque cuanto el amor del fin es mayor, tanto más vehemente es el movimiento de la intención al fin. De manera que el amor mueve al fin desseado; pero la intención todas las cosas por las cuales el amor puede alcanzar este fin dessea-

La intención es formada de la voluntad, y hace las obras meritorias, no sólo actualmente sino habitualmente (*S. Buenav.*) (*a*).

(*a*) Debe leerse: *Math.*, XXIII, 23.

(*b*) Según la opinión del P. Bonelli, el autor de esta obra es Rodulpho de Bibraco, y no San Buenaventura—Véase OPERA OMNIA, etc., tomo X, pág. 23.

(*a*) En el texto este *ladillo* lo pone el autor en latín.

([1]) Antes que pongamos por obra una cosa la tenemos y poseemos ya en la intención.

([2]) Como un edificio se levanta sobre las columnas ó muros, y éstos se asientan en la base ó en los cimientos, así nuestra vida fúndase toda sobre las virtudes, las virtudes sobre la intención. En vano es practicar obras que no tengan por principio y fundamento una recta y sana intención.

([1]) «Buscando el Bien eterno, atendiendo á él, viviendo en él, permaneceremos para siempre en él, será nuestra eterna posesión. Por este bien, que es

do las ordena y dispone para la consecución dél. La Glossa advirtió muy bien esto, sobre aquel verso del *salmo 9* (v. 16): *In laqueo isto quem absconderunt*, etc. ([1]), diciendo que el pie del ánima es el amor, y con él se mueve al lugar adonde tiene su pretensión; conviene á saber: al bien ó al mal; y el amor es acto de la voluntad, enderezado de la razón que ordena y mueve al fin.

«En cuanto nace de la voluntad, informada por la gracia, no sólo la intención actual, pero también la habitual, hace el acto y obra meritorios.» (*S. Buenaventura*).

Y débese notar que esta intención, en cuanto es de la voluntad formada por gracia, no sólo actual, sino habitual, hace nuestras obras y acciones meritorias; porque, fuera de la natural bondad que hay en el acto de la voluntad (eo ipso, quo est ens) [meramente en cuanto es algo real], toda otra bondad le viene del suficiente orden de la intención al debido fin. Tunc autem debiti finis est sufficiens ordo, quando ex parte agentis, per intentionem bonam, fit ordinatio actus sui in debitum finem: et quando ex parte actus est, quod sit ordinabilis ad illum finem, ut per ipsum possit finis aquiri, id est: ut actus sit de genere bonorum. Talis enim ordo includit bonitatem esse in actu, quæ sibi debetur ex objecto debito, et ex forma debita, et ex circunstantia, et ex debito fine ([2]). De lo cual se sigue que los actos indiferentes, ordenados debidamente al fin debido, se hacen meritorios, porque la intención recta, si actualmente es elicita de la voluntad, mediante la gracia añade alguna bondad sobre el hábito, al cual se debe premio substancial. También se sigue de aquí que la intención actual es más perfecta y más meritoria que la habitual, porque añade, como dije, sobre ella alguna bondad. Por esso dijo Gregorio (lib. XXVIII, *Mor.*, cap. VI): «Sicut lucerna corporis est oculus carnalis, lucens toti corpori, ita per radium intentionis illustrantur itinera actionis» ([1]); según que se escribe *(Luc.*, XI, 36): «*Intentio* sicut lucerna fulgoris illuminabit te»: «Es la intención como una lámpara ó antorcha que va delante enseñándonos los caminos que desseamos andar.»

San Buenav., *cam. I*, dice: «El acto indiferente, por medio de la ordenación debida al fin, se hace meritorio, porque la intención recta influida actualmente por la gracia añade al hábito alguna bondad y se le debe premio substancial».

De las diferencias de intenciones buenas que se hallan en los libros de los santos traté largamente en el de la *Conquista del Reino de Dios*, diálogo VII *(a)*. Dije que había una recta, que obra principalmente por Dios y enderezada á Él, cual la de Marta, ocupada en muchas cosas por amor de Cristo; otra recta y simple y más inmediata, engolosinada dulcemente del amor del fin eterno, que es propia de los contemplativos. La tercera deiforme, simplicíssima y deificada, que pertenece más á los que reinan en la patria que á los que moran en casas de barro y en el destierro. Allí las podrá ver el cristiano lector, y advertir de San Bernardo (Bernard., lib. de *Præceptis et dispensantionibus*, cap. XVII), tratando de la recta y simple intención, que para que el ojo sencillo del ánima, que es la simple intención, verdaderamente sea sencillo, son necesarias dos cosas; conviene á saber: caridad en la intención y verdad en la elección. La razón de lo primero es, porque la caridad en la intención, á todas aquellas cosas que principalmente se intentan para el fin endereza y extiende el ánima y más estrechamente la une con él, por que en todas las cosas atiende á uno y camina á uno, y en cuanto le es possible lo une todo con este uno, que es lo que San Gregorio dijo en el *Pastoral:* «Charitas divisa unire consuevit, et cor justi non dividi

Dos cosas hacen obrar con simplicidad y recta intención: amor del bien y el conocimiento de la verdad.

---

el mejor y el *único necesario*, y fin último, se quieta y satisface la multitud innumerable de nuestros deseos, bien que, como dice el Evangelio, jamás será quitado al alma que lo posea.»

([1]) «En el lazo mismo que *me* tenían ocultamente armado (ha quedado preso su pie).»

([2]) Entonces está una acción ordenada debidamente al fin, cuando, por parte del que la hace, se pretende ó busca un fin recto en la intención, y cuando, por parte del acto que se realiza, éste sea tal que pueda, sin ninguna dificultad, ser ordenado á aquel fin último. En una palabra; que el acto sea bueno por el objeto á que se dirige, por el modo, por las circunstancias y por el fin.

(*a*) Véase OBRAS MÍSTICAS, etc., tomo I, páginas 105-20.

([1]) Así como el ojo es la luz que alumbra al cuerpo, así la intención es la que ilumina el camino del obrar.

per multa compellit. Quod tanto arctius in Deo colligit, quanto illud latius per sancta desideria spargit» ([1]) La razón de lo segundo es, porque la verdad en la elección no deja errar acerca del fin que se pretende. «Quomodo, dice San Bernardo, simplex erit oculus intentionalis cum ignorantia veritatis, etiam qui bonum diligit, et malum nescius agit» ([2])? Al fin, dos cosas simplifican el ojo de la intención: el amor del bien y el conocimiento de la verdad; porque ni la caridad nos deja parar antes del fin pretendido, ni la verdad errar en lo que debemos hacer para conseguirle.

Concluyo esta materia con lo que San Basilio, exponiendo aquel lugar de San Lucas: (cap. X, 42), *Porro unum est necessarium*, dice: «Uniformis est vita christiana ad unam tendens intentionem, scilicet: gloriam Dei. Multiformis vero et varia est vita eorum, qui de foris sunt, pro libito suo variata». La diferencia que hay entre el cristiano y el que no lo es está en que el uno tiene la intención sencilla y el otro varia y de muchas maneras; el uno mira sola y desnudamente la gloria de Dios; el otro, sus intereses y antojos. Harto temeroso estaba el Apóstol de que, por las astucias de Satanás, sus discípulos cayessen desta sencillez ó simplicidad que se halla en Cristo Jesús, cuya intención fué siempre la gloria de su Padre, sin tratar jamás de la suya. «Illud sane Deo gratissimum opus est, quod solis ejus oculis conspicuum est, ex quo nihil terrenum hoc est, nulla neque utilitas, neque voluptas, neque honor acquiritur operanti» (Pet. Chris., *serm. de eleem.)* ([3]).

Cristo siempre en sus obras pretendió la gloria de su Padre.

Temerosa conclusión la de Cristo, habiendo tratado del ojo sencillo y del ojo doblado: «Vide, ergo, ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si, ergo, corpus tuum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum et sicut lucerna fulgoris illuminabit te» (*Luc.*, XI, 35-6). «Vele cada uno y mire bien que la lumbre que hay en él no sea tinieblas, que el ojo de la razón y entendimiento que Dios le dió para que le alumbrare no se le quite por sus pecados y le deje á escuras». Scriptum est enim *(Ps. 86)* (*sic*) (*a*): «Obscurentur oculi eorum, ne videant: et dorsum eorum semper incurva» ([1]), para que no se levanten á considerar las cosas del cielo, ocupados siempre en las de la tierra. Mira, religioso, cómo dices, mira cómo comulgas, cómo ayunas, cómo haces las obras de penitencia; no seas mártir del demonio; no sean tinieblas lo que parece luz: el ayuno, la oración, la disciplina, el silencio y el hábito pobre; el ir y venir al coro, el cantar salmos, etc. Di con el Profeta, y dilo de corazón: «Quoniam tu illuminas lucernam meam, Domine: Deus meus, illumina tenebras meas» (*Ps.*, XVII, 29) ([2]). Si, ergo, corpus tuum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, etc. Este es lugar dificultosíssimo y que ha hecho sudar á los intérpretes; porque no parece que concluye Cristo nada en él. «Si todo tu cuerpo fuere claro, sin que en él haya alguna parte de tinieblas, todo será claro y como lámpara de resplandor te alumbrará.» Lo que concluye es: si todo tu cuerpo fuere claro, todo será claro. No falta quien dice (Maldonado) que el intérprete latino topó con algún ejemplar de mano, no bien corregido, y pro *oculus* posuit *corpus* [y en lugar de *ojo* tradujo *cuerpo*], y que con

([1]) «Propio es de la caridad unir las cosas separadas, y compeler, por decirlo asi, á que el corazón no se desparrame en muchos objetos. Y tanto más estrechamente une los corazones en Dios, cuanto con mayores deseos los dilata y expansiona.»

([2]) «¿Cómo puede ser recta y sencilla la intención de aquel que ignora la verdad, aun cuando, por otra parte, ame éste el bien y por ignorancia solamente obre el mal?»

([3]) «Obra perfectísima y sumamente grata á Dios nuestro Señor es aquélla, dice San Pedro Crisólogo, que sólo á sus divinos ojos es patente, esto es: que ni busca en ella el que la hace su utilidad, ni su gusto, ni su honor.»

(*a*) Debe leerse: *Ps. 68*, 24. Notamos que la mayor parte de las correcciones que, como en este lugar, hemos de hacer de la numeración de los capitulos ó de los Salmos, consiste muchas veces en trasposiciones de los números; lo que hace que la errata no tanto ha de atribuirse al autor cuanto á descuido del impresor, que, por cierto, hizo una labor muy deficiente en la confección de este libro.

([1]) «Oscurézcanse sus ojos para que no vean, y tráelos siempre agobiados, ó encorva siempre sus espaldas con un pesado yugo.»

([2]) «Y pues que tú, oh Señor, das luz á mi antorcha, *esto es: á mi alma*, esclarece, Dios mío, mis tinieblas.»

sola una letra que se quitara en el griego estaba quitada toda la dificultad, porque donde dice *corpus*, dirá *oculus*. «Si, ergo, oculus tuus lucidus fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum; id est, no teniendo nube, ni catarata, ni carnosidad, erit lucidum totum, scilicet, corpus. Et sicut lucerna fulgoris illuminabit te».

Pero no se puede decir que el intérprete de la *Vulgata* se haya engañado ni en solo un ápice, y assí diremos mejor, sin enmendarse el texto, que el primero *totum* desta sentencia se refiera al cuerpo, y el segundo sea absoluto, desta manera: «Si, ergo, corpus tuum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, non corpus, sed omnia quæ habet homo, cujus totum corpus est lucidum.» S. August. (lib. II *Quæstionem Evang.*, c. XV) oculum vocat intentionem hominis; totum vero corpus omnes simul hominis facultates, quæ tanquam membra diversa corpus unum efficiunt. Totum autem absolute omnes actiones humanas, quæ ex facultatibus proficiscuntur; quasi dicat: «Si oculus tuus lucidus fuerit; id est, si intentio tua fuerit recta, totum corpus tuum, id est, omnes aliæ tuæ facultates lucidæ et rectæ erunt. Si autem totum corpus tuum, id est, omnes tuæ facultates, fuerit lucidum, totum omnino, id est, quidquid inde proficiscitur, lucidum ac rectum erit. Quia oculus tuus sicut lucerna fulgens te totum illuminabit.» (*Et* pro *Quia*, per Hebraismum) (1).

Añadamos aún á lo dicho lo que San Buenaventura dice sobre San Lucas, XI (*a*), 34: «El ojo del cuerpo material es lámpara que guía y rige todo el hombre exterior; pero del cuerpo espiritual, *id est* [esto es], de la massa de las buenas obras, la lámpara es el ojo de la intención.» Sic Paulus: «Corpus peccati»; Teodoreto, «la massa de los pecados». Llámase la intención ojo y lámpara: ojo, en cuanto recibe luz de Dios para encaminar todo el hombre; lámpara, en cuanto encamina la massa de nuestras acciones, pensamientos y afectos en el fin debido, porque de la lámpara es propio alumbrar, y por esta razón la palabra de Dios se llama lámpara y luz; sicut *salmo 118*, 105: «Lucerna pedibus meis verbum tuum», etc. Et *II Petri*, I, 19: «Habemus firmiorem propheticum sermonem: cui benefacitis attendentes, tanquam lucernæ ardenti in caliginoso loco.» Et *Prov.*, IX (*sic*) (*a*): «Mandatum lucerna, et lex, lux», que nos enseña á obrar. Y el predicador por la misma razón se llama lámpara (*Joan.*, V, 15; *Philip.*, II, 35). Et dicitur donum Spiritus Sancti: «Facies et lucernas septem, et pones eas super candelabrum» (*Exod.*, XXV, 37); id est, dona Spiritus Sancti supra Christum. Dicitur etiam opus bonum: «Et lucernæ ardentes in manibus vestris. (*Luc.*, XII, 35). Ultimo, intentio, que si fué fingida se muere, juxta illud *Job.*, XVIII, 6. «Lux obtenebrescet in tabernaculo illius, et lucerna, quæ super eum est, extinguetur (1).

El que obra con recta intención, Dios le alumbra y enseña.

Por grande que sea una antorcha y por encendida que esté, si la volvéis hacia [a]bajo, la luz se muere luego. A San Buenaventura le parece que habla aqui Cristo de la intención, debajo de nombre de ojo, cuya principalíssi-

(*a*) Véase OPERA OMNIA, etc., tomo VII, pág. 300, col. 2.ª, núm. 74.

(1) San Agustin llama *ojo del hombre* á la intención que tiene en sus obras; y *cuerpo del hombre*, á todas las facultades y potencias del mismo, las cuales, á modo de miembros diversos, forman en él un todo. Este todo, hablando en absoluto, está formado por las acciones que de aquéllas proceden, viniendo á decir en aquellas palabras antes transcritas: Si tu ojo fuere claro, es decir, si tu intención fuere recta, todo tu cuerpo, ó lo que es lo mismo, todas tus acciones serán buenas y bien hechas, etc.

(*a*) Léase: *Prov.*, VI, 23.

(1) «Antorcha para mis pies es tu palabra»; San Pedro: «Tenemos *todavia* el testimonio más firme *que el nuestro*, que es el de los Profetas; al cual hacéis bien en mirar atentamente, como á una antorcha que luce en lugar oscuro»; en los *Proverbios:* «El mandamiento *de tu padre* es á manera de antorcha». Y el predicador llámase lámpara, y también á la divina palabra don del Espiritu Santo, como en el *Exodo*: «Harás también siete lamparillas, y pondráslas sobre el candelero», es decir, los siete dones del Espíritu Santo puestos y comunicados plenísimamente á Cristo nuestro Señor. Lámparas son llamadas también las buenas obras, según aquello que trae San Lucas: «Llevad antorchas encendidas en vuestras manos». En fin, cuando la intención es fingida, no pueda dar vida á las obras y muere, como se dice en el libro de Job: «En su casa la luz se convertirá en tinieblas, y apagaráse la lámpara que está colgada sobre él.»

ma disposición es que sea sencillo ó simple. *Par.*, XXIX, 17: «Scio, Deus meus, quod probes corda, et simplicitatem diligas» ([1]). Et *Prov.*, XI, 3: «Simplicitas justorum diriget eos» ([2]). Llámase ojo sencillo el que atiende y busca aquel único y sumo bien que no puede dividirse; es el uno de los ojos, y el uno de los cabellos de la Esposa, con que el divino Esposo se confiesa herido. *Cant.*, IV, 9: «Vulnerasti», etc.; id est, in unitate et simplicitate intentionis rectæ, quæ sola Deo placet ([3]). Y porque los sencillos todo lo que hacen lo hacen de caridad, todo es derecho, todo bueno y lleno de luz. *Ephes.*, V, 9: «Fructus enim lucis est in omni bonitate, et justitia, et veritate» ([4]).

Del ojo sencillo y claro salen obras claras y agradables á Dios, y por el contrario del malo.

Al fin, del buen ojo, claro y sencillo, salen obras claras y agradables á Dios; pero del malo, como de mala raíz, obras de tinieblas, escuras y no de gusto de Dios. El ojo malo, esto es, la mala intención, deprava la voluntad y la hace mala, y ésta depravada, lo han de ser forzosamente las obras que proceden della. «Quia non potest arbor mala bonos fructus facere» (*Math.*, VII, 18) ([5]). Por esso se dice (*Eccli.*, XIV, 8): «Nequam est oculus lividi: et avertens faciem suam (scilicet, a Deo), et despiciens animam suam.» Et infra (10): «Oculus malus ad mala.» Et cap. XI, 16: «Error et tenebræ peccatoribus concreata sunt.» Hinc Glosa: «Semper, inquit, perversa intentio præcedit pravum opus, etiam si justum videatur» ([6]). San Agustín dice que para que el ojo sea simple y la intención recta, son menester dos cosas: La primera, que ame aquello que finaliter est amandum, et eligat quod justissime est eligendum ([1]). La luz ó lumbrera mayor en el menor mundo, que es el hombre, es la intención recta, *et optimus finis* [y el fin óptimo]. La lumbrera menor son los medios ordenados para conseguir el tal fin. Una cosa sabré yo decir con gran verdad á los lectores: que ningún mayor cuidado tiene el demonio en la gente que trata de virtud, que en viciar y corromper la intención en lo que hacen. «Hostes ejus in capite ejus» (*Tren.*, I, 5) ut intentionem sanam corrumpant ([2]). Mal ojo, tuerto y endiablado, el que deja de mirar á Dios y se fija en las cosas de la tierra, y antepone á los bienes eternos los caducos y perecederos. Cuando el sol se eclipsa, el mundo queda en tinieblas y síguense al eclipse mil efectos malos, como los tienen pronosticados del passado los grandes astrólogos. Lo mismo es en el ánima, que eclipsada la razón, que es nuestro sol, prevalece la carne y la sangre, y lo que ella piensa y enseña es la muerte del alma.

Adhuc de pulchritudine oculorum Sponsæ dicamus nonnulla. Comparantur enim oculi ejus, et merito, columbæ, [quæ] in Syria pulcherrimos dicuntur habere oculos. Videtur autem Salomon ænigmatice laudare simplicitatem, innocentiam, et candorem Sponsæ, vel etiam fidem conjugii (ut diximus), et etiam sanctitatem. Columba enim avis erat sacra, et sancta apud Palestinos ([3]), teste Tibulo (lib. VII, elegía 7). Et Virgilius (lib. VI *Æneid.*), dice que era dedicada á la diosa del amor. Y no hay cosa que assí robe y lleve tras de sí como los ojos afi-

---

([1]) «Bien sé, Dios mío, que tú sondeas los corazones y que amas la sencillez.»

([2]) «La sencillez servirá como de guía á los justos.»

([3]) «Tú heriste mi corazón», etc.; como si dijera: Lo has herido por la sencillez y pureza de tu intención recta y santa, que es la que únicamente agrada á Dios.

([4]) «El fruto, empero, de la luz consiste en proceder con toda bondad y justicia y verdad.»

([5]) «No puede un árbol malo dar frutos buenos.»

([6]) «Maligno es el ojo del envidioso *ó avaro:* él vuelve su cara al otro lado (la aparta de Dios, añade nuestro autor) y desprecia su misma alma». Y más abajo: «El ojo maligno está siempre fijo en el mal». Y antes: «El error y las tinieblas son connaturales á los pecadores». Por esto añade la Glosa: «Siempre va delante de la obra mala la intención perversa, aun cuando aquélla aparece buena.»

([1]) ... que ame aquello que debe ser amar, y elija lo que en toda verdad y justicia merece ser elegido.

([2]) «Sus enemigos se han enseñoreado de ella».. (se han puesto en su cabeza) para echar á perder la sana y recta intención.

([3]) «Añadamos, para concluir, algo sobre la belleza de los ojos de la Esposa. Compáranse, como hemos dicho, y con razón, á los de la paloma, de la cual se dice que los tiene hermosísimos, singularmente en la Siria y Palestina. En el sentido místico parece que habla aquí Salomón para ensalzar la sencillez, inocencia y candor de la Esposa, juntamente con la fidelidad de su amor y la santidad que aquélla ostentaba á sus ojos. Pues sabido es que entre los habitantes de aquellas regiones la paloma era tenida como ave sagrada y santa, según lo afirma Tíbulo.

cionados. Teste Aristot. (lib. IX *Ethicorum*, cap. XII); et Plin. (*Natural histor.*, lib. XI, cap. VII). Et Philo (lib. de *Abraham*): «Ad effigiem, inquit, animæ factus est visus, ostendens ejus imaginem expresissimam, tanquam in speculo», etc. (1).

Y esto baste por ahora; porque en los demás capítulos destos *Cantares* se hace mención diversas veces de palomas y de ojos; y en sus propios lugares diremos lo que fuere más á propósito, y que aquí por evitar prolijidad callamos, y aun por oir lo que la Esposa responde á este tan gran favor y caricia del Esposo que tan afectuosamente la ha alabado de hermosa.

LECTIO XIV

ECCE TU PULCHER ES, DILECTE MI, ET DECORUS. LECTULUS NOSTER FLORIDUS: TIGNA DOMORUM NOSTRARUM CEDRINA, LAQUEARIA NOSTRA CYPRESSINA (*Cant.*, I, 15-6) (2).

* ARTICULO I

Nota la mutua correspondencia que hay en las alabanzas de los Esposos, y cuán importante sea ésta en las hablas de Dios, así interiores como exteriores.

Propio es de los que tiernamente se aman alabarse con una porfía alternativa y amorosa, temiendo cada cual quedar corto y vencido del compañero en este retorno y ley de amor. Por esso, luego después de la alabanza del Esposo se sigue la de la Esposa, repitiendo los dos unas mismas palabras: ECCE TU PULCHER EST, DILECTE MI.

A lo menos es de muy pocos esta contienda laudatoria, y requiere grande familiaridad entre Dios y el alma, y por esso se introducen aquí como desposado y desposada, entre los cuales suele haber estos regalos y requiebros dulces. De Moysén cuenta la Sagrada Escritura (*Exod.*, XXXII, (*sic*) (*a*) que, «estando en el monte de Sina, tan familiarmente trataba con Dios como suele tratar un amigo con otro su amigo». Y de esse privilegio gozó San Pablo, arrebatado hasta el tercero cielo (*II Cor.* XII, 4), y la virgen Santa Gertrude, de quien escribe Ludovico Blosio que la apareció Cristo un día en la oración, y le dijo: «En el cielo, y en el Sacramento, y en tu corazón me hallará quien me buscare.»

San Bernardo (serm. 32 in *Cantica*) dice que muchas veces se hace Dios encontradizo y se junta á los que caminan por la vereda de la contemplación, para con su plática y conversación dulcíssima aliviarles, de manera que ausentándoseles, queden diciendo: «Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur?» (*Luc.*, XXIV, 32) (1). San Dionisio (en el principio de la *Angélica Hierarchia*) dice assí: «Pater Æternus lumen generat simplicissimum in essentia; et ipsum universale lumen ab ipso Patre prodiens ad communicandum sui cognitionem et participationem, non solum admittit cœlestes mentes, sed et ad nos per distributionem suæ bonitatis venit, ut nos ab infimis separatos suscitet ad sui desiderium et cognitionem; et, remota mentis distractione, convertit nos ad congregantis Patris visionem æternam». De manera que «se digna por su sola bondad Dios de hablar con las almas puras, para despertar en ellas el desseo de su conversación y trato amoroso, y levantarlas de las bajezas de la tierra á la visión eterna del Padre, cuyo oficio es congregar á los derramados y divididos en muchas cosas». San Agustín (de *Triplici habitaculo*) dice: «Dei loquutio est occulta inspiratio, qua mentibus suam voluntatem et suam veritatem ostendit

Dígnase Dios de hablar al alma pura, para despertarla a su amor y unirla a Sí.

(1) Testigo Aristóteles y Plinio y Filón, quien escribe lo siguiente: «Sirven los ojos para retratar, en cierto modo, al alma, mostrándose en éstos, como en un espejo, una muy expresiva imagen de aquélla, etcétera...»

(2) LECCIÓN DÉCIMA CUARTA. Dice la Esposa en alabanza del Esposo, de quien acaba de oir los elogios que le tributa en las palabras del versículo anterior: «Tú, sí, amado mío, que eres el hermoso y el agraciado».—Y ambos, Esposo y Esposa, exclaman acordes: «De flores es nuestro lecho: de cedro las vigas de nuestras habitaciones, y de ciprés sus artesonados».

(*a*) Léase *Exod.*, XXXIII, 11.

(1) «¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba» (Jesús)?

visibiliter» ([1]). Assí queda una alma cierta de lo que en la oración le inspira Dios como si visiblemente le oyera hablar.

La habla de Dios es su inspiración secreta.

Y, á la verdad, la habla de Dios es su inspiración secreta, como lo dice San Gregorio en el lib. II de los *Morales*, cap. IV; y en el XXXV, cap. III, dice assí: «Loquitur quippe Deus intrinsecus silenter, sonans invisibili lingua compunctionis; et quanto plenius intus auditur, tanto ab exteriorum desideriorum strepitu perfectius audiens, avertitur, ut cum Propheta dicat *(Ps. 84*, 9: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus*, etc. *Et in eos qui convertuntur ad cor* ([2]). Habla con aquellos que se convierten al corazón; esto es á la mente, adonde Dios mora como en imagen suya. Y ¿cómo ha de morar allí el Eterno y no hablar cosas eternas? Esta divina habla llamó el santo Job *susurro;* como si dijéssemos, lenguaje escuríssimo y secretíssimo, que le entiende el alma y no le puede ni sabe explicar con la lengua. «Ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtive suscepit auris mea venas susurri ejus» *(Job*, IV, 12). Palabra escondida es la inspiración divina, que sola la siente el ánima levantada de las cosas de la tierra y inflamada en el amor de las eternas. El mundo no puede oir estas palabras, porque no se mueve ni levanta á contemplar lo invisible; ni todas las almas buenas gozan deste regalo, sino aquéllas que son levantadas á la honra, que la que en estos *Cantares* oye de su Esposo: «Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres, y tus ojos son de paloma, sencillos y espirituales»; y con libertad le responde: «Tú eres el hermoso, querido mio; tú eres el hermoso, y lleno de donaire.»

Pero sepamos, —ya que la habla de Dios, con que regala en la oración y meditación al alma, es su inspiración secreta, la cual ella recibe como á hurtadillas, por el gusto y por la estimación, y aun porque dura poco y requiere atención y no oído perezoso y lerdo—,de qué manera responde el alma y cuáles son sus palabras.

De dos maneras habla el ánima con Dios: con palabras exteriores y interiores.

De dos maneras habla el ánima con el divino Esposo: una con palabras exteriores, otra con interiores y secretas. «Si ::: immaculatus ero ::: erunt, ut complaceant eloquia oris mei, et meditatio cordis mei in conspectu tuo semper» *(Ps. 18)*: Si estuviere yo limpio de pecado, dice el Profeta santo, agradarte han mis palabras, y la meditación de mi corazón estará siempre en tu presencia.» Lo primero, dice San Buenaventura, hace al habla exterior, y á la interior lo segundo. San Bernardo (serm. 45 in *Cant.)* dice que entre el Verbo y el ánima, Esposa suya, sucede de ordinario lo que por grande y especial privilegio se dice de Moisés, que hablaba con Dios como con su amigo. «Nec mirum, inquit: ex uno enim amoris fonte unicuique influit diligere invicem, et confoveri pariter.» El hablar Dios á mí y el hablarle yo á Él; el hacerme caricias, y el hacérselas, de una fuente de amor nace. Al fin, de una parte y otra vuelan palabras llenas de suavidad y dulcedumbre, indicios ciertos del amor santo. San Buenaventura (c. IV *De 7 itineribus æternitatis*, itinere 2) (*a*) tratando destas palabras del ánima con el divino Esposo, nota y advierte algunas cosas de mucha consideración.

De ordinario primero habla Dios al alma, para que ella le hable á Él.

Lo primero que de ordinario previene el Esposo á su Esposa: SONET VOX TUA IN AURIBUS MEIS *(Cant.*, II, 14): Háblame, querida mía. VOX ENIM TUA DULCIS: Es tu voz (en cuanto sale de pecho amoroso, caritativo y verdadero) dulcíssima y de gran regalo para mí. Lo mismo advirtió Ruperto en estas alabanzas, que primero alaba el Esposo: ECCE TU PULCHRA ES, AMICA MEA, ECCE TU PULCHRA ES; y luego la Esposa: ECCE TU PULCHER ES, DILECTE MI, ECCE TU PULCHER ES. Y en el capítulo II (*Cant.* II, 2-3): SICUT LILIUM

---

[1] La palabra ó el habla divina es una inspiración oculta y secreta, con que descubre el Señor su voluntad y su verdad á las almas de un modo patente y manifiesto.

[2] Habla Dios interiormente en silencio, sin ruido de voces, por el lenguaje de la compunción; y cuanto mejor se le oye en lo íntimo del alma, tanto más fácilmente huye el que le oye del bullicio exterior, hasta decir con el Profeta el alma que asi es favorecida de Él: *Haz que* escuche yo aquello que me hablará el Señor..., y á los que se conviertan de corazón».

(*a*) Ya hemos dicho, pág. 300, col. 3.ª, nota *(b)*, que no es de San Buenaventura este opúsculo, sino de Rodulpho de Bibraco.

INTER SPINAS, SIC AMICA MEA INTER FILIAS ([1]). Y ella responde: SICUT MALUS INTER LIGNA SYLVARUM, SIC DILECTUS MEUS INTER FILIOS ([2]). Porque en esta disciplina y ciencia ó trato del amor, Él se quiere llevar el principado y que nadie le eche el pie adelante; y aun porque si Él no comenzasse la plática y provocasse á su Esposa, no tendría ella ánimo ni osadía para hablar. Que aun de Abraham cuenta la Escritura que para hablar con Dios, siendo tan privado suyo, se encogió y reconoció la vileza de su condición, diciendo (*Génes.*, XXVIII, 27): «Loquar ad Dominum meum cum sim pulvis, et cinis»; que pudiera estar con interrogante: *¿Hablaré yo á mi Señor, siendo polvo y ceniza?* Al fin, Él despierta, y provoca, y quita el empacho al ánima para que pueda hablarle con la familiaridad que vemos. Sic *Osee*, II, 14: Ducam eam in solitudinem: et *ibi* loquar ad cor ejus.» Yo la llevaré á la soledad, y á lo íntimo de sí misma, y allí donde no hay ruido la hablaré secretíssimamente y con regalo, para que me responda y conversemos los dos como dos amigos.

Lo segundo que advierte San Buenaventura es que la boca del ánima y la boca con que habla á Dios y le dice sus sentimientos es la meditación, por lo que dice el Profeta (*Ps. 11*, 3): «Labia dolosa in corde et corde loquuti sunt»: «Labios engañosos en el corazón, y con el corazón hablaron.» Luego meditando y desseando habla el corazón. San Bernardo (serm. 45 *super Cant.*) dice que la lengua del ánima es el fervor de la oración; y añade: «Elinguis est anima atque infans, quæ hanc non habet, et nullatenus ei potest esse sermocinatio cum Verbo Dei» ([3]). San Gregorio (lib. II *Moral.*, cap IV) dice que las palabras del ánima son los desseos, tanto más eficaces y gratos á Dios cuanto ellos más encendidos y fervorosos. Si esto no fuera assí, no dijera el Profeta (*Ps. 9* [según los hebreos *10*], 17): «*Desiderium* cordis eorum audivit auris tua» ([1]); y San Bernardo: «Todas las veces que lees ó oyes que el Verbo divino y el ánima familiarmente hablan y se miran y hacen regalos, no quieras imaginar voces corporales: porque la habla del Verbo es infusión del don celestial, y la respuesta del ánima es admiración con hacimiento de gracias.» Adonde advirtió (y bien) San Gregorio (lib. II *Moral.*, cap. IV) que las hablas del ánima son de muchas maneras, según los diversos desseos y modos de admiración. Porque de una manera habla con Dios cuando le considera Criador; de otra, cuando Padre; de otra, cuando Señor; de otra, cuando juez, de otra, cuando compañero, y de otra, cuando Esposo, como en este lugar, para donde se guardan las ternezas, los regalos y caricias, y aun las importunas alabanzas.

Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus.

Magister Sotomayor super hunc locum sic scribit: «Plerunque, inquit, sacra Scriptura pro superlativis utitur positivis ad laudandum Sponsum. Sic in præsenti, *pulcher* pro *pulcherrimo* positum est. Verbum autem græcum, quod pulchro respondet, in versione septuaginta interpretum proprie significat adolescentem in flore ætatis suæ»; quasi dicat: No sólo eres hermoso, sino mancebo, y de edad florida. Sanctes non male juxta hebræum transtulit: «Ecce tu dulcis es.» Quinta editio: «Jocundus;» Septuaginta: «Bonus et speciosus;» Biblia Hispana: «Suave» ([2]). Sic Agathius, et alii recentiores, haciendo relación, no sólo de la hermosura, sino de las condiciones que le hacen amable á su Esposo. *Et no-*

([1]) «Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes».

([2]) «Como el manzano entre árboles silvestres *y estériles*, así es mi amado entre los hijos *de los hombres*».

([3]) «Muda está el alma é incapaz de articular palabra, como tierno infante, cuando no tiene oración. Inhábil es para conversar con el Verbo de Dios».

([1]) «Prestaste benignos oídos á la rectitud de su corazón».

([2]) El maestro Sotomayor escribe así interpretando este pasaje: «Muchas veces, dice, la Sagrada Escritura emplea términos ó palabras llanas y sencillas para expresar conceptos en grado superlativo en alabanza del Esposo celestial; como en este lugar puso *hermoso* en vez de *hermosísimo*. La palabra griega que corresponde á aquélla significa propiamente un joven en la flor de la edad; como si dijera: no sólo eres hermoso, sino mancebo y de edad florida. No anduvo tampoco errado, añade el autor, Sanctes ó Santes Pagnino al traducir, según el hebreo, dulce por hermoso; otros, jocundo; los Setenta, bueno y agraciado; la Biblia hispana, suave»; lo mismo hicieron Agatón y otros más modernos.

tandum [y es de notar] que no se contenta ella con decir de Él que es hermoso, sino que añade la palabra *decorus;* id est, venustus et dulcis. Pulchritudo enim in apta figura membrorum corporis, cum quadam coloris suavitate, consistit. Decor vero, in iis, et in motu, et sermone, habitu, cultu, aspectu, et omni actione cernitur. Idque recte concinnitas appellatur; id est, donaire, gracia y sal ([1]). Divus Dionys. Areopagit. (lib. *De divinis nominibus*, cap. IV) dicit pulchrum esse unum de quadraginta quinque nominibus, quæ Deo attribuit sacra Scriptura. «Suapte, inquit, natura Deus pulcher est, et omnibus, quæ pulchra sunt, pulchritudinis causa» ([2]).

Quidam doctissimus in Hebræo dicit adverbium ECCE positum esse pro QUINIMO, ut sit figura, quæ appellatur Correctio; quasi dicat Sponsa «Habéisme llamado hermosa, y no lo soy de mío, sino por vuestra benignidad y misericordia.» *Luc.*, I, 43: «Et unde hoc mihi?» Et *Math.*, III, 14: «Ego debeo a te baptizari, et tu venis ad me?» ([3]). Harto es humillarse una doncella, alabada de hermosa, y reconocer á Dios por autor de su hermosura. Del juicio que hace el ánima perfecta, que ya conoció la hermosura de Dios, de la que tienen en sí las cosas desta vida, escribe divinamente Plotino (lib. VI de *Pulchro*, et lib. VII de *Summo bono*), *Ænead.* (VII, cap. XXXIV et XXXV), Ambros. (lib. III, epist. XII *ad Freneum*, et *Ps. 118*, serm. 4) et Bernard. (serm. 84 de *Affinitate animæ ad Verbum*).

* ARTICULO II

Necesidad del reconocimiento de los bienes recibidos de Dios y de cotejarse con los más adelantados y virtuosos para no ensoberbecerse.

Todas sus cosas debe el hombre referir á Dios, cuyas son, y como en espejo mirarse en Él para conocer su nada.

De lo dicho colijo y saco yo dos consideraciones importantíssimas y dignas del hombre cristiano. La primera, que conozca el bien que tiene y lo refiera á Dios, cuyo es. La segunda, que si hallare en sí alguna hermosura y gracia especial, no la coteje con la que se halla en las criaturas de la tierra, sino con la del Esposo celestial, que escurece todas las hermosuras y donaires, como el sol, con su luz, la de las estrellas.

Grande era la claridad de Moisén cuando bajó del monte de hablar con Dios, y tanto, que si no era poniendo un velo delante del rostro, no podían mirarle los hijos de Israel; pero cotejada con la de Cristo, assí fué disminuida y apocada, que le pareció al Apóstol desvanecida y casi ninguna *(II Corint.*, III, 7, 8). En lo profundo de la noche obscura, bien vemos lo que luce una candela, y provecho hace para no dar de ojos; pero salido el sol, de nada sirve. Bien sabe la Esposa que es hermosa, como ya dijimos; pero comparada su hermosura con la del Esposo, tiénese por fea. Es el Esposo fuente primaria de toda hermosura y buen donaire, de donde se deriva en las criaturas todas el que tienen. Platón llamó á las hermosuras de las cosas criadas rayos ó centellas de la hermosura increada, que tanto más se les comunica y hace hermosas cuanto más se allegan á Él. Empero, las que más alcanzan y participan, ¿cuáles son? Los ángeles y las almas puras no se puede decir que tienen hermosura, en respecto de la del Esposo, á quien refiere lo que tiene la Esposa, diciendo: ECCE TU PULCHER ES, DILECTE MI, ET DECORUS.

Los exploradores de la tierra de Promissión, cuando entraron en ella para reconocerla y

---

([1]) A la palabra hermoso añade la de agraciado, es decir: de dulce y suave aspecto. Porque la belleza consiste precisamente en la debida proporción y disposición de los miembros junto con cierta suavidad en el color. Pero en la gracia y donaire entra además de esto todo lo que se refiere al modo de andar, de hablar, gesto, vestido, y á todo, en fin, cuanto de algún modo dice relación á la persona. Esto es lo que propiamente se llama donaire, gracia, sal.

([2]) San Dionisio Areopagita afirma que esta palabra *hermoso* es uno de los cuarenta y cinco nombres ó atributos que la sagrada escritura da á Dios nuestro Señor. «Por su naturaleza, dice, Dios no sólo es hermoso, sino causa y fuente de toda la hermosura, que por doquier hallamos repartida en las cosas hermosas.

([3]) Cierto autor moderno, muy versado en el hebreo, afirma que el adverbio *ecce* está en lugar de *quinimo*, viniendo á ser una como corrección que se hace á sí misma la Esposa, como diciendo: habéisme, etc.: es un acto de reconocimiento y humildad, como el de Santa Isabel cuando dijo: «¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á mí»? y el Bautista. «Yo debo ser bautizado de ti; ¿tú vienes á mí?»

saber la gente que había *(Deuter.)* (*sic*) (*a*), debieron de ir muy presumidos y confiados, pareciéndoles que eran muy hombres mas luego que vieron otros, que cotejados con ellos eran hormigas ([1]), abajaron los humos y conocieron su pequeñez. Si vos queréis parecer hermosíssima siendo fea, acompañaos de sayagüesas,—que lo son sobremanera;—que entre damas y en la corte pareceréis lo que sois; y el que se dessea galán no lo siendo, váyase á un hospital de contrahechos y tullidos; pero no adonde todos son sanos y se precian de galanes. ¡Ay de nosotros, que presumimos de virtuosos porque ponemos los ojos en nuestra virtud y no en la de los grandes del reino de Dios! Somos pigmeos ó hormigas en comparación de los cortesanos del cielo, y en respecto de Cristo somos nada. En este espejo se miraba aquel ([2]) que, siendo uno de los grandes de Dios, decía que era el mayor pecador del mundo. Y San Pablo (*I Tim.*, I, 15), que él era el primero [de los pecadores].

Diga, pues, la Esposa, que razón tiene de decirlo: ECCE TU PULCHER ES, DILECTE MI, ECCE TU PULCHER ES, ET DECORUS. Vos, Señor, sois el hermoso, y de Vos se deriva y mana toda la hermosura que yo tengo, no por cierto comparada con la vuestra, sino en cuanto criatura levantada por Vos en dignidad tan alta como es la de amiga y esposa. La hermosura y belleza, de vuestro la tenéis y de naturaleza os viene; la que yo tengo, por vuestra gracia la tengo; y si en cuanto hombre sois hermoso por la gracia divina, por ella y por la vuestra,

(*a*) Debe leerse así: *Núm.*, XIII, 3 sigs.

([1]) Parece á primera vista confuso el pensamiento del autor, como si quisiera decir que los de la tierra de Promisión eran los que aparecían como hormigas, siendo precisamente lo contrario. Sería, pues, más claro decir: comparados con los cuales, ellos, los hebreos, parecían como hormigas, etc.; hacémoslo notar para no dar lugar á confusión.

([2]) Debe referirse en este lugar al seráfico Patriarca San Francisco, de quien sus biógrafos refieren hechos y anécdotas mil en este sentido. No es esto decir, ni mucho menos, que otros muchos santos no se hallen en el mismo caso, pues precisamente estas santas porfías para buscar y abrazarse con la humildad son el distintivo de todos los verdaderos siervos de Dios.

que en efecto sois Dios y hombre, soy yo hermosa.

De grande importancia es para conservar el alma la interior hermosura, este reconocimiento humilde y el referir á Dios todo lo bueno, no adjudicando nada para sí. En el amoroso trato de Dios con el alma hay grandes comedimientos y buenas cortesías, que siendo todo el caudal que tenemos suyo, lo llama nuestro. Y éstos y lo que por nuestra industria y trabajo obramos, llamamos suyo. Está Moisén tratando con Dios de la idolatría del pueblo, y dícele [Dios] (*Exod.*, XXXII, 7): «El pueblo que tú sacaste de Egipto y redemiste de la dura servidumbre.» Y responde Moisén (*ib.*, 11): «Cur, Domine, iratus est furor tuus contra populum tuum, quem *tu* eduxisti de terra Ægipti» ([1]). Dios llama pueblo de Moisén á su pueblo, y le atribuye la salida y libertad de Egipto; y Moisén dice que el pueblo es de Dios, y que Él le libertó. Comedimientos cortesanos entre Dios y los suyos. Él dice que las obras son dellos; ellos, que son suyas dél. Él los obliga haciéndoles autores del bien que hacen, y ellos cumplen con su obligación refiriéndolas á Él. Da el rey una encomienda á un caballero, y él la trae en el pecho para honrarse con ella y reconocer á su bienhechor. «Tu autem, *Domine virtutum*, cum magna reverentia disponis nos» *(Sap.*, XII, 18). «Usáis, Señor de las virtudes, con nosotros de grandes respetos» (*a*); tratáisnos con extraña reverencia. Ojalá le respetássemos nosotros á Él como Él nos respeta á nosotros. «Omnia opera nostra, decía Isaías *(b)*, operatus es nobis.» Nada hay en mí que no venga de vuestra gracia y misericordia; mis obras todas vuestras son, pues que sin vos ninguna cosa puedo hacer

Lo que hay bueno en nosotros, aunque se llame nuestro, es de Dios, y á Él se debe la honra y gloria dello.

(*a*) Aquí, como más abajo en el verbo *respetásemos* y *respeta*, hemos suprimido la *c*, que añade el autor: respecto, respectásemos, respecta.

(b) Aunque el impreso dice *Jeremías*, es una distracción del autor, pues son estas palabras de *Isaías*, XXVI, 12; por eso lo corrijo.

([1]) «¿Por qué, oh Señor, se enardece así tu furor contra el pueblo tuyo que tú sacaste de la tierra de Egipto...?»

que sea meritoria, ni de vuestra gracia, ni de vuestra gloria.

Millares de ejemplos tenemos de la divina Escritura; pero de todos quiero referir aquí uno solo del *Apocalipsi*. Allí dice San Juan (*Apoc.* IV, 10), que vió abiertos los cielos, y que delante de Dios, entre tanto que la música celestial cantaba los *Sanctus* de la Missa de la Santíssima Trinidad, estaban veinte y cuatro viejos coronados con coronas de oro, que, hincadas las rodillas, *mittebant coronas suas ante tronum* [ponían sus coronas ante el trono]. Por estas coronas entienden los santos las insignias de las virtudes que en esta vida habían alcanzado, y el quitárselas y arrojarlas á los pies de Dios significa que, aunque ellos fueron los que trabajaron, y sus cuerpos los arneses que llevaron los golpes, la gloria de todo se debe á Dios, que les dió la fortaleza para vencer. Este era el blasón de la tapicería real de David, y el libro escrito de todas sus obras. (*Ps. 113*, 9; según los hebreos, 1): «Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam» (¹). Divus Bernardus (serm. 13 in *Cant.)* dice: «El origen de las fuentes y de los ríos es el mar, y de las virtudes y de las ciencias, Cristo Jesús.» Desta fuente mana la continencia de la carne, la industria del corazón y la rectitud de la voluntad; de aquí el buen ingenio, la elocuencia y las agradables costumbres. Aquí están escondidos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; los castos consejos, los juicios justos, los desseos santos, arroyuelos son desta fuente. Y si tanta copia de aguas por los secretos veneros de la tierra sin cessar vuelven al mar [de] donde salieron, para otra y otras veces salir á luz, en beneficio nuestro, ¿por qué estos ríos espirituales, que del océano infinito de la bondad de Dios se derivaron y derivan cada hora á nosotros, para que puedan regar continuamente los campos de nuestras almas, no volverán á su propia fuente sin intermissión ni fraude? Al lugar donde salieron vuelven los arroyos *(Eccles.*, I, 7), de las gracias, para que otra vez corran. «Remittatur ad suum principium cœleste profluvium, quo uberius terræ refundatur.»

¿Cómo será esto? El Apóstol lo dice *(I Timotheum*, V) (*sic*) (*a*): «In omnibus gratias agentes» (¹). Cualquiera cosa que te parezca que tienes de virtud ó sabiduría, luego lo has de referir á Cristo, virtud y sabiduría del Padre; esso es volver las aguas al mar para que más abundantemente corran. No quiere Dios que le volváis lo que ya una vez os dió, sino el fruto dello, que es la confessión de alabanza. «Vitulos labiorum confitentium», etc. (²). Como el hortelano, que riega los árboles y no les pide el agua que les comunica, sino fruto en lugar della. Y Dios, ¿qué pide? La gloria y alabanza de todo el bien que hacéis y de todo lo que habéis recibido.» Quidquid in rebus reperit delectamenti, regerit in gloriam Factoris», se canta de nuestro padre San Francisco (*Antífona* 5.ª *in primis Vesperis festi*): «Todo cuanto hallaba de gusto en las criaturas, lo refería á gloria del Hacedor della.» Luego que Abraham assentó tienda junto á la encina, en el valle de Mambre, edificó allí un altar para Dios. (*Génesis*, XIII, 18). Adonde notó Crisóstomo (Chris., homilia 33 in *Gén.)* el ánimo grato del santo Patriarca, que no esperó al cumplimiento de la promessa divina para darle gracias por ella, sino de antemano quiso dárselas para obligar á Dios más á que cumpliesse su palabra; porque con ninguna cosa se siente Dios más obligado que con el agradecimiento. «Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero» *(Ps. 17*, 4) (³). Primero alaba que pida, y con esto assegura el recibo: que no puede Dios dejar de ser liberal y manirroto con quien es agradecido.

De todas sus cosas debe el hombre dar gracias á Dios y serle agradecido.

San Bernardo, super illa verba (*Cant.*, II, 6): *Lœva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me* (⁴), advierte (Bernard., serm. 51 in *Cant.)* que es tan agradecida la Esposa,

(¹) «No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu Nombre da *toda* la gloria.»

(a) Debe ser: *Ephes.*, V, 20.

(¹) «Dando siempre gracias por todo á Dios Padre...»

(²) «El sacrificio de la alabanza que le tributan los labios del agradecido á sus beneficios.»

(³) «Invocaré, *pues*, al Señor con alabanzas, y me veré libre de mis enemigos.»

(⁴) «*Pero mi esposo* pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará.»

que no sólo da gracias porque el Esposo le puso debajo de su cabeza la mano, como por almohada, para que descansasse, sino también porque ha prometido abrazarla con la derecha, para que deprendas á ser grato, y de manera que prevengas con hacimiento de gracias á los beneficios de Dios. San Jerónimo (Hieron., tom. IV in *Isai.*, XXIX (*sic*) (*a*) dice que es tradición antigua de hebreos que la enfermedad del rey Ezequías le vino porque, habiendo oído la nunca oída victoria de los judíos y muerte del rey de los asirios, no se convirtió á Dios con hacimiento de gracias. El mismo, declarando aquel lugar de Job (*Job.* XXXIX, 37): *Quis enarrabit rationem cœlorum, et concentum cœli quis dormire faciet?* ([1]), entre otras cosas dice (Hieron., in capítulo XXXVIII, tom. IV) que no es possible faltar la música del cielo, esto es, las alabanzas de los ángeles que siempre con incansables voces están diciendo: *Santo, Santo, Santo*, por el gran conocimiento que tienen de las mercedes recebidas de Dios. «Oportet igitur gratum esse hominem et devotum, qui, percepta gratiæ munera, non modo manere sibi desiderat, sed multiplicari (Bernard., serm. 2 de *sept. misericordii)*. ¿Quieres que se conserven en ti los dones de la gracia y que se multipliquen? No seas ingrato. «Peremptoria siquidem res est ingratitudo, hostis gratiæ, inimica salutis» ([2]). El que vuelve la pelota, si la calienta en la mano,—si la detiene, digo—, y tarda en volverla, hace falta; y el que luego al punto que recibe el beneficio de Dios no acude con el agradecimiento y reconoce el bienhechor, falta en su obligación y ata las manos para que de ahí adelante no le haga otros de nuevo.

Divus Agustinus (in *Soliloquiis)*, habiendo traído á la memoria los muchos y grandes beneficios recebidos de la mano de Dios, y dándole gracias por ellos, vuelto á Él le dice: «Sé yo muy bien que la ingratitud te desagrada mucho, que es raíz de todo el mal espiritual, y un viento cierzo que seca y abrasa todo el bien, y atapa la fuente de tu misericordia para con los hombres, mediante la cual los males ya muertos reviven, y las obras vivas mueren y nunca más se alcanzan». Como se vió en aquel criado de aquel gran rey que, habiéndole perdonado diez mil talentos, olvidado de tanto beneficio, no quiso perdonar á su hermano ni esperalle por cien reales *(Math.*, XII) (*sic*) (*a*). Por lo cual, como ingrato fué echado en la cárcel tenebrosa del infierno, hasta que pagasse el último cuadrante. No será, á lo menos, argüida de ingrata la Esposa; porque, alabada de hermosa por su querido Esposo, conociéndose: lo primero, fea en su comparación; lo segundo, que aquella su hermosura era participada de su infinita hermosura, tan humilde como agradecida, le vuelve la gloria, diciendo: ECCE TU PULCHER ES, DILECTE MI, ET DECORUS.

(*a*) Los capítulos de Isaías en que se narra la destrucción del ejército de los asirios por el ángel del Señor y la enfermedad del rey Ezequías son, respectivamente, el XXXVII y XXXVIII

([1]) «¿Quién podrá explicar la disposición de los cielos, ó hacer cesar sus armoniosos movimientos?»

([2]) «Nociva cosa es la ingratitud, opuesta á la gracia y enemiga de la salvación.»

* ARTICULO III

De la hermosura de Cristo en cuanto Dios y hombre verdadero.

Dios es sumamente hermoso, y aunque comunica esta su hermosura, nunca se disminuye

De la hermosura de Dios pudiéramos hacer un largo tratado; porque no es tan sabido en el mundo que el sol es claro, y que alumbra, como que Dios es infinitamente hermoso. San Dionys. (lib. de *Divinis nominibus*, cap. IV) llama á Dios super substantiale pulchrum [belleza sobresubstancial], porque Él da y comunica á todas las criaturas la hermosura que tienen. Es hermoso, y hermoso de todas partes, y siempre de una manera hermoso, cuya hermosura ni amanece de nuevo, ni se pone, ni se augmenta, ni se disminuye, aunque se comunicara á otros mil mundos mayores que éste. Y si es assí verdad, como lo es, y toda la escuela de los teólogos y filósofos lo confiessan, que deste *pulchro* participan toda la hermosura que tienen las cosas hermosas, y por él entienden los ángeles, raciocinan los hombres, sienten los brutos, los cielos y elementos se mueven, viven las plantas, y son las piedras y los demás entes, bien se sigue que ha de ser

(*a*) Debe leerse así: *Math.*, XVIII, 28.

infinitamente hermoso; fuera de que Dios es amor, y el amor, como quieren los platónicos, no es otra cosa que desseo de hermosura.

De aquí es, según lo testifican las Sagradas Escrituras, que no solamente es Dios infinitamente bueno y infinitamente hermoso, sino que todas las cosas que son suyas son por el mismo caso buenas y hermosas. Porque si de la razón del bien y de la hermosura es comunicarse á otros, el que es bueno y hermoso infinitamente no puede producir sino cosas buenas y hermosas, á las cuales se comunique. Esta comunicación, como lo tiene la fe cristiana, fué de dos maneras: una que los teólogos llaman *ad intra;* otra, *ad extra;* la primera es *ab eterno;* la segunda, en tiempo; de aquélla no hablemos, que es inefable; de ésta, con mucha brevedad y no más de lo que se dice en el *Génesis* (*Génes.* I, 31): «Vidit Deus cuncta, quæ fecerat, et erant valde bona» ([1]), y, por consiguiente, valde pulchra [muy hermosas]; porque bonum et pulchrum [bueno y hermoso] son términos convertibles, que lo que se dice bueno es necessariamente hermoso, y lo que es hermoso, bueno.

Todas las cosas de Dios son muy buenas y hermosas.

Síguese de lo dicho que Cristo nuestro Señor, Esposo querido del alma, Esposa suya, en cuanto Dios es hermoso, y gracioso en cuanto hombre. En cuanto Dios, habla de Él el Sabio cuando dice *(Sap.*, VII, 26): «Candor est lucis æternæ, speculum sine macula, et imago bonitatis illius.» *Es blancura de luz eterna;* esto es, luz puríssima que mana del Padre, como de luz eterna, *espejo sin mácula* de la majestad de Dios, porque en sí mismo representa su majestad y poder, *y imagen de la bondad de Él*, porque es pleníssima representación, como dice la Glossa, de la bondad del Padre. Mucho más hermoso es que el sol, que en su comparación es tiniebla y noche.

Pues, en cuanto hombre, ¿cuánta es su hermosura? El Profeta santo lo dijo en aquel epitalamio ó carmen nuptial *(Ps. 44*,3): «Speciosus forma præ filiis hominum, diffusa est gratia in labiis tuis» ([2]). Desta hermosura de Cristo hombre dijimos algo declarando aquellas palabras: RECTI DILIGUNT TE ([1]). Fué hermosíssimo el Esposo de la Iglesia, assí en el cuerpo como en el alma, sobre todos los hijos de los hombres; porque obrando el Espíritu Santo con su divino poder y virtud, nació de la Virgen Santísima, de todas las mujeres de Palestina y de todo el mundo la más bella; por esto figurada, no sólo para declarar la hermosura de su ánima, sino también la de su cuerpo, en aquellas que el pueblo hebreo celebró por hermosíssimas en todo género de hermosura. Rebeca, Raquel, Judit y Hester. Y si la hermosura del fruto dice la excelencia del árbol que le lleva, ¿quién podrá poner duda en que de Madre tan bella haya salido tan bello Hijo? Y si, como dijo Platón, el ánima hermosa está en cuerpo hermoso, siendo la de Cristo hermosíssima y desde el instante de su concepción unida, junto con el cuerpo, al divino Verbo, por unión hipostática y llena de toda diferencia de gracias, ¿quién no dirá que fué sobre todos los hijos de los hombres hermoso?

Más hay en ello: que habiendo de convenir lo figurado con la figura, y estando figurado Cristo en Jacob y Josef, hermosíssimos, forzosamente hubo de ser de admirable hermosura. Pero lleguemos á considerar, si podemos, la de su ánima santíssima; que sin ésta la del cuerpo es vana y engañosa, como dijo el Sabio. Y Orígenes dice: «Decorem noli extra te quærere, sed circa animi religionem, ubi vera est pulchritudo» ([2]) Y considerémosla assí de la ausencia del pecado como de la plenitud de la gracia y del resplandor de la gloria, y hallaremos que el ánima de Cristo vence todas las hermosuras, no sólo de los hombres, sino de los ángeles y de todas las criaturas juntas. Ni tuvo pecado, ni pudo tenerle, ni le faltó alguna gracia; porque estuvo lleno della, y de verdad, como dice San Juan *(Joan.*, I, 14), y de su plenitud la recibe toda la Iglesia, y, sobre todo, siendo viador, era comprehensor, veía la divina essencia y era bienaventurado y llena su alma de gloria. Pues, ¿por qué no le llamare-

El ánima de Cristo, más linda y hermosa que todas las criaturas de cielo y tierra.

([1]) «Vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran en gran manera buenas.»

([2]) «Oh tú el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres; derramada se ve la gracia en tus labios.»

([1]) *Lección segunda*, art. VI, pág. 141-8.

([2]) «No busques fuera de ti la verdadera y real hermosura, sino en el alma, en donde está la verdadera belleza.»

mos y confessaremos, con la Esposa, hermoso y bello, no una, sino muchas veces? ECCE TU PULCHER EST, etc. Ninguna hermosura de cuantas Dios crió le falta á Cristo: hermosa es la luz, hermoso el sol, hermosa la gracia y hermosa la gloria. Pues en las divinas Escrituras se llama Cristo luz que alumbra á todo hombre que entra en el mundo; sol de los que temen á Díos, lleno de gracia y por quien se deriva en nosotros y se nos comunica, y, finalmente, es nuestra gloria y vida eterna, no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre unido al divino Verbo. Por esso dijo Él mismo *(Joan.*, VII) (*sic*) (*a*): «Hæc est vita æterna, ut cognoscant te Deum verum, et quem missisti Jesum Christum» ([1]).

San Bernardo (serm. 45 in *Cant.)* encarece mucho esta repetición de la Esposa: ¡Cuán hermoso eres, querido mío, cuán hermoso eres!, y dice que para ver esta hermosura fueron necesarios los ojos de paloma de que el Esposo la había antes alabado. Quam pulcher es angelis tuis, Domine Jesu, in forma Dei, in die æternitatis tuæ, in splendoribus sanctorum, ante Luciferum genitus! ¡quam mihi decorus, Domine, in ipsa hujus positione decoris! Et enim ubi te exinanistí, ubi naturalibus radiis lumen indeficiens exuisti, ibi pietas magis enituit, ibi claritas plus effulsit, ibi amplius gratia radiavit. Quam clara mihi oriris stella ex Jacob! *(Num.*, XXIV, 17) quam lucidus flos de radice Jesse egrederis! *(Isai.*, XI, 1). Quam jucundum lumen in tenebris, visitasti me oriens ex alto! Ubique, Domine Jesu, animæ amanti pulcher appares: pulcher in cœlo, pulcher in monte Calvario, pulcher inter angelos regnans, pulcher inter latrones pendens, pulcher ad dexteram Patris sedens, pulcher in cruce pro nobis moriens ([2]).

(a) Debe leerse de este modo: *Joan.*, XVII, 3.

([1]) «Y la vida eterna consiste en conocerte á ti, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien tú enviaste.»

([2]) «¡Qué hermoso eres, oh Jesús mío, en cuanto Dios para tus ángeles, que siempre te ven y te contemplan en el esplendor de tu eternidad, engendrado antes que el lucero de la mañana! ¡cuán hermoso también para mí en la posesión de tanta gloria y majestad! Porque allí donde tú tanto te humillaste despojándote de tu gloria, hiciste resaltar más tu hermosura, brillando con luz más esplendorosa tu piedad, tu misericordia y tu grande bondad. ¡Con cuánta luz naces para mi, oh estrella de Jacob! ¡qué flor de Jesé más esbelta y graciosa! ¡qué luz más brillante despides en medio de las tinieblas que me rodean, viniendo á visitarme de lo alto del cielo! Sí: siempre y donde quiera eres hermoso, oh Jesús mío: hermoso en el cielo, en el calvario, entre los ángeles, entre los ladrones, sentado á la diestra del Padre y muriendo por nosotros en la cruz.»

¡Dios nos deje conocer esta hermosura del Calvario, por la cual tanta gloria tiene Cristo en el cielo!

* ARTICULO IV

Declara cuál es el lecho florido de que habla la Esposa, deteniéndose especialmente en mirarlo como símbolo de la paz, y del descanso de Cristo en el seno de su Madre, en el sepulcro y en la buena conciencia.

Síguese en el texto: LECTULUS NOSTER FLORIDUS. Aquila: «Lectulus noster viridis, vel floridus.» Vatablus: «Umbrosus, vel virens.» Ambrosius: «Acclinatio nostra opaca.» Ex Hebræo sic ad verbum: «Lectulus noster umbrosus est.» Septuaginta: «Ad cubile nostrum umbrosus, scilicet, accesisti.» Philo., Episc. Carpathim: «Accubatio nostra in umbra; id est, mors in protectione tua.» His præhabitis rem altius considerantes, dicendum hoc loco existimo, illud *Apoc.*, XXII, 15: «Foris canes, et venefici et impudici, et homicidæ, et idolis servientes, et omnis qui amat, et facit mendacium» ([1]).

Nuestro lecho, florido es; las vigas de nuestras casas, de cedro son, y los zaquizamís ó maderos que traban la obra, de ciprés, maderas incorruptibles y olorosas. Quien tuviere ojos de paloma, sencillos y honestos, no se ofenderá oyendo estos requiebros del Esposo y Esposa; pero sí el que los tuviere, como dijo San Pedro *(II Petr.*, II, 14), «llenos de adulterio y de perpetuo pecado.» Estos huyan de

([1]) «*Queden* fuera (de la Jerusalén celestial y del consorcio y compañía de las almas justas) los perros, y los hechiceros, y los deshonestos, y los homicidas, y los idólatras, y todo aquel que ama y platica la mentira.»—Como no hace al caso traducir lo que no encierra ningún documento ni doctrina espiritual, mística ó ascética, dejamos para los eruditos, tal como el autor las trae, las diversas y varias lecciones que los intérpretes han dado á las palabras de este versículo que vamos comentando.

aquí, que no tienen licencia para llegar á este lecho, «que le guardan sesenta fuertes de los fortíssimos de Israel, todos con espadas en la cinta, doctíssimos y muy diestros en el arte militar *(Cant.*, IV) (*sic*) (*a*).» En el libro de los *Proverbios (Prov.*, VII, 5 sig.) pinta Salomón una ramera que, provocando á un mancebo descorazonado y deshonesto á sus abrazos y regalos sensuales, le dice: «Intexui funibus lectulum meum, stravi tapetibus pictis ex Ægipto: aspersi cubile meum myrrha, et aloe, et cinamomo. Veni, inebriemur uberibus, et fruamur cupitis amplexibus»: «Mi lecho tengo tejido y enlazado de cordeles (para enlazar bien y enredar al que una vez cogen entre manos), colgado y aderezado de tapicería de Egipto, con figuras diferentes, provocadoras á lujuria; mi aposento está rociado con agua de olores, y quemadas pastillas finíssimas. Ven y embriaguémonos en el amor, y gocemos de los deseados abrazos.» La que aquí habla, mala mujer es, que, ausente su marido, trata de ofenderle, y para salir con su intento provoca al incauto y mal considerado mancebo con estas caricias. Empero la Esposa habla con su Esposo, y como tan modesta, aunque desseosa de gozarle con quietud y de tener hijos espirituales deste matrimonio santo, de sólo el lecho y maderas de las casas hace mención: LECTULUS NOSTER FLORIDUS, TIGNA DOMORUM NOSTRARUM CEDRINA, etc.

Todo esto huele á santidad y pureza. Es el Esposo (*Hebr.* VII, 26) santo, inocente, no ensuciado, apartado lejos de los pecadores y más alto que los cielos; por esso se le convida con cama florida. Y viene bien y muy á propósito la translación *umbrosus* et *condensus:* florido y sombrío; sombrío, porque no pueden llegar á él los ardores del sol de la concupiscencia carnal; florido, por la fecundidad, porque la palabra florecer, no sólo en lengua hebrea, sino en otras, significat augeri, feliciter agere et fæcundum esse. Ita multi pro florido fæcundum interpretantur: ut de fæcunditate Ecclesiæ loquatur Sponsa ([1]). Y felicidad es, y bendición del cielo, tener muchos hijos. Ita Aristot., lib. I *Reth.*, cap. V; et Philo., lib. de *Circunc*, tom. II, pág. 168; et Hiero., epist. de *Virginitatis custodia*, ad Eustoch.; Ambros., lib. I de *Abraham*, cap. VII de *fæcunditate Ecclesiæ, vel animæ perfectæ.* (Legendus Philo, in libro *quis rerum divinarum sit hæres*, tom. I, exponens illud *Génesis*, XV, 2: *Ego* vado *absque liberis*, etc). Et libro de *Migratione Abrahæ*, tom. I, pág. 354; Eusebius Cesar., lib. XV de *præparatione Evang.*, cap. XXV in illud *Isai.*, XXVI, 17: A timore tuo *concepimus.* Inter omnes autem unum audiamus Fulgentium, epist. 3 ad Probam: «In copula vero conjugii istius spiritualis cum Christo, sic conjungitur anima, ut etiam conservetur Intacta: quantoque magis integritas et virginalitas viget, tanto magis inmortalitatis fæcunditas pollet. Sic enim non est mortalis fructus ex corpore, ut immortalis fructus non desit in corde, ubi materialis accesus non vitiat corpus; qui Christi spiritualis amplexus et animam servat, et corpus. Bene ergo dicitur: LECTULUS NOSTER FLORIDUS. Sponsus enim floridus floridum amat lectulum.» Hinc Plato, in *Lyside:* «Amor, inquit, inter flores habitat, quoniam in eo, quod floribus caret, aut defloruit, sive corpus, sive animus, sive quodvis aliud sit, amor ipse non insidet.» Es hermosíssimo, y apaciéntase entre flores, y quiere cama florida. Bene autem doctissimus e Societate Jesu Pater Sa, per lectulum floridum, locum contemplationis intelligit, ubi anima Deo jungitur desideriis sanctis, quasi floribus plenum, et cœlesti suavitate. Hic locus est, in quo anima sancta simul cum Christo dormit, et requiescit in pace ([1]).

Teodoreto dice: «Sombrío, esto es, amparado por la gracia del Espíritu Santo del ardor del pecado.»

(*a*) Son estas palabras del cap. III, 7.

([1]) Florecer significa aumentarse, crecer, suceder prósperamente, y ser fecundo. Por eso, muchos traducen la palabra florido por fecundo y vienen á entender en las palabras de la Esposa que quiere significar por ellas la fecundidad sobrenatural de la Iglesia.—Léanse los autores citados, especialmente á Filón en el libro que intituló: *Quién es el heredero de las cosas divinas*, tomo I, al exponer aquello del *Génesis*: Yo muero sin *hijos*, etc., y en otros varios.

([1]) Oigamos, entre otros, á San Fulgencio, quien, escribiendo á la virgen Proba, dice: «En el matrimonio espiritual, en la unión sobrenatural del alma con Cristo, ningún detrimento padece ésta, antes bien, cuanto más perfecta es la virginidad é integridad del alma, tanto más íntimo y estrecho es el vínculo que la une á Dios. Falta en esta unión, es verdad, la fecundidad corporal, pero no la espiritual, aumentando juntamente por aquella divina unión la integridad del alma y del cuerpo. Con razón, pues, dice la Es-

Pero, ¿qué paz es ésta, dice Ricardo, por la cual y en la cual el alma duerme, perdida la memoria de todas las cosas exteriores, y olvidada de sí misma, y puesta sobre sí, toda se cuela y traspassa en Dios? Esta es aquella paz que, según el Apóstol, encierra todo el bien y un interior verdadero y cumplido gozo, y, como si dijéssemos, una superfluencia ó abundancia de espirituales delicias, y una hartura maravillosa y inefable de desseos celestiales. «Perfecto y consumado gozo, dice Ricardo, no le puede nuestra ánima tener en la estrechura de la presente vida; pero sí gozo lleno, porque puede tener tanto dél cuanto ella puede abarcar, y entonces verdaderamente goza de su paz cuando en aquello que halla dentro de sí, de la dulcedumbre divina siente se resuelve.»

Goza de paz el alma cuando tiene cumplido gozo de su desseo, según su capacidad.

Esta paz, para que sea llena, consiste en dos cosas; *scilicet* [ó sea], en la contemplación de la verdad y en la hartura de la interior suavidad. Primero ha de ver el ánima á su querido, y luego arrojarse en sus brazos y recebir el beso desseado y pedido con tanto ahinco en estos *Cantares*, porque Él es suma hermosura. La hermosura pertenece á la vista, y la suavidad al gusto; lo que se ve, es como cosa exterior; mas lo que se gusta, comienza á ser interior, y, según esto, de mejor condición es el gusto que la vista, porque lo que gustamos encorporámoslo con nosotros y nos hacemos una cosa con ello; mas lo que vemos, quédase ello en sí mismo, apartado de nosotros. Assi es, que cuando recebimos la infusión del divino Espíritu, en cierta manera nos unimos á Él y somos hechos un espíritu con Él, como dijo el Apóstol *(I Corint.*, VI, 17). Esta es aquella verdadera y llena dulcedumbre de la infusión divina, suma y singular delectación, que sola puede satisfacer al desseo del corazón y hartar su hambre tragona. Esta sola es poderosa para reprimir la fatiga de nuestros apetitos, la que compone nuestra ánima para la paz verdadera, porque, hallada, no tiene más que inquirir ni buscar, ni lo que tiene puede abarcar ni comprehender.

Pero, ¿por qué grados se sube á esta paz? «Primo, inquit Ricardus, est desiderii sui longa expectatio, expectationem sequitur circumspectio, circumspectionem contemplatio, contemplationem admiratio, admirationem exultatio, exultationem dulcedo.» En el primer grado está la esperanza; en el segundo, la circunspección; en el tercero, la contemplación; en el cuarto, la admiración; en el quinto, la exultación; en el sexto, la dulzura. Primero es el ánima interiormente certificada de la venida de su Esposo, y con esta certificación comienza á esperar, conforme á la palabra que le tiene dada por Isaías: «Expecta; qui venturus est, veniet» [espérale; el que ha de venir, vendrá con toda certeza]. Mira frecuentemente á todas partes á ver s viene su querido; si por ventura viene del Oriente, ó del Poniente, ó de los montes desiertos, y al fin viene del Austro, de su infinita caridad; no lerdo y espacioso, sino como el cervatico, saltando montes y atravessando collados. Y llegando, dice *(Cant.*, VI, 4): «Averte oculos tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt.» Como quien dice: Mira que me mires como conviene; que hay mirar que me destierra, y hay mirar que me hiere y captiva. Esta es la circunspección, y síguese después della la contemplación, que es cuando el ánima comienza á ver en ella lo que tanto ha desseado, esperado y buscado.

Por seis grados se sube á la paz del alma.

Luego tras de la contemplación, ó por mejor decir en ella, viene la admiración; porque contempla y vee al que es hermoso sobre todos los hijos de los hombres, y crece la admiración al passo que la contemplación, y con cuanto más claros ojos se contempla, tanto con mayor vehemencia se admira, y cuanto más se admira, tanto con mayor codicia contempla. Pero ¿cuál y cuán agradable espectáculo pensamos que será ver la hermosura, por poco que della veamos, y contemplar limpiamente aquel resplandeciente rostro de la divina luz, y en la admiración dél suspendernos muchas veces? De aqui nace una vehe-

posa: *Florido es nuestro lecho.* Esposo lleno de hermosura y de la fragancia y suavidad de las flores quiere morar en lecho florido.» Por eso dijo Platón: «El amor mora entre flores, y se ausenta de quien es árido ó estéril, ó se halla agostado ó yermo, sea quien fuere.» Con mucho acierto un docto escritor entiende por lecho florido el estado de la contemplación, en el cual el alma se une á Dios por medio de los santos deseos y aspiraciones. Aquí es donde el alma, unida á Cristo, descansa en su seno amoroso y blando.

mente gratulación y regocijo, que parece sacar de sí al ánima; y en esta exultación, el ánimo es como rociado y recreado con una maravillosa dulzura, la cual se puede percebir y gustar; pero declarar lo que es, no es possible con palabras. Influyendo, pues, aquel dulzor de la divina dulcedumbre, comienza lo primero á llenar lo interior del ánima, y luego sale á la boca y se derrama por los labios, en tanta abundancia, que le viene á decir el Esposo (*Cant.*, IV, 11): «Mel et lac sub lingua tua, favus distilans labia tua, sponsa» ([1]).

Por sus grados se llega á la tranquilidad.

Esta suavidad tan crecida y tan de adentro, tiene sus grados y crecimientos: primero se siente en el ánima, y della se engendra una maravillosa hambre de gozarla; á esta hambre se sigue hartura, y á la hartura, embriaguez, y á la embriaguez, seguridad, y al fin la bienaventurada tranquilidad, entendida por el lecho florido del Esposo, adonde se descansa del trabajo passado y tienen sus delicias los desposados. Claro está que, gustada la suavidad de Dios, que se ha de aguzar la hambre y el desseo en el alma de gozarla más, por lo que se escribe (*Ecclesiástico*, XXIV, 29): «Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient» ([2]): que cuanto el manjar que comemos es más dulce y sabroso, tanto más enciende y provoca el ánimo á dessear comerle, y cuanto con mayor gusto le comemos, tanto más presto llegamos á la hartura desseada.

Qué cosa es hartura.

Y la hartura, ¿qué es? Un desprecio espontáneo de todo lo dulce y sabroso desta vida, y un hastío y repudio de todo lo que antes della solíamos apetecer y gustar; según que se escribe: (*Prov.*, XXVII, 7): «Anima saturata, calcavit favum» [el ánima harta hollará los panales]. Esta suavidad no pueden sentir los ricos deste mundo con tantos manjares y sabores como experimentan en él, sino solos aquellos de quien dijo el Profeta (*Ps. 21*, 27): «Edent pauperes, et saturabuntur», etc. [los pobres comerán y quedarán saciados]. A esta hartura se suele seguir embriaguez, que es cuando,—como los tomados enteramente del vino—, por la abundancia de la suavidad interior, ningún caso hacemos de las afrentas, honras ó deshonras, favores ó desfavores de los hombres; cuando un mismo semblante hacemos á la prosperidad y adversidad; cuando entre los oprobios nos alegramos, y entre los peligros y daños temporales nos reímos. Desta embriaguez viene el ánima á tanta seguridad, que desafía con el Apóstol (*Rom*, VIII, 35) á la muerte y á la vida, á lo presente y á lo futuro, á los ángeles y á los demonios, y al fin dice: «Ninguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús».

A esta seguridad se sigue la tranquilidad, que tiene en esta escalera el lugar postrero, que ninguna cosa puede turbar, ni el estímulo de la codicia, ni el aguijón del amor servil. Esta es la paz que buscamos, y apenas la podemos alcanzar en esta vida. Es la paz adonde el ánima duerme: paz que arrebata la mente á las cosas interiores; paz que interrumpe y corta la memoria de todo lo exterior y visible; paz que sobrepuja toda la agudeza del humano ingenio; paz que reverbera y esclarece la luz de la razón, que llena el desseo del corazón y sorbe todo entendimiento. Esta es la que llamó San Juan (*Apoc.*, VIII, 1) silencio de media hora, hecho en el cielo de nuestra ánima. El Profeta la llama (*Ps. 126*, 2) sueño y reposo. San Pablo (*Philip.*, IV, 7), paz que sobrepuja todo sentido: «Et pax Dei, quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra», etc. Con cuánta razón y propiedad se diga sueño, conocerse ha si consideramos lo que el exterior hace en nuestros cuerpos, porque esso hace esta paz en nuestras almas. El sueño corporal vence los sentidos, quita el oficio de ver á los ojos, á las orejas el de oir, al gusto y á los demás los que le son propios; y la paz, que llamamos sueño, hace lo mismo con los sentidos interiores: sórbese la imaginación, la razón y la inteligencia, y al fin, como dijo el Apóstol, «exuperat omnem sensum». Para este sueño es necessario lecho, y lecho florido, adonde el divino Esposo huelgue de descansar con su Esposa y dormir

Los efectos de la paz.

([1]) El autor pone estas palabras invertidos los miembros de la frase. Tal y como se lee en la *Vulgata* este versículo es: «Favus distillans labia tua, sponsa, mel et lac sub lingua tua.» «Son tus labios, oh Esposa mía, un panal que destilla miel; miel y leche tienes debajo de tu lengua.»

([2]) «Los que de mí comen tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben.»

juntamente con ella, poniéndole la mano izquierda por almohada y abrazándola con la derecha como ella dice. A este lecho le convida diciendo: LECTULUS NOSTER FLORIDUS.

De la bienaventurada quietud, que de los grados de la contemplación que pone San Buenaventura y Laurencio Justiniano es el penúltimo, trataremos más en particular en el segundo capítulo destos *Cantares*, por que tratemos ahora deste lecho florido, como tratan los expositores.

Lectulus noster floridus.

Varias son las acepciones en la Escritura deste nombre: *lecho*. Orgelitanus episcopus corpus Dominicum intelligit, in quo deitas requievit, sincerum, odoriferum, ex Virgine natum. Apponius, in suis *Commentariis*, per lectulum floridum sepulchrum Domini vult significari. «Ubi pariter, inquit, Corpus Christi Ecclesia, et Se, Verbum Patris, omnia implens et ubique, totus semper cum assumpto corpore recubasse probatur.» Vocat autem illud floridum propter myrrham et aloe, quibus sanctissimum Christi corpus fuit unctum et conditum: quo resurgente, sepulcrum ipsum mansit respersum, iis floribus, myrrhæ, scilicet, et aloe, etc. (1).

San Gregorio, Santo Tomás, Haymón, el autor de la glossa ordinaria y otros modernos dicen que significa y es jeroglífico de quietud, paz y tranquilidad, que es muy conforme con lo que habemos dicho hasta agora. San Gregorio (lib. VIII *Moral.*, capítulo XVII), explicando aquel lugar destos *Cantares: In lectulo meo per noctem*, etc., dice

Quietud, paz y tranquilidad es el lecho del Esposo y de la Esposa.

que significa lo secreto del corazón, adonde en la noche de la tribulación y tentación se ha de buscar el Esposo. San Bernardo dice que significa la clausura y encerramiento de los religiosos, adonde verdaderamente se descansa, libres de los cuidados y molestias del siglo. Otros dicen que el lecho significa la mente santa, en la cual Dios mora y tiene sus deleites. Assí lo siente Gregorio, sobre aquellas palabras: *Lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel* [El lecho de Salomón lo rodean sesenta valientes de los más fuertes de Israel] *(Cant.*, IV) *(sic) (a)*. Y lo mismo siente sobre aquel verso (*Ps. 6*, 7): *Lavabo per singulas noctes lectum meum* [Todas las noches baño mi lecho con mis lágrimas]. Algunos dicen, y entre ellos la glossa, que significa la paz, después de la muerte y resurrección de Cristo. Orígenes y San Hierónimo dicen que el lecho es el cuerpo humano, adonde el ánima puesta merece tener por compañero á Cristo su Esposo. Egidio Romano entiende por el lecho la Iglesia; no sé, por cierto, con cuánta razón ni con qué fundamento. Jacobo de Valencia dice que es la Humanidad sacratíssima de Cristo, llena y adornada de varias flores de virtudes y gracias celestiales.

Hugo Cardenal, Cosme Damiano y otros, algunos de nuestros tiempos, que al parecer de Próspero dieron en el punto de la dificultad, quieren que sea lo mismo decir la Esposa que su lecho es florido, y la madera de las casas de cedro y ciprés, que convidar al Esposo á sus abrazos y conyugales amores, como si tácitamente y con vergüenza de doncella honestíssima le dijera: «Si soy hermosa, como decís, y vos sois tan hermoso y bello, y al fin somos Esposo y Esposa, y el matrimonio tiene por fin la generación, ecce lectulum, jungamur amplexibus, secumbamus simul (1), y engendremos hijos espirituales, no de carne ni de sangre, sino de Dios, como lo promete vuestro Evangelista» *(Joan.*, I, 13). De manera que sin hablar palabra de abrazos, ni del trato que suele haber entre ma-

(1) Orgelitano, obispo, entiende por esta palabra el cuerpo santísimo de Cristo, lleno de la fragancia de todas las virtudes, formado en el seno virginal de María y nacido de esta purísima señora. Aponio, en sus comentarios, quiere que signifique el sepulcro en que aquél fué depositado, y en el cual, dice, estuvo encerrado no sólo el cuerpo de Cristo, sino con él juntamente la Iglesia y el Verbo del Padre que todo lo llena y en todo está por esencia y presencia real. Llámale florido á causa de la mirra, áloe y demás perfumes con que aquél fué embalsamado, quedando el sepulcro, después de la resurrección del santo cuerpo, santificado y, por decirlo así, impregnado con los aromas y lleno de santidad.

(a) Ya hemos dicho arriba, pág. 314, que debe leerse así: *Cant.* III, 7.

(1) «Heme aquí dispuesta á recibir tu gracia, este es el lugar de mi descanso.»

rido y mujer, dice lo que dessea sólo con mostrar el lecho florido. San Teodoreto dice que el lecho es la divina Escritura, adonde descansan y se recrean, como en cama florida, Esposo y Esposa, y con amor espiritual se ayuntan. El Esposo administra las semillas de la palabra de Dios, y la Esposa, recibiéndolas en sí, concibe, anda preñada y pare, dando voces con el Profeta: «A *timore tuo*, Domine, concepimus», etc. *(Isai.*, XXVI, 17) [con tu temor hemos concebido].

Llámale lecho umbroso, como trasladó el parafraste griego, para que se entienda que por la gracia del Espíritu Santo está defendido y guardado de los ardores del pecado; porque lo que á los hijos de Israel era la nube, esso es para nosotros el favor del divino espíritu. Psellus y los tres padres leen assí: «Ad lectulum nostrum umbrosum, suple, accesisti.» Veniste á nuestro lecho asombrado, *quasi dicat* [como si dijera]: siendo bellíssimo y de hermosura inaccesible, porque en cuanto Dios eres blancura de luz eterna y resplandor del Padre, acercándote á nosotros te asombraste, para que por la sombra pudiéssemos verte. «Data opera. dice Psello, divinitatis fulgorem adumbrasti.» Y si no fuera assí, por las razones que tú sólo sabes, por ventura fuéramos oprimidos con el resplandor de tanta majestad y gloria. «Quod quidem totum, Verbo divinitatem celante, factum est» ([1]). El venerable Beda, *super Missus est*: «Possumus sane in eo quod dicitur (*Luc.*, I, 35): *Et virtus Altissimi obumbrabit tibi*, altius quiddam de sacramento dominicæ Incarnationis intelligere. Obumbrari enim nobis dicimus, cum fervente meridiano sole, vel arborem mediam, vel aliud quodlibet umbraculi genus, inter nos et solem, opponimus, quo intolerabilem ardorem ejus, vel lucem, multo tolerabiliorem reddamus. Redemptor ergo noster, non immerito, solis luce vel ardore designatur, qui nos veritatis scientia illustrat, et amore inflamat.» Unde ipse per Prophetam dicit *(Malach.*, I) *(sic) (a)*: «Vobis timentibus nomen meum orietur Sol justitiæ.» Cujus, scilicet, solis radios beata Virgo suscepit, quando Dominum concepit. Sed idem Sol, id est, divinitas Redemptoris nostri, tegmine se humanæ naturæ, quasi umbraculo quodam obtexit, quo mediante, Virginis eum viscera ferre sufficient. Sicque virtus Altissimi obumbrabit ei, dum divina Christi præsentia, et eam præsentialiter implevit, et, ut capi ab illa posset substantia, se nostræ fragilitati obnubilavit ([1]).

Assombró Dios su Divinidad con la sombra de nuestra carne, para poder ser visto á nosotros.

Assombró Dios su divinidad con la sombra de nuestra carne para que pudiesse ser visto en extraña figura el que en la suya propia era invisible. Y en este sentido declaran estos padres lo que dice la Esposa: AD LECTULUM NOSTRUM UMBROSUM ACCESISTI. Siendo tú hermosissimo, y la misma hermosura, luz inaccesible y Verbo del Padre, para que te pudiesse tu Esposa ver, y tratar, y tener contigo sus regalos, como Esposa tuya, veniste á ella assombrado, y aun para provocarla más á tu amor; porque en essa deposición de tu gloria, y assombramiento de tu resplandor eterno, como dijo San Bernardo, resplandeció más tu piedad y dió mayores rayos de tu luz tu claridad.

(a) Debe leerse: *Malach.*, IV, 2.

([1]) «Lo que vino á realizar el Verbo divino, ocultando y encubriendo su Divinidad y operaciones como hombre.»

([1]) Podemos, escribe San Beda, el Venerable, ver significado en aquellas palabras del Evangelio: *La virtud del Altísimo te hará sombra*, el maravilloso misterio de la Encarnación en una de sus más admirables circunstancias. En nuestro común modo de hablar, hacernos sombra es interponer entre el sol y nosotros algún objeto, un árbol, por ejemplo, por medio del cual se temple el ardor de los rayos de aquél, ó se apague la viveza de su luz. No es, por tanto, impropia la comparación de asemejar á Cristo nuestro Señor á la luz y al calor del sol, pues en verdad nos alumbra con la luz de la verdad y nos enciende con el ardor de la caridad. Por esto nos dice por el profeta Malaquías: «Para vosotros los que teméis mi santo Nombre nacerá el Sol de justicia». Cuando la santísima Virgen concibió en sus entrañas al Hijo de Dios, recibió propia y verdaderamente en sí misma los rayos de este divino Sol; mas éste vino como envuelto y oscurecido por la nubecilla de su santísima Humanidad, medio por el cual pudo Ella recibirle y concebirle en su seno. Hízole, pues, sombra la virtud del Altísimo en esta manera: que recibiendo ella real y verdaderamente en sí al Verbo del Padre hecho hombre, fué capaz de encerrar, al que es infinito é inmenso, dentro de sí, y nosotros pudimos ya verle y contemplarle empequeñecido y, en cierto modo, cubierto de sombras.

Algunos (*Legionens.*) [Fr. Luis de León] quieren que por este lecho florido se entiendan los estudios en que cada uno en particular se ocupa, y á que está aficionado, y que querría que Dios aprobasse y se conformasse con él en ellos; cosa muy reprehendida por San Bernardo (serm. 46 in *Cant.*). Querrían ser algunos santos, y dessean la unión del Esposo; pero de manera que se hiciesse su gusto y que sus ejercicios todos, tomados con propiedad de voluntad, fuessen adelante. LECTULUS NOSTER FLORIDUS. Venga el Esposo á nuestro lecho, acomódese á nuestro modo de vivir, llévenos por lo florido y gustoso de nuestro parecer. El mío, á lo menos, está muy lejos de aprobar este sentido, ni el que se sigue de un moderno, que por lecho entiende el instituto de vida á que cada uno se aficiona; y sigue: que querría que fuesse blando, y delicioso, y ajeno de los trabajos y miserias que trae consigo la vida presente.

El lecho en que Dios descansa es el corazón quieto y pacífico y que le teme.

Digamos lo que más cuadra con la letra, y aun, lo que para mí es más conforme á razón, que por nombre de lecho florido entiende el Espíritu Santo la quietud en el bien desseado y alcanzado. El desseo de la Esposa ha sido verse con su Esposo único y únicamente amado, hablar y razonar con Él; tiénele presente; Él está pagado de la hermosura della, y ella más de la de Él. Para que no se le vaya y permanezca con ella de buena gana y con gusto, convídale con cama florida y casa olorosa, labrada de ciprés y cedro, maderas que nunca se corrompen.

Enójase mucho San Bernardo, y maravillase de los que convidan al Esposo siendo inquietos, perturbadores de la paz y desobedientes, porfiados y singulares, y no digamos torpes en sus desseos, ofreciéndole para su descanso lecho florido y casa olorosa, siendo todo esto al revés; porque sus conciencias son cuevas obscuras de dragones y basiliscos, y moradas de demonios. ¿Cómo ha de venir el que es fuente de toda pureza á morar y descansar en la conciencia sucia? Cuando extendieren sus manos, convidándole, apartará los ojos y cerrará los oídos, para no oir sus ruegos (*Isai.*, I, 15). No podrán decir: nuestro lecho florido, sino podrido; no es essa cama para descanso, sino para tormento; no para recrear al Esposo, sino para irritarlo. El centurión, cuya fe derramó suavíssimo olor en Israel, no consiente que Cristo vaya y entre en su casa, conociendo su indignidad (*Math.*, VIII, 8), y ¿fuérzasle tú á entrar en tu alma, hecha estercolero y lugar de toda inmundicia? Da voces San Pedro, príncipe de los apóstoles, y dice (*Luc.*, V, 8): «Exi a me, Domine, quia homo peccator sum» ([1]); y ¿atréveste tú á decirle: «Entrad, Señor, en mi casa, que hombre santo soy»? Limpia, hermano, tu conciencia de toda suciedad, de ira, contienda, murmuración y envidia, y de todo aquello que puede contradecir y adversar á la paz de los hermanos, ó á la obediencia de los mayores, y luego siembra de flores de buenas obras tu lecho, y espárcele con olores de virtudes; adórnale de todas aquellas cosas que, como dijo el Apóstol (*Philip.*, IV, 8), son verdaderas, honestas, justas, santas, amables, de buena fama, virtuosas y dignas de alabanza, y hecho esto, seguramente puedes llamar á este lecho al divino Esposo, y cuando le tuvieres en tu casa, di con la Esposa: LECTULUS NOSTER FLORIDUS *est*. Olores tiene de piedad, de paz, de mansedumbre, de justicia, obediencia, humildad y alegría. Quien no tiene sembrado el lecho de su conciencia con estas flores, tema convidar al Esposo, porque su lecho podrido es, asqueroso y más hediondo que el infierno. Que San Ambrosio (epíst. 18, lib. V *ad Honoratum*, tomo V) dijo: «Nihil enim squalidius iniquitate; nihil splendidius justitia» ([2]).

Lecho florido es la buena conciencia adornada de flor s de virtudes.

Al fin, de sentencia de San Bernardo, el lecho florido es la buena conciencia, adornada de flores de virtudes y de olores celestiales. Y advirtió el santo muy bien, que las flores no nacen en los lechos, ni perseveran mucho tiempo olorosas y de buen color, que al fin se marchitan y se secan y pierden la suavidad y buen parecer. ¿Qué produce el hombre de su cosecha? No por cierto flores, sino espinas y abrojos, de que el Sabio vió llena la viña del perezoso (*Prov.*, XXV) (*sic*) (*a*). Luego de fuera se han de

(*a*) Léase: *Prov.*, XXIV, 30-1.

([1]) Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.»

([2]) «Nada tan horrible y hediondo como la iniquidad y el pecado; ninguna cosa más bella y agradable que la justicia y la bondad de vida.»

traer las flores para el lecho de nuestro Salomón. «Non *sumus* sufficientes cogitare aliquid *ex* nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est» (*II Cor.*, III, 5) (¹). Maldición fué de Dios, después del pecado, que la tierra, aunque muy labrada por las manos de Adán, llevasse espinas y abrojos. Y aquí nota San Basilio (homilía 5 in *Exam.*, tom. I) que cuando crió Dios las rosas, las crió sin espinas y abrojos; pero en pecando Adán se les añadieron, para que junto á lo que nos había de recrear estuviesse lo que nos lastimasse y trajesse á la memoria nuestro pecado, para cuyo castigo la tierra cultivada quiso Dios que llevasse espinas. (*Génes.*, III, 18). Y San Jerónimo (tomo VIII in *Ps. 102): «*Dios dijo: *Spinas, et tribulos*», etc. A cualquiera parte que te conviertas á buscar algún deleite hallarás espinas y abrojos que te lastimen. Escoja cada uno el camino que quisiere, atesore riquezas, pretenda oficios, busque deleites de carne. ¡Oh cuántas espinas se hallan en todas estas cosas!: Amores turpes, quantas molestias habent, quantas solicitudines in ista vita!

Al punto agora digo que lo mismo que passa en la tierra material, maldita de Dios, que en lugar de frutos lleva espinas, aunque labrada y cultivada por los hombres, passa en nuestra carne, y aun en nuestra ánima junta con ella, cuanto á la producción de las virtudes, que de suyo no las lleva, ni por sola nuestra industria y trabajo, sino espinas de vicios y pecados; luego de *fuera han de venir* las flores para el lecho del Esposo. Quia «omne datum optimum, et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre luminum» *(Jacob.*, I, 17) (²).

Estas flores, para que estén olorosas y frescas hansc de renovar; porque, á la verdad, la flor de la buena obra muy presto se marchita y se seca y pierde el agradable olor si no se frecuenta. No nos habemos de contentar en obrar bien hoy ó mañana, sino toda la vida; porque desta manera la conciencia está florida y el Esposo viene con gusto

La flor de la buena obra, si no se frecuenta presto se marchita.

á ella; duerme y descansa como en lecho suyo, blando y de regalo.

Y no quiero decir más particularidades deste lecho, aunque se me ofrecían hartas, especialmente que no dice: nuestro lecho, sino nuestro lechuelo es florido; ó por regalo, que los que se aman hablan de ordinario por nombres diminutivos, ó porque en esta vida el lecho en que Dios duerme con el alma es estrecho y no caben más que los dos en él (y es admirable sentimiento éste), ó porque no se duerme de propósito y deliciosamente, como aquellos á quien Amós reprehende *(Amos*, VII) (*sic*) (*a*), que dormían en camas anchas de marfil, y se deleitaban sensualmente en ellas. Es camilla para passar la siesta, para reposar un poco y passar los ardores del sol. Y por ventura por esto le llamó el griego *umbrosa*. Sea lo que fuere, todo pide consideración y atención. Yo tomara de mejor gana dormir en este lecho angosto con Cristo, que con los grandes del mundo en sus camas de campo. Pero entremos ya en la casa de la Esposa, que está dando de sí olor del cielo.

* ARTÍCULO V

De cómo en las maderas que adornan la casa se significan las virtudes de los desposados.

Tigna domorum nostrarum cedrina, laquearia nostra cipresina.

Vatablo: Suntque nostræ ædes cedrinæ, et canales nostri cypresini. Hebraismus est; quasi dicat: Trabes ædium nostrarum sunt cedrinæ: ligna transversaria nostra abiegna. Cedrus, quæ putredinem non sentit, et abies, quæ ponderi renititur, Verbum Dei significat. Pater Sa: «*Tigna;* id est, sustentacula; *cedrina;* id est, fortia et constantia; *laquearia;* scilicet, quæ prope tectum sunt; id est, mentis elevationes. *Cypresina*, quasi dicat: stabiles, odoriferæ, et rectæ.» Septuaginta, Ambrosius et Symachus pro *laquearia* legunt *lacunaria;* et Sanctes pro *cypresina* legit *abiegna*. Pater Suarez, in hunc locum, sic scribit: «Cedrus sempiterna coma viret, corruptioni resistit, et odoris suavitate commendatur, ut docet experientia, et auctor est Plinius (lib. XVI *Naturalis historiæ*, cap. XXI).» Materiæ vero ipsius

(¹) «No *somos* suficientes ó *capaces* por nosotros mismos para concebir *algún* buen pensamiento, como de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia ó capacidad viene de Dios.»

(²) Porque «toda dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba viene, como que desciende del Padre de las luces...»

(*a*) Debe ser asi: *Amos*, VI, 4.

æternitas inest. Nec dissimilis illi est cypressi natura: nam neutra cariem aut vetustatem sentit. Ideo in Scriptura honorifica fit mentio utriusque. Significatur ergo hac allegoria ædificium sanctæ Ecclesiæ firmissimum esse et pulcherrimum. Unde *ad Hebræos*, XI, 10, dicitur: «Fundamenta *habens*, cujus artifex, et conditor Deus.» Per *tigna* autem et *laquearia* hujusmodi, tres Patres apud Theodoretum intelligunt pietatis, ac religionis dogmata, quæ solida sunt et æterna, et mirifice Ecclesiam ornant ([1]).

Un patriarca santo de Valencia (Fr. Tomás de Villanueva) advirtió que no dice la Esposa: «las vigas de nuestra casa», sino «de nuestras casas», porque también es casa de Dios el cuerpo como el ánima (*II Cor.*, VI, 16): «Inhabitabo in *eis*, et inambulabo *in eis*.» El ánima es tabernáculo interior, y el cuerpo, el exterior. «An nescitis, dice el Apóstol (*I Corint.*, VI, 19), *quod corpora vestra* templum sunt Spiritus Sancti, qui *habitat* in vobis?» ([2]). Las vigas destas casas son las virtudes; parte dellas pertenecen á la razón, parte al apetito sensitivo, quæ consistunt in medio rationis, cujus rectitudo est per recessum ab utroque extremo, et tale medium præscribitur a prudentia. Y entiéndese de las infusas y adquisitas morales, quia virtus infusa moralis est in eodem subjecto, quo adquisita, et versatur circa eandem materiam, et attingit idem medium rationis, secundum regulam, etc. ([1]), las cuales, abrazadas y trabadas entre sí, hacen firme y estable el edificio. Son de cedro, que ni crían carcoma ni les entra polilla, y por esso, firmes y perpetuas.

A estas vigas mayores se juntan las otras, que la Esposa llama LAQUEARIA, que comúnmente se dicen zaquizamís, obra curiosa y de buen parecer, hechos muchos lazos en ella. Estas son las passiones del ánima, moderadas y regidas de las virtudes principales: son ira, temor, gozo, tristeza, dolor, esperanza, amor y desseo. Y es admirable trabazón y divina labor la que destas passiones se labra en el alma, cuando son bien ordenadas por las virtudes superiores: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Egidio, por estas casas del Esposo y de la Esposa entiende las conciencias de los fieles, ó las facultades del ánima: voluntad, entendimiento y memoria. Las vigas mayores dice que son las virtudes del Espíritu Santo; las menores, los dones de esse mismo Espíritu, que hermosean y sustentan el ánima olorosa y sin corrupción de pecado. Sea lo que fuere: ó signifique aquí el Espíritu Santo por estas casas las particulares iglesias en que Cristo mora y descansa (como lo quieren San Gregorio, San Bernardo, Hugo Cardenal, Santo Tomás, Haymón, la Glossa, Horozco, Próspero Roreto, Hortulano, Cosme Damiano y otros muchos), cuyas vigas mayores son los obispos, y las menores los sacerdotes ó los pueblos, que en esto hay variedad entre los doctores; ó signifique las mentes ó el ánima y el cuerpo, como habemos dicho, que á estas dos interpretaciones se reducen todas: almas, digo, ó iglesias, virtudes ó prelados, lo que á mí se me representa en este lugar de más consideración es que la recomendación destas cosas no la toma la Iglesia de la multitud y preciosidad de las alhajas, que no hay en ella, como veremos, más que una camilla pobre, aunque olorosa; ni de la firmeza y fortaleza de las paredes; ni del assiento; ni de otras co-

---

([1]) Después de indicar los diversos modos con que los intérpretes han leído este texto, aduce las palabras del P Suárez: «El cedro es símbolo de perpetuidad y de incorrupción, y su madera es odorífera y muy recomendada para la construcción de los edificios por estas buenas cualidades». Semejante le es el ciprés, pues ni en uno ni en otro entra la carcoma, por cuya razón en la Sagrada Escritura se habla de ambos para simbolizar cosas nobles, como las indicadas más arriba. Quieren, pues, significar estas palabras que la Iglesia de Cristo no sólo es bella y de aspecto grato, sino de consistencia y duración perpetuas. Y por eso San Pablo la llama ciudad de sólidos fundamentos, cuyo arquitecto y fundador es Dios. Por estas maderas y artesonados entienden otros, según se halla en Teodoreto, la piedad y la religión, que son eternas y son el mejor ornamento de la Iglesia.

([2]) «Habitaré dentro de ellos, y en medio de ellos andaré.» «¿Por ventura no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros?»

([1]) «Las virtudes... las cuales consisten en el medio entre los dos extremos, huyendo de ambos como lo aconseja la prudencia. Y esto se dice tanto de las adquiridas como de las infusas, pues unas y otras —hablando de las virtudes morales— versan sobre el mismo sujeto y se refieren á la misma materia y tienen la misma regla, la del justo medio, etc.»

sas que suelen lucir en los edificios, sino de solas las maderas, que, como habemos dicho, aunque de passo, son incorruptibles y perpetuas.

Vitruvio (en su libro 2 de *Architectura)* dice que el ciprés y el nebro y el cedro se conservan sin corrupción por largos años; porque aquella goma que tienen amarga no da lugar á la carcoma ni á otros gusanillos que suelen roer la madera. Y lo mismo dice Plinio (lib. VI *Naturalis historiæ*, cap. IV). De donde vinieron San Hieron. *(Super Isai.*, cap. XX) y San Gregor. (lib. XXXII *Moral*, cap. XII) á decir que el cedro, por su fineza y perpetuidad, significaba los santos ángeles y las almas bienaventuradas, plantadas en aquella frescura y verdor de la gloria. Confirman su sentencia con lo que dijo el Profeta Ezequiel (*Ezech*., XXXI, 8): «Cedri non fuerunt altiores illo in paradiso» ([1]). También en el cedro es significado el varón justo, por su fecundidad y abundancia de frutos. «Justus ut palma florebit, dice el Profeta: sicut cedrus Libani multiplicabitur» (*Ps. 91*, 13) ([2]). También significa eternidad, y por esso mandó Dios que el arca del Testamento fuesse de cedro; porque en las amistades y conciertos entre Él y nosotros nunca falta por parte de Dios, sino por la nuestra.

Esto mismo que habemos dicho del cedro decimos del ciprés, que, aunque fué jeroglífico de la muerte y de la desconfianza—pues para significar la que tenían los gentiles de no ver más á sus difuntos colgaban un ramo de ciprés á la puerta de sus casas, porque este árbol cortado no brota ni vuelve en sí, y hacían arcas ó cajas desta madera para enterrar los muertos; assí dijo Lucano (Tucídides, libro *Hist.):*

«Et non plebejos luctus testata cupressus» ([3])

—; con todo, significa perpetuidad y firmeza. En cuyo argumento trae Plinio, que en su tiempo se halló la estatua de Júpiter en Roma, después de seiscientos y sesenta y un años de su formación, entera y sin corrupción alguna. Y Platón, por lo dicho, manda que las tablas en que se habían de escrebir los decretos y leyes de la República fuessen de ciprés, ad perpetuam rei memoriam [para recuerdo perpetuo]. Tanta es la virtud del cedro, que untadas las demás maderas que fácilmente se suelen corromper, con un aceite que se saca dél, nunca para siempre les entra carcoma ni se corrompen. Por esta razón el sapientíssimo rey, en el edificio del templo y en su real palacio, la principal madera que gastó fué de cedro *(III Reg.*, VI y VII, *passim*). De aquí le vino á la Esposa alabar su casa de madera, para significar su firmeza y perpetuidad. Porque ninguna cosa se assienta más en los ánimos de todos los mortales que este desseo y apetito de perpetuarnos y eternizarnos. Llévanos fortíssimamente tras de sí, y es un cebo gloriosíssimo para los hombres asegurarles el bien de que gozan, diciendo que es eterno.

Y, á la verdad, no es mucho que apetezcamos lo eterno, pues tenemos ánimas eternas, cuanto á no poder para siempre morir. Esta perpetuidad á que todos anhelamos (¡ay de nosotros, con cuán poca razón en las cosas transitorias!) no se halla sino en las casas del Esposo, adonde Él mora y tiene sus regalos. Lo demás de passo va, y de cualquiera manera que sea le entra la polilla, carcoma de la enfermedad y muerte. Que, como dijo el otro poeta, á las piedras no perdona:

Miraris periisse omnia? monimenta fatiscunt,
Mors etiam saxis, et sua fata veniunt ([1]).

Todas las cosas desta vida se acaban.

Y el Apóstol *(Rom.*, VIII, 20) dijo: «Vanitati subjecta est *omnis creatura*»; id est, corruptioni. Todas las criaturas están sujetas á corrupción; no hay casa de cedro y ciprés sino la del Esposo, adonde las honras son perpetuas, la vida, las riquezas, los contentos, la hermosura, la salud y los bienes todos. Fuera desta casa, todo caduco, todo perecedero, todo de passo, y aun de vuelo. «Quasi aquæ dilabimur» *(I Reg.)* (*sic*) (*a*) Et:

([1]) «En el paraíso de Dios no hubo cedros más empinados que él «

([2]) «Florecerá como la palma el justo, y descollará cual cedro del Libano.»

([3]) ... y puede el ciprés, en su mudo silencio, dar fe de muertes y desgracias las más sensibles...

(*a*) Son estas palabras de *II Reg.*, XIV, 14.

([1]) ¡Qué! ¿Te admiras que todo se desmorone y perezca? Derrúmbanse los más sólidos mausoleos; ¡aun á los duros peñascos no les perdona la muerte!

«Præterit figura hujus mundi» *(I Corint.*, VII, (*sic*) (*a*) ([1]). Pero, porque, como dijo San Pablo *(II Corint.*, IV, 18), lo eterno no lo alcanzan los ojos de los mortales, «quæ non videntur, æterna» ([2]), etc. *(Eccles.*, I, 14), y eterno, fuera de la casa de Dios, no se halla. Quien quisiere tener algún sabor de eternidad y de incorrupción y de olor del cielo, entre en ella, que las vigas son de cedro y los zaquizamís de ciprés, que, á mi parecer, interpretando este lugar sinceríssimamente y sin allegorías, significan las virtudes en el ánima Esposa de Cristo, quibus perturbationum et vitiorum corruptionis expertibus, con las cuales, porque no pueden corromperse con los vicios y perturbaciones de la vida, exornatur Ecclesia, earumque fragrantia simplici consperguntur, qui animæ sensus habent exercitatos ([3]). Y Psello concluye el capítulo, diciendo: «Quæ quidem omnia tu pro virtutibus accipe, quibus, animam Verbum adveniens, adversus ventos, et imbres, et flumina, id est, contra tentationes munit» ([4]).

Mora Dios en el alma llena de virtudes de mejor gana que en el cielo.

Casa hermosa, cuyas maderas son de cedro y de ciprés: virtudes con perpetuidad, incorrupción, olor bueno. En ella mora el divino Esposo *de buena gana*, como en el mismo cielo, y si dijere *de mejor*, no erraré, pues por ella crió el cielo y todos los cielos.

(*a*) Debe corregirse esta cita, leyendo así: *I Cor.*, VII, 31.

([1]) «Todos morimos y nos deslizamos como el agua sobre la tierra»... «La escena *ó apariencia* de este mundo pasa *en un momento.*»

([2]) ... «las cosas que no se ven, son eternas.»

([3]) ... que sirven de ornato á la Iglesia, á la que embalsaman con la suavidad de sus perfumes, emanados de la mortificación y sujeción de los sentidos.

([4]) «En todos estos símiles y metáforas no dejes de ver significadas las virtudes por medio de las cuales, al venir el divino Verbo al alma, la fortalece y defiende contra los vientos, lluvias, y torrentes, es decir: contra todo género de tentaciones.»—La interpretación que más generalmente dan á este texto los Expositores es que por las palabras de este versículo se significa principalmente la Iglesia Católica que obra en muchas iglesias particulares, reunidas todas bajo el Romano Pontífice, antro de la unidad.

* ARTÍCULO VI

Consideración de cómo el ánima es casa de Dios, y cuán de buena gana viene y mora en ella ([1]).

De lo que queda dicho se colige que el ánima racional se llama y es casa de Dios y templo suyo, adonde no solamente mora, sino que se passea y tiene sus deleites, que es lo que de San Pablo alegamos *(II Corint.*, VI, 16): «Inhabitabo in eis, et inambulabo in eis.» Gran capacidad y anchura la del ánima racional, pues hay en ella lugar para la habitación de Dios y para su passeo *(Prov.*, VIII, 22).

San Bernardo (serm. 6 in *Cant.)* dice: «Ninguno de los espíritus criados por sí se puede aplicar á nuestras ánimas, ni infundirse de manera en ellas que por la participación dél seamos hechos doctos ó más doctos, buenos ó más buenos.» De ninguno de los ángeles, ni de las demás ánimas, es capaz mi ánima, como lo es de Dios: de sólo Él es esta prerrogativa; ella es templo suyo y morada suya, y no del ángel, ni del arcángel, ni del querubín ó serafín ó de otro algún espíritu; sólo Dios se cuela y se resbala y embebe en ella; sólo se junta á ella, y se une de suerte que sean los dos un espíritu. Muchas veces son enviados los ángeles para que traten y hablen con las almas; pero no hacen esso entrando dentro, sino de fuera. «Immittet angelus Domini in circuitu timentium eum» *(Ps. 33,* 8) ([2]). El ejemplo está claro en el cuerpo, que es templo del ánima como ella lo es de Dios. Al cuerpo se puede acercar el ángel y entrar en él; pero no informarle ni unirse con él como se une el ánima, de manera que le dé vida, sentido, vigor, fuerza y hermosura, y que constituya con él un supuesto ó persona. Dios se une al ánima en que mora de suerte que, aunque no es forma suya, la vivifica. Dale vida, dale sentido, dale vigor, dale hermosura y, finalmente, es lo que el ánima al cuerpo, aunque con mayor perfección; por lo cual muchos santos y doctores llamaron á Dios ánima del ánima.

([1]) Téngase en cuenta lo que en la pág. 288 dejamos dicho respecto al epígrafe del artículo.

([2]) «El ángel del Señor asistirá alrededor de los que le temen.»

Pero ¿quién podrá apreciar ni estimar las riquezas de aquel ánima en quien Dios por su gracia mora? Vemos algunas veces unas nubes negras y espessas, turbias y espantosas;—al fin, vapores viles de la tierra, espessados en el aire—, súbitamente embestidas y rodeadas de los rayos del sol, quedar tan hermosas, tan resplandecientes, tan diáfanas y bellas, que causan verdaderamente grande admiración. Assí le sucede al ánima donde entra Dios: que estando sin Él fea, asquerosa y abominable, con su presencia queda más hermosa que el mismo sol y que el cielo impíreo, como ya probamos. ¡Oh, si el ánima en este estado se viesse! ¡Con cuánta facilidad despreciara todos los deleites y recreaciones del mundo, y todo lo hermoso y de codicia que hay en él lo tendría por estiércol! *(Pilip.*, III, 8). «Domine, decía el Profeta (*Ps. 25*, 8), dilexi decorem domus tuæ, et locum habitationis *regni tui* ([1]).

Pero ¡con cuánto temor y vigilancia se había de guardar el justo de que en su ánima no se hallasse alguna cosa torpe ó indecente que pudiesse ofender los ojos del divino Esposo que dessea morar en ella! Grande honra es ésta; pero no es menor el peligro. «An nescitis, dice el Apóstol (*I Corint.*, III), quia templum Dei estis, et Spiritus Sanctus habitat in vobis?» (*sic*) (*a*). Y síguesse luego: «Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá.» No pudo sufrir que en el de Jerusalén se vendiessen palomas y otras cosas, de que se ofrecían sacrificios, sino que con azote en la mano echó dél á los que compraban y vendían *(Joan.*, II, 15), ¿y sufrirá que en su casa espiritual, que es el alma, se traten cosas indecentes, y que como en caballeriza tengan lugar los jumentos y las demás bestias ó bestiales apetitos? ¿Sufrirá que tenga Dagón allí su silla, no le habiendo consentido tenerla junto al arca del testamento (*I Reg.*, III, 3, 5)? ¿Qué tiene que ver, clama el Apóstol *(II Corint.*, VI, 16), el arca de Dios con los ídolos? ¿Qué la luz con las tinieblas? ¿Qué Cristo con Belial? ¿Por ventura morará el Espíritu Santo con el ánima profanada con tales huéspedes? «Spiritus enim Sanctus disciplinæ effugiet fictum, et auferet se a cogitationibus, quæ sunt sine intellectu» *(Sap.*, I, 5). Los pensamientos malos echan á empellones al Espíritu Santo del alma, y en ninguna manera tiene lugar adonde le tiene el pecado. ¡Ay de ti si huellas al Hijo de Dios, y atropellas su sangre, y haces agravio y afrenta al Espíritu de su gracia, que no pagarás menos que con la eterna muerte!

Adonde hay pecado no puede morar Dios.

En faltando Dios desta casa luego es hecha casa y morada de dragones y pasto de avestruces, y los salvajes se convidan unos á otros, y entran en ella, y moran en ella. Pero, Señor, teniendo Vos en el cielo palacios tan espaciosos, tan ricos y tan vuestros, tan hermosos, tan bellos, tan ilustres, tan perpetuos y resplandecientes *(Isai.*, XXXIV (*sic*) (*a*): potestades, principados, dominaciones, querubines y serafines, en que podéis morar, y de hecho moráis, ¿cómo ó por qué os dignáis de venir á estas chozas pajizas, á estas casillas rodeadas de barro, para entrar y morar en ellas? ¿Qué cosa es el hombre que así le engrandecéis? Si tenéis tronos sobre que asentaros, ¿á qué propósito buscáis el barro de los hombres? En el *Exodo* se lee que Moysés y los setenta *viejos* que subieron con él al monte vieron á Dios en un trono hecho de adobes transparentes y de color de cielo cuando está más sereno, y allí tenía su gloria *(Exod.*, XIX). No sé cómo me diga lo que siento: siento lo que no podrá con satisfacción explicar mi lengua. Es tan grande el desseo que el Esposo celestial tiene de entrar en un ánima y aposentarse en ella, que parece salir ya de los términos de la razón humana. Es tanto, que se atreven algunos á decir que es este como natural centro suyo, en que la divinidad mora y descansa. «In omnibus requiem quæsivi», etc. *(Eccl.*, XXIV, 11, 12); ... et qui creavit me, requievit in tabernaculo meo.

(a) Más arriba, pág. 321, al citar estas mismas palabras, se hace referencia al capítulo VI, 19, de donde están tomadas, aunque algo variadas, según allí notamos; aquí se hallan en las mismas otras variaciones. El texto de la *Vulgata* dice: «An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est..?»

([1]) «¡Señor, yo he amado el decoro de tu casa, y el lugar donde reside tu gloria!»

(a) Debe ser errónea la cita de este capítulo. Más acertada es la siguiente: *Isai.*, VI, 1 sigs.

El que crió el alma reposa en ella, porque la crió para su reposo, y en ninguna de las demás cosas parece que le tiene. A lo menos lo que vemos al ojo en las cosas naturales es que naturalmente son llevadas á su centro con tanto ímpetu, que en ninguna parte descansan hasta llegar á él. Y Dios, ¿á dónde reposa y halla descanso? El principal tiene dentro de sí mismo, y después déste, en el alma santa. Salomón, después que edificó en Jerusalén una casa real y un palacio suntuosíssimo, edificó en el bosque del monte Líbano una casa de placer para cazar y para otros entretenimientos de campo (*III Reg.*, VII, 1, 2, sigs.) de que gozan los reyes y grandes, libres de los negocios y ocupaciones de las ciudades. Lo mismo leemos en Isaías (*Isai.*, LVII, 15) que hizo nuestro gran rey Dios. «Hæc dicit *sublimis, et Excelsus* habitans æternitatem...; et cum *humili et contrito* spiritu, ut vivificet spiritum humilium, et vivificet cor contritorum.» El que es eterno mora en su eternidad, mora y descansa en sí mismo, y tiene casa de placer en el mundo: la casilla pobre del ánima humilde y quebrantada con dolor de haber pecado, para sanarla y darle vida.

Todas las cosas buscan su centro y van á él, y Dios al del alma santa.

Ya dijimos en otra parte que el alma en gracia era ciudad de Dios; pero no dijimos lo que Isaías dice (*Isai.*, LXII, 4): «No quiero que de hoy más te llames ciudad desamparada ni destruída, sed vocaberis voluntas mea in ea.» Ciudad de placer para mí; ciudad en que yo moro á mi gusto, *llamarte has mi voluntad en ella.*

Pues si este es el centro de Dios, ¿qué mucho que procure venir á él con grande afecto y con el ímpetu que todas las cosas buscan el suyo? Si los cuerpos graves caminan con tanta velocidad al lugar destinado por natnraleza para su quietud; si el viento encerrado en las entrañas de la tierra, por irse para su esfera, es causa de tantos terremotos, y en la mar, de tantas tempestades; si el fuego, cebado en la pólvora, derriba los castillos fuertes y los muros, al parecer, inexpugnables, por subir á su centro, ¿con qué desseo, con qué ansia, con qué ímpetu caminará el sumo y vivificador Espíritu por llegar á una alma sencilla, pura y humilde, siendo verdad que por ella crió los cielos y la tierra, la mar, los vientos y todas las otras cosas corporales, y, lo que es más, bajó del seno del Padre en el vientre de la Virgen, y, hecho hombre, murió por lavarla, santificarla y hermosearla con su sangre? Qui potest capere, capiat [quien pueda entenderlo, que lo entienda].

Lo que sé decir es que importa mucho entender bien este discurso; con el cual doy fin á este tratado y primero capítulo de los *Cantares*, sujetando todo lo dicho á la censura y juicio de la santa Iglesia romana, colu[m]na y firmeza de toda verdad, casa del Esposo labrada de maderas de cedro y de ciprés, incorruptibles, que denotan su perpetuidad y el buen olor de sus virtudes, la pureza y santidad de sus ministros, adonde tan solamente se halla lecho florido para el divino Esposo; que vive y reina en los cielos y en las almas limpias, en los siglos de los siglos. Amén.

HÆC PRO PRIMO CAPITULO [Hasta aquí el primer capítulo].

CANTICI CANTICORUM

CAPUT II

PROSEQUITUR SALOMON IN HOC CAPITE

CONTENTIONEM LAUDATORIAM SPONSI ET SPONSÆ (*)

Los cuales ambos alternativamente se hacen grandes caricias y regalos. Especialmente el Esposo favorece de manera á la Esposa, que toda absorta y transformada en el amor de Él, viene á desmayarse y pedir buenos olores para volver en sí; mándásele guardar el sueño como á enferma.

LECTIO PRIMA

Sponsus: Ego flos campi, et lilium convallium *(Cant.*, II, 1) ([1]).

* ARTÍCULO PRIMERO

Prueba que habla aquí el Esposo y disimuladamente corrige á la Esposa, deseosa del descanso contemplativo, que se da como premio de grandes fatigas.

Dúdase entre los doctores qué persona sea la que aquí habla. Gregorio Nisseno, San Máximo, Neilo, Psello, Jacobo de Valencia, Cosme Damiano y otros antiguos tienen que es la Esposa. Su razón no me satisface; y assí me parece, con San Teodoreto, San Jerónimo, Orígenes, el venerable Beda, San Gregorio, San Bernardo, Hugo Cardenal, Santo Tomás, Haymón, Egidio Romano, la glossa ordinaria, Genebrardo, Próspero, Hortulano y los demás comentadores griegos y latinos, que estas son palabras del Esposo, que se le representa y pinta á la Esposa muy galán, hermoso y bello, como la flor del campo y el lirio ó azucena de los valles, que Salomón en toda su gloria no llegó á estar tan curiosamente vestido como ellas, para por este camino atraerla más á su amor, que, como dijo Platón, es desseo de hermosura,

([1]) Lección primera.—Habla el Esposo, y dice: «Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles.»

([1]) **Ego flos campi, et lilium convalium.**

Comparatio est amatoria, sicut in persona Sponsi, sive Sponsæ. Vide Ambrosium (in illa verba Christi—*Math.*, VI, 28, et *Luc.*, XII, 27—: *Considerate lilia agri*, lib. III); Examer. (capitulo VIII et XVII, super illud *Gén.*, XXVII, 27: *Sicut odor agri pleni)*; Lactantius (libro IV *Divin. institut.*, cap. XIII: «filium florem appellavit»), et Dyonis. (de *Divin. nomin.*, capítulo II, p. 1). «Est autem, ait P. Suarez, lilium flos pulcherrimi candoris, sex fere habens folia (senarius vero numerus perfectus)

([1]) «Yo soy la flor del campo». Comparación es ésta muy propia de amantes, y cuadra bien en los labios del Esposo, lo mismo que en los de la Esposa, (Véanse los autores citados). «Es el lirio, dice Suárez, una flor de hermosísima blancura, que tiene seis hojas—el número seis es perfecto—, flor que los hebreos llaman *susanim*». Por eso el Salmo cuarenta y cuatro, muy semejante en el argumento á este libro, se titula: Salmo de los lirios (ó en alabanza del Amado, como se lee en la *Vulgata)*; de aquella palabra hebrea se deriva la palabra castellana *azucena*, que es la propia traducción del *lilium*, que dice la Sagrada Escritura, y no la palabra *lirio*, como muchos, por la semejanza del nombre, han creído erró-

(*) Capítulo II del Cantar de los Cantares, en el cual prosigue Salomón exponiendo en la misma forma dialogada que en el primero las alabanzas y excelencias del Esposo y de la Esposa.

et vocatur ab Hebræis, *susanim*. Unde *Ps. 44*, qui idem habet argumentum cum hoc carmine, inscribitur: «Pro liliis»; (*a*) unde fluxit vox hispana *azuzena* magno eorum errore, qui similitudine nominis decepti, putant lilium florem esse, quem vulgo appellamus *lirio*, cum is flos propter colorum varietatem et arcus cœlestis similitudinem, iris appellatur; auth. Dioscoro (lib. I, cap. I).

Commendavit autem Dominus lilii pulchritudinem apud *Matthœum*, cap. VI. Est ergo flos campi; id est, omnibus expositus, ut eo fruantur quicumque velint; ut campus pro hoc mundo accipiatur. Ut *Math.*, XIII, 38: Ager est hic mundus. Est etiam flos pulcherrimus natus de radice Jesse *(Isai.*, XI). Et flos campi; id est, in utero Virginis natus, sine humana opera, quomodo nascuntur flores in campo. Est etiam similis lilio convalium, id est, quod gaudet convalibus, propter humorem et aquam. Est autem similis lilio pulchritudine, odoris suavitate, et multiplici utilitate. Recte autem notavit Titelman, quod in flore lilii color duplex sit. Foris enim folia floris ipsius albissima sunt: intus autem quasi de medio floris, trinus apparet radius coloris flavissimi, et plane aurei. In quo quid prohibet Christi simul humanitatem, et divinitatem signari? Foris namque apparens lilii candor, ejus purissimam signat, quam assumpsit et circunvestivit, humanam naturam. Intus autem occultatus color aureus divinam significat naturam, quæ sub humana occultabatur. Illud etiam notandum est, id quod noster interpres vertit: EGO FLOS CAMPI; nam similiter vertunt Septuaginta, et Pagninus. Quosdam sic vertere, propter ambiguitatem vocis: Ego rosa Saron, id est, quæ nascitur in planitie Saronia. Est autem Soranites planities a Joppe ad Cæsaream usque; auth. Hieron. de locis Hebræis, cujus mentio fit *Isai.*, XXXIII. In qua planitie pulcherrimæ rosæ nascebantur: nam sæpe in divinis litteris similis phrasis invenitur, nam ponitur Cedrus Libani pro Cedro pulcherrima.

A San Bernardo, á Hugo Cardenal y á Genebrardo les parece que en estas palabras corrige el Esposo la petición de la Esposa, en esta forma: Ella le convidó con el lecho florido, por el cual interpretamos el sossiego y la quietud de la contemplación, y Él la llama al desassossiego y trabajos del campo; esto es, á la vida activa, en que se trata del bien de los prójimos y á que está muy aneja la inquietud, las molestias y contradicción de los malos que resisten y contradicen al Evangelio. San Bernardo (serm. 5 de *Assumpt. B. Mar.)* dice que es mucha razón que la vida ac-

La vida activa ha de preceder á la contemplativa.

(*a*) Es aventurado afirmar ó negar si en tiempo del P. Angeles llevaría este título; en la *Vulgata*, no se halla hoy. Más bien parece errata de imprenta, de las muchas en que abunda esta edición de la obra del P. Angeles, que ahora reproducimos corregida; hoy se lee en el encabezamiento del Salmo: In finem, pro iis qui commutabuntur, *filiis* Core, etc.

---

neamente, puesto que éste, por la variedad de sus colores y por la semejanza que tiene con el *arco iris*, recibe de aquí su nombre, etimológicamente.

Muy encarecidamente ponderó nuestro Señor la belleza de esta flor, como puede verse en San Mateo. Con mucha razón, pues, se dice que Él es la *flor del campo*, es decir, para provecho y recreo de todos cuantos quieran aspirar sus aromas; entendiendo aquí *campo* equivalente á mundo, como en aquella parábola del evangelio (San Mateo, XIII, 38). «El campo significa el mundo». Él también, Jesús, es *la flor nacida de la raiz de Jesé, y la flor del campo*, á saber: nacido de la Santísima Virgen por solo obra ó virtud de Dios, sin intervención humana, como las flores silvestres nacen en los campos. É igualmente es *azucena de los valles*, que recibe en sí y recoge el agua de los arroyuelos y guarda mejor la humedad y la frescura. Y es semejante á esta flor en la belleza, en la fragancia del aroma y en las ventajas ó utilidades que proporciona.

Tiene la azucena, como hizo notar muy bien Titelman, dos colores. Por de fuera las hojas son de una extraordinaria blancura, y por dentro, como arrancando del centro de la flor, tiene tres hilitos de color amarillo y como de oro. ¿Quién no ve en esto significadas la humanidad y la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo? Porque la blancura exterior de aquella flor representa su purísima y sacratísima humanidad, de que por amor nuestro se revistió; así como el color amarillo y aurífero significa la Divinidad que dentro y como oculta se hallaba encerrada en su humanidad. Advertimos, en fin, que lo que el intérprete latino y los Setenta tradujeron: *Yo soy la flor del campo*, algunos lo han interpretado así: Yo soy la rosa de Sarón,—la que nace en el valle de Sarón, el cual se extiende desde Jope hasta Cesárea, según San Jerónimo—, y en el cual nacían rosas bellísimas; siendo esta frase equivalente á decir: rosa hermosísima, como se dice: *cedro del Líbano*, por *cedro esbelto y el más hermoso*.

tiva preceda á la contemplativa; porque primero es la acción que la contemplación. Marta se inquieta porque María se suspenda y goce; la una trabaja para que la otra descanse; aquélla se turba para que ésta tenga la paz desseada; Marta ocupada en muchas cosas; María atenta á una sola *(Luc.*, X, 40-2). Cualquiera, pues, que quisiere venir á la inteligencia de las cosas soberanas, necessariamente ha de ejercitarse de antemano en buenas obras, según que se escribe: «Fili, concupiscens sapientiam, *serva* justitiam, et Deus præbebit illam tibi ([1]) *(Eccli.*, I, 33).

«Delicado sueño, dice Bernardo, el de aquella alma que, sin el ejercicio de las virtudes, quiere dormir con el Esposo en la cama florida de la contemplación.» Cuanto mas cansado del trabajo del día, más profundamente descansa y duerme el labrador. Una mosca los despierta á los que, despreciados los cuidados y fatigas de Lía, sólo buscan los abrazos y sueño de Raquel. Y ¿no es pervertir el orden querer el premio antes del mérito y la comida antes del trabajo? «Quien no trabaja, dice el Apóstol *(II Thes.*, III, 10), no coma.» Y el Profeta santo dice *(Ps. 118*, 104): «A mandatis tuis intellexi» ([2]). Para que entienda cada uno que en ninguna manera se le concederá el gusto de la contemplación si no precede en él la obediencia de los mandamientos de Dios. Al fin, primero que se pida el lecho quieto y pacífico se ha de salir á la labor de la flor del campo y lilio de los valles, que es Cristo.

San Buenaventura (en el *Vita Christi*, capítulo LVIII) (*a*) dice que no siempre se ha de vacar á Dios por la contemplación, aunque absolutamente sea esto lo mejor; porque algunas veces se ha de dejar este ocio santo y se ha de salir á la inquietud de la vida activa. Especialmente pone tres causas por las cuales se debe dejar el un ejercicio y tomar el otro. La primera, por ganar almas á Dios, por las cuales bajó del cielo y murió. Y, como dijo San Dionisio, de todas las cosas divinas, la divinissima es obrar juntamente con Dios en el trato de las almas. Y assí, cuando lo pidiere la salud de alguna, de buena gana se ha de dejar la contemplación, como lo hizo Moisés, que dejó al mismo Dios en el monte por bajar á su pueblo, que le tenía ofendido. La segunda causa de este trueque es la obligación del oficio, que siendo prelado habéis de acudir á vuestros súbditos, aunque para ello se hayan de perder á tiempos los gustos de la contemplación y oración. De esso se quejaba San Bernardo, diciendo (Bernard., serm. 52 in *Cant.)*: «Rara satis mihi ad feriandum a supervenientibus conceditur hora». Y en otra parte: «Patienter avellor ab infæcundæ Rachelis amplexibus, ut de Lya mihi exuberent fructus profectuum vestrorum. *Charitas enim non quærit quæ sua sunt*» sed quæ aliorum (*I Cor.*, XIII, 5) ([1]).

La tercera causa desta permuta es cuando, según que lo tiene de costumbre, apartándose el Esposo, el ánima no siente as acostumbradas visitaciones y consolaciones. Va y viene el Esposo, como veremos, como le da gusto y le parece convenirnos, y en este tiempo el ánima está como lacia y enferma con el gran desseo de verle; llámale, y con todas sus fuerzas procura revocarle y traerle á sí, diciendo: REVERTERE ..; DILECTE MI *(Cant.*, II, 17). Si no responde, pide el favor de los compañeros, que son los ángeles santos. ADJURO VOS, FILIÆ HIERUSALEM, UT SI INVENERITIS DILECTUM MEUM, ANNUNTIETIS EI, QUIA AMORE LANGUEO ([2]) *(Cant.*, V, 8). Y si ni desta manera, llamado y rogado, se digna de venir, sabiendo

---

(*a*) Aunque generalmente se ha atribuído esta obra al Seráfico Doctor, sin embargo, los editores de su OPERA OMNIA, que hemos tantas veces citado, fundados en que el códice más antiguo que se conoce, del siglo XIV, lo atribuye á San Anselmo, la rechazan como espúrea. Véase tomo X, *disert.* I, pág 28, núm. 86.

([1]) «Hijo, si deseas la sabiduría, guarda los mandamientos, y Dios te la concederá.»

([2]) «De tus mandamientos saqué *gran* caudal de ciencia.»

([1]) «La multitud de negocios que sobre mí pesan, apenas me deja una hora libre para el descanso de la contemplación.» Y en otra parte: «Por atender á vuestro provecho (habla á sus súbditos), no puedo, tanto como quisiera, gozar de la suavidad de la contemplación, figurada por la hermosura y dulce trato de Raquel, sino que he de fatigarme, como Lía, trabajando por vosotros, pues la caridad, según el Apóstol, no busca sus utilidades y provechos, sino que se sacrifica con gusto por el bien de los demás »

([2]) «Vuélvete *corriendo*..., querido mío.» «Conjúroos, oh hijas de Jerusalén, que, si hallareis á mi amado, le noticiéis cómo desfallezco de amor.»

el ánima ser esta la voluntad del Esposo, conviértese á la vida activa, para assí dar frutos al Esposo; porque no conviene que el contemplativo sea perezoso, ni dado á ociosidad. No la quiere en su Esposa el que dice: EGO FLOS CAMPI, ET LILIUM CONVALIUM. «Yo soy flor del campo, y lilio de los valles.» En su Evangelio se comparó al tesoro escondido en el campo *(Math.*, XIII, 44), significando en esto trabajo, solicitud y cuidado, que nunca faltó ni á los labradores ni á los que se ocuparon en sacar tesoro.

Cristo es flor de todos y para todos; pero lilio ó azucena, de pocos.

Pero es de consideración que no dice el Esposo: «Yo soy flor de los huertos, sino del campo; por que se entienda que es de todos, y en particular de cada uno que la quisiere coger. Las flores de los cercados son de solos sus dueños, y ellos solos pueden gozarlas; pero las del campo, á ninguno se niegan, cada uno es el dueño y puede cogerlas y aprovecharse dellas. Assí es Cristo flor de todos y para todos. «Clara est, dice Salomón *(Sap.*, VI, 13-5), et quæ nunquam marcescit sapientia, et facile videtur ab his qui diligunt eam, et invenitur ab iis qui quærunt illam. Præoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat. Qui de luce vigilaverit ad illam, non laborabit: assidentem enim illam foribus suis inveniet» ( ).

Escondido está este tesoro, como dijo San Mateo, no en alguna fortaleza ó lugar inaccesible, ni cercado de muralla fuerte, sino en el campo. Es necessario salir para hallarle, y hálliale fácilmente quien con fidelidad le busca; porque en cuanto tesoro y flor, está en el campo, es para todos y puédele hallar assí el pobre como el rico, assí el sabio como el ignorante, assí el gentil como el judío. Que, como dijo San Pablo á su Timoteo *(I Timoth.*, I, 15; II, 4), todos quiere este Señor que se salven y que vengan en conocimiento de la verdad. «Et erit fons patens domui David, dijo Zacharias (*Zach.*, XIII, 1), in ablutionem peccatoris, et menstruatæ.» Será fuente descubierta y patente para todos; todos podrán llegar á lavarse en ella, aunque sus pecados sean asquerosísimos por extremo, como lo son los paños del menstruo ó las mujeres en el tiempo de su purgación. Verdad es que si, como flor, es Cristo común para todos, porque por la fe todos tienen entrada en Él, y nació para todos, como dijeron los ángeles; y cuanto á la voluntad antecedente, que dicen los teólogos, quiere que todos los hombres se salven; en cuanto lilio ó azucena, como si dijéssemos (sic Eusebius), en particular y con eficacia y de hecho, de solos los humildes, significados por los valles. De manera que Cristo es general y es particular flor, de todos; lilio, de muy pocos. Es causa universal, que comúnmente influye todos los efectos de gracia en su Iglesia militante; pero este influjo general modifícanle en sí los humildes, á los cuales de[s]ciende la gracia y las influencias del cielo, como las aguas de los altos montes á los hondos va les. Mirabilis consequentia verborum præcedentium cum sequentibus. [¡Admirable trabazón de las palabras anteriores con las siguientes!] Convida la Esposa al Esposo á su camilla florida. como alzándose ó queriendo alzarse con Él, y dícele Él: EGO FLOS CAMPI, ET LILIUM CONVALIUM; id est, la flor por excelencia; yo soy, no para ti sola, sino para todos; no flor de lecho ni flor de huerto alguno, sino del campo; flor común para todos los que me quisieren.

Y no debemos tener en poco lo que muchos dicen «flor de Sarón», particularizando el campo adonde nace y se cría, tierra fertilíssima de pan y de vino, como dicen los hebreos, significando en esto los bienes y fertilidad grande que trajo Cristo á su Iglesia, como se puede ver en Isaías *(Isai.*, XXXV, 1-2), que dice, hablando de la Iglesia, colegida y ajuntada de los gentiles. «Lætabitur deserta et invia, et exultabit solitudo, et florebit quasi lilium. Germinans germinabit, et exultabit lætabunda et laudans. Gloria Libani data est ei, decor Carmeli, et Saron.» Et *Oseæ*, XIV, 6-7 scribitur: «*Ego* ero ros *Israeli*, et Israel germinabit sicut lilium, et erumpet radix ejus ut Lybani. Ibunt rami ejus», etc. (1).

---

(1) «Luminosa es é inmarcesible la sabiduría; y se deja ver fácilmente de los que la aman, y hallar de los que la buscan. Se anticipa á aquellos que la codician, poniéndoseles delante de ella misma. Quien madrugare en busca de ellas, no tendrá que fatigarse, pues la hallará sentada en su *misma* puerta.»

(1) *Entonces* «la región desierta é intransitable se alegrará, y saltará de gozo la soledad y florecerá como lirio. Fructificará copiosamente y se regocijará llena de alborozo y entonará himnos: se le ha dado á ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Sarón.» Y en Oseas dice el Señor: «Seré como

Cuadra admirablemente con lo dicho una translación bien recebida que dice: *Ego flos saturitatis*: «Yo soy flor de hartura», que la palabra hebrea significa hartura y campo. Y á la verdad, sólo Cristo es el que puede hartar, y de hecho harta, nuestras almas, y por esso entre los nombres misteriosos que los hebreos hallaron á Dios uno fué *Sadai*, que quiere decir suficiencia, ó el que solo basta, el que de ninguno tiene necessidad y todos la tienen dél; flor de hartura ó de satisfacción; como si dijéssemos, hartura florida, que recrea la vista y satisface al gusto.

Cristo es flor de hartura.

Las flores del campo apacientan los ojos y dejan el estómago vacío; Cristo, flor de hartura, todo lo llena, todo lo harta, todos los bienes causa en el ánima. Es el bien de quien dijo Proclo no participado de otro bien, y de quien todas las cosas participan la bondad que tienen.

* ARTÍCULO II

Cristo, nacido de la Virgen, es la flor del campo: recomiéndase la imitación de su humildad y caridad para gozarle más seguramente.

Ego flos campi.

San Jerónimo (sobre aquel lugar de Isaías (*Isai.*, XI, 1): *Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet)* dice que los judíos por esta vara y flor interpretan á Cristo; porque en la vara se declara su poder y reino, y en la flor, su hermosura. Pero él no quiere sino que en la vara se entienda la Virgen, Señora nuestra, y en la flor, Cristo nuestro Redentor, que, desta humilde doncella nacido, subió á la diestra del eterno Padre, con grande majestad y gloria. San Ambrosio (lib. III de *Virginit*, et lib. II de *Spiritu Sancto*, cap. V) dice: «Radix Jesse Patriarchæ familia est Judæorum; Virga, Maria; flos Mariæ, Christus, qui bonum odorem fidei toto sparsurus orbe, ex utero virginali germinavit, sicut ipse dicit: EGO FLOS CAMPI» (1).

San Bernardo interpreta por el campo el vientre de la Virgen, campo no labrado ni rompido por industria humana, sino por virtud del Espíritu Santo fecundo. Sí, que las flores en los campos ninguna labor reciben; Dios las cría y las riega y les da la hermosura. Lo mismo dice Ruperto, y yo digo que si la excelencia de la flor está en la hermosura, olor y fruto, que á ninguno de los hombres ni de los ángeles le conviene por excelencia llamarse flor del campo sino á Cristo, porque es hermosíssimo; tan hermoso, que en su comparación es fealdad toda hermosura; tan oloroso, que las doncellas corren al olor de Él; tan fructuoso, que de Él sólo se pudo decir: fruto bendito. Y no es fuera de propósito lo que Pitágoras dice de la flor: que tiene padre en el cielo y madre en la tierra. El padre, el sol, y la planta la madre. Lo cual cuadra muy bien á Cristo, que en el cielo tiene padre sin madre, y en la tierra, madre sin padre. San Bernardo [dice que es] flor por la fragancia y fruto por la suavidad y dulzura. Orígenes (hom. 3 in *Isaiam)* dice, con los hebreos, que Cristo es vara de la raíz de Jessé y flor dessa misma raíz: vara, para los pecadores que tienen necessidad de corrección y enmienda; flor, para los corregidos y enmendados. Y no quiero añadir á este lugar más de lo que Ricardo dice *(De comp. Christi ad florem)* desta vara y esta flor, que verdaderamente es admirable, de grande ingenio y mayor espíritu. «Virgo Dei genitrix virga est; flos, filius ejus.» ¿Con cuánta razón se dice la Virgen vara? Vara, digo, derecha, delgada y que llega hasta el cielo; vara flexible, vara florida y vara fructifera. Derecha, por la fe; levantada, por la esperanza; bien dispuesta y larga, por la longanimidad. Por la humildad, delgada; por compassión, flexible; por su concepción virginal, florida, y por su parto, fructífera.

La Virgen fué el campo de Cristo, flor del campo, y la vara de donde salió.

Pero veamos ya si le assienta al Hijo ser flor como á la madre ser vara. ¿Qué cosa más tenue que la flor? ¿Qué cosa más tierna? ¿Qué cosa más blanda? ¿Qué cosa más fácil y ligera? ¿Qué cosa más hermosa, de mayor fragan-

---

el rocío para Israel, el cual brotará como el lirio y echará raíces como un árbol del Líbano. Se extenderán sus ramos...», etc.

(1) La raíz del Patriarca Jesé es la raza ó linaje de los judíos; la *vara*, María, y la flor de María, Cristo Jesús, que viniendo á llenar el mundo con el suave olor de su nombre benditísimo y de su fe y virtudes, nació y brotó de la Virgen María, como él mismo dice: Yo soy la flor del campo.

cia ó más fructuosa? En la flor, ó de la flor, se saca la miel, y de la flor se coge el fruto, y es impossible éste cogerse si ella no precede. Si queréis abrazar una flor, ¡qué cosa más delicada! Si la apretáis, ¡qué cosa más tierna! Si la tocáis, ¡qué cosa más blanda! Si la queréis traer con vos, ¡qué cosa más liviana! Y ¿qué cosa más hermosa y grata á la vista? ¿Qué cosa más fragante al olfato? ¿Qué cosa más útil, si se considera su efecto? Al fin, consideramos siete cosas en la flor: tenuidad, ternura, blandura, ligereza ó levidad, hermosura, olor y utilidad. De lo cual podemos colegir lo que hace en el alma el Hijo de la Virgen cuando como flor se le representa y viene á ella. Es flor tenue para indignarse, tierno para condolerse, blando por mansedumbre, ligero en el señorío, hermoso en la conversación, oloroso en las promessas, útil en los premios. Es tenue en los azotes, tierno en las misericordias. «Lenis in donis, levis in præceptis, pulcher in exemplis, flagrans in promisis, fructuosus in præmiis. Hic flos factus est nobis medicina: in ipso mel et cera, in ipso potus et esca. Medicina in Redemptione, potus et esca in justificatione: mel et cera in glorificatione. Ex hac medicina sanitas sempiternæ incorruptibilitatis: ex hac esca, refectio internæ satietatis: ex hujusmodi potu, ebrietas æternæ securitatis: de illius cera, splendor summæ claritatis: in ejus melle dulzor indeficientis fælicitatis.» Hæc Ricardus. Luego muy á propósito viene llamarse el divino Esposo flor del campo: porque es común para todos, y porque se ha de trabajar para gozarle. Y es flor de Sarón, porque es la fertilidad y abundancia de la Iglesia y del alma adonde mora, y flor de hartura, porque sólo harta y satisface el apetito de la racional criatura. Y finalmente, lilio de los valles, porque solos los humildes sienten y gozan destos fructos.

San Buenaventura (in *Speculo Beatæ Mariæ*, cap. XII) (*a*) dice, con San Bernardo, Ricardo, San Jerónimo y San Ambrosio, que María es vara y Cristo, flor. «¡Oh cuán hermosa y blanca, dice, salió esta flor, naciendo sin pecado, y cuán encendido y colorado acabó la vida! Flor deleitable á los ángeles y provechosissima á los hombres.» Y San Bernardo (serm. *Assumpt.*, 2): «Flos est Filius Virginis, flos candidus et rubicundus, electus ex millibus. Flos in quem desiderant Angeli prospicere *(I Petr.*, IV) *(sic)* (*a*): flos ad cujus odorem reviviscunt mortui. Fælix sylva, quæ producit hujus floris virgam: sed fælix magis virga, quæ producit hunc florem in sylva: fælix super omnia flos, sine quo nulla virga, nec sylva fælix esse potest. Vere fælicissimus flos, in quo Spiritus Domini sic requievit, ut sine ipso nullus gratiam Spiritus sancti habere possit» ([1]).

Dícelo esto San Jerónimo por estas palabras (Hieron., lib. IV *Coment. in Isai.*, cap. XI, tomo IV): «Spiritus Sanctus qui in magna sylva humani generis requiem non invenit, tandem super hunc florem requievit, ita quod absque Christo, nec sapiens quis esse posset, nec intelligens, nec consiliarius, nec fortis, nec eruditus, nec pius, nec plenus timoris Domini. Hic flos quasi tot habet folia, quot sunt ministeria et exempla. Si hunc florem habere desideras, virgam floris præcibus flectas: si flos est nimis altus divinitate, virga flexibilis est pietate: et si flos est rarissimus, quia in cœlo, in terra non invenitur, nisi unicus: est tamen communissimus, tanquam flos non in horto clausus, sed in campo, omnibus transeuntibus expositus» ([2]). Por lo cual dice: EGO FLOS CAMPI.

(*a*) Acerca de esta obra, comúnmente atribuída á San Buenaventura, leemos lo siguiente: «Hoc opusculum certo tribuendum est Fr. Conrado de Saxonia... Confirmatur hoc claro testimonio cardinalis Joannis de Turrecremata, O. P., et multorum codicum »—Véase OPERA OMNIA, tomo X, pág. 24, número 37.

(*a*) Corríjase, leyendo: *I Petr.*, I, 12.

([1]) La flor, dice San Bernardo, es el hijo de la Virgen, flor candidísima y rubicunda, escogida entre millares Flor en quien desean mirarse los ángeles del cielo; flor que da vida á los mismos muertos. ¡Oh bienaventurado jardín, en cuyo suelo nació la vara de esta flor!; pero más dichosa aún esta misma vara que tal flor produjo; y sobre todas las cosas feliz y dichosa flor que es fuente de felicidad para la misma vara de cuyo tallo nació. Dichosísima sobre todo esta flor divina en la que de tal modo y con tal plenitud descansó el Espíritu Santo, que de él y de la plenitud de sus gracias la han de recibir quienes quiera que reciban la gracia del divino Espíritu.

([2]) En toda la multitud del género humano no halló el Espíritu Santo dónde descansar sino sólo en esta flor, de tal manera que sin Cristo ninguno puede llegar á poseer la inteligencia, ni el consejo, ni la

San Buenaventura *(Dieta salutis*, tít. VII, cap. I) (*a*) dice que esta flor del campo es la violeta, porque entre las flores es la más bella y de mayor consideración; porque tiene forma de ave, con su pico, alas y cola; es flor pequeña, preciosa y artificiosa, y tiene color de cielo. En el hebreo (como nota fray Luis de León en sus *Comentarios)* se llama esta flor *Hebaceleth*; su color es particular, y della se denomina el que llamamos violado; es graciosa á la vista y de lindo olor; significa la humildad, virtud particular de Cristo, como la llamó el Apóstol (*I Corint.*, XIII) *(sic) (b)*: «Libenter gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi», id est, humilitas (¹), como tiene una glossa (Torquemada). Tiene rostro, porque siempre se ocupa en las alabanzas divinas; cola, por la consideración del fin; alas, porque ella y la pureza son virtudes voladoras, que levantan el alma á Dios por altíssima contemplación; es pequeña en su reputación, cuanto más crecida en la de Dios, como la luna, de quien el Eclesiástico (*Eccles.*, XLIII, 7): «Luminare quod minuitur in conssummatione» (²).

(a) Véase lo que dejamos dicho en la pág. 281, col. 1.ª, nota *(a)*, acerca de esta obra atribuída á San Buenaventura.

(b) Léase: *II Cor.*, XII, 9.

Dice este doctor seráfico tantas cosas y tan admirables de la humildad, que no me atrevo á passar de aquí sin hacer una suma brevíssima dellas, por haber sumado Cristo en ella toda la justicia cristiana, como se colige de lo que dijo á San Juan, que rehusaba baptizarle *(Math.*, III) *(sic) (a)*: «Sine, inquit: sic decet, nos implere omnem justitiam.» Glossa: id est, humilitatem (¹). Y en su escuela redujo al método de la humildad toda la doctrina. Discite a me, quia mitis sum et humilis corde *(Math.*, XI, 29) [aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón]. Es la humildad breve escalera para subir á Dios, breve escuela para la sabiduría, camino breve para la gracia y virtudes; porque como camina siempre para el centro, huye del círculo y del rodeo y hace diámetro, y diametralmente passa el espacio y viene al término derecha y atajando. El ánima humilde, para agradar al Esposo se adelgaza y se mete en pretina ó cintura, como doncella hermosísima. Y para que de nuevo críe en ella la gracia, se aniquila; y para que la llene, se vacía. Humíllase para subir; encenízase para dar de sí buen olor; mortifícase para resucitar y tener vida.

La humildad, camino breve para ir á Dios y para alcanzar las virtudes.

Compárase la humildad á cinco piedras preciosas: al ametisto, que tiene virtud de reprimir la embriaguez, y la humildad, de reprimir la soberbia, que embriaga y saca de sí á los tomados della. Compárase lo segundo al jaspe, que ahuyenta las fantasmas, y la humildad, las fantasías y desvanecimientos de las honras temporales *(Eccli.*, XXXIV, 8). Lo tercero se compara al safiro, que reprime los tumores y hinchazones del cuerpo, y ella, los del corazón. «*Quia nec* infiatur, *nec* est ambitiosa» *(I Corint.*, XIII, 4) [porque ni se engríe ni es ambiciosa]. Lo cuarto se compara al oniquino, que vuelve invencible al que le trae, y esso mismo la humildad, porque el humilde todo lo vence, como el mancebo David venció por humilde al gigante soberbio *(I Reg.*, XVII, 49). Lo

La humildad tiene virtud de cinco piedras preciosas.

(a) Debe leerse así: *Math*, IV, 15.

fortaleza, ni la ciencia, ni la piedad, ni el temor de Dios. Bien podemos decir de esta flor que tiene tantas hojas cuantos son los sagrados ministerios y oficios en la Iglesia, cuantas son las virtudes y dones de las almas. Y para que tú merezcas llegar á poseer esta divina flor, cuida de merecer la protección y mover con tus ruegos á la Virgen piadosísima, vara fecunda de esta flor; pues aunque Jesús, por la alteza de su Divinidad, está muy encumbrado y parece inaccesible para nosotros, los ruegos de su Madre saben inclinarle en favor nuestro; si aquella flor es única y singular, porque ni en el cielo ni en la tierra tiene semejante, quiere darse, sin embargo á todos, como flor nacida en medio del campo, para recreo y utilidad de todos, no encerrada en un huerto, donde de pocos puede ser vista y donde pocos participen de la fragancia y suavidad de sus aromas. Por eso dice: «Yo soy la flor del campo.»

(¹) «Con gusto me gloriaré de mis flaquezas ó *enfermedades*», para que haga morada en mí el poder de Cristo (añade el P. Angeles: esto es, la humildad).

(²) «La luna... luminar, que luego que llega á su plenitud comienza á menguar.»

(¹) «Déjame hacer ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia». Añade la Glosa: «esto es, la humildad.»

quinto, la humildad es como el diamante, que como él hermosea al que le trae, assí ella á quien la possee hace hermoso y agradable en los ojos de Dios y de los hombres. Item, la humildad en cierta manera corre lanzas iguales con Dios, porque tanto recibe como Él le dá; porque á la medida de los dones son las gracias y la dilatación. «Vas admirabile, opus Excelsi» (*Eccli.*, XLIII, 2). Y bien admirable, pues del henchimiento ó plenitud nace la dilatación y el vacío. Y cúmplese en ella lo que está escrito (*Eccli.*, XVIII, 6): «Cum consummaverit homo, tunc incipiet»: «Cuando está más lleno, comienza á recebir». Es la hartura hambrienta que dice la Sabiduría (*Eccli.*, XXIV, 29). «Qui edunt me, adhuc esurient», etc.

La humildad y la soberbia siempre son contrarias en elegir.

Item, la humildad y la soberbia siempre eligieron diferentemente: la humildad, la mejor parte; la soberbia, la más ruin. La soberbia elige lo aparente y de fuera; la humildad, lo de dentro, como se vió en los fariseos, que todo cuanto hacían era por parecer. San Pablo y los apóstoles contentábanse con la gloria de la buena conciencia (*Math.*, XXIII, 8-12; *II Corint.*, I, 12). La soberbia escoge la corteza; la humildad, el meollo. La soberbia, las pajas; la humildad, el grano. La soberbia, las flores; la humildad, los frutos. Fructus ejus dulcis gutturi meo (*Cant.*, II, 3) [su fruto, dulce á mi garganta]. La soberbia, los montes; la humildad, los valles. En los montes hay sequedad, dureza, esterilidad y despeñaderos; en los valles hay aguas en abundancia, hay blandura, hay fertilidad y seguridad. El soberbio es indevoto, es cruel, es estéril y es condenado. El humilde tiene riego del cielo, es fructuoso, es tractable y blando y anda seguro por la manutenencia y protección divina. La soberbia elige lo hermoso; la humildad, lo bueno. La soberbia, la imagen de las cosas; la humildad, la verdad dellas. La soberbia, las contiendas; la humildad, la paz y quietud. La soberbia, andar siempre en la boca de los hombres; la humildad, asistir siempre al juicio de Dios, que á solo su juicio se ha de estar (*I Cor.*, IV, 4): Qui autem «judicat me, Dominus est». Al fin, la humildad desprecia al demonio, y como los pececillos pequeños escapan de las redes y nassas de los pescadores, así los humildes de los lazos y tentaciones de Satanás: «Humiliatus sum, et liberavit me» (*Ps. 114*, 6). ¿Qué más diré? Cristo se llama lilio de los valles; esto es, de los humildes. ET LILIUM CONVALIUM.

Yo pienso, según lo que he podido colegir de los expositores y de letras humanas, que lo que aquí llama el intérprete latino *lilio* es lo que nosotros llamamos *azucena*, que los antiguos llamaron *flor real* por la alteza y excelencia que tiene sobre las demás flores, que llega algunas veces á tener vara y media de alto. Fué símbolo ó jeroglífico de esperanza pública y de algún bien particular y grande futuro. De donde vinieron los emperadores Alejandro Pío, Agusto, Tito, Claudio y Adriano á poner en sus monedas reales, ó imperiales, de una parte sus rostros, y de la otra una mano con un manojo de azucenas y esta letra: *Spes publica* ó *Spes augusta:* aut *Spes Populi Romani*, de que hizo mención Virgilio en el libro de los *Eneydos*.

También fué la azucena símbolo de hermosura; porque de cualquiera parte que se considere es hermosa: si la forma, es redonda; si el color, es plateado; si el olor, es suave. De aquí tomaron los persas llamar á la ciudad más populosa, más regalada, más bella y de mayor regalo, y adonde los reyes tenian su assiento, Susan, que es lo mismo que azucena en nuestra lengua. También se debe notar que el lilio principalmente es símbolo de castidad y modestia, y por esso le consagró la antigüedad á las vírgenes sagradas, como lo significó Propercio en dos versos latinos:

> Sæpe tulit blandis argentea lilia Nimphis
> Romula, nec faciem cæderent hasta Taci.

Cristo, lilio de los valles; *id est* [esto es], de los humildes.

Pero, ¿qué necessidad hay de testimonios de poetas? El mismo Cristo, amador de pureza, se llama lilio, y, como se dice en estos *Cantares*, se apacienta entre lilios—que son almas limpias y puras—, coge lilios y hace corona dellos. Y porque esta pureza se conserva mejor en los humildes que en otro género de gentes, dice: EGO FLOS CAMPI, ET LILIUM CONVALLIUM.

Y no digo más desta divina flor y azucena bellíssima, esperanza pública de todas las gentes, como dijo Isaías (*Isai.*, XI, 10): «*In eum gentes sperabunt*»; símbolo de castidad y de toda hermosura, por que lleguemos á considerar el regalo y favor que hace á su Esposa comunicándole este nombre de lilios no absolutamente, sino con añadidura.

LECTIO II

Sponsus: SICUT LILIUM INTER SPINAS SIC AMICA MEA INTER FILIAS *(Cantici Canticorum*, II, 2) (1).

* ARTÍCULO PRIMERO

Excelencia de un alma santa sobre los malos, y peligros que tiene y cómo debe librarse de ellos.

Quasi dicat [como si dijera]: Es la honra y el ser de las demás doncellas; llévase la gala entre todas. Tanto difiere dellas como la rosa, ó violeta, ó lilio de las espinas. (Lege Hieronymum (in *Math.: Considerate lilia agri)* et August. (lib. VI de *Civitate Dei*, cap. XIV), et quod Plato, in libro qui dícitur *Epinomides*, et in *Dialogo de legibus*); ubi ex præstantia quorundam florum ostendit maxime Dei providentiam, et sapientiam, etiam in rebus minimis. SICUT LILIUM INTER SPINAS, etc.; quasi dicat: «Amica mea est expectatio cæterarum puellarum; vel melius: est incomparabilis; siquidem comparatio eorum est, quæ inter se natura conveniunt; non autem eorum, quæ diversi sunt generis.» Sic Origenes et Theodoretus (2).

Hijas es aquí lo mismo que mujeres, como en la sentencia que se sigue: SICUT MALUS INTER LIGNA SILVARUM, SIC DILECTUS MEUS INTER FILIOS. Hijos; *id est* [esto es], entre los hombres. «Hijas de Jerusalén, dijo Cristo, no lloréis sobre mí»; id est, mujeres. «Egredimini, filiæ Sion»; id est, mujeres. «Genuit filios et filias»: varones y mujeres. SIC AMICA MEA INTER FILIAS; id est, mulieres.

La ventaja que hace la rosa á las espinas hace el alma santa á las que no lo son.

Essa ventaja hace un alma que mereció nombre de amiga del divino Esposo á las demás que no lo son, que hace la rosa á las espinas de que está rodeada. Pero, ¿quién considerará con atención la ternura y delicadez[a] de una rosa, *id est* [esto es], un alma, y el peligro que tiene con la ruin compañía de las espinas, que no la tema, cuando más favorecida se hallare del divino Esposo? Flor tierna eres, alma, y entre espinas de pecados, y pecadores, y de demonios, y de miserias vives perpetuamente; obligación tienes á velar, temer y andar solícita. Entre escorpiones andas, dijo Dios á Ezequiel *(Ezech.*, II, 6), mira cómo assientas el pie. Y San Pablo *(a)*: «En medio de nación perversa conversáis; y resplandecéis como lámparas lucientes en lugar escuro.» No en balde dijo el Profeta *(Ps. 2*, 11) que se ha de servir al Señor en temor. Y el Apóstol (á los filipenses) *(Philip.*, II, 12): «que obren su salud con temor y temblor».

Como el que va descalzo por una tierra espinosa y llena de abrojos tiene necessidad de mirar mucho á dónde pone el pie, para no lastimarse á cada passo, assí el alma amiga de Dios ha de andar siempre atenta á los peligros y ocasiones de pecar, para no lastimarse con alguna espina de pecado. Rosa entre espinas fué símbolo de algún gran bien rodeado de males, y si dijéssemos de los deleites humanos, llenos de asperezas, espinas que lastiman el alma, no erraríamos, que aun allá dijo Catulo que los pechos de Venus (de quien los poetas fingieron que era repartidora de los gustos, contentos y deleites) estaban llenos de cuidados espinosos.

Euquerio, por el color sanguíneo de los mártires, los llama rosas entre espinas. Algunos entienden estas palabras de la Iglesia, puesta entre miserias y aflicciones, assí de los demonios—que le hacen siempre guerra,—como de los herejes—que de todas las partes la cercan y lastiman—*(Ephes.*, VI, 12), como de los ma-

(1) LECCIÓN SEGUNDA.—Prosiguiendo el Esposo su plática, alaba á la Esposa: «Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes.»

(2) Además de hacer referencia aquí el autor á lo que San Jerónimo y San Agustín dicen en los lugares citados, aduce las palabras de Platón en el *Diálogo sobre las leyes*, en donde, para probar la sabiduría y providencia divinas, se vale principalmente como argumento de la belleza y excelencia de algunas flores.—Después, empezando á explicar las palabras que sirven de epígrafe á esta lección, añade que ellas equivalen á las siguientes: Mi amiga es la admiración de todas las demás vírgenes, ó mejor: no es con ellas comparable, puesto que la comparación ha de establecerse siempre entre cosas semejantes ó de una misma especie; no entre los que son de género diverso. Esta es la interpretación de Orígenes y Teodoreto.

(*a*) Creemos que debe referirse el autor á San Pedro, de quien en su primera Epístola (I, 17) y en la segunda (I, 19), están tomados los miembros de esta frase.

los hijos que de mil maneras la enojan y dan molestia. Algunos traducen del hebreo: *Sicut rosa inter spinas;* porque la palabra original *Susan*, según Genebrardo, Arias Montano y otros, significa *lilio*, *rosa* y *alegría;* y porque los lilios ó azucenas no se conocen entre espinas, sino las rosas, por esso les parece que se ha de decir: «Sicut rosa inter spinas, sic», etcétera.

No me descontenta esta advertencia; pero estando á lo que nuestra letra suena, que es azucena ó lilio, me parece que no quiere decir el Esposo que su querida nace entre pecadoras ó pecados, como el lilio entre espinas, sino que hace comparación della á las demás mujeres, como la azucena entre las espinas. Las azucenas tienen hermosura, tienen olor, no son ofensivas y son medicinales. Assí es un alma santa: hermosa, olorosa, provechosa y de codicia para Dios; lo que no es la espina: fea, intratable, sin olor y sin fruto, y, al fin, buena para solo el fuego del infierno. «Et exarserunt, sicut ignis in spinis» *(Ps. 117*, 12) [ardieron en ira como fuego que prende en *secos* espinos].

En la divina Escritura, las espinas significan los pecados que lastiman el alma y la ponen áspera y intratable. «*Expectavi* ut faceret uvas, fecit autem labruscas» *(Isai.*, V, 2); id est, spinas. Euquerio dice allí: «Spinæ simbolum sunt iniquitatis, sicut uva justitiæ» (¹). Y al fin, esta es la fruta que nuestra tierra, por maldición de Dios, lleva siempre, como ya dijimos. Y de San Basilio: «La rosa, en el principio del mundo sin espinas la crió Dios; pero por el pecado le nacieron, para que junto á lo que nos podía deleitar estuviesse lo que nos hiriesse y lastimasse.» Al fin, las tentaciones de la carne, las molestias del demonio, las persecuciones de los malos y todo lo que contradice á la virtud y es molesto á la Iglesia, se puede llamar espinas. Sic Bernard. (in *Cant.);* sic Ambros. (lib. III *Exam.*, cap. XV); sic Hieron. (super *Isai.*, cap. XXIII); sic Gregor. (lib. XXII *Moral.*, cap. XXIV), y los demás padres santos y intérpretes deste lugar.

(¹) «Esperó (el Señor) hasta que diese uvas, y las dió silvestres», esto es, espinas. Dice Euquerio: Las espinas son símbolo de maldad, como las uvas lo son de virtud.

San Buenaventura *(a)* *(Dictæ salutis*, tít. II *de penitent.*, cap. I) dice que assí como las espinas defienden la rosa para que nadie ose llegar á tocarla, assí la penitencia, con sus espinas, ampara y defiende al ánima para que las de las concupiscencias no la lleguen ni lastimen. Y como la avecilla, que huyendo del halcón se esconde y ampara entre las espinas, assí el ánima se libra del demonio acogiéndose á la penitencia. Y en el título V, capítulo IV, dice que la castidad es azucena blanca, que se conserva entre los ejercicios de la penitencia. Huyga el vino la doncella, dice San Jerónimo, como el veneno; porque escrito está (*Prov.*, XX, 1): «Luxuriosa res *est* vinum» [el vino provoca la lujuria]. Y de Lot sabemos que por el vino cometió incesto *(Gén.*, XIX, 32 sigs.). San Bernardo dice que cuanto la carda es más áspera, tanto más blando deja el paño. Y lo mismo se ha de decir del vestido penitente, que con su aspereza hace la carne más sujeta y rendida y mas casta. Todos los santos entendieron que el espíritu de la fornicación es amigo de blanduras y regalos.

Como las espinas defienden la rosa, assí la penitencia defiende y ampara el alma.

Sed jam Seraphicum audiamus doctorem [pero oigamos ya al doctor seráfico] que, en un sermón de una virgen y mártir (*b*), interpretando estas palabras SICUT LILIUM INTER SPINAS, etcétera, dice: «Acostumbraron los amadores engrandecer sus amigas con alabanzas, y alabarlas con motetes y canciones.» Esso hace el amador de las vírgenes, Cristo, que á su querida Esposa, virgen y mártir, alaba y ensalza con esta canción: «Como la azucena entre las espinas, assí mi amiga entre las hijas.» En la blancura de la azucena olorosa alaba su blancura y hermosura; en la compañía de las espinas, sus passiones y sangre derramada; en la palabra *amiga mía* declara su derretimiento amoroso; en la comparación della á las demás hijas, tomadas en buena parte por las almas justas, predica su excelencia, pues se levanta

(a) Véase más arriba, pág. 281, col. I, nota *(a)*.

(b) *Sermo de Sancta Aguete Virgine et Martire*, OPERA OMNIA, tomo IX, págs. 501-10. En este sermón, pág 503, col. 1.ª, se halla la interpretación que á las palabras de este texto da el doctor Seráfico, aplicándolas á Santa Inés. Con el título genérico que al parecer indica el P. Angeles no se halla en dicha edición sermón alguno.

y campea entre todas, como entre las espinas la rosa. Para que deprendamos: lo primero, á amar la flor de la incorrupción; lo segundo, á sufrir las espinas de tribulaciones que la conservan y guardan; lo tercero, á sustentar el ardor de la caridad, que nos hace amigos del Esposo; lo cuarto, á dessear la compañía de los bienaventurados, que son rosas y lilios sin espinas que los ofendan ó defiendan de algún inconveniente, «quia Dominus in circuitu populi sui» (*Ps. 124*, 2), etc. [porque el Señor es el antemural de su pueblo. etc.].

* ARTICULO II

Del título de amiga que da el Esposo á su Esposa, y de las tribulaciones que nos rodean aunque seamos amigos de Dios ([1]).

La mayor honra que hace Dios á los suyos es llamarlos amigos.

«Muy honrados son tus amigos», dice hablando con Dios el Profeta (*Ps. 138*, 17), y la mayor honra, á mi parecer, es darles título tan honrado como el que da en estos *Cantares* el Esposo á su Esposa: SIC AMICA MEA INTER FILIAS. Con ninguna cosa honró Cristo más á sus apóstoles que con llamarlos amigos. «Jam non dicam vos servos, sed amicos» (*Joan.*, XV, 15). «Quanta est dignitas, dice [San] Gregorio, hominum, esse amicos Dei! Servi digni non sumus, et amici vocamur?» ([2]).

Cicerón (*De amicitia*) dijo que lo principal en la amistad era igualarse el superior al inferior. Pues ¿qué será el altíssimo Dios condescender con el hombre y ser su amigo? «Amicitia enim est rerum humanarum et divinarum cum benevolentia et charitate consensio» ([3]). San Bernardo dijo que en la amistad se ajusta Dios con el hombre; porque no pueden convenir ni tener un assiento amor y majestad. Y Valerio Máximo (lib. IV, cap. VII de *Amicitia)* dice que la amistad se ha de anteponer al parentesco, porque del parentesco puede removerse clamor; mas no de la amistad. Muchas veces el deudo aborrece al deudo; pero nunca el amigo al amigo. De donde concluye Tulio que la amistad pesa más y es de mayor estima que todas las cosas del mundo. Lo cual entiendo yo de la amistad verdadera, probada y desinteressada, cual es la que tiene Dios al alma, esposa suya. De Filipo, rey de Macedonia, se escribe que reprehendió por cartas á su hijo Alejandro porque tenía por amigos á los que con dádivas había comprado; porque toda amistad adonde interviene interés, ó no lo es, ó es muy sospechosa.

Séneca decía: «Ego amicum quæro cui serviam, pro quo mori valeam, non a quo munera ulla recipiam» ([1]). Y San Ambros. (lib. III *de Offic*, cap. XVI) dice que la amistad es virtud y no granjería. Y del verdadero amigo dijo el Sabio: (*Eccli.*, VI, 15): «Amico fideli nulla est comparatio; et non est digna ponderatio auri et argenti contra bonitatem fidei illius.» «No hay tesoro que iguale con un amigo fiel, que en todo tiempo y en todas ocasiones ama». Quien dijo amigo, mucho dijo. Dijo, lo primero, un bien raro: quia amicitia (ut Plutarcus ait) animal est minime gregarium, aut greculatim volitans. Quien dijo amigo, dijo semejante; porque,

El buen amigo ha de ser igual y fiel á su amigo en la virtud.

como escribe Séneca: «Dissimilitudo morum, distantia vitæ, ingenia contraria, solvunt amicitiam» ([2]). Quien dijo *amicitia*, dijo bondad; porque no es amistad la que hay entre malos, sino conjuración contra la virtud. «Amicitia enim virtus est, aut cum virtute» ([3]). Quien dijo amigo, dijo testigo del corazón y lector de los pensamientos. Quien dijo amigo, dijo otro yo. Y basta, para que se entienda la excelencia desta prerrogativa.

San Buenaventura (en diversos tratados)

([1]) Advertimos respecto de este título lo que dejamos dicho en la pág. 288, col. 2.ª, nota 1.

([2]) «Ya no os llamaré siervos.. Mas os he llamado amigos.» Y dice San Gregorio: «¡Qué dignidad tan grande para los hombres es el ser amigos de Dios! No merecemos siquiera ser siervos suyos, ¿qué será el llamarnos amigos?»

([3]) Consiste esta amistad en cierto acomodamiento de Dios con los hombres.

([1]) «El amigo que yo deseo y busco no es aquel que pueda llenarme de dones y presentes, sino aquel á quien yo pueda servir y aun dar la vida por él».

([2]) «No es la amistad, dijo Plutarco, cosa ordinaria y común, como los animales que andan en rebaño ó que mucho abundan». Y Séneca: «La diferencia de costumbres, por la diversidad de posición y por la oposición de ingenios ó de caracteres, destruyen la amistad».

([3]) «La amistad ó es virtud ó ha de encaminarse á fomentar la virtud».

pone muchas señales de la verdadera amistad, que, si á la larga hubiéramos aquí de hablar dellas, hubiéramos de componer otro libro, como Cicerón, de *Amicitia*. En el sermón de la Magdalena ([1]) pone la primera la memoria continua del amado; la segunda, la solicitud grande en buscarle si se pierde ó se ausenta; la tercera, la sinceridad del amor, que fuera dél no se ame otra cosa; la cuarta, el fervor de la emulación ó imitación, que algunas veces es dura como el infierno ó como la sepultura; porque dejar costumbre por seguir las del amigo es, como dice el proverbio, á par de muerte. En el sermón de Santiago ([2]) pone otras cuatro señales: La primera, comunicación de todos los bienes; la segunda, servicios mutuos, á veces importunos; la tercera, conformidad en las voluntades, un querer y no querer; la cuarta, sufrimiento de cosas adversas. En el sermón de San Bartolomé ([3]) pone otras cuatro: La primera, desprecio común de todos los vicios y impedimentos que puede haber para la virtud; la segunda, común observancia de las cosas divinas; la tercera, comunicación mutua de todos los secretos del corazón; la cuarta es la que ya dijimos: voluntad dispuesta para padecer trabajos y la propia muerte por el amigo. Tal es Cristo, y tal es el alma, que mereció que Cristo la llamasse amiga: SIC AMICA MEA INTER FILIAS. Amigo se dice, como si dijéssemos, guarda del ánimo ó del amor. Amicus animi vel amoris custos. En el estado presente tiene Dios amistad con el alma santa, porque se le comunica á sí mismo su amor y sus dones, para que goce de Él y dellos cuanto ella, según razón, quisiere y pudiere recebir, más ó menos, según el estado en que está puesta.

Amigo dice guarda del amor; las señales del verdadero amigo son...

Pero, ¿cómo se adquiere esta amistad? Lo primero, por limpieza de vida. Sic enim habes (*Prov.*, XXII, 11): «Qui diligit cordis munditiam..., habebit amicum Regem». Lo segundo, por la penitencia verdadera. «Ad amicum, dice el Sabio (*Eccli.*, XXII, 26), según una translación recebida, *si* produxeris gladium, non desperes: est enim *reversio ad amicitiam*». Ninguno se puede llamar absolutamente amigo con toda verdad sino Dios. Contra Él desenvainamos la espada cuando pecamos; pero no por esso habemos de desesperar, porque entrando de por medio la verdadera penitencia, volvemos á su amistad y gracia, como lo hicieron San Pedro, San Pablo, la Ma[g]dalena y otros muchos. Y el mismo Dios lo dice (*Ps. 107.*, 10): «Mihi alienigenæ amici facti sunt»; como si dijera: los que por el pecado eran para mí extranjeros y extraños, entrando de por medio la penitencia se hicieron amigos. Adquiérese, lo tercero, por la obediencia á sus mandamientos: «Vos amici mihi estis, dice Él (*Joan.*, XV, 14), si feceritis quæ ego præcipio vobis ([1]). Lo cuarto, por la misericordia: «Facite vobis amicos de mammona iniquitatis, ut cum defeceritis, recipiant vos in æterna tabernacula» (*Luc.*, XVI, 9) ([2]). Lo quinto, por el don de la paciencia: «Abraham, pater noster, tentatus est, et per multas tribulationes probatus, amicus Dei effectus est» (*Judith.*, VIII, 22) ([3]). Lo sexto, por el don de la sabiduría. «Amicos Dei, et Prophetas constituit sapientia» (*Sap.*, VII, 27).

Cómo se adquiere la amistad con Dios.

Esta amistad, dice Bernardo, tiene muchos provechos. Lo primero, es honrosa y de grande alteza (*Eccli.*, XLVIII, 11): «In amicitia tua, *Domine*, decorati sunt.» Et (*Luc.*, XIV, 10): «Amice ascende superius.» Lo segundo, es consolatoria y de mucho deleite (*Sap.*, VIII, 18): «In amicitia illius *consolatio* bona.» Lo tercero es beatificativa en lo por venir, porque alcanza la visión de Dios y la abundancia de todos los bienes: «Vos autem dixi amicos, quia omnia quæcum que audivi a Patre meo, nota feci

---

([1]) Son tres los *Sermones de Santa María Magdalena* que los editores reconocen como genuinos del Seráfico Doctor. Pueden verse, con otros muchos, en OPERA OMNIA, tomo IX, págs. 554-62. En el segundo de ellos, pág. 560, se hallan las palabras, al menos en cuanto á la sustancia, que aquí aduce el autor.

([2]) *Sermo de SS. Philipo et Jacobo Apostolis*, *ib.*, págs. 530-3.

([3]) *Sermo de S. Bartholomeo Apostolo*, *ib.*, páginas 569-73.

([1]) «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.»

([2]) «Granjeaos amigos con las riquezas, *manantial* de iniquidad, para que, cuando falleciereis, seais recibidos en las moradas eternas.»

([3]) «Deben acordarse (habla Judit á los ancianos de su pueblo), cómo fué tentado nuestro padre Abraham, y cómo, después de probado con muchas tribulaciones, llegó á ser el amigo de Dios.»

vobis» (*Joan.*, XV, 15); id est, faciam; ita August. ([1]). Al fin, del amigo verdadero, que es Cristo, se dice en el *Eclesiástico* (*Eccli.*, VI, 16): «Amicus fidelis, medicamentum vitæ» [Bálsamo de vida y de inmortalidad es un fiel amigo].

Luego con mucha razón debe estimar la Esposa el título de amiga, que tantas veces le da su Esposo en estos *Cantares*, y en especial aquí, que la considera y mira, no entre las flores, azucenas y lilios de la bienaventuranza, sino entre las espinas de los pecadores, entre los dolores y penas que en la vida presente nos rodean.

Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.

No porque la rosa esté rodeada de espinas deja de ser rosa ni de parecer bien; antes, como ya dijimos, campea más y descubre más su hermosura, por la regla tópica: *Opposita juxta se posita magis elucescunt.* Esto mismo decimos del alma santa, que entre los malos, entre las tentaciones y trabajos, es amiga y querida del Esposo. San Gregorio (lib. I *Mor.*, cap. I, tom. II) encarece y levanta la virtud de Job por la compañía de los idólatras, entre los cuales moraba. «Neque enim valde laudabile est bonum esse cum bonis, sed bonum esse cum malis» ([2]). El mismo echó de ver esto cuando, en el capítulo XXX, 29, dijo: «*Pater* (*a*) fui draconum, et socius struthionum» ([3]). San Pedro alaba á Lot (*II Petr.*, II, 7) porque, oprimido de aquellos nefandos sodomitas, su conversación era santa y digna de toda alabanza. Y San Pablo (*Philip.*, II, 15) engrandece á los filipenses porque en medio de la gentilidad, nación mala y perversa, moraban y lucían como lámparas ó luminarias en el mundo, lleno de tinieblas. Y al obispo de Pergamo (*Apoc.*, II, 13) dice el ángel: «Scio ubi habitas, ubi sedes est Sathanæ, et tenes nomen meum, et non negasti fidem meam» ([1]).

Los buenos, entre los malos más resplandecen y muestran su virtud.

San Bernardo (serm. 48 in *Cant.*) dice que los falsos hermanos y malos vecinos son espinas entre los cuales vivir sin recibir daño el alma es grande maravilla. Está muy sujeta la rosa á que la hieran y lastimen las espinas que la cercan. «¡O candens lilium, dice el santo, o tener et delicate flos! Increduli, et subversores sunt tecum; vide quomodo caute ambules inter spinas. Versari in his, et minime lædi, divinæ potentiæ est, non virtutis tuæ: Sed *custodit Dominus omnes diligentes se*» (*Ps. 144*, 20) ([2]).

Origenes (hom. 6 in cap. XVI *Exod.* (*a*), tomo I), declarando aquellas palabras: *Filii autem Israel ambulaverunt per siccum in medio* mari, dice: «Y tú puedes andar por enjuto y seco en medio del mar, si fueres hijo de Israel.» «Potest, inquit, fieri, ut transeunte per hunc mundum, nulla libidinis unda respergat.» El que es gitano y sigue á Faraón, anégasse y zabúllese en las aguas y ondas de los vicios; mas el que es cristiano y sigue á Cristo, aunque ande por el mar, ni se moja ni se enloda con los pecados. El mismo, sobre Job, admirándose de que hijo de tan mal padre como Esaú fuesse tan santo y religioso, dice: que assí como Noé fué justo entre los malvados gigantes, como Melquisedech, sacerdote del Altíssimo, entre los perversos cananeos, y como Abrahán, fiel entre los idólatras caldeos, assí fué Lot, santo y justo entre los torpes sodomitas. «Era, dice, como rosa entre espinas, como lilio entre los abrojos, blanco y encar-

(*a*) La *Vulgata* dice *frater*, hermano, en vez de *pater*, padre. Por eso traduce así: «Fui como hermano de los dragones, etc.»

([1]) «Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho (y *haré* según dice San Agustín) saber cuantas cosas oí de mi Padre.»

([2]) «No es mucho de maravillar ser bueno viviendo en compañía de los buenos, sin serlo entre los malos.»

([3]) «Fuí *como* hermano de los dragones, y compañero de los avestruces.»

(*a*) Hállanse estas palabras en el *Exod.*, XV, 19.

([1]) «Bien sé que habitas en lugar donde Satanás tiene su asiento; y mantienes *no obstante* mi nombre, y no has negado mi fe.»

([2]) ¡Oh azucena de blancura intachable! ¡Oh tierna y delicada flor! Los impíos y los perversos te rodean por todas partes. Mira de andar con precauciones y muy sobre ti entre tantas espinas. Porque vivir asi y no salir lastimada tu alma está sobre tus fuerzas; milagro es éste del divino poder. Confía en Dios, pues, como se dice en el Salmo: «El Señor defiende á todos los que le aman.»

nado: blanco, por su fe y santidad; colorado, por las passiones y trabajos sufridos con paciencia. Era como paloma entre las aves de rapiña, como cordero en medio de los voraces lobos, como estrella entre nubes negras y espesas, como el esmaragdo en el lodo y como la margarita en la arena. «Cum ergo inter tales esset, non talis fuit quales illi; cum esset inter injustos, non est conmixtus injustitiis, sed permansit in medio impiorum, tanquam adamas, immobilis; tanquam lucerna inextinguibilis; tanquam lumen, quod non inmutatur; tanquam radius, qui non occidit». Assí nos conviene á nosotros ser santos y sin mácula de pecado en medio de la gente perversa y mala, para que resplandezcamos como lumbreras del cielo en el mundo y se diga de nosotros lo que dijo de Job (*Job.*, I, 1): «Erat vir in terra Hus, nomine Job, vir simplex, rectus», etc. [1]. Y lo que de su Esposa dice el Esposo: SICUT LILIUM INTER SPINAS, SIC, etc.

San Basilio (lib. *Constit. Monasticarum*, capitulo II, tom. II) reprehende mucho á los que tratan de dejar la compañía de los varones religiosos porque haya entre ellos algún impertinente y díscolo, ó quieren excusar sus descuidos por los ruines con quien tratan y viven. Porque ni los apóstoles, dice él, se salieron del colegio de Cristo por estar en él Judas, ni los santos que poco ha referimos dejaron de serlo por vivir entre tantos y tan grandes pecadores. Y San Jerónimo *(sobre Oseas)* dice: «No se debe culpar el Profeta por juntarse con mujer fornicaria, antes es digno de alabanza; porque obedeciendo al mandamiento de Dios se casó con ella, y de deshonesta la volvió religiosa y honesta con su conversación santa (Hieron., in *Oseas.*, capitulo V, tom. I): «Non enim qui bonus permanet ipse polluitur, si societur malo; sed qui malus est in bonum vertetur, si boni exempla sectetur» [2]. El mismo (sobre el cap. XXII de los *Proverbios*, lib. II, tom. VIII) dice, que assi como los varones perfectos no deben huir la conversación de los prójimos, por malos que sean, porque muchas veces los revocan del mal y los reducen al bien, sin padecer ellos detrimento alguno, assí los flacos deben apartarse del trato de los pecadores, porque no se deleiten en la imitación de los males que frecuentemente les ven cometer, sin ser poderosos para corregirlos y enmendarlos. SICUT LILIUM INTER SPINAS, SIC AMICA MEA INTER FILIAS.

San Ambrosio (en el *salmo 99)* advierte que no dice el Esposo: «como el lilio entre las espinas, mi amiga entre las extrañas», sino «entre las hijas». ¿Qué llama espinas? Las que llama hijas: espinas, por las costumbres malas; hijas, por la comunión de los sacramentos. Este es el mayor dolor y gemido: que sea para mí espina que me lastime y aflija mi hermano propio. «Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique: tu vero unanimis», etcétera *(Ps. 45*) (*sic*) (*a*). Entre estas espinas necessariamente habemos de gemir. Al fin, está fija y firme aquella sentencia del Apóstol *(II Thim.*, III, 12): «Omnes qui pie volunt vivere in Christo, persecutionem *patiantur necesse est.*» Super quæ verba, Ambrosius ita: «Nemo sibi dicat: fuerunt tribulationes apud Patres nostros, apud nos non sunt. Si putas te non habere tribulationes, nondum cæpisti esse christianus. Et ubi est vox Apostoli: «Omnes qui volunt pie vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur? Si ergo non pateris pro Christo ullam tribulationem, vide ne nondum cæperis in Christo pie vivere. Cum autem cæperis in Christo pie vivere, ingressus es torcular, præpara te ad pressuras. Sed noli esse aridus, ne de pressura nihil exeat» [1].

(*a*) También aquí están trocados los números, leyéndose *45* donde debe decir *Ps. 54*, 13.

[1] «Había en el pais de Hus un varón *célebre*, llamado Job, hombre sencillo y recto y temeroso de Dios.»

[2] «No se contamina el que es bueno simplemente por la compañía de los malos; antes bien, de esta compañía se seguirá que el malo se trueque en bueno si imita los ejemplos de éste.»

[1] «Todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo, han de padecer persecución.» Sobre estas palabras escribe San Ambrosio: «Nadie se engañe á sí mismo, diciendo: antiguamente, sí, nuestros antepasados sufrieron persecuciones; nosotros estamos ya libres de ellas. Si es que tú juzgas y te persuades que no estás sujeto á ninguna persecución, bien puedes persuadirte que no has empezado aún á ser cristiano. Ten en cuenta la sentencia del Apóstol. Si, pues, tú no padeces ni toleras por Jesucristo ninguna tribulación, teme no sea porque aun no has empezado á vivir piadosa y santamente según Jesu-

El mismo (sobre el *salmo 29*, exposit. 2) dice: «No siente en la Iglesia apretura de ánimo el que no aprovecha en la virtud; piensa que todo es paz. Sed incipiat proficere, et tunc videbit in qua pressura sit: quia «cum crevisset herba, et fructum fecisset, tunc apparuerunt et zizania» in medio tritici *(Math.*, XIII, 26) (1).

Origenes, explicando aquellas palabras de los *Números* (Origen., hom. 9 in cap. XVI *Núm.*, tomo I, núm. 16): *Et murmuraverunt filii Israel adversum Moysen et Aaron, dicentes: Vos occidistis populum Domini* ::: *Et factum est cum irruisset Synagoga super Moysen et Aaron impetu, fugerunt ad tabernaculum testimonii: quod postquam ingresi sunt, operuit nubes, et apparuit gloria Domini* (2) (*Núm.*, XVI, 41-3). «No leemos, dice Orígenes, que haya cubierto nube el tabernáculo y aparecido la majestad de Dios y amparado y recebido dentro de la nube á Moisés y á Aarón hasta agora, que el pueblo se levantó contra ellos y quiso apedrearlos.» Deprendamos de aqui cuánta sea la utilidad de las persecuciones; cuánto de gracia se gane en ellas; cómo los perseguidos tienen por defensor al mismo Dios, y con cuánta abundancia se nos infunde y comunica el Espiritu Santo, si con paciencia padecemos por Cristo. Entonces principalmente está presente la gracia del Señor cuando la crueldad de los hombres se despierta y provoca contra nosotros. Y entonces tenemos paz con Dios cuando por la justicia de todos somos guerreados. «Cubriólo[s], dice, la nube del tabernáculo cuando los persigue la multitud, y apareció allí la gloria de Dios.» Aunque sean grandes en el mérito de la vida Moisén y Aarón; aunque resplandezcan en virtudes, no pudiera aparecerles la gloria sino puestos en tribulaciones y peligros y en la misma muerte. Y tú no pienses que dormido y ocioso se te ha de aparecer la gloria de Dios, pues el apóstol San Pablo no alcanzó la que tiene sino rodeado de trabajos, los cuales cuanto más crecen y se multiplican tanto más de gloria dan á los que con igualdad de corazón los sufren por amor del Señor.

Cuando uno es muy atribulado y perseguido y con paciencia sufrido, es de Dios muy favorecido.

San Juan Crisóstomo (sobre aquel lugar de San Mateo (*Math.*, VII, 24): *Qui audit verba mea, et servat ea, assimilabitur viro sapienti, qui œdificavit domum suam supra petram* (1), etcétera), dice assí: «Sólo el justo, y de verdad con gran montón y merecimiento de frutos y bienes espirituales, possee y tiene firmeza, porque es guarnecido y amparado del escuadrón de las poderosíssimas virtudes; entre las hinchadas olas deste siglo goza de mucha seguridad, tranquilidad y paz verdadera. Bajaron, dice el Evangelio, las aguas, vinieron los ríos, soplaron los vientos y hicieron impetu y fuerza en aquella casa, y no la derribaron porque estaba firmada sobre firme piedra. Por las lluvias, ríos y vientos son entendidas las aflicciones y peligros que combaten á los hombres, y los demás inconvenientes que acompañan y siguen nuestra vida: calumnias, asechanzas, invidias y testimonios falsos, lo cual todo assi junto y de tropel no puede contra el varón justo, porque tiene sus fundamentos en Cristo, piedra firmíssima y que assegura todo el edificio que se labra sobre ella. Testigos son desto los apóstoles, que sufrieron el ímpetu y raudal de los tiranos y pueblos gentiles y judios, sin moverse de su assiento, antes más firmes cuanto más combatidos, como el arca de Noé tanto más segura andaba de dar al través cuanto más las aguas crecían y la levantaban de tierra.» Y más abajo dice: «¿Persíguete de todas partes el enemigo y cércate de mil aflicciones? Mucho más clara te labra y teje la corona. ¡Oh grande maravilla! No sólo no dañan al justo las perse-

---

cristo. Cuando de hecho empieces, es como si, á modo de racimo, te pusieran en el lagar. Si estás seco y sin el jugo sustancioso de la piedad y de la virtud, ningún aroma darás de tí; no serás de provecho alguno.»

(1) A medida que el cristiano vaya adelantando en la virtud, conocerá en qué peligros y en qué tribulaciones se encuentra envuelto; pues, como se dice en el Evangelio: «Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña» en medio del trigo.

(2) «Pero (al día siguiente) toda la multitud de los hijos de Israel murmuraba contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Dios... Y como tomase cuerpo la sedición, y creciese el tumulto, Moisés y Aarón se refugiaron en el tabernáculo de la alianza: entrados dentro, la nube le cubrió, y apareció la gloria del Señor...»

(1) «Cualquiera que escucha estas mis instrucciones y las practica, será semejante á un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra.»

cuciones, antes le acrecientan y vuelven más claro y resplandeciente. Porque de la manera que el que hiere al diamante con mayor propiedad se puede decir que es herido, y el que da coces contra el aguijón él mismo se lastima sin que el aguijón reciba daño, assí el que contradice y persigue á la virtud verdaderamente es quien padece, quien da de ojos y al fin se pierde, según que se escribe (*Eccli.*, XXVII, 28): «Qui emittit lapidem in excelsum, super caput suum mittit» (¹). Véase San Jerónimo (sobre aquellas palabras de *Sofonías*, capítulo III, 19): *Ecce interficiam omnes, qui aflixerunt te*, etc. (²), que, conforme á los Setenta, tienen: *Væ qui accepit super eam opprobrium: ecce ego faciam in te propter te in tempore illo, et salvabo expresam, et repulsam suscipiam)* (³), que dice al propósito cosas admirables y concluye con una oración galanníssima y devotíssima: «Tribue nobis, Jesu Christe, expressis et afflictis in tempore isto, ut nos recipias, et ponas in gloriam. Cessent Sybilla, venena torpeant, et confusio ejus proficiat ad salutem» (⁴).

El que quiere afligir y perseguir la virtud, á sí se aflige y destruye.

Y yo concluyo esta sentencia con lo que dice San Bernardo, el cual, considerando nuestra ánima como azucena y rosa entre espinas y abrojos de tentaciones de todas maneras, del demonio, carne y mundo, saca la vigilancia y cuidado con que ha de vivir, para que el aguijón y puntas de los pecados no la ofendan. «Es terníssima, dice, la rosa, y no sufre que la espina se le llegue mucho; porque si llega, fácilmente la hiere y rompe.» Pues mucho más delicada, es el alma, Esposa de Cristo, y por esso obligada á velar sobre sí y á obrar con temor y temblor, como dijo el Apóstol (*II Cor.*, VII, 1), su salud, y servir al Señor con miedo, como dice el Profeta (*Ps. 2*, 11).

(¹) «Si uno tira á lo alto una piedra, le caerá sobre su cabeza.»

(²) «He aquí que yo quitaré la vida á todos cuantos en aquel tiempo te afligieren.»

(³) ¡Ay de los que te afligieren: He aquí, etc.

(⁴) «Concédenos, oh Señor nuestro Jesucristo, que, siendo ahora afligidos y atribulados por tu gloria en esta vida, nos acojas benigno y nos des la participación y el gozo de tu reino ¡Que todos los males, que todas las injurias, que todas las tribulaciones que por tu causa sufrimos, se conviertan en nuestro bien y provecho sempiterno!»

LECTIO III

Sponsa: SICUT MALUS INTER LIGNA SYLVARUM, SIC DILECTUS MEUS INTER FILIOS (*Cant.*, II, 3) (¹).

* ARTÍCULO PRIMERO

Pondera el elogio de la Esposa, de mayor valía que indica la corteza de las palabras.

No será á lo menos argüida de ingrata la Esposa, ni de corta, pues con tanta prissa y tan con tiempo y tan colmadamente paga los favores que le hace su Esposo. «Como el manzano, dice, entre los árboles de las selvas, assí es mi querido entre los hijos de los hombres.»

Mucho mayor alabanza es ésta que la passada. Allí celebra el Esposo á su Esposa haciendo comparación della a las otras mujeres, aventajándola á todas, como se aventaja la rosa ó lilio á las espinas, dando á entender que sola ella le agrada y es de regalo, y las demás le lastiman y ofenden; aquí celebra la Esposa la gentileza de su Esposo prefiriéndole á los demás hombres, no sólo en el parecer, sino en la suficiencia y provechos que de Él recibe, cuanto un camueso se aventaja á los árboles silvestres, sin labor, infructuosos y montaraces. El lilio ningún fruto lleva: sólo tiene el buen parecer y el olor suave; pero el camueso tiene esso y essotro: parece bien, tiene fruta suavíssima y de color gratíssimo y muy preciosa. Como si dijera: Esposo mío: si soy hermosa como el lilio entre las espinas, vos lo sois como el camueso entre los árboles silvestres; yo, estéril; vos, fecundo, fértil y abundante; yo para vos, lilio; vos para mí, camueso, á cuya sombra descanso y cuya fruta es dulce para mi garganta.

Pero sepamos: ¿no había árbol más vistoso, más dispuesto y de figura y forma más gallardo que el camueso? ¿Cómo echó mano más deste que de otro?

Algunos dicen que este árbol fué dedicado

(¹) LECCIÓN TERCERA.—Como respuesta á las palabras del Esposo, que se ponen en el versículo anterior, dice la Esposa: «Como el manzano entre árboles silvestres *y estériles*, así es mi amado entre los hijos *de los hombres*.»

á Venus, diosa del amor, en honra de la cual los pueblos Sicionios levantaron una estatua con una camuesa en la una mano y en la otra una dormidera, significando en la dormidera cierta virtud somnolienta y prolífica, porque tiene infinitos granos de simiente, dando á entender copia de sucessión entre los que se aman y quieren de manera que puedan dormir á sueño suelto. De aquí salió el juicio de Paris. Tomó, dice Apuleyo, el mancebo Frigio la camuesa de oro que tenía en la mano, como señal de victoria, y diósela á la hermosa doncella, que fué Venus. Y por ventura tuvo consideración á esto mismo Salomón, comparando al Esposo amorosíssimo al camueso ó manzano, árbol del amor, por lo que en esse mismo capítulo cuenta de la Esposa: que tomándole desmayos y paroxismos de amor, pide que la conforten con manzanas y otros buenos olores: FULCITE ME FLORIBUS, STIPATE ME MALIS: QUIA AMORE LANGUEO *(Cant.*, II, 5). A San Bernardo le parece ésta pequeña y corta alabanza. «Fateor, inquit, parva laus est, quoniam parvi laus est: non enim commendatur hoc loco magnus Dominus, et laudabilis nimis, sed parvus Dominus, et amabilis nimis: neque illius majestas hic attollitur, sed illius humilitas». No habla de Dios en su majestad, sino en su humildad; no de Dios grande, sino de Dios pequeño, de Dios humanado y achicado por amor de los hombres. El camueso, respecto de los demás árboles silvestres, es enano, y tal apareció el Hijo de Dios en el mundo respecto de los grandes dél. «Parvulus *datus* est nobis» *(Isai.*, IX, 6). Pero ellos son todos infructuosos, y él fertilíssimo; en cada mes su fruto.

A algunos modernos ha parecido que cuenta aqui Salomón entre los árboles silvestres al camueso ó manzano, porque la comparación se ha de hacer entre cosas de un mismo género. Que no diríamos bien de Cicerón: «doctissimo entre los griegos»; porque fué latino; ni del manzano: «el más elegante entre los árboles infructuosos y silvestres», siendo manso y regalado y entre los frutales el mejor. (Ita Galenus, et Mesue). Las camuesas son cordiales y ayudan mucho para los males de corazón, y las cortezas quemadas huelen á mosquetas. Llámanse manzanas reales, y así *pomum* por excelencia es el camueso (licet alii dicant [que otros llaman] el membrillo).

Yo diría que no se compara aquí el camueso con los demás árboles como de un mismo género, que esso no puede ser; porque ni es silvestre ni infructífero, sino, como dije, casero, doméstico y de fruta muy regalada y olorosa. Si dijera: «de los árboles silvestres mi amado es el más lindo», dijéramos que era comparación derechamente; pero no dice sino: «Como el camueso entre los árboles de las selvas, mi amado entre los hombres»: solo hermoso, solo de buen parecer y solo de provecho; *quasi dicat* [quiere decir]: como campearía un camueso lleno de fruta entre las encinas, alcornoques, robles, quejigos, álamos, salces y otros árboles silvestres, assí campea y luce mi Amado entre los hijos de los hombres. Él se lleva los ojos y los ánimos de todos como árbol de provecho y de hermosura. Todos los hombres del mundo, respecto de Cristo, son silvestres y bravíos, y inútiles, desabridos, feos y de ningún valor *(Ps. 13*, 1, 3). «Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum» scilicet, Christum. Vino de fuera este camueso divino; es ramo de oliva del cielo, enjerto en el acebuche de nuestra carne. De este enjerto hizo mención Santiago en su Canónica *(Jacob*, I, 21): «Suscipite, inquit, insitum verbum, quod potest salvare animas vestras» [1]. De quo supra.

En el sentido místico, por estos árboles silvestres entendieron Orígenes, Jerónimo y Jacobo de Valencia los ángeles del Señor y los hombres santos. San Gregorio, San Bernardo, Santo Tomás, Haymón, Egidio Romano y otros modernos, los infieles, cualesquiera que sean; Hugo Cardenal, Cosme Damiano y Próspero, los autores de las sinagogas de Satanás, inventores de herejías y perversas doctrinas. Otros entienden por árboles silvestres todas las cosas que á juicio de hombres ignorantes y necios tienen en sí alguna razón del sumo bien y felicidad eterna. Son árboles, á su parecer, altos, copudos, hojosos, de sombra, y que con su verdor, frescura y aparato exterior arrebatan los ojos de los que los miran; que si se acercassen y de junto los mirassen y considerassen, y gustassen su fruta, echarían de ver su poca sustancia, su amargura y ninguna satisfacción.

---

[1] «Recibid con docilidad la palabra *Divina*, que ha sido *como* ingerida en vosotros y que puede salvar vuestras almas.»

Cristo, árbol fructífero que da doce frutos en el año; y todas las criaturas, árboles estériles y infructuosos en su comparación.

De cerca los miraba la Esposa cuando, en comparación de su Esposo, dice que son ellos silvestres y Él camueso. Aventájase el Esposo divino á todas las criaturas, entren ángeles y hombres, con infinito intervalo; todas son estériles, y Él solo fecundo, fértil y abundante, y al fin la fuente de todos los bienes. ¿Qué son los sabios comparados con Él? ¿Qué los fuertes? ¿Qué los favorecidos? ¿Qué los honrados? ¿Qué los puestos en dignidad? ¿Qué los reyes? ¿Qué los emperadores? Arboles infructuosos, dos veces muertos, como dijo San Judas *(Judæ*, I, 12), invernizos y desarraigados. La sabiduría es ignorancia. «Quia quod stultum est Dei, sapientius est hominibus» *(I Corint.*, I, 25) ([1]). Flaqueza la fortaleza; la dignidad, bajeza; los favores y honra, vanidad; los imperios y cetros, esclavonía, y nada todo lo que tiene algún ser.

Y el fruto que se coge deste jardín y bosque del mundo, ¿qué es sino confusión y vergüenza, como dijo San Pablo? *(Rom.*, IX) (*sic*) (*a*). Sólo Cristo es árbol precioso, que lleva camuesas doradas, hermosas á la vista; pero sabrosas al gusto, y al olfato suaves. *Lignum vitæ est iis qui apprehenderint eum*, «et fructus ejus pretiosior cunctis opibus; et omnia quæ desiderantur huic non valent comparari ([2])» *(Prov.*, III, 14-5). Y en el *Eclesiástico* dice el mismo de sí (*Eccli.*, XXIV, 23-4): «Flores mei, fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis [et] timoris, et cognitionis, et sanctæ spei» ([3]). Y en el griego se añade á esta sentencia: «Do autem æternos, scilicet, fructus, liberis meis dictis ipsius; id est, Dei, omnibus simul.» Y por el Profeta Oseas dice (*Osee*, XIV) hablando con Efraín, y en él con su Iglesia: «*Ego ero ceu abies frondosa:* ex me fructus tuus inventus est.» Yo soy para ti, Iglesia mía, como el abieto alto y hojudo y de saludable resina, que te hago sombra para que los ardores de los vicios no te consuman y abrasen; y soy medicina y salud perdurable para tus llagas y enfermedades, y si das frutos dignos de vida eterna, de mí se te comunica virtud para esso. «Ex me fructus tuus inventus est.»

Arbol divino Cristo, plantado en medio de la ciudad de Jerusalén, que lleva doce frutos en el año, como ya dijimos, y sus hojas son para salud de las gentes (*Apoc.*, XXII, 2).

* ARTICULO II

Cristo es comparado á muchas cosas, y todas le cuadran porque es árbol fru[c]tífero (*a*).

A muchas cosas compara la Escritura á Cristo, y ninguna ni todas juntas dicen lo que Él es en sí, ni lo que es para nosotros. La Esposa le ha comparado al racimo de Cofer, al nardo y al manojuelo de mirra, y ahora al manzano ó camueso entre los árboles silvestres. Orígenes dice que fué el serafín que purgó los labios de Isaías (*Isai.*, VI, 6-7); porque con el ardor de su caridad quitó los pecados y manchas de las almas. Y en la *homilía 3* dice que es la vara que salió de la raíz de Jessé, y la flor que nació en esa vara (*ib.*, XI, 10), como ya vimos; y en la homilía 13 *sobre Ezequiel* dice que es el río que alegra la ciudad de Dios, y que dijo por Isaías (*Isai.*, LXVI, 12): «Ecce ego declinabo super eam (scilicet, Ecclesiam) sicut fluvius pacis» ([1]). San Basilio dice (hom. 11 *super Ps. 44*, t. I) que fué el carnero que se le mandó á Abraham que ofreciesse en lugar de su hijo (*Genes.*, XXII, 13). Crisóstomo (hom. 4 *Imperfect.*, t. II), que fué el espiritual Isaac, risa y consuelo verdadero de las almas (*Genes.*, XVIII, 10-1), nacido en la vejez contra la esperanza que les podía dar la naturaleza á sus

(*a*) Parece que sería mejor aducir aquí las palabras que el Apóstol pone en el capítulo VI, 21.

([1]) «Porque lo que parece una locura en *los misterios de* Dios, es mayor sabiduría que la de *todos* los hombres.»

([2]) Es árbol de vida para todos los que de Él se alimentan, y «su fruto es más apreciable que todas las riquezas; y no pueden parangonarse con las cosas de mayor estima.»

([3]) «Mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo soy la madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia *de la salud*, y de la santa esperanza.»

(*a*) El epígrafe de este artículo viene puesto en el impreso á modo de nota marginal.

([1]) «He aquí que yo derramaré sobre ella (sobre la Iglesia, añade el P. Angeles), como un río la paz».

padres. Y en la homilía 4 (*Ex variis in Math.*) dice que fué el Sansón nazareo (*Iudic.*, XIII, 5), poderoso en el espíritu de su fortaleza y en la virtud, sobre el cual reposó el Espíritu Santo, septiforme, con siete dones (*Isai.*, XI, 2-3) como siete cabellos, que le hicieron invencible. San Jerónimo (in cap. sesto *Osee*) dice que es el libro que vió San Juan en su Apocalipsis (*Apoc.*, V, 1) escrito de dentro y de fuera: de dentro, con escrituras á lo divino, y de fuera, á lo humano; porque juntamente era Dios y hombre. Isaías no halla que se pueda contar su generación (*Isai.*, LIII, 8), y San Mateo la cuenta (*Math.*, I, 1 sig.); porque el profeta leyó dentro del libro y vió que era eterno, y el evangelista leyó de fuera y halló que era hombre mortal. El mismo, sobre Oseas, dice que salió como el alba, y que es la lluvia temporal y tardía, porque vino desseado de todas las gentes, y al mejor tiempo que pudo venir, para que se echasse de ver la necessidad que de Él se tenía en el mundo y se estimasse su venida. Sobre Amós, dice que es aquel oficial que estaba sobre la muralla de Jerusalén con una llana de albañil en la mano, ó, como trasladan los Setenta, con un diamante indomable, porque como albañil ajusta la obra y endereza todo el edificio de la Iglesia, sin recebir ofensa en su persona divina, porque es diamante.

San Agustín dice que es la piedra que untó Jacob, y la vara de Moisén vuelta en serpiente; porque como tal apareció en la Passión y muerte, puesto en la cruz como pecador, siendo la misma justicia. En el libro IV de las *Cuestiones* (núm. 20) dice que es la vaca rufa que se mandaba sacrificar por los pecados del pueblo. *Vaca*, por la enfermedad de la carne; *bermeja*, por su Passión. Y en el libro XII *contra Fausto* dice que es el cachorro del león de Judá, de quien Jacob profetizó, muriendo, que sus manos serían sobre los cuellos de sus enemigos, y de todos sus siervos sería alabado, con otras muchas particularidades que hay en la profecía. Y sobre el *salmo 21* (tomo VIII) dice que es el agua derramada que dice el Profeta: «Sicut aqua effusus sum»; porque el agua, ó riega ó lava; assí Cristo regó las almas y limpió las suciedades dellas. «Effusus est, inquit, Christus sicut aqua, abluti sunt sordentes, rigatæ sunt mentes.» El mismo (sobre el *salmo 44*) dice que es vara de ajustar, que ajusta y endereza los hombres á la voluntad de su Padre. En el *salmo 60* le llama torre de fortaleza contra el rostro del enemigo. Y en el tratado 119 sobre *San Juan* dice que es hisopo, yerba humilde, con que ataron la esponja llena de vinagre y hiel; porque tiene virtud de purgar el pecho y sacar las manchas, según que se escribe (*Ps. 50*, 9): «Asperges me, Domine, hysopo», etc. En la homilía 5 sobre el *Apocalipsis* dice que es el jinete que vió San Juan sobre el caballo blanco, con arco en la mano, enseñándonos á pelear, y corona en la otra, poniéndonos el premio al ojo para darnos aliento y esfuerzo en la batalla. En el sermón 81 de *Tempore* le llama José el querido, que buscando por voluntad de su padre á sus hermanos descarriados, por invidia dellos fué vendido á los israelitas, etc.

San Bernardo (*Tract. de Passione Domini*) le llama el amable Jonatás. San Ambrosio (lib. II de *Jacob*), el Jacob perseguido de Labán, en cuya casa ó tienda ninguna cosa suya halló: «Venit enim Princeps hujus mundi, et in me non habet quidquam» (*Joan.*, XIV, 30). Y en el libro *de Salomone* (cap. II, tom. II) dice que es el águila, cuyo camino por el aire ignoró el Sabio; porque subiendo á los cielos, como caudalosa águila, no dejó rastro de sí á los hombres para investigar cómo tanta majestad bajó á la tierra y se assentó á la diestra del Padre. En estos *Cantares* se compara el mismo Cristo á la flor del campo, y la Esposa le compara á la cabra montés y al cervatico, y en este lugar le pone como manzano ó camueso entre los árboles de las selvas, prefiriéndole á todos, no como quiera, sino con infinita distancia. Con esta consideración exclama Orígenes (Oríg., lib. II *Periarch.*, cap. VI, tomo IV): «Quis universam Verbi Dei naturam investigari potuit, nisi solus Deus, apud quem erat Verbum?» ([1]). Si los libros que de Él se pudieran escribir se escribieran, no cupieran en el mundo. Impossibile est enim litteris committere ea, quæ ad Salvatoris gloriam pertinent.

San Basilio (hom. 11 in *Ps. 44*), sobre aquellas palabras: *Unxit te Deus, Deus tuus oleo*

([1]) «¿Quién hay que sea capaz de escudriñar la naturaleza y el sér del Verbo divino, fuera de Dios mismo, en el cual ó con el cual está desde toda la eternidad?» Es imposible de todo punto decir ó explicar todo lo que es propio de Cristo, Señor nuestro, y de su gloriosa Redención.

lætitiæ præ consortibus tuis, sic dicit: «Unctus est Christus præ participibus suis, hoc est, super omnes hominis Christi participes existentes, quoniam illis quidem particularis quædam tributa est Spiritus communicatio; super, vero, Filium Dei Sanctus Spiritus, ubi descendit, sicut ait Joannes (*Ioan.*, I, 32-3), mansit super ipsum. Esdras (IV, cap. II, 43) (*a*), dice: «Juvenis statura celsus», etc. San Hieronimo (epíst. *ad Suniam.*, tom. II), sobre aquel verso del *salmo 137*, 2: *Quoniam magnificasti super omne nomen sanctum tuum*, dice que en el griego leen muchos *Super omnes;* pero estando á la nuestra *Vulgata* y al hebreo, habemos de decir: «super omne nomen sanctum tuum, hoc est, super omne nomen, quod est in cœlo et in terra, dici potest sanctum Flium tuum magnificasti» ([1]). Porque comparado Cristo con todos los santos, y con la santidad toda, se levanta sobre todo; al fin, como cabeza de los hombres y de los ángeles, de cuya plenitud recebimos todos. Y en el libro XII, sobre el capítulo XL de *Ezequiel*, dice el mismo que Cristo es el monte altíssimo sobre todos los montes, sobre que está fundada la ciudad santa que mira el Austro, adonde está la luz llena y en su colmo, y el Sol de justicia en lo más alto y eminente della para alumbrarla.

San Agustín (homilía I in *Apoc.)*, interpretando aquella visión de San Juan, que vió un varón vestido de blanco y un cinto de oro á los pechos, dice que este era Cristo: por los dos pechos entiende los dos testamentos, que del pecho de Cristo reciben, como de fuente perdurable, virtud de donde puedan sustentar el pueblo cristiano para la vida eterna. El cinto dorado es el coro de los santos, que se allegan y juntan á Cristo, como el cinto á los pechos, para que de allí, esto es, del Viejo y Nuevo Testamento, como de dos pechos, sean mantenidos.

Cristo es para nosotros todas las cosas, y nosotros inútiles para Él.

Al fin—por darle yo á este largo discurso—, lo que en una palabra puedo decir es que todo cuanto hay en el mundo fuera de Dios es para el ánima fruta de árboles silvestres y bravos, más para puercos y animales inmundos que para hombres de razón. Todos somos para el Esposo inútiles, cuando hubiéremos hecho bien cuanto nos tiene mandado *(Luc.*, XVII, 10). Él es para nosotros todas las cosas; como, en alta contemplación puesto, mi padre San Francisco lo repetía: «Deus meus et omnia.» Por esto se llama la Esposa lilio, que sólo tiene, como dije, buen parecer y olor; y el Esposo, camueso, cuya fruta es dulcíssima y su sombra de gran virtud.

Sicut malus, etc.

([1]) Malus arbor est frugífer; malum vero, ejus pomum, atque ita verterunt Septuaginta: «Sicut pomum.» Sed rectius noster interpres, ut arbor cum arboribus comparetur: nam Hebræi arbores, ligna appellant ut *Ps. 1:* 3: «Erit sicut lignum»; id est, sicut arbor. Ait igitur Sponsa, quantum malus præstat arboribus sylvestribus odore, et gustu, tantum Christus Sponsus meus reliquos omnes excellit.

(*a*) Este cuarto libro de Esdras, lo mismo que el tercero, no son *canónicos*, pues la Iglesia los ha excluído del *Cánon* de los libros inspirados. (V. *Conc. Trid.*, Decretum *de Canonicis Scripturis, Sess. IV.* Confer SARPI, *Histoire du Concile de Trente*, Amsterdam, 1686, lib. 2, pág. 140.)

([1]) Y San Basilio, comentando aquellas palabras del Salmo: *Te ungió el Dios tuyo con óleo de alegría, con preferencia á tus compañeros*, dice lo siguiente: «Fué ungido Cristo Jesús sobre sus compañeros, es decir, sobre todos los hombres, de quienes Jesucristo se hizo compañero por su Humanidad; pues aunque á aquéllos se les comunique la virtud y gracia del Espíritu Santo, mas á Cristo se le dió no en parte, sino con plenitud, porque, como dice San Juan, el Espíritu Santo reposó sobre Él». San Jerónimo, comentando aquel verso: *Has engrandecido sobre todas las cosas tu Nombre santo*, dice que estas palabras equivalen á estas otras: «Has engrandecido sobre todo nombre, así del cielo como de la tierra, á tu Unigénito Hijo, á Jesucristo.»

([1]) Es el manzano un árbol fructífero; la fruta que produce se llama etimológicamente *malum*, manzana; razón por la cual los *Setenta* traducen este texto poniendo en la comparación no el árbol sino la fruta. Es, sin embargo, más propia la traducción del intérprete ó traductor de la *Vulgata*, siguiendo la comparación en el mismo terreno, de árbol á árbol; «como el manzano entre los árboles silvestres», etc.: comparación que es muy frecuente en los libros sagrados, en los cuales se designa ordinariamente á los árboles bajo el nombre común de leño, *lignum*, que se traduce árbol. «Será como el árbol plantado junto á la corriente de las aguas», así dice del varón justo temeroso de Dios. Las palabras, pues, de la Esposa significan: «Cuanto aventaja el manzano á

Unde egregie ait Theodoretus: Lilium, cui comparata est Sponsa, aspectu, et odore placet: at Sponsus comparatur malo propter gustum, et multiplicem utilitatem, ut *Ps. 33*, 9: «Gustate et videte», etc. Mortales autem universi, Christi gratia destituti, arbores sunt sylvestres, Christus autem arbor est illa, de qua *Ps. 1* et *Apocal* (XXII, 2), ult., fit mentio.

Magister Sotomayor: «Malus erat Paradisi arbor», quæ fructus habebat dulcisimos et pulcherrimos, ex consensu omnium interpretum, maxime Gregorii Nissen., orat. 4. Adonde parece la Esposa revocar á la memoria aquel árbol de la perdición nuestra que por éste se había de reparar; sicut videre est *Cant.*, VIII, 5: «Sub arbore malo suscitavi te»; id est, commovi te, vel provocavi te ad iracundiam, videlicet præceptum tuum transgrediendo; id est, vescendo de ligno vetito. Quæ expositio valde est probabilis. De Allegoria horum verborum, lege Ambros. (in *Ps. 118*, sen. 5). Philo, per malum, Christum intelligit in Sacramento altaris, vel in cruce positum. Tria enim bona malum continet: esum, per quem significatur Christi Corpus; potum, quo salutaris Christi sanguis: et odorem, per quem fides exprimitur. Per ligna sylvarum, naciones barbaras, et perfidos Judæos. Per umbram, protectionem Spiritus Sancti.

LECTIO IV

SUB UMBRA ILLIUS, QUEM DESIDERAVERAM SEDI: ET FRUCTUS EJUS DULCIS GUTTURI MEO (*Cant.*, II, 3) ([1]).

* ARTÍCULO PRIMERO

Aquí explica la Esposa el logro de sus deseos en esta vida temporal y en la eterna gozando de Dios.

Persevera en la metáfora de camueso, de sombra regalada y saludable, y de fruta sabrosa y dulce. Galeno llama á las camuesas fruta real, y que los jarabes que se hacen dellas son provechosíssimos para aliviar el corazón melancólico y triste. Hay árboles cuya sombra es muy dañosa, como la higuera y el ramno, y aun el nogal (Plin., lib. XII *Natur. Hist.)*; otros hay que todos son de provecho y medicinales. De la sombra del fresno huyen las víboras, y de sus hojas se saca zumo que sirve contra ellas de triaca. El camueso, especialmente en tiempo de fruta, cuando carga della, es muy agradable á la vista, y mucho más su sombra; y del fruto, ¿qué diremos?

Fructus ejus dulcis gutturi meo.

San Jerónimo, Orígenes, Santo Tomás, Haymón y otros graves autores dicen que en estas palabras lo que quiere significar la Esposa es que ya halló cumplimiento á su desseo, que era assentarse á la sombra de su Amado, y que ya goza de sus frutos, dulces para ella

---

los árboles silvestres en el olor y buen sabor de sus frutos, otro tanto é infinitamente más aventaja mi Esposo á todos los demás». Por eso dice muy bien Teodoreto: «La azucena, á la que es comparada la Esposa, se distingue por su lozanía y hermosura; el manzano, empero, con el cual es parangonado el Esposo, lo es por su sabor y por las utilidades que reporta, como se dice en el Salmo: «Gustad y ved cuán suave es el Señor». En cambio, los hombres todos, despojados de la gracia de Cristo, son como árboles silvestres y estériles; Cristo el *árbol frondoso y el árbol de Vida*, de que nos habla la Escritura.

Añade el P. Sotomayor, siguiendo á otros intérpretes, y en particular á San Gregorio Niseno, que el árbol aquel del Paraíso, de frutos dulcisimos y aspecto singularmente hermoso, era el manzano. A esto parece que alude la Esposa en el capítulo VIII de estos *Cantares*, como dando á entender que Dios fué movido á ira y á justa indignación por la prevaricación de la mujer, cometida comiendo de la fruta del manzano, interpretación, dice el Padre Angeles, que no es del todo improbable. (El sentido alegórico de estas palabras de la Esposa puede verse en San Ambrosio). Filón, por último, interpreta este lugar así: Entiende significado por la fruta del manzano á Cristo, Señor nuestro, en el Santisimo Sacramento ó puesto en la Cruz. Tres propiedades buenas tiene la manzana: es comida ó manjar, y así significa el Cuerpo Santísimo de Cristo; contiene jugo que refrigera la sed, por el cual se designa la Sangre del Señor, y es olorosa, y por su fragancia está representado el buen olor que difunde la fe en el mundo. Por los árboles silvestres se designan las naciones de los gentiles y los judíos; por la sombra, la protección del Espíritu Santo.

([1]) LECCIÓN CUARTA.—Como continuación de las palabras explicadas en la lección anterior, añade la Esposa: «Senténe á la sombra del que *tanto* habia yo deseado, y su fruto es *muy* dulce al paladar mio.»

más que la miel y los panales. Assentarse, en la Escritura significa eternidad: «Sede á dextris meis» *(Ps. 109,* 1); «Sedet ad dexteram majestatis in excelsis» *(Eph.,* II) (*sic*) (*a*); «Dominus in cœlo sedes ejus» (*Ps. 98*) (*sic*) (*b*) ([1]). Por esso se assentó Cristo, para predicar en el monte la ley evangélica, dando á entender que había de durar para siempre. Y aun por esso, dice San Cipriano, mártir, consintió Dios que Moisés hiciesse pedazos las tablas, hechas y escritas con el dedo de Dios, y que las que labró su siervo no se quebrassen; porque aquella ley antigua había de tener fin, y la nueva, dada por Cristo, cuya figura, según San Jerónimo, San Agustín y San Ambrosio, fué Moisén, nunca se había de revocar ni acabar.

También significa el estar assentado, quietud, cosa importantíssima para tratar con Dios y aprovechar en la ciencia divina. «Quia anima, dice el Filósofo, sedendo, et quiescendo fit sapiens» ([2]). Y Ma[g]dalena oye á Cristo sentada y quieta, por lo cual se le dice que escogió la mejor parte *(Luc.,* VII) (*sic*) (*c*). Los Tronos, por la quietud y paz que tienen se llaman assientos de Dios. Sic August. et Casiodor., in *Ps. 121,* 5: «Quia illic sederunt sedes in juditio»; id est, throni. Y en el libro dela *Sabiduría,* capítulo VII, se llama el ánima del justo que vive con quietud assiento de la Sabiduría: «Anima justi, thronus sapientiæ.» De aquí vinieron los egipcios, para dar á entender la quietud y firmeza del equinoccio, adonde iguala el día con la noche, á llamarle *Cœnocephalum sedentem,* y los nasomoneos, pueblos de Libia, para significar la quietud eterna de la otra vida, morían assentados y se mandaban enterrar assentados. El Profeta santo, para significar la quietud de Dios, usó deste término *(Ps. 28,* 10): «Sedebit Dominus Rex in æternum.» Et *Ps. 46,* 9: «Deus sedet super sedem sanctam suam» ([1]). Y Boecio cantó de Él:

«Stabilisque manens, dat cuncta moveri» ([2]).

La sombra, entre muchas significaciones que tiene en la Escritura ([3]), la principal es la que aquí meditan los santos, que es la protección, defensa y amparo del celestial Esposo, adonde la Esposa seguramente, con quietud y sin zozobra descansa y reposa.

Sub umbra illius, quem desideraveram sedi.

«Sub umbra alarum tuarum protege me» ([4]), dice el Profeta santo (*Ps.*, XVI, 8) hablando con Dios. En Job, capítulo VII (2 y 3), se escribe: «Sicut servus (*a*) desiderat umbram, et sicut mecenarius præstolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi» ([5]). Aquí, sombra significa refrigerio, amparo y defensa contra los ardores del sol. San Bernardo, sobre este lugar, dice: «Con razón había deseado la Esposa la sombra del Esposo, de donde había de tomar refrigerio y refección. Los demás árboles selváticos, ya que tienen sombra adonde los fatigados del sol descansen, no tienen fruta con que se recreen y vivan; sólo Cristo, autor de la vida y medianero entre Dios y los hombres, es salud del alma, y el que la defiende y ampara de los

La sombra donde él alma descansa es la protección y amparo de Dios.

(a) Debe leerse de este modo: *Hebr.*, I, 3.

(b) Las palabras citadas se hallan textualmente en el *Salmo 10*, v. 5.

(c) En vez de este capítulo debía decir: *Luc.*, X, 42.

([1]) «Siéntate á mi diestra». «Está sentado á la diestra de la Majestad en las alturas». «El Señor tiene en el cielo su silla.»

([2]) «En la quietud y en el sosiego el alma alcanza la sabiduría.»

(a) Equivocadamente se lee aquí *cervus;* la Vulgata dice *servus*, que es la verdadera versión de este versículo.

([1]) «El Señor estará sentado como Rey por toda la eternidad». «Está Dios sentado sobre su santo solio.»

([2]) «Permaneciendo inmoble en sí mismo, es causa del movimiento del universo: El primer motor inmoble.»

([3]) Hállanse citadas al margen estas palabras *(Isai.,* XXXII, 18: *Sedebit populus meus in pulchitudine pacis*: «Y reposará mi pueblo en hermosa *mansión* de paz.»

([4]) «Ampárame bajo la sombra de tus alas.»

([5]) «Como el siervo *fatigado* suspira por la sombra, y al modo que el jornalero aguarda con ansia el fin de su trabajo, así he pasado yo meses sin sosiego, y estoy contando las noches trabajosas.»

ardores de los vicios y la llena de los regalos y deleites de las virtudes.» San Ambrosio (lib. III *Exam.*, cap. IV) dice que sólo Cristo es árbol que ni se le cae ni se le muda la hoja, y por esto se compara á la oliva y á la palma, que nunca pierden el vestido que les dió naturaleza; pero múdanle y renuévanse algunas veces. La palma siempre persevera vestida de las hojas con que nace y otras que de nuevo produce. Los demás árboles, todos ó casi todos pierden su verdor y hermosura en el invierno. Por esso compara la Esposa á su Esposo al camueso en tiempo que tiene hojas y fruto, sombra y sustento: la sombra, agradable, y el fruto, sabroso. SUB UMBRA ILLIUS QUEM DESIDERAVERAM SEDI. Otros leen: SUB UMBRA ILLIUS DESIDERAVI, ET SEDEO. Todo es uno, desseé ó habia desseado; assentéme ó estoy assentada. Pselo dice que hacen este sentido las palabras de la Esposa: «Hujus admirabilis vitalisque pomi sæpenumero umbram aspicere concupivi, cum ardor tentationum me vehementer exureret; at, ecce in ea considens oblector et gaudeo, atque ardorem tentationum declino, quandoquidem me in mandatis omnibus Domini meditantem, Verbum, ac Sponsus meus dulcissimus, divinis suis umbrans alis, procul avertit tentationum faces» (1).

A San Teodoreto le parece que quiere decir la Esposa que, por no ponerse otra vez negra con los ardores del sol, se ha acogido á la sombra de su Esposo; y llama sombra todas aquellas cosas que enseña y predica la fe, que, como dijo el Apóstol (*I Cor.*, XIII, 12), las miramos en espejo y como enigma; son verdades infalibles, pero escuras y assombradas. A esta sombra assentada el alma, comienza á coger el fruto de la eterna vida y gustar cuán suave es el Señor. Los tres padres dicen que los frutos deste árbol divino son los que San Pablo cuenta del Espíritu Santo (*Galat.*, V, 22): caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad, quorum dulcedinem sentiunt illi, qui experiuntur. Nihil enim gaudio spirituali, tranquilitate, et charitate dulcius. At guttur, quo fructus spiritualis dulcedinis fruitur, est vis animæ, ratione prædita, sine qua verbum non admovetur. Quemadmodum nec cibus sine gutture (1).

No falta quien diga que en estas palabras SUB UMBRA ILLIUS QUEM DESIDERAVERAM SEDI, nos trae la Esposa á la memoria aquel regalo que le hizo Dios en el desierto, cuando, caminando por la tierra de Promissión, de noche iba delante alumbrándolos con una columna de fuego, como con una hacha, y de día defendiéndolos del sol con una nube. No sé cuánta razón tenga quien esto dice; parece hacer violencia á la letra, y por sacar leche, saca sangre. Si trajera aquéllo por ejemplo, para confirmación de lo que ya dijimos de la protección divina, acertara verdaderamente; porque se vió allí muy bien el cuidado que Dios tiene de los suyos, y cómo los ampara y hace sombra en el tiempo de la mayor necesidad. «Et creabit Dominus, dice Isaías (*Isai.*, IV, 5), super omnem locum montis Sion, et ubi invocatus est, nubem per diem, et splendorem ignis flammantis in nocte: super omnem autem gloriam protectio» (2). Sirve Dios á los suyos, cuando le sirven por caminos ásperos y de penitencia, en lo más oscuro de la noche, de luz para que no yerren el camino del cielo, y en los mayores ardores de los vicios y concupiscencias de la carne, de nube ó pabellón que les haga sombra. «Umbraculum ab æstu» (3) llama á Dios Isaías

(1) «Muchas veces he deseado llegar á cobijarme bajo la sombra de este benéfico y admirable árbol de vida, al verme asaltada y como abrasada en el torbellino y furia de las pasiones: y he aquí que llegada ya á ella y sentada á su sombra nada tengo por qué temer, sino más bien mucho por qué alegrarme y regocijarme, pues, enfrascada ya en la contemplación de los divinos mandatos, háceme sombra el Esposo dulcísimo de mi alma, con lo que espanta de mí todo peligro de tentaciones.»

(1) ..., cuya dulcedumbre (habla de la de los frutos del Espíritu Santo) sólo es percibida por aquellos que los reciben en su alma. Porque nada hay más dulce que el gozo espiritual, que la paz del alma y la caridad. Para gustar estos deleites requiérese una disposición conveniente en el alma, dotada de discernimiento y razón, como para percibir el sabor del manjar corporal ha de estar sano y expedito el sentido del gusto.

(2) «Y criará el Señor por todos los lugares del monte de Sión, y doquiera que es invocado, una nube sombría durante el dia, y un resplandor luminoso durante la noche, porque sobre toda *el Arca* gloriosa *brillará* su protección.»

(3) «Refrigerio en el ardor.»

(Isai., XIII) (*sic*) (*a*), y á todo lo que hizo con su pueblo en esta jornada llama protección: «Super omnem autem gloriam protectio».

Toda la gloria del mundo no llega á lo que es tener un alma á Dios por protector y defensor, que la haga sombra y la alumbre. No hay que temer en la noche de la adversidad, ni en el día claro de la prosperidad. «Qui habitat in adjutorio Altissimi, in protectione Dei cœli commorabitur»; id est, seguro dormirá. «Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum» (*Ps. 90*, 1 y 9): ¿Pusiste al Altísimo por refrigerio y amparo tuyo? Ningún mal se te acercará, etc.

* ARTICULO II

Los consuelos espirituales se dan para avivar el hambre de Dios y aborrecer los bienes y placeres de la tierra.

Sub umbra illius, quem desideraveram sedi.

En esta vida no vemos ni gozamos de Dios sino debajo de sombras.

Sed notandum [hemos de notar] que no dice que ha desseado á la sombra, sino al Amado; porque el desseo del ánima religiosa no para hasta Dios; pero en esta vida mortal no le puede ver ni gozar cara á cara, como Él es, sino assombrado. Sombra de Dios es lo que vemos y gozamos; porque, como dice San Juan (*Joan.*, I, 18), «Deum nemo vidit unquam» ([1]), et Augustinus: «Ni en esta vida como Él es, ni en la otra con estos ojos corporales, con que vemos las demás cosas que lo son.» Por mucho que crezca un ánima en virtud, ha de estar á la sombra del amado: «*Sub* umbra illius vivemus *inter gentes*», dice Jeremías *(Thren.*, IV, 20), y por ser sombra á la que descansamos, se nos escapa y huye tantas veces, sin poderle detener. Del hombre dice Job (*Job.*, XIV, 2): «Fugit velut umbra» ([2]); y de Dios lo podríamos también decir, porque desaparece fácilmente y nos deja al resistero de las tentaciones, como dijo á Jonás (*Jonæ*, IV, 6 á 8), que le había criado una hiedra que le hiciesse sombra, después de la predicación; y cuando no se cata, se le secó y se halló al sol.

Lo que hay de consuelo aquí es, que la que mereció descansar á la sombra del Amado mereció comer del fruto divino que lleva. El que reposa firme y fijo en la fe, que es sombra del Amado, por la contemplación goza de su fruto. Cerca está de la verdad de la fe la que está á su sombra, y al fin lo uno sucede á lo otro: á la sombra de la fe, la clara visión de Dios. Antes desto, á la sombra digo, de cuando en cuando se caen algunas manzanas, con que el alma es recreada y consolada; su desseo no es de la sombra, sino de la verdad. «Sitivit anima mea ad Deum fontem (*a*) vivum, quando veniam et apparebo ante faciem Dei?» (*Ps. 41*, 3): «De Dios tuvo sed mi ánima, que es fuente de todos los bienes, ¿cuándo vendré y me presentaré en su acatamiento?» En esta vida todo es hambrear; en la otra habrá perfecta hartura. Ita Aug. (concione 2 in *Ps. 32*, 19: *Ut eruat a morte animas eorum, et alat eos in fame)*, dice: «Tempus famis est modo; tempus saturitatis erit postea. Qui nos in fame hujus corruptionis non deserit, immortales factos, quomodo non satiabit?» ([1]). Si á la sombra del divino camueso tiene tales gustos el alma, ¿qué será cuando se abrace con Él y le tenga para no soltarle? En este siglo no hay que esperar hartura: aquí, hambrientos; allá, hartos. «Modo autem, ut non deficiamus in isto deserto, aspergit nobis Deus rorem verbi sui». «Un refresco y relieve del cielo, una manzanita, como á niños, para entretener la hambre»: «et nos non demittet prorsus arescere, sed faciet, ut sic sitiamus, ut bibamus. Ut autem bibamus,

Si dessea el alma la sombra de Dios, es por gozar de Él.

(a) Léase: *Isai.*, XXV, 4.

([1]) «A Dios nadie le ha visto jamás.»
([2]) «Desaparece como la sombra.»

(a) Véase lo que ya dejamos notado respecto á estas palabras en la pág. 114, col.ª 2,ª, nota *(a)*.

([1]) Dice San Agustín, sobre aquellas palabras del *Salmo 32: Los ojos del Señor puestos sobre los que le temen, para librar sus almas de la muerte, y sustentarlos en tiempo de hambre*, lo siguiente: «Esta vida presente es el tiempo del hambre y de la escasez; el de la hartura es la vida venidera. Pues quien no nos abandona ahora, sino que con tanta solicitud nos atiende y cuida, ¿qué hará cuando, dejadas las miserias de la tierra, entremos en la mansión de la inmortalidad?»

aliqua gratia ejus aspergimur, tamen sitimus». Ideo sequitur in *Ps. 62*, 2: «Sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea?» ([1]). Bienaventurada tal hambre y tal sed: tuvo sed mi ánima de Ti, y mi carne de muchas maneras. Yo creo que es esta aquella hambre que beatifica Cristo en su Evangelio; conviene á saber, de justicia, que es lo mismo que de virtud y santidad, fruto conocido del árbol de la vida, á cuya sombra tenemos á la Esposa: «Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur (*Math*,, V, 6) ([2]). Tras del desprecio de los deleites, honras y riquezas, puso la hambre de Dios, á la cual se sigue satisfacción y hartura, no en esta vida, como ya dijimos, sino en la otra. ¡Miserables los que tienen hambre y sed de las cosas temporales, que ni acá ni allá se verán hartos!

El que tiene hambre de Dios menosprecia la abundancia de las cosas deste mundo.

Admirable dibujo es éste del estado de los santos en esta vida y en la otra, hambre y hartura. En ésta viven siempre con increíble desseo de Dios y de lo que es virtud; á esto anhelan, y como sedientos y secas las gargantas, lo procuran, como los sedientos el agua. Porque, como de la vacuidad del estómago nace la hambre, la cual, si es grande, con desseo increíble nos lleva á buscar la comida, y ninguna otra cosa dessea el que la padece, ni procura, sino comer; en esso piensa y en esso sueña, puestas las demás cosas en olvido; como Esaú, que atormentado de la hambre y desseo de las lentejas, por una escudilla dellas dió su primogenitura, á que estaba anejo el sacerdocio (*Génes.*, XXV, 33). Abraham, para remediar su hambre se entró en Egipto, olvidado de su honra y vida (*Génes.*, XII, 10). Los judíos dieron las más preciosas joyas por el manjar de que tenían necessidad para refocilar sus ánimas (*Thren.*, I, 11), y, lo que es más, en el cerco de Samaria le hicieron [manjar] algunas madres de sus hijos (*IV Reg.*, VI, 28-9). Al fin, este apetito de comer es el más poderoso y más fuerte que Dios puso en los animales; porque importó no menos que el vivir de todos, y assí, por acudir á remediar su hambre rompen por todas cuantas dificultades se pueden ofrecer en la vida, sin temor de inconvenientes.

Pues mucho mayor es el de los justos por la virtud; con más ardor la desean y procuran que el manjar corporal los muy hambrientos. Por ella se ponen á sufrir cárceles, cadenas, fuegos, cruces, cuchillos, fieras y otros males que no se pueden contar. «Como el perro hambriento, dice San Agustín, ni deja la casa de su señor, ni la del vecino, ni del amigo y extraño, y cerca y da vueltas á la ciudad en un momento, assí los santos, con la hambre que tienen de Dios, nunca paran.» SURGAM, dice la Esposa, ET CIRCUIBO CIVITATEM: PER VICOS ET PLATEAS QUÆRAM QUEM DILIGIT ANIMA MEA. Ni hace caso de padres, ni de amigos, ni de haciendas, ni de honras; de uno tiene hambre y sed; ésse busca, y tras de ésse, anda y por ésse anhela.

El que tiene hambre de Dios no teme los trabajos y tormentos por hartarse de Él.

En la *Historia Tripartita*, libro VII, capítulo XXXII, se cuenta á este propósito un caso raro: que en tiempo de Valentiniano y Valente, emperadores, vino, por su mandado dellos, aunque forzado, un pretor á la ciudad de Edissa (*sic*), con fin de martirizar á todos los cristianos que allí hubiesse, y como por todas las vías que pudo procurasse que todos huyessen, por no ensangrentar sus manos en ellos, no pudo salir con su desseo, antes á porfía venían todos al lugar del martirio, como quien venía á perdones, bodas ó regocijos. Viendo el dicho pretor una mujercilla, entre otros, que dejando la puerta de su casa abierta, y que casi desnuda, con priessa y corriendo, un niño pequeñuelo en los brazos, iba al campo adonde los demás cristianos estaban esperando para ser martirizados, mandó que se la trajessen delante, y díjole: «¡Desdichada mujer! ¿A dónde vas con tal priessa?» Respondió: «Al lugar adonde los demás cristianos se juntan.» «¿No has oído, replicó él, cómo el juez va para hacer justicia de cuantos allí hallare?» «Ya sé esso, dijo la mujer; y por saberlo voy tan apressurada, por que pueda gozar de un bien tan grande, el cual temo perder si me detengo.» «Pues, ¿para qué llevas esse niño?»

([1]) «No nos abandona ni nos deja perecer de sed, y de tal modo nos hace sentir hambre y sed, que de cuando en cuando nos proporciona con qué la saciemos, si bien no del todo, y por eso se añade en el Salmo: *De ti está sedienta el alma mía.* ¡Y de cuántas maneras lo está *también* este mi cuerpo!»

([2]) «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque ellos serán saciados.»

replicó el juez. «Para que goce con los demás de la palma del martirio.» «Et qui pendet ab ubere, ubera deserens, ubera experiatur divinæ miserationis, torrente divinæ voluptatis potatus» ([1]). Por ventura, ¿no era esta la hambre del mártir Ignacio, que aguzaba y provocaba á las bestias para que de presto le hiciessen pedazos y se le comiessen?

No hay hartura cumplida en esta vida hasta ver á Dios.

Todos los santos tuvieron esta hambre, en tanto que vivieron en este destierro; pero ya tienen lo que les prometió Cristo en la patria: hartura y satisfacción cumplida. «Non esurient, neque sitient amplius» (*Isai.*, XLIX, 10), sicut scriptum est (*Math.*, V, 6): *Ipsi saturabuntur.*» Y el Profeta (*Ps. 16*, 15): «Satiabor cum apparuerit gloria tua.» Vel ut Hebr.: «In facie tua, Domine, satietas bonorum omnium» ([2]).

En viendo á Dios, se acabó el hambre del ánima. Él es su hartura y el que le llena todos sus senos. En esta vida todo es hambre, aunque no todas veces de Dios (que es la lástima), sino de cosas temporales que la despiertan y provocan más, y á la cual sucederá otra rabiosa y canina en el infierno. «¡Cosa extraña es, dice San Jerónimo (*epistol. prima ad Demetriadem*), que sola la vida virtuosa tenga estanco en el aprovechamiento, no le teniendo las codicias y negocios deste mundo!» A algunos les parece que basta haber comenzado á vivir bien, y no tratan de aprovechar y crecer en la virtud; añudan y estánse quedos, como árboles revejidos. Fervorosissimos en las cosas de la tierra, frigidíssimos en las del cielo.

Tengo vergüenza de considerar cuánto sea el fervor en el siglo y con cuánto cuidado procuran todos llevar adelante sus estudios y aprovechar en sus pretensiones. El amor de las riquezas no sabe de hartura; la codícia de las honras no se puede apagar; las cosas que han de tener fin apresurado, sin fin se buscan, ¡y nosotros, la divina Sabiduría, las celestiales riquezas, las inmortales honras, con una perezosa disimulación las despreciamos, y las espirituales delicias, ó no las tocamos, ó, si las gustamos, es muy á la ligera, y luego nos parece que quedamos hartos! diciendo la Sabiduría eterna (*Eccli.*, XXIV, 29): «Qui edunt me» adhuc esurient», etc. Ninguno jamás se hartó de tales manjares, que en algún tiempo no tuviesse hastío dellos; pero el manjar de Dios, cuanto más se come tanto más capaz queda y más hambrienta el ánima, y con más desseo de volver á comer. Lo cual ordenó assí Dios con admirable providencia, para que de la hambre de acá coligiéssemos la hartura de allá, y desseando vernos hartos de manjar que harta, desseando con hambre, despreciássemos lo presente y buscássemos lo futuro.

Et fructus ejus dulcis gutturi meo.

Las cosas desta vida son sainetes y apetitos para las de la otra.

Manjar que recrea y no harta es fruta de que no se suele hacer la comida, sainete para despertar el apetito. Todo es assí lo que se le da al alma, que, aun peregrina en este destierro, fruta para entretener el desseo y la hambre, sombra que la haga apetecer la luz. Assentóse, y no para siempre; gozó de la sombra, no por mucho tiempo; comió de la fruta para proseguir su viaje. No se ponen los caminantes á descansar por todo el día á la sombra de los árboles, ni comen de su fruta para perder la comida ó cena de sus casas; descansan lo que dura el calor del sol, y comen para suspender la hambre. Assí les sucede á los justos. Hacía sombra Dios á los hijos de Israel, y quería que fuessen caminando, y dábales el maná y que no cogiessen de hoy para mañana. Regala Dios, pero de passo, y cuanto basta para no desfallecer en el camino del cielo.

¡Qué de asombros debió de padecer, y qué de trabajos y amarguras, esta ánima para llegar á sestear á la sombra deste camueso, y qué hambre hasta comer de su fruta! «No temas, dice Orígenes, cuando oyeres amarguras, que los hijos de Israel, andando tres días por el desierto, vinieron á Mara, que es amargura, y de allí á Elím, adonde hallaron doce fuentes y setenta palmas; y allí hicieron alto y descansaron» (*Exod.*, XVI, 27). No es possible passar á la tierra de Promissión sino por amar-

---

([1]) «Y el que aun no sabe gustar otro alimento que el que le proporcionen los pechos de su madre, dejando éstos, se vea harto de la suavidad y dulzura divinas».

([2]) «No padecerá hambre ni sed»; «serán hartos», y el Profeta: «quedaré *plenamente* saciado, cuando se *me* manifestará tu gloria»; ó como dice el texto hebreo: «En tu presencia, oh Señor, se halla la hartura sempiterna».

guras. Que como los médicos dan á los enfermos que dessean sanar bebidas amargas, assí el médico de nuestras almas quiso amargarnos con diversas tentaciones y miserias de la vida presente, para sacar nos al puerto de su consolación eterna. No vinieran á las doce fuentes de agua, ni á las setenta palmas, si no llegaran á Mara; pero ni allí hicieron assiento, ni permanecieron los israelitas, porque no está aquí el fin de nuestra jornada ni se alcanza la perfección toda. «Sed dispensator animarum, Deus, in ipso itinere interserit laboribus etiam quædam refrigeria». Manzanitas y una sombra. Dátiles de las palmas y agua de las fuentes. «Quibus refota anima, et reparata promptior redeat ad reliquos labores» (¹). El mismo (homil. 20 in cap. XV *Josué)*, tratando aquel lugar de Josué adonde dice que Caleth concedió á su hija Axa un estanque alto y otro bajo (si no decimos jardín que tiene fácil el riego, que para mí es más á propósito esto), dice: «Accepit Axa irriguum superius, et irriguum inferius. Quod evidentius Apostolus dicit: Promissionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.» (Lege Acosta, serm. 1, doct. 2, in 4.) Lo cual entiendo yo á la letra cumplido en lo que dice Cristo *(Math.*, XIX, 29): «Ciento por uno en la vida presente, y en la futura el eterno premio». Esso es tener agua y riego en alto y en bajo; consuelos acá y consuelos allá; acá, de passo y cortos; allá, de asiento y con grande plenitud, hasta la embriaguez.

No es possible passar á la gloria sin trabajos.

San Jerónimo, sobre el cap. I de la epístola á los Efesios, in illa verba: *Signati estis Spiritu promisionis sancto, qui est pignus hæreditatis nostræ)*, dice: «Cualquiera que recibiere el Espíritu Santo de la repromissión, juntamente recibirá y alcanzará arra, prenda ó señal de la heredad eterna. La señal ó prenda se suelen dar en las ventas como un cierto testimonio y obligación para la futura compra, que se acaba de efectuar cuando se entrega el principal. La heredad es la vida perpetua; y como de la señal y prenda se colige qué tal haya de ser la compra y cuál la possessión,—porque hay su cierta proporción entre uno y otro: como si valiese la cosa ciento, se diessen diez, y si mil, ciento—; assí de la excelencia de la señal que se nos da de presente se conoce la grandeza de la heredad que se nos promete. Sea uno cuanto santo quisiere, y perfecto en todo; no tiene mientras vive más que esta arra ó prenda del Espíritu Santo. Y si tal es la prenda, ¿qué tal será la possessión? Y como la prenda que se nos da no está fuera de nosotros, sino dentro, assí lo está la heredad y reino de Dios. Esta señal se nos da antes de la entrega, como principio de paga, para alivio de nuestros trabajos, para seguro de lo que esperamos, para testimonio de la filiación divina, á que subimos por el Baptismo, por que confiadamente pidamos lo necessario á nuestro celestial Padre, y, finalmente, para entretenimiento en cuanto llega lo principal. Este tiene la Esposa á la sombra del que ama su ánima, assentada y comiendo de su fruto, saboreándose en Él. ET FRUCTUS EJUS DULCIS GUTTURI MEO. Fructus; id est, eloquia Dei. Vatablus: «Gutturi»; Septuaginta: «Faucibus»; Sanctes: «Palato».

La santidad que uno tiene, por grande que sea, es prenda ó señal del Espíritu Santo respecto de lo que ha de tener después.

Trabajo le costó buscar al Esposo; pero no se siente con el descanso y regalo de tenerle presente. No es hambre, dice el proverbio, la que espera hartura. Por esso son bienaventurados los que la tienen de Dios, porque esperan hartarse. «Quoniam ipsi saturabuntur». SUB UMBRA ILLIUS, QUEM DESIDERAVERAM SEDI; quasi dicat: sub umbra istius mali desideravi requiescere, ac dormire, quin etiam sedi, et quievi, et gustavi de fructibus ejus dulcissimis, qui palato et gustui meo dulcissimi fuerunt. Vulnerata enim amore Sponsa, nihil aliud cogitabat, et desiderabat, quam Sponso et rebus illius frui, atque vel umbra tantummodo illius satiari (¹).

(¹) Porque Dios, como proveedor riquísimo de los hombres, mezcla, mientras dura nuestra peregrinación, consuelos con las penas y amarguras, con las cuales fortalecida y confortada el alma, queda hábil para ulteriores trabajos y pruebas.

(¹) «Sentéme á la sombra del que yo *tanto* había deseado», es como decir: A la sombra de este manzano, de este árbol de vida, no sólo había yo deseado sentarme y dormir y descansar, sino que ya veo lograda la satisfacción de mis deseos, pues de hecho estoy reposando, sentada á su sombra, saboreando sus frutos, que para mi alma han sido y son dulcísimos sobre toda ponderación. Lenguaje propio de quien, como la Esposa, herida de amor, no puede hallar sosiego y quietud sino en la posesión del Amado

Propiedad es de los que aman la persona amar sus cosas todas, no sólo las de tomo y sólidas, sino la sombra. Ut docet Plot. *(contra Agnosticos*, cap. XVI) et Theodoretus (in *Religiosa hystoria*) ubi ex verbis Sponsæ ad ipsum ostendit. Sic enim habet: «Ii qui amore aliquem prosequuntur, est eis insitum, ut non ex solo ejus aspectu capiant voluptatem, sed et domum, et vestes, et calceos contemplentur cum magna lætitia.» Lege ibi; affert enim exemplum hujus loci. «Alii, inquit, desiderant et captant umbras arborum, montium, atque fontium, et similia; ego vero umbram Sponsi mei quæro, umbra enim ipsius similis est umbræ mali», etc. ([1]).

ET FRUCTUS EJUS DULCIS GUTTURI MEO. «Sapor dulcis maxime convenit naturæ» (Theophrastus, de *Causis plantorum*, lib. VI). En la cual metáfora no sólo dice la Esposa que su Esposo es de gusto y de buen comer, sino maravillosamente dulce y suave, magnífico y liberal. El desseo precede á la fruición. «Desiderium namque suapte natura est imperfectum ac proinde indigentiam quandam notat. Fruitio rationem habet perfecti et ultimi» ([2]). Por esso dijo la Esposa que había desseado, y luego que había gustado. Lege Plat. (in *Convivio)* et Plotinum *(Ænead.*, III, lib. 5: *de amore*, cap. I et V, et VI et VIII, et *Ænead.*, I, cap. IV) ibi sic, tratando de los afectos que padece el ánima que ama la divina hermosura: «Tales affectus oportet circa pulchrum excitari, nempe, admirationem, stuporemque quemdam suavem, desiderium quoque, et amorem, concitationemque jocundam», etc. Idem de *Ejusdem affectibus*, capitulo V. Lege Ambros. (in *Ps. 118*, ser. 5, et lib. III *Examer.*, cap. XII). Hoc sensu dixit Apostolus *(I Corint.*, XV): «Erit tunc Deus omnia in omnibus.» Lege de hoc August. (libro de *Verbis Domini*, ser. 16, et in *Ps. 27*, in fine; et lib. XXI de *Civitate Dei*, cap. XXX, super illa verba Hierem., XXXI: *Ero illorum Deus*, etc.); Oríg. (lib. IV *Homil.*, hom. 3, super illud: *Stipate me malis);* Ambrosius (epist. 62 ad Irenæum, lib. VIII *Epistolarum)*, hablando de la dulzura que sienten algunas veces los hijos de Dios: «Est, inquit, spirituale manna, hoc est, pluvia quædam spiritualis sapientiæ, quæ ingeniosis, et quærentibus de cœlo infunditur, et irrorat mentes piorum, et obdulcat fauces eorum. Qui igitur intellexerit hanc infusionem divinæ sapientiæ delectatur. Nec alium cibum requirit», etc. ([1]).—Lege quod habet Philo de hac dulcedine (in lib. *Legis*, alleg. 9: de ratione manna, et de congressu quærendæ gratiæ, pág. 88); Aug. (lib. XII *Confess.*, capitulo XL); Bernard. (serm. 23 et 85: *Dulce commertium sed breve momentum, experimentum rarum*, etc.).

Sub umbra illius, quem desideraveram sedi.

«Verba sunt, dice San Buenaventura, Sponsæ redentis per vacationem sub umbra Sponsi, per umbratilem speculationem desiderantis illius dilucidam contemplationem, et recipientis aliquam fruitionem» ([2]). Infiere la Esposa de lo que goza á la sombra, lo que, acabadas las sombras, gozará en la patria.

En el tomo II *super Lucam* aplica estas palabras á la Virgen, á quien dijo el Angel (*Luc.*, I, 35): «Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbravit tibi» ([3]); porque no sientas el ardor de la concupiscencia.

([1]) «Los que aman á alguna persona con verdadero amor, dice Teodoreto comentando este lugar, no sólo hallan gusto en verla y gozar de su presencia, sino que encuentran placer en todo lo que á ella se refiere y de cualquier modo le pertenece: en una prenda, por ejemplo, de su vestido. Que otros deseen lo que mejor les apetezca; yo sólo ansío la sombra bienhechora de Cristo, que es semejante á las del manzano».

([2]) «El simple deseo es por su misma condición cosa imperfecta, respecto ó comparado al goce ó á la posesión del objeto que se ama».

([1]) «El amor de la belleza infinita produce en nosotros afectos de admiración, estupor, deseo, amor y cierta plácida bienandanza». (Véanse los autores que se citan). San Ambrosio, hablando de la dulzura que sienten algunas veces los hijos de Dios, dice: que es á «modo de un maná espiritual, como una lluvia suave que dulcemente cae sobre los que de corazón buscan á Dios, llenando sus almas y endulzando sus corazones. Quien la recibe, ninguna otra cosa puede desear». (Véase á Filón.)

([2]) «Estas son, dice San Buenaventura, palabras de un alma que, cual la Esposa, por la contemplación se acoge á la sombra del Esposo, y siente en sí deseos de una perfecta y clara vista y posesión, con los que es de presente consolada.»

([3]) «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la Virtud del Altísimo te hará sombra.»

Tres son las cosas que hacen á Cristo muy deseado.

En el sermón segundo (*a*) de la Dominica primera de Adviento, sobre aquellas palabras de Ageo, profeta: *Veniet desideratus cunctis gentibus* (*Agg.*, II, 8), dice el mismo doctor santo: «(¹) Tria sunt, inquit, quæ sufficienter quamlibet rem suo modo reddunt desiderabilem: videlicet speciositas in aspectu, utilitas in effectu, deliciositas in gustu. Tunc enim est aliquid sufficienter desiderabile suo modo, cum primo delectat visum in intuendo; secundo decorat subjectum in possidendo; tertio dulcorat gustum in utendo sive perfruendo. Cum ergo ista tria sunt in Christo Jesu excellentissime, merito non tantum a sanctis patribus, sed etiam ab omnibus ratione utentibus debet esse desideratus. Nam primo Christus est spetiosus (*b*) ad intuendum, propter nitorem originalis innocentiæ. Secundo, utilis et prætiosus ad possidendum, propter decorationem illuminantis gratiæ. Tertio. nobilis et delitiosus ad perfruendum propter oblectabilitatem sapientialis demulcentiæ. Primo est desideratus, [quia] propter speciositatem originalis innocentiæ delectat visum intuendo. Nullus enim fuit sine peccato actuali, vel originali, nisi solus Christus (et ejus Mater particulari prævilegio) *(a)* qui est speciosus forma præ filiis hominum, desiderium collium æternorum; id est, Angelorum, et Sanctorum Patrum, speculum sine macula, Deus Majestatis, speciosior sole, in quem desiderant Angeli prospicere, et verus ille Salomon de quo dictum est (*III Reg.*, X, 24): «Universa terra desiderabat videre vultum Salomonis». Multiplici enim figura figuratus est. Ille Salomon representat verum Salomonem Christum. Unde Augustinus (de *Civitate Dei*): «Quæ de Salomone dicuntur a Deo, soli Christo conveniunt; et in illo fuit gratia obumbrata, sed in Christo veritas representata.» Secundo est desideratus Christus, quia propter suam prætiositatem illuminantis gratiæ decorat proprium

(*a*) En la edición crítica OPERA OMNIA se halla un solo sermón, que es éste, sobre la 1.ª Dominica de Adviento.—Véase tomo X, 27-9.

(*b*) Alguna diferencia se observa en la ortografía de varias de las palabras de este texto, tal y como el autor las escribe, y la que ahora está en uso en los autores modernos de la buena latinidad. Tales son las siguientes: *Spetiosus* por *speciosus*, *prætiosus* por *pretiosus*, *prævilegium* por *privilegium*, *prætiositas* por *pretiositas*, y otras, como más abajo *descurri* por *discurri*. Además hemos notado estos otros defectos de mayor consideración: Al principio del texto se dice: Utilitas in *afectu*, debiendo ser *effectu*. Más abajo: Nam primo Christus est speciosus: debe ser *desiderabilis et speciosus*. Tertio: (Christus) *nobilis* en vez de *delectabilis*. En fin, falta el *quia* que hemos puesto entre [ ].

(*a*) Este paréntesis, en que se hace una afirmación tan explícita del Misterio de la Concepción inmaculada de María, probablemente fué intercalado en las obras del seráfico doctor por alguno. No se halla en la edición crítica de los padres de Quaracchí (tomo IX, pág. 28), los cuales citan ocho códices que llevan este sermón. De San Buenaventura es también el párrafo castellano que se halla entrecomado más abajo.

(¹) «Tres son los motivos por los cuales se hace deseable una cosa, á saber: la belleza, la utilidad y el placer ó gusto que produce. Hácese, en efecto, un objeto apetecible, cuando, en primer lugar, la vista se recrea contemplándolo; en segundo lugar, cuando, de llegar á poseerlo, se sigue algún provecho ó utilidad, y, en fin, cuando nos produce algún bienestar y placer. Y como estas tres condiciones se juntan en Cristo Señor nuestro de un modo el más soberano, síguese que no sólo es digno del amor y del deseo de los santos sino de todos y cada uno de los hombres. Porque, primeramente, por el candor é inocencia de su persona divina es el objeto más grato y el más hermoso que imaginarse puede. Es además, por la gracia que en Él se halla en toda su plenitud, quien mayor bien y provecho puede proporcionarnos, y, por último, en razón de la suavidad y dulzura que de Él, como de manantial perenne, nace, el más amable y el que con verdad recrea y harta los gustos y deseos del alma. En cuanto á lo primero, habida consideración á su inocencia, es el objeto más deleitablemente hermoso que para recreo y descanso de la facultad intuitiva puede hallarse. El sólo (y por particular privilegio—añade el autor—su Madre) careció de todo pecado actual y del original. «El es el más agraciado entre los hijos de los hombres», «el deseo de los collados eternos». «Espejo sin mancilla», «Dios de la Majestad», «más hermoso que el sol», «en quien desean mirarse los ángeles», el verdadero Salomón, de quien está esescrito: «Todo el mundo deseaba ver el rostro de Salomón», ya que El, Cristo Señor nuestro, fué representado por muchas y muy nobles figuras, una de las cuales—y por cierto no la menos expresiva—es la de Salomón, quien fué figura de Cristo. Por eso dice San Agustín: «Lo que los Profetas en nombre

subjectum in possidendo. Unde (*Isai.*, XXVI, 9) «anima mea desideravit te in nocte», ut videat lumen in lumine tuo. Anima mea desideravit te in nocte; scilicet, tenebrositatis, et ignorantiæ, ut lumen videat in lumine tuo. Et ratione hujus prætiositatis dicitur *(Prov.*, III, 15); «Omnia quæ desiderantur, huic non valent comparari»; quia sicut non est comparatio inter umbram, et similitudinem ad veritatem, sic non est comparatio inter creaturam et divinam sapientiam.

Para lo tercero, hace lo que la Esposa dice: SUB UMBRA ILLIUS, QUEM DESIDERAVERAM SEDI, ET FRUCTUS EJUS DULCIS GUTTURI MEO. A la sombra de la gracia refrigerante de aquel Señor (scilicet, Cristo) á quien yo desseaba por el excesso de caridad inflamada, me assenté por quietación de la mente, y el fruto de Él dulce para mi garganta, por la degustación de la sabiduría. Para que el ánima guste de la dulzura de la divina sabiduría requiérese que esté limpia de pecado, y que se resuelva en agua de devoción, y que se abstraiga y desasga del amor del siglo; que no se derrame por las cosas exteriores, antes se recoja á las interiores totalmente, para que no se interponga alguna niebla, para que inmediatamente reciba la lluvia de la influencia divina y guste del dulzor de la suavidad eterna. De que parece haber gustado aquel que decía *(Ps. 41, 2)*: «Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus.» Ubi August. (tom. VIII): «In domo Dei festivitas sempiterna est; non enim ibi aliquid celebratur, et transit. Festum sempiternum, chorus Angelorum, vultus præsens Dei, lætitia sine defectu. De illa æterna et perpetua festivitate sonat nescio quid canorum, et dulce auribus cordis, sed si non perstrepet mundus»;—no ha de haber ruido del mundo en el alma; que es muy delicada la música—: «Ambulanti in hoc tabernaculo admirabili Dei. Dicit enim: Transibo in locum tabernaculi, usque ad domum Dei, in voce exultationis», etc. [1]. Et miracula Dei in redemptionem fidelium consideranti, mulcet aurem sonus festivitatis illius, et rapit cervos ad fontes aquarum [2].

SEDI. Bonaventura (*Dom. in sexagesima* (*a*), *ser, I*): «Non descurri per mentis distractionem, quia qui minoratur actu, percipiet sapientiam. Et tunc fructus ejus dulcis gutturi meo, propter sapientialem oblectationem» [3].

El mismo santo (serm. 1 Cruce), declarando aquel lugar del *Apocalipsi: In medio plateæ ejus* (scilicet, Hierusalem cælestis) *ex utraque parte fluminis lignum vitæ* (*Apoc.*, XXII, 2): «Llámase, dice, Cristo nuestro Señor río, de la abundancia de la gracia que comunica copio-

Cristo comunica á los santos de la abundancia de su gracia, para que gusten de su dulcedumbre.

---

de Dios anunciaron y lo que la Sagrada Escritura dice y predica de Salomón, sólo conviene proprisímamente á Cristo nuestro Señor: en aquél estuvo como en figura y en sombras la gracia, pero en Cristo en toda verdad y plenitud». En cuanto á lo segundo, se lee en Isaías; «Mi alma te deseó *en medio* de la noche» para ver tu luz, esto es: te ha deseado mi alma en medio de la oscuridad y tinieblas que me rodean, para ver y contemplar la hermosura y resplandor de la luz que irradia tu rostro. Por razón de esto se dice en los Proverbios: «No pueden parangonarse con ella (con la divina Sabiduría) las cosas de mayor estima»; porque así como no puede establecerse comparación, en el terreno especulativo, entre la sombra y semejanza de una cosa con la verdad de la misma, así no hay comparación tampoco entre una criatura cualquiera y Dios.

(*a*) OPERA OMNIA, tomo X, págs. 198-201 (al final del sermón). El que se cita después no le hemos hallado en esta edición.

(1) «Como brama el *sediento* ciervo por las fuentes de las aguas, así, oh Dios, clama por ti mi alma»; sobre lo cual dice San Agustín: «En la casa de Dios hay fiesta continua, pues no se celebra en ella algo pasajero ó alegría que pueda desvanecerse. Es regocijo ininterrumpido, cánticos angélicos en la presencia de Dios, y alegría inalterable. Hasta aquí abajo llega un no sé qué armonioso y como suavísimo eco que se percibe en el corazón, si en él no hacen ruido las cosas y las alegrías mundanas...; es preciso estar y recogerse al tabernáculo de Dios, como allí se dice: «He de llegar, *dije*, al sitio del admirable tabernáculo, hasta la casa de *mi* Dios, entre voces de júbilo.»

(2) Quien atentamente contempla las maravillas obradas por Dios en la redención de las almas, percibe como una música de inimitables y dulcísimas armonías, que le arrebatan y le llevan, como al ciervo sediento, en busca de las fuentes de las aguas.

(3) «No anduvo vagueando (dice San Buenaventura, comentando la palabra *sedi*, me senté) mi mente, porque el que de hecho se humilla y abaja alcanzará la sabiduría. Con la posesión de ésta, el fruto de las consolaciones divinas se hizo muy grato á mi paladar».

samente, como agua de caudalossísimo río, en los santos, y llámase árbol de vida, porque la da verdadera y eterna.» Y diciendo esto exclama: «¡O sanctorum beata gloria ex Christo Jesu, ligno vitæ, causata, ubi non gustatur caro pecorum, non avium, non piscium marinorum; sed ipsum vitæ lignum, Verbum utique incarnatum; quod degustatum, adeo est dulce, ut illo degustato, nec famescat homo, nec sitiat in æternum!» ([1]). ¿A dónde están los glotones que buscan los suaves vinos y sabrosos manjares? Porque la Esposa, habiendo gustado del fruto deste árbol, dice: SUB UMBRA ILLIUS, QUEM DESIDERAVERAM SEDI; ET FRUCTUS EJUS DULCIS GUTTURI MEO. «Come, hijo, la miel, dice el Sabio *(Prov.*, XXIV, 13), que buena es, y el panal dulcíssimo para tu garganta.» El que fuere apartado deste divino árbol, en el fin será privado de la vida y de la gloria y incurrirá en la muerte de la eterna damnación, adonde se vivirá muriendo siempre, y se morirá siempre viviendo. Será vida que carezca de vida, y muerte que no puede morir; vida mortal y muerte vital. ¡Oh, si supiessen los miserables pecadores las cosas que han de passar, y las cargas que sobre sí han de llevar, no con interpolación ó remissión, á la manera de terciana ó cuartana, que dan lugar para descansar algún tanto, sino continuadamente y por la eternidad de Dios! ¡Cuán de buena gana despreciarían la vida de naturaleza y correrían á la vida de gracia, para que al fin viniessen á la de gloria, concediéndoselo assí Cristo, que es hecho de todos los santos árbol de vida!

SUD UMBRA ILLIUS, QUEM DESIDERAVERAM SEDI. Yo dijera que el desseo de la Esposa ha sido de ver al divino Verbo en carne mortal, como consta de otros lugares destos *Cantares*, y que confiessa que este su desseo se le ha cumplido, y que goza del fruto desta obra. Llama sombra á la carne de que se vistió en las entrañas de la Virgen; porque como la sombra sigue la forma y movimiento del cuerpo, assí la humanidad de Cristo siguió la voluntad divina, sin discrepar un punto della, como lo dice Ezequiel *(Ezech.*, I, 16 y sig.), de la rueda en medio de otra rueda, y en las ruedas ambas el Espíritu de vida. Y hace galana consonancia con esto lo que dijimos de los Trenos *(Thren.*, IV, 20): «Debajo de la sombra de Él viviremos entre las gentes.» Y aquello de Ezequiel *(Ezech.*, XXXII, 7): «Solem nube tegam» ([1]).

Fué la carne de Cristo con gran fuerza y virtud opuesta al sol, para que con sus calurosos y ardientes rayos no abrassase el mundo seco con pecados. Y por ventura quiso decir esto el ángel á la Virgen: «Virtus Altissimi obumbrabit tibi», etc. Sed videamus sequentia [Pero veamos ya lo que sigue en el sagrado texto].

LECTIO V

INTRODUXIT ME *Rex* IN CELLAM VINARIAM, ORDINAVIT IN ME CHARITATEM *(Cant.*, II, 4) ([2]).

* ARTICULO PRIMERO

Qué se entiende en este lugar por el vino. Diversas acepciones de esta palabra, con otras cosas dignas de notarse.

«Entróme el Rey en la bodega, ó aposento del vino, y ordenó en mí su caridad.» En el primero capítulo destos *Cantares* ([3]), declarando aquel lugar, en algo semejante á éste: INTRODUXIT ME REX IN CELLARIA SUA, dije muchas cosas de los retretes ó celdas del Esposo, y reservé para aquí el tratar de propósito de la embriaguez del espíritu y de la abundancia de los consuelos espirituales con que Dios regala las almas puras, entendidos en el vino ó en la bodega del vino, de que allí ninguna mención se hizo. Dije que, aunque algunos doctores confunden estos dos lugares como si entre ellos no hubiera alguna diferencia, que la había muy grande; porque en el uno dice la

---

([1]) «¡Oh dichosa la gloria que proviene á los Santos de Cristo Jesús, verdadero árbol de vida en donde no se come la carne de animales, ni de aves, ni de peces, sino al mismo Verbo de Dios hecho hombre, cuyo sabor es tan dulce que, una vez gustado este divino manjar, no se vuelve á tener hambre ni sed por los siglos de los siglos!»

([1]) «Cubriré de nubes el sol.»

([2]) LECCIÓN QUINTA.—La Esposa: «Introdújome (el Rey) en la pieza en que tiene el vino *más exquisito*, y ordenó en mí el amor.»

([3]) Véase pág. 128 y sigs.

Esposa que la entra el Rey en sus retretes, y en la otra en la bodega del vino, y que allí ordenó en ella su caridad. El primero es favor de principiantes, y este segundo de perfectos; aquéllo pertenece al entendimiento, esto al afecto; allí se entiende y aquí se gusta; y aun allí se pudo hablar, y aquí fuera bien callar, porque no se nos dijera lo que á los apóstoles, en el día de Pentecostés, habiendo bebido deste vino del Espíritu Santo: «Hi *omnes* ebrii sunt» *(Ac.*, II, 15): No hablan éstos, sino el vino que han bebido. ¡Ojalá nos entrara el Rey en aquella su bodega y nos diera siquiera á probar aquel milagroso vino, aunque fuera con la pensión que le bebieron los apóstoles, que los juzgaron por borrachos; como si enseñasse lenguas peregrinas el vino y no confundiesse las naturales y propias!

Muchas cosas hay aquí de grande consideración; pondrémosla en algunas, y primero en el vino y bodega, que para ser mujer y dama, ó desposada, la que habla, no parece muy á propósito esta entrada y bebida, ni regalo conveniente el que la hizo el Rey para que se gloríe ella dello. A lo menos, las letras divinas, la autoridad de los santos y las leyes de los antiguos gentiles (Aclian. de *Varia hist.*, libro II) *una voce* condenan el vino, y á las mujeres romanas les era entredicho con pena de muerte, como el adulterio; «ne, inquit Valerius (Val. Maxim., lib. II, cap. I), in aliquod dedecus prolaberentur, quia proximus a libero patre intemperantiæ gradus ad inconcessam venerem esse censuerit» ([1]).

En el libro de los *Proverbios*, capítulo XXXI, 4, manda el Espíritu Santo que no se les dé vino á los reyes; porque estando tan obligados á la guarda de los divinos mandamientos y á la defensa de los pobres, no atropellen uno y otro con el vino.

El moderado uso del vino es tolerable, y la demasía es reprehendida.

El moderado uso dello aprueba el Sabio, y la demasía condena, con palabras de grande encarecimiento: «Exultatio animæ et *corporis* vinum moderate potatum. Sanitas est animæ et *corpori* sobrius potus. Vinum multum potatum irritationem, et iram, et ruinas multas facit» (*Eccll.*, XXXI, 36-8) ([1]). Y San Pedro Crisólogo (*serm. 26*) dice que en la demasía tienen principio las enemistades, las injusticias, las pendencias, las heridas, las muertes, las deshonestidades y todo aquello que hace diferencia de un hombre sano y cuerdo á otro que está loco y tomado de frenesí. Anacrasis (*Alexand., ob. Alexandria, libr.* V, cap. 21), filósofo, decía que la primera vez servía á la sed; la segunda, á la alegría; la tercera, al deleite; la cuarta, á la locura. «Ubi enim, inquit Boecio *(De discipl. Schol.*, cap. II), ebrietas, ibi furor dominatur; ubi furor, ibi nulla sapientia pervagatur» ([2]). Y Filón, judío (lib. de *Temulentia)*, discípulo de Platón, contando los daños, no de la borrachez, sino del mal uso del vino, dice: «Vini usus, voluptates, dolores, iras, amores vehementius concitat; sensus vero, memoriam, opinionem, intelligentiam prorsus extinguit, si quis ebrietate fuerit occupatus» ([3]). Solón puso ley, so pena de muerte, á cualquiera gobernador que se tomasse del vino (Diog. Laer., in *Vita Solon*, lib. II). San Ambrosio (lib. de *Elia et jej.*, cap. XVI) dijo que el tomado del vino era criatura superflua en el mundo. Y San Jerónimo (epíst. 83 *ad Occeanum)*, que ningún agravio se le hacía si le sepultassen, pues con sus manos se quita la vida racional.

Licurgo, rey de Tracia, porque ninguno en su reino tuviesse ocasión de beber vino, mandó descepar todas las viñas y que nunca más plantasen. Séneca (en el lib. XII de sus *Epistolas)* dice que todas las hazañas que se cuentan de Filo (*sic*), rey de Macedonia, que fueron muchas, quedaron infamadas sólo con haber sido flaco en esto del vino. Y Justino *(Histor.*, li-

([1]) «... para que no viniesen á cometer, dice Valerio Máximo, alguna acción indigna que atrajese sobre ellas ignominia ó baldón, puesto que se juzgó siempre que el primer paso para el libertinaje y para venir á parar en acciones inmorales, impropias de seres libres, era el uso inmoderado del vino.»

([1]) «Recrea el alma y el corazón (el P. Angeles sustituye esta palabra por la de cuerpo) el vino bebido moderadamente. El beberlo con templanza es salud para el alma y para el cuerpo. El demasiado vino causa contiendas, iras y muchos estragos.»

([2]) «Donde reina la embriaguez, escribe Boecio, allí impera la ira, y en donde ésta se halla no puede haber orden ni sabiduría.»

([3]) «El uso del vino excita con más fuerza las pasiones todas, é inclina á los placeres, á la ira, al dolor, etc.; en llegando, empero, á producir la embriaguez, embota los sentidos y la memoria, y apaga poco á poco la inteligencia.»

bro IX), contando las de Alejandro, su hijo, se duele mucho de que las hubiesse todas escurecido y borrado con el vino. «Cæterum Alexander ingentia animi bona, illam indolem, qua omnes Reges antecessit, illam in subeundis periculis constantiam, in rebus molliendis efficiendisque velocitatem, in deditis fidem, in captivis clementiam, in voluptatibus, permisis quoque et usitatis, temperantiam, haud tolerabili vini cupiditate fædavit» (¹). Platón llamó fuego al vino, y por esso mandó que no se diesse á los muchachos. «Non oportet, inquit, ignem igni in corpus atque animam suggerere.» San Pedro Crisólogo (ser. 26), epilogando los daños del vino, dice: «Dæmon blandus, venenum dulce, rabies voluntaria, invitatus hostis, illecebra honestatis, et pudoris injuria» ( ). Salomón (en su *Eccless.*, cap. II, 3), para darse á la sabiduría, confiesa que se apartó del uso del vino: «Cogitavi in corde meo abstrahere a vino carnem meam, ut animum meum transferrem ad sapientiam, devitaremque stultitiam.» Sic Basil. (cap. V in *Isaiam*) dice que entre los hebreos debajo de vino se entendía cualquiera bebida que sacaba de juicio. Al fin, como dijo el Apóstol (*I Eph.*, V, 18), de la manera que el anzuelo se cubre con el cebo goloso, assí la lujuria con el vino. Y Orígenes dice de Lot, que abrasaron las llamas de la lujuria al que no tocaron las del fuego de piedra azufre. Y San Ambrosio (de *Elía*, cap. XIV), que es más poderoso el vino que el veneno, pues el veneno se saca con el vino, y no al contrario. Y San Agustín (ser. 132 de *Tempore)* advirtió, y muy bien, sobre la primera carta, capítulo VI, de los Corintios, que hizo tanto caso el Apóstol de la embriaguez, que la puso entre los fornicarios, adúlteros y sométicos, á los cuales todos cerró la puerta para el reino de los cielos.

Los lacedemonios, por ningún caso consentían que sus hijos bebiessen vino. Lo mismo hacían los persas, y los romanos nobles no lo gustaban hasta passar de los treinta y cinco años de edad. De Apolonio Tianeo, filósofo, escribe Carolo Estefano *(Verbo: Apolonius Tianæus)* que por no haber bebido jamás gota de vino entendió el lenguaje de los pájaros, y decía muchas veces que cualquiera que pretendiesse tratar familiarmente con los dioses, no había de beber vino. De Diógenes, Pitágoras y Platón el divino escribe Paladio *(Epist. ad Lausium*) que eran aguados, y que por esto llegaron á tanta sabiduría. Y en la Sagrada Escritura (*Jerem.*, XXXV, 6 y sigs.) son alabados los recabitas porque, obedeciendo á su padre Jonadab, nunca bebieron vino. El emperador Federico III, no sólo no bebió jamás vino, pero ni consintió que su mujer lo bebiesse. Y diciéndole los médicos que le importaba para tener hijos, respondió: «Más quiero tener mujer estéril, que borracha (*Æneas Sil.*, libro II, n. 7). Al fin, adonde el vino reina ni hay secreto *(Prov.*, XXXI, 4), ni fidelidad (*Habac.*, II), ni pureza, ni caridad, ni alguna de las virtudes que hacen al hombre filósofo ó cristiano.

Pues, ¿á qué propósito entra el Esposo castíssimo y puríssimo á su Esposa en la bodega del vino, y ella se gloría de haber entrado y bebido? Si el vino es tan reprobado, ¿por qué tantas veces se hace mención dél en estos *Cantares?* Si aquí todo lo que se trata es pureza y amor más que seráfico, y, según sentencia de Salomón (*Prov.*, XX, 1), el vino es cosa lujuriosa, ¿por qué ha de andar tan á la mano y en tantas ocasiones se hace memoria dél?

En el capítulo primero (I, 3) dice la Esposa á su Esposo, dos veces, que sus pechos son mejores que el vino: MELIORA SUNT UBERA TUA VINO. Et: EXULTABIMUS, ET LÆTABIMUR IN TE, MEMORES UBERUM TUORUM SUPER VINUM.

En el segundo (4, 13, 15) hace mención de la bodega y del vino: INTRODUXIT ME *Rex* IN CELLAM VINARIAM, y de la viña: VINEÆ FLORENTES DEDERUNT ODOREM SUUM. Et: CAPITE NOBIS VULPES PARVULAS, QUÆ DEMOLLIUNTUR VINEAS: NAM VINEA NOSTRA FLORUIT (¹).

(¹) «Todas las buenas cualidades con que el gran Alejandro aventajó á todos los demás reyes: su indomable valor en los peligros, la rapidez y energía con que sabía desembarazarse de todas las dificultades y salir airoso en las más arduas empresas, su fidelidad en las promesas, la templanza y moderación que guardaba en el uso de los placeres, en los permitidos y honestos, todo lo mancilló con el abuso intolerable del vino».

(²) «Es (el vino) un demonio blando, un veneno dulce, una locura voluntaria, un enemigo á quien se invita y llama á la casa, escollo de la honestidad y del pudor.»

( ) ... «Esparcen su olor las florecientes viñas.» Y: «Vosotros, *oh amigos*, cazadnos esas raposillas que están asolando las viñas; porque nuestra viña está ya en cierne.»

Y en el capítulo tercero (*sic*) (*a*) dice la Esposa al Esposo: PULCHRIORA SUNT UBERA TUA VINO.

Y en el capítulo quinto (v. 1) dice: BIBI VINUM MEUM, CUM LACTE MEO .. BIBITE, ET INEBRIAMINI, CHARISIMI ([1]).

Y en el capítulo sexto (v. 10): DESCENDI IN HORTUM *meum*, UT... INSPICEREM SI FLORUISSET VINEA ([2]).

Y en el capítulo séptimo (v. 8, 9, 12): ERUNT UBERA TUA SICUT BOTRI VINEÆ... GUTTUR TUUM SICUT VINUM OPTIMUM, DIGNUM DILECTO MEO AD POTANDUM, LABIISQUE ET DENTIBUS ILLIUS AD RUMINANDUM. Et: MANE SURGAMUS AD VINEAS, ET VIDEAMUS SI FLORUIT VINEA, etc ([3]).

Y en el capítulo octavo (vv. 2, 11, 12) dice la Esposa: DABO TIBI POCULUM EX VINO CONDITO, ET MUSTUM MALORUM GRANATORUM MEORUM. Et: VINEA FUIT PACIFICO. Et: VINEA MEA CORAM ME EST ([4]).

Parecen verdaderamente en este epitalamio ó cántico nupcial tratantes de vino el Esposo y la Esposa; porque de ninguna otra mercaduría se trata más frecuentemente que de viñas y vino, y beber y escanciar. Y es lo bueno que en ninguna parte de cuantas se hace en este libro mención de vino y embriaguez, viñas y mosto, puede haber sospecha de mal, ó condenarse este trato y bebida; porque son amores puríssimos y castíssimos. Por lo cual somos forzados á levantar la consideración á otro vino diferente del que condenan, assí las letras divinas como las humanas, y otra embriaguez sobria y templada, con la cual se compadece la pureza virginal y la amistad del divino Esposo, si ya no decimos que es el principal efecto del amor, como lo probamos suficientemente en la segunda parte de los *Triunfos del amor de Dios* (*a*).

Orígenes, San Juan Crisóstomo (oratione 5 *Adversus Judæos*, tom. V, et serm. *contra gulam)* ponen muchas maneras de embriaguez en mala parte: de ira, de gula, de lujuria, de avaricia y de las demás aficiones y passiones viciosas, que todas las abraza aquel cáliz de Babilonia que, como dijo Jeremías (*Jerem.*, LI, 7), emborracha toda la tierra. San Jerónimo (lib. I *adversus Jovinianum*, tomo II), sobre aquellas palabras MELIORA SUNT UBERA TUA VINO, dice assí: «Quod istud vinum est quod Sponsæ mammas pulcherrimas facit et pudicitiæ lacte fæcundantur?» ([1]). Aquel de quien en el capítulo quinto habla el Esposo: BIBITE ET INEBRIAMINI, CHARISSIMI. Vino es que luego que le beben los mancebos y las doncellas tienen sed de virginidad, «et in crapulam castitatis eructant». Y se cumple la profecía de Zacarías (*Zachar.*, IX, 17): «*Quod* bonum ejus? et *quod* pulchrum ejus? nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines?» ([2]). El mismo Jerónimo (lib. III y capítulo XIV *Oseæ*), declarando aquel lugar: (*Osee.*, XIV, 8): *Vivent tritico et germinabunt sicut vinea*, dice que adonde nuestra *Vulgata* tiene «Vivent tritico», trasladaron los *Setenta*: «Bibent et inebriabuntur tritico»; id est, rerum omnium abundantia. Y esso mismo signi-

Las passiones viciosas embriagan mas que el vino.

(*a*) Esta es una equivocación en la que por inadvertencia no debió reparar el autor. Las palabras que aduce como dichas por la Esposa y tomándolas del capítulo tercero se hallan en el cuarto, 10, y según todos los Expositores forman parte de las alabanzas que el sagrado escritor puso en boca del Esposo

([1]) «Bebido he mi vino con mi leche»; .. «bebed, carísimos, hasta saciaros.»

([2]) «Yo bajé al huerto (donde el P. Angeles pone en este lugar *meum*, la Vulgata dice *nucum*, huerto de los nogales) para ver.. si estaba en cierne la viña.»

([3]) ... «Serán *para mí* tus pechos como racimos de uvas... *La voz de* tu garganta así *deleita* como el más generoso vino, debido á mi amado para que lo beba, y se saboree en él *conservándole* entre sus dientes y labios». Y más abajo: «Levantémonos de mañana para ir á las viñas, miremos si están en cierne las vides...»

([4]) ... «Yo te daría á beber del vino compuesto y del licor nuevo de mis granados». Y en otra parte: «El Pacífico, ó *mi Esposo Salomón*, tuvo una viña en Baal-hamón»...; y por fin: «La viña mía delante de mí está.»

(*a*) OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FRAY JUAN DE LOS ANGELES, tomo I, diálogo V, § VII, págs. 233 y siguientes.

([1]) «¿Qué género de vino es éste que tan amable es y enciende en amor de pureza y castidad?»

([2]) «¿Cuál será el bien *venido* de él, y lo hermoso *que* de él nos vendrá, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes *ó da la castidad?*

fica lo que en el salmo se escribe (*Ps. 64*, 10): «Visitasti terram, et inebriasti eam» (1).

Pues ¿comiendo el trigo beben y se embriagan? Sí, que habla de Cristo á la letra Oseas, que, recebido por fe y amor en el alma, y comido en la hostia consagrada, mata en ella la sed de los vicios y la embriaga y llena de consuelo espiritual, y de todas las riquezas del cielo. El mismo (sobre *Zacar.*, IX) dice: «Ipse Christus qui frumentum est electorum, ipse est vinum, quod lætificat cor hominis, et bibitur ab his virginibus, quæ sunt sanctæ et corpore et spiritu, ut inebriatæ atque gaudentes sequantur Ecclesiam, et dicatur de eis (*Ps. 44*, 15): *Adducentur Regi virgines post eam: proximæ ejus afferentur tibi in lætitia, et exultatione*» (2). Pero, ¿cómo no tendrán alegría las que, embriagadas con la bebida del Salvador, son engendradas en vírgenes y osan decir: «Introducite me in cellulam vini, confortate me unguentis?» Vinum hoc boni odoris est; unde in eodem carmine dicitur: «Potabis me de vino unguentarii, de rivis malogranatorum tuorum.» Hoc vino inebriati sunt, qui sequntur Agnum Dei quocumque vadit, vestiti candidis vestibus, quia virgines sunt» (3). El mismo S. Jerónimo (lib. III, in cap. XXI, vv. 6, 7) *Proverbiorum*, tomo VII), sobre aquel lugar: *Date siceram mœrentibus, et vinum iis, qui amaro sunt animo. Bibant, et obliviscantur egestatis suæ, et dolores sui non recordentur amplius*, dice: «Siceram et vinum, hoc loco, supernam divinæ sapientiæ consolationem intelligit, quæ illis est exhibenda cordibus, quæ in infimis consolari refugiunt, et quidquid occurrit in præsenti, amaro suscipiunt animo: solis, quæ nondum vident, gaudiis cœlestibus tota mente inhærentes. Juxta eum qui dicit (*Ps. 76*, 3, 4): *Renuit consolari anima mea: memor fui Dei, et delectatus sum*» (1). Y declarando aquel verso del *salmo 22*, 5: *Calix tuus inebrians, quam præclarus est*, dice: «Mystico me calice inebriasti, ut oblivioni traderem delectationes prioris vitæ.» Augustinus: «Et poculum tuum oblivionem præstans priorum vanarum delectationum, quam præclarum est» (2).

El vino material se debe temer, y el espiritual, dessear. «El vino y la música alegran el corazón.»

De lo dicho se colige que, aunque en el vino material hay mucho que temer, en el espiritual, de que se trata en estos *Cantares*, hay mucho que dessear; porque unas veces significa alegría espiritual (*Eccli.*, XL, 20); otras, abundancia de regalos y consolaciones interiores; otras, olvido de todo lo presente por la memoria de lo futuro y que para siempre ha de durar; otras (Bern.), significa amor ferviente y que rompe las vasijas nuevas, como diremos; otras (León), éxtasi y arrebatamiento del ánima ó enajenamiento de los sentidos, como en este lugar: INTRODUXIT ME REX IN CELLAM VINARIAM, ORDINAVIT IN ME CHARITATEM. Y si no fuera negocio del Espíritu Santo, ¿cómo pudiera salir esta alma de la bodega del vino con orden en la caridad?

(1) «*Porque* tú visitaste la tierra y la has como embriagado *con lluvias saludables.*»

(2) «Cristo Señor nuestro, que es el *trigo de los escogidos*, es también el vino que alegra el corazón del hombre y que es la bebida de aquellas vírgenes puras, santas en el cuerpo y en el alma, de modo que de ellas pueda decirse: «Serán presentadas al Rey las vírgenes que han de formar el séquito de ella; ante tu presencia serán traídas sus compañeras: conducidas serán con fiestas y regocijos.»

(3) Buen vino y de suave olor es éste del cual dicen las vírgenes: «Llevadme á la bodega del vino, confortadme con perfumes». Por eso se dice en el mismo libro del *Cantar de los Cantares:* «Me darás á beber del vino compuesto, y del licor extraído de mis granados». De este vino han bebido aquellos que «siguen al Cordero á donde quiera que va vestidos de vestiduras blancas, porque son vírgenes.»

(1) El mismo San Jerónimo, sobre aquellas palabras de los Proverbios: «Dad la cerveza *ó los licores* á los afligidos, y el vino á los que tienen el corazón lleno de amargura; beban éstos para echar en olvido su miseria y no acordarse más de su dolor», dice que por estas palabras cerveza, vino y licores se entienden en este lugar los consuelos interiores que Dios da á las almas, especialmente á aquellos que se apartan de los gustos y placeres de la tierra y que miran todo lo de este mundo como vil y despreciable, y que, aun sin verlos ni poseerlos de hecho, aman ya de todo corazón los bienes del cielo, cumpliendo ellos en sí mismos lo que dijo el Profeta: «Se había negado mi alma á todo consuelo; acordéme de Dios, y me sentí bañado de gozo.»

(2) «¡Cuán excelente es el cáliz mío que *santamente* embriaga!, escribe. Dándome á gustar este cáliz místico, hicisteme olvidar todos los gustos de la vida mundana». Y San Agustín: «¡Cuán admirable y excelente es este tu cáliz, que así hace perder la memoria y el recuerdo de los placeres mundanos y de las vanidades del siglo!»

Luego bebida es ésta del espíritu, y espirituales quiere los que le han de beber. Y cuanto más se bebe, más se ama, y más ordenado y según Dios es el amor.

* ARTICULO II

De la bodega del vino, adonde entró el Rey á la Esposa (*a*).

San Jerónimo (epíst. *ad Damasum*), declarando aquel lugar de *Isaías*, VI (*b*): *Elevatum est superliminare a voce qua clamabant:* «Fué levantado el umbral alto á las voces de los serafines», dice: «En el Testamento Viejo leemos que siempre que el Señor hablaba con Moysén y Aarón, su hermano, era á la puerta del tabernáculo; quasi ante Evangelium necdum eos in Sancta Sanctorum introduxerit, sicut Dei Ecclesia postea introducta est, dicens: INTRODUXIT ME REX IN CELLAM VINARIAM. Quando ergo Dominus noster descendit ad terras superliminare illud, quasi quoddam obstaculum intrare cupientibus, sublatum est, et universus hic mundus fumo impletus est»; id est, gloria Dei. Ubi vero in Latino *elevatum* legimus; in Græco *sublatum* ponitur ([1]).

Lo que dice este santo doctor es que por la venida del Hijo de Dios al mundo se dió entrada á las almas puras á la bodega deste vino. Siempre tuvo Dios bodega; pero hablaba con sus amigos á la puerta, sacábalos allí de beber, andaba por tassa la bebida; después que se hizo hombre, quitóse el umbral alto, que no daba lugar para entrar en esta bodega divina; hízose la entrada libre y franca, no para todos, sino para aquellos que el Rey quisiere entrar. Que por esso dice: INTRODUXIT ME REX IN CELLAM VINARIAM. No se entra al albedrío de cada uno, sino según la dispensación del Rey eterno; es regalo de amigos y amicissimos: el amigo bebe, y el amicissimo se embriaga. Que aun allá dentro no se les franquean las cubas á todos sin diferencia: unos beben por medida, otros sin ella; unos matan la sed, otros se embriagan. Que esso significa *ebrietas;* id est, sine mensura. A unos se les dice (*Ps. 33*, 9): «Gustad y ved cuán suave es el Señor», como quien cata vino; á otros se les manda que ensanchen la boca y que se la llenará: «Dilata os tuum, et implebo illud» (*Ps. 80*, 11).

A los que Dios sacó de Egipto da hambre y sed de las cosas espirituales.

Ricardo: «A sólo el que sacó el Señor de Egipto y entró en su bodega se le dice: «Abre tu boca y ensánchala, que yo te la llenaré.» La promessa es grande, y grande el secreto della. ¿De qué tienen sed y hambre los egipcios? De cosas carnales y temporales. ¿Y los que salieron de Egipto? De las espirituales y celestiales. A éstos se les dice que abran y ensanchen la boca, que no por tassa se les dará lo que dessean. ¿Qué es la boca de la hambre interior sino el desseo del corazón? Y éste, ¿no pueden llenarle los deleites de todo Egipto? No por cierto, ni todos los regalos ni contentos del mundo. ¡Oh, cuánta es la anchura y capacidad del corazón, cuya boca no puede llenar el mundo todo! Aperi, ergo, os tuum, et quantum potueris extende desiderium tuum. Multum extende, ut multum possis capere. Quanto ad illa, videlicet, spiritualia et cœlestia capatior fueris, tanto beatior eris. Extende, ergo, ne parcas, et si parcere vis tibi, non illis timeas. Nesciunt illa deficere, sed tu potes ad illa minus idoneus esse. Dilata os tuum quantum potes, quia nunquam nimis capere potest ([1]). El

---

(*a*) Repetimos aquí la observación hecha en la nota ([1]), col.ª 2.ª, de la pág 288.

(*b*) Este texto se lee así en la Vulgata: *Et commota sunt superliminaria cardinum a voce clamantis.*

([1]) .. Como dando á entender que antes de Jesucristo y de la promulgación del Evangelio no había entrado á nadie á lo recóndito de sus secretos, á la manera que lo hizo después con la Iglesia, según aquellas palabras: *Introdújome el Rey en el aposento en que tiene el vino más exquisito.* Cuando, pues, nuestro Señor bajó, hecho hombre, á la tierra, fué quitado del todo aquel dintel que á modo de muro infranqueable impedía la entrada á los hombres en el interior del templo, y todo el mundo quedó lleno de la gloria de Dios. En donde el intérprete latino—añade el autor—dijo: *fué levantado*, el griego lee: *fué quitado.*

([1]) Abre, pues, tu boca, ensancha tus deseos cuanto te sea posible. Para que puedas recibir mucho, dilata mucho los deseos de tu corazón; porque cuanto más amplios é ilimitados sean éstos respecto de los bienes espirituales y divinos, tanto más feliz y dichoso serás. No seas, por lo tanto, corto en desear, ni seas cobarde ó tímido en pedir. Los bienes de Dios y sus consuelos en si mismos son in-

que mereció entrar en la bodega del vino del Rey eterno bien puede ensanchar el desseo, seguro que no le faltará que beber hasta la embriaguez.

Pero sepamos ya qué bodega es ésta adonde por gran favor y regalo entra Dios á su Esposa. San Bernardo dice que estas son palabras de la nueva Iglesia y de los apóstoles, que en el día de Pentecostés, entrando en el cenáculo como en la bodega del vino fueron llenos de mosto del amor divino y vino de la caridad del Espíritu Santo, y saliendo á hablar con el pueblo fueron juzgados por borrachos *(Act.*, II, 15). Hugo piensa que es la inteligencia espiritual que comunicó el Señor á los suyos cuando, después de resucitado, les abrió el sentido para que entendiessen las Escrituras; ó la abundancia y afluencia de los bienes espirituales, que son las virtudes teologales, dones del Espíritu Santo y Sacramentos de Cristo, adonde entró la nueva Iglesia después de la muerte del Redentor; ó la gloria celestial, adonde, ya que no en possessión, á lo menos por esperanza y por el gusto de la contemplación entran las almas. Santo Tomás y Haymón dicen que la Iglesia congregada de gentiles y judíos es la que aquí habla y se gloría de haber entrado en la bodega del vino; esto es, en una y universal Iglesia, en la cual se halla el vino preciosíssimo de la predicación evangélica. Jacobo de Valencia va por otros nortes que yo no puedo seguir. Orígenes, Teodoreto y San Jerónimo no siguen esta letra; hácenlos imperativos y del número plural: «Introducite me in cellam vinariam, ordinate in me charitatem» ([1]).

Cosme Damiano y fray Alonso de Orozco tienen que la bodega es la Santa Escritura, en la cual se hallan los sentidos místicos, que como vino precioso alegran el corazón. Los hebreos rabinos, como dice Genebrardo, por esta bodega entendieron el santuario ó el altar sagrado, y él tiene que son los secretos de Dios, que, manifestados al alma, la embriagan y sacan de sí con admiración ó devoción, ó el sacramento del cáliz, que alegra á Dios y á los hombres, que contiene la sangre de Cristo, que es el precio de nuestra redención. Egidio Cardenal siente, con Hugo, que aquí significa el Espíritu Santo el abundancia del alegría espiritual, entendida en el vino, como queda probado. San Gregorio no nos dice cosa nueva; porque ya dice que significa los secretos de la celestial patria, ya los que encierra en sí la Sagrada Escritura, ya la verdad.

Ninguna destas exposiciones me llena el desseo, ni aun parece que pueden estar con la letra. Si decimos que la bodega es la patria celestial, no viene bien con lo que se sigue: ORDINAVIT IN ME CHARITATEM; porque allá no hay que ordenar, que en su punto está la caridad y no puede haber desorden en ella Si decimos que es la Iglesia primitiva, congregada en Cristo, de gentiles y judíos, ¿cómo se compadece con la razón? ¿Puede entrar ella en sí misma? ¿Diremos bien: entró el Rey á la Iglesia en la Iglesia? El mismo juicio se puede hacer de las demás exposiciones. Próspero Roseto abraza la de Egidio Romano, diciendo que, á su parecer, la que aquí habla es la Iglesia, que por grados ha ido subiendo hasta llegar á la bodega del vino; esto es, á la abundancia de la alegría espiritual, adonde el amor acerca de Dios y de los prójimos, lo uno crece y se aumenta, lo otro recibe orden. Primero la vimos puesta entre espinas, como lilio; luego á la sombra de su Esposo; allí comió y se saboreó con el fruto deste divino árbol; ya confiessa que tiene el cumplimiento de sus desseos. Pero, ¿qué sed debía de tener la que no paró hasta la bodega del vino? (Taulero).

Introduxit me Rex in cellam vinariam.

Del hebreo trasladan algunos: «Introduxit me Rex in domum vini illius.» En la casa de aquel vino; esto es, singular y excelentíssimo, que esso significa el artículo *illius*. Y aunque no dice claramente que bebió,—por la modestia con que se ha de hablar en los regalos del espíritu—, bien se colige y se infiere de sus palabras; porque no pudiera alabar de boníssimo el vino desta bodega si no le hubiera probado. Y ¿quién tiene sed que no beba estando entre las cubas y siendo el vino regalado?

Cipriano, en sus *Comentarios*, quiere que se entienda por esta entrada en la bodega del vino algún especialíssimo favor y regalo que el dulcíssimo Esposo hizo al alma, Esposa

exhaustos, nunca pueden agotarse; pero tú puedes no disponerte para recibirlos. Abre, pues, repito, tu corazón y tu alma, que nunca lo harás en demasía.

([1]) «Introducidme en el aposento donde el Rey guarda sus vinos más preciosos; ordenad en mi la caridad.»

suya; porque, siguiendo el estilo del campo y pastoril (que siempre se guarda en estos *Cantares*), entre los labradores la bodega es el lugar más secreto y adonde ellos suelen tener sus riquezas todas, adonde no entran sino los muy amigos y de casa. Y parece que tiene razón este doctor en lo que dice; porque cuando sale la Esposa de la bodega, sale con orden en la caridad, y con un general desprecio de todas las cosas, enferma de amor, como veremos, y con paroxismos y antojos de flores y frutas, como verdaderamente enamorada. ¿Qué hombre, habiendo bebido de un excelentíssimo vino de San Martín ó de Robledillo, si le diessen un vaso de vinagre lo bebería? Y si, habiendo visto los tesoros todos de la casa del rey, le entrassen á ver los andrajos y pobreza del pobre oficial, ¿no se ofendería? De haber entrado en esta bodega el Apóstol, vino á tener por estiércol lo más precioso del mundo (*Philip.*, II) (*sic*) (*a*), y lo que es de mayor consideración, por detrimento y pérdida grande. Y San Agustín dijo que, gustado el Espíritu de Dios, toda carne desfallece. Lo que á mí me parece, en confirmación de lo dicho, es que, hasta que el ánima entra en esta bodega, todo es sed, todo mendiguez y pobreza, y que ni hay cosa que satisfaga ni llene los senos y vacíos del corazón. La bodega dice hartura, dice cumplimiento del desseo, dice deleite, abundancia, satisfacción y embriaguez. Y si esto no fuera assí, ni la Esposa se gloriara de haber entrado en esta bodega, ni lo contara como cosa grande á sus doncellas.

Taulero (ser. 1 Dominicæ post Epiphan.) dice muchas cosas, verdaderamente de grande consideración, de la sed que padece el alma hasta llegar á este punto, hasta entrar, digo, en la bodega del vino; y por ser tales, las cifraré en pocas palabras, tomando tan solamente el sentido dellas, por no cansar á los lectores, especialmente que de lo muy bueno se ha de decir poco, y de lo bonísimo se puede decir menos.

Sed en el alma es desseo vehemente de Dios.

Lo primero que presupone este contemplativo y extático varón es sed en el alma, y en Dios gana de matarla. «Si quis sitit, veniat ad me, et bibat» (*Joan.*, VII, 37): «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba.»

(*a*) Debe leerse: *Philip.*, III, 7-8.

Pero, ¿qué es sed en el alma?—Un desseo vehemente de Dios, que sólo Él puede apagar. Éste se despierta en ella de la presencia del Espíritu Santo, del cual concibe un carbón ó brasa encendidíssima de amor divino, y désta se engendra una como hoguera que arde y despide de sí vivas centellas de caridad, que de allí adelante paren y despiertan en la misma ánima una grandíssima sed y un íntimo desseo de Dios. Ignorando el hombre esto que dentro de si passa, sólo siente un suspiro y hipo ansioso á su Dios, y un tedio y enfado de todas las criaturas. La grandeza desta sed declaró el Profeta comparando la que él padecía de llegar á Dios con la que padece el ciervo acosado y fatigado de los perros y cazadores, que como es un animal veloz y sequeroso, siendo corrido y maltratado se enciende grandemente y de manera le fatiga la sed, que de ninguna otra cosa se acuerda sino de beber, y assí su ansia toda es por llegar á las fuentes. «Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus. Sitivit anima mea ad Deum *fontem* vivum, quando veniam, et apparebo ante faciem Dei» (*Ps. 41*, 1 y sigs.). Y para que se conociesse mejor la fuerza desta sed, añade: «Fuerunt mihi lachrymæ meæ panes die ac nocte, dum dicitur mihi quotidie: ubi est Deus tuus?». En tanto que no me llegaba á verme con mi Dios, las lágrimas que me habían de servir de agua para recrearme me servían de pan que seca y da mayor sed. Al fin, sed que sólo Dios puede remediarla, que, causando olvido de todas las cosas, sola ella queda en la memoria.

Cuando en el alma, acossada de tentaciones y persecuciones de los demonios, crece el desseo de Dios, de manera que de Él solo tiene sed, y por Él solo suspira, como el ciervo por las aguas cuanto más fatigado lo llevan los perros, grande señal es de aprovechamiento espiritual. Halla en Dios (cuando le halla) todo gozo, toda paz y toda consolación. Bebe hasta hartar de aquella viva y perdurable fuente, y no sólo bebe, sino que toda ella se querría zabullir y empapar, como el ciervo, que, no pensando verse harto bebiendo, todo se entra en el agua y se refresca y baña; y queda de aquí el alma assí recreada y esforzada, que le parece poco sufrir por su Amado la dura muerte. A todos los males desafía, como otro San Pablo, juzgándose supe-

rior á todos y poderosa para todas las cosas, por duras que sean, en Aquel que la conforta. Lo cual pertenece á la embriaguez; porque los tomados del vino son atrevidíssimos y de nada temen. Los efectos de la embriaguez trataremos, siendo el Señor servido, en el cap. V, adonde se hace especial mención della. Lo que aqui hay de consideración es que, viendo Dios que el alma se entrega sin tassa ni medida á estos gustos y consolaciones, vino suavíssimo y fortíssimo, que saca de sí á quien á discreción ó sin discreción lo bebe, quítaselo de delante, escóndelo á tiempo, y de tanta amargura y desconsuelo la llena, que no parece jamás haber gustado de Dios ni haber sabido qué cosa es alegría.

¿Para qué todo esto? Para atraerla Dios á Sí, por el olvido de todas las criaturas, con el regalo de su celestial vino, y volverla luego á sí, para que conozca desta manera lo que puede en Dios y lo que dejada en sus fuerzas. En el estado de abundancia, á mucho más se extendía su desseo de lo que se le mandaba, ora fuesse molesto, ora no; pero en el de pobreza y miseria, apenas puede con una palabra menos blanda. Al fin, de la mucha bebida nace algunas veces desorden en el alma; digo desorden, demasías y excessos con que se impide la salud del cuerpo, y aun se suele abrir camino y puerta para la vana estimación y presunción del espíritu, á que suele estar aneja la caída, sicut scriptum est (*Prov.*, XVI, 18): «Ante ruinam exaltatur spiritus» [1]. Pero cuando Dios encoge su mano y retrae los rayos de su luz y gracia especial, luego el ánima se recoge y se humilla y permanece resignada, quieta, modesta y en sí, y que siente bien de todos, como castigada y enmendada del Señor. De aquí colijo yo que este regalo que la Esposa siente en la bodega del vino del Rey eterno es diferente mucho del que hace el mismo á sus amicíssimos cuando en el capítulo V les manda que beban y se embriaguen; porque en ellos se puede considerar algún desorden, como ya dijimos. Derrítense á veces y resuélvense en lágrimas; á veces ríen y cantan, y hacen gestos tan extraños, que á los poco experimentados son materia de escándalo; porque aquella ascua del divino amor, encendída en sus corazones, á la manera de agua caliente y que hierve á borbollones bulle en ellos, y, refrigerándolos, los saca de sí por alegría y los hace parecer como borrachos.

Quita Dios las consolaciones espirituales al alma para que se humille y conozca.

La Esposa bebe, y no bebe por tassa; porque entra en la bodega del vino y sale de allí con orden en la caridad. El cual orden no entiendo yo en cuanto se opone al desorden, porque las virtudes desordenadas, no lo son. Por esso es tan celebrada la prudencia y discreción que rige la carroza de las virtudes, de suerte que por desordenadas no den en los vicios contrarios. Entiendo, pues, caridad ordenada ó desordenada, en la forma que queda dicho; como si dijéssemos: vino nuevo y vino añejo. Vino que aún salta y rompe las vasijas nuevas, ó vino reposado y assentado, que se bebe y no se sube á la cabeza, conforta el corazón, da esfuerzo y causa alegría con moderación y con templanza.

Cuando los amigos de Dios luego al principio beben del sabroso vino de su dulcedumbre, no pueden retenerlo, bulle en ellos, embriágalos y desordénanse en alguna manera. Pero arrebatándolos Dios á Sí (*a*), sobre sí mismos y sobre todas sus fuerzas, y entrándolos en sí, comunícaseles y entrégaseles tan diferentemente y por otro tan soberano y extraño modo, que de allí adelante todo está ordenado en ellos, y assí habemos de considerar á la Esposa, cuando dice: INTRODUXIT ME REX IN CELLAM VINARIAM, ORDINAVIT IN ME CHARITATEM. «Re vera; namque quam optime illam hic ordinavit, ait Taulerus, et per mirabiles ac desertas deductam vias, in profundissimum divinitatis suæ abysum, hoc est, in seipsum introduxit, transtulitque. Ibidemque tale aliquid præstitit ei, quod nemo sensibus externis capiat, eo quod sensus omnes, et ipsum quoque humanum transcendat intellectum. Re ipsa namque vitæ æternæ vera quædam prælibatio fuit». «Ordenóla Dios aquí maravillosamente, y por caminos admirables y desiertos la

La fortaleza del amor á los nuevos en él les hace salir de sí; mas á los ejercitados en él, no.

[1] «(A la caida precede la soberbia) y antes de la ruina se remonta el espiritu.»

(*a*) El autor pone esta palabra como si fuera adverbio, assí. Creemos esto mero error de imprenta, pues parece del contexto que debe tener la forma que le hemos dado en esta edición.

trasladó y entró en el abismo de su divinidad; esto es, en Sí mismo, y allí le dió lo que no es possible alcanzar ni declarar con los sentidos exteriores, porque es sobre ellos y sobre todo humano entendimiento. Y, á la verdad, fué hacer la salva [de la vida eterna] y darla á gustar á los viadores». Y no más de vino, hasta el capítulo V.

* ARTÍCULO III

Declarando la segunda parte del texto, según varias traslaciones, habla de la caridad y del orden que ha de guardarse en ella.

Ordinavit in me charitatem.

Este lugar interpretan los doctores de muchas maneras. La común de los latinos sigue esta letra assí como suena: «Ordenó en mí la caridad.» Los peritos en la lengua hebrea trasladan: «Vexillum ejus super me dilectio vel charitas» [1]. Y del caldeo: «Glutinum ejus, sive junctura ejus ad me est charitas» [2]. La variedad de las translaciones causa variedad en las exposiciones y hermosura en la letra, que es misteriosa y pide mucha consideración. Assentemos primero el texto según nuestra sagrada *Vulgata*, y luego diremos lo que el Señor nos ofreciere, conforme al hebreo y caldeo.

ORDINAVIT IN ME CHARITATEM. Si aquel pronombre ME es acusativo, hace un sentido, y si es ablativo, hace otro. Si lo primero, quiere decir (San Bonavent., 3 sent., dist. 29, artículo I, q. I, *In responsione ad argumenta*): Púsome por blanco de su amor, ordenó en mí su amor, lo cual llamó San Dionisio éxtasi en Dios; porque amando cosa finita, aunque con acto infinito, en cierta manera se dice salir de su infinidad, como se dice la criatura racional, que, amando á Dios, *objectaliter infinito*, con acto finito, sale de los términos finitos de toda criatura, porque ninguna es infinita. Y no contradice á esto la doctrina de los teólogos, qui docent Deum amare creaturas in se ipso, et in sua bonitate; creatura vero, prout in Deo est creatrix essentia, ut docuit Augustinus. Quia dictum Dionysii optime verificatur a Divo Thoma (*I p., q. 21, art. 2, solut. ad 3*) sic dicens: «Cum ea quæ sunt alia a Deo non sint ab æterno nisi in Deo, sequitur quod Deus non amat ea nisi in se ipso. Sed tamen quamvis secundum quod sunt in eo, non sint aliud ab eo, tamen ab æterno cognovit ea Deus in propriis naturis, et eadem ratione amavit secundum esse quod possunt habere extra Deum» [1].

Si es ablativo, como quieren los más de los latinos, ó casi todos, quiere decir lo que las palabras gramaticalmente suenan: Ordenó en mí la caridad; puso en orden el amor. Caridad desordenada deja de ser caridad, como poco ha decíamos. No aprovecha nada amar si es desordenado el amor, si es lo último en el amor lo que ha de ser primero. Luego si Dios da el amor, también ha de dar el orden. La cochera de la caridad es la prudencia; ella la guía adonde quiera que va. La caridad que la prudencia no rige, muchas veces con su fervor se precipita, y algunas veces es más peligroso el espíritu que la carne, si no es regido con discreción y razón. No todo espíritu se ha de aceptar, sino aquél que fuere examinado y aprobado. ¡Dichoso aquel en cuyo espíritu, como dijo el Profeta, no se halló dolo!

La caridad bien ordenada ha de ser como Dios manda.

El orden derecho de la caridad es que amemos á Dios ante todas cosas, y sobre todas ellas; á nosotros después de Dios, y después de nosotros, á nuestros prójimos, de manera que no antepongamos á lo espiritual dellos lo temporal nuestro. Este orden enseñó el mismo Cristo en su Evangelio (*Math.*, XXII, 37;

[1] «La señal suya ó su escudo real en mí es el amor ó la caridad.»

[2] «El lazo ó trabazón que une con Él mi alma es la caridad.»

[1] Y no contradice á esto la doctrina de los teólogos, los cuales enseñan que Dios ama á las criaturas en Sí mismo y en su bondad, y la criatura, en cuanto que existe en Dios, no es cosa distinta de la esencia divina, creadora universal de todas las cosas, como enseñó San Agustín. Porque lo que San Dionisio dice queda muy bien explicado en estas palabras del angélico Doctor: «Como quiera que las cosas que tienen existencia fuera de Dios no existen *ab æterno* sino en el mismo Dios, síguese que Dios no las ama sino en sí mismo. Y aunque en cuanto existen en Dios no son distintas de Él, con todo es cierto y evidente que Dios *ab æterno* las conoce en el propio ser ó naturaleza que han de tener al ser creadas, y, por consiguiente, las ama *ab æterno* también según el ser que fuera de Él han de tener después».

Marc., XII, 30; *Luc.*, X, 27), diciendo: «Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua; et proximum tuum, sicut te ipsum» (¹). No más que á ti, que esso fuera pervertir el orden del amor. Y «¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si su ánima padece detrimento de la tal ganancia?» *(Math.*, XVI, 26).

El orden de la caridad sea: de Dios á ti,—que te ames por el mismo Dios—; y de ti al prójimo, que le ames como á ti mismo. Aquél guarda orden en la caridad que ama lo que se debe amar, y más, lo que merece mayor amor. (²) Legatur Divus Thom. (*2.ª 2.ᵉ*, q. 26, art. 1 et deinceps) qui optime ex hoc loco *Canticorum*, quem explicamus, colligit in charitate esse ordinem; rationem autem philosophicam hujus ordinis colligit sic: «Quia ut docet Aristoteles (5 *Meth.*, text. 26) prius et posterius dicitur secundum relationem ad aliquod principium, ordo autem includit in se aliquem modum prioris et posterioris: unde oportet quod ubicumque est aliquod principium sit etiam aliquis ordo. Cum autem dilectio charitatis tendat in Deum, sicut in principium beatitudinis, in cujus communicatione charitatis amicitia fundatur, oportet quod in his quæ ex charitate diliguntur attendatur aliquis ordo: et ideo fit, quod in his quæ ex charitate diliguntur, inveniatur iste ordo secundum relationem ad primum principium hujus dilectionis, quod est Deus, a quo derivatur amicitia supernaturalis in omnes, qui sunt beatitudinis capaces: et cum Deus maxime, et principaliter sit diligendus ex charitate sicut beatitudinis causa, proximus autem sicut beatitudinem ab eo simul nobiscum participans, in aliis diligentibus servatur prædictus ordo: Ut homo ex charitate diligat magis seipsum, quam proximum, cujus signum est, quod non debet subire aliquod malum peccati (quod contrariatur participationi beatitudinis) ut proximum liberet a peccato: nihilominus proximum debet homo diligere ex charitate plusquam proprium corpus, ut docet Aug. (lib. I de *Doctr. christiana*, cap. XXVII); nam illud est magis diligendum ex charitate, quod habet pleniorem rationem diligibilis ex charitate: consotiatio autem in plena participatione beatitudinis (quæ est ratio diligendi proximum) est major ratio diligendi,

(¹) «Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma (y con todas tus fuerzas), y con toda tu mente, y al prójimo como á ti mismo».

(²) Consúltese á Santo Tomás (en el lugar citado) quien de este pasaje de los *Cantares*, que venimos comentando, deduce, y muy bien, que en la caridad ha de haber orden, explicando él la razón filosófica de tal necesidad en la forma siguiente: «Por cuanto, según la doctrina de Aristóteles, el antes y el después se dicen en relación á algún principio, y el orden supone siempre, de alguna manera, este antes y este después, síguese necesariamente que donde hay algún principio allí tiene que haber también algún orden. Siendo así, pues, que la caridad tiene por término á Dios, como principio que es de la felicidad, en cuya comunicación se funda el afecto de la amistad, que constituye la esencia de la caridad, es necesario que en los objetos ó bienes que abraza la caridad haya siempre cierto orden, y por esto mismo en aquellas cosas á que se refiere la caridad ha de guardarse el debido orden en relación con el primer principio del amor, que, como se ha dicho, es Dios, de quien nace el amor sobrenatural en todos los que son capaces de la felicidad. Ahora bien: puesto que Dios ha de ser el primero y principal objeto de este amor, y el prójimo en cuanto juntamente con nosotros es capaz de ser partícipe de esta soberana bienaventuranza, he aquí el orden que debe seguirse en este amor: Primeramente el hombre, por este afecto de caridad sobrenatural, debe amarse á sí mismo más que al prójimo, y por esto no debe cometer él pecado alguno—puesto que éste es lo más opuesto á la bienaventuranza—para librar á su prójimo de pecado. Debe, sin embargo, amar á su prójimo más que á su propio cuerpo, como enseña San Agustín; porque por la caridad debe amarse con mayor amor lo que tiene más cumplida razón ó motivo para ser amado, como es el bien espiritual de nuestro prójimo, por el cual participa directamente de la bienaventuranza (razón fundamental de la caridad), respecto del bien corporal nuestro, que sólo por superrogación ó por concomitancia entra en este orden; y por tanto, más debemos amar á nuestro prójimo, en cuanto al bien espiritual y salvación de su alma, que á nuestro propio cuerpo. Dentro de esta cualidad ó carácter de prójimo nuestro, mayor amor debemos á uno, por ejemplo, que es amigo que á otro que no lo es; porque la inclinación ó el afecto proveniente de la gracia debe siempre conformarse con el que nace de la naturaleza, y así más debemos amar á aquellos que según ésta deben ser preferidos por razón de benevolencia ó gratitud. Cierto es, sin embargo, que, si bien por este amor natural debemos mayor afecto á los padres, á los hijos, etc., por el afecto de la caridad sobrenatural debemos, con todo, preferir á los que son mejores y mejor dispuestos respecto á la eterna bienaventuranza que á los demás.»

quam participatio beatitudinis per redundantiam, quæ est ratio diligendi proprium corpus: et ideo proximum quantum ad salutem animæ magis debemus diligere, quam proprium corpus. Item secundum affectum ex ordine charitatis oportet unum proximum (puta amicum) magis diligere quam alium ex charitate: quia inclinatio gratiæ (quæ est affectus charitatis) debet proportionari inclinationi, vel motui, qui convenit alieni rei secundum suam naturam: et sic intensiorem charitatis affectum debemus habere his quibus convenit nos magis beneficos esse. Verum est, quod quamvis amicitia naturali magis diligamus eos, qui sunt nobis conjunctiores secundum naturam, ut parentes, filios, etc.; sed amicitia charitatis (quæ fundatur in communione beatitudinis) magis debemus diligere meliores, quam conjunctiores».

La caridad perfecta ha de ser recta y fervorosa ó ferviente.

En la caridad hay dos cosas principales: rectitud y fervor. Lo primero pertenece á la essencia della. Lo segundo, á la perfección. Si es recta y no fervorosa, ó fervorosa y no recta, no es del todo digna de alabanza; si tiene ambas á dos condiciones, que es recta y ferviente, entonces es digna de toda alabanza. No hay quien sepa su precio, ni hay á qué poder perfectamente compararla. Es la caridad entre todas las virtudes, assí teologales como cardinales y morales, lo que el hombre entre los animales, entre los metales el oro, entre los elementos el fuego, entre las estrellas el sol, el cielo impíreo entre los cuerpos celestes, entre los angélicos espíritus los serafines y entre los hombres Cristo. ¿Hay por ventura entre los animales alguno más noble que el hombre? No, por cierto, porque él sólo usa de razón y es señor y presidente de los demás. ¿Hay entre los metales alguno más precioso que el oro? No, por cierto, porque en el resplandor y virtud ó valor á todos es preferido. Tampoco hay entre los elementos alguno más resplandeciente ni de mayor eficacia en su obrar que el fuego; ni entre las estrellas cosa más clara que el sol, que con su luz alumbra y viste de claridad toda la tierra; ni entre los cuerpos celestes cosa más alta que el impíreo cielo, adonde viven y reinan los bienaventurados. Pues entre los espíritus angélicos, el lugar supremo tienen los serafines, que significan lo mismo que *ardentes* ó *incendentes*, porque son los más enamorados de Dios, más conjuntos á Él y los que pegan fuego á los otros.

Y entre los hombres y los ángeles, ¿no tiene excelencia Cristo? Cabeza de todos le llama el Apóstol en diversas partes de sus epístolas; porque por virtud de la unión hipostática assí le confesamos hombre, que juntamente creemos que es Dios. ¡Oh gran virtud la caridad! Ninguna cosa más noble que ella, ninguna más preciosa, ninguna más eficaz, ninguna más resplandeciente, ninguna más alta, ninguna más activa y operosa y ninguna más excelente. Millones de loores y excelencias suyas hay en la Escritura y libros de los santos; pero callen todas con la que le da San Juan, el cual á boca llena llama á Dios caridad (*I Joan.*, IV, 8), que parece que se concertó con Fedro, discípulo de Sócrates, que en el *Convite*, de Platón, dijo: «Magnus Deus est amor, diis hominibusque mirandus»: «Gran Dios es el amor, admirable á los dioses y á los hombres.»

Dios es caridad increada é infinita.

Sed notandum [empero se ha de notar] que cuando decimos que Dios es caridad no entendemos caridad criada, sino increada y infinita, con que Dios á sí mismo y á las criaturas todas en sí mismo perpetuamente ama. (1) Nam si amor, ut docet Div. Thom. (p. I, q. 20, art. 2), quidam voluntatis motus est primarius, cujus actus tanquam ad objectum sibi

(1) Porque si, como enseña el doctor Angélico, «el amor es el primer movimiento ó el acto esencial y propio de la voluntad que busca y ama su objeto propio y adecuado», en quien quiera que exista la voluntad ha de existir también el amor. Y siendo Dios, como lo es, inteligencia purísima, libre de toda imperfección en absoluto, ¿ha de estar acaso privado de voluntad, que es necesariamente inseparable de la inteligencia? En el mismo orden, pues, y de la misma manera que es entendimiento purísimo y simplicísimo, es libérrima y fecundísima voluntad y sempiterno é infinito amor. Identifícase en Él el amor, el entendimiento y la voluntad, pues no cabe en la divina esencia otra distinción sino, á lo sumo, la que los teólogos llaman de *razón raciocinante*, es decir, la que hace nuestro entendimiento formando distintos conceptos é ideas diversas de los diversos atributos divinos, para lo cual es cierto que en la misma esencia de Dios encuentra la razón fundamental; como lo afirman San Agustín y San Anselmo, entre otros Santos Padres.

Por esto, así como Dios es la misma divina sus-

proprium, et desideratum dirigitur, in quocumque reperitur voluntas, amorem quoque reperiri necesse est. Et si Deus purus est intellectus, ab omni prorsus materia et potent a, tam phisica, quam metaphisica secretus, nonne voluntate præditus est, quæ ex necessitate intellectum consequitur? Cum igitur Deus purissimus sit atque simplicissimus intellectus, voluntas etiam, quam maxime libera, atque fæcundissima est, necnon sempiternus atque infinitus amor. Qui quidem Dei amor idem prorsus est, sicut et intellectus et voluntas: cum ipsa divina substantia, a qua nec re, nec ratione distinguitur, nisi solam rationem ratiocinantis concedamus. Quæ distinctio ex opere intellectus effecta, non simpliciter est (ut ajunt) sed secundum quid, cum detur a parte rei (ut placet D. Thom., 1 p., q. 13, art. 4) distinctionis fundamentum: nam distinctis conceptibus, quos habemus de divinis attributis, aliquid a parte rei respondet. Quod et D. August. (libro V de *Trinitate*, cap. XI) et Ansel. (suis in *Monologiis*, cap. XVI). Quapropter, sicuti Deus est ipsamet sua divina substantia, ita quoque est suus intellectus, sua voluntas, et suus amor. Ita intelligendum censeo, quod a Joanne dictum est. «Deus charitas est.» Primus igitur amor est inter primum amantem et primum amatum, hoc est, inter Deum et seipsum: quippe ut intelligens et volens primum est amans, et ut summe bonus et pulcher est, primum amatum. Atque hujusmodi primus amor Dei in seipsum, quem essentialem vocant Theologi, boni ac pulchri amor est, quitotius bonitatis, et pulchritudinis fons est et origo: at summæ bonitatis et pulchritudinis, quæ idem sunt, quod divina ejus essentia.

Neque ob id sequitur, ut simplicissima Dei natura in partem amantem, aut non amatam: aut contra in partem amatam, et non amantem secernattur. Hæc enim, videlicet, esse amantem, et esse amatum, et esse amorem, nullam in Deo compositionem aut diversitatem ponunt, nam qui amans est, amatus est, et amor; et qui amatus, amor est, et amans; et qui amans, amor est, et amatus. Tres, et unum; imo non tres, sed unum, sicut unus est Deus. Veruntamen Deus, quemadmodum unus est Deus, et tamen Pater est Deus, Filius Deus est, et Spiritus Sanctus est Deus; ita quælibet divina persona est amans, qualibet amata, et quælibet amor: amor, inquam, essentialis. Unde merito dixit Plato (in *Convivio amoris*): Antiquissimus est amor, in seipso perfectus. Illud asservrare (*sic*) possumus, Patrem potissimum, et per quandam attributionem, vocari amantem, Filium amatum, et Spiritum Sanctum amorem. Quamobrem Pater et Filius essentiali æternoque amore se invicem amantes, et vivos amoris radios excitantes, Spiritum Sanctum spirando producunt: qui Patris, et Filii amor est; amor, inquam, qui notionalis dicitur a Theologis, ut in principio hujus libri advertimus in annotatione de amore in-

---

tancia, asi puede decirse que es también entendimiento, que es voluntad y que es amor. Y en este sentido me parece que deben entenderse las palabras de San Juan: «Dios es caridad» De modo que el primer amor está entre el primer amante y el primer amado, ó lo que es lo mismo, entre Dios y Él mismo, puesto que en cuanto infinita inteligencia é infinita voluntad es el primero y más perfecto amante, y en cuanto suma é infinitamente bueno y hermoso es el primer amado ó el objeto primario del amor. Este amor de Dios á Sí mismo, que es el que los teólogos llaman amor esencial, es el amor de la belleza y del bien infinito; belleza y bondad que son una misma cosa con la divina esencia.

Y no se infiera de aqui que esto sea poner división ó separación en la naturaleza de Dios, que es esencialmente simplicísima é indivisible, como si hubiera en Él parte que ama y parte que es amada, ó viceversa Porque el decir que Dios ama, que se ama y que es amor, no arguyen composición ó división alguna; porque el mismo que ama es el amado, y es el amor; y el que es amado es el mismo que el que ama, y el mismo y esencial amor. Uno y tres, ó por decirlo mejor, no tres, sino uno sólo, como uno solo es Dios. Porque asi como no hay más que un solo Dios, y, sin embargo, el Padre es Dios, el Hijo es Dios y lo mismo el Espíritu Santo, de igual modo cada una de las divinas personas ama, es amada, y es el amor; amor, digo, esencial. Con razón dijo Platón: «Eterno es el amor, perfecto en sí mismo». Podemos, sí, decir, que por antonomasia y por cierto modo de hablar nuestro, llamamos al Padre amante ó el que ama; al hijo, el Amado, y al Espíritu Santo, el amor. Por lo que amándose mútuamente con un amor eterno, esencial é infinito el Padre y el Hijo, producen por espiración al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, amor que los teólogos llaman *nocional*, como dejamos advertido al principio de este libro al hablar del amor increado. Dios, pues, es caridad, y amor inmenso é infinito, que tiene por objeto y por principio su misma eterna é infinita belleza y bondad.

creato. Deus igitur charitas est, et amor inmensus et infinitus ab inmensa ipsius bonitate, aut infinita illius pulchritudine emanans.

Al fin, Dios es caridad, y por sola la que llamamos virtud teologal, dice San Agustín (in *Enchir. ad Laur.*, cap. CXVII) y Próspero (*Tract. sup. epist. I Joan.*, cap. III), se distinguen y diferencian los hijos de Dios de los hijos del demonio. «Signent se, inquit, omnes Christicolæ signo crucis: respondeant omnes: *Amen*. Cantent omnes: *Alleluja;* baptizentur omnes, intrent omnes Ecclesiam, fabricent basilicarum parietes; non discernentur filii Dei a filiis diaboli, nisi charitate. Nam qui habent charitatem, nati sunt ex Deo; qui secus; non sunt nati ex Deo.» Et alibi: «Charitas quanto in quocumque major est, tanto melior est, in quo est. Cum quæritur, utrum quisque sit homo bonus, non quid credat, aut speret, sed quid amet; quoniam qui recte amat, proculdubio recte credit, et sperat. Qui vero non amat, et inaniter credit, hoc est, sine merito supernaturali, etiam si vere credat fide divina, quæ credit: et inaniter sperat, etiam si bona vera sunt, quæ sperat» (1).

Próspero Regiense Episc. (lib. de *Vita contempl.*, cap. XIII) epilogó en breves palabras grandes cosas de la caridad. «Charitas, inquit, est recta voluntas, ab omnibus terrenis prorsus aliena, juncta Deo individua, igne quodam Spiritus Sancti accensa, a quo est, et ad quem refertur; corrumpi nescia, omnium affectionum potentissima, divinæ contemplationis avida, in omnibus semper invicta, bonarum actionum summa, salus morum, cœlestium finis præceptorum, mors criminum, vita virtutis, pugnantium virtus, victorum palma, anima sanctarum mentium, et prœmium perfectorum» (1).

Y no digamos más;—porque aquí se encierra lo más y mejor que podemos decir, y en el Prólogo de nuestros *Triunfos* (*a*) dejamos escritas notables cosas de esta soberana virtud, reina de todas las virtudes—, porque tratemos algo del orden que debe haber en ella, que, como dijo el Apóstol (*Rom.*, XIII, 1), «Quæ a Deo sunt, ordinata sunt *(b)*. Y el mismo que hace la gracia y da el don, da también, como ya dijimos, el orden, que es segunda dádiva, no menor que la primera (2).

Orígenes, en su primera exposición sobre estos *Cantares* (Hom. 2), declarando este lugar que tenemos entre manos, dice assí: (3) INTRODUXIT ME REX IN CELLAM VINARIAM «ut im-

(1) «Hagan, enhorabuena, sobre sí los cristianos la señal de la cruz, tomen parte en las oraciones y cánticos de la Iglesia, reciban el bautismo, asistan al templo, levanten suntuosas basílicas; la señal para distinguir quiénes son hijos de Dios y quiénes del diablo no es ninguna de éstas, sino sólo la caridad. Los que tienen caridad han nacido de Dios, son sus hijos; los que no la tienen, no». Y en otra parte: «Cuanto mayor es en alguno la caridad, tanto mejor y más santo es. Cuando se pregunta si uno es bueno, no debe indagarse qué es lo que cree, ó qué es lo que espera, sino qué cosas ama; porque el que en su amor es ordenado, también lo es en la fe y en la esperanza. En cambio, quien no ama, ó no tiene la caridad cristiana, ó tiene también una fe vana, sin mérito y sin provecho sobrenatural, aunque el motivo de su fe lo sea, y en vano espera, aunque su esperanza en sí misma sea de los bienes que debe esperar».

(a) OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FRAY JUAN DE LOS ANGELES, tomo I, págs. 6-11.

(b) Las palabras del Apóstol son éstas: «Quæ autem sunt, a Deo ordinata sunt». «Dios es el que ha establecido las que hay» (se refiere á las autoridades) *en el mundo*.

(1) «La caridad es una voluntad bien ordenada, totalmente desligada de los bienes y lazos terrenos, amiga y muy allegada á Dios, inflamada por el fuego del divino Espíritu, de quien procede y en quien termina; incorruptible, el más fuerte de todos los afectos del alma, ansiosa de la divina contemplación, siempre y en todo invicta, compendio de todas las buenas obras, salvaguardia y conservadora de las costumbres, fin de todos los divinos preceptos, muerte de los vicios, vida de las virtudes, fortaleza de los que pelean por Dios, corona de los vencedores, alma de las almas santas y premio y galardón de los perfectos.»

(2) S. Bonavent. (in 3, distinc. 29, art. 1, q. 1). «Ambo peccat, qui præpostere agit, hoc intelligendum de præposteratione contra debitam causam, ut pote si pater magis indigeat, et ego, prætermisso illo, subveniam extraneo». *(Nota marginal del autor)*.

(3) «Entróme el Rey en el aposento donde guarda su vino más escogido», para llenarme de la consolación y alegría del Espíritu Santo, para que en mí quede ordenada la caridad, es decir, que sea Dios amado antes y con mayor amor que todas las demás cosas, como Él mismo lo dice en su Evangelio: «El que ama á su padre ó á su madre más que á mí no

plear vino lætitiæ et Spiritus sancti, ut ordinetur in me charitas, sitque constitutus ordo in dilectione rerum, ut scilicet prior diligatur Deus, quam cætera omnia, quia a Domino dictum est: «Qui diligit patrem plusquam me, non est me dignus. «Ordinata igitur charitas est in vivis, perfectionem sectantibus». Y en la hom. 3, secundæ expositionis, dice: «Tunc charitas est in nobis absque ordine, cum homo diligit id, quod diligendum non est; aut vero diligit majori amore, quam res illa meretur, aut digna sit, vel certe minus quam debeat. In paucis residet ordinata charitas, quæ consistit in hoc, ut Deum absque modo et mensura diligas, eum amans ex todo corde tuo, anima, ac mente: totum quantum in te est illi tanquam Deo creatori ac Patri tribuens. Unde si Deum non diligis quantum vires suppetunt tuæ, ordinem in amando non servas. Proximum vero dilige sicut te ipsum, æqualitatem inter te et ipsum servans talem, ut eum diligas tanquam eum, qui est membrum ejusdem capitis, cujus et tu es; attendens principalioribus membris ampliorem dilectionem deberi quam aliis, et secundum ordinem dignitatis ordinem futurum in amando. Inter inimicos vero illum diligere plus debemus, qui minus malus est, quam eum qui omni ex parte perditissimus est et sceleribus plenus. In quo sequeris ordinem, quem Deus servat, qui melioribus exhibet majora amoris signa et officia. Quando in hominibus non reperitur ordo iste, qui in diligendo est traditus, de illis scriptum noveris. QUIA AMORE LANGUEO: VEL VULNERATÆ CHARITATIS EGO SUM.

San Bernardo (sermone 20 in *Cantica*), sobre aquellas palabras de San Juan (*I Joann.*, IV, 10): *Non quasi nos dilexerimus Deum, sed quoniam ille prior dilexit nos* ([1]), dice muchas cosas acerca del amor que debemos á Dios: que ha de ser dulce, sabio y fuerte. Allí lo podrán ver los curiosos; y aquí lo que San Agustín dice hablando de un su amigo difunto, cuya muerte sintió sobre todo encarecimiento (Augustin, *ad Sororem*, ser. 51, tom. 2). «Murióse mi amigo, y del dolor quedó en tinieblas mi corazón, y cuanto veía me parecía muerte: mi patria era para mí suplicio, y la casa de mi padre, desdicha grande, y sólo el llorar me era dulce y de consuelo. *Miser tunc eram, et miser omnis animus vinctus amicitia rerum mortalium.* Confieso mi miseria; miserable era yo en aquel estado, y miserable es todo aquel que es detenido con el amor de las cosas temporales». Cuanto más yo á él le amaba, tanto más aborrecía la muerte que me lo había quitado delante, como á enemiga crudelíssima. Y de lo que más me maravillaba era de que yo viviesse, muerto mi amigo: porque yo era otro él. Bien dijo un sabio de un su amigo: *Dimidium animæ meæ*; porque yo sentí que mi anima y la suya no era más que una en dos cuerpos; y por esso me era aborrecible la vida, porque no quería vivir medio ó demediado, y por ventura temía yo el morirme, porque no muriesse aquel que yo tanto amaba. ¡Oh locura! ¡no saber amar á los hombres humanamente! ¡Oh hombre necio, que sin moderación sufre las cosas humanas!, etc. Y concluyendo su razonamiento dice: «Beatus qui amat te, Domine, et amicum in te, et inimicum propter te. Solus enim nullum charum amittit, cui omnes in illo chari sunt, qui non amittitur, Deus nos-

---

es digno de mí». «Tal caridad, pues, hállase entre los que hacen profesión de vida perfecta».

En la homilia 3, dice: «Cuando el hombre ama lo que no debe amar, ó lo ama con un amor mayor del que le es debido, ó menos de lo que le corresponde, entonces está en su corazón desordenada la caridad, Pocos son los que guardan orden en el amor, orden que consiste en amar á Dios, sin término ni medida, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas; dándole por entero todo cuanto somos, como á Dios y Criador nuestro. Por lo cual, evidente cosa es que si no lo hace así el hombre, no es ordenado su amor. En cuanto al prójimo, ámale como á ti mismo, teniendo presente esta regla ó medida para este amor: que le ames como á miembro que es, unido á la misma cabeza de que tú también lo eres, sin olvidar que á los miembros de un cuerpo débeseles el amor y ha de atendérseles según la mayor dignidad de que están revestidos. Respecto de los enemigos, más amor debemos tener al que es menos malo que al que está encenagado en vicios y es de perdidas y rotas costumbres. No haremos en esto otra cosa que conformarnos con la conducta observada por el Señor, quien dispensa mayores gracias y otorga beneficios más singulares, de ley ordinaria, á los que son más santos y más perfectos, Quien quebranta este orden en su modo de amar. bien puede repetir como dichas por él estas palabras: Desfallezco en el amor; mi caridad no está sana, sino está desnaturalizada».

([1]) «No es porque nosotros hayamos amado primero á Dios, sino que Él nos amó primero á nosotros».

ter. Deum enim nemo amittit, nisi qui dimittit». En el libro de *Diligendo Deo*, tomo IX, dice: «Cave, o anima, ne meretrix (quod absit) dicaris, si munera dantis plusquam amantis affectum diligas. Dilige illum propter se; diligit te propter se; dilige illum, ut fruaris illo, dilige tete, ut diligaris ab illo; dilige in donis illius, quæ data sunt ab illo, illum tibi, et te illi dilige. Hæc pura et casta dilectio est» ([1]).

Y en el sermón 7 de *Verbis Domini super Math.*, declarando estas palabras de la Esposa: ORDINAVIT IN ME CHARITATEM, dice: «Nolite anteriora posterioribus suadere: amate parentes, sed præponite Deum parentibus». Y en la homilia 37, ex variis, tomo X: «Quidquid amaveris, aut hoc est, quod tu, aut inferius te est, aut superius. Si inferius te est, quod amas, ad consolandum ama, ad tranctandum ama, ad utendum ama, non ad illigandum; verbi gratia: Aurum amas, noli te illigari auro, quia tu melior es quam aurum; quia non fecit Deus aurum ad imaginem suan, sed te. Aurum autem terra fulgens est, ergo posuit subter te aurum: ad usum assumenda sunt ista, non eis vinculo amoris, quasi glutino inhærendum est. Assurge ab isto amore quo amas inferiora, quam tu es: incipe amare paria, id est, quod tu es. Primum ergo dilige Deum, deinde te ipsum» ([2]).

Y basta lo dicho del orden de la caridad: que para mí la que lo es nunca puede ser desordenada en lo substancial; aunque aliquando solet dici a viris contemplativis inordinata accidentaliter, non quantum ad intensionem actus,—in hoc enim nulla potest esse inordinatio—, sed quatenus ex nimia sensibili consolatione, fervor charitatis, qui attenditur in ordine ad actus exteriores, prudentia non regulatur ([1]).

El amor desordenado de las cosas temporales es raíz de todos los males.

Yo digo, y tengo de mi parte todo el coro de los santos, que el amor desordenado de las cosas temporales, el cual está lejíssimos de ser caridad, porque es contrario á ella, es la causa, raíz y fundamento de todos los males y de nuestra condenación. Por el profeta Nahum llora Dios el miserable estado de los que desordenadamente aman las cosas de la presente vida. Por Isaías (cap. XXIII), como lo advirtió San Jerónimo, se dice que Dios contaminará los negociadores de la tierra; id est, á los dados desordenadamente á los negocios terrenos; no porque sea del oficio de Dios ensuciar, sino porque mostrará claramente en su juicio cuán sucios eran, aunque estimados de todos y tenidos en precio. San Juan Crisóstomo (hom. 26 *in Math.*, tomo II) dice que ninguna cosa precipita assí al hombre y le aparta de los sempiternos y perdurables bienes como fijar el corazón en los caducos y perecederos. Y en la hom. 1 *in Joann.* dice que anhelar siempre por las riquezas temporales, más es de bestias que de hombres de razón. Y en la hom. 7 in *Epist. II ad Cor.* llama á este cuidado invierno de la virtud, porque estando ocupada el alma en él no puede sacar las ma-

---

([1]) «¡Dichoso y feliz es, oh Señor, quien te ama á ti, y á sus amigos en ti, y á sus enemigos por reverencia ó afecto hacia ti. Sólo quien así ama en Dios á sus amigos y allegados, cuando los pierde, propiamente no los pierde, pues los ama en Aquél que no puede perderse. Nadie pierde á Dios sino el que voluntariamente le deja ó de Él se aparta». Y en otro lugar: «Guárdate mucho, oh alma, de ser infiel á Dios, amando más los dones con que te enriquece que al que te los da. Amale por ser quien es; ámate á ti misma en Él y por Él; ámale para que puedas gozar de la felicidad que es Él mismo, y ámate de ese modo á ti misma para que Él te ame; ama en sus dones al dador y bienhechor tuyo, y á ti misma en Él y para Él. Este es el amor puro y casto, el amor santo y ordenado».

([2]) «No antepongáis lo secundario á lo que debe ser primero en vuestro amor; amad, sí, á vuestros padres; empero antes y más que á ellos, á Dios». En otro lugar: «Todo lo que es objeto de tu amor, ó es igual, ó inferior, ó superior á ti. Si es inferior á ti, ámalo en cuanto te puede ser útil ó puede prestarte alguna comodidad; mas no apegues á ello tu corazón. Es el oro, por ejemplo, objeto de tu amor; pues no pegues tu corazón al oro, que tú vales más que él, puesto que á ti y no al oro hizo Dios á su imagen y semejanza. ¿Qué es el oro sino un poco de tierra que brilla y deslumbra? Sobre él te ha puesto Dios á ti, para que te valgas de él, no para que te hagas esclavo suyo. Desnúdate de tales amores y empieza á amar lo que sea igual á ti, es decir, á ti mismo. Primeramente, pues, debes amar á Dios; en segundo término, á ti mismo».

([1]) ... Si bien los autores místicos lo llaman á veces amor desordenado, no en cuanto al acto en sí mismo considerado,—pues en éste no cabe desorden alguno—, sino en cuanto el fervor, mezclado en ocasiones con los gustos sensibles, no se deja gobernar por la prudencia en la ejecución de las obras exteriores.

nos para cosa que sea de virtud: los miembros están como helados y inhábiles para el bien. En la hom. 58 *in Matt.*, tomo VI: *Nemo potest duobus dominis servire* [ninguno puede servir á dos señores], llama á la codicia de las cosas temporales tirano cruelíssimo, servicio amargo y potestad diabólica. San Agustín (Augus., ser. 23 de *Verbis Domini)* le llama liga de las alas espirituales. «Ecce, inquit, concupisti, hæsisti. Quis tibi dabit pennas columbæ? quando volabis ubi vere requiescas? quando hic ubi male hæsisti, requiescere perverse voluisti?» «*Qui* diligit mundum non est charitas Patris in *illo*» (*Joann.*, II, 15) (¹).

San Basilio (epist. 166) llama aves carnudas ó carnosas á los hombres cargados con los cuidados del mundo, que tienen alas y no se levantan del suelo, sino, como los brutos, andan inclinados. San Bernardo dice (ser. 8) que el alma aficionada á las cosas de la tierra anda encorvada y hecha puente para que los demonios la huellen y passen por cima della, ut *Isaiæ*, LI, 23, habetur: «Incurvare, ut transeamus». Y él mismo advirtió, curiosamente por cierto (en el ser. 33 *ex parvis*) que en la bendición de Jacob y Esaú, aunque se hace mención del rocío del cielo y de la grossura de la tierra, no es de una misma manera en ambos hermanos. A Jacob se dice: (*Genes.*, XXVII, 28): «Det tibi Deus de rore cœli, et de pinguedine terræ abundantiam»; a Esaú (*ib.*, 39): «In rore cœli, et in pinguedine terræ erit benedictio tua». Lo que va de una bendición á otra, los estudios y cuidados de los hermanos lo dicen. Esaú, reprobado, anteponía y quería en primer lugar las cosas temporales, y Jacob las tenía como accessorias. Por esso dice el padre al menor hijo: *Dete el Señor del rocío del cielo y de la grosura de la tierra:* y al mayor: *en la grosura de la tierra y rocío del cielo será tu bendición.*

Concluyo esta materia con lo que San Agustín (lib. de *Substantia amoris)* dice, que es divino verdaderamente. «Del amor, dice, es todo lo que es bueno y todo lo que es malo. De donde la fuente del amor, manando allá dentro, infunde dos ríos: el uno, el amor del mundo, dicho codicia; el otro, el amor de Dios, que llamamos caridad. El medio es el corazón del hombre, de donde la fuente del amor brota; y cuando por el apetito corre y sale á las cosas exteriores se llama codicia; cuando su desseo le endereza á las cosas interiores llámase caridad. Luego dos son los ríos que manan de la fuente del amor: codicia y carídad. La codicia (*I Thim.*, IX) (*sic*) (*a*), principio y raíz de todos los males, y de todos los bienes la caridad. «Hinc bonum et hinc malum est cor tuum; quia neque aliunde bonus es: si bonus es, nisi quod bene, vel male amas, quod bonum est» Luego del amor desordenado de la cosa que se puede amar lícitamente se levanta y se engendra el mal. Por el amor juntó Dios á si la criatura racional, para que, allegándose siempre á Él, el mismo bien con que había de ser beatificada le apoyasse y mamasse de Él, por el afecto, y de Él mismo bebiesse por el desseo: y en Él mismo poseyesse gozo sempiterno. «Sugge, o apicula, sugge, sugge et bibe dulzoris tui inenarrabilem suavitatem; immergere et replere, quia ille deficere nescit, si tu non incipias fastidire» (¹).

El corazón está puesto entre codicia y caridad, y á donde se inclinare llamaremos bueno ó malo.

Orígenes levanta de punto este pensamiento (en el prólogo de la 2 expos. de los *Cantares*) con una comparación galanísima de la honesta casada. Allí remito á los lectores, porque ya es tiempo de tratar del segundo sentido y el más propio de esta letra: ORDINAVIT IN ME CHARITATEM.

* ARTÍCULO IV

De cómo Dios puso por blanco de su amor al hombre (b).

De la doctrina que arriba tocamos de Santo Tomás (1 p., q. 20, art. 1) consta que el prima-

(¹) «Tú mismo te has atado, dice, con las ligaduras de tu amor. ¿Quién te dará ahora alas de paloma? ¿cuándo podrás volar adonde está tu descanso y quietud verdaderos? ¿O es que podrás descansar en donde desordenadamente has puesto tu corazón?» «Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad ó *amor* del Padre».

(*a*) Corríjase leyendo así: *I Thim.*, IV, 10.

(*b*) Véase la nota puesta al epígrafe del artículo en la pág. 288.

(¹) «Liba ¡oh abejilla humilde!, liba é hínchate de tan celestial y divina dulzura; llénate más y más, pues mientras dure en ti este deseo y esta solicitud encontrarás inagotable suavidad y dulzura en el Señor».

rio amor de Dios, que los teólogos llaman essencial, es á si mismo, porque Él es el primer amante y el primer amado. Qui, ut intelligens et volens, primum est amans, et ut summe bonus et pulcher, primum amatum: amor enim est desiderium boni et pulchri (¹).

No porque carezca Dios de bondad y hermosura, para que fuera de si la vaya á buscar, sino porque, siendo Él bien infinito y hermosura infinita, infinitamente se ama á sí mismo, y Él es el primario objeto de su amor; pero como de la naturaleza del bien y de la hermosura sea comunicarse á los otros y no estancarse en sí, nuestro gran Dios y Señor, amor sumo y eterno, cuando le pareció más conveniente determinó comunicar fuera de sí al mundo algunos rayos de su bondad y hermosura, criando en tiempo la naturaleza espiritual y corporal; y como el motivo de la creación fué el amor, con el mismo lo gobierna, dispone y conserva todo (*Psalm. 144*). «Neque enim Deus Optimus Maximus, aut divina sui omnipotentia, aut sapientia infinita aliquid unquam extra se ipsum produxisset, nisi vehementi amoris sui bonitate excitatione fuisset, quæ sola omnium Dei effectuum, quos extra se ipsum operatur, principium est» (²).

Y porque no remontemos mucho esta consideración, dejando por ahora el amor que manifestó Dios en la creación y conservación de sus criaturas, sólo echemos mano del que descubrió á los hombres en la reparación costosissima dellos, que fué tan grande, que se atreve un Apóstol á decir que fué demasiado (*Ephes.*, II, 4): «Propter nimian charitatem suam qua dilexit nos» Deus, Filium suum misit in mundum. Parece que quiso decir el Apóstol que estuvo Dios apassionado por el hombre, y que enderezó á él todo su amor, y le puso por blanco dél; y en cuanto hizo y obró en el mundo, le iba mirando á él, que es lo que la Esposa dice: ORDINAVIT IN ME CHARITATEM (scilicet) SUAM. Del hebreo trasladan: «Vexillum ejus super me dilectio, vel charitas»: La bandera de Él sobre mi, la caridad. Lo que quiero decir es, ó que, entrándola en la bodega del vino, la dió una como prenda ó señal de su amor, como lo suelen hacer los que estrechamente se aman, y confiessa haberla recebido santa Inés, virgen y mártir, que, apretada del tirano á que casasse con su hijo, respondió que no podía. ¿Y la razón? «Posuit Dominus signum in faciem meam, ut nullum præter illum, amatorem admitam» (Ant. 3.ª *1.mi Nocturni ad Mat.*). Qué señal sea ésta que el Esposo dió á la Esposa, qué gala ó qué joya, nadie lo alcanza, sino el que la recibe. Lo que obra en ella es desprecio de todas las cosas por amor de su querido. «Super me dilectio, id est, superior mihi.» Enseñoreóse de mí la caridad. «Vexillum ejus super me dilectio.»

Yo diria, interpretando esta letra assí como suena, que la señal ó la bandera que Dios puso sobre la Esposa es su caridad y su amor; tomada la metáfora de los capitanes, que para recoger los soldados descarriados y divididos, y enseñarles para dónde han de caminar, ó á dónde han de acudir, levantan la bandera en alto. «Et levabit signum in *nationibus*, dice Isaias (*Isai.*, XI, 12), et congregabit profugos Israel.» La bandera que levantó el señor de su Iglesia, debajo de la cual quiere que militen y se recojan sus soldados, es la caridad. «En esto, dice Él (*Joan.*, XIII, 4), quiero que todos conozcan que sois mis discipulos, en que os améis los unos á los otros». El que no siguiere esta bandera y no se amparare debajo della, no se tenga por discipulo de Cristo.

La bandera de Cristo, debajo de la cual militamos, es la caridad.

Esta exposición es literal, á mi parecer. La translación Caldea dice: «Glutinum ejus, sive junctura ejus ad me charitas, vel dilectio.» El engrudo y la liga mediante la cual nos juntamos á Cristo es la caridad, que el Apóstol llamó (*Colos.*, III, 14), atadura de perfección: «Super omnia autem hæc charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.» Muchas cosas les ha dicho de importancia para que puedan vivir sin pesadumbres y cosquillas entre si; pero sobre todas les encomienda la caridad, que es vínculo de perfección ó atadura perfecta; diferente de la fe sola, que ata y une el alma á Dios imperfectamente, como el ramo seco

(¹) Dios, como sér infinitamente perfecto en el conocer y en el amar, es el primer amante, el acto de su amor es infinito, y como bueno sin limites y hermoso sin imperfección, es el objeto adecuado del amor infinito; porque el amor es un deseo del bien y de la belleza.

(²) «Porque Dios Sumo é infinito, ó la divina Omnipotencia, ó la Sabiduria increada, no habria jamás dado el ser á criatura alguna fuera de sí, sino es movido del amor, el cual es único principio de todas las obras de Dios *ad extra*, de toda la creación».

en el árbol verde, que espera la podadera y el fuego y no recibe la virtud y jugo de la raíz. De aquí vienen los teólogos á decir (San Bonaven., 3, p. *Centiloq.* (*a*), sect. 40, et in *Sent.*, dist. 27, q. 4.), que la caridad no puede ser informe, como lo puede ser la fe. Nam cum sit forma virtutum, non potest esse informis triplici ratione. Una ex parte objecti; idem enim habet pro objecto et pro fine: inseparabilis enim est a fine, ratione cujus est perfectio quantum ad meritum in virtute. Alia ex parte subjecti; ipsa enim est regula rectificans voluntatem, qua rectificata, tota anima recte vivit. Tertia ex parte causæ; habet enim similitudinem cum Spiritu Sancto a quo est, qui etiam charitas dicitur, sive amor, a quo inseparabilis est: et ideo esse informis omnino non potest. Ratio tamen theologica, et a priori propter quam charitas non potest esse informis, est tum quia nulla virtus potest dici forma charitatis, et sic defectus relationis in finem, et objectum talis virtutis non potest illam reddere informem. Nam ratio dubitandi solum posset esse de fide et prudentia; ex eo quod fides dirigit charitatem in suo actu, et cum actus charitatis debeat esse prudens, solum per has virtutes posset regulari. Sed absque dubio fides non se habet ut regula et mensura charitatis, quia solum diligimus Deum propter bonitatem ipsius, non propter objectum fidei, tanquam propter ultimum finem. Fides vero solum in se habet, ut proponens objectum charitati; nam cum voluntas non feratur in objectum incognitum, ideo charitati applicatur objectum per fidem. Nec similiter prudentia est regula charitatis, sicut respectu aliarum virtutum moralium: quia virtus moralis, sive acquisita, sive infusa, est electiva medii consistentis in *medio charitati quadam* (*a*) quam præscribit prudentia: et ideo prudentia constituit objectum, et finem proprium virtuti morali. At vero charitas non consistit in mediocritate ex parte sui objecti, quod est bonitas divina in infinitum amabilis, quamvis ex parte operantis posset dirigi a prudentia per accidens: tum secundo, quia charitas, cum non sit forma intrinseca virtutum, aut metaphisica, sed dicitur forma illarum, in quantum eas dirigit, et movet in proprium finem: qui, cum sit ultimus simpliciter, impossibile est, quod sit charitas sine tali relatione. Quare defectus talis relationis potius eam destrueret, quam, manente essentia et natura charitatis, illam redderet informem. Imo dirigendo, et movendo in proprium finem alias virtutes ipsis reddit aliquam specificationem, et formam (licet extrinsecam); quare defectus talis relationis reddit illas imperfectas, et informes» (¹).

San Agustín, sobre aquel verso (v. 9) del salmo 62: *Adhæsit anima mea post te*, dice: «Agglutinata est anima mea post te. Glutinum charitas est, quia anima Deo conjungitur. Et quia ingentia hinc oriuntur bona, subintulit Regius Psaltes (*ib.* 10): «Ipsi vero in vanum quæsierunt animam meam». Non enim diabolus, mundus, aut caro ablaturi erant gluten. *Quis enim nos separabit a charitati Christi?*» (*Rom.*, VIII, 35). Y en el libro que escribió de *Substantia amoris*, tomo I: «Solus amor, inquit, Deo nos unit in hac vita, et id tanto fælicius quanto fortius. Geminatus est nexus in amore Dei, et proximi, ut per amorem Dei omnes uni adhæreant, et per amorem proximi omnes unum fierent; ut quod de illo uno, cui omnes inhærebant, quisque in semetipso non caperet, plenius atque perfectius per amorem proximi

(*a*) Sobre el *Centiloquium* dicen los PP. editores de OPERA OMNIA (tomo X, pág. 20, núm. 1) lo siguiente: «Hoc opusculum fere omnibus hucusque vissum est esse geminum... Sed non est dubitandum hoc opus esse compilatum ab alio auctore, et probabilissime a fratre Marchesino de Regio, cui atribuitur etian in quodam codice».—En el tomo V, página XLVIII y siguientes, advierten también que las tres cuartas partes de esta obra están entresacadas ó tomadas de los diversos escritos del Seráfico Doctor. La cuestión propuesta aquí: *Que la caridad no puede ser informe*, la trata San Buenaventura en el comentario sobre el tercer *Sententiario*, OPERA OMNIA, tomo III, págs. 599-602.

(*a*) Así está en el impreso. Debe ser *mediocritate quadam.*

(¹) Toda esta larga cita, tomada no del *Sentenciario* sino del *Centiloquium*, obra, como advertimos más arriba, espúrca, atribuída falsamente á San Buenaventura, se reduce á una mera cuestión especulativa, de escaso interés para la generalidad de los lectores. Se reduce á probar que la caridad, como virtud teologal y divina, no puede estar en el alma si no la acompaña la gracia, cosa que no sucede con las demás virtudes, que por eso se dicen alguna vez *informes*, cuando se hallan en el alma manchada de culpa mortal.

in altero possideret, et bonum omnium fieret singulorum» ([1]).

San Basilio (hom. 9 in *Psl. 33*, tomo I), declarando aquellas palabras (*ib.*, v. 21): *Custodit Dominus omnia ossa eorum, unum ex his non conteretur*, dice: «De la manera que los huessos sustentan la ternura de la carne, assí hay en la Iglesia algunos que por su firmeza llevan la flaqueza de muchos; y como los huessos se juntan entre sí, junto á los artículos y coyunturas, mediantes los nervios y ligamentos insertos, assí en el pueblo cristiano espiritualmente se juntan unos con otros, mediante la caridad; que, como dijo el Apóstol, es ligadura de perfección. Y entre tanto que estos miembros entre sí conservan y guardan harmonía, assí los guarda y defiende Dios, que ni uno puede padecer detrimento (*Psl. 33*); pero divididos y apartados los huessos, su paradero es el infierno (*Ps. 140*).

San Juan Crisóstomo (in *Paulum*), declarando aquel lugar del Apóstol (*Ephes.*, IV): *Obsecro vos ego vinctus in Domino*, dice, que no se llama este gran predicador atado tan solamente porque estaba en la cárcel preso y aherrojado con cadenas y grillos por Cristo, sino también, y principalmente, porque le tenía esse mismo Cristo preso y atado consigo y con sus hermanos, mediante la caridad, como se dice que estaba el ánima de David con la de Jonatás (*I Reg.*, XVIII). Y de los Apóstoles se dice por Isaías XLV, 14: «Post te *sequentur*, vinctis *ferro manibus*». Qui enim Christum diligunt sequntur illum, charitatis vinculis colligati.» San Agustín (lib. de *Spiritu et anima*), sobre aquellas palabras de Cristo: *Manete in dilectione mea* (*Joann.*, XV) dice: Per dilectionem rationalem creaturam sibi copulavit Dominus, ut eum semper haberet, et in eo semper maneret; de eo et in eo delectans, gaudens et exultans, per dilectionem Creatori suo, et sibi invicem rationalis creatura copulata est. Solum namque dilectionis vinculum est quod ligat utrosque in idipsum» ([1]). El mismo [en el] libro de *Unitate Ecclesiæ* dice que en aquel betún con que de dentro y de fuera estaba embetunada el arca de Noe es significada la caridad. «Bitumen enim gluten violentum est, et res ferventissima» ([2]); lo cual es propio de la caridad. «Quæ quoniam præceptum est ut sit nobis invicem et in omnes, ideo intus et foris arca bituminata est; aut certe quia scriptum est: *Charitas... omnia suffert* (*I Corint.*, XIII, 7). Vis ipsa tolerantiæ, tenax unitatis, per bitumen significata est, quo intus et foris mali tolerandi sunt, ne pacis compago salvatur» (*a*) ([3]).

El mismo San Agustín (lib. de *Natura et gratia*) probando cómo por la caridad las cosas que sin ella son dificultosas y intolerables se hacen llevaderas y fáciles, concluye diciendo: «Charitas ergo inchoata, inchoata justitia est;

(*a*) Indudablemente debe aquí leerse *solvatur*.

([1]) Sobre aquellas palabras del salmo: *En pos de ti va anhelando el alma mía*, dice San Agustín: «Mi alma se ha juntado y como pegada se halla á ti. La atadura ó ligazón del alma es la caridad, pues por medio de ella el alma se llega y se junta con Dios. Y porque de esta unión se le siguen al alma bienes sin cuento, añade el Real Profeta: *En vano han buscado cómo quitarme la vida*. Porque ni el demonio, ni el mundo, ni la carne podrán quitarnos esta divina unión. Porque ¿quién podrá apartarnos de la caridad de Cristo?» Y en el libro de *Substantia amoris*, escribe lo siguiente: «Sólo el amor nos une á Dios, y esto tanto más dichosamente cuanto más fuerte é inquebrantable es esta unión. Doble es este lazo por el amor de Dios y por el del prójimo, de tal modo que por el de Dios todos quedamos unidos á Él sólo, y por el del prójimo todos formamos un solo cuerpo. Así, lo que cada uno de por sí no alcanza de esta unión con Dios, viene á participarlo con mayor plenitud en los demás por el amor al prójimo, y así el bien de todos se hace bien de cada uno.

([1]) Dice San Agustín, sobre aquellas palabras del Señor que se leen en San Juan: «Por medio del amor juntó Dios consigo al hombre, para que siempre lo poseyese y en Él permaneciera, deleitándose, gozándose y alegrándose en Él y por Él, unido aquél en cierto modo con su Criador y consigo mismo por medio del amor. Sólo el amor es el que une á entrambos y los hace unos.

([2]) El betún (ó brea, como otros traducen esta palabra en el pasaje del *Génesis* en que se halla) es una sustancia muy fuerte y muy ardiente.

([3]) «Por cuanto la caridad nos obliga á amarnos á nosotros mismos y amar á los demás, se le mandó á Noé calafatear por dentro y por fuera el arca; ó también porque está escrito: *La caridad á todo se acomoda*. Este soportamiento de los trabajos, garantía inquebrantable de la unión, fue significado, igualmente, por aquella sustancia, pues tanto las penas y contrariedades interiores como exteriores debemos sobrellevar con igual ánimo para que así no se rompa el vínculo de la paz».

charitas provecta, provecta justitia est; charitas magna, magna justitia es: charitas perfecfecta, perfecta justitia es; sed charitas de corde puro, de constientia bona, et fide non ficta, quæ tunc maxima est in hac vita, quando pro illa ipsa contemnitur vita.» Hic modus loquendi Agustini de charitate inchoata, et de justitia inchoata pie et ad bonum sensum est interpretandus, ut non intelligatur de charitate in se ipsa, sed de ea quatenus se extendit ad actus aliarum virtutum, et quatenus ex ejus imperio diversi actus virtutum ordinari porsunt in finem ipsius; nam loquendo de charitate in suo actu interiori, et habitu infuso per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis, est integra justitia christiana et non diminuta, includens non solum remissionem peccati, sed renovationem interioris hominis, et amorem Dei super omnia; et ipsa, secundum se, est vera, et perfecta justitia christiana, ut pote vinculum perfectionis. Hoc dixerint (*b*) propter sectarios hujus temporis. Legatur Tridentinum toto Decreto *de justificatione* ([1]).

Al fin, concluímos que la caridad es el engrudo mediante el cual el ánima perfectamente se une á Dios. De donde vino Moisés á decir, hablando con sû pueblo (*Deuter.*, X, 15): «Dominus *Deus tuus* conglutinatus est patribus tuis». Y declarando qué engrudo fuesse éste, añade: «Et adamavit eos» ([1]). Sanctus Augustinus (lib I de *Moribus Ecclesiæ*, cap. XI, tomo I) difine la caridad assi: «Charitas est animi affectio justissima, conjungens nos cum Deo»; et lib. XVI de *Spiritu et anima*, tomo III, dice: «Charitas est vita copulans amantem cum amato» ([2]).

De aquí y de lo que dijo San Dionisio (libro de *Divinis nominibus*, nom. 1) y Platón (en su *Convite de amor*), colijo yo que el primero y principal efecto de la caridad ó amor gratuito es unir y juntar el alma con Dios; porque si no es por amor, no puede el espíritu racional venir de las cosas carnales á las espirituales; porque no se une á Dios por solo conocimiento, sino por amorosa afición, según que lo dijo el Apóstol á los de Corinto (*I Cor.*, VI, 17): «Qui adhæret Deo (scilicet per fidem et amorem) unus spiritus est» cum eo ([3]). Y esta unión amorosa pedía Cristo en su oración al Padre (*Joan.*, XVII, 11): «Pater, inquit, serva eos, ut sint unum (id est, uniti per charitatem), sicut nos» unum sumus (per naturam). Summa namque unio est personarum in divina essentia, seu natura, in qua tres personæ summa unitate in identitate numerica identificantur ([4]). Y aquella palabra *como* no dice igualdad, sino semejanza ó imitación muy remota. Digo que nuestro espíritu se junta á Dios por amor íntimo, y se hace y es un espíritu con El, por conformidad de la voluntad; y aquel que perfectamente es hecho una cosa

(b) Evidentemente está equivocada esta palabra, debiendo ser *dixerim*, en primera persona.

([1]) «Al mismo paso y en el mismo grado anda en el alma la santidad que la caridad. Caridad inicial ó incipiente, supone santidad igual; caridad adelantada y caridad perfecta, arguye justicia ó santidad adelantada ó perfecta, y entonces procede ésta de un corazón puro y de una conciencia buena y fe no fingida, cuando estamos dispuestos á perder hasta la propia vida en bien de los demas». Advierte á continuación el autor que este modo de hablar de San Agustín, y esta frase *de caridad y de santidad incoada ó inicial* han de interpretarse, en un sentido sano, no de la caridad en sí misma considerada, sino en cuanto influye en los actos de las otras virtudes, encaminándolos á Dios como á fin último; porque si se refiere á la caridad en sus actos elícitos, los suyos propios, y como virtud infundida por el Espíritu Santo, que se nos ha dado», así entendida, no es distinta sino una cosa misma con la santidad cristiana en toda su integridad, que incluye no sólo el perdón de los pecados, sino la renovación interior y mudanza del hombre, el amor de Dios sobre todas las cosas y la santidad perfecta, como vínculo de la perfección. Advierto esto, añade el P. Angeles, en razón de los sectarios contemporáneos (habla de los protestantes). Por lo demás, consúltese la doctrina del Concilio Tridentino, Decreto de *justificatione*.

( ) «El Señor Dios se unió estrechísimamente, con *entrañable* amor, con tus padres».

([2]) «La caridad es un afecto santísimo del alma que nos une con Dios», y también: «La caridad es á modo de una vida nueva que, en cierto sentido, identifica al que ama con el amado».

([3]) «Quien está unido con el Señor (por la fe, se entiende, y por el amor) es con Él un mismo espíritu».

([4]) «Oh Padre, guarda en tu nombre á estos que tú me has dado, á fin de que sean una misma cosa *por la caridad*, así como nosotros lo somos *en la naturaleza*».— Cierto; la unión más perfecta que existe es la de las divinas personas en una sola esencia ó naturaleza, en la cual las tres constituyen una sola é idéntica sustancia.

con Dios por amor, ora verdaderamente, y con mucho fruto dice: «Fiat voluntas tua» (*Math.*, VI, 10).

El amor hace división entre el alma y cuerpo, que cuando ama lo uno aborrece lo otro.

De muchas maneras de unión entre Dios y el alma tratamos en la *Segunda parte de los Triunfos*, capítulo XXII (*a*); allí podrá ver esta materia el lector, que ni pienso que hay más que decir de lo que allí se dijo, ni que añadir á este lugar, sino lo que advirtió, y muy bien, un sabio: que el amor tiene la condición y naturaleza del cálido, que congrega y une las cosas homogéneas y aparta y divide las heterogéneas. Llamo cosas homogéneas las que tienen entre sí semejanza; y heterogéneas, las que son diversas. De aquí se sigue que, como las cosas espirituales todas entre sí tienen homogeneidad ó similitud, y de las corporales y terrenas son muy diferentes y remotas, todo lo que en el hombre se halla espiritual y divino, entrando de por medio el amor vivífico, en cierta manera se aparta de todo aquello que es terreno y corporal y se hace división entre el ánima y el espíritu; esto es, entre lo espiritual y animal, y se separa lo precioso de lo vil. Lo vil ó feculento, que pertenece á la porción inferior, quédase; lo precioso, que pertenece á la porción superior, que es lo defecado y puro, sube á la unión de Dios, con el cual tiene similitud: que, según todos, es necessaria para esta unión de que vamos hablando y de que habló el Apóstol (*Hebr.*, IV, 12) cuando dijo: «Vivus est sermo Dei, et eficax...; et pertingens usque ad divisionem animæ *et* spiritus» ([1]). Vivo es Cristo, porque vive vida nobilíssima, vida de Dios, etc. Et pertingens, etc. Con su agudeza penetra y entra hasta hacer división entre el ánima y el espíritu; id est, entre la sensualidad y animalidad, que incluye cuerpo y alma, y el espíritu,—que aquí se toma por las potencias superiores del ánima racional—, en las cuales conviene con las sustancias puramente espirituales y se une y junta á Dios. Luego con mucha propiedad se llama la caridad engrudo con que se junta nuestra ánima con Dios y se hace una cosa con Él, que es lo que más ella debe dessear y con lo que comenzó estos *Cantares*, como ya dijimos.

([1]) Magister Sotomayor, in suis *Commentariis*, adducit translationem hispanam, quæ talis est: *Trájome el Rey á la casa del vino, y su pendón sobre mí, amor*, et addit: «Præibit mihi Sponsus meus, instar vexilli feri; quod quidem vexillum ego libentissime sequuta sum, obtemperans Sponso, quoqumque ille me ducere vellet». Est enim metaphora sumpta a re militari; scilicet, vexillo quod sequuntur milites, et quo regitur exercitus. Et sic apud hebreos verbum vexillandi ponitur pro verbo regendi, vel ordinandi exercitum. Hac eadem metaphora utitur auctor (*Cant.*, VI, 3): «Terribilis ut castrorum acies ordinata». Nam pro *ordinata* vertunt aliqui: et *bene vexillatam*; id est, vexillis insignitam; quasi dicat Sponsa, siguiendo la translación hebrea: «Ego sequor, tanquam miles ducem suum, in omnibus dilectum meum, et amorem illius pro vexillo habeo: eo enim duce feror, quocumque feror: et eo trahor, quocumque trahor»; ut sit responsio ad tacitam objectionem adoles-

---

(*a*) En la edición moderna (OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FRAY JUAN DE LOS ANGELES, tomo I), corresponde esta materia á la *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*, págs. 280-360, en cuyos capítulos se explican los grados, efectos y provechos del amor y de la unión espiritual entre Dios y el alma. Algo de esto se toca también en la *Segunda parte de la Conquista*, diálogo V, *ib*, págs., 223-37.

([1]) «La palabra de Dios es viva y eficaz... y que entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu».

([1]) El maestro Sotomayor, en sus *Comentarios*, traduce de esta manera: *Trájome el Rey á la casa del vino, y su pendón sobre mí, amor*, y continúa, haciendo hablar á la Esposa, en esta forma: «Irá delante de mí, á modo de invencible é intrépido estandarte, mi Esposo, al cual yo, con plena y gustosísima voluntad, quiero seguir adonde quiera él llevarme». Hay, pues, aquí, una metáfora, tomada de lo que en los ejércitos acontece, que todos los soldados van tras las banderas, las cuales son los signos por los cuales todos los soldados se mueven. Por eso entre los hebreos levantar banderas es sinónimo de gobernar ó disponer el ejército. De esta misma semejanza usa el autor de los *Cantares* diciendo mas abajo que la esposa es terrible *y majestuosa* como un ejército en orden de batalla». Otros traducen este pasaje diciendo en vez de *ejército en orden de batalla*, ejército con las banderas desplegadas, ó levantadas en alto. De aquí que las palabras de la Esposa pueden tener este sentido: «Yo sigo en todo á mi esposo, como el bueno y fiel soldado á su caudillo,

centularum. Poterant enim objicere, quod in cellam vinariam intrasset, quasi contra decorum puellare.

Possumus etiam simplicius hæc postrema verba ORDINAVIT IN ME CHARITATEM interpretari, eodemque ferme recidit expositio; id est: «Quando induxit me Sponsus in cellam vinariam, tunc insigni, conspicua, et excellenti quadam charitate complexus est me, eximiam mihi charitatem ostendit, cujusmodi res est vexillum illud militare, quod exercitus totus sequitur». Facit pro hac expositione locus quidam (*Exod.*, XVII, 11), cum loquitur Scriptura de levatione manus Moysi, et victoria populi Dei ad illius levationem: «Cumque levaret Moyses manus suas vince bat Israel», etc. Dominus, inquit, exaltatio mea. Vox enim hebræa sic: «Dominus vexillum meum, et dux meus». Et auctores, vere appellare solent Deum ducem (*Isai.*, LV; *Hier.*, III). Lege Ambros (*Ps. 118*, serm. 5). Parece esta manera de hablar de la Esposa á la que San Agustín (lib. XI de *Civit. Dei*, cap. XXVIII, et XIII *Confess.*, cap. VII et IX) dice: «Amor meus, pondus meum; ipso feror, quocum que feror», etc. Et Dionys (lib. *Ecclesiasticæ Hierarch.*, cap. II). «Primus, inquit, animi ad divina (supple mandata) peragenda motus est dilectio; id est, efficacissimus, et potentissimus». Et Philo (in lib. de *Archano*, página 211), hablando de los varones perfectos, dice: «Deus animam temperatam suis potentiis, vehementiori motu ad seipsum trahit». ¿Qué mucho que la Esposa, abrasada en el amor de su Esposo, le tenga por estandarte y le siga como á su capitán, para no errar ni perderse?

Rabi Selomoch sic: «Vexillum ejus super me charitas». Et interpretatur sic: «Attractio ejus, qua me Sponsus veluti ad vexillum attraxit ad se, amor est super me; quasi dicat: «Acuérdome del amor que á mí y á los míos mostró, y de los beneficios que me hizo, y maravillosamente soy atraída y llevada de su amor». *Oseæ*, XI, 4: In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis». Charitas enim seu benevolentia sunt veluti quidam funes fortissimi et quædam adamantina, quibus attrahitur animus ad Sponsum, potius quam metu et supplitio, ut Plutacrus (in *Vita Dionys.*) pulchre demonstrat ([1]). Osorio Lusitano advierte sobre estas palabras: ORDINAVIT IN ME CHARITATEM, verbum græcum significare idem quod in ordinem deducere, et ordine milites collocare: et pretium rebus vænalibus, atque tributum alicui constituere, quod certis temporibus pendat. Como si dijera: Antequam in cellam suam secum me adduceret, rebus aliis distinebar, quarum studium animum meum ab illius amore avertat, quem, amoris vi adhibita, ille in ordinem revocavit; secum (scilicet) a rebus aliis avulsum conglutinavit. *Heb.*: «Vexillum ejus mihi amor». Ut significet: si ante Sponsum valde amabat, postquam tamen illius consuetudo jocundissima accessit, miram fuisse ad amorem factam accessionem,

---

teniendo por bandera ó estandarte el amor que le profeso. Este es el que me mueve é impulsa adonde quiera que yo voy, y este es el móvil de todas mis acciones; viniendo á ser estas palabras una respuesta á la objección que tácitamente pueden oponer á la esposa sus compañeras, poniendo en sus palabras alguna cosa poco conveniente al decoro virginal.

Cabe también dar á estas palabras otra más sencilla explicación, muy semejante á la que precede, y es como si la Esposa quisiera decir: «Cuando mi amado me introdujo en el aposento donde guarda sus más exquisitos regalos, mostróme una singular y excelentísima predilección, la cual es para mí desde entonces como la bandera clavada en mi corazón, á la que yo sigo en todas mis obras y movimientos. En favor de esta explicación puede traerse aquel pasaje del *Exodo*, en el cual habla la Sagrada Escritura de cuando Moisés levantaba los brazos para implorar la victoria en favor del pueblo que combatía. «Cuando Moisés tenía en alto los brazos, se dice allí, vencía Israel, etc.» En otros muchos lugares se dice que el Señor es nuestro caudillo, que Él es nuestro guía. Ya dijo también San Agustín, en lenguaje muy parecido á éste: «Mi amor es mi peso, es decir, allí me inclino y allí voy adonde el amor me lleva». Y San Dionisio: «El primer movimiento del alma para cumplir los divinos mandamientos es el amor». Y Filón: «A quien tiene sujetas y dominadas y armónicas entre sí las pasiones, Dios le lleva á S por un movimiento arrebatado de amor».

([1]) «Yo los atraje hacia mí con vínculos propios de hombres, con los vínculos de la caridad». Porque la caridad y la benevolencia son á modo de lazos ó ligaduras irrompibles, más fuertes que el diamante, con que el alma es llevada á Dios más estrechamente y con más eficacia que por el temor y las amenazas, como ya lo dijo Plutarco.—(Lo que el autor añade hasta el fin de esta lección no juzgamos necesario darlo traducido en castellano, pues es mera repetición de lo que ya dejamos incluído en estas notas).

ut jam nihil nisi amorem in vita sequatur, nihil nisi amorem in oculis habeat. ORDINAVIT. Ordenó en mí el amor; id est, apartó de mí el amor de todas las cosas, para que sólo á El amasse; mostróme y ordenóme la paga con que le tengo de pagar los muchos beneficios y mercedes que me ha hecho; *vel* despertó en mí el amor, y púsole en armas, para que por él alcanzasse triunfo de mis enemigos. Concertóle y púsole en orden á pelear: era tierno y regalón, y hízole fuerte, etc.

Pero ya es razón que oigamos el sentimiento que de sí tiene la Esposa saliendo de la bodega del vino; porque habiendo confessado el regalo grande que el Esposo le hizo, viene bien que nos diga lo que ella siente de sí.

LECTIO VI

FULCITE ME FLORIBUS, STIPATE ME MALIS, QUIA AMORE LANGUEO. LÆVA EJUS SUB CAPITE MEO, ET DEXTERA ILLIUS AMPLEXABITUR ME (*Cant.*, II, 5, 6) [1].

* ARTICULO PRIMERO

Exponiendo las palabras de este texto, se inclina á decir que pide la Esposa consuelos y regalos espirituales para no desfallecer en las buenas obras.

Los griegos trasladan este lugar diferentemente: «Confortate me unguentis, stipate me malis, quia vulneratæ charitatis ego sum». Los hebreos sic: «Fulcite me vinaceis, stipate malis, quia infima dilectione ego». Sanctes Pagnino sic: «Fulcite me phialis vitreis, stipate me malis, quia languens amore ego sum»

De la variedad de translaciones han nacido varios sentimientos en los doctores acerca destas palabras, y no sólo varios, sino contrarios, porque unos dicen que significan crecimiento de amor; otros, desfallecimiento y flaqueza, y que por esso pide la Esposa á sus doncellas (que con ellas habla, como dicen San Gregorio, San Bernardo, Egidio Romano y otros; contra Orígenes, San Jerónimo, Santo Tomás, Haymón, Hugo, Jacobo de Valencia, Genebrardo y otros, que creen que con los amigos del Esposo) que la esfuercen y alienten con ungüentos y con vinos ó con ramilletes de flores y manzanas. Estos dos sentidos tengo de abrazar, porque ambos se compadecen con la letra y son admirables; aunque en el segundo, que es el más recebido y más misterioso, y en materia de contemplación más levantado, pienso detenerme lo que bastare para que se entienda qué cosa es enfermedad de amor, puesto que hice capítulo especial de ella en la segunda parte de los nuestros *Triunfos* (*a*); y de[bo] por principio, y antemano, declarar los términos que han de ser comunes á uno y otro sentido, y en que los doctores hablan con mayor variedad.

Los principiantes en la virtud son como flores, y los perfectos como manzanas, fruta hecha.

Fortalecedme con flores, rodeadme de manzanas, que estoy enferma de amor. San Gregorio entiende por flores á los principiantes y tiernos en la virtud, ó nuevamente convertidos á la fe; y por las manzanas, que es lo último que se espera del árbol, los perfectos. Los primeros quiere junto á sí la Esposa, para aprovecharlos; los segundos, para imitarlos; porque la que está enferma de amor, fatigada con la ausencia del amado, sólo este consuelo y alivio tiene: conversión y aprovechamiento de almas. «Nunc vivimus, *siquidem vos id non statis*» (*b*), decía el Apóstol (*I Thes.*, III, 8): «Agora vivimos, porque os consideramos firmes y estables en el Señor». Y si algún desconsuelo sienten los Santos, es de que Dios sea ofendido de los pecadores. En el *Eclesiástico* se llaman los justos, flores y frutos. (*Eccli.*, XXXIX, 17-9). «Obaudite me, divini fructus, et quasi rosa plantata super bivos aquarum fractificate. Quasi Libanum (*c*) odorem suavitatis habete. Florete flores quasi lilium, et date odorem, et frondete in gratiam, et collaudate canticum, et benedicite Dominum in operibus suis»: «Oidme, frutos divinos, y

[1] LECCIÓN SEXTA.—«*Ea*, confortadme con flores *aromáticas*, fortalecedme con *olorosas* manzanas, porque desfallezco de amor. *Pero mi Esposo* pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará».

(*a*) OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FRAY JUAN DE LOS ANGELES, tomo I, págs. 324-6 (en la parte segunda de la *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*, cap. IV).

(*b*) En la Vulgata este verso se lee así: «Quoniam nunc vivimus si vos statis in Domino».

(*c*) Debe ser *Libanus*.

como rosa plantada junto á las corrientes de los ríos, fructificad. Tened olor de suavidad como el Líbano; floreced flores como el azucena; despedid buen olor, y para vuestra hermosura y belleza, os vestid de hojas. Cantad siempre, y bendecid al Señor en sus obras». No puede decirse cosa más clara que ésta en confirmación de lo que San Gregorio ha dicho; *scilicet*, que los justos son flores y frutos divinos de que se dessea ver rodeada y guarnecida la Esposa.

San Bernardo dice: «De fe y fruto de buenas obras»; porque como las flores preceden á los frutos en los árboles, assí la fe precede y se presupone á las obras virtuosas, en las cuales el ánima enamorada descansa y recibe aliento en tanto que vive privada de la vista de su Esposo. Egidio Romano sigue un pensamiento extraordinario: entiende por flores y frutos á Cristo, porque se llamó en estos *Cánticos* flor del campo y lilio de los valles. Y en el segundo capítulo le llamó la Esposa manzano entre los otros árboles de los bosques. No hay que cansarnos en refutar este pensamiento, tan apartado de la letra, aunque él trabaja mucho por apoyarle. El padre Orozco entiende por flores las palabras del Evangelio; y por manzanas, los ejemplos y obras maravillosas de Cristo, que en todo el mundo dan de sí olor de santidad y esfuerzan el alma y la confirman en el bien. Orígenes sigue otro camino. Santo Tomás y Haymón dicen casi lo mismo que San Bernardo, entendiendo por flores el principio de bien obrar, y por frutos, la perfección de las obras. Hugo dice que las oraciones de los santos son las flores, y las obras, las manzanas. Gilberto Generbrardo añade á lo dicho de la mente de Orígenes (*hom. 3* in *Cant.*) que este es lugar famoso y muy notable para la invocación de los santos, á los cuales la Iglesia llama aquí con grande congoja de ánimo, «ut ipsorum precibus eam in hoc mundo fulcire velint, et constipare, quia Sponso suo abeunte in cœlum, vel ab ea discedente, in animi deliquium rapitur, ejusque amicos sanctos invocare cogitur, ut ipsorum orationum, instar incensi, aut florum odore confirmata, inmensi amoris impetum, quo jam languet, et frangat, et moderetur» (1).

Yo pienso, cierto, que por flores y manzanas entiende aquí la Esposa particulares beneficios ó regalos espirituales, ó para alentar el amor enfermo y caido, ó para moderar su ímpetu, siendo crecido y demasiado; porque no poco alientan y esfuerzan la virtud los buenos olores, especialmente de vino, como tiene la translación hebrea: «Fulcite me vinaceis; intelligens lagenas, amphoras, cyphos, et id genus vasa, optimo vino plena, ex quibus illa nuper vinum hauserat; ut positum sit continens pro contento» (1). Que assí trasladó la misma voz el intérprete latino en aquel lugar de *Oseas.*, III, 1: «Diligunt vinacia uvarum»; hoc est, vassa expressa ex uvis, vino plena (2). Y el mismo sentimiento tiene la translación griega, que sigue Orígenes: «Confirmate me unguentis» (3); porque los ungüentos de ámbar, algalia y almizcle, y aromáticos semejantes, sirven grandemente para esforzar el corazón desmayado y caído; como se vee cada día en las pítimas que los médicos le aplican en tales ocasiones.

Cipriano (en sus *Comentarios*) dice que enfermedad de amor se puede considerar en dos maneras: ó que sea grado de amor violento, como lo llamó Ricardo y después veremos, ó remissión y flaqueza de amor, como al principio dijimos. Y deste último le parece que se ha de entender esta letra. Enfermo en el amor se dirá, como enfermo en la fe; que assí llamó el Apóstol al flaco en esta virtud (*Rom.*, XIV, 1): «Infirmum, inquit, in fide assumite» (4). Pues

(1) «... á fin de obtener que la asistan en este mundo con sus ruegos y oraciones, pues por la ausencia de Cristo, y por carecer en esta vida de su presencia corporal, cae con deliquios amorosos y se ve precisada á invocar á los hijos que ya gozan en el cielo de la bienaventurada vida por la que ella suspira; de modo que con el suave perfume de sus oraciones sea confortada, mejor que con el olor del incienso ó de las flores, y pueda templar algo y entretener las ansias amorosas que la tienen enferma de amor».

(1) «Confortadme con olores de vino, entendiendo por esta palabra los frascos, botellas y demás vasijas donde se guarda el vino; de modo que se habla aquí del continente por el contenido».

(2) «Aman el hollejo de las uvas», según una traducción; otros, los frascos ó botellas del vino.

(3) «Fortalecedme con aromas ó perfumes suaves y delicados».

(4) «Tratad con caridad al que todavía es flaco en la fe», *ó poco instruído en ella.*

¿cómo sale enferma en el amor la que sale de la bodega del vino con orden en la caridad? No absolutamente hablando, sino en comparación y en respecto del amor que reconoció de ver á su amado, el cual le puso por blanco de su amor, amándola con amor infinito y eterno, y poniendo la vida por ella. De manera que esta alma que aquí habla no se puede decir enferma en el amor (que á la verdad está en su punto, según todos), sino, como agora dije, considerando el que debe á su Amado, que entonces echa de ver claramente cuán corta es en el amor, cuando ella entra en la bodega del vino. Y assí, cuanto más ardientemente ama, tanto mejor conoce lo que le falta para llegar á lo que debe, conforme á la dignidad y merecimientos del divino Esposo. Con esta advertencia ó distinción me parece á mí que estos dos sentidos se reducen á uno: que bien puede ser esta enfermedad en el amor, ó grado tercero de amor violento, en que el alma se siente enferma ó herida, como tienen los griegos. De manera, que puedo yo sentirme enfermo de amor y enfermo en el amor. Lo primero siento, porque no me falta sino morir amando. Lo segundo, porque todo amor es corto y enfermo, considerado el que Dios nos tiene y lo que le debemos. Para lo uno y otro sirve lo que la Esposa dice á sus doncellas:

Cuanto un alma tiene de conocimiento de Dios, tanto tiene de lo poco que le ama.

Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo.

Es lenguaje propio de enamorados, con que propiamente declaran la fuerza de su amor. Porque flores y frutas no son de la sustancia del amor, sino como accidentes que declaran la fuerza y sustancia dél. Es muy ordinario en los amantes traer flores y apetecer olores y ramilletes, que assí trasladó Sanctes: «Fulcite me phialis vitreis»: «Rodeadme de ramilleteros y brincos de vidrio con flores». Y, verdaderamente, si queremos huir dificultades impenetrables que se levantan, queriendo explicar por menudo todas las palabras destos *Cantares*, es muy necessario acudir al sentido de las palabras y al estilo pastoril y de amor y á las frasis de las naciones. ¿Quién tomará resolución si no es desta manera, habiendo tanta variedad en los doctores sobre lo que aquí significan las flores y las manzanas? Por lo cual me persuado que el sentido legítimo de esta sentencia es el que de lo dicho se puede colegir; conviene á saber, que la enfermedad del amor, en que se halla esta alma, es tan grande, que tiene necessidad de remedio, lo cual no pudo mejor declarar que diciendo que la esfuercen con flores y la rodeen de manzanas, cosas especiales y propias de los amantes. Que aun en estos *Cantares* á cada passo tenemos al esposo entre lilios y azucenas, cogiendo flores y apacentándose entrellas. FULCITE ME FLORIBUS, STIPATE ME MALIS, QUIA AMORE LANGUEO.

Algunos modernos (Paz) interpretan estas palabras de Cristo y la Iglesia indiferentemente, por ser tan unos entre sí los dos, que después de la encarnación del divino Verbo ya no son dos, sino una carne. Oigamos á Isaías (LXI), que sin ninguna distinción habla de Cristo y la Iglesia debajo de nombre de Esposo y Esposa; para que se entienda que ella está en El y El en ella, y que no hay más de una persona, como se constituye de la cabeza y miembros todos el cuerpo «Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo, quia induit me vestimentis salutis, et *indumentis* justitiæ circundedit me, quasi Sponsum decoratum corona, et quasi Sponsam ornatam monilibus suis» (*Isai.*, LXI, 10 [1]). San Agustín (en la *Epist. 120 ad Honoratum*) dice que el Esposo es Cristo, y la Esposa, la Iglesia; pero que no son dos, sino una carne mística, que es el sacramento grande que dijo el Apóstol (*Ephes.*, V, 32): «In Christo, et Ecclesia». El mismo Isaías dice en otra parte (*a*): «Sicut Sponso imposuit mihi mitram, et sicut Sponsam ornavit me ornamento». «Unus videtur loqui, ait Augustinus; et Sponsum se fecit, et Sponsam se fecit, quia non duo, sed vere unum, quia Verbum caro factum est,

(*a*) Deben entenderse estas palabras como una traducción diversa del texto mismo que arriba se ha citado del cap. XLI, 10.

[1] «Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor, y el alma mía se llenará de placer en mi Dios; pues Él me ha revestido del ropaje de la salud y me ha cubierto con el manto de la justicia, como á esposo adornado con guirnalda y como á esposa ataviada con sus joyas».

et habitavit in nobis» ([1]). Este argumento sigue admirablemente Bocio (*De signis Ecclesiæ*, lib. XVI, cap. I). Y el mismo San Agustín (lib. III de *Doctrina Cristiana*), dice assí: «Scientes aliquando capitis, id est, Christi et Ecclesiæ unam personam immitari. Neque enim frustra dictum est fidelibus: Ergo Abrahæ semen estis, cum sit unum semen Abrahæ, quod est Christus. Non hæsitemus quando a capite ad corpus, vel a corpore transitur ad caput, et tamen non receditur ab una eademque persona. Una enim persona loquitur: «Sicut Sponso imposuit mihi mitram, et sicut Sponsam ornavit me», etc.

Síguese de aquí que,—siendo Cristo y la Iglesia cabeza y cuerpo y una misma cosa entre sí—, lo primero, que el amor entre los dos ha de ser grandísimo, el mayor que se puede explicar, ardentíssimo, singular, eficacíssimo y intensíssimo. ¿Qué mayor se puede imaginar que el que hay entre la cabeza y su cuerpo? Ninguno. Pues ésse hay entre Cristo y su Iglesia. Lo segundo, que entre los dos no hay cosa partida: una mesa, un lecho, un reino, un manjar, una bebida, un ornamento y una persona, sin alguna diferencia. De aquí podemos seguramente proceder á la interpretación de las palabras de la Esposa, entendiendo las del Esposo enfermo ó herido del amor de las almas, como las habemos entendido de la Esposa y de cualquiera alma merecedora deste nombre. FULCITE ME FLORIBUS, STIPATE ME MALIS, QUIA AMORE LANGUEO. «Amore languere est valde cupere amari» [es] dessear con vehemencia ser amado; quasi dicat: nada pido, nada desseo, sino ser amado: que assí como *languere desiderio* es dessear mucho una cosa, assí *languere amore* es arder en amor ó tener sólo un antojo, que es ser amado; y antojo parece el de las flores y manzanas con que pide ser sustentado y recreado, por las cuales, como ya vimos, son entendidos los principiantes y aprovechados ó perfectos en la virtud, de que dessea el esposo verse rodeado y guarnecido. Porque de la manera que el capitán se alegra y regocija cuando ve que se le juntan muchos soldados, y debajo de su bandera quieren seguir la milicia, assí se alegra y regocija el ánima de Cristo, y sale como de sí, con un gusto y deleite tan grande que no hay á que compararle, cuando ve que el número de sus amigos crece.

Como ama la cabeza su cuerpo, ama Cristo á la Iglesia.

Y eso pide en estas palabras: fortalecedme de flores, esforzadme con manzanas, que no desseo ni pretendo otra cosa sino tener quien me ame, verme rodeado de almas enamoradas.

* ARTÍCULO II

Cómo desea Cristo ser amado de los hombres y por cuántos títulos es acreedor Él á nuestro amor.

Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.

El que ama á Cristo y al prójimo, pone la izquierda mano debajo de su cabeza, para que como sobre almohada descanse y duerma, y con la derecha le abraza, abriga y calienta; porque sola la caridad con sus dos brazos puede hacer este regalo á Cristo: duerme sobre el amor del prójimo, y caliéntase con el amor de Dios.

Al fin la petición ordinaria de Cristo es ésta: AMORE LANGUEO: «Con amor enfermo, muero por ser amado». Y ¿quién no te ama, amoroso Jesús? Quien no te conoce, ni conoce tu enfermedad, ni su obligación, que es de pagarte con amor lo que con él has hecho tan á costa tuya y provecho nuestro. En su Evangelio sacrosanto dejó escrito (*Luc.*, XII, 49): «Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi [ut] accendatur? ([1]). Y encendido ¿puede por ventura quedarse en la tierra? ¿No ha de volver al lugar

El amor es como fuego que hasta llegar al centro de lo que ama no sossiega.

([1]) «Uno mismo, dice San Agustín, es el que aquí habla, unas veces como esposo, otras, como esposa, y esto porque no son dos, sino uno solo en la unidad de persona, según aquello de San Juan: *El verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*». Y en otra parte: «Sabido es que unas veces las palabras de la Escritura se refieren á Cristo, como cabeza de la Iglesia; otras, á la Iglesia misma, como á los fieles se refieren las promesas que se hacen á la descendencia de Abraham en los libros santos. Una misma es la persona, tanto cuando se entienden las palabras de la cabeza de la Iglesia, Cristo, como cuando de los miembros...»

([1]) «Yo he venido á poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?».

alto donde bajó? Essa es la naturaleza del fuego: que siendo arrojado de lo alto, no repose en lo bajo, sino que perpetuamente forceje y trabaje por volver á su esfera. Fuego derivado de Dios ¿cómo puede dejar de volver á Dios? Si el agua sube tan alto, siendo encañada, como fué alto el lugar de donde bajó, ¿cuánto más el fuego?

«De excelso misit ignem in ossibus meis, dice Jeremías, et erudivit me» (*Thren.*, I, 13) ([1]). En este lugar, como en el passado, lo mismo es fuego que amor; porque el material fuego no enseña como enseña el amor. Amor venido de lo alto, necessariamente ha de anhelar por volver allá y llevar tras de si nuestros corazones, adonde le planta Dios y él se aciende. Si á una vela encendida la volvemos para abajo, es cosa de ver cómo la llama se vuelve para arriba; y si queremos tenerla mucho de aquella manera, la apagamos. Luego el amor encendido que de lo alto envía *el de lo alto* en nuestros huessos, siempre ha de procurar la vuelta para su esfera. Es propiedad del fuego, en tanto que vive, no poder ser despojado de su natural virtud y fuerza de calentar. El agua, aunque de suyo fría, llegándola al fuego pierde su frialdad y se viste de calor; y pierde la humedad cuando se trasmuda y convierte en sal; porque no es la sal otra cosa que agua dessecada. La tierra, ya está seca por el sol, ya húmeda por la lluvia; el aire, en el verano caliente, en el invierno húmedo y frío. El fuego es de condición que por ningún caso se le puede apartar el calor: que si le cubris con la ceniza, como no se muera siendo muy oprimido, en ninguna manera deja de ser cálido.

Síguese que, habiéndonos Dios enviado fuego de lo alto para que nosotros se le volvamos reamándole, assí dessea que este fuego se conserve y sea perpetuo en nosotros, que en ningún tiempo se apague y muera. «Quid volo, nisi ut accendatur?» ¿Qué quiero, sino que se encienda y arda? Quiero que me restituyáis mi fuego, que me volváis mi amor, que me améis como yo os amo, y que sea vuestro amor perpétuo, como lo es el mío.

Aristóteles (en el 5 de los *Tópicos*) hace tres suertes ó especies de fuego. La primera dice que es el carbón encendido, de que usamos los hombres. La segunda, la llama que se levanta de las brasas y se vuelve y revuelve por el aire La tercera es aquella luz que luce en su propia esfera; y este fuego vive en si mismo y carece de todas las passiones que acompañan al nuestro. Esta misma división hallo yo en el amor: uno, de la tierra, que abrasa los corazones de los hombres en la lujuria, avaricia, venganzas y desseos de honras, y los trae denegridos como los hornos y calderas, ó negros de Etiopía. El segundo fuego es algo más levantado, pero humano y que no llega á Dios, porque se queda dentro de los límites de la naturaleza. El tercero es fuego del Espíritu Santo, contrario de todo en todo al de la tierra, con el cual ningún comercio ni amistad tiene, y por esso sus efectos en el alma son diferentes. Cuando, pues, nos sintiéremos encender en algún calor por algún pecado con que la conciencia padezca detrimento, persuadámonos que anda en nuestros huessos el fuego del espíritu sucio, que por esse camino obra nuestra perdición y sempiterna muerte. Pero cuando sentimos dentro de nosotros una llama que nos enciende y provoca á cosas honestas y de virtud, grande conjetura es que anda el Espíritu Santo, obrador de todo lo bueno, en nuestras almas. El es el que nos enciende y despierta para el amor que nos pide el celestial Esposo, el cual no nos pide cosa nuestra, sino lo que El plantó en nosotros, lo que es suyo: restitución de su amor. Suyo es lo que le damos cuando le damos nuestro amor; porque para que se le volviéssemos nos le envió desde los altos cielos.

Del alma á do el Espíritu Santo baja quiere que suba su amor.

¡Oh cuántas cosas hay que nos obligan y casi fuerzan á este amoroso retorno! Si por el útil se aman las cosas de la vida presente, si por el deleite, si por lo honesto que se contempla en ellas, ¿quién más provechoso para el alma? ¿quién más sabroso y deleitoso? ¿quién más honesto que Cristo? El es nuestra luz, nuestra vida, nuestra quietud, nuestra paz, nuestro manjar, nuestro vestido, nuestra honra, nuestra mansión y morada segura y nuestro amparo y refugio. El nos defiende, ampara, corona; danos el alma y el cuerpo, el ser, el saber, el querer y la memoria; y «en El, como dijo el Apóstol (*Actuum*, XVII, 28) nos movemos, vivimos y somos». El hace con nosotros oficio de padre, madre, es-

[1] «Desde lo alto metió fuego dentro de mis huesos, y me ha escarmentado».

poso, esposa, hermano, hijo, y de eterno y perpetuo amigo. Pues ¿por qué no se ha de amar? Si buscamos el útil, si desseamos lo que nos importa y es más conveniente, ¿á dónde con mayor seguridad, mejor y con más ganancia podemos acudir y aspirar que á Cristo, en el cual tanta fuerza y provechos se encierran, que ningún entendimiento puede comprehenderlos? Y si por deleite lo habemos, ¿á dónde sino en Cristo le podemos hallar? Porque Dios es fuente y origen de todo lo deleitable; es verdad eterna, adonde tiene su deleite el entendimiento; es el bien que arrebata en pos de sí la voluntad; es el gozo perfecto en quien reposa el corazón; es la luz que apetecen los ojos; es el Verbo que recrea los oídos; es el pan vivo que apacienta el gusto; es el olor suavíssimo que deleita el olfato, y cuerpo santíssimo para gozar del tacto. «Et manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ» (*I Joan.*, I, 1) (¹). Es el júbilo de los ángeles, el gozo de los profetas, el alegría de los patriarcas, el encanto de los apóstoles, el tripudio de los mártires, la corona de los confesores, la delectación de las vírgenes y el solaz de los santos todos.

En Dios hay todo deleite y gusto y fuera de El ninguno.

Todo cuanto hay de deleite, lo hay en Dios, y ni una mínima delectación se puede hallar ni imaginar que en El no haga y tenga su assiento. Y si aquello que deleita y en que asaz se halla abundantemente deleite y jocundidad tiene fuerza para llevarnos á su amor, ¿por qué no se amará al celestial Esposo, en el cual el deleite es cumplidíssimo, y fuera del cual ninguno se puede hallar verdadero? Y si por la virtud y honestidad somos provocados á amar, ¿por ventura no se halla en las manos del Esposo todo lo virtuoso y honesto? El es principalmente la misma virtud; El es el objeto de nuestra fe, el esperado y desseado y el único repartidor de la caridad; El es la justicia sin error, fortaleza sin miedo, prudencia rodeada de resplandores, probatíssima templanza, entera y perfectíssima humildad, pureza intacta y nunca disminuída, obediencia sin contumacia, misericordia sin pusilanimidad, piedad divina y clemencia heroica.

(¹) «... y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida».

¿Qué diré más? Quiero tomarle de la boca á la mujer del Santo Tobías las palabras que, considerando ausente á su hijo, decia, y decírselas á El (*Tob.*, X, 5): «Omnia in te uno solo habentes, te non debuimus dimittere á nobis» (¹). ¿Y por ventura no es esso lo que hablando con Dios dijo el Profeta (*Ps.* 72, 25): «Quid mihi est in cœlo, et a te quid volui super terram?»: ¿Qué hay para mí en el cielo, y, fuera de Vos, Señor, qué puedo dessear en la tierra? Quasi dicat: Si miramos, Señor, lo que sois en Vos, sois un océano infinito de bien, y el mayor de los que por acá se conocen y entienden, y que todos son una pequeña gota comparados con vos, y como una sombra vuestra, obscura y ligera. Y si miramos lo que para nosotros sois y en nuestro respecto, sois el desseo del alma, el único paradero de nuestra vida, el propio y solo bien nuestro, para cuya possessión somos criados y en quien sólo hallamos descanso, y á quien, aun sin conoceros, buscamos en cuanto hacemos.

Los bienes del cuerpo y del alma casi todos los desseamos y procuramos como medios para conseguir algún fin, ó para remedio de alguna mengua que padecemos; y por esto los deleites que de todos recebimos son menguados y no puros; lo uno, porque se fundan en mengua, como en otra parte lo tocamos, y lo otro, porque no duran más de cuanto ella dura. ¿Qué deleite hay en el comer, si falta la hambre? ¿Y en la bebida, si no hay sed? Luego el bien es bien en cuanto dura en nosotros el mal. Y hay aquí otra miseria: que no se puede el hombre entregar á los deleites y bienes de acá á rienda suelta; porque passando de aquel punto hasta donde ellos llegan á deleitar, más sirven de tormento que de gusto. Mas Vos, Señor, sois nuestro bien todo, y nuestro soberano y verdadero fin. Y aunque sois el remedio de nuestras necessidades y el que llenáis nuestros vacíos todos, para que nuestra alma os ame más que á sí misma, no le es necessario que padezca mengua, porque Vos por Vos merecéis ser querido y amado de todo corazón, ánima y fuerzas. Y cuanto más rico estuviere de vos el que os

El bien terreno es bien en cuanto dura en nosotros el mal.

(¹) «Teniendo en ti solo juntas todas las cosas, no debíamos alejarte de nosotros».

amare, tanto con más veras os amará, y el deleite que de aquí naciere no sólo no tendrá fin, mas, creciendo más cada día, será más dulce y podráse gozar sin recelo de caer en hartura, por lo que Vos tenéis dicho: «Quien bebiere de Mí, tendrá más sed, y quien me comiere, mayor hambre» (*Eccli.*, XXIV, 29; *Joan.*, VI, 35).

Con essa, Señor mío, os considero en estos *Cantares*, de ser amado, y esso medito en estas palabras: FULCITE ME FLORIBUS, STIPATE ME MALIS, QUIA AMORE LANGUEO.

* ARTÍCULO III

Notable de la enfermedad y herida del amor (*a*)

Ya vimos en el principio deste lugar cómo adonde nuestra letra dice: AMORE LANGUEO, los griegos tienen: «Vulneratæ charitatis ego sum, vel vulnerata charitate»: «Enferma estoy de amor, ó herida me tiene la caridad». Y consideradas con atención la una translación y la otra, hallo que aquí hay dos grados de amor violento, de que Ricardo de Santo Victore hace un admirable tratado, y de que yo dije muchas cosas en algunos capítulos del libro de los *Triunfos* [1]. El primero grado es de heridas; el segundo, de enfermedades, si no es que digamos que la enfermedad es estar herida y que no sea más que un grado de amor; y si dos, no quiero determinar cuál sea dellos más alto, ó el que hace heridas en el alma, ó el que la tiene enferma, porque ya está determinado; sino pedir á Dios tenga por bien de herirnos de pies á cabeza de heridas de muerte, y enfermarnos de suerte que nunca sanemos, pues que en esta enfermedad está nuestra salud verdadera y en estas heridas nuestro vivir para siempre.

Enferma de amor se dirá aquella alma que toda se resuelve en el de su Esposo celestial; de manera que, olvidada de sí misma y de todo lo que acerca de sí passa, queda como atónita y sin sentido para todas las cosas inferiores á ella; que nada le es de gusto, ni el oir, ni el ver cosa que no sea su querido. Como si dijéssemos: una ánima muerta á todo lo que no es Dios, y á solo El viva, como lo estaba la de aquel que decía (*Galat.*, I) (*sic*) (*a*): «Vivo yo, y no vivo yo, vive en mí Cristo». Desta enfermedad estaba tocado el Profeta santo, que ardiendo en el amor de su Dios, desfallecía y perdía el aliento, diciendo (*Ps. 118*, 81): «Defecit in salutare tuum anima mea» [1]. ¡Dichosa el alma y mil veces dichosa que del amor divino enferma! y ¡desdichada la que en sí siente la enfermedad del mundano amor, que con más razón se llamará ésta locura ó muerte que enfermedad!

En el segundo de los *Reyes* cuenta la Sagrada Escritura (*II Reg.*, XIII, 2), que assí enfermó Amón en el amor de su hermana Tamar, que muy apriessa se iba consumiendo y adelgazando y secándose como un palo, perdida la gana de comer y el gusto de todas las cosas. Ya habemos visto, especialmente mujeres, despulsadas y desmayadas de la fuerza del amor, y que para volverlas en sí fué necessario aprovecharse de rigurosas medicinas y remedios costosos; y para estas ocasiones son de provecho los olores y el vino regalado, flores y cosas semejantes. Destos enfermos, pocos, y menos de la enfermedad de la Esposa; aquellos solos que merecieron entrar en la bodega del Rey eterno y beber de aquel vino que saca de sí á los que lo beben, y los traslada en Dios, trocando lo humano por lo divino. A este grado de amor pertenece lo que se escribe del varón justo y bienaventurado. En el salmo 1, v. 2: «In lege Domini voluntas ejus», que en el hebreo leemos: «Qui legem Domini deperiret»: que perece y muere de amores por la ley de Dios; que tiene en ella todo su tesoro, todo su desseo, todo su pensamiento, toda su meditación y estudio. Del mismo término usó Moisén (*Gé-*

(*a*) Este título con que va encabezado el presente artículo se halla así puesto por el autor, como ya de otros hemos advertido.

(1) OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FRAY JUAN DE LOS ANGELES, tomo I. Corresponde esta materia á los capítulos VI-IX de la Parte primera de la *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*, y al IV de la Parte segunda de la misma obra, páginas 291-8, 324.

(*a*) Debe leerse *Galat.*, II, 20.

(1) «Desfallece mi alma, suspirando por la salud que de ti viene».

nesis, XXXIV) (*a*) para declarar el violento amor de Sichén á Dina, de que aquí usó el Profeta: *Deperire*, que quedó fuera de sí cuando la vió, y assí enfermó del amor della, que de ninguna otra cosa hizo caso, obligándose por ella á circuncidarse, cosas á solo el amor hacederas y possibles; y al fin le costó la vida el amor.

Santo Tomás, en sus *Comentarios*, dice que sola aquella ánima se diría enferma de amor que ninguna cosa criada antepone al de su Esposo, y en nada tiene deleite, ni toma gusto, sino en la meditación de las cosas celestiales y divinas. Y pienso cierto que en esto poquito que de la enfermedad del amor he dicho digo todo lo que todos los expositores deste libro dicen; á lo menos lo más sustancial y de importancia.

La tristeza y enfermedad enflaquecen el alma, y mucho más el gozo y alegría.

De lo que yo aquí me admiro más, es de cuán grande es nuestra imbecilidad y flaqueza, que assí nos daña el gozo como la enfermedad, assí los gustos como los pesares. Y aun pienso cierto que son más los que la desmedida alegría y desenfrenado contento tiene llagados y enfermos que los enfermos de tristeza y de otros males. Lo cual se echa bien de ver en el amor, que como el dessear es passión más que todas las otras ardiente, assí en el gozarse no guarda modo: todo se desata y derrama. Y assí es que los que vehementemente aman, muy de ordinario padecen desmayos y pierden el aliento, ya vencidos del desseo fuerte, ya de la súbita y no esperada alegría; ni para esperar fuertes, ni para el alegría de algún valor; flacos y femeninos para todo. Y aquí se funda la petición de la Esposa, la cual, vencida de la grandeza del gozo que recibió de verse abrazada con su Esposo y metida en su bodega, faltándole las fuerzas y el aliento, caída en las manos de Él, con un desmayo grande pide ser ayudada y socorrida de sus doncellas con aquellos remedios con que se suele acudir á los desmayados y despulsados: FULCITE ME FLORIBUS, STIPATE ME MALIS, QUIA AMORE LANGUEO. Mirad que me desmayo, que me falta el ánimo; no puedo sufrir tanta alegría; allegaos á mí, dadme flores, rociadme con vino, aplicadme buenos olores y revocad mi espíritu, que me deja y se va. Y vuelta al Esposo le dice: «Ponedme, Señor, vuestra mano izquierda á la cabeza, y abrazadme con la derecha, porque me muero de amor».

Lo que hay aquí más de consideración es que todo esto es espíritu y no hay rastro ni imaginación de carne ni sangre. Y aunque es verdad que habla Salomón, á nuestro modo de entender, del amor humano y de sus accidentes, pienso que pinta el divino con tan gran propiedad, cuanto no fuera possible hallarse si no fuera divino el espíritu que le guiara y moviera la lengua y pluma para escribirlo. Sobrepuja, sin duda, en este dibujo y pintura de los amores entre Dios y el alma al de todos los poetas y oradores del mundo que más han imitado á la Naturaleza y dibujado las cosas con mayor propiedad. Ninguna cosa de las que en el amor suceden se le passó por alto, y ninguna dijo que se pudiesse pensar ni decir mejor. Primero pintó lo que es primero en el amor: desseos y suspiros; luego trató de la conversación y coloquios entre los dos, Esposo y Esposa, y de las palabras de caricia y regalo que suceden á los desseos ardientes. Tras desto, de los abrazos y comunicación de los espíritus y corazones, de que nace increíble deleite. Y con ser estas cosas tan dificultosas de suyo para dichas sin ofensa de las castas orejas, assí las describe y pinta, y con tales metáforas las declara, que, si no es alguno muy perdido y dejado de Dios, nadie podrá tomar ocasión para pensamiento carnal ó terreno. Al fin, el amor santo y espiritualíssimo tiene sus llagas, sus enfermedades, su muerte y su vida, según el estado y mudanzas de los amadores.

La enfermedad suele nacer y causarse de parte de los amadores: del amante, digo, cuyo desseo no se cumple, y muchíssimas veces de la vehemencia del amor, el mismo cuerpo es afligido, adelgazado y enfermo. Tulio llamó enfermedad á la tristeza causada del desseo ardentíssimo de gozar la cosa amada, de que no goza por estar ausente. Y dice bien por cierto; porque aunque la esperanza y el desseo, en cuanto son de algún bien, causen deleite, empero la real ausencia deste bien induce y trae aflicción y tristeza desmedida, si procede de amor que pueda llamarse violento; que es lo que dijo el Sabio (*Prov.*, XIII, 12): «*La esperanza*,

(*a*) En el verso 2 de este capítulo se dice, hablando de este hecho: Sichem... *adamavit eam*... et *conglutinata est anima ejus cum ea;* y en el 19*: amabat enim puellam valde.*

—conviene á saber, de algún bien grande amado y desseado—, *que se dilata, aflige el ánima*»: y esta aflicción se llama enfermedad, y en ella puesta el alma, pide ser ayudada con flores y manzanas, vino y otros olores, por los cuales metafóricamente son entendidas las divinas consolaciones y regalos que da Dios á los que esperan en El, para con más facilidad sufrir el presente destierro y la ausencia del Esposo. Y aunque de lo dicho se puede entender cómo el amor espiritual, divino y extático hace enfermar el alma santa, y lo que es esta enfermedad, todavía me pareció detener aquí un poco más la consideración, y haciendo colación ó comparación entre el amor santo y el amor mundano, sacar en limpio lo que tanto importa á las personas que tratan de espíritu, como es saber en qué estado están, y los accidentes que padecen, qué remedio tienen.

El amor mundano causa enfermedad en el cuerpo; y el de Dios fortalece el espíritu.

Al ojo vemos cada día en un hombre tomado fuertemente del amor de la hacienda, ó de la honra, ó de alguna criatura, [que] puede tanto el desseo que de posseer y gozar lo que ama tiene, que viene á enfermar y á perder el color y el gusto de todas las cosas en que le solía tener, y passando adelante, assí afirma su mente, su corazón, memoria y voluntad y entendimiento en lo que ama y dessea, que, totalmente olvidado de sí mismo, de ninguna otra cosa piensa ni se acuerda sino dello. Y no hay reparo para mal tan grande; porque ni el trabajo le detiene, ni los peligros le acobardan, ni el temor de los juicios de Dios le enfrena: no los amigos, no los enemigos, no los sermones, no la muerte ni la vida. Si duerme, sueña de lo que ama; si vela, de sólo esso han de ser sus pláticas; á nadie oye que no le hable en ello, y, al fin, pierde toda la razón y discurso y es hecho ó vuelto como loco, borracho y furibundo; olvídase de todo lo bueno y virtuoso de la vida futura, de manera que si alguno le trata del paraíso ó del infierno, le parece sueño ó fábula.

¡Triste del alma en estado tan miserable y peligroso!; pero ¡dichosa la que, amando al divino Esposo, llega á sentir en sí tales accidentes como éstos, que de todo punto desprecie el mundo y se olvide dél! Como el amor mundano al tomado dél hace que se olvide de Dios, que assí sea fuerte y ardiente, y assí arraigado en el corazón della, que ni pueda ni sepa, voluntaria y espontáneamente ó á sabiendas, pensar alguna cosa fuera de Dios, ni temer el desprecio de los hombres, ni curar de los vituperios ó reprehensiones de los perseguidores, ni rehusar la muerte por amor de su querido; y que todas estas cosas oídas y vistas, traídas á la memoria, las juzgue por sueños y fábulas, y respecto de Dios y de su gloria las tenga en nada; y, brevemente, que al juicio del mundo fuesse tenido por loco y mentecapto. Este es el amor á que deben aspirar los contemplativos, en el cual puesta el alma, con más razón se puede llamar muerta y crucificada que enferma, pues á todas las cosas vanas del mundo está como dormida, y á solos los eternos bienes despierta y vigilante. Al fin, ánima enferma se dirá aquella que, habiéndose ejercitado en la vida activa, y reducido ó sujetado por la humilde penitencia al servicio del espíritu, por lo menos cuanto á la mayor parte, ya que no de todo en todo, le haya desplacido el amor mundano, aunque á mucha costa suya y con aflicción y molestia grande. Digo que se llamará enferma esta alma porque, no teniendo los gustos y consuelos espirituales que dessea, no quiere recebir ni gozar de los que le ofrece el mundo, de donde se le siguen muchos y muy notables trabajos. Sufre fieros insultos de los demonios, que le causan intolerable dolor y pena; y para vencer en estos conflictos, apenas recibe un poquito de consuelo espiritual. De aquí se levanta una más que civil batalla en el alma; de la voluntad carnal contra la espiritual, y del amor mundano contra el divino, que la amargan y hacen de hiel. Pero en el nombre del Señor, ninguna cosa hay tan dura que con la voluntad pronta y buena no se pueda vencer, trabajando y esperando mejoría en lo por venir.

El amor mundano hace guerra al divino, y por él padece el alma muchos trabajos.

Acabada esta lucha ó duelo, comienza el alma á convalecer y sentirse mejor, porque no tan dificultosamente ni con tanta pesadumbre lleva carecer del amor mundano como de antes, aunque no reciba aún grandes consuelos en el divino, para donde va caminando. Hállase aquí como entre dos estados, ni del todo muerta al mundo, ni del todo rendida á Dios; que, á mi parecer, es la santa muerte que llamamos de amor, adonde no sienten los dolores de la saludable enfermedad que se sen-

tían mortificando la vida carnal; ni tampoco ha llegado la resurrección para recebir el consuelo del amor espiritual. Tal muerte como ésta se sigue á la enfermedad cuando el alma se resbala y arroja en los brazos del Esposo, por fuerte y santa meditación, y fijándose por amor ardiente en el amor divino assí totalmente, que de sí y de todas las cosas se olvide, convirtiendo de todo su corazón el rostro y semblante espiritual á las cosas espirituales, y apartándole de las materiales, en cuanto no le sirven para conocer y amar al divino Esposo. De la percepción ó gusto de la dulcedumbre divina, que de la presencia de Dios se causa en el alma, ella se quieta en sí misma, y por el desseo inflamado y extendido totalmente en Dios, á sí y á todas las criaturas muere; de manera que puede decir lo que ya tocamos del Apóstol (*Galat.*, II, 20): «Vivo yo, y no vivo yo; vive en mí Cristo»; porque ya no es su vida la que vive, sino la de su Amado, por virtud de la unión del amor extático, que no deja ser suyos á los que aman, sino de la cosa amada. ¡Dichosa muerte, que no quita la vida, sino que la muda en mejor! ¡muerte adonde no se teme la lujuria, porque no queda vida para ella! ¡muerte adonde no hay poder para el pecado, porque ya se traspassó la costumbre del pecar! Tal muerte de angelical pureza nos hace participantes y de vida más que seráfica. Y ¿no es de ángeles y de serafines no dessear ni sentir los deleites del mundo, ni ser envueltos en las formas ó semejanzas de los cuerpos? Estar en cuerpo y no sentir sus passiones, angélico y seráfico es; efecto propio del amor, que aparta el ánima del amor de las vanidades deste mundo, como del cuerpo la aparta la muerte.

La mortificación del cuerpo y sus passiones vivifican el alma.

Y basta lo dicho de la enfermedad, por que digamos algo de las heridas de la caridad, de que San Agustín, declarando aquellas palabras del salmo 37 (v. 3): *Quoniam sagittæ tuæ infixæ sunt mihi*, dice assí: «Acostumbramos llamar saetas á las palabras de Dios, pero ¿por ventura pudiera este santo penitente dolerse de la manera que se duele siendo herido dellas? Las palabras de Dios, como saetas, despiertan nuestro amor, si duerme; pero ¿el dolor, cómo? ¿Es por ventura porque el mismo amor no puede estar sin dolores? Al fin cualquiera cosa que amamos, si carecemos della, de necessidad nos ha de fatigar y dar molestia; porque aquel solo ama y no se duele que possee y tiene lo que ama; pero amar y no posseer lo que se ama, de fuerza ha de costar gemidos».

Esso es lo que la Esposa dice en los Cantares: VULNERATA CHARITATE EGO SUM: «Herida me tiene la caridad». Luego amaba, y no tenía; y dolíase porque aun no posseía. ¿Dolíase? Luego herida estaba; pero esa herida, obradora era de salud perdurable; y no es possible venir á esta salud el que de esta manera no estuviere herido. Y sobre el salmo 7, vv. 13-14: *Arcum suum tetendit, et paravit illum; in eo paravit vasa mortis, sagittas suas ardentibus effecit*, llama á las palabras de Dios saetas que nos hacen encender en su amor, cuando su majestad las arroja y enclava en nuestros corazones. Aliqui vertunt: «sagittas suas ardentes effecit»: «Hizo sus saetas ardientes»; quasi dicat: sus palabras son de fuego, que abrasan las almas y las encienden en el divino amor. «Nonne cor nostrum ardens erat in nobis?», etc. (*Luc.*, XXIV, 32) (1). «Et ignitum eloquium tuum vehementer?» (*Ps. 118*, 140) (2). Et Hieremías (*Jerem.*, XXIII, 29): «*Nonne* [non] verba mea [sunt] quasi ignis?» (3). ¿De qué otra saeta se siente herida la que da voces y dice: Entradme en la bodega del vino, ponedme entre los ungüentos; esforzadme y apretadme entre las manzanas, que estoy herida en la caridad?

No se alcanza la salud eterna sin heridas del amor divino.

Sanctus Gregorius (lib. VI *Moral.*, cap. XIV, tom. I, sobre aquel lugar (Job, V, 18): *Ipse vulnerat, et medetur*, etc., dice que por admirable modo y traza del Señor recibe el alma con la llaga la vida que en la salud tenia perdida, y anhelando y suspirando, dessea ver aquel de quien sana huía. «Percussione ergo ad salutem reducitur, quæ ad securitatem quietis intimæ amoris sui perturbatione revocatur, et sauciata mens anhelare in Deum incipit, cuncta mundi hujus blandimenta despicere, et ad supernam patriam desiderium tendere». Idem (homil. 15, in *Ezechiel*, XL): «Mala salus est cordis, quæ dolorem hujus vulneris nescit. Cum vero anhelare jam in cœlesti de-

(1) «¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba?»
(2) «Acendrada en extremo es tu palabra», etc.
(3) «¿No es así que mis palabras son como fuego?»

siderio et sentire vulnus amoris cœperit, fit anima salubrior ex vulnere, quæ prius ægrotabat ex salute» (1). Orígenes (lib. VI in *Epist. ad Roman*, cap. VIII, in expositione) dice que las llagas que la caridad hace en el alma quitan el sentimiento que pueden causar las que se padecen en el cuerpo. «Charitas, inquit, ejus, qui nos dilexit, affectus nostros ita in se ejusque amorem rapuit, ut dolores, cruciatus, imminentiaque mala terrena non sentiamus». «Es un estado el del alma enferma ó herida de la caridad, en que se desprecian las cosas presentes y futuras, la muerte, y la vida, y todo lo adverso y próspero que hay en ella», porque para todo está como insensible; y puede decir en la mayor tormenta de males, lo que el Apóstol (*Rom.*, VIII, 37): «Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos» (2), porque, colgados de El por amor, no se sienten los dolores. Sanctus Hieron. (in epist. ad Principiam, in expositione *Ps. 44*) declarando aquel verso: *Sagitæ tuæ acutæ, populi sub te cadent in corda inimicorum Regis*, dice: «A ti principalmente se endereza este versete: que, herida con la saeta del Señor, cantas con la Esposa: VULNERATA CHARITATE EGO SUM».

No se sienten los dolores colgados del amor de Dios.

Y no es maravilla que su Esposa tenga muchas saetas (*Ps. 119*), pues que El se llama y es saeta del Padre: lo cual El confiesa por Isaías (XLIX, 2): «Possuit me quasi sagittam electam, in pharetra sua abscondit me» (3). Tiene el rey poderosíssimos enemigos heridos con las saetas ardientes de los demonios, y despide de su arco saetas abrasadas en sus corazones, para que lo que de vicio hallaren lo apuren y cuezan; y con un fuego saludable echen un fuego enemigo y destruidor. Orígenes, sobre este lugar de los *Cantares*, dice: «Cosa bella, hermosa y honrosa es ser heridos del amor». El otro desdichado recibe la saeta del amor carnal; el otro, la del amor de la tierra; y tú ¿por qué no te ofrecerás á ti mismo y tus miembros desnudos á la saeta escogida, que es Cristo, arrojada del fuerte y amoroso brazo de Dios, que es el que tira á los corazones.

Cristo es saeta del Padre eterno.

Y baste lo dicho; para que digamos algo del buen arrimo que halló esta alma, enferma y herida, en su Esposo, el cual viendo que se le desmayaba y como si dijéssemos iba á caer sin aliento en el suelo, puso su mano izquierda debajo de su cabeza y con la derecha la abrazó, que es lo que dijo el Profeta David del varón justo (*Ps. 36*, 24): «Cum ceciderit, non collidetur: quia Dominus supponit manum suam» (1). ¿Qué mayor regalo se le podía hacer á la Esposa que hacer el Esposo de su mano almohada en que ponga su cabeza y descanse? «No quieras, dice Orígenes, hacer almohadas que te han de costar llantos y amenazas (*Ezech.*, XIII); si buscas descanso, no le busques fuera de Dios; sobre su mano reposa, en la cual meditó el Sabio riquezas y gloria. ET DEXTERA ILLIUS, AMPLEXABITUR ME. Todo te ciña, y abrace la derecha del Esposo; porque la longura de los dias y muchedumbre de los años de vida allí se hallan: «Longitudo dierum in dextera illius, et in sinistra ejus, divitiæ, et gloria» (*Prov.*, III, 16).

(De cómo el ánima enferma en el divino amor, lege Gregorium Papam (in Ezechiel, cap. XIV, et lib. IV *Moral.*, cap. XXX, et lib. III *Dialog.*, cap. XXIV). De cómo enferman los que ardientemente aman, Horatium *(lib. I, ode. 11)*: «Amantem, et languor, et silentium arguit». Plato (in *Phœdro)*, non solum ægrotare, sed et insanire interdum dicit. Et Plotinus (*Ænead.*, II, lib. VI de *Pulchro*, cap. IV) stuporem tribuit amantibus, etc. Et August. (lib. *Soliloq.*, capítulo II). «O vita per quam vivo, et sine qua morior», etc.) (2).

(1) «No es buena salud la que no ha experimentado aún el dolor de esta herida. Entonces estará el alma plenamente sana cuando, en virtud de esta herida del amor divino, empieza á desear los bienes del cielo».

(2) «Pero en medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó».

(3) «Hizo de mí como una saeta bien afilada, y me ha tenido guardado dentro de su aljaba».

(1) «Si cayere, no se lastimará; pues el Señor pone su mano por debajo».

(2) La naturaleza de los efectos que las almas experimentan al llegar á la unión con Dios, los estados místicos de las almas fueron siempre en la Iglesia objeto de estudio, y merecedores de profunda atención por los doctores y maestros de espíritu. Santa Teresa de Jesús, en las *Moradas*; San Juan de la Cruz, en *Cánticos espirituales*, y otros muchos de los siglos medios, junto con los que en nuestros días tratan de estas cuestiones, tales como Saudreau, *La vie d'union á Dieu, Les degrès de la vie spirituelle;* Libermann, *Ecrits spirituels*, etc., pueden consultarse con provecho.

* ARTICULO IV

Pondera más por menudo la suavidad del abrazo divino y los efectos que causa en el alma, y acaba explicando cuáles son los regalos significados por la mano izquierda y por la derecha.

Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.

Si no decimos que éste es el mayor de los regalos que en la vida presente se le hace á la Esposa de Cristo, no podremos negar que es de los mayores; porque entre los que bien se quieren no parece que puede subir más de punto el amor que á éste, en que se halla un alma con la mano izquierda de Dios por cabecera, y abrazada con la derecha.

Propio [es] de las madres que tiernamente aman á sus pequeños hijos, que para callarlos y traerlos al sueño les ponen debajo de la cabeza la mano izquierda, y los abrazan y abrigan con la derecha. Y lo mismo hace el desposado con su desposada, si la ve con algún accidente congojada y sin aliento, que juntamente la sustenta y abraza; como si dijésemos, regalo y remedio. Empero, qué sea á lo divino esta ceremonia tan cariciosa, no es negocio fácil declararlo. A lo menos estará segura el alma de inconvenientes la hora que assí se sintiere favorecida, que la tenga Dios entre sus ambos brazos abrazada, apretada y sustentada; que, á la verdad, este es el abrazo regaladissimo y que induce sueño, como parece por lo que se sigue: que viéndola el Esposo dormida, manda á sus doncellas y las conjura que no la despierten ni la inquieten, que la dejen dormir todo lo que ella quisiere; que le cuesta mucho á un alma llegar á este sueño. ¡Oh buen Dios, y cómo sabes también hacer oficio de enamorado y regalar las almas que en Ti solo buscan su consuelo y la paz de su corazón!

Y nótese aquí que no es este regalo de lecho, sino de pecho; que la postura es de las madres que le dan á sus hijos. Pero, ¿qué sentimiento será el de un alma cuando Dios la abraza y junta á sí tan estrechamente? Si leemos de alguno que, desseosso de verse con su esposa, de que por largo tiempo estuvo ausente, y llegándose aquella hora desseada, viéndole entre sus brazos apretado, murió de contento; y muchos han padecido pasmos y éxtasis ó arrebatamientos en semejantes ocasiones, ¿qué diremos ó qué sentiremos desta alma que dice: LÆVA EJUS, etc.? Yo pienso que es ésta de las cosas que no se pueden declarar con ningunas palabras ni razones; y pienso también que el que más lo prueba lo calla más, y que su experiencia enmudece y quita la habla. Porque tiene el alma tanto que sentir en ello, que se ocupa toda en el sentimiento, sin dejar parte alguna libre para otra cosa.

Da Dios de su dulcedumbre á las almas que le temen, y mucho más á las que le aman.

Y si por algún camino se puede rastrear algo del deleite que en este abrazo se siente, en este desaliento y desmayo de la Esposa se descubre. Porque assí como en el desmayo se recoge la fuerza y vigor del alma á lo secreto del cuerpo, y ni la lengua, ni los ojos, ni los pies, ni las manos hacen sus oficios, assí este deleite ó gozo al punto que se derrama en el alma, con su grandeza increíble, la lleva toda á sí, de manera que no le deja comunicarse á la lengua.

¡Cuán grande es, dice el Profeta Santo, la dulcedumbre que escondiste para los que te temen! (*Ps. 30*, 20). Y si es grande para los que te temen, ¿qué tan grande será para los que te aman? Ni con la fe se abraza, ni con la esperanza se toca, ni con la caridad se comprehende. Traspassa los desseos todos; puede adquirirse, pero no estimarse. A lo menos la razón que nos obliga á creer que sea assí está en la mano, si consideramos lo que es el deleite y cómo se causa en el alma. Deleite es un movimiento ó sentimiento dulce del apetito, que acompaña y como remata todas aquellas obras en que nuestras potencias y fuerzas, conforme á sus naturalezas ó desseos, sin impedimento ni estorbo, se emplean. Y como cuando se conoce algún bien, y no se possee, la ausencia dél causa en el alma una cierta agonía y congoja, y un desseo vivo de posseerle, assí cuando se possee y se abraza causa regalo, contentamiento y gusto; tanto mayor cuanto el bien fuere mayor y mayor el conocimiento que dél se tuviere, y el sentido más vivo para gozarle, y el ayuntamiento más estrecho, y el ñudo más apretado y ciego. Que claro es que tienen menos de deleite cualesquiera animales cuanto tienen los sentidos

para gozarle más botos. Lo cual vemos cada día por experiencia cn nosotros mismos; porque si acaso por alguna enfermedad perdemos el olfato, ó se nos corrompe en parte, con que solíamos recebir gran deleite de los olores buenos, aunque se quemen delante de nosotros, ó no los sentimos, ó es muy poco. De manera que la viveza del sentido es gran parte para el deleite. Y si esto passa assí en los sentidos del cuerpo, en los del alma, que se acompaña con la razón, ¿no será con mayores ventajas? Si tanto recrea los ojos la hermosura exterior; la música bien ordenada, á los oídos; los delicados manjares, el gusto; las cosas blandas, el tacto; ¿cuánto deleitan las virtudes al alma? El gusto de los sentidos es bastardo, limitadíssimo y como sombra obscura y ligera y en la sobrehaz de las cosas; el de las potencias interiores del entendimiento ilustrado, y voluntad defecada y apurada es angélico, es macizo y es vivo, es substancia y es verdad.

El alma unida con Dios goza de un sumo deleite que no se puede explicar.

Y no hay para qué gastar tiempo en probar la diferencia que hay entre los deleites que se perciben por los sentidos del cuerpo ó por los del alma, pues ninguna proporción hay entre ellos. El deleite de que goza el alma, abrazada con Dios y unida á Él por amor, no se puede mejor declarar que con llamarle avenida, como la llamó el Profeta *(Ps. 35*, 9): «Et torrente voluptatis tuæ potabis» (¹). No es deleite venido por fuerza y como regateado y dado con escassez, y que se desvanece como humo y se acaba; sino que viene todo junto y persevera todo junto, y es como un todo indivisible y presente siempre todo á sí mismo, y que por donde quiera que se mire vence á cualquiera otro deleite: porque ni se mezcla con necessidad, ni se agua con tristeza, ni se da por partes, ni se corrompe en un punto, ni nace de bienes pequeños, ni de abrazos tibios ó flojos, ni es tosco ó que se siente á la ligera, sino divino bien, gozo íntimo, deleite abundante y alegría no contaminada, que baña al alma toda y la embriaga y anega de manera que cómo es no puede decirse. Ella lo dice como es possible: LÆVA EJUS SUB CAPITE MEO, ET DEXTERA ILLIUS AMPLEXABITUR ME. Abrazada me tiene mi querido, y apretada con su mano derecha, y con la izquierda me sirve de regalillo ó almohada para mi cabeza.

(¹) «Y les harás beber en el torrente de tus delicias.»

Cuanto á las significaciones místicas que tienen la mano derecha y la mano izquierda del Esposo, son tantas las opiniones cuantos son los doctores que escribieron sobre este lugar. Algunos dicen que la izquierda significa los bienes de la gracia, que se nos dan en la vida presente; y los de gloria, que se nos darán en la futura, la derecha. Otros quieren que sea este un dibujo de la vida activa y contemplativa: aquí se merece, y allá se goza. Otros dicen que las dos manos significan en Dios la justicia y la misericordia: la una nos sustentó por el temor, la otra por el amor nos abraza. LÆVA dicitur *a levando*. Levántanos el Señor con la izquierda, y susténtanos, guíanos y defiéndenos para que no caigamos con la derecha; que se deriva de TRAHO, porque nos trae á sí y nos aprieta y nos junta consigo. Otros dicen que la izquierda significa la vida temporal, y la derecha, la eterna. (Sic Divus Hieronimus *(Prov.*, XXXI), Augustinus et Gregorius).

Otros quieren que las dos manos signifiquen los beneficios que recibe el alma en este mundo y los que en el futuro espera: aquí las riquezas, las dignidades, las honras y buenos sucessos; allá, ó de allá, la fe, la gracia, la gloria y vida perdurable. (Divus Ambrosius *(ser. 14 super Ps. 118)* et Bernardus *(ser. 4 Advent.* et *4 Vigiliæ Nativitatis)*. Allí dice: «Gaudete quoniam jam accepistis dona sinistræ, quæ sunt divitiæ et gloria; et gaudete quoniam expectatis præmia dextræ, quæ sunt veræ virtutes, et æternitas vitæ. Læva quidem levat, et dextera suscipit: læva medetur, et justificat; at dextera amplectitur, et beatificat» (¹). El mismo San Bernardo *(Tractatu de diligendo Deo*, et *ser. 51 in Cant.)*, y

(¹) «Alegráos, puesto que habéis recibido ya los dones de la mano izquierda, que son las riquezas y los honores; y regocijáos mucho más porque esperáis recibir después los premios de la mano derecha, que son la virtud verdadera y la gloria y vida eterna. Cierto: la mano izquierda, los dones aquéllos, levantan y sostienen; los de la derecha regalan y abrazan: primero nos sana Dios y nos justifica; después nos abraza y nos salva.»

Orígenes *(in Matthæum)*, traen otras tres exposiciones ó significaciones muy allegóricas *(a)*. Otros dicen que en la izquierda son significados los consuelos que da Dios á las almas afligidas por El; y en la derecha, su protección y amparo. Yo me atengo á lo que al principio de este notable queda dicho; porque, á la verdad, aquélla juzgué por la más legítima y sincera interpretación. Y aunque no hay palabra que no tenga su significado místico, por ser todas simbólicas, ninguno de juicio sano dejará de conocer que el abrazo de Dios con el alma significa regalo y singular beneficio. Y aunque, por sus autores, las demás interpretaciones son dignas de veneración y respeto, la que apruebo hace más con la letra, y creo que es el sentido más conforme á ella. Si ya no decimos, conforme á los hebreos, que sea optativo éste LÆVA EJUS SUB CAPITE MEO (supple sit) ET DEXTERA ILLIUS AMPLEXABITUR ME; id est, amplexetur me. Si son optativos, significan desseos; y si indicativos, lo que habemos dicho: gozo de presente.

Quidam Neothericus, exponens hunc locum, sic ait [Un autor moderno, exponiendo este lugar, dice así]: «¡Oh, si me fuera lícito ó concedido en este desmayo verme con mi Esposo abrazada!, no fueran necessarias flores, ni ungüentos: luego convaleciera y volviera en mí». Vel dicat per correctionem Sponsa: «Sed non est mihi opus floribus, et pomis, et aliis hujusmodi remediis in hac animi consternatione: satis enim et sufficit mihi, si Sponsum ipsum, cujus amore langueo, præsentem habeam et amplexu illius fruar» ([1]).

(a) Por no multiplicar en demasía las notas hemos dejado tal como se encuentran en la edición antigua algunas palabras que, si bien no están ya en uso, son, sin embargo, comunes en los autores clásicos. En la primera línea de la página precedente, la palabra *botos*, refiriéndose á los sentidos, equivalente á embotados, romos; aquí *allegóricos*, por alegóricos, etc.

([1]) O también pueden equivaler estas exclamaciones ó frases de la Esposa á estas otras: «No necesito yo de flores ni de aromas ó perfumes para salir de esta postración ó decaimiento de alma en que me véis puesta por la fuerza del amor; bástame con la presencia de mi Esposo, y con recibir de su mano los acostumbrados regalos con que él sabe sostener y alentar las ansias de mi amor.»

LECTIO VII

ADJURO VOS, FILIÆ HIERUSALEM, PER CAPREAS CERVOSQUE CAMPORUM, NE SUSCITETIS, NEQUE EVIGILARE FACIATIS DILECTAM, QUOADUSQUE IPSA VELIT *(Cant.*, II, 7) ([1]).

* ARTÍCULO I

Expone el sentido literal que varios autores dan á este texto, é interprétalo espiritualmente de la paz y descanso de la Iglesia y del alma.

Estas palabras atribuyen todos los griegos á la Esposa y no al Esposo; mas los latinos dicen que son del Esposo, y yo assí lo creo; y por esso no quiero gastar tiempo en tratar de lo contrario.

En el hebreo, pro DILECTAM está AMOREM, y en el griego DILECTIONEM. *No despertéis al amor.* Y es un grande encarecimiento este del Esposo, que de tal manera ama á su Esposa, que no la dice querida en concreto, sino la misma dilección, ó el mismo amor en abstracto. Tan aficionado se siente á ella, que la juzga por único y singular regalo, y las delicias de su corazón. Y bien se le parece, pues viéndola dormida le guarda el sueño, y conjura á todas las hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos de los campos, que no la inquieten ni despierten hasta que ella quiera. Y aunque para pensar yo que este sueño es cosa altíssima, no del cuerpo, sino del alma, y que en este dormir hay algo en ella que vela, hallo muchos argumentos, eslo muy grande decir el Esposo que no le despierten á su querida hasta que ella quiera. Adonde muestra que este sueño de tal manera es sueño, que tiene la que duerme la voluntad libre, y que hay algo aquí que duerme, y algo, y lo más principal, que vela. Y aunque siempre he temido llegar á este passo, por su dificultad y por mi insuficiencia, todavía, con el favor del divino Espíritu, pienso detener en él la consi-

([1]) LECCIÓN SÉPTIMA.—Palabras del Esposo: «¡Oh, hijas de Jerusalén, os conjuro por los *ligeros* corzos y ciervos de los campos, que no despertéis ni quitéis el sueño á mi amada, hasta que ella quiera.»

deración, para aficionar las almas á este vigilantíssimo sueño y vigilia dormida, adonde los sentidos todos, el entendimiento y la razón, duermen, y sólo vela el espíritu puro, atentíssimo á Dios, dejadas todas las cosas fuera dél á una parte. Y veamos primero la letra y lo que sobre ella dicen los doctores, que son muchos, y otros tantos y más sus pareceres.

Fray Luis de León, en sus *Comentarios,* dice que al desmayo suele suceder sueño, ordenándolo assí naturaleza, para que con la quietud el cuerpo enflaquecido sea recreado y cobre fuerzas. Y como la Esposa parece haberse desmayado, y el Esposo la recostó dulcemente en el lecho, vuelto á las compañeras della las conjura que anden passo y que guarden silencio entre tanto que reposa un poco y toma aliento. Y la conjuración es por las cabras y ciervos de los campos, porque la Esposa y las demás vírgenes, sus compañeras, se introducen aqui en traje y forma de pastoras, dadas al campo y al ejercicio de la caza, como en aquella tierra de Palestina lo usaban las doncellas:

Virginibus tyris mos est gestare pharetram.

Y como es ordinario, cuando queremos que alguna persona haga lo que le pedimos, conjurarla y obligarla con dessearle buenos y prósperos sucessos en aquellas cosas a que la sentimos aficionada, siendo tan del gusto de las doncellas la caza de las cabras monteses y ciervos de los campos, no halló el Esposo cosa más á propósito para obligarlas á que guardassen el sueño á su Esposa, que con pedírselo por las cabras y ciervos; quasi dicat: «Assí os dé Dios buena dicha en la caza y montería», etc.

Gilberto Genebrardo y casi todos los doctores dicen lo mismo cuanto al juramento pastoril y de cazadoras; y añade, y bien, que en todo este cántico el Esposo y la Esposa están muy agradados de la soledad de los montes, de las selvas y huertos; porque en estos lugares más cómodamente y con mayor sossiego oramos, contemplamos y filosofamos, como elegantíssimamente lo enseña San Cipriano escribiendo á Donato y consta de infinitos lugares de Escritura y Santos.

Los Setenta, PER CAPRÆAS, CERVOSQUE CAMPORUM, sic: «Per exercitus, et robora campi» (1). Algunos entienden los celestiales ejércitos y virtudes. Lyra, los patriarcas; Abbenezra, symbola y fædera connubii; ut *Proverbiorum*, V, 19. «Cerva amorum» pulchritudinis causa (2). Almonacir y otros, buscando misterio en estas palabras, dicen que, en este lugar, sueño significa quietud y serenidad de conciencia, no cualquiera, sino aquella por la cual en los justos callan todas las cosas criadas, y ningún ruido ni alboroto padecen de los sentidos; porque la mente en la contemplación del sumo bien se ocupa, y la voluntad, embriagada de amor, con gran deleite reposa en el seno del Esposo. Al propósito dijo Platón (lib. IV de *Republ.)*, que «como en los dormidos los sentidos vacan y cessan de sus operaciones, assí en aquellos que se dan á la contemplación de la suma hermosura, que es Dios, aquella fuerza del alma que se inclina y está propensa á los deleites sensibles no anda inquieta y perturbada, sino por aquel tiempo duerme y está sujeta á la razón; y aquella que despierta las contiendas y apetece las venganzas está como absorta y ninguna molestia hace á la razón, de donde se sigue un sueño sabroso y agradable sobre manera en el alma». «Quemadmodum, inquit, in dormientibus sensus ab actionibus vacant, ita in illis, qui summi illius pulchri et causæ et contemplationi incumbunt, ea animi vis, quæ in sensibiles voluntates propensa est, non tumultuatur, sed quiescit et rationi obsequitur. Illa pæterea, quæ iras excitat, vindictas expetit, silet et vacat, nullum rationi negotium facessit, indeque sequitur dulcis sopor, et animi somnus gratissimus». Y no dijo más Dionisio Areopagita á Timoteo cuando le mandó dejar (hablando de la teología mística, que está en sólo el afecto) los sentidos y las obras del entendimiento, las cosas que son y las que no son; para que desconocidamente subiesse á la unión de Aquel que es sobre toda sustancia.

Algunos entienden por los ciervos y cabras los doctores y prelados, que se espacian por

---

(1) Los *Setenta*, en vez de cabras y ciervos de los campos, traducen: «Por los ejércitos y por todas las fuerzas de la naturaleza y de los campos».

(2) Otros entienden estas palabras como símbolos y figuras del amor, lo mismo que se dice en los *Proverbios*.

los campos de las divinas Escrituras; que con ligero curso suben á los montes de la predicación y perfección evangélica; que con su doctrina sacan el veneno de los pecados de las almas y matan las infernales serpientes. San Bernardo *(serm. 52 in Cant.)*, por las cabras entiende las ánimas beatas, y por los ciervos, los ángeles de nuestra guarda y tutela. Otros, los varones perfectos y en toda virtud consumados. Y cada uno se espacia como le parece por estos campos. Y al cabo todos vienen á parar en el sentido espiritual ó, por decir mejor, literal de Cristo y la Iglesia, y de la paz y quietud que en ella Él dessea, como cosa de tan grande importancia.

Mas yo confiesso que no acaba de quietarse mi espíritu con lo que hasta ahora he leído; porque se me hace cuesta arriba creer que á las hijas de Jerusalén, que son las compañeras ó doncellas de la Esposa, almas puras y santas, hijas de paz, las conjure el Esposo con pena de muerte, como muchos intérpretes dicen, á la manera que mueren las cabras monteses y ciervos á manos de cazadores. Tampoco me assienta mucho decir que estas cabras y ciervos sean los patriarcas, apóstoles, doctores, hombres consumados en virtudes, ángeles, ánimas separadas de los cuerpos y ya bienaventuradas, las fortalezas del campo, etc. Porque, á mi parecer, esta es conjuración amorosa (como decíamos al principio) y este sueño es misterioso, y el despertar, necessario en la que agora duerme, pero no del albedrío de sus doncellas, sino de la misma Esposa, que essa es cortesía que la hace el Esposo. Duerme, no para dormir, sino para reparar los espíritus cansados y cobrar aliento para las ordinarias vigilias. Al fin, el velar es ordinario, y el dormir, á tiempos, y [en] estos *Cantares* solas dos veces veo á la Esposa dormida, y lo restante despierta y llena de cuidado, ó por el Esposo que se le ausenta, ó porque, presente, la ejercita en trabajos y la prueba. En el *Apocalipsis (Apoc.*, VIII, 1) leemos que fué hecho silencio en el cielo casi media hora; no entera ni media, sino casi media hora, ¡y en el cielo! ¿Qué será en la tierra, que, como dice Job, es milicia perpetua la que sustentamos? *(Job*, VII, 1). Y de que todas estas palabras no sean de toda la Iglesia, que de buenos y malos se constituye, sino de solas las almas ocupadas en la contemplación de las cosas eternas, olvidadas de lo de acá, como Ma[g]dalena de su casa á los pies de Cristo, yo no lo dudo; ni dudo que sean Martas las que aquí se llaman doncellas, que, invidiosas de la quietud de las Marías, formen sus querellas y procuren despertarlas y obligarlas al cuidado de los pobres discípulos de Cristo.

Digo que no puedo creer que por nombre de doncellas se entiendan aquí los herejes y perturbadores de la paz de la Iglesia; ni que este sueño signifique aquella tranquilidad que el Apóstol escribe á su discípulo Timoteo *(I Thim.*, II, 2) que le manda hacer oración por los reyes y gobernadores, y por los demás grados de la Iglesia, «ut, inquit, quietam, et tranquillam vitam agamus in omni pietate, et castitate» (1). Siguen este argumento muchos de los antiguos y modernos expositores; y, como tengo dicho, no parece que el entendimiento assienta, ni el alma se satisface, puesto que sus doctrinas sean católicas y en sí de mucha consideración y edificación. Pero ¿cómo se compadece decir todos que este sueño significa quietud de ánimo y paz en la Iglesia, con lo que el Esposo manda á las doncellas; *scilicet*, que no despierten á su querida hasta que ella quiera? ¿Ha de querer en algún tiempo perder la paz? Por lo cual soy forzado [á] seguir en esta parte á San Bernardo, que, como tan grande contemplativo, en el *sermón 52 super Cant.*, habiendo tratado la corteza de esta letra, como yo lo hice en el principio, dice: «Bonum est nos hic esse, et intueri paulisper naturæ divinæ bonitatem, suavitatem, et dignationem» (2). ¿Cuándo tú, ¡oh hombre!, en los afectos y passiones humanas experimentaste cosa más dulce y de mayor regalo que lo que del corazón del Altíssimo al presente se te descubre? «Non me capio præ lætitia, quod illa majestas tam familiari dulcique consortio nostræ se inclinare infirmitati minime dedignatur, et superna deitas animæ exultantis inire connubia, eique Sponsi ardentissimo amore capti exhibere, af-

(1) «... á fin de que tengamos una vida quieta y tranquila en el ejercicio de toda piedad y honestidad».

(2) «Bueno es detenernos aquí, y mirar con cuidadosa atención y contemplar algún tanto la suavidad, la bondad y la amable condescendencia de la divina naturaleza».

fectum non despicit» (1). «Assí entiendo que passa en el cielo como en la tierra lo leo». «Sentietque pro certo anima quod continet pagina, nisi quod non sufficit ista omnino exprimere, quantum capere illa tunc poterit, sed neque quantum jam potest». Pero ¿qué recibirá allí la que con tanta familiaridad es aqui tratada, que se siente apretada entre los brazos de Dios, regalada en su seno, amparada con su custodia, para que, durmiendo, acaso alguno no le quite el sueño?

Pero sepamos qué sueño es éste, que no puede ser vicioso, pues que el Esposo celestial le aprueba y guarda en su Esposa. No es sueño de cuerpo, que á tiempos suavemente ahoga los sentidos; ni sueño de muerte, que de todo punto acaba con la vida; ni sueño de pecado, en que el alma duerme para la condenación eterna. «Magis autem istius modi vitalis vigilque sopor sensum interiorem illuminat, et, morte propulsata, vitam tribuit sempiternam». «Sueño es que no quita ni ahoga el sentido, antes le revoca; es muerte vital», de que, hablando el Apóstol á los Colosenses, dice (III, 3): «Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo». Proinde, et ego non absurde Sponsæ extasim vocaverim mortem, quæ tamen non vita, sed vitæ eripiat laqueis, ut possit dicere: «Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium» (*Ps. 123*, 7). ¡Utinam hac morte ego frequenter cadam, ut evadam laqueos mortis, ut non sentiam luxuriantis vitæ mortifera blandimenta, ut non obstupescam ad sensum libidinis, ad æstum avaritiæ, ad iracundiæ, et intemperantiæ stimulos, ad angores solicitudinum, et molestias curarum! Moriatur anima mea hac morte justorum, ut nulla illam illaqueet fraus, nulla oblectet iniquitas; bona mors, quæ vitam non aufert, sed mutat in melius; bona, qua non corpus cadit, sed anima sublevatur. Verum hæc hominum est; sed moriatur anima mea, morte etiam (si dici potest) Angelorum, ut præsentium memoria excedens rerum, se inferiorum corporearumque non modo cupiditatibus, sed et solicitudinibus exuat, sitque pura cum illis conversatio, cum quibus est puritatis similitudo (1).

Contemplación es un arte ó sueño que no quita el sentido.

Tal excesso ó éxtasis como éste se puede llamar, ó tan solamente ó principalmente, contemplación. Porque no ser detenido, viviendo, de las codicias y desseos de la vida presente, cosa es que alcanzan los hombres por su virtud; pero no ser envueltos, contemplando ó especulando, en las semejanzas de los cuerpos, de pureza angélica es. Lo uno y lo otro es obra de Dios; pero lo uno es quedarse el hombre junto á sí; lo otro, apartarse lejos de sí. Al fin, porque acortemos algo de lo que sobre el caso dice San Bernardo, sacamos su conclusión: que este sueño de la Esposa es lo mismo que éxtasi ó rapto; y por ser esto lo más sabroso y provechoso para el alma, conjura el Esposo á las doncellas que no la inquieten, ni perturben, ni despierten, hasta que ella quiera. Y déjasele á su voluntad el despertar; porque sabe muy bien el Esposo cuánta sea la caridad de su Esposa para con sus prójimos, y que no se olvidará dellos en sus necessidades; pues sabe que, en

(1) «Me enajeno de gozo al pensar que aquella suprema é infinita majestad tiene á bien unirse á nosotros con tan íntimo y estrecho abrazo, elevando á nuestra alma hasta la íntima y regalada familiaridad de esposa, regalándola con sus más dulces y estrechos abrazos».

(1) «Estáis muertos, y vuestra *nueva* vida está escondida con Cristo en Dios». «Por lo cual—añade nuestro autor— no andaré yo muy errado si á este sueño extático de la Esposa le llamo muerte, no ciertamente que quite la vida, sino que libra de los lazos y de los peligros de ella, como se dice en el Salmo: *Nuestra alma escapó cual el pájaro del lazo de los pecadores*. ¡Ojalá fuera yo—continúa—víctima frecuentemente de esta muerte, para librarme asi de los lazos de la muerte y no sentir en mí ni los halagos de las pasiones, ni el deleite de los sentidos ni el ardor de la avaricia, ni el fuego de la ira, ni las voces placenteras de la gula, ni, en fin, los sobresaltos de los demasiados cuidados! ¡Muera mi alma con esta santa muerte de los justos, y no se vea jamás enredada en esos lazos de perdición ni manchada con ninguno de esos estigmas vergonzosos; muerte santa que no quita la vida, sino que la muda en otra mejor; vida que, sin destruir el cuerpo, levanta y diviniza el alma. Aún aspiro á más que esta muerte; quiero que mi alma, si posible fuera, muriese con la muerte de los Ángeles, es decir, que, dejando á un lado todo lo presente, se despojara por completo de todo lo terreno y temporal y tuviese su conversación pura y santa con aquellos con quienes guarda semejanza en la pureza, en Dios y en las cosas celestiales».

caso de necessidad, ha de dejar lo que le es de gusto á ella por lo que es del provecho dellos. Harto consolado estuvo Moisén gozando de la presencia de Dios en el monte, y luego que supo del pecado del pueblo, se bajó á corregirlos y castigarlos, habiendo primero intercedido y rogado por ellos.

Y es de harta consideración que, siendo este santo tan modesto y humilde, rematando esta doctrina, casi reprehende á sus súbditos porque, sin consideración, por cosas menudas y de poca importancia, le inquietaban y le hacían perder este sueño, agraviando con sus inquietudes á los mismos ángeles y moradores del cielo.

* ARTICULO II

Notable del sueño corporal y espiritual de la Esposa, y cuánto se debe desear este segundo (*a*).

Porque el sueño en cierta manera es privación de la vigilia—como la ceguedad, de la vista, y la quietud, del movimiento—, y la privación se ha de conocer por su hábito, será necessario tratar primero de la vigilia, que se describe ó define en esta forma: «Vigilia est libera diffussio spiritus animalis per organa sensuum exteriorum, et motus peragens in corpore animales actiones sensitivæ et motivæ virtutis»: «Es una libre difusión ó derramamiento del espíritu animal por los órganos de los sentidos exteriores, y un movimiento que en el cuerpo del ánima perficiona y hace las acciones de la virtud sensitiva y motiva». Para inteligencia desta descripción se ha de notar que para la vigilia son dos cosas necessarias: lo primero, que los sentidos exteriores obren y hagan sus oficios; lo segundo, que la virtud motiva esté en su acto. Esta virtud, saliendo de la parte posterior de la cabeza y celebro, por la medula ó tuétano de la espina del espinazo, en los nervios motivos, mueve todo el cuerpo y sus miembros: las manos, para obrar; los pies, para andar; la lengua, para hablar; etc. De la vigilia ó vela destos oficios es causa suficiente el espíritu animal, el cual del sentido común se derrama

Qué cosa es vigilia y sus efectos.

por las vías á cada uno de los sentidos exteriores y les da fuerza de sentir, y el mismo espíritu causa el movimiento en el cuerpo todo. En el sueño, como luego diremos, este espíritu animal es impedido para no derramarse libremente en los órganos de los sentidos y del movimiento, y por esto las operaciones de la vigilia no se ejercitan en cuanto se duerme.

Esto assí presupuesto, podemos definir el sueño como lo define Aristóteles (lib. de *Somno et vigilia).* «Est quies animalium virtutum, cum intensione naturalium» ([1]). Y lo primero que se ha de notar es que la intensión y fortificación de una facultad es remisión ó relajación de la otra. La razón desto es, porque el ánima en su substancia es simple, y las virtudes della, unidas en ella, son muchas; y, por modo indivisible, adonde quiera que se divierte se divierte toda. De donde se sigue que después que una operación del ánima se estira, y extiende, y es intensa; *hoc est*, se ocupa acerca de su objeto, la otra operación del ánima se remite, *id est*, deja de ocuparse, ó á lo menos con aquella intensión, acerca del suyo. Por lo cual en el hombre dado á estudio ó meditación, como las virtudes animales están ocupadas, mucho menos obra la virtud natural de la vegetativa. Y por esso no es sano luego después de comer ó cenar ocuparse en los estudios ó ejercicios espirituales; porque por los tales ejercicios se ocupan mucho las virtudes animales y son impedidas las naturales, y, por consiguiente, se impide la digestión. Síguese que, ocupándose el ánimo en el sueño acerca de las virtudes naturales, forzosamente se ha de remitir acerca de las animales. Y esso es lo que se dice en la definición del sueño: que *es quietud y pausación de las virtudes animales, con intensión de las naturales.* Dícense virtudes animales los cinco sentidos exteriores, la fuerza motiva, la razón y el entendimiento; que cuando el hombre duerme, ni ve, ni oye, ni mueve los miembros, ni discierne por la razón, ni entiende por el entendimiento. Oportet enim quemcumque intelli-

Qué es el sueño y sus efectos.

(*a*) El epigrafe de este artículo es, como de otros hemos advertido, del P. Angeles.

([1]) Respetando la traducción que da el autor de esta definición del sueño, diremos que el sueño «es quietud y pausación de las virtudes animales con intensión de las naturales».

gentem phantasmata speculari (¹). Porque el entendimíento abstrae las especies de los fantasmas, que son las imágenes y similitudines de las cosas que se sienten; sed in somno non fit sensatio, cum in eo sensus quiescunt (²). Virtud natural se dice aquí la virtud vegetativa, la cual en el sueño obra fortíssimamente, como se ve en los pulsos, respiraciones y inspiraciones, que obra la virtud vital.

El corazón, entre todos los demás miembros de los animales es calidíssimo y tiene necessidad de refrigerio; éste recibe de la inspiración y respiración: porque por la inspiración se atrae el aire fresco, que templa el calor del corazón, y por la respiración se expele el aire ya caliente; lo cual se hace por fuerza de la virtud vital, que por la inspiración y respiración, como ya dijimos, templa el calor del corazón. Pero ¿de dónde nace y qué causa se da de la quietud de las virtudes animales en el sueño? De la definición común del sueño se entiende esta dificultad. «Somnus est quædam passio mulcebris, meatus cerebri et vias sensuum oppillans, naturalem virtutem confortans, calorem naturalem ab exterioribus ad interiora revocans»: «El sueño es una passión suave y halagüeña, que opila las vías y los meatos de los sentidos, que conforta la virtud natural y revoca el calor natural de las partes exteriores á las interiores». Dícese *passión suave*, porque el sueño no es pura privación de la vigilia, como la ceguedad de la vista, y de la vida la muerte. Lo primero, porque el ánima no se deleita en la privación, pero sí en el sueño, y recibe grande gusto. Lo segundo, la privación destruye y disminuye lo que es de naturaleza; en la vigilia fatíganse los sentidos, y si por la quietud no se reparan, necessariamente se seguirá corrupción; y assí proveyó naturaleza que después del trabajo de la vigilia se siguiese la quietación del sueño, y por consiguiente la reparación.

La causa natural del sueño es el humo indigesto que de todo el cuerpo sube al celebro; porque obrando el calor natural en el manjar recebido en el estómago, levántanse humos ó vapores dél, y luego se suben á la cabeza, y engrossecen los espíritus animales, y oprimen la virtud animal; y assí llenan los nervios ópticos, y cierran las vías de los sentidos todos. Y cuanto á lo primero, se opila el sentido común, y éste opilado y ligado, las particulares potencias no pueden extenderse á las extremidades de los órganos de los sentidos. Opilanse, lo segundo, en el sueño los nervios motivos que salen de la posterior parte del celebro, que administra á todo el cuerpo del animal virtud de moverse. Y por esto se dice del sueño que es como una imagen de muerte. Que como el muerto pierde la vista, oído y olfato, gusto, tacto y movimientos, assí el dormido, en su manera, queda insensible é inmóvil como lo queda el muerto. La causa eficiente del sueño se toca en la definición cuando se dice: «Calorem naturalem ab exterioribus ad interiora revocans». Porque de la manera que las naturales vigilias intrínsecamente refrescan ó refrigeran el cuerpo, porque el calor sale y se comunica á las partes exteriores, assi, por el contrario, en el sueño las interioridades ó entrañas del cuerpo se calientan, y lo exterior se resfría; porque, obrándolo assí naturaleza, la sangre, que es la fuente del calor, es llevada al estómago, y el calor obra en el manjar recebido en el estómago, resuelve y saca de él humo, que subiéndose al cerebro opila los nervios que llevan el espíritu y virtud animal, que causan el movimiento y atapan las vías á todos los sentidos y virtud motiva, y assí el animal reposa y cessa en el sueño del movimiento y sentido. Lo que los médicos dicen del sueño es que es muy natural en los animales que tienen salud. Y de ahí vinieron á decir los apóstoles, cuando les dice Cristo que Lázaro duerme (*Joann.*, XI, 12): «Si dormit, salvus erit [Si duerme, sanará]» *(a)*.

El sueño del alma es un éxtasis ó excesso mental.

Y basta lo dicho del sueño corporal, para entenderse el espiritual de la Esposa, precissamente necessario; porque si creemos á San Bernardo, como es razón, propiamente hablando, éste es un éxtasis ó ex-

(¹) Para sus operaciones necesita el entendimiento de las imágenes ó especies inteligibles.

(²) Mientras dura el sueño no hay operación de los sentidos, porque éstos entonces están en reposo é inactivos.

(a) Algunos reparos pueden hacerse á esta explicación que del sueño y sus causas nos da el P. Ángeles. No son, sin embargo, de tanta monta que exijan una expresa satisfacción, como fácilmente puede reconocerlo el discreto lector.

cesso mental, que todos los contemplativos dijeron ser especie del rapto que se hace en la mente del contemplativo, mediante el amor. ([1]) Quod fit per affectionem scintillæ menti cognitam vel appropriatam, quæ affectio amor extaticus nominatur, qui consistit in experimentali perceptione intimæ suavitatis, proveniens ex conjuntione animæ secundum portionem virginalem *(sic)* (quæ apex mentis, scintilla, sive synderesis dicitur) cum supremo suo objecto, seu fine ultimo, qui Deus est. Deus namque summe bonus et suavis est, et omnia, quæ ab ipso fluunt, bona et sapida sunt *(Luc.*, XXIV, 43). Ideo cum intelligentia, intellectus, seu ratio cæperit in cognitione veri dilatari *(Salmo 118*, 32), statim et gustus animæ, hoc est, interior affectus incipit quodam spirituali sapore in cognitione delectari; et sic, quod in solo intellectuali fuit scientia, accedente affectus sapore, dicitur sapientia, id est, sapida scientia: scientia ex cognitione veri, sapientia ex adjuncto amore boni. Hæc autem experimentalis suavitatis intima perceptio, seu amoris extatici fervidum desiderium, fit in raptu mentali, dum tota anima secundum omnes vires suas supremas intense actuatur, et elevatur in Deum, ut unus spiritus fiat cum eo, dum nil meminerit, nilque intelligat nisi Deum, et secundum voluntatem naturalem, seu scintillam per affectionem amoris extatici degustat quam suavis est Dominus. Et illa voluntas naturalis, synderesis, seu scintilla est cognita et appropriata menti, id est, intelligentiæ, quæ apex mentis dicitur inter vires cognitivas: nam cuilibet potentiæ correspondet proportionalis virtus affectiva. Appetitus animalis correspondet virtuti cognoscitivæ sensuali. Appetitus rationalis correspondet rationi; sic synderesis, seu scintilla, quæ apex est inter potentias affectivas, proportionatur intelligentiæ simplici, quæ pro eodem hic sumitur cum scientia naturali; nam synderesis est scintilla et igniculus conscientiæ simplicis. Nam conscientia quantum de se est, non potest stimulare et pungere ad bonum, nisi mediante synderesi, sive scintilla.

Algunos doctores, declarando aquel mandamiento sacrosanto en que Dios pide ser amado de todo corazón, de toda el ánima, espíritu y mente, dividen el ánima en tres partes: en inferior, media y superior. La inferior, porque sirve á las fuerzas inferiores y, dando vida al cuerpo, se ajunta á él por aquella parte, se llama ánima. La media se llama espíritu, que consta de las tres potencias superiores, mediantes las cuales el ánima en la contemplación se junta á Dios y hace un espiritu con El. La parte superior, en la cual las demás fuerzas y partes se juntan en su nacimiento, y de la cual salen y proceden como los rayos del sol, que saliendo dél vuelven á él, se llama mente y centro del ánima, que en sí tiene impressa y esculpida la

El ánima se divide en tres partes: inferior, media y superior.

([1]) Tiene lugar este estado del alma cuando el conocimiento es en ella tan perfecto, que engendra el amor llamado estático, el cual consiste en que por experiencia llega el alma á percibir y gustar en sí misma la suavidad y dulzura infinita, dimanada de la unión que ella, en su porción más noble y más elevada, llega á tener, aunque transitoriamente, con Dios, que es su último y supremo fin. Dios, en efecto, es sumamente bueno y deja sentir en el alma la suavidad y dulzura infinita que de Él sin cesar dimana. Por esto cuando nuestra inteligencia,—llámese con este nombre ó de otro modo—, empieza á ensancharse y á crecer en el conocimiento de Dios, al punto comienza á gustar interiormente una suavidad y dulzura del todo espiritual é íntima, y si aquel conocimiento, puramente especulativo en un principio, científico si así quiere llamarse, se transforma en otro más sabroso y deleitable para el alma, sabiduría, que á ello equivale esta palabra usual: un conocimiento revestido y como acompañado de un amor intenso y sabroso de la verdad. Este conocimiento experimental é intimo, lleno de suavidad y de dulzura incomparables, adquiérelo el alma en ese estado de arrobamiento mental, cuando toda ella está como reconcentrada en Dios, elevada en Él hasta hacerse con Él una misma cosa, borradas las especies y el recuerdo de todos los demás objetos, sin ver ni percibir con el entendimiento más que á solo Dios, y gustando, toda arrobada y absorta por el afecto del amor estático, cuán dulce y cuán suave es el Señor. No es este afecto ni este amor desproporcionado, sino muy conforme al conocimiento natural de nuestra mente, toda vez que según es el conocimiento así es el apetito ó la inclinación que hacia el objeto conocido se siente. Al que se adquiere por medio de los sentidos, corresponde el amor ó apetito sensible; al conocimiento racional ó intelectivo, el amor racional ó puramente espiritual, nacido de la parte más noble de nuestra alma, sin las groserías y limitaciones de los sentidos, sino más bien desprendido á modo de rayo de luz purísima de lo más recóndito de nuestra conciencia.

imagen de la Santíssima Trinidad; y es de tanta prestancia, que no se le halla nombre propio con que poder declarar lo que es. Y assí unas veces se llama porción superior; otras, *apex;* otras, centro; otras, lo sumo ó supremo del ánima ([1]). Attamen hæc mens, ut feliciter instauretur et innovetur, necesse est, ut ipsæ animæ vires, quæ spiritus nomine recensentur, ad interiorem mentis sinum reflectantur et reducantur, mensque ipsa ad interiorem habitatorem suum Deum, scilicet, suaviter, jocundeque cubantem reducatur recta consideratione, sincera, puraque benevolentia, et cœlesti divinaque contemplatione. Ad hoc vero perficiendum, exteriores vires vinciendæ sunt, in carceremque interiorum virium inducendæ. Vires inferiores quoque in superiorum virium cubiculum introducantur, superioresque ipsæ in ipsam virium conjunctionem, vel in ipsum mentis apicem reflectantur, ut sic, ad suam originem revertens anima, et in ipsum non creatum se reflectens, fæliciter renovetur, Pauli sententia dicentis *(Ephes.*, IV, 23): «Renovamini spiritu mentis vestræ». Tunc enim homo vere renovatur, cum anima, spiritus, mensque, cœlesti conjunctione et contemplatione Deus efficitur, ea ratione, modoque qua Paulus ajebat *(I Corint.*, VI, 17): «Qui adhæret Deo, unus spiritus fit cum eo».

([1]) Ocioso parece advertir en qué sentido dice aquí el autor que el alma consta ó se divide en tres partes; habla, como todos los doctores católicos, llamando partes del alma á las diversas operaciones que ella ejerce, las que por otro nombre se dicen también vida vegetativa, animal ó sensible y racional ó intelectiva. Dice, pues, acerca de éstas que: «para la perfección y renovación sobrenatural del hombre, es preciso que el alma, digámoslo así, vegetativa, ó las fuerzas y las tendencias que puramente afectan á la vida vegetativa, han de estar subordinadas y sujetas á la vida racional, y ésta á Dios, que es el huésped regalado de nuestro espíritu, en el que descansa con placidez y regalo suavísimo, y que á Él se entregue por entero y sin reservas. Para lo cual huelga decir que las potencias y los apetitos inferiores, los puramente sensibles, deben forzosamente sujetarse y rendirse al imperio de la razón y del espíritu, y éstos á Dios, de modo que se cumpla la sentencia del Apóstol, que dice: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente é interior de vuestra alma.* Renovación que tiene lugar cuando el alma, toda cuanta es en sus energías, fuerzas y facultades, por la contemplación y unión con Dios llega, en cierto modo, como á divinizarse, á la manera que San Pablo decía: *Quien está unido con el Señor, es con Él un mismo espíritu.*»

Para lo cual se requieren cuatro cosas: soledad, quietud, silencio y elevación, que es lo que dijo Jeremías *(Tren.*, III, 28): Sedebit solitarius, et tacebit; *et* levabit *se* super se» ([1]); que, por haberlo tratado de propósito en el libro de los *Diálogos (a)*, lo passaré en silencio, aunque desta parte, como más principal, diré alguna cosa. Triplici igitur silentio indiget, qui Deum mente diligere vult. Primum est a vagarum cogitationum, variorunque phantasmatum mentem pervententium strepitu. *Utinam,* decía Job *(Job*, III, 13) *vel* dormiens silerem». Y San Agustín, hablando con Dios en la oración, decía. «Libera me, Deus meus, a multiloquio, quod patior intus in anima mea: non enim cogitationibus taceo, et si vocibus taceam». Aliud silentium est ab omnium exteriorum virium agentium exercitatione; cum mens in spiritus otium erecta, cum Propheta ait *(Ps. 84*, 9): «Audiam quid loquatur in me Dominus». Tertium silentium in suavi divinæ dulcedinis gustu consistit; cum Pater videlicet, verbum in mente loquitur, quam vocem mens diligentissime audit, tantaque suavitate perfunditur, ut obmutenscens loqui nesciat, nec possit, sed tota æterno Verbo stupens in summo silentio læta perseverat» ([2])

(a) OBRAS MÍSTICAS DEL M. R. P. FR. JUAN DE LOS ÁNGELES, *segunda parte de la Conquista ó Manual de Vida perfecta*, tomo I, diálogo IV, páginas 207-23.

([1]) «Se estará quieto y callado; porque ha tomado sobre sí el yugo».

([2]) Tres géneros de silencio ha de guardar quien de veras quisiere amar á Dios nuestro Señor con perfección. El primero ha de consistir en preservar á éste de la multitud sin cuento de los pensamientos vanos é inútiles, de las vagueaciones y sueños de la imaginación que le conturban y desasosiegan, como lo pedía á Dios San Agustín por estas palabras: »Líbrame, Dios y Señor mío, del bullicio y tumulto que interiormente me atormenta; pues aunque guardan mis labios silencio, no así mi pensamiento». Otro género de silencio es aquel que consiste en guardarse de la extremada laboriosidad ú ocupación en las cosas exteriores, cuando el alma, libre y desembarazada de estas cosas, se recoge en el santo silencio de la contemplación, y dice á Dios, con el Profeta: «*Haz que* escuche yo aquello que me ha-

¡Dichosa el ánima que mereció esta soledad y supo guardar estas tres maneras de silencio, que luego con el acto de la interior contemplación es elevada! *Et elevabit se super se.* Esta elevación describe Salomón en este epitalamio divino, diciendo con admiración del ánima contemplativa *(Cant.*, III, 6): «Quæ est ista quæ ascendit *de deserto* sicut virgula fumi, ex aromatibus myrræ, et thuris, et universi pulveris pigmentarii?» (1) Es el anima contemplativa una varita de humo, de su naturaleza blanda y ternissima, que por el ocio de la contemplación se desampara á sí misma y es arrebatada en Dios. Para confección de la vara se hallan varias especies aromáticas; esto es, diversos ejercicios de virtudes, encendidos con el fuego de la caridad: mirra de mortificación y encienso de perfecta oración, y todos los polvos olorosos de pensamientos virtuosos y santos.

Vencidos los vicios y mortificadas las pasiones, viene Dios con sosiego al alma.

Cuando apareció Dios á Elías en el desierto, estando á la puerta de su cueva *(III Reg.*, XIX, 12) dice el sagrado texto que primero vino una conmoción y terremoto grande, y luego un fuego terrible, y en el tercero lugar una marea y airecito delgado, y Dios en él. No vino en el terremoto, ni en el fuego, sino en la marea y airecito delgado y fresco. Cuando en el alma se acaban los alborotos y terremotos de los apetitos y cuidados del siglo, y el fuego de la concupiscencia y codicia de las cosas terrenales, y se siente esta marea ó este silencio, luego se conoce Dios en ella, obrando esta subida que dice Salomón. Y por ventura es esto lo que se escribe en el libro de la *Sabiduría (Sapientiæ*, XVIII, 14-5): «*Dum medium* silentium *tenerent* omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus, Domine, a regalibus sedibus *venit*». Cuando todas las cosas guardaban el silencio medio, *id est*, quando in anima silent omnia, et ipsa silet ab omni exteriorum sensuum aut virium agentium exercitatione (que de los tres silencios arriba dichos es el medio), tunc omnipotens sermo, id est, divinum Verbum menti loquitur; etc., sicut diximus supra (1).

Deste silencio se hace mención en el capítulo IV de Job por estas palabras de Elifaz: «Porro ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtive suscepit auris mea venas susurri ejus. In horrore visionis nocturnæ, quando solet sopor occupare homines, pavor tenuit me, et tremor, et ossa mea perterrita sunt: et cum spiritus, me presente, transiret, inhorruerunt pili carnis meæ. Stetit quidam, cujus non agnoscebam vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi auræ lenis audivi» (2). Hasta aquí son palabras de Elifaz *(Job*, IV, 12-6); y por cierto muy oscuras. Muchos han dudado si de verdad sea revelación hecha á este amigo de Job, ó fingimiento del mismo, ó embeleco de Satanás. Santo Tomás lo deja en duda; Lira lo condena; San Gregorio, Filipo, presbítero, discípulo de San Jerónimo; el Burgense y el Cartujano lo aprueban como verdadero; que no es incon-

---

blará el Señor Dios». El tercero, en fin, es aquel que en el alma se produce cuando Dios la habla, dándola á gustar la divina suavidad, con lo que llénase aquélla de tanta deleitación interior, que no le quedan palabras con que comunicarse con las criaturas, sino que, sumida en profundísimo recogimiento, vive abrazada con Dios.

(1) «¿Quién es ésta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso, y de toda especie de aromas?»

(1) «Cuando un tranquilo silencio ocupaba todas las cosas, y la noche, siguiendo su curso, se hallaba en la mitad del camino, tu omnipotente palabra, *oh Señor,* desde el cielo, desde tu real solio... *vino á la tierra*», que es lo que más arriba, hablando de los tres géneros de silencio que el alma contemplativa debe guardar, ha dicho el autor.—De estas palabras, tal como aquí las pone el P. Ángeles, se sirve la Iglesia, aplicándolas al misterio del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, el cual por antigua tradición se cree que nació de la Virgen María á la media noche. Así Tertuliano, *Contra Marcionem*, lib. V, c. IX; San Agustín, *in Ps. 10, v. 9.*

(2) «Díjoseme *en cierta ocasión* una palabra recóndita, y mi oído, así como á hurtadillas, percibió algo de aquel blando zumbido. En el horror de una visión nocturna, cuando suele el sueño rendir los hombres *y ocasionarles una confusa multitud de ideas*, quedé sobrecogido de pavor, y todo temblando, y estremeciéronse todos mis huesos; y pasando por delante de mí un espíritu, se me erizaron los cabellos. Aparecióseme uno cuyo semblante no pude conocer; un espectro delante de mis ojos, y percibí una voz *delicada* como de un airecillo suave», etc.

veniente revelar Dios sus secretos al que no es santo ni ha de usar bien de su revelación.

Pesemos sus palabras, que para nuestro propósito ningunas se pueden hallar más propias ni más misteriosas. *Porro ad me dictum est verbum absconditum:* «A mí me habló Dios secretamente»; palabra escondida, encubierta, obscura, y como profética, *vel* como á hurtadillas; porque la palabra original *significat rem furto sublatam*, pasito y como en silencio. *Et quasi furtive suscepit auris mea, venas susurri ejus.* Lo que quiere decir en este circunloquio es que la voz que oyó era tan delicada, que apenas se podía percibir. Y dice bien; porque cuando Dios habla en alta contemplación á un alma, no es con voz alta ni ruido de palabras, sino con tanta sutileza y delicadez, tan passo y tan á la sorda, que sólo el contemplativo lo percibe y entiende; *vel, quasi furtive;* porque la visión passó de presto y percibió mi oreja poco de ella. Sic ex Hebræo: «Parum de eo». Sanctus Gregorius (lib. V *Moral.*, cap. XX) dice: «Venas susurri superni auris cordis furtive suscipit, quia subtilitatem loquutionis intimæ afflata mens, et raptim, et furtive cognoscit. Venæ susurri dicuntur causarum origenes, quibus hæc ipsa spiratio ad menten ducitur: nam aliquando amore, aliquando nos terrore compungit. Susurrum est oculta loquutio, quæ vocem non exprimit, sed imitatur». «No es voz formada, sino, como si dijéssemos, á la manera del ruido que causan las aguas que corren mansamente, que para oirle es menester inclinar el oído» como las de Siloe que dijo Isaías (VIII, 6): «Quæ *decurrunt* cum silentio». Y si con tanto silencio y tan delicadamente habla Dios, necessario será que en el ánima que ha de oir su voz haya silencio de todas las cosas. Síguese: *In horrore visionis nocturnæ.* Trata de las circunstancias que suelen acompañar á las revelaciones ó visiones divinas. Lo primero es horror, miedo y espanto; esso trae la noche, y los aparecimientos en ella, y con esso despierta el contemplativo y está atento y mira bien lo que se le dice. De manera que es preámbulo para la revelación el horror. *Quando solet sopor occupare homines.* Los hebreos: «Quando solet sopor cadere super homines». Al caer del primer sueño, es lenguaje español: «Cáigome á pedazos de sueño». Y es proprissimo término para declarar el sueño de la contemplación, que no por fuerza ni llamado viene, sino como cuando el ojo se cierra para dormir, que lo hace, no con violencia, sino con suavidad; cáese un párpado sobre otro, y péganse sabrosamente. Lo cual dijo con grande elegancia un poeta castellano en pocos versos:

A las revelaciones acompañan antes espantos y temores.

Digo que, puesta el alma en su sossiego,
espere á Dios, cual ojo, que cayendo,
se va sabrosamente al sueño ciego;
que al que trabaja por quedar durmiendo,
essa misma inquietud destrama el hilo
del sueño que se da, no le pidiendo.
Ella verá con desusado estilo
toda regarse y regalarse junto
de un salido de Dios, sagrado Nilo.
Recogida su luz toda en un punto,
aquella mirará de quien es ella
indignamente imagen y trasunto.
Y cual de amor la matutina estrella,
dentro el abismo del eterno día,
se cubrirá luciente toda, y bella, etc.

Pavor tenuit me. Assí le sucedió á Isaías (II, *sic);* assí á Daniel (X, 8); assí á San Juan *(Apoc.*, I, 17); sic á Job (VII, XIX, XXXIII): Et cum spiritus, me presente, transiret. Santo Tomás, Filipo, Beda y Cayetano dicen que fué ángel este que se le apareció á Elifaz. Eugubino, Titelman y otros griegos dicen que fué viento; y parece tener de su parte la traslación de los Setenta: «Spiritus in faciem meam incurrit». Y assí aquella palabra «me presente» en la fuente está, super faciem meam. Debió de venir sobre el rostro de Elifaz algún viento algo recio y frío, como prenuncio de la visión; de donde se le siguió temor y se le erizaron los cabellos de la cabeza. «Nam præ ingenti timore, et frigiditate partium externarum stringuntur et præmuntur pilorum radices, et eriguntur».

Aquel verso del salmo *118: Confige timore tuo carnes meas* [traspasa con tu *santo* temor mis carnes] trasladó del hebreo San Jerónimo: «Horripilavit a timore tuo caro mea». Eleganter autem Septuaginta dixerunt: «Confige: quod tunc videatur caro acculcata, et velut in fixis clavis horrida», ut videre est *Hieremiæ* (LI, 27) *(a)*: «Adducet equum quasi bru-

(a) Así encontramos estas palabras de Jeremías que en la *Vulgata* se hallan con estas variantes: «Adducite equum quasi bruchum aculcatum»: «po-

chum acculcatum», quod proprie dicitur: «Horripilatum, id est, crinibus erectis ferocem». *Stetit quidam cujus non agnoscebam vultum.* Como si dijéramos: una sombra ó una forma obscura, de la cual no pudo hacer juicio cierto, esta le habló; y la voz fué *quasi auræ lenis* [como de viento suave y blando] como lo que dijimos de Elías *(IV Reg.*, XIX, 9). En el hebreo leemos: «Et silentium et vocem audivi». [oí el silencio y la voz] Et Symachus: «Silentium vocis audiebam». [oía la voz del silencio.] Y, al fin, precedió á esta habla divina horror y erizamiento de los cabellos; y siguióse tranquilidad y paz en el alma, que es señal de que la revelación y habla es cierta y del cielo. Lo cual prueba Santo Tomás (3 p., q. 30, art. 3) y muchos otros Padres y varones de santidad y letras. Y esto baste para que se entienda el grande favor que hace Dios al alma que la llega á este sueño dulce en que se halla aquí la Esposa, que, propiamente hablando, es el tercero silencio, de que habemos dicho, que por su piedad y clemencia nos conceda el celestial Esposo; porque es lo más alto, lo más sabroso y provechoso de la contemplación.

El santo fray Gil ([1]) gozaba de tanta quietud en su alma, y había tanto silencio en ella, que muchas veces de sólo oir por la calle *¡Gloria!* se arrebataba. Y muy cercano á la muerte dijo que le había hecho Dios más merced en haberle dado la vida contemplativa, que si le hiciera mártir en el tiempo que él lo desseaba y se disponía para ello, significando los grandes frutos que en su alma había cogido de la contemplación. Tanto agrada á Dios este sueño, que conjura á las hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos de los campos, que por ningún caso despierten al ánima que de esta manera durmiere. Adonde dice Orígenes: «Conjurationem tuam audivi, Domine, quam, ni fallor, Sponsæ tuæ actus et status causabat, status optimus. Actus præcellentissimus, tibi incumbens sine medio, te videns sine nubilo, in te quiescens sine tædio, de te hilarescens sine modo, a te permanentiam accipiens sine termino» ([1]).

* ARTICULO III

Acaba la materia del sueño místico; trata de los grados de la contemplación.

San Buenaventura *(a)* dice *(De 7 itin.*, itin. 3, art. 5, fol. 167) que el sumo beneficio y merced que Dios puede hacer á un alma es darle la vida contemplativa, y hace capítulo especial de los provechos que hay en ella, que en suma son éstos: El primero, que por este camino de la contemplación siempre va el alma acompañada de Dios, esposo suyo dulcíssimo. Marta se turba y hace algunas ausencias; pero María, assentada á los pies de Cristo, oye sus palabras. Y, por sentencia del mismo, es antepuesta á la vida activa la contemplativa. El segundo es que con familiar amistad es unida á su Criador, para no apartarse ni en esta vida ni en la otra; porque la contemplativa aquí se comienza y allá se perficiona. Lo cual prueba San Agustín *(tract. 124 in Joann.)* poniendo las dos vidas en San Pedro y San Juan. Y San Buenaventura dice en su alabanza lo que yo no sabré pesar con ningunas palabras: sólo diré las suyas, para que las pese el cristiano y discreto lector: «Habet, inquit, hæc vita sibi anexas perfectissimas, et supremas, et ultimas delectationes, consequentes virtutes, dona, beatitudines, et fructus, magnificativas, et contentivas, et unitivas

Los provechos y frutos que hay en la vida contemplativa son siete.

---

ned en campaña caballos como un ejército de langostas armadas de aguijones»; palabras con que el Profeta, en nombre de Dios, anuncia la ruina de Babilonia en castigo de sus crímenes y de sus vergonzosos pecados.

([1]) Véase lo que dejamos dicho en la nota ([1]) puesta en la columna 2.ª de la página 284. Los dichos y hechos de este santo varón, uno de los primeros compañeros del seráfico Padre San Francisco, están recogidos y relatados con una admirable sencillez en las obras allí citadas.

(a) Véase lo que se dijo en la nota *(b)*, columna 1.ª de la pág 300, acerca del autor de este libro.

([1]) «He oído, oh Señor, tu conjuro, que, á no dudarlo, obedece al estado eminente, estado sublime, en que se halla el alma á quien tú amas y regalas. Excelentísima, en verdad, y por todo extremo envidiable, la perfección á que ha llegado, unida á ti íntimamente, viéndote y contemplándote sin nubes, descansando en ti sin tedio ni hastío, regocijándose sin límite ni medida en tu amor, y permaneciendo unida á ti para siempre.»

spiritus creati rationalis et Dei increati, tanto fælicius quanto inmediatius» (1). El tercero fruto es que, después del trabajo de la vida activa, el alma se quieta y duerme un sueño vigilantíssimo, como se vió en Jacob, que después de la lucha y del sueño de la contemplación tuvo maravillosas visiones. El cuarto es hermosura en el rostro y clarificación en los ojos; como se vió en Moysén, cuyo rostro, del trato y comunicación con Dios, quedó claro y resplandeciente, y tanto, que los hijos de Israel no podían acatar en él si no se ponía delante un velo *(Génes.*, XXXIV, 30 sigs.).

De la clarificación de la vista interior dice Gregorio, que de sólo un rayo que en la oración recibió de la luz interior el bienaventurado San Benito, juzgó deste mundo, tan grande como es, como si fuera una pequeña bola· Y Hugo (super *Septem Angel. Hierarch*, libro VII), dice: «Contemplatio est deifica similitudo, quia dum per ea illuminat, lucentes fiunt; quodammodo ipsius luminis lucentis similitudinem accipiunt» (2). El quinto es, que el ánima muchas veces dulcemente y de muchas maneras es recreada; como lo afirma San Gregorio (lib. V *Moral.*, cap. VI, sobre Ezequiel, hom. 15, post medium). Y Orígenes (sobre aquellas palabras deste capítulo, adonde el ánima contemplativa se gloría de haber recebido de su Esposo refección, diciendo: *Fructus ejus dulcis gutturi meo)*, «da mihi Domine, dice, fructum dulcem, fructum vitæ animæ meæ. Altus es, atolle desiderium; benedictus es, sanctifica obsequium; imputribilis es, purifica affectum; suavis es, lætifica animam» (3). Y en todo este epitalamio no hay cosa más frecuentada que gustos y sabores celestiales de mil maneras, con que el ánima que va por este camino de la contemplación es recreada y regalada. El sexto fruto es el consuelo y alivio de la habla divina, que, aunque el trabajo sea grande, luego que el Esposo habla queda el alma aliviada y recreada, como galanamente lo notó San Gregorio sobre aquel coloquio de Cristo con los discípulos que iban á Emaús, que, ido de con ellos, dijeron *(Luc.*, XXIV, 32): *Nonne cor nostrum ardem erat in nobis*, etc. [¿No es verdad que sentíamos abrasarse nnestro corazón, etcétera.] «Exaudito, inquit Gregorius (Greg., *hom. 30 in Evang.)*, sermone inardescit animus, corporis frigus recedit, fit mens in superno desiderio anxia, audire libet præcepta cœlestia, et quot mandatis instruitur, quasi tot facibus inflammatur» (1). Y en el libro II de los *Morales* dice: «Cum itinere comes jungitur, via quidem non subtrahitur, sed de societatis comitis labor itineris levatur» (2). Vide Bernardus (in *Cant.*, ser. 31).

El séptimo fruto es que el ánima en este camino es elevada sobre todas las cosas inferiores. «In cœlestibus floribus spiritualiter commoratur, et in Sancta Trinitate ineffabiliter jocundatur» (3). Hugo (lib. III de *Claustro animæ*, capítulo I) dice: «Contemplatio claustrum animæ dicitur, in cujus sinu, dum se recipit animus, sola cœlestia meditatur, a terrenis separatur, a turba carnalium cogitationum longe ponitur, dulces carnis refugit affectus, vagos sensuum astringit motus, in Domino delectatur, Angelica dulcedine fruitur, legit in libro vitæ, pro silentio pacem tenet, in choro virtutum servat concordiam morum, summi Patris potentiam considerat, sapien-

(1) «Lleva, dice, esta vida consigo los más perfectos, los más sublimes, los más encumbrados regalos y deleites celestiales, con todos los dones, virtudes, frutos y bienes divinos que pueden caber en el ser creado, de un modo cuanto más directo é inmediato tanto más dichoso y feliz.»

(2) «La contemplación nos da una cierta semejanza divina, pues el alma contemplativa de tal modo es iluminada por la luz celestial, que ella también se convierte en foco que ilumina á los demás; hácese, en alguna manera, de la condición de Dios.»

(3) «Dame, oh Señor, ese fruto dulce y sabroso, da á mi alma ese fruto de vida. Pues tan alto estás, levántame hasta ti; puesto que eres infinitamente santo, santifícame á mi; tú que eres purísimo purifica mi afecto, y alegra y consuela mi alma ya que eres Dios de suavidad y dulzuras infinitas.»

(1) «En cuanto se perciben sus palabras, dice San Gregorio, enciéndese el alma, destiérrase el frío corporal, se aumentan las ansias y deseos de los bienes celestiales, de tal manera que gusta oir hablar de las cosas divinas, y cada uno de los divinos coloquios viene á ser como una nueva hoguera en que más y más se enciende el alma.»

(2) «Juntándose Dios al alma en el camino de esta vida, no desaparecen, es cierto, la miseria y trabajos de ella; pero hácense sumamente fáciles y llevaderas sus fatigas.»

(3) «Mora el alma en las celestiales florestas, regalándose amorosamente en dulces coloquios con la Santa é Inefable Trinidad.»

tiam Filii investigat, Spiritus Sancti benignitatem amat; dum hæc tria contemplatur, tribus modis consolatur». Hæc ille. Et Origenes: «Qui terrenis inhæret, invenire non potest nisi quod in terrenis latet, scilicet amaritudines, et disipationem» (1). El mismo poeta, continuando la materia de la contemplación, dijo muy bien los frutos que se cogen della en esta forma:

Mas ¿quién dirá?, mas ¿quién decir agora
podrá los peregrinos sentimientos
que el alma en sus potencias atesora?
¿aquellos ricos amontonamientos
de sobrecelestiales influencias,
dilatados de amor descubrimientos?
¿aquellas ilustradas influencias
de las musas de Dios sobrecsenciales,
destierro general de contingencias?
¿aquellos nutrimentos divinales,
de la inmortalidad fomentadores,
que exceden los posibles naturales?
¿aquellos (¿qué diré?) colmos, favores,
privanzas nunca oídas, nunca vistas,
suma especialidad del bien de amores?
¡Oh grandes, oh riquíssimas conquistas,
de las Indias de Dios, de aquel gran mundo
tan escondido á las humanas vistas! etc.

En este claustro divino, que dijo Hugo, tenemos á la Esposa tan favorecida de su Esposo, que manda á las doncellas y las conjura que no la inquieten ni perturben en su sueño: ADJURO VOS, FILIÆ HIERUSALEM, etc.

Pero ¿por qué no conjura por cosas sagradas? Porque en el estilo amatorio y pastoril no se usa el jurar. Socrates, apud Platonem, per carmen solitus erat jurare potius quam per Deum (1). Es de amadores viles jurar mucho. Gregorius Nissenus (orat. 5 in *Cant.*), dice que es cierto modo de juramento con que obliga el Esposo á las doncellas: «Quoniam adjuratio juratio quædam est». [El conjuro es una manera de juramento]. Septuaginta: «Per virtutes agri», id est, pro virgulta, flores, et plantaria [por las flores, arbustos y plantas], que nacen en los campos y se llevan la virtud de la tierra.

NE SUSCITETIS. De beata quiete qua fruitur anima in contemplatione, intelligit quidam. Sic Adam dormivit in Paradyso. Tertulianus (libro de *ánima*, cap. II), dicit: «Fuisse extasim», id est, vim Spiritus Sancti operatricem prophetiæ. Et lib. III *Praxeam*, cap. XIV, multa de hoc somno dicit. Vide Hieronymum [qui] asserit vocem hebraicam significare profundissimum somnum. Sic Virgo extasim passa est in conceptione et in partu (2).

Por seis grados se sube á la vida contemplativa.

Pero ¿cómo se sube á este estado de tanta perfección y de tanto regalo? Ricardo *(de Contemplatione*, lib. I, cap. VI) pone seis grados. Hugo (super *Tertium de Angel. Hier.*, lib. III) pone nueve. El autor de *Spiritu et anima* (cap. XI *Apud Ang.*, tomo III) pone seis; y aunque en el modo difieren, en lo sustancial todos dicen una misma doctrina. Orígenes *(super Cant.*, cap. II) dijo lo que todos, y mejor que todos, con gran brevedad y claridad. «Contemplatorem verum, et jubilatorem certum te judico, si primum perficiat te actio. Secundo, si in te est sensuum exteriorum retentio, sive retractio ad interiora, et collectio eorum in unum. Tertio, si in te est omnium imaginabilium transitus, id est, si mente pertransisti omnia imaginabilia. Quarto, si transcendisti omnia rationalia, propter phan-

---

(1) «La contemplación es, digámoslo así, claustro ó encerramiento del alma; y, al recogerse en él, entra aquélla en la meditación de las cosas divinas, sepárase de todo lo terreno, librase de la multitud de pensamientos carnales, se pone á cubierto de los halagos sensuales, aprende á gozarse en Dios y á gustar las delicias del cielo, lee en el libro de la vida, entra en posesión de la paz, armoniza en sí unas con otras las virtudes, se extasía contemplando la omnipotencia del Padre, escudriñando la sabiduría infinita del Hijo y amando la benignidad y santidad del Espíritu Santo y recibiendo en estos tres modos de contemplación otras tantas singulares consolaciones de inefable suavidad.» Y Orígenes añade: «Quien se apega á la tierra y á los bienes de ella no puede hallar sino lo que en la tierra se halla, amarguras, cansancio y disipación.»

(1) Sócrates solía invocar en sus juramentos, no á Dios, sino á los versos, jurando por éstos y no por el nombre de Dios.

(2) Estas palabras, *no despertéis*... las entienden algunos de la quietud que el alma halla cuando está sumida en la contemplación. De este modo fué el sueño de Adán en el Paraíso. Tertuliano dice que fué un éxtasis, en que se recibe el don de profecia del Espíritu Santo. San Jerónimo afirma que la palabra hebrea significa un profundísimo sueño, un éxtasis sublime, como fué el de la Santísima Virgen María en el misterio de la Encarnación y en el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

tasmata et alia impedimenta retardantia animam ad superiora properantem. Quinto, si sursum tractus es super omnia intelligibilia tin caliginem ignorantiæ. Sexto, si in te es uniformis fixio intelligentiæ puræ, et ab omnibus omnium denudatæ, et conformis affectio volitivæ potentiæ per omnia, in nullo impeditæ, in uno fontali principio cœlestium gaudiorum, quod est Deus Trinus et unus».

«El primero grado de la vida contemplativa hace este doctor el último de la activa; de manera que donde la una acaba comienza la otra. A San Buenaventura le parece que no es grado, sino disposición para los demás. El segundo es retención de los sentidos exteriores, que los hagamos estar á raya y los tengamos enfrenados; ó retracción ó retraimiento á lo interior, y recolección y recogimiento dellos en uno. Lo cual, como nota Bercelense, es llevar Moisén sus ganados; esto es, los sentidos animales, á lo interior del desierto, por los caminos de la eternidad. Y, como dijo el Apóstol *(Rom.*, I, 20): *A creatura mundi, invisibilia Dei, per ea quæ facta sunt intellecta, conspicere; sempiternamque ejus virtutem, et divinitatem.* Sanctus Augustinus (de *Vera Re-,igione*, cap. XXIX) dijo: que este grado de contemplación era a temporalibus ad æterna regressio, et ex vita veteris hominis in novum hominem reformatio ([1]).

Síguese el tercero, que es tránsito de todas las cosas imaginables á las que carecen de toda imagen. Deste contemplador dice Bernardo *(super Cant.*, serm. 52), se puede decir aquello del salmo *54*, 8: *Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine:* «Salió de sí y púsose lejos para gozar de quietud». El cuarto grado tra[s]ciende la razón, por las fantasmas y otros impedimentos que retardan y detienen el alma que camina para Dios. De hoc Ricardus (de *Contemplatione*, lib. I) «Contemplatio nostra, inquit, tunc veraciter super rationem ascendit, quando id animus per mentis sublevationem cernit, quod humanæ capacitatis metam transcendit; ut sunt illa, quæ de Divinitatis natura, et de simplici ejus essentia credimus» ([1]). El quinto es subir ó ser llevado sobre todas las cosas inteligibles. In caliginem ignorantiæ [en la oscuridad de lo desconocido]. Deste grado dice Dionisio (de *Mystica Theologia):* «Adhuc restat principalior Dei cognitio, quæ figuratur in eo, quod Moyses separatur ab iis, qui locum Dei secum viderant *(Exod.*, XXIV, 9-12), et subtrahitur illis viris, et intrat in caliginem ignorantiæ, et unitur incomprehensibilitati divinæ, quam non penetrat intelligentia, quæ vere est omnium clarissima, et in se claudit, et secretissime celat omnes cognitiones comprehensivas, tanquam in causa prima omnium, et per eam omnis unitus Deo, qui est supra omnia, constituitur in excellentia, quam neque ratio investigat, nec intellectus speculatur, et ab omnibus, et quasi a se ipso segregatur, et per unionem dilectionis, quæ afectiva est veræ cognitionis, unitur Deo intellectualiter ignoto, cognitionem derelinquit, et super intellectum et mentem Deum cognoscit». Hæc Dionysius ([2]). Y yo no puedo ni sé añadir palabra, ni menos tocar el sexto grado, ubi in primo vero et summo bono intelligentiam et voluntatem suam ponit anima, suggens, unde

---

([1]) Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y sabiduría, se han hecho visibles después de la creación del mundo. San Agustín dijo de este grado de contemplación que: «es un caminar desde las cosas temporales á las eternas, y una ascensión de la vida del hombre viejo á la del nuevo, creado en justicia y santidad.

([1]) Entonces puede decirse que la contemplación llega á ser sobrenatural, cuando por ella vemos y conocemos lo que está sobre los límites de nuestro conocimiento, como son todos los misterios que dicen relación con la Divinidad, y los que la fe nos propone sobre la esencia y naturaleza divina.

([2]) «El más perfecto conocimiento de Dios á que el hombre en esta vida puede llegar es aquel que se menciona en cierto pasaje del *Éxodo*, cuando mandó á Moisés que se apartase de aquellos que, habiéndole acompañado hasta cierta parte del monte Sinaí en donde se les apareció el Señor, vieron allí la peana ó el asiento de sus pies; no se detuvo con ellos Moisés, sino que subiendo hasta la cima del monte, entró en la oscuridad de la nube que la cubría, y, en cierto modo, llegó á entrar en íntimo coloquio con el mismo Dios; de manera que alcanzó lo que está sobre todo conocimiento humano, y unida su inteligencia al que está sobre todas las cosas, conoció lo que ni la razón puede por sí misma investigar, ni el entendimiento rastrear. Separado, si así cabe decirlo, de todas las cosas de la tierra, y aun de sí mismo, adquiere un conocimiento tan perfecto de Dios cual por ninguna fuerza humana, por ninguna facultad creada es capaz el hombre de alcanzar.»

teneritudinem suam nutriat, bibit unde gaudeat, haurit unde nunquam deficiat [1]. Y por ventura es éste el éxtasi de la Esposa. ¡Dichosa ella que duerme y está en silencio, y su Esposo la guarda, para que á su sabor goce de tanto bien, y sin que nadie le enoje ni perturbe!

Nótese más, y con esto concluyamos con este lugar, que aunque, como tengo dicho, hay muchas maneras de raptos, y éstos tienen diferentes nombres entre los santos y en la Escritura, el principal de todos es el que llamamos éxtasis, que, propiamente hablando, es lo mismo que excesso de la mente, ó estar fuera de sí;—*ab* EX *quod est*, EXTRA; *et stasis, quod est status* (*a*). Assí, llamamos á los contemplativos, que en la contemplación se arroban y salen de sí, varones extáticos. Rapiuntur enim supra sensibilia et irrationabilia, et supra omnem creatum, et super semetipsos, usque ad Creatoris sui cognitionem et amorem. «Extasis est (Bonaventura), deserto exteriori homine, sui ipsius super se, voluptuosa quædam elevatio ad superintellectualem divini amoris fontem, mediantibus sursum activis virtutibus pro viribus se extendens. Sursum activæ virtutes sunt humilitas et puritas: humilitate fit exterioris hominis desertio, puritate vero interioris hominis sursum actio, quem ad fontalem perducens radium, ibidem haurit sanctus thearchici amoris, et inolitas influitiones, quarum gratia, posteriorum oblitus, ad anteriora Impyrei et superlucidissimi tabernaculi se extendit» [2].

(*a*) Quiere decir que esta palabra éxtasis, etimológicamente, se deriva de la preposición latina *ex*, que significa fuera de, y *stasis*, estado, manera de estar.

El mismo San Buenaventura, en un breve tratado que compuso de *Los grados de la contemplación* (*a*), puso en el tercero lugar el éxtasis; en el cuarto, la especulación; en el quinto el gusto; en el sexto, la quietud; en el séptimo, la gloria. Y cierto, las cosas que este seráfico doctor allí enseña son tan admirables y tan divinas, que siento mucho no ponerlas aquí todas; porque, en compendio, dice el principio, el aprovechamiento, el estado de toda la perfección. Los grados que preceden al éxtasis son fuego y unción; de manera que primero es el ánima encendida en el fuego del divino amor, y luego ungida como con un licor rosado, que, derramándose por toda ella, la enseña y esfuerza, disponiéndola suavemente para recebir la luz de la verdad, y juntamente contemplarla. En el tercero grado es arrebatada; en el cuarto, especula y contempla; en el quinto, gusta; en el sexto, reposa; el séptimo, es de la patria. Y tanto con mayor abundancia se comunica al alma, cuanto más se hubiere ejercitado en los precedentes.

Todo pienso que lo goza la Esposa en este su sueño, de que nos haga Dios participantes por su misericordia, que cerca está la heredad santa suya, cuando Él le comunica á sus amigos, según que se escribe (*Ps. 126*, 2-3): «Cum

(*a*) De este opúsculo, cuyo título es *De septem gradibus contemplationis*, dicen los PP. editores de OPERA OMNIA, etc. lo siguiente: «Exiguum hoc opusculum tribuitur etiam *Humberto de Romanis*, Mag. Glis. O. P., et a solo Bonelli Sancto Bonaventuræ... Distinctio quidem illorum septem contemplationis graduum sumpta est ex ipsius *Commentariis in Lucam* (tomo VII, pág. 231), sed expositio eorum satis ostendit alienum auctorem ab ipso». OPERA OMNIA, tomo X, pág. 22, núm. 24).

[1] Acerca del sexto grado no sé decir más—termina el autor—sino que es un estado en el cual pone el alma la inteligencia y la voluntad en el sumo é infinito Bien, recibiendo de Él suavidad y dulzura que la sustenta, que la consuela y regala, y que la sacia de un modo que ni tiene límite ni deja lugar á ningún otro deseo.

[2] Así llamamos á los contemplativos..., porque son arrebatados fuera de sí sobre todo lo sensible y creado, y aun sobre sí mismos, hasta el conocimiento y amor místico del Creador. «Es el éxtasis, dice San Buenaventura, cierta plácida y deleitosa elevación del hombre sobre sí mismo, —una vez dominadas y vencidas las resistencias y pasiones de la carne—, la cual le lleva por medio de las virtudes hasta la unión con Dios, fuente del divino amor. Esas virtudes que elevan al hombre sobre sí mismo son, principalmente, la humildad y la pureza: por la humildad se despoja el alma de las imperfecciones y tendencias pecaminosas de la carne; por la pureza adquiere una nueva actividad, que la lleva hasta Dios, gustando las dulzuras del amor divino, y nuevas y crecientes influencias de la gracia, con las cuales, olvidando todo lo terreno, se complace y descansa en la mansión regalada y lucidísima dondé mora el Señor.

dederit dilectis suis somnum, ecce hereditas Domini» ([1]).

LECTIO VIII

VOX DILECTI MEI, ECCE ISTE VENIT SALIENS IN MONTIBUS TRANSILIENS COLLES: SIMILIS EST DILECTUS MEUS CAPREÆ HINNULOQUE CERVORUM *(Cant.*, II, 8 Y 9) ([2]).

* ARTÍCULO I

Que el conocer el habla del Esposo arguye viveza de la luz que recibe el alma en la contemplación y gustos soberanos que goza.

Palabras son éstas de la Esposa, la cual confiessa haber conocido con certeza grande y con infalibilidad la voz de su Esposo: al fin como oveja de su rebaño *(Joann.*, X, 27).

Pero ¿qué voz es esta que conoce? La que conjuró á la hijas de Jerusalén que por las cabras y ciervos de los campos no la inquietassen ni despertassen hasta que ella quisiesse. Como si dijera: «No puede ser esta voz de otro que de mi amantíssimo Esposo; porque su voz es llena de piedad y de consuelo para mí, y de virtud y magnificencia para los que me molestan. ¿Quién pudo quietar mis passiones? ¿Quién adormir mis sentidos todos? ¿Quién suspender y arrebatar mi espíritu en El, sino El? «In sermone ejus, dijo el Sabio, siluit ventus; cogitatione sua *placuit* abysum, et plantavit *illum* Dominus *Jesús*» ([3]). Todos los que pertuban y inquietan la Esposa, enemigos son: porque el estudio y cuidado del Esposo es quietarla y hacerla dormir, por alta y sossegada contemplación.

La mayor dificultad desta sentencia consiste en averiguar si la Esposa, cuando aquí habla, está despierta y cuenta lo que velando le sucedió, ó si refiere lo que le passó entre sueños, porque es muy propio de los que aman soñar, durmiendo, lo que, velando, querrían que les viniesse. Algunos dicen (y no sin razón) que se comienza aquí nuevo acto, acabado ya aquel sueño místico de que habemos tratado; y que el Esposo, habiendo hecho ausencia, y desseando su venida y presencia la Esposa, la visitó y consoló, lo cual ella cuenta agora; y lo que le passó con El, que es todo lo que resta deste capítulo. Otros quieren que sea como ensueño porque de la manera que al desmayo se suele seguir el sueño, assí al sueño los ensueños, principalmente en aquellas personas cuyos ánimos andan llenos de cuidados, cuales son las de los aficionados.

Esta sentencia tiene y sigue curiosamente el P. Fr. Luis de León; pero muy en la corteza de la letra y en sentido, digamos, histórico. Claro está, dice él, que sueñan los amantes durmiendo lo que despiertos revuelven en sus corazones, y que se les representan, no las cosas como realmente son, sino en alguna manera tales, y en otras diferentes. Y si se considera con atención lo que la Esposa aquí habla, el orden de las cosas, la variedad y inconstancia de sus dichos, parece verdaderamente ensueño, á donde se véen diversas imágenes de cosas juntas en una y confusas. sin guardar razón de tiempos ni de lugares, ni de naturaleza; porque ya lo que passó ata con lo que tiene presente y lo muy distante se le representa conforme y en un lugar. Está en su casa retraída, y hallóse en los campos y vee venir á su Esposo dando saltos como un gamo; ya le confiessa ausente; ya le tiene consigo; ya acechando por las ventanas; ya por los canceles ó celogías. Digo que no me desagrada este modo de declarar la letra; pero al fin es letra, y es necesario buscar el espíritu della, que es el que vivifica y satisface al alma.

Y, á la verdad, ésta de que vamos hablando, arrebatada y, como ya dijimos, en éxtasis, no sueña ni padece ensueños, antes es ilustrada y enseñada con ilustraciones divinas y divinas luces; y assí creo cierto que todo lo que se sigue deste capítulo segundo es revelación. Porque, como tocamos de San Buenaventura, tra-

---

([1]) «Mientras concede *Dios* el sueño y *reposo* á sus amados, he aquí que les viene del Señor la herencia...»

([2]) LECCIÓN OCTAVA.—Respondiendo la Esposa, dice: «*Paréceme que* oigo la voz de mi Amado. Vedle cómo viene saltando por los montes y brincando por los collados. Al *ligero* gamo y al cervatillo se parece mi amado...»

([3]) En la transcripción de este texto no solamente trae el impreso erratas, como *placuit* por *placavit*, sino una modificación que quita belleza y energía al original, que dice: *et plantavit in illa Dominus insulas*. La versión íntegra de este versículo 25 del cap. XLIII del *Eclesiástico*, será: «A una palabra suya calman los vientos, y con sólo su querer sosiega el mar profundo; en medio del cual plantó el Señor varias islas.»

tando de los grados de la contemplación, al éxtasis e sigue la especulación, de que será necessario que tratemos algún tanto, para satisfacer á los que pensaren que aquí no hay más que dormir y soñar, para que desengañemos á algunos contemplativos, que se han atrevido á decir que, puesta el alma en alta contemplación y arrebatada ó tomada deste sueño, está como verdaderamente dormida, atónita y sin atender ó entender cosa alguna; que es un error grande y contra la doctrina de los santos, que fundan aquí toda la sabiduría mística y la unión divina que por amor afectuoso se hace entre Dios y el alma, fuertemente actuada en el rapto. «Speculatio, inquit Augustinus, dicitur, cum aliquid non in se, sed per imaginem suam videtur, vel ænigmatice et obscure. Unde speculari idem est, quod per speculum cernere, quod pertinet ad intellectum. Contemplari vero, quando veritatem fere sine aliquo involucro umbrarumque velamine, quasi in sui puritate videmus». Sanctus Bonaventura: «Est (inquit) beatorum et supercœlestium, et soli Deo scibilium divitiarum intellectualis et affectualis pia investigatio» [1]. Contemplan estos dos compañeros, entendimiento y afecto; pero muy diferentemente el uno del otro. Cum enim animus contemplativus sensibus spiritualibus suspensis, synderesim in specula æterna extendit, apex intelligentiæ, et principalis afectio pariter feruntur, mutuo in divina se promoventes, et æqualiter ascendentes, illa speculando, hæc vero desiderando. «El entendimiento especula y atalaya y contempla las cosas divinas; y el afecto, á una las va hambreando y desseando».

Præcurrente autem intelligentia, cum ingredi nequeat, ut pote per speculum videns, foris remanet. Affectio vero, quæ inscia est especuli, instrans utitur, secundum illud (*I Cor.*, VI, 17): «Qui adhæret Deo, unus spiritus fit cum eo» [1]. «Adelántase, —yendo de compañía los dos—, el entendimiento; y como no puede entrar en los retretes secretos de Dios, porque contempla y mira por el espejo de las criaturas, quédase fuera; pero el afecto, que no vee por espejo, entra y únese con Dios por el amor». Y habiendo entrado el entendimiento, que por sus fuerzas no podía entrar, como Pedro in atrium Principis (*Joan.*, XVIII, 16), porque le dió San Juan entrada, á superintellectuali et superessentiali deifica bonitate hilariter excipitur affectio ipsa, susceptamque superfervide ipsam desiderantem, et se sursum pro viribus impingentem, ipsam in se profundius trahens, tam intelligentiæ super clariorum radiorum pulchrificans claritatem fontani splendoris, quam affectioni thearchici et superimmensi saporis suaviter sanctum nutriens desiderium, suavitatem super lucidissimam elargitur. Postea illis sic gustantibus, illam magis desiderantibus, magis se ipsam divina bonitas immittit, et abundantius superfulget, quoniam multum diligunt illam summan bonitatem, hoc summum bonum. ¡Felix nimis qui hujus gradus collem attingit!: hic plane Angelicatus in presenti, futuram jam inchoavit vitam». Destos era aquel que decía: «Nos *autem* revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur a claritate in claritatem, tanquam a Domini Spiritu» (*II Cor.*, III, 18) [2] *(a)*.

(*a*) Qué es la sindéresis, qué el ápice de la mente, qué la simple inteligencia. Habla de ello Enrique Harpio. Prólogo libro III, pág. II, folio 622.

---

[1] «Se dice que especulamos ó discurrimos,—escribe á este propósito San Agustín—, cuando vemos una cosa, no en sí misma, sino como en imagen, de un modo oscuro y en enigma. Por esto, especular viene á significar lo mismo que ver en un espejo, operación que pertenece al entendimiento. La contemplación supone más, y es mucho más, pues es ver la verdad en sí misma, despojada de sombras y como intuitivamente». Y San Buenaventura añade que la contemplación «es una piadosa investigación, una como posesión de las verdades sobrenaturales, propia de Dios y de los espíritus bienaventurados á la cual llegan juntos el entendimiento y la voluntad».

[1] «Quien está unido con el Señor, es con él un mismo espíritu».

[2] ... Queda fuera el entendimiento; es decir: no llega á unirse directamente con Dios; pero la voluntad, ó el afecto, atraída y como arrebatada dulcemente por la suavidad y dulzura incomprensible que en Él halla, siéntese inundada y como envuelta toda en aquella infinita bondad divina que por todas partes se le descubre. Cuando esto sucede al alma, á medida que crece en ella el amor auméntanse también las divinas comunicaciones, en cierto modo infinitas, hasta engolfarse en el abismo de las divinas bondades. ¡Felices quienes llegan á tan sublime estado, en el cual el alma vive una vida más angélica que humana, del cielo más propiamente que de la tierra! De ellos habla el Apóstol cuando dice: «Así

Este es el fruto y provecho de la contemplación. Pero ¿qué cosa es, descubierta la faz, especular la gloria de Dios, sino desterrada toda impuridad que cubre la faz, de nuestra inteligencia gloriam Dei, id est, tam superignotam, et simplicissimam, et supersplendentem æternitati claritatem, quam superineffabilem, et humanis mentibus non capi facilem, omnino supercœlestium substantiarum, super tranquilissimam pacem, pie, pure, devoteque rimari? ¿Quid vero est taliter *speculantes in eandem imaginem transformari*, nisi quia causa superactivæ suavitatis sunt hæc eadem quæ imaginati sumus, ut nos a nobis abstractos, et in se ipsa absortos, ita torrente voluptatis nos potant, ut necesse sit de terrenis in cœlestes, de carnalibus in spirituales, de hominibus in quodammodo Angelos transformari? Sic ergo intelligo verbum, *in eandem imaginem transformari*, id est, in eadem imaginata. Bene autem dicitur, *a claritate in claritatem*, *tanquam a Domini Spiritu:* quia ab ipso Domini Spiritu manu ducti, super sanctissimis divinis splendoribus adimplemur. Et per hoc de cognitione in cognitionem proficimus, sicut scriptum est: *In lumine tuo videbimus lumen* (*Ps. 35*, 10). Hæc contemplatio, vel investigatio, quasi nihil habet periculi vel laboris in animo pio, puro, et vacante: habet autem utilitatem inestimabilem, etiam si nihil investiget. «Animo pío, puro y vacante pide esta manera de especulación, que se sigue al éxtasis, á donde llega el entendimiento y entra, pero no por sus fuerzas, sino porque le mete del brazo el afecto, y entrando recibe luz y resplandores divinos, no porque allí él obre, que no es lugar ni estado éste de inquirir ó hacer discursos, sino de recebir. Y yo diría que el afecto tiene allí su principal operación, porque está fuertemente actuado, y por esso suspende los actos de las demás potencias y sentidos interiores y exteriores».

La contemplación abraza las dos cosas, esto es, que el entendimiento investigando y la voluntad gustando, corren á las parejas, como Pedro y Juan; pero Juan llega más pronto que Pedro.

Éxtasis y sus efectos, y cúal bueno y cúal no tal.

---

es que nosotros, contemplando á cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen *de Jesucristo, avanzándonos* de claridad en claridad, como iluminados por el Espíritu del Señor».

En esta doctrina de San Buenaventura, que es escuríssima, entre otras cosas que hay en ella de consideración hallo dos: La primera, que en este dulce sueño el ánima cada día más se va clarificando y haciendo capaz de mayor conocimiento, hasta quedar llena de luz y transformada en Dios, y como si dijéssemos deificada, y comienza á vivir más vida de patria que de destierro. La segunda, que esta manera de éxtasis, si hay pureza en el alma, piedad y desembargo ó vacante, quiero decir: que esté desocupada de todas las cosas contrarias al divino amor y desnuda de todas las fantasmas y representaciones de criaturas, lo uno, no tiene peligro, lo otro, no tiene trabajo; por donde no puedo dejar de condenar los raptos que, no sin mucho daño de la salud, suelen tener algunos, volviendo dellos con una cierta violencia, echando sangre por la boca y por las narices, de la cabeza y del pecho, con molimiento del cuerpo y grandes voces, estremecimientos, temblores y gestos feos y espantosos. Porque, á la verdad, este es sueño en que el alma descansa y reposa del trabajo de la meditación, como suele descansar el cuerpo con el dormir de los trabajos y fatigas de entre día; lo cual prueba el cuidado del Esposo, que, puesta aquí el alma, conjura á las criaturas todas que no la despierten ni causen inquietud. Y, al fin, este es regalo y caricia del divino Esposo, y no castigo. Fuera de que el Espíritu del Señor es suave sobre la miel, y no con furia y atropellando hace sus operaciones. Es como airecito delgado ó silbo, ó marea, como ya dijimos, que recrea y pacifica toda el alma, acallando en ella todos los alborotos y gritos de la canalla de los sentidos y potencias.

¡Bueno fuera que, entrando el Espíriu Santo en un alma y arrebatándola para sí, causara en ella los efectos que el demonio, cuando se apodera de un cuerpo, que le fatiga y le cansa y le deja brumado y hecho pedazos, como consta del Evangelio! Queda, según lo dicen los que lo han experimentado, el hombre todo interior y exteriormente recreado, y como untado con un aceite y licor soberano que le hace hábil, ligero y fácil para correr sin pesadumbre por los mandamientos de Dios, y para sufrír cualesquiera molestia y trabajos que se le ofrezcan por el amado. Por esto pone San Buenaventura inmediatamente

á este grado de la contemplación el gusto y la quietud ó la tranquilidad. Y yo pongo otro divino efecto, que se dice *seguridad;* porque á la caridad perfecta ¿qué se puede seguir sino destierro del temor servil y una conformidad grande con el Amado, en lo próspero y en lo adverso, y una esperanza tan cierta de su amistad y gracia, que le parece casi impossible al alma poderse apartar de Él, como lo juzgaba de sí el Apóstol *(Rom.*, VIII, 35)?

A la caridad sigue la seguridad y conformidad con el Amado.

Y es conforme á razón esta seguridad; porque por el ardor del amor es hecha el alma una cosa con Dios; y como la gota de agua echada en un gran vaso de vino pierde su natural y recibe la naturaleza, color, olor y sabor del vino en que se convierte, assí el alma perfectamente enamorada, cual aquí la consideramos, cayendo en la infinidad de la caridad divina, no perdiendo su natural forma, es convertida en el amor divino, según el oficio y institución debida; y todas sus potencias quedan hechas al gusto del Amado. Digo que no se muda ni se pierde nuestra naturaleza en esta unión; pero muda muchas inclinaciones y condiciones, y alcanza otras sobre las fuerzas de la naturaleza criada. Como vemos que lo hace el hierro en el fuego, que se priva de sus calidades: frialdad, dureza y negregura, y se viste de otras más excelentes, contrarias á las suyas; y esto quedándose hierro.

Tiene el alma inflamada y unida otra vida, otros movimientos y otras fuerzas: queda sin temor, sin tibieza, sin desconfianza; espantosa á los demonios, y ferventissima en el servicio de su Esposo. Por lo cual se dispone para recebir mayores mercedes, y es hecha cada día más capaz dellas. Y en este estado no pierde el alma á Dios de vista en ningún tiempo, lugar, ni negocio: en sus brazos vive, desocupada de toda obra en que su Amado no la ocupa, etc.

Pero ¿qué cosa es gusto? Superinestimabilis divinæ dulcedinis, persuauis quædam et inolita prælibatio, ex cellario sancti Spiritus in Sanctorum contemplativorum animas distilata. «Es una prelibación, ó salva, ó gusto más que suave de la inestimable y divina dulcedumbre, destilada en las almas de los Santos contemplativos, del retrete secretíssimo del Espíritu Santo». Y digo prelibación ó salva, porque es muy poquito lo que se nos comunica del abismo de la dulcedumbre divina. Lo cual se nos concede con admirable providencia; porque siendo recreados gota á gota con aquella suavíssima influencia, más frecuentemente nos extendemos en la oración y anhelamos con más codicia á la plenitud y henchimiento de los dones divinos. Son éstas como gotitas de agua echadas en la fragua, que encienden más el fuego. Y aunque es assí, que sirven al alma de refección y mantenimiento, principalmente sirven para despertarla y aficionarla: y assí más son causadoras de hambre que de hartura ¡Bienaventurados aquellos que fueron levantados á la alteza deste grado, porque los tales regüeldan la abundancia de las suavidades de las bodas eternas; vacan y ven cuán suave es el Señor!

Que cosa es gusto y sus efectos.

Síguese la quietud, que es: Totius animæ mira quædam, et suavis tranquilitas, per infusam nobis ex frequentia orationis dulcedinem concreata. Solis valde spiritualibus experientia hujus quietis conceditur, quibus et datur etiam ipsas supercœlestes substantias contemplando transcendere. Superignota enim bonitas ipsis familiaris, se ipsam eis immittit, et ipsi, tota virtute dilatato sinu sancti desiderii, potenter suscipiunt beatas immissiones, animalibus et præsuntuosis omnino incognitas. Sic igitur puris Sanctorum contemplativorum animabus tam insueto alimento ditissime adimpletis, splendescit ipsorum ratio, dulcescit concupiscentia, hilarescit írascibilis, ex dilectione quorum deificam illam quietem non ambigimus emanare. Hic gradus gloriosior et pretiosior est cœteris, et propinquior gloriæ, de qua tacendum (¹).

En este estado hay tanta paz y holganza, que vive el alma casi en silencio, y como dormida de un sueño dulcíssimo, en el pecho del Señor. De manera, que puede decir con el Apóstol: «Vivo yo, mas ya no yo: vive en mí Cristo» (*Galat.*, II, 20).

(¹) Es la quietud una maravillosa y suavísima pacificación y tranquilidad del alma toda, nacida en nosotros de los regalos y dulzuras con que Dios consuela á las almas que de lleno se dan al ejercicio frecuente de la santa oración; dulzura que sólo gustan los muy espirituales, que llegan hasta sobrepujar, á las veces, á los mismos espíritus angélicos.

* ARTÍCULO II

Qué debe hacer el alma para merecer la privanza con Dios y para conservar y aumentar la gracia.

Tres cosas ha de tener el verdaderamente contemplativo.

A esta tan singular vida y privanza con Dios han de preceder tres cosas, importantíssimas verdaderamente. La primera, mortificación ó muerte de todas las cosas que no son Dios; de manera que en ninguna de todas tome el alma contentamiento, sino en cuanto el mismo Dios lo ordenare y dispusiere; y en respecto suyo y no della. La segunda, que no busque consuelos espirituales sólo por su quietud y gusto particular; porque no cierren por aquí la puerta á la verdadera luz, que no se comunica á los que no ponen á Dios por fin y blanco en sus ejercicios y sin mezcla de alguna criatura. La tercera, que con perpetua diligencia procure convertirse, libre y quietamente, en aquel puríssimo bien, que es Dios, recogiendo en Él su espíritu, considerándole y gozándole de la manera que Él se sirviere de comunicársele. Y quédese aquí la Esposa dormida, que yo no me atrevo á despertarla, por no enojar al divino Esposo, que le guarda con gran cuidado el sueño. Lo bueno es que está dormida y le oye y conoce su voz, y despierta diciendo: VOX DILECTI MEI, scilicet, vocantis me, et excitantis ad actionem ([1]).

Porque la incomprensible bondad del Señor muéstrase con ellos tan generosa y familiar, que se les comunica de lleno con toda la plenitud de que son capaces, con lo que, ensanchando á la vez en ellos los santos deseos, en cada hora y en cada momento reciben nuevas y más abundantes comunicaciones divinas, las cuales ni sospechar pueden las almas carnales y mundanas. Llenos, pues, así y hartos los santos de estas divinas consolaciones, sienten iluminarse por maravilloso modo su inteligencia, amansarse las pasiones todas, trocado el hombre en otro sér, bañado en una dulce é inalterable paz. Bien se ve que tal estado es, no sólo el más glorioso y de precio más subido, sino también el más encumbrado, el que más se asemeja al de la Gloria celestial, de la cual no es lícito ni puede nadie hablar dignamente.

([1]) Esta es la voz de mi Amado, que me llama y convida á que obre cosas grandes por su amor.

El lenguaje de los que duermen ó están impresionados por gozo inesperado suele ser entrecortado é incoherente.

El estilo de Dios es éste: quitarnos lo gustoso y particular de la contemplación, para que acudamos á los ejercicios de la vida activa. «Et manus hominis sub pennis eorum» *(Ezech.*, I, 8): «Las manos debajo de las alas»; para que, acabado el vuelo de la contemplación, se ejercite el contemplativo en algún trabajo corporal virtuoso. Al fin son hermanas Raquel y Lía, Ma[g]dalena y Marta, y Juan y Pedro, que en estas seis personas están figuradas las dos vidas, activa y contemplativai las tres contemplan, y las tres trabajan, oficios partidos y que se deben acompañar, sucediendo la acción á la contemplación y la contemplación á la acción. Sin el ayuda de Marta María no puede asistir á Cristo, que el cuidado della la descuida y da lugar para el ocio santo: ni Marta puede con la carga de los cuidados s: María no la alivia con la oración y ejercicios santos. Raquel, hermosa y amantíssima de su Jacob *(a)*, pero estéril, toda ternuras y regalos del marido; Lía, lagañosa, pero fecunda, tiene hijos y críalos. Pedro, inquieto con el gobierno de la Iglesia y lleno de cuidados de la salud de los hombres; Juan, atento al Esposo, quieto y dormido sobre su regazo y en éxtasi[s] divino. Digo que se han de abrazar estas dos vidas para vivir virtuosamente, y cualquiera dellas que falte de casa no puede haber perseverancia ni durar en nosotros ningún propósito bueno.

No puede haber perseverancia en la virtud, si en la vida activa no hay contemplativa, y al contrario.

Duérmase un rato y trabájese otro; y llamando el Esposo, ábrasele la puerta, por que no se vaya. Lo que aquí medita un doctor grave es de mucha consideración; conviene á saber, que el Esposo, en viendo dormida á su Esposa,—hecha la conjuración que habemos visto,—se fué á visitar los huertos y las viñas y cuidar de aquellas cosas que pertenecían á la solicitud y cuidados della. Lo cual suele El hacer de ordinario con sus escogidos; porque vacando ellos á la contemplación, El se ocupa en hacer los negocios dellos; sicut scriptum est *(Ps. 126*, 2, 3): «Cum dederit di-

---

(a) En vez de Jacob léese aquí Job, error, á la cuenta, inadvertido.

lectis suis somnum, ecce hæreditas Domini filii, merces, fructus ventris ([1]).

Y viene aquí muy á propósito desentrañar aquella ley en que mandaba Dios que en tres tiempos del año, que eran las principales Pascuas, en el Templo de Jerusalén se presentasen todos los varones israelitas. *(Exod.*, XXXIV, 23): «Tribus temporibus anni apparebit omne masculinum tuum in conspectu Domini Dei Israel» ([2]). ¿Quién considerará esta ley, assí desnuda, que no la juzgue por pesada, si ya no decimos impossible, especialmente para los que moraban lejos de Jerusalén y por todas partes estaban rodeados de enemigos, moabitas, amonitas, madianitas y idumeos? ¿Quién guardaba, entre tanto que ellos hacían estas romerías, sus casas, sus tierras y heredades? ¡Oh admirable providencia y regalo del soberano Legislador! «Cum *dilataveris*, dice, *(Exod.*, XXXIV, 24), terminos tuos, nullus insidiabitur terræ tuæ, ascendente te, ct apparente in conspectu Domini Dei tui ter in anno» ([3]). En dando la ley que les obliga á hacer ausencia y presentarse en su templo, se ofrece á quedar por guarda de sus heredades y por defensor de sus haciendas, para que sin cuidado dellas cumpliessen con esta obligación. Semejante á esto es lo que se escribe en el *Levitico* (XXV, 4, 21, 22), adonde mandaba Dios que de siete en siete años holgase la tierra uno, y que todo lo que fructificase en este tiempo fuese de los pobres. Y pareciéndole que los señores de las tierras tenían en la mano la réplica de ¿qué comerían en el entretanto? acudió luego con el remedio: «Dabo, inquit, benedictionem meam vobis anno sexto, et faciet fructus trium annorum, seretisque anno octavo, et comedetis veteres fruges usque ad annum nonum: donec nova nascantur, edetis vetera». «Huelgue la tierra, dice Dios, de siete en siete años.—No, Señor, que moriremos de hambre (porque el año que el labrador no siembra, no tiene que comer).—No moriréis, dice Dios, porque yo daré mi bendición al año sexto, y llevará fruto al tres doblado; fruto de tres años, para que tengais que comer en el sexto, séptimo y octavo».

Los que guardan la ley de Dios con cuidado, Dios le tiene dellos y de sus cosas.

Saquemos de aquí dos cosas: La primera, no temer inconvenientes ni peligros cuando la ley de Dios nos manda alguna cosa, porque todos los vió su Majestad cuando la dio, y por el mismo caso que la dió se obligó á mirar por los que la guardassen, ó quitándoles los estorbos y peligros, ó recompensándoles con mayores bienes, presentes ó futuros, sus pérdidas temporales. Saquemos, lo segundo, con cuánta seguridad debemos tratar los negocios de nuestra salvación, de que no nos faltará Dios en las necessidades temporales ni en las cosas de que por esta ocasión alzáremos mano, aunque mucho tiempo nos ocupemos en ellas.

Lo que digo es que fiemos más de Dios, haciendo lo que El nos manda, que de nuestro trabajo y diligencias, quebrantando sus leyes. ¿Por qué habían de ir con cuidado y sobresalto de sus haciendas los israelitas á cumplir con la ley que les obligaba tres veces en el año á visitar su templo, habiendo puesto Dios su palabra de que quedar por defensor y guarda dellas? Y si veían que todos los años, yendo á Jerusalén y estando muchos días ausentes de sus tierras, ningún detrimento padecían ¿por qué habían de temer el hacer estas jornadas? Duerma la Esposa á sueño suelto; contemple sin miedo ni zozobra de que le podrá falsar lo temporal, pues que tiene Esposo que en esse tiempo acude á su hacienda y se la guarda, conserva y aumenta; visita las viñas, riega los sembrados, cría los ganados, honra los hijos y acude á todas las necessidades de sus amigos. El Rey Santo confiessa de sí que el consuelo y aun el remedio que tenía en sus mayores aflicciones era ponerse á meditar muy despacio en la ley de Dios. «Nisi quod lex tua meditatio mea est, dice él *(Psalm.* 118, 92), tunc forte periissem

---

(1) ... como está escrito en el Salmo: «Mientras concede *Dios* el sueño *y reposo* á sus amados, he aquí que les viene del Señor la herencia, los hijos, las ganancias y las crías *de los ganados*».

(2) «En tres tiempos del año se presentarán todos tus varones delante del Omnipotente Señor Dios de Israel.»—En el texto precedente ha omitido el autor la palabra *Omnipotentis*, que se halla en *la Vulgata.*

(3) «Porque cuando yo hubiere arrojado de tu presencia aquellas naciones, y ensanchado tus términos, nadie pensará en invadir tu país en el tiempo que tu subirás á presentarte al Señor Dios tuyo tres veces al año.»—El Sagrado Texto pone el verbo en primera persona *dilatavero*, refiriéndose á Dios, que es el que habla aquí.

in humilitate mea» ([1]). Pues no le faltarían ocupaciones y cuidados que le pudiessen revocar deste ejercicio. Con todos rompía, y gastaba las noches enteras en la oracion, y acudía con esto á las obligaciones de su oficio; y tanto mejor le hacía cuanto más tiempo daba á Dios: suyo ha de ser el primer lugar en el corazón, y el último, y como accesorio ha de tener lo temporal, la hacienda, los hijos, la mujer, etc. Y cuando, guardando este orden, os parezca que lo perdéis todo, hallaréis lleno de bienes de todas maneras. Sicut scriptum est: «Et cum te consumptum putaverls, orieris ut lucifer» *Job.* XI, 17 ([2]).

Al que deja las cosas temporales por amor de Dios, El le da las espirituales y ciento por uno.

Y el mismo Dios promete de añadidura y como de gracia las cosas temporales cuando nosotros buscáremos como principales las espirituales. Y yo creo que assí como la perdición del mundo está en haber hecho los hombres accessorio lo que toca al alma, y principal lo que es del cuerpo, assí su reformación sería trocar las suertes, teniendo lo terreno por accessorio, y por principal lo eterno.

Divus Gregorius Nissenus, pro *dilecti* legit *cognati mei*, et totum hunc locum de Verbo incarnato intelligit, qui (*a*) per Prophetas suos multifariam *(Hebr.*, I, 1) multisque modis fuerat loquutus, jam per semetipsum dignatus est loqui, factus cognatus Sponsæ in natura. (Basilius subitum auxilium Christi describit). ([3]).

Sequitur in texto: ECCE ISTE VENIT SALIENS IN MONTIBUS TRANSILIENS COLLES. Verba sunt admirantis Sponsæ de Sponsi sui celeri adventu. Quiere decir: No puede ser sino que saltando como un corzo haya venido mi querido, pues cuando yo entendía que estaba muy lejos le veo á mi puerta y hablando conmigo. ISTE es palabra enfática y misteriosa, como la de Isaías (*Isai.*, XXV, 9): «Et *dicent* in illa die: Ecce Deus noster iste» ([1]).

No pudo passar de allí. Paró Dios en la Encarnación; tiró cuanto pudo la barra de su poder.

Athanasius (lib. de *Incarnatione Verbi*) dice que es palabra que muestra como con el dedo á Cristo encarnado. Y lo mismo siente Cirilo *(in Isaiam)*, Hortulano et alii præsentem Sponsam meditantur. Y advierten que el Verbo VENIT es de pretérito; y por no mirar en ello muchos se han engañado en la exposición deste lugar. Favorece á esto que en algunos ejemplares se lee STETIT *(id est, terminum posuit)* [esto es: hizo alto]. De manera que no dice la Esposa que le vee venir, sino que ha venido con ligereza de corzo ó de cabra montés; vel dicendum, [ó también] que por mucho que se tarde el Esposo en despertar á la Esposa, á ella le parece que es con mucha priessa.

Divus Ambrosius *(comment. in psalmum 118*, serm. 7.) opinatur significari his verbis insignem Sponsi festinationem et diligentiam in adjuvandis et consolandis suis cultoribus. «Quæsitus, inquit, non solum venit, sed et saliens venit, etc.» Theodoretus festinationem hanc Sponsi amoris magnitudinem erga Sponsam significare arbitratur. Genebrardus locum istum intelligit de ope, quam Dominus, cum tempus est, suis offert. «Magna est, inquit, celeritas Christi ad opem ferendam Ecclesiæ, vel animæ, eamque visendam. Cum enim auxilium petit Sponsa, tam citius et festinus adest, ut jacentem erigat; erectam confirmet; confirmatam cœlestibus divitiis exornet; exornatam beatam efficiat; ut dicat per

(*a*) En vez de *qui* hallo en este lugar *quin.*

([1]) «A no haber sido tu Ley el objeto de mi meditación, hubiera, sin duda, perecido en mi angustia.»

([2]) Como se dice en el libro de Job: «Y cuando te creerás consumido, renacerás *brillante* como la estrella de la mañana».

([3]) San Gregorio Niseno interpreta esta palabra *dilecti* (voz del Amado) leyendo voz de *mi allegado,* de mi pariente, aplicando este lugar al Verbo de Dios hecho hombre; el cual, «hablando antiguamente de muchos modos y en multitud de ocasiones por medio de los profetas, últimamente nos habló por sí mismo», haciéndose hermano nuestro en la naturaleza humana, que por amor nuestro tomó en la Encarnación. San Basilio quiere que signifique el auxilio poderoso, eficaz y que de un modo repentino se deja sentir en el alma.—Estas últimas palabras, que en el texto hemos puesto entre paréntesis, están en la edición antigua como nota marginal.

([1]) «Y dirá *el pueblo de Dios* en aquel día: Verdaderamente que éste es nuestro Dios.»

Isaiam *(Isai.*, XCVIII *(sic)* *(a)*: Antequam clament ego exaudiam: et loquentibus, dicam: Ecce adsum» ([1]).

Saliens in montibus, transiliens colles.

Vatablo, per *montes et colles*, peccata intelligit, quæ nos separant a Deo, los cuales, aunque tantos y tan graves, no fueron parte para impedir la venida del Hijo de Dios en carne á nosotros. Tres patres montes dicunt dæmones propter eorum superbiam, quos Christus suo adventu fugavit et conculcavit. Gregorius sanctos patriarchas, et prophetas, et alios quoscumque justos interpretatur, quos Christus, quamtumcumque excelsos, superavit. Bernardus *(serm.* 53*)*, superiores et inferiores ordines angelorum dicit. «Si non essent, inquit, in cœlesti Hierusalem montes sancti non dixisset Propheta fundamenta ejus esse in montibus sanctis. Quos omnes transiliit Sponsus, ut humanam naturam assumeret, et in ea secum Sponsam Ecclesiam sotiaret». Sic Paulus *(ad Hebræos.*, II, 16): «Nusquam Angelos apprehendit», etc. Aliqui ex recentioribus per montes et colles ex Scriptura sacra intelligunt amplissima regna, civitates opulentas, et reges ipsos, et potentes sœculi hujus» ([1]). Todos los atropella y por todos passa de salto hasta llegar á su Esposa. ¡Oh, ánima humilde, si supiesses el poco caso que Dios hace destos montes altos y empinados por soberbia, y el mucho que de ti, olvidada de todos! Suffragatur Gregorius Nissenus. «Eu, inquit, venit iste non subsistens neque expectans, ut dum eorum hæret loco, vi aciei oculorum cognosci possit. Sed prius e conspectu semet eripiens, quam perfecte agnoscatur». «No hace assiento de manera que le pueda conocer perfectamente el alma; por esso se dice saltar en los montes y atravesar los collados y aparecer en diversas figuras, ya de ciervo, ya de cabra montés». Hoc modo, id quod percipitur semper alium atque alium characterem vel figuram habet ([2]).

Al fin, como dice Orígines (hom. 3), esta es representación amorosa, y es fuerza variarse las personas y figurarse de diferentes maneras, mostrándose unas veces ausentes, otras presentes, según lo que pide el estilo amatorio y pastoril. Por San Mateo *(Math.*, XXVIII, 20), promete Cristo á los suyos de no faltar de con ellos hasta la fin del mun-

(a) Este lugar de Isaias es el que se lee en el capítulo LXV, 24, que dice asi: «Eritque antequam clament, ego exaudiam: adhuc illis loquentibus, ego audiam», cuya traducción damos en la nota que corresponde á este pasaje.

([1]) Opina San Ambrosio que con estas palabras se quiere significar y ponderar la prontitud y diligencia grandes que pone Dios en venir en ayuda y consuelo de sus escogidos. «Cuando se le llama, dice, no sólo oye, sino que acude saltando». Teodoreto ve en las mismas frases significada la grandeza del amor divino hacia las almas santas. Genebrardo las interpreta del socorro divino con que son favorecidos, en el tiempo y sazón convenientes, los siervos de Dios. Grande es, escribe, é incomparablemente pronta la diligencia de Cristo Jesús en socorrer y ayudar á su Iglesia y á las almas. Tan es así, que en pidiéndole su gracia luego al punto viene á levantar al caído, á confirmar y sostener al que ya se levantó, enriqueciendo más y más al justo, adornando su alma y levantándole á una especie de bienaventuranza, hasta decir por Isaías: «Y antes que clamen yo los oiré: cuando estén aún con la palabra en la boca, otorgaré su petición»

([1]) Por los montes y collados de que aquí se habla entiende Vatablo los pecados que son los obstáculos que nos separan de Dios... Los tres Padres, interpretando estas palabras en sentido figurado, dicen que por montes se entienden aqui los demonios, en razón de su soberbia, á los cuales humilló Cristo Nuestro Señor y puso, con sus abatimientos, en fuga. San Gregorio, por el contrario, dice que deben entenderse los santos Patriarcas, los Profetas y, en general, todos los santos, á todos los cuales, por muy grande y encumbrada que sea su santidad, aventajó infinitamente Nuestro Señor. San Bernardo las aplica á significar los ángeles de las jerarquías superiores é inferiores, diciendo á este propósito: «Si no hubiera en la Jerusalén celestial montes santos, no habria dicho el real Profeta que «sobre los montes santos está Jerusalén fundada». A todos ellos deja á un lado, por todos pasa para poder llegar á hacerse hombre; y, como dice San Pablo: «No tomó jamás la naturaleza de los ángeles, etc.» Algunos, en fin, entre los modernos, por lo que en otros lugares dice la Sagrada Escritura, interpretan aquí por montes á los reyes, á los principes y potentados del mundo y á los reinos y ciudades más célebres de la tierra.

([2]) De este modo se manifiesta cada vez en distinta figura á quien de cerca le contempla.

do; y en otras muchas partes del Evangelio *(Joan.*, XIV, 3, sigs.), hablando en parábolas, se finge ausente: «Sic ergo nunc præsens est Sponsus, et docet; nunc absens dicitur, et desideratur: et utrumque, vel Ecclesiæ, vel animæ studiosæ convenit. Cum enim pati tribulationes, et persecutiones permittitur Ecclesia, absens ei videtur. Et rursum, cum in pace proficit, et in fide ac bonis operibus floret, præsens ei esse intelligitur. Et hoc eo usque patimur, donec tales efficiamur, ut non solum revisere nos, sed et manere dignetur apud nos» [1]. Primero oyó la Esposa al Esposo, y después le vió; porque á la obediencia de la divina voz se sigue la vista agradable; luego le vee venir el alma dando saltos y entrársele por las puertas. Ista autem visio, quæ de montibus apparet et collibus gratiarum, ut puto, spiritualium altitudines potentiasque designat. Hæc Origenes. Psellus divini Verbi incarnationem verba ista significare asserit, per quam animas in tenebris considentes liberavit Christus, jussu solo fugatis dæmonibus universis, quos montes appellat, et colles. Theodoretus montes et colles dicit lucos et delubra dæmonum, in montibus olim sita, et ædificata; super quæ verborum sapientia, et miraculorum virtute saliens atque transiliens penitus evertit, atque dextruxit. Suffragatur Symachi translatio talis: «Ascendens contra montes, prosiliens adversus colles» [2].

Bernardus (super hunc locum) trae aquel lugar de *Libro II de los Reyes*, cap. I *(a)*, que dice: «Omnes montes qui estis in circuitu, visitet Dominus a Gelboe autem transeat», etc. Llama montes de Gelboe á los soberbios ángeles, los cuales maldijo Dios luego que pecaron, siguiendo á Gelboe, que es Lucifer. «Los montes que están en rededor dél, visítelos el Señor; pero passe de largo los montes de Gelboe y no venga sobre ellos lluvia ni rocío del cielo»; permanezcan para siempre secos y estériles, porque en ellos murieron caballeros y cortesanos del cielo muchos.

Passa Dios por los soberbios y déjalos ir: visita los humildes y hácelos mercedes.

Los montes que están en rededor de Gelboe son los buenos ángeles y los hombres eminentes en santidad y en virtudes, y los collados son los humildes: unos y otros visita el Señor. SALIENS IN MONTIBUS, TRANSILIENS COLLES. Tanquam fons ascendens de medio Paradysi, irrigans universa, et «implens omne animal benedictione» *(Ps. 144*, 16). Potari interdum, vel raro promerentur, in quibus etsi non continuo fluit, saltim per horas salit aqua sapientiæ, et fons vitæ; ut fiat in ipsis quoque fons aquæ salientis in vitam æternam» [1]. ¡Triste del alma que, llegando Dios á ella, se passa de largo! «Miseria et egestas, et omnino fames valida in regione illa, quæ nullis unquam istiusmodi vel saltibus, vel instillationibus humectatur, præterfluente et transeunte illa fonte sapientiæ». «Et quia non habuerunt, dicit Scriptu-

---

[1] Unas veces hace sentir Cristo su presencia, y entonces nos instruye y enseña; otras se hace del ausente para movernos á desear y suspirar por su venida; ambas cosas son, por cierto, de harto provecho y utilidad al alma y á la Iglesia. Cuando arrecia la tentación, cuando las persecuciones se desencadenan sobre la Iglesia, entonces parece que está abandonada del Señor. En cambio, cuando se la ve floreciente y que, en las dulzuras de una paz inalterable, se desarrolla espléndida en frutos de santidad, es que entonces el divino Esposo hace sentir su presencia. A tales altibajos vivimos sujetos mientras nos hacemos dignos de que no sólo nos visite, como de paso, Jesús, nuestro bien, sino de que permanezca El y se quede para siempre á nuestro lado.

[2] El testimonio de los Santos Padres, que en este párrafo cita el autor, es idéntico á alguno de los que más arriba quedan ya expuestos. Unos refieren estas palabras á la sublimidad y grandeza de los dones y grados espirituales; otros, á la Encarnación de Cristo; éstos, á los templos y altares levantados á los ídolos, destruídos con la venida de Cristo, y en virtud del poder y de los milagros que en su nombre y por la virtud de su poder obraron los apóstoles.

(a) Las que se leen en el lugar citado, versículo 21, son las siguientes palabras: «Montes Gelboe, nec ros, nec pluvia veniant super vos, neque sint agri primitiarum .., etc.»: «Montes de Gelboe, ni el rocío ni la lluvia caigan ya *jamás* sobre vosotros, ni campos haya de donde sacar *la ofrenda* de las primicias..., etc.»

[1] Esta visita del Señor á las almas es para ellas á modo de aquella fuente que brotaba en medio del Paraíso, cuyas aguas regaban todas las flores y plantas de aquel jardín; y ella es—la visita del Señor—la que llena á todo sér viviente de bendición. En ella sacian su sed, al menos á intervalos, hasta que

ra (*Bar. III*, 28), sapientiam, perierunt propter suam insipientiam» ([1]).

SALIENS IN MONTIBUS, TRANSILIENS COLLES. Salta en los montes, para passar de claro los collados. Qui non vult ad omnes pertingere: *Quia non in omnibus* beneplacitum est *Deo, sed solum* super timentes eum» *(Psal. 146*, 11) ([2]). Al fin es mucho para temer considerar lo que el Esposo hace: que no obra como agente natural, sino voluntariamente y con grande providencia visita á unos y pássase de largo por otros. Tam enim apud angelos, quam apud nos, et in humiles salit, et superbos transilit *(Psal. 137*, 6). Sic beata Virgo *(Luc.*, I, 53): «Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes.» «Superbis resistit, humilibus dat gratiam» *(Jacob.* IV, 6). «Abscondisti hæc a sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis» *(Math.* XI, 25) ([3]). ¡Ay de los montes de Gelboe, que visitando Dios los montes que están en derredor dellos con el rocío de su gracia, los deja á ellos secos y estériles y desiertos de todo bien. «Sed si sic actum est cum angelo, dice Bernardo, quid de me (si superbia turgeo) fiet, terra, et cinere? Ille in cœlo intumuit, ego in sterquilinio. Quis non tolerabiliorem in divite *(a)* superbiam quam in paupere ducat?» ([4]).

(a) Corrijo esta palabra que hallo en acusativo, *divitem.*

De tres cosas que Dios aborrece mucho es una el soberbio pobre. «Væ mihi, si tan dure in potente illo animadversum est, pro eo quod elevatum est cor illius, neque ei profuit, quod cognata potentibus superbia esse cognoscitur: quid de me exigendum, et misero, et superbo?» ([1]).

Apártase Dios del alma soberbia y nacen en ella mil males.

De declinar Dios del alma soberbia nace en ella esterilidad y falta de devoción, sequedad y dureza. Cuájase el corazón como el queso, y queda como la tierra sin agua: falta la compunción; faltan las lágrimas; no saben bien los Salmos ni la lección de las Sagradas Escrituras; no hay gusto en la oración, ni se hallan las meditaciones de que el alma gozaba en su humildad; falta la embriaguez del espíritu, la serenidad y paz del alma y el gozo en el Espíritu Santo; hay pereza para las obras de manos, sueño para las vigilias, precipitación en la ira, pertinacia en el odio, indulgencia y suelta larga en la lengua y gula; pereza para la predicación. Verba D. Bernardi [Palabras son de San Bernardo]. ¡Ay de mí, que veo que visita el Señor todos los montes y á mí me deja! Uno veo de singular abstinencia, otro de paciencia admirable, otro de altíssima humildad y mansedumbre, otro de mucha misericordia y piedad; aquél se arrebata frecuentemente en la contemplación; el otro, con la instancia y porfía en la oración, penetra los cielos, y en las otras virtudes veo muchos aventajados y excelentes; á todos los considero fervientes, devotos, unánimes en el Señor, abundantes en las gracias y dones divinos; al fin, de verdad montes, á quien visita el Esposo celestial; y yo, que destas cosas ninguna en mí siento, ¿qué puedo pensar, sino que soy uno de los montes de Gelboe, por quien de largo se passa sin poner sus pies el que se digna de visitar y consolar los demás?

---

viene á convertirse para ellos en aquella fuente de aguas vivas,—de que habló Cristo Jesús á la samaritana—que salta hasta la vida eterna.

([1]) Árida y seca se halla el alma, cuando ni de un modo pasajero recibe la visita del Señor. Cúmplese en ella la sentencia que se lee en Baruch: «Porque no tuvieron sabiduría, perecieron por su necedad».

([2]) No á todos llega esta visita del Señor; porque no en todos «se complace; *pero sí* en aquellos que le temen *y adoran*, y en los que confían en su misericordia».

([3]) Apártase Dios de los soberbios y visita y llena de bienes á los humildes; y esto así en el cielo, entre los ángeles, como en la tierra, con los hombres. Díjolo la Santísima Virgen en su Cántico del *Magnificat:* «Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada». Porque:« Dios resiste á los soberbios; pero da su gracia á los humildes». «*Esconde sus misterios*, ó tiene encubiertos sus arcanos á los sabios y prudentes *del siglo*, á los soberbios, y los revela ó descubre á los pequeñuelos».

([4]) Si así lo hizo Dios con los ángeles, dice San Bernardo, ¿qué hará con el hombre, polvo y ceniza, si se llena de soberbia? ¿ellos en el cielo, y el hombre en la tierra, en un lugar tan bajo y despreciable? ¿No es, en cierto modo, más disculpable la soberbia y el orgullo en un rico y potentado que no en un pordiosero?

([1]) «¡Ay de mí!, continúa el mismo santo Doctor, que si tan duramente fué castigado aquel poderoso príncipe del cielo, sin que le sirviera de disculpa el que la soberbia suele ser patrimonio de los ricos y potentados, ¿qué ha de sucederme á mí, pobre y miserable gusanillo de la tierra?»

«Filioli, hæc cogitatio tollit extollentiam oculorum, conciliat gratiam, Sponsi saltibus præparat. In veritate didici, nihil æque efficax esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandamque, si omni tempore coram Deo inveniaris non altum sapere, sed timere. Time ergo cum arriserit gratia, time cum abierit, time cum denuo revertetur. Et hoc est semper pavidum esse» ([1]).

Para conservar la gracia y huir de la soberbia, se ha de temer, teniéndola, perdiéndola y volviéndola á cobrar

Estos tres temores han de suceder el uno al otro en el alma: cuando se siente estar presente la gracia, cuando se ausenta y cuando desenojado vuelve. Cuando está presente, teme no uses mal della *(II Cor.*, VI, 1; *I Timotheum*, IV, 14; *I Corint.*, XV, 33-4), porque el don de que no nos aprovechamos conforme á la intención del dante, redunda en ofensa y desprecio del que le dió. Lo cual juzgó el Apóstol por intolerable soberbia y de que habemos de huir con toda diligencia; y más, de pensar que es nuestro lo que de la liberalíssima mano del Señor habemos recebido, que es el despeñadero de muchos que de sí sienten magníficamente en la abundancia de sus visitaciones y regalos del Espíritu. «Manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hæc omnia *(Deut.*, XXXII, 20) ([2]). Y si habemos de vivir con temor estando con nosotros la gracia, faltándonos, por nuestra culpa, ¿no será razón que temamos? Mucho más verdadaderamente; porque adonde la gracia falta, desfallecemos nosotros. Audi quid dator gratiæ dicat: «*Sine me nihil potestis facere*» *(Joan.*, XV, 5). Time, ergo, subtracta gratia, tanquam mox casurus: time, et contremisce, Deo tibi irato: time, quia reliquit te custodia tua. Nec dubites in causa esse superbiam, etsi non apparet, etiam si tibi nihil conscius sis. Quod enim tu nescis, scit Deus, et qui te judicat ipse est ([1]).

No quita Dios la gracia al humilde; mas sí al soberbio.

Argumentum superbiæ, privatio est gratiæ: que no la quita Dios al humilde, sino al soberbio. ¿Y si vuelve la gracia? Multo amplius tunc timendum, ne forte contingat residuum pati; juxta illud *(Joan.*, capite V, 14): «Ecce sanus factus es: jam noli amplius peccare, ne deterius tibi aliquid contingat ([2]). Que mucho peor es la recaída que la caída, por la ingratitud aneja, y por la flaqueza del libre albedrio, etc.

Glossa ordinaria montes et colles apellat eos qui generalem Ecclesiæ conversationem, quasi floridam camporum planitiem, singular. mentis puritate transcendunt, et ab infimis recedentes, vicinius superna contemplantur. In quibus salit Sponsus, quia corda sublimium crebra visitatione illustrat; et non manet, sed salit, et transilit, quia hæc dulcedo contemplationis brevis est et rara, propter gravedinem carnis. «Terrena *enim hæc* inhabitatio deprimit sensum» *(Sap.*, IX, 15). Salit ergo, et transilit Sponsus; ideo a nobis rarius videtur ([3]).

([1]) «Hijitos mios, termina el melifluo Doctor, este pensamiento es poderosísimo para confundir los ojos altaneros, os merece la gracia y prepara el alma para recibir la visita del Señor. Bien experimentado y por muy cierto lo tengo, que nada hay tan eficaz para obtener, conservar y recuperar la gracia como el vivir humillado en la presencia del Señor. Temor santo que nos ha de acompañar cuando la poseemos, cuando la perdemos, y cuando de nuevo logramos recuperarla. Esto es poseer siempre el temor santo que nos salva.»

([2]) «Nuestra mano robusta, y no el Señor, es la que ha hecho todo esto».

([1]) Oye atentamente lo que el Señor, dador de la gracia, dice en el Evangelio: «Sin mí nada podéis hacer». Teme, pues, que, si te falta la gracia, muy pronto vendrás á caer; teme y tiembla, que está Dios enojado contigo; teme, porque te desampara tu defensor y tu amparador. En este caso no te quepa la menor duda que la soberbia tuya es la causa de que Dios te desampare y abandone, aun cuando tú ignores el cómo y el cuándo de esto. Para ti podrá ser oculto, pero no para Dios, que es tu juez y quien ha de sentenciar tu causa.

([2]) Indicio cierto de soberbia es la privación de la gracia... Mucho más temible que la primera caida es la recaída en el pecado, según aquellas palabras de Cristo al paralítico que sanó en la Probática piscina: «Bien ves cómo has quedado curado; no peques, pues, más en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor».

([3]) *La Glosa Común* llama montes y collados á aquellos que traspasan el modo de ser ordinario, á las almas privilegiadas, escogidas, que por su pureza, por la altura á que se levantan en la contemplación, descuellan en el seno de la Iglesia. A éstos viene el Señor, que se hace presente con más frecuencia á los corazones generosos, aun cuando es como de paso; y por eso se dice que viene como á saltos, por cuanto los gustos y consolaciones en esta vida

* ARTICULO III

De la presteza y gusto con que Dios acude á las almas que lo necesitan.

Cipriano, monje, en sus *Comentarios*, advirtió, y bien, sobre estas palabras, la presteza de Dios en su obrar y su infatigabilidad. Lo que concibe, ejecuta, sin que haya quien le impida ni detenga. Por esso se dice que atraviessa los montes, que suelen tener dificultossísima la subida, y assí salta y corre por ellos como si fuera llano.

Todo el poder y fuerzas humanas se cansan y desfallecen obrando; sólo Dios ni se cansa ni se fatiga; tan descansado se halló acabada la fábrica del mundo como lo estaba antes que lo criasse. ¡Qué de estorbo y dificultades tuvo aquella salida de los hijos de Israel de Egipto, y la entrada en la tierra de promissión! *(Exod.* VII, X, XVII; *Num.*, XXI; *Josue*, XII). La dureza grande de Faraón; la aspereza del camino; los embustes, astucias y aparentes milagros de los magos, en contraposición de Moisén; los enemigos cananeos, heteos, gebuseos, amorreos, etc. Todos montes, y el mar Bermejo al ojo, y los enemigos en el alcance, etc. Todo lo allanó el poder de Dios, hasta salir con su intento. «Attingit a fine usque in finem fortiter, *suaviterque» (Sap.*, VIII, 1), etcétera. (¹). Los medios ordinarios, suaves; pero si no bastan, toma los rigurosos. Anega á Faraón y á sus ejércitos en el mar; envíale primero ranas, moscas, etc., y otras plagas; mata los cananeos y atropella reinos y reyes, etc.

Dios ni se cansa ni se fatiga en cuanto hace.

Pues ¿qué dificultades no tuvo la predicación del Evangelio? Todo el imperio romano se le opuso; toda la sabiduría de Atenas; reyes, tiranos, filósofos, cuchillos, fuegos, tormentos, azotes, cruces, etc. ¿Bastó esso todo? No por cierto. «In omnem terram» *(Ps. 18*, 5), etcétera. Y si esta venida de que habla la Esposa se entiende de la Encarnación del divino Verbo, como lo entienden los más de los expositores deste lugar; y por los montes y collados se entienden los pecados gravíssimos que se le pusieron delante para estorbar esta medida, muy bien se nos descubre la grandeza del divino amor, pues rompió por tantas dificultades hasta salir con la empresa de nuestra redención.

Al fin, para hacernos bien no hay cosa que le impida, ni pecados que le venzan, ni piedras que le detengan. Diciendo El por San Juan á sus discípulos que volviessen otra vez á Judea para resucitar á su amigo Lázaro, queriendo ellos estorbar esta ida, le dijeron *(Joan.*, XI, 8): «Rabbi, nunc quærebant te Judæi lapidare, et iterum vadis illuc?» (¹); como si dijeran: ¿A dónde hay piedras de obstinación y dureza volvéis? ¿A dónde os echaron con tanta pertinacia y desvergüenza queréis ir otra vez? Essa es la misericordia de Dios que nunca cessa de ir y venir y dar vueltas por resucitar un pecador. En figura mandó Dios á Josué *(Josué*, VI, 2-5) que con sus soldados y el arca del Testamento diesse siete vueltas á la ciudad de Hiericó, tocando las trompetas y añafiles de plata, hasta que cayessen por tierra sus muros. ¿Qué hace Dios de rodear estos alcázares y fortalezas de nuestros corazones obstinados y duros, tocando los añafiles de sus divinas inspiraciones y las voces de sus predicadores, hasta hacer portillo por donde entrarles? No le importan á Dios las piedras de nuestra dureza, ni le atan las manos nuestros pecados, por graves que sean; poderoso es para ablandar guijarros y convertirlos en estanques de aguas, como dijo el Profeta *(Psalm. 113*, 8*)*. Una y muchas veces tienta nuestros pechos obstinados, para que nos asseguremos que por su parte no nos faltará el remedio, si queremos aceptarle; y aun para que no quede lugar á la desconfianza del perdón, por flaco y pusilánimo *(sic)* que sea el pecador.

Para hacer Dios bien al hombre, nada hay que le impida.

A ciertos hombres que como desespera-

---

no pueden ser definitivos, sino de breve duración y no con mucha frecuencia, por la condición de nuestra vida terrena. Porque «este vaso de barro (el cuerpo corruptible y terreno) deprime la mente, ocupada *que está* en muchas cosas». Viene, pues, el Esposo, visítanos y luego se ausenta; por eso rara vez en esta vida gozamos de sus regalos.

(¹) «Abarca fuertemente (la divina sabiduría, Dios) de un cabo á otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad».

(¹) «Maestro, hace poco que los judíos querían apedrearte, y ¿quieres volver allá?».

dos hablaban de su salvación dice Dios por Ecequiel (XXXIII, 10). «Sic loquuti estis dicentes: Iniquitates nostræ, et peccata nostra super nos sunt, et [in] ipsis nos tabescimus: ¿quomodo ergo vivere poterimus?» «Nuestros pecados se han levantado contra nosotros, y nos tienen el pie sobre el pescuezo, derribados en tierra; estamos corrompidos y enfistoladas las llagas, de manera que parece no haber medicina para ellas; ¿cómo, pues, podremos tener esperanza de sanar y de vivir?» Toda desesperación trae aneja á sí obstinación y dureza; en pareciéndole á un hombre que no tiene remedio, se deja estar en los pecados, como el jumento caído debajo de la carga, que si no le levantan y se la quitan, ni puede ni procura levantarse. A estos dice Dios por el mismo Ecequiel (*ib.*, 11): «Vivo ego, dicit Dominus, nolo mortem *peccatoris*, sed ut convertatur impius a via sua, et vivat. Convertimini, convertimini a viis vestris pessimis: ¿et quare moriemini, domus Israel?» [1]. Advirtió un sabio en este juramento, *Vivo ego*, que habían blasfemado del sér y vida de Dios éstos que desconfiaron de poder vivir, y por esso jura El que es vida y fuente del vivir, y que quiere que vivan. Lo que responde á sus discípulos es de harta consideración (*Joann.*, XI, 9): «Nonne, inquit, duodecim sunt horæ diei? [2]. Porque los reprehende de camino por el juicio, y declara la naturaleza del hombre, que es ser mudable, como el tiempo; quasi dicat: No desconfiéis de ninguno por pecador que sea, que en doce horas que tiene el día se puede mudar doce y doscientas veces. Ya habemos visto manos levantadas para hacer mal rendidas al servicio de Dios, y quitarse las capas y dejar las piedras y cortar ramos para hacerle fiesta (*Math.*, XXI, 8); y bocas que blasfemaban su nombre, las vimos pregoneras de sus alabanzas: los oficiales de los pontífices llevaban cartas requisitorias para prender á Cristo y súbitamente, oyendo su doctrina, se mudaron en otros y dijeron (*Joan.*, VII, 32, 46): «Nunquam sic loquutus est homo [1]. Al fin, no hay por qué desconfiar de nuestro remedio, teniendo Señor tan poderoso y misericordioso y que, para hacernos bien, viene saltando y atravesando montes y collados.

(1) «Yo juro, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos: ¿y por qué habéis de morir, oh vosotros los de la casa de Israel?»

(2) «Pues qué, ¿no son doce las horas del día?»

Saliens in montibus, transiliens colles.

Si per montes et colles intelligimus superbos et potentes hujus sœculi [Si por montes y collados entendemos los soberbios y poderosos de este siglo], es lindo sentimiento decir que por ellos anda Dios siempre de salto, como ciervo y cabra montés, que nunca calienta lugar, porque no le halló en ellos. Pássalos con arrebatada carrera, hasta llegar á su Esposa querida, que le espera y dessea. De nadie hace caso, ni le detiene ó impide el camino hasta llegar á su querida. «Et qui creavit me, requievit in tabernaculo meo» (*Eccli.*, XXIV, 12). Ex sententia doctissimi Patris Titelman notatur alacritas et promptitudo amoris, ex quo processit Incarnatio Filii Dei. Non enim quasi coactus, aut involuntarius, aut, quasi recalcitrans, rependo ad nos venit; sed magna promptitudine et mira alacritate præ vehementia desiderii, saliendo, quemadmodum ad festa solent adolescentes festinare, qui ad scholastica exercitia, vix, ut repant, minis aut numeribus induci possunt» [2]. No vino forzado,—ni viene, cuando le ha menester el alma, Esposa suya,—sino presuroso y alegre y como retozando, á la manera del cervatillo ó de la cabra montés. Por esto se sigue: SIMILIS EST DILECTUS MEUS CAPRÆ, HINNULOQUE CERVORUM SUPER MONTES BETHEL.

Por grande encarecimiento dice la Escritura de Assael (II *Reg.*, II, 18): «Porro Assael cursor velocissimus fuit, quasi una de capreis, quæ

(1) «Jamás hombre alguno ha hablado *tan divinamente* como este hombre».

(2) «El que á mí me dió el ser estableció mi tabernáculo *ó morada*».—Según nota aquí el sabio P. Titelman, hácese resaltar en estas palabras la prontitud y diligencia del amor que presidió en toda la obra de la Encarnación del Verbo. No vino, no, el Hijo de Dios al mundo, hecho hombre, como por fuerza, ni arrastrado ú obligado violentamente, sino de grado y como saltando de gozo por el grandísimo amor que nos tuvo—, como van los estudiantes y escolares á las fiestas—, ellos que apenas con la amenaza del castigo suelen acudir á las aulas».

morantur in sylvis» ([1]). Pues más ligero vino el Esposo en la Encarnación, y viene cuando con necessidad y veras le llama el alma. Item capreæ similis; porque las cabras moran de ordinario en lugares altíssimos y inaccesibles: como se dice en el *Libro I de los Reyes*, capítulo XXIV, de Saúl, que buscaba á David «etiam super abruptissimas petras, quæ solis sunt ibicibus, *vel capreis*, perviæ». Et Job (XXXIX, 1): «Nunquid nosti tempus [partus] ibicum in petris?» «Quis sicut Dominus Deus noster, qui in altis habitat, et humilia respicit in cœlo, et in terra?» *(Ps. 112*, 5-6) ([2]). Tiene su morada á la diestra y en el seno del Padre; y tiene tan aguda y perspicaz vista, que no se le esconden las cosas pequeñas y humildes en el cielo ni en la tierra. Caprea enim a *cernendo* dicitur; verbum enim græcum, a quo deducitur, cernere significat. Capreæ igitur similis est Sponsus, ut qui omnia cernat; cervorum autem hinnullo, ut qui vim adversariam propulset ac absumat, quam figurata loquutione, montes et colles appellavit. SUPER MONTES BETHEL ex interpretatione nominis sublimem cœlestemque vitam notare videntur» ([3]).

Divus Bernardus *(serm. 55 in Cant.)*, per capream, Dominum Jesum, Judicem omnium, intelligit, qui venturus est omnia opera nostra, verba, et cogitationes scrutaturus; sicut scriptum est Sophoniæ, I, 12: «*Ego* scrutabor Hierusalem lucernis *accensis*». «Acuto visu est, inquit iile; nihil inscrutatum relinquet oculus ejus. Quin et ipse est *scrutans corda, et renes (Ps. 7*, 10). Y si para Jerusalén ha de haber escrutinio, ¿qué será de Babilonia? Suffragatur huic sententiæ Philo, episcopus, qui præ cæteris animantibus capream visu et auditu excellere dicit Similem autem hinnulo asserit Christum; nam et malorum cupiditates ac vitia animæ inflicta, omnesque pestiferos morbos animi, præceptis, salutaribus, prædicationeque Sanctorum extirpat ac tollit, inseritque virtutes» ([1]). Saca el veneno de las almas con su infinita virtud y sabiduría. Sic enim habes *(Joan.*, XII, 31): «*Jam* princeps hujus mundi *ejicitur* foras». Et Job (XXVI, 13): «Obstetricante manu ejus, eductus est coluber tortuosus» ([2]).

Orígenes dice que ambos estos dos animales son limpios según la ley; y, lo que es de mayor consideración, que muchas veces se ponen juntos en estos *Cantares*. El uno, como ya dijimos, tiene excelencia en la vista; el otro es contrario y enemigo de las serpientes y ponzoñosas sabandijas. Eliano (lib. II de *Natura anim.*, c. IX) dice del ciervo que son tan contrarios entre sí él y las serpientes, y que tiene él tanto dominio sobre ellas, que aun en sus cuevas no están seguras dél, porque de allí las saca con maravillosa fuerza y virtud, puesta en la cueva la nariz y atrayendo el huelgo hacia sí. Qué virtud sea ésta ó cómo se haga esta atracción, sólo aquel Señor que se la dió lo puede alcanzar. Muchos dicen muchas cosas en el caso, que yo no oso poner aquí, por no me satisfacer.

([1]) «Y Asael era velocísimo corredor, como una corza de las que moran en las selvas».

([2]) «¿Por ventura, dice á Job Dios, tienes noticia del tiempo en que las cabras montesas paren entre las breñas». «¿Quién como el Señor nuestro Dios? Él tiene su morada en las alturas, y está cuidando de las criaturas humildes en el cielo y en la tierra».

([3]) Esta palabra *cierva*, *cabra montés*, trae su origen del verbo latino *cernere*, mirar, como se infiere de la palabra griega de donde se deriva. Y dícese que el Esposo divino es semejante á ella, porque todo lo ve ó mira como presente; y es comparado al cervatillo por cuanto salta por encima y vence todos los obstáculos que se le ponen delante, figurados en los montes y collados. El decir *sobre los montes de Betel*, parece indicarnos, según la etimología de este nombre, la gloria celestial y bienaventurada.

([1]) Entiende San Bernardo por esta palabra que vamos explicando, á nuestro Señor Jesucristo, juez de todos, universal, que ha de venir á examinarnos y tomarnos cuenta de todas nuestras obras, palabras y pensamientos; como se escribe en Sofonías: «Yo iré con una antorcha en la mano registrando á Jerusalén». Perspicaz y en extremo aguda —añade el Santo Doctor— tiene la mirada: no dejará rincón ni escondrijo sin registrar muy á fondo, puesto que *Él es el que penetra y escudriña los corazones y los afectos más íntimos*. Conviene con esta interpretación la que da el obispo Filón, quien afirma que, entre los otros animales, distínguese la cierva por la agudeza de la vista y del oído; y es comparado Cristo nuestro Señor al cervatillo, porque con su doctrina y enseñanzas, y con la predicación de los santos, expele del corazón y de las almas todo el veneno de los vicios y pecados.

([2]) San Juan dice: «Nunc princeps, hujus mundi ejicietur foras»: «ahora el príncipe de este mundo va á ser lanzado fuera.» Y Job: «Con la virtud de su mano fué sacada á la luz la tortuosa culebra».

Tal vez alude á esta propiedad de los ciervos David cuando dice en el Salmo 41, v. 1: «Brama el *sediento* ciervo por las fuentes de las aguas», mordido y fatigado de las serpientes; tal es el alma que se conoce emponzoñada de los pecados; cómo corre á Dios.

Opiano (lib. de *Venatione)* dice que en los confines de Libia hay muchas y muy grandes serpientes, y que en viendo á algún ciervo echado, se juntan y le acometen, y se traban dél hasta derribarle y morderle cruelmente; pero él da bramidos y las despedaza con los dientes; y quedándosele algunas asidas y partidas por medio, se va á buscar los ríos y fuentes, porque su veneno le lleva afligido y traspassado de sed, y entrando en el agua, no bebe, porque moriría, sino procura despedir á sus enemigos. Y estando allí le salen unas lágrimas de los ojos, que creciendo poco á poco se van cuajando y endureciendo, y á veces se hacen tan grandes como castañas, y saliendo del agua se sacude y las despide, y llámanse *piedras bezares* ó *lágrimas de ciervo.* Bezar significa señora de los venenos. Otras piedras más finas hay, que se crían en las tripas de las cabras monteses.

Y no solamente dura la enemistad de las serpientes contra el ciervo vivo, sino aun después de muerto; y assí el que durmiere sobre la piel deste animal estará seguro dellas. Es galaníssima alegoría llamar á Cristo cabra, por la agudeza de la vista, que no se le esconde nada y aunque parece que está lejos, mira muy de cerca vuestro trabajo y angustia de vuestro corazón. Ciervo, por la virtud maravillosa que tiene de sacar los pecados encovados en las almas, mediante su divino espíritu. Él es el que quebrantó la cabeza á la serpiente antigua. «Et *ipse (a)* conteret caput tuum» *(Genes.*, III, 15). «Tu confregisti capita draconis»*(Psal. 73*, 14), etc. ([1]). El ciervo se come las serpientes; sic Cristus peccata [así Cristo los pecados] y hace plato dellos á su Vicario San Pedro *(Act.*, IX) *(sic) (b):* «Occide et manduca». [Mata y come]. Pecados muertos bien se pueden comer; pero vivos son de mala digestión. El fuego del infierno no puede digerirlos. Essos ofreció Ma[g]dalena á Cristo en casa del fariseo, para que comiesse á una Dios y el hombre: al hombre mantenía el fariseo, y sin acordarse de Dios; Ma[g]dalena acudió á dar de comer á Dios, que ayunaba en el hombre; por esso se le dijo *(Luc.*, VII, 48): «Remittuntur tibi peccata *multa*», etc. ([1]).

¿Por qué se compara Cristo al cervatillo y cabra y no al ciervo y cabrón.

Notandum præterea [Nótese además] que no se compara aquí Cristo al ciervo ni al cabrón, sino al cabritillo pequeño y de leche, y á la cabra montés; para significar, en lo primero, su agrado, regalo y ternura, y en lo segundo, su amor para con nosotros. Es Él cervatico sobremanera agradable á los ojos, y tan querido de su madre, que en oyendo su balido viene sin huelgo, atravesando montes y despeñándose hasta dar con él; y herida y perseguida de los cazadores, no le deja ni se aparta dél. D. Gregorius hinnullum dicit appellari Christum ob nimiam teneritudinem. Eadem ratione dicitur filius unicornium; unicornis enim præcipuo quodam amore filios suo[s] prosequitur» ([2]).

Al fin, Él es el regalo del Padre y de su querida Esposa; y por excelencia se llama el querido de Él y della; pero ¿por qué se compara á la cabra montés? Gregorius: «Quia ex Synagoga traxit carnem, quæ per capream ostenditur» ([3]). Yo diría, porque como, entre los animales, ninguno se la gana á la cabra montés ó gama (græce, enim *Dorcas* dicitur) en el querer bien á su hijuelo, assí la gana Cristo á todas las criaturas en el amor que tiene á las almas. Grande es el amor, no hay duda, que se halla entre el marido y la mujer cuando son bien casados. ¡Qué regalos se hacen!, ¡qué caricias!, ¡qué ternuras! No parece que puede haber más: demos, empero, que ella

(a) En el texto de la *Vulgata* se lee *ipsa*, refiriéndose á la Santísima Virgen; pero en el Hebreo se lee *ipse*, con relación á Cristo.

(b) Léase: *Act.*, x, 13.

([1]) «*Él* (el descendiente de la mujer) quebrantará tu cabeza, etc.»: «Tú quebrantaste las cabezas del dragón, etc.»

([1]) «Perdonados te son tus pecados».

([2]) Dice San Gregorio que Cristo Señor nuestro es comparado al cervatillo por su ternura y amor. Por la misma razón se le llama también en el Salmo *hijo del unicornio;* porque entre los otros animales el unicornio muestra un mayor y más encendido amor á sus hijos.

([3]) Porque, según San Gregorio, en la naturaleza humana que tomó era hijo de la Sinagoga, figurada por este animal.

le quiebre una vez la fe que le debe, y él le dé libelo de repudio á ella. ¿Recebirla ha, por ventura, otra vez en su casa? No, por cierto. Assí lo dice Dios por Jeremías (cap. II) *(a)*, y añade: «Tu fornicata es cum amatoribus multis: tamen revertere ad me, et ego suscipiam te»; quasi dicat: «Tú no me has ofendido con uno solo, sino con cuantos te han querido; y tú los has buscado, y rogado y pagado por que pequen contigo, que es el último desgarro á que una mala mujer puede llegar» [1]. Tamen revertere ad me; quasi dicat: «¿Hay algún marido que haga esto?» Por Isaías *(Isai.*, XLIV), *(b)* compara Dios su amor para las almas al que la madre tiene al hijo único, salido de sus entrañas, y dice: «Nunquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui?» [2]. Parece cosa impossible. Es la lumbre de sus ojos; es el regalo de su corazón; es el espejo en que se mira; es el que ocupa su pensamiento á todas horas, y quien le lleva los desseos todos. Y, con todo esso, ha habido madres que se han olvidado de sus hijos y han sido crueles para ellos. «Ego tamen non obliviscar, dice Dios *(ib.*, 15-6); ecce in manibus meis descripsi te» [3]; para no poder olvidarte, como no se olvida lo que se trae en las manos. Que en esse sentido dijo el Profeta *(Psal.* 118, 109): «Anima mea in manibus mei semper» [4]; como cosa preciosíssima, que se trae en las palmas y no se puede olvidar. Por Jeremías *(Jerem.*, II, 32) encarece mucho Dios el amor que la doncella tiene á sus galas, y el acuerdo de la faja pectoral con que se aprieta los pechos y hace cintura; luego echa mano della y concluye que allí se puede dar olvido y desamor, mas no en Él.

Pero pasemos á contemplar lo que es más: el amor que se tienen el cuerpo y el alma, que vence y sobrepuja á todos los amores del mundo, como lo dió á entender el demonio diciendo á Dios *(Job.*, I) *(sic)* *(a)*: «Pellem pro pelle, et cuncta, quæ habet homo, dabit pro anima sua» [1]. Porque no haya división entre el ánima y el cuerpo se consiente un hombre cortar la pierna y el brazo, y sufre los cauterios de fuego y se pone á cualesquiera trabajos. Al fin, vence este amor al de la mujer, hijos, hacienda, honra y lo demás que hay de precio en el mundo. Sólo Cristo le venció con su amor; porque dió su vida por nosotros. Hinc Bernardus: «Si non dilexisset me, plusquam se, non tradidisset se propter me» [2]. Luego con razón la compara el Sabio á la cabra montés y al hijo de los ciervos, que, como dice Gregorio, fueron los padres antiguos, de los cuales descendió Cristo según la carne *(Rom.*, I, 3), ligeríssimos en el servicio de Dios y de contemplación maravillosa.

LECTIO IX

EN IPSE STAT POST PARIETEM NOSTRUM, RESPICIENS PER FENESTRAS, PROSPICIENS PER CANCELLOS *(Cant.* II, 9) [3].

* ARTICULO ÚNICO

En que según varias interpretaciones, (b) todas piadosas, se pondera el amor que descubre el Esposo en esconderse ó darse á conocer poco á poco.

Sermo est Sponsæ ad adolescentulas, tum de adventu celeri Sponsi admirantis, tum [Es

---

(a) Son estas palabras y las que siguen del capítulo III, 1.

(b) Debe leerse de este modo: *Isai.*, XLIX, 15.

(1) Refiérense estas palabras, como otras muchas semejantes que se hallan en los Profetas, á las idolatrías y adoraciones de falsos dioses á que el pueblo judío fué siempre tan propenso, no obstante la magnitud de los milagros y los extraordinarios portentos que para apartarlo de ese pecado obró Dios en su favor, singularmente desde su salida de Egipto.

(2) «¿Puede la mujer olvidarse de su niño, sin que tenga compasión del hijo de sus entrañas?».

(3) «Yo *nunca* podré olvidarme de ti. Mira cómo te llevo yo grabado en mis manos».

(4) «Tengo siempre mi alma en la mano».

(a) Léase: cap. II, vers. 4.

(b) Aparte de las que el autor pone en el texto, hallamos esta otra en nota marginal, que, por ser

(1) «El hombre dará *siempre* la piel *de otro* por *conservar* la suya propia, y abandonará *de buena gana* cuanto posee por salvar su vida».

(2) «Si no nos hubiera amado más que á sí mismo, no se habría entregado á la muerte por nosotros».

(3) LECCIÓN NOVENA.—«Vedle *ya* cómo se pone detrás de la pared nuestra, cómo mira por las ventanas, cómo está atisbando por las celosías».

lenguaje de la Esposa á las doncelluelas, admirada tanto de su pronta llegada como] de verlo escondido; de manera que sin ser visto la veía á ella. Es estilo de amantes, que se rebozan y se dissimulan en presencia de las personas que aman, para que, descubriéndoseles repentinamente, le doblen el alegría. Algunas veces se esconden desseando ser vistos, para por estos medios conocer el amor que hay entre ellos, el cual vuelven desta suerte más dulce y más sabroso:

Et fugit ad salices, et se cupit ante videri (1).

Prospiciens per cancellos.

Hebraice sonat pro *germinans* [en hebreo suena lo mismo que brotando]. Como la rosa y flores, cuando salen de sus capullos, que salen hermosíssimas y con un nuevo lustre y resplandor; porque aún no les ha tocado el aire ni el sol. Sic, per translationem [así, por traslado], se dice del Esposo que sacó la cabeza por la ventana como una rosa preciosíssima que sale del capullo, y por los canceles o celogías sus ojos, como las flores. Parece que alude al artificio de los claveles enredados y metidos en celogías de cañas, que aparecen y se muestran por aquellas ventanillas y entretienen la vista. Cuando assoma Dios y se deja ver y sentir del alma atribulada y llena de fatigas, parece una rosa divina que detiene la vista, y la recrea y regala grandemente.

En este destierro no vemos á Dios sino por entre celogías y ventanas.

No se le muestra sin estas celogías en tanto que en ella se hallan manchas de imperfecciones; mas como en el espejo que está por partes manchado, el que se mira no descubre su rostro en lo que tiene manchado, sino en lo limpio y reluciente, de manera que en partes se vee y en partes no, assí le sucede al alma que aún no ha despedido de sí de todo punto el miedo, el gozo, el dolor, la esperanza y los demás afectos de humanidad. Porque llegándose Dios á ella, como no está del todo clara y cristalina, no la baña toda con su luz; en parte se le encubre y en parte se le manifiesta; véele de manera que puede ser della visto, según la disposición que tiene y conforme á la necessidad que padece. Conoce y experimenta en sí maravillosos efectos de Dios; conoce sus dones y, por conjeturas, el beneficio de su gracia, hasta que se hace capaz y queda limpia como el cristal claríssimo, que entonces se le descubre el divino Esposo y quita el rebozo y entra por la puerta, y no por entre redes y encañados. Y, á la verdad, el ver á Dios en el destierro, es PER CANCELLOS ET FENESTRAS, manifestándose y encubriéndose á las almas con maravilloso artificio, para tenerlas siempre entre el temor y la esperanza, etc. *(a)*.

---

demasiado larga, no la damos como *ladillo*, sino en este lugar: «*Paz* parietem nostrum intelligit Sacramentum Altaris, ubi, sub muro accidentium, latet Christus. Respicit per fenestras, hoc est: in Scripturis Sacris, per Sanctos Doctores, qui per Isaiam fenestræ appellantur *(Isai.*, LX). Prospiciens per cancellos, id est: per creaturas *(Rom.* I): «Invisibilia Dei, etc.» El P. Paz entiende por esta *pared nuestra* de que aquí se habla el Santísimo Sacramento del Altar, en el cual, tras el muro de los accidentes, se oculta y permanece escondido Cristo, Señor nuestro. *Miranos por las ventanas;* esto es: en las Santas Escrituras por medio de los Doctores santos, á quienes el profeta Isaías llama ventanas. *Atisva por las celosías,* quiere decir: por medio de las criaturas, por medio de las cuales, según el testimonio de San Pablo, se conocen y ven los misterios escondidos de Dios».

(1) Huye á la espesura, á esconderse entre los sauces, provocándome con sus miradas á que la siga... *(P. Virgilii Maronis,* Egloga III, verso 65.—OPERA, Madrid, in Typographiæ Regiæ, 1773.)

(a) Por las razones que en la nota *(b)* precedente hemos notado, insertamos la nota marginal que en este lugar hallamos en la misma forma que aquélla: «Orgelitanus episcopus per fenestras aspicere dicit esse cum quædam sui occultat Sponsus, quædam vero manifestat, secundum capacitatem Sponsæ. De quo multa in *Bibliotheca Sanctorum Patrum,* tomo II, pág. 421 et 433 usque 437.—Vel per fenestras vidit, quando in parabolis loquutus est, vel quando vulneratus pedibus, manibusque ac latere. Per vulnera enim quasi per fenestras vel retia nos loquitur, etc.»: El obispo Orgelitano dice que este *mirar por las ventanas* es cuando el celestial Esposo se oculta á las almas en parte, y en parte se les descubre, según la disposición y capacidad que halla en cada uno; de lo cual puede verse abundante doctrina en la *Biblioteca de Los Santos Padres* (lugar citado). *Mira por las ventanas* cuando nos habla por medio de parábolas, ó también, cuando por amor nuestro, fueron llagados sus pies, sus manos y costado. Cierto: por medio de estas llagas nos habla muy elocuentemente, aunque como por velos y entre celajes, etc.»

Algunos trasladan del hebreo: «*En ipse stat post parietem nostrum et prospicit per fenestras*» seseque prospiciendum exhibet per cancellos. Verbum enim hebræum *masis* prospicere faciens significat (¹).

De manera que, bien considerado, en este aparecimiento hay dos acciones: la una del Esposo, que se ofrece á la vista; la otra dél mismo, que hace que le veamos. Lo cual prueba lo que les sucedió á los discípulos que iban á Emaús, que les aparece Cristo, camina con ellos, habla y interpreta las Escrituras, y no le conocen, porque el mismo que les aparece les impide el conocerle; y Él mismo les abre los ojos para que le conozcan *(Luc.*, XXIV, 15-31). Lo uno y lo otro es menester: que se represente Dios al alma, y que le dé ojos para conocerle; que es lo que pedía el Profeta diciendo *(Psalm. 118*, 18): «Revela oculos meos: et considerabo mirabilia de lege tua» (²). Hartas maravillas tiene Dios reveladas en su divina ley, pero muy pocos tienen ojos para verlas, y piden cada día de nuevo señales y milagros del cielo, como los pedían los pérfidos judíos á Cristo *(Math.*, XII, 38).

Pater Suarez parietem hunc carnem nostram intelligit, et appropiationem Sponsi, Verbi incarnationem. CANCELLOS ET FENESTRAS, per quas respicere perhibetur, sensus carnis, et humanos dicit affectus, per quos experimentum cæpit omnium humanarum necessitatum: «vere enim languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.» *(Isai.*, LIII, 4). Humanis ergo affectionibus sensibusque corporeis pro foraminibus usus est, et fenestris, ut miserias hominum homo factus experimento sciret, «et misericors fieret *(Hebræos*, II, 17). Sabíalo antes que se hiciese hombre; pero de otra manera: «Sciebat virtutem obediendi ipse Dominus virtutum, et tamen «ex iis, quæ passus est, didicit obedientiam» *(Hebr.*, V, 8). Quæsivit apud nos rimas et fenestras sibi, ut per eas calamitates nostras diligentius exploraret. Tot autem in nostro ruinoso, et pleno rimarum pariete invenit foramina, quot nostræ infirmitatis et corruptionis in suo corpore sentit experimenta (¹). ¡Cosa grande y digna de consideración atenta y prolija, confessar en Dios carne con sus sentidos todos, ojos, oídos, lengua, olfato, manos, etc., y que oiga yo su voz como la mía, y Él la mía con oídos como los míos; que coma y beba con necessidad, y experimente mis fatigas y miserias en su cuerpo! Con mucha razón, por cierto, dijo Él á sus Apóstoles *(Luc.*, X, 23): «Beati oculi qui vident quæ vos videtis», et aures quæ audiunt quæ vos auditis (²). Antes de la Encarnación decíase que Dios tenía ojos y oídos por metáfora; pero después della, tiene carne y sentidos, atentos á las necessidades y clamores de los suyos, etc. «Sufragatur huic expositioni Divus Bernardus (*serm. 56 in Cant.)* et Divus Gregorius, qui per parietem humanitatem assumptam intelligit, in qua divinitas latuit. Prospexisse autem per fenestras et cancellos, eo quod partim videbatur, et partim latebat (³).

(¹) Algunos trasladan del hebreo de esta manera: «Vedle *ya* cómo está escondido tras de la pared nuestra, y mira por las ventanas», dejándose entre tanto Él ver por las celosías. Porque el verbo hebreo *masis* significa hacer mirar.

(²) «Quita el velo de mis ojos, y contemplaré las maravillas de tu Ley».

(¹) El P. Suárez entiende por esta *pared nuestra* la carne, el cuerpo mortal que el Verbo tomó en la Encarnación. «Estas ventanas y celosías, dice, son los sentidos y potencias corporales, todas las facultades de la humana naturaleza que con nosotros le son comunes, por medio de las cuales adquirió experiencia propia y personal de las necesidades, flaquezas y miserias (excepto el pecado) que á nosotros nos aquejan: «Es verdad — como dice Isaías —, que Él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias, y cargó con nuestras penalidades». Valióse, pues, de las facultades y potencias de la naturaleza humana como de medios para conocer mejor y más de cerca las miserias de sus hermanos los hombres, por quienes Él quiso hacerse también hombre, á fin de ser «un Pontífice misericordioso». Cierto que, como Dios que era, sabíalo ser, é igualmente obedecer; pero «aunque era Hijo de Dios, aprendió *como hombre*, por las cosas que padeció, á obedecer». Hízose semejante á nosotros en todas las miserias y flacos, para poder atender más de cerca al remedio de ellos. Eran aquéllas tantas cuantas son las que en sí mismo quiso experimentar, que fueron todas las nuestras, fuera del pecado.

(²) «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis», y los oídos que oyen lo que vosotros ois.

(³) Los dos Santos Padres, San Gregorio y San Bernardo, ven también significada la humanidad que el Hijo de Dios tomó por amor nuestro en las palabras que vamos comentando.

Algunas veces nos está Dios mirando y atentíssimo á nuestras necessidades y trabajos, y á nosotros nos parece que está muy lejos y olvidado de nosotros. Dixit Syon: «Dereliquit me Dominus, et Dominus oblitus est mei. ¿Numquid oblivisci potest mulier infantem suum?, etc. *(Isai.* XLIX, 14-5) ([1]). Parece que se enoja y lo toma por afrenta. ¡Cómo! ¿que haya quien diga, Dios me ha desamparado? ¿Dios está olvidado de mí?; quasi dicat: Es imposible olvidarme de los hombres, etc.

Aunque parece que Dios se ausenta, siempre está con nosotros para ayudarnos en nuestras tribulaciones y trabajos.

Por algún breve espacio de tiempo hace que se olvida y nos deja; pero luego acude, como la cabra al balido de su cabritillo. Assí lo dice Él por Isaías *(Isai.,* LIV, 7-8): «Ad punctum in modico»; por poco tiempo y en cosas pequeñas, «dereliqui te, et in miserationibus maximis»; para favores y misericordias grandes, «recordatus sum tui. In momento indignationis abscondi faciem meam». Mil ocasiones de ira y de indignación damos á Dios cada hora, y algunas veces se le sube el humo á las narices; pero dúrale poco, un momento, y en esse nos esconde su rostro; mas luego vuelve haciendo con nosotros franquezas y liberalidades: «Et in misericordia sempiterna auxiliatus sum tibi ([2]). San Atanasio cuenta de San Antonio, abad, que en una gravíssima tentación y batalla campal que tuvo con los demonios, que le azotaron y hirieron cruelmente y dejaron por muerto, idos ellos y apareciéndole un rayo de luz del cielo, mirando á una y otra parte vió en él á su querido Jesús, y con ternura de palabras le dijo: «Ubi eras, Domine Jesu? ¿Cur non affuisti, ut mihi inter tot vulnera opem ferres?» ([3]). Al cual respondió Cristo: «Antoni, hic eram expectans certamen tuum, et quia viriliter decertasti, faciam te in toto terrarum orbe nominari» ([4]). Da lugar el Señor con estas ausencias suyas á la tribulación y á la tentación, que estando presente no llegarian; como se lo dijeron Marta y Ma[g]dalena *(Joann.,* XI, 21-32): «Domine, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus» ([1]); quasi dicat: «No se atreviera á entrar en mi casa la muerte si estuviera en ella la vida». EN IPSE STAT. Está, pero escondido, para que allegue el tentador, como se dice del mismo Cristo: que habiendo manifestado su divinidad en el ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, luego que la encubrió con la hambre, «accedens tentator dixit *(Math.,* XXIV) *(sic) (a): «Si Filius Dei est,* etcétera ([2]). Aunque vos no veis al Esposo, ni le sentis, cuando sois atribulado, El os está mirando y considerando muy por menudo vuestros trabajos y essa calamidad en que estais puesto; y si os siente flaco y que vais á caer, extiende su mano y ayuda vuestra enfermedad. ¡No desmayes, alma; que si no ves ni sientes á tu Dios en la tentación, no es porque está lejos, sino porque á tí te conviene essa manera de ausencia para ejercicio de tu paciencia y mérito!

Por acrecentar en nosotros su amor y aguzar el deseo se esconde Dios.

Bernardus *(serm. 56 in Cant.),* Ambrosius *(sermone 6 in Psalm. 118),* Origenes (lib. IV *Homil.,* hom. 3), Augustinus *(tract. 58 in illud Joannis: Vado parare vobis locum),* todos dicen que el darse Dios poco á poco al alma, y el no dejarse ver sino por celogías, y el esconderse y manifestarse á tiempos, es por acrecentar en su Esposa el amor y aguzar el desseo.

([3]) Divus Basilius per parietem intelligit veterem hominem, qui impedit, quominus Christum videamus. Hebræi, nubem quæ erat inter Deum et populum. Deus autem respiciebat per fenestras; id est, aperturas illius nubis

---

(a) Debe leerse de este modo: *Math.,* IV, 3.

([1]) Y *entonces* dijo Sión: «El Señor me ha abandonado y se ha olvidado de mí. Pues qué, *respondió el Señor:* ¿puede la mujer olvidarse de su niño, sin que tenga compasión del hijo de sus entrañas?»

([2]) «Pero en seguida me he compadecido de ti con eterna misericordia».

([3]) «¿En dónde estabas, Señor? ¿Por qué no viniste en mi socorro y ayuda?»

([4]) «Antonio, aquí estaba, presenciando tus combates, y por cuanto has luchado valerosamente, yo haré que seas celebrado en todo el mundo.»

([1]) «Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano.»

([2]) «Entonces acercándose el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en pan».

([3]) San Basilio entiende por esta pared *al hombre viejo,* á la concupiscencia y al pecado, que nos impiden ver á Cristo Señor nuestro. Los Hebreos la interpretan por aquella nube, de que se habla en el *Éxodo,* que se interpuso entre Dios y el pueblo, cuando Moisés subió al monte á recibir la Ley que

emissis coruscationibus, et lampadibus, etc. Philo, episcopus, parietem dicit legem, ex Paulo *(Ephes.* II, 14): «Et medium parietem dissolvens», etc. PER FENESTRAS, id est, prophetas; CANCELLOS, id est, Apostolos, dure nimis, et allegorice valde sequutus Gregorium Nissenum, et Psellum *(a)*.

Aliqui per parietem peccatum intelligunt [Algunos por la pared entienden el pecado]; porque él solo nos divide de Dios; sed impropie nimis [mas con harta impropiedad]; porque estas ausencias y este retirarse el Esposo no arguyen pecado en el alma que mereció el nombre de Esposa.

Glossa ordinaria: «Paries, inquit, est mortalitatis conditio, quam peccando meruimus; qui ita conditi sumus, ut si non peccaremus, omnes electi divinum lumen indefesi cerneremus, ad quod intuendum perpauci perfectiores, cum labore, fide purificati, nunc pertingunt. Sed in hoc pariete misericordia Dei fenestras et cancellos, unde nos prospiceret, fecit; quia mentibus, quanquam oppressis, gratiam suæ cognitionis aperuit, et crebra nos suæ inspirationis luce respicit, etc.

Interlin: STAT, inquit, POST PARIETEM NOSTRUM, quia indutus carne nostra, ita manet in nobis, ut a nobis videri non possit (¹).

NOSTRUM; id est, nobis resistentem, sed non ei. A mí me impide esta pared el verle; pero á Él no le hace estorbo ninguno. Titelman per *parietem nostrum* intelligit, vel corporis nostri impedimentum, quominus Sponsum videamus, vel corpus Sponsi, quo divinitas tegebatur, sed non ita ut signa inhabitionis suæ non daret (¹).

Post parietem; id est, post naturam carnis latebat, sed non ita, ut non multa signa suæ divinitatis ostenderet. Aunque más se escondía el león de Judá, no era tanto que no se le viesse lo divino: salían resplandores de Él como por celogías; no se descubría todo sino por entre los dedos, como dice Job *(Job*, XIII, 24).

Nunca dió mayores muestras Cristo de su divinidad que cuando murió en la cruz.

Nunca dió Cristo mayores muestras de que era Dios que cuando se rompió la pared de su carne en la cruz; como se le hicieron tantos agujeros y se le abrió en el costado ventana, no pudo la divinidad esconderse, salió como de represa. «Ubi enim te exinanisti, ibi charitas magis enituit, pietas amplius radiavit», inquit Bernardus (²). Rasgóse el velo del templo y apareció la hermosura del santuario; encubrióse la hermosura y el poder, y declaróse la bondad infinita de Dios; salieron luces como de la nube en que Dios hablaba con Moisén cuando en el monte de Sinaí daba la ley. Estas luces vieron muchos, y hiriendo sus pechos se volvían á sus casas diciendo: *(Math.*, XXVII, 54): «Verdaderamente éste era Hijo de Dios». No se pudo encubrir ni disimular la divinidad, rasgada la humanidad que la encubría. San Pablo dijo *(Philip*, II, 7): «Et habitu inventus ut homo»: y el hábito no cubre todo hombre,

(a) Ambrossius: POST PARIETEM, ut inimicitias animæ et corporis solvat, sublato pariete qui impedimentum concordiæ videbatur: San Ambrosio dice que Cristo está detrás de la pared, para establecer la paz entre el cuerpo y el espiritu, haciendo que aquél obedezca á éste. *(Nota marginal del autor.)*

Él le dió. Dios miraba y veía al pueblo á través de aquella nube, como entre celajes, despidiendo rayos y haciéndoles oir horrísonos truenos, signos de su presencia y de su poder. Filón, obispo, dice que es significada por esta palabra la Ley antigua, según aquello de San Pablo á los de Efeso: «El, Cristo, es nuestra paz, el que..., rompiendo, por medio *del sacrificio* de su carne, el muro de separación, etc.»; por medio de los Profetas y de los Apóstoles, siguiendo en esto á San Gregorio Niseno y á Pselo.

(¹) La Glosa ordinaria ó común: «Esta pared, dice, es nuestra misma condición mortal en que ahora vivimos, á la que quedamos sujetos por el pecado, ya que de tal modo nos hizo Dios que, de no haber pecado, contemplaríamos á Dios sin velos ni obstáculos; contemplación á la que muy pocos, y éstos los más perfectos, llegan ahora, una vez purificados por la fe. No por esto nos dejó Dios del todo abandonados, sino que, por triste que sea nuestro actual modo de ser, nos abre mil sendas y caminos por donde llegamos á conocerle, iluminadas nuestras almas por la luz de su gracia». Y la *Interlineal:* «*Está Él detrás de la pared nuestra*, por cuanto revestido de nuestra naturaleza, de tal modo está con nosotros, que no puede ser visto naturalmente por nosotros».

(¹) Titelman quiere que esta palabra signifique, ó nuestro cuerpo mortal, que nos impide ver al Señor, ó el cuerpo de Cristo tras del cual se escondía, si así puede decirse, el Verbo divino.

(²) En aquella ocasión en que con mayor empeño te humillaste, oh Señor, hasta anonadarte, en ella precisamente resplandeció con mayor gloria tu caridad, allí se descubrió mejor tu piedad.

que descubierto deja el rostro y las manos. Tales obras hacía Cristo, que daban testimonio de que era Dios, y en su rostro dice San Jerónimo que resplandecía no sé qué divino, que arrebataba los hombres para sí y los cautivaba de su amor.

Los Setenta intérpretes trasladan este lugar de esta manera: «Ecce hic post parietem nostrum, incumbens per fenestras, prospiciens per retia». San Ambrosio y Origenes añaden: «Stetit». Algunos leen: «Eminet per retia». Sic Theodoretus, et græci multi, significando que todo está lleno de redes y de lazos del demonio, y que Cristo las ve todas. «Eminet super retia», y nos libra de ellas; porque, como dijo San Juan: (*I Joan.*, III, 8): «In hoc apparuit, ut dissolvat opera diaboli». Sed et altius quid innuitur, inquit Theodoretus: «Sponsam scilicet, Sponso suo per fenestras in præsenti frui». Divus Ambrosius, Gregorius Nissenus, Theodoretus, Origenes et alii, ex græcis interpretibus, sequuti Septuaquinta, multa de his retibus scripserunt, quæ omnia duximus relinquenda, tanquam minus apta litteræ, etsi alias eleganter nimis dicta» (1); y porque para mí lo mismo es redes en este lugar que celogías ó canceles hechos con sus mallas, para ver y no ser vistos.

Y lo que dice Orígenes (lib. IV *Hom.*, homilia 3) que junto á la puerta de la Esposa estaban armadas redes para que si saliesse ella, ó alguna de sus doncellas, se enredassen, más parece fábula que historia verdadera.

Sed aliquando bonus dormitat Homerus.
(Hor. Flac., *De Art. poet.*, v. 359).

Hortulanus, PER FENESTRAS RESPICERE, esse, ait, cum Sponsus manifesta nobis exhibet sui favoris argumenta. PER CANCELLOS, cum ejusdem favoris signa præbet oscuriora (2).

(1) Dijo San Juan: «Por eso vino el Hijo de Dios al mundo, para deshacer las obras del diablo». Quieren dar también á entender, añade Teodoreto, otra cosa más alta estas palabras, á saber: que en esta vida aun llega el alma santa á gozar, aunque de paso, de la presencia del Esposo. Este y otros Santos Padres añaden variadas consideraciones á este tenor, todas las cuales me ha parecido conveniente —añade el autor—omitir, por considerarlas menos ajustadas á la letra, aunque dichas y escritas con mucha elegancia.

(2) Hortulano por *mirar por las ventanas* entiende cuando el Esposo regala, favorece y consuela á las almas de un modo patente y descubierto, y por *mirar por las celosías*, cuando, si bien nos es favorable y nos consuela, lo hace, con todo, de un modo apenas perceptible para el alma; cuando á ésta la prueba con sequedades y aridez de espiritu.

LECTIO X

EN DILECTUS MEUS LOQUITUR MIHI: SURGE, PROPERA, AMICA MEA, COLUMBA MEA, FORMOSA MEA, ET VENI. JAM ENIM HIEMS TRANSIIT, IMBER ABIIT ET RECESSIT. FLORES APPARUERUNT IN TERRA NOSTRA, TEMPUS PUTATIONIS ADVENIT: VOX TURTURIS AUDITA EST IN TERRA NOSTRA. FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS, VINEÆ FLORENTES DEDERUNT ODOREM SUUM. SURGE, *propera*, AMICA MEA, SPECIOSA MEA, ET VENI: COLUMBA MEA IN FORAMINIBUS PETRÆ, IN CAVERNA MACERIÆ, OSTENDE MIHI FACIEM TUAM, SONET VOX TUA IN AURIBUS MEIS: VOX ENIM TUA DULCIS, ET FACIES TUA DECORA *(Cant.*, II, 10-14) (1).

* ARTICULO PRIMERO

Exposición literal y espiritual de los cuatro primeros versos de esta lección.

Aún no está dentro de su posada el querido, que desde la calle habla y convida á su

(1) LECCIÓN DÉCIMA.—«He aquí que me habla mi amado—prosigue la Esposa—, *y dice:* Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y vente *al campo;* pues pasó ya el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias; despuntan las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído *ya* en nuestros campos; la higuera arroja sus brevas, esparcen su olor las florecientes viñas. Levántate, *pues* (en la *Vulgata* no se halla el *propera,* que aquí repite el P. Ángeles), amiga mía, beldad mía, y vente; *oh, casta* paloma mía, tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce y lindo tu rostro.»

Esposa á que se levante y le siga; porque no hay cosa que pueda impedirles el camino. «Levántate, dice, date priessa, amiga mía, paloma mía y hermosa, y vente para mí. Porque ya se passó el invierno y cessaron las lluvias: ya se han visto flores en nuestra tierra, y el tiempo de la poda se ha llegado: hase oído la voz de la tórtola en nuestros ejidos; las higueras están abotonadas y las viñas floridas han dado de sí bueno y suave olor». Cum gaudio memoratur Sponsa, qualis, et cujusmodi fuerit vox Sponsi, quæ illi tantam attulit tætitiam. Invitat enim illam dulcissimis verbis, primo ut surgat, abjecto torpore, et properet ad æterna, veraque gaudia prosequenda. Sic *Rom.*, XIII, 12: «Nox præcessit», etcétera. «Et hora est jam nos de somno surgere» *(ib.*, 11). Et similia, quæ sunt in Novo Testamento post Christi adventum (¹). Pinta el Esposo divino un tiempo muy agradable y apacible, y dispuesto para caminar en su seguimiento la Esposa; tiempo sin excusa. Tiene de costumbre Dios quitarnos los estorbos y inconvenientes para dejarnos inexcusables; y aun porque no quiere que le sigamos con descomodidad nuestra y á todo riesgo. Luccetino (lib. de *Rerum natura)*, hablando con la diosa del amor le dice assí:

Te, Dea, te fugiunt venti, te nubila cæli;
adventumque tuum tibi suaves Dedala tellus,
submittit flores (²).

Virgilio, en sus *Bucólicas* (Egloga III, verso 56) exhorta á un pastor con el buen tiempo:

Et nunc omnis ager, nunc omnis parturit arbos, etc. (³)

(¹) Recuerda con verdadera fruición la Esposa la suavidad y dulzura de la voz de su amado por medio de la cual éste la había consolado tanto. La invitación que ahora la hace encamínase, primeramente, á que sacuda la pereza y busque con empeño y resolución los bienes eternos, que es lo que se lee en la epístola á los *Romanos*: «La noche está ya muy avanzada, etc.» y: «Hora es ya de dispertarnos de nuestro letargo», con otras muchas á estas semejantes que se hallan en el Nuevo Testamento.

(²) «Huyen de ti, oh diosa, los vientos inclementes y las nubes del cielo; la tierra cubre de flores los caminos y las sendas por donde has de hacer tu llegada.»

(³) «Los campos cúbrense ya de verdor, brotan en los árboles las yemas», etc.

Philo (in lib. *Quod Deus sit immutabilis*, tomo I, pág. 260) describe admirablemente y con grande propiedad la primavera. Y Gregorius Nazianc. *(orat in 9 Dominicamque in vernum tempus incurrit)*, dice cosas admirables; allí las podrá ver el lector curioso.

Surge.

Luego en la cama se estaba. Y para que le siga hace dos cosas: la primera, regálala con palabras ternissimas, que es cebo bien poderoso: AMICA MEA, COLUMBA MEA, SPECIOSA MEA, ET VENI. La segunda, aficiónala con el tiempo apacible: JAM HYEMS TRANSIIT, etc. AMICA, propter veram fidem charitate formatam; COLUMBA, propter simplicitatem; FORMOSA, propter operationem (¹). San Juan Crisóstomo llamó á la Cuaresma verano de la Iglesia; porque particularmente nos llama Dios y provoca á que nos levantemos de los pecados y le sigamos, haciendo penitencia. SURGE. Levántate, alma cristiana, del cieno de los vicios en que estás atollada; levántate de la mala costumbre del pecar en que estás caída; levántate del amor impuro de las cosas visibles al puríssimo de las invisibles y eternas.

Propera.

No dilates tu conversión y el seguirme, que es negocio peligroso el dilatarlo. Algunos dicen que trata aquí el Espíritu Santo de la salida de los hijos de Israel de Egipto: á lo menos, si no fuere esto, servirá para declarar lo mucho que nos importa dejar los pecados y la priessa que nos da Dios. La Escritura dice *(Exod.*, XVII) (*sic*) *(a):* Que tenían las mujeres el pan ó la masa en las artesas, y que no quiso Dios que esperassen á que se leudasse, sino que, envuelta en las capas, los hombres se la echassen acuestas y caminassen. Y á los mismos gitanos les dió espíritu «para que los apretassen y les obligassen á hacer con grande

(a) Debe leerse de este otro modo: *Exod.*, XII, 34.

(¹) Llámala amiga por razón de la fe que, acompañada de la caridad, moraba en su alma; paloma, por su sencillez é inocencia, y hermosa, por la actividad de su celo.

brevedad su jornada». «Urgebant Ægiptii, populum de terra exire velociter» (*ib.*, 33). Y de esso tuvo significación el cordero, que se había de comer en pie, con báculo en las manos y de priessa. Cuando Dios llama, no ha de haber roncerías, ni excusas, ni largas. Et hora surgendi non te trices (*Eccli.*, XXXII, 15) ([1]).

Si oyes la voz de Dios que te llama, no aguardes á cumplirla mañana.

Surge, propera, amica mea, etc.

Todos éstos son epitetos y títulos cariciosos, que dan ánimo y confianza para venir á Dios, aunque muchas veces le tengamos ofendido. Amiga, porque eres mi criatura; hermosa, porque eres mi imagen; paloma, por tu simplicidad. Parece que excusa con este nombre nuestras miserias, porque es cosa fácil engañar una paloma, y son muchos los enemigos que tiene. De Efraín dijo un profeta: «Ephrain, columba seducta, non habens cor» (*Osee.*, VII, 11) ([2]).

Jam hyems transiit.

Trae consigo el tiempo del invierno grandes inconvenientes y estorbos para salir los hombres de sus casas y hacer jornadas largas, como es la que hay del pecado á la gracia: los lodos, las aguas, los aires y arroyos crecidos. Crecen las melancolías; encógense las manos, que apenas osamos sacarlas del seno ó de los guantes ni aun para tomar agua bendita; los árboles, las hierbas y las aves, con el frío están como sin vida; ni hay hojas, ni flores, ni frutos, ni cantos. En el verano todo revive y resucita: aparecen las flores; vístense los campos de colores varios, y rompen el silencio las aves mudas. Especialmente se oye la voz de la tórtola, ave que por canto tiene llanto; y significa el ánima penitente, que llegando el buen tiempo comienza á lamentar su mala vida y dar voces pidiendo misericordia, que es la música más suave y de mayor gusto que se puede dar á Dios. VOX TORTURIS, etc.; de qua supra multa diximus, et alibi dicemus, Deo volente [de la cual dijimos arriba ([1]) muchas cosas, y hablaremos en otras partes si Dios quiere].

([1]) En llegando la hora de levantarte *de la mesa*, no te entretengas...»

([2]) «Se ha vuelto Efraín como una imbécil paloma, falta de entendimiento».

* ARTICULO II

Síguese una colección de sentencias de varios doctores sobre estos versos (a).

JAM HYEMS TRANSIIT; id est, legis austeritas; ita Gregorius. FLORES APPARUERUNT. Adjungit pulcherrimam veris descriptionem per quam intelligitur tempus gratiæ, quod maxime idoneum est ad operandum. Nam, ut ait Theodoretus, tempus quod præcesit adventum suum, hyemem vocat Christus. Ver autem, id quod subsequutum est; æstatem vero sœculum, quod expectamus. Ideo dixit: FLORES, non fructus apparuisse in terra nostra. Fructus autem in beata vita percipiuntur, hic autem putantur vites, ut uberiorem fructum ferant (*Joan.*, XV, 2) ([2]). Naturalmente brota y produce la tierra en el verano flores.

Ambrosius (libro de *Cayn y Noe)* entiende en estas flores las señales de la salud que se nos dió por Cristo, ó las singulares prerrogativas del Nuevo Testamento. San Jerónimo (lib. I, *adversus Jovinianum)* lo interpreta de las vírgenes que comenzaron á florecer en la Iglesia en sus principios. San Ambrosio (libro

(a) Este epígrafe lo trae así el autor: *Sequitur cathena Doctorum super hunc locum.*

([1]) Véase pág. 241 y siguientes.

([2]) *Ya pasó el invierno;* quiere decir: ya está abolida la aspereza de la ley antigua; así lo dice San Gregorio, el cual comentando aquellas otras que siguen á las precedentes: «Despuntan ya las flores en nuestra tierra», trae una bellísima descripción de la primavera, en la cual, dice, viene significada la era de la Redención y el tiempo de la ley de gracia, apto para trabajar en la santificación y en la práctica de buenas obras. Pues, como añade Teodoreto, el tiempo anterior al advenimiento de nuestro Señor Jesucristo con razón es llamado invierno. El que á éste siguió, primavera; así como por el nombre de verano se significa la vida futura, en la cual cosecharemos los frutos de las buenas obras practicadas. Por eso se dice que despuntan ya *las flores*, no los frutos, en nuestra tierra; porque el recoger esos frutos es de aquella vida feliz y bienaventurada, mientras que en el tiempo presente estamos sujetos á trabajos y tribulaciones,—como al sarmiento se le poda—, para que demos mejor y más copioso fruto.

de *Isaac et Anima*, c. IV) dice assí: «Ante adventum Christi hyems est; post adventum ejus flores sunt». Unde ait: FLORES VISI SUNT IN TERRA NOSTRA; ubi ante spinæ, nunc flores. «Tempus, inquit, secandi jam venit; ubi autem desertum, ibi messis est». VOX TURTURIS AUDITA EST IN TERRA NOSTRA; bene addidit Propheta *nostra*, quasi admirans, quod ubi antea impudicitia, ibi castitas. FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS. Quæ autem infructuosa, jubebatur excidi; hæc ferre fructus nunc cæpit. Sed quid dubitas, quia grossos dixit? Prioris discutit, ut posteriores meliores afferat: sicut Sinagogæ fructus abjicitur, Eclesiæ vero renovatur, etc. SURGE, PROPERA, etcétera. Efficax causa, quæ Sponsam ad somnum repellendum, et ad opera exercenda invitat: JAM HYEMS TRANSIIT. Tempus legis asperam hyemem fecisse scimus, fructibus omnino carentem, gratiæ tempus ver, æstasque est. In hyeme agricolæ otio torpent, nihil serentes, nihil metentes, nihil congregantes. Jam in vere flores apparent, jam vites putantur, jam agricolæ arva colunt. Jam itaque, inquit, tempus legis præteriit, in quo otio homines indulgebant, nec operibus merita consequi poterant; nunc vero hominum opera meritis affluunt. TEMPUS PUTATIONIS ADVENIT. VOX TURTURIS AUDITA EST, etc; id est Christi nos ad operandum invitantis et persuadentis» (1).

Al fin, lo que en estas palabras pretende el Esposo es persuadir á su Esposa que saque las manos y se ejercite en el trabajo exterior; que pode las viñas, que las labre y regale: porque el amor no ha de estar ocioso; ni se contenta Dios con que allá en lo secreto le améis, sino quiere que esse amor salga á fuera en obras exteriores, et actus aliarum virtutum *(Math.*, V, 16): «Videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est» (1).

Donde hay amor ha de haber trabajo.

La professión cristiana tiene diferentes nombres en las divinas letras, y todos obligan al trabajo: viña, campo, negociación, cursus, studium, militia, crucis supplicium, Christi consectatio, sive sequella, schola, hisque similia. Vocamur et nos agricolæ, satores, negotiatores, cursores, milites, crucislatores, Christi sectatores, discipulique: «Plantavit vineam *(Math.* XXI, 33, 34), et misit servos suos ad agricolas, ut fructus percipiant». Ecce professio nostra: vinea, nosque agricolæ. De reliquis, vide *Math.*, XIII, 3; *Psal. 125*, 5; *I. Corinthios*, IX, 7; *Job*, VII, 1; *II Thim.*, II, 3; *Mathei*, XVI, 24; *Luc.*, XIV, 27. Quid antem ab agricola in vinea expetimus nisi laborem? Quid a cursore nisi cursum, nisi properandi festinationem? Quid a satore in agro, nisi in serendo diligentiam? Quid a milite in bello, nisi pugnandi fortitudinem? Quid a crucis latore, nisi in cruce portanda tolerantiam? Quid denique a sectatore Christique discipulo, nisi assiduum studium constantem diligentiam, ingeniosamque solertiam?» (2).

(1) San Ambrosio viene á decir algo semejante á lo que más arriba, en la nota anterior, dejamos indicado: «Antes de la venida de Cristo, dice, era invierno; ahora, después de su Encarnación, ya hay flores y frutos. Por eso dice el sagrado texto que las flores despuntan ya en nuestra tierra, como dando á entender que donde antes sólo había espinas ahora ya se ven flores. Llega ya, continúa el Santo, el tiempo de la siega, pues en lo que antes era desierto las mieses han crecido y se hallan en sazón». «El arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos»; lo que parece que dice con cierta admiración de que donde antes reinaba el vicio y el pecado ahora florezca la castidad, significada por la tórtola. «La higuera arroja sus brevas»; es decir, la que, como estéril, estaba condenada á ser cortada, empieza ya á dar frutos, no ciertamente sazonados del todo—que por eso dijo brevas—pero, al fin, frutos que más tarde serán perfectos, como lo son los que produce la Iglesia.—Para mover á la Esposa á levantarse con prontitud y sacudir el sueño, dícele: que *ya pasó el invierno*, esto es: pasó el tiempo de la ley de rigor y vino el tiempo de la de gracia. En el invierno, añade este santo doctor, los labradores suelen estar ociosos, pues no pueden ni sembrar ni recoger cosa alguna en sus campos. En la primavera, en cambio, empiezan á despuntar flores, pódanse las viñas y se labran los campos. Por eso, dice, pasó el tiempo en el cual los hombres no podían merecer para el cielo; ahora tienen aptitud, en virtud de la gracia de Cristo, de enriquecerse para el cielo: *ha llegado el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestros campos;* que es la voz suave y amorosa de Cristo que nos llama y nos convida á seguirle y á obrar el bien.

(1) ... obras exteriores y en el ejercicio de las otras virtudes, como dijo Cristo Señor nuestro: «Vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.»

(2) Además de los nombres que, entresacándolos de los libros santos trae el autor en castellano,

Haymon, doctor grave y de mucha autoridad, declarando la primera epístola de San Pablo á los Corintios, refiere haber leído que «este glorioso apóstol y doctor del mundo trabajaba de sus manos, desde prima, cinco horas continuas.» «A quinta ad decimam concionibus operam dedisse; post decimam vero pauperibus et peregrinis hospitio excipiendis, fovendisque et proprii corporis curationi inservire solitum fuisse in nocte. Tempus nocturnum orationibus transegisse: ipseque Paulus se semper gratias agere scribebat». De Teodosio, emperador, cuenta la *Historia Tripartita* que entre día trataba las armas y ejercitaba en trabajos su cuerpo, y oía las causas de sus súbditos con grande atención; y de noche se daba á lección de libros santos. Hugo (in lib *Didascalicon)* refert: «Quatuor apud veteres Philologiæ lecticam portasse; scilicet, amorem, laborem, curam, vigiliamque [in] scribendo. In amore, actio; in labore, perfectio; in cura, providentia; in vigilia, attentio continentur». En las cuales palabras se nos da á entender ser cosa necessaria el trabajo y no poder faltar adonde hay amor; son compañeros individuos. Hesiodo dijo que era proverbio común en su tiempo que la virtud se vendía á trueco de sudores. Y Epicarmo, antiguo filósofo, dijo que, tratando Dios de assentar la virtud entre los hombres, mandó que le precediesse el trabajo. A lo menos fué ley muy celebrada entre los antiguos que á las cenas les leyessen y cantassen las hazañas y hechos heroicos de sus mayores, para que sus sucesores, inflamados con su ejemplo, los imitassen. Advirtió, y bien, un sabio, que no dijo Dios *(Deut.*, VI, 5*)*: *Diliges Dominum Deum tuum in corde, vel corde* [1], sino *ex corde. Ex* significa *extra;* quasi dicat: No me contento con que me amen los hombres allá en lo secreto de sus corazones; sino quiero que esse amor se manifieste y se vea en lo de fuera: Extra cor.

Surge igitur; «Fatiga corpus tuum in laboribus tuis, dice San Isidoro, et exerce cujuslibet operis studium. Si enim pelagi tempestas nautis, vulnera militibus, glaties et frigora agricolis levia sunt et portabilia propter spem premii temporalis: multo magis cui cœlum placet, nullum debet sentire periculum [2].

TEMPUS PUTATIONIS ADVENIT [Llegó el tiempo de la poda]. La voz hebrea es ambigua; significa poda y canción; y assi unos trasladan PUTATIONIS, y otros *cantilenæ,* vel *cantationis;* id est: Llegádose ha el tiempo de cantar las aves, que en el invierno han estado mudas. Y hace en favor desta letra que los árboles no se podan en el verano, sino en el invierno. Y confírmase con lo que se sigue: VOX TURTURIS, etcétera; porque luego en el principio del verano es certíssima y puntual su canto [3]. Ayuda también VINEÆ FLOREN-

«*Advenit* es del tiempo pasado» Y síguese también tras la poda el brotar las viñas y el oler suavemente. El tiempo de la ley de gracia es tiempo de alegría, y assí en muchos lugares, cuando se trata de la Encarnación y venida del Hijo de Dios, se trata con voces de alegría.

---

apunta los siguientes: Se llama á la vida cristiana carrera, estudio, milicia, cruz, seguimiento é imitación de Cristo, escuela y otros á este tenor. Los cristianos unas veces reciben el nombre de jornaleros, otras de sembradores, negociadores, soldados, ó se dice de ellos que deben llevar la cruz, que deben correr en pos de Cristo, cuyos imitadores y discípulos son. Del Señor se nos enseña que «plantó una viña y á ella envió sus siervos y criados para recoger los frutos». La viña, pues, es nuestra profesión de cristianos; nosotros somos los que debemos cultivarla. (Véanse los lugares citados á los que aquí se hace referencia). Y ¿qué menos puede pedirse á los labradores sino que cultiven el campo que tienen á su cargo? ¿Qué otra cosa debe exigirse á los que deben correr sino que se den prisa, que pongan diligencia en hacer el camino á que están obligados? ¿Qué al sembrador, sino que lo haga diligentemente; qué al soldado, sino que combata con valor y fortaleza; qué al que lleva la cruz, sino que no desfallezca, y qué, en fin, al que va en pos de Cristo, sino que no se duerma, que ponga en seguirle todo su cuidado y diligencia?

(1) Amarás al Señor Dios tuyo en el corazón ó dentro del corazón, sino con el corazón, como si dijera, *fuera del corazón.*

(2) Levántate, pues; «fatiga tu cuerpo, trabaja, dice San Isidoro, empléate en alguna labor útil y provechosa. Porque si los que navegan sufren las bravuras y tormentas del mar, si los soldados soportan las heridas y si los labradores toleran las inclemencias del tiempo, los hielos y escarchas, con la esperanza de una ganancia que esperan, ¿cuánto más debe hacerlo quien espera el premio y la recompensa del cielo?»

(3) «*Cum diademate quo coronavit eum mater sua... in die lætitiæ*, etc. (*Cant.*, III, 11) (el autor cita el cap. IV). Y veréis al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre... en el día en que quedó colmado de júbilo su corazón». Y el profeta Zacarías: «*Exulta satis:* le reciben cantando. Y San

TES, etc., que no luego que se podan, ni en el tiempo de la poda, florecen ó dan buen olor; antes todas las cepas están llorando por todos los sarmientos adonde llegó la podadera. Lege Columelam (lib. IV, c. IX, X, XXIII de *Re rustica*). Abenesdias sic interpretatur vocem hebræam: *Tempus cantillationis advenit.* Origenes: *tempus disceptionis;* id est, florum. Tiempo de cortar flores, para hacer ramilletes y guirnaldas, etc. Sed melius: TEMPUS PUTATIONIS Sic enim habent latina et græca; et de putatione vinearum spirituali intelligenda est littera. Sic *Joan.*, V *(a)* «Ego sum vitis vera, et Pater meus agricola est. Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum: et qui fert fructum, purgabit eum, ut fructus plus afferat». Et *Isai.*, V, 6, de aquella viña desesperada: «Non putabitur, et non fodietur», etc. Lege Origenem (lib. II, *homil*, 2), ex interpretatione Hieronimi et Basilii, in cap. I *Isaiæ*, quemadmodum putatur vitis. Et Ambrosius (in illa verba *Genes.*, XLIX, *(sic) (b) Nephtalim vitis abundans)* ([1]).

De lo que toca á la poda de las viñas materiales, léase Plin. (lib. XVII *Naturalis hystor.*, c. XXII), Tulio (de *Finibus*, lib. V). De la espiritual; id est, del ánima, dice Próspero (epist. de *Libero arbitrio*, ad Rufinum) sic: «Sordet natura sine gratia»; id est, anima hominis facile sordet et quasi silvescit, instar vitis, quæ longo tempore non est amputata, nisi gratia Dei, et frequens cultura adhibeatur ([1]). Necessaria es la poda espiritual; porque si falta nos hacemos eriazos y matorrales, aptos para habitaciones de fieras más que para Dios. TEMPUS PUTATIONIS. Bernardus *(ser. 58)* ait excitari Ecclesiam a Sponso ad excollendas vineas; id est, animas, ut amputatis sterilibus sarmentis, uberiores fructus ferant ([2]). Y no hay vid tan generosa y de lindo veduño que con el descuido del labrador no se haga silvestre.

Necessaria es la confessión para el fruto de nuestra salvación.

Por esto tiene la santa Iglesia señalado tiempo para podar estas intelectuales viñas, que es, como ya díje, la Cuaresma, cuando nos ponemos en manos de los podadores, para que poden lo superfluo y quiten ocasiones de pecar, y pecados y conversaciones y otras demasías que nos desvanecen y hacen salvajes; lo cual no se puede hacer sin sentimiento y lágrimas. También lloran las vides cuando passa por ellas la podadera cortando; pero lo que se les quita todo es en beneficio dellas y de su dueño. Sic Paulus *(Hebr.* XI) *(sic) (a)*: «Omnis *quidem* disciplina in præsenti *non videtur* esse gaudii, sed mæroris, postea *vero* pacatissimum fructum reddet exercitatis per eam». «Claro está que se ha de sentir; pero hase de sufrir y llevar en paciencia con la consideración del fruto que se espera, que será pacífico y colmado», etc.

(a) Léase de este modo: *Joan.*, XV, 1 2.

(b) Lo que en este capitulo del *Genes.*, v. 21, se lee de Neftali son estas palabras: «*Nephtali, cervus emissus, et dans eloquia pulchritudinis*»; «Neftali será como un ciervo que se ve suelto, y la gracia se derramará sobre sus labios». En el *Deut.*, XXXIII, 23, es donde se encuentran palabras semejantes en el sentido á las que aduce aqui el autor: «*Nephtali abundantia perfruetur, et plenus erit benedicitionibus Domini*»: «Neftali gozará de todo en abundancia; será colmado de las bendiciones del Señor».

(a) Debe leerse asi: *Hebr.*, XII, 11.

Pablo quiere que cantemos *(In himnis et canticis spiritualibus).* Lo mismo nuestro padre San Francisco amaba mucho el alegria en sus frailes. *(Nota marginal del autor.)*

([1]) Estas palabras tienen un sentido espiritual y así han de entenderse en este lugar. En el Evangelio de San Juan se leen estas palabras de Cristo Señor nuestro: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que *en mí, que soy la vid*, no lleve fruto, lo cortará, y á todo aquel que diere fruto, lo podará para que dé más fruto». En Isaías, en cambio, amenaza Dios á su pueblo, figurado en la viña ingrata y desesperada de mejora: «La dejaré que se convierta en un erial; no será podada ni cavada, etc...» Léase á Origenes, según la interpretación de San Jerónimo y de San Basilio.

([1]) Sin la gracia crecen en el alma muchas viciosas inclinaciones; hácese, en cierto modo, el alma del hombre, dejada á sus propias inclinaciones, como la vid que no tiene cultivo.

([2]) Dice San Bernardo que con estas palabras quiere Dios despertar el celo de su Iglesia en favor y en el cuidado de las almas, para que, quitadas las cosas inútiles, den mejores y más sazonados frutos.

Vox turturis.

Los tres padres entienden por tórtola á San Juan Bautista; «qui cum esset Præcursor Domini, in solitudine, flebili voce ad penitentiam invitabat Judæos, qui per grossos significantur, nam grossi celeriter nascuntur, sed nunquam maturescunt. (Cabrahigos). Sic nimirum Judæi baptismo Joannis baptizati, postea credere Christo noluerunt; ideo ficui sterili, per quam significata est Sinagoga, Dominus maledixit. Hieronimus, præcepta legis quæ jam ceciderunt intelligit. VINEAS FLORENTES interpretatur Ambrosius Ecclesias particulares Christo credentes. Vatablus per TURTUREM intelligit Spiritum Sanctum, qui pro nobis postulat gemitibus inenarrabilibus», id est, docet nos postulare, vel facit, ut sic postulemus *(Rom.*, VIII, 26) (1). Hácenos llorar, y que llorando pidamos, y como es Él el que nos mueve, dícese que es Él el que gime y pide.

Vox turturis.

Rabbi Selo y Abenez vocem hebream interpretati sunt tam de turture quam de columba fera (2), que ambas á una sienten el verano, y le solemnizan y anuncian con su canto ó gemido. Plinio (lib. 1 *Natur. hyst.*, cap. XXX) dice que las palomas están mudas todo el invierno, y en asomando la primavera cantan. Virgilio *(Eglog. I*, verso 59):

Nec gemere aerea cessabit turtur ab ulmo.

Y hase de notar aquí que, aunque el vulgo dice de la tórtola que su cantar es gemir, en ninguna manera es creíble, porque repugna á la razón que ella ni otra ninguna ave canten cuando están con hambre ó tienen algún dolor; ni la filomena ni el cisne cuando se quieren morir, aunque lo afirma Platón (in *Phœdone*, pag. 303).

La razón por que en este *carmen* nupcial se hace mención más de la tórtola y paloma brava, que parece más gemir que cantar, y que de ordinario habita en lugares solos, en espesuras y mohedas, dala Orígenes (in *Cant.*, lib. II, hom. 2) diciendo (1): «Non sine causa in sacrificio assumitur par turturum, et duo pulli columbarum. Columba Spiritus Sanctus est; Spiritus autem sanctus, quando de magnis et occultioribus sacramentis, et quæ multi capere non possunt, loquitur, in turturis appellatione signatur; id est, in ejus avis quæ semper in montium jugis et in arborum verticibus commoratur. In vallibus autem et his quæ ad homines usque perveniunt columba assumitur. Denique Salvator, quia hominem est dignatus assumere, et venit ad terras, multique tunc erant circa Jordanem

(1) ... San Juan Bautista, quien, como Precursor del Señor, predicó penitencia en el desierto á los judíos, significados por las brevas, pues éstas muchas veces, nacidas prematuramente, no llegan á sazón; como aconteció con muchos de los judíos, quienes, aunque recibieron el bautismo de San Juan Bautista, después no quisieron reconocer á Jesucristo como Mesías verdadero, y por eso éste maldijo á la higuera infructuosa, símbolo de la Sinagoga. (San Jerónimo entiende por estas palabras los preceptos meramente legales, derogados con la promulgación del Evangelio). San Ambrosio, por las viñas llenas ya de flores interpreta las iglesias que han abrazado la fe de Cristo. Vatablo ve significado en la tórtola, cuyo canto aquí se anuncia, al Espíritu Santo, el cual, como dice San Pablo, «pide por nosotros con gemidos inenarrables», es decir, nos enseña á pedir, ó hace, por medio de sus inspiraciones, que pidamos cómo y cuándo conviene.

(2) Estos dos autores traducen indistintamente esta palabra por la de tórtola ó por la paloma torcaz, ó silvestre, etc.

(1) «No sin causa, escribe Orígenes, para los sacrificios mandaba Dios que se ofreciesen un par de tortolillas ó dos palominos. Cierto, por la paloma es muchas veces significado el Espíritu Santo; mas cuando éste nos revela grandes y profundos misterios, ocultos y escondidos para nosotros, entonces le cuadra bien el llamarse tórtola, por cuanto esta ave anida siempre en la parte más elevada de los árboles y habita en los bosques y montañas solitarias; cuando nos habla dejándose fácilmente entender de nosotros, entonces viene bien el representarle por la paloma. Por eso, cuando nuestro Salvador se hizo hombre y habitó entre nosotros, cuando dejó oir la palabra de su predicación en las riberas del Jordán, no se apareció el Espíritu Santo sino en forma y figura de paloma, y esto para indicar también la mansedumbre de Aquel que tan accesible se mostraba y tan llano entre la multitud del pueblo». Y en otro lugar añade, comentando las otras palabras del texto que siguen á las precedentes que deja comentadas: «No puede el alma unirse estrechamente y comunicar con Dios si no desaparecen de ella toda la

peccatores, idcirco Spiritus Sanctus non in turturem vertitur, sed columba fit inter nos propter hominum multitudinem, cujus mansuetior conversatur, etc.» Et hom. 4, lib. IV, *Homil.*, inter multa alia, sic ait: «SURGE, PROPERA, etc. JAM HYEMS TRANSIIT, etc. Non enim ante anima Dei Verbo jungitur et sotiatur, nisi omnis ex ea hyems perturbationum ac vitiorum procella discessrit, et ultra jam non fluctuet, et circumferatur omni vento doctrinæ. Ubi ergo hæc cuncta ex anima discesserint, desideriorumque tempestas ab ea diffugerit, tunc incipient in ea flores virere virtutum. Tunc ejus menti et tempus putationis adveniet, et, si quid superfluum et minus utile fuerit in ejus sensibus vel intellectibus, resecabitur, et ad gemmas spiritualis intelligentiæ revocabitur. Tunc etiam vocem turturis audiet, illius sine dubio sapientiæ, quam dispensator verbi loquitur inter perfectos, sapientiæ Dei altioris, quæ abscondita est in mysterio (*I Cor.*, II, 6-7). Hoc namque indicat appellatio turturis. Est enim avis, quæ in secretioribus ac remotis a multitudine locis vitam transigit, aut deserta montium diligens, aut secreta sylvarum, procul semper a multitudine possita, et a turbis aliena. Quid autem est aliud, quod opportunitati temporis hujus amænitatique conveniat? Quod sequitur: FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS; per grossos fructus spiritus intelligit (*Galat.*, V, 22) qui sunt gaudium, charitas, pax, etc. Et post pauca: «Est ergo in anima ficus quædam, quæ producit germen suum: est et vitis, quæ floreat, et reddat odorem suum. Cujus vitis palmites purgat Pater cœlestis agricola, ut fructum plurimum afferant. Sed hæc vitis primo per odoris suavitatem, quæ ex flore redditur, lætificat odoratum. Sicut scriptum est (*II Corint.*, II, 15): «Christi bonus odor sumus, etc». Hæc ergo initia virtutum videns sermo Dei in anima, vocat eam ad semetipsum, ut festinet, exeat: et abjiciens cuncta corporea, veniat ad eum ut perfectionis ejus particeps fiat. Idcirco quasi adhuc jacenti, et in rebus corporeis incumbenti, primo dicit: EXURGE. Et quasi quæ statim obedierit, et obsecuta sit vocanti, collaudatur a Sponso, et audit: proxima mea, et columba mea. Et post hæc, ne ad tentationum turbines formidaret, annuntiat ei quod hyems discesserit, et pluvia transierit, et abierit sibi. Bene autem vitiorum et peccatorum naturam uno miro sermone prolato, significavit, ut hujus indiceret

El pecado hace invierno en el alma y levanta todas las tormentas y tempestades en ella.

---

frialdad y aspereza de los vicios y pecados, de modo que quede consolidada en la fe y en la virtud. Cuando esto tenga lugar florecerán en ellas las virtudes. Entonces llegará para ella el tiempo de la poda, pues si en ella se encuentra algo que sea dañoso, ó siquiera supérfluo y menos conveniente, será cortado para que puedan brotar libres y vigorosas las flores de las virtudes. Entonces también oirá la voz de la tórtola, es decir, las palabras ocultas y misteriosas que en secreto habla aquella sabiduría divina que enseña á los perfectos, sabiduria de Dios en el misterio de la Encarnación, sabiduria recóndita, la cual predestinó Dios antes de los siglos», que esto se significa con el canto de la tórtola. (Aquí repite lo que arriba ha dicho de las costumbres ó instintos de ésta de habitar en los sitios escondidos y solitarios). Algo hay, además, en estas palabras de los *Cantares* que es propio de la vida presente y que simboliza las condiciones en que la vida cristiana se desarrolla en este mundo. «La higuera, dice, arroja ya sus brevas», en cuyas palabras se significan los frutos del Espíritu que señala San Pablo, que son: gozo, caridad, paz, longaminidad, etcétera Y más abajo continúa Orígenes: «Hay, pues, en el alma, ó, por decirlo mejor, es el alma, en cierto sentido, una higuera que produce sus frutos; es una vid que florece y esparce suave y regalado olor, cuyos sarmientos cuida el Padre celestial, divino agricultor de las almas, de podar á sus tiempos con tribulaciones y trabajos para que den frutos más copiosos y sazonados. Su olor conforta y recrea el olfato, porque el perfume de las virtudes se difunde por todas partes y llena el mundo, como lo dice el Apóstol: «Somos buen olor de Cristo en todo lugar y tiempo», etc. Viendo, pues, y contemplando estos gérmenes y principios de virtud en el alma, llámala Dios y convídala á que se apresure á salir de las miserias y flaquezas de la vida presente á fin de hacerla participante de los dones y carismas divinos. Mas por cuanto aún flaquea y anda remisa en este seguimiento perfecto, necesita primero mandarla que se levante, y, siendo obedecido, dale los nombres regalados de amiga y de paloma; y porque no desfallezca ni decaiga de ánimo, asegúrala de que ya pasó el invierno, y que no tiene que temer ni á la lluvia ni á los vendavales frios; para ella ha venido ya la primavera de la gracia y de la paz y tranquilidad; estado feliz á que el alma llega por la misericordia de Dios, que se le hace presente y destierra de ella todos los pecados, con lo que florecen las virtudes y empieza á dar de sí copiosos y sazonados frutos de buenas obras».

hyemem et pluviam, quæ ex vitiorum delicto tempestateque descendat sibi abiisse indicans, et per hoc nullam esse substantiam peccatorum. Fit ergo tranquilitas animæ, apparente ei Verbo Dei, et cessante peccato, et ita demum, florente vinea, incipient virtutes, atque arbusta bonorum operum fructum germinare. Hasta aquí son palabras de Orígenes, misteriosas verdaderamente, y llenas de celestial doctrina.

San Jerónimo *(lib. advers. Jovin.)* dice que con este nombre de tórtola convida el Esposo á los suyos á la virginidad y continencia. Vide Augustinum (lib. de *Bono conjugali*, cap. X, et lib. de *Sancta virginitates*, cap. IX, et lib. II de *Bono viduitatis*, cap. VIII), que en todos éstos y otros muchos tratados prueba que el tiempo de Cristo es tiempo de castidad y de limpieza; y que entrando Cristo en el mundo se comenzó á oir en él la voz de la tórtola, casta y limpia. IN TERRA NOSTRA. En nuestra tierra, para significar que por el misterio de la Encarnación comenzó el Hijo de Dios á tener patria común con los hombres. Ita Bernardus *(serm. 59)*, et Nazianzenus *(Oratione contra Arrianos)*. FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS; id est, gemmas vel prima germina; vel cæpit germinare, ut Origenes. Vox hebræa significat primitivas *ficus (Brevas)*. Propertius (lib. *Dimidii*, cap. XVII), *grossos* dicit fructus acerbos. En el griego se significa fruta aceda ó no madura. San Juan, en su *Apocalipsis*, amplificando una grande calamidad, dijo *(Apocalipsis*, VI, 13): «Stellæ ceciderunt, sicut ficus mittit grossos suos, cum a vento magno movetur» ([1]).

Lo que hay aquí de consideración es el haber hecho el Esposo más mención de la higuera que de otro árbol para assegurar á su Esposa que ya el invierno iba fuera. Sic in Evangelio: «Ab arbore fici discite parabolam: cum jam ramus tener fuerit, et folia nata *(Mathei*, XXIV, 32), etc. ([2]). Es la más cierta pronosticadora del verano la higuera, por ser tardía y que en abotonando ella y floreciendo pocas veces vuelve el invierno á hacer de las suyas. (Legendus Theophrastus (de *Causis plantarum*, lib. V, cap. I) et Plinius (lib. XIII, cap. VII, y lib. XVI, cap. XXV). Videndus et Ambrosius *(in Luc.* XIII, 6): «Arborem fici habebat quidam», etc.). Hortulano refiere todo esto á las persecuciones de la primitiva Iglesia y á las prisiones de los Apóstoles, á los cuales convida á que salgan dellas á predicar libremente por el mundo; y essas cárceles dice que son los agujeros de la piedra y la caverna del seto. A mi parecer es quimera.

Advierte del Hebreo, pro *vineæ florentes* esse vites cum uva acerba. «Ut subintelligamus, inquit, præpositionem *cum*, quippe quæ jam erumpentem e floribus ostentat uvam, ut nuper conversos in Christo fideles intelligamus, qui jam erumpentia ex fide sua perfectorum operum initia proferunt». COLUMBA IN FORAMINIBUS PETRÆ. Hebraei: «Columba mea in caverna istius petræ in recessu istarum scalarum, vel istius cocleæ». Autumant aliqui fuisse Hierosolimis aliquem publicum caverem *(sic)* (*a*), cujus essent inferiores recessus cavernæ rupis alicujus: superiores vero, fornicæ concamerationes turris super rupem illam extructæ, ad quam per cocleam ascenderetur, atque in his locis vinctos conjectos fuisse Apostolos ([1]).

(*a*) ¿No será esto errata en vez de *carcerem? Caverem*, como sustantivo, no es palabra latina.

([1]) Dice San Juan: «Et stellæ de cœlo ceciderunt super terram, sicut ficus emittit grossos suos, cum a vento magno movetur»: «Y las estrellas cayeron del cielo sobre la tierra, á la manera que una higuera, sacudida de un recio viento, deja caer sus brevas».

([2]) Léese en el Evangelio: «Tomad esta comparación sacada del árbol de la higuera: cuando sus ramas están ya tiernas y brotan las hojas, conocéis que el verano está cerca».

([1]) Fijándose Hortulano en el texto hebreo, quiere interpretar las palabras *las viñas florecen ya*, como si dijera: las viñas tienen ya los agraces. Todo ello para venir á decir que, así como las viñas al florecer apuntan ya juntamente con la flor el fruto, de la misma manera los recién convertidos á Cristo empiezan también á dar algún indicio de las buenas obras á que más adelante llegarán en el seguimiento de aquél.

Nota.—Las palabras que siguen hasta la terminación del párrafo nos parecen fuera del lugar que debían ocupar en estos *Comentarios*. ¿Se refieren á otro versículo del sagrado texto, que más adelante comenta el autor? ¿Fueron escritas por el P. Angeles para este lugar, ó el hallarse aquí, formando un puente entre las varias interpretaciones de los Santos Padres á las de los versículos 12 y 13, es uno de los muchos *descuidos* de que adolece la edición de Juan Flamenco? Traducímoslas, no obstante, en este

HYEMS TRANSIIT. Tempus horridum servitutis Ægiptiacæ, sive alterius maximæ captivitatis Satanæ. Vere exiit populus ex Ægipto, et vere redempti sumus a Christo, nempe decima quinta die Martii. «Jam, inquit, tempus veris, tempus amænum libertatis apparuit, jam apparuerunt signa salutis vestræ; imo vero jam allata sunt». Per flores initia bonorum operum, et fidei intelligit ([1]).

TEMPUS PUTATIONIS; scilicet, vitium: nam vere veteres vites amputantur, non arbores. Sic interpretatur Epifanius (hæresi 59, contra Catharos). PUTATIONIS. Hebræi: «Cantillationis», sivi conceptus musici: harmonía, canto acordado de muchas voces; porque en el verano se juntan muchas aves, y todas juntas suelen cantar y hacer una muy agradable música, con grande variedad de voces. «Describitur prædicatio verbi Domini, in quo denuntiando, vel ad laqueos laborant pii Ecclesiastæ. Alii per cantillationem laudem Domini et confessionem accipiunt ([2]). (F. Ludov.)

VINEÆ FLORENTES. Hebræi: *Vineæ gemmam producentes* (Agraz). SURGE PROSPERA, etc. Como el Esposo es tan amigo de campo, convida á su Esposa al campo, porque allí el aire es más puro y todo más á propósito para los ejercicios del amor. TEMPUS PUTATIONIS. Hebræi: *Tempus cantionis.* Lo uno y lo otro es á propósito, porque assomando el verano, las vides viejas se podan y los labradores que andan haciendo esse oficio cantan y se regocijan; especialmente que el verano trae consigo el alegría. Novo enim solis accessu, auctus sanguis cor animantium complet, et lætitia insolita afficit, ex quo canendi cupido sequitur tam in hominibus, quam in volucribus ([1]).

FICUS PROTULIT GROSOS SUOS. Fruta que nunca madura ó muy tarde: cabrahigos, que son los que primero parecen en las higueras, y los que se quedan por madurar. VINEÆ FLORENTES. Con cierne, que entonces huelen. SURGE. Muestra bien el desseo que tiene de sacar á su Esposa al campo.

COLUMBA MEA IN FORAMINIBUS PETRÆ, quasi dicat: Vente conmigo al campo, tan agradable y apacible, para que moremos los dos en él. Como la paloma, quæ sotium sequuta, eique assidens, et mutua atque dulcia murmura, et oscula miscens, in amore ætatem degit. Parece que le da á entender en esto la razón por qué quiere ser amado della; porque las palomas cuanto entre si son más enamoradas, tanto son más observantes de la fe que se deben; por la misma razón son sospechosíssimas y muy celosas, lo cual principalmente se ve en los machos, porque viniendo de fuera de alguna larga ausencia, en viendo á sus compañeras, tocados de la sospecha, gravemente son movidos, alborótanse, hínchaseles el pecho, bramando de coraje con una voz ronca y llena de ira, hiriendo con la cola á

lugar. Helas aquí: «*Oh, casta* paloma mía: tú que anidas en los agujeros de las peñas». Los hebreos traducen: «Mi paloma, en la cueva de esta peña, en lo escondido de estas escaleras». Creen algunos que había en Jerusalén una cárcel pública, cuyos cuartos ó departamentos inferiores eran cuevas abiertas en la roca, mientras que las estancias superiores estaban construidas sobre la misma, á guisa de torre, á la que se subía por una escalera en forma de caracol, y que en estos calabozos fueron encerrados los Apóstoles.

([1]) «Pasó ya el invierno»; es decir, el tiempo calamitoso de la esclavitud del pueblo judío en Egipto, ó de alguna otra semejante tribulación. Ya ha sido libertado el mundo, con toda verdad nos redimió Jesucristo en el día de su Pasión y Muerte (el autor añade: el día 15 de Marzo: ya se sabe la diversidad de opiniones que hay sobre el día en que tuvo lugar este hecho). Amaneció, pues, ya para nosotros el tiempo de la verdadera libertad espiritual; ya se han dejado ver las señales de vuestra redención; mejor dicho, ya la gozamos por entero, entendiendo por las flores las buenas obras y las que la fe ha realizado en el mundo.

([2]) «Tiempo de la poda», es decir, el tiempo de cercenar todo lo vicioso, como se hace con las viñas en la primavera, mientras que los árboles no se podan entonces, sino en el invierno. Los hebreos traducen, según ya se ha notado, *tiempo de júbilo, de entonar cánticos de alegría,* en lo que se significa la predicación del Evangelio, que con júbilo y gozo valerosamente realizaron los Apóstoles, y lo anuncian los buenos ministros de la Iglesia, aun á trueque de verse encarcelados y á costa de la propia vida. Otros, como Fr. Luis de León, por este cántico jubiloso entienden las alabanzas tributadas el Señor.

([1]) Parece como que con el calor del sol, en llegando la primavera, la sangre se calienta, llena el corazón, hínchele á la vez de alegría, que el hombre y las aves manifiestan entonando cánticos con mayor gusto y facilidad que en otras épocas y circunstancias.

menudo la tierra, de manera que se les echa de ver el ánimo airado y impaciente. Andan en esta forma alrededor dellas, y muchas veces, acercándoseles, las hieren con el pico, castigando los agravios que han recebido en ausencia, conforme á su sospecha, estando las palomas muy sin culpa, lo cual todo sufren ellas con maravillosa mansedumbre; porque ni se apartan dellos, ni les huyen el rostro, ni, heridas dellos, les hieren, antes sufren, hasta que, vencido el furor y coraje dellos con la paciencia dellas, los amansan y desenojan, de manera que, quietos y libres de la sospecha, «de nuevo y enteramente se hacen las amistades, juntan los rostros, y con entrañable amor se dan paz y se regalan». Lo cual todo referido al espíritu tiene grandes y admirables secretos y significaciones místicas, como veremos.

SURGE PROPERA. (Fr. Ludov.) Exhortación es á mayor perfección. No quiere que se esté en el estado de principiante, sino que se levante á otro más alto grado y modo de vida más perfecta, adonde el alma vive con más sossiego y sin las perturbaciones y alborotos que suelen hallarse en los principiantes y nuevos en la virtud. Este grado de perfección [se] significa con grande propiedad en la descripción tan curiosa y propia del verano. Porque como, acercándose este tiempo, el aire se limpia y serena, assí en el alma que se acerca á Dios y se hace un espíritu con El, oprimidas las concupiscencias por la mayor parte, de cuyo aliento se levantan en nosotros nublados de desseos malos y tempestades feas y torpes el cielo de nuestro corazón se serena y aclara desterradas las dichas nubes y tempestades, y luego aquella semilla que el divino sembrador sembró en los principiantes, cobrando fuerzas y saliendo con el calor á luz, produce flores olorosíssimas de virtudes y buenas obras. Después desto, la memoria del passado invierno y de los males de que escaparon, por beneficio de Cristo, los justos, cotejado con el estado presente, despierta en ellos un nuevo gozo, y del gozo nacen luego las divinas alabanzas, y un entrañable desseo de no faltar en ellas. De aquí nace que con mayor cuidado y diligencia que antes cortan y cercenan todas aquellas cosas que pueden ser contrarias á la virtud, y impedimento para que no produzga y brote sus plantas. Luego con el jugo y sustancia que de Cristo reciben, como de vid verdadera, los sarmientos, no sólo ellos viven como con verdor y flores,—assí deleitan y regalan los ojos de lo que esto miran, con las cosas de buen ejemplo que hacen—; y demás desto, temiendo la maldición que hechó el Señor á la higuera loca y infructuosa, dan frutos suavíssimos y de gran regalo para Dios. De aquí les nace conocerse peregrinos y desterrados de la verdadera patria, y ardiendo en el desseo della, comienzan á suspirar por ella, y suena en sus corazones la voz de tórtola, que es el Espiritu Santo, que con gemidos inenarrables pide por ellos. (*Rom.*, VIII, 26).

El alma que se acerca á Dios produce flores olorossissimas de virtudes y buenas obras.

ARTÍCULO III

Comienza á exponer el quinto verso de la lección, y entre varias interpretaciones detiénese en la que mira las llagas de Jesús como morada propia de las almas santas.

Crisostomo *(hom. de turture)*, COLUMBA MEA IN FORAMINIBUS PETRÆ, dice:« Hasta agora ha celebrado los ojos diciendo ser de paloma; ya dice que es toda ella paloma, y paloma suya; para significar el mayor aprovechamiento y mayor conformidad entre los dos». Y es cosa de consideración cuántos secretos están en solo este nombre paloma; porque, lo primero quiere dar á entender cuánto le agradan los hombres sencillos, que sólo aquello dicen con la boca que sienten en el corazón; porque en esto le son muy semejantes, que de su naturaleza siempre es uno, y el mismo y simplicíssimo. Y da, lo segundo, á entender por qué ama tanto la soledad, que es por no poder sufrir compañeros en el amor; y que quien quisiere tener estrecha amistad con El, ha de desamparar todas las cosas deste mundo, y los amores de las criaturas todas, contentándose, como paloma fidelíssima, con solo su Esposo. Y, finalmente, les apercibe para la tribulación, que al fin los ha de probar y examinar su fe y constancia, su paciencia y amor; y ellos han de sufrir como sufre la paloma con paciencia las sospechas del marido y las herronadas sin airarse ni turbarse, hasta que, convertido el Señor á clemencia, salgan superiores á los trabajos

Prueba Dios á los suyos con trabajos y tribulaciones.

y más alegres y aprovechados que de antes. ¡Oh cómo se agrada el Esposo del ánima assí probada y examinada, y que no desdice ni pierde el sufrimiento! Por esso se sigue: OSTENDE MIHI FACIEM TUAM. SONET VOX TUA IN AURIBUS MEIS, etc. Cuando acabadas las codicias, y pacificado todo el hombre se pone el alma en oración y por la contemplación le mira, mírala el divino Esposo con gran gusto, agrádase de su voz y arde en sus amores; y preso de su hermosura, inseparablemente la une á sí y la junta consigo.

COLUMBA IN FORAMINIBUS PETRÆ; id est, in habitaculis Terræ Sanctæ, quæ fere montuosa est. *Maceriæ*, propter gradus; en los peñascos y rocas, que van subiendo como gradas. Pertinet ad Ecclesiam, quatenus quærit latebras, ut fugiat persequutiones. OSTENDE MIHI FACIEM TUAM; id est, semper me contemplare fide et operibus, ut cum Helia dicere possis (III Reg. XVII, 1): Vivit Dominus in cujus conspectu sto (¹); por que no se diga della lo que de aquellos desleales é ingratos hebreos: «Volviéronme las espaldas y no el rostro». SONET VOX TUA, quia aparatus sum ad exaudiendos santos meos, y librarlos de sus tribulaciones. VOX TUA DULCIS: porque las oraciones de los santos son siempre agradables á Dios.

IN FORAMINIBUS PETRÆ; id est, quæ habitas intra foramina, SURGE, ET VENI. IN FORAMINIBUS PETRÆ habitare dicitur columba, quatenus in adjutorio Altissimi habitat Ecclesia vel anima, et in protectione Dei commoratur, dicens Domino *(Ps. 90,* 1): Susceptor meus es tu, et refugium meum: Deus meus, sperabo in eum. Possumus etiam non incommode inter petram et maceriam ita distinguere, ut per petram intelligamus Christi divinitatem, propter petræ soliditatem et impasibilitatem. Per maceriam ipsam Christi humanitatem, compactam quidem ex elementis et ex sanguinibus maternis, sed mortabilem *(sic)*, et passibilem, quemadmodum maceria ex lapidibus vel luto composita est, sed ob cœmenti defectum facile diruitur. Ecclesia itaque et in foraminibus petræ habitat et in caverna maceriæ, quia tam in divinitate, quam in humanitate Christi, spem suam ponit, profectionemque, et salutem sperat inde: latitat, commoratur, habitatque utrobique, ibique pullos suos educat, scilicet, sancta et pia desideria como las palomas suelen criar sus hijuelos en las concavidades de las piedras y en las aberturas de los setos. Hoc de vulneribus Christi multi Sanctorum peculiariter intelligunt, et bene quidem; de quo latius, *y de proposito* suo loco dicemus: SONET VOX TUA IN AURIBUS MEIS; VOX ENIM TUA DULCIS, etc. Sanctes: «Vox tua desiderabilis» (¹).

El ánima penitente y humilde es hermosa y agradable á Dios.

¡Qué enamorado está Dios, y se muestra, de un alma santa! No parece que tiene otra cosa en que ocuparse sino en mirar su cara y oir su voz. Una cara hermosa lleva los ojos de quien la mira; y una voz suave arrebata el oído y la intención del ánimo aficionado. Señor mío,

(¹) «En los agujeros de las peñas», es decir, en las soledades de la Tierra Santa, que es muy montuosa... Se refieren estas palabras, añade el autor, á la Iglesia, que muchas veces ha de vivir escondida para poder escapar de las persecuciones que se mueven contra ella. «Muéstrame tu rostro», quiere decir, encamina hacia mi tus intenciones y miradas por medio de la fe y de las buenas obras, de modo que, como el profeta Elías, puedas decir: «Vive el Señor Dios de Israel, de quien yo soy su siervo».

(¹) Dícese, en sentido espiritual, que la paloma habita en los agujeros de la peña, para dar á entender que tanto la Iglesia como el alma santa se «acogen al asilo del Altísimo y descansan siempre bajo la protección del Dios del cielo, diciendo al Señor: «Tú eres mi amparo y refugio, el Dios mío, en quien esperaré». Podemos, además, poner una diferencia entre estas dos palabras: piedra y cerca ó pared de piedra, de modo que por la primera veamos significada la divinidad de Cristo, en razón de la dureza y solidez de la piedra. En cambio, por la pared de piedra, hecha de éstas sobrepuestas entre sí, pero sin estar unidas por la argamasa ni por cemento alguno, la humanidad del Señor, mortal y pasible como lo fué en beneficio nuestro. Tiene, pues, su morada el alma santa—y lo mismo se dice de la Iglesia—, en los agujeros de la piedra y en los huecos que en la pared se hallan, porque funda su fe y su esperanza y espera todo su bien tanto de la divinidad como de la santísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo; en ellas fija su morada, allí se esconde y defiende contra los peligros y tentaciones; allí, en fin, alimenta sus santos deseos y pensamientos. Muchos santos entienden particularmente esto de las sacratísimas llagas de nuestro Redentor Jesús, y con muy buen acuerdo, de cuya materia más largamente y muy de propósito trataremos más adelante. «Suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce», etcétera. Santes traduce: Tu voz es muy de desear.

¿falta hermosura en el cielo, ó voces sonoras y dulcíssimas en vuestra real y angelical capilla, para que os vengais á buscar en nuestros ejidos y cortijos á la pastorcilla de ganado, aficionado de su voz y pagado de su buena cara? Al fin, si amais feo, no es mucho que os parezca hermoso; amor os tiene puesto en tal estado, que toméis contento en lagañas. Muéstrame tu cara y suene tu voz en mis oídos; ¡regaladas palabras!; porque tu voz es dulce y hermosíssima tu cara. ¡Bendito sea tal amante! Pero ¿qué faz es esta tan bella que lleva tras de sí á Dios? y ¿qué voz la que le agrada tanto? Yo digo que es la interior disposición y harmonía de las potencias espirituales, según las cuales el hombre representa en sí la imagen de Dios y es hecho capaz de la felicidad eterna. Y ¿qué es mostrarle este rostro? Spiritum nostrum; id est, mentem et affectum, intellectum, et voluntatem, ad eum plene, ut decet, convertere: ita ut eum toto affectu diligamus, tota mente cogitemus, omnemque intentionem ad eum dirigamus (1). No hay cosa de mayor regalo para el divino Esposo que vernos en su Iglesia convertir á El todas las fuerzas del ánima: aquellas, principalmente, que son del ápice ó hondón del espíritu, y con todo nuestro afecto allegarnos á El; entonces nuestra voz le es agradable sobremanera, ó cuando gemimos los pecados passados, ó cuando confessamos nuestra nada, enfermedad y miseria, ó cuando pedimos lo que El quiere que le pidamos, ó cuando le damos gracias por los beneficios de su liberal y franca mano recebidos. Este es el sacrificio que quiere el Esposo, y nos le pide por su Profeta santo *(Psalm. 49*, 14): «Immola Deo sacrificium laudis, et redde Altissimo vota tua» (2).

Surgito tibi, amica mea, formosa mea, et ito tibi, o mea columba, in cavernis istius, o petra in recessu scalarum. Ostende mihi formam tuam, etc. Diferentíssima letra de las demás. Los griegos: «Columba in tegmine petræ inhærens antemurali». Sanctes: «Columba in scissuris petræ» (1). Divus Basilius: «Ostendit, inquit, Deus Pater, sibi gratissimam fore Sponsam in petra, Christo, qui perforatus est in cruce *(Zach.*, III), *(sic) (a)*, cujus mysterium repræsentarunt scalæ Jacob Patri nostro visæ in abscondito gradus; id est, cocleæ; hoc est, per Christum, per quem ad Patrem ascendimus. Hace mención de la escala y piedra de Jacob, para significar, á mi parecer, el cuidado que Dios tiene de los suyos, á los cuales nunca falta ni puede faltar, ora estén en lo poblado, ora en los desiertos: adonde quiera tiene escondrijos adonde los justos se escondan, como la paloma en los agujeros de la piedra. Iba el Patriarca santo á Mesopotamia de Lisia, á casar con la hija de su tío Labán, y debía de ir desconsolado, y lleno de sobresaltos, en tierra ajena y solo. Tomóle la noche en un campo, toma una piedra y pónela por cabecera, y échase á dormir. Al mejor sueño tuvo aquella visión maravillosa que cuenta la Escritura *(Genes.*, XXVIII, 12): vió una escalera que, assentada en el suelo, llegaba al cielo, y Dios que se recostaba en ella, y ángeles que bajaban y subían sin descansar. Despertó del sueño y entendió el misterio: levantó la piedra que le había servido de almohada, úntala con aceite, hace que le sirva de altar, ofrece allí sacrificio, hace oración á Dios, muéstrasele muy agradecido por lo que le ha mostrado y prometido, y va con su camino adelante. ¡Qué de cosas había aquí que desenvolver! No tienes, alma, por qué congojarte cuando te cargaren trabajos y el mundo se volviere contra ti, que Dios tiene de tí providencia, y ángeles que te hagan cuerpo de guardia y centinela; y cuando duermes, El vela sobre ti.

COLUMBA MEA IN FORAMINIBUS PETRÆ· O petra in recessu scalarum! ¡Oh piedra en

(1) Mostrar á Dios nuestro rostro espiritual, si así puede decirse, es convertir á El todo nuestro sér: el alma, el afecto, el entendimiento, la voluntad, de tal manera que le amemos con todas las veras de nuestro corazón, que pensemos en El con toda la atención é intensidad de nuestra inteligencia y que dirijamos á El todas las intenciones de nuestra alma.

(2) «Ofrece á Dios sacrificio de alabanza y cumple tus promesas al Altísimo».

(a) Léase de este modo: *Zach.*, XIII, 10.

(1) ¡Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y vete ¡Retírate, oh paloma mía, á estos escondrijos que se hallan abiertos en las concavidades de esta roca! etcétera. Como se ve, no son estas palabras más que variantes, que por lo general encierran escaso interés.

el apartamiento de las escaleras ó de los grados ó passos de la escalera! No sé qué me está diciendo esta letra, que no puedo passar ligeramente por ella, siquiera por huir su dificultad. Tiene gran misterio aquella interjeción ¡oh piedra! ¡Oh piedra misteriosa, sobre que duerme Jacob cuando se retiró del camino, y dormido vió las escaleras y los ángeles que subían y bajaban! El fundamento de todo nuestro bien, de bajar ángeles á la tierra y subir hombres al cielo; de mostrarse Dios propicio y cuidadoso de nuestra salud y remedio, mirando este subir y bajar recostado en la escalera, todo se debe á la piedra en que nuestro Jacob duerme. «Petra autem erat Christus» *(I Cor.*, X, 4). [La cual piedra era figura de Cristo]. Allí te sossegarás; allí tendrás quietud y paz; allí te librarás del halcón infernal. Al santo Moisés, sobre una piedra le habla Dios *(Eccli.*, XXXIII) *(sic) (a).* Pasó junto á El, y porque pudiesse soportar tanta gloria le escondió en un agujero de aquella peña y túvole con poderosa mano; y llevándola puesta en su rostro, cuando iba de largo se la quitó de delante; pero no le vió el rostro, sino las espaldas, y quedó como fuera de sí diciendo: «Dominator, Domine, Deus magne, etc. ([1]). Entendió llanamente el misterio de la Encarnación, y quedó espantado de la dignación de Dios, y dijo estas tan regaladas y dulces palabras, poderosas para dar confianza á las almas más desconfiadas del mundo.

De una piedra sacó el mismo Moisés agua en abundancia en el desierto, para que los hijos de Israel bebiessen, que perecían de sed, y mandándole Dios *(Num.*, XX, 8, 11) que la hablasse, como incrédulo, la hirió dos veces, porque había de ser herido el Hijo del Eterno Padre con la vara de la cruz para que saliesse agua y sangre y fuesse copiosíssima nuestra redención. Y dice San Pablo que la piedra era Cristo. El profeta Isaías, considerando á Dios airado y que viene á hacer juicio, habla con cada uno de los pecadores, y dice: «Abscondere in petra, fossa humo, a facie timoris Domini» (*a*). Y en el cap. XXXII, 2: «Et erit vir sicut qui absconditur a vento» ([1]). El Rey santo dice: (*Ps.* X, 26, 6). «In petra exaltavit me». Y de los erizos que se amparan y guarecen en las concavidades de la piedra (*Ps. 103,* 18): «Petra refugium herinaciis». Y en los *Proverbios* (*Prov.* XXX, 26), tratando de los animales que por su astucia y saber se valen, dice del conejo ó liebre (alii, herinaceus) [otros traducen el erizo]: «*Ponit* in petra cubile suum» ([2]).

Cristo, piedra de amparo y refugio; en El le hallan los afligidos y desconsolados.

Todo esto despierta mi desseo y lleva mi pensamiento á las llagas de Jesús, á los agujeros de los pies y manos, y á la ventana que labró el amor en su piadoso corazón. Escóndete, paloma perseguida, en los agujeros deste muro, en las concavidades desta piedra, si quieres escapar de todas las aves de rapiña; llega á beber de las fuentes todas del Salvador si estás sedienta del agua de la divina gracia; si desseas ver ángeles que suben y bajan, duerme sobre esta piedra de Jacob; y si desseas la protección de Dios, éntrate con Moisén en el agujero de la peña; y si tienes pecados, entra como el erizo en sus concavidades y como la lebratilla, haz en ella tu cueva. Las águilas caudalosas, como dice el santo Job *(Job*, XXXIX, 27-8), no andan en lugares bajos, sino en las altíssimas rocas y peñascos y

(a) Todo este pasaje, lo mismo que las palabras de Moisés que más abajo se ponen, son del libro del *Exodo*, cap. XXXIV, 6.

([1]) «*Soberano*, dominador, Señor Dios, misericordioso y clemente, sufrido y piadosísimo y verídico»' etcétera.

(*a*) El texto, tomado del cap. II, 10, está truncado por distracción del autor y dice, completo: *Ingredere in petram et abscondere in fossa humo a facie timoris Domini: et a gloria majestatis ejus:* «Métete entre las peñas, *pueblo infiel*, escóndete en las cavidades de la tierra, *huye* del semblante airado del Señor y de la gloria de su majestad». La autoridad del profeta prueba mejor de este modo lo que pretende el Padre Angeles.

([1]) «Y este varón será como un lugar de refugio para guardarse del viento y guarecerse de las tempestades». Alude el profeta, según la interpretación de los doctores, al rey Ezequías; pero como figura de Jesucristo.

([2]) ... «los conejos, tímidos animales, que colocan su madriguera entre las peñas».

despeñaderos. No seas como el milano cobarde, ni andes en la tierra: levanta tu vuelo por alta contemplación, y sube á la roca más alta que el cielo, para donde eres llamada.

COLUMBA MEA IN FORAMINIBUS PETRÆ IN CAVERNA MACERIÆ. Desde aquí contemplarás tu sustento, que consiste en la beatífica visión de la divina esencia, y en la presente vida lamberás la sangre de las divinas llagas de Cristo, sacarás miel de la piedra y aceite del guijarro durissimo *(Deut.,* XXXII, 13).

ARTÍCULO IV

Confirma con nuevas autoridades que tras el reposo debe salir la Esposa al trabajo, pues de esta suerte granjeará para sí el agrado y merecerá los premios de Dios.

Santo Tomás: SURGE, PROPERA, AMICA MEA, COLUMBA MEA, SPECIOSA MEA, ET VENI. VOX Sponsi ad publicæ operationis studia provocantis: Surge de statu tuo illo tibi dulcissimo; hoc est, de quiete, in qua mihi soli placere in psalmis, hymnis et orationibus desideras. PROPERA ad utilitatem quoque proximorum, ut illos per prædicationis officium et bonorum operum exempla, tui immitatores facias, et ad salutem perducas ([1]).

Cuando lo pide la caridad se ha de dejar la contemplación.

Nota que el mismo que conjuró á las hijas de Jerusalen á que no despertassen á su querida del sueño dulcíssimo de la contemplación, agora la despierta para que salga á ayudar á los prójimos, *ex charitate.* Al fin, se ha de dejar la contemplación y los excessos mentales á tiempos, cuando lo pidiere la necessidad de los hermanos. «Orationi instantes, necessitatibus sanctorum communicantes»; sic Paulus» (*Rom.*, XII, 12-3). Sive mente excedimus Deo, sive sobrii sumus vobis: charitas Christi urget nos» (*II Cor.*, V, 13-4) ([1]).

JAM HYEMS TRANSIIT, etc.; id est, asperitas infidelitatis, quæ totum mundum tenebat usque ad adventum Christi. Acercóse el Sol de justicia y assomó el agradable verano de la viva fe con su presencia, y huyó el riguroso invierno de la infidelidad. Quod Paulus expressit dicens (*Rom.* XIII, 12): «Nox præcessit», etcétera ([2]).

FLORES APPARUERUNT IN TERRA NOSTRA, TEMPUS PUTATIONIS ADVENIT, etc. Decor virtutum et pudicitiæ, et, transeunte asperitate infidelitatis, verna fidei successit temperies. TEMPUS PUTATIONIS; id est, purgationis Sanctorum, dicente Domino *(Joan.,* XV, 1-2): «Pater meus agricola est. Omnem palmitem, etc.». VOX TURTURIS; id est, prædicantium Apostolorum; qui cæteros ad lamenta prædicationibus provocant, et hortantur. «Miseri estote, et lugete» (*Jacob*, I) (*sic*) (*a*). FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS (*b*) Grossi dicuntur primitivæ et immaturæ ficus, inhabiles ad edendum; que en dándoles el viento fácilmente se caen de la higuera. Y es de consideración que á la voz de la tórtola, FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS; id est, Sinagoga Judæorum, qui et Christum

(*a*) Son estas palabras del cap. IV, 9.

(*b*) Los judíos no creyeron perfecta y sinceramente; por eso son denominados con el nombre de *brevas;* esto es, frutos no maduros, como expresa la palabra hebrea. Augustinus: «*Per foramina carnis patent mihi arcana cordis, patent mihi viscera pietatis in quibus visitavit nos oriens ex alto*». «Por los agujeros de la carne, dice San Agustín, se me descubren los arcanos de su corazón, y quedan para mí patentes las entrañas de piedad con que nos visitó viniendo de lo alto». (Lo entrecomado es nota marginal, que el autor trae en latín)

([1]) En estas palabras: *levántate, apresúrate, esposa mia*, etc., se contiene, dice Santo Tomás, una invitación amorosa del celestial Esposo á las almas, convidándolas á trabajar por su gloria y por el provecho de los prójimos. Es como decirles: Dejad ese estado de dulce y tranquila contemplación, en que sólo tenéis cuenta con los ejercicios de piedad. Id también y ejercítaos en obras de celo, que cedan en provecho y utilidad de los demás, arrastrándoles, por la predicación y por el ejemplo, á la imitación de las virtudes y á la consecución de su eterna bienaventuranza.

([1]) «En la oración, continuos, caritativos para aliviar las necesidades de los santos *ó fieles*». Y en otra parte: «Pues nosotros, si extáticos nos enajenamos, es por respeto á Dios; si nos moderamos *ó abajamos*, es por vosotros. La caridad de Cristo nos urge *ó nos obliga á ello*».

([2]) «Pasó ya el invierno», etc.; quiere de decir: Cesó ya el frio, cesaron los rigores de la infidelidad que secaba y tenía como helado al mundo antes de la venida de Cristo... Dice San Pablo: «La noche está ya muy avanzada y va á llegar el día *de la eternidad.*»

crederent, et tamen legem carnaliter observare vellent. VINEÆ FLORENTES; id est, Ecclesiæ per orbem dispersæ, vel diffusæ; extendidas por el mundo con la predicación del Evangelio: todo va encadenado y siguiéndose uno de otro. Oyese la voz de la tórtola; la Sinagoga despidió sus hijos mal maduros, cristianos á media carta, desabridos y acedos para el gusto de Dios; las viñas, floreciendo, dieron su olor; id est, flores virtutum, et odorem bonæ opinionis late de se sparserunt [1].

SURGE IN FORAMINIBUS, etc.; id est, in vulneribus Christi. In his ergo columba; id est, Ecclesia, vel anima sancta moratur, quia totam spem salutis suæ in passione sui Redemptoris constituit: ibi ab insidiis malignorum spirituum, quasi a raptu accipitris, secura delitescit, ibi nidificat; id est, fætus bonorum operum congerit. IN CAVERNA MACERIÆ. Maceriæ construuntur ex vituminibus vel ex siccis lapidibus ad munimentum vinearum, ad repellendas vulpes, vel cæteras nocuas bestiolas. Per maceriam autem significatur cœlestium custodia præceptorum vel virtutum, vel Angelicum præsidium. In caverna ergo maceriæ moratur, quia præsidio Angelorum undique circundatur, et a tentationibus custoditur [2].

OSTENDE MIHI FACIEN TUAM. «Tú, querida mía, que estás retirada y escondida en la quietud de tu contemplación, y que no te dejas ver de nadie, muéstrame tu cara, sal en público y descubre á los prójimos la hermosura de tus obras, para que con tu ejemplo se animen á obrar bien». Entonces muestra el hombre su faz á Dios cuando á los prójimos, para su provecho y edificación declara cuánta sea la hermosura interior de las virtudes. Sicut scriptum est *(Math.*, V, 16): «Sic luceat lux vestra», etc.

[1] Las diversas interpretaciones en este párrafo contenidas se hallan ya expuestas en las precedentes notas, como se infiere claramente de las frases y conceptos que en nuestro idioma pone el autor entremezcladas con las del texto sagrado. Esto basta para su perfecta inteligencia. Lo mismo debe advertirse respecto de las que siguen, en que también se repiten los conceptos expuestos anteriormente sobre las llagas de nuestro Señor Jesucristo, miradas como refugio de las almas piadosas.

[2] Las cercas ó setos á que en latín se da el nombre de *maceries* son paredes construídas sencillamente con piedras no labradas ni pulimentadas, sino simplemente sobrepuestas, sin trabazón ni argamasa de ningún género. Empléanse para librar las viñas de los destrozos de los animales, y en sentido espiritual significan los socorros y auxilios celestiales que por medio de los santos ángeles nos da Dios para defender nuestras almas de las tentaciones y peligros que nos ponen delante nuestros enemigos invisibles y con los que pretenden destruir en nosotros las virtudes, despojándonos de los méritos sobrenaturales.

SONET VOX TUA; id est, prædicationis *(a)*. Es grande el contento que recibe el celestial Esposo cuando se predica su Evangelio con pureza y sinceridad y no con otros fines que agradarle á El y edificar las almas. VOX TUA et IN AURIBUS MEIS. Tu voz, y en mis orejas. Ut ex sincera intentione dilectionis meæ procedat, ut non propter aliud prædices, nisi propter me. Esset in lecto lucernam, vel sub modio, vel in vase, vel abscondito ponere, quod esset contra Domini Salvatoris doctrinam, dicentis de se et suis prædicatoribus: «Nemo accendit lucernam», etc. *(Luc.*, XI, 33) [1].

San Gregorio lleva esta letra al verano de la bienaventuranza, acabadas las lluvias y frialdades del invierno desta vida. A lo menos Cristo nuestro Señor, tratando del fin del mundo, consoló á sus discípulos con decirles que cuando viessen alborotarse los cielos, etc., respirassen y se consolassen, porque era acercarse su redención y la primavera de la gloria; y puso la comparación de la higuera y de

(a) IN AURIBUS MEIS, non in auribus hominum. Bernardo, contra los hipócritas: «Faciem tuam lava»; facies, id est, conscientia: En mis oídos, no en los de los hombres, indicando el fin que deben tener en la predicación del Evangelio los ministros de Dios San Bernardo añade: Limpia tu rostro, es decir, tu conciencia. *(Nota marginal del autor).*

[1] Insistiendo en la misma interpretación dada anteriormente, infiere de estas palabras del texto que el predicador ha de poner su mira en Dios, de modo que el motivo de la predicación sea, no una ganancia ó lucro temporal, sino sólo el divino amor. Lo contrario sería esconder la luz del Evangelio debajo del celemín, sería privarla de su eficacia sobrenatural. contraviniendo á las palabras de Jesucristo, quien dice: «Nadie enciende una luz para tenerla escondida», etc. (Véase el lugar citado de San Lucas.)

los otros árboles: «Cum jam producunt ex se fructus» (*Luc.* XXI, 25-9), etc.

SURGE, id est, interrumpe contemplationem, et labora in acquisitione aliorum; quasi dicat: Credidisti venturam, si vacaveris contemplationi; sed venies melius per laborem hujusmodi. Oportet ut prædices, quia cum jam scientia est in te, est etiam in illis, ad quos te mitto, opportunitas recipiendi ([1]).

IMBER ABIIT, scilicet, passionis. Con harta propiedad se puede llamar la passión de Cristo lluvia ó invierno lluvioso y tempestuoso. ¡Qué tormenta tan grande! FLORES APPARUERUNT. Los que creyeron la Resurrección, ideo vocatur Pascha florum [que por eso se llama Pascua florida]. TEMPUS PUTATIONIS. Quia inutilibus vanæ religionis amputatis sarmentis, futura fidei fructa præparantur corda hominun. Jam et vitia amputantur, quia venit tempus remissionis peccatorum. VOX TURTURIS. Quæ sequuntur in Glossa desumpta sunt ex Origine ([2]).

PROPERA. Quia tempus breve est. COLUMBA SIMPLEX, non invida, Spiritu Sancto illustrata. FORMOSA, per morum pulchritudinem. HYEMS, congelatio infidelitatis. IMBER, persecutio, FLORES, initia bonorum operum, vel fides. APARUERUNT, olim in terra nostra; id est, cordis. TEMPUS PUTATIONIS ADVENIT modo. VOX TURTURIS; id est, Christi. TERRA NOSTRA; id est, quæ cæpit. FICUS PROTULIT GROSSOS: Judæos, et gentiles conversos intelligit. PROTULIT, projecit, vel produxit. VINEÆ; id est, Gentilium collectiones. FLORENTES, quia facile possunt corrumpi. ODOREM; id est, famam sanctæ conversationis. SURGE, ad justitiam, vel laborem. AMICA, cui ego tanta contuli bona. COLUMBA, fovens mihi pullos infusione Spiritus Sancti. IN FORAMINIBUS, de vulneribus Christi intelligit. OSTENDE MIHI FACIEM TUAM, non alienam, la que yo te dí. VOX ENIM TUA, pædicationis, vel laudis. FACIES; id est, vita.

Nicolao de Lira totum hoc intelligit de servitute ægiptiaca et de liberatione. A la esclavonía y aprietos en que vivían los israelitas en Egipto llama invierno y lluvia; y á la liberación y libertad llama verano. A este propósito interpreta todo este lugar, hasta el fin; y es sentido que muchos de los expositores siguen, y á mi parecer, literal: pero como yo voy buscando la Iglesia santa, ó el ánima que mereció tener coloquios con Cristo, muy poco me detengo en hablar de la sinagoga y pueblo hebreo, y no más de cuanto la necessidad lo pide en algún caso forzoso.

Cristopolitano advierte que en el mismo tiempo que sacó Dios á su pueblo de la captividad de Egipto, libró á su esposa del captiverio y yugo duríssimo del demonio y de la pesada carga de la ley, por la muerte de su Hijo, que fué [en] el mes de Marzo, en el cual encarnó el divino Verbo y murió, y crió (según algunos doctores) el hombre. JAM HYEMS TRANSIIT, etc., scilicet, legis Mosaicæ.

Hasta que Cristo vino al mundo fué invierno; y, venido El, fué verano.

Fué tiempo de nubes de ceremonias y de obscuridades grandes; y era todo frialdad con la ausencia del verdadero Sol de justicia, Cristo: y assí ni había flores, ni frutos, ni cosa de que Dios se pudiesse contentar; estaban todos helados, y no había quien sacasse las manos para obrar. Pero acercándose Cristo y entrando en el mundo, todo se renovó y mudó; tomó otra figura y otro talle el mundo; al fin, de verano: «floreció la viña de la ley y comenzó á dar frutos abundantíssimos». JAM HYEMS, etc.; id est, frigiditas et nox, et obscuritas legis veteris transiit, et imber peccatorum jam recessit, postquam venit Sol justitiæ.

([1]) «Levántate», como diciendo: Deja la contemplación oportunamente y cuida también de la salvación de tus prójimos. No creas que por aquel medio solamente has de llegar á mí más pronto; camino más breve es el otro. Es, pues, preciso que prediques y anuncies mis palabras, porque si te he dado á ti la ciencia y el conocimiento suficiente para ese ministerio, no es para que los tengas ociosos, hallándose los otros en aptitud y muy dispuestos para recibir mi doctrina.

([2]) Por cuanto compara la pasión de Cristo, en razón de los muchos tormentos que en ella sufrió, al tiempo del invierno, llama primavera al de su gloriosa Resurrección, por virtud de la cual quedaron las almas en disposición de alcanzar una florescencia, digámoslo así, espiritual, produciendo frutos de virtudes y de buenas obras cuando antes daban de sí espinas y abrojos de pecados. Cortadas las raíces y muertos los gérmenes de los vicios, llegó el tiempo florido, en que las almas santas perfuman el mundo con el ejemplo de sus buenas obras. Lo demás que sigue, tomado en su mayor parte de los *Comentarios de Orígenes*, es una repetición sumaria de lo dicho ya en otros lugares de esta misma lección.

Este argumento sigue con muchas palabras y razones. COLUMBA MEA IN FORAMINIBUS; quasi dicat: Exi a caverna, et foraminibus legis, et incipe cantare canticum evangelicum. SONET VOX TUA IN AURIBUS MEIS, confitendo me esse Messiam, etc. HYEMS, temporalis tribulatio. IMBER, crebra, et multiplex tentatio, vel paganorum persequutio. Tiene el alma su invierno. FLORES APPARUERUNT; id est, sancti redundarunt in mundo mente novorum, quando Pascha celebratur exorti. TEMPUS PUTATIONIS. Adhibita disciplinæ falce, qui sunt in domo Domini plantati ab omni superstitione purgantur, ut fructibus venturis sint parati. VOX TURTURIS. Ana *(Luc.*, II, 36), que conoce en el templo á Cristo y profetiza. Honrada y casta viuda. Siempre se ofrecieron en sacrificio dos tórtolas ó dos palominos; porque si no ofrecemos á Dios alma y cuerpo, no se agrada de nuestro sacrificio. FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS; id est, Sinagoga suos Israelitas. Dió lo que tenía que dar, y lugar á la gentilidad para que entrasse (*Rom.*, XI, 25): «Cæcitas contigit in Israel», etc. VINEÆ FLORENTES. Congregationes monachorum, virginum et anachoretarum. COLUMBA MEA IN FORAMINIBUS PETRÆ. Quia Spiritu sancto repleta semper habitat in foraminibus petræ, quia semper receptaculum habet in his, ex quibus sanata est, vulneribus Christi. CAVERNA MACERIÆ appellatur sancta Scriptura, in quibus anima fovetur, et consolationem recipit. OSTENDE MIHI FACIEM TUAM, etc. Invitatur, ut semper ante Deum assistat, et bene quidem, porque la cara no se ve en los ausentes, ni se oye la voz. ¡Ay de los que le vuelven las espaldas! (*I Reg.*, XVII, 52, *Jer.*, II, 13) (1).

D. Apponius, antiquissimus (in *Cant.*): JAM HYEMS TRANSIIT, etc.: (2) «Sicut superveniente vere, præcursore æ[s]tatis, qui fugat hyemem quando omnis creatura rediviva lætatur, et universa animalia secundum genus suum cooperantur ad fætus, et, ingravidata, cubilia construunt et aves nidos componunt, et sese invicem suis vocibus desertis (diferentes) advocant et motibus: ubi jam reptilibus epulas præparat humus, nec deest pennigeris animantibus esca: ubi canora vox volatilium dulci modulamine resonat, et ad præparandos flores, apis pennis armata procedit, ita Dominus noster Christus post horridam hyemem idolatriæ, et philosophicam doctrinam verum tempus per suam passionem (quod est Pascha nostrum) transit de morte ad vitam faciem mundi, martyrium, vel omnium Sanctorum Patrum flore decoravit. Quo tempore creata in principio omnis intelligitur creatura, et ipse homo, de limo terræ formatus est; *(Génes.*, II) quo tempore Mesopotamiam ad propriam sedem revolatus est Jacob: quo tempore filii Israel de terra Ægipti sunt educti, et in Christi figura, agni sanguis Ægipti vastatorem exclusit; quo tempore terram promissionis, transmisso Jordane, ingressi; eo tempore Redemptor noster Christus de convalle lachrymarum ad Paradysi montem suæ mortis exemplo Ecclesiam vocat, dicens: SURGE, PROPERA, etc. JAM HYEMS, etc.; id est, potestas tenebrarum, quæ tristem red-

(1) Aquí se dan, en compendio, las diversas interpretaciones que á estas palabras dan los doctores católicos. Por estar explicadas más arriba nos contentamos con esta ligera indicación, sin descender á una traducción más detallada.

(2) Así como á la venida de la primavera, que precede al verano y es la que destierra también el invierno, todo parece que resucita y despierta á nueva vida, y todos los animales fabrican sus nidos y para todos prepara Dios su manjar y alimento convenientes, así Cristo nuestro Señor, después de disipar las tinieblas de la idolatría y los errores de los filósofos, cambió la faz del mundo por medio de su Pasión, que es nuestra verdadera Pascua, embelleciéndole con los admirables ejemplos de virtud de los mártires y de los santos. Y en significación de esto se dice que la creación y formación del mundo fué en la primavera (habla el comentarista Apponio, de quien es todo este párrafo que traducimos); en esta misma época del año volvió Jacob de la Mesopotamia; en ella fueron los israelitas libertados de la cautividad de Egipto; en ella se inmoló el cordero, figura de Cristo, cuya sangre preservó á los judíos de la espada del Angel exterminador; en la misma, en fin, entraron los hijos de Israel en la tierra prometida, como nuestro Redentor convida también á su Iglesia á poseer la gloria y el descanso que El le ganó con su muerte, diciéndole: «Levántate, date prisa», etc. Ya pasó el invierno, conviene á saber: á la aparición de Cristo, verdadero Sol de justicia, huyó y quedó vencido el poder de las tinieblas y disipáronse igualmente las nubes de errores que por el mundo había sembrado el enemigo de las almas. «Han brotado ya las flores», flores ciertamente de inocencia, cual convenían para ornato del palacio que Jesús había de habitar, cuales fueron los Inocen-

debat mundum, Sole justitiæ, Christo, veniente, transiit de hoc mundo ad tartara. IMBER ABIIT, ET RECESSIT; id est, philosophiæ error, et gentilium doctrinæ, Christi adventu splendente, abiit, et recessit. FLORES APPARUERUNT IN TERRA NOSTRA. Ad tanti quidem Sponsi ornandam aulam regalem, necessario pro venenosis nequitiæ tribulis, innocentiæ flores per infant[i]um allisionem apparuerunt in terra, cui maledixit in protoplasto Deus. Quibus testibus coronatus, Magorum prænuntio, inducitur in Judæam, in quibus Ecclesiam primum decoris ornamenta suscepit. TEMPUS PUTATIONIS ADVENIT. Quando ex una stirpe corporis boni separentur a malis, ne vicinitate malorum depereant boni, ne perfidia incredulorum depereant credentes. De este tiempo habló Cristo (*Math.*, X, 35; *Luc.*, XII, 51). «Veni separare filium a patre», etc. Putatur unusquisque Ecclesiæ filius divina pietate, per compunctionem sanctam in intima mentis, et arefacta malæ voluntatis de eo sarmenta abscinduntur, ut possit jam putatus fructifer bonæ voluntatis palmes fructus germinare justitiæ, de quo gaudium in cœlis exhibeatur. Nam certum est, nisi avaritia fuerit amputata, largitas non subcrescit: nisi dolorum amor fuerit desecatus de corde, gloriosus martirii non pullulat palmes. Et nisi fornicationis præcisa fuerit consuetudo, castitatis non provenit angelicus fructus. Et sic de singulis vitiis, quia nisi amputatis vitiis, virtutes in nobis non crescunt.

VOX TURTURIS; id est, VOX Mariæ: que en este tiempo se oyó, cuando, saludada del Angel, dijo (*Luc.*, I, 34, 48): «¿Quomodo fiet istud?», etc. Et «ex hoc beatam me dicent omnes generationes». A la duda ó pregunta de la tórtola castíssima responde el Angel: «Spiritus Sanctus superveniet in te», etc. [El Espíritu Santo vendrá sobre ti, etc.]. Verdaderamente digna de que todas las generaciones digan que sola es bienaventurada, y de que no sólo las humanas generaciones, sino también las celestiales hierarquías, la celebren y alaben gloriosa entre todas las mujeres: por lo cual nos gozamos de ver introducida la vida, ahuyentada la muerte y reconciliado el mundo por ella. En la tierra perdida con pecados carnales, primeramente fué oída la voz de la voluntad santa de conservar y honrar la virginal pureza. De ella dijo el Profeta (*Ps. 64*) (*sic*) (*a*): «Terra nostra dabit fructum suum» [Nuestra tierra producirá su fruto]. Si no tuviera esta voluntad y propósito santo no replicara: «Quomodo fiet istud, quonian virum non cognosco?» [Cómo será esto? porque no conozco varón.] En cuanto el invierno triste de la privación, seco y sin hierba verde, se enseñoreaba de la tierra, esta suavíssima voz de la tórtola (ora por la Virgen Santíssima, ora por el gran Baptista) no se oyó en ella; pero luego que el Sol de justicia, Cristo, trayendo consigo el estío de su misericordia y largueza, amaneció en el mundo, se comenzó á oir la voz de la tórtola; conviene á saber: de integridad y limpieza; y la que solía llamarse tierra maldita y de gente perdida, comenzó á llamarse tierra de Dios y tierra nuestra. En ambas personas vino el Espíritu Santo: en la Virgen, cuando hubo de concebir, vino, y sobrevino; y en el Precursor, infante en el vientre de su madre; y ambos allí se consagraron á Dios y se hicieron de su jurisdicción. Porque como dos tórtolas, cuya naturaleza es amar los desiertos, llamándose entre sí suenan dulcíssimamente, con cordiales y profundas voces, assí estas dos di-

Por la Virgen María fué á nosotros introducida la vida y ahuyentada la muerte.

tes sacrificados por Herodes nacido apenas Cristo, Señor nuestro; ellos, juntos con los Magos, fueron las primeras flores que adornaron la Iglesia. También se significan en estas palabras la separación que Dios hace á veces entre los malos y los buenos, para que éstos no sufran detrimento en sus almas por la compañía y trato con aquéllos, y á esta separación, violenta y contraria á la naturaleza en ocasiones, se refieren aquellas palabras del Señor: «He venido á separar al hijo de su padre», etc. En sentido espiritual, cada uno de los fieles sufren en sus almas una especie de poda, por medio de la compunción, que corta en ellos los sarmientos viciosos del pecado, cobrando nuevo vigor para las virtudes. Para que en nosotros fructifique la generosidad y largueza, es preciso podar primero la avaricia; si no se ama la mortificación, no se tiene valor para empuñar la palma del martirio; sin matar toda raíz de impureza no vive el alma la vida sobrenatural de los ángeles, y así de las demás virtudes. En este canto de la tórtola hállase figurado el de la Santísima Virgen cuando, al saludo de San Gabriel, contestó: «¿Cómo ha de ser eso?... Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones...»

(*a*) En vez de éste, léase *Ps. 84*, 13.

vinas tórtolas cantaron con grande suavidad. Ella diciendo *(Luc.*, I, 38): «Ecce ancilla Domini: fiat mihi secundum verbum tuum», etc. [He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra]. Y él *(Joan.*, I, 15) *(a)* «Post me venit qui ante me factus est». [Tras de mí viene quien antes que yo existe]. Luego justamente por la tórtola entendemos la virginal pureza, que en Juan y María tiene el principado. Quæ semel Verbo Dei, vel Spiritu Sancto conjuncta, nunquam alium aliquem cogitat comparem, neque alteri desiderium sui amoris communicat, nisi illi, cui semel conglutinata probatur: sed ad illum semper promissionis vocem, et mentis emittit affectum, cui promissit servare quod nata est como las tórtolas, que nunca se mudan ni truecan su amor; hasta la fin perseveran cada cual en el de su compañero; y muerto el uno de ellos, el otro no se vuelve á casar ni conoce otros amores. Los primeros ama, y en el desseo dellos passa la vida.

FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS. Apostolos dicit grossos, hijos de la Sinagoga, dulcissimos y de gran regalo para la Iglesia. VINEÆ FLORENTES; id est, aliæ nationes, exemplo, et doctrina Apostolorum per idem in Deum florere cæperunt virtutibus, y muriendo por él dieron de su virtud olor suavissimo.

IN FORAMINIBUS PETRÆ. Quicunque desiderat ab hostibus aereæ potestatis illæsus evadere, in foraminibus hujus petræ, rectam fidem servando, semper ingrediatur. Hæc petra, Christus, habet multa foramina; id est, aditus, per quos intratur ad Patrem, regnum credentibus præparantem, quæ sunt genera virtutum, exemplorum foramina; hoc est, mansuetudinis, humilitatis, patientiæ, contemptus divitiarum, etc. Hæc sunt foramina, in quibus docetur amica ad gaudium regni cœlorum venire. Per hæc foramina lux divinitatis in tenebris hujus mundi resplenduisse occulta fide probatur. Hæc est utique petra inter Deum et homines mediatrix, per cujus foramina homines Deo, Deus hominibus demonstratur. Cognoscuntur et illa in hac petra Christo quinque foramina, in manibus pedibusque clavorum, et in aqua et sanguine per latus effuso ([1]).

Por las llagas de Cristo venimos en conocimiento de su divinidad.

Per cavernam maceriæ Apostolorum doctrinam intelligit [*Por los huecos ó concavidades de la pared* entiende la doctrina de los apóstoles]; por la cual, como por las llagas de Cristo, venimos en conocimiento de la divinidad y de los altissimos misterios de nuestra Fe.

Divus Gregorius Nissenus, JAM HYEMS TRANSIIT, etc. hyemem vocat malum aliquod magnum [Llama invierno á alguna gran calamidad], y cada nombre destos: HYEMS, IMBER, etc., significa alguna particular tentación. HYEMS igitur fit mentio ad indicandam faciem malorum multiplicem ([2]). Y pone el santo los inconvenientes del invierno tan varios: el caerse las flores y hojas de los árboles, el callar y entorpecerse las aves, el no parar en sus nidos las tórtolas, y dejar sus criaderos las golondrinas y las cigüeñas. Todo parece que contrahace y representa una como tristeza de muerte: muérense las plantas, perece la yerba, los ramos quedan desnudos de sus hojas y verdor, como los huessos consumida la carne; la mar se altera, los vientos corren fríos y fuertes, las olas crecen hasta las nubes y bajan hasta los abismos y se hacen como montes y sierras insuperables, y deshaciéndose en la playa y azotando la tierra, parece querer combatirla y acabar con ella. El cielo se turba y pone capote y ceño; las nieves, los hielos, las lluvias no dejan salir de casa los hombres. Lo cual todo se ha de considerar con sus misterios; porque, en figura, dicen la tormenta y invierno del pecado, que á donde quiera que está causa efectos semejantes. ¿Qué cosa es caerse la flor y la hoja en el invierno? ¿qué resolverse lo que de los ramos cae en la tierra? ¿qué el silencio de las aves de alegre canto? ¿qué el mar bra-

(a) El texto evangélico expresa la idea por estas palabras: «Qui post me venturus est, ante me factus est, quia prior me erat»: «El que ha de venir después de mí ha sido preferido á mí, porque era antes que yo».

([1]) Vuelve á repetir aquí el autor que las almas que quieran librarse de las asechanzas y malas artes del enemigo infernal han de acogerse al seguro de la misericordia de Cristo, Señor nuestro. En él sus virtudes, sus ejemplos admirables, sirven de morada á las almas santas, como igualmente sus llagas sacratísimas, consuelo á la vez y refugio para todos.

([2]) El *Invierno* designa en este lugar la multitud ó generalidad de males ó peligros de las almas.

mando y hinchado con los bravos vientos? y ¿qué significa el írse y apartarse? ¿por qué da á entender el Espíritu Santo que es cosa animada y que obra voluntariamente y como quiere? Todo lo refiere el santo á la caída del primero hombre y á las secuelas del pecado, que no dejó en la naturaleza tan bella una hoja verde hasta que vino el Redentor de los hombres y trajo á las almas el verano de su gracia: mandó al tempestuoso invierno que se fuesse, á la mar que se quietasse y á los vientos que callassen. Aquí comenzó otra vez á florecer la naturaleza nuestra, y á hermosearse con sus flores. Sunt autem flores illi vitæ, virtutes, quæ nunc quidem florent, verum suo tempore fructum suum exhibent ([1]). Por esso se dice aquí: Ya se passó el invierno, ya se fueron las lluvias, ya se apartaron lejos; aparecieron flores en nuestra tierra, y el tiempo de la poda se ha llegado, y la higuera dió sus brevas y la voz de la tórtola se oyó: «Vides, inquit, pratum illud, quod per virtutes floret? Vides continentiam? Ea est splendidum ac flagrans lílium. Vides verecundiam? Ea rosa est. Vides violam? Ea Christi est fragantia. Cur igitur ex his non tibi serta nectis? Hoc certe tempus est, quo, descerptis floribus, ejusmodi corollas nectere, quibus ornemur convenit ([2]).

QUIA TEMPUS AMPUTATIONIS ADVENIT. Tiempo de cortar flores y hacer ramilletes y guirnaldas con que coronar las cabezas. De esso da testimonio la voz de la tórtola que ha sonado en nuestro ejido; esto es, la voz de San Juan — que predicó á Cristo en el desierto — precursor deste agradable verano. Qui venustos hosce virtutis flores hominibus ostendit, ac flores legere volentibus offert, *como mostrando* ortum illum e Jessea radice florem, Agnum scilicet illum gestantem delictum mundi: qui denique pœnitentiam scelerum, et rationem vivendi, ex præscripto virtutis ponebat ([1]).

SURGE, PROPERA. Quitados los impedimentos, la vuelve á llamar para juntarla consigo y que goce de los bienes que le tiene prometidos: por esso, amiga; por esso, paloma.

IN FORAMINIBUS PETRÆ. Ille sic: «Sub tectum petræ; sub contigua muri anterioris». Tectum petræ intelligit Evangelium Christi. Quasi dicat: Si jam exercitata es, o anima!, in lege; si jam radios quosdam per fenestras propheticas animo contemplata es, non amplius sub parietis legalis umbra maneto. Nam is paries futurorum bonorum umbram efficit, non rerum ipsarum imaginem, quin potius e propinquo in terram ipsam de pariete transito. Etenim hæc petra muro anteriori contigua est, cum lex quasi quidam fuerit murus ante fidem Evangelicam ductus. Utraque doctrina alteri altera contigua est, et vim quandam vicinam obtinent. Quid enim proprius distat a non mœchando, quam non concupiscere? Quid proprius a cæde purum esse, quam neque ira quidem cor polluere? ([2]). La una assienta la ley; la otra le da la perfección. Digo que el

---

([1]) Flores de esta vida sobrenatural de la gracia en las almas son las virtudes, que si ahora ostentan verdor y lozanía, después darán de sí frutos ópimos de salvación.

([2]) ¿No ves—continúa el Santo—aquel á modo de prado floreciente de virtudes? ¿La continencia, cual lirio fragante; el pudor, como rubicunda rosa; el buen olor de Cristo, cual humilde y suavísima violeta? ¿Por qué, pues, no tejerás de todas estas flores una corona, con que, á modo de diadema, se hermosee tu frente? Ahora es, por cierto, el tiempo de cortar estas flores y tejer la corona que después nos ha de servir de premio en la gloria.

([1]) Ese fué el oficio de San Juan Bautista, no sólo anunciar la venida de Cristo, cual Precursor suyo, sino también mostrar á los hombres estas hermosas flores de las virtudes, como invitándoles á escoger las de más fragantes aromas, sobre todo á Cristo Jesús, flor de la raíz de Jesé y Cordero sin mancilla que quita los pecados del mundo, para llegar al cual es necesario hacer penitencia y ajustar la vida toda á sus enseñanzas.

([2]) Continúa el comentario de San Gregorio Niseno sobre estas palabras, el cual viene á decir, hablando con el alma: Si ya conoces la Ley, si por las enseñanzas de los Profetas has llegado al conocimiento del Evangelio de Cristo, no te detengas más tiempo, deja las prescripciones legales, ven á Cristo. Porque la Ley mosaica no es más que una sombra de lo que por Cristo habíamos de gozar; pero sin que en ella se hable de la sustancia de los bienes por Dios prometidos. Pasa, pues, aquel muro de la Ley y entra en la Iglesia de Cristo, porque aquélla, respecto de ésta, es como el antemural, como para esperar y disponer á los hombres á abrazar la doctrina del Evangelio. Por lo demás, éste no es opuesto á la Ley, sino que es su complemento y su mejor perfección, pues no sólo prohibe el cometer el pecado, sino hasta los deseos y los movimientos internos de la ira y de las demás pasiones.

Evangelio está muy conjunto con la ley, y la da su entera perfección; y que son como muro y antemural que sirve á la guarda fuerte de la Iglesia, y de cualquiera ánima cristiana.

OSTENDE MIHI FACIEM TUAM. Hæc verba dicit esse Sponsæ ad Sponsum deprecantis et petentis, ut ostendat jam faciem, et non per fenestras et cancellos, ænigmata scilicet et figuras, sino al descubierto y por sí mismo. Sed omnes latini expositores, verba esse Sponsi ad Sponsam asserunt, et recte; quos sequimur in hac parte» (1).

Divus Bonaventurae, doctor Seraphicus, diversis in locis, verba hæc Sponsi tractans, multa et præclara dicit *Tractatu de Septem itineribus æternitatis (a)*, cap. VII. Dice que el anima devota ha de tener grande atención á la habla divina, cuando la llama y convida á andar estos caminos de la eternidad. Porque, como dice Vercelense (in *Cantic.*): «Nihil est quod ad continuos Sponsæ profectus eam promoveat efficacius, quam Deum invitare, et ab eo invitari effective. Hoc enim exercitio continuo uniformiter proficiunt cœlestes substantiæ, quæ non cessant post Sponsum ingredi. Totus enim cursus amoris in assidua et continua hujusmodi invitatione consistit. Dicit, ergo, Sponsus ad animam: SURGE, PROPERA, AMICA MEA, COLUMBA MEA, FOMOSA MEA ET VENI (2).

Amiga, porque me amas y te amo; paloma, por la simplicidad que te ha comunicado el Espíritu Santo; hermosa, porque eres hecha á mi semejanza. SURGE. Levántate de las cosas temporales á las espirituales, y date priessa investigando, y ven entrando en mi eternidad. El tiempo es á propósito. JAM HYEMS TRANSIIT peccati, scilicet, infrigidantis, et itinera ambulantium obliquantis. Quia jam est itinerum optata facilitas: quia jam imber abiit et recessit, curæ distrahentes, et itinerantes impedientes: quia jam est itinerantium amœna jocunditas: quia jam flores apparuerunt in terra nostra: quia jam tempus vernale venit, ex presentia divini Solis in terra nostræ carnis: quia jam est perambulantium aleviata agilitas: quia tempus putationis advenit, quo spiritus exoneratur ab omnibus superfluis et vanis: quia jam est viarum revelata veritas; quia vox turturis audita est in terra nostra, Verbi incarnationem veritatem docentis: quia jam est viatrici desiderati *(sic) (a)* satietas; quia ficus protulit grossos suos, scilicit, Pater fons dulcedinis, Filium panem omnis suavitatis, et Spiritum Sanctum potum sobriæ ebrietatis; quia jam est medii odorifera suavitas; quia vineæ florentes dederunt odorem suum, scillcet: potentiæ fæcundæ, bonæ famæ ex operibus odoriferis dederunt odorem *(II Corint.*, I) *(sic) (b)* (1).

Estas palabras del divino Esposo toma San Buenaventura para despertar el alma á la entrada en la santa mansión de Jesús, que es su divinidad. De quien exclamando dijo San Agustín *(Tractat 25, in Joan.)*: «O magnum penetrale, et secretum dulce; o secretum sine tædio, sine amaritudine malarum cogitationum, sine interpollatione tentationum et dolorum!» (2). En este secreto hay muchas mansiones: Unos, son recebidos en la casa de la compunción. Otros, en el palacio de la continua meditación: «Meditatio cordis mei in

(a) Véase lo dicho en diversos lugares sobre esta obra, especialmente lo consignado en la pág. 300, col. 1.ª, nota *(b)*.

(1) Unos dicen que estas palabras envuelven una petición de la Esposa para que le hable y se le comunique su divino Esposo.

(2) Nada contribuye tanto al aprovechamiento del alma y á su adelantamiento en el divino servicio, como estas invitaciones con que amorosamente llama y convida á Dios á que venga á ella, y con las que de Dios es correspondida; como que en esto consiste la vida feliz de los bienaventurados en el cielo, complemento y corona de la vida de amor iniciada aquí en la tierra. Por eso le dice el divino Esposo al alma: «Levántate», etc.

(a) Debe ser errata no corregida; léase *desiderata*.

(b) Léase de este modo: *II Corint*, II, 15.

(1) Repítense aquí con palabras que el autor atribuye á San Buenaventura juzgándole autor de la obra de *Septem Itiniribus æternitatis*, las mismas ideas expuestas más arriba, designándose por tiempo de invierno el anterior á la venida de Cristo Señor nuestro, y el de primavera al reinado de la gracia—que Él nos mereció—en las almas.

(2) «¡Oh arcano profundo y dulce recámara; oh soledad en que ni fatiga el tedio, ni atormentan los malos pensamientos, ni se dejan sentir las tentaciones!»

conspectu *meo (a)* semper» *(Ps. 18*, 15). Otras, á la mesa de la refección: «Si tamen *(b) gustatis* quoniam dulcis est Dominus» *(I Petr.*, II, 3) (1). Otros, al retrete de la santa y solitaria contemplación, como San Juan, que reposa y duerme en el pecho del Señor.

Sólo al espíritu le es concedido entrar al conocimiento y fruición de Dios.

Nota más: que no entra todo el hombre á bulto en este secreto, sino sólo lo principal que hay en nosotros, y en que somos semejantes á Dios y capaces de Él, que es el espíritu. En el Prólogo del *Libro de la Eternidad* dice que antes de entrar nuestro espíritu en este íntimo secreto de quietud ha de haber forzosamente división, no del alma y del cuerpo, sino otra más admirable, *scilicet*, del alma y del espíritu, la cual suele obrar en nosotros como dice el Apóstol *(Hebr.*, IV, 12): «La palabra ó Verbo de Dios, viva y eficaz y más penetrante que cuchillo de dos cortes ó filo». El autor del libro de *Anima et spiritu*, y el mismo San Buenaventura, uniformemente, declarando este lugar de San Pablo, dice assí: «Nihil in creaturis hac divisione mirabilius cernitur, ubi illud quod essentialiter unum est atque individuum in se ipso, quandam divissionem patiatur; neque enim in homine uno alia est essentia ejus spiritus atque ejus animæ, sed una eademque substantia simplicis naturæ. Non enim in hoc gemino vocabulo gemina substantia intelligitur, sed cum ad distinctionem ponitur gemina nominatio ejusdem essentiæ, una superior per spiritum, alia inferior designatur, et hæc per animam. Sequitur in hac ergo divisione anima, et quod animale est in imo remanet; spiritus autem, et quod spirituale est, ad suprema evolat et ab infimis dividitur, ut ad superna elevetur: ab anima scinditur, ut Domino conjungatur *(I Corint.*, VI, 17). O quam felix divisio et mirabilis separatio, ubi quod corpulentum est et fæculentum deorsum remanet, quod spirituale et subtile est, usque ad speculationem divinæ gloriæ sublimatur, et in eandem imaginem transformatur! Pars inferior componitur ad summam pacem et tranquilitatem, dum pars superior sublimatur ad gloriam et jocunditatem» (1).

Los pies con que se camina á la eternidad de Dios son el entendimiento y afecto, y éssos han de estar limpios.

Al fin, es necessario retraerse nuestro espíritu y apartarse, no sólo de todas las cosas temporales, sino de la propia ánima y de sí mismo, para que con expedición y facilidad pueda entrar en el divino y secretíssimo cónclave de la divinidad de Cristo Jesús. Los pies con que se camina y hace esta jornada no son corporales, sino espirituales: el entendimiento (dice Vercelens, in *Cant.)*, y el afecto. «Quibus, inquit, anima devota frequenter carpit itinera æternitatis». Hugo (de *Arca Noe*, libro I, cap. IV), dice: «Hoc est ad Deum tendere et ad ipsum pertingere, semper eum per desiderium quærere, per cogitationem invenire et per gustum tangere» (2). Estos pies han de andar siempre muy limpios, porque á

(a) Por el contexto se infiere que en vez de este adjetivo debia hallarse, como se lee en *la Vulgata, tuo.*

(b) Debe ser *gustastis.*

(1) «La meditación de mi corazón *que haré yo* siempre en tu presencia». «... Si es caso que habéis probado cuán dulce es el Señor».

(1) «Nada hay comparable á esta división que la gracia realiza en el alma, viniendo, en cierto modo, á hacer dos de la que es única y simplicísima en su esencia. Porque, al hablar de división ó separación entre el alma y el espíritu, no es que quiera el Apóstol dar á entender que el espíritu tiene un ser distinto del alma. Algo significan, en alguna manera diversa, estas dos palabras, pero no en cuanto á la naturaleza, sino designándose por el espíritu lo más noble, lo más elevado—propiamente hablando, lo que hacia Dios nos lleva y á Él nos asemeja—, y por el *alma* la parte inferior, es decir, lo que hay dentro de nuestro ser espiritual que nos inclina á la tierra y á los deseos terrenos. De aquí es que, establecida esta división, todo lo terreno quédase atrás, mientras que velozmente sube hasta Dios lo que, depurado por la gracia, es, en cierto modo, divino en nosotros. ¡Oh feliz separación y admirable división, por la que, sin dejar de ser una nuestra alma, deja en la tierra lo que de la tierra es, y sube hasta transformarse en la imagen divina lo que es del cielo, lo espiritual y divino! Con esta elevación renace la paz en nosotros y quiétanse todos los instintos que mueven la guerra en el interior de nuestra alma».

(2) «Con el entendimiento y con la voluntad emprende el alma los caminos que á Dios la llevan. Caminar hacia Dios y llegarse hasta Él es buscarle siempre por medio de los deseos, contemplarle con el entendimiento y saborear sus regalos por medio de la voluntad».

este secreto retraimiento ninguna cosa manchada y sucia puede llegar ni entrar; y assí es necessario lavarlos á menudo. «Quia impossibile est, inquit Augustinus et Origenes, hominem aliquando non peccare venialiter, et non habere aliquam inordinationem in sua sensualitate propter continuam conversationem in tetris, ex qua contrahitur aliqua macula impuritatis in affectu et ex hoc ruga obscuritatis in intellectu» Vercelensis (in *Cant.*, V) dicit: «Etiam intellectuales operationes et formas, insuper intellectuali exercitio; esse et reputari maculas et offendicula» (1). De manera que los pies de nuestro espíritu, que son entendimiento y afecto, convienen que estén limpios, no sólo de las inmundicias de los pecados y de todo aquello que lo puede retardar y impedir en su carrera, sino que sean ligeros y con alas, y, como dice San Dionisio (de *Angel. Hierarch.*, cap. XV) agudos y penetrantes por el ardor del amor. Et Augustinus (in *Psal. 75*): «Iter tuum voluntas tua est, etc.): Amando ascendis, negligendo descendis, stans in terra, in cœlo es, si diligis Deum» (2). Las riquezas que en este divino cónclave y secretíssimo retrete se hallan, ninguna lengua puede explicar, porque, como dice San Pablo (*Coloss.*, II), allí están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Unde Bernardus (*sermone* 25): «In hoc, inquit, arcanum, in hoc Sanctuarium Dei, si quem forte vestrum aliqua hora sic rapi et sic abscondi contigerit, ut eum nemo avocet, nemo perturbet, vel sensus egens, vel cura pungens, vel culpa mordens vel ea certe, quæ difficilius amoventur irruentia corporalium imaginum phantasmata, poterit quidem hic, cum ad nos reducitur, gloriari dicens: INTRODUXIT ME REX IN CUBICULUM SUUM. ¡O vere quietus locus, quem non iminerito nomine cubili censuerim, in quo Deus non turbatus ira, nec velut distractus cura prospicitur, sed probatur voluntas ejus bona et beneplacens et perfecta (*Rom.*, XII, 2)! Visio ista non terret, sed mulcet; inquietam curiositatem non excitat, sed sedat; nec fatigat sensus, sed tranquillat. Hic vere quiete Dominus quiescit Deus tranquillus, qui tranquillat omnia, et quietum aspicere, quiescere est». Sed ad hæc quis idoneus? (1).

Los grandes en la fe y en la caridad hallan entrada para Dios.

San Bernardo dice que los grandes en la fe y en la caridad son los que hallan entrada en este santuario y permanecen en él; y cuando salen afuera pueden contar las inestimables riquezas que en él hay, si, empero, se pueden contar. «Sæpe enim, inquit Gregorius (lib. V *Moral.*, cap. X), amantis animus tantæ contemplationis munere adimpletur, ut videre valeat, quod omnino loqui non valeat» (2) Pero ya que no se puede contar lo que allá passa, señales se sacan y testimonios de que ha estado el alma en la región de la luz. «Ecce, dice Hugo (lib. de *Trib. dietis)*, dum de illo divino internæ contemplationis secreto revertimur, quid nobiscum afferre poterimus, nisi lucem? Lucem de regione lucis

(1) «Es imposible, dice San Agustín y Orígenes, que el hombre no caiga alguna vez en culpas veniales, hallándose expuesto á tantos peligros por las cosas que le rodean en este mundo, de las cuales, aun sin quererlo, se pega alguna mancha á nuestra voluntad así como ignorancias y oscuridades en la inteligencia. Aun en las mismas operaciones puramente intelectuales suelen mezclarse algunos tropiezos y no deja de contraer el alma alguna mancha ó imperfección».

(2) «El camino por el cual andas es tu voluntad, etcétera. Si amas, vas adelante; si no, retrocedes y vuelves atrás. Si amas á Dios, aunque vivas en la tierra, tienes ya tu conversación en los cielos».

(1) Dice San Bernardo que «quien llegue á ser introducido, siquiera por breve espacio de tiempo, en este oculto y secretísimo Santuario de Dios, de modo que, sin experimentar el remordimiento que punza ni el tropel de imaginaciones y cuidados temporales, goce en quietud inalterable los regalos divinos, este puede decir con toda verdad lo de la Esposa»: «Entróme el Rey en su recámara». Oh lugar dulcemente tranquilo y sosegado, en el cual se hace Dios presente, dando muestras inefables de su bondad y de aquella voluntad de beneplácito y perfecta», de que nos habla San Pablo. No infunde terror esta divina visión, sino alientos y esperanzas; ni excita curiosidades vanas y ambiciosas, sino que las sosiega y apacigua, ni en fin, causa fatiga en los sentidos, antes bien blandamente los tranquiliza. Aquí es donde con toda verdad Dios se muestra Rey pacífico, Señor de la paz; Él, que no sólo vive en paz sempiterna sino que la derrama en todas las criaturas, tanto, que sólo verle y contemplarle engendra plácido y sosegado descanso. Mas ¿quién será capaz de tanto bien?

(2) «Con frecuencia acontece—escribe San Gregorio Magno—que es tanta la abundancia de luz y tantos los conocimientos que Dios comunica al alma, que conoce ésta infinitas más cosas que las que puede después comunicar á los demás».

venientes portamus. Hoc enim dicens, et necessarium est, ut cum a lucis regione venimus, ad fugandas nostras tenebras nobiscum lucem apportemus. Et quis scire poterit quod ibi fuerimus, si illuminati non redimus? Sed si vidimus Patris potentiam, apportemus lucem divini timoris; si vidimus Filii sapientiam, apportemus lucem veritatis; si vidimus Spiritus Sancti clementiam, apportemus lucem dilectionis». Hæc Hugo. Quis ergo non surgat, quis non properet, aut quis non veniat, ubi tot utilitatum insignia concurrunt? (¹).

* ARTÍCULO V

Habla de los caminos por los cuales llega el alma á la vivienda de su Esposo y mora allí de asiento por toda la eternidad.

Los caminos para este divino secreto pone el seráfico doctor en el dicho *Tratado*, y dice que son siete: El primero, intención recta acerca de las cosas eternas. El segundo, meditación cuidadosa dellas. El tercero, limpia y despabilada contemplación. El cuarto, afecto amoroso y caritativo. El quinto, revelación secreta. El sexto, gusto ó prelibación experimental. El séptimo, deiforme operación. Cada cosa destas pide consideración y tiempo; mas porque en diversas partes destos *Comentarios* se hace mención y se dice mucho dellas, diremos tan solamente lo que en el fin de cada una dice, exhortando al alma al ejercicio della y á que sin miedo ande estos caminos. SURGE, PROPERA, AMICA MEA, propter intentionis tuæ simplicitatem, tam in quiete interioris contemplationis, quam in exercitio exterioris actionis. COLUMBA propter intentionis unitatem. *Vercellensis:* Unica, simplicem habens intuitum. Item COLUMBA propter intentionis agilitatem, mihi continuo approximando, quia per continuam desiderati finis intentionem, consequeris continuam aproximationem ad me, qui sum principium et finis. Principium te liberaliter creans; finis, te finaliter quietans. FORMOSA MEA, propter intentionis tuæ deiformitatem, ut tam nihil proprium in te reliqueris, quod in me amorose non ordinaveris: propter quod «tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te» *(Cant.* IV, 7). Veni igitur ad meam divinitatem, quia intentionis tuæ tendentia non quiescit nisi in mea æternitate, quæ est secretum meum intrinsecum, et æternale manerium. JAM HYEMS TRANSIIT, etc. (peccati scilicet) intentionis tuæ ascensum retrahentis, agilitatem retardantis, et pulchritudinem deturpantis, ABIIT, ET RECESIT. FLORES, quasi dicat: Jam æstas solis æterni incarnati Verbi in terra nostra apparuit: et ideo temporanea est itinerandi opportunitas. (Itinere 2 de *Meditatione*, dist. 7). JAM HYEMS TRANSIIT. IMBER vocat curas temporales distrahentes, et impedientes ambulantes itinere meditationis. Et Vercellensis (in *Cantica).* IMBER ABIIT. «IMBER, inquit, est aqua a cœlo fugiens, et in terram corruens, frigefaciens, et in multas guttas se dividens, lutum generans, et itinerantes impediens. Et signat affectum curæ temporalis, quia lubricum, et deorsum trahit, et quasi justa necesitate mentem trahit a suspendio spirituali in æterna spectacula, et ad sollicite tractanda negotia terrena vehementer urget. Unde spiritualis mentis fervorem sæpe tepefacit, vel etiam totaliter extinguit. Licet quidam perfectissimi inter majores, exemplo Angelico, præcedant et incedant erecti, inferius agunt sursum erecti, per rectam et devotam intentionem. Iste imber est vitandus in usu et intentione». Hæc Vercellensis (¹).

(¹) Cuando el alma, después de haber gustado las delicias de la divina contemplación, vuelve al trato y comunicación con las criaturas, ¿qué menos traerá consigo que aquella divina luz de que tan suavemente ha estado toda como bañada? Al regresar de la región de la luz sustancial, de luz hemos de venir acompañados; de luz, digo, que destierre lejos de nosotros las tinieblas y oscuridades de nuestras ignorancias y pecados. ¿Quién diría sino que hemos estado ejercitándonos en la contemplación de las verdades eternas si permanecemos faltos de luz celestial? Si hemos, pues, contemplado la omnipotencia del Padre, nos ha iluminado la luz del santo temor; si la sabiduría del Hijo, la luz de la verdad, y si la bondad y clemencia del Espíritu Santo nos ha de poseer y rodear por completo la de la caridad. Esto dice Hugo». Pues ¿quién—añade el autor—no se dará prisa, quien no sacudirá la pereza ó quien no querrá darse á ejercicio tan santo, de donde tan valiosas ventajas reporta el alma?

(¹) «Date priesa, levántate, amiga mía», que lo eres por lo sencillo de tu intención en todas tus obras, así de la vida interior, como exterior. Por esa misma unidad y sinceridad de tu intención, paloma mía, no menos que por tu agilidad y ligereza en volver con la intención y el pensamiento hasta mí, que

Cuando esta agua del invierno se passa y viene el agua saludable de la sabiduría estival y de verano, no sólo no impide á los que caminan estos caminos de la eternidad, sino que los provoca, enseña y endereza para que no los hierren. Levanta nuestro espíritu, hácele saltar y éntrala en el secreto de la eternidad. Es el agua que por San Juan promete Cristo á los suyos *(Joan.*, IV, 14): «Aqua quam ego dabo [ei], fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam» ([1]). Es agua que mana de la fuente de la vida, que es el mismo Dios, que levanta nuestro pensamiento y meditación por el desseo de las cosas eternas. «Sitivit anima mea ad Deum *fontem* vivum». (*Ps. 41*, 3) ([2]). Apaga en nosotros la sed de las cosas temporales y transitorias; porque está manando dentro de nosotros: y no podemos tener sed sino de Dios, por lo que El dice (*Eccli.*, XXIV, 29): «El que me bebe tendrá mayor sed». ¡Oh cuánto vale beber desta agua! Una sola gota nos haría ágiles y ligeríssimos en estas jornadas para el cielo, y nos daría fuerzas para contrastar todos los impedimentos que en él se nos ofreciessen, y nos haría dar saltos; no saltos para lo temporal, sino para lo eterno, hasta entrar en el secreto retrete de la divinidad del Señor. Item (itinere 3 de *Contempl.*, dist. 7), inter alia [El mismo autor dice, entre otras cosas], dice que «éste es el camino regalado y florido por donde el ánima camina, acabadas todas las tempestades al secretíssimo retraimiento del divino Esposo». «Ipso, inquit, Sole justitiæ oriente, hyems transiit, et ver fidei, calor Spiritus Sancti terram solvit, et virtutum flores producit.

Venies [vendrás], amiga, por el amoroso afecto con que contemplas las cosas eternas; paloma, por la agudeza y simplificación de tus ojos, que no paran hasta mí; hermosa, por el objeto hermosíssimo que tienes delante en tu contemplación. Ex pulchritudine enim objecti beatifici mentes contemplatrices beatificantur, et pulchrificantur. Unde Divus Dyonisius (lib. II de *Angelica Hierarchia)* dicit: «Deus pulchros facit suos contemplatores et amatores, juxta illud. *(II Cor.* III, 18):«Nos autem, revelata facie, gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur» ([1]).

A la alma que desta manera contempla se le dice lo que se sigue en el texto: OSTENDE MIHI FACIEM TUAM. Facies enim tua decora, non decore corporali, sed decore vero spirituali et interiori. SURGE, ERGO, ET VENI de labore ad requiem, de dolore ad consolationem, de languore ad impassibilitatem; veni ad interiores, id est, theorias unitivæ contemplationis, tanquam ad interiora deserti, ubi jam apparent flores, id est, splendores cœlestis sapientiæ, qui ibi apparent in contemplatione clara, qui prius latebant in prima desideriorum extensione. Veni, aperta sunt prata, apparuerunt herbæ florentes, varios flores, et odoriferos, et spirituales in Ecclesia producentes. Unde Divus Gregorius *(homilia 6 in Ezechielem)* exponsens illud *Genesis*, cap. XXVII: *Odor filii mei, sicut odor agri*

---

soy principio y fin tuyo: principio, pues soy tu criador; fin, como descanso y felicidad tuya. «Hermosa mía, porque esta rectitud de intención te ha hecho á mi semejante, ya que te has despojado de todo lo que significa ó es amor propio y egoismo, ordenando á mí todo tu ser. Por lo cual «eres toda hermosa y no hay en ti mancha alguna». Ven, pues, al seno de mi Divinidad, en la que únicamente puedes descansar. Pasó ya el invierno del pecado que impedía tus progresos, que retardaba tu ligereza y fervor, y manchaba tu hermosura. Apareció el sol, Cristo Jesús; ya es tiempo y ocasión favorable para andar por estos caminos. . Y añade el Vercelense: La lluvia, dice, resulta de las gotas de agua que caen como desprendidas del cielo, la cual, mezclándose con el polvo de la tierra, forma el lodo ó barro, que es un obstáculo y un peligro para los caminantes. Por él se designa el amor y la solicitud y cuidados temporales, que son pegajosos y entorpecen las aspiraciones y tendencias espirituales del alma. Quien quiera volar hasta Dios y subir en la perfección ha de estar libre de estas cosas».

([1]) El agua que yo le daré, dice Cristo, vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará *sin cesar* hasta la vida eterna».

([2]) «Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo». —Respecto de la palabra subrayada, véase lo que hemos dicho más arriba, pág. 114, nota *(a)*.

([1]) Las almas contemplativas vienen á participar de la hermosura y bienaventuranza del mismo Dios. Por lo que dice San Dionisio: «Dios derrama una singular hermosura en los contemplativos y en los que le aman, según aquello del Apóstol: «Todos nosotros contemplando á cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen *de Jesucristo*, de claridad en claridad, como *iluminados* por el Espíritu del Señor».

pleni, sic ait: «Aliter redolet flos uvæ, per quem signantur prædicatores, doctrinis inebriati: Aliter flox olei, id est, misericordiæ, qui lucenter fovent debiles: Aliter flos rosæ, id est, martires, exemplis flagrantes: Aliter flos violæ, id est, humiles, purpuram cœlestis vitæ servantes: Aliter spica nardi, id est, perfecti et maturi, opera bona fructificantes» (¹).

La caridad vínculo de perfección que nos une con Cristo.

Item (itinere 4, dist. 7) loquens de charitativa affectione, sic: SURGE, PROPERA, AMICA MEA, COLUMBA MEA, FERMOSA MEA, dice que la caridad es la que nos hace amigos de Dios; que por esso la llamó el Apóstol *(Coloss.*, III) vínculo de perfección, porque nos une con Cristo; por esso, amiga, y por la sinceridad, que, como dice Bernardo (lib. de *Diligendo Deum*) la caridad es sincera paloma, porque desta virtud, como de fontal principio, nace toda la belleza en el alma hermosa. «Mirabilis laus tua; non ex tuo, dice Origenes *(in Cant.)*, sed ex eo, qui diligit te. Fide enim polles, spe nites, charitate luces, justitia splendes, fortitudine rutilas, prudentia fulges, et temperantia candes. Veni igitur per iter charitatis integræ, quæ fit ex toto corde, id est, toto intellectu, sine errore; ex tota anima, id est, voluntate, sine contradictione; ex tota mente, id est, memoria, sine oblivione: si unum illorum deest, integre non venis» TEMPUS PUTATIONIS ADVENIT. Vercellensis (in *Cant.)*. «In vite, inquit, putantur, id est; resecantur sarmenta, quæ si in vere manerent, fructum multiplicem, sed minus nobilem proferrent. Sic in mente sunt virtutes et motus, qui apti sunt in vita activa fructificare» sed illi fructus minus reputantur respectu fructuum vitæ contemplativæ. Maria optimam partem elegit *(Luc.*, X). Similiter intellectus speculativus fructificat in divinorum cognitione per creaturarum investigationem, sed ille fructus minus nobilis est, quia enigmaticus est respectu cognitionis unitivæ. «Nam dicit Dyonisius (lib. de *Divinis nominibus*, VII) est iterum divinissima cognitio Dei, quia ipse cognoscitur per ignorantiam, quando, scilicet, mens ab omnibus intellectualibus et intelligibilibus recedens, et tamen se ipsam excedens unitur radiis æternæ sapientiæ inscrutabilis profunditatis». Sequitur: «Quoties ergo superintellectualiter exercemur ad divinum radium, toties opus est ut resecemus intellectuales operationes et creaturarum similitudines (¹).

Que esto es descalzarse Moisén los pies para llegarse á hablar con Dios *(Exod.*, III, 5) que tanto rehusaba la Esposa ensuciar cuando, llamada de su Esposo dice *(Cant.*, VI, 3): Lavi pedes meos, quomodo inquinabo illos? *Vercell:* «Id est: affectum et intellectum, quibus carpsi itinera æternitatis, lavi et purificavi

(¹) «Muéstrame tu rostro»; porque tu faz es hermosa, no con una hermosura exterior, sino toda interna y espiritual. Ven, pues, apresúrate á salir del trabajo al descanso, del llanto á la consolación, de la tibieza y cansancio al lugar donde hay vida y descanso verdadero. Ven á lo interior, es decir, recógete en alta contemplación, en donde ya se muestran las flores de las virtudes que en el principio sólo estaban como en germen y en su raíz. Ven, repito; los campos sonríen, ya brotan las flores, flores espirituales y olorosas, que adornan y embellecen á la Iglesia. Porque, como dice San Gregorio Magno: Una es la fragancia de la vid, que simboliza á los predicadores, llenos de sabiduría y de doctrina celestial; otra es la de la oliva, en la que están significados los misericordiosos; otro, el aroma de la rosa, esto es, de los mártires, que con sus ejemplos portentosos llenan el mundo de fragancia; otro, el de la violeta, símbolo de las almas sencillas y humildes, y otro, en fin, distinta, el del nardo, esto es, de los perfectos y santos, que han llegado ya á sazón en todo género de virtud.

(¹) Soberana y maravillosa alabanza, dice Orígenes, la que de ti, oh alma santa, se hace en estas palabras; pero no creas que es tuya ó que procede de tus méritos personales; no es tuya, sino de aquel que te ha amado. El poder te viene de la fe; el resplandor, de la esperanza; el fulgor, de la caridad; por la justicia, eres hermosa; por la fortaleza, brillante; la prudencia te hace agraciada, y la templanza te rodea de una luz esplendorosa y pura. Ven, pues, á los brazos de Dios, por el camino de la caridad perfecta, amándole con todo tu ser; es decir, con todo el entendimiento, sin nube ni sombra de error, con toda el alma, sin contradicción ni resistencia en la voluntad, con toda tu mente, sin olvidos ni pretericiones en la memoria; porque, en faltando alguna de estas condiciones á tu caridad, ya no es perfecta... —«Llegó el tiempo de la poda»... En las vides, dice el Vercelense, pódanse aquellos sarmientos que, si se dejaran subsistir, producirían, sí, fruto en mayor abundancia, pero de inferior calidad. Algo semejante ocurre en el alma, en la cual se hallan también aptitudes y disposiciones para la vida activa, pero que

quomodo iterum inquinabo illos umbris et imaginibus temporalium?» VOX TURTURIS. Vercellensis: «Turtur est solivagus, et significat mentis virtutem unitivam et superintellectualem, quæ nidificat in amœnissimis locis virentibus, et assiduis contemplativis mentibus, et pullos ut turtur fovet nocte in superlucenti caligine occulti silentii» [1].

Et itinere 6, dist. 7: FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS». Convida al alma, assegurándole la comida, no cualquiera, sino regalada y suave. Quid per ficum convenientius intelligi potest, producentem fructum dulcedinis, quam Pater æternus, principium omnis dulcoris, qui protulit nobis grossos infinitæ dulcedinis et refectionis, scilicet Verbum suum et Spiritum Sanctum consubstantiales, et coæternos? Verbum suum infinitæ dulcedinis protulit incarnatum, ut nobis esset in redemptionem, et panem super substantialem, ut esset nobis in refectionem, qui descendit de cœlo nobis præparatus, et habens in se omne delectamentum, et omnem saporem suavitatis, ut per ipsum dulciter reficiamur in via, ne deficiamus, sed ad æternum Patrem reducamur. «Ecce, dicit Hugo, unum ferculum proponitur in mensa Domini, sed noli contemnere: continet enim in se omne bonum. Sed hanc refectionem non omnes gustant; ipsa est enim una et singularis quia cum aliena, et extranea delectatione et dulcedine non percipitur. Dicitur domestica, quia amicis et familiaribus tantum præparatur: dicitur unifica, quia unum secum efficit omnes, quibus se sumendam, et percipiendam præbet». Hæc ille. Ficus etiam paterna protulit nobis Spiritum Sanctum, qui est fons infinitæ dulcedinis, saliens in vitam æternam. «Spiritus enim meus super mel dulcis» (*Eccli.* XXIV, 27) et a quo omnis dulcedo emanat [1].

Divus Gregorius (lib. V *Moral.*, c. XIX) dice que la unción del Espíritu Santo hace despreciar todas las cosas inferiores y nos levanta á las superiores, y que su dulzura puede sentirse, pero no decirse.

Comunica Dios sus dones para refección en esta vida mientras no gozamos la otra.

Este su divino Espíritu [se] nos comunica y da cada día de muchas maneras guisado, para que los que andan por el camino de la eternidad sean recreados por los siete dones de El en los siete días que dura la vida, para que con estas siete refecciones podamos llegar á gozar el banquete y convite eterno en la patria. Unde Gregorius (lib. I *Moral.*, c. XVI) dice que cada cual de los dones del Espíritu Santo tiene su día para banquetear el alma, y alumbrarla. «Intellectus donum in die suo convivium fecit, quia in eo quod audita penetrat, reficiendo cor, tenebras

---

de no moderarse y aun cortarse á tiempo, la inutilizarian por completo para los ejercicios de la vida contemplativa, que es para el alma, como dijo Cristo en el Evangelio, «la mejor parte, la de más provecho». Del mismo modo, el conocimiento natural que de las cosas divinas alcanzamos investigando y discurriendo por las criaturas, no iguala, ni de lejos se parece siquiera, al que se obtiene en la contemplación, como lo da á entender San Dionisio expresamente, diciendo, que el más divino, el más perfecto conocimiento que de Dios podemos tener es el que el alma goza cuando, despojándose de las imágenes y especies de las criaturas, es iluminada con los rayos de la sabiduría eterna. Siempre que á tal estado queramos llegar, hemos forzosamente de despojarnos antes de todo lo sensible y humano que hay en nuestra inteligencia.

(1) «Lavé los pies, dice la Esposa, ¿y me los he de volver á ensuciar?». Dice al autor citado arriba, interpretando estas palabras, que los pies á que aqu se alude son las potencias y facultades del alma, el entendimiento y la voluntad, con los cuales camina el alma por las sendas de la alta contemplación, cuando se hallan purificados y limpios de las sombras é imágines de las criaturas.—Igual sentido tienen las palabras que siguen hasta la terminaclón del párrafo.

(1) «La higuera arroja sus brevas».—Tomando estas palabras en un sentido puramente espiritual, podemos ver en ellas—dice el autor de la obra de donde el P. Angeles toma estas palabras, y que no es San Buenaventura—, una alegoria de las tres Divinas Personas de la Santisima Trinidad. ¿Qué frutos más dulces y provechosos para las almas que el Verbo encarnado, enviado del Padre, para que fuera nuestra redención y salvación, pan sobresustancial, que contiene todo sabor y toda suavidad, bajado del cielo para ser nuestro manjar, que nos sustenta hasta la vida eterna? Manjar único, sí, como dice Hugo, pero de tal eficacia, tan perfecto y completo, que no sólo contiene en sí todo bien y toda suavidad, sino que á los que dignamente le comen, les da vida perdurable y los mantiene en la plenitud de una vida enteramente divina. Diónos también el Padre Eterno el Espiritu Santo, fuente de la gracia, manantial perenne del agua viva «que salta hasta la vida eterna» y de quien traen su origen todo gozo, toda suavidad y toda dulzura.

ejus illustrat; sapientia mentem æternorum spe et certitudine reficit; consilium, dum præcipitem esse prohibet, ratione animum replet. Fortitudo dum adversa non metuit, trepidanti menti cibos confidentiæ apponit; scientia in ventre mentis ignorantiæ jejunium separat· Pietas cordis viscera misericordiæ operibus replet. Timor, dum præmit mentem, ne de præsentibus superbiat, de futuro illam cibo spei confortat». «Hæc dona (Bonav., itin. 7, d. 7) Sancti Spiritus, sunt quædam perfectiones animæ per quas redditur bene mobilis ad æterna consequenda, et exercitata ad experiendum, quia» spiritualis omnia dijudicat (*Cor.* II, 15) ([1]).

COLUMBA MEA. Propter operum tuorum fœcundam parturitionem. Es muy fecunda la paloma, y metida en los agujeros de la piedra, y hecho allí su nido, parirá obras de luz. Hinc Bernardus (*In Cant.*): «O amica mea, si quietem desideras, si securitatem affectas, si fæcunditatem amas, assumme pennas sicut columba, et nidifica in vulneribus Jesu Christi. Nusquam quies gratior, nusquam securitas tutior, nusquam fæcunditas uberior, ubi hauries, quod pullis ministres ([2]).

Muestra es de amor al amado obrar con ligereza.

SURGE, PROPERA. La priessa en el obrar bien arguye alegría en el corazón, y amor á la cosa amada, y deleite en las obras. «De natura boni operis est, ait Origenes, quod ipsius multiplicatione, multiplicetur etiam dilectio et delectatio; et quasi quoddam condimentum cibi spiritualis est hilaritas bene operativa. Nam bonum operatum facit dulcedinem in gustu, et gaudium in corde». ([1]). San Gregorio, á lo menos, dice que el comer del anima es satisfacer su desseo con buenas obras.

VINEÆ FLORENTES DEDERUNT ODOREM SUUM. Con esto la despierta y pretende llevar á sí. Hay buen olor en los caminos, y olor salutífero, que ahuyenta y mata las serpientes y animales ponzoñosos. Las viñas que florecen y dan de sí buen olor son las potencias del ánima fecunda, y las capacidades de aquella parte sabrosa y odorífera, que es la verdadera vid, que el Padre celestial in mentibus humanis, tanquam in horto vinearum, sacris inspirationibus plantat, sacramentis vegetat, et bonis operibus maturat, prout gradatim ipsam vineam excolit, ut fructificet. Unde Hugo (libro II de *Arca Noe*, cap. últ.) dicit: «Hoc est vere lignum vitæ, Verbum Patris, sapientia Dei, quæ in cordibus Sanctorum, tanquam in Paradyso invisibiliter primo per timorem seminatur, post, per gratiam rigatur; per dolorem moritur, per fidem radicatur, per devotionem germinat per compunctionem oritur, per desiderium crescit; per charitatem roboratur; per spem viret; per circunspectionem frondet, et extendit ramos; per disciplinam floret; per virtutem fructificat; per patientiam maturescit; per mortem carpitur; per contemplationem cibat. Cum igitur Jesus, qui est vera sapientia

([1]) Explicando San Gregorio Magno los efectos divinos que los dones del Espíritu Santo producen en el alma, compáralos á siete banquetes con que ésta es recreada de Dios, y escribe: «El don de entendimiento, al darnos conocimiento de las cosas que oímos y penetración para entenderlas, nos sacia desterrando de nuestra inteligencia las sombras de la ignorancia; el de sabiduría nos hace gustar la suavidad y dulzura que en las verdades divinas se halla, llenando el alma de esperanza y confirmándola en la certeza de las divinas promesas; el de consejo nos quita la precipitación en el obrar, dándonos aplomo y seguridad en lo que hacemos; el de fortaleza destierra el temor, devuelve la paz y la confianza al corazón; el de ciencia llena los senos insaciables del alma, hartando su hambre de saber; el de piedad hace que el corazón rebose en sentimientos dulces y delicados de misericordia y de bondad, y el de temor de Dios, en fin, reprimiendo el orgullo y moderando la afición á las cosas presentes le llena con las esperanzas de los bienes eternos». «Estos dones del Espíritu Santo, según otro autor, son ciertas perfecciones del alma por las cuales se dispone aptísimamente para la consecución de los bienes eternos, y adquiere experiencia para juzgar y conocer las cosas espirituales y divinas, porque «el hombre espiritual discierne ó *juzga* de todo».

([2]) Si deseas—escribe San Bernardo—la quietud, si te gusta tener como morada un lugar seguro, si ansias tener la fecunda y serena actividad, toma alas como de paloma y haz tu morada en las llagas de Jesucristo. Ningún lugar más grato para el descanso del alma que éstas; en ningún otro hay mayor ni tanta seguridad; ninguno te prestará más abundantes frutos; de ellos sacarás el suave manjar que debas suministrar á las almas á ti encomendadas.

([1]) «Propio es de las cosas espirituales el aumentar en el alma el gusto y el placer á medida que en ellas nos ejercitamos, de tal modo, que viene á ser como salsa gustosísima para ella una alegría de indecible placer que interiormente nos inunda. Toda obra buena engendra de suyo dulzura y gozo interno en el corazón».

Patris, sit fontana copiosa susceptionum divinarum suavitatum, et refundat de plenitudine sua divinissimas fragrantias sive odores, ad deiformes intelligentias, in quibus mentes suaviter delectatæ, et sanctis et odoriferis susceptionibus adimpletæ, utuntur intelligibili alimento penetrante ad intimos suos intellectuales sinus, secundum suam divinam participationem benevolentium distributionum, planum est, quod hi, quos sapientia inhabitat, sacris susceptionibus, quasi vineæ florentes, fæcundantur habitibus virtutum, et fructibus bonorum operum proficiunt; et sic tot suaves oderes aliis dant, quot exempla odoriferorum operum evaporant. «Deo autem gratias, qui odorem notitiæ suæ manifestat per nos in omni loco», etc. «Bonus enim odor Christi sumus» (*II Cor.* II, 45-5), etc. Vineæ igitur florentes dicuntur fœcundæ mentis potentiæ et capacitates odoriferæ, quas cœlestis agricola inhabitans, et excolens facit eas floridas et odoriferas: floridas per Verbum veritatis; odoriferas, per spiritum charitatis» ([1]).

Para llegar á la primavera de la gloria hemos de passar por el invierno de las tribulaciones y trabajos.

A lo menos, si queremos atentamente considerar el orden de las cosas y las palabras del divino Esposo, primero se ha de passar por el invierno y lluvias de las persecuciones y tentaciones, y han de haber aparecido las flores y dado sus brevas la higuera, y acabádose la poda, y oídose la voz de la tórtola, y florecido las viñas, que nos llame á sus abrazos y al verano de su gloria. Digo que me assienta bien y me satisface la glossa de San Gregorio, que entiende esta vocación, del destierro á la patria, y de la miseria á la felicidad eterna, porque todos estos verbos son de pretérito perfecto, que significa tiempo ya passado. «JAM HYEMS TRANSIIT, IMBER ABIIT, ET RECESSIT, FLORES APPARUERUNT IN TERRA NOSTRA, TEMPUS PUTATIONIS ADVENIT, FICUS PROTULIT GROSSOS SUOS, VOX TURTURIS AUDITA EST IN TERRA NOSTRA, VINEÆ FLORENTES DEDERUNT ODOREM SUUM.» Verba sunt divi Gregorii. Possumus per vineam præsentem vitam intelligere, quæ dum nos assiduis tentationibus impetit, quasi imbribus importunis ad sequendum Christum torpore compellit. Sed jam Sponsa surgat, quia hyems transiit: quia quanto magis dies ultimus instat, præsens vita recedit; et quo amplius tempus ad terminum ducitur, eo citius currendum est, ne electa anima oblatis sibi muneribus æternis privetur *(a)*.

«Ya passó el invierno, le dice el Esposo, y las lluvias; aparecieron y hicieron os-

---

([1]) Las viñas que florecen... verdadera vid que el Padre celestial planta en las almas, como en un huerto delicioso, por medio de sus santas inspiraciones, la sostiene por medio de los Sacramentos, llevando á sazón sus frutos por medio de las buenas obras, poco á poco y según la aptitud de cada una. Por eso dice Hugo á este propósito: «Este es el verdadero árbol de vida, Verbo del Padre, sabiduría de Dios, que, plantado en el alma de un modo invisible, cual en un paraíso de delicias, primeramente por medio del temor santo, regado después por la gracia, muere ó se seca por el pecado; la fe. le arraiga; la devoción, le hace fecundo; por la compunción cobra nuevo vigor; crece por los deseos santos; la caridad le robustece, reverdece por la esperanza, cúbrese de ramas y hojas por la moderación y por la templanza; la sujeción y la obediencia le coronan de flores, que la virtud convierte en sazonados frutos, que madura la paciencia y que se cosechan en la muerte, y por medio de la contemplación sacian y hartan al alma. Siendo, pues, Jesús, sabiduría del Padre y fuente inagotable de divinas consolaciones, de cuya plenitud participamos todos los bienes, dulzuras y consolaciones, que, según su capacidad y disposición, el Señor distribuye entre las almas; síguese de aquí que las almas, llenas de esa celestial sabiduría, cual vides floridas y fecundas, se llenan de flores de las virtudes y de los frutos de buenas obras, tanto más deliciosos y suaves para los demás, cuanto más ocasiones encuentran de obrar el bien. Porque, «gracias á Dios—decía el Apóstol—, que derrama por medio de nosotros en todas partes el *buen* olor del conocimiento de su Nombre...»; «porque nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios», etc. Son, pues, según esto, viñas floridas las almas santas, fecundadas por la gracia y cultivadas por el divino agricultor: cubiertas de flores, como iluminadas por la palabra de verdad; olorosas, por las buenas obras que, informados de la caridad, practican.

(a) «Gregorius: Fusi sumus foras de regno Dei quod jnfra nos est. Nihil curamus, foris quærimus consolationes de rebus vanis et insaniis falsis, ita quod jam religionis antiquæ devotionem amissimus, adeo quod nec speciem ipsius retinemus». *(Nota del autor al margen del texto, que no traduzco porque lo parafrasea lindamente en el párrafo siguiente).*

tentación las virtudes. La higuera, que también es planta espiritual en el alma, como dice Orígenes, dió su fruto de primavera; ya passó la poda de los vicios y de todos los apetitos del mundo, y de todo lo supérfluo y menos bien ordenado; ya se oyó la voz de la tórtola gemidora, que significa el ánima penitente; ya las viñas dieron su buen olor, de buena opinión y fama. Y quiera Dios no sea esta profecía contra este siglo desdichado, en el cual ni se hallan flores de virtudes, ni frutos de buenas obras, ni hay tórtola que gima, ni viñas que den buen olor: sólo vemos un invierno frigidíssimo, en que los hombres no osan sacar las manos para obrar bien.

Yo pienso que está muy cerca el juicio, por lo que dice Cristo en su Evangelio *(Luc.*, XVIII, 8), que cuando hubiere de venir, no hallará fe sobre la tierra. ¿Cuándo menos que agora? ¡Oh invierno cruel y rigoroso! La professión, de cristianos; pero las vidas, los estudios, los ejercicios, el trato, las ocupaciones y los desseos, de gentiles. Passó ya lo florido de la Iglesia; desaparecieron aquellos siglos dorados; el oro *(Thren.*, IV, 1 sigs.) de veinticuatro quilates se ha escurecido, y el color preciosíssimo se ha mudado; las piedras del santuario andan desparcidas y callejeras; los hijos de Sión ínclitos y vestidos de oro de Ofir se han convertido en vasos de barro, obra de las manos de los olleros. Remédielo Dios, que puede, y á mi me saque de tan riguroso tiempo á la primavera de la gloria, ubi erit manifesta visio, plena cognitio, vera dilectio, firma conjunctio, societas individua, similitudo perfecta, vita beata in æternum, et ultra in perpetuas æternitates (*de Spiritu et anima*) [1].

El Divino Jerónimo *(epíst. 22 ad Eustochium*, circa finem), tratando y describiendo el verano de la gloria, dice assí: [2] «Egredere quæso, o anima paulisper de papilione corporis, ut, in ostio stans, videas Dei gloriam pertransire, et præsentis laboris ante oculos pinge mercedem. Qualis tibi erit dies illa, cum Maria Mater Domini tibi occurret, choris commitata Virgineis, cum et ipse Sponsus cum omnibus Sanctis dicet: SURGE, PROPERA, AMICA MEA, COLUMBA MEA, ET VENI: JAM HYEMS TRANSIIT, etc. Tunc Angeli mirabuntur de tua gloria, dicentes: Quæ est ista quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa *supra* dilectum suum? *(Cant.*, VIII, 5). Videbunt te filiæ Syon, et te laudabunt. Tunc illa centum quadraginta quatuor millia in conspectu throni, et seniorun tenebunt citharas, et cantabunt canticum novum *(Apoc.*, XIV, 3). Tunc secura in amplexus Sponsi evolabis, cum jubilo dicens: INVENI QUEM DILIGIT ANIMA, TENUI EUM, NEC DIMITTAM *(Cant.*, III, 4). Tunc filii septem illius magni Job, qui est magnus inter omnes, qui morantur in illa beata orientalium regione, facient convivia singuli in die suo (*Job*, I, 4), et

---

[1] El autor, tomando las palabras del libro intitulado del *Espíritu y el alma*, termina rogando al Señor «que le saque pronto de esta vida y le lleve á la gloria, en donde se goza de la visión clara y manifiesta de Dios, donde hay pleno conocimiento, amor verdadero, unión santa y sin peligro de perderse, amistad santa é inalterable, vida feliz y bienaventurada para siempre, por eternidad de eternidades».

[2] Despréndete, oh alma cristiana, dice San Jerónimo, sal, mejor dicho, de ti misma, y de todo lo corporal y visible, para que puedas gozar de la visión de Dios y de su gloria, y pon ante tus ojos y contempla después el premio que se ha de seguir á los trabajos y tribulaciones de la vida presente. Considera qué día tan glorioso para ti será aquel en que la Santísima Virgen, acompañada del coro de innumerables vírgenes y almas santas, saldrá á tu encuentro, precediendo al Divino Esposo que, lleno de ternura y de amorosa clemencia, te dirá: «Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, y ven: que ya pasó el invierno, ya cesaron los trabajos de la vida terrena», etc. Entonces los ángeles, admirados al ver la gloria de que estarás vestida, se dirán los unos á los otros: «¿Quién es ésta que va subiendo del desierto de la vida, llena de delicias, apoyada en su Amado?» Te verán las hijas de Sión, las almas santas, y te colmarán de bendiciones y de alabanzas. Entonces aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que están con los veinticuatro ancianos alrededor del Trono del Cordero, pulsarán con suavísima armonía sus cítaras, y te cantarán un cántico nuevo de bendición y de gloria. Entonces, tú, sin temor ni sobresalto alguno, volarás gozosa á los brazos de Cristo, y dirás, cantando tu victoria: «Encontré al que adora mi alma; asíle y ya *no me apartaré de él*». Entonces, también aquellos siete hijos del gran Patriarca Job, los santos todos, que moran ya en aquellas felicísimas mansiones de la gloria, harán un convite cada cual en su día, y te invitarán á él, á ti, que ya eres partícipe de su misma gloria, y te dirán con más razón que Holofernes á Judit: «Bebe ahora y ponte á comer alegremente, porque has hallado gracia delante del rey de la gloria», á los cuales tú res-

invitabunt sororem suam, te consortem suam, et dicent tibi singuli: «Bibe nunc, et accumbe cum jucunditate: quia invenisti gratiam coram *summo principe*»: et tu respondebis cum gaudio, dicens: «Bibam, *et hilarior fiam*, quia magnificata est hodie anima mea præ omnibus diebus vitæ meæ» (*Judit*, XII, 17 á 18). ¡O vere inaudita magnificentia! o læta et jocunda excellentia, qualis nunquam in hoc sæculo est audita! Et Augustinus: «Erige rationem, dilata et expande affectionen, intra in gaudium Domini tui, quod nec oculus in hac vita perfecte vidit, neque auris audivit, nec in cor hominis ascendit. Exardesce igitur, o anima, amore et desiderio supernæ vitæ Sanctorum, ubi est actio non operosa, requies non desidiosa, ubi vita sine defectione, laus divina sine cessatione». Bernardus: «Gaude igitur, et exulta, ac mercedem laboris tui considera, quæ revera es tam multa, quod non potest numerari: tam magna, quod non potest mensurari; tam pretiosa, quod non potest estimari; tan copiosa, quod non potest terminari». Anselmus (libro de *Simil.*, LXXI): «Cum futurum gaudium aspicio, jam pene præ admiratione deficio: quia gaudium erit intus, et extra, subtus, et supra, circum, et circa. Gaudebis in omnibus, gaudebis de omnibus. Gaudium tuum, ut puto, præfiguratum est in *Apocalypsi* per illam mulierem beatam, quæ amicta fuit sole, et luna sub pedibus ejus, et corona duodecim stellarum in capite ejus (*Apoc.*, XII, 1). Mulier ista, ut æstimo, est anima beata, æterni Regis filia, sponsa, et regina: filia, per naturæ creationem; sponsa, per gratiæ adoptionem; regina, per gloriæ collationem. Hæc bene dicitur amicta sole, quia decorata splendore claritatis deificæ, coronata dignitate fælicitatis æternæ: in qua fælicitate ob specialem decorem, sunt duodecim gaudia per duodecim stellas figurata, per quæ decoratur, et ornatur fælicitas superna. Hæc gaudia debes tu, o anima, quotidie devota mente transcurrere, et nullam præsentis miseriæ, et incolatus consolationem quærere; et spe illius gaudii, omnem tribulationem vitæ præsentis patienter, et gaudenter sustinere». Hieronimus: «Curre igitur, o anima, non passis corporeis, sed affectibus et desideriis, quoniam nom solum Angeli, et beati, sed et Angelorum, et beatorum ordi-

---

ponderás con gozo indecible: «Beberé, y estaré alegre y contenta, pues que recibo yo en este día mayor gloria que en todos los demás de mi vida». ¡Oh naudita grandeza! ¡Oh gloria y felicidad sin igual y superior á todo encarecimiento!—A estas palabras añádense las siguientes de San Agustín: «Despierta tu razón, ensancha y abre tu alma al amor más encendido, *entra en el gozo de tu Señor*, el cual es grande é incomprensible en tanto grado, que *ni ojos de hombre han visto, ni ha llegado á sus oidos ni puede comprender el humano corazón la gloria que el Señor tiene preparada para los que le aman*. Enciéndete, pues, oh alma, en el amor y deseo de aquella felicísima vida que los santos gozan en el cielo, en donde hay actividad, pero sin fatiga ni cansancio, en donde el descanso no engendra fastidio, en donde se vive sin desfallecimiento ni mengua de la vida, y en donde sin cesar se alaba y bendice al Dios de la gloria». Y San Bernardo: «Alégrate, por tanto, y salta de gozo y contempla el premio que te ha venido por tus trabajos temporales, el cual, cierto, es tan múltiple, que nadie es capaz de contarlo, tan grande que ninguno puede medirlo, de tan subido valor que es inapreciable, y tan abundante que nunca jamás podrá agotarse». Y continúa San Anselmo: «Contemplando la grandeza de la gloria venidera, vengo casi á desfallecer lleno de la admiración que en mí se despierta, al considerar que aquel gozo y aquella felicidad nos rodeará tan enteramente que estaremos de él llenos por dentro y por fuera, por debajo y por encima y todo alrededor, sin límites ni vacío alguno; en todo y por todo te regocijarás. Me parece ver figurado este gozo de la gloria en aquella mujer de que se habla en el capítulo XII del *Apocalipsis*, que apareció vestida del sol, calzada de la luna y teniendo sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Esta mujer es el alma santa y bienaventurada, hija, esposa y reina del Rey de la gloria: hija, por naturaleza en la creación; esposa, por la adopción misericordiosa de la gracia; reina, por la participación y comunicación de la gloria. Con razón se dice que va vestida del sol, porque está llena de la claridad y luz divina, superior infinitamente á mil soles, y coronada por la incomparable diadema de la eterna é imperecedera bienaventuranza, en la cual, á modo de estrellas, se hallan doce singulares gozos que llenan por completo el alma bienaventurada. Tráelos tú, oh alma, á tu memoria estos gozos todos los dias, y no apetezcas ni ansies los bienes y consuelos de la tierra, sino más bien, sostenida con la esperanza de aquella eterna felicidad de la gloria, sufre con paciencia ahora y abrázate de buen grado con el padecer». Y, en fin, termin ndo con palabras de San Jerónimo: «Corre, date priesa, con los deseos, se entiende, y con el corazón; pues no sólo te esperan los ángeles y los espíritus bienaventurados, sino el mismo Dios y Señor de los ángeles y de los santos. Te espera Dios Padre, como á

nes, Dominus, et Magister expectat te. Expectat te Deus Pater tanquam filiam dilectissimam, Deus Filius tanquam Sponsam dulcissimam, Deus Spiritus Sanctus tanquam amicam sibi gratissimam. Expectat te Deus Pater, ut hæredem universorum bonorum te constituat; Deus Filius, ut te fructum suæ nativitatis, et prætium sui prætiosisissimi sanguinis Deo Patri offerat; Deus Spiritus Sanctus, ut suæ æternæ beatudinis et dulcedinis participem te faciat».

La memoria de la gloria eterna menosprecia la vana transitoria.

Espérate aquella beatíssima familia del Rey Eterno, de todos los celestiales espíritus, para recebirte en su colegio. Dessea, pues, tú, ¡oh ánima mia! la compañía dellos sobre todas las cosas; porque con grande vergüenza irías á ella si en este destierro y valle de lágrimas no te hubiesses acordado della, y desseádola con ansias mortales. Pues todas las veces que algún vano desseo deste siglo te deleitare, ó vieres alguno de los gloriosos dél, levanta luego el corazón al cielo y comienza á ser lo que finalmente desseas ser. Yo creo, dice Bernardo, que si de contino tuviéssemos en la memoria los celestiales gozos, que haríamos deste destierro uno como barrio del reino celestial, en el cual gustássemos cada día espiritualmente la eterna dulcedumbre. Porque cuando alguna cosa eterna concebimos en el alma, ya no en la tierra, sino en el cielo moramos. Tanta es la virtud y fuerza de nuestra ánima aficionada, dice San Agustín, que con más verdad se dice estar adonde contempla que adonde por essencia mora. Atiende, dice San Bernardo, cuán resplandeciente y clara es aquella ciudad que ninguna necessidad tiene del sol ni de la luna para que le den luz, porque el mismo Dios es su luz della, y su lámpara el Cordero. Contempla alli los tabernáculos de los patriarcas y profetas, las moradas de los apóstoles y mártires, los cenáculos de los confessores y vírgenes, y el palacio de los espíritus celestiales, y aquel trono bellíssimo de la Beatíssima Trinidad. Levanta, Esposa del Altissimo, el desseo, ya que estás con el cuerpo en el destierro; vuela sobre todas las cosas, escudríñalas todas, visítalas todas, entra por orden por todas las puertas, hasta que llegues á los aposentos del sumo Rey. Esté allí el corazón, y tendrás aqui descanso.

¡Oh ánima, dice San Agustín, trabaja de morar de buena gana en aquella ciudad santa, y conversar con los ciudadanos della; porque alli hay vida sin muerte, juventud sin vejez, luz sin tinieblas y paz impeturbable. «Sedebit, inquit Isaías (XXXII, 18), populus meus in pulchritudine pacis, et in requie opulenta» [1]. No hay lengua ni entendimiento que alcance esto cómo es. San Anselmo (lib. de *Simil.*, c. LIX) dice que allí nos conoceremos todos unos á otros, y ninguno ignorará de qué tierra es cada uno de los bienaventurados, ni de qué gente, ni de qué sangre; allí habrá tanta caridad, y tan perfecta, que cada cual amará á su prójimo como á sí mismo; de lo cual se seguirá un grande bien y consuelo: que cada uno se gozará del bien ajeno como del mérito propio. Y siendo esto assí, y el número de los escogidos que no se puede contar, ¿quién contará los gozos de los bienaventurados? San Gregorio dice que, aunque en aquel secreto palacio hay plenitud de todo bien en todos perfectamente, y por la diversidad de los méritos algunos son premiados con ventajas, ninguna cosa posseen singularmente y á solas. Porque, como dijo Séneca, «Nullius boni sine sotio jocunda est possessio» [2].

Todas las cosas son comunes en todos, por aquel gran Señor que en todos es todas las cosas. Alli la vírgen se alegrará del mérito de la santa viudez, y la viuda, del previlegio de la casta virginidad; allí el confessor se regocijará del triunfo del mártir, y el mártir, de la joya y premio del confessor. Allí el profeta alabará la conversación piadosa de los patriarcas, y el patriarca se regocijará del conocimiento y fe de los profetas; allí los

---

su hija muy amada; te espera Dios Hijo, como á esposa dulcísima; y Dios Espíritu Santo, como á su fidelísima amiga. El Padre, para hacerte heredera universal de sus bienes y riquezas; el Hijo, para ofrecerte á su Eterno Padre, como fruto de su Encarnación, rescatada con el precio de su sangre; el Espíritu Santo para hacerte partícipe de su misma gloria y de la bienaventuranza eterna por eternidad de eternidades».

[1] «Reposará mi pueblo en hermosa *mansión de paz*, y en tabernáculos de *perfecta* seguridad, y en el descanso de la opulencia».

[2] No hace feliz ni satisface plenamente la posesión de un bien cuando se disfruta de él á solas, sin que nadie sea testigo ni partícipe de él.

apóstoles se alegrarán del merecimiento de los inferiores todos, y todos los inferiores, de la corona y gloria de los superiores; porque del estrecho y perfectíssimo vínculo de la caridad se hará que tenga cada cual en el otro lo que no tiene en el mérito propio. «Fugiamus, dice San Ambrosio, in patriam verissimam, quia illic est patria, ad quam conditi sumus, Pater a quo creati sumus; ibi est Hierusalem civitas superna, quæ est mater nostra» (1). Y San Anselmo (lib. I *Cur Deus homo*, cap. XL): «Tan grande debe ser en esta mortal vida el amor y desseo de ir á ver aquello para que fuimos criados, y el dolor de no estar allá, y el temor de perderlo, que ninguna alegría tenga lugar en nuestros corazones si no fuere de aquellas cosas que nos pueden ayudar ó alentar la esperanza de gozar este bien». Intromittor aliquando, dice San Agustín, mentaliter in affectum multum inusitatum, ad nescio quam dulcedinem, quæ si perficeretur in me, nescio quid erit quod vita ista non erit: sed recidivor oneris ponderibus, et resorbeor solutis curis: hic esse valeo, nec volo: illic esse volo, nec valeo, miser utrobique».

Al que ha gustado del espíritu, desabrida le es toda carne.

«Triste cosa haber comenzado á gustar de Dios y ser implicado de nuevo en cuidados, que distraen el alma de aquel gusto. De aquí le nace á ella el trabajar, y el luchar, y congojarse; allí dessea estar siempre, y no es suficiente: es compelida á estar aquí, pero allí, después que gustó, fatígase por subir; porque gustado este espíritu, desabrida es toda carne. «Recedat ergo (Aug., lib. XXII de *Civitate Dei*, cap. XXX) anima amor vitæ præsentis, et accedat ardor vitæ advenientis, ubi nulla adversitas turbat, nulla necessitas angustat, nulla molestia inquietat, sed perennis lætitia regnat: et considera quanta sit fælicitas futura, ubi nullum erit malum, nullum latebit bonum, vacabitur Dei laudibus, qui erit omnia in omnibus. Ibi enim nulla desidia cessabitur: nulla indigentia laborabitur: ibi esse nostrum non habebit mortem: nosse nostrum non habebit errorem: amare nostrum nom habebit offensionem: ibi aberit omnis tarditas, omnis corruptio, omnis deformitas, omnis infirmitas: ibi cœlum novum, et terra nova: ibi similes erimus angelis Dei, etsi non ætate, certe tamen fœlicitate» (1).

Abraza, ánima mía, esta vida, adonde está la vida sin muerte, juventud sin vejez, gozo sin tristeza, paz sin discordia, voluntad sin injurias, luz sin tinieblas y reino sin mudanza.

Fuera de Dios todo contento es tristeza y todo gusto dolor.

Pero porque, como dice San Bernardo, aquel sólo es verdadero gozo que no de las criaturas, sino del Criador se concibe en el alma, y al cual comparada, toda fecundidad de otra parte es tristeza, y toda suavidad es dolor, y cuanto puede deleitar es molesto, es necessario passar á la consideración de la gloria del Criador, de cuya vista pende la gloria essencial de todos los bienaventurados; y cuanto habemos dicho y podemos decir fuera desto es accidental y no harta, antes despierta el apetito y causa hambre. Tal es aquella dichosa vida que vino á decir San Anselmo: «Qui tanto bono fruetur, quidquid volet, erit; quidquid nolet, non erit». Y Cessario: «Beatam vitam facilius est consequi quam enarrare, cujus cursus sine termino, usus sine fastidio, refectio sine cibo, sub antiquis perpetuisque gaudiis semper nova jocunditas, et sine timore amitendi continua fælicitas» San Agustín (Aug., *De Civ. Dei*, lib. XXII, cap. XXX, tomo V), declarando aquel lugar de Ezequiel (*Ezech.*, XXXVII) *(a)*:

(1) «Anhelemos vivamente la posesión de nuestra verdadera patria, para la que Dios nos ha criado; aquélla es la Jerusalén celestial, madre nuestra, y descanso de nuestro ser».

(a) En el capítulo XXXVI, v. 28, se leen estas palabras: «... ego ero vobis in Deum»: «yo seré vuestro Dios»; no del modo que el autor las pone aquí.

(1) Deja, alma mía, dice San Agustín, el amor de la vida presente, y procura con todo ardor el de la venidera, en la cual ni hay turbación alguna, ni se siente necesidad de bien alguno, ni hay temor ni sobresalto de ningún género, sino que reina una alegría y un gozo sempiterno, y piensa bien cuán grande será aquella dicha que ni carece de bien alguno ni está sujeta á males; siempre alabando y bendiciendo á Dios, que es allí el bien que hinche y hace felices á todos. Allí nuestra vida no estará sujeta á la muerte; ni nuestro conocimiento, al error; ni nuestro amor á desfallecimiento. De ella estará desterrada toda miseria, toda angustia, toda deformidad y toda flaqueza; será aquello un cielo nuevo y una nueva tierra; seremos semejantes á los ángeles de Dios, no en la naturaleza, pero sí en la felicidad.

Ego ero illorum Deus, «Ego, inquit, ero unde satientur, ego ero quæcumque ab omnibus honeste desiderantur». «Ipse, inquit P. Suárez, est finis desideriorum nostrorum, qui sine fine videbitur, sine fastidio amabitur, sine fatigatione laudabitur: hoc munus, hic affectus, hic actus, profecto erit omnia in omnibus» ([1]).

SURGE, PROPERA, etc. «Pergit Sponsus, ait quidam, declarare, quibus in locis Sponsa utiliter moretur, et perseverat in metaphora columbæ, quæ ab accipitrum incursu tuta esse solet in foraminibus saxorum, et maceriarum, ubi etiam aliquid cibi solet invenire». Verterunt autem Septuaginta, pro *foraminibus petræ*, in *propugnaculo petræ*, per quod propugnaculum tres Patres intellexerunt Evangelium, quo tegitur Ecclesia ab Sponso suo qui est petra spiritualis *(I Corint.*, X, 4). Nec dissimiliter Theodoretus intelligit fidem, pietatem, et veritatis professionem, quæ es veluti scutum fidei *(ad Ephessios*, último; et *ad Hebr.*, XI, 33 sigs.). Doctus Sotomayor in his verbis: COLUMBA MEA IN FORAMINIBUS PETRÆ, simplicitatem, innocentiam, fidem conjugii, et singularem velocitatem Sponsæ meditatur (velocitatem inquam) cum accipitrem fugit. Lege Aristotelem (lib. IX *Hist. anima*, cap. VII); et ad propossitum, illud Esai. LX, v. 8), cum de Apostolis loquitur: *Qui sum isti, qui ut nubes volant, et sicut columbæ ad fenestras suas?*, id est, ad columbaria sua; id est, á los agujeros ó ventanas de los palomares. Fugiunt enim magno impetu, quando ab accipitribus insectantur. Hinc Divus Paulus *(ad Romanos*, X, 18) comparat apostolos cœlorum motui, qui est velocissimus. «Et quidem in omnem terra exibit sonus eorum» *(Ps. 18*, 5) ([1]).

IN FORAMINIBUS PETRÆ. Es circunstancia de consideración: paloma en los agujeros de la piedra; porque de ordinario y particularmente las silvestres moran en los agujeros de las rocas y piedras altas, y en las paredes viejas, y allí asisten en particular en tiempo de calor; porque cuando andan con desenfado volando, tienen gran peligro de la serpiente y del gavilán. Propio es de la Esposa santa holgarse en los lugares solitarios, porque está persuadida que esta manera de vida le es muy agradable al celestial Esposo. Vult, ergo, Sponsus, ut anima virginalis mores immitetur columbinos, et in locis solis, et tutis (instar columbæ) habitet, extra urbem et hominum frequentiam, ut liberius Deo vacari possit ([2]).

Todo género de palomas, assi mansas como bravas, son tímidas y buscan dónde guarecerse, escondrijos y lugares solos, para estar seguras; pero en particular las bravas y silvestres; y dellas habla aquí el Espíritu Santo, y quiere que el ánima perfecta las imite en la sencillez, en la soledad, en el recato y miedo

([1]) Dice San Anselmo que «quien gozare de aquella gloria será todo lo que quiera, y solamente no será ni podrá tener aquello que no quiera». Y San Cesáreo de Arlés, añade: «Cosa más fácil es llegar á poseer la gloria que poder explicar los bienes que ella encierra: vivir sin término, gozar sin fastidio, estar llenos de una alegría siempre nueva, gozar de una ininterrumpida felicidad, sin miedo ni temor alguno de perderla ó de que se menoscabe». Y San Agustín: «Será Dios la fuente donde harten su hambre y su sed las almas; todo cuanto éstas puedan apetecer lo encontrarán en Dios»; y termina el Padre Suárez: «Dios es el fin y término de nuestros deseos, y á Él veremos siempre, le amaremos sin límites, le alabaremos sin cesar con indecible dulzura y consuelo nuestro. Él es nuestro premio; É todo en todos nosotros.

([1]) Prosigue el celestial Esposo—dice un autor—indicando qué lugares son los más adecuados para que el alma santa esté segura de los peligros, uno de los cuales lugares de refugio—puesto que habla el alma, que es significada en la paloma—son los agujeros de las piedras y de las paredes, donde éstas suelen guarecerse cuando se ven perseguidas de los gavilanes y, en donde, á las veces, no es raro encontrar también con que se alimenten. Los Setenta, en vez de *agujeros de las piedras*, tradujeron *en el baluarte de la piedra*, que, según la interpretación de los tres Padres, es el Evangelio, dado á la Iglesia para su defensa y protección por Cristo Señor nuestro, piedra fundamental de la misma, como dice el Apóstol. Teodoreto, por el mismo motivo, entiende por este baluarte la fe, la piedad y firme profesión de la verdad, que es como el escudo de la fe. Sotomayor entiende estas palabras viendo en ellas significadas la sencillez, la inocencia, la fidelidad y la diligencia del alma santa en huir de los peligros que le cercan. Como, hablando de los apóstoles, entienden muchos aquellas palabras del capítulo LX de Isaías, con las otras de San Pablo *(epístola á los Romanos)* y las del salmo 18.

([2]) Quiere, pues, Dios, que el alma santa imite estas costumbres é instintos de las palomas, y, como ellas, para darse más libremente y con mayor quietud á la oración y meditación, busque los lugares solitarios y retirados del tráfago mundano.

(Varr., lib. III, cap. VII, et col., lib. VIII, cap. VIII). «Quis dabit mihi pennas, sicut columbæ (*Psalmo 54*, 7), etc. Medroso de los halcones infernales, dessea alas de paloma para volar con ligereza al desierto, y esconderse en alguna cueva, para descansar de las canseras y fatigas del mundo y del tumulto de los pueblos. Legendus Divus Gregorius Nacianzenus (*Oratione ad cives suos*, pág. 205) ubi multa super hunc versiculum Psalmi tractat. Et Divus Augustinus: «Obligata anima amore terreno, quasi viscum habet in pennis, volare non potest: mundata vero ab affectibus sordidissimis sæculi, tanquam extensis pennis, et duabus alis resolutis, ab omni impedimento ad Deum volando». Unde Propheta: «Antequam volare ad Deum potuit, et tot mala evadere, gemit in terra, siquidem jam inerat ei volandi ad Deum desiderium». Lege Ambrosium (lib. de *Fuga seculi*, cap. I) habet multa. «Quemadmodum, inquit, requies, libertas, et immunitas», etc. Et lib. de *Isaac et anima*, cap. VIII. Et Philo (lib. de *Profugis*, tomo I, p. 397). Et Boet. (lib. IV de *Consol.*, metro I) (1).

IN FORAMINIBUS PETRÆ, IN CAVERNA MACERIÆ. Vox Hebræa, pro qua vertit interpres, FORAMINIBUS PETRÆ, significat proprie scisuras, seu rimas; et pro qua vertit CAVERNAS, proprie latibula *escondrijos* (2). Y parécele al Esposo celestial tan bien el ánima assí retirada y escondida, que la llama y le dice que le muestre su rostro. OSTENDE MIHI FACIEM TUAM, etc. Hebræi: «Fac me videre aspectum tuum»; id est, vultum tuum. Aristoteles (*IX Ethic.*, cap. V) dicit principium adamandi esse voluptatem, quæ per aspectum efficitur. Ratio autem est, quia post mentem principalis corporis pars est facies: facies enim humana est aliquid maxime divinum, seu divinitus inspiratum, et maxime animatum, et quasi imago quædam animi expressa; ut eleganter docet Philo Judæus (in lib. *Legis alleg.*, pag. 41) in illa verba *Genesis*: Et inspiravit in faciem ejus, etc. (1). Por esto no es de maravillar que el rostro tenga tanta fuerza para persuadir: «Sæpe (dijo un poeta) tacens, vocem, verbaque vultus habet» (2). Significa, pues, el Esposo cuánto desseo y ansia tenga de que su Esposa salga en público y se deje ver sin rebozo; que salga de casa y no le mire por celogías y canceles.

FACIEM TUAM. Rabbí Salomón, siguiendo el Parafraste caldeo, interpreta, pro FACIE, *opera recta*. Hebræi enim, pro *facie, rectitudinem operum Sponsæ* interpretantur. Alii, *decoram mentem pulchram et sanctam*, que es lo que sumamente deleita al celestial Esposo. Lege Theodoretum, super hunc locum [Léase á Teodoreto sobre este lugar].

VOX ENIM TUA DULCIS. Dicen algunos que la combida á cantarle alguna canción, por lo que precedió, según los hebreos: «Tempus cantilationis advenit». [Llegó el tiempo de entonar cánticos]. En el sentido espiritual, esta voz dulce de la Esposa se refiere ad preces et vota Sponsæ, sive Ecclesiæ, sive animæ cujus vocibus vehementer Deus afficitur, et delectatur, multo magis quam ulla musica nos delectamur. Rabbi Salomón (comentario in hunc locum), de antiquis Patribus interpretatur (3), cuyas oraciones eran á Dios muy agradables, y sigue al Parafraste Caldeo, que dice: «Fac me audire vocem tuam, quoniam vox tua suavis est in oratione et in domo Sanctuarii, et aspectus tuus

El alma devota y agradecida es agradable siempre á Dios.

---

(1) Cuando el alma—escribe San Agustín—está dominada por el amor terreno, tiene como apesgadas sus alas para ir á Dios; no puede, en modo alguno, subir hasta Él; libre, en cambio, de los afectos terrenos, vuela ligera y camina á velas desplegadas, hasta unirse á Él por entero. Por eso el Real Profeta, sintiendo en si mismo aquellos impedimentos, pedía á Dios y le suplicaba que le diese alas como de paloma para volar y descansar en Dios. (Véanse los autores citados.)

(2) La palabra hebrea que el traductor latino vertió por *agujeros*, significa mejor *aberturas;* y la equivalente á *cuevas, escondrijos*.

(1) «Dame á ver tu rostro». Dijo con mucha razón Aristóteles que el amor principia ordinariamente por el placer que causa el aspecto ó la vista de la persona. Y es el motivo porque, después del alma, lo más noble del hombre es el rostro, en el cual parece como que se ve algo divino, y una como imagen de Dios. Díjolo el judio Filon, comentando aquellas palabras del *Génesis:* «Inspiró Dios en Adán un soplo ó espíritu de vida».

(2) «Muchas veces—dijo un poeta—hablan más elocuentemente que la lengua el rostro y la mirada».

(3) «Tu voz es dulce»; entiéndense estas palabras de las que, orando, dirige á Dios el alma devota, las cuales oye Dios más gratamente que nosotros la música más deliciosa.

pulcher in operibus bonis» ([1]). La voz de alabanza y agradecimiento en la oración siempre le sonó á Dios bien; es música que le regala y deleita más que otro sacrificio, y es sacrificio de todas horas y de todos tiempos. Sic *Ps. 49*, 14, 23: «Immola Deo sacrificium laudis, et redde Altissimo vota tua. Et sacrificium laudis honorificabit me». Philo Judæus (in lib. de *Victimis*, tomo II, pág. 194), hablando deste sacrificio, dice: «Non gaudet Deus hecatombis, cum sit cunctarum rerum Dominus, neque ut ullius indigeat; mavult enim pias mentes, et sanctitatis meditatores. Imo etiamsi nihil afferant, ipsos complectitur absolutos in omni virtutum genere, pro victimis opimis adducentes hymnos in Servatorem suum atque Factorem, partim vocales, partim absque ore, linguaque conceptos ab animo, et sic quoque penetrantes ad Deum, quantumvis non percipiantur auribus. Quantum enim atrium prestat lapidibus, et aditum vestibulo, tanto acceptior est suffitus gratiarum actionisque, mactata victima», etc. ([2]).

Y el mismo Filón dice que aquel fuego que mandaba Dios (*Levit*, VI) que ardiesse en el altar, era este sacrificio de alabanza y oración perpetua, ó afecto de perpetua oración, el cual siempre ha de perseverar en nosotros.

([1]) «Haz que oiga yo tu voz», pues es dulce ésta para mí cuando, retirada en el Santuario, la dejas oir en la oración; y hermoso tu continente y presencia; es decir, cuando después de la oración te empleas en santas obras.

([2]) «Ofrece á Dios sacrificio de alabanza, y cumple tus promesas al Altísimo». «El *que me ofrece* sacrificio de alabanza, ese es el que me honra». Palabras que comenta así el judío Filon: «No se complace Dios en la muerte y destrucción de las víctimas, siendo como es Señor de todas las cosas y que de ninguna de ellas tiene necesidad; más de su agrado son las almas piadosas, los espíritus contemplativos, aun cuando ningún don material puedan ofrecerle. Con tal que sean virtuosas bástale á Él el tributo de alabanza y bendición que de un corazón, adornado de todo género de virtud, brota en honra y gloria de su Criador y Conservador, y las oraciones, así vocales, como mentales, que, aunque no formen ruido ni suenen á los oídos de los hombres, llegan, sin embargo, al cielo, y son oídas de Dios. Porque cuánto más vale el atrio del templo que cada una de las piedras que le forman, y el interior que el exterior, tanto de más valor y estimación es el perfume de la oración que el de los animales sacrificados.

Este sacrificio es preciosíssimo y gratíssimo á Dios, como lo prueba Lactancio (lib. VI *Institut.*, cap. XXV): «Verbo, inquit, sacrificari oportet Deo, siquidem Deus Verbum est, ut ipse confessus est. Summus igitur colendi Dei ritus est, ex ore justi hominis ad Deum directa laudatio, quæ tamem ipsa, ut Deo sit accepta, et humilitate, et timore, et devotione maxima opus est. Neque tantum in templo sibi putet esse faciendum aliquis, sed et domi, et in ipso cubiculo suo». Hoc enim sensu dixit Christus (*Luc.*, XVIII, 1): *Oportet semper orare*. Y en el mismo dijo el profeta (*Ps. 113*) (*a*): *Cantabo Domino in vita mea, psallam Deo meo quandiu sum;* et alibi (*Ps. 62*, 3): *In terra deserta, invia, et inaquosa, sic* (sicut) *in sancto apparui tibi*, vel sicut in Sanctuario, apparui tibi (in oratione): *ut viderem virtutem tuam, et gloriam tuam.* Valent autem preces et orationes Ecclesiæ, non solum ad conciliandum Sponsum, sed etiam ad commovendos amicos, et sodales Sponsi, id est, perfectos et sanctos homines (ne dicam) et inimicos: ut Augustinus testatur (lib. IX *Confes.*, cap. VI, et lib. X, cap. XXXIII). «Dum reminiscor lachrymas meas», etc. Vide, et Ambrosius (ser. 55, et lib. V de *Caim et Abel*, cap. V). Dicant, ergo, hæretici recentiores et alii impii homines, et hujusmodi Sponsæ voces, et cantus improbent, et traditiones hominum appellent, dummodo ipse Sponsus cœlestis approbet, sicuti certe approbat, tum alias, tum hic, cum ait: SONET VOX TUA IN AURIBUS MEIS. VOX ENIM TUA DULCIS ([1]).

(*a*) Es de este modo la cita: *Psalm. 103*, 33.

([1]) «Hemos de alabar á Dios—escribe Lactancio—con nuestras palabras, con oraciones vocales á Él, que es Verbo, palabra esencial y sustancial. Hasta pudiera decirse que el modo más perfecto de dar culto á Dios consiste en las alabanzas que el varón justo le dedica, con tal, empero, que vengan acompañadas, al salir de sus labios, de la humildad, del temor reverencial y de la devoción del corazón. Y no se crea que sólo hemos de hacerlo en el templo, sino que lo mismo ha de ser en la casa y en donde quiera». En este sentido dijo Cristo: «Conviene orar siempre, es decir, con perseverancia». Y en el mismo, dijo el Profeta: «Yo cantaré toda mi vida las alabanzas del Señor, entonaré himnos á mi Dios mientras yo viviere». Y en otro salmo, dice: «En esta tierra desierta é intransitable y sin agua me

Es esta una grande loa de la Esposa confesar el divino Esposo que le está aficionado por la suavidad de su voz. Vide Orig. (in lib. *Hom.*, homil. 4).

ET FACIES TUA DECORA. A la dulzura de la voz juntó Salomón la hermosura del rostro; porque, como dijo Zenón, y lo refiere Laercio (lib. VIII cap. I), añade grande eficacia á la oración la hermosura: «Vox enim quasi quidam forma flos est. Nam loquentis orationem commendat formæ, et rursus oratio composita gratiam addit formæ» (¹).

Y añade el mismo Laercio (cap I, lib. V) que preguntado Aristóteles, por qué holgábamos de estar más tiempo hablando con personas hermosas, respondió que era pregunta de hombre ciego. «Cœcus enim non sentit formæ illicebram; quemadmodum non sentit colorum gratiam» (²). Y Lucano (lib. X), tratando de Cleópatra, cuando hablaba con el César, dice:

Vultus adest præcibus, faciesque incesta perorat (³).

Sed de pulchritudine animæ hæc laus Sponsæ intelligenda venit. De hoc Gregorius Naziancenus (orat. in *Dictum Evangelii*, p. III, XXI); Ambrosius (lib. de *Noe et arca*, c. XI) in illa verba *Genes.*, VII *(a)*. *Te vidi justum*, etc.; Philo Jud. (in lib. de *Temulentia*. tom. I, p. 220). Plato (in suo *Alcibiade*, I, et dial. 3 de *Repub.)*, et Horatius (epit. 16, lib. I), irrident quendam, qui corporem quidem formosus erat, sed animo deformis. Introrsum turpem, speciosum pelle decora (¹).

pongo en tu presencia, como *si me hallara* en el Santuario, para contemplar tu poder y la gloria tuya». Útiles son—téngase bien en cuenta—añade el autor, las oraciones en la Iglesia, no sólo para tener á Dios propicio, sino también para provecho grande de los justos y santos y aun de los pecadores, como de si lo confiesa San Agustín en el libro de sus *Confesiones*. Digan, pues, lo que quieran los herejes (alude á los protestantes), revuélvanse y agítense los impíos contra las santas costumbres de entonar cánticos públicos y solemnes á Dios. Bástenos saber que el Señor los aprueba y bendice, que le son gratos, y que una y otra vez nos invita—como aquí á la Esposa santa—á que hagamos oir nuestra voz ante el trono augusto de su divina Majestad, á fin de que llegue á sus oídos.

(¹) «Es la voz como una flor, lo más hermoso, en el conjunto exterior del hombre. Una buena presencia favorece en mucho y como que da autoridad á lo que se habla, y, del mismo modo, un elocuente discurso hace bien quisto al que lo pronuncia».

(²) «El que carece del sentido de la vista no percibe el encanto de la hermosura, como tampoco la variedad y belleza de los colores».

(³) Su belleza es la mejor recomendación para sus ruegos; habla su hermosura más que su voz.

(¹) Todo cuanto aquí se dice de la hermosura de la Esposa, claro es que sólo se refiere á la espiritual, á la interior—sobre lo cual puede consultarse á San Gregorio Nacianceno, San Ambrosio y al judío Filon, en los lugares citados—. Platon y Horacio hablan irrisoriamente de un hombre que era hermoso y bello de cuerpo, pero de perversas costumbres. Feo y abominable en el alma, aunque la piel, digámoslo así, era fina y de suave color.

LECTIO XI

CAPITE NOBIS VULPES PARVULAS, QUÆ DEMOLIUNTUR VINEAS, NAM VINEA NOSTRA FLORUIT. *(Cant.*, II, 15) (²).

* ARTÍCULO PRIMERO

Supone que habla la Espossa y pide remedio de los males que teme en otros y en sí misma, aunque parezcan pequeños.

(b) Septuaginta: «Vulpes pusillas, quæ exterminant vineas, et vineæ nostræ floruerunt.» Symaco: «Corrumpentes.» Sanctes: «Capite nobis vulpes, vulpes parvas, corrumpentes vineas. Et vineæ nostræ uvæ minutæ, vel vineæ nostræ sunt in flore» Vatablus.: «Quæ vastant vineas. Cum nostræ vineæ floreant, vel ostendant primum uvas suas.» «Sponsa, inquit, implorat auxilium Sponsi contra hæ-

(a) Léase: *Genes.*, VII, 1.

(b) Dixerat Sponsus vineas florentes dedisse odorem suum; hortatur nunc eos, quibus Ecclesiæ, per vineas significatæ, conmissæ sunt, ut eas tueantur ab hæreticorum et improborum hominum incursu. Ideo autem hæreticos vulpes parvulas vocantur quod humnilitatem fraudulenter simulantes Ecclesiam devastent. Tres Patres per vulpeculas hos spiritus malignos intelligunt, qui dolose pravos motus

(²) LECCIÓN UNDÉCIMA.—«Vosotros, *oh amigos*, cazadnos esas raposillas, que están asolando las viñas; porque nuestra viña está ya en cierne».

reticos, et tirannos, qui dissidium inter ipsos volunt ([1]).

Según Genebrardo, los hebreos entienden por *vulpes* á los egipcios; nosotros, á todos aquellos que en cuanto nuestras viñas están en cierne, id est, Ecclesiæ aliquam bonorum operum frugem pollicentur, gregem Domini sectis ac factionibus infestant, aut etiam persequutionibus a recto avertere moliuntur. *Vulpes* duplicatur in fonte: CAPITE NOBIS VULPES, ET VULPES PARVAS; madre y hijos ([2]), los heresiarcas, que son zorras matreras, y sus discípulos, que son zorras pequeñas. Todos hacen daño en la viña del Señor, los herejes grandes y los pequeños, y todos se han de cazar y desterrar della, ó quemarlos y hacerlos polvos. Son los herejes como las zorras de Sansón *(Iudic.*, XV, 4), que, siendo en sí muy diferentes, sólo en los fines se juntan, que son de pervertir los fieles y hacer mal; llevan fuego en las colas para abrasar las miesses de las Santas Escrituras, corrompiéndolas con sus falsas interpretaciones y glossas.

Fray Luis de León dice que no consta muy claro cúyas son estas palabras, si del Esposo ó de la Esposa; parécele á él que son de la Esposa. La conveniencia que tienen con las passadas es que, habiendo ya salido al campo y viendo las viñas con sus pámpanos tiernos, y la uva en cierne, y el peligro de las raposas al ojo, fiada del amor de su Esposo, sin tratar de las caricias que le había hecho, le pide remedio para su viña: CAPITE NOBIS VULPES *(a)*. Y nota PARVULAS, porque se puede temer menos dellas, y son por esso más peligrosas. Menos cuidado dan los enemigos pequeños que los grandes, y suelen ser más dañosos; y por ventura estando las viñas en cierne, era negocio fácil el cazarlas, y después de crecidos los sarmientos, muy dificultoso, porque entre ellos se defienden y esconden para no ser vistas. Cautela es esta de justos, que, como dijo el Apóstol *(Philip.*, II, 12), «obran su salud con temor y temblor». Témense de enojar al Esposo y procurar de evitar las ocasiones de caídas: advierten á los peligros y guárdanse dellos.

Cuanto uno es más santo, tanto más humilde.

Esto obran los dones de Dios en el alma humilde, que cuanto ellos son mayores, tanto más bajamente sienten de sí; y no se aprovecha dellos para soberbia y engreimiento, sino para mayor submissión y para mayor recato en el obrar. Por lo cual, no sólo huye de los peligros grandes, sino de todas las ocasiones de pecar. Siempre con sus divi-

---

animæ suggerunt; initio quidem, exiguos, sed qui, nisi cito extinguantur animi opes devastant. Floribus autem præcipue timendum est, id est, his, qui ad perfectionis fructus non pervenerunt, eo quod, quo quisque tenerior est, secundum Gregorium, citius ad pravitatem seducatur.—Había dicho el Esposo que las viñas floridas dieron su olor, y ahora exhorta á los Prelados á quienes están encomendadas las iglesias, representadas por las viñas, que las defiendan de las acometidas de los herejes y hombres perversos. Se llaman los herejes raposillas, porque con capa de humildad, se introducen en la Iglesia y causan en ella daños sin cuento. Los tres Padres, por raposillas entienden aquellos espíritus malignos que, mañosamente, inspiran en el alma perversos movimientos, al principio, en verdad, insignificantes; pero que si prontamente no se refrenan, saquean las riquezas del alma. Principalmente se ha de temer más por las flores, esto es, por aquellos que aún no llegaron á producir frutos de perfección, porque cuanto el sujeto es más tierno en la virtud, según San Gregorio, más pronto lo engañan para obrar mal. *(Nota marginal del autor*, la cual sirve de transición entre la precedente y la presente lección.)

([1]) Aun cuando la generalidad de los intérpretes ponen las palabras que sirven de tema ó esta lección como dichas por el Esposo, no faltan algunos, como aquí Vatablo, y más abajo Fr. Luis de León, que las miran como una súplica ó demanda de la Esposa, implorando el auxilio y protección de aquél para librarse de los daños y males de sus enemigos; símbolo del alma que, viéndose combatida de tentaciones, implora el divino socorro para no experimentar los daños y quebrantos que sus enemigos desean inferirla.

([2]) Pueden entenderse bajo este dictado de raposas todos aquellos que, en cuanto ven algo bueno en la Iglesia ó en las almas, tratan de destruirlo ó con malas y perniciosas doctrinas ó con persecuciones violentas.—En el original está duplicada la palabra vulpes: raposas; como quien dice: madre é hijos.

(a) Plinius (lib. XXIII, cap. VIII) scribit vulpes mori si amigdalis amaris vescantur. Quod ad pœnitentiæ amaritudinem commode transfertur, quæ pravos animi motus extinguit et astutos dæmones fugat.—Plinio escribe que las zorras mueren si comen almendras amargas; lo cual fácilmente puede aplicarse á las amarguras de la penitencia, que refrena la liviandad del ánimo y hace huir á los arteros demonios. *(Nota marginal del autor.)*

nos dones infunde el Señor el sentido de la humildad cristiana, y á la humildad que consta de la consideración de la fragilidad humana se sigue el miedo de caer de la gracia de Dios, el ofenderle y el incurrir en su ira, y con esto el recato, la solicitud y la cautela, y aun la desconfianza de la propia virtud y fuerzas, y el recurso humilde al Esposo. Harto favorecida está esta alma, y bien ha echado de ver los regalos del querido, y, con todo, no se asegura: teme y pide que le quite los inconvenientes. CAPITE NOBIS VULPES PARVULAS, etc.

Cuanto más crece el amor y los favores, tanto más crece el cuidado de no ofender á la persona amada.

¿Qué temes, Esposa querida, teniendo tal Esposo? Las zorrillas pequeñas, que desfloran las viñas: teme perder los bienes que dentro de sí tiene como en depósito, que es pensamiento de santos. (Hieron., epist. 1 *ad Demetriadem*, tom. IX, et libr. VI in cap. XIV *Isaiæ*, tomo V; Chrysost., hom. 63 super cap. VI *Isaiæ*, tomo I), y teme de las zorrillas pequeñas; quasi dicat: No temo del enemigo que al descubierto y con toda su ferocidad me acomete, porque de lejos le conozco y oigo su bramido; pero témole cuando con astucias, con ardides, y á lo solapado y con rebozo de bien me procura hacer daño, tomando para ello diversas formas, hasta de ángel y de Cristo y de la Virgen Santíssima. A los principios, luego que nos convertimos de la vida secular y vana, distraída y perdida, á la recogida y religiosa y de cristianos, es cosa de ver y de temer la desvergüenza con que el demonio nos acomete, la batería de malos pensamientos con que nos atormenta y hace guerra, las representaciones de cosas torpes sacadas del mismo infierno con que nos fatiga; tómase con nosotros como á brazo partido, y como por fuerza nos quiere volver á los vicios dejados y vencidos. Pero después que en estos primeros encuentros se vee vencido y, como dicen, las manos en la cabeza, viendo juntamente nuestro aprovechamiento en la virtud y que nos es más molesto que la muerte el pensamiento malo que nos ofrece, no ya al descubierto, sino con assechanzas y cautelosamente nos hace guerra: no nos persuade á que pequemos, ni que nos volvamos á la vida vieja, sino, so color de bien, nos procura persuadir cosas menudas y que apenas se puede conocer el mal que hay en ellas, para que, vista su poca importancia, las admitamos,—*et latet anguis in herba*—; y, admitidos, remitan y aflojen en nosotros el cuidado de la virtud, y la intensión en ella; y cayendo muchas veces en estos pocos, nos dispongamos para mayores caídas. Dice San Agustín (in *Ps. 39)* que antiguamente, en la primitiva Iglesia, fué león el demonio, porque muy al descubierto se encruelecía contra los santos; pero agora es dragón, por las astucias con que nos tienta y persigue. A esso alude el Apóstol cuando dice á los de Corinto (*II Cor.*, XI, 3*)*: «Timeo ne, sicut serpens seduxit Evam astutia sua, *sic et mentes vestræ* corrumpantur, et excidant a simplicitate, *vel castitate*, quæ est in Christo Jesu» ([1]).

El justo no teme los enemigos manifiestos; pero si los ocultos y encubiertos.

Mucho más es de temer este enemigo cuando como raposo y como dragón tienta, que cuando como león bramando nos persigue. «Apertum malum (ait pater Augustinus) fremitus leonis, a longe auditur, a longe cavetur; applicat se lubricus draco occultis lapsibus, serpens leni tactu subrepens, astuto sybillo immurmurat». La serpiente muerde en silencio y derrama sin ser sentida su veneno; mordens ungulas equi, ut cadat ascensor ejus retrorsum». D. Chrysostomus (*ser. 6 in epist. ad Ephes*), dice del demonio: «Est enim bestia multiplex et nodosa, ac varia, multæque virtutis. Nihil non movet, omnia turbat, omnia sursum ac deorsum volutat, ac subvertit ([2]).»

De David sabemos que desquijaraba un león en el campo como si fuera un cabrito *(I Reg.*, XVII, 34-6); pero una serpiente leemos que venció al mejor hombre del mundo, cria-

---

([1]) «Mas temo, dice el Apóstol, que así como la serpiente engañó á Eva con su astucia así sean maleados vuestros espíritus, y degeneren de la sencillez, *ó de la castidad*—añade el P. Angeles—propia *del discípulo* de Cristo».

([2]) Las acometidas del león, dice San Agustín» bien á las claras se descubren: sus rugidos desde muy lejos se oyen y fácilmente se guarda uno de su furia; en cambio el dragón se oculta y esconde para herir más á mansalva. La serpiente muerde en silencio y vierte su dañada ponzoña en el casco del caballo para derribar al jinete. San Juan Crisóstomo dice hablando del demonio: «Es como animal de muchas cabezas y de variadas formas, y de un poder formidable. No deja cosa por mover, todo lo intenta y á todos los medios apela para hacernos daño».

do en inocencia y armado de justicia en el Paraíso *(Génes.,* III, 10 y sigs.). Grande fortaleza es menester para encontrar con el demonio cuando con violencia y al descubierto nos acomete; pero cuando á lo dissimulado y con rebozo y máscara de virtud, halagando y linsonjeando, necessaria es prudencia del cielo. Yo á lo menos también temo á los hombres como á los demonios, especialmente en hábito y figura de amigos, siendo de secreto enemigos, porque para éstos apenas se puede hallar prevención que baste.

En el tercero libro de los Reyes se lee que por mandado de Dios fué un profeta á Bethel, adonde el malvado Jeroboán estaba ofreciendo encienso sobre el altar como si fuera sacerdote *(III Reg.*, XIII, 1 y sigs.). Profetizó contra él con grande ánimo, y el rey, sufriendo mal su reprehensión y queriendo echar mano dél para matarle, secósele súbitamente el brazo; humillóse, aunque rey soberbio, y rogó al profeta que hiciesse por él oración á Dios, que le sanasse; hízolo y quedó luego sano. Y agradecido al beneficio, convidó á comer consigo al profeta, y ofreciόle muchos dones; pero él no quiso nada, ni aceptó el convite, porque tenía mandamiento expresso de Dios que ni comiesse ni bebiesse ni volviesse por el camino por donde habia ido. Escapó el profeta del león; pero no del dragón. Supo su venida otro profeta viejo, y sabiendo el camino que llevaba, fuesse tras dél en un jumento; hállale descansando debajo de un junípero, persuádele que vuelva con él y coma en su casa: y replicándole el santo que no podía, porque assí estaba ordenado de Dios, respondióle: «Et ego propheta sum similis tui, et angelus Domini locutus est mihi in sermone dicens: *Reduc eum tecum in domum tuam, ut comedat panem*, etcétera *(ib.*, v. 18) ([1]). Como le vió tan venerable, y dijo que era profeta, y que el ángel del Señor le había hablado para que le llevasse consigo y le hospedasse en su casa, creyólo; vuelve, y come, y volviéndose su camino, sale un león á él y mátale. Y dice la Sagrada Escritura: «Fefellit eum [lo engañó]. ¿Quién no se habia de assegurar de un profeta, y que dice que le habla Dios? ¿Qué recato basta para tentaciones semejantes? Essas son las raposillas que pide la Esposa á su Esposo que le cace: CAPITE NOBIS VULPES PARVULAS. Y no las llama pequeñas por el daño pequeño que hacen, porque roen las viñas y las destruyen, y nos quitan de las manos el fruto que de nuestros trabajos esperamos coger en breve, sino porque, engañándonos so color de bien y haciéndonos caer en pecados leves, y que apenas parecen pecados, al fin nos precipitan en vicios y nos ponen en mucha duda la salvación. Y no es pequeño daño el que hacen las raposillas en las viñas, porque le[s] roen los pámpanos y les quitan las hojas que sirven para que las uvas lleguen á madurar, etcétera. *Sic* el demonio procura quitar y roer en la Iglesia aquellas cosas que, aunque parecen de poca importancia, son de mucha, porque sirven para medrar la virtud y llegarla á su perfección; y como este daño no se nos descubre en los principios, assegurámonos y perdemos el miedo hasta que vemos al ojo nuestra perdición.

Decíame á mí un señor deste reino, que en muchas ocasiones había echado de ver que el demonio sabía poco, y que sus tentaciones eran muy claras, y no para derribar sino á los muy ignorantes y mal considerados. Al cual yo respondí que aquel sentimiento suyo me descubría á mí más la sagacidad del enemigo, pues de manera disfrazaba las tentaciones, que un hombre cuerdo las tenía en poco y se reía dellas, que es lo que quiere el traidor. Quid delicti foret, dice un doctor tratando de las tentaciones del desierto, lapides in panem mutare, et esurientem comedere? ([1]).

No parece que había mal ninguno, sino piedad y entrañas caritativas. Pero allí venía la ponzoña de secreto, y no se ha de creer al demonio nuestro enemigo, aunque diga verdad ó nos persuada lo que no está bien, porque en aquel bien está nuestro mal.

San Gregorio Niseno medita aquí una cosa curiosíssima y digna de su grande ingenio y prudencia. Dice que se espanta que llame Salomón al demonio zorrilla pequeña, dándole las divinas letras nombres tan espantosos y terri-

([1]) «Yo también soy profeta como tú, y un ánge me ha venido á decir, en nombre del Señor: Hazle volver contigo á tu casa, para que coma pan y beba agua».

([1]) «¿Qué daño habría en convertir en pan las piedras del desierto y saciar así el hambre Cristo, Señor nuestro?»

bles; porque le llaman en muchas partes león, dragón, serpiente enroscada, Behemot, matador de hombres, bestia de muchas cabezas, poderoso en la malicia, cuya lengua es navaja afilada y sus armas son carbones assoladores y que reducen á soledad los poblados, príncipe del mundo y señor de las tinieblas; el [que] quiso poner su silla al lado del mismo Dios; cuyas costillas son de bronce, cuyo espinazo de hierro, cuyos ojos son teas encendidíssimas, cuyo soplo hace arder las brasas muertas, ante cuya cara siempre hay pobreza, que no le espantan las piedras de la honda con fuerte brazo arrojadas, cuyo corazón es como guijarro, y como el ayunque del herrero, etc. ¿Qué tiene que ver la zorrilla con el león y con el dragón y con la serpiente, etc., para que en este lugar le llame el Espíritu Santo á él y á su canalla tartárea zorrilla? Fué dar confianza á los apóstoles y predicadores del Evangelio—a los cuales se les da mandamiento para cazar estas bestias (*Math.*, II) *(a)*: *Faciam vos fieri piscatores hominum*)—de que saldrán con esta empresa. Ineffabilis certe majestas ex hoc mandato cognoscitur. Non enim dixit: Venamini aprum illum de sylva, qui Dei vineam vastat, vel singularem illum ferum, vel leonem rugientem, vel ingentem cœtum, vellatentem sub aquis draconem; porque por estas palabras se daba á entender á los cazadores destas fieras que había alguna grande fuerza en ellas y peligro en el cazarlas. «Nimirum hoc dicere vult, universas illas vicinas terræ potestates, cum quibus hominibus luctandum sit, et principatus et imperia, et mundi, caliginisque dominos, et spiritus facinorosos, exiguas esse vulpeculas, et fraudulentas quidem illas; sed miseras, si cum nostra potestate conferantur» ([1]).

Parece que favorece el glorioso San Gregorio al caballero de quien dije poco ha; pero, bien pesadas sus palabras, lo que quiere decir es que, respecto de Cristo y la Iglesia, que son los que aquí hablan, y aun de un alma unida con Dios y sustentada con su gracia, todo el poder del infierno es flaqueza, y los príncipes de las tinieblas son raposillas y moscas importunas. Los leones y los dragones pueden fatigar, pero no vencer. Es el demonio cobarde !si halla resistencia; al fin se vale de sus mañas, que son más que sus fuerzas, y, como ya dije, más se ha de temer en esta figura de raposilla que en la de león. Por esso la Esposa, cuando se ve más regalada y favorecida del Esposo, le pide lo que más le importa: CAPITE NOBIS VULPES PARVULAS, QUÆ DEMOLIUNTUR VINEAS.

* ARTÍCULO II

De algunos géneros de tentaciones, secretas especialmente, y del cuidado del justo en la viña de su alma.

Dos cosas medito yo en estas palabras. La primera, el tiempo de hacer daño á las viñas, que es estando en cierne, assomantes los frutos. La segunda, la pequeñez de las zorrillas; y ambas cosas son de grandíssima consideración. Y si añadiéremos la tercera, fundada en la calidad del animalejo, será de harta importancia su conocimiento. Es animal tan engañoso y astuto, que entre los hebreos fué símbolo de los hombres falsos y cautelosos, y entre los griegos tuvieron por adagio común: *Cum vulpe vulpinare:* astuto con los astutos. Y Horacio dijo ([1]):

> Nunquam te fallant animi sub vulpe latentes.

«No te engañen raposerías». Son tantas las astucias de este animalejo, que muchas dellas no son creibles, ni deste lugar.

Orígenes, con San Gregorio Nisseno, dicen

(a) Léase de este modo: *Math.*, IV, 19, y *Marc.*, I, 17.

([1]) «Muéstrase en este mandato la infinita grandeza y el poder de Dios, puesto que no les dice: «Cazad aquel fiero y salvaje jabalí, que asola la viña del Señor, ó dad muerte á aquel fiero león, á aquel dragón de terribles fauces, ó al dragón que se esconde en los profundos senos del abismo...; sino que les da á entender que todos aquellos poderosos de la tierra, con quienes debían entablar porfiada lucha al tratar de diseminar la palabra evangélica por el mundo, aunque ayudados por el poder del infierno, eran menos fuertes y temibles que las raposillas, habida razón del poder divino que á ellos les había de asistir y ayudar».

([1]) *Quinti Horatii Flacci* POEMATA, cum commentariis Joannis Minellii, ad optimas editiones recusa opera et studio D. Caroli Gonzalidis de Posada, Mantuæ Carpetanorum, typis Michaëlis Escribano, anno MDCCLXXVI. *Epist. ad Pisones*, verso 437, página 618.

que habla aquí el Esposo con sus compañeros, obligándoles á cazar las raposillas, porque le desfloran las viñas y se llevan el esquilmo en cierne. De manera que este cuidado y diligencia todo es en beneficio de las viñas. Llama zorrillas pequeñas á los malos pensamientos que los demonios arrojan á nuestros corazones, como dice San Juan (*Joan.*, XIII, 2) que se hizo con Judas. «Cum diabolus jam misisset in cor, ut traderet eum Judas», etc. «Competenter autem, cum adhuc pusillæ sunt, capi eas mandat, et comprehendi. Dum enim cogitatio mala initiis est, facile potest abjici a corde. Nam si frequenter iteretur, et diu permanet, adducit animum sine dubio ad consensum, et post consensum, intra cor confirmatur, et ad peccati tendit effectum. Dum ergo in initiis est, et pusilla est, capi debet, et abjici, ne si adulta fuerit et inveterata, jam non possit expelli» (¹).

El principio del mal y perdición de Judas estuvo en el amor del dinero, y esse amor fué para él zorrilla pequeña; y viendo el Señor que este animalejo le desfloraba la viña de su conciencia, queriendo cazarle y desterrarle de su corazón, entrególe la bolsa, para que posseyendo el dinero y trayéndolo en las manos, se le quitasse el desseo y codicia dello.

El que menosprecia las cosas pequeñas viene á caer en las grandes.

Pero él, usando de la libertad de su albedrío, no se aprovechó de la diligencia del sapientíssimo Médico, sino entregóse más al consejo del demonio, que le procuraba su muerte eterna, que no al de Cristo, que le procuraba sanar. Y assí no paró hasta vender y entregar á su Maestro á la muerte.

Ninguno se debe assegurar de su enemigo, por pequeño que sea; porque animalejos muy pequeños, y que parecen nada, no sólo tienen poder para ofender á los hombres, sino también para echar por tierra los edificios soberbios y las ciudades grandes y populosas y para dejar desiertas provincias muy anchas y muy habitadas. Assí les sucedió á los de Escarponte *(sic)* (¹), isla entre Candía y Roda, que se despobló por la muchedumbre de las liebres, que comían los panes (Tul. Polul., lib. IX de *Rer. voc.*), y Anafa *(sic)* por las perdices, y gran parte de Francia por las langostas (Aristoteles, lib. *Rethor.*, III). Y en el año de mil y quinientos y noventa y dos muchos pueblos de España recibieron notable daño en las viñas de unos escarabajuelos llamados coquillos; dejáronlas sin fruta, sin rama y sin hoja. Diodoro Siculo *(De anti quis gestibus)* cuenta de muchos lugares de Italia destruídos por ratones, que royendo las raíces de las plantas las secaban. Y Herodoto (lib. II) escribe de Senaquerib, rey de los árabes, que, yendo contra una parte de Egipto, echó Vulcano una noche gran número de ratones agrestes en su campo, los cuales, royendo las aljabas de los soldados, y las cuerdas de los arcos, y las hebillas de los escudos y corazas, otro día, cuando habían de dar la batalla, como estaban desarmados, fueron desbaratados, y muchos dellos muertos á manos de sus enemigos.

¿Qué cosa más pequeña que las niguas, animalejos aún no tamaños como pulgas? Pues en nuestras Indias molestan de manera á los hombres, en la parte donde se crían, que vienen á desamparar la tierra; porque, apoderándose de los pies, los ofenden de suerte que los vienen á perder (Gomara en la *Historia de las Indias*). Los palestinos, teniendo presa el Arca del Señor, fueron gravemente afligidos de ratones y cámaras de sangre (*II Reg.*, V) *(a)*. Y Faraón y todo su reino padecieron grande calamidad y miseria por la multitud grande de moscas y otros animalejos pequeños que les envió Dios en castigo y pena de su dureza *(Exod.*, VIII, 17, 21). Luego no por pequeñas se han de despreciar las raposas. Si no fueran dañosas y perjudiciales á

(¹) «Muy oportunamente manda aquí Dios que los daños del alma se atajen cuando aún son pequeños y no han echado en ella raíces. Cuando el pensamiento malo, la tentación, se halla en los principios, fácilmente se destierra del alma. Pero si se le admite con frecuencia, si no se la desecha luego al punto, arrastra al alma á darle consentimiento, y de aquí al pecado de hecho y en toda su fea gravedad. Así, pues, mientras está en los principios y es de pequeñas proporciones debe ser vencida, desechada y arrojada del alma, no sea que después, creciendo, se haga dueña del alma y no pueda ser vencida».

(a) Debe leerse: *I Reg.*, V, 6.

(¹) *Escarpanto* ó *Scarpanto*, isla del Archipiélago, al S. O. de Rodas, y al N. E. de Candía. Véase entre otros, VOSGIEN, *Dictionnaire Géographique universel* des cinq parties du monde, etc., París, Félix Locquin, 1844, pág. 543.

la viña del Esposo no mandara á sus criados, —que son los ministros del Evangelio ó los ángeles de nuestra guarda—, que las cazassen y matassen. «Intravit autem cogitatio in eos, quis eorum major esset?» (*Luc.*, IX, 46). Zorrilla es ésta en todo el mundo. «Entróles, dice San Lucas, á los Apóstoles un pensamiento de mayorías. ¿Cuál de ellos fuese el mayor?». Y dice San Marcos (*Marc.*, IX, 33) que caminando con su Maestro iban platicando desto mismo por el camino. Y al fin, dice San Mateo (*Math.*, XVIII, 1), que se desmesuraron y atrevieron á preguntar al Maestro de la humildad: «Quis putas major est in Regno cœlorum?» [1].

Los passos de la soberbia y de cualquier concepto malo son éstos: Primero al pensamiento, y si se le da acogida toma possessión de la lengua, sale á la boca y de allí á la obra. No se atreve del primer lance á persuadir á la obra, sino deslízase y éntrase al pensamiento la imagen y representación del mal; y aunque al principio no nos pareció nada, en breve nos hallamos en un fuego que nos quema y abrasa el corazón. De esso han de ser luego las pláticas y conversaciones, etc. Por pequeñas y amortiguadas que estén las brasas, si cae sobre ellas un poco de pólvora, luego levanta llama. Dentro de nosotros traemos rescoldo y ceniza caliente, que es el *fomes peccati;* si andamos cerniendo sobre essas imaginaciones polvos de pensamientos, ¿quién duda que se encenderán y nos abrasarán? «Habitent in *domo ejus* socii ejus, qui non est; aspergatur in tabernaculo ejus sulphur» (*Job.*, XVIII, 15). Gregorius (lib. *Moral*): «Socii ejus, qui non est; id est, angeli diaboli, qui non est in conspectu Dei». Su casa y morada es el hombre en pecado» «Assumit septem spiritus nequiores se», (*Luc.*, XI, 26), etc. «Aspergatur in tabernaculo ejus sulphur; id est, fætor carnalium vitiorum, quibus subjiciuntur reprobi» [2]. Es como pólvora ó piedra azufre, que por poca lumbre que haya se aprende y arde luego.

El pensamiento no resistido viene á ser consentido y á destruir el alma.

Cuando los famosos ladrones quieren robar algún tesoro y no llevan remedio de abrir las puertas del aposento adonde está, si hallan alguna saetera ó ventana angosta y ellos no caben por ella, buscan algún muchacho delgadillo y de pocas carnes que entre y, estando dentro, busque cómo abrir puertas y ventanas. Assí les sucede á muchas almas, que estando llenas de riquezas de virtudes las saqueó Satanás y las despojó dellas, y venido á saber el cómo, fué de la manera que habemos dicho. No entró luego de rondón; no acometió la primera vez con la obra; entró un ladroncillo sin carnes, delgado y magrujo: un pensamientillo que se coló sin sentir. Mucho importa la honra, y el buen nombre es alabado en la Escritura *(Prov.*, XXII, 1). Poco hace el que no añade algo á la nobleza de sus antepassados. Fulano era menos que yo y ha subido á Oidor de Consejo Real. ¿Por qué no pretenderé yo lo mismo? Tan bueno soy yo, diría Andrés, como mi hermano, ¿por qué me ha de echar á mí el pie adelante y ha de igualarse con el Maestro en la paga del tributo que se debe á César? Andaría Judas de unos en otros cerniendo pólvora y amotinándolos contra San Pedro, y encendióse el fuego de manera que les obligó á preguntar: ¿Cuál era el mayor? Detúvose mucho el ladroncillo del pensamiento allá en el corazón, abrió puertas y ventanas, abrió los ojos á las vanidades, la boca á las pláticas excusadas y ociosas *(Jerem.*, IX, 21): «*Intravit* mors per fenestras nostras, ingressa est domos nostras [1]. «Cave, dice Jerónimo, ne tibi subrepat impia cogitatio»: no se te cuele el pensamiento malo. Pues ¿quién se librará de pensamientos malos, especialmente en el tiem-

---

(1) «¿Quién será el mayor en el reino de los cielos?»

(2) «Sus compañeros—se lee en el libro de *Job*, hablando de los impíos—vendrán á morar en su habitación luego que muera, y será perfumada la casa con azufre»; palabras que San Gregorio Magno interpreta como significando los tormentos del diablo, caído de la gracia y arrojado del cielo. Hacen también á este propósito aquellas palabras de nuestro Señor en el Evangelio de San Lucas, cuando, para demostrar los efectos de la recaída en el pecado, dice que «el diablo toma consigo á otros siete espíritus peores que él, y entrando en esta casa, es decir, en el alma, fijan en ella su morada, con lo que el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero». También se significan en el olor del azufre el de los vicios y pecados».

(1) «La muerte ha subido—*entró*, escribe el Padre Angeles—por nuestras ventanas, se ha entrado en nuestras casas».

po de la oración, que parece que llueve y que los arrojan al alma como arena menuda? Digo que no está la culpa en que passen y crucen los pensamientos por el corazón, sino en el calentarlos y fomentarlos. Cuando se juega á la pelota, el que con presteza la vuelve suele ganar; pero pierde sin duda si la detiene. Assí es, que el demonio arroja al corazón la pelota del mal pensamiento; si la calentáis y fomentáis, perdéis el juego: luego acude á la obra; pero si al punto le volvéis á cúyo es, quedáis ganando y por vos la ví[c]toria. «Usquequo, dice Dios por Jeremías *(Jerem.*, IV, 14), morabuntur in te cogitationes noxiæ?» (1).

Extraño fué el ardid de guerra de que usó Pompeyo para tomar una ciudad, á su parecer y de todos inexpugnable. Envió á decir á los della que, pues eran tan valerosos y estaban tan seguros y sin temor de ser vencidos, que admitiessen unos soldados flacos y heridos que traían en el ejército, que no les podían parar perjuicio alguno. Conde[s]cendieron con la petición de Pompeyo los que gobernaban la ciudad; y él, como tan avisado, avisó á sus soldados que fingiessen flaqueza, para que más se assegurassen los enemigos. Hiciéronlo assí: en viéndose dentro de la ciudad, hiciéronse fuertes, abrieron las puertas de la ciudad y entró Pompeyo con su gente y apoderóse della.

¡Oh á cuántos engaña Satanás desta manera! Pídenos que demos lugar á pensamientos flacos y enfermos, que son soldados del infierno, y en viéndose dentro, apodéranse del fuerte del corazón y hácense señores dél. «Non veniat mihi pes superbiæ, oraba el santo profeta *(Ps. 35*, 12); et manus peccatoris non moveat me»: «No venga á mí el pie de la soberbia, y la mano del arrogante no me mueva»; porque en essa roca dieron y se despeñaron los obreros de maldad, sin poderse detener un punto más en el cielo *(Apoc.*, XII, 9). No dice el rey humilde: No venga á mí la soberbia, sino el pie de la soberbia; porque nunca ella entra de golpe, sino poco á poco, tentando vado. Entra un pie, entra el pensamiento, y si halla acogida, lánzase toda en el alma. *Intravit autem cogitatio*, entró el pie. Dar pie á uno es darle ocasión á que diga ó haga alguna cosa; como se les da pie á los poetas para que glossen. Dar pie á la soberbia y á otro cualquiera pensamiento malo es darle entrada en el alma. Digo que para cualquiera pensamiento es á propósito esta doctrina; pero principalmente tratando de soberbia; porque no hay apetito tan del hombre que vive según las leyes del mundo como éste: ¡Quién fuesse el mayor. Esle tan natural, que antes que nazca se le conoce. En el vientre de Rebeca peleaban y se hacían guerra Esaú y Jacob sobre la mayoría *(Génes.*, XXV, 22); por esso trabajaba Jacob por salir el primero; y como no pudo, se asió de la planta del hermano, para que á lo menos saliessen á una y fuesse poca la ventaja! Apenas había Dios acabado de formar á Adán y Eva, cuando entró la soberbia el pie en su casa, y la mano del pecador los rempujó y derribó de la inocencia y echó del Paraíso. Entroles un pensamiento de ser como dioses, sin sujeción ni dependencia en su saber al verdadero Dios. Que esso quieren decir aquellas palabras de la serpiente *(Génes.*, III, 5): «Eritis sicut dii, scientes bonum et malum» (1).

De aquí nos quedó como en herencia este apetito de mayorías y á no consentir que nadie se nos anteponga, aunque sobre el caso se pierdan las haciendas y las vidas. Este fué el motivo de matar Caín á Abel, y del edificio de la torre de Babilonia, y de la discordia de los tribus de Israel, y de las contiendas entre los pastores de Abraham y Lot, y de la perdición de Datán y Abirón, y de la enemistad de Saúl con David. Es de manera el apetito, que ni de burlas ni aun por sueños sufren los hombres que alguno les quiera echar el pie adelante. Dice Josef *(Génes.*, XXXVII, 7-10), á sus hermanos, en conversación, que había soñado que, estando todos en el campo, hacían unos manojuelos de mies, y que los de todos se inclinaban al suyo, que tenía el más alto lugar, como que le adoraban; y con decir que era sueño, que fué decir que era cosa de risa, se inquietaron de manera que trataron de quitarle la vida. Y el padre y la madre, contando el sueño del sol y la luna y las doce estrellas, que le adoraban, no lo pudieron sufrir. ¿Por ventura, dice Jacob, tu madre y yo te adoraremos sobre la tierra? Al fin, en negocio de

(1) «¿Hasta cuando tendrán acogida en ti los pensamientos nocivos *ó perversos?*»

(1) «Seréis como dioses, conocedores *de todo*, del bien y del mal».

mayorías no hay respeto *(a)* á hermanos ni á deudos, ni á padre, ni á madre, ni aun á la propia vida, como se vió en Agripina, madre del Emperador Nerón, que dessea la muerte por que reine su hijo.

La ambición vence á todos los vicios.

No se puede encarecer suficientemente la tiranía de este apetito infernal, sino con decir que puede tanto en nosotros, que vence á los demás apetitos por grandes que sean. ¿Qué mayor que el de la carne? Escurece la sabiduría de Salomón, vence la fortaleza de Sansón, destruye la santidad de David, obliga á Dios á assolar el mundo con diluvio de agua, y de fuego á las sodomíticas ciudades; tiene hechos estragos tan grandes en el mundo, que no es possible contarse; hanse puesto hombres y mujeres por cumplir sus apetitos en peligros que, considerados, sacan de juicio. Y con ser esto assí, hallamos que muchas veces puede más el apetito de la honra que el de la carne. ¿Cuántas doncellas guardan castidad, y casadas lealtad á sus maridos, no tanto por el amor de la limpieza cuanto por el temor de perder la honra? Sí; que más murió Lucrecia por no morir deshonrada que por no ensuciarse. Concluyo mi razonamiento con decir que el mayor despeñadero que hay es el de la soberbia, y debemos vivir con especialíssimo cuidado de no darle el pie: no entre, aunque sea el pensamiento, como un coco, como una pulga ó nigua: que essa es centella del infierno, que pondrá fuego á toda la casa y no dejará cosa que no queme y abrase. CAPITE NOBIS VULPES PARVULAS, QUÆ DEMOLIUNTUR VINEAS.

Digo que es de consideración la cautela del tiempo. NAM VINEA NOSTRA FLORUIT. Está nuestra viña en flor, está en cierne, tiernos los pámpanos y los frutos pequeñitos. Muy gran recato ha de haber con los pensamientos malos ó con los demonios, que lisonjeando y con astucia acometen á los principiantes en la virtud; porque tienen gran peligro las virtudes tiernas y los propósitos nuevecitos y no arraigados en la tierra del corazón. Apenas había nacido Cristo, cuando Satanás le buscaba, por sus ministros, para quitarle la vida (*Math.*, II, 16). En su *Apocalipsi* dice San Juan (*Apoc.*, XII, 1-3) que vió una mujer en el cielo vestida del sol, la luna debajo de sus pies, y coronada de doce estrellas; vióla en días de parir, con grandes dolores y ansias para sacar á luz á su criatura; pero afligíala mucho ver delante de sí un fiero dragón, bermejo y espantoso, que con la boca abierta esperaba que pariesse para luego tragarse la criatura. Esta milagrosa mujer es la Iglesia, Esposa de Cristo, que, desprenciando y hollando todas las cosas de la tierra sola *(sic)*, medita en las del cielo. Concibe cada día hijos espirituales por la palabra de Dios y Sacramentos, y párelos con dolor; pero el mayor que padece es que Satanás, dragón infernal, sediento de la sangre de los santos, luego en saliendo á luz pretende tragárselos, porque assí ternecitos, con el soplo y aun con sola la vista de una mujer suelen morir. Es cosa fácil derribar á un alma que aún no está desnuda de los antiguos y malos hábitos. Dijo bien San Pedro *(Petrus Chrisol.)*: «Semper diabolus primordia boni pulsat, tentat rudimenta virtutum. Sancta in ipso ortu festinat extinguere, sciens quia, ea fundata, subvertere non possit» ([1]).

Claro está que los edificios nuevos resisten menos á las tempestades y vienen más fácilmente al suelo, y las plantas que no echaron raíces abajo, cualquiera viento las arranca, y la vela recién muerta, con un pequeño soplo se enciende, y una viña en cierne, no digo yo zorrillas, sino gorgojo y purgón la atala y destruye. ¡Ojalá no tuviéramos tanta experiencia desta verdad! ¡Cuántos hacemos divorcio con los vicios en la Cuaresma, y, pessándonos de lo passado, proponemos de mejorar las vidas y apenas hemos cumplido con el precepto de la Iglesia, cuando nos volvemos á los males passados, y en estas burlas y veras nos coge de ordinario desapercibidos la muerte! Por esso nos apercibe el Sabio *(Eccli.*, II, 1) para la tentación el día que comenzamos á servir á Dios: «Fili, accedens ad servitutem Dei, sta *in timore et justitia*, et præpara animam tuam ad tentationem» ([2]).

(a) Escribimos *respeto*, en vez de *respecto*, para evitar confusión.

([1]) «Está muy alerta el diablo cuando ve que en un alma empieza á germinar la semilla del bien. Trata él de ahogarla en sus principios, sabiendo que después le será más difícil impedir que dé sazonados frutos».

([2]) «Hijo, en entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación».—Está invertido el orden de las palabras que subrayamos en este texto.

Orígenes (hom. 2 super cap. I *Exodi*, t. I), declarado aquellas palabras: *Dixit Rex Ægipti obstetricibus hebræis: «Si masculus fuerit, interficite eum; si fœmina, servate»*, sic ait: «Si acaso vieres uno de mil convertirse al Señor, levantar al cielo los ojos, buscar las cosas eternas, contemplar, no las cosas temporales, que se veen, sino las que no se veen, aborrecer las delicias, amar la continencia, cultivar las virtudes, á éste, como á varón, dessea Faraón matar, á éste persigue y acossa, y pelea contra él con mil maneras de máquinas, aborrece á los tales y en ninguna manera los consiente vivir en Egipto».

Los siervos de Dios son tentados y atribulados por los demonios.

De aquí nace ser los siervos de Dios despreciados en este mundo. De aquí el ser expuestos á los baldones y afrentas, y el levantarse los odios y persecuciones; porque Faraón los aborrece, y ama á las hembras. *Si fuere muchacho, echalde en el río; y si hembra, reservalda*: «Videte quid Princeps hujus mundi pæcipit suis, ut undis et fluctibus hujus sæculi absorbeant infantes, filios Ecclesiæ. Vide statim ut natus, imo ut renatus fueris, quid tibi imminet ([1]).

Es lo que le sucedió á Jesús; que saliendo del Baptismo fué llevado del espíritu al desierto para ser tentado *(Math.*, II) *(a)*. Siempre, y agora más que en ningún tiempo, andan desvelados los egipcios á ver si nace algún hebreo, para luego perseguirle y matarle. Témese Faraón, aunque rey tan poderoso, de los hebreos, si crecen, y manda que mueran en naciendo. Sagacidad de raposa; pero comprehendióle Dios en su astucia; y por donde maquinó la destruición de su pueblo entró su remedio y libertad.

San Agustín (*ser. 92 de Tempore)* advirtió, y bien, que luego que el pueblo de Dios bebió del agua de la piedra, fué á pelear contra Amalech. «Quia quicumque de petra, id est, Christo, biberit; id est, sacramenta ejus acceperit, necesse est illi ad pugnam procedere. Quisque ergo Christo conjungitur, non ad delicias, non ad voluptates, sed ad prælium præparetur.» Scriptum est enim (*II Thim.*, III, 12): «Qui pie *vivere volunt* in Christo, persecutionem *patiantur necesse est.*» Y San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job *(Job*, III, 8): *Qui parati sunt suscitare Leviathan*, dice: «Omnes qui ea, quæ mundi sunt, mente calcant, et ea, quæ Dei sunt, plena intentione desiderant, Leviathan contra se suscitant, quia ejus malitiam instigatione suæ conversationis inflammant. Nam qui ejus voluntati subjecti sunt, quasi quieto ab illo jure possidentur, et superbus eorum rex, quasi quadam securitate perfruitur, dum eorum cordibus inconcussa potestate dominatur, etc. ([1]). Item Orígenes (*homilia duodecima in Ezechielem*, tomo secundo) explicans illa verba *Ezech.*, IV, 1): *Sume tibi laterem, et describes in eo Hierusalem:* sic ait: «Quasi jam Hierusalem in latere descripta est, cum terrena mens cæperit quæ sint illa internæ pacis gaudia vera agnoscere, et ad conspiciendam gloriam patriæ cœlestis anhelare. Quasi interna visio pacis describitur, quando mens, quæ prius terrena sapuerat, per amorem jam ad contemplandam regni cœlestis gloriam elevatur. Sed mox ut animus amare cœlestia cæperit mox ad visionem pacis intimæ tota se intentione collegerit, antiquus ille adversarius invidet, et insidiari amplius incipit,

---

(a) Léase aquí: *Math.*, IV, 1.

([1]) Parad mientes en el mandato que el diablo da á sus ministros y servidores: que procuren ahogar en el torbellino y aguas cenagosas del mundo á todos los hijos de la Iglesia. Ya ves, pues, qué es lo que te espera desde el punto y hora en que recibes el santo bautismo.

([1]) Todo el que bebiere, dice San Agustín, de esta piedra, Cristo; ó, lo que es lo mismo, quien recibe sus Santos Sacramentos, debe estar preparado para sostener una cruda lucha contra el enemigo de la salvación. Quien va, pues, en seguimiento de Cristo, quien á Él se une por la gracia, sepa que no va á á un lugar de delicias ó de placeres, sino á un campo de batalla. Que no otra cosa es este mundo para el cristiano, como lo dijo San Pablo: «*Ya se sabe* que todos los que quieren vivir virtuosamente, según Jesucristo, han de padecer persecución». Y San Gregorio Magno, comentando aquellas palabras de Job: *Los que están prontos á provocar á Leviatán*, dice: Todos cuantos saben despreciar los bienes y placeres mundanos, y amar las bienes espirituales, suscitan contra sí la furia de Leviatán, es decir, del demonio, por cuanto ellos se oponen á su malicia y á sus perversos designios. En cambio, los que le viven sujetos, no experimentan sus furiosas embestidas, pues imperando en su corazón con pleno dominio, les deja vivir en una sosegada y apacible quietud, etcétera.

et acriores, quam consueverat, tentationes admovet, ita ut plerumque sic resistentem animam tentet, sicut ante nunquam tentaverat, quando possidebat [1].

Bernardus *(sermone 63)* super hunc locum: CAPITE NOBIS VULPES PARVULAS, etc.), sic: «Bona vinea justus est, cui virtus vitis, cui actio palmes, cui vinum testimonium conscientiæ, cui lingua torcular expressionis. Denique, «gloria nostra hæc est, testimonium conscientiæ nostræ *(Cor.*, I, 12). Vides apud sapientem vacare nihil, sermo, cogitatio, conversatio, et si quid aliud est ex eo, quid ni totum Dei agricultura est, Dei ædificatio, et vinea Domini Sabbaoth? Quid denique illi de se perire possit, quando, et folium ejus non defluet (*Ps. 1*, 3)? Cæterum tali vineæ, nunquam insectationes, nunquam insidiæ deerunt. Nempe, ubi «multæ opes, multi sunt, et qui comedunt eas *(Ecles.*, V, 10). Sapiens erit solicitus servare vineam suam, non minus quam excolere, nec sinet eam vorari a vulpibus.» Hæc Bernardu [2].

Orígenes advierte aquí agudamente que aquella palabra PUSILLAS, VEL PARVAS puede estar de parte de las viñas como de parte de las raposas; de manera que haga este sentido: «Capite nobis vulpes, exterminantes vineas pusillas; id est, animas parvulas, initia habentes: nam firmæ et robustæ lædi a contrariis potestatibus dificilius possunt. Sic enim habes *(Matth.*, XVIII, 6): Si quis *scandalizaverit unum de pusillis istis qui in me credunt.*» In quo ostenditur, quia scandalizari grandis et perfecta animo dificilius potest, quam pusilla, et rudis. Sic enim scriptum est: *Pax multa diligentibus legem tuam, et non est illis scandalum (Ps., 118*, 165) [1]. Una ánima tierna y principiante en la virtud tiene grande peligro, porque la acometen estas zorrillas con astucias, cautelas y engaños, y tiene necessidad de hacer continuamente oración á Dios, que se las cace y las libre dellas. Quare ut quidam pulcherrime dixit: Subducendus est populo tener animus: «un animo tierno y recién plantado en la casa de Dios, cualquiera accidente le daña». Hinc Virgilius:

Nescio, quis mihi teneros *oculis* fascinat agnos *(a)*.

---

(1) Orígenes, comentando aquellas palabras del profeta Ezequiel: *Toma un ladrillo... y dibujarás en él la ciudad de Jerusalén*, escribe: «Cuando el alma empieza á conocer cuáles son los bienes y las riquezas de la paz interior, y á suspirar por los del cielo, entonces se halla como pintada en el ladrillo la celestial Jerusalén. Empero no se llega á esto, á conocer digo, los tesoros de la paz interior, sino cuando el que antes amaba lo terreno ha enderezado su corazón hacia el amor de los bienes celestiales. Quien así encamina su ánimo y quien á esta posesión aspira, prepararse debe para sufrir las acometidas del demonio, quien con más furor que nunca, con tentaciones cada vez más y más terribles ha de combatirle, de modo que llegue á experimentarlas tales cuales nunca antes experimentara».

(2) San Bernardo, comentando estas mismas palabras del texto, añade: «Bien puede decirse que el justo es esta viña de que aquí habla el Señor: la virtud es la vid ó cepa, cuyos sarmientos son las buenas obras; el vino el testimonio de la buena conciencia, y la lengua como el lagar donde se exprime el dulce licor que edifica y conforta; porque *toda nuestra gloria*—dice San Pablo—*consiste en el testimonio que nos da la conciencia.* ¿No ves, en efecto, cómo en el hombre justo nada hay baldío é inculto, sino que todo absolutamente: el lenguaje, el pensamiento, la conversación y todo, en fin, pertenece á Dios, le está consagrado como posesión y herencia, y como viña escogida y de recreo para su divina Majestad? Y ¿cómo se dirá que hay en él nada estéril ó yermo, cuando *ni una hoja siquiera caerá nunca de él*; es decir, ni la más pequeña de sus obras está desprovista de mérito ni carecerá de recompensa? Por lo demás, cierto es que á tales almas nunca faltarán tentaciones ni asaltos de los enemigos; porque, como dijo el sabio: *Donde hay muchos bienes, hay también muchos que los consumen.* El que es prudente y sabio sabrá guardar cuidadosamente esta viña de su alma, lo mismo que cultivarla para que lleve copioso fruto y sazonado, ni dejará que las raposas la destrocen.

(1) Cazadnos la raposas que destrozan las viñas aún tiernas é incipientes, esto es, las almas que empiezan á ejercitarse en la virtud, ya que las ya muy adelantadas en ella resisten y saben vencer los asaltos contrarios. Por eso dijo Cristo Señor nuestro:

(a) P. Virgilii Maronis OPERA, cum annotationibus Johannis Minellii. Ex typographia Regia, anno MDCCLXXIII.—*Bucolicas*, Egloga 3.ª, verso 103, pág. 18.—Está aquí alterado el orden de las palabras de este verso, además de ponerse en ablativo, *oculis*, lo que el poeta escribió en nominativo, *oculus*. Virgilio dice, según se lee en el lugar citado: «Nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos»: «No sé qué maleficio infesta ó ha puesto hechizos en mis tiernos corderillos».

Pues si poner los ojos en una conciencia tierna la estraga, ¿qué será si la manosean y la pisan? El descuido del rey Ezequías en enseñar á los embajadores de Babilonia los tesoros del templo *(IV Reg.*, XX, 15, *Isai*, XXXIX, 2) confirma esta doctrina; porque parece que en dejándoselos mirar les entregaron las llaves y les pusieron en possessión. Al fin, es delicadíssima la gracia en un alma, y es menester gran recato para no perderla. Favorece á este pensamiento de Orígenes, Filón, Obispo, el cual junta con las viñas el adjetivo *parvulas, vel pusillas*.

Divus Bernardus multa super hunc locum eleganter nimis dicit, inter quæ, quæ sequuntur: «In initiis quidem nostris, tanquam novellarum teneris floribus plantationum, in evidenti vis algoris incumbet; jam vero proficientium sanctioribus studiis, minime quidem sese opponere contrariæ virtutes aperte audent, sed solent ex occulto insidiari, quasi quædam fraudulentæ vulpeculæ, specie quidem virtutes, re autem, vitia» [1]. Y pone el santo un caso. «Conocí yo, dice, un hombre que corría bien en el servicio de Dios; y acometióle Satanás con este pensamiento: ¡A cuántos de mis hermanos, conocidos y amigos, si estuviera entre ellos en mi patria, pudiera comunicar este bien que á solas gozo! Quiérenme bien, y con facilidad se sujetarían á mi parecer. ¿Para qué tan gran perdición como ésta? Voime allá, y dellos salvaré á muchos, y á mí con ellos. Ni hay que reparar en la mudanza de los lugares, porque haciendo bien no importa que sea aquí ó sea allí; y, á la verdad, mejor es adonde el fruto es mayor y más conocido. ¿Qué más? Vase de monesterio y piérdese el miserable, no tanto yendo desterrado á la patria, cuanto por haber vuelto al vómito: perdióse á sí, y á ninguno de los suyos ganó.» Y más abajo dice: «Acontece, que aprovechando alguno en la virtud, y siendo visitado con alguna nueva y copiosa gracia, le viene un ferviente desseo de comunicarse á los prójimos y de predicarles; y esto con cautela y astucia grande, porque teme incurrir en la maldición de Dios, que en los *Proberbios* (XI, 26), dice: «Qui abscondit frumenta, maledicetur in populis» [1]. Y parécele ir contra el Evangelio si lo que oye á solas y en secreto no lo predique en las plazas y por los tejados *(Math.*, X, 27). Raposilla es ésta; y tanto más dañosa que la primera, cuanto más dissimulada y oculta. Pero yo la cazo desta manera. Moysén dice (*Deut.*, XV, 19): «Non *arabis* in primogenito bovis». Quod explicans Paulus, inquit *(I Timoth.*, III, 6): «Non neophitum, ne in superbiam elatus, in juditium incidat diaboli.» Item (*Rom.*, X, 15): «Quomodo prædicabunt nisi mittantur? [2] Et scimus Monachi officium esse, non docere, sed lugere.»

Destas autoridades y otras, cogidas en uno, labro una red con que cazo esta raposilla, para que no desflore y destruya la viña. También echa por otra vereda Satanás, porque á muchos que viven en comunidad les pone grande espíritu y ansia de soledad; y llevados al yermo, el yermo les volvió á vomitar tibios

Con celo de perfección son algunos engañados no siendo para ello de Dios llamados.

Quien escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra, etc.; palabras en las cuales se demuestra que es mucho más fácil pervertir y llevar al mal á un alma sencilla y que está á los principios en la virtud que á los que han llegado á la perfección. Por lo cual, dijo David: «Gozan de suma paz los amadores de tu Ley, sin que halla tropiezo alguno».

(1) Cuando nuestra perfección se halla no más que en los principios, el rigor del frío nos persigue al descubierto y seca nuestras virtudes, así como acontece á los tiernos renuevos de las plantas y flores de un jardín. Cuando, empero, estamos ya sólidamente fundados en las virtudes no suelen acometer de frente y á cara descubierta las tentaciones, sino con astucia y con capa de virtud, como raposillas engañosas, para sorprendernos más fácilmente.

(1) «Quien esconde los granos (en tiempo de penuria y escasez) será maldito de los pueblos».

(2) «No pondrás al trabajo al primerizo de la vaca». Y aquellas palabras de San Pablo hablando de las cualidades de los prelados de la Iglesia, que el autor trae como explicación de las citadas del Deuteronomio: «No sea neófito, *ó recién bautizado;* porque, hinchado de soberbia, no caiga en la *misma* condenación del diablo *cuando cayó del cielo*». Y en la epístola á los *Romanos*, añade: «¿Cómo habrá predicadores, si nadie los envía?» Es, pues, necesario ser enviado, no ir por propia voluntad. Sabemos, por otra parte, que la profesión del monje es guardar el recogimiento, no andar vagueando con pretexto de enseñar á los demás.—Falta en este lugar la cita de la Epístola *ad Thimotheum*, pues ambos textos del Apóstol se aducen aquí como de la Epístola *ad Romanos*.

y negligentes, ó contra todas sus leyes los detuvo con daño de todas partes. Paréceles que si en la comunidad Dios les hace tantas mercedes, que solos y apartados de los hombres, que serán más copiosas. Juzgan por buen pensamiento éste, hasta que ven el fin y conocen haber sido raposilla, y no espíritu de Dios; *parvulas, non malitia, sed subtilitate:* [pequeñas, no en la malicia, sino por su astucia].

Es animal, como ya dijimos, astuto y que parece que nació para engañar y hacer mal. Estos son unos pecados sutilíssimos y muy delicados, paliados con capa y rebozo de virtudes; porque si no fuesse con este rebozo y manera, no podrían dañar á los hombres espirituales. Son ángeles malos y de tinieblas, transfigurados en ángeles de luz (*II Cor.*, XI, 14), que aparejan sus saetas en escondido: «Ut sagittent in obscuro rectos corde» (*Ps. 10,* 3) [para asaetear á escondidas á los que son rectos de corazón]. Llámanse raposillas pequeñas porque, como los otros vicios sean vicios de cuerpo, que no se pueden disimular ni esconder, ellos por su sutileza apenas pueden ser conocidos por lo que son, y por esso tienen poco reparo, porque solos los varones perfectos, á los cuales es dado diferenciar los espíritus, pueden decir con el Apóstol (*II Cor.*, II, 11): «Non ignoramus *astutias Sathanæ, neque* cogitationes ejus» (¹). Y nota el santo doctor que no dice el Esposo: Herid ó matad essas raposillas, sino cogeldas; porque estas bestezuelas astutas se han de examinar con toda vigilancia y desvelos, y comprehenderlas en sus astucias, descubrir sus redes y sacar á luz sus engaños. De manera que el descubrirse el engaño y ser la falsedad convencida, se dice propiamente ser cogida ó cazada la raposilla que echaba á perder la viña. Porque es propio deste género de malignidad, que no daña, conocido; y assí el conocerle es contrastarle. Porque ¿quién, sino el loco y el desatinado, sabiendo á dónde está el cepo ó lazo, entrará el pie para quedar preso? San Gregorio (lib. 33. *Moral.*, capítulo XXII), declarando aquellas palabras de Job: *(Job*, XLI, 4). *Quis revelabit faciem indumenti ejus?*, dicit sic: «Leviathan iste aliter religiosas hominum mentes, aliter vero huic mundo deditas tentat; nam pravis, mala, quæ desiderant aperte objicit; bonis autem latenter insidians sub specie sanctitatis illudit. Illis, velut familiaribus suis, iniquum se manifestius insinuat: istis vero, velut extraneis, cujusdam quasi honestatis prætextu se palliat, ut mala, quæ eis publice non valet, tecta bonæ actionis velamine, subintromittat (¹).

San Jerónimo, sobre el mismo lugar, dice: «Hic indumento velatam faciem diaboli Job ait, quia se transfigurat in angelum lucis. Revelatur autem facies ejus a Domino, cum artes nequitiarum ejus deteguntur». Et infra *(ib.* 9): *Sternutatio ejus splendor ignis, et oculi ejus ut palpebræ diluculi*: «Diabolus, inquit, qui totus sordidus et fætidus est, in hoc lumine se videtur ostendere, cum transfigurante in angelum lucis, malitiæ suæ sordes in perniciem hominum cum delectatione operatur et effundit, et de invidia, id est, de malorum omnium capite, venena sua commovet ac producit. Diaboli oculi quasi palpebræ sunt diluculi quia videntur loqui ea quæ vicina sunt veritati, cum tamen nihil luminis Dei possideant: mendatiorum enim tenebras specie veritatis obducunt» (²).

(¹) «No ignoramos sus maquinaciones (las de Satanás)».

(¹) Dice lo siguiente San Gregorio Magno, comentando aquel versículo del libro de Job: *Quién de los mortales le quitará á Leviatán la piel que le cubre?*: «Este fiero enemigo, el demonio figurado en Leviatán, adopta diversos modos en el ataque, según el estado de las almas á quienes combate: de un modo, á las virtuosas; de otro muy diverso, á las mundanas. A éstas, preséntales al descubierto y póneles delante los males á que están entregados; más á aquéllos tiéndeles asechanzas, fingiendo ó aparentando virtud ó santidad. A los malvados trátalos como á amigos y familiares, y no tiene reparo en descubrírseles en toda su fealdad y malicia, seguro de que no le han de rechazar; á los virtuosos, en cambio, usa del artificio de aparentar ante ellos virtud y santidad, para que admitan sin recelo ni dificultad aquello que, propuesto á las claras, sería de ellos rechazado inmediatamente».

(²) Sobre este mismo lugar del libro de Job, escribe San Jerónimo: «Dice Job que aparece como cubierta con un velo la faz del diablo, porque, á las veces, *se transfigura en ángel de luz;* antifaz que desaparece cuando se vienen á descubrir sus malas artes y enredos». Y sobre las palabras del versículo noveno del mismo citado capítulo: *Cuando estornuda (Leviatán) parece que arroja chispas de fuego, y sus ojos centellean como los arreboles de la aurora,* lo siguiente: «El diablo que de suyo es feo y

Augustinus (lib. *Quæst. utriusque testamenti mixtim*, tomo IV), dice á este propósito: «Quædam applicat diabolus quasi velamina, quibus iniquitatem contegat, ut videntes fallantur. Non potest enim sola impietas proponi, quia non invenit emptorem, et ubi lux Dei est, si ipse nominetur, horretur. Sed sicut mel veneno admiscetur, per quod lateat, ita et legi diaboli quædam justa admiscent, et nomen applicant veritatis. Sed uniuscujusque sensus est judicandus, quia ideo aliquando aliquid verum ostendit, ut fallat, ut cum maligna prædicat, bona putentur». Idem, in illa verba: *(Ps. 139*, 4): *Venenum aspidum sub* lingua ejus» sic ait: «In serpente maxima astutia est, et dolus nocendi, propterea etiam serpit. Non enim vel pedes habet, ut ejus vestigia, cum venit, audiantur. In ejus itinere vel lenis est tractus, sed non est rectus; arrástrase sin ser sentida, pero jamás va derecha. Ita ergo repunt et serpunt ad nocendum, habentes ocultum venenum sub levi contactu». Ideo sequitur: «*Venenum aspidum sub labiis eorum.* Ecce est illud sub labiis», para que se entienda que hay veneno en los labios y le hay debajo de los labios ([1]).

¡Oh, Señor Dios nuestro!, á vos clamamos; libradnos de nuestro cotidiano adversario que, ora velemos, ora durmamos, ora comamos, ora bebamos, ora hagamos otras cualesquier obras, de todas maneras insta de día y de noche, con engaños y embustes; unas veces al descubierto, otras muy de secreto, enviando contra nosotros saetas con veneno, para matar nuestras ánimas. Puso lazos en las riquezas, lazos en la pobreza, lazos en el manjar, en la bebida, en el sueño, en la vigilia, en las palabras y en las obras, y en todos nuestros caminos. Pero vos, Señor, nos librad del lazo de los cazadores, y de la palabra áspera. Tú, Señor, eres mi luz; alumbra mis ojos para que vean la luz, y ande en tu luz, y no tropiece y caiga en sus paranzas y lazos. Porque ¿quién podrá escapar de tantos si no los viere? ¿Y quién podrá verlos sino aquel que Tú alumbrares con tu luz? Porque el mismo padre de las tinieblas, en sus tinieblas esconde sus lazos, para que caigan en ellos los que están en sus tinieblas, que son los hijos destas tinieblas. San Gregorio (libro XXXII *Moral.*, c. XVI) in Job., XL (v. 13): *Ossa ejus sicut fistulæ æris*), sic: Per ossa Behemoth istius ejus consilia designantur; nam sicut in ossibus positio corporis roburque subsistit, ita in fraudulentis consiliis tota se ejus malitia erigit. Neque enim vi quemque præmit, sed caliditate pestifera persuasionis interficit. Per hæc, quasi ex bono consulens ad culpam trahit, et velut consulendo supplantat. Unde bene, ejus ossa, id est, ejus consilia, fistulis æris comparantur; ejus quippe fistulæ sonoris aptari cantibus solent, quæ admotæ auribus, dum blandum carmen subtiliter concinunt, interiora mentis in exteriora delectationis trahunt. Et dum dulce est, quod in auribus sonat, virilitatem cordis in voluptatis fluxu debilitant: cumque auditus ad de-

---

repugnante, oculta su fealdad y aparece rodeado de luz, cuando, para seducir á los hombres, maquina contra ellos, sembrando, arrastrado por la envidia que le devora, la semilla de las herejías y de los errores más perniciosos. Brillan sus ojos como los arreboles de la aurora, porque en ocasiones sus palabras y tentaciones vienen con tantas apariencias de verdaderas, que pueden ser tomadas por tales, siendo así que se oponen y contradicen á la palabra de Dios abierta y descaradamente; sus más ardientes deseos son de cubrir sus mentiras con la capa de la verdad.

([1]) Al mismo propósito hace la siguiente doctrina de San Agustín: «Para engañar más fácilmente emplea el diablo varias estratagemas con que mantener ocultos sus perversos instintos. El mal, puesto á toda luz, en toda su horrible fealdad, difícilmente tendría compradores, y en apareciendo la luz divina huye despavorido y medroso. Mas así como con el veneno se mezcla miel, para que mejor pueda aquél ser tragado, del mismo modo el diablo cubre su mercancía averiada con ciertas apariencias de virtud y de verdad. Atiéndase, pues, en todo y sépanse discernir bien las cosas, porque si él empieza proponiendo algo que, en apariencia ó en realidad, es verdadero, lo hace para engañar; para que cuando trate de persuadir algún error ó algo pernicioso se crea y se tome como bueno». Y sobre aquellas palabras del Salmo: *Aguzaron sus lenguas viperinas; veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas*, añade: «Grande es la astucia de la serpiente é indecible las mañas de que se vale para herir su presa; por eso camina arrastrándose. Como no tiene pies para que sus pasos puedan sentirse cuando se aproxima, arrástrase sin ser sentida; pero jamás va derecha. Así llega á herir á sus víctimas, derramando el veneno que lleva oculto al menor contacto. Por eso se dice en el Salmo: Veneno de áspides tienen debajo de sus labios, para que se extienda, etc.

lectationem trahitur, sensus a statu suæ fortitudinis enervantur ([1]).

Peligro hay en todas las cosas deste mundo, y más en la culpa no conocida, porque dificultosamente se enmienda.

Tales son los consejos del demonio: suenan bien al oído, hacen música y consonancia, parecen todos en nuestro provecho, y con la suavidad y dulzura trastornan el corazón de la intención fuerte, inclinándole á lo que le ha de dañar. Todos los conatos y diligencias de Behemoth, con que pretende engañarnos, llevan este artificio: mostrar útil el consejo de su perversidad; de manera que lo que dice suene bien á nuestro oído, para que con la utilidad al ojo regale el corazón, y con la malicia oculta le corrompa.

Acompaña San Gregorio esta doctrina con muchos ejemplos, que yo de propósito dejo, por haber tratado muy en particular en el capítulo primero *(a)* destos *Cantares* de las astucias y enredos de Satanás. «Hostis enim noster tanta se arte palliat, ut plerumque *(a)* ante deceptæ mentis oculos culpas virtutes fingat. *Hace creer de la cebolla cielo;* ut inde quisque quasi expectet præmia, unde dignus est æterna invenire tormenta». Y más abajo: «Igitur cum culpa velut virtus aspicitur, necessario putandum est, quia tanto tardius mens vitium suum desiderat, quanto hoc, quod perpetrat, non erubescit. Facile autem culpa corrigitur, quæ erubescitur, quia esse culpa sentitur. Quia igitur error, cum virtus creditur, difficilius emendatur, recte dicitur *(Job*, XL, 13): *Cartilago ejus quasi laminæ ferræ.* Hinc est quod nonnumquam, ii, qui quasi viam sanctitatis appetunt, in errorem lapsi, tardius emendantur. Rectum existimant quod agunt, et sicut excolendæ virtuti, sic vitio perseverantiam jungunt» ([1]).

CAPITE NOBIS VULPES. Orígenes, Athanasius, Nissenus, Theodoretus, Divus Thomas, Gregorius et Bernardus, hæc verba Sponsi ad sodales; id est, apostolos, episcopos, et prædicatores esse affirmant: et bene quidem, cum ad eos potissimum expectet vineæ cultura ([2]).

(a) Singularmente en la LECCIÓN QUINTA, *Artículo V*, págs. 190 y sigs.

(a) En la edición que reproducimos se lee plerunque.

([1]) San Gregorio comenta así aquellas palabras del libro de Job, en que hablando de Behemoth—nombre que con el de Leviatán todos los intérpretes aplican respectivamente. á significar á los dos animales más corpulentos y terribles de la tierra y del mar, y en sentido espiritual, son símbolos ó figuras del demonio—se dice que *sus huesos* (los de Behemoth) *son como pilares de bronce.* «Por estos huesos de Behemoth se designan—dice—los perversos consejos del diablo, las tentaciones con que combate á las almas; porque así como los huesos son los que sostienen y dan consistencia y estabilidad al cuerpo, así toda la maligna perversidad del demonio fúndase en sus tentaciones y malvados consejos. No usa él de la violencia ni de la fuerza, sino de la persuasión y del engaño para dar muerte á las almas: fingiendo y aparentando el bien, arrastra á la culpa, y derriba al hombre simulando levantarle y engrandecerle. Con razón, pues, se comparan aquí estos artificios y engaños del diablo (figurados, según queda dicho, en los huesos de Behemoth) á los tubos ó cañas de bronce, que se aplican también á producir dulces y armoniosos sonidos, que empezando por ser gratos al oído, conmueven y arrastran la voluntad para que venga á complacerse en ellos. Mientras esa dulzura y suavidad exterior regala á los sentidos, debilítase poco á poco el ánimo, hasta venir á desfallecer y ser miserablemente vencida de su enemigo.

([1]) «Con tanta maña, dice San Gregorio, sabe cubrirse nuestro enemigo que muchas veces hace pasar por virtud lo que es pura maldad; y con frecuencia pinta como digno de premio lo que es sólo merecedor de eternos y perdurables tormentos». Y más abajo: «Cuando esto ocurre, es decir, que hace pasar por bueno lo que de suyo es malo, causa otro daño—aparte de lo que esto supone—; y es que es tanto más difícil que el engañado se convierta, cuanto más lejos está de creer él en el engaño padecido. Difícilmente se detesta lo que se juzga bueno, así como es con facilidad aborrecido lo que se reputa malo y pernicioso. Por eso se dice, hablando de Behemoth,—que es figura del diablo—en el lugar citado del libro de Job, que *sus ternillas son como planchas ó barras de hierro*, para denotar la dificultad con que se doblegan los que él ha engañado de este modo. De aquí es que más tardíamente y con más dificultad vuelven al camino del bien, los que, con capa ó apariencia de virtud, se apartan de él, porque, teniendo por bueno lo que hacen, son tan constantes y aferrados en el camino del mal, como antes lo fueron en seguir el de la virtud».

([2]) Los Santos Padres y doctores mencionados son de parecer que estas son palabras del Esposo á sus compañeros, es decir, á los apóstoles, obispos y pre-

Describe este doctor *(a)* curiosamente la naturaleza y condiciones de la raposa, diciendo: «Vulpes natura sua est animal versipelle, astutum, dolosum, rapax; ita ut Lucretius dicat, vulpi dolos insitos a natura». Et Pindarus ait: «Cætera animantia, etiam ferocissima, cicurari: vulpem autem nunquam vulpinos mores exuere». Et Varro: «A vulpe traxisse originem vulpinari verbum, *por raposear*». Et inde extat appologus *(b)* ille, cujus meminit Plutarcus, quod pardus insultabat vulpi, quod cutem haberet unicolorem, cum tamen ipse cutem haberet versicolorem. Cui respondit vulpes, sese omnem illam animo varietatem retinere, satiusque esse animo pingi, quam cute. Vulpes deinde non viribus, et aperto Marte in venatione utitur, sed potius arte, et quasi ex insidiis venatur. Ut plurimum autem insidiatur volucribus domesticis, simplicibus, et quæ facile capiuntur: ut anseribus, anatis, gallinis, et earum pullis: á los corderillos y cabritillos [1]. La raposa nunca mira derecho, sino de socapa y á traición, y nunca anda camino seguido, sino atravessando. Parece perro, y algunos han dicho que es especie de perro; no ladra, sino gruñe; tiene la cola muy larga y lanuda, y la orina es hediondíssima, y sácanla por ella los cazadores.

En las divinas letras frecuentemente se hace mención de la zorra, y siempre, ó las más veces, en sentido alegórico y en mala parte. Sic *Thren.*, V, 16-8: «Cecidit corona capitis nostri...: contenebrati sunt oculi nostri. Propter montem Syon quia disperiit, vulpes ambulaverunt in eo» Et *Ps. 62,* 11: «Tradentur in manus gladii, partes vulpium erunt». *Ezech.*; III, *(a)*: «Sicut vulpes in *deserto*, sic Prophetæ tui Israel» Et *Luc.*, XIII, 32: «Dicite vulpi illi», id est, Herodi [1], que con cautela quería matar á Cristo. Todos estos lugares y otros semejantes interpretan los doctores santos de los herejes y hipócritas, los cuales muy al vivo imitan y contrahacen las costumbres y malas mañas de las raposas. Diximus vulpem animal esse versipelle, rapax, dolosum. Hæretico enim scismatico, aut hipocrita nihil versípellius, aut fraudulentius potest excogitari [2]. Por esso dijo San Pablo á su Timoteo (*II Thim.*, III, 13): «Mali homines, et seductores proficient in *prava*»; et *ad Titum*, III 10: «Hære-

(a) En el margen correspondiente al párrafo anterior se encuentra citado también este nombre *Almonacid,* sin ninguna otra anotación que pueda aclarar el pensamiento del autor al poner este nombre al lado de los santos Doctores allí mencionados.

(b) Hoy se escribe *apologus.*

(a) Debe leerse: *Ezech.*, XIII, 4.

dicadores del Evangelio; y con mucha razón, puesto que á ellos toca muy particularmente el cuidado de la Iglesia.

(1) «La raposa es un animal falaz, taimado, astuto y rapaz, tanto que Lucrecio dice de ella que le es natural la mentira y el engaño. Pindaro escribe que todos los demás animales, aun los más feroces pueden domesticarse, pero la raposa jamás deja sus instintos perversos. Varrón añade que del nombre de este animalejo se deriva, etimológicamente, el verbo raposear, usar de artificio y engaño para alguna cosa. Probando esto mismo cuenta Plutarco aquella fábula en que el leopardo se burla de la raposa porque tiene la piel de un color uniforme, mientras que la suya es pintada de diversos colores. ¡Ah!, responde aquélla, yo llevo toda esa variedad por dentro; mejor es y de más provecho saber usar de artificios—añade—para conseguir lo que pretendo, que tener de diversos colores la piel». Nótese, además, que este animal no caza sus víctimas luchando con ellas á cara descubierta, y frente á frente, sino acechándolas con astucia. En quien más ceba sus instintos es en los animales domésticos y menos avisados para la defensa, como los patos ó gansos, los ánades, gallinas y polluelos, los corderillos y cabritillos.

(1) Léese en el libro de los Threnos ó Lamentaciones de Jeremías; «Han caído de nuestras cabezas las coronas *ó guirnaldas*...; por esto perdieron la luz nuestros ojos. Porque desolado está el monte *santo* de Sión; las raposas *y demás fieras* se pasean por él». Y en el Salmo 62: «Entregados serán (los malvados) á los filos de la espada; serán pasto de las raposas». Y el profeta Ezequiel, hablando de los profetas falsos: «Tus profetas, oh Israel, son como raposas en los despoblados». Y nuestro señor, según refiere San Lucas, contestando á los fariseos que le amenazaban con que Herodes quería quitarle la vida y por tanto que saliera de Jerusalén, dijo: «Andad y decid de mi parte á ese *falso* y raposo», es decir, á ese príncipe impío, artificioso y cobarde, como la raposa, etc.

(2) Acabamos de decir, que la raposa es un animal taimado, astuto y rapaz. Nadie más taimado ni más astuto que los herejes, cismáticos y, en general, los hipócritas.

ticum hominem post primam et secundam *monitionem* devita, sciens quia subversus est» ([1]).

La guerra que éstos hacen no es al descubierto, sino con rebozo y máscara de virtud. Como Datán y Abirón, que, aspirando al principado, para amotinar al pueblo contra Moisén y Aarón, su hermano, vueltos contra ellos decían, mostrando celo (*Num.*, XVI, 3): «Cur erigimini Moyses et Aaron contra populum Domini? Nonne totus cætus hic sanctus est, Dominus in medio eorum? ([2]) Y el malvado Absalón ¿cómo pretendía granjear los votos del pueblo para alzarse con el reino contra su padre? Con fingimiento y hipocresía; hacía del celoso del bien de los vassallos de su padre; hablábalos con palabras melosas, abrazábalos y besábalos en el rostro (*II Reg.*, XV, 2-5). Alcimo, capitán de gente ruin, deseoso del sumo Pontificado, finge celo de la república y vase á Demetrio y dícele (*I Mach.*, VII, 6): «Perdidit Judas, et fratres ejus omnes amicos tuos, etc.» ([3]). Judas palia su avaricia con capa de caridad (*Joan,* XII): *(a)* «Ut quid perditio hæc? Poterat enim unguentum istud venundari multo et dari pauperibus ([1]). Los señores de la Fitonisa *(a)*, pareciéndoles que el apóstol les había quitado sus torpes ganancias, sanándola, apprehendentes Paulum et Sylam, perduxerunt ad principes, et dixerunt (*Act.*, XVI, 19; 20). ([2]): «Hi homines conturbant civitatem nostram», etc. Hacen común la causa particular. Y Caifás, ¿no halla grande conveniencia en la muerte de Cristo? *(Joan,* XII, 50): «Expedit ut unus homo moriatur pro populo, et non tota gens pereat» ([3]). Y vos, para no perdonar, acudís á la justicia, diciendo que es la que sustenta en paz la república, y que se deben castigar los delitos. Y el otro, para no echar de casa la manceba, que ha diez años que la sustenta á pan y á cuchillo, ni salir de pecado, alega que es limosna, y que en saliendo de allí se perderá. Y vos, para no restituirlo mal ganado ó hurtado, alegáis pobreza y honra. Todas estas son raposerías y embustes, para salir cada cual con su pretensión, con buen color y justificadamente. Y yo creo que no puede subir más de punto la perdición de un alma que hacer razón y conveniencia el pecar, como lo hizo Caifás, y de que decimos en otra parte más largamente. De estas trazas vulpinas usan los herejes contra la gente simple, desseosa de salvarse. Y por la mayor parte son mujeres aficionadas á las Sagradas Escrituras. «*Hi* sunt, qui penetrant domos, et captivas ducunt mulierculas oneratas peccatis, quæ *tenentur* variis desideriis: semper discentes, et nunquam ad veritatis scientiam pervenientes» (*II Timot.*, III, 6). «Et per *blandos* sermones, et *suaves* benedictiones seducunt corda innocentium» (*Rom.*, XVI, 18) ([4]).

Destos se dice lo que del vino en los *Pro-*

(a) Las palabras que aquí se citan se leen al pie de la letra en el Evangelio de San Mateo, capítulo XXVI, versículos 8 y 9, refiriéndolas en general á los apóstoles ó discípulos. En el de San Juan, capítulo XII, versículo 5, se ponen en boca de Judas estas otras, idénticas en cuanto al sentido, pero diferentes en la forma: «Quare hoc unguentum non veniit trecentis denariis, et datum est egenis?»—«¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios, para limosna de los pobres?»

([1]) «Los hombres malos y los impostores irán de mal en peor». Y: «Huye—dice á su discípulo Tito—huye del hombre hereje, después de haberle corregido una y dos veces, sabiendo que quien es de esta ralea está pervertido y es delincuente».

([2]) Por no subrayar todo el texto restituímos aqu la lectura de la Vulgata en este pasaje, que es como sigue: «Cumque statuisent (Core, Datan et Abiron) adversum Moysen et Aaron, dixerunt: Sufficiat vobis, quia omnis multitudo sanctorum est, et in ipsis est Dominus: ¿Cur elevamini super populum Domini?» Y presentándose (los tres citados rebeldes) delante de Moisés y Aaron, dijeron: Básteos ya *lo hecho hasta aquí;* puesto que todo este pueblo es de santos, y en medio de ellos está el Señor, ¿por qué causa os ensalzais *tanto* sobre el pueblo del Señor?

([3]) «Judas (el Macabeo) y sus hermanos han hecho perecer á todos tus amigos», etc.

(a) Fitonisa ó Pitonisa.

([1]) ¿A qué fin ese desperdicio ó despilfarro, cuando se pudo vender esto en mucho precio y darlo á los pobres?»

([2]) «Prendiendo á Pablo y Silas los condujeron al juzgado ante los jefes de la ciudad y... dijeron: Estos hombres alborotan nuestra ciudad», etc.

([3]) «Conviene el que muera un solo hombre por *el bien del* pueblo, y no perezca toda la nación».

([4]) «De estos son—dice San Pablo—los que se meten por las casas, y cautivan á las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas de varias pasiones, las cuales andan siempre aprendiendo, y jamás arri-

verbios, 2 *(a)* «Ingreditur blande, et in fine mordebit, ut coluber, et sicut regulus venena diffundet». *Hinc* el proverbio: «Blandior vulpecula pellice» ([1]). Pelleja que con halagos y lisonjas engaña á los incautos mancebos. Tiene la raposa la vista torcida; nunca jamás mira derecho, sino como á traición, y esse es el mirar del hereje, que nunca sigue ni abraza el sentido verdadero de la Escritura, que siguieron los santos y doctores de la Iglesia, sino el adulterino y que sirve á sus intentos endiablados. No miran á Dios en lo que hacen, sino á sí mismos, á sus comodidades y particulares interesses, á las honras y dignidades. «*Hi*, inquit Paulus *(Rom.*, VI), *(b)* non Christo Domino, sed suo ventri serviunt». No andan por camino derecho, sed diverticula quærunt sectarum, et hæresum, quæ omnino declint. «Viæ perversæ, et infames gressus illorum ([2]). (*Prov.*, II, 15). Tienen apariencia de perros, y no lo son, las raposas; y los herejes parecen perros del rebaño de la Iglesia, predicadores y prelados, y son, en la verdad, robadores lobos: «Non parcentes gregi». *(Act.*, XX, 29) [que destrozan el rebaño]. A sí perdonan, mas no á las ovejas.

Con fuego del amor de Dios se libra el alma de las astucias y engaños del demonio.

Conócese en la voz; que el perro ladra y la raposa gruñe. Porque nunca cessan de decir de los doctores católicos. La cola larga significa la doctrina falsa y engañosa. (*Isai.*, IX, 15): «Propheta, inquit, docens mendatium, ipse est cauda» ([3]). Finge la raposa que duerme ó que está muerta, para que se asseguren las aves, y, llegándose á ella sin miedo, las caza. Tales son los herejes, mortificados, al parecer, ó muertos al mundo, y hombres espirituales y de alta contemplación; invención es para cazar á la gente simple y sin recato.

La glosa interlinial lo entiende de los herejes, y que luego se les ha de ir á la mano antes que crezcan. *Pusillas* que se fingen humildes, para engañar con vestido de ovejas, siendo lobos rapaces.

Al fin, digo que todo lo que se ha escrito de los demonios y de sus astucias y modo de tentar y desflorar la viña del Señor, con justa razón se puede decir y entender de los herejes, como hijos legítimos suyos, que en todo imitan sus costumbres. Y assí manda el divino Esposo á sus cazadores que cacen estas raposillas que tanto daño hacen en la Iglesia; y si no bastaren redes, quiere y tiene ordenado que se aprovechen del fuego como para sacar las zorras de sus cuevas, que las dan allí humo á narices. Y el mejor medio que se puede tomar para limpiar esta viña del Señor destas malas bestezuelas es ahogarlas y ponerlas en el fuego. Psellus idem sentit, cum divo Gregorio Nisseno; et Theodoretus per vulpes intelligit hæreticos, qui animas oppugnant eclesiasticas, et dolo ac fraudibus eos decipere conantur, qui nondum in fide sunt confirmati. Lee cómo Orígenes, ut parvulas referatur ad vineas. Prædicatores et ministros verbi Dei alloquitur, ut hæreticos persequantur, et veris argumentis convincantur, atque ita vineas florentes ab ipsorum peste tutas, integrasque conservent» ([1]).

CAPITE NOBIS VULPES. Para Dios es lo que

(a) No son estas palabras de este capitulo, sino *Prov.*, XXIII, 31, 32.
(b) Debe leerse: *Rom.*, XVI, 18.

ban al conocimiento de la verdad». «Y con palabras melosas y adulaciones seducen los corazones de los sencillos».

([1]) «Entra suavemente; mas á la postre muerde como la culebra, y esparce veneno como el basilisco». De aquí aquel refrán: Suave como piel de raposa, ó más suave que piel de raposa.

([2]) «*Estos* tales no sirven á Cristo Señor nuestro, sino á su propia sensualidad». No andan por camino derecho, más andan siempre metidos por los antros y covachuelas de los sectarios, que son del todo para ruina y perdición. «Caminos torcidos son los suyos, é infames *todos* sus pasos».

([3]) «El profeta que vende embustes, ese es la cola».—Para la mejor inteligencia de estas palabras, adviértase que en el vérsiculo anterior dice Isaías que «el Señor destruirá en un solo día la cabeza y la cola, á los que obedecen *sumisos*, como á los que gobiernan»; y explicando más este pensamiento, añade: «El anciano y el hombre respetable, ese es la cabeza; el profeta que vende embustes, ese es la cola».

([1]) Esto mismo siente Pselo con San Gregorio Niseno. Teodoreto igualmente aplica estas palabras á los herejes que tratan de seducir á las almas sencillas, y con sus malas artes y enredos engañan á los mal fundados ó poco firmes en la fe. Como Orígenes, la palabra *pequeñas* refiérela á las viñas. Exhorta á los predicadores y ministros de la Iglesia á que persigan á los herejes, tratando de convencerlos con argumentos y razones, los más eficaces, á fin de que no sufran daño alguno las iglesias y las almas á ellos confiadas.

el predicador gana; y el mayor servicio que le puede hacer es cazar estos animalejos dañinos. No basta vivir bien el predicador, si no corrige á los que yerran y con ignorancia pecan: ha de velar sobre la salud de sus prójimos y defenderlos de las assechanzas de los que los quieren ofender y hacer mal. VINEA NOSTRA, pro *Vineas*, ut significet que muchas Iglesias y muchas ánimas no son más que una Iglesia Católica. «Divus Thomas, per *Vulpes*, hæreticos intelligit. Præcipit autem, ut statim in initio capiant eas ministri Ecclesiæ, ne robustæ factæ, scilicet, vulpeculæ, fortius impugnent et devastent vineam Domini Sabaoth» ([1]). Hortulano entiende esta petición de los apóstoles en aquella grave persecución de la Iglesia, (*Act.*, VII y VIII), cuando fué San Esteban apedreado, y hace á San Pablo raposilla, porque era mancebo y fué gran perseguidor. Paréceme cosa de poca consideración.

Orgelitanus, Episcopus, de hæreticis intelligit, sicut etiam Apponius [Orgelitano, obispo, lo mismo que Aponio, lo entienden de los herejes]; pero aplícales elegantíssimamente la historia ó el hecho de Sansón, (*Judic.*, XV, 4, 5), cuando cazó las trescientas zorras, y atándoles á las colas fuego quemó las mieses de los enemigos. «Semper, inquit, hæretici in primordiis, velut ficta religione conspicui, in extremis suis ignem trahunt gehennæ incendio deputati. Sicut videre est (*Math.*, XIII, 24-30) de parábola seminantis bonum semen in agro suo, ubi cum crevisset herba apparuerunt simul et zizania in medio tritici; id est, proficiente Ecclesia, numerosæ etiam hæreses surrexerunt». Y queriendo los criados arrancarlas, les dijo el Señor: «Sinite utraque crescere usque ad messem», etc., quæ sequuntur ([2]). Las raposas de Sansón, si las miras á la cara no parece que hay mal en ellas; pero en la cola fuego llevan para quemar y abrasar las miesses adonde quiera que entraren. Sic hæretici, etc. CAPITE; id est, convincite, Sacrarum Scripturarum testimoniis ([ ]).

Ninguno se puede llamar grande sino el que sirve á Dios.

VULPES PARVULAS. Porque ninguno es grande, ni lo puede ser, si es enemigo de Dios. Al rey Herodes le llama Cristo raposilla. Vel quia nihil magnum secundum rectam fidem intelligendo continent. Un alma sin Dios enana es, aunque llegue con la cabeza á las nubes.

DEMOLIUNTUR VINEAS; id est, subertunt plebes, pravis eas traditionibus corrumpentes ([ ]). Como lo hacían los fariseos, que, interpretando la ley de honrar los padres á su provecho, y no según la mente de Dios y el espíritu de la misma ley, lo que los hijos habían de dar á los padres querían que se lo ofreciessen á ellos. Por esso los llamó Cristo hipócritas, que en la boca traen á Dios y en el corazón el interés propio. Y á los profetas falsos llamó raposas en el desierto.

Horozco, VULPES PARVULAS; id est, magnas et parvas. Appellant autem magnas reges, principes et potentes sæculi, qui vi et aperto Marte Ecclesiam impugnant: *parvas* vero, qui non vi, sed dolo ortodoxos infestant et demoliuntur, quales sunt hæretici. Item, quod parvulæ dicuntur, ideo est, quia ut fragiles et timore perculsi tenebras amant, et potissime nocte sua dogmata evomunt. Nam ex sententia Salvatoris (*Joan*, III, 20): «Omnis qui male agit, odit lucem, ne arguantur opera ejus *mala*». ([3]) (*Cor.*, II, 17). CAPITE PARVULAS. Antes que crezcan y se multipliquen, porque la herejía es como cáncer (Sic Paulus) [cunde

---

([1]) Santo Tomás, insistiendo en la idea arriba apuntada, aconseja que luego, antes que se consoliden los herejes y se abran campo entre los fieles, sean combatidos y refutados, para que no puedan causar daño en la Iglesia de Dios.

([2]) Los herejes, dice, en sus principios aparentan ser buenos y virtuosos, pero vienen á acabar siempre en el fuego, al que, si no se arrepienten, están condenados, como se ve en aquella parábola del sembrador, que, habiendo sembrado buena semilla en su campo, cuando hubo ésta crecido, junto con ella apareció también la cizaña; lo que acontece en la Iglesia, en la cual tantas herejías han aparecido y aparecen. Y queriendo los criados arrancarlas, dijo el Señor: Dejad crecer uno y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré á los segadores: Coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego», etc.

([ ]) Cazad, es decir, convenced á los herejes de sus errores con el testimonio de las Santas Escrituras.

([4]) Pervierten á los fieles, enseñándoles doctrinas falsas y erróneas.

([3]) Horozco habla así, explicando estas palabras: Cazad las raposas todas, las grandes y las pequeñas. Y llama grandes á los reyes, príncipes y potentados del mundo, que abiertamente y por todos los medios

como la gangrena]. «Serpit ut cancer»), que si no se ataja al principio con fuego ó con otras medicinas rigurosas, después no lleva remedio!

¡Gracias se den infinitas al misericordiossíssimo Dios, que ha dado á España reyes tan católicos y tan celosos de su gloria y honra, que ningún hereje consienten ni han consentido en su reino; y si brotan algunos y se descubren, como la cizaña entre el buen trigo, los arrancan de raíz ó los hacen quemar, por que no corrompan con sus pestíferas razones la Iglesia Santa Católica y Apostólica! Y parece que con grande propiedad se enderezan estas palabras del Esposo á los padres y señores de la Santa Inquisición, que están puestos en la Iglesia sólo para cazar estas raposillas que tanto dañan á la viña florida del Señor.

NAM VINEA NOSTRA FLORUIT. Dícese florecer cuando goza de grande paz; porque la primavera, cuando las viñas están floridas y en cierne, es el tiempo más apacible del año; y el más á propósito, el de paz, para levantarse los herejes y las herejías, como lo tenemos por experiencia, para que nunca les falte á los fieles ocasión de merecimiento. Por esso decía San Bernardo *(sic)*: «Ecce in pace amaritudo mea amarissima» (¹). Que cierto es, en estando un alma florida, levantarse cierzos y regañones de tentaciones y persecuciones que la inquieten y dessassosieguen. Por esso se compara en este libro á la azucena entre las espinas *(Cant.*, I, 2), porque á cualquier parte que se convierta halla cosas que la lastimen y saquen sangre; y esto con admirable providencia, «porque no hay corona adonde no hubo pelea y victoria». Sicut scriptum est: «Non *coronabitur*, nisi *qui* legitime certaverit». *(Timoth.*, II, 5).

Titelman, CAPITE NOBIS VULPES, eadem ferme dicit quæ Almonacir; sed notandum [Titelman, sobre las palabras *Cazadnos las raposas*, dice casi lo mismo que Almonacir; pero debe notarse], que advierte, y bien, que las raposas por la mayor parte se ceban y hacen presa en aves; son amigas de pluma; de gallinas, de ánsares, de pollos y palomas, y la perdiz cogen, cuando pueden, con cautelas y mañas, fingiéndose muertas ó cubriéndose todas con arena, ó enlodándose con barro colorado. Los herejes no acometen de ordinario á gente desgarrada en vicios, que dessos salen ellos, sino á gente espiritual, recogida y dada á la oración y contemplación y ejercicios de virtud, especialmente si no están fundados en grande humildad, si quieren ser vistos, si saben ó dessean saber más de lo que conviene, si despuntan de agudos, si son singulares, si son capitosos, porfiados y de opiniones peregrinas. Y en esta cuenta entran las mujeres, que, demás de la natural flaqueza y menos capacidad, son afectuosas y son devotas y amigas de novedades. Tratan de visiones y revelaciones, tienen desvanecimientos, y por esto ocasionadíssimas para ser engañadas con cualquier apariencia de bien. Por ellas hace la Iglesia especialmente oración: *Intercede pro devoto femineo sexu (Ant. ad Magn. in primis vesp. Off. B. M. V. per annum);* [intercede—se ruega á la Santísima Virgen—por el devoto sexo femenino]. *Habes*, *(II Timoth.*, III, 6), que hablando el apóstol de los herejes de los tiempos venideros á los suyos, dijo: «Ex his enim sunt qui penetrant domos, et captivas ducunt mulierculas», etc. (¹).

Fray Thomas Cisterciensis, (²) CAPITE NOBIS,

---

de que disponen combaten á la Iglesia; y pequeños, á los que se valen de fraudes, engaños é hipocresias para el mismo fin, como los herejes. Tambien pueden llamarse pequeñas en el sentido de que, como obradores del mal, huyen de la luz, y andan á escondidas y de noche difundiéndose sus doctrinas, según aquella sentencia de Cristo Señor nuestro en su Evangelio: «Todo el que obra mal, aborrece la luz, y no se arrima á ella, para que no sean reprendidas (para que no se descubran) sus obras *malas*».

(¹) Forman estas palabras parte de aquel Cántico del rey Ezequias con el cual, una vez recobrada milagrosamente la salud y alargada su vida quince años, dió gracias á Dios; y se hallan en *Isai*, XXXVIII, 17, y parecen significar,—según la traducción más corriente que de ellas se da—algo contrario á lo que aquí pretende el autor: «Ved cómo—dice el Santo rey—se ha cambiado en paz mi amarguisima aflicción».

(¹) «De estos son los que se meten por las casas y cautivan á las mujercillas», etc.

(²) Fr. Tomás Cisterciense, explica en el mismo sentido las palabras aquí comentadas. El llamarse pequeñas estas raposas es porque, aunque interiormente llenos de soberbia los herejes, aparentan, sin embargo, y fingen humildad. Los cazan los santos, cuando, refutando sus errores, los convencen y los

ecétera, de hæreticis interpretatur. PARVULAS, quia quamvis intus superbiunt, exterius tamen se humiles simulant. A Sanctis capiuntur, quando altercationibus, sententiis veris convincuntur. *Nota.* Viro sapienti sua vinea vita est, sua mens, sua conscientia, quia in se nihil incultum desertumque relinquit; ibi enim est vitis virtutis, botrus boni operis, vinum lætitiæ spiritualis. Bona vinea justus, cui virtus vitis, cui actio palmes, cui vinum testimonium conscientiæ, cui lingua torcular expressionis. Pessima vulpes, occultus detractor et blandus adulator. Hi duo capiendi sunt beneficiis et obsequiis, monitis et orationibus fusis pro eis ad Dominum, et sic non nocebunt vineæ jam florenti. Flos est nova conversatio, quia inditia sunt futuri fructus cultus vilior, sermo rarior, vultus hilarior, aspectus verecundior, incessus maturior.

La viña del justo es su buena vida; que en ella ninguna cosa deja sin cultivar.

Huic flori timendum est a frigore aquilonis; hic enim si ad interiora pervenerit, in sinu mentis descenderit, concusserit affectiones, occupaverit consilii semitas, perturbaverit judicii lumen, libertatem adduxerit spiritus, mox subiit quidam animi rigor, viror lentescit, languor fingitur virium, horror austeritatis intenditur; timor solicitat paupertatis; contrahitur animus, subtrahitur gratia, protrahitur longitudo vitæ, ratio sopitur, spiritus extinguitur, defervescit fervor novitius, ingravescit torpor fastidiosus, refrigescit charitas, blanditur voluptas, fallit securitas, revocat consuetudo; disimulatur lex, adjudicatur ius, fas præscribitur, relinquitur timor Domini, datur impudentiæ manus; præsumitur ille diabolicus saltus de excelso in abysum, de pavimento in sterquilinium, de solo in cloacam, de cœlo in cœnum, de claustro in sæculum, de paradyso in infernum. ¡Maldito cierzo, que tanto daño hace en el alma por donde corre! No en balde dijo Jeremías *(Jerem.*, I, 14), que de Aquilón se descubre todo el mal. Guárdate deste regañón, alma santa, viña florida del Señor, que si te diere, no quedará en ti pámpanos ni agraz, ni cosa verde. Divus Gregorius, per *Vulpes*, etiam hæreticos intelligit: et nihil novum adfert. [La misma interpretación da San Gregorio Magno, y nada nuevo añade á lo anterior].

La viña del malo, su mala vida llena de traición y adulación.

Pro choronide autem hujus sententiæ, nostram statuamus. Verba sunt Sponsi, et sermo abruptus ([1]). Y no parece que penden estas palabras de las precedentes, ni tienen que ver con ellas. Habla con sus compañeros y cazadores. Ita Origenes et Gregorius Nissenus; quasi dicat: Pues la Esposa viene á ver las viñas, no haya cosa en ellas que pueda ofender sus ojos. VULPES, ut jam sæpius diximus, animal est fraudulentum et uvis noxium, ut testatur Naziancenus. Y más dañosas suelen ser las

---

traen al camino de la verdad.—Adviértase bien esta otra interpretación, y es que para el varón justo la viña es su vida santa y perfecta, su alma toda, su conciencia, pues, como se ha dicho arriba, nada deja en sí el justo que no lo consagre á Dios haciéndolo fecundo y fructífero con buenas y santas obras. (Véase la nota de la pág. 434, donde se hallan sustancialmente las mismas palabras que aquí, por haberlas puesto antes, omitimos.)—Las raposas más dañinas y perjudiciales para esta viña son los murmuradores y detractores ocultos y los que al descubierto adulan. Tratarse ha de cazar á estos dos animales dañinos, con beneficios y regalos, con exhortaciones y fervientes plegarias, á fin de que no dañen y asolen la viña del Señor. La mudanza de vida que la gracia produce en el que de nuevo se convierte, es como la flor que anuncia el fruto venidero; la modestia en el vestir, la guarda del silencio, la compostura y el exterior ordenado, indicios son de vida santa y bien ordenada.

Guárdense muy mucho estas flores, es decir, téngase cuenta de no menospreciar sino de fomentar estas buenas disposiciones externas; pues si las toca el frío viento de la indiferencia, si el alma así preparada y dispuesta empieza á enfriarse y deja esos baluartes exteriores que defendían el fruto interior de su alma, luego al punto se apodera de ésta una como rigidez espiritual, decaen sus fuerzas, siente horror á la mortificación, acométela el temor de la pobreza, hácese cobarde para el bien, embótase su razón, desaparece todo el fervor, hácese perezosa para todo lo bueno, entíbiase la caridad, empieza á halagar la concupiscencia; quebrántase la ley, tuércese el derecho, no se tiene reparo en autorizar y consentir las malas costumbres, piérdese el temor de Dios, adquieren bríos los libertinos, y, en fin, el alma, así debilitada y maltrecha, cae, como el diablo, de lo alto hasta el abismo, de un lugar noble y honroso á uno despreciable y hediondo, del cielo al cieno, del claustro al mundo y del paraíso al infierno.

([1]) Para terminar ya esta lección, vamos á exponer—añade el autor—nuestro parecer: Son estas palabras del Esposo, independientes del todo y, como si dijéramos, sin relación alguna con las precedentes.

raposillas pequeñas, que nacen cuando la uva está en cierne y se esconden entre los pámpanos, que las mayores, que, por serlo, suelen dar mayor cuidado. Yo entiendo zorras pequeñas á todos aquellos que no por fuerza ni con violencia acometen á la Iglesia ó á el ánima santa, sino debajo de cautela, astucia y maña. Por esto llamó Cristo á Herodes zorra, porque cautelosamente trataba de quitarle la vida. Divus Ambrosius (in *Ps. 18*): «Merito, inquit, scriptum est in *Canticis:* CAPITE NOBIS VULPES PUSILLAS, exterminantes VINEAS, ut vineæ floreant. Quo ostenditur, quod vel Dominus Jesus, vel Ecclesia fraudulentorum dolos a vineis suis exterminandos esse præcipiant, ne pauxillulis vineis noceant; adultis enim nocere non possunt. Hæreticus enim imperfectum tentare potest, non potest supplantare perfectum». Idem (in cap. IX *Luc.)* dicit: Homines hæreticos similes esse vulpeculis. «Fallax, inquit, animal est, et insidiis semper intentum rapinamque, fraudis suæ semper exercet; nihil enim tutum, nihil ociosum, nihil patitur esse securum, quandoquidem inter ipsa hospitia hominum, prædam requirit. Hoc animal, neque mansuescit unquam, neque ulli usui, aut cibo utile est, in fovea semper latere desiderans. Ita sunt hæretici, qui domum sibi parare non norunt, sed circunscriptionibus suis alios decipere conantur». Penetrant domos, inquit Paulus *(II Timotheum*, III, 6): «et captivas ducunt mulierculas oneratas peccatis», etc. Lege Augustinum (in *Psl. 80)*, Hieronimum (in lib. III, *Comment. ad Galat.*, III), Naziancenum (orat. 2 de *Theologia)*, Chrysostomum (homilia 12, in primam ad *Timotheum*, IV) (¹).

(¹) Con razón—escribe San Ambrosio—se dice aquí: «Cazadnos las raposillas que devastan nuestra viña», palabras con las cuales se demuestra la voluntad de Cristo y de su Iglesia en dar caza y arrojar de entre los fieles á aquellos que con sus fraudes y malas artes tratan de seducir y engañar á las almas tiernas aún en la virtud. Siempre son más de temer las asechanzas de los herejes cuando con ellos tratan de inducir á error á los imperfectos, á la gente sencilla, á las mujeres, que cuando francamente se presentan ante aquellos que por su virtud, por su ciencia y por su constancia probada son ya perfectos en la virtud, etc. (Repite á continuación las mismas ideas—y casi las mismas palabras—que de otros santos Padres quedan aducidas en las páginas 474, 477 y 479, á las cuales remitimos al lector.)

LECTIO XII

DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI, QUI PASCITUR INTER LILIA, DONEC ASPIRET DIES, ET INCLINENTUR UMBRÆ. REVERTERE: SIMILIS ESTO, DILECTE MI, CAPREÆ HINNULOQUE CERVORUM SUPER MONTES BETHER. (*Cant.* II, 16-17) (¹).

* ARTICULO PRIMERO

Tras las exposiciones literales hace una consideración tan humilde como regalada y amorosa sobre las primeras palabras de la lección.

Visto el cuidado y providencia del Esposo, que hace diligencia para cazar las raposas, de que ella temía su viña, toda abrasada en su amor, le dice estas regaladíssimas palabras: DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI.

Cuatro exposiciones trae el doctíssimo Paz, del Orden Dominicano, deste lugar. Prima sic: DILECTUS MEUS MIHI; scilicet, congruit, ET EGO ILLI. Tal para tal: yo para El, y El para mí. Ipse candidus et rubicundus, et ego talis esse studeo: candidus ille in ingressu per puritatem, en la vida; et rubicundus in egressu, per sanguinis effussionem, en la muerte. Hoc ego illi cordis puritate, cor meum sine macula conservando; et per ipsius cordis interiorem affectionem dolendo, et quasi sanguinem ob præterita peccata, præ cordis dolore effundendo (²).

(¹) LECCIÓN DUODÉCIMA.—«Mi amado—dice la esposa—es *todo* para mí, y yo soy *toda* de mi amado; el cuál apacienta *su rebaño* entre azucenas hasta que declina el día y caen las sombras. Vuélvete *corriendo*, aseméjate, querido mío, á la corza y al cervatillo *que se crían* en los montes de Beter.»—En el epígrafe de esta última lección, con que finaliza el comentario, el P. Ángeles sólo inserta la primera parte del que aquí lleva, si bien en el cuerpo de la lección comenta todo el texto sagrado correspondiente á los versículos 16 y 17 con que se cierra el capítulo segundo del *Cantar de los Cantares.*

(²) Cual Él, yo por la imitación de sus virtudes. Él blanco y purísimo en su vida; yo en ello quiero imitarle; ensangretado en la muerte, lleno de llagas y heridas, yo procuraré igualmente guardar la pureza en mi corazón y dolerme de tal modo de mis culpas que venga á rompérseme por la contrición.

Secunda expositio: DILECTUS MEUS MIHI. In operando usui est; ego illi. Sicut enim vir mulierve tantum, ad prolem gignendam satis esse nequit, sed uterque necessario requiritur, sic neque homo sine Deo, nec Deus sine homine, perfectum amorem in anima gignere possunt. Neque enim Deus voluntatem nostram cogere potest, neque homo aliquid potest sine Deo. Homo operatur simul cum Deo, per arbitrii libertatem, Deus vero per gratiam ([1]). Él, con su gracia, despierta el amor, y el ánima ofrece su voluntad. ¡Ay de mí si le impido y hago estorbo, ó no me preparando, ó resistiendo á su amor!

Tertia expositio: DILECTUS MEUS MIHI, id est, ad meam utilitatem. ¡Y qué provechoso desposado! ET EGO ILL; id est, ad ejus honorem. Ille mihi natus, mihi datus, mihique vixit, vitamque suam in meam utilitatem profudit. Mihi mortuus est, qui morte sua mortem meam destruxit, «ut qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est (*Rom.*, XIV) *(a)* (Bernardus) ([2]). «Cui mihi justius vivendum est, quam ei, qui si non moreretur, ego non viverem? Juste sibi vendicat *(b)* vitam meam qui pro me posuit suam.

(a) Debe ser *II Cor.*, v, 15.
(b) *Vendicat* por *vind cat.*

([1]) La segunda interpretación que á las palabras del texto sagrado da el autor que antes se ha mencionado, es esta: Él es para mí y yo para él, porque siempre me asiste Él con su gracia, cooperando á la cual yo obro el bien que Él me inspira. Ambas cosas son necesarias: ni el hombre solo puede hacer obras sobrenaturales, ni la gracia divina, si el alma no coopera á ella, nos salvará. Dios no puede violentar á la voluntad humana; obran de consuno Dios y el hombre; éste, con su libérrima voluntad; Dios, con su gracia.

([2]) Sigue la tercera interpretación de estas palabras, como queriendo con ellas decir: Todo cuanto es Él, lo es para mí; pues yo, igualmente, todo cuanto soy lo seré para Él. Para mí y por mí—dice el alma santa— nació, para mí se entregó, para mí vivió, y en provecho mío fué su vida toda. Para mí también murió, pues vino á destruir con su muerte la mía; «para que los que viven—dice el Apóstol—no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos», esto es, Cristo. ¿Para quién es justo que yo viva—exclama San Bernardo—sino para servir aquel que, si no hubiera muerto por mí, yo no tendría vida? Con razón reclama Cristo el sacrificio de mi vida, pues para que yo viviera perdió Él su propia vida.

Quarta: DILECTUS MEUS MIHI: est omne quod desidero, est enim mihi omne bonum, replens in bonis desiderium meum. Hanc ob causam, quæ diligit, non expressit quid sibi dilectus esset; sed hoc unum dixit: DILECTUS MEUS MIHI: quia illud quod fari non potest, omnem sensum, intelligentiamque excedit. ET EGO ILLI totum quod sum et possum. Quid ipsa, quæ diligit, dilectio sit, non perspicue declaravit, vitandæ jactantiæ causa. Magnum quippe aliquid est, quia filius est, quia frater, quia servus, quia amicus, quia sponsa. Quidquid autem est, dilecti est, et in dilecti amorem libentissime profundit ([1]).

Consideración regaladísima.

De manera que lo que soy, lo que valgo y lo que puedo, del querido soy; toda mi virtud, todo mi poder y toda mi fortaleza. DILECTUS MEUS MIHI, scilicet, intendi, et ego illi intendo. Mira por mí y está atento á mí. Y cierto es cosa esta de grande admiración para quien con atención pesare la desigualdad de las personas: una alma y el Verbo divino. «Ita ne huic intenta est illa majestas; et cui cura sæculorum incumbit, ad sola transfertur negotia vel potius otia amoris, et desiderii hujus?» (Henricus Harp.) ([2]). Assí es, verdaderamente, porque aunque no neguemos la providencia de las demás criaturas, el cuidado de Dios llévasele sin duda el alma. Lo cual confirma la autoridad de San Pedro, diciendo: (*I Petr.*, v, 7): «Omnem solicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis» Quiere decir: Bien podéis descuidar de vosotros, que Dios tenéis que os tiene á su cargo y cuidado. Quiere decir: Atended á solo Él; porque Él está atento á vosotros.

([1]) Mi amado es para mí—y este es el cuarto modo en que pueden entenderse las palabras del sagrado texto—todo lo que yo puedo desear, pues, es todo el bien absoluto y perfecto que llena y harta todos los senos del alma. Por esto no dijo la esposa en concreto qué era su amado para ella, sino que dijo estas palabras en sentido absoluto, como denotando que no podía decir todo lo que era y todos los bienes que Él le comunicaba. Y lo mismo en cuanto á lo que de sí dijo: *yo para Él.*

([2]) ¿De suerte—pregunta Enrique Harp—que Dios mismo tiene cuidado tan grande de nosotros? ¿Él, en cuya providencia descansa todo el universo, llega como hasta desentenderse de todo por oir y satisfacer los deseos de las almas que le aman y de corazón se le entregan?

Pero ¿qué maravilla que cuide Dios de un alma por quien liberalíssimamente dió su vida? ¿Vees, alma, cómo no solamente te hace cierta de su amor, si tú le amas, sino también de su solicitud por ti, si te sintiere solícita por Él? Si tú velas, Él se desvela, y por mucho que madrugues, hallarle has, pero no le prevendrás, porque, como Él dice (*Prov.*, VIII, 17): «á los que le aman, ama: y los que se levantaren muy de mañana por Él, muy despierto le hallarán y desvelado esperándolos á ellos». Y la razón es, porque ama más, y su amor es más antiguo, y el amor suyo pare el amor en el ánima, y la atención suya, que la previene, la hace atenta y solícita su solicitud. Maravilloso es esto que digo, pero lleno de verdad. El ánima que vee á Dios, no de otra manera es vista de Él, que si sola ella fuesse en quien Él pudiesse poner los ojos; luego se conforma con Él y es transformada en su imagen. Con esta confianza dice que Él está atento á ella, y ella toda atenta á Él, sin cuidar ni atender más que á sí y á Él. ¡Oh cuán bueno eres, Señor, para el ánima que te busca, y afectuosa, discreta y fuertemente te ama! Muéstraste desposado, y sálesle al encuentro con los brazos abiertos y el corazón. ¡Oh dichosa el ánima que mereció ser prevenida con la bendición de tanta dulzura, y á quien le es concedido experimentar el apretado y estrecho abrazo de tanta suavidad! ¿No ves qué grande cosa es el amor, si recurre á su principio, si vuelto á su origen, y á su fuente, siempre dél reciba de donde siempre corra? Con razón, renunciando el alma á todos los demás afectos ó aficiones, en sólo el amor se ocupa toda, la que debe responder al amor con amor sólo. Y cuando toda se haya derramado y desentrañado en el amor, ¿cuánto es esto en respecto y comparado con aquel perdurable y caudaloso manantial de la fuente del amor? Sí, que no pueden correr con igual abundancia y fertilidad la que ama y el Amor, el ánima y el Verbo, la Esposa y el Esposo, el Criador y la criatura; de la manera, y no más, que el sediento y la fuente. *Quid ergo?* ¿Perecerá por esto, y evacuarse ha, ó quedará desvanecido en el desseo de la Esposa, el ansia de la que suspira, el ardor de la que ama y la confianza de la que espera? No por cierto; porque si ama menos la criatura porque es menor, si á Dios ama de todo su corazón, basta para que pueda decir, aunque la desigualdad sea tanta: DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI. Ille mihi intendit, quia benignus et misericors est, et ego illi, quia non sum ingrata. Ille mihi gratiam ex gratia, et ego ille, gratiam pro gratia. Ille meæ liberationi; ego illius honori. Ille meæ saluti; ego illius voluntati. Ille mihi, amorem verum, tam in beneficiis creationis, quam recreationis. Et ego illi fidelitatis affectum, scilicet, impendo ([1]).

Hace Dios mercedes y regalos al que le ama, porque es muy mayor su amor que el del alma.

DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI. Él para mí, y yo para Él, y no más mundo. Aquí assienta bien la cuarta exposición de arriba; y yo pienso que de ninguna manera se pudiera mejor declarar esta reciprocación de amor, ni la fuerza del de Dios al alma y della á Él, que con decir la divina Escritura de Él que es el desposado, y della, que es desposada. Y aunque queda dicho mucho arriba, en uno de los Prólogos ( ), porque este es su propio y especial lugar, quiero detener aquí un poco la consideración, para que reparen los lectores y pesen, si pueden, lo que Dios hace con un alma y lo que ella debe hacer por Él.

Mucho dicen estos nombres de Esposo y Esposa.

Oigamos al profeta Oseas, que en nombre de Dios dice de esta manera al alma (*Oseæ*, II): «*Desponsabo* te mihi in fide; *desponsabo* te mihi in justitia et juditio, in misericordia et miserationibus; sponsabo te mihi *in æternum* (*a*). ¡Dichosa el alma que mereció la estrecha amistad del celestial Esposo, no por tiempo, sino para siempre! «Yo te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en misericordia

(*a*) El orden de estas palabras, según se leen en la *Vulgata*, es: «Sponsabo te mihi in sempiternum: et sponsabo te mihi in justitia, et juditio, et in misericordia, et miserationibus. Et sponsabo te mihi in fide, etc. (*Oseæ*, II, 19-20).

([1]) Él me escucha y atiende porque es misericordioso y clemente; y yo á Él obedezco y me entrego porque no quiero serle ingrata. Él me otorga sus gracias una tras otra; yo le correspondo en la medida de mis fuerzas Él mira por mi bien espiritual; yo trabajo por su gloria; Él cuida de mi salvación; yo de obedecerle; Él me demuestra su amor en los beneficios tanto naturales como sobrenaturales; yo le guardo fidelidad y sigo sus mandatos.

([2]) Preludio ó prólogo, V, págs. 27-32.

y en misericordias, y desposarte he en fe.» Aquella frasis y modo de decir *te mihi*, parece que tiene misterio; porque el que se desposa, á sí se promete: el desposado, á la desposada, y la desposada, al desposado. Sponsabo te mihi. No dice *me tibi*, sino *te mihi*. Es frasis española: prometíme tal cosa, cuando tuve confianza de alcanzar lo que mucho desseaba. Prometerse Dios un alma para casarse con ella significa el desseo infinito que tiene de que se hagan estos desposorios, y assegúranos de su voluntad; y que si el alma no le desecha á Él, que Él es ya suyo della. Bien le conoce la condición la que dice: DILECTUS MEUS MIHI: El es todo mío; ET EGO ILLI: y yo toda suya. El es mi Esposo, y yo soy su Esposa. Las de Oseas son palabras de futuro; las de los *Cantares*, de presente: El es mío y yo soy suya. El me ha hecho de sí entrega, y yo la hago de mí á El.

Estos nombres *Esposo* y *Esposa* se dicen de un verbo latino que significa prometer, dar fe y palabra; y antiguamente, demás de la palabra que daban, hacian escrituras, los que se habían de desposar, de consentir en las leyes del matrimonio, y daban de eso fiadores, con que se obligaban de estar á lo prometido. (Ut patet *De sponsalibus*, leg. 2). Hay esponsalias de futuro, y hailas de presente; y en las unas y en las otras se requiere consentimiento de las voluntades y de los ánimos. Unde dicitur (27 quæst., 2-1): «Sufficiat solus secundum leges consensus eorum de quorum quarumque conjunctionibus agitur: qui solus si defuerit, cætera etiam cum ipso coitu rite celebrata frustrantur: matrimonium enim non facit corpus, sed voluntas. Hæc ibi» ([1]).

De aqui es que el divino y celestial Esposo, lo que principalmente pide en el matrimonio espiritual es el corazón de su Esposa. Y, á la verdad, á nadie puede ella dar su corazón, ni con más gusto, ni con más fruto, ni con más honra. Sólo á Cristo es bien entregar el corazón, que es el que sólo basta al corazón. Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum *(Ps. 72*, 26) ([2]). En cualquiera otra cosa fuera de Dios tiene nuestro corazón mengua; pero en Él tiene hartura y suficiencia. Cosa grande y que excede todo encarecimiento, que aquel gran Señor, que lo es de todas las cosas, haga del corazón del hombre todas las cosas. «Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum» *(Joan*, XII, 32). Quid est omnia? Cor Sponsæ suæ charissimæ. Mi padre San Francisco oraba: «Deus meus, et omnia.» Y el Esposo puede decir: «Corazón mío, y todas las cosas.» Ese es el espanto del santo Job: «Aut quid apponis erga eum cor tuum?» (*Job*, VII, 17) ([1]).

Del corazón del hombre hace Dios todas las cosas, y amando el hombre á Dios tiene en El todas las cosas.

Porque, según la doctrina del Evangelio, adonde está el tesoro está el corazón. Luego, en el corazón del hombre tiene Dios su tesoro y su riqueza toda. Pues ¿por qué no hará el alma su todo de Dios, de manera que pueda decir con verdad: ET EGO ILLI? ¡Gran vergüenza, que haya Dios hecho su todo de mi corazón, y que no haga yo mi todo del querer de Dios, assí en lo próspero como en lo adverso! Esta permutación no puede hacerse si no entra de por medio el amor, por el cual el dominio del corazón se transfiere en la cosa amada. «Amor enim, dicit Dionysius, non sinit suos esse amantes, sed amatorum» ([2]). Y assí es muy usado entre los que de veras se aman decir que se han dado los corazones. Y sólo el amor de Dios, que es ayuntamiento de un conveniente con otro conveniente, hace este matrimonio espiritual. Y San Pablo llamó á la caridad *(Colos.*, III 14) atadura de perfección, que perfectamente une á Dios con el alma, y con un derecho matrimonial ata su corazón á Dios, y el de Dios al suyo; y con estrecho ñudo apretado y fuerte; que el que assí se ayunta á Él se hace un espíritu con Él. *(I Cor.* VII, 17). Pero ¿qué tal conviene que sea el ánima que se ha de desposar con Cris-

([1]) Para hacer válidos los esponsales, lo mismo que el matrimonio, se requiere y basta, el consentimiento mutuo de los contrayentes; todo lo demás, sin esto, nada vale.

([2]) «... Oh, Dios de mi corazón; Dios, que eres la herencia mia, por toda la eternidad.»

([1]) «Y cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí.» ¿Qué significa esa palabra *todo?* No otra cosa, por cierto, que el corazón y el afecto de todas las almas santas. «¡Dios mio, y todas las cosas!», repetia el Seráfico Padre San Francisco... Y el santo Job decía como con extrañeza: «¿Qué es el hombre para que tú hagas de él tanto caso, ó para que se ocupe de él tu corazón?»

([2]) «El amor, dice San Dionisio, no deja en libertad á los que se aman sino que les fuerza á entregarse mutuamente.»

to? San Juan lo dijo *(I Joan.*, III, 3) en muy breves palabras: «*Omnis qui habet hanc spem* [in eo], *sanctificat se, sicut ille sanctus est*» ([1]).

Si á una rústica labradora le dijessen que el rey temporal la quería por mujer, ¿no procuraría de todo en todo hacerse á la condición del rey? ¿No concebiría pensamientos altos y de reina? ¿No olvidaría las bajezas de su linaje, y la casa de sus padres, su pueblo y tierra? Pues el alma, que aspira á las bodas con el Verbo, ¿por qué no procurará santificarse, como Él es santo? Dice San Bernardo: «Dame un alma que ninguna cosa, fuera de Dios, ame, y si algo ama, aquello que por sólo Dios debe ser amado; cuyo vivir no solamente sea Cristo, sino que lo haya sido mucho tiempo, y á quien todo el cuidado y regalo ó deleite sea traer al Señor siempre delante de sí: «Cui solicite ambulare cum Deo suo, non dico magna, sed una sit voluntas, et non desit facultas. Quid igitur Sponsus non redamabit Sponsam (id est) fidelem animam, qui eam intentissimum, et fidelissimum amorem spirantem jam agnovit? Deus enim, cum sit summus, decet eum summum habere amorem ad suum diligibile, qui vigere debet inter Sponsum et Sponsam ([2]).

Y aunque la Esposa muchas veces sea inferior al esposo, assí en el linaje, como en la hermosura, como en la dignidad, no dude que es amada de Él con aquel afecto que una desposada es amada y querida de su desposado, como sea verdad que de muy lejos haya venido el Hijo del Eterno Padre para tomarla por esposa suya; á la cual amó tanto, aun estando fea y asquerosa, y que aún no le amaba, que no dudó por ella vestirse de carne y morir, de tal manera que con su sangre la volviesse hermosa y graciosa, sin mancha ni arruga. Pues el que esto hizo, ¿dejará de amar á esta alma, ya blanca y hermosa y que le paga con amor tanto amor, como á Esposa dignissima? Pero ¿de dónde á ti, ¡oh, anima!, gracia tan inestimable, que merezcas llamarte y ser Esposa de aquel de cuya hermosura y belleza el sol y la luna se maravillan, á cuyo pestañear todas las cosas se mudan, y en quien desean mirar los ángeles? ¿Qué darás á Dios por tan grandes mercedes como te ha hecho, que seas compañera de mesa, de reino, de tálamo y de lecho, y que te entre el rey en su más secreto retrete? ¡Oh, cuánto te estimó el que así te honró! Por ti salió del Padre y se vistió de tu naturaleza, para que, allegándote á Él, seas hecha un espíritu con Él. Oye, hija, y mira y considera cuánta sea la dignación de Dios para ti, y olvida por Él tu pueblo y la casa de tu padre *(Ps. 44*, 11); desampara los carnales afectos; olvida las costumbres seculares y las amistades y familiaridades dañosas, sabiendo que éstos son desposorios y no matrimonio consumado.

([1]) Quien tiene tal esperanza en él, se santifica á sí mismo, así como él también es santo.»

([2]) A una tal alma que no sólo tenga un gran deseo sino una voluntad eficaz y decidida á seguir á Dios sin que cosa alguna sea capaz de impedírselo, ¿quién podrá dudar siquiera de que será amada de Dios, en cuyo amor la ve Él mismo abrasada? Siendo Dios sumo é infinito, por naturaleza ama suma é infinitamente á quien se hace digno de este su amor.

* ARTICULO II

Razones por las cuales un alma enamorada de Dios recibe el título de Esposa; examínanse los bienes que hay en este matrimonio espiritual.

Tres razones hay por qué el alma enamorada de Dios se diga ser su esposa.

Pero ¿qué razón hay para que el alma enamorada de Dios se diga Esposa suya? Tres señalan los santos. La primera, porque la tal alma se junta á Él con amor casto, con mayor estrecheza que la mujer á su marido: *In æternum*, para no desatarse para siempre. Y assí el amor della nunca reposa ni puede reposar sino en Él solo. De aquí es que cuanto quiera que ella ame alguna criatura, y adultere con ella, ni en ella, ni en todas juntas, puede quietarse, hasta que en el amor casto y puro se quiete. El cual, como dice San Agustín, entra en el alma más dulce que todo deleite, más claro que toda luz, más alto que toda honra, más interior que todo amor secreto. ¡Oh, quién me diesse que vengas á mi corazón, Dios mío, y le embriagues, para olvidarme de todos mis males y abrazarte á ti, Dios mio y todo mi bien!

La segunda razón deste matrimonio, es porque el ánima fiel de sólo Dios puede recebir fecundidad en el bien, y virtud para la producción de las buenas obras. Sólo el amor vehemente abraza todas las cosas agradables á Dios, y por Dios las desabridas y contra-

rias al gusto: abraza por la caridad al enemigo como á amigo, la confusión como honra, la pena como deleite, y la muerte como vida; para que assí, ni en las prosperidades se ensoberbezca, ni en las adversidades se entibie, sino que siempre responda al querido: Aparejado está, aparejado está mi corazón, Señor mío *(Ps. 56*, 8).. Tertia ratio [La tercera razón]: Porque de solo Dios puede ser dotada y enjoyada con arras de virtudes, las cuales ninguno otro es poderoso para darle. La cuarta añade San Anselmo *(in Prosologio):* El lecho inmaculado, quo illi in æternum sotianda est, omni remoto procul ænigmate; porque en la gloria ha de descansar el alma con Dios, desterrado ya todo conocimiento enigmático y de criaturas, y quitado ya el velo y rebozo que agora nos impide su agradable y bienaventurada vista. Al fin, aquí se comienza este matrimonio santo, por palabras de futuro, en el baptismo, confirmasse en el aprovechamiento de las virtudes y perficionasse en la gloria, cuando inseparablemente se junte con su Cristo el ánima. Comenzando, pues, el matrimonio, ya se dicen Esposo y Esposa; porque ya se prometen el uno al otro, para que ni Él ni ella se puedan casar con otro, ni con otra. Entre el día del desposorio y las bodas hay espacio mayor ó menor, como la voluntad del desposado lo ordena, para que en este tiempo se frecuenten las visitas y el amor mutuo crezca y se aumente, y el desseo impaciente de ayuntarse con él cuanto más se dilate más se encienda. ¡Oh ánima, Esposa dichosíssima del divino Verbo, ¿cómo no ardes en amor? ¿Cómo no te abrasas? ¿Cómo tiene tu desseo paciencia? ¿Cómo no suspiras? ¿Por qué no das priessa al querido para que abrevie el tiempo y celebre contigo este matrimonio por palabras de presente y consumación de gloria? No sé cómo puede ser que, considerándose un alma Esposa de Cristo y esperando el día de las bodas, no muera desseando. Especialmente viendo tales y tantos excessos en los desposados según la carne, con los achaques y azares que traen consigo los matrimonios carnales. «Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi», dijo el Apóstol *(I Corint.*, VII, 28). ¡Qué ansias! ¡Qué cuidados! ¡Qué sobresaltos al corazón! ¡Si viene; si tarda; si vive; si muere; si me olvida; si ama más á otra que á mí, ó á mí más que á todas! De aquí nacen los suspiros; de aquí los desvelos pensando en el amado; de aquí los desmayos y males de corazón; piérdese el color, el contento, el alegría; húyese de las conversaciones gustosas; ámase la soledad, despréciase el ornato y atavío de la persona, y de sólo aquello que se dessea se habla y trata y piensa. ¡Oh dichoso día el de las bodas del Cordero. ¡Bienaventurados aquellos que fueren llamados para ellas; y más dichosa el alma con quien se han de celebrar! Piensa en el entre tanto, alma querida, en el amor excesivo con que te ama tu Esposo, para que deprendas á amarle y le pagues y recompenses con semejante amor.

La memoria de los beneficios divinos despierta, sustenta y acrecienta el amor de Dios en el alma.

A lo menos el que de verdad ama siempre está revolviendo aquellas cosas que le pueden despertar y encender más en el amor del amado: la conversación dél, su hermosura, talle, donaire, elocuencia, discreción, dulzura, benevolencia, fidelidad y caridad en muchas cosas experimentada; porque, según San Agustín, para despertar en nosotros el amor de Dios, para sustentarle y acrecentarle, ninguna cosa vale tanto como la frecuente meditación y consideración de los divinos beneficios. ¿Cómo me crió? ¿Cómo me redimió? ¿Cómo me conserva en mi sér corporal y espiritual? ¿Qué me tiene prometido? ¿Qué premios tendrá mi amor si fielmente le amo? *(Ps. 38*, 4): «Et in meditatione mea exardescet ignis» [1].

Hugo (*Tractatu de Amore*) dice que toda la fuerza de nuestro amor está en tres cosas. La primera es que elija el alma algún bien que haya de gozar, y éste sea el sumo bien; porque cualquier otro bien que elija fuera déste, ó de voluntad ó por engaño, sin duda sale de los términos del verdadero y legítimo amor. La segunda es que á este sumo bien sea llevada y se extienda con un interior desseo, diciendo con el profeta (*Ps. 34*, 10): «Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién es semejante á Ti?» La tercera, que haga aquello que le haya de llegar al Esposo, y cuanto con mayor fervor hiciere esto y con mayor instancia, tanto su amor es más crecido; el cual ha de ser á la traza del que el divino Esposo le tuvo á ella, que la amó, como dice San Bernardo, dulce-

[1] «Y en mi meditación se encendían llamas de fuego.»

mente, sabiamente y fuertemente. Dulce amor vestirse de carne; sabio amor, excusar la culpa; fuerte amor, escoger y sufrir la muerte, *et multa alia*. Y Hugo (*Tractatu de amore*): «Interest sane quanto quis in amore fuerit affectuosus, discretus, et fortis, tantum enim erit et perfectus. Affectus enim prodest contra adversas dulcedines: discretio contra deceptiones; fortitudo contra persecutiones Si quis autem noscitur in his tribus esse perfectus, non solum feliciter, sed et suaviter amat. Sane si non potuerit esse affectuosus si tamen discretus, et fortis, et si non ad præsentem suavitatem, non minus proficiat ad futuram felicitatem» (¹).

Todo lo tocó el profeta Oseas en el lugar alegado *(a)*: «Sponsabo te mihi in fide, in justitia, et juditio. In fide; id est, non per opera legis consequeris, ut Sponsa mea sis, sed per fidem meam. Quod est argumentun Epistolæ ad Romanos. Non quod sola fides satis sit, ut blasphemant impii hæretici, sed quod ea sit initium, et quasi basis quædam justificationis, ut docet Scriptura, et Ecclesia, quæ habet fidem, et opera. Itaque, quamvis in legis operibus te laboriosissime exerceas, non est iste aditus ad justificationem consequendam, nisi fidem Jesuchristi adhibeas: si hanc autem habeas, Deus cor tuum gratis excitabit, et reliqua largietur, quæ sunt ad justificationem necessaria. In justitia, et in juditio; id est per justitiam, et juditium. In justitia, jutificando te; non enim potes a me diligi, nisi justa sis. In juditio, quoniam judicabo inter te, et illum, qui te captivam ante tenebat, diabolum, et sententiam pro te feram, repellendo diabolum, injustum possessorem, qui te insidiis, et malignitateceperat, et te mei sanguinis prætio emendo; unde jure diaboli esse desinas» (¹).

De manera que lo mismo suena aquí, como en otras partes, *juditium* que *absolución* ó *sentencia en favor;* que el verbo *judicare*, muchas veces significa *absolver con sentencia. Ps. 25*, 1: «Judica me, Domine, quoniam ego in innocentia mea ingressus sum». Et *Ps. 71*, 4: «Judicabit pauperes populi». Et *Joannis*, XII, 31: «Nunc juditium est mundi»; id est: absolutio, et liberatio contra diabolum. «Et in misericordia, et miserationibus; id est, faciendo tibi, vel tecum maximas misericordias, liberando te a miseriis magnis, in quibus eras. Idque, non tuis meritis, sed misericordia mea, et donis cœlestibus te ornando: sicut sponsi arras mittere solent ad sponsas» (²).

Esta repetición *Misericordia et miserationibus* significa abundantísima misericordia, y mi-

(a) Véanse estas palabras más arriba, página 487, nota *(a)*.

(¹) Mucho importa no olvidar que cuanto más afectuoso, discreto y esforzado fuere nuestro amor, tanto será más perfecto. El afecto hace que venzamos los halagos de las criaturas; la discreción nos previene contra los errores y engaños, y la fortaleza contra las persecuciones. Quien reúne estas tres condiciones en su amor, no sólo no halla dificultades en amar, sino que ama sintiéndose inundado de suavidad y dulzura. Que sea al menos esforzado y discreto, que, siéndolo, aunque carezca de consuelos en la vida presente, será abundantisimamente recompensado con la felicidad eterna de la gloria.

(¹) «Te desposaré conmigo mediante la fe, mediante la justicia ó santidad y el juicio, y mediante la miser.cordia y la clemencia. Mediante la fe; como si dijera: no llegarás á la perfección que deseas en mi amor por medio de las obras ó prácticas de la ley, sino mediante la fe—y este es el argumento que San Pablo desarrolla en toda la Epístola á los Romanos—; no porque sola la fe sea suficiente para la salvación, como pretenden los herejes, sino porque es la base y el fundamento de la justificación, según enseña la Sagrada Escritura y la Iglesia nuestra Madre, pues además de la fe, son necesarias las buenas obras. Juntando aquélla con éstas merecerás que Dios nuestro Señor te conceda todo cuanto necesitar puedes para ser digna del divino agrado. Añádase después «mediante la justicia», en decir: mediante la santidad, pues sin ella no podemos ser de Dios amados; y «mediante el juicio», pues Dios mismo será el juez entre el alma y el demonio, á cuyo imperio vivía aquélla sujeta por la culpa, del cual Cristo Jesús la libertó rescatándola con el precio de su sangre.

(²) La palabra *juicio* significa en este pasaje lo mismo que *absolución* ó sentencia favorable, como en otros lugares de la Escritura, por ejemplo, aquello de los Salmos: «Oh, señor, seas tú mi juez, puesto que yo he procedido según mi inocencia»; y «Él hará justicia á los pobres ó afligidos», lo mismo que lo que dice Cristo por San Juan: «Ahora *mismo* va á ser juzgado el mundo», esto es, va á ser libre de la esclavitud del diablo. Añade el Profeta: «mediante la misericordia y la clemencia», para significar las grandes misericordias que Dios hace á las almas, librándolas, por un lado, de las grandes miserias que las afligen, y por otro, enriqueciéndolas con los tesoros de su bondad, que vienen á ser para ellas á modo de arras ó presentes.

sericordia de todas maneras; quasi dicat: derramaré sobre ti copiosissimas misericordias: *Ps. 102*, 4: «Qui coronat te in misericordia, et miserationibus». *Zachar.*, VII, 9: «Juditium verum judicate, et misericordiam, et miserationes facite uniusquisque cum fratre suo», id est, nullum misericordiæ genus prætermittatis vel valde misericordes estote. Et *Hierem.*, VII, *(sic)*: «Abstulit», etc. (1). Esta interpretación deste lugar de Oseas es muy legítima: «Sed aliter, nos ad propossitum interpretaturi sumus».

Fiel siervo es el que sólo á Dios pretende, y con recta intención obra y en solo Él se deleita.

El primero bien del matrimonio es la fe ó fidelidad que se deben entre sí los casados; ésta se conserva entre Dios y el alma. De parte del alma consiste en tres cosas: la primera es que con intención recta y deífica, dulce y perseverantemente á sólo el celestial Esposo atienda. La segunda, que en sólo el amor del querido se deleite, lo cual se significa en el anillo de los desposados, que puesto en el dedo del corazón ni excede ni falta; viene allí nacido y justo. Porque el corazón debe allegarse y apegarse á aquel Señor á quien se dedicó y prometió; de manera que ningún otro amor admita. Porque assí como el ánima no puede informar dos cuerpos juntamente, assí tampoco dos diferentes amores; conviene, á saber, de Dios y del mundo: «Totum exigit te, qui scit te totum» (2), dice San Agustín. La tercera, que á solo Dios pretenda y desee agradar. Estas son las condiciones del ánima fiel, y por ellas podrá cada uno conocer cuán lejos está de merecer este nombre de Esposa de Cristo. Pocos son los que atienden á Él solo con intención recta y deífica; pocos los que en sólo Él buscan y tienen su consuelo y deleite; y muchos menos los que á Él solo dessean agradar. Por esso no gozan del segundo bien, que es la successión ó fruto santo del matrimonio santo; ésta consiste (in agendo, cavendo, et sustinendo, quæ proles procedit ex semine divinæ gratiæ et libero arbitrio, quibus filii spirituales procreantur) (1). Este bien significó el Profeta en la justicia, juicio y misericordias: «Sponsabo te mihi in justitia, in juditio, in misericordia, et miserationibus» (2). La justicia tiene respeto á la propia persona, y es virtud general, que enseña á declinar de todo mal y hacer bien. La misericordia le tiene á los prójimos, assí cuanto al perdón de las ofensas como en la compassión de las miserias. En todo lo cual se requiere juicio, discreción y prudencia, principalmente cuando se trata de las obras de satisfacción y penitencia. San Juan Crisóstomo dice que tales nos habemos de mostrar al prójimo cual querríamos experimentar á Dios para con nosotros: caritativos, benévolos, mansos, inclinados á perdonar, agradables y hermoseados de paciencia.

Qué cosa es caridad y sus efectos.

Síguese tratar del tercero bien, que es el sacramento, que es la inseparabilidad de las dos, digo de Cristo y el alma. Esso se significa en lo que dice el Profeta: «Sponsabo te mihi in sempiternum» (3). Lo cual se hace por el inseparable engrudo y liga de la caridad. De que dice San Agustín: «Charitas est affectio animæ rectissima, Deo nos conjungens» (4). La caridad es esposa de Cristo, amor del Espíritu Santo, dulzura del ánima, gozo de la conciencia, escalera del cielo, puerta del paraíso, emperatriz y reina de las virtudes. La caridad es concordia de almas, unidad de voluntades, alegría de los ángeles, bienaventuranza de todos los escogidos. La caridad entre los oprobrios está segura; entre los odios, bienhechora; entre las iras, apacible; entre las assechanzas, inocente; entre los pecados, gemidora, en la verdad respira, y en la virtud se goza. «Amor enim, ubi venerit, cæteros omnes traducit et captivat affectus. Amor per se

(1) «El que te corona de misericordias y gracias»; y por el Profeta Zacarías: «Juzgad según la verdad y la verdad y la justicia, y haced cada uno de vosotros repetidas obras de misericordia para con vuestros hermanos » Pero damos otra interpretación —habla el P. Angeles—, de las palabras de Oseas más á nuestro propósito.

(2) Quien conoce todo tu sér íntegramente sin que nada se le oculte, quiere que sin reserva alguna te entregues á su amor».

(1) Para producir frutos santos las almas necesitan de la divina gracia que, á modo de semilla, hace fecundo al corazón del hombre.

(2) Te desposaré conmigo mediante la fe, la justicia ó santidad, y mediante la misericordia y la clemencia.

(3) «Te desposaré conmigo para siempre.»

(4) «La caridad es un afecto rectísimo del alma que nos une á Dios nuestro Señor.»

sufficit, per se placet, et propter se. Ipse meritum, ipse præmium, ipse causa, ipse fructus, ipse usus. Amor nos jungit Deo, faciens unum spiritum e duobus, et unum velle, et nolle. Amor Dei vehemens solum Deum complectitur, cætera fastidit et contemnit: quidquid meditatur, quidquid loquitur, amorem sapit, amorem redolet». Grande bien es el amor que todo lo cargoso hace ligero, y con igualdad sufre todo lo desigual; todo lo amargo hace dulce, y todo lo penal hace deleitable. Gran cosa es el amor, por el cual el ánima por sí misma confiadamente se allega á Dios y constantemente se une con Él, familiarmente le pregunta, y de cualquier negocio le consulta y toma su consejo y parecer. El amor no conoce majestad; habla familiarmente á Dios y no temiendo ni dudando, con atrevimiento y confianza aspira á las bodas del divino Verbo, pretende la amistad y compañía de Dios, y llevar el suave yugo del amor. El amor da familiaridad; la familiaridad, atrevimiento; el atrevimiento, gusto; el gusto, hambre, como la tenía aquel santo Rey que decía *(Ps. 41,* 1): «Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita», etc. (1).

Todas estas cosas hace el amor si el ánima se hace semejante por la voluntad, como lo es por naturaleza, amándole de la manera que es amada, como la Esposa que dice: DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI. Dios ama para ser amado; y cuando ama, ninguna otra cosa quiere sino que le amemos, porque sabe que por el amor son bienaventurados los que le aman. Renunciando, pues, el ánima á todos los afectos y amores, toda y á solas se ocupe en el amor, derramándose toda y desentrañándose en el amor de Aquel al cual debe responder con amor. Por amor vino Dios á los hombres, y amor le hizo hombre entre los hombres y con los hombres, y «sus delicias son estar con los hijos de los hombres» *(Prov.*, VIII, 31); y las nuestras lo serán cuando fuéremos á Él y le viéremos como es; y entonces seremos semejantes á Él, y de allí adelante, en la vista de su conocimiento manifiesta y llena, será verdadero el amor. Firme conjunción, compañía individua, semejanza perfecta y vida bienaventurada; y assí el matrimonio espiritual se perficionará en la gloria, con inseparable y perfecta unión de la misma ánima con Cristo. Pues, ¡oh ánima mía!, si quieres ser merecedora de tan dichoso abrazo, desprecia todas estas cosas inferiores y estudia por allegarte al amor de tu Esposo Cristo, pues en ningún tiempo puedes estar sin amor; pero trabada del amor terreno, tienes en las alas liga que no te deja volar. El amor divino te suelta y desata desta liga, para libremente levantarte á las cosas divinas.

El alma encendida en fuego divino á ninguna cosa desta vida mira.

Porque, como dice Crisóstomo, cuando el ánima con el fuego divino fuere encendida, á ninguna cosa de las que hay en la vida de allí adelante mira, ni á la gloria, ni á la vergüenza ó confusión, sino á una sola, que detiene aquella llama de caridad: «Nimirum, cum gustata gutta charitatis divinæ, jam desipit omnis dulcedo transitoria, et sola dulcescit charitas suavitasque cœlestis» (1). Al fin, el Sacramento del matrimonio espiritual requiere omnímoda y total inseparabilidad del Esposo y de la Esposa; y assí presupone unión mutua y la feliz licuefacción ó derretimiento; para lo cual es necessario que preceda en la Esposa amor casto y vehemente: casto, por la unión, y vehemente, por la licuefacción. El amor casto, ningún medio admite; y el vehemente, con mayor estrechez y más apretada y perfectamente une. Sólo el amor casto propiamente honra á Dios, como á Esposo, expirando siempre amor puríssimo; la desnuda se junta al desnudo, depurada de toda afección y intención peregrina.

El amor vehemente, dice Orígenes que es cuando no hay medida ni modo para él, sino que se extiende según la possibilidad toda. «Mensura tua, inquit, sit posibilitas tua». Este amor es el yugo del Señor, suave y la carga ligera. Yugo, digo, que no aprieta ni fatiga, sino que une; y carga que no tiene peso, sino alas. ¿Qué cosa más suave que, despreciado el mundo, verse un alma más alta que el mundo, y puesta sobre lo alto de la buena conciencia, y, unida por el abrazo del amor, tener debajo de sus pies todo lo visible, y no ver en todo

(1) «Como brama el *sediento* ciervo por las fuentes de aguas; así, oh, Dios, clama por ti el alma mía.»

(1) «Lo que acontece, dice el Santo, cuando llegando á gustar una sola gota del divino amor, todo lo de la tierra hastia y aburre, yendo el alma como arrastrada en pos de las dulzuras y gustos del cielo.»

ello cosa que apetezca, ni á quien deba temer, ni de quien tener envidia, ni suya que le pueda ser quitada, ni quien le pueda hacer mal que pueda llamarse mal verdadero? ¡Oh cuánta alegría y jocundidad se halla en este amor, por el cual el temor es excluído! ¡Cuánta tranquilidad en esta jocundidad, por la cual se enfrena toda la ira! ¡Cuánta seguridad en esta tranquilidad, por la cual todo el mundo se desprecia! de tal manera que diga la Esposa: NUNTIATE DILECTO, QUIA AMORE LANGUEO (*Cant.*, V, 4). Esta enfermedad sirve para la muerte del pecado, para el desprecio del mundo y de sí mismo y para el ferviente amor del querido.

Por conformidad de costumbres y virtudes y identidad de voluntades se une un alma con Dios.

Digo que lo primero que se pide en este Sacramento del espiritual matrimonio es la unión del Esposo y la Esposa, de que dice Santo Tomás que el ánima se une á Dios por conformidad de costumbres y virtudes, por identidad de voluntad y mediante la íntima y perfecta caridad, la cual unión de espíritus convenientemente se assemeja al aire, que, siendo alumbrado, en sí incorpora la luz del Sol; de manera que del aire y de la luz parezca ser hecha sola una cosa. Lo mismo decimos del hierro tocado de la piedra imán, que recibe en sí la virtud de la misma piedra para atraer á sí el hierro como ella. ¿Qué maravilla es que nuestro espíritu depurado y encendido y assimilado á Dios se junte con Él, que es espíritu? La maravilla es que este espíritu nuestro assí calificado califique y vista de condiciones espirituales á su cuerpo, de manera que hagan consonancia los dos en la virtud, y tenga el cuerpo sus relieves y gajes del espíritu, y sea llevado muchas veces por los aires tras el espíritu, arrebatado y elevado en Dios. Sígase lo segundo, que es la liquefacción, de que largamente traté en la segunda parte de los *Triunfos (a)*. El fuego convierte en sí la materia en que obra y hace; y lo mismo el amor divino, obrando en el alma, la convierte en sí; y como los diferentes metales puestos en la hornaza, mediante el fuego se derriten y se unen, y de todos resulta una massa, assí Dios y el ánima, aunque tan diversos y distantes, mediante el fuego del amor se derriten y mezclan y juntan en un espíritu. La cual unión dichosíssima, cercano á la muerte, pidió Cristo á su padre. «Rogo, Pater, ut unum sint in nobis, sicut nos unum sumus» (*Joann*, VII) (*a*). Orígenes dice que este derretimiento es efecto excelentíssimo del amor. Y no diré más, porque tiene su propio lugar en estos *Cantares*, y por acabar con este discurso, aunque tan dulce y provechoso y de edificación para las almas. ¡Dichosa la que pudiera decir con amor casto y vehemente: DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI! (1).

QUI PASCITUR INTER LILIA. Fray Luis de León dice que son palabras estas de la Esposa, que habiendo salido con su Esposo á ver el campo florido (al fin como lo está en la primavera) temerosa del Sol, le pide que le dé licencia para volverse á casa con la fresca, y que, pues á Él le es forzoso quedarse con el ganado, que abrevie, que no la deje sola todo el día, sino que en llegando la tarde, en cayendo el sol, se vaya á la posada: *quasi dicat:* Querido mío, que apacentais vuestro ganado entre las flores, en cayendo el día, hacedme placer de veniros para mí con la priessa que el gamo y cabra montés suben y atraviessan los montes de Bethel. QUI PASCITUR INTER LILIA No quiere decir que los lirios eran pastos, como de hecho no lo son, sino, ó porque se finge haber muchos en aquellos prados, ó porque es estilo este pastoril, y las mujeres hablan frecuentemente de flores y rosas y cosas semejantes. DONEC ASPIRET DIES; *id est*, hasta la tarde, porque entonces corren los vientos blandos y frescos, y las sombras crecen y desaparecen con gran priessa. «Aspirant auræ in noctem, nec candida cursum luna negat;

(*a*) Trata el autor de estas materias en varias partes de sus obras. Pueden verse especialmente *Obras místicas del M. R. P. Fray Juan de los Angeles*, tomo I, págs. 19-24, 223-239.

(*a*) Léase: *Joan.*, XVII, 11. El texto evangélico dice así: «Pater sancte .. ut sint unum, sicut et nos»: «¡Oh Padre Santo! guarda en tu nombre á estos que tú me has dado, á fin de que sean una misma cosa *por la caridad*, así como nosotros lo somos *en la naturaleza*.»

(1) *Dilectus meus mihi et ego illi*, idiotismus est hebraicus; pro: *Dilectus meus mihi est, et ego illius sum.* Hortulanus sic: *Hæc facta est mihi*, pro *Hæc facta est mea.* (Nota marginal del autor.)

inclinentur umbræ». Como va cayendo el sol, van las sombras creciendo y como dándose priessa. Por esso los hebreos, pro *inclinentur* ponen *fugiant*; id est, ocius moveantur.

ARTÍCULO III

Habla del socorro que el alma espera de Cristo y de los pastos que le da y á Él le agradan.

Revetere, similis esto capreæ.

Ruégale que luego que el Sol se vaya á poner se recoja á su casa, y que no se quede en el campo de noche; que tome el camino, y con presteza de un gamo ó de una cabra montés se vaya: «Ite domum, saturæ, decía el otro pastor (1), venit Hesperus, ite capellæ»:

> Id mis cabrillas hartas al albergue,
> á do passéis la noche obscura y fría,
> de lobos libres, y de fieras tantas.

Paréceme á mí éste un sentimiento humildíssimo de la Esposa, que, representándosele los peligros y inconvenientes de la noche, ausente su amado, le pide encarecidamente la vuelta apresurada. Es la noche muy aparejada para los obreros de maldad, como dice Job (*Job.*, XX, 26), y en ella salen, como dice el profeta, las bestias todas de las montañas, los cachorros de los leones bramando y pidiendo á Dios que les dé de comer. «Posuisti tenebras, et facta est nox, in ipsa pertransibunt omnes, bestiæ sylvæ. Catuli leonum rugientes, ut rapiant, et quærant á Deo escam sibi. Ortus est sol, et congregati sunt, et in cubilibus suis colocabuntur» (*Ps. 103*, 20-23). Y es muy de mujeres honestas temer la soledad de la noche.

Y si por ella es entendida la tribulación y el concurso de las tentaciones, que cargan muchas veces con tanto tropel sobre un alma, que parece querer ahogarla, ¿qué mucho que tema verse sola? San Agustín entiende todo este salmo en el sentido alegórico. «Quid, inquit, intelligam spiritualiter catulos leonum, nisi spirituales nequitiæ? Quid intelligam nisi spiritualia dæmonia? Quæ dæmonia pascuntur erroribus hominum: sunt enim principes dæmoniorum, et sunt dæmonia quædam contemptibilia. Ista dæmonia seducere animas quærunt, sed ubi sol non ortus est: tenebræ enim sunt, et cum tenebræ sint, quærunt catuli leonum, quos devorent» (1). Del príncipe dellos dice San Pedro, que nos rodea y cerca rugiendo y bramando, buscando á quien tragar (*I Pet.*, V. 8). «Ut quærant a Deo escam sibi», porque ni aun tentarnos pueden si no es permitiéndolo Dios. ¿Y por qué se les concede esta licencia? «Aut ad damnandos impios, aut ad probandos pios. Juste hoc totum Dominus agit, et in neminem diabolus potestatem habet vel in aliquid ejus, nisi ille concedat, cui est potestas summa et sublimis. Ortus est sol, et congregati sunt. Ecce quibus ortus est Sol divinæ protectionis non eos superant catuli leonum. Congregantur catuli leonum; id est, illa dæmonia recedunt a persecutione» (2).

Ahí es luego el ser vencida el alma. *Posuisti tenebras, et facta est nox.* ¡Qué tinieblas y qué noche tan obscura permite Dios muchas veces en un alma! No parece que queda rastro de luz en ella. Y en viéndola desta manera los demonios, discurren, braman y piden licencia á Dios para tragársela. Hay también noche de prueba; pero para temerse, como la teme la Esposa cuando pide á su Esposo que en viendo que las sombras crecen ó se acerca la noche, se venga á tenerla con ella en su casa; y esto apresuradamente y con ligereza de gamo y de cabra montés: «Domine, ad adjuvandum me festina» (*Ps. 69*, 2). Et alibi: «Accelera, ut eruas me» (3) (*Ps. 30*, 3). ¡Ay, alma! Una y muchas veces te aviso que, en viendo caer las sombras y que se escurece el día, en sintiendo

---

(1) *P. Virgilii Maronis*, OPERA, *Egloga* X, verso 77, pág. 54, In Typographia regia, vulgo de la *Gaceta*, año 1773.

(1) ¿Qué otra cosa debemos ver significada en las palabras dichas, *cachorros de los leones*, sino á los espíritus infernales? Hay, entre los demonios, unos que son como príncipes ó superiores, y otros que les están subordinados. Éstos tratan de seducir á las almas, pero en la oscuridad, por decirlo así, en la sombra. En cuanto sale el sol de la gracia para el alma, huyen y se esconden.

(2) Dios permite que seamos tentados para ejercicio ó prueba de nuestra virtud y justificación de su Providencia tanto con los malos como con los justos. Sin esta permisión divina no podía el diablo tentarnos. Por eso, en cuanto el Sol de divina justicia alumbra á un alma, huyen de ella las sombras de las tentaciones.

(3) «Acude, Señor, luego á ayudarme»; y en otro Salmo: «Acude prontamente á librarme.»

levantarse la tentación, luego en los principios, antes que se cubra la noche, clames y pidas al Esposo que amanezca el día claro de su luz y presencia en tu corazón; porque al punto desaparecerán essas sombras y fantasmas de la noche. «Non timebis a timore nocturno, a sagitta volante in die...; ab incursu, et demonio meridiano» (¹) *(Ps. 90*, 5-6). ¡Qué tropel de leones y qué necessaria la presencia del Esposo! REVERTERE; SIMILIS ESTO CAPREÆ, etc· Date, priessa, querido; líbrame, no sólo del mal conocido, sino de la sombra ó sospecha del mal.

Qui pascitur inter lilia.

Alii (Genebrardus) active: «Qui pascit inter lilia.» Apacienta y pace por lugares floridos y amenos, y de graciosos pastos. (Sic *Isai.*, XXX, 23, et *Ps. 22,* 1) «Dominus *passcit* me, et nihil mihi deerit» (²). No morirá de hambre el ganado deste divino Pastor, ni se apacentará en ruines pastos. Pastos son que se apacienta también el Pastor en ellos. Sí, que no es sin misterio la ambigüedad del verbo que signifique apacentar y ser apacentado. Primero que diesse su cuerpo y su sangre en la cena á los suyos, pasto verdadero y apropiado para las almas, que da vida, y vida de Dios, se comulgó á sí mismo, como diciendo: «Manjar es de vida, comelde sin miedo que yo también le como.» Y si esta consideración se lleva á la vida que esperamos, ¿quién podrá decir con satisfacción de aquellos pastos? Quédese al discurso religioso, y oigamos lo que en el caso dice San Juan en su *Apocalipsi*, VII, 16-7: «Non esurient *ultra*, neque sitient... non cadet super illos sol, neque ullus æstus, quia Agnus qui est in medio throni *pascet* eos, deducetque illos ad *vivos* aquarum fontes, et absterget omnem lachrymam.» etcétera (³).

Este lugar es de Isaías, en el capítulo XLIX, 10 *(a)*. Algunos le entienden de la satisfacción de la vida cristiana y de la consolación y regalos espirituales que había de traer Cristo á las almas en su primera venida, de los pastos sabrosíssimos y abundantissimos de la doctrina evangélica, y de su amparo en los trabajos y tribulaciones, y de la refección de los Sacramentos de la Iglesia. (Ita Anselmus, Beda et alii). Otros hay que, en sentido anagógico, lo refieren á la felicidad y bienaventuranza de la patria, adonde ninguno tendrá ya más hambre ni más sed. Ambrosius: Animæ Sanctorum, quia jam esurierunt et sitierunt, non esurient, neque sitient amplius. Scriptum est enim *(Math.*, V, 6*)*: *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur.* Neque cadet super illos sol, neque ullus æstus (¹). Por esta caída del sol entiende San Ambrosio las tentaciones que los Santos sufren. de los hombres, y por el bochorno y ardor, las de los demonios, ó los ardores y encendimiento de la carne que nos abrasa y quema como fuego. ¡Dichosos aquellos que escaparon deste sol y deste bochorno! Ellos son de quien dijo el Profeta *(Ps. 120*, 6): «Per diem sol non uret te, neque luna per noctem» (²). Al fin, por el

---

(a) Las palabras de Isaías se hallan así en la *Vulgata:* «Non esurient, neque sitient, et non percutiet eos æstus et sol; quia miserator eorum reget eos, et ad fontes aquarum potabit eos»: «No padecerán hambre ni sed, ni el ardor del sol les ofenderá, porque aquel *Señor* que usa de tanta misericordia para con ellos, los conducirá y los llevará á beber en los manantiales de las aguas.»

(¹) «... No temerás terrores nocturnos, ni la saeta disparada de día..; ni los asaltos del demonio en medio del día.»

(²) «El Señor me pastorea (me alimenta y provee de todo); nada me faltará.»

(³) En la *Vulgata* se leen estas palabras así: «Non esurient, neque sitient amplius, nec cadet super illos sol, neque ullus æstus: quoniam Agnus, qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum»: «Ya no tendrán hambre (los bienaventurados), ni sed, ni descargará sobre ellos el sol, ni el bochorno; porque el Cordero, que está en medio del solio, será su pastor y los llevará á fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos.»

(¹) Por cuanto las almas santas—dice San Ambrosio,—tuvieron ya en este mundo aquella hambre y aquella sed de que nos habla Jesucristo en su Evangelio, serán después hartos plenamente, según la misma promesa de Cristo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.» Que es lo mismo que antes hemos visto en las palabras de Isaías y de San Juan: «No sentirán los ardores del sol, ni el hambre, ni la sed.»

(²) «Ni de día el sol te quemará, ni de noche te *dañará* la luna.»

bochorno y ardor del sol es significada la tribulación. Sic Gregorius (lib. XXXV, *Moral*, capítulo VII.) Y en su Evangelio dice el Salvador (*Math.*, XIII, 5), que la semilla que cayó entre piedras, que significa los corazones duros y sin jugo de devoción, saliendo el sol de la tentación y hiriendo en ella se secó. Queriendo significar esto mismo el Señor (*Jonæ*, II) *(a)*: «Paravit [Deus] vermem ascensu diluculi in crastinum: et percussit hederam, et exaruit. Et cum ortus fuisset sol, præcepit Dominus vento calido, et urenti: et percusit sol super caput Jonæ, et æstuabat, et petivit animæ suæ, ut moreretur» ([1]).

Los trabajos aseguran al justo la gloria; y los contentos al mundano se le ponen en duda.

Lo que passa en el mundo á la letra. Lo primero, que ninguna cosa puede tener el hombre, assí de gusto y tan florida y que parezca que no se ha de acabar, que no tenga su gusano aparejado por Dios, que luego de mañana suba y la esté royendo, y que no se seque finalmente. Si sois privado del rey, hay el gusano de la invidia, que os persigue y amarga la privanza; si rico, hay sucessos desastrados y fortunas adversas que os roen el contento y os traen á miseria; si sois dado á deleites, sube el gusano de la enfermedad que os priva dellos; y, lo que es más para sentir: que la yedra no tuvo contra sí más de un gusano, pero los bienes de acá tienen infinitos. Y cuando no hubiesse sino el miedo y las turbaciones de la mala conciencia, que no pueden faltar, ¿no bastan para roer nuestros gustos y poner acíbar en nuestros contentos? (Gregorio, *Mor.*, XVI, cap. último). Y por ventura no está sin misterio decir el Espíritu Santo que luego de mañana, al levantarse el lucero, se aparejó el gusano. Significa lo poco que duran las prosperidades y vida bienaventurada que se halla en el mundo, y muchas veces en lo más fresco y florido della, cuando se nos representa de muy largos años, se acaba. El día precedente creció la yedra, y el otro adelante se secó. ¿Quién pensara que la yedra, que el día precedente había sufrido los ardores del sol, hoy por la mañana, cuando las demás yerbas y plantas suelen vivir y volver en sí con el fresco, se acabara y se secara? ¿Quién pensara que tantas honras y riquezas como tenía Amán, entonces habían de caer, y él había de ser ahorcado (*Esther*, VII, 9-10) cuando, como uno de los más principales del reino, ó el más principal, fué convidado á su mesa del rey de la reina Ester? ¿Quién pensara que en la mayor prosperidad de Job, hacienda, salud y hijos y honra de repente lo había de perder todo, y allegar á tener por cama un asqueroso muladar? (*Job*, II, 8).

La locura de los hombres es, que ni esto basta para que vuelvan en sí y vivan como hombres de razón. Por lo cual suele nuestro Señor á estos azotes de pérdida de hacienda, salud y honra, añadir algo más, que lastime más, como pestilencias, hambres, guerras, peligros y, al fin, cosas que nos aprietan más. Lo cual se nos quiso dar á entender en el caso que vamos refiriendo, porque al secarse la yedra añadió un sol recio y un aire calidíssimo, que embistiesse en el profeta y le hiciesse sentir más la falta de la yedra. Destos ardores y soles recios están libres los ciudadanos de la celestial Jerusalén, de quien nuestro San Juan (*Apoc.*, VII, 16-7) dice: «Non esurient, neque sitient amplius, neque cadet super illos sol, neque ullus æstus». Y añade la razón: «Quoniam Agnus qui in medio throni est, reget eos». *Isaías* (XLIX, 10): «Miserator eorum reget illos». En el griego: «Pascet eos». El Pastor piadoso que los apacentará los librará y defenderá de todas estas incomodidades, y de toda molestia, «et deducet eos ad vitæ fontes aquarum.» En esta vida promete este divino Cordero estas aguas y estas fuentes. *Joan.*, VII, 37, «Si quis sitit veniat ad me, et bibat»: et *Joan.*, IV, 13-4, promete á la Samaritana agua viva que da saltos para la vida eterna, que es la divina gracia, con que se templan y apagan los ardores y bochornos de la carne. Y por Isaías (IV, 5-6) promete El mismo que será enramada y pabellón entre día, para que no caiga el sol y el fuego sobre los suyos. «Et tabernaculum erit in umbra diei ab æstu». Y de los divinos Sacramentos, que refrescan el alma y la preservan del mal y la sanan si en-

---

(a) Estas palabras están tomadas de *Jonæ*, IV, 7-8.

([1]) «Y al otro día, al rayar el alba, envió Dios un gusanillo que royó *la raiz* de la yedra, la cual se secó. Y nacido que hubo el sol, dispuso el Señor que soplase un viento solano que quemaba: hería el sol en la cabeza de Jonás, quien se abrasaba y se deseaba la muerte, diciendo: «Mejor es morir que vivir».

ferma, dijo el mismo Isaías (XII, 3): «Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris». «Et deducet eos ad vitæ fontes» ([1]). En el griego: «Ad vivos fontes aquarum». Alude al oficio del pastor, que después que ha apacentado su ganado lo lleva á beber á las fuentes ó ríos, para que apaguen la sed y se recreen y tomen aliento. Fuentes vivas, dice, que no pueden acabarse ni dejar de correr. «Et absterget Deus omnem lachrymam ab oculis eorum; sic Isaías. Auferet Deus lachrymam ab omni facie. Fælices lachrymæ (inquit Bern.), quas benigna manus Conditoris absterget, et beati oculi qui talibus liquari fletibus elegerunt, magis quam elevari in superbiam, quam omne sublime videre, quam avaritiæ, et petuliantiæ famulari» ([2]).

Al fin, por estos cinco males, hambre, sed, sol, bochorno y lágrimas, entiende San Juan todas las incomodidades de la vida, y lo que la hace miserable; y para la felicidad de la futura vida dice que ni hambre ni sed que dé molestia, ni bochorno que caldee, ni lágrimas, ni otra cosa que cause desconsuelo; porque el Cordero que está en medio del trono es el Pastor de aquel dichoso ganado, que los apacentará de sí mismo y de su misma gloria, y los llevará á las fuentes vivas, para que beban y se embriaguen, y les limpiará las lágrimas por su causa y amor derramadas. ¡Bienaventurada el alma que tal regalo mereciere! Bien dice: QUI PASCITUR INTER LILIA; vel QUI PASCIT IN LILIIS. El que pace y apacienta. Es propio del Pastor de los pastores, Cristo, apacentar á los suyos entre lilios, por que nadie se desdeñe de ser oveja de su celestial rebaño. La palabra hebrea, como acabo de decir, es participio activo, como la del *Salmo 22*, 1: «Dominus pascit me»; *79*, 2: *Qui pascis Israel, intende*» ([3]): *et Apoc.*, VII, que acabamos de declarar. Y es grande maravilla y misterio grande que diga la Escritura que dictó el Espíritu Santo que el Cordero apacentará los suyos, siendo lo llano y razonable, y lo natural, hacer este oficio los pastores; pero solo de Cristo se puede decir esto, que no sólo es Cordero nuestro, *id est* hostia y sacrificio, sino también rey y pastor; y pastor tan amoroso, que, apacentando á sus ovejas, El es también apacentado. Lo cual se da muy bien á entender en aquellas palabras suyas dichas á sus discípulos, que le convidaban á comer, cuando estaba junto al pozo de Jacob con la Samaritana, muerto de hambre y seco de sed *(Joan.*, IV, 34). «Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus», etc. Hace maravillosamente á este propósito una glossa de Rabbi Manahen, super cap. *Génesis*, III: «Salus, inquit, Israel, est salus Dei». Lo cual prueba de aquel lugar de Zacarias, que profetizando de Cristo dice *(Zach.*, IX, 9): «Ecce Rex tuus venit tibi, justus et Salvator». Vox enim hebræa pro qua habemus *Salvator* ambigua est, et significat *Salvatorem* et *Salvatum*. Gaudet enim Deus de salute et perfectione cujusque animæ, et salutem nostram suam reputat, et in authorem ipsum salutis quodammodo redundat, quemadmodum perfectio operis redundat in laudem opificis ([1]).

QUI PASCITUR INTER LILIA. Simachus: «Inter flores». Quasi dicat, inquit Theodoretus: «Ipse quoque pastus, qui ovibus suppeditatur, plenus est suavitate». Commodissime potest verti in liliis, ut sit ablativus affectivus cum præpositione *cum;* porque la palabra hebrea significa *Inter*, *cum*, *in*, y es muy común entre los hebreos usar de ablativo con preposición *Cum*: verbigracia: «Occidi hominem cum gladio» ([2]).

([1]) «Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador.» «Y los llevaré á beber en las fuentes de las aguas.»

([2]) «Enjugará Dios de sus ojos todo llanto», dice Isaías. Y añade San Bernardo sobre estas palabras: «¡Dichosas lágrimas que merecen tener á Dios mismo por consolador!, y dichosos los ojos que prefieren derramarlas y quieren estar ahora afligidos mejor que andar altaneros, ó dados á la avaricia ó á la liviandad »

([3]) «El Señor me pastorea, nada me faltará»; y «Escucha, oh tú, pastor de Israel».

([1]) Dios desea el bienestar de su pueblo como el suyo propio, dice el autor citado, aduciendo á este propósito unas palabras de Zacarías, quien, hablando de Cristo, dice al pueblo judío: «Regocíjate en gran manera; he aquí que á ti vendrá tu Rey, el Justo, el Salvador.» La palabra hebrea lo mismo puede significar el que salva que el que es salvado. Recibe el Señor—añade—gozo y contento grandes de los bienes y de la perfección que tiene el alma justa, reputando como propia la santidad que ve en nosotros; y así como es gloria del artífice la perfección de la obra que sale de sus manos, para Dios lo es la que se encuentra en sus criaturas.

([2]) Contiene este párrafo aquellas diferencias, meramente accidentales, de palabras con que los intérpretes traducen y comentan este versículo.

De más de que los amantes son muy amigos de flores y rosas; y como más enamorado que todos, Cristo, esposo de las almas, particularissimamente se regala y entretiene entre lilios y azucenas. Sic infra *(Cant.*, VI, 1): «Dilectus meus descendit in hortum suum ad areolam aromatum, ut *ibi* pascatur in hortis, et lilia colligat» ([1]). La letra latina señala el lugar adonde el pastor pastorea y apacienta su ganado: QUI PASCITUR INTER LILIA. La hebrea señala los pastos: LILIIS. La primera sigue San Ambrosio *(in Psl. 118, serm. 4)*. Gregorio Nisseno (*orat. 5. in cant.)* sigue la segunda: «Nimirum, inquit, hic est præclarus ille pastor, qui non fænum pabuli locum præbet, sed puris liliis oves alit, non amplius fæno fænum nutriens: est enim fænum brutorum naturæ proprium ac peculiare alimentum. Homo autem, cum rationis sit particeps, vera ratione pascitur: quid si ejusmodi fæno saturaretur? et ipse in fænum commutaretur. Scriptum est enim *(Isai.*, LX, 6): *Omnis caro fænum;* quandiu scilicet, caro existit. At si quis spiritus fiat, spiritu progenitus, non amplius spiritu gramineo pascetur, sed spiritus ei pro nutrimento erit: id quod puritas, et fragrantia lilii obscuriuscule notat. Quin etiam ipse lilium purum, ac flagrans erit, in naturam ipsius alimenti commutatus. IN LILIIS, non in spinis quibusdam ac fæno, sed in fragrantia liliorum, ratione vivendi pura ([2]). ¡Triste del alma que se alimenta de manjares que no son de su naturaleza, y por esso degenera della! «Aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum» ([1]) *(Ps. 101*, 5). Y ¿qué pan es éste, sino el que cada día pedimos á Dios, diciendo *(Math.*, V *(sic) (a):* «Panem nostrum quotidianum da nobis hodie? ([2]) Y este pan de cada día, ¿qué pan es? Otro evangelista lo declaró: supersubstantialem. Es el mismo Dios que dijo á San Agustín: «Cibus sum grandium; cresce, et manducabis me» ([3]).

Este pan se come en el Sacramento del cuerpo de Cristo; y para que entre en provecho se ha de comer en espíritu; y esse le come en espíritu que le come con amor; porque mediante el amor nos mudamos y convertimos en Dios. El que ama á Dios tiene el corazón jugoso, fresco y remojado; y el que no le ama, le tiene seco y sin virtud. La tierra se llama seca, y el cielo húmedo, ó agua húmeda. Porque la palabra hebrea *Asciamain*, que el latín trasladó *cielo*, significa agua y fuego. Luego el corazón que no ama, que no tiene fuego de amor en sí, terreno es; pero el que ama, celestial y húmedo. De manera que como la tierra sin agua se vuelve seca y sin provecho, assí el corazón que no ama y con amor come este manjar sobresustancial, seco es y sin alguna virtud, infructuoso y sin provecho. «Aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum». ¿Qué remedio? San Agustín (in *Ps. 101)* responde delicadissimamente. «Modo, inquit, manduca, quem oblitus eras; post oblivionem veniat commemoratio, manducetur panis de cœlo, ut vivatur, non manna, sicut illi mandueaverunt et mortui sunt, panis de quo dicitur: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam (Math.*, v, 6), si locum intelligamus, ubi Pastor cœlestis suos pascit. INTER LILIA, inquit, id est, inter puros et can-

El que comulga con amor y por amor, de hombre se convierte en Dios.

([1]) «A su huerto hubo de bajar mi Amado, al plantío de las yerbas aromáticas, para recrearse en los verjeles y coger azucenas.»

([2]) Siguiendo el texto hebreo, dice así San Gregorio Niseno sobre estas palabras de los *Cantares:* «Cristo, celestial Pastor de las almas, es quien les suministra un pasto delicado y sabroso, figurado en los lirios, pues no quiere Él que las ovejas de su redil se alimenten con los pastos groseros del mundo: quien de éstos se nutre hácese de la condición del manjar, y vive á modo de los seres irracionales. Por eso, mientras el hombre vive del espíritu mundano y carnal, no es más, como dice el profeta Isaias, que heno, «pues toda carne es heno, y toda su gloria como flor del prado». Quien, empero, vive del espíritu de Dios, no sólo se libra de esa corrupción, sino que se hace un espíritu con Dios, vive del mismo espíritu, y aun viene á convertirse en lirio de pureza y fragancia admirable.»

(a) Ya notamos en la página 107, columna segunda, nota *(c)*, que es en San Lucas, cap. XI, 3, donde se leen estas palabras de la manera que el P. Ángeles las cita; pues en San Mateo, cap. VI, 11, se halla sustituida la palabra *quotidianum* por *supersubstantialem*.

([1]) «Estoy marchito como el heno; árido está mi corazón, pues hasta de comer mi pan me he olvidado.»

([2]) El pan nuestro de cada día dánosle hoy, ó el pan sobresustancial.

([3]) «Yo soy manjar de fuertes y crecidos en la virtud: crece tú y serás digno de comerme.»

didos homines gaudet habitare. Divus Hieronimus (lib. I, *adversus Jovinianum)* sic legit hunc locum: QUI PASCIT INTER LILIA; id est, inter virginum candidissimos choros ([1]).

Las vírgenes andan siempre en compañía del Cordero, que se apacienta en los lilios. Kaldeus Parafrastes interpretatur per lilia quoslibet justos et virtute præstantes. Lege D. Bern. *(serm. 71 et 72)* et Ambros. (lib. de *Institutione Virginium*, capítulo XV. Y porque se nos han de ofrecer muchas ocasiones de tratar de lilios, y, por consiguiente, de vírgenes y de almas puras de propósito lo dejo en este lugar.

Cuanto ama Dios la pureza.

Almonacir: *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia, donec* ASPIRET DIES ET INCLINENTUR UMBRÆ. *Aposiopesis*, vel reticentia, inquit, est, cuando se corta la sentencia y se deja manca, significando más de lo que las palabras suenan. *(Ps. 6*, 4): «Anima mea turbata est valde: sed tu, Domine, usquequo?» [«Mi alma está sumamente perturbada; pero tú, Señor, ¿hasta cuándo *harás durar mi tribulación?*] Hállase muy obligada la Esposa, y conoce y confiessa que es todo para ella; y tomando motivo de verle tan diligente en cazar las raposas que hacían tanto daño en su viña, dice: «Todo es para mí». Qui pascitur inter lilia. Amigo de castidad y pureza. DONEC ASPIRET DIET, etc. Hasta que se acabe el mundo, mientras durare este siglo con esta vicisitud de días y de noches. REVERTERE, etc. Parece desvío del Esposo, que oyendo á su Esposa palabras tan regaladas, debió de acometer á irse; y viéndole ella que se iba, le dice: REVERTERE, etc., velocissime, etc.

DONEC ASPIRET DIES. Quousque, priusquam, vel quandiu. Los latinos, Genebrado y Rabbi Selo, juntan estas palabras con las pasadas, *sic:* «Mi querido todo es mío, y yo toda suya, en tanto que viviere, hasta que llegue el día del otro siglo y caigan y de todo punto se acaben las sombras de la muerte». ¡Oh, dia claríssimo el de la eternidad, sin rastro de la noche del pecado ni sombras de muerte! *Apoc.*, XXI, 23: «Non *egebit* lumine solis, neque lunæ: claritas *enim* Dei illuminabit illam et lucerna ejus est Agnus.» Alii propter distinctiones Masoretæ sequentibus annectunt ([1]).

DONEC ASPIRET DIES ET INCLINENTUR UMBRE, vel fugiant umbræ, vel nullæ sint umbræ. Converte te ad montes Bethel. En cuanto no hay sombras, porque el sol está en su fuerza y sobre nuestro cenit, acógete á los montes para passar allí la siesta. Abenezra: «DONEC ASPIRET DIES, id est, ventus diei, qui calidus est in terris calidis qualis Terra Sancta. Recipe te celeriter ad montes præruptos et sectos (Bether enim sectionem significat) refrigerii causa, ut illic requiescamus et captemus umbram; id est, ut cruces et afflictiones vitemus, vel hujusmodi discrimina et molestias». Acojámonos á los montes, como la mujer del *Apocalipsi*, que le nacieron alas y voló al desierto y escapó del dragón. MONTES BETHER. Qui illa tempestate noti erant, adumbrant loca Ecclesiæ, vel loca quietis, quod populum Domini a cæteris dividant; vel cœlum, quod inmortales a mortalibus et miseris dirimit, ideo divisionis appellantur.

DONEC ASPIRET DIES. En cuanto hubiere luz y tinieblas. Usurpat author sacer [inquit Sotomayor], de more divinæ Scripturæ, diem pro sole, et umbras pro tenebris noctis, vel pro nocte ipsa. Sol enim præest diei, et ortu suo dividit lucem a tenebris, dispellens omnes tenebras et umbras. Sol etiam proprie spirare dicitur ineunte die, vel etiam inclinata die; nam mane et vespere, nascente et occidente sole, solet naturaliter ventus flare, seu spirare. Ideoque dies, cui præest sol, spirare dicitur. Ipse autem sacer solem voca spiritum (*Eccles.*, I, 5-6): «Oritur sol et occidit, et ad locum suum revertitur, gyrans per meridiem, et ad aquilonem lustrans universa in circuitu pergit spiritus et in circulos suos revertitur». Sic Plinius (lib. II, cap. XLVII. *Natural hyst.* «Sol,

---

([1]) Come ese manjar celestial, del que vivías olvidado, y haz que viva siempre en tu memoria su recuerdo; pero cómelo de tal modo que viva en ti, y no como los israelitas comieron el maná en el desierto, que no les libró de la muerte, porque este es el pan del cual está escrito aquello del Evangelio: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, pues ellos serán hartos», entendiendo este lugar como una promesa en que el Pastor celestial, Cristo Jesús, promete el pasto de vida á sus escogidos. *Entre lirios* quiere decir que Dios se complace en habitar en los corazones puros é inocentes; ó, como dice San Jerónimo: en medio de los coros celestiales que las vírgenes forman en el cielo.

([1]) «La ciudad (el cielo) no necesita sol ni luna que alumbren en ella; porque la claridad de Dios la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero.» Otros juntan estas palabras á las siguientes.

inquit, auget et comprimit flatus, auget oriens, occidensque, comprimitque meridianus æstivis temporibus. Así es; que al medio día y á la noche de ordinario no corren los vientos y están como dormidos. Esta es una hipérbole amorossísima, con que declara la Esposa la constancia de su amor, y asegura al Esposo que no le faltará jamás en cuanto la vida le durare y la vida fuere. En este sentido dijo el profeta en el *Salmo 71* (v.5) tratando de la felicidad y prosperidad del reino de Cristo y de su perpetuidad: «Et permanebit cum sole, et ante lunam. Et orietur in diebus ejus justitia, et abundantia pacis, donec anferatur luna»; id est donec non sit luna; id est sine fine, semper, et inmortaliter. Sic Daniel (VII, 14): «Potestas ejus, potestas æternas», etc., INCLINENTUR UMBRÆ. *Hebr.:* «Fugiant, fugantur enim a facie solis». Bernardus (*serm. 73*) in malam partem sumit verbum inclinentur. Lege Augustinum *(Orat. contra Judæos*, cap. VI) pro allegoria.

Puédese también referir esta oración á lo que inmediatamente ha precedido: (QUI PASCITUR INTER LILIA, DONEC ASPIRET DIES, ET INCLINENTUR UMBRÆ), ut laudet Sponsum Pastorem a diligentia, et perseverantia in officio suo. Quo non solum Sponsus meus inter lilia pascet gregem suum, sed et diligenter, et perseveranter pascit, scilicet, ex eo tempore incipit gregem suum pascere, quo sol incipit lucere, et umbras dispellere; id est, summo mane. Neque enim ille somno indulgere solet: sed potius diem, et solem antevertere.

De manera que aquella partícula *donec* se refiere á la mañana y la otra INCLINENTUR UMBRÆ, á la tarde, cuando corre fresco y es á propósito para apacentar el ganado: «Quod eleganter docet Varro (*De Re rústica*, lib. II, cap. I): «Prima (inquit), luce exeant pecora pastum, propterea quod tunc est herba roscida, circa meridiem, etc.». Las mañanas y las tardes son á propósito para que pazca el ganado en el estío, por los aires frescos y blandos que corren y refrescan la hierba; y en el resistero del medio dia, se han de buscar las sombras para el ganado y para los pastores. En el invierno y en la primavera todo el día puede apacentarse.

Algunos quieren que estas palabras DONEC ASPIRET DIES, ET INCLINENTUR UMBRÆ se refieran á las que se siguen: FUGE, DILECTE MI, etcétera. A mí me parece mejor lo que al principio dije: que la Esposa pide á su Esposo, fatigado de apacentar su ganado, que passe con ella la noche y que no duerma en el campo; assí por que El descanse, como por no quedar ella sola; que era lo que desseaban y pidieron á Cristo los discípulos de Emaus (*Luc.*, XXIV, 29): «Mane nobiscum, *Domine*, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies ([1]), para que descanséis y tengamos nosotros buena noche. ¡Ay del alma que le deja passar de largo, y aun, si llama, le da con la puerta en los ojos! «Loquutus sum *tibi* in abundantia, et dixisti non audiam» *(Jerem.*, XXII, 21) ([2]). SUPER MONTES BETHEL. A Hortulano le parece monte en Judea, rodeado y repartido en montes, ó monte quebrado como la tierra de la Alcarria, ó como Monserrate, que está dividido de manera que parece haberle aserrado á mano. BETHER, significat sectionem, vel divisionem, eo quod in alios montes et colles secetur, vel dividatur. La letra latina tiene BETHEL, y según la sentencia de graves autores, ha de decir BETHER, porque en toda la Escritura no se lee de tal monte Bethel. Y BEHTER es muy nombrado y misterioso. Puede ser yerro de impressores, que por una letra fácilmente ponen otra. Santo Tomás lee BETHARA, y en su tiempo assí se leía en los ejemplares latinos, y era más frecuente esta lección, que BETHEL: «Ait enim ille montes BETHARA, montes significant Sanctorum. Nam BETHARA interpretatur domus consurgens, vel domus vigliarum, etcétera. DONEC ASPIRET DIES, scilicet, æternus, quam Agnus ille Ecclesiæ Sponsus, omni sole lucidior multo, discussa ex rebus humanis omni caligine et turbulentia, clarissimam dabit, et citra ullam noctis aut malorum vicisitudinem, bonis omnibus cumulatissimam. Tunc autem spirabit dies illa; id est» ([3]), comenzará, reirá el alba, amanecerá, cuando se oyere la voz de la trompeta que llamará á todos los hombres á juicio.

([1]) «Quédate con nosotros, *Señor*, porque ya es tarde y va ya el día de caída.»

([2]) «Yo te prediqué en medio de tu prosperidad, y tú dijiste: No quiero escuchar.»

([3]) «Hasta que amenezca el día»; pueden también significar estas palabras aquel día grande de la eternidad, en el que, al aparecer Cristo, Señor nuestro, en toda su gloria y majestad, desterrará del mundo toda sombra de error y de pecados, los cuales ya no volverán jamás á envolver al mundo en las tinieblas de muerte, siendo El sol esplendoroso de aquel día sin fin.

Y por ventura assienta aquí muy bien lo que dijo Cristo á los suyos, habiéndoles dado las señales del acabamiento del mundo, espantosas y terribles *(Luc.*, XXI, 28): «His autem fieri incipientibus respicite, et levate capita vestra: *ecce enim* appropinquat redemptio vestra»; id est, dies æternitatis lucidissimus, et sine perturbationibus ([1]).

Cuando Cristo, sol de justicia, venga á juzgar al mundo quitará todas las sombras dél, y saldrán á luz los que en él están assombrados.

ET INCLINENTUR UMBRÆ. Por la sombra entiende la potencia de los reyes y grandes del mundo, que lo assombran todo y lo supeditan y atropellan y destruyen; toda la luz quieren para sí; lo demás, todo assombrado y en tinieblas. Pero acercándose aquel día clarísimo, cuando Cristo, Sol de justicia, venga resplandeciente, con potestad y majestad, alumbrando los corazones obscuros y tenebrosos y deshaciendo sombras y tinieblas, y manifestando secretos de corazones cerrados; entonces estas sombras se inclinarán ó huirán, ó se disminuirán. «Evacuabit enim tunc Christus omnem principatum, et potestatem, et virtutem». «Destruirá el poder y la grandeza». Quitará essas sombras del mundo que assombraban la cristiandad, y los pequeñuelos los tenían encogidos y oprimidos. Et ut divus Hieronimus asserit: «Potentissimi quondam Reges, nudo latere, palpitabunt»: como los peces fuera del agua. «Et dominabuntur eorum justi in matutino, et auxilium eorum veterascet in inferno a gloria eorum» *(Ps. 48*, 15). El mismo San Jerónimo traslada del hebreo más claro este verso: «Et subjicient eos recti in matutino, et figura eorum conteretur in inferno post habitaculum suum» Glossa Interlinealis: «Donec venturi sœculi lux oriatur, quæ erat justis aura recreationis, et inclinentur umbræ»; id est: ignorantiæ vel errores transeant, et deficiant. ([2]).

REVERTERE. Condescende per gratiam qui in cœlis existis super montes contemplationis, non superbiæ. BETHEL; id est, domus vigiliarum. Vel dicendum Sponsam hoc loco orare Sponsum sibi charissimum, ut de cœlis illam frequenter visitet, et illuminet tantisper dum obscuræ cognitionis nox progreditur, et illa spirat dies: cum jam ipsum, non per speculum et ænigma, sed manifeste, ut eidem nota est, pariter et ipsa cognoscit, et contemplatur: «En tanto que se suceden las noches á los días, y hay esta corriente y vicissitud necessaria de tiempos, no puede el alma gozar de la luz puríssima cumplidamente; inconstantemente va y viene; y cuando se muestra, es por entre los dedos, y como rayo que apresuradamente y echando centellas passa. Pero cuando aquel día de la eternidad llegare, huirán todas las sombras; *id est*, el conocimiento assombrado, enigmático y por criaturas»; á las cuales todas llamó San Juan tinieblas en su Evangelio *(Joan.*, I, 5): «Et lux in tenebris lucet, et tenebræ eam non compræhenderunt» ([1]). Ideo, REVERTERE: Vuélvete á mirarme, y visitame, y consuélame con tu presencia, con la priessa que lleva el ciervo por los montes de Bethel. El ciervo huye, y huyendo vuelve á mirar muchas veces. *Sic Sponsus*, huyendo va, y mirando vuelve los ojos al alma, para que no desfallezca en su ausencia. O veram diem illam, in qua nulla nox, nulla mutabilitatis umbra, nullæ rerum vices insunt, sed omnia lucidissima, stabilissima, æterna! Ad hanc unam viri boni quotidie pervenire nituntur, nam hæc tota tenebrarum caligine obducta, non sinit nos lucem illam inaccesibilem intueri, sed caligamus in luce mundanæ varietatis. Ob idque sanctæ animæ hinc evolare cupientes, ad illam æternam semper anhelant per contemptum rerum humanarum, per justitiam et innocentiam, summanque cordis tranquilitatem (Philo, Episcopus) ([2]).

([1]) «Vosotros, *fieles discipulos mios*, al ver que comienzan á suceder estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, *estad de buen ánimo*, porque vuestra redención se acerca»; es decir, el día feliz lleno de claridad y bienandanza.

([2]) «Y los justos tendrán desde luego el dominio sobre ellos (sobre los impíos), y no habrá socorro que les valga en el infierno, después de su pasada gloria». (Lo mismo significa, en términos más enérgicos, la traducción que de este verso hace San Jerónimo ateniéndose al texto hebreo). O, como dice la Glosa interlineal: «Cuando aparezca la luz que en el siglo venidero alumbrará á los justos, quedarán deshechos los errores y dísipadas todas las sombras que la ignorancia habia exparcido sobre la tierra».

([1]) «Y esta luz resplandece *en medio* de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido».

([2]) ¡Oh dia feliz, que no tiene noche ni sombra alguna, que no está sujeta á mudanza, sino siempre luminosa, firmísima, eterna! Ella es el fin á donde se dirigen y por el que cada dia suspiran los justos»

Esso suenan las palabras siguientes: CONVERTERE PATRUELIS, SIMILIS CAPREÆ, HINNULLOQUE CERVORUM AD MONTES CONVALLIUM: Vuélvete, primo mío, á los que moramos en estos montes de los valles, no despacio, sino de priessa, como la cabra ó el gamo. Esta letra tiene grande sentimiento, y una alegoría espiritualíssima. Montes de valles, altos y bajos; al fin no se puede estar siempre en lo alto de la contemplación; de bajarse tiene, y necessaria es la visitación del Esposo, etc.

Per lilia, vel rosas, ut Hebræi, intelligit (Titelman) candorem, decoremque virtutum fidei, spei, et charitatis, reliquarunque [1]. Cada una es una rosa ó un lilio, entre las cuales grandemente se recrea y deleita el Esposo. ¡Dichosa el alma que está hecha un jardín de Dios, con variedad de virtudes, adornado y hermoseado! Allí se entretiene Él y se recrea. DONEC ASPIRET DIES. No falta quien diga: en cuanto es de día en el alma y no hay sombras de pecados en ella, que assombrándola la culpa y escureciéndola el pecado—noche tenebrossísima,—luego el Esposo huye, porque luego deja de ser jardín y es hecho estercolero y pocilga de los demonios, Sed author iste aliter; scilicet [De otro modo lo interpreta el citado autor, Titelman]: eres mío, y yo soy tuya hasta la muerte, hasta que expire el día de la eternidad, cuando se consumará este matrimonio y quedará indissoluble. En tanto que se llega este día, no hay seguridad, aunque los propósitos parezcan más firmes que la peña de Martos. Por esso dijo San Pablo *(Cor.* X, 12): «*Qui stat* videat, ne cadat [2].

El temor de Dios conserva al alma en gracia y hace bueno el fin desta vida y el principio de la otra.

Todas las mercedes de Dios en esta vida son removibles y de la condición del hombre que por instantes se muda. Por esto dijo un sabio, y bien, que la perfección de la presente vida estaba en el buen fin, y la de la futura en el buen principio. Si acabáis bien con la vida, es buena la vida: porque allí en el fin se assegura, perpetúa el bien della. Ibi *manebit* lignum, *ubi* ceciderit (*Eccles*., XI, 3) [1]. Mientras se vive, en ninguna cosa hay seguridad, ni estabilidad, ni firmeza. Hoy amigo de Dios, y mañana enemigo. «Non movebor in æternum» *(Ps. 29*, 7) [2]. Y en apartando Dios un poquito el rostro «factus sum conturbatus» [3]. Al fin, su bien consiste en assegurarla y tomar puerto. Por esso mandaba Dios en el *Levítico* (III, 9), que le guardassen para su plato la cola y cima del animal. El fin de la vida para Dios, gran cosa. Aunque el navegante haya tenido tormentas y vientos contrarios en la mar, si al fin tomó puerto y asseguró su navío, muy bien navegó. Y el soldado peleó bien si al fin venció, aunque haya sufrido golpes y heridas; y el corredor si llevó la joya, aunque haya caído muchas veces, corrió bien. Todo nuestro bien está en acabar bien, en assegurar la gracia y amistad de Dios, aunque le hayamos perdido muchas veces, ofendido y pecado.

La felicidad de la vida futura consiste en el buen comienzo, porque en aquel estado ha de durar para siempre. Es, al fin, la vida como el que la vive; es como Dios, que nunca se muda ni se puede mudar. Es la misma vida por esencia. «Pater habet vitam in semetipso» *(Joan.*, XV) (*a*). Y no sólo tiene vida, sino que Él es el verdadero vivir. Y assí como Dios es inmutable, sicut scriptum est *(Jacob,* I, 17): «Apud quem non est transmutatio, nec vicisitudinis obumbratio» [4], assí es su vivir, y su

---

hastiados de las miserias presentes, que no les dejan ver aquella luz inaccesible. Por eso las almas santas juntan, al desprecio de las cosas de la tierra, la justicia y la inocencia, y una gran pureza y paz del corazón.

[1] Por lirios y rosas entiende Titelman—siguiendo á los hebreos,— el candor y el brillo de la fe, de la esperanza y de la caridad y de todas las demás virtudes.

[2] «Mire, pues, no caiga el que piensa estar firme *en la fe*».

(*a*) Léase *Joan.*, v, 26.

[1] «Allí permanecerá el leño donde cayere». Aunque traduzco el texto tal como lo pone el autor, debo advertir que es uno de los más truncados, pues dice el *Ecclesiastes*, verso 3 del capítulo citado: «Si ceciderit lignum ad Austrum, aut ad Aquilonem, in quocumque loco ceciderit, ibi erit»: «Si el árbol cayere hacia el Mediodía, ó hacia el Norte, doquiera que caiga allí quedará». (Por el Norte y Mediodía entienden aquí los expositores el infierno y la gloria, respectivamente.

[2] «No experimentaré jamás mudanza alguna».

[3] «Apartaste de mí tu rostro, y al instante fuí trastornado».

[4] Como dice el apóstol Santiago en su *Epístola Canónica*: «En quien (en Dios), no cabe mudanza, ni sombra de variación».

vida. «Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient» (*Ps. 101*, 28) ([1]). Quien comienza aquella vida, en aquel punto de vivir se queda para siempre. Por esto al siervo fiel, que en la granjería de los talentos se había habido bien, se le dice (*Math.*, XXV, 23): «Intra in gaudium Domini tui» ([2]). Porque en la entrada estuvo su bien, y su bienaventuranza; y á los malos se les dice (*Math.*, V, 20): «Non intrabitis in Regnum cœlorum ([3]). «Estas dos vidas, dice Crisóstomo, figuraban aquellos dos niños (*Genes.*, XXV, 22) que en su vientre traía Rebeca, Esaú y Jacob, los cuales nacieron misteriosamente, los pies del uno con la cabeza del otro; salió primero Esaú, y luego Jacob asido de la planta de su pie, y juntos pies con cabeza. Esaú, que desde los pies á la cabeza es peloso y áspero, significa la vida presente, llena de miserias, de pelos y repelos, de pecados y desgracias, como las tuvo él. Por Jacob, que todo es hermoso y suave, es entendida la vida que esperamos, llena de toda hermosura y suavidad. En assomando los pies de Esaú, assoma la cabeza de Jacob, y con la mano asida el pie; porque en el fin de esta vida se descubre el principio de la otra, que no se han de destrabar las dos vidas; asidas han de estar la una de la otra, los ojos puestos en el fin desta y en el principio de la otra; porque el bien de la una consiste en el fin bueno, y el bien de la otra en el buen principio. Digo que en tanto que vivimos no podemos assegurarnos de la amistad de Dios, sin que haya quiebras, porque esto pertenece al día de la eternidad, adonde no hay successión de tiempos, ni se conoce noche, ni tinieblas, ni sombras, etc.: REVERTERE.

Aristóteles (lib. IX de *Hist. animal*, cap. V) dice grandes cosas de las cabras monteses y de su ligereza; dice que paren junto á los caminos reales, adonde no osan llegar las fieras por el concurso de las gentes; llevan de ordinario sus hijuelos á los establos y casas caídas (¡oh Virgen, con el tuyo en el establo de Bethlén); y cuando están algo crecidos los suben á los montes y sierras altíssimas para que se enseñen á saltar, y para que, acostumbrados á estos lugares, acudan á ellos cuando son perseguidos de los cazadores. BETHEL; id est, divisos, vel præruptos. Los Setenta «*Concavitatum*», Theodoretus et Philo, «Convallium». Algunos dicen que BETHEL es nombre apelativo y no propio; porque en la descripción de la Tierra Santa no se hallan tales montes, por lo cual con gran modestia se dejó San Jerónimo la voz hebrea, que, como habemos dicho, significa división (*vel divisos, vel serratos*), adonde los corzos y cabras monteses suelen morar. Y quizá, y parece muy bien, se llaman montes de la división, porque eran los que dividían al Esposo de la Esposa; apacentaba allí su ganado, y por estar con él, estaba ausente della. Assí llamó Isaías (*Isai.*, LIX, 2) á los pecados divididores entre Dios y el alma (*Lege Bern., ser. 73, 74 y 75)*. ¡Y con cuánta razón se podrían llamar montes de la división! Divídennos verdaderamente, y apártannos de Dios: que los de Bethel, dispensatoriamente; como lo hizo el Hijo con la Madre, dejándola volver á Jerusalén, y quedándose Él en el templo (*Luc.*, II, 43). Acude de ordinario á lo que es más provechoso, negando á su Esposa muchas veces lo gustoso.

Retozón alude á los becerrillos retozones que en los prados se hacen como burlas, etc.

[San] Ambrosio (*serm. 6, in Ps. 118)*, tratando aquel lugar que poco ha declaramos: *Ecce iste venit saliens in montibus*, etc., después que ha dicho las diferentes figuras que el divino Esposo toma, y los desseos y peticiones de la Esposa, añade elegantíssimamente, lo que hace mucho á nuestro propósito: «Deinde tanquam lascivienti ludens amore, quia velit penetrare sensus amantes» (para ver lo que tiene en el ánima que le ama). Sæpe egressus, ut quæreretur a Sponsa; sæpe regressus, ut invitaretur ad oscula, astiterit post parietem, prospexerit per fenestras, eminens super retia non totus abesset, nec quasi totus intraret, et ipse ad se Sponsam vocaret, ut veniendi ad se invicem fieret graviora commercia, amorisque vim, mutuis adolerent sermonibus ([1]).

([1]) «Mas tú eres siempre el mismo, y tus años—quiere decir tu vida—no tendrán fin».

([2]) «Ven á participar del gozo de tu Señor».

([3]) «No entraréis en el reino de los cielos».

([1]) Como queriendo indagar los sentimientos más recónditos del alma que le ama, Jesús, Señor nuestro, unas veces se muestra lejos, para que aquélla le busque solícita, otras se le hace presente, regalándola y colmándola de dones; de ahí es el decir que mira por las celosías, etc.

Sed jam divum Bernardum locum hunc interpretantem audiamus: REVERTERE, SIMILIS ESTO, DILECTE MI, CAPREÆ HINNULLOQUE CERVORUM SUPER MONTES BETHER ([1]).

* ARTÍCULO IV

De una exposición de San Bernardo se aprovecha para pintar la pena que causan en el alma las ausencias de Dios y cuánto desea no se tarde su consejo.

No se acaba de ir el Esposo, y luego le vuelve á llamar, y ruégale que corra y se dé priessa, á la manera de una cabra montés ó de un corzo que velozmente corre. REVERTERE.

Bien se descubre en la petición que no está presente, pues le ruega que vuelva; pero que lo estuvo, y que n. iba lejos, pues que yendo camino parece que le vuelve. Intempestiva revocatio magni amoris unius, magnæ alterius amabilitatis inditium est ([2]). ¿Quiénes son estos cultores de la caridad, amatoriique tam indefessi sectatores negotii, quorum alterum prosequitur, alteram urget tam inquietus amor? ([3]) Aquí se quisiera excusar San Bernardo, por su grande humildad, y al fin prosigue interpretando este lugar del Verbo y del ánima. REVERTERE.

Cuando Dios va ó viene al alma no se conoce sino por sentimiento de la misma alma.

Bene, ait, abibat: et revocatur [Habíase, dice, retirado, y llámasele de nuevo]. ¿Quién me descubrirá el secreto de esta mutabilidad? ¿Quién dignamente me declarará este ir y volver del Verbo? ¿Por ventura usa de liviandad el Esposo? ¿De dónde ha de venir ó ir de nuevo el que hinche todas las cosas? ¿Qué movimiento local puede tener el que es Espíritu puro? ¿A dónde puede ir, ó á dónde puede faltar aquel que es Dios infinito? Verum hæc qui potest capere, capiat [Quédese el entender esto para quien Dios se lo descubriere]. El Verbo va y viene al ánima cuando quiere y como quiere; lo cual se hace, no por movimiento del Verbo, sino por sentido ó sentimiento del alma; verbigracia, cuando siente la gracia, conoce su presencia; cuando no la siente, siente que está ausente, y pídele que vuelva, diciendo con el Profeta *(Ps. 26*, 8): «Exquisivit te facies mea: faciem tuam, Domine, requiram» ([1]). Y ¿por qué no le ha de buscar, pues que, faltándole tan dulce Esposo, no tiene gusto, ni le place, no digo dessear, pero ni aun pensar en otra cosa? Resta, pues, que ausente le busque, y apartándose le revoque, y haga dar la vuelta. Assí es revocado el Verbo, y revocado del desseo del ánima; de aquella ánima, digo, á la cual El hubiere alguna vez dado á sentir su dulcedumbre. ¿Por ventura el desseo no es voz? Voz es, y fuerte, y que la oye el Señor. Ausentándose, pues, el divino Verbo, en el entretanto que vuelve, la voz una y continua del alma es su continuo deseo de El, es un continuo decir: REVERTERE. Hasta que vuelve. Dadme un alma á la cual el Esposo frecuentemente suela visitar, á la cual hubiere dado la familiaridad, atrevimiento, el gusto, hambre, el desprecio de todas las cosas, ocio; y luego yo á ésta sin detenimiento alguno le doy nombre y vez de Esposa, y no tendré por ajeno della el lugar que tenemos entre manos. Tal es la que aquí se introduce hablando; porque al que revoca y vuelve para sí, sin duda ninguna confiessa haber merecido tenerle presente; pero no haber quedado harta y satisfecha. De otra manera no le pidiera que diera la vuelta, sino que viniera. Porque, á la verdad, el verbo REVERTERE, de quien le ha tenido y se vee sin El, es. Y por ventura se ausentó y se le quitó de delante, para que con mayor ansia le hiciesse dar la vuelta, y más fuertemente trabasse de El y le tuviesse. Esse intento tuvo, fingiendo que pasaba adelante, cuando los discípulos, deseando su compañía, le dijeron *(Luc.*, XXIV, 29): «Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit». No quería irse, sino oir aquella palabra *Mane nobiscum;* y para oirla finge passar adelante. Y cuando los apóstoles estaban afligidos en el mar y fatigados remando, ¿no fingió que iba de passo? Quiso

([1]) Pasemos ya, empero, adelante, y oigamos las palabras de San Bernardo sobre las del *Cantar de los Cantares*, que vamos comentando.

([2]) Este repentino llamamiento, indicio es en el alma de su grande amor; en el Señor, de su infinita bondad y condescendencia.

([3]) ¿Quiénes son—pregunta el melifluo doctor—estos dos tan finos y amartelados amadores, llenos é inflamados de un amor tan vehemente y encendido?

([1]) «En busca de ti han andado mis ojos. Oh, Señor, tu cara es la que yo busco».

probar su fe y despertar su afecto, para que le llamassen. «Turbati sunt, et clamaverunt, putantes phantasma esse» *(Marc.*, VI, 49) *(a).*

Dissimúlase Dios algunas veces porque el alma con más ansia le busque.

Essa piadosa dissimulación ó dispensación maravillosa que el Verbo en carne corporalmente hizo, El mismo en cuanto espíritu la hace frecuentemente con el ánima devota suya. Si passa de largo, quiere ser detenido; y si se ausenta, revocado. *Neque enim hoc irrevocabile est Verbum.* Va y viene por gusto, como el que de mañana visita y despierta, y súbitamente prueba. Y, á la verdad, el ir suyo, dispensatorio es; pero el dar la vuelta, voluntario siempre; mas lo uno y lo otro, lleno de juicio. La razón de todo, El se lo sabe. Agora lo que vemos que passa en el alma es este irse y venirse y no permanecer en su ser. «Vado, et venio ad vos». Et «modicum, et non videbitis me: et iterum modicum, et videbitis me» *(Joan.*, XIV, 28, *Joan.*, XVI, 16). ¡Oh, poquito, y poquito! ¡Oh, poquito largo! Piadossísimo Señor, ¿poquito decís lo que estamos sin veros? Salva sea vuestra palabra, Señor mío, mucho y largo en demasía es el tiempo que faltáis de nosotros. Verdad es uno y otro: poquito para los méritos; y no poquito, sino mucho para los desseos. «Si moram fecerit, expecta *eum*, quia veniens veniet, et non tardabit» *(Habac.*, II, 3) ([1]). ¿Cómo no tardará, si se tarda, sino porque basta para el mérito, y no para el desseo?

Verdaderamente el alma enamorada es traída ó llevada por los desseos y no por la razón; dissimula los méritos, cierra los ojos á la majestad, ábrelos al deleite, poniéndolos en su salud y haciendo confiadamente en él. Sin temor, pues, y sin empacho, hace dar la vuelta al Verbo, y con confianza repite sus delicias con la acostumbrada libertad, llamándole, no Señor, sino querido. REVERTERE, DILECTE MI. Pónese á sí el Santo por ejemplo, con grandíssima modestia, de estas idas y venidas y estados del divino Verbo, diciendo: «Confiesso haber venido á mí el Verbo, y muchas veces, aunque no es cordura el decirlo. Y habiendo entrado muchas veces á mí, algunas no le sentí entrar; sentíle estar en mi alma, acuérdome que le tuve conmigo, y alguna vez pude sospechar que entrasse, mas nunca le sentí ni entrar ni salir; porque ni agora puedo alcanzar de dónde vino cuando á mí vino, ni adónde fué cuando me dejó, ni por dónde entró ó salió en mi alma: «Quia nescis unde veniat, aut quo vadat» *(Joan.*, III, 8). Y en otra parte *(Ps. 76*, 20): «Et vestigia *pedum tuorum* non cognoscentur» «y la huella de tus pisadas no será conocida». No entró por los ojos, porque no es sujeto á color; ni por los oídos, porque no hizo ruido; ni por las narices, porque no se mezcló con el aire; ni por la boca, porque ni se come ni se bebe; ni con el tacto le sentí, porque no es tal que se toca. ¿Por dónde, pues, entró? ¿O por ventura no entró» porque no vino de fuera? Porque no es cosa ninguna de las que están por defuera. Mas ni tampoco vino de dentro de mí, porque es bueno, y yo sé que en mí no hay cosa buena».

Lo que somos por Dios lo somos; porque en Él nos movemos y por Él vivimos.

«Subí, pues, sobre mí, y hallé que este Verbo aún estaba más alto; descendí debajo de mí, inquiridor curioso, y también hallé que aún estaba más abajo. Si miré á lo de fuera, víle aún más fuera que todo ello. Si me volví para dentro, hallélo también adentro, y conocí que es verdad lo que había leído: «que vivimos en El y en El nos movemos y somos» *(Act.*, XVII, 28). Y dichoso aquel que á El vive y en El se mueve.

Mas preguntará alguno: Si es tan impossible alcanzarle y entenderle sus pasos ¿de dónde sé yo que estuvo presente en mi alma? Porque es eficaz y vivo este Verbo *(Hebr.*, IV, 12), y assí luego que entró despertó mi alma que se dormía. Movió y ablandó mi corazón y llagóle, que estaba duro y de piedra, y malsano *(Cant.*, IV) *(a).* Comenzó luego á arrancar, y á deshacer, y edificar, y á plantar, y á regar lo

---

(a) Las palabras que se leen en San Marcos son éstas: «Ut viderunt eum ambulantem supra mare, putarerunt phantasma esse, et exclamaverunt». En el capítulo XIV, 26, del Evangelio de San Mateo, se refiere este mismo hecho con estas otras palabras: «Et videntes eum super mare ambulantem, turbati sunt dicentes: Quia phantasma est. Et præ timore clamaverunt».

([1]) «Si tardare, espérale; que el que ha de venir vendrá, y no tardará».

(a) Sería mejor referir esta cita á las palabras del capítulo V, verso 4.

seco, y á resplandecer en lo oscuro, á traer lo torcido á derechez *(a);* y á convertir las asperezas en caminos muy llanos, *(Isai.*, XLII *(sic) (b)*, de arte que bendicen al Señor, mi alma y todas mis entrañas á su santísimo nombre *(Ps. 102*, 1). Assí, que entrando el Verbo Esposo algunas veces á mí, nunca me dió á conocer que entraba con ningunas señas; no con voz, no con figura, no con sus passos; finalmente, no me fué notorio por ningunos movimientos suyos, ni por ningunos sentidos míos, el habérseme lanzado en lo secreto del pecho: solamente de lo que el corazón me bullía entendí su presencia. De que huían los vicios, y los carnales afectos se detenían, conocí la fuerza de su poder. De que traía á luz mis secretos, y los discutía y redargüía, me admiré de la altèza de su saber. De la enmienda de mis costumbres, cualquiera que ella sea, experimenté la bondad de su mansedumbre. De la renovación y reformación del espíritu de mi alma, esto es, del hombre interior, percebí como pude la hermosura de su belleza. Y de la vista de todo esto juntamente, quedé asombrado de la muchedumbre de sus grandezas sin cuento. Mas por qué todas estas cosas, luego que el Verbo se aparta, como cuando quitan el fuego á la olla que hierve, comienzan con una cierta flaqueza á caerse torpes y frías, y por aquí como por señal conocía yo su partida; fuerza es que mi alma quede triste, y lo esté, hasta que otra vez vuelva y torne, como suele, á calentarse mi corazón en sí mismo *(Ps. 38*, 4), y conozca yo assí su tornada».

«Teniendo yo tal experiencia del Verbo, ¿qué maravilla, si me aproveché de la voz de la Esposa, en lo que es hacerle volver cuando se ausenta, pues tengo la misma necessidad que ella, y el desseo, si no igual, semejante, y en parte? Familiar ha de ser á mí, en tanto que viviere, REVERTERE, y cuantas veces sintiere que se resbala y ausenta el Verbo, tantas la repetiré; ni cesaré de clamar á las espaldas del que se me va, con ardiente desseo del corazón, para que vuelva y me vuelva el alegría de su salud, y á sí mismo, que es verdadera salud. Y porque cuanto más se manifiesta el divino Verbo entrando en el alma, más se sintió y se siente su ausencia, á la palabra REVERTERE se le añade la semejanza de la cabra montés y el cervatillo, que caminan con tanta ligereza, que apenas ponen los pies en el suelo; son tan ligeros, que aparecen más aves del aire que animales de la tierra: SIMILIS ESTO CAPREÆ HINNULLOQUE CERVORUM SUPER MONTES BETHEL.»

Nótese que no parece compadecerse lo que habemos dicho del Verbo, que entra y sale sin ser sentido, con lo que dice la Esposa, que es semejante á la cabra montés y al corzo ó cervatico. Porque lo primero pertenece al espíritu sólo, y esto segundo dice cuerpo; porque cuerpo tiene la cabra y el ciervo, y de fuerza se ha de echar de ver su ausencia y presencia cuando se va y cuando vuelve. También tiene cuerpo Cristo porque es hombre y hijo de los ciervos; esto es, de los patriarcas y profetas y reyes y sacerdotes. La respuesta desta dificultad es fácil y llana, si consideramos en Cristo dos naturalezas, que, en cuanto Verbo, le cuadran las condiciones del espíritu, comunes al Padre y al Espíritu Santo; y fuera destas tiene otras por donde se dice espíritu. La primera, porque ser esposo del alma es cosa que se atribuye al Verbo, y el alma es espíritu; y assí conviene que El lo sea y se lo llame, para que sea alma del alma y espíritu del espíritu. La segunda, porque en el ayuntamiento que con ella tiene guarda bien las leyes y condiciones del espíritu, que se va y se viene y se entra y se sale sin que sepáis cómo ni por dónde, como habemos dicho. En cuanto hombre, le cuadra la semejanza de la cabra y del ciervo; aunque si se compara á ellos por la ligereza y oportunidad con que acude á su Esposa, tan bien le conviene en cuanto Dios á solas, como en cuanto hombre y Dios.

De dos maneras nace Dios en el alma y está en ella.

Y porque se entienda de una vez cómo está el Verbo en el alma cuando se siente y cómo cuando no es sentido; que, á la verdad, nunca falta della, cuando está en gracia y es su amiga, nótese lo que doctíssimamente, y con espíritu del cielo dice el padre Maestro fray Luis de León *(Título Hijo);* conviene á saber, que nace el Verbo en nosotros,

---

(a) Derechez, palabra anticuada; lo mismo que *derecheza;* en lugar de derechura, rectitud.

(b) Parecen más en armonía con las palabras citadas por el P. Angeles las que se leen en *Jeremías*, capítulo I, verso, 10, y las del capítulo XVIII, verso 7, del mismo profeta.

y nacemos nosotros en El, y son diferentes entre sí estos dos nacimientos. Nace cuando quitada la mancha de la culpa, que figuraba nuestra alma como demonio, recibe la gracia y la justicia que cría Dios en ella, que es como una imagen de Cristo, con que quedamos semejantes á El. Nacemos en El, cuando el Espíritu viene á el alma que ya está en su gracia, y se junta con ella, y, como si fuesse alma del alma, se derrama por ella, y derramado y como embebido en ella, se apodera de sus potencias y fuerzas; no de passo, ni de corrida, ni por un tiempo breve, como acontece en los resplandores de la contemplación y en los arrebatamientos del espíritu, sino de assiento y con sossiego estable, y como reposa el alma en el cuerpo. El mismo lo dice assí (*Joan.*, XIV, 23): «El que me amare, será amado de mi Padre, y vendremos á él, y haremos assiento en él».

Grandes cosas son éstas; pero mayores las que nos quedan por decir: Que muchas veces ha nacido Cristo en un alma y está ella, y la rige y gobierna, y es como alma suya y espíritu suyo, y no es sentido ni conocido de la misma ánima. De donde nacen las ansias y angustias en ella, y el frecuentar el verbo REVERTERE, REVERTERE. Presente está, y fíngese ausente por oir el REVERTERE.

Este es un secreto admirable, y de solo el saber y poder de Dios; y para entender algo dél, digo assí: que entre esta venida y ayuntamiento del espíritu de Cristo á nosotros, que llamamos movimiento suyo, y entre las venidas que hace al alma del justo y las demostraciones que en el ejercicio de la oración le hace de sí, la principal diferencia es que, en esto que llamamos nacer, el espíritu de Cristo se ayunta con la essencia del alma, y comienza á ejecutar su virtud en ella, abrazándose con ella, sin que ella lo sienta ni entienda, y reposa alli como metido en el centro y medio della; y reposando allí, como desde el medio, derrama los rayos de su virtud por toda ella, y la mueve secretamente y con su movimiento de El, y con la obediencia della, á lo que es de El movida, se hace por momentos mayor lugar en ella, y más ancho y más dispuesto aposento para Dios. Mas en las luces de la oración y en sus gustos, todo su trato de Cristo es con las potencias del alma, con el entendimiento, memoria y voluntad; alumbra el entendimiento, regala la memoria y inflama la voluntad; y haciendo esto, no puede estar secreto; conócese luego su presencia, y más que luego passa á los sentidos del cuerpo, y se les comunica por diversas y admirables maneras, en la forma que les son possibles aquestos sentimientos á un cuerpo. Y de la copia de dulzores que el alma siente y de que está colmada, passan al compañero las sobras, como ya dijimos en otra parte; por donde estas luces ó gustos, ó ayuntamiento gustoso del alma con Cristo en la oración, tienen condición de relámpago, porque luce y se passa de presto, por cuanto nuestras potencias y sentidos, en cuanto dura la vida mortal, tienen necessidad precissa de divertirse á otras contemplaciones y cuidados, sin [los] que ni se vive, ni se puede ni se debe vivir.

Iten—y sea [la] segunda diferencia,— en el ayuntamiento del espíritu de Cristo con el nuestro, que llamamos nacimiento suyo, el espíritu de Cristo tiene vez de alma, respecto de la nuestra, que la mueve á obrar como debe; y pone en ella el espíritu, para que se menee; y assi obra El en ella, y la mueve, que ella, ayudada de El, obra con El juntamente. Mas en la presencia que de sí hace en la oración de los buenos, por medio de deleite y de luz, por la mayor parte el alma, y sus potencias reposan, y El solo obra en ellas por secreta manera un reposo, y un bien, que no se puede decir. De suerte, que el primero ayuntamiento es de vida; el segundo, de deleite. Aquél es el ser y el vivir; aqueste es lo que hace dulce el vivir; allí recibe vivienda y estilo de Dios el alma; aquí gusta algo de su bienandanza. Y assí aquéllo se da con assiento, y para que dure, porque si falta, no se vive; y esto se da de passo, y á la ligera, porque es más gustoso que necessario, y porque en esta vida, que se nos da para obrar, esse deleite en cuanto dura, quita el obrar, y le muda en gozar. «Habent igitur amatorii spiritus, corporis corruptione detenti et distenti, creb[r]am de Dei visitatione lætitiam: sed nullam copiam, dum nec plena esse sinitur nec morosa. Unde et quodam jocundo ludo interim Deus ludere videtur cum filiis hominum, a quibus dum teneri putatur, e manibus labitur; insectatus se comprehendi patitur, et disparens rursus non videtur, donec denuo lachrymis, et præcibus vocatus revertatur. Et ita licet delectet visitatio, molestat vicissitudo. Sed quanto putas stupore perfunditur anima, subtracta illa dulcedine, et ad hos sensuum laqueos captiva retracta? Nonne

quasi de patria spirituum pulsa in vallem camporum, in aliquod quoddam ignotum sæculum sibi cecidisse videtur, longe priori dissimile, in quo et charitas friget, et sensualitas regnat, caligat oculus mentis, et sensus viget corporis? Hæret tunc, et alta trahens suspiria, inde misera, unde beata efficitur. Nam quo gratiora fuerat experta, eo molestius fert sibi esse subtracta. Subtractio enim rei amatæ augmentatio desiderii est. Et quod ardentius optas, cares ægrius. Et hic est languor amoris, quod non est aliud, nisi tædium impatientis desiderii, quo necesse est affici mentem vehementer amantis, absente, quem amat. O præsens absentia, et absens præsentia ejus, qui simul perditur, et habetur» ([1]).

De ahí nace la voz REVERTERE, porque ausente el amado, ninguna cosa le queda al alma, de que pueda recebir consuelo. Al fin la que deprendió á no amar cosa fuera de Dios, no puede consolarse sino con Dios. «Renuit consolari anima mea (debía de estar ausente el amado); memor fui Dei, et delectatus sum». *(Ps. 76*, 3-4) ([1]).

Sólo consuela el que solo mora dentro del alma, el cual, aunque muchas veces falta á los justos para el gusto y deleite, porque no sale á las potencias, nunca les falta para el mérito, assistiendo, aunque de secreto, en el hondón y essencia del alma: aquello es más sabroso, pero esto es más provechoso. No duerme la Esposa en este tiempo con las vírgenes locas, que tardando el Esposo *(Math.*, XXV, 5), se olvidaron y durmieron. Sed crebris succussa suspiriis, et gemitibus excitata, dissimulare tristitiam non valet: nec ignem occludere, qui triste pectus adurit. Non jam deliberat, non jam consulit rationi, non verecundatur, modum ignorat et ordinem, id omnino et solummodo satagente animo, quomodo redeat in præsentia dulcedo, cujus quantamlibet festinationem reputat tarditatem, etc. ([2]).

El alma que obra por Dios, aunque no halle gusto en sus obras tiene mérito en ellas.

Divus Thomas: QUI PASCITUR INTER LILIA DONEC, etc. Per lilia intelligit candidas et odoriferas sanctorum virtutes, vel choros virgineos, quibus maxime delectatur Christus. DONEC ASPIRET DIES, scilicet æternitatis. Et inclinetur umbræ, id est nebulæ vitæ præsentis, in qua per speculum et in ænigmate videtur Sponsus. Tunc autem videbitur facie ad faciem *(I Joan.*, III, 2) ([3]).

([1]) Gustan, pues, las almas así regaladas y favorecidas de Dios, pero sujetas todavía á la pesadez del cuerpo al que están unidos esencialmente, un gozo inmenso al recibir las visitas y consolaciones divinas; pero éste ni es completo, ni, de ordinario, muy duradero. De donde resulta, que á las veces parece como que Dios se entretiene con ellas con una especie de juego amoroso, pues cuando más seguramente creen que le poseen se les escapa de las manos y se les oculta; síguenle y hasta parece que le alcanzan de nuevo, para ocultárseles otra vez, hasta que se hacen merecedoras de nuevas visitas divinas, obtenidas á costa de lágrimas y de asiduas y fervientes oraciones. Por eso, aunque está llena de consolaciones y de gustos esta posesión momentánea de Dios, el temor de perderla hace que no esté libre de pena. ¿Y quién podrá decir hasta qué punto llega esta pena, cuando el alma se ve privada de tanto bien, y de nuevo sujeta á sufrir lo que la vida de los sentidos lleva consigo? Es tal mudanza tan sensible y dolorosa, como que no sólo es vivir otra vida diferente de aquélla, sino como quien de la cumbre de la gloria del cielo cae en un valle oscuro y profundo, en el que languidece la caridad, lo sensible y terreno seduce y atrae, la mente está oscurecida y muy vivos y muy despiertos los sentidos. Queda el alma como apesgada y cautiva, tanto más y miserable cuanto antes más feliz y más dichosa, dolorida puesto que cuanto mayores bienes y más suaves había gustado, tanto con mayor viveza siente su pérdida, porque la privación de lo que amaba aumenta en ella el deseo de poseerlo y el dolor de carecer de ello, ya que el carecer de lo que mucho y muy vivamente se desea hace que con más intensidad sienta el alma su desgracia. Esto es lo que engendra la enfermedad de amor, que no es más que el tedio que se produce en el alma por la vehemencia del deseo con que quiere poseer al objeto de su amor, á quien llora ausente. ¡Oh ausencia bien presente, y oh presencia tan lejana de aquél á quien á la vez se posee y de quien se está ausente!

([1]) «Se había negado mi alma á todo consuelo: acordéme de Dios y me sentí bañado de gozo».

([2]) No duerme la Esposa... sino que, como sacudida por la fuerza de los gemidos y suspiros, sin poder disimular el dolor que la aflige, da rienda suelta al fuego del amor de que se siente abrasada, y sin parar mientes en las circunstancias que la rodean ni dejarse acobardar por ningún respeto ni consideración, sólo pide que vuelva á ella el que la consolaba, cuya ausencia, por breve que sea, la reputa por de muy larga duración.

([3]) La interpretación que Santo Tomás da á las palabras propuestas, es la que de varios santos Pa-

REVERTERE, scilicet [*Vuélvete*], á saber: á consolarme, ya que resucitando de entre los muertos, te subiste á los cielos, despreciadas las bajezas de la tierra. Ea est natura cervorum, ut alta semper petant (1). REVERTERE, aunque no te pueda ver como eres, y sin sombras, en tanto que vivo en carne, y muéstrate á mi alma en espejo y enigma, visítame y consuélame con tu presencia. Bethel, legit Bethara, id est domus vigiliarum, montes sanctorum, hos montes intelligit, qui semper invigilant, æterna desiderando. Dilectus meus mihi et ego ei, qui pascit, vel ego ejus pascentis flores. DONEC RESPIRET DIES. *Symachus*, *Septuaginta*, *Vatablus*, et Basilius, Aquilas. DONEC CESSENT, INCLINENTUR UMBBÆ: amoveantur (2).

DILECTUS MEUS MIHI proprius erit, et ego illius, qui pascit inter lilia. [*Mi Amado* estará más cerca de mí y yo de Aquel que se apacienta entre lirios]; y hace punto. Y luego: Dum est flagrantissimus æstus diei, et umbræ fugiunt. REVERTERE, DILECTE MI, SISQUE SIMILIS CAPREÆ, ET HINNULLO CERVORUM, IN MONTIBUS BETHEL (3).

DONEC ASPIRET, id est, tantisper, dum veniat dies illa, et abeant umbræ, etc. PER UMBRAS intelligit ignorantiam. REVERTERE. Ascensionem intelligit, quæ fuit volocissima. BATHER. Alii divisionis, ut non sit nomen proprium loci. Significat cœlos, qui dividunt mortales ab inmortalibus (4). Dilectus meus est meus, et ego sum illius, qui pascit inter lilia, donec aspiret dies, et fugiant umbræ. Verte te, similis esto, etc. Parece que deja libertad con esta puntación *(a)* para que se junte el DONEC, con lo que precede, y con lo que se sigue. Sanctes REVERTERE ex hebræo vertit: Circunda, sive lustra scilicet domum totam. Exhórtale á la predicación por toda la tierra de Judea con priessa de corzo, y pídele que vuelva á acabar su curso á Jerusalén. SUPER MONTES BETHEL, id est, Judeæ, quæ domus Dei erat [sobre los montes de Bethel, esto es, de Judea que era la casa de Dios]. Estaba Jerusalén situada sobre los montes de Sión y Moria: en el uno *(Genes.*, XXVIII, 12) vió Jacob la escala, y en el otro *(Genes.*, XXII, 2) quiso Abraham ofrecer su hijo, y en otro Melchisedech ofreció pan y vino.

Orozco, REVERTERE (ex Hebræo advertendo ASSIMILAVI TE CAPREÆ, etc.), de adventu ad judicium intelligit hoc cum Bernardo. Orgelitanus Episcopus DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI, de his Apostoli [verbis] *(Ephes.*, V, 31-2): Erunt duo in carne una. Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo, et Ecclesia. O el alma santa, dice, de su Esposo (*Ps. 15*, 5): «Dominus pars hæreditatis meæ» Y el Padre dice al Hijo, Esposo de ella (*Ps. 2*, 8): «Postula a me, et dabo tibi gentes hæreditatem tuam, et possesionem tuam terminos terræ». Ni la Esposa quiere más que á su Esposo, ni Él tiene más herencia ni más hacienda que á ella. Son dos y son uno. Ella: tú eres mi parte; él: tú eres mi hacienda. Habet Christus Ecclesiam in suo corpore. Habet Ecclesia Christum in capite: quæ connexio, quia dissotiari non potest, merito dixit: DILECTUS MEUS MIHI, etc. QUI PASCITUR INTER LILIA, id est decoratur cœtibus sanctorum, et virginum. DONEC ASPIRET DIES, id est, lux Evangelii clarius emicet et rutilet. Figuras intelligit Veteris Testamenti, que á la predicación del Evangelio, se cayeron, y acabaron. REVERTERE, de ascensu in cœlos celerrimo intelligit (1).

(a) Puntación por *puntuación.*

dres y escritores sagrados dejamos ya indicada, entendiéndose por lirios las virtudes de los santos, ó también las almas que sobresalen en la pureza y castidad. Las palabras *día* y *sombras*, de este lugar, son símbolos de la claridad del día de la eternidad, en que veremos á Dios como Él es en sí mismo, sin sombras ni oscuridades.

(1) Los ciervos buscan siempre para su morada las altas montañas.

(2) Los autores citados entienden, con corta diferencia, estas palabras en el sentido que, tomándolo de otros, hemos ya indicado.

(3) Parece como si quisiera decir: Mi amado estará más cerca de mí y yo de Él, que vive entre los lirios. Y añade: En cuanto decline el día y la fuerza del calor se mitigue, vuélvete, amado mío, con tanta ligereza como la cabra montés y como el cervatillo en los montes de Betel.

(4) Pueden también entenderse por las sombras la ignorancia mundana, opuesta á la luz de la fe de Cristo. Algunos, por esta vuelta rapidísima que aqui pide la Esposa interpretan el misterio de la Ascensión gloriosa de Jesucristo.

(1) El Beato Alonso de Orozco, siguiendo á San Bernardo, entiende también estas palabras de la venida de Cristo en el día del Juicio universal. El obispo Orgelitano aplica estas palabras: «Mi amado

Apponius DONEC ASPIRET DIES de die judititii interpretatur: es el día más desseado de los santos. Sic Paulus (*Philip.*, III, 20): «Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit, etc.». Y en otra parte da por bueno el dessear este día *(II Timoth*, IV, 8): «Iis qui dilligunt adventum ejus» (1).

REVERTERE, SIMILIS ESTO, DILECTE MI, CAPREÆ, etc. De caprea, et hinnulo dicit sic. Natura istorum est, voce ante se in montibus resonante, post tergum emissa, dum obviam sibi opinantur occurrere quippiam, ad locum unde abscesserant reverti velociori cursu: et hæc est causa, ut exasperata caprea ab hostibus consuetam nolit de[re]linquere sedem: sicut et Christus Dominus noster, quamvis provocatus, quamvis exasperatus peccatis hominum, pietatis tamen non derelinquit consuetam sedem. Beda advierte que en el capítulo primero dijo la Esposa: UBI PASCAS. Y aquí dice: QUI PASCITUR. Pascitur in nobis, quia corpus illius et membra de membro. Pascit nos quia caput est nostrum. Cum superioribus annecte (2).

DONEC ASPIRET DIES. Hasta que llegue el día de la bienaventuranza y gloria. Allí se acabarán los cuidados del divino Pastor y la necessidad de ser apacentadas las ovejas; porque allí se acaba la hambre y se tiene perfecta y perpetua hartura. Durante la vida presente apacienta Cristo su ganado, y es apacentado en él.

REVERTERE INTERIM. Entre tanto que se llega aquel día dichoso con algún relieve de los de allá para passar la vida. SUPER MONTES BETHEL id est: montes, vel corda justorum. En algunos códices latinos dice que ha leído: Super montes succorum, et aromatum. Lo cual pertenece á los santos, qui non supervacuis cogitationibus arefacti, sed velut arbores aromaticæ salutaribus succis, semper sunt internæ dulcedinis et charitatis refecti (1).

Divus Gregorius: DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI, id est: Pues no me falta en la benevolencia, no le faltaré en la amistad; siempre seré su amiga, pues que siempre me es bienhechor. PER LILIA animas sanctas interpretatur vel cogitationes mundas. No puede el divinísimo y limpíssimo Esposo morar entre pensamientos brutales. «Et auferet se a cogitationibus quæ sunt sine intellectu, et corripietur a superveniente iniquitate» *(Sap.*, IX) (*a*). DONEC ASPIRET DIES, id est, vita æterna appareat, et finiatur præsens. Hic quippe nox est, ibi vero dies erit, quia hic in visione veritatis

(*a*) Debe leerse así: *Sap.*, I, 5.

---

para mí y yo para Él», á explicar aquellas otras de San Pablo á los de Efeso: «Serán los dos una carne. Sacramento es este grande; mas yo hablo con respecto á Cristo y á la Iglesia». O, como dice en el salmo el alma santa: «El Señor es la parte que me ha tocado en herencia», y el Padre Eterno, á Cristo, Señor nuestro: «Pídeme y te daré las naciones en herencia tuya, y te extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra...».—Cristo posee á la Iglesia, teniéndola unida á sí en su mismo cuerpo; la Iglesia, á Cristo, que es su cabeza, la cual unión, mutua é íntima como es, por lo mismo que es indisoluble, da derecho á que aquélla, como la Esposa, diga: «Mi amado para mí, ... el cual se apacienta entre lirios y azucenas», es decir: en las almas puras y de inocente y santa vida. «Mientras que dura el día», esto es: hasta tanto que la luz del Evangelio brille en todo su esplendor en el mundo, haciendo desaparecer las figuras y símbolos del Antiguo Testamento.

(1) Aponio interpreta estas palabras del día del juicio final, que es el día más deseado de todos los santos, como dice San Pablo: «Estamos aguardando al Salvador Jesucristo, Señor nuestro, el cual transformará nuestro vil cuerpo y lo hará conforme al suyo glorioso, etc». Y en otra parte: «Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día como justo juez; y no sólo á mí, sino también á los que *llenos de fe* desean su venida».

(2) El mismo autor indica, entre las propiedades ó costumbres de los ciervos y cabras monteses, que, cuando van perseguidos por los cazadores, al percibir las voces de éstos, que el eco repite en los montes que tienen delante, creyendo que de allí les viene el peligro, vuelven de nuevo al punto de donde primero habían partido; por cuyo motivo á duras penas dejan las guaridas y cuevas donde se encuentran. Como Cristo nuestro Señor, que, aun provocado por los pecados y maldades de los hombres, no se cansa, sin embargo, de usar con ellos de misericordia. Advierte San Beda, el venerable, que dice aquí: *El que se apacienta*, á diferencia del capítulo primero, en el que se lee este verbo en activo, porque Él se alimenta en nosotros, porque somos su cuerpo y miembros suyos. Él nos alimenta, puesto que es nuestra cabeza. (Esto ha de juntarse con lo anterior).

(1) En algunos códices latinos, en vez de *sobre los montes de Betel*, se lee: «Sobre los montes de los aromas y perfumes», lo cual hace referencia á los justos, que por la caridad son á modo de árboles de suave fragancia, jugosos y de admirable virtud refrigerante.

caligamus, ibi Deus ipse, tota veritas mentibus elucebit. El alma que conoce esto clama por aquello, y dice: REVERTERE ad judicium, scilicet. Abiit dilectus a nobis, quando cœlos corporaliter ascendit; revertetur, quando in majestate et gloria judicaturus advenerit. SUPER MONTES, id est, eminens omnibus, como juez y Señor de todos [1].

Cyprianus monachus: DILECTUS MEUS MIHI, etcétera. No parece que hacen sentencia estas breves palabras, y tienen en sí grande energía; son misteriosas y declaradoras de un peso de amor y benevolencia grandíssimo. ¿Qué es para tí tu querido, Esposa bienaventurada? Pero mejor diré: ¿Qué no es para tí? ¿Y qué eres tú para Él, que de nadie tiene necessidad? Assi suelen hablar los que de verdad se aman, porque no hallan razones con qué declarar los conceptos y sentimientos del corazón. Es figura que llaman los griegos *aposiopesis*, y los latinos reticencia, que callando dice más que con muchas palabras dijera. Desta usó el profeta atribulado (*Ps. 9*) *(a)*: «Anima mea turbata est valde: sed tu Domine usquequo?» ¿Hasta cuándo? ¡Qué énfasis tan grande, qué de razones encierra aquel adverbio *usquequo*! ¿Hasta cuándo habéis de diferir el socorrerme? ¿Hasta cuándo me habéis de tener desconsolado y turbado? Hasta cuándo habéis de disimular vuestra clemencia? ¿Hasta cuándo se esconderá en vuestra ira vuestra misericordia? Semejante juzgo yo aquel dicho de San Pedro teniendo á Cristo á sus pies: «Tu mihi lavas pedes?» *(Joan*, XIII, 6) [1]. Todos los encarecimientos del mundo no llegan á lo que dijo San Pedro en estas palabras. Pesarémoslas, si el Señor se sirviere dello, en su propio lugar, cuando le haya para acabar los *Diálogos de la Pasión* [2].

Agora oigamos á la Esposa, que habla como vizcaína. Y á la verdad, hablando con Dios, no son menester muchas palabras. «Ecce quem amas infirmatur» *(Joan.*, XI, 3): [Señor, mira que aquel á quien amas está enfermo]. «Vinum non habent» *(Joan.*, II, 3): [No tienen vino]. «*Nuntiate dilecto*, quia amore langueo». (*Cant.*, V, 8): [*Decid á mi amado* que desfallezco de amor]. Y el Señor dice *(Math.*, XXIII) *(a)*: «Cuando orarédes, no queráis hablar mucho». Al fin se trata con quien nos entiende, que es gran consuelo para el alma. DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI.

Piense el ingenio humano cuanto quisiere de bien, que todo lo hallará en aquel querido de la Esposa: Padre, madre, marido, hermano, amigo, Esposo, salud, vida, consuelo, regalo, favor; *et omnia* [y todos los bienes juntos], como decía nuestro Padre San Francisco, que habiendo profundamente considerado lo que era Dios para él, como la Esposa, echó el sello con decir: *Deus meus, et omnia.* Es mi Dios, y todas las cosas. Basta decir: Dios es para mí. O como tiene otra letra: Dios es mío, mío: ó Dios es propio mío. Y todas las cosas, *id est*, toda mi suficiencia. Es mi hacienda, es mi ser, es mi vivir, es el que es, y todo para mí. Y como decíamos de San Bernardo: Mihi intendit [Inclinó á mí sus oídos]. Y

(a) Es *Salmo 6*, 4.

(a) Léase: *Math*, VI, 7.

[1] San Gregorio abunda en el mismo sentir al interpretar estas palabras del texto, entendiendo por lirios las almas justas y los santos y limpios pensamientos, porque, como se dice en el libro de la Sabiduría: ... «No entrará en alma maligna la sabiduría (que es el mismo Dios), ni habitará en el cuerpo sometido al pecado, porque el Espíritu Santo que la enseña, huye de las ficciones y se aparta de los pensamientos desatinados, y se ofenderá de la iniquidad que sobrevenga». El día por el que suspira es el de la eternidad, pues la vida presente, careciendo, como en ella carecemos, de la vista clara y patente de Dios y de la verdad, puede llamarse noche. Pide el alma que Jesucristo vuelva, deseando que terminen los males presentes y aparezca aquel día de eterna gloria. Como se apartó corporalmente de nuestro lado al subir glorioso y triunfante á los cielos, volverá lleno de esa misma gloria á juzgar al mundo, levantado sobre todo y sobre todos, como juez y Señor de todos.

[1] «¡Señor!, ¿tú lavarme á mí los pies?»

[2] Algunos piadosos afectos sobre este misterioso lavatorio de los pies nos dejó el autor en *La segunda parte de la Conquista, ó Manual de vida perfecta*, *Tercer decenario de meditaciones* sobre los misterios de la Pasión y Muerte del Salvador, meditación primera, aunque es muy poco lo que escribe sobre éstos. Sin duda abrigaba el mismo propósito, cuando los escribió, que aquí manifiesta, si bien no debió realizarlo. Al menos hasta nosotros no han llegado, sino lo que dejamos apuntado. Véase OBRAS MÍSTICAS D·L M. R. P. FR. JUAN DE LOS ANGELES, tomo I, pág. 251.

por ventura quiso decir esto el Profeta santo (*Ps. 39*, 2): «Espectans expetavi Dominum, et intendit mihi». [Con ansia suma estuve aguardando al Señor, y *por fin* inclinó á mí sus oidos]; atendió á mi. Claro es que Dios atiende generalmente á todas las criaturas en el cielo, y en la tierra, en la mar, y en los abismos, y tiene general providencia y cuidado dellas. Pero ¿quién puede poner duda en que la tiene especial de cada una de las almas que están en su amistad y gracia? Esso me dice á mí aquel *mihi*.

Orígenes (ORIGEN. *Hom. in Genes.*, tomo I), explicando aquel lugar (*Isai.*, LXVI, 1): *Cœlum mihi sedes est, et terra scabellum pedum meorum*, dice: «In his quorum in cœlis conversatio est, Deus requiescit, et residet, et loquitur, et inhabitat, et etiam inambulat. In his autem qui adhuc terrenum propositum gerunt, ultima pars ejus providentiæ invenitur: quod in pedum appellatione figuraliter indicatur» ([1]). Anda Dios en un alma santa como en una litera suya, y tráela El metida en su corazón. Divus Basilius (Basil., *Hom. 7 in Ps. 29*, tomo I) in illa verba (*Ps. 29*, 3): *Domine Deus meus clamavi ad te, et sanasti me*, dice: «Non omnium Deus est Deus, sed eorum proprie, qui charitate sunt ei conjuncti. Deus Abraham, Deus Isaac, Deus Jacob, etc. Clamavi ad te, et sanasti me» ([2]). No hubo medio entre la voz y la salud: el llamarte (*a*) y el sanar todo fué uno. Luego especialíssima providencia es la de Dios de los justos, y muy cerca anda dellos, y muy atento á su remedio. Y sobre aquel verso (*Hom. 14 in Ps. 59*) del Salmo 59: *Dedisti metuentibus te significationem*, asserit Deum signum ponere in amicis suis, ne puniantur: «tráelos señalados, porque nadie los toque», como señaló las puertas de los Israelitas (*Exod.*, XII, 7), para que el Angel passasse adelante, y las frentes de aquellos que dijo Ezequiel (*Ezech.*, IX, 4-5), que no quiso que muriessen.

San Juan Crisóstomo en la *homilia 25, in Genesis*, se admira de la providencia de Dios con su amigo Noé, que después que le tuvo en el arca, él mismo le cerró la puerta para que no peligrasse y para que no viesse tan grande estrago en los hombres y animales, y viéndolo se entristeciesse y congojasse demasiado. Habuit (inquit) illum in custodia. [Túvole, dice, guardado por si mismo]. La misma Providencia medita en el cuidado que tuvo de Rebeca (*Genes.*, XXVI, 10-11), mujer de Isaac, para que sopena de muerte nadie llegasse á ella. Y en el aparecimiento que hizo á Labán durmiendo (*ib.*, XXXI, 24), cuando seguía á su yerno Jacob para matarle, mandándole que ni una palabras áspera le dijesse.

Quiere Dios mucho á los justos y tiene mucho cuidado dellos como de las niñas de sus ojos.

Vienen aquí muy á propósito aquellas palabras de Isaías, cap. 65, regaladíssimas, verdaderamente, y para consuelo de un alma desconfiada, y á su parecer olvidada de Dios propíssimas: «Quomodo si inveniatur granum in botro, et dicatur: Ne dissipes illud, quoniam benedictio est, sic faciam propter servos meos, *ne* disperdam totum» (*Isai.*, LXV, 8). Super quæ Hieronimus (Lib. XVIII in *Isai.*): «Si quis, inquit: in botro et uva, quæ ad maturitatem pervenire non potuit, et accescentes attulit fructus, vel aliquo aeris ac terræ corrupta est vitio, unum granum reperit illæsum, quod spem habeat adhuc majus fieri, et ad maturitatem solitam pervenire, dicat alteri: ne tangas illud, sed dimitte ut crescat, quia benedictio Domini est, ut in tanta accinorum multitudine, quæ offendit Deum, si paucos justos invenero, liberabo eos

---

([1]) Comentando Origenes aquellas palabras de Isaias en nombre de Dios: *El cielo es mi solio, y la tierra peana ó el estrado de mis pies*, dice: «Dios descansa como en su trono en aquellas almas que están en gracia y que buscan con ansia los bienes del cielo». En ellas tiene su morada, con ellas habla, en ellas vive y con ellas se acompaña; pero en los terrenos y carnales sólo está, por decirlo así, como de paso, en cuanto les asiste con la providencia general con que atiende á todas las criaturas, y por eso tal providencia es figurada en las palabras del profeta en que dice que son ellas como el escabel ó peana de su trono, el lugar donde sólo tocan los pies del Señor.

([2]) Sobre aquellas palabras del Salmo: *¡Oh, Señor Dios mio!, yo clamé á ti y me diste la salud*, escribe San Basilio: «No se ha Dios con todos los hombres por igual, sino que, en cierto modo, puede decirse que no es Dios de todos, sino de aquellos que viven unidos á Él por la gracia y por la divina caridad, como en la Sagrada Escritura se llama Él mismo Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, y así de otros. De David, por ejemplo, quien decía: «Clamé á ti y me diste la salud».

(*a*) El contexto de la frase parece exigir que aquí se diga *el llamarle*.

de interitu plurimorum» (1): como libró á Lot de Sodoma *(Genes.*, LVII) *(a)* y a Noé del diluvio *(ib.*, VII), etc.

Al mismo propósito hace lo que dice Jeremías *(b)*: «Quasi calidum in deserto inveni Israel cum occísis gladio» id est [ait], Hyeronimus: Quasi medicus, qui post prælium inter cadavera mortuorum, ubi quem senserit pulsantibus venis aliquid habere vitale, adhibet curam vulneribus, ut restituat sanitatem, sic et ego restitui salutem Israel (2). Por Zacarías dice *(Zachar.*, II): que quien toca á un justo le toca á él en la lumbre ó niñitas de sus ojos. Y San Agustín (in *Dialog.*, q. 65, tom. IV), declarando aquel lugar del *Génesis (Génes.*, II, 15); *Tulit Deus hominem, et posuit eum in Paradysum voluptatis, ut operaretur, et custodiret eum*, dice: «Ipsum hominem ponens Deus in Paradysum, ut operaretur Deus, et custodiret: operaretur, ut bonus esset: et custodiret, ut tutus esset Dei providentia». De manera que, según el parecer de este gran teologo y doctor de la Iglesía, «Dios puso al hombre en el Paraíso para trabajar en él, en hacerle bueno, y para guardarle, porque estuviesse seguro.

(a) Esta cita debe leerse así: *Genes.*, XIX, 16 y sigs

(b) Cita el autor estas palabras sin ninguna indicación de capítulo ni versículo. Así, pues, las dejamos.

(1) «Comentando estas palabras de Isaías: «Como cuando se halla un grano *bueno* en un racimo *podrido*, y se dice: No le desperdicieis, pues es una bendición *ó don de Dios*; eso mismo haré yo por amor de mís siervos: no exterminaré *á Israel* del todo»; dice San Jerónimo: «Si alguno encuentra en un racímo ó en una cepa, cuyos frutos no han llegado á sazón, un solo grano sano capaz todavía de desarrollarse convenientemente, y diga: no le toques sino déjalo crecer porque es un don de Dios, de la misma manera el Señor, entre tanta muchedumbre de hombres que le ofende, sí encuentra alguno que conserve la justicia y guarde su ley, lo preserva y libra del castigo y de la destrucción con que, á veces, castiga á los malos...»

(2) Como el médico, dice San Jerónimo, que tras una sangrienta batalla, recorre el campo de la lucha donde yacen multitud de cadáveres, si en alguno descubre aún algún resto de vida le aplica todos sus cuidados para sanarle de sus heridas, así—dice el Señor—yo cuidaré de la salvación de Israel ó del alma justa.

Lege eundem Augustinum, in *Ps. 39 (a)*, super illud: *Jacta cogitatum tuum in Domino*, et in *Ps. 55: Ecce cognovi quoniam Deus meus es tu;* et *Ps. 90: Scapulis suís obumbrabit tibi*; et *Ps. 120: Ecce non dormitabit* (1).

Echó el sello á esta doctrina San Bernardo (ser. 2, in *Ps. 90*). *Qui habitat:* in illa verba: *Dicet Domino: Susceptor meus es tu, et refugium meum: Deus meus* (2). Todas las criaturas pueden decír: Criador nuestro eres tú. Pueden decir los animales todos: Pastor nuestro eres tú. Pueden decir los hombres: Redentor nuestro eres tú. Pero *susceptor meus es tu*, aquel sólo lo puede decir: qui habitat in adjutorio Altissimi [aquel que se acoge al asilo del Altísimo]. Deus meus, [Dios mío]; ¿por qué no Dios nuestro? Porque en la Creación, en la redención y en los demás beneficios comunes, Dios es Dios de todos, pero en sus tentaciones tiénele cada uno de los justos como suyo particularmente. Y assí está aparejado para recebir al que cae, y librar al que huye, como si olvidado de todas las cosas, y dejadas á una parte, á Él sólo atendiesse. ¿Cómo no diremos que le tiene propio, el que le vee, y considera siempre atento á sí, de tal manera, que todo su interior y exterior, en cualquiera hora ó á todas horas, no cessa de considerarlo, y no sólo sus obras sino sus pensamientos y movimientos sutilíssimos del corazón? Es Dios como la gallina, que viendo venir el milano extiende sus alas y debajo recoge sus polluelos, para que tengan allí seguro refugio. Fovet nos tanquam mater calore suo, ut tanquam pulli in calore materni corporis foveamur, ne

(a) En el salmo 54, verso 23, se lee: «Jacta super Dominum curam tuam», palabrás á las que, sin duda, se refiere aquí el autor, pues en el salmo 39 no se halla nada semejante á lo que aquí dice el Padre Ángeles.

(1) Léase al mismo San Agustín sobre aquellas palabras del salmo 54: «Arroja en el seno del Señor tus ansiedades»: y sobre las del 55: «En cualquiera hora que te invoco, al instante conozco que tú eres mi Dios»; así como las que dice comentando las de los salmos 90 y 120: «Con sus alas te hará sombra»; y «No se adormecerá ni dormirá» (el que guarda á Israel).

(2) Él dirá al Señor: «Tú eres mi amparo y refugio: el Dios mío (en quien espero)».

foris vagantes moriamur, refrigescente charitate *(Bern., Ser. 4, in eumdem Ps. 90)* ([1]).

Y no digamos más, porque no olvidemos lo que íbamos diciendo de la preñez de estas palabras. DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI.

* ARTÍCULO V

De otras consideraciones espirituales sobre las palabras de este verso, con las cuales el P. Angeles da fin á sus Comentarios.

¿Qué tú á Él, Esposa querida? Lo que Él es á tí, ya lo vimos; lo que tú eres para Él nos declara, si sabes: EGO ILLI. Y quédase allí; no hace caso de los pensamientos santos que le ofrece, no de las oraciones frecuentes, no de las largas vigilias, no de las obras de piedad en que se ocupa, ni de las demás en que le sirve, porque todo es poco para la correspondencia.

Lo que dice es: EGO ILLI. Yo para él toda, toda cuanta soy. Es retorno, que aunque no iguala con el de su Esposo, á lo menos contrahácele, en la manera del cuidado, providencia y servicios. No tiene proporción lo que es Dios para el alma, con lo que es el alma para Dios; pero tiene semejanza. Quiere decir: Si me ama, yo le llamo; si cuida de mí como de sola, yo cuido de El como de solo; si está todo atento á mí, yo estoy toda atenta á El; si se precia de mi desposado y querido, yo me precio de Esposa suya querida, etc. Desiguales servicios, lo que va de lo finito á lo infinito, pero muy conformes. El me ama como Criador; yo como criatura le amo, pero al fin le amo. Y como no quiere Dios de nosotros sino ser amado, solo con nuestro amor está contento. Todos los demás afectos del alma, y los ejercicios y artes tienen algún premio fuera de sí; pero el afecto del amor no pide más que amor. El es el servicio y él es el premio; la demanda y la paga; porque ninguna cosa es merecedora del amor, sino el amor; y diciendo esto, me persuado que estas palabras DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI, se han de entender del amor recíproco del Esposo y Esposa. El es todo mío y yo toda suya, y no hay más que decir.

([1]) Como madre cariñosa, dice San Bernardo, Dios se ha con nosotros, para que, sostenidos por el calor de su gracia, no andemos vagando fuera ó lejos de Él, con peligro y riesgo de perdernos.

QUI PASCITUR INTER LILIA, por la pureza; como si dijera: Tengo Esposo puríssimo que tiene color y olor de cielo, y apacienta su ganado y se apacienta á sí entre las almas puras y pensamientos limpios, y virtudes hermosíssimas, y de grande resplandor: DONEC ASPIRET DIES, ET INCLINENTUR UMBRÆ, id est: para siempre, como diciendo: No es amistad para dos días, ni dos meses, ni dos años, sino prepetua; antes faltarán los días y se acabarán las sombras que falte nuestra amistad. Es hyperbole propia de pastores enamorados. Antes faltará el sol y la luna, etc., que falte nuestro amor. De manera que el DONEC significa eternidad; como en el *Ps. 109*: «Donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum»; et *Genes.* VIII; «Donec siccarentur aquæ», et *Math.*, I: «Non cognovit eam donec peperit», etcétera. Es este tesón de santos no faltar en el amor del Esposo: reventar, más no pecar. Esse es el principal negocio á que atienden. ¡Ay de nosotros, que tenemos por principal, lo que se ha de acabar y dejarnos á oscuras, mal que nos pese; y por accessorio lo que es eterno. De aquí nacen todos los males, y la reformación está en sólo esto, en que haga accessorio todo lo que no fuere Dios, y principal lo que es servirle y amarle; y no hay necessidad de más libros ni sermones.

Declarando Ricardo aquellas palabras: *Introduxit me rex* in cubiculum suum *(Cant.*, I, 3), dice assí: Nihil aliud est animam cum dilecto suo in cubiculum ingredi, et solam cum solo morari dulcedineque perfrui, nisi exteriorum omnium oblivisci, et in ejus dilectione summe et intime delectari. Usque in intimum dilectus perducitur et in optimo collocatur, quando ex intimo affectu et super omnia diligitur ([1]).

Para declarar mejor esto, pone ejemplo en esta forma: Piensa contigo mismo, qué es lo que en toda tu vida con mayor amor amaste, con mayor ansia desseaste, lo que más gustosamente te aficionaba, y sobre todas las cosas más íntima y profundamente te deleitaba. Considera ergo, si eandem affectionis

([1]) Entrar el alma en el gabinete secreto con su Amado no es otra cosa que olvidarse por completo de todo lo exterior y no desear más que las delicias de su amor. Cuando se le ama con todo el corazón, de todas veras y sobre todas las cosas, entonces entra Dios en lo íntimo del alma y mora en lo mejor de ella.

violentiam delectationisque abundantiam sentis, quando in summi dilectoris tui desiderium inardescis, quando in ejus dilectione requiescis. Cui dubium sit, quod intimum illum affectionis tuæ sinum necdum teneat, si intimæ dilectionis aculeus animam tuam in divinis affectibus minus penetrat, tepidius exagitat, quam in alienis affectibus aliquando penetrare, vel exagitare solebant? Sed si tantam prorsus, vel forte validiorem dilectionis vel delectationis violentiam in intimis tuis circa divina perspexeris, quam alias unquam expertus fueris, vide adhuc si forte aliud aliquid sit, in quo delectari vel consolari possis. Certe quando possumus ex aliena quaiicunque re consolacionem vel jocunditatem concipere, nondum audeo dicere dilectum nostrum intimum ardentissimi amoris sinum tenere. Satage, festina, trahere eum ad interiora, et secretiora cordis tui penetralia, quæcunque es adhuc ejusmodi anima (1). ¿Cuándo tiene el divino Verbo lo íntimo, y más profundo de nuestro corazón? Cuando puede cada uno decir: EGO ILLI: DONEC ASPIRET DIES, ET INCLINENTUR UMBRÆ. Por toda la vida. Sic Rex sanctus: «Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in æternum, propter retributionem». *(Ps. 118*, 112) (2).

Si estas palabras, DONEC ASPIRET DIES, etc., se construyen con las que se siguen, como ya dijimos, REVERTERE, etc.; lo que pide la Esposa es, que tenga con ella la siesta y lo recio del sol. En tanto, dice, que se levanta algún viento y crecen las sombras, vente conmigo, con la priessa que llevan los gamos y cabras monteses por los montes de BETHEL, acossadas de los cazadores ó saltando de unos riscos en otros, con su acostumbrada ligereza. Siempre tiene el alma necessidad de la compañía del Esposo; pero principal y precissamente cuando el sol está en su fuerza, y cuando no corre, ni se siente la marea y viento agradable del Espíritu Santo, ni hay sombras adonde esperar ni passar la siesta, cuando falta todo consuelo y refrigerio humano, cuando está en su punto la tentación y no parece quien socorra. ¡Oh trazas de Dios, que amas tiernissimamente una alma, y la pones á veces en tan grandes aprietos, y en tal extremo, que parece haberte olvidado della, y de amigo, haberte convertido en enemigo! ¿Y para qué Esposo santo? Para probar su Fe; para que se vea que te ama, para acrecentamiento de sus desseos; para que con ansias te busque y hallado no te suelte, acrecientas el cuidado, y el recato y el merecimiento.

SIMILIS ESTO CAPREÆ, HINNULLOQUE CERVORUM. No halló la Esposa animales más ligeros que la cabra montés y el cervatillo, para significarle la necessidad de su presencia y aun para dar á entender cuán apresurado es en acudir á los que de verdad le llaman. Divus Hieronimus (epíst. 2 ad Damasum), in illud *Isai.*, VI, 6: *Volavit ad me unus de Seraphim*, dice que quiso Dios que entendiéssemos la priessa con que acude á los que merecen su compañía, porque deja de andar, y vuela. Y declarando aquel verso del *Ps. 5: Intellige clamorem meum*, dice que clamor no es voz formada con los labios, sino de sólo el corazón. GALAT., IV: *Clamantes in cordibus vestris.* Y que esse clamor allá dentro le oye el Señor. «*Et non* taceat pupilla oculi tui» *(Thren.*, II, 18).

Siempre oye Dios á los que le llaman, aunque sea con solo cerrar y abrir el ojo.

Tan atento está Dios, que oye la voz del párpado del ojo. San Jerónimo dice las lágrimas. Y yo diría también que el levantar las pestañas al cielo oye. Sí; que los ojos hablan, tienen su lenguaje, el cual entiende el Señor; y aunque con tanto silencio se cierran y se abren, oye sus voces. San Agustín, declarando aquel verso: *Clamabo ad Deum altissimum, Deum qui benefecit mihi (Ps. 56*, 3). Si es altíssimo, ¿cómo te oye cuando le llamas? *Nata est experimento fiducia. Deum* (inquit) *qui benefecit mihi.* Si antes que le buscasse me hizo bien, ¿no me oirá cuando

---

(1) Considera atentamente si en ti sientes la misma fuerza de amor, la misma abundancia de consuelos cuando diriges á Dios tu pensamiento, cuando fijas en el Señor tu corazón y tus afectos, que cuando amas algo de la tierra. ¿Quién puede dudar que tu amor no es cual debe ser para tu Dios si con menos ardor diriges á Él tu corazón y tu alma que vas en pos de las criaturas? Pero si en el amor de Dios te sientes más encendido, y con mayores ansias le buscas que las que en ti producen las cosas de este mundo, entonces será en ti perfecto el amor divino. Pues, cierto, no podemos decir que éste sea perfecto y sumo cuando buscamos alguno de los bienes terrenos más ardorosamente que á Dios, ó encontramos en aquéllos mayor descanso que en amar y servir al Señor.

(2) «Incliné mi corazón á la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos, por la esperanza del galardón».

le llamare? ¿Por quién quiso que muriesse su Hijo? Por los malos. Essos no le buscaban, y él los vino á buscar á ellos. Sic est ergo ille Altissimus, ut non sit ab illo longe miseria nostra, et gemitus noster. «Quia prope est Dominus *his qui obtinuerunt cor» (Ps. 144*, 18). Item «inclina ad me aurem tuam, accelera ut eruas me» *(Ps. 30*, 3) (1).

El que dice: Inclina á mi tu oreja, enfermo se confiessa, y oprimido de la enfermedad. Como el enfermo que no puede hablar, pide al médico que le tiente el pulso, que acerque á él su oreja para oirle sus quejas, assí pide el Profeta á Dios que se le acerque y que incline el oído. Y ¡qué cerca está el que puede inclinar la oreja! Dice San Bernardo (*Serm. 9 in Cant.*), super illud *Isaí.*, LXV, 24: *Antequam clament ego exaudiam:* «Arbitror quod interdum nec verba expectat, sed solis cogitationibus advocetur. Prœparans cor, ut audiat auris ejus» (2).

Sed huic secundo capiti finem imponamus, sententiam cujusdam doctissimi interpretis referentes. Interpretatur enim hæc verba: DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI, eleganter nimis. Verba sunt, inquit, emphatica, et quæ pondus amoris inmensum dicunt. Augent vero emphasim, sine verbo posita (3). Mi amado á mí ó para mí; y yo á Él ó para Él. Están llenas de sentidos y preñadas de misterios. El primero sentido es: Él es la cosa que yo más amo, y yo la cosa que sobre todas las criadas El ama. *Sic infra (Cant.*, VI, 8): UNA EST COLUMBA MEA, SPECIOSA MEA, etc.

Ninguna cosa criada ama á Dios más que el hombre, y así el hombre á solo Dios debe amar.

Segundo: Como mi amado acerca de mí es el primero en el amor, y no hay cosa que yo más quiera que á Él; assí en sus ojos soy la más querida, la que me llevo lo principal y primero de su amor; quiere decir: Pars æqua cum dilecto meo est. (Est oratio amatoria, et simillima illi quæ est apud Poetam comicum in *Eunucho*. Act. I (1).

Tercero: Dilectus meus totus quotus est, totus meus est, et peculiaris, et proprius, et perpetuus; et ego, vice versa, tota quota sum, illius sum; ut sit dativus pro genitivo, Hebreorum more: sic Nissenus. Significat enim Sponsa quandam mutui amoris vim, seu reciprocationem inter illam et Sponsum, qualis esse debet inter probos, sanctos, et legitimos conjuges, vel etiam amicos: Vide Theodoretum (2).

Cuarto: Quemadmodum dilectus meus mihi, videtur esse pulcherrimus, ita et ego illi esse pulcherrima videor. Y no es maravilla que la honesta esposa hable desta manera; pues, según recta razón, á la casta y virtuosa matrona todos los hombres le han de parecer igualmente feos é igualmente hermosos: sólo su esposo y marido le ha de llevar los ojos y el corazón, *et vice versa*. Hinc illud Ausonii ad Crispam: Deformem quidam te dicunt, Crispa, at ego istud nescio, mihi pulchra es. Quin etiam cupio junctus, quia Tellus amori est, ut videaris aliis fæda, decora mihi (Vide Bernardum, serm. 60 et 61 et 70 in fine; et Augusti-

(1) La confianza del Profeta al invocar á Dios altísimo nace de la experiencia que tenía de su bondad. Es el Dios—dice—*el que tanto bien me ha hecho*. Porque de tal modo es Dios Altísimo, que muy cerca está siempre de nosotros, tanto que hasta Èl llegan nuestras desgracias, nuestras lágrimas y nuestros suspiros. Porque «muy cerca, pronto está el Señor para todos los que le invocan, para cuantos le invocan de veras», dice el real Profeta. Y en otra parte: «Dígnate escucharme: acude prontamente á librarme».

(2) Por Isaías promete el Señor que «antes de que (los justos) le llamen ó pidan Él les oirá»; palabras que San Bernardo glosa de esta manera: Tan pronto está Dios para socorrernos y oir nuestras peticiones, que muchas veces no aguarda á que se las pidamos expresamente; mira á nuestro corazón y al punto inclina hacia nosotros su misericordia.

(3) Antes de dar fin—continúa el P. Ángeles—á este segundo capítulo del *Cantar de los Cantares*, queremos aducir, como corona de estos Comentarios, la interpretación que un docto varón muy entendido en esta materia da á las palabras en que nos ocupamos ahora: «Mi amado para mí y yo para Él». «Son—dice—altamente enfáticas y sirven para ponderar el amor inmenso del alma santa. Con no llevar el verbo expreso aumentan este mismo énfasis.»

(1) El amor nuestro es mutuo y, en cuanto cabe, igual.

(2) Todo cuanto es mi Amado en sí mismo lo es para mí, de una manera peculiar, perpetua y exclusiva; y yo, á la vez, todo cuanto soy lo soy para Él en el mismo modo. Y en este caso, según San Gregorio Niseno, vienen á significar estas palabras el amor recíproco entre ambos, cual debe ser el que exista entre verdaderos y santos esposos y entre fieles amigos.

num, lib. III *Conf.*, cap. XI; et Chrisostomum, lib. de *Conpunct. cordis.*, tom. V, p. 502).

Es lo de San Lucas XV, 4 sigs: que vino del cielo el Hijo de Dios á buscar á una oveja. *Galat.*, II, 20: «Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me». [Me amó y se entregó á la muerte por mí].

Quinto: DILECTUS MEUS MIHI (quiere decir): Somos para en uno: un ingenio, unas costumbres, un gusto, un querer. (Lege Vivienium, de *Offic. probæ matris*, lib. I, c. XIII, et lib. III. c. XXIII). Allí dice que antiguamente en la celebración de los matrimonios, se le preguntaba á la mujer: Habes virum tibi aptissimum? [¿Tienes marido que perfectamente se te acomode?] Y al marido: Habes uxorem ex animi tui sententia? [¿Tienes mujer según tu gusto y deseo?] Y respondiendo cada uno que sí, el matrimonio era rato. DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI: Cortado á la medida de mi voluntad y yo á la de la suya: él parece que nació para mi, y yo para él (quiere decir): Para tener Esposo, él había de ser, y para tener él Esposa, yo sola le estoy bien. Quo sensu dixit supra *(Cant.*, I, 8): Equitatui meo assimilavi te, amica mea; quasi dicat: Quemadmodum equi mei juncti curribus Pharaonis mirifice inter se congruunt, et pulcherrimum spectaculum oculis præbent: ita mirabiliter congruit mecum Sponsa mea *(a)*. Theocritus in laudem Helenæ dicit, eam esse decori, et honori, et ornamento patriæ suæ: quemadmodum equus Thesalicus laudatissimus congruit, et decous est, currui a fabre facto. Talis est illa comparatio Virgilii, *Egtog. 5* (v. 32-4) [1]:

Vitis ut arboribus decori est, ut vitibus uvæ,
Et gregibus tauri, segetes ut pinguibus arvis
Tu decus omne tuis, etc. [2].

Cuando hubo Dios de criar á Eva, dijo: *(Génes.*, II, 18) «Faciamus ei adjutorium simile sibi» [Hagómosle una compañera á él semejante] no sólo en la especie sino en las costumbres y virtudes, cuales conviene que sean los casados. Quales fuisse legimus Theodosium, et Placillam. (Nicephorus, *Historia*, lib. XII, c. XLII). Homerus, lib. III, *Odis.*, dice: Nihil præestabilius, nihil melius est quam viri et uxoris consentiens et conspirans voluntas. Talisque conjunctio inimicis magnum dolorem inurit, amicis magnam voluptatem affert: ipsi autem conjuges experiendo sentiunt quanta insit in conjunctione vitæ jocunditas [1]. (Lege Horatium, *lib.* I, *Oda 33)* [2]. Ludovico Ariosto, tratando de la discordia de los casados (mal sobre todos los males), dice assí: «Improbe amor, puer injustissime, cui ita raro nostra ad te efficitur voti sententia compos. Cur ita delectat te perfide corda duorum cernere desidiis *(a)* inter se infesta superbis? [3].

DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI. Es Dios en materia de amor impacientissimo, no sufre compañía. Nec enim, inquit Nazianzenus, Sponsus ille cœlestis cum anima alienis amoribus irretita consuetudinem habere sustinet. Ideo appellatur Zelotes in Scriptura, et *(Deuter.*, VI, 13): «Dominum Deum tuum *adorabis*, et illi soli servies [4]». Divinamente alumbró este pensamiento Filón, in lib. de *Plantatione Noe*, tom. I, página 196, adonde declarando aquellas palabras *(Numer.*, XVIII; *Deuter.*, X; *Josue*, XIII): *Non erit tribui Levi portio, neque hæreditas inter fitios Israet quia Dominus hæreditas eorum*

(a) Véase arriba, cap. I, lección 7.ª, págs. 216-49.

(a) *Desidiis* en lugar de *dissidiis*.

[1] *Publii Virgilii Maronis*, OPERA, etc., páginas 25-6; Madrid, Imprenta de la *Gaceta*, 1773.

[2] Como sirven de ornato á los árboles los frutos, como á la vid los racimos y á los campos la copiosa mies, así tú eres el orgullo y la gala de los de tu casa...

[1] Nada más hermoso, ninguna cosa mejor entre el marido y la mujer que el amor y la unión de las voluntades. Por este amor, que, si llena de gozo y satisfacción á los amigos, causa amarga decepción en los contrarios, los mismos cónyuges experimentan cuán grato es el vivir en unión de quienes así se aman.

[2] *Q. Horatii Flacci*, POEMATA, págs. 74-5, Mantuæ Carpetanorum, 1776.

[3] Ariosto increpa así á los que, olvidados del amor á que están obligados, alimentan discordias entre sí: «¿Por qué, amor malvado, niño caprichoso y antojadizo, por qué contrarías las ansias del humano corazón? Por qué te complaces en atormentar así dos corazones nacidos para amarse mútuamente?»

[4] No puede Dios, escribe el Nacianceno, mantener estrecha amistad con un alma que se halla embargada aún por el amor de las criaturas. Por eso, en diversos lugares de la Sagrada Escritura se le llama Dios celoso, y en el *Deuteronomio* están escritas estas palabras: «A solo el Señor Dios tuyo temerás *ó adorarás*, y á Él solo servirás»

est, dice assí del anima perfecta y sacerdotal: «Nam perfecte purificata mens, quæ se abdicavit creaturis omnibus, proculdubio nihil novit præter illum ingenitum, ad quem accessit, et a quo recepta est. Quis enim potest dicere: ipse mihi solus est Deus, nisi qui nullam istarum inferiorum rerum amplectitur, quod est institutum Levitarum? (¹).

El premio del amor es el mismo Dios.

DILECTUS MEUS MIHI; quasi dicat anima Levitica, et sacerdotalis sacrorum ministrorum: Non ab homine decimas, non fructus, non dona quæro, non munera; ipse enim mihi pro munere est, ipse pro tributo, ipse mihi tantum abundat pro his omnibus. Quapropter cum Moysi dictum est, ut populo Judaeorum per tribus singulas dividiret incolatus, et distribueret singulis tribubus portionem, tribum Leviticam excepit, dicens: «Tribui Levi non erit portio in medio fratrum suorum: quia Dominus Deus portio illorum est». Et alio loco dicit Scriptura *(Num.*, XVIII, 20): Ego Dominus *portio eorum.* Negatur, inquit Ambrosius, his terrena divisio, ut ipsi dum singularem sibi non vendicant *(a)* portionem, fiant cœlestis possessio, et hoc solum noverint possidere, hoc est, fidei, et devotionis obsequium, et multo ditiores, quam ii, qui possesionum suarum ampla spatia diffundunt; cui enim portio Deus est, hic totius possesor naturæ est, etc. Ex quibus verbis multo magis patet sensus horum verborum, DILECTUS MEUS MIHI, ET EGO ILLI; quasi dicat Sponsa: Dilectus meus solus portio mea est: vel: Dilectus meus solus sufficit mihi; est enim mihi instar omnium bonorum. Y en este sentido dijo el Apóstol (I. *Corint.*, XXV) *(a)*: hablando del estado de la gloria: «*Erit* Deus omnia in omnibus». Prosper (lib. II de *Vita contemp.*, c. XVI) sic ait: «Denique quid ultra quærit, cui omnia suus Conditor fit: aut quid ei sufficit, cui ipse non sufficit?» Et Augustinus (lib. XIII, *Conffess.*, c. VIII): «Omnis copia, quæ Deus non est, egestas mihi est, etc.

En el *Exod.*, VI y *Ezech.*, I. se llama *Sadai*, quod interpretatur suficiens, vel sufficiencia. Sic Epiphanius, *hœresi* 49. Y el oráculo divino, cuando quiso mostrarse á Moysén (*Exod.*, XXXIII, 19), dijo: «Ostendam *tibi omne bonum*».

Pues ¿qué mucho que diga la Esposa, teniendo por tan suyo al divino Esposo, que no quiere más que á El, DILECTUS MEUS MIHI? etcétera, El para mí, y yo para El, aquí por gracia y después por gloria, ad quam nos perducat ipse Jesus, animarum Sponsus, qui pascit nos, et pascitur nobis, donec aspiret dies æternitatis, et inclinentur umbræ rerum mundanarum: Qui cum Patre, et Spiritu Sancto vivit, et regnat in secula seculorum, Amén (¹).

(a) Vendicant, en vez de *vindicant.*

(a) Debe leerse: *I Cor.*, XV, 28.

(¹) Declarando el judío Filón las palabras de la Sagrada Escritura en que, al señalar las partes de la tierra prometida que á cada tribu habían de corresponder, se dice de la de *Leví*: «La tribu de Leví no recibirá parte ó herencia como las demás, porque el Señor es su porción y su herencia», escribe: «El alma perfecta que, para mejor servir al Señor en el ministerio sacerdotal, se aparta de las criaturas y de todo lo terreno, nada debe conocer, en ninguna otra cosa debe entender ni ocuparse más que aquel bien infinito y en aquel Señor á cuyo servicio vive consagrada y para el cual Dios mismo la aceptó. Porque ¿quién podrá decir: *El Señor será mi única herencia*, sino aquel que renuncia de antemano al cuidado de todo lo demás que hay en la tierra?»—Las mismas ideas se repiten casi con idénticas palabras, en los párrafos siguientes, en los que se insertan doctos comentarios tomados de los Santos Ambrosio, Próspero y Agustino; huelga, por esto, una traducción literal de los mismos.

(¹) Termina el P. Ángeles sus *Comentarios ó Consideraciones espirituales* sobre el primero y segundo capítulo del *Cantar de los Cantares*, únicos que han llegado á nosotros, con la súplica ó invocación, tan frecuente en los escritores y doctores de la Iglesia, en que pide ahora la posesión de Dios por la gracia santificante, que es la preparación para poseerle eternamente en la gloria, á la cual—dice—dígnese llevarnos el mismo Jesús, Esposo eterno de las almas, que en esta vida nos alimenta con su gracia y sus Sacramentos hasta que llegue aquel día felicísimo de la bienaventuranza, pasadas las sombras y mudanzas de las cosas humanas: Él que, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

EN MADRID | POR JUAN FLAMENCO | MDCVI.

ERRATAS QUE SE HAN NOTADO

PÁGINA	COLUMNA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
14	2.ª	23 y 24	el bautismo	el baptismo
27	1.ª	4	Como sea el amor, entre los	Como sea el amor entre los
49	1.ª	16 y 28	*Vestibit*	*Vestivit*
54	2.ª	7	asciscat	adsciscat
54	2.ª	13	sequti	sequuti
56	1.ª	3 (nota)	luegos *triges*	luego *striges*
62	2.ª	3	desconuelo	desconsuelo
67	2.ª	9	Salud á	Saludad á
70	1.ª	3	ratio D. Thoma	ratio D. Thomæ
91	2.ª	3	Virgil., lib. VI *Æneid*	Virgilius, lib. VIII, Æneidos, verso 116
94	2.ª	28	ad effectum	ad affectum
108	2.ª	nota (1)	«Atráeme tú	LECCIÓN SEGUNDA.— Atráeme tú
128	1.ª	11	fiuunt	fluunt
136	2.ª	7	*dilexi*	*dilexit*
185	1.ª	8	*deben tener*	*deben temer*
215	1.ª	11	*Egloga 10*	*Egloga X*, versos 17-18
215	1.ª	12	Ne te pæniteat	Nec te pæniteat
217	2.ª	17	el otro poeta	(añádase): (VIRGILII, *Egloga X*, verso 69).
218	1.ª	37	Virgilius (3 *Georgicarum)*	Virgilius *(Georgicarum*, lib. III, verso 266).
218	1.ª	39	Ante omnes furor	Scilicet ante omnis furor, etc.
285	1.ª	8 y 9	*lo natural*	*la natural*
423	1.ª	final	Typografiæ Regiæ	in Typografía regia
448	2.ª	18	scilicit	scilicet
453	1.ª	20 (nota)	distinto	distinta
461	2.ª	1	«Et quidem in omnem terra	Et quidem, «in omnem terram
469	2.ª	15	*(De anti quis gestibus)*	*(De antiquis gestibus)*

INDICE GENERAL

CANTICI CANTICORUM CAPUT PRIMUM, IN QUO SPONSA SPONSI CHRISTI CORPORATAM PRÆSENTIAM ADVENTUMQUE EXPETIT

CANTICI CANTICORUM CAPUT II.—PROSEQUITUR SALOMON IN HOC CAPITE CONTENTIONEM LAUDATORIAM SPONSI ET EXPONSÆ

(Los cuales ambos alternativamente se hacen grandes caricias y regalos. Especialmente el Esposo favorece de manera á la Esposa, que toda absorta y transformada en el amor de Él, viene á desmayarse y pedir buenos olores para volver en sí; mándasele guardar el sueño como á enferma).



